Unamuno. La promesa de la nueva España, revolución y guerra

Miguel de Unamuno

La promesa de la nueva España, revolución y guerra

Artículos 1931 - 1936

Publiconsulting Media 2022

Unamuno. La promesa de la nueva España, revolución y guerra

Unamuno. La promesa de la nueva España, revolución y guerra

Artículos 1931 - 1936

MIGUEL DE UNAMUNO

PUBLICONSULTING MEDIA

This work (Unamuno. La promesa de la nueva España, revolución y guerra by Miguel de Unamuno) is free of known copyright restrictions.

Contents

Portada x
Introducción xiii
Índice xvi
1931 - La promesa de la nueva España 35
1932 - Pesimismo patriótico 144
1933 - Revolución 289
1934 - Juventud y juventudes 446
1935 - Restauración y renovación 490
1936 - Guerra 617
Notas 697

Portada

Miguel de Unamuno

La promesa de la nueva España, revolución y guerra

Artículos 1931 – 1936

Publiconsulting Media 2022

Introducción

Edición realizada a partir de la publicación 273 del blog de José Javier Martínez, *Clásicos de Historia*

MIGUEL DE UNAMUNO

●

ARTÍCULOS REPUBLICANOS
(1931-1936)

●

Publicados en *El Sol*, *Ahora*, y otros diarios

«Lo que yo escribo es, después que lo he escrito, de quien quiera aprovecharse de ello, y si acierta a valorarlo mejor que yo, es más suyo que mío. Pero… ¿no he dicho estas mismas cosas otras veces? ¿No me estoy repitiendo? Estoy viviendo, y mi vida es escribir, la tuya, lector, es ahora leerme. Y el eco que te llegue de pasadas cosas mías te dará otra nota que la que ahora oyes.»
(Cit. por Manuel García Blanco, en su Prólogo *al tomo V de las* Obras Completas *de Unamuno.)*

Fernando Álvarez Balbuena, en su *El pensamiento político de don Miguel de Unamuno. Ensayo de*

reexposición y una carta inédita (*El Catoblepas*, número 103, septiembre 2010, página 12 ss.), escribía: «… buscamos en la obra de don Miguel de Unamuno no solo su pensamiento y sus ideas políticas, sino también los de su época. No son sus obras tratados de ciencia política; son obras literarias que abarcan novela, ensayo, poesía, filosofía y, en definitiva, pensamiento; pero precisamente por eso nos llevarán a una visión política de la realidad de su época con una mayor profundidad y con una participación personal difíciles de conseguir leyendo constituciones, leyes y decretos de aquel entonces. Estos serían los instrumentos mediáticos de una legislación y de las políticas que con ella se ocasionaron; pero las ideas que la informaron y los criterios políticos que guiaron la puesta en vigor de dichas leyes, serán mucho mejor comprendidos a través de las obras de los intelectuales de la época que influyeron decisivamente en el pensamiento político y en conformar lo que Ortega llama la vigencia social de las costumbres y de las ideas.

»Acertar pues, a dar una visión del pensamiento unamuniano, de sus cambios y de sus numerosas evoluciones, de su innegable vigor, de su genialidad, de su personalidad contradictoria y atormentada, así como valorar su influencia en las ideas políticas y en la sociedad de su tiempo, como lo que de él y de ellas llegó hasta nosotros, será nuestra tarea a lo largo de las páginas que siguen. En ellas, pese a nuestro deseo de objetividad, quizás no podremos eludir la admiración que el personaje nos provoca por lo que, seguramente, seremos víctima del prejuicio antedicho que nos inspira este vasco que, según sus propias palabras, lo era "por los dieciséis costados", pero que, no obstante su condición de vascongado, amaba tanto a España que "le dolía", le dolía hasta el cogollo del alma.»

Y esto es lo que proponemos en *Clásicos de Historia*: revisitar los artículos que Unamuno publicó durante los años de la Segunda República. El miércoles 13 de mayo de 1931, coincidiendo con los últimos coletazos de la primera crisis severa de la joven República, la llamada "quema de conventos", el prestigioso diario *El Sol* de Madrid, que reunía a buena parte de la *intelligentsia* española del momento, anunciaba la incorporación de Unamuno a su plantel de firmas habituales. Su colaboración, habitualmente un artículo semanal, se mantuvo hasta el cambio de propietarios del periódico a finales de 1932, momento en el que Unamuno pasó al diario *Ahora*, subdirigido por Manuel Chaves Nogales, donde mantuvo la mayor parte de su producción periodística hasta el estallido de la guerra civil. A ellos sumó ocasionales artículos publicados en la prensa regional, y algunos reportajes que recogían discursos o conferencias de don Miguel: en las Cortes, en la Universidad…

En total son unos cuatrocientos los artículos publicados en la prensa periódica por el rector de Salamanca entre 1931 y 1936. En ellos brillan todas las facetas características del escritor, sus obsesiones, sus intereses, sus enfoques… y también su ego desmesurado que al principio le hace considerar la república como algo suyo: «Soy, ¿debo decírselo?, uno de los que más han contribuido a traer al pueblo español la República, tan mentada y comentada.» A su optimismo inicial le seguirán prontamente las dudas, los rechazos, las contradicciones y la búsqueda de alternativas… y un progresivo distanciamiento y pesimismo por su futuro, que le llevó a abandonar con frecuencia el *comentario* (así denominaba a sus artículos) de la actualidad, y buscar refugio en sus temas, paisajes y obsesiones características.

Esa soledad, esa profunda independencia de Unamuno se observa hasta en el dramático final de su trayectoria. Álvarez Balbuena comenta así su actitud ante el arranque de la guerra civil (*la orilla donde ríen los locos*, que diría Sender años después): «Unamuno siempre estuvo solo, nadie compartió su angustia, todo el mundo se puso a cubierto tratando de librarse de la vorágine desatada. Intelectuales como Gregorio Marañón, José Ortega y Gasset, Ramón Pérez de Ayala, Menéndez Pidal, Sebastián Miranda, Severo Ochoa y tantos otros, que fueron patrocinadores, amigos y entusiastas incondicionales del régimen republicano (...) aprovecharon la menor oportunidad que tuvieron para escaparse literalmente de España y, una vez en el extranjero, retirar su apoyo al régimen nacido el 14 de abril de 1931. Pero cuando el orden estuvo restablecido, gracias a, y a pesar de, la represión de la dictadura franquista, con muy pocas excepciones, como la de Picasso, Ochoa o Pablo Casals, que podían ganarse perfectamente la vida en el extranjero, volvieron para quedarse y algunos incluso hicieron declaraciones que favorecieron innegablemente al régimen, como Ortega y Gasset, cuando afirmó que *España goza de insultante salud*, también, algunos, para afear *sotto vocce* o en un silencio —digno unas veces y cómplice otras— conductas que Unamuno combatió a cara y pecho descubiertos.»

Índice

1931

La promesa de España. I. Pleito de historia y no de sociología. El Sol (Madrid), 13 de mayo de 1931.

La promesa de España. II. Comunismo, fascismo, reacción clerical y problema agrícola. El Sol (Madrid), 14 de mayo de 1931

La promesa de España. III. Los comuneros de hoy se han alzado contra el descendiente de los Austrias y Borbones. El Sol (Madrid), 16 de mayo de 1931

¿A quién le pego?. El Sol (Madrid), 22 de mayo de 1931

Cristianismo monárquico y monarquismo cristiano. El Sol (Madrid), 29 de mayo de 1931

Lo religioso, lo irreligioso y lo antirreligioso. El Sol (Madrid), 4 de junio de 1931

Sobre el divorcio. El Sol (Madrid), 13 de junio de 1931

Caciquismo, fulanismo y otros “ismos”.. El Sol (Madrid), 18 de junio de 1931

La antorcha del ideal. El Sol (Madrid), 23 de junio de 1931

Egologías y consistiduras. El Sol (Madrid), 26 de junio de 1931

Nación, estado, iglesia, religión. El Sol (Madrid), 2 de julio de 1931

El Estatuto o los desterrados de sus propios lares. El Sol (Madrid), 7 de julio de 1931

Entre encinas castellanas. El Sol (Madrid), 11 de julio de 1931

República española y España republicana. El Sol (Madrid), 16 de julio de 1931

¡Pobres metecos! . El Sol (Madrid), 19 de julio de 1931

Individuo y estado . El Sol (Madrid), 23 de julio de 1931

Estado, estadillo y problemas sociales. El Sol (Madrid), 29 de julio de 1931

Ante la sepultura del inquisidor Corro. El Sol (Madrid), 8 de agosto de 1931

“¡España, España, España!”. El Sol (Madrid), 12 de agosto de 1931

Sobre el Parlamento o Palabramento. El Sol (Madrid), 22 de agosto de 1931

Guerra intestina familiar. El Sol (Madrid), 26 de agosto de 1931

Los milagros de la Virgen de Ezquioga. El Sol (Madrid), 29 de agosto de 1931

Por las tierras del Cid. El Sol (Madrid), 4 de septiembre de 1931

Religión de Estado y religión del Estado. El Sol (Madrid), 8 de septiembre de 1931

Sobre el cavernicolismo. El Sol (Madrid), 12 de septiembre de 1931

A los cabreros y no a los carboneros. El Sol (Madrid), 16 de septiembre de 1931

¿Derrotismo? ¿Pesimismo?. El Sol (Madrid), 18 de septiembre de 1931

Gran discurso de don Miguel de Unamuno sobre el castellano como idioma oficial de la República. El Sol (Madrid), 19 de septiembre de 1931

El almendro de D. Nicolás Estébanez. El Sol (Madrid), 29 de septiembre de 1931

“En nombre Su Majestad España” abre el curso don Miguel de Unamuno . El Sol (Madrid), 1 de octubre de 1931

El confesonario y las mujeres de España. El Sol (Madrid), 4 de octubre de 1931

Autoridad y Poder, o el Divino Maestro y el fariseo. El Sol (Madrid), 8 de octubre de 1931

Iberia es España. Heraldo de Aragón (Zaragoza), 11 de octubre de 1931

Miguel o “¿quién como Dios?”. El Sol (Madrid), 14 de octubre de 1931

Sobre el español medio. El Sol (Madrid), 20 de octubre de 1931

El espíritu público y el pobre papel de los liberales. El Sol (Madrid), 22 de octubre de 1931

La enseñanza oficial en la Constitución. Una enmienda de don Miguel de Unamuno determina un apasionado debate político . El Sol (Madrid), 23 de octubre de 1931

En un perpetuo sábado. El Sol (Madrid), 24 de octubre de 1931

Revolución y reacción. El Sol (Madrid), 29 de octubre de 1931

Un español de cemento. El Adelanto (Salamanca), 29 de octubre de 1931

Don Juan Tenorio. El Sol (Madrid), 1 de noviembre de 1931

La vocación y el destino. El Sol (Madrid), 3 de noviembre de 1931

El “por Dios” y el “a Dios”. El Sol (Madrid), 7 de noviembre de 1931

El cuño del César. El Sol (Madrid), 10 de noviembre de 1931

Contemplando el diplodoco. El Sol (Madrid), 20 de noviembre de 1931

De la religión y la política. El Sol (Madrid), 22 de noviembre de 1931

Cuenca ibérica. El Sol (Madrid), 26 de noviembre de 1931

Larra, Molinos y los agrarios. El Sol (Madrid), 29 de noviembre de 1931

En la Universidad de Salamanca, una interesante conferencia de D. Miguel de Unamuno. El Sol (Madrid), 1 de diciembre de 1931

“¡Qué sé yo!”. El Sol (Madrid), 4 de diciembre de 1931

Releyendo a Larra. El Norte de Castilla (Valladolid), 5 de diciembre de 1931

El pecado liberalismo. El Sol (Madrid), 10 de diciembre de 1931

Castillos y palacios. El Sol (Madrid), 13 de diciembre de 1931

New Constitution criticized in Spain; Haste in Drafting It Ascribed to Regime’s Fear of Dangers Called Largely Illusory. The New York Times, 13 de diciembre de 1931

Políticos, criadores, poetas, padres. El Sol (Madrid), 20 de diciembre de 1931

Comentario. El Sol (Madrid), 23 de diciembre de 1931

La seguida de los siglos. El Sol (Madrid), 27 de diciembre de 1931

1932

Geometría política. Heraldo de Aragón (Zaragoza), 1 de enero de 1932

Al lector anónimo y solitario. El Sol (Madrid), 2 de enero de 1932

Día de reyes, día de magos. El Sol (Madrid), 6 de enero de 1932

Sobre el manifiesto episcopal. El Sol (Madrid), 10 de enero de 1932

“Somnia Dei per hispanos”. El Sol (Madrid), 14 de enero de 1932

Sobre el Buey Apis. El Sol (Madrid), 17 de enero de 1932

Gitanadas y judiadas. El Sol (Madrid), 27 de enero de 1932

Guerra incivil cavernícola. El Sol (Madrid), 29 de enero de 1932

La bandera roja y gualda. El Sol (Madrid), 6 de febrero de 1932

El solitario de Graus, como hombre de ensueños españoles y de fecundas contradicciones íntimas . El Sol (Madrid), 9 de febrero de 1932

Coloñismo. El Sol (Madrid), 14 de febrero de 1932

¡A defenderse!. El Sol (Madrid), 18 de febrero de 1932

El escaramujo, rey. El Sol (Madrid), 25 de febrero de 1932

Sobre la religiosidad del trabajo. La Voz de Valencia, 25 de febrero de 1932

Los delfines de Santa Brígida. El Sol (Madrid), 28 de febrero de 1932

Solitario y desesperado. El Sol (Madrid), 3 de marzo de 1932

Definición del jabalí. El Sol (Madrid), 6 de marzo de 1932

La enormidad de España. El Sol (Madrid), 10 de marzo de 1932

Callejeo por la del Sacramento. El Sol (Madrid), 15 de marzo de 1932

Pesimismo patriótico. El Norte de Castilla (Valladolid), 19 de marzo de 1932

Mozalbetería. El Sol (Madrid), 20 de marzo de 1932

El liberalismo español. El Sol (Madrid), 25 de marzo de 1932

Jueves Santo en Rioseco. El Sol (Madrid), 27 de marzo de 1932

Discurso de D. Miguel de Unamuno. El Sol (Madrid), 29 de marzo de 1932

Sobre el pleito dinástico. El Sol (Madrid), 3 de abril de 1932

Actuación y situación políticas. El Sol (Madrid), 7 de abril de 1932

La consumación de los tiempos. El Sol (Madrid), 10 de abril de 1932

Aniversario de la República. Un discurso de D. Miguel de Unamuno. El Sol (Madrid), 15 de abril de 1932

Unas cuartillas de D. Miguel de Unamuno. El Sol (Madrid), 15 de abril de 1932

Nuestra España. El Sol (Madrid), 17 de abril de 1932

Las dos vertientes de España. El Sol (Madrid), 21 de abril de 1932

¿Partido único?. El Norte de Castilla (Valladolid), 23 de abril de 1932

Soñando el Peñón de Ifac. El Sol (Madrid), 24 de abril de 1932

¿Hambre?. El Sol (Madrid), 30 de abril de 1932

Discurso en la clausura de la Semana de Historia del Derecho español. El Sol (Madrid), 4 de mayo de 1932

¿Fajismo incipiente?. El Sol (Madrid), 5 de mayo de 1932

Don Miguel de Unamuno, en el Liceo Andaluz. El Sol (Madrid), 8 de mayo de 1932

Don Marcelino y la Esfinge. El Sol (Madrid), 10 de mayo de 1932

Hay que enterarse. El Sol (Madrid), 15 de mayo de 1932

Serenidad. El Sol (Madrid), 20 de mayo de 1932

En la fiesta de San Isidro Labrador. El Sol (Madrid), 22 de mayo de 1932

Imaginaciones. El Sol (Madrid), 26 de mayo de 1932

¿Qué sobra o qué falta?. El Sol (Madrid), 29 de mayo de 1932

Respeto al pensamiento privado

El Norte de Castilla (Valladolid), 31 de mayo de 1932

Escuela y despensa únicas. El Sol (Madrid), 2 de junio de 1932

¿Lucha de clases?. El Sol (Madrid), 5 de junio de 1932

Orillas del Manzanares. El Sol (Madrid), 10 de junio de 1932

“Acrece, replanta y da valor”. El Sol (Madrid), 12 de junio de 1932

Concepto y emoción. El Sol (Madrid), 16 de junio de 1932

Sobre la embriaguez seca. El Sol (Madrid), 19 de junio de 1932

La batalla de Canas. El Sol (Madrid), 23 de junio de 1932

Discurso del Sr. Unamuno [en las Cortes]. El Sol (Madrid), 24 de junio de 1932

Manzanares arriba, o las dos barajas de Dios. El Sol (Madrid), 26 de junio de 1932

Comentario [Svástica]. El Sol (Madrid), 30 de junio de 1932

El jugo de mi raza. El Sol (Madrid), 3 de julio de 1932

Ascensión y Asunción. El Sol (Madrid), 7 de julio de 1932

Dedadas de espuma. El Sol (Madrid), 10 de julio de 1932

Dos mercados. El Sol (Madrid), 14 de julio de 1932

Pan y toros. El Sol (Madrid), 17 de julio de 1932

A. M. D. G.. El Sol (Madrid), 24 de julio de 1932

Curas y maestros. El Sol (Madrid), 28 de julio de 1932

Junto al arroyo. El Sol (Madrid), 31 de julio de 1932

Profecía de Ecequiel. El Norte de Castilla (Valladolid), julio de 1932

Discurso en las Cortes de la República el día 2 de agosto de 1932. El Sol (Madrid), 3 de agosto de 1932

La niñez de Don Quijote. El Sol (Madrid), 7 de agosto de 1932

El niño es el padre del hombre. El Sol (Madrid), 14 de agosto de 1932

Desde alturas de tierra. El Sol (Madrid), 18 de agosto de 1932

Pronunciamientos de analfabetos. El Sol (Madrid), 21 de agosto de 1932

Hay que tomar huelgo. El Sol (Madrid), 28 de agosto de 1932

Salve en Atocha. El Sol (Madrid), 1 de septiembre de 1932

En San Juan de la Peña. El Sol (Madrid), 4 de septiembre de 1932

En el portal del sueño. El Sol (Madrid), 9 de septiembre de 1932

El público no opina. El Sol (Madrid), 11 de septiembre de 1932

Juventud, milagro y misterio. El Sol (Madrid), 16 de septiembre de 1932

En la Plaza Mayor de Salamanca. El Sol (Madrid), 18 de septiembre de 1932

Dos lugares, dos ciudades. El Sol (Madrid), 23 de septiembre de 1932

Mozalbetes anárquicos. El Sol (Madrid), 25 de septiembre de 1932

Visiones y palillos. El Sol (Madrid), 29 de septiembre de 1932

Clérigos y tercios. El Sol (Madrid), 2 de octubre de 1932

En confidencia. El Sol (Madrid), 9 de octubre de 1932

La raza es la lengua. El Día Gráfico (Barcelona), 13 de octubre de 1932

Vicios propios de los españoles. El Sol (Madrid), 16 de octubre de 1932

El sentimiento catastrófico. El Sol (Madrid), 23 de octubre de 1932

Entre Aquiles y el Cid. El Sol (Madrid), 30 de octubre de 1932

Sobre el tópico del caciquismo. El Norte de Castilla (Valladolid), octubre de 1932

Ante la estatua del Comendador. El Sol (Madrid), 8 de noviembre de 1932

Danza gitana. El Sol (Madrid), 13 de noviembre de 1932

Una conferencia política del señor Unamuno en el Ateneo de Madrid. ABC (Madrid), 30 de noviembre de 1932

Y va otra vez de monodiálogo. Ahora (Madrid), 3 de diciembre de 1932

En un lugar de la Mancha…. Ahora (Madrid), 8 de diciembre de 1932

Biología e ideología. El Día Gráfico (Barcelona), 13 de diciembre de 1932

¡Ay mi jardín, mi jardín!. Ahora (Madrid), 14 de diciembre de 1932

A uno de tantos. El mundo quiere ser engañado.. Ahora (Madrid), 20 de diciembre de 1932

Entre hombres de pueblo. Ahora (Madrid), 27 de diciembre de 1932

1933

La ciudad de Henoc. Ahora (Madrid), 3 de enero de 1933

Profecías. La Voz Valenciana, 13 de enero de 1933

El “Colegio de Pablo Iglesias”. Ahora (Madrid), 19 de enero de 1933

1933 en Palenzuela. Ahora (Madrid), 25 de enero de 1933

Ceros a la derecha o a la izquierda. Ahora (Madrid), 28 de enero de 1933

Eso no es revolución. Heraldo de Aragón (Zaragoza), enero de 1933

Engaitamientos. Ahora (Madrid), 1 de febrero de 1933

Envés, revés y canto. Ahora (Madrid), 8 de febrero de 1933

La enfermedad de Flaubert. Ahora (Madrid), 14 de febrero de 1933

El pecado de liberalismo. Ahora (Madrid), 17 de febrero de 1933

Cuño al canto. Ahora (Madrid), 23 de febrero de 1933

Libertad y justicia. Ahora (Madrid), 28 de febrero de 1933

La Cibeles en Carnaval. Ahora (Madrid), 4 de marzo de 1933

Consumo y limosna. La Rioja (Logroño), 13 de marzo de 1933

Prosa en román paladino. Ahora (Madrid), 14 de marzo de 1933

Las ánimas en pena. Ahora (Madrid), 18 de marzo de 1933

Periódicos andantes. Ahora (Madrid), 23 de marzo de 1933

El hombre interior. Ahora (Madrid), 28 de marzo de 1933

En la calle: sarta sin cuerda. Ahora (Madrid), 1 de abril de 1933

Tres españoles de trasantaño. Ahora (Madrid), 5 de abril de 1933

Esa revolución…. Ahora (Madrid), 11 de abril de 1933

Juventud de violencia. El Norte de Castilla (Valladolid), 12 de abril de 1933

El soñar de la esfinge. Ahora (Madrid), 16 de abril de 1933

Primavera en la calle. Ahora (Madrid), 21 de abril de 1933

Paz en la guerra. Ahora (Madrid), 25 de abril de 1933

Organeros y organistas. Ahora (Madrid), 28 de abril de 1933

Sed de reposo. Ahora (Madrid), 4 de mayo de 1933

Superficialidad e intimidad. Ahora (Madrid), 10 de mayo de 1933

Funcionarismo. Ahora (Madrid), 13 de mayo de 1933

r. R. R. R. r.. Ahora (Madrid), 17 de mayo de 1933

Recursos. Ahora (Madrid), 20 de mayo de 1933

Enseñanza religiosa laica. Ahora (Madrid), 27 de mayo de 1933

Producir consumo. Heraldo de Aragón (Zaragoza), 28 de mayo de 1933

Prestigio. Ahora (Madrid), 31 de mayo de 1933

La clase y el fajo. Matizaciones. Ahora (Madrid), 6 de junio de 1933

Los hombres de cada día. Ahora (Madrid), 9 de junio de 1933

Dostoyeusqui, sobre la lengua. Ahora (Madrid), 16 de junio de 1933

La lengua de fuego se pone en la tierra. Ahora (Madrid), 20 de junio de 1933

Séneca en Mérida. Ahora (Madrid), 22 de junio de 1933

La invasión de los bárbaros. Ahora (Madrid), 28 de junio de 1933

Notas a Lucano. Ahora (Madrid), 4 de julio de 1933

Segadores. Ahora (Madrid), 12 de julio de 1933

Por el alto Duero. Ahora (Madrid), 18 de julio de 1933

El estilo nuevo. Ahora (Madrid), 21 de julio de 1933

En defensa del régimen. El Norte de Castilla (Valladolid), 25 de julio de 1933

Unión Nacional de Españoles, U. N. E.. Ahora (Madrid), 28 de julio de 1933

La revolución de dentro. Ahora (Madrid), 1 de agosto de 1933

Deficiencia mental. Ahora (Madrid), 8 de agosto de 1933

Canto de arada. Ahora (Madrid), 11 de agosto de 1933

Es para volverse loco. El Norte de Castilla (Valladolid), 12 de agosto de 1933

Procesionalismo. Ahora (Madrid), 15 de agosto de 1933

La Universidad hace veinte años. Ahora (Madrid), 17 de agosto de 1933

País, paisaje, paisanaje. Ahora (Madrid), 22 de agosto de 1933

Devaneo de seso en vacaciones. Ahora (Madrid), 27 de agosto de 1933

Sobre un cura pistolero. Ahora (Madrid), 30 de agosto de 1933

Ensueños de hastío. Ahora (Madrid), 6 de septiembre de 1933

Poncios y Panzas. Ahora (Madrid), 9 de septiembre de 1933

Constitución y República. El Adelanto (Salamanca), 12 de septiembre de 1933

Las Comunidades redivivas. Ahora (Madrid), 15 de septiembre de 1933

Política y literatura. Ahora (Madrid), 20 de septiembre de 1933

Mitos y justicia. Ahora (Madrid), 26 de septiembre de 1933

Solitarios de lugar. Ahora (Madrid), 4 de octubre de 1933

Puerilidades nacionalistas. Ahora (Madrid), 11 de octubre de 1933

De nuevo la Raza. Heraldo de Aragón (Zaragoza), 12 de octubre de 1933

Almas sencillas. Ahora (Madrid), 21 de octubre de 1933

Acerca del voto de las mujeres. Ahora (Madrid), 24 de octubre de 1933

La I. O. N. S.. Ahora (Madrid), 1 de noviembre de 1933

Cartas al amigo I.. Ahora (Madrid), 7 de noviembre de 1933

Cartas al amigo II.. Ahora (Madrid), 11 de noviembre de 1933

Cartas al amigo III.—A Manuel Abril. Ahora (Madrid), 24 de noviembre de 1933

Cartas al amigo IV.. Ahora (Madrid), 29 de noviembre de 1933

Cartas al amigo V.—A José Ortega y Gasset. Ahora (Madrid), 6 de diciembre de 1933

Regüeldos. El Sol (Madrid), 12 de diciembre de 1933

Recuerdos vivos. A Don José María Gil Robles. Ahora (Madrid), 16 de diciembre de 1933

Cartas al amigo VI.. Ahora (Madrid), 20 de diciembre de 1933

Sobre el anarquismo español. El Radical (Cáceres), 26 de diciembre de 1933

Machaqueo. Ahora (Madrid), 27 de diciembre de 1933

1934

Juventud y juventudes. Ahora (Madrid), 3 de enero de 1934

Andología. Ahora (Madrid), 13 de enero de 1934

Del año 1933 al 1934. El Sol (Madrid), 14 de enero de 1934, número extraordinario

Cartas al amigo VII.. Ahora (Madrid), 18 de enero de 1934

El ceño de Castilla. El Norte de Castilla (Valladolid), 19 de enero de 1934

Cartas al amigo VIII.. Ahora (Madrid), 27 de enero de 1934

Hila tus entrañas. Nueva Vida (Barcelona), núm. 2.º, 30 de enero de 1934

Debates políticos. Ahora (Madrid), 31 de enero de 1934

Glorioso desprecio. Ahora (Madrid), 7 de febrero de 1934

Hombres macizos y masas humanas. Ahora (Madrid), 13 de febrero de 1934

Algo más sobre la clase media. El Norte de Castilla (Valladolid), 23 de febrero de 1934

Revida de España. Ahora (Madrid), 23 de febrero de 1934

Acción y contemplación. A don Manuel Azaña. Ahora (Madrid), 28 de febrero de 1934

Sobre la catolicidad. Ahora (Madrid), 7 de marzo de 1934

Cartas al amigo IX. Ahora (Madrid), 17 de marzo de 1934

Clases y profesiones. Ahora (Madrid), 21 de marzo de 1934

Reflexiones de psicología de la muchedumbre. El Norte de Castilla (Valladolid), 23 de marzo de 1934

Gorros rojos y gorros gualdos

Ahora (Madrid), 25 de marzo de 1934

Puntualizando

Ahora (Madrid), 29 de marzo de 1934

Cartas al amigo X. Ahora (Madrid), 7 de abril de 1934

Una entrevista con el cura de Aldeapodrida. Ahora (Madrid), 13 de abril de 1934

Más de la envidia hispánica. Ahora (Madrid), 18 de abril de 1934

Cartas al amigo XI. Ahora (Madrid), 21 de abril de 1934

Realismos. El Adelanto (Salamanca), 25 de abril de 1934

¡Viva…!. Ahora (Madrid), 27 de abril de 1934

Cartas al amigo XII. Ahora (Madrid), 3 de mayo de 1934

Autenticidad. Ahora (Madrid), 12 de mayo de 1934

El juego del sacapón. Ahora (Madrid), 18 de mayo de 1934

¡San Pablo y abre España!. Ahora (Madrid), 24 de mayo de 1934

Renovación. Respuesta a un pésame. Ahora (Madrid), 31 de mayo de 1934

Poesía y política. La Voz de Guipúzcoa (San Sebastián), 31 de mayo de 1934

Ensueños lingüísticos de madrugada. El Norte de Castilla (Valladolid), mayo de 1934

Cartas al amigo XIII.—A Teixeira Pascoaes, portugués ibérico. Ahora (Madrid), 5 de junio de 1934

Cartas al amigo XIV.—A Marañón. Ahora (Madrid), 7 de junio de 1934

Basta el hacha. A Muñoz Seca. Ahora (Madrid), 14 de junio de 1934

Carta abierta a Don Alfonso de Borbón y Habsburgo-Lorena, rey que fue de España. Ahora (Madrid), 19

de junio de 1934

Visiones. En el castillo de Paradilla del Alcor. Ahora (Madrid), 22 de junio de 1934

Sobre la “claridad grosera”. El Día Gráfico (Barcelona), 23 de junio de 1934

España católica y revolucionaria. Ahora (Madrid), 27 de junio de 1934

La eterna Reconquista. Ahora (Madrid), 4 de julio de 1934

La profecía de Jonás. Ahora (Madrid), 7 de julio de 1934

La afanosa grandiosidad española. Ahora (Madrid), 13 de julio de 1934

Carta al amigo periodista. Ahora (Madrid), 20 de julio de 1934

Comentario de las armas y las letras. Ahora (Madrid), 25 de julio de 1934

Delirium furibundum. Ahora (Madrid), 28 de julio de 1934

Al pie de una encina. Ahora (Madrid), 1 de agosto de 1934

Cartas al amigo XV.—A don Eladio Guzmán Hernández, maestro nacional de Canjáyar, de Almería.. Ahora (Madrid), 4 de agosto de 1934

La rebelión de la chiquillería. Ahora (Madrid), 14 de agosto de 1934

Desde la Magdalena de Santander. Ahora (Madrid), 22 de agosto de 1934

Gascuña universal. Ahora (Madrid), 29 de agosto de 1934

Cartas al amigo XVI. Ahora (Madrid), 4 de septiembre de 1934

Carta a un mozo que presume de tal. Ahora (Madrid), 8 de septiembre de 1934

Ambos regímenes. Ahora (Madrid), 14 de septiembre de 1934

Hablemos de teatro. Ahora (Madrid), 19 de septiembre de 1934

En torno al “sex-appell”. Ahora (Madrid), 25 de septiembre de 1934

Y después ¿qué?. Ahora (Madrid), 3 de octubre de 1934

¡Qué bien se está en las Batuecas!. Ahora (Madrid), 23 de octubre de 1934

Cartas al amigo XVII.—A un padre acongojado. Ahora (Madrid), 31 de octubre de 1934

Reflexiones actuales I.. Ahora (Madrid), 6 de noviembre de 1934

Reflexiones actuales II.. Ahora (Madrid), 9 de noviembre de 1934

Reflexiones actuales III.. Ahora (Madrid), 16 de noviembre de 1934

En la villa de Pedraza de la Sierra

Ahora (Madrid), 20 de noviembre de 1934

Reflexiones actuales IV.. Ahora (Madrid), 28 de noviembre de 1934

Reflexiones actuales V.. Ahora (Madrid), 4 de diciembre de 1934

Reflexiones actuales VI.. Ahora (Madrid), 7 de diciembre de 1934

Cartas al amigo XVII.—A un sedicente cristiano, pero que defiende lo que estima suyo.. Ahora (Madrid), 14 de diciembre de 1934

Intermedio cómico-lingüístico. Ahora (Madrid), 18 de diciembre de 1934

Cruce de miradas. Ahora (Madrid), 21 de diciembre de 1934

El cuarto aniversario de la fundación de “Ahora”. Ahora (Madrid), 25 de diciembre de 1934

Reflexiones actuales VII.. Ahora (Madrid), 26 de diciembre de 1934

1935

Los dos Cristos. Ahora (Madrid), 2 de enero de 1935

Restauración y renovación. Ahora (Madrid), 5 de enero de 1935

Don Miguel de Unamuno habla a los niños españoles en nombre del Presidente de la República. Ahora (Madrid), 6 de enero de 1935

Cartas al amigo XVIII.—A un joven literato que quiere intervenir en política.. Ahora (Madrid), 9 de enero de 1935

Lectores de español. Ahora (Madrid), 15 de enero de 1935

Piedra de escándalo.—A un amigo que se dice católico a secas. Ahora (Madrid), 23 de enero de 1935

Cartas al amigo XIX. Ahora (Madrid), 25 de enero de 1935

Un incendio de noche.—A Dolores Cebrián de Besteiro y a Amparo Cebrián de Zulueta, salmantinas del entonces de antaño.. Ahora (Madrid), 29 de enero de 1935

De Don Miguel de Unamuno sobre Ramón de Basterra. El Sol (Madrid), 30 de enero de 1935

Intermedio lingüístico. Bajo, sobre y desde el barbarismo. Ahora (Madrid), 6 de febrero de 1935

Los amigos. Ahora (Madrid), 8 de febrero de 1935

Intermedio lingüístico. Cosas de España. Ahora (Madrid), 13 de febrero de 1935

Castelar, orador. Ahora (Madrid), 20 de febrero de 1935

Castelar, político. Ahora (Madrid), 22 de febrero de 1935

Conversión y diversión.—A un converso que pretende convertirme. Ahora (Madrid), 26 de febrero de 1935

La generación de 1931. Ahora (Madrid), 2 de marzo de 1935

Confidencia. De propina. Ahora (Madrid), 8 de marzo de 1935

Intermedio lingüístico.—Algo de onomástica.—A una atenta lectora atenta.. Ahora (Madrid), 15 de marzo de 1935

Otra vez con la juventud. Ahora (Madrid), 23 de marzo de 1935

Cabilismo y caciquismo.—A H., señorito de la Revolución. Ahora (Madrid), 29 de marzo de 1935

Visiones. Páramos y pantanos. Ahora (Madrid), 5 de abril de 1935

¿Pasión política?. Ahora (Madrid), 9 de abril de 1935

A propósito de una distinción dice Don Miguel de Unamuno. Ahora (Madrid), 19 de abril de 1935

Nuevas contemplaciones. Ahora (Madrid), 19 de abril de 1935

Cantar es sembrar. Ahora (Madrid), 26 de abril de 1935

Cartas al amigo XX.—A un mozo que quiere llegar. Ahora (Madrid), 8 de mayo de 1935

Hombres de Francia francesa. Ahora (Madrid), 15 de mayo de 1935

Lanzadera de martillo de agua. Ahora (Madrid), 17 de mayo de 1935

Intermedio lingüístico. Atender y entender. Ahora (Madrid), 22 de mayo de 1935

Comentarios quevedianos.—I. “Pero, en fin, se vive”. Ahora (Madrid), 29 de mayo de 1935

Manganza y demás. Ahora (Madrid), 7 de junio de 1935

Comentarios quevedianos.—II “Invidiados y invidiosos”. Ahora (Madrid), 15 de junio de 1935

Junto al Cabo de la Roca. Ahora (Madrid), 21 de junio de 1935

Intermedio lingüístico. Sobre el valer. Ahora (Madrid), 28 de junio de 1935

Saludo a mi antiguo público. Caras y Caretas (Buenos Aires), 29 de junio de 1935

Nueva vuelta a Portugal I. Ahora (Madrid), 3 de julio de 1935

Nueva vuelta a Portugal II. Ahora (Madrid), 12 de julio de 1935

Nueva vuelta a Portugal III. Ahora (Madrid), 16 de julio de 1935

San Pío X. Ahora (Madrid), 24 de julio de 1935

Nueva vuelta a Portugal IV. Ahora (Madrid), 30 de julio de 1935

Elogio de “María”. La Razón (Buenos Aires), 8 de agosto de 1935

Meditación escurialense. Ahora (Madrid), 9 de agosto de 1935

El alma naturalmente cristiana de los revolucionarios de Asturias. Ahora (Madrid), 14 de agosto de 1935

Algo y algos. Ahora (Madrid), 21 de agosto de 1935

En retiro de remanso serrano. Ahora (Madrid), 27 de agosto de 1935

A un mozo de partido. Ahora (Madrid), 30 de agosto de 1935

Salvajería. Ahora (Madrid), 4 de septiembre de 1935

Respiración popular. Ahora (Madrid), 11 de septiembre de 1935

Acerca de la censura. Al señor ministro de la Gobernación, amistosamente. Ahora (Madrid), 18 de septiembre de 1935

De mitología entomológica. Ahora (Madrid), 27 de septiembre de 1935

Ensueños. La Gruta del Amor. Ahora (Madrid), 4 de octubre de 1935

Un pecado de San Luis Gonzaga. Ahora (Madrid), 8 de octubre de 1935

Experiencia de exámenes

Ahora (Madrid), 16 de octubre de 1935

La fiesta de la Raza. Ahora (Madrid), 23 de octubre de 1935

El mal necesario. Ahora (Madrid), 30 de octubre de 1935

De la tontería otra vez. Ahora (Madrid), 8 de noviembre de 1935

Divagaciones…?. Ahora (Madrid), 13 de noviembre de 1935

Programa de un cursillo de filosofía social barata I. Ahora (Madrid), 20 de noviembre de 1935

Programa de un cursillo de filosofía social barata II. Ahora (Madrid), 29 de noviembre de 1935

Programa de un cursillo de filosofía social barata III. Ahora (Madrid), 4 de diciembre de 1935

Programa de un cursillo de filosofía social barata IV. Ahora (Madrid), 13 de diciembre de 1935

Programa de un cursillo de filosofía social barata V. Ahora (Madrid), 17 de diciembre de 1935

Pedreas infantiles de antaño. Ahora (Madrid), 20 de diciembre de 1935

Caciques y caudillos. Ahora (Madrid), 25 de diciembre de 1935

1936

Al hombre entero y verdadero. Ahora (Madrid), 1 de enero de 1936

Hinchar cocos. Ahora (Madrid), 8 de enero de 1936

Abolengo liberal. Ahora (Madrid), 15 de enero de 1936

¿Conferencias? ¡No! A los que me las piden. Ahora (Madrid), 24 de enero de 1936

El habla de Valle-Inclán. Ahora (Madrid), 29 de enero de 1936

La hipnosis de la herencia. Ahora (Madrid), 5 de febrero de 1936

Carrel sobre el peligro de nuestra civilización. Ahora (Madrid), 7 de febrero de 1936

Sobre el hambre… sociológica. Ahora (Madrid), 15 de febrero de 1936

¿Masonería?. Ahora (Madrid), 21 de febrero de 1936

Tempestades, revoluciones y recursos. Ahora (Madrid), 26 de febrero de 1936

La justicia de Job. Ahora (Madrid), 28 de febrero de 1936

Salud mental del pueblo. Ahora (Madrid), 6 de marzo de 1936

Paréntesis lingüístico. Grafías, logías y cracías. Ahora (Madrid), 11 de marzo de 1936

Cine sonoro revolucionario. Ahora (Madrid), 17 de marzo de 1936

Acción religiosa y acción política. Ahora (Madrid), 20 de marzo de 1936

Ayer, hoy y mañana…. Ahora (Madrid), 27 de marzo de 1936

En la muerte de D. Hipólito R. Pinilla. El Adelanto (Salamanca), 31 de marzo de 1936

Venizelos. Ahora (Madrid), 31 de marzo de 1936

Fallas y quemas. Ahora (Madrid), 3 de abril de 1936

Palinodia o canto de gallina. Ahora (Madrid), 10 de abril de 1936

El espolón y el codaste. Ahora (Madrid), 14 de abril de 1936

Potencias limbales. Ahora (Madrid), 17 de abril de 1936

Mis santas compañas I. Ahora (Madrid), 24 de abril de 1936

Mis santas compañas II. Ahora (Madrid), 28 de abril de 1936

La historia en plano. Ahora (Madrid), 2 de mayo de 1936

Don Estanislao Figueras. Ahora (Madrid), 8 de mayo de 1936

Schura Waldajewa. Ahora (Madrid), 12 de mayo de 1936

Sentido histórico. Ahora (Madrid), 15 de mayo de 1936

Mañana será otro día. Ahora (Madrid), 20 de mayo de 1936

Teatralerías de morcilleo. Ahora (Madrid), 26 de mayo de 1936

Trabajadores de toda clase. Ahora (Madrid), 5 de junio de 1936

Ensayo de revolución. Ahora (Madrid), 7 de junio de 1936

El día de la infancia. Ahora (Madrid), 12 de junio de 1936

Don Baldomero Espartero. Ahora (Madrid), 26 de junio de 1936

Huichilobos y el bisonte de Altamira. Ahora (Madrid), 28 de junio de 1936

Justicia y Bienestar. Ahora (Madrid), 3 de julio de 1936

¡Paciencia y barajar!. Ahora (Madrid), 8 de julio de 1936

Mandarines y no mandones. Ahora (Madrid), 15 de julio de 1936

Emigraciones. Ahora (Madrid), 19 de julio de 1936

Mensaje de la Universidad de Salamanca a las Universidades y Academias del mundo acerca de la guerra civil española. 20 de septiembre de 1936

Manifiesto sobre la guerra civil. A partir del 23 de octubre de 1936

Notas sobre la guerra civil. 28 de diciembre de 1936

1931 – La promesa de la nueva España

La promesa de España. I. Pleito de historia y no de sociología.

El Sol (Madrid), 13 de mayo de 1931

Se ha dicho que la filosofía de la Historia es el arte de profetizar el pasado; mas es lo cierto que no cabe profecía ni del porvenir sino a base de Historia, aunque sin filosofía. Lo que puede prometer la nueva España, la España republicana que acaba de nacer, sólo cabe conjeturarlo por el examen de cómo se ha hecho esta España que de pronto ha roto su envoltura de crisálida y ha surgido al sol como mariposa. El proceso de formación empezó en 1898, a raíz de nuestro desastre colonial, de la pérdida de las últimas colonias ultramarinas de la corona, más que de la nación española.

En España había la conciencia de que la rendición de Santiago de Cuba, en la forma en que se hizo, no fue por heroicidad caballeresca, sino para salvar la monarquía, y desde entonces, desde el Tratado de París, se fue formando sordamente un sentimiento de desafección a la dinastía borbónico-habsburgiana. Cuando entró a reinar el actual ex rey, D. Alfonso de Borbón y Habsburgo Lorena, se propuso reparar la mengua de la Regencia y soñó en un Imperio ibérico, con Portugal, cuya conquista tuvo planeada, con Gibraltar y todo el norte de Marruecos, incluso Tánger. Y todo ello bajo un régimen imperial y absolutista. Sentíase, como Habsburgo, un nuevo Carlos V. Se le llamó "el Africano". Atendía sobre todo al generalato del Ejército y al episcopado de la Iglesia, con lo que fomentó el pretorianismo —más bien cesarianismo— y el alto clericalismo. Y en cuanto al pueblo proletario, hizo que sus Gobiernos, en especial los conservadores, iniciasen una serie de reformas de legislación social, con objeto de conjurar el movimiento socialista, y aun el sindicalista, que empezaba a tomar vuelos. Y no se puede negar que a principios de su reinado gozó de una cierta popularidad, debida en gran parte al juego peligroso que se traía con sus ministros responsables, de quienes se burlaba constantemente, y por encima de los cuales dirigía personalmente la política, y hasta la internacional, que era lo más grave.

Surgió la Gran Guerra cuando España estaba empeñada en la de Marruecos, guerra colonial para establecer un Protectorado civil, según acuerdos internacionales desde el punto de vista de la nación, pero guerra de conquista, guerra imperialista, desde el punto de vista del reino, de la corona. En un documento dirigido al rey por el episcopado, documento que el mismo rey inspiró, se le llamaba a esa guerra *cruzada*, y así la llamó el rey mismo más adelante, en un lamentable discurso que leyó ante el Pontífice romano. Cruzada que el pueblo español repudiaba y contra la cual se manifestó varias veces. Y al surgir la guerra europea, D. Alfonso se pronunció por la neutralidad —una neutralidad forzada—, pero simpatizando con los Imperios centrales. Era, al fin, un Habsburgo más que un Borbón. Su

ensueño era el que yo llamaba el Vice-Imperio Ibérico; *vice*, porque había de ser bajo la protección de Alemania y Austria, y que comprendería, con toda la Península, inclusos Gibraltar y Portugal —cuyas colonias se apropiarían Alemania y Austria—, Marruecos. Fueron vencidos los Imperios Centrales, y con ello fue vencido el nonato Vice-Imperio Ibérico, y entonces mismo fue vencida la monarquía borbónico-habsburgiana de España. Entonces se remachó el divorcio entre la nación y la realeza, entre la patria española y el patrimonio real.

A esto vinieron a unirse nuestros desastres en África, que reavivaban las heridas, aun no del todo cicatrizadas, del gran desastre colonial de 1898. El de 1921, el de Annual, fue atribuido por la conciencia nacional al rey mismo, a D. Alfonso, que por encima de sus ministros y del alto comisario de Marruecos dirigió la acometida del desgraciado general Fernández Silvestre contra Abd-el-Krim, a fin de asegurarse, con la toma de Alhucemas, el Protectorado —en rigor la conquista, en cruzada— de Tánger. Alzóse en toda España un clamoreo pidiendo responsabilidades, y se buscaba la del rey mismo, según la Constitución, irresponsable. Fui yo el que más acusé al Rey, y le acusé públicamente y no sin violencia. Y el rey mismo, en una entrevista muy comentada que con él tuve, me dijo que, en efecto, había que exigir todas las responsabilidades, hasta las suyas si le alcanzaran. Y en tanto, con su característica doblez, preparaba el golpe de Estado del 13 de septiembre de 1923, que fue él quien lo fraguó y dirigió, sirviéndose del pobre botarate de Primo de Rivera.

Es innegable que el golpe de Estado del 13 de septiembre de 1923 fue recibido con agrado por una gran parte de la nación, que esperaba que concluyese con el llamado antiguo régimen, con el de los viejos políticos y de los caciques, a los que se hacía culpables de las desdichas de la política de cruzada. Fuimos en un principio muy pocos, pero muy pocos, los que, como yo, nos pronunciamos contra la Dictadura, y más al verla originada en un pronunciamiento pretoriano, y declaramos que de los males de la patria era más culpable el rey que los políticos. Nuestra campaña —que yo la llevé sobre todo desde el destierro, en Francia, adonde me llevó la Dictadura— fue, más aún que republicana, antimonárquica, y más aún que antimonárquica, antialfonsina. Sostuve que si las formas de gobierno son accidentales, las personas que las encarnan son sustanciales, y que el pleito de Monarquía o República es cosa de Historia y no de sociología. Y si hemos traído a la mayoría de los españoles conscientes al republicanismo, ha sido por antialfonsinismo, por reacción contra la política imperialista y patrimonialista del último Habsburgo de España. En contra de lo que se hacía creer en el Extranjero, puede asegurarse que después de 1921 D. Alfonso no tenía personalmente un solo partidario leal y sincero, ni aún entre los monárquicos, y que era, si no odiado, por lo menos despreciado por su pueblo.

La dictadura ha servido para hacer la educación cívica del pueblo español, y sobre todo de su juventud. La generación que ha entrado en la mayor edad civil y política durante esos ocho vergonzosos años de arbitrariedad judicial, de despilfarro económico, de censura inquisitorial, de pretorianismo y de impuesto optimismo de real orden; esa generación es la que está haciendo la nueva España de mañana. Es esa generación la que ha dirigido las memorables y admirables elecciones municipales plebiscitarias del 12 de abril, en que fue destronado incruentamente, con papeletas de voto y sin otras armas, Alfonso XIII. Y han dirigido esas elecciones hasta los jóvenes que no tenían aún voto. Son los hijos los que han

arrastrado a sus padres a esa proclamación de la conciencia nacional. Y a los muchachos, a los jóvenes, se han unido las más de las mujeres españolas, que, como en la Guerra de la Independencia de 1808 contra el imperialismo napoleónico, se han pronunciado contra el imperialismo del bisnieto de Fernando VII, el que se arrastró a los pies del Bonaparte.

Partidarios de la persona de D. Alfonso no los había, y si se le sostenía era por ver imposible su sucesión, dada su desgraciada herencia familiar, y por estimar muchos que el fin de la Monarquía española era un salto en las tinieblas. La Monarquía o el caos, decían. Y anunciaban toda clase de fieros males y vaticinaban el comunismo o sovietismo, ese coco de una desdichada clase social cegada que no sabía ver al pueblo en que vivía y del que vivía. Desdichada clase a la que más que el resultado del plebiscito contra el rey, del 12 del mes de abril, le ha sorprendido la compostura, la serenidad, el orden del pueblo español después de su triunfo contra el futuro Emperador de Iberia.

Ver artículo publicado (pdf)

La promesa de España. II. Comunismo, fascismo, reacción clerical y problema agrícola.

El Sol (Madrid), 14 de mayo de 1931

El comunismo no es, hoy por hoy, un serio peligro en España. La mentalidad, o, mejor, la espiritualidad del pueblo español no es comunista. Los sindicalistas españoles son de temperamento anarquista; son en el fondo, y no se me lo tome a paradoja, anarquistas conservadores. La disciplina dictatorial del sovietismo es en España tan difícil de arraigar como la disciplina dictatorial del fascismo. Los proletarios españoles no soportarían la llamada dictadura del proletariado. A lo que hay que añadir que, como España no entró en la Gran Guerra, no se han formado aquí esas grandes masas de excombatientes habituados a la holganza de los campamentos y las trincheras, holganza en que se arriesga la vida, pero se desacostumbra el soldado al trabajo regular y se hace un profesional de las armas, un mercenario, un pretoriano. Los mozos españoles que volvían de Marruecos volvían odiando el cuartel y el campamento. Y el servicio militar obligatorio ha hecho a nuestra juventud de tal modo antimilitarista, que creo se ha acabado en España la era de los pronunciamientos. Y, con ello, la posibilidad de *soviets* a la rusa y de *fasci* a la italiana. Y si es cierto que tenemos un Ejército excesivo —herencia de nuestras guerras civiles y coloniales—, este Ejército se compone de las llamadas clases de segunda categoría, de oficialidad y de un generalato monstruoso. Todo este terrible peso castrense es de origen económico. El Ejército español ha sido siempre un Ejército de pobres. Pobres los conquistadores de América, pobres los tercios de Flandes. La alta nobleza española, palaciega y cortesana, ha rehuido la milicia. Y ese Ejército formaba y aún forma —hoy con la Gendarmería, la

Guardia de Seguridad y hasta la Policía— algo así como aquella reserva de que hablaba Carlos Marx. Son el excedente del proletariado a que tiene que mantener la burguesía. El ejército profesional es un modo de dar de comer a los sin trabajo. El cuartel hace la función que en nuestro siglo XVII hacía el convento. Pero ya hoy muchos de los que antes iban frailes se van para guardias civiles.

No creo, pues, que haya peligro ni de comunismo ni de fascismo. Cuando al estallar la sublevación de Jaca, en diciembre del año pasado, el Gabinete del rey y el rey mismo voceaban que era un movimiento comunista, sabían que no era así y mentían —don Alfonso mentía siempre, hasta cuando decía la verdad, porque entonces no la creía—, y mentían en vista al Extranjero. Y ahora todas esas pobres gentes adineradas y medrosas se asombran, más aún que del admirable espectáculo del plebiscito antimonárquico, de que no haya empezado el reparto. Y los que huyen de España, llevándose algunos cuanto pueden de sus capitales, no es tanto por miedo a la expropiación comunista cuanto a que se les pidan cuentas y se les exijan responsabilidades por sus desmanes caciquiles.

Añádase que en estos años se ha ido haciendo la educación civil y social del pueblo. Es ya una leyenda lo del analfabetismo. El progreso de la ilustración popular es evidente. Y en una gran parte del pueblo esa educación se ha hecho de propio impulso, para adquirir conciencia de sus derechos. España es acaso uno de los países en que hay más autodidactos. Hoy, en los campos de Andalucía y de Extremadura, en los descansos de la siega y de otras faenas agrícolas, los campesinos no se reúnen ya para beber, sino para oír la lectura, que hace uno de ellos, de relatos e informes de lo que ocurre acaso en Rusia. "Temo más a los obreros leídos que a los borrachos", me decía un terrateniente. Y en cuanto a la pequeña burguesía, a la pobre clase media baja, jamás se ha leído como se lee hoy en España. Sólo los ignorantes de la historia ambiente y presente pueden hablar hoy de la ignorancia española. Como tampoco de nuestro fanatismo.

Porque, en efecto, si no es de temer hoy en España un sovietismo o un fascismo a base de militarismo de milicia, tampoco es de temer una reacción clerical. El actual pueblo católico español —católico litúrgico y estético más que dogmático y ético— tiene poco o nada de clerical. Y aquí no se conoce nada que se parezca a lo que en América llaman *fundamentalismo*, ni nadie concibe en España que se le persiga judicialmente a un profesor por profesar el darwinismo. El espíritu católico español de hoy, pese a la leyenda de la Inquisición —que fue más arma política de raza que religiosa de creencia—, no concibe los excesos del *cant* puritanesco. Aquí no caben ni las extravagancias del *Ku-Klux-Klan* ni los furores de la *ley seca* en lo que tengan de inquisición puritana. Ahora, que acaso no convenga en la naciente República española la separación de la Iglesia del Estado, sino la absoluta libertad de cultos y el subvencionar a la Iglesia católica, sin concederle privilegios, y como Iglesia española, sometida al Estado, y no separada de él. Iglesia católica, es decir, universal, pero española, con universalidad a la española, pero tampoco de imperialismo. Se ha de reprimir el espíritu anticristiano que llevó al episcopado del rey y al rey mismo a predicar la cruzada. Los jóvenes españoles de hoy, los que se han elevado a la conciencia de su españolidad en estos años de la Dictadura, bajo el capullo de ésta, no consentirán que se trate de convertir a los moros a *cristazo limpio*. Y en esto les ayudarán sus hermanas, sus mujeres, sus madres. Y a la mujer española, sobre todo a la del pueblo, no se la maneja

desde el confesonario. Y en cuanto a las *damas* de acción católica, su espíritu —o lo que sea— es, más que religioso, económico. Para ellas el clero no es más que gendarmería.

Hay el problema del campo. Mientras en una parte de España el mal está en el latifundio, en otra parte, acaso más poblada, el mal estriba en la excesiva parcelación del suelo. El origen del problema habría que buscarlo en el tránsito del régimen ganadero —en un principio de trashumancia— al agrícola. Las mesetas centrales española fueron de pastoreo y de bosques. Las roturaciones han acabado por empobrecerlas, y hoy, mientras prosperan las regiones que se dedican al pastoreo y a las industrias pecuarias, se empobrecen y despueblan las cerealíferas. Mas éste, como el de la relación entre la industria —en gran parte, en España, parasitaria— y la agricultura, es problema en que no se puede entrar en estas notas sobre la promesa de España.

Ver artículo publicado (pdf)

La promesa de España. III. Los comuneros de hoy se han alzado contra el descendiente de los Austrias y Borbones.

El Sol (Madrid), 16 de mayo de 1931

Hay otro problema que acucia y hasta acongoja a mi patria española, y es de su íntima constitución nacional, el de la unidad nacional, el de si la República ha de ser federal o unitaria. Unitaria no quiere decir, es claro, centralista, y en cuanto a federal, hay que saber que lo que en España se llama por lo común federalismo tiene muy poco del federalismo de *The Federalist o New Constitution*, de Alejandro Hamilton, Jay y Madison. La República española de 1873 se ahogó en el cantonalismo disociativo. Lo que aquí se llama federar es desfederar, no unir lo que está separado, sino separar lo que está unido. Es de temer que en ciertas regiones, entre ellas mi nativo País Vasco, una federación desfederativa, a la antigua española, dividiera a los ciudadanos de ellas, de esas regiones, en dos clases: los indígenas o nativos y los forasteros o advenedizos, con distintos derechos políticos y hasta civiles. ¡Cuántas veces en estas luchas de regionalismos, me he acordado del heroico Abraham Lincoln y de la tan instructiva guerra de Secesión norteamericana! En que el problema de la esclavitud no fue, como es sabido, sino la ocasión para que se planteara el otro, el gran problema de la constitución nacional y de si una nación hecha por la Historia es una mera sociedad mercantil que se puede rescindir a petición de un parte, o es un organismo.

Aquí, en España, este problema se ha enfocado sentimentalmente, y sin gran sentido político, por el lado de las lenguas regionales no oficiales, como son el catalán, el valenciano, el mallorquín, el vascuence y el gallego. Por lo que hace a mi nativo País Vasco, desde hace años vengo sosteniendo que si sería torpeza insigne y tiránica querer abolir y ahogar el vascuence, ya que agoniza, sería tan torpe

pretender galvanizarlo. Para nosotros, los vascos, el español es como un máuser o un arado de vertedera, y no hemos de servirnos de nuestra vieja y venerable espingarda o del arado romano o celta, heredado de los abuelos, aunque se los conserve, no para defenderse con aquella ni para arar con éste. La bilingüidad oficial sería un disparate; un disparate la obligatoriedad de la enseñanza del vascuence en país vasco, en el que ya la mayoría habla español. Ni en Irlanda libre se les ha ocurrido cosa análoga. Y aunque el catalán sea una lengua de cultura, con una rica literatura y uso cancilleresco hasta el siglo XV, y que enmudeció en tal respecto en los siglos XVI, XVII y XVIII, para renacer, algo artificialmente, en el XIX, sería mantener una especie de esclavitud mental el mantener al campesino pirenaico catalán en el desconocimiento del español —lengua internacional—, y sería una pretensión absurda la de pretender que todo español no catalán que vaya a ejercer cargo público en Cataluña tuviera que servirse del idioma catalán, mejor o peor unificado, pues el catalán, como el vascuence, es un conglomerado de dialectos. La bilingüidad oficial no va a ser posible en una nación como España, ya federada por siglos de convivencia histórica de sus distintos pueblos. Y en otros respectos que no los de la lengua, la desasimilación sería otro desastre. Eso de que Cataluña, Vasconia, Galicia… hayan sido oprimidas por el Estado español no es más que un desatino. Y hay que repetir que unitarismo no es centralismo. Mas es de esperar que, una vez desaparecida de España la dinastía borbónica-habsburgiana y, con ella, los procedimientos de centralización burocrática, todos los españoles, los de todas las regiones, nosotros los vascos como los demás, llegaremos a comprender que la llamada personalidad de las regiones —que es en gran parte, como el de la raza, no más que un mito sentimental— se cumple y perfecciona mejor en la unidad política de una gran nación, como la española, dotada de una lengua internacional. Y no más de esto.

Por lo que hace al problema de la Hacienda pública, España no tiene hoy deuda exterior ni tiene que pagar reparaciones, y en cuanto al crédito económico, éste se ha de afirmar y robustecer cuando se vea con qué cordura, con qué serenidad, con qué *orden* ha cambiado nuestro pueblo su régimen secular. España sabrá pagar sin caer en las garras de la usura de la Banca internacional.

En 1492, España —más propiamente Castilla— descubría y empezaba a poblar de europeos el Nuevo Mundo, bajo el reinado de las Reyes Católicos Fernando V de Aragón e Isabel I de Castilla. Unos veintiséis años después, en 1518, entraba en España su nieto, Carlos de Habsburgo, primero de España y quinto de Alemania, de que era Emperador, como nieto de Maximiliano. Carlos V torció la obra de sus abuelos españoles, llevando a España a guerras por asentar la hegemonía de la Casa de Austria en Europa, y la Contra-Reforma, en lucha con los luteranos. Con ello quedó en segundo plano la españolización de América y del norte de África. En 1898, rigiendo a España una Habsburgo, una hija de la Casa de Austria, perdió la corona española sus últimas posesiones en América y en Asia, y tuvo la nación que volver a recogerse en sí. En 1518, al entrar el Emperador Carlos en la patria de su madre, las Comunidades de Castilla, los llamados comuneros, se alzaron en armas contra él y el cortejo de flamencos que le acompañaba, movidos de un sentimiento nacional. Fueron vencidos. Dos dinastías, la de Austria y la de Borbón, han regido durante cuatro siglos los destinos universales de España. Estando ésta bajo un Borbón, el abyecto Fernando VII, el gran Emperador intruso, Napoleón Bonaparte, provocó el levantamiento de las colonias americanas de la corona de España. El nieto de Fernando VII,

descendiente de los Austrias y los Borbones, ha querido rehacer otro Imperio, y de nuevo las Comunidades de España, los comuneros de hoy, se han alzado contra él, y con el voto han arrojado al último Habsburgo imperial. España ha dejado del otro lado de los mares, con su lengua, su religión y sus tradiciones, Repúblicas hispánicas, y ahora, en obra de íntima reconstrucción nacional, ha creado una nueva República hispánica, hermana de las que fueron sus hijas. Y así se marca el destino universal de *spanish speaking folk*. Podemos decir que ha sido por misterioso proceso histórico la gran Hispania ultramarina, la de los Reyes Católicos, la que ha creado la Nueva España que al extremo occidental de Europa acaba de nacer.

Ver artículo publicado (pdf)

¿A quién le pego?

El Sol (Madrid), 22 de mayo de 1931

Corre por estas tierras un suceso muy significativo de un sujeto, creo que de Fuentelapeña, apodado, por cierto "el Obispo". Y es que se hallaba una vez presenciando una capea en la plaza del pueblo, muy tranquilo y sosegado, solo entre los demás, con su lomo en tripa, su pan y su bota de vino, y entre las piernas —hallábase sentado— una larga vara. De pronto estalló cerca de él, en el tablado, un alboroto, dos que se trabaron primero de palabras y luego de manos y empezó la refriega. Al percatarse de ello "el Obispo", ajeno al caso y con quien no iba nada, despertó como de un sueño, púsose en pie, blandió la vara haciendo con ella un molinete y mirando, sin ver, al alto, voceó: "¿A quién le pego?" He aquí un hombre representativo y simbólico este "Obispo" de Fuentelapeña, que estaba en "¿A quién le pego?" Sus congéneres verbenean ahora a merced de la histeria colectiva que se da en llamar espíritu revolucionario, aunque ni de revolución y ni siquiera de revolucionarismo tenga mucho. Tiene más del famoso grito de ficción de guerra de los tarasconenses tartarinescos, aquel "fem du bruit", esto es, "metamos ruidos". Que recuerda a su vez el de destruir "en medio del estruendo" lo existente de aquel D. Juan Prim y Prats, el que desde fuera de España ganó la batalla de Alcolea.

¡Cuántas veces me tengo que acordar en estos días del "Obispo" de Fuentelapeña y de su vara! ¡Cuántas veces de Prim! ¡Y cuántas de las *Reflexiones sobre la violencia*, de Jorge Sorel! Los recordaba sobre todo una tarde en que en mi querido Ateneo Literario, Artístico y Científico de Madrid presencié, hace muy poco, una novillada. Esperando —y mi espera fue frustrada— que de allí saliera la dictadura de la mocedad ateneísta en España. Porque me parece mucho más congruente que el pedirle a un Gobierno, y a un Gobierno en que no se confía, que ejerza la dictadura, el recabarla para sí quien se la pida. ¡Dictaduras al dictado, no! Pero, ¡ay!, no salió de allí la dictadura que yo, con expectación más bien estética, esperaba. Todo acabó en una votación después de un regular voceo.

Y ahora quiero comentar brevemente una de las peticiones de aquel "¿A quién le pegamos?" moceril. Es la de la disolución de los Cuerpos de la Guardia civil y de Seguridad y creación de milicias armadas, cuyos cuadros se formarán dentro de las organizaciones obreras y de los partidos republicanos.

Parece natural que los miembros de las organizaciones obreras y de los partidos republicanos que tengan oficio o beneficio, que se ganen su vida con una profesión o menester calificados, no vayan a dejar éstos para hacerse milicianos, es decir, mercenarios del Estado, con camisa roja, negra, amarilla, azul o verde. Guardia verde llaman a la de los "schupos". Estos milicianos armados para sustituir a los disueltos Cuerpos de la Guardia civil y de Seguridad, no podrían simultanear su función miliciana con las obligaciones de sus respectivos oficios, sino que harían de la milicia revolucionaria un oficio y un beneficio. La solución habría de ser, pues, la de formar esas milicias con los obreros parados, esta nueva categoría que tanto se parece a lo que se llamaban "esquiroles", y a lo que Carlos Marx llamó el ejército de reserva. Pero es claro que al dar así ocupación a los obreros parados, formando con ellos Soviets de milicianos o fajos —"fasci" en italiano—, quedarían sin ocupación los actuales guardias civiles y guardias de Seguridad, vulgo "romanones", y estos pasarían a ser obreros parados. Con lo que nada se habría resuelto.

¿Que los guardias civiles y "romanones" actuales tienen sobre sí estos o los otros defectos de ordenanza que les han atraído la enemiga de una gran parte del pueblo español? Bueno; pero al verse armados esos sujetos salidos no de las organizaciones obreras ni de los partidos republicanos, sino de la reserva de los sin trabajo, de los parados, ¿no brotarían en ellos las mismas características que han hecho odiosos a una parte del pueblo a los actuales guardadores del llamado orden? Dudo mucho de que a la larga los obreros de verdad, los que quieren ganarse la vida sirviendo al bien público, soportaran a los que armados habrían de protegerlos. Todos los regímenes han acabado por sucumbir bajo la tiranía de los encargados de sostenerlos con las armas. El mismo proletariado sucumbe al fin al yugo de los pretorianos del proletarismo. Milicia revolucionaria armada, Soviet de soldados rojos, fajo de camisas negras, todo es igual. ¿Qué salida hay para esto?

Dejemos el "¿A quién le pego?" para verlo.

Ver artículo publicado (pdf)

Cristianismo monárquico y monarquismo cristiano

El Sol (Madrid), 29 de mayo de 1931

He leído que en alguna procesión u otro acto público de culto católico algunas damas dieron en gritar: "¡Viva Cristo Rey!" No es de creer que quisieran decir "¡Viva el Rey!", que no debe ser ya, como lo era

antes del advenimiento de la República, un grito subversivo, sino, por inocente, permisible, y que lo de sacar el Cristo fuese para despistar; suponemos más bien que con este piadoso grito trataran de manifestar su cristianismo monárquico o su monarquismo cristiano, lo que no es igual. De todos modos, el "¡Viva Cristo!" con rey o sin rey es algo así como aquel "¡Viva Dios!" que solía lanzar el piadosísimo general carlista Lizárraga cuando entraban en acción sus tropas. "¡Viva Dios!" que no es el "vive Dios que…" clásico y castizo, sino algo como el ya famoso "¡viva la Virgen!" Ingenuas y candorosas explosiones de un simplicísimo sentimiento religioso. Pero por si en ese grito se oculta otro sentido, bueno será que esas damas se den cuenta de la realeza evangélica de Cristo.

Cuenta el cuarto Evangelio (Juan, VI, 15) que cuando después que Jesús multiplicó los panes y los peces para los cinco mil varones que se recostaron sobre mucha hierba, éstos quisieron arrebatarle y hacerle rey, y retiróse él solo al monte. Huía de que le hicieran rey y no más que por haber multiplicado peces y panes. Peces y panes que son cosa de este mundo, mientras que el reino de Cristo no es de este mundo, como se lo dijo él mismo a Pilatos (XVIII, 36). Era Pilatos, el que lo entregó a los judíos para que lo crucificaran, el que se empeñaba en proclamarle rey. "¿Luego eres tú rey?", le preguntó, y respondió Jesús: "Tú dices que yo soy rey" (v. 37). Y fue Pilatos mismo el que le hizo proclamar rey cuando hizo poner en la cabecera de la cruz en que agonizó y murió aquel letrero trilingüe en que decía: *Jesús Nazareno, rey de los judíos*, y el que al decírsele que pusiese que había sido el mismo Jesús el que se dijo rey, contestó: "Lo escrito, escrito queda." (Juan, XIX, 19-23). ¿Y qué hay en este pleito entre Jesús y Pilatos a cuenta de la realeza de aquel?

Lo que hay es que el Cristo no se sentía rey de este mundo, rey político, sino que eran las turbas hambrientas de pan y de peces las que querían hacerle rey, y él huía de esas turbas y de la política nacionalista de ellas. Por lo que le tentaban los escribas y fariseos para presentarlo como un sedicioso, un faccioso contra el César, y es cuando dijo lo de "Dad al César lo que es del César", es decir, el tributo y con él la política. Escribas, fariseos y sacerdotes, para quienes el Cristo era un faccioso, un sedicioso, un antipatriota, que ponía en peligro la independencia de la nación judía. "Si le dejamos —decían—, todos creerán en él, y vendrán los romanos y quitarán nuestro lugar y la nación" (Juan, XI, 48), y luego: "Nos conviene que un hombre muera por el pueblo, y no que toda la nación se pierda" (v. 50). Y por esto, por antipatriota, hicieron los sacerdotes que se le crucificara, y por lo mismo hizo poner Pilatos el letrero trilingüe, como queriendo decir: este es un sedicioso alzado contra el César. Mas él, el Cristo, jamás se proclamó rey de este mundo, rey político. Agonizó y murió bajo el rótulo de rey, y fue rey de agonía.

El Cristo rey, pues, y no de este mundo, es el Cristo desnudo, sin manto ni cetro, crucificado por antipatriota y agonizando en la cruz, el Cristo de la agonizante también piedad popular cristiana española. Y a ese Cristo desnudo y ensangrentado y acardenalado se le adivinan, casi se le trasparentan tras las lívidas carnes, las entrañas todas. Allí dentro hay entrañas de hombre, estómago, hígado, bazo, pulmones, corazón, las vísceras todas. Y sería un despropósito querer sacarle una cualquiera de ellas y ponérsela fuera, sobrepuesta. ¿Qué sentido tendría ponerle o pintarle a un Cristo crucificado y desnudo un corazón al lado izquierdo del pecho? Revolveríase contra esa incongruencia tanto el sentimiento

religioso como el estético. ¡Poner un corazón de pega sobre la carne que guarda el corazón entrañado! Un corazón así, de pega, a modo de una condecoración, sólo se explica sobre la túnica de un Cristo vestido, que acaso no es más que un maniquí. Un corazón así, de pega, desprendido de la red toda visceral de que forma parte, sólo se explica sobre una túnica que quiere acaso ser manto real, manto político. Y sobre ese corazón de pega, que no es el corazón entrañado del cuerpo desnudo y agonizante, sobre ese corazón un "Reinaré en España y con más veneración que en otras partes."

Y ese corazón ensento, separatista —pues se separa del resto de las entrañas corporales— y real, es un corazón que a las veces se trueca en olla ciega o alcancía, si es que no en buzón. Pues le hay que recibe papeletas en que van escritos los nombres de los donantes que contribuyeron con mayores cantidades a la erección del monumento. Lo cual tiene sin duda que ver con los panes y los peces, pero no con la realeza del otro mundo, sino con el tributo del César.

Si las damas de la Acción Católica que lanzan al aire esos vivas inflamados de monarquismo leyeran más los evangelios —con notas o sin ellas— que las revelaciones de Santa Margarita María de Alacoque, podrían darse más clara cuenta de la realeza de Cristo y a la vez de su cordialidad. Y si estudiasen un poco de anatomía y fisiología, aprenderían que el corazón, el de entraña y no el de pega, es algo más que una bomba aspirante e impelente.

Ver artículo publicado (pdf)

Lo religioso, lo irreligioso y lo antirreligioso

El Sol (Madrid), 4 de junio de 1931

Seguimos percutiendo y auscultando el espíritu público español, que no es lo mismo que la opinión, pues la llamada opinión pública no siempre tiene limpia conciencia de su propio espíritu. El examen de conciencia colectiva, y más que colectiva, común, es más difícil aún que el examen de conciencia individual, y todos los confesores y curadores de almas saben cuán difícil es éste.

Seguimos percutiendo y auscultando a este espíritu público español, atacado hoy de hiperestesia, de histeria y hasta de epilepsia, Los más de los españoles con algo de conciencia común, de conciencia civil o política, ni saben lo que quieren y ni siquiera saben lo que no quieren. Muchas de las explosiones públicas no son más que ataques epilépticos. Y en ellos, el público, o se muerde la lengua o irrumpe en gritos inarticulados, que no son otra cosa los más de los vivas y de los mueras. Nos basta volver la vista a las jornadas de las quemas de conventos.

Es indudable, a las quemas de conventos se unieron profesionales del motín, deportistas de la violencia; pero es no menos indudable que esa obra tuvo si un carácter económico, un carácter también religioso,

o sea antirreligioso. No irreligioso. Porque toda protesta, pacífica o belicosa, contra una forma de religión, se hace movido por otra forma de religión. La irreligión, la verdadera irreligión, no protesta nunca, ni pacífica ni belicosamente. Se limita a ignorar la religión —y con ella a ignorar la irreligiosidad— y a encogerse de hombros ante ella. El ateo religioso, el que profesa la religión —que lo es— del ateísmo, cree en el anti-Dios. Cree tanto como el creyente en Dios. Todo acto antirreligioso, que es acto religioso, es acto de fe. Tan de fe es creer que hay Dios como lo es creer que no lo hay. ¿Saberlo… decía? Sí, ya sé que dicen que saber no es creer, que saber es cosa de razón. Pero después de todo si fe es, según nos reza el catecismo del P. Astete, creer lo que no vimos, razón —razón religiosa— es creer lo que vemos. ¡Y qué terrible es la religiosidad racionalista!

"La religión es el opio del pueblo", dicen que decía aquel terrible profeta, hoy canonizado y erigido en momia de idolatría, que fue Lenin. No sé si dijo "opio del pueblo" o si dijo "opio para el pueblo"; pero es igual. Opio para el pueblo, elaborado por el pueblo mismo. Y lo es toda religión, incluso ¡claro está!, la religión de Lenin, el materialismo histórico de Carlos Marx —otro profeta canonizado—, elevado a religión bolchevista, con sus dogmas, su disciplina, su jerarquía y su liturgia. Y es que el pueblo apetece opio, porque lo necesita. Uno u otro opio, el ruso ortodoxo, el católico, el nacionalista o el bolchevista. Necesita opio para calmar sus dolores y hasta su hambre; necesita opio para consolarse de haber nacido a esta vida pasajera. Y ese opio es creer en otra vida, o después de la muerte corporal o antes de ésta. ¿Qué es el comunismo sino fe en otra vida? O en otra sociedad, que es lo mismo. Opio es toda utopía, aunque se envuelva en cientifismo.

Es pues religión el bolchevismo ruso, y lo es el fajismo italiano, y lo es el socialnacionalismo tudesco, y lo es el americanismo, y lo es el sindicalismo anarquista, y empieza a serlo el neorrepublicanismo español, que aun no sabe bien ni lo que quiere ni lo que no quiere. Y quema conventos para ver si a la luz de sus llamas ve salir el sol —hay quien enciende una candela para verlo nacer—, y no ve más que humo. Y todo es opio; opio para calmar los dolorosos retortijones del hambre espiritual, del hambre de personalidad —individual o colectiva—, del hambre de historicidad, del hambre de inmortalidad histórica. A los más de los quemadores de conventos les mueve el ansia de representar un papel en la tragedia de la Historia, de salir a escena, aunque sea como coristas, y, el que puede, de partiquino. "Estamos viviendo unos momentos históricos", me decía un pobre mozalbete, atosigado de la peor literatura llamada proletaria. Literatura novelística, claro es.

¡Hambre de historicidad! ¡Hambre de celebridad! ¡Qué sentimiento tan divino! En unas oposiciones a escuelas de niños que se celebraban en Salamanca, un opositor, un maestrillo, explicaba en un ejercicio a unos niños el pasaje aquel del Catecismo en que el P. Astete nos dice que Dios hizo el mundo para hacerse célebre. Y el juez del Tribunal de oposiciones que me lo contaba me decía riendo: "Ya ve usted, no sabía explicarse eso de que uno haga algo para su propia gloria como no sea para hacerse célebre, para ganar renombre." Y yo le contesté: "Pues se lo explica muy bien el pobre maestrillo que oposita para ganarse un sueldecillo. ¿No reza usted todos los días *santificado sea el tu nombre*? Pues santificar el nombre de Dios —el nombre, fíjese usted— es darle renombre, es celebrarlo, es hacerle célebre a Dios, a Dios, cuya gloria celebran los cielos." Y le hice comprender al pedagogo que la ingenua

religiosidad del pobre —¡y tan pobre!— maestrillo no iba descaminada, que el maestrillo tenía conciencia histórica.

¿Y la gloria de la República española? O sea, ¿y la religiosidad civil española? Porque si ha de haber una verdadera unidad española, si España ha de ser una nación con una conciencia común, ha de ser sobre el cimiento de un sentimiento común de una misión del pueblo español. Y ahora nos falta averiguar, percutiendo y auscultando, si ese sentimiento se fragua bajo los ataques histéricos.

Ver artículo publicado (pdf)

Sobre el divorcio

El Sol (Madrid), 13 de junio de 1931

Cuando me disponía a comentar bien lo que me escribió el amigo Mourlane respecto al Dios de mi tierra, y con ello mi lema de Dios, Patria y Ley —Dios sobre todo—, bien las pintorescas incidencias de la proclamación del Estatuto gallego, con su característico regodeo de quejumbre y el inevitable mito de la esclavitud celta, he aquí que se me atraviesa un tema intercurrente, debido a una de esas que llaman encuestas y propiamente deberían llamarse *enquestas*, o mejor, *enquisas*. Gusto muy poco de ellas. No me place ser *enquestado* o *enquisado*, y menos ser entrevistado o *entreparlado*. No sé por qué a los que, por mal de nuestros pecados o por nuestra buena suerte, hemos llegado a cierta notoriedad pública, se nos ha de requerir para que opinemos, y a tenazón, de lo que se presente de moda. Y en este caso se me ha querido inquirir lo que del divorcio me parezca, y si creo que deba o no establecerse en España.

Es esa cuestión del divorcio una de las cuestiones interesantísimas que no han logrado nunca interesarme. No me interesa familiarmente, pues no se ha presentado el problema ni en mi propia familia ni en aquellas que me son, por más conocidas, más queridas. No me interesa literaria ni estéticamente, como tesis de comedias, o de cuentos, o novelas, porque ni me siento Alejandro Dumas, hijo, ni Linares Rivas, hijo también, ni me creo con dotes para hacer literatura de divorcio a base de divorcios literarios. Tampoco me interesa jurídicamente, porque, no siendo yo ni siquiera licenciado en Derecho, carezco de clientela de bufete de abogado, en que se me podría presentar el caso. Pero puesto que, por lo visto, éste se quiere poner de moda y podría uno venir a dar en legislador, no he de rehuir el exponer unas ligerísimas consideraciones sobre el divorcio.

Todo este pequeño toletole de la necesidad de implantar el divorcio en España me parece que obedece más que a ansias de los malmaridados, a una especie de sentimiento anticanónico o, si se quiere, anticlerical, respecto al matrimonio. Es éste, en efecto, para la Iglesia católica, canónicamente, un sacramento indisoluble, aunque parece ser que en estos últimos tiempos esa indisolubilidad ha aflojado

mucho, y son bastantes los matrimonios canónicos que se disuelven por sugestiones más o menos napoleónicas o económicas. El Estado, por su parte, tiende a civilizar el matrimonio, a hacerlo un contrato meramente civil, sin reconocer efectos civiles al sacramento meramente canónico y no registrado civilmente. De un lado, pues, la canonización sacramental del contrato civil, y de otro, la civilización contractual del sacramento canónico.

Para la Iglesia, el matrimonio puramente civil entre fieles no pasa de ser un concubinato, y para el Estado un mero sacramento no tiene, sin más, efectos civiles. Lo mismo que un reo puede ser absuelto en el sacramento de la penitencia, y hasta ser canonizado, sin que por eso se libre de la pena, y acaso de una ejecución capital. Y esto de la civilización o canonización es tal, que hoy, en España, un ordenado "in sacris", un sacerdote católico, no puede casarse civilmente, y aun cuando el celibato eclesiástico no es propiamente derecho canónico. Ni se puede civilizar a las barraganas.

Aparte de los efectos civiles, el cuidado de los hijos cuando los haya, el mantenimiento, la herencia, etc., hay el aspecto que podríamos llamar social, o mejor, ético, y es cómo han de ser recibidos en sociedad y qué estimación pública se ha de otorgar a los divorciados y vueltos a casar. Mas esto no depende de legislación, y hoy la sociedad, hasta la más gazmoña, no usa de melindres a este respecto. Es más: se ha hecho en ciertos países de tan buen tono el divorcio, que hay ya quienes se casan para divorciarse. El divorcio da un cierto picante a una nueva aventura matrimonial. Esto es muy cinemático.

Claro está que éstas son cosas de lo que llamamos burguesía y de la aristocracia. El que se llama por antonomasia pueblo no se preocupa apenas del divorcio. Es problema que al verdadero proletario, al que tiene que cuidar de su prole, no se le suele presentar. Y es que en el proletario, en el obrero, la igualdad de los sexos es mayor. Téngase en cuenta las familias obreras en que la mujer es más sostén de ellas que el marido. Hay obreros parados que comen a cuenta de la mujer y que, en vez de obreros en paro, son maridos en parada. Marido u hombre. "¡Es mi hombre!" —bella expresión—. A la que responde: "¡Es mi mujer!" "Mi mujer", y no mi esposa o mi señora, denominaciones pedantescas. Y pedantesca también "mi compañera", de los que quieren dar a entender que ni canonizaron ni civilizaron su matrimonio. ¡Pero en punto a denominaciones estilísticas!… Con decir que aún hace poco he leído a un escritor que muy en serio le llamaba a su padre "el autor de mis días…"

Ver artículo publicado (pdf)

Caciquismo, fulanismo y otros "ismos".

El Sol (Madrid), 18 de junio de 1931

En mayo de 1901 contribuí con un escrito a la información que, dirigida por Joaquín Costa, abrió la

Sección de Ciencias Históricas del Ateneo de Madrid sobre *Oligarquía y caciquismo como la forma actual de gobierno en España; urgencia y modo de cambiarla*. De los sesenta y cuatro contribuyentes a ella —entre los que figuraban D. Antonio Maura, Pi y Margall, Ramón y Cajal, Azcárate y otros así— sólo dos, mi amiga la Pardo Bazán y yo, tratamos de representar al caciquismo como la forma más natural de gobierno popular en España, "la única forma de gobierno posible, dado nuestro íntimo estado social", dije entonces. "El cacique —añadí— es la ley viva, personificada; es algo que se ve y se toca y a quien se siente; la ley, cosa abstracta y escrita." "No es el mal el cacique en sí; el mal es como el cacique sea." Y escribí también —¡hace treinta años!— "lo que ocurre es que el instrumento con que los hombres hacen hombres son las ideas, y que sin hombres no hacen ideas las ideas".

Dos años después, en abril de 1903, publiqué mi *Sobre el fulanismo*, que figura en el tomo IV de mis *Ensayos*. Y en él remaché mi tesis personalista. Las personas y no las cosas —contra Marx— son las que hacen la Historia. Un hombre, un hombre entero y verdadero, es una idea mucho más rica que lo que llamamos una idea. Y ésta tiene peores contradicciones íntimas que las que pueda tener un hombre. Los más grandes y más fecundos movimientos históricos, empezando por el cristianismo, llevan apelativo personal. Hegelianismo quiere decir algo; idealismo absoluto, muy poco o nada. Marxismo es algo; socialismo, casi nada. No he entendido el transformismo hasta que no estudié el darvinismo. ¿Revoluciones de ideales? Rousseau engendró en la Revolución francesa a Napoleón I, y Dostoyeusqui —más que Marx— engendró en la revolución rusa a Lenin. Y en cuanto al jacobinismo y al bolchevismo se me escapan por su falta de personalidad. Donde no asgo una persona no retengo un ideal.

Por esto me parece que estuvo acertado Sánchez Guerra en Córdoba al presentar como bandera su nombre, como programa sus actos y como promesa la de cumplir con su deber, y esto aunque se rechacen su bandera, su programa y su promesa. Y por esto me parece que en la actual campaña electoral no se hace sino confundirle al pueblo con eso de la derecha liberal republicana, del partido republicano liberal demócrata, el radical, el republicano radical socialista, el de acción republicana, el de al servicio de la República, el federal, el socialista… y todos los otros, más o menos extravagantes. ¿Qué entiende de eso el pueblo?

El hecho es que en estos años de dictadura se han traducido no pocas ideas políticas, pero no se ha traducido, que yo sepa, un solo hombre; se han formado acaso opiniones; pero cuántas personas se han formado? Y así nos presentamos a un pueblo profundamente personalista o fulanista, que no entiende de abstracciones ideológicas, sino de concreciones psicológicas. Los más de nuestro lugares se hallan divididos en dos partidos: el de los antiequisistas, que siguen a Zeda, y el de los antizedistas, que siguen a Equis, y todos son antis, y todos son fulanistas. Y en el fondo todos son adictos. ¿Ahora republicanos? Topé con un tío cazurro que me dijo que era republicano antirrepublicanista, y admiré su castizo ingenio barroco.

Y a este pueblo así, en busca de nuevos caciques —el anticaciquismo es siempre caciquista— se le presenta una lechigada de candidatos desconocidos que van a ver si hacen su personalidad en las Constituyentes caniculares. ¡Lo que tendrán que sudarla! Después de las próximas elecciones tendremos que erigir un monumento en forma de urna al elector desconocido.

Y menos mal los que, como D. José Sánchez Guerra, pueden presentarse como banderas o símbolos de lo que sea; lo peor es los que tienen que esbozar un programa. ¡Un programa! Nunca lo he podido hacer ni para la asignatura que explico, y eso que es reglamentario; me he limitado a copiar el índice de cualquier libro de texto. ¡Programa! ¡Asignatura! Son después de "pluscuamperfecto", las palabras más feas que hay en castellano. Y bien decía Carlos Marx que el que traza programas para el porvenir es un reaccionario. Y como no se pueden trazar para el pasado… Ya que en este caso serían metagramas; y páseseme el voquible.

¿Cuántos partidos van a surgir de las Constituyentes? El Diablo lo sabe. Y sólo Dios, los hombres, las personas, que van a surgir o resurgir, que van a nacer o renacer —resucitar— en ellas. Y entre tanto ya hay quienes están pensando en la persona a la que van a enterrar o a enjaular en la Presidencia de la República española. Yo, para entre mí, y por seguir moda, tengo dos candidatos: uno, si se tratase de entierro, y otro, si se tratase de enjaule; pero, ¡claro está!, me los reservo y callo, pues no quiero pasar por malicioso.

¿Y cuántos partidos van a hundirse en las próximas Cortes? Alguno hay que teme llegar a constituir mayoría en ellas: le teme a la responsabilidad del Poder no compartido con otro partido; le teme acaso a su propio programa. Que es lo que sucede cuando éste, el programa, es un índice de actuaciones en vez de ser una metodología.

Y ahora, lector desconocido —tan heroico y respetable, pues me aguantas, como el elector desconocido, como mi elector desconocido—, voy a formarme candidato en una campaña electorera más bien que electoral. De la que espero salir ganándome; ganándome a mí mismo, que no es igual que ganar un acta de diputado constituyente. Y si me pierdo, no si pierdo la elección, sino si me pierdo, ya sé lo que me espera. Dios me libre.

Ver artículo publicado (pdf)

La antorcha del ideal

El Sol (Madrid), 23 de junio de 1931

"¡Hay que mantener en alto la antorcha del ideal!" Al pelo, amigo mío, linda frase, muy linda frase. Pero… sí; pero la mano que tiene la antorcha, que la mantiene, es de carne y hueso y no de bronce, y se cansa y se abate. ¿Estatua? ¡Ay, amigo; terrible cosa tener que hacer de estatua! Hay en el Palais Royal de París una en mármol, de Rodin, representando a Víctor Hugo con un brazo extendido, y éste… apuntalado por el mismo Rodin. Y a los modelos de tales actitudes, para pintura o escultura, se les suele sostener el brazo con un cordel que cuelga del techo. Y es experto ve en la imagen, aunque invisible, el

cordel del modelo. Y hay experto, que como aquel de que nos habla Browning, al ver una estatua de Laoconte sin serpientes, mientras los demás que la miran creen que está desperezándose y bostezando, adivina él que es que está luchando con un enemigo invisible. ¡Con unas serpientes invisibles! ¡Y lo que duele, amigo, el cordel que cuelga del cielo! Usted, que es ante todo y después de todo un esteta, no lo comprende. O mejor, no lo con-sabe ni lo con-siente.

Cuenta el *Libro del Éxodo* en su capítulo XVII, que cuando peeaba Israel contra Amalec, si Moisés alzaba su mano, Israel prevalecía; pero cuando la bajaba, prevalecía Amalec, y que como las manos de Moisés estaban pesadas, le hicieron sentarse en una piedra y Aarón y Hur le sostenían las manos, el uno de una parte y el otro de la otra, y que así hubo en sus manos firmeza hasta que se puso el sol. Las palmas de los pies de Moisés, descansando, no apoyándose en tierra, y las plantas de sus manos apoyadas en otras manos. Palmas de pies de peregrino, plantas de manos de legislador. Y muerto luego Moisés en la cumbre de Pisga, del monte de Nebo, en la tierra de Moab, frente a la tierra de promisión, en la que no le fue dado por el Señor entrar, pasó Josué a ella el Jordán, con el arca de la alianza.

¿Conoces, amigo, aquel denso poema de Alfredo de Vigny titulado *Moisés*? Oiga algo de él: "Y tomando lugar de pie, delante de Dios, Moisés, en la nube oscura, le hablaba cara a cara. Y decía al Señor: ¿No he de acabar? ¿Adónde quieres que lleve todavía mis pasos? ¿He de vivir, pues, siempre, poderoso y solitario? ¡Déjame dormirme con el sueño de la tierra! ¿Qué te he hecho para ser tu elegido? He conducido a tu pueblo a donde has querido, y he aquí que su pie toca a la tierra prometida. De ti a él que se tome otro la mediación y que ponga el freno al corcel de Israel; yo le lego mi libro y la vara de bronce." Y todo lo demás que le dice y que conviene, amigo, que lo lea en el original de Vigny en poético francés, denso y fluido. Y aquí debo advertirle que el agua corriente, líquida y fluida, es más densa que el hielo sólido, pues éste flota en aquella. Y que yo aquí me veo constreñido a traducir a Vigny en prosa sólida y no en verso líquido.

He vuelto a leer el *Moisés* del gran poeta al recibir, amigo, con su amonestación su linda frase de la antorcha del ideal. Y he repasado mi pasado.

Soy, ¿debo decírselo?, uno de los que más han contribuido a traer al pueblo español la República, tan mentada y comentada. Pero ahora, en el umbral de la puerta entornada de la España de promisión, sienten las palmas de mis pies de peregrino ganas de césped de hierba fresca en que descansar sin apretarla, y sienten las plantas de mis manos de escritor ganas de sostén de familiares y de discípulos. Y veo la cumbre del monte Nebo, el Pisga, que se me aparecen en sueños algo así como el picacho del Almanzor, en Gredos, esa vértebra cervical del espinazo —rosario, dice el pueblo— de las dos Castillas, la leonesa y la manchega, la del Cid y la de Don Quijote. Que vengan pues los Josués.

Que vengan los Josués que le hagan pararse al Sol, o que, a lo menos, nuevos Espronceda le conminen a que se pare para oírles su ardiente saludo. "Para y óyeme, ¡oh Sol!, yo te saludo"… Esto no es de Vigny. Y que el Sol, que es la mejor antorcha del ideal, les oiga, y que ellos hagan a su vez de estatuas saludadoras. ¿No entramos ya en un nuevo mundo y en una era nueva? Y que esos Josués pasen con sus arcas el Jordán, que es un Rubicón, y tras el cual les aguarda la inevitable guerra civil inacabable, lo

que otros llaman revolución, la revolución permanente del profeta israelita Trotzki, el avance sin muga. Yo, amigo, vengo del siglo XIX liberal y aburguesado; los sueños de mi niñez se brizaron al fragor de aquellas modestas guerras civiles de 1874, cuando el cursi himno de Riego espoleaba corazones. Pase, amigo, pase el Jordán-Rubicón y entre en la nueva España, en la España federal y revolucionaria. Yo me quedaré en Gredos, pues empiezan a caérseme las manos y los pies. Cada vez sueño más con hierba fresca y verde, para descansar sobre ella o debajo de ella, al sol del cielo o a la sombra de la tierra.

Y ahora vuelvo a releer el *Moisés* de Vigny, y vuelvo a oírle cómo le dice al Señor terrible, de quien ver la cara es morirse:

"Vous m'avez fait viellir puissant et solitaire,
laissez-moi m'endormir du sommeil de la terre."

Ver artículo publicado (pdf)

Egologías y consistiduras

El Sol (Madrid), 26 de junio de 1931

En burla, aunque injusta, de la escolástica medieval ha podido decirse que sus diferentes escuelas hacían consistir las cosas, ya en la consistidura, ya en el consistir, ya en el consistimiento, ya en la consistencia, ya en otras denominaciones, que no definiciones, análogas. En resolución, logomaquias. Y ni cabe llamarlas ideologías, sino fonologías; pues no se trata de ideas, sino de voces. Y hoy nos encontramos en una escolástica política y revolucionaria. Las supuestas definiciones no son más que denominaciones, en que a las veces el toque está en el orden de factores, que parece alterar el producto. Así hemos oído la diferencia que va del socialnacionalismo al nacionalsocialismo, dos consistiduras diferentes y un solo camelo verdadero. Y alguien nos ha preguntado seriamente si radical socialista es lo mismo que socialista radical, a lo que, ¡es claro!, no supimos qué responderle. Otras veces el punto estriba en obtener un anagrama de iniciales, y así hemos pensado en lanzar el partido revolucionario individualista popular, o sea R. I. P. ¡Y amén! Fonología más o menos…

¿Pero es que el orden de los factores no altera el producto? Ahí está el viejo lema tradicionalista de "Dios, Patria y Rey", que los directoriales de la Unión Ptriótica cambiaron en "Patria, Religión y Monarquía". Y lo cambiaron por inspiración fajista, para poner la Patria por encima de todo, en concepción y sentimiento paganos. Y como no se atrevieron a ponerla antes que Dios, a hacer del Estado Dios, a la pagana, cambiaron los personales y concretos Dios y Rey por los impersonales y abstractos Religión y Monarquía. Aunque, en rigor, en vez de Religión debieron haber dicho Iglesia. Y dejarle siempre a Dios fuera.

¿Qué es hoy la lucha en Italia entre el fajismo y el vaticanismo, que parecieron conchabarse un momento? ¿Qué es el duelo entre Mussolini y Pío XI? Es el mismo viejo duelo medieval entre el Pontificado y el Imperio, entre la Iglesia y el Estado, entre la religión y la patria. Dejándole siempre fuera a Dios, que no necesita ni de Pontificado, ni de Iglesia, ni de religión, y mucho menos de Imperio, de Estado o de Patria.

¡Dios! ¡Dios sobre todo! Sí; pero para el místico, para el perfecto individualista, para el que resiste a todo partido civil. Dios es el universal concreto, el de mayor extensión y, a la vez, de mayor comprensión; el Alma del Universo, o dicho en crudo, el yo, el individuo personal, eternizado e infinitizado. Toda teología es una *egología*. Y por eso aquel nuestro R. P. fray Juan de los Ángeles, franciscano, aquel que dijo que Dios "en cuanto hizo dejó olor de su divinidad y grandeza", y que "viviendo en carne mortal nunca se ven y gozan los rayos de su divina luz si no es por entre los dedos de las manos de Dios", exclamó en un arrebato de divino egoísmo: "¡Yo para Dios, y Dios para mí, y no más mundo!" Mas, ¿qué era Dios para el ególogo fray Juan de los Ángeles? Era: "que se debe considerar todo el mundo como un cuerpo, cuyos miembros son todas las criaturas, y cuya ánima es Dios". Y así nuestro castizo místico franciscano español, al no pedir más mundo que Dios es que pedía el alma del mundo, con sus criaturas todas. Su alma, no su idea; personalidad, no idealidad. ¿Mas es esta posición civil?

¿Civil? San Agustín habló no de Estado, ni de Imperio, ni de Patria, pero ni propiamente de Iglesia, de Pontificado o de religión, sino de la Ciudad de Dios. San Agustín era un jurista romano y su teología fue jurisprudencia. Y en concepción agustiniana cabe invocar a Dios por encima de la patria y de la religión, del Estado y de la Iglesia, del Imperio y del Pontificado, que son cosas del cuerpo del mundo, pero no de su alma, no de su alma inmortal. Y el terrible —¡terrible, sí!— místico ególogo —ególogo y egolátrico—, al pedir esa alma del mundo, pide una ciudad, pide una comunidad, pide una comunión. ¿O no es acaso que al enseñarnos el Credo, en la escuela, antes de "la resurrección de la carne y la vida perdurable", se nos enseñó a creer en "la comunión de los santos"? ¿Y qué es la comunión o la comunidad de los santos en la vida perdurable sino la Ciudad celeste de Dios, la eterna sociedad futura? ¿Qué es, sino la patria eterna e infinita, el reino de Cristo, que no es de este mundo?

¿Logomaquias? ¿Egologías? ¿Consistiduras? Dicho llanamente: que al poner a Dios, a mi Dios, sobre todo y por encima de la patria y de la religión, del Estado y de la Iglesia, del Imperio y del Pontificado, declaro que hay algo que no puedo ni debo sacrificar ni a la patria, ni a la religión, ni al Estado, ni a la Iglesia. ¿Qué es esto?

¿He de continuar? Porque cualquiera se hace oír sobre esto en medio del actual barullo de escolástica de partidos políticos con sus definiciones… fonológicas. O sea verbales. Y verbosas.

Y a este lector que me pide que no abuse de la Historia Sagrada, he de decirle que toda historia es sagrada, que la Historia es el pensamiento de Dios, y que su fin es forjar, no patria, ni Estados, ni Imperios, sino almas individuales, personas, hombres. Como el lector ése y como

Miguel de Unamuno.

Ver artículo publicado (pdf)

Nación, estado, iglesia, religión

El Sol (Madrid), 2 de julio de 1931

Heme recogido esquivando el trajín de las elecciones, o, mejor, de los escrutinios. Tengo algo más que escudriñar —o desgorgojar, que se diría traduciendo del catalán— que no votos de sufragio. Ni he de comentar elecciones, escrutinios y escudriños, ¿para qué? Comentaré, en rumia, mi último comentario aquel en que os decía de la Iglesia y del Estado, del Pontificado y del Imperio, la patria y la religión. Porque me he dado cuenta de que nos conviene precisar más las palabras, ya que toda lógica es gramática.

Y ante todo hay que percatarse bien de lo que quieren decir Iglesia y Estado, y más ahora en que tanto se asenderea lo de su mutua separación. Primero, Iglesia. Iglesia es —así se nos enseñó en el Catecismo— "la congregación de los fieles todos", no de los clérigos sólo, de los fieles, la inmensa mayoría de los cuales la forman laicos o legos. La Iglesia no es, pues, la clerecía, no es el cuerpo sacerdotal, no es lo que podríamos llamar la burocracia eclesiástica. Y hay iglesias sin clerecía.

Y si la Iglesia no puede confundirse con la clerecía, o reducirse a ésta, tampoco se puede confundir la nación con el Estado, o reducirse a éste. Si hay palabra ambigua es esta de Estado, con la que juegan federales, comunistas, anarquistas, sindicalistas y sus adversarios y contradictores. Estados o estamentos se llamó a las clases que estaban representadas en las Cortes: nobleza, clero, burguesía, estado llano. Y Estado suele llamarse a la corporación de los que ejercen el Poder público, a la burocracia a que viven sujetos los llamados Gobiernos. De donde resulta que el Estado viene a ser a la nación lo que la clerecía a la Iglesia. Y preguntar si cabe nación sin Estado es como preguntar si cabe Iglesia sin clerecía, por mínimos que el Estado y la clerecía sean.

¡Sin clerecía! Ni para entrar en la Iglesia cristiana católica hace falta, ya que se entra por el bautismo, y puede bautizar cualquier hombre o mujer en uso de razón. Como en el sacramento del matrimonio son ministros los contrayentes, los que se casan. Dos casos del hondo laicismo de nuestra religión oficial y popular española. Laicismo que late en muchas de sus prácticas y en muchos de sus cultos. El feligrés y vecino de un pueblecillo se siente tal, feligrés y vecino sin relación al párroco y al alcalde. La honda unidad del pueblecillo no depende de los agentes de la autoridad, como son párroco y alcalde, sino de la autoridad misma, que es algo impersonal y colectivo, llámese parroquia o concejo.

¿Separar la Iglesia del Estado? ¿Qué quiere decir esto? ¿Quiere decir separar la clerecía de la

burocracia civil? ¿Que no cobre el clero de los impuestos públicos? ¿Que no sea el cura un funcionario civil? Entonces habría que ver si ello conviene a la nación y a la Iglesia, a la patria y a la religión. Porque eso de que la religión es asunto puramente individual o privado, resulta, históricamente, un error. La religión sea lo que fuere, es un lazo entre individuos, un lazo que religa. Lo que es la religión bolchevique y lo que es la religión fajista. Fajismo, de fajo —palabra que tomamos hace siglos del italiano *fascio*, haz, las dos del latín *fascis*—, no es sino religionismo, bien que pagano. Es religionismo nacionalista o de Estado.

Cuando se discuta, pues, la separación de la Iglesia y del Estado, véase si conviene a la Iglesia, a la religión, y a la vez a la nación, a la patria, a separar la clerecía de la burocracia civil; pero no se crea que el problema toca a lo hondo de la Iglesia y de la nación, de la religión y de la patria. La nación, la patria, se sostiene en un culto a la Historia, al pasado que no pasa, al pasado eterno, que es a la vez presente y porvenir eternos, que es eternidad, que es historia. El culto a los muertos, que no es culto a la muerte, sino a la inmortalidad; el culto a los muertos siempre vivos es el principio espiritual de la continuidad humana, es la tradición siempre en progreso. Y esta Iglesia y esta nación son inseparables. El día en que de un rito o de otro, con agua o sin ella, se deje de bautizar al que entra en una comunidad nacional se habrá acabado la nación. Y esto aunque subsista el Estado, como un tumor que aún persiste sobre un cadáver. Y de esto nos enseña aquel hondo fenómeno histórico de laicización de una Iglesia nacional, que fue el movimiento husita —el de Juan Hus— en Bohemia, donde la nación, sacudiendo el Estado imperial austríaco, ha renacido como Checoslovaquia.

Católicos anticlericales conozco, pero también conozco clericales anticatólicos. Y sé que el problema ese de la separación de que se habla no era un problema religioso sino económico. Y en cuanto a las Órdenes llamadas religiosas, no olvidemos que sus corporaciones se nutren por una especie de recluta malthusiana. Y que ahora tales corporaciones o comunidades, a favor de la persecución que las amaga, se encuentran en una especie de disolución íntima.

Ver artículo publicado (pdf)

El Estatuto o los desterrados de sus propios lares

El Sol (Madrid), 7 de julio de 1931

"¡Enhorabuena!", y un saludo de paso. Esto los que no piden albricias. Y uno se queda diciéndose para sí: "¿En hora buena?, no, sino ¡en mala hora!", y rumiando aquellas amargas palabras de Job (VII, 20): "Por qué me pusiste por blanco tuyo y soy para mí mismo insoportable?" Porque hay no ya horas, sino días y años y aun siglos malos; hay horas de resaca. Son las que siguen a todo empuje de revolución confundente.

Sí, ya sabemos que hay quienes condenan toda sinceridad, quienes predican un eso que llaman optimismo oficial, quienes llaman derrotismo a la limpieza de visión. Pero suelen ser los que no tienen el sentimiento de la responsabilidad, esto es: los resentidos. Lo que no quiere decir, ¡claro está!, que el resentimiento no sea una fuerza y muy grande. Basta mirar a Rusia, a la Rusia actual, y mirarla a través del evangelio de Dostoyevsqui, el gran profeta de los resentidos, el Bautista de Lenin. Pero…

He visto no sé dónde que Nietzsche decía que la enfermedad apetece lo que la mantiene como tal enfermedad. Y esto parece que lo saben muy bien los alcohólicos, los morfinómanos y… casi todos los enfermos. Entre ellos, los resentidos. Sean hombres o pueblos. Porque hay pueblos resentidos, y los pueblos resentidos apetecen su propia disolución, aunque la llamen renovación. Pues si corre tanto aquella sentencia —creo que traída de Italia— de "o renovarse o morir", la nuestra, la castiza, la española, es la que solí recordar nuestro buen amigo Schopenhauer, aquella de "genio y figura hasta la sepultura". O sea que el renovarse y el morir es uno y lo mismo. Y hay, repito, un instinto disolutivo. O resentimental.

Yo, que había tratado a algunos irlandeses "sinn feiners" ("nosotros mismos"), esos sedicentes celtas, quejumbrosos, del arpa y la verdura, cuando alcanzaron su independencia de Inglaterra, me dije: "Y ahora, que no les queda ya resentirse de Inglaterra, ¿qué van a hacer?" Ya sé lo que seguirá haciendo, o mejor, diciendo, un Bernard Shaw, pongo por caso; pero Bernard Shaw no es un irlandés ortodoxo, ciento por ciento. No es ni siquiera O'Shaw. Es un hereje absoluto e integral; hasta de su propia herejía. Y supongo lo que seguirán haciendo y diciendo los unionistas —es decir, los verdaderos federales— del Ulster, los que no han consentido en perder la independencia espiritual del individuo, la mayor plenitud de aquellos llamados derechos individuales. Posición que comprendo y consiento muy bien yo, que, como español vasco, vi nacer y desarrollarse entre los fenianos de mi nativa tierra vasca, la que me ha hecho, aquella barbarie rústica del antimaquetismo, aquella barbarie de dividir a los convecinos y colaboradores en indígenas y advenedizos, en nativos y forasteros. Y eso que en mi nativo País Vasco, justo es decirlo, a ningún hombre sensato se le ocurría la estúpida ocurrencia de decir que nos mandaban desde el centro, lo que no era cierto. Mis paisanos, como todos los demás españoles se mandaban a sí mismos unos a otros. Y si había caciquismo, era indígena. Ni creo que a los mandones más o menos indígenas de mi tierra que andan destructurando un Estatuto se les ocurra el desatino histórico de exclamar: "¡Ya no nos mandan!" Esta sería una simpleza propia sólo de uno educado en el mando militar. El Estatuto, por lo demás y por lo que de él conozco, es algo en gran parte deliciosamente infantil y no habrá gran daño para mis paisanos liberales en que fuera aprobado por España, pues las más absurdas de sus prescripciones no podrán nunca llevarse a la práctica. Se resistirán a ellas los mismos a quienes se las quiere aplicar. Y si se intentara forzarles a seguirlas acabarían por sentirse advenedizos todos los nativos. Pues hay nacionalismos chicos con los que sólo se consigue hacer que uno se sienta desterrado en su propia tierra, forasteros en sus propios hogar y cuna, ahogado en aldeanería sin patria civil.

Allí, en la villa que fue mi cuna y mi primer hogar, en mi Bilbao nativa, siendo yo niño, cuando íbamos sde paseo los del Colegio a Begoña o a Abando, anteiglesias hoy anexionadas a la villa, leíamos en el

frente de sus sendas casas consistoriales: “Casa de la República”. Y no quería decir Casa de la República Española, sino que se llamaban a sí mismas la República de Begoña y la República de Abando. Y acaso el haberse federado la República de Abando con la villa de Bilbao fue lo que hizo germinar, por un proceso resentimental aldeano, en el alma simplicísima de Sabino Arana, lo que se llamó primero el bizcaitarrismo. Con b y con k, por supuesto, porque la v y la c son maquetánicas. Y si no, basta recorrer la epigrafía ibérica. ¡Sabrosos recuerdos infantiles! Sí; ¡pero ensueños infantiles! Muy dulces para brizados por zorcico, jota, muiñeira, sardana o seguidilla; pero… Un mandón no puede ser un vate más o menos melenudo y jocoso-floral. La política no es orfeón. Y menos orfeón de chiquillos de una o de otra edad. Dulce cosa la niñez, y más dulce la segunda niñez, la última; lo presiento, ¡ay!, con una amarga dulzura; pero… ¡Qué casas aquellas de las repúblicas aldeanas de Begoña y de Abando! Donde se alzaba esta, en la plaza de Albia, se alza hoy la estatua de Antón el de los Cantares, poeta infantil y aldeano, el primero que me hizo llorar. ¿Cuál será el último?

Ver artículo publicado (pdf)

Entre encinas castellanas

El Sol (Madrid), 11 de julio de 1931

Hace poco, con motivo de la campaña electoral a que mi historia me empujó, fui algunas veces, soslayando a los hombres, a cruzar campos por entre estas matriarcales encinas castellanas. Matriarcales, velazqueñas y quijotescas. Llevando siempre en el hondón de mi memoria la visión de una tarde en que al ponerse el sol contemplé plantado al pie de una encina un toro tan berroqueño como ella, y detrás, de fondo, frisando en el ocaso, el oleaje dorado de un trigal.

¡La encina! ¡Símbolo y emblema secular del alma de esta tierra! “Robusta” la llamó Don Quijote, es decir, robliza, y es, de hecho, hermana del roble, el árbol santo de Guernica, el de las libertades vascas, que extendía su fruto por el mundo todo. La encina, árbol que parece de roca, de berrueco, dura, prieta, inmoble al viento, de oscuro follaje perenne. Negra —*ilice nera*— la llamó Carducci al cantar a las fuentes del Clitumno, y al maldecir al sauce llorón —*piangente salcio*— al “desmayo”, “amor de los tiempos humildes”. Estas robustas matriarcales encinas castellanas, de secular medro, que van siendo sustituidas, ¡lástima!, por esos pinos quejumbrosos —*¡queixumes dos pinos!*— y resinosos. Estas encinas que esconden recatadamente su flor, la candela, y dejan escabullir —o sea *escascabullir*, o salirse del cascabullo o cascabillo, del dedal— la bellota —“su dulce y sazonado fruto”, que dijo Don Quijote, para que se ceben cochinos en la montanera. Cochinos que mantendrán a los hombres. Y entre estas “robustas encinas” los “valientes alcornoques”, que alguna vez se casan con ellas y dan el curioso y rarísimo *mesto*, un mixto o mestizo de unas y de otros.

De las entrañas de la encina, de lo que se llama su corazón —corazón de encina—, del íntimo leño rojo de sus ramas gruesas, forjan los charros dulzainas. Sacan un rollo, lo perforan a lo largo con un asador en brasa y le ponen luego los agujeros para puntearla. Y así resultan melodiosas las rojas entrañas de la encina en que toca el dulzainero aires de la tierra castellana.

Por estas tierras, por estas dehesas, anduvimos, caballeros andantes, hace unos años llevando una campaña agraria, quijotesca, no electoral, hablándoles a los labriegos y gañanes de que de poco sirve dejarles las manos libres para el contrato de trabajo si con las cercas de los cotos se les ponen grillos a los pies. Y hemos podido ver al cabo de años el fruto de aquellas nuestras predicaciones. ¿Sólo de aquellas? Alguien nos precedió: un profeta mítico y místico. Que al recorrer ahora de nuevo estos campos he recordado otra predicación, una predicación propiamente comunista, al pie de una encina castellana, predicación de hace tres siglos y cuarto. Fue de Don Quijote, el gran comunero.

En el capítulo XI de la primera parte del libro se nos cuenta cómo el caballero, habiendo tomado "un puñado de bellotas en la mano y mirándolas atentamente, soltó la voz" a razones… comunistas. Fue cuando entonó aquella "arenga" de: "Dichosa edad y siglos dichosos aquellos a quien los antiguos pusieron nombre de dorados…", y lo de que entonces se ignoraban estas dos palabras de *tuyo* y *mío*", pues eran en aquella santa edad todas las cosas comunes", y todo lo demás, que podemos, como los cabreros que lo oyeron, volverlo a oír, leyéndolo del libro los que no se lo sepan ya de coro. "Larga arenga", que, según el malicioso Cervantes, "se pudiera muy bien excusar" Don Quijote, y a la que aquél, el historiador, llamó "inútil razonamiento". Pero yo, el comentarista, al comentar la "arenga" en mi *Vida de Don Quijote y Sancho* hace ya más de un siglo, sostuve, como hoy sostengo, que no fue inútil el razonamiento comunista del caballero y que les llegó al fondo del alma a los cabreros, que, aunque al pronto parezcan no entender, entienden al cabo, y que hay que hablarles como se habla a Dios, del hondo del corazón, y en la lengua en que se habla uno a sí mismo a solas y en silencio. La música de las palabras resonará en las mentes de los cabreros —dije y digo— mejor que en la mente de los bachilleres al arte de Sansón Carrasco. En aquel mi comentario expresé mi fe en el poder de la palabra pura, mi fe en Don Quijote, "dando al aire de que respiraban todos reposadas palabras vibrantes de una voz llena de amor y de esperanza".

Y he vuelto a oír, he vuelto a oír entre las matriarcales encinas castellanas, surgiendo de sus melodiosas entrañas, la voz de Don Quijote, y he vuelto encontrar a sus cabreros. Y sigue sonando la dulzaina castellana, sólo que ahora suena son de lucha entrañable.

Días antes de emprender esta campaña me paseaba por otro encinar, el del Pardo, a las puertas de la Villa y Corte del Oso y del Madroño. Y me acordaba de la agonía del penúltimo Borbón de España, de Alfonso XII, que soñando en el hijo —¿hijo o hija?— que le iba a nacer estertoreaba entre las encinas del Pardo: "¡qué conflicto!, ¡qué conflicto!" Y no sé si en aquel Pardo hubo o no pacto. Y luego, últimamente, entre esas mismas tristes encinas languidecía, ajándose, el nieto y heredero del Restaurador. Y ahora que va por fin a abrirse al pueblo la dehesa del Pardo, podrán ir los españoles a escuchar lo que dicen las matriarcales y entrañadamente melodiosas encinas quijotescas a los pinos, los robles, los sauces, las hayas, los olivos, los avellanos, los algarrobos y los demás hijos de la roca ibérica.

¡Milenarias encinas castellanas a que riegan ramas del Duero y del Tajo, que Dios bendiga vuestro canto quijotesco, canto que me ha sido dado oír mientras miraba el oleaje dorado de la mies a espera de la hoz segadora!

República española y España republicana

El Sol (Madrid), 16 de julio de 1931

¡Qué hambre de soledad, Dios mío, qué hambre de soledad se le mete a uno hasta el tuétano del alma social —y no hay otra— en este torbellino de sociedad disociativa! Soledad, santa soledad en que vivir de recuerdos y de esperanzas sociales. Hambre de estar a solas con todo el Universo humano, que no es diferencial. Pero… apeémonos, y "llaneza, hermano, llaneza". Al llano, pues. ¿Se va a estar siempre haciendo de profeta, o qué?

¡Ahora hay que consolidar la República! —oigo—. Y me digo: "Ahora hay que consolidar, esto es, hay que consolidar a España". Porque en tanto oír hablar de la República española apenas se oye hablar de España, sin adjetivos. Y piense el lector si es lo mismo República española que España republicana.

A consolidarla, pues, a consolidarla, no sea que se nos liquide. Y en liquidación de quiebra, que sería lo peor.

¿Juego de palabras? ¿Gramatiquerías? Jugar con palabras suele ser jugar con fuego. Por palabra de más o de menos se matan los hermanos, o, lo que es peor, se niegan la hermandad. Y no es tan ocioso saber distinguir entre lo adjetivo y lo sustantivo. En el llamado antiguo régimen se llegó a decir que la patria y la Monarquía eran consustanciales; pero en este llamado nuevo se empieza a pensar —pensar es decirse algo— que son consustanciales la patria y la República. Y todo esto de la consustancialidad no es más que mitología, teológica o ateológica —total… ¡pata!—. ¡La de hogueras que encendió eso de la consustancialidad! Y sigue.

No, ni la Monarquía ni la República son sustancias, sino formas, y ni siquiera formas sustanciales, como los escolásticos le llamaban al alma, de la que decían que era la forma sustancial del cuerpo. ¿Es acaso una Monarquía, es una República la forma sustancial del cuerpo de la patria, del territorio nacional, del santo campo patrio en que reposan los restos de los que nos hicieron? Si es caso, lo sería el imperio. Porque el imperio, sí: el imperio puede llegar a ser forma sustancial de una patria. Lo que no quiere decir que llegue a ello siempre. Hay imperialismos insustanciales. Y teatrales. O, mejor, histriónicos. Sin que se olvide que el Imperio romano, el de los Césares, siguió llamándose República. Y que hoy hay Repúblicas, ya que no imperiales, imperialistas.

"¿Monarquía? ¿República? ¡Cataluña!" —dijo Cambó—. "¿Monarquía? ¿República? ¡España!"

—digamos—. Y a consolidarla, o sea a con-soldarla. Que lo que hoy busca España, de la que apenas hablan sus hijos, es su religión civil española, su ciudadanía universal o divina, sobre-humana.

"¿Es España una nación?" —me preguntaba un lego en Historia—. Y le dije: "España es internacional, que es modo universal de ser más que nación, sobre-nación." Un conglomerado de republiquetas no es nada universal si no se eleva a imperio. Y no achiquemos nación a un sentido lugareño, de lugar más o menos rico en vecindario, pues ni vecino es, sin más, ciudadano.

No, no se puede sacrificar España a la República. Ni vayamos a caer es superticiosas prácticas litúrgicas y mitológicas. Hace poco oíamos hablar de la bandera monárquica, llamándole así a la roja y gualda, la que empezó siendo de la Casa de Aragón y Cataluña, y lo fue de la República de 1873. La de la Casa de Borbón es la actual de la República Argentina. Y esta otra tricolor, roja, gualda y morada, ni sé quien la inventó ni cuándo, ni me importa mucho saberlo. Es asunto de familia…

¡Y lo que apasionan estas liturgias, zapatos nuevos para niños! Es como la heterografía. Pues hay una España con ñ, otra Espanya con ny, y hasta he leído en un escrito gallego una Hespaña, por no atreverse a escribirlo del todo a la portuguesa: Hespanha. ¡Y triste mirar estas niñería! ¡Pobre España nuestra, la de todos los españoles universales, sobrenacionales, la de nuestro verbo imperial, la que lanzó al cielo ultramarino aquel "¡tierra!" al columbrar la América que nos esperaba!

¡Qué hambre de soledad, Dios mío, qué hambre de soledad en que ensoñarme en mi Ciudad de Dios española, la de nuestro abolengo universal, la que está acaso gestando nuestro nietos universales, de cuando se nos haya caído esta sarna de resentimientos lugareños que nos corroe, este bocio de aldeanerías inciviles! Y cuenta, no se olvide, que hay aldeas y lugares millonarios.

Ver artículo publicado (pdf)

¡Pobres metecos!

El Sol (Madrid), 19 de julio de 1931

En el prólogo de la edición francesa del Baedecker se decía que el español es "pointilleux et ombraguex", quisquilloso y receloso. Y esto acaso se deba a esa terrible plaga nacional que es la envidia. ¿Sólo de España? ¡Lo que le preocupaba a Herodoto, el de la democracia helénica! Y recuerdo que en cierta ocasión me dijo Cambó en la plaza Mayor de Salamanca que la envidia nació en Cataluña. Pero. ¡es claro!, a cualquier otro ciudadano universal de España que se le oiga se le oirá decir lo mismo de su propia región o patria chica. Porque la envidia que es recíproca, es de estas patrizuelas que se achican. Lo más del anticaciquismo, ¿no es acaso producto de esa típica secreción democrática?

Y ahora veamos esas pequeñas anécdotas insignificantes a que esa enfermedad de la visión, que consiste en no poderse ver —de *invidere*, no ver, deriva *invidia*—, convierte en vigas las pajas. ¿Quién no ha oído la tópica anécdota de: "¡hable usted en cristiano!"? Y, sin embargo, esto es de un grosero rarísimo y excepcional. Y tal vez a ese grosero incomprensivo le provocó otro grosero que, pudiendo hablarle en comprensión mutua, prefirió molestarle poco cristianamente. Si bien esto era más raro aún. Porque mi experiencia personal en Cataluña me ha enseñado que en el "archivo de la cortesía", que dijo Cervantes, todos los hombres cultos —y no he tratado otros allí— se acomodan al modo de entendimiento mutuo. Y eso que yo les rogaba que me hablasen en su cristiano vernacular, pues deseaba ejercitar mi oído y mi sentido a su comprensión. Otra cosa habría sido sui hubiesen pretendido imponérmelo.

Esa tan asendereada y sobada anécdota revela un estado de lamentable neurastenia colectiva en quienes la recogen y repiten. Un pueblo sano de verdad no se percata de cosas como esas, o las olvida al punto. Es algo parecido a las pequeñeces que agrandó poéticamente la gran Rosalía a cuenta del trato que se daban los segadores gallegos y no que les daban los castellanos de Castilla. ¡Triste enfermedad esa de creerse un hombre o un pueblo vejados! ¿Tristes quisquillosidad y recelosidad españolas! ¡Triste manía persecutoria, colectiva, por donde se va a parar a las republiquetas de taifas, al pueril juego de estatutillos resentimentales!

Recuerdo ahora otra simpleza de pobres resentidos, y era la de creer que dialecto es respecto a idioma o lengua un término peyorativo, algo que expresa un grado inferior. "Dígame, D. Miguel —me preguntaba un ingenuo víctima de lo que hoy se llama un complejo de inferioridad—, esta nuestra lengua, ¿usted cree que es dialecto o idioma?" Y le respondí conforme a mi condenada profesión: "Mire, amigo, ello es cuestión de palabras, y pues que estamos en éstas, sepa que idioma significa lo particular, el resultado de la acción particularizadora, como poema es lo creado, y que si el poe-ma corresponde al poe-ta, lo creado al creador, el idio-ma corresponde al idio-ta, o sea al particular, que no empezó queriendo decir otra cosa esto del idiota. Un idiotismo es una particularidad." Y el buen amigo se quedó pensando no sé en qué, acaso en la generalidad más o menos particular; es decir, contradictoria. O dicho en oro y sin recovecos, que España tiene el deber de imponer a todos sus ciudadanos el conocimiento de la lengua o dialecto —me es igual— español; pero que no debe consentir el que se imponga —así, se imponga— a ninguno de ellos el bilingüismo. Sea bilingüe quien quiera, y trilingüe y políglota; ¿pero como obligación de ciudadanía?, ¡jamás! La ciudadanía es simple, y no la hay doble ni triple ni múltiple. Y en lenguas las hay diferenciales y las hay integrales.

A base de idiotismos, que degeneran en idioteces, de particularidades, de anécdotas, de antojos, de reconcomios, de visiones de ictericia, de agravios fantásticos, hay señoritos que quieren forjar la conciencia personal de pueblos sanos. ¡Qué cartas henchidas de amargura recibo de españoles que empiezan a sentirde tratados de metecos —meteco es algo así como maqueto— en su propia España, y a cuyos hijos se les quiere imponer una doble ciudadanía y con ella una doble comprensión cuando no se ha acabado la sencilla!

¡Pobres españoles que tendrán que pagar en represalia agravios históricos, los más de ellos más

supuestos que efectivos, de lejanos tatarabuelos, resentimientos que sólo conservan los neurasténicos! Porque miren, hermanos, que eso de recordar el "bol calp de fals" no es cosa de historia, sino de histeria. ¡Y pobres metecos!

Mas de esto de los metecos, maquetos, forasteros o advenedizos nos queda mucho que decir.

Ver artículo publicado (pdf)

Individuo y estado

El Sol (Madrid), 23 de julio de 1931

No bien leído en este mismo diario el artículo del amigo Araquistain sobre *El complejo sindicalista*, tomo la pluma, y no con talante polémico, para comentar algo de lo que en él dice su autor. Es esto: "La tesis del individualismo español, o sea el antiestatismo español, como generalización, me ha parecido siempre una tontería. Un régimen tan férreamente estatista como el que ha imperado en España durante tantos siglos no se explica sin una anuencia espiritual de la mayoría del pueblo."

Dejemos por ahora la segunda parte de lo citado, eso de que el régimen español haya sido férreamente estatista, lo que me parece un error de historia, sino que antes más bien lo que llamamos Estado o Poder central —que ni es central— ha sido en España de una debilidad manifiesta. Dejemos esto para detenernos en lo de "el individualismo español, o sea antiestatismo español"… ¿Es que son términos convertibles? ¿Es que el individualista, por serlo, es anti-estatista? ¿Es que quien pone sobre todo en el orden civil los llamados derechos individuales, los de la Revolución Francesa, es que el liberal, el neto liberal, se opone por ello al Estado? Creo más bien lo contrario, y más si por Estado entendemos el Poder más amplio, el más extenso, el más universal. Tratándose de individuos españoles, el Estado español, el Poder público de la nación española. Y digo que el individuo busca la garantía de sus derechos individuales en el Estado más extenso posible, a las veces, en Poderes internacionales. Lo que sabía muy bien Pi y Margall, que era un proudhoniano.

Por individualismo español, por liberalismo español, es por lo que vengo predicando contra Poderes intermedios, municipales, comarcales, regionales o lo que sean, que puedan cercenar la universalidad del individuo español, su españolidad universal. Yo sé que en mi nativa tierra vasca, por ejemplo, y lo mismo en Cataluña, en Galicia, en Andalucía o en otra región española cualquiera, ha de ser el Poder público de la nación española —llámesele, si se quiere, Estado español— el que ha de proteger la libertad del ciudadano español, sea o no nativo de la región en que habite y esté radicado en ella contra las intrusiones del espíritu particularista, del "estadillo" a que tiende la región. Como la experiencia me ha enseñado que los llamados caciques máximos o centrales, los grandes caciques del Estado, si alguna

vez se apoyaban en los caciquillos locales, comarcales o regionales, muchas más veces defendían a los desvalidos, a los ciudadanos sueltos, contra los atropellos de estos caciquillos.

Hay una conocidísima doctrina lógica que enseña que la comprensión de un concepto está en razón inversa de su extensión, que cuantas más notas la defines, se aplica a menos individuos, y así escarabajo-coleóptero-insecto-articulado-animal-viviente-ente, es serie que va creciendo en extensión y menguando en comprensión. Y así yo, mi propia individualidad, soy lo más comprensivo y lo menos extensivo, y el concepto de ente o ser lo más extensivo y lo menos comprensivo. Pero hay Dios, que es algo como lo que Hegel llamaba el universal concreto; hay el Universo, que sueño sea consciente de sí; hay la totalidad individualizada y personalizada, y hay, en el orden político, la Ciudad de Dios.

Es, pues, por individualismo, es por liberalismo, por lo que cuando se dice "Vasconia libre" —"Euskadi askatuta" en esperanto eusquérico—, 0 "Catalunya lliure", o "Andalucía libre", me pregunto: "Libre, ¿de qué?; libre, ¿para qué?" ¿Libre para someter al individuo español que en ella viva y la haga vivir, sea vasco, catalán o andaluz, o no lo sea, a modos de convivencia que rechace la integridad de su conciencia? ¡Esto no! Y sé que ese individuo español, indígena de la región en que viva o advenedizo a ella, tendrá que buscar su garantía en lo que llamamos el Estado español. Sé que los ingenuos españoles que voten por plebiscito un Estatuto regional cualquiera tendrán que arrepentirse, los que tengan individualidad consciente, de su voto cuando la región los oprima, y tendrán que acudir a España, a la España integral, a la España más unida e indivisible, para que proteja su individualidad. Sé que en Vasconia, por ejemplo, se le estorbará y empecerá ser vasco universal a quien sienta la santa libertad de la universalidad vasca, a quien no quiera ahogar su alma adulta en pañales de niñez espiritual, a quien no quiera hacer de Edipo.

Ver artículo publicado (pdf)

Estado, estadillo y problemas sociales

El Sol (Madrid), 29 de julio de 1931

Suelen tener las denominaciones que se dan a sí mismos los partidos, sectas, escuelas, etc., un valor significativo que ni los que las forjaron sospechaban. Así, por caso, la C.N.T., la Confederación Nacional del Trabajo, y la U.G.T., la Unión General de Trabajadores, que hoy se contraponen en métodos de lucha, y la política no es sino método. A primera vista parecería que Confederación equivale a Unión, pero no es así, pues entre nosotros suele querer decir desunión. Además, la C.N.T. rechaza la intervención suprema del Estado, que es el órgano de unión, proclamando la que llama acción directa. Es una confederación anarquista. Luego se hace llamar nacional, y es claro que de la nación española, pues que actúa en toda ella. Últimamente, en esa Andalucía dicha libre; es creer que libre del Estado. Y,

por último, la C.N.T. lo es del trabajo, de este término abstracto, mientras que la U.G.T. lo es de trabajadores concretos e individuales. Y en estos últimos días, la C.N.T. armó una huelga en contra de una Compañía, la de Teléfonos, que radica y trabaja en toda la nación española.

Podría hacer ahora aquí ciertas reflexiones sobre las modalidades de origen geográfico, o más bien climatérico, que diistinguen a esas dos Asociaciones, la disociativa o confederativa y la unionista o de Estado. Y relacionarlas con las diferencias de modalidad que caracterizaron a las tropas carlistas en las dos regiones en que se sostuvieron nuetras guerras civiles del pasado siglo, y con las distintas modalidades de la organización industrial en esas dos regiones. Pero hay quoe llegar a algo más actual.

El señor presidente de la Generalidad de Cataluña, después de repetir el estribillo, vacío de sentido histórico, de la pérdida de las libertades del Principado, pide a los obreros españoles que trabajan en Cataluña que hagan una tregua en sus luchas sociales, en su acción directa contra la burguesía en este caso, hasta que se vote et Estatuto y pueda Calaluña por sí misma resolver la cuestión social "de conformidad con nuestras costumbres —dice—, nuestras características y conforme a nuestra mentalidad y a nuestra manera de ser".

La petición del señorpresidente de la Generalidad es de una manifiesta particularidad pueril, es de una simplicidad infantil. ¿Es que cree que hay una manera peculiar catalana de afrontar y resolver el problema. social, un problema no ya nacional, sino internacional? En concreto: actualmente la C.N.T. tiene entablada una huelga de acción directa contra la Compañía Nacional —quiero decir que actúa en toda España— de Teléfonos; ¿y es que va a esperar, mediante una tregua, a Confederación Nacional del Trabajo a que la Generalidad de Cataluña, mediante un Estatuto, resuelva ese conflicto entre dos entidades de toda España? ¿Es que, por ejemplo, van a poder los sindicalistas apoderarse de los teléfonos de Barcelona y no de los del resto de España? Y esto que pasa hoy con los teléfonos pasaría mañana con los ferrocarriles, con el telégrafo, con otros servicios. Y nop se nos diga que servicios públicos nacionales, porque en rigor lo son todos. Y seguros estamos de que los fabricantes sensatos de Cataluña no estarán dispuestos a que sea la Generalidad la que resuelva los conflictos entre obreros y patronos. Esa lucha no es regional, y cuando se está tendiendo a crear una legislación internacional del trabajo, es una puerilidad que raya en insensatez venirnos con eso de que una región cualquiera arregle esos conflictos conforme a su mentalidad y su manera de ser. Porque no, no hay ni una mentalidad ni una manera de ser diferenciales para tratar y resolver problemas universales. Y esto sería tan ridículo como lo sería hablar de comunismo catalán, vasco, gallego, castellano o andaluz.

¿Que la lucha sindicalista retrasa o deja en segundo término la aceptación del Estatuto de la Generalidad catalana? Pues que se espere éste. La lucha llamada social sí que es problema vivo y urgente, y no las pedanterías particularistas basadas en tradiciones legendarias y resentimentales. Y, por otra parte, si el sindicalismo, con su método —su política— de la acción directa, rechaza la intervención del Estado nacional español, ¿cómo no ha de rechazar la de un estadillo regional, llámase románticamente Generalidad o llámese con otro nombre más o menos pomposo? Y en cuanto a los patronos, ya le ha hablado bastante claro al señor presidente de la Generalidad Catalana el Fomento del Trabajo Nacional. Aunque haya una bendita simplicidad que no lo comprenda. Y pregunte el señor

presidente a un buen filólogo catalán, a Pompeyo Fabra, por ejemplo, que lo es excelente, lo que en catalán ha venido a significar bendito.

Ante la sepultura del inquisidor Corro

El Sol (Madrid), 8 de agosto de 1931

Reposar con la vista el ánimo en la raya horizonte del mar Cantábrico, tratando de olvidar la realidad histórica presente de nuestra desgarrada España… ¿Realidad? Pero es que de la realidad y de los problemas reales —los otros sin duda ideales— se está haciendo camelo. Bueno; y después de haber así reposado con el ánimo la vista en ese mar, meterme en la Colegiata de San Vicente de la Barquera, que atalaya el mar, y contemplar, embebido de esperanzas, la estatua marmórea del inquisidor Corro, recostado sobre su sepultura. Con la diestra sostiene la cabeza maditativa; la mano izquierda sobre el breviario, también de mármol, en que parece leer en silencio rezos de eternidad. ¿Qué es lo que lee? Porque el marmóreo breviario está en blanco. Como nuestro porvenir. Pero hay que volver a esto que es la vida, a esto que es el mundo, a esto que es la existencia que pasa.

"Hay que aislar al pesimista" —decía D. Alfonso—. Y así cayó. Porque era él quien se aislaba para no oír malas nuevas. Prefiría las buenas viejas. Atajaba a quien pretendía advertirle peligros. Quiso hacer del optimismo una profesión. Y el republicanismo que le sucede le imita en esto como en otras cosas. No sabe abrir el pecho a la esperanza sin cerrar los ojos a la realidad sin retórica ni programa. "Aquí no hay más que Jeremías"… —me decía una vez el ex Rey—. El cual no tenía de Jeremías idea más clara que la tengan los que hablan, sin conocerlo, del bravo profeta que le enseñó a su pueblo que merecía el cautiverio.

¿Y el marmóreo inquisidor Corro, el que duerme en San Vicente de la Barquera? El inquisidor sigue enquisando, sigue inquiriendo. Y me parecía leer en sus soñadores ojos alabastrinos que decía: "¿Comprensión?, sí; pero para el engaño. Porque no respondéis a mis esfuerzos de comprensión, con veracidad. Como buenos chalanes que sois, no sois veraces. El toma y daca se basa en el engaño." Y pensé que un buen Inquisidor es un comprensivo. Y luego me añadió Corro, el inquisidor: "¿Cordialidad?, sí; pero ante todo racionalidad." Y pensé que tenía razón el inquisidor, porque hay una razón inquisitiva y hasta inquisitorial. ¿Teológica? Sea. Pocas cosas más racionales y hasta más racionalistas que una sincera teología.

Y salí pensando tristemente, jeremíacamente acaso, bajo el pardo cielo montañés, que no vamos a lograr la unidad espiritual —que es la única que de veras importa— ni aun a costa de la unidad política. Porque hay quien no sabe hablar de sus libertades —que a menudo nada tienen que ver con la verdadera libertad, con la libertad real y efectiva— sin herir en la cuerda más viva del corazón de quien

quiere oírle cordialmente. “No hay peor sordo que el que no quiere oír” —dice un dicho decidero—. “No hay peor resentido que el que no quiere entender” —digamos.

Corro, y con él los demás inquisidores, trataron de salvar la unidad espiritual de España, poniendo a su servicio la razón de Estado. Fue su obra más política que propiamente religiosa. ¿Que fracasaron? Habría tanto que hablar de esto… Aunque sí, fracasa a la larga la Inquisición ortodoxa y la heterodoxa, y la católica y la protestante, y la racionalista atea y todas las inquisiciones. Todas, ¿eh?, todas, hasta la de los que hablan resentidamente de sus supuestas libertades perdidas. Que también ellos son inquisidores, también ellos han establecido su Santo Oficio diferencial, también ellos castran la comprensión de sus pueblos, también ellos les empapizan de leyendas.

Y rota la unidad espiritual viene la peor guerra civil: la de miradas, la de cuchicheos, la de retintines, la de motes, la de no poder verse y tenerse que mirar.

¿Comprensión mutua? ¿Cordialidad? ¿Unidad espiritual? El inquisidor Corro sigue haciendo como que lee en el marmóreo breviario en blanco. ¡Y cómo pesa el mar y sobre el mar el cielo!

Ver artículo publicado (pdf)

“¡España, España, España!”

El Sol (Madrid), 12 de agosto de 1931

Venimos observando una tendencia, hija de pereza mental revolucionaria, a creer que se solucionan cuestiones no más que con motes. Los de república, republicano, revolución, revolucionario y otros de la misma laya adquieren ya un sentido mítico y hasta mágico. Y junto a ellos, para condenar ciertos hechos, cuando no se encuentra bien a mano la justificación histórica de la condena, basta con achacarlos a la Monarquía, así, sin más. Basta decir de algo que es de origen monárquico para que se dé a entender haberlo dicho todo. ¡Santa simplicidad y bendita pereza!

Pero ¿es que en los siglos de Monarquía española unificada no hubo pueblo español, y este pueblo español no tuvo voluntad, también española, y no la incorporó a la Monarquía con que se daba a sí mismo unidad? Y voluntad muchas veces radical, es decir, de raigambre y de raíces. Voluntad radical española, de raíces y no sólo de follaje, no sólo de hojas, aunque estas sean hojas de papel, de papeletas de voto. Y la voluntad radical, la de raíces, se afirma y sustenta bajo el suelo, en el seno de la tierra oscura que une los que fueron a los que serán, en las entrañas mismas de la nación, de la patria común. Mientras las hojas, que se mecen a todos los vientos, se ajan y pudren pronto, las arrastra el viento del otoño y forman mantillo que va a abonar las raíces que darán otro follaje, otra hojarasca. Pero la hojarasca, a las veces sonora cuando la menea vendaval —“vent d’aval”, viento de abajo— no es la

raigambre soterrada y silenciosa y continua.

¡La voluntad nacional radical! Aquí mismo marcamos una cierta distinción entre la República española y la España republicana. Pues bien; ha habido en siglos una Monarquía española y una España monárquica, voluntaria y radicalmente monárquica, una España que se sentía un poder —"arquía"—, uno —"monos"—, esto es, monárquico, y aun aparte del linaje carnal y perecedero que simbolizara ese poder.

En Francia, cuando Luis XIV decía: "El Estado soy yo", y no se refería a au pobre yo individual, mortal y frágil —¡y tan frágil!—, sino que quería decir que es Estado era la nación francesa, una y radical. Y cuando la Revolución francesa, francesa, o sea nacional, degolló a su pobre descendiente, el bonachón y fragilísimo Luis XVI, siguió la nación revolucionaria y republicana diciendo: "El Estado soy yo". Es que sentía su imperio. Y tan le sentía, que trató de sembrar su revolución por todo el mundo, imperialmente. Revolución imperial la francesa, como lo es en el fondo la rusa bolchevique, heredera del imperialismo zarista. Y se asentó y afirmó en la Revolución francesa el Imperio napoleónico; su colmo, el Napoleón, el corso insular que encarnó la nación continental francesa, podía haber dicho: "¡El Estado soy yo!" Y caído luego el Segundo Imperio, con el pobre Napoleón III, vino la tercera República, la actual República monárquica, que con sus actos va diciendo: "¡El Estado soy yo!" Representa a la nación francesa una y radical, la que hunde su raigambre en la tierra común, oscura y silenciosa, sobre que ruedan las hojarascas del sufragio. Y la voluntad popular común sigue subconsciente.

Tuvimos, sí, una Monarquía española, mejor, una realeza que en su forma dinástica se ha hundido, quisiéramos creer que para siempre; pero tuvimos también una España monárquica, que, si no en pie, sigue bajo el pie del árbol, en la tierra materna que guarda a los fueron y a los que serán. Y ésta es la España imperial. Y si sus raíces no se estremecen cada vez que sobre el solar rueda la hojarasca amarillenta y ahornagada a que arrebata el "vent d'aval", el viento de abajo, es porque la raigambre sabe lo que es y lo que vale el follaje. La España monárquica, es decir —entendámonos, perezosos de mente—, la del Poder —"arquía"—, uno —"monos"—, no era la Monarquía española histórica, como institución jurídica; era la España que sentía su imperio, la España radical. El gran poeta imperial de Roma, Virgilio, cantó: "Italia, Italia, Italia", y esta estremecida jaculatoria pasó al gran gibelino Dante, y al gran gibelino republicano Mazzini, y al gran gibelino republicano Carducci. Y los güelfos se quedaban de lado rumiando particularidades feudales y podercillos temporales, y distincioncillas escolásticas y eclesiásticas, con dialéctica dialectal.

Y los güelfos en España —¡España!, ¡España!, ¡España!—, ¿qué haran? Porque no creemos que se les ocurra a los descendientes de los almogávares hacerse de nuevo a la vela, llevando a bordo a un Montaner, a la conquista de un nuevo ducado de Atenas. A encontrarse acaso, allá, en Grecia, con unos chuetas que hablan español de la más grande España, de esta radical ibérica y de sus retoños ultramarinos. ¡España, España, España!

El Estado es España. Y es la Nación. Nación, aunque sin Rey —gracias a Dios—, monárquica en el sentido que hemos explicado a los perezosos del mito y la magia revolucionaria.

Ver artículo publicado (pdf)

Sobre el Parlamento o Palabramento

El Sol (Madrid), 22 de agosto de 1931

Otra vez días de reflujo. Cansado de pensar. Sobre todo quien, como el comentador, piensa, en hombre, con palabras; piensa palabras, y más siendo de oficio desentrañador del lenguaje. Duro oficio donde la pereza mental colectiva, nutrida de lugares comunes, confunde todas las palabras de tal modo que apenas si quedan entendederas enterizas y sanas. Y luego tener que —¡terrible tener que!— pensar con palabras, pensar palabras de un Parlamento, en un Palabramento. Palabramento en que los abogados, más o menos palabreros, sienten la necesidad de renegar de su oficio. Oficio no de fabricantes de palabras, sino de revendedores de ellas.

"¡Palabras, palabras, palabras!", decía el personaje shakespeariano. Y el dickensiano, aquel inmortal maestro de escuela de los *Tiempos difíciles* del más inmortal Dickens, decía: "¡Hechos, hechos, hechos!" ¿Pero es que hay oposición entre la palabra y el hecho? Toda palabra, si es viva, es un hecho, un hecho vivo, y todo hecho vivo es palabra. Se equivocaba Fausto al corregir la palabra del prólogo del Cuarto Evangelio. Sólo hay lo muerto y lo vivo, sea hecho o palabra. Y el hecho, muerto es el hecho consumado, es decir, consumido, es lo acabado. Si se quiere, lo perfecto, "Estamos ante un hecho" —me han dicho algunos buenos catalanes amigos míos, que son todos mis buenos amigos catalanes. Y yo, renunciando a exponerles filológicamente la diferencia entre un hecho, algo que se hizo, y un suceso, algo que sucedió o pasó, me he dicho y les he dicho que un hecho es algo, si es vivo, que se está haciendo y deshaciendo. Se empieza a morir el día en que se nace. Y así al hecho opone el hombre el que-hacer y el que-hacer suele consistir en deshacer el hecho. Que es rehacerlo. Todo menos la posición fatalista, materialista —en el sentido de Marx— de que el hombre se deje llevar de las cosas, de que la personalidad se soyugue a la llamada realidad. Hay una necesidad más honda, una necesidad espiritual, aquella de que hablara el Apóstol Pablo cuando decía que él evangelizaba movido por necesidad, *ananque*. Y así el comentador. Tiene que decir, por necesidad espiritual, lo que dice y por duro que el decirlo le resulte.

Marx, el materialista de la historia, enseñaba que el estómago dirige al hombre. Pero Maquiavelo, que de psicología, y por lo tanto de historia, sabía más y mejor que Marx, enseñaba que el hombre entrega la vida por la bolsa y la bolsa por la vanidad. Y a la vanidad suele llamársele personalidad. El mercader que nos parezca más materializado se deja arruinar por mantener su personalidad, y pierde el crédito por sostener su credo. No, no; no es todo negocio. El espíritu puro, desinteresado, tiene sus aduanas. Y hay un comercio de ideas y de sentimientos, que es más hondo que el comercio de artículos manufacturados. Hasta en nuestras luchas intestinas tratémonos como personas.

"¿Nación? ¿Estado? ¡Es cuestión de palabras!" Así me decía mi buen amigo, como catalán que es, el Sr. Companys. ¡Cuestión de palabras, por si le llamó tal o cual, por si habla así o asá, llegan hasta matarse los hermanos! ¿Leyes? ¿Códigos? ¿Codiguillos o codicilos? Importan muy poco. Lo que importa es el espíritu, es la palabra íntima con que se aplican. ¿Cordialidad? Racionalidad, ya lo dije. Por algo en catalán a hablar le llaman razonar, "enrahonar". ¡Y ojalá razonaran siempre!

Lo que importa es la palabra íntima, la palabra de comprensión. Y comprenderse, prenderse o tomarse mutua y conjuntamente, es convivir. No hay más unidad viva que la de la convivencia. Y lo que le queda a este comentador por decir respecto a la convivencia. ¡Qué cartas que rezuman amargura y hasta congoja está recibiendo de los que no pueden ya convivir con sus convecinos, de los que se sienten sentidos —y resentidos— como bárbaros en el significado primitivo de este vocablo tan sobado y asendereado! Bárbaros, es decir, extraños, forasteros, metecos.

¡La convivencia! Aquí está todo. Y la convivencia no es cosa de convención; convivir no es sólo convenir. Ni es cosa de pacto. No se pacta la convivencia. Y más cuando, queramos o no nos queramos, tenemos que convivir. Los pedante, hablan de simbiosis.

Y ahora, lanzado en este camino de palabras, llevado por ellas, como le llevaban a mi San Pablo, el gran conceptista y gran palabrero —así le llamó un pretor romano—, recuerdo lo que le dije a uno que me decía que quiero a España con locura, y es que le respondí que no es que yo no quiero a España, sino que quiero España. Y no es lo mismo.

Mas dejemos, lector, estas palabrerías para continuarlas otra vez. ¡Si supieras lo que cansa al pensamiento, a la vez lo que enfebrece al corazón este febril y apasionado desentrañar el lenguaje en busca de la palabra íntima sobre que se asiente la convivencia española!

Guerra intestina familiar

El Sol (Madrid), 26 de agosto de 1931

¿Guerra civil? Sí, guerra civil, aunque incruenta, y por esto más íntimamente trágica. Guerra más que civil, que habría dicho aquel cordobés prehispánico que fue nuestro Lucano. Guerra intestina familiar, doméstica, no pocas veces. ¿Recuerda el lector aquellos estertores del Imperio hispánico en América, cuando los hijos de los criollos de padres peninsulares despreciaban y hasta insultaban en casa a estos —y más si las madres son criollas— y los vejaban con motes? Pues a esto estamos volviendo. Hay algún pobrecito Pérez que ve su nombre reducido a una P y aun a menos de eso. Hay ya tragedias familiares que son mucho más trágicas que una guerra civil de sangre corpórea.

¿Que de esto no se debe hablar? ¿Que herimos sentimientos? Hay que herir sentimientos para despertar

sentidos. Hay que herir el sentimiento —resentimiento más bien— de la particularidad para despertar el sentido de la universalidad. Y ahora que los pedagogos nos empiezan a hablar tanto de la escuela única, hay que hablar de la patria única. De la patria única española. Española universal.

¡Ay! Cuántas veces en estos días de trágica guerra intestina, más que civil, hemos recordado aquellos versos, que más de una vez hemos comentado, de Hernando de Acuña, el poeta del Emperador Carlos V:

una grey, un pastor solo en el suelo,
un monarca, un Imperio y una espada.

Que traducidos en republicano para los perezosos mentales del republicanismo mítico y mágico dicen: "¡Un poder, una ley y un ejército!" Un poder —"arquía"—, uno solo —"monos"—, ejercido por un pueblo, por un solo pueblo soberano. No por varios pueblos. La soberanía no se fracciona. No caben co-soberanías populares. Los pueblos, así, en plural, son buenos para el "folklore" —dejémoslo en inglés—, para el amigo "Azorín". Y una ley, que es un Imperio. Y una espada, un ejército. No miqueletes, ni miñones, ni somatenes, ni guardias cívicas locales o regionales. Ni siquiera policías particulares. Lo que facilitó las guerras civiles cruentas de nuestro siglo pasado fue que en su verdadero foco no había servicio militar obligatorio para España, que mis paisanos no servían al Rey.

"¡Un monarca, un Imperio y una espada!" ¿Y ahora? Ahora una cruz, una cruz sola para todos. Al final de su espléndido poema "Patria" nos presentaba Guerra Junqueiro —¡lo que le viví y lo que le recuerdo!— a Portugal crucificado, y en la cabecera de su cruz, este letrero fatídico: "¡Portugal, Rey de Oriente!" ¿Y España? Quién sabe… —¡sólo Dios lo sabe!—, quien sabe si será crucificada en el leño, en la tabla de una Constitución, y en su cabecera este I. N. R. I.: "España, Reina destronada de ambos mundos." Y así como este I. N. R. I. del Cristo estaba en tres lenguas, en hebreo, en latín y en griego (Juan, XIX, 20), así este de España será también para más inri, trilingüe. En las lenguas que dividieron a los padres de los hijos, a los hermanos de los hermanos, en las lenguas de los sentimientos y resentimientos particulares y no en la lengua española del sentido universal, imperial, del sentido de la personalidad integral. Cosa terrible cuando Robinsón defiende su islote a tiros de espingarda contra la invasión de los que cree piratas del océano.

Al Cristo le crucificaron por antipatriota, lo hemos dicho y explicado con textos muchas veces. Por antipatriota y por incomprensivo. El de "dad al César lo que es del César", suprema fórmula cristiana del imperialismo gibelino, no era un pactista. Ni lo era aquel enclenque judío de Tarso, aquel apóstol de los gentiles que evangelizó en su griego roto, aquel Pablo, el Saulo de Damasco, que se erguía ante los pretores diciendo: "¡Soy ciudadano romano!" Ni podría serlo de otro adjetivo. Que no había ciudadanos judíos. El fariseo ni el escriba no eran ciudadanos. La ciudad era del César, de un solo poder, de un solo

imperio. La realeza de Herodes no lo era de ciudadanía.

Guerra más que civil y peor que cruenta, guerra intestina, guerra doméstica. Y hay que abrir los ojos y el corazón a ella. Y se oye: "¡Crucifícala! ¡Crucifícala!" ¿Nos salvará de ella un pacto? La convivencia no se pacta. No es cosa jurídica.

¡Ah!, sí. ¿Que hay cosas que se deben callar? Pues bien, ¡no! Lo que hay que decir son las cosas que se dice que no deben decirse. Oportuna e inoportunamente, que decía el enclenque judío de Tarso. Y hay que hablar de la guerra civil vigente. Y guerra, ¿para qué? ¿Para sacudirse de alguna opresión, de alguna esclavitud? Hombre o pueblo que se está quejando de su esclavitud es que se siente con alma de esclavo. Como todo resentido que padece manía persecutoria. Mas de esto, otra vez.

Ver artículo publicado (pdf)

Los milagros de la Virgen de Ezquioga

El Sol (Madrid), 29 de agosto de 1931

No es tarde ya para comentar las apariciones de la Virgen de Ezquioga en mi nativo País Vasco. No es tarde porque el movimiento religioso a que ha dado lugar, y que tanto se parece a aquel llamado "revival" en Gales, no es movimiento del día, ni del año, ni del siglo, sino del momento; es decir, de la eternidad. ¿Y qué fue ese milagro de la aparición de la Virgen de Ezquioga?

¿Milagro? Lessing, el más implacable crítico de los milagros; Lessing, el racionalista, decía que cuando la Sagrada Escritura dice, por ejemplo, al principio del primer Evangelio, que, estando encinta María, se le apareció a su esposo José un ángel en sueños, quiere decir que José soñó que se le aparecía un ángel. Pero ¿es que no es siempre, y en todo el milagro que es la conciencia religiosa, lo mismo? Y más si la aparición se hace colectiva. ¿Qué más objetividad que el que una aparición se haga colectiva? El ensueño que sueña una muchedumbre es lo que le hace a ésta pueblo, es lo que le da una conciencia única.

Pero hay algo más crítico. ¿Es ésa una aparición religiosa popular, nacional, laica? Laica y religiosa. Laico estrechamente vale como popular y se contrapone a clerical; del pueblo, de la verdadera Iglesia, y no sólo del clero, de su burocracia. Y a este respecto conviene recordar aquel gracioso suceso que sucedió en Plasencia, siendo allí obispo aquel recio integrista —gallego él— que fue D. Pedro Casas y Souto. Pues ocurrió que, como empezara a esparcirse el rumor de haber aparecido una monja milagrera, el obispo exclamó: "¿Milagros en mi diócesis y sin mi permiso? Lo prohíbo, y si sigue haciéndolos son del demonio." Y es fama que se acabaron los milagretes de la monjita de Plasencia. Ahora lo que puede ocurrir es que si hay milagros sin permiso del ordinario pueda haberlos por

mandato o sugestión de él o de otra autoridad clerical. Y hasta milagros estratégicos.

No parece que las autoridades eclesiásticas de Guipúzcoa hayan intervenido directamente, como no sea para permitirlos en los milagrosos ensueños de la muchedumbre popular que se congregaba en Ezquioga y de los turistas que acudían al espectáculo veraniego. ¿Y qué iban a hacer sino permitir que unos pobrecitos desterrados hijos de Eva pidieran a la Virgen Madre, gimiendo y llorando en aquel risueño valle de lágrimas, que después de este destierro les muestre a su hijo Jesús, fruto bendito de su vientre y Cristo Rey, pero no rey de este mundo?

Mas hay otra cosa, y es que los que no se avienen a que el reino de Cristono sea de este mundo pudieran, no ya permitir, sino sugerir, sino ordenar esas apariciones milagrosas. ¿Es que no dicen que se trata de robarle su fe al pueblo? ¿Y cómo? Entremos en el meollo de la cuestión. Por la enseñanza nacional, por la escuela única nacional, esto es, popular, y, por lo tanto, laica. Que laico no quiere decir propiamente sino esto: popular.

Bien sabemos que laico ha adquirido otro sentido, un sentido que con razón ofende a toda conciencia religiosa. Bien sabemos que para muchos laicismo quiere decir irreligiosidad. ¿Pero es que cuando el hondo movimiento religioso de la Reforma no inició este movimiento la laicización de la enseñanza pública? ¿No fue acaso la Reforma la que desenclaustró la enseñanza del pueblo?

De nada servirá que se quiera hacer laica en el mal sentido, en el sentido jacobino, la enseñanza popular, nacional, si el pueblo, si la nación, es religioso, es cristiano. En un pueblo cristiano no hay Estado, por fuerte que sea, que pueda ordenar que se quite de las escuelas populares, nacionales, laicas, la imagen del Cristo, rey del reino de después de este destierro terrenal. Y hay un Cristo nuestro español, popular, nacional, laico: ese Cristo de Velázquez, en cuya contemplación me he sumido. Y que no es ese otro del Sagrado Corazón, de origen francés, que preside a la industria pedagógica del las órdenes eclesiásticas de enseñanza, ajesuitadas ya todas.

¿Enseñanza religiosa? Toda enseñanza verdaderamente popular, nacional, laica, tendrá en nuestra España cristiana que ser religiosa. Querámoslo o no. Pero no la enseñanza de la fe implícita, de la fe del carbonero, que se cifra en aquella sentencia del Catecismo del jesuita padre Astete, cuando dice: “Eso no me lo preguntéis a mí, que soy ignorante; doctores tiene la Santa Madre Iglesia que os sabrán responder.” Una enseñanza religiosa, popular, nacional, laica ha de tender a que no haya ignorantes, a que no sean los ignorantes explotados por los doctores. Y ésta es la reforma de la enseñanza. Ésta es la Reforma, sí. Ésta es la reforma española, popular, nacional, laica.

Y en cuanto a la Virgen Madre de Ezquioga: ¡salve! Salve, María, Reina y Madre de Misericordia, vida y dulzura y esperanza nuestra…, y después de este destierro, muéstrano a Jesús, a Cristo Rey; pero en su reino, que no es el de este mundo. Y entre tanto, salgamos de la ignorancia religiosa de carbonero. De la que la industria pedagógica clerical no nos ha sacado.

Ver artículo publicado (pdf)

Por las tierras del Cid

El Sol (Madrid), 4 de septiembre de 1931

Unos días a restregarme el alma en la desnudez ascética de la vieja Castilla reconquistadora, la del Cid, Guadalajara, Atienza, Berlanga, Burgo de Osma, San Esteban de Gormaz, Soria, Numancia, Almazán, Medinaceli, Cifuentes, Brihuega…, nombres que son tierras que resuenan en este romance castellano, cuyo primer vagido literario sonó en ellas, en esa Extremadura, o sea frontera con los moros. Romance de romanos que aterraron, que echaron en tierra, a los celtíberos en Numancia.

¡Desolación de Numancia entregada a los arqueólogos! Allí, en la piedra del umbral de un viejo hogar celtibérico, la svástica que vino luego a ser el crucifijo martillo del Cid, el que se guarda en Salamanca, junto al sepulcro del obispo don Jerónimo. Y allí, aterrados, hechos tierra y ceniza, los que para defender su personalidad diferencial resistieron a los romanos imperiales. Y se hizo Hispania. Y corrieron los siglos, y llegaron los moros, imperiales también, y luego la Reconquista.

¡La Reconquista! ¡Cosas tuvieron nuestros Cides que han hecho hablar a las piedras! ¡Y cómo nos hablan las piedras sagradas de estos páramos! Reconquistado su suelo, Castilla, que había estado de pie, se acostó a soñar en éxtasis, en arrobo sosegado, cara al Señor eterno. Y soñó recuerdos y esperanzas: soñó esas "sirenas del aire" que posaron, empedernidas, en los capiteles románicos. Aunque los más ni soñaban: cuidaban sus ganados, sus veceradas, y roturaban sus campos. Tenían tanto sueño, sueño de cansancio secular, que ni les dejaba soñar. Dormían la vida en Dios, que era quien les soñaba. Era el sueño de la Reconquista. Y en tanto, corrían las aguas del Ebro al mar de Roger de Lauria, y las del Duero, al mar imperial de Colón, de los Reyes Católicos, católicos de catolicidad, de universalidad española.

¡Medinaceli! El arco romano, imperial, mirando con ojos que son pura luz al paisaje planetario de aquellas tierras tan tristes que tienen alma, como dijo nuestro Antonio Machado. ¡Y tanta alma como tienen! Medinaceli heñido en el páramo por los dedos sobreimperiales del Señor. Se van arrumbando las ruinas que son Medinaceli, porque hasta los muertos se mueren. Y allí acabó de agonizar, muriéndose, Almanzor. El tambor legendario de Calatañazor ya no suena; se le rompió el parche. Y allí en Medinaceli, junto al arco romano, ha edificado el Patronato de Turismo un albergue, sin duda para que los turistas puedan ir a decir, como el baturro del chascarrillo: "Conque agonizando, ¿eh?" De Numancia a Medinaceli fue mecida, como en lanzadera del telar de Dios, mi alma.

Esta tierra pobre, con pobreza divina, fue la de Láinez, la de Sanz del Río, la de Ruiz Zorrilla. y esta tierra era hace cerca de un siglo, cuando escribía Madoz, una de las que sostenían más escuelas. Y hoy mismo, los descendientes de aquellos celtíberos romanizados —y romanceados— se afanan en levantar escuelas como aquéllos levantaron sus recogidas iglesiucas románicas. Renace un nuevo culto en una

nueva reconquista. Y pueblan el aire claro del páramo nuevas sirenas del aire. Se siente que un nuevo éxtasis afirma una personalidad integral, no diferencial, y sin alharacas. ¿Estáticos, quietos? Esto les llaman los sedicentes dinámicos —¡pedantes!—; pero no son estáticos, sino extáticos. Vuelven a ponerse fuera de sí, enajenados, y no ensimismados. Y yo sueño en una nueva reconquista integral, imperial, de la radical España.

Contemplando aquellas tierras celtibéricas romanizadas y romanceadas me acordaba de cómo al decirle un día a mosén Clascar —el traductor del Génesis al catalán— aquello de "¡Ancha es Castilla!", me replicó mi buen amigo, no sin cierta melancolía diferencial: "¡Sí, tan ancha que nos perdemos en ella!..." "¡Perderse!" Nadie se pierde así sino para ganarse, para integrarse. No se perdieron los celtíberos en Numancia; no se perdió Almanzor en Medinaceli. No se perdieron los moros que levantaron el castillo de Gormaz, ni se perdieron los moros a quienes conquistó en castellano el Cid Ruiz Díaz de Vivar, el de la Valencia del Cid. Y los sones de su canción de gesta, del Cantar de Myo Cid, se han fundido con los sones de Ausias March, absorbiendo a éstos. Que los que parecen perder su personalidad diferencial la recobran más íntima, más radical, más imperial, más universal, en la personalidad integral en que se asientan los que se agitaban en pie.

Desde aquella cumbre de páramo que es Medinaceli en ruinas, barbacana sobre Aragón en tierra castellana, veía subir al cielo de Dios a nuestra España y soñaba que el Dios del Cristo la soñaba como Él se sueña: una y trina, y con un solo Verbo y un solo Espíritu.

Religión de Estado y religión del Estado

El Sol (Madrid), 8 de septiembre de 1931

¡Válganos Él, y qué de formas y fórmulas o formillas de religión de Estado están ya empezando a producirse aquí! Cierto es que el artículo 3.º del proyecto de Constitución que se está discutiendo proclama dogmáticamente —pura teología— que "no existe religión del Estado" suple: español—; pero no es lo mismo religión del Estado que religión de Estado. Y ésta, republicana por supuesto, empieza a surtir con sus dogmas, con sus mitos, sus ritos, su culto, su liturgia y sus supersticiones —sobre todo— y hasta sus supercherías. Un día que un ingenuo diputado neófito se descuidó en decir que hay que marchar por el camino real, oyó murmullos que le obligaron a rectificarse y corregir: "Bueno, por el camino republicano". Y se oye en la tanda de ruegos y preguntas, ruegos que son rogativas y aún letanías al Estado óptimo, máximo y providente. Estado... federal por de contado, aunque éste de federal es un adjetivo mágico y místico en que al preguntarles a los fieles qué quiere decir, han de tener que contestar: "Eso no me lo preguntéis a mí, que soy ignorante; juristas tiene el santo padre Estado que os sabrán responder." Porque esta nueva fe republicana es fe implícita o de carbonero. Aparte, claro está, de los republicacons conscientes, parados o no.

Quedamos fuera de todo esto los republicanos no mágicos, ni míticos, ni dogmáticos, los que un amigo mío llama accidentalistas para distinguirlos de los consustancialistas. Los que dejamos la religión para Dios y la política para el Estado. ¡Y cómo nos acongoja este nuevo culto verboso y supersticioso, este nominalismo escolástico con que se quiere llenar un vacío de ideas y de sentimientos realmente republicanos!

En una porción de ciudades, villas y lugares ha entrado el furor de cambiar los nombres de las calles. Se le quita a Carlos V, por ejemplo, para sustituirle con cualquier héroe de última hora, y aun menos mal cuando la calle lleva nombre de persona que vivió. Porque estaría bien que en casi todos los lugares hubiese calles de Cervantes —"calle de Cervantes (D. Miguel)", así había en Agreda—, de Calderón, de Cisneros, de Santa Teresa, de Fray Luis, de Íñigo de Loyola, de Goya, de Velázquez… y de Simón Bolívar, José Rizal y José Martí, sin contar con las de los mártires de nuestras contiendas civiles por la libertad del liberalismo más o menos republicano. Los nombres abstractos son ya otra cosa. Plaza de la Constitución fue muy usado, y acaso veamos plazuela de las Cortes Constituyentes de 1931. ¡Pero lo que ha ocurrido hace poco en Arenas de San Pedro…! Había allí una calle con el espléndido nombre de calle de la Triste Condesa —era así, "la triste condesa", como se firmaba y afirmaba la viuda de D. Álvaro de Luna—, y lo han cambiado por el de "calle de la Libertad". A ver si por uno de esos frecuentes casos de conjugación lingüística llega a llamarse "calle de la Triste Libertad".

Y cuando no lo sabemos de cierto, suponemos que aumentará ahora el prurito o cosquilleo de registrar civilmente —que no es bautizar— a las niñas con nombres significativos y litúrgicos de religión de Estado. Y en vez de aquellos castizos nombres de Tránsito, Angustias, Dolores, Socorro, Amparo, Remedios, Consuelo y otros así, se les ponga los de Democracia, Libertad, Igualdad, Constitución, Comprensión, Cordialidad, Armonía o… Federación. Y podría llegar a darse una Federación Gojeaskoetxea y Puigderajols, que llegase con el tiempo, después de premio de belleza de verbena, a estrella de cine, bajo el nombre de Federachu o Federeta, y con gorro frigio, o sea "chano" o barretina. Y que cantara un himno tricolor con letra autonómica.

Sabemos que a muchos que se regodean con Voltaire les parecerá todo esto hasta impío; pero estamos convencidos de que las formas supersticiosas que toma el culto republicano de esa religión de Estado no hacen sino perjudicar al puro sentimiento de España. Y queremos creer que si se oye este nombre, España, mucho menos que es el República, es porque se le estima algo inefable, como los hebreos sustituían el nombre inefable de Yahwé por el de Jehová. Un gran predicador anglicano, Robertson, predicó un magnífico sermón sobre aquellos pueblos —tenía muy en cuenta al español— que tienen por cualquier motivo y para cualquier emergencia, el santo nombre de Dios en los labios de la boca, no en los del corazón, que también los tiene. Y por mi parte me dispondría a predicar contra los que abusaren de este nombre de España si se abusare de él.

Y aquí el lector podrá argüirme que soy yo uno de los que más usan de él, así como del de Dios, frisando acaso alguna vez en el abuso. Y como humildemente me reconozco culpable de ello, doy ahora aquí un "a Dios" a estas amenidades con que he tirado a aflojar un poco la cuerda de ordinario, sobrado tirante de estos mis comentarios.

Sobre el cavernicolismo

El Sol (Madrid), 12 de septiembre de 1931

¿Qué piensa el comentador de las responsabilidades; qué de la reforma agraria; qué de la separación de la Iglesia y del Estado; qué del cambio; qué de la C. N. T. y la F. A. I. y la U. G. T.; qué… de todo lo demás así? El comentador vive pensando históricamente la historia de España. Y pensar históricamente es pensar políticamente. La historia humana, civil, nacional —y no hay otra— es la historia de la forja de las nacionalidades. El comentador profesa la concepción histórica, política, de la historia, no la llamada concepción materialista de ella. La política priva sobre la economía, que no es todavía plenamente humana. El hombre es un animal político.

Y así el comentador lo supedita todo a comprender históricamente la constitución nacional de España —su historia—, base de toda Constitución del Estado —con mayúsculas de nombres propios— es cosa minúscula junto a la constitución de la nación —con minúsculas de nombres comunes—. Lo uno no es más que jurídico; lo otro es político. Y la constitución nacional de España, aquella que Cánovas del Castillo —historiador político y estadista histórico— llamaba la constitución interna, más bien íntima, cuando hablaba de continuar la historia de España, esa constitución nacional interna no admite soluciones de continuidad. No lo fue el período de 1868 a 1876. Alcolea, Amadeo, la República del 73, Bilbao, la paviada y Sagunto, fueron escenas de un solo acto histórico nacional. Y quienes mejor lo abarcaron en visión fueron Cánovas y Castelar. Castelar, que soñando siempre en la España universal y una, sintió lo que se quemó en Cartagena.

¿Constitución nacional? ¿Y qué es ello? Aquí el comentador va a acudir a su oficio, el de lingüista. “Status” es el acto de ponerse y de estarse en pie, es la situación de lo que está en pie, y “statuere”, estatuir, es poner en pie algo. De aquí Estado y también estatuto, a los que vamos a dejar por ahora de lado. Y luego, con prefijos, se formaron “instituere”, instituir, poner en pie; destituir, echar abajo lo que en pie estaba; restituir, volver a ponerlo como antes, y “constituere”, constituir, que es poner o mejor componer en pie varios miembros. Y aun queda “prostituere”, o prostituir, que es poner algo en venta. El que se prostituye se pone en pie ofreciéndose al mejor postor. Nación, por otra parte, deriva de nacer, y popularmente “ciego de nación” quiere decir ciego de nacimiento.

La constitución nacional, la historia, es la acción de componerse y constarse juntos, en pie y en un haz, los nacidos en común, en comunidad de destino. Y ésta es la historia de España desde que es España, y sobre todo desde los Reyes Católicos, desde que con la toma de Granada y el descubrimiento de América se anuda, por voluntad divina, por la gracia de Dios, la unidad nacional española. Y si a esta íntima constitución nacional se intentó alguna vez por instintos prehistóricos, anti-históricos, prostituirla, ponerla a subasta y regateo cantonales, la continuidad histórica, que no tolera soluciones de ella, se sobrepuso.

¿Instintos prehistóricos? Sí, instintos prehistóricos, o si se quiere troglodíticos y cavernícolas. Porque los leyendarios primeros fundadores de la sociedad civil, de la nación, los soñadores contratantes del contrato, del pacto social de Rousseau, esos contratantes y pactantes no son más que un mal sueño, una pesadilla, y están fuera de la historia. El troglodita de la cueva de Altamira, el que trazó aquel mágico bisonte al que se ha tragado el león de España —¡y cómo le duele en las entrañas!—, aquel troglodita no vivía en la historia, no vivía la historia. Y no podía pactar ni contratar nada. ¿Derechos individuales? Para que los haya, el indivisuo tiene que ser persona y el pobre troglodita no lo era.

Lo propio de todos los trogloditas, de todos los cavernícolas, díganse de derecha o de izquierda —porque hay un izquierdismo troglodítico, tan troglodítico como el otro, si es que no más—, es querer poner soluciones de continuidad a la divina obra histórica de la constitución nacional de un pueblo con un destino común, a la divina obra de la unificación de misión histórica. No, los cavernícolas de nuestras cuevas prehistóricas no pueden volver a pactar nada, a contratar nada, como si Dios hubiese dejado de pensar España a fines del siglo XV. Y conviene que todos los españoles por la gracia de Dios nos demos cuenta de cuál es el verdadero cavernicolismo, sea de derecha o de izquierda, que lo mismo da.

Ver artículo publicado (pdf)

A los cabreros y no a los carboneros

El Sol (Madrid), 16 de septiembre de 1931

Se me dice por algunos que me ponga más al tenor —al modo como de tienen— de los más de mis lectores y que no abuse de lo que llaman mi lirismo. ¿Lirismo? Quieren, sin duda, que en vez de tañer el comentador en lo que a ellos se les antoja una lira, taña en una guitarra o en una bandurria. ¡Y lo que son las palabras! Guitarra viene de la misma raíz que citara; la bandurria se tañe con púa, a la que en griego llamaban “plectro “, y “estro” no quería decir sino tábano, que así como éste saca de sí al ternero, así el estro o tábano poético saca de sí y arrebata al poeta. Por cuanto si en vez de de decir que tocado uno por el estro empuñó el plectro para cantar al son de la cítara, decimos que, picado por el tábano, se puso a rascar con la púa la bandurria, no haremos sino traducir al romance el idioma lírico y académico. ¿Quieren esos descontentos que toque así la bandurria? Pues no lo entenderían mejor. Y, sobre todo, que no me propongo hablar para bachilleres, sino para cabreros, como Nuestro Señor Don Quijote, pues sé que estos atienden a la música aunque no recojan la letra. Y sé de buenos, de nobles, de sencillos cabreros que siguen estos mis comentarios, y con ellos se reconfortan en su sueño de España.

Lo peor son las traduciones; lo peor es cuando algunos bachilleres sansoncarrasqueños se ponen a

traducir en lo que ellos estiman lengua cabreril, popular, corriente, estas mis endechas quijotescas, ¡y me hacen decir cada cosa! Por algo les temo tanto a las entrevistas, y aun más a las indiscretas versiones de lo que le han oído a uno al paso, en cualquier pasillo. ¡Pobre Quevedo! ¡Y qué mascarón le echaron encima los truchimanes! ¡Y qué de frases se las cuelgan a uno que jamás pensó en ellas! Y ¿por qué así? Ya lo decía el gran Sarmiento, el argentino, cuando le preguntaban por qué se le atribuían tantos dicharachos mordaces: "¡Bah, siempre se presta al rico!" Y pudo añadir a esta su otra frase: "Debo decirlo con la modestia que me caracteriza." Pero, en fin, Dios perdone a los entrevisteros y entre-escuchas. Y… ¿rectificarlos? ¿Para qué? Es darle cuerda para nuevas tergiversaciones. Porque no le es posible al comentador hablarles en su lengua de lugares comunes manidos y de tópicos de matriculación y alistamiento.

No, por España, no, que no se pongan para uso de supuestos cabreros a traducirme esos bachilleres de la política a lo Sansón Carrasco, el que venció en Barcelona a Don Quijote; que no me traduzcan. Que me dejen hablar a los cabreros desde el pie de una encina castellana. Porque sé que hay quienes siguen la música de éstos mis comentarios, a los que van poniendo no su letra, sino su espíritu. Y sé que los entienden muchas veces mejor que yo mismo que les hablo al son que el Espíritu me sopla.

Y hablo a cabreros, no a carboneros, los de la fe implícita. ¿Recordáis el caso? Es el de aquel carbonero de quien nos cuentan, creo que el Tostado, que al preguntarle su credo respondía: "Lo que cree y enseña la Santa Madre Iglesia", y al repreguntarle qué es lo que ésta cree y enseña, el carbonero: "Lo que creo yo". Y de esto no lo sacaban. Que es lo de: "Eso no me lo preguntéis a mí, que soy ignorante"…, y lo que sigue en el Catecismo del padre Astete, S. J. Hablo, pues, a cabrereos que no son, gracias a Dios, ni de derecha ni de izquierda, ni monárquicos, ni republicanos, ni progresistas ni reaccionarios, ni anarquistas ni socialistas, sino que son honradamente universales. Porque nadie más universal y comprensivo que un cabrero de verdad. El carbonero, en cambio, está matriculado, o sea, enmadriguerado en algún partido, secta o cotarro; el carbonero está afiliado a cualquier grupo con cabecilla y disciplina correspondientes. Y así el carbonero no necesita de que se le traduzca lo que se le diga, pues con "eso no me lo preguntéis…, doctores tiene mi capilla que os sabrán responder", sale del paso. ¿Es que no hemos oído hablar de la ortodoxia pimargalliana? ¡Y que es difícil salir del paso! Sobre todo, en los pasillos donde los entre-escuchas van a escamotearle a uno ascuas para arrimarlas a sus sardinas arenques. Y luego todo se arregla con aquel tan socorrido estribillo de los badulaques: ¡Bah! Paradojas…, contradicciones!"…

¿Y si ahora les explicara aquí el comentador a sus cabreros lo que quiere decir paradoja? Pero no, que ellos lo saben sin creer saberlo, y los carboneros no pueden llegar a saberlo sin desmadriguerarse. Los cabreros saben que verdadera y honda paradoja fue que un bachiller resentido y resentimental, Sansón Carrasco, al derribar en Barcelona a Don Quijote hubiese preparado su última y definitiva victoria, aquella en que quedaron confundidos todos los bachilleres y los carboneros todos, y saben que la publicación del Evangelio de Don Quijote fue el orden político un hecho de más alcance que el levantamiento, por ejemplo, de laas Comunidades de Castilla contra la camarilla de Carlos Quinto, levantamiento de que apenas se enteraron los cabreros.

Ver artículo publicado (pdf)

¿Derrotismo? ¿Pesimismo?

El Sol (Madrid), 18 de septiembre de 1931

El otro día al volver a reestrenarse en las Cortes el Sr. Alba, se creyó obligado a sincerarse diciéndonos que él no es derrotista. Tristes palabras las más de éstas en -ista y en -ismo, que hacen tanto daño porque aun conservan "prestigio". Y subrayo ésta de prestigio porque en latín, en su sentido originario —o aboriginario si se quiere— vale por engaño. Y no suele ser más que engaño el valor de esas palabras en -ista y en -ismo, con las que tratamos de ahorrarnos de tener que pensar. Derrotismo es una de ellas.

¿Qué es eso de "derrotismo", traducción del francés "defaitisme"? Es más que una palabra, que debe ser una idea, un truco inventado por los que no quieren mirar las cosas a toda luz y con los ojos bien abiertos. Y hay que mirarse, tenemos que mirarnos unos a otros, sobre todo cuando se nos invita al abrazo de la concordia. No hay concordia posible a ojos cerrados y vencidos por prestigios, esto es, por engaños. Toda concordia presupone sinceridad y veracidad. Prestigios, engaños, no; vengan en la forma que vinieren. Las habilidades suelen ser debilidades.

¿Derrotismo? ¿Pesimismo? Precisamente en estos días leíamos el librito *Regards sur le monde actuel*, de Paul Valery, y en él esta sentencia que coincide con lo que tantas veces ha dicho y repetido el comentador que ahora la comenta, y es: "El juicio más *pesimista* sobre el hombre y las cosas y la vida y su valor, se acuerda maravillosamente con la *acción* y el *optimismo* que ella exige. Esto es europeo." A lo que podríamos añadir que es también español, no sabemos si español europeo o español africano, si español periférico o español central. Aunque el comentador tenga la convicción de que lo más europeo, o, mejor dicho, lo más universal sea en España lo de la tan calumniada, por mal conocida, paramera.

Y a propósito del pesimismo español —hay quien cree una obra pesimista a *La vida es sueño*, y tal vez no vaya descaminado en semejante creencia—, habrá que recordar que una de las palabras que del castellano han pasado a otros idiomas, al inglés sobre todo, es, con pronunciamiento, guerrilla, torero, siesta y otras —entre ellas *raza*—, es *desesperado*, generalmente en la forma de *desperado*. Y es que por heroica, nos atreveríamos a decir, que a las veces por divina desesperación el genio, así como el ingenio español, han llevado a cabo sus más grandes hazañas, han quemado sus naves para cerrarse la retirada. Y esa quema de desesperado, de pesimista, no excluye el optimismo circunstancial que exige la acción. Aun hay más, y es que nadie obra con más optimismo temporall que el acuciado por pesimismo eterno. Y en más baja esfera nadie mucha con más ardor que el que no quiere pensar en el valor definitivo del triunfo. ¿Derrotistas? Los más nobles, los más fuertes, los más solidos luchadores son los que han ido serenos a una prevista derrota. Derrota que luego Dios cambia en triunfo. Fue un

español antes de España, un precursor de la españolidad, fue el cordobés Lucano quien dijo que la causa vencedora plugo a los dioses; pero la causa vencida, a Catón. Y téngase en cuenta que desesperación no es lo mismo que desesperanza. La desesperanza sume en el abatimiento, en la resignación pasiva, mientras que la desesperación lleva al acto, a la resignación activa, a rogar a Dios mientras se da con el mazo.

¿Será acaso derrotismo, eso que los perezosos de mente —y la pereza no es más que cobardía, como ésta no suele ser más que pereza—, será acaso derrotismo abrir los ojos, mirar, y confesarluego que la sociedad civil española está hoy atacada de unas terribles ganas de disolvimiento, de una enfermedad de disolución? ¿Es que no estamos oyendo cómo cada lugareño representativo se nos viene con el viejo estribillo de los mezquinos resentimientos del lugar a que representa? ¿Es que no estamos viendo alzarse el fantasma de una leyenda de supuestos agravios y vejaciones con que la pereza mental, la cobardía, ha eludido el pensar la historia? La historia que siempre es tragedia. Y más trágica cuanto más heroica. ¿Es que no estamos asistiendo al pavoroso ensanchamiento de esa terrible enfermedad tan típicamente española que es la manía persecutoria? Y con ella la de que no haya comarca que no se crea cenicienta. Terrible enfermedad que se alía al resentimiento, así como éste a la envidia.

Sobre ellos se elevaron nuestros nobles desesperados, los que, fundando en pesimismo radical el optimismo que la acción exige, salvaron más de una vez el alma eterna de la patria.

Ver artículo publicado (pdf)

Gran discurso de don Miguel de Unamuno sobre el castellano como idioma oficial de la República

El Sol (Madrid), 19 de septiembre de 1931

El texto taquigráfico del discurso pronunciado ayer en la Cámara por el ilustre D. Miguel de Unamuno es el siguiente:

El Sr. UNAMUNO: Pido la palabra.

El PRESIDENTE: La tiene su señoría.

El Sr. UNAMUNO: Señores Diputados: El texto del proyecto de Constitución hecho por la Comisión dice: “El castellano es el idioma oficial de la República, sin perjuicio de los derechos que las leyes del Estado reconocen a las diferentes provincias o regiones.”

Yo debo confesar que no me di cuenta de qué perjuicio podía haber en que fuera el castellano el idioma

oficial de la República (acaso esto es traducción del alemán), e hice una primitiva enmienda, que no era exactamente la que después, al acomodarme al juicio de otros, he firmado. En mi primitiva enmienda decía: "El castellano es el idioma oficial de la República. Todo ciudadano español tendrá el derecho y el deber de conocerlo, sin que se le pueda imponer ni prohibir el uso de ningún otro." Pero por una porción de razones vinimos a convenir en la redacción que últimamente se dio a la enmienda, y que es ésta: "El español es el idioma oficial de la República. Todo ciudadano español tiene el deber de saberlo y el derecho de hablarlo. En cada región se podrá declarar cooficial la lengua de la mayoría de sus habitantes. A nadie se podrá imponer, sin embargo, el uso de ninguna lengua regional."

COOFICIALIDAD ES TAN COMPLEJO COMO COSOBERANÍA

Entre estas dos cosas puede haber en la práctica alguna contradicción. Yo confieso que no veo muy claro lo de la cooficialidad, pero hay que transigir. Cooficialidad es tan complejo como cosoberanía; hay "cos" de éstos que son muy peligrosos. Pero al decir "A nadie se podrá imponer, sin embargo, el uso de ninguna lengua regional", se modifica el texto oficial, porque eso quiere decir que ninguna región podrá imponer, no a los de otras regiones, sino a los mismos de ella, el uso de aquella misma lengua. Mejor dicho, que si se encuentra un paisano mío, un gallego o un catalán que no quiera que se le imponga el uso de su propia lengua, tiene derecho a que no se les imponga. *(Un señor DIPUTADO: ¿Y a los notarios?)* Dejémonos de eso. Tiene derecho a que no se le imponga. Claro que hay una cosa de convivencia —esto es natural— y de conveniencia; pero esto es distinto; una cosa de imposición. Pero como a ello hemos de ir, vamos a pasar adelante. Estamos indudablemente en el corazón de la unidad nacional y es lo que en el fondo más mueve los sentimientos: hasta aquellos a quienes se les acusa de no querer más que vender o mercar sus productos —yo digo que no es verdad—, en un momento estarían dispuestos hasta a arruinarse por defender su espíritu. No hay que achicar las cosas. No quiero decir en nombre de quién hablo; podría parecer una petulancia si dijera que hablo en nombre de España. Sé que se toca aquí en lo más sensible, a veces en la carne viva del espíritu; pero yo creo que hay que herir sentimientos y resentimientos para despenar sentido, porque toca en lo vivo. Se ha creído que hay regiones más vivas que otras y esto no suele ser verdad. Las que se dice que están dormidas, están tan despiertas como las otras; sueñan de otra manera y tienen su viveza en otro sitio. *(Muy bien.)*

Aquí se ha dicho otra cosa. Se está hablando siempre de nuestras diferencias interiores. Eso es cosa de gente que, o no viaja, o no se entera de lo que ve. En el aspecto lingüístico, cualquier nación de Europa, Francia, Italia, tienen muchas más diferencias que España; porque en Italia no sólo hay una multitud de dialectos de origen románico, sino que se habla alemán en el Alto Adigio, esloveno en el Friul, albanés en ciertos pueblos del Adriático, griego en algunas islas. Y en Francia pasa lo mismo. Además de los dialectos de las Lenguas latinas, tienen el bretón y el vasco. La lengua, después de todo, es poesía, y así no os extrañe si alguna vez caigo aquí, en medio de ciertas anécdotas, en algo de lirismo. Pero si un código pueden hacerlo sólo juristas, que suelen ser, por lo común, doctores de la letra muerta, creo que para hacer una Constitución, que es algo más que un código, hace falta el concurso de los líricos, que somos los de la palabra viva. *(Muy bien.)*

EL VASCUENCE COMO UNIDAD NO EXISTE

Y ahora me vais a permitir, los que no los entienden, que alguna vez yo traiga aquí acentos de las Lenguas de la Península. Primero tengo que ir a mi tierra vasca, a la que constantemente acudo. Allí no hay este problema tan vivo, porque hoy el vascuence en el país vasconavarro no es la lengua de la mayoría, seguramente que no llegan a una cuarta parte los que lo hablan y los que lo han aprendido de mayores, acaso una estadística demostrara que no es su lengua verdadera, su lengua materna; tan no es su verdadera lengua materna, que aquel ingenuo, aquel hombre abnegado llegó a decir en un momento: "Si un maqueto está ahogándose y te pide ayuda, contéstale: "Eztakit erderaz." "no sé castellano." Y él apenas sabía otra cosa, porque su lengua materna, lo que aprendió de su madre, era el castellano.

Yo vuelvo constantemente a mi nativa tierra. Cuando era un joven aprendí aquello de "Egialde guztietan toki onak badira bañan biyotzak diyo: zoaz Euskalerria." "En todas partes hay buenos lugares, pero el corazón dice: vete al País Vasco." Y hace cosa de treinta años, allí, en mi nativa tierra, pronuncié un discurso que produjo una gran conmoción, un discurso en el que les dije a mis paisanos que el vascuence estaba agonizando, que no nos quedaba más que recogerlo y enterrarlo con piedad filial, embalsamado en ciencia. Provocó aquello una gran conmoción, una mala alegría fuera de mi tierra, porque no es lo mismo hablar en la mesa a los hermanos que hablar a los otros: creyeron que puse en aquello un sentido que no puse. Hoy continúa eso, sigue esa agonía; es cosa triste, pero el hecho es un hecho, y así como me parecería una verdadera impiedad el que se pretendiera despenar a alguien que está muriendo, a la madre moribunda, me parece tan impío inocularle drogas para alargarle una vida ficticia, porque drogas son los trabajos que hoy se realizan para hacer una lengua culta y una lengua que, en el sentido que se da ordinariamente a esta palabra, no puede llegar a serlo.

El vascuence, hay que decirlo, como unidad no existe, es un conglomerado de dialectos en que no se entienden a las veces los unos con los otros. Mis cuatro abuelos eran, como mis padres, vascos; dos de ellos no podían entenderse entre sí en vascuence, porque eran de distintas regiones: uno de Vizcaya y el otro de Guipúzcoa. ¿Y en qué viene a parar el vascuence? En una cosa, naturalmente, tocada por completo de castellano, en aquel canto que todos los vascos no hemos oído nunca sin emoción, en el Guernica Arbola, cuando dice que tiene que extender su fruto por el mundo, claro que no en vascuence. "Eman ta zabalzazu / munduan frutua / adoratzen zaitugu, / arbola santua" "Da y extiende tu fruto por el mundo mientras te adoramos, árbol santo." Santo, sin duda; santo para todos los vascos y más santo para mí, que a su pie tomé a la madre de mis hijos. Pero así no puede ser, y recuerdo que cantando esta agonía un poeta vasco, en un último adiós a la madre Euskera, invocaba el mar, y decía: "Lurtu, ichasoa." "Conviértete en tierra, mar"; pero el mar sigue siendo mar.

Y ¿qué ha ocurrido? Ha ocurrido que por querer hacer una lengua artificial, como la que ahora están queriendo fabricar los irlandeses; por querer hacer una lengua artificial, se ha hecho una especie de "volapuk" perfectamente incomprensible. Porque el vascuence no tiene palabras genéricas, ni abstractas, y todos los nombres espirituales son de origen latino, ya que los latinos fueron los que nos civilizaron y los que nos cristianaron también. *(Un señor DIPUTADO de la minoría vasconavarra: Y "gogua" ¿es latino?)* Ahí voy yo. Tan es latino, que cuando han querido introducir la palabra "espíritu", que se dice "izpiritué", han introducido ese gogo, una palabra que significa como en alemán

"stimmung", o como en castellano "talante", es estado de ánimo, y al mismo tiempo igual que en catalán "talent", apetito. "Eztankat gogorik" es "no tengo ganas de comer, no tengo apetito". *(Un señor DIPUTADO interrumpe, sin que se perciban sus palabras.— Varios señores DIPUTADOS: ¡Callen, callen!)*

ANÉCDOTAS

Me alegro de eso, porque contaré más. Estaba yo en un pueblecito de mi tierra, donde un cura había sustituido —y esto es una cosa que no es cómica— el catecismo que todos habían aprendido, por uno de estos catecismos renovados, y resultaba que como toda aquella gente había aprendido a santiguarse diciendo: "Aitiaren eta semiaren eta izpirituaren izenian" (En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo), se les hacia decir: "Aitiaren eta semiaren eta gogo dontsuaren izenian", que es: "En el nombre del Padre, del Hijo y del santo apetito." *(Risas.)* No; la cosa no es cómica, la cosa es muy seria, porque la Iglesia, que se ha fundado para salvar las almas, tiene que explicar al pueblo en la lengua que el pueblo habla, sea la que fuere, esté como esté; y así como hubiera sido un atropello pretender, como en un tiempo pretendió Romero Robledo, que se predicara en castellano en pueblos donde el castellano no se hablaba, es tan absurdo predicar en esas Lenguas.

Esto me recuerda algo que no olvido nunca y que pasó en América: que una Orden religiosa dio a los indios guaraníes un catecismo queriendo traducir al guaraní los conceptos más complicados de la Teología, y, naturalmente, fueron acusados por otra Orden de que les estaban enseñando herejías; y es que no se puede poner el catecismo en guaraní ni azteca sin que inmediatamente resulte una herejía. *(Risas.)*

Y después de todo, lo hondo, lo ínfimo de nuestro espíritu vasco, ¿en qué lo hemos vertido?

El hombre más grande que ha tenido nuestra raza ha sido Íñigo de Loyola y sus *Ejercicios* no se escribieron en vascuence. No hay un alto espíritu vasco, ni en España ni en Francia, que no se haya expresado o en castellano o en francés. El primero que empezó a escribir en vascuence fue un protestante, y luego los jesuitas. Es muy natural que nos halague mucho tener unos señores alemanes que andan por ahí buscando conejillos de Indias para sus estudios etnográficos y nos declaren el primer pueblo del mundo. Aquí se ha dicho eso de los vascos.

En una ocasión contaba Michelet que discutía un vasco con un Montmorency, y que al decir el Montmorency: "Nosotros los Montmorency datamos del siglo.., tal", el vasco contestó: "Pues nosotros, los vascos, no datamos." *(Risas.)* Y os digo que nosotros, en el orden espiritual, en el orden de la conciencia universal, datamos de cuando los pueblos latinos, de cuando Castilla, sobre todo, nos civilizó. Cuando yo pronunciaba aquel discurso recibí una carta de D. Joaquín Costa lamentándose de que el vascuence desapareciese siendo una cosa tan interesante para el estudio de las antigüedades ibéricas. Yo hube de contestarle: "Está muy bien; pero no por satisfacer a un patólogo voy a estar conservando la que creo que es una enfermedad." *(Risas.—El señor Leizaola pide la palabra.)*

Y ahora hay una cosa. El aldeano, el verdadero aldeano, el que no está perturbado por nacionalismos de señorito resentido, no tiene interés en conservar el vascuence.

Se habla del anillo que en las escuelas iba pasando de un niño a otro hasta ir a parar a manos de uno que hablaba castellano, a quien se le castigaba; pero ¿es que acaso no puede llegar otro anillo? ¿Es que no he oído decir yo: "No enviéis a los niños a la escuela, que allí aprenden el castellano, y el castellano es el vehículo del liberalismo"? Eso lo he oído yo, como he oído decir: "¡Gora Euzkadi ascatuta!" ("Euzkadi" es una palabra bárbara; cuando yo era joven no existía; además conocí al que la inventó). "¡Gora Euzkadi ascatuta!" Es decir: ¡Viva Vasconia libre! Acaso si un día viene otro anillo habrá de gritar más bien: "¡Gora España ascatuta!" ¡Viva España libre! Y sabéis que España en vascuence significa labio; que viva el labio libre, pero que no nos impongan anillos de ninguna clase. *(Un señor DIPUTADO: Muchas gracias, en nombre del pueblo vasco.)*

EN GALICIA TAMPOCO HAY PROBLEMA

Pasemos a Galicia; tampoco hay aquí, en rigor, problema. Podrán decirme que no conozco Galicia y, acaso, ni Portugal, donde he pasado tantas temporadas; pero ya hemos oído que Castilla no conoce la periferia, y yo os digo que la periferia conoce mucho peor a Castilla; que hay pocos espíritus más comprensivos que el castellano *(Muy bien.)* Pasemos, como digo, a Galicia. Tampoco allí hay problema. No creo que en una verdadera investigación resultara semejante mayoría. No me convencen de no. Pero aquí se hablaba de la lengua universal, y el que hablaba sin duda recuerda lo que en la introducción a los *Aires da miña terra* decía Curros Enríquez de la lengua universal:

"Cuando todas lenguas o fin topen
que marca a todo o providente dedo,
e c'os vellos idiomas estinguidos
un solo idioma universal formemos;

esa lengua pulida, idioma úneco,
mais qu'hoxe enriquecido e mais perfeuto,
resume d'as palabras mais sonoras
qu'aquela n'os deixaran como enherdo.

Ese idioma, compendio d'os idiomas,
com'unha serenata pracenteiro,
com'unha noite de luar docísimo
será —¿que outro sinon?— será o gallego

Fala de minha nai, fala armoñosa,
en qu'o rogo d'os tristes sub'o ceo
y en que decende a prácida esperanza,
os afogados e doloridos peitos.

Fala dos meus abós, fala en q'os párias,
de trevos e polvo e de sudor cubertos,
piden a terra o grau d'a cor'a sangue
qu'ha de cebar a besta d'o laudemio…

lengua enxebre, en q'as anemas d'os mortos
n'as negras noites de silencio e medo
encomendan os vivos as obrigas,
que, ¡mal pecados!, sin cuprir morreron.

Idioma en que garula nos paxaros,
en que falan os anxeles, os nenos,
en qu'as fontes solouzan e marmullan
Entr'os follosos albores os ventos"

Todo eso está bien; pero que me permita Curros y perntitidme vosotros; me da pena verle siempre con ese tono de quejumbrosidad. Parias, azotada, escarnecida…, amarrada contra una roca…, clavado un puñal en el seno…

¿De dónde es así eso? ¿Es que se pueden tomar en serio burlas, a las veces cariñosas, de las gentes? No. Es como lo de la emigración. El mismo Curros, cuando habla de la emigración —lo sabe bien mi buen amigo Castelao—, dice, refiriéndose al gaitero:

"Tocaba…, e cando tocaba,
o vento que d'o roncón
pol—o canuto fungaba,
dixeran que se queixaba
d'a gallega emigración.

Dixeran que esmorecida
de door a Patria nosa,
azoutada, escarnecida,
chamaba, outra Nai chorosa,
os filliños d'a sus vida…

Y era verdá. ¡Mal pocada!
Contr'on peneda amarrada,
crabad'un puñas n'o seo,
n'aquella gaite lembrada
Galicia era un Prometeo."

No; hay que levantar el ánimo de esas quejumbres, quejumbres además, que no son de aldeanos. Rosalía decía aquello de:

"Castellanos de Castilla,
tratade ben os gallegos;
cando van, van como rosas;
cando veñ, como negros."

¿Es que les trataban mal? No. Eran ellos los que se trataban mal, para ahorrar los cuartos y luego gastarlos alegre y rumbosamente en su tierra, porque no hay nada más rumboso, ni menos avaro, ni más alegre, que un aldeano gallego. Todas esas morriñas de la gaita son cosas de los poetas. *(Risas.)*

Vuestra misma Rosalía de Castro, después de todo, cuando quiso encontrar la mujer universal, que era una alta mujer, toda una mujer, no la encontró en aquellas coplas gallegas; la encontró en sus poesías castellanas de Las orillas del Sar. *(Denegaciones en algunos señores DIPUTADOS de la minoría gallega.)* ¿Y quiénes han enriquecido últimamente a la lengua castellana, tendiendo a que sea española? Porque hay que tener en cuenta que el castellano es una lengua hecha, y el español es una lengua que estamos haciendo. ¿Y quiénes han contribuido más que algunos escritores galleros —y no quiero nombrarlos nominativamente, estrictamente—, que han traído a la lengua española un acento y una nota nuevos?

EVOCACIÓN DE JUAN MARAGALL

Y ahora vengamos a Cataluña. Me parece que el problema es más vivo y habrá que estudiarlo en esta hora de compresión, de cordialidad y de veracidad. Yo conocí, traté, en vuestra tierra, a uno de los hombres que me ha dejado más profunda huella, a un cerebro cordial, a un corazón cerebral, aquel gran hombre que fue Juan Maragall. Oíd:

"Escolta, Espanya
la veu d'un fill
que't parla en llengua
no castellana,
parlo en la llengua que m'ha donat
la terra apra,
en questa llengua pocs t'han parlat;
en l'altra…, massa.

En esta lengua pocos te han hablado, en la otra… demasiados.

Hont ets Espanya? No't veig enlloc,
no sents la meva veu atronadora?

No entens aquesta llengua
que't parla entre perills?
Has desaprès d'entendre an els teus fils?
Adéu, Espanya!"

Es cierto. Pero él, Maragall, el hombre qué decía esto, como si no fuera bastante lo demasiado que se le había hablado en la otra lengua, en castellano, a España, él habló siempre, en su trabajo, en su labor periodística; habló siempre, digo, en un español, por cierto lleno de enjundia, de vigor, de fuerza, en un castellano digno, creo que superior al castellano, al español, de Jaime Balmes o de Francisco Pi y Margall. No. Hay una especie de coquetería. Yo oía aquí, el otro día, al señor Torres empezar excusándose de no tener costumbre de hablar en castellano, y luego, me sorprendió que en español no es que vestía, es que desnudaba perfectamente su espíritu, y es mucho más difícil desnudarlo que vestirlo en una lengua. *(Risas.)* He llegado —permitidme— a creer que no habláis el catalán mejor que el castellano. *(Nuevas risas.)* Aquí se nos habla siempre de uno de los mitos que ahora están más en vigor, y es el "hecho". Hay el hecho diferencial, el hecho tal, el hecho consumado. *(Risas.)* El catalán, que tuvo una espléndida florescencia literaria hasta el siglo XV, enmudeció entonces como lengua de cultura, y mudo permameció los siglos del Renacimiento, de la Reforma y la Revolución. Volvió a renacer hará cosa de un siglo —ya diré lo que son estos aparentes renacimientos—; iba a quedar reducido a lo que se llamó el "parlá munisipal". Les había dolido una comparanza —que yo hice, primero en mi tierra, y, después, en Cataluña— entre el máuser y la espingarda, diciendo: Yo la espingarda, con la cual se defendieran mis antepasados, la pondré en un sitio de honor, pero para defenderme lo haré con un máuser, que es como se defienden todos, incluso los moros. *(Risas.)* Porque los moros no tenían espingardas, sino, quizá, mejor armamento que nosotros mismos.

EL PUNTO GRAVE

Hoy, afortunadamente, está encargado de esta obra de renovación del catalán un hombre de una gran competencia y, sobre todo, de una exquisita probidad intelectual y de una honradez científica como las de Pompeyo Fabra. Pero aquí viene el punto grave, aquel a que se alude en la enmienda al decir: "no se podrá imponer a nadie".

Como no quiero amezquinar y achicar esto, que hoy no se debate, dejo, para cuando otros artículos se toquen, el hablar y el denunciar algunas cosas que pasan. Algunas las denunció Menéndez Pidal. No se puede negar que fueran ciertas.

INTERRUPCIONES DE LOS DIPUTADOS CATALANES

Lo demás me parece bien. Hasta es necesario; el catalán tiene que defenderse y conviene que se defienda; conviene hasta al castellano. Por ejemplo, no hace mucho, la Generalidad, que en este caso actuaba, no de generalidad sino de particularidad *(Risas.),* dirigió un escrito oficial en catalán al cónsul de España en una ciudad francesa, y el cónsul, vasco por cierto, lo devolvió. Además, está recibiendo constantemente obreros catalanes que se presentan diciendo: "No sabemos castellano", y él responde:

"Pues yo no sé catalán; busquen un intérprete." No es lo malo esto, es que lo saben, es que la mayoría de ellos miente, y éste no es nunca un medio de defenderse. *(Rumores en la minoría de Izquierda catalana.—Un señor DIPUTADO pronuncia palabras que no se perciben claramente.)* Eso es exacto. *(Un señor diputado: Eso es inexacto.—El señor SANTALÓ: Sobre todo su señoría no tiene autoridad para investigar si miente o no un señor que se dirige a un cónsul.— Otro señor diputado pronuncia palabras que no se perciben claramente.— Rumores.)* ¿Es usted un obrero? *(Rumores.—Varios señores DIPUTADOS pronuncian algunas palabras que no se perciben con claridad.—Continúan los rumores, que impiden oír al orador.)*... que hablen en cristiano. Es verdad. Toda persecución a una lengua es un acto impío e impatriota. *(Un señor DIPUTADO: Y sobre todo cuando procede de un intelectual.)* Ved esto si es incomprensión. Yo sé lo que en una libre lucha puede suceder.

En artículos de la Constitución, al establecer la forma en que se ha de dar la enseñanza, trataremos de cómo el Estado español tendrá que tener allí quien obligue a saber castellano, y sé que si mañana hay una Universidad castellana, mejor española, con superioridad, siempre prevalecerá sobre la otra; es más, ellos mismos la buscarán. Os digo aún más, y es que cuando no se persiga su lengua, ellos empezarán a hablar y a querer conocer la otra. *(Varios señores DIPUTADOS de la minoría de la Izquierda catalana pronuncian algunas palabras que no se entienden claramente.—Un señor DIPUTADO: Lo queremos ya.—Rumores.)* Como sobre esto se ha de volver y veo que, en efecto, estoy hiriendo resentimientos... *(Rumores.—Un señor DIPUTADO: Sentimientos; no resentimientos.)* Lo que yo no quiero es que llegue un momento en que una obcecación pueda llevaros al suicidio cultural. No lo creo, porque una vez en que aquí en un debate el ministro de la Gobernación hablaba del suicidio de una región yo interrumpí diciendo: "No hay derecho al suicidio." En efecto, cuando un semejante, cuando un hermano mío quiere suicidarse, yo tengo la obligación de impedírselo, incluso por la fuerza si es preciso, no tanto como poniendo en peligro su vida cuando voy a salvarle, pero sí incluso poniendo en peligro mi propia vida. *(Muy bien, muy bien.)*

"LO RAT PENAT"

Y tal vez haya quien sueñe también con la conquista lingüística de Valencia. Estaba yo en Valencia cuando se anunció que iba a llegar el señor Cambó y afirmé yo, y todos me dieron la razón, que allí, en aquella ciudad, le hubieran entendido mejor en castellano que si hablara en catalán. Porque hay que ver lo que es hoy el valenciano en Valencia, que fue la patria del más grande poeta catalán, Ausias March, donde Ramón Muntaner escribió su maravillosa crónica, de donde salió Tirant lo Blanc.

El más grande poeta valenciano el siglo pasado, uno de los más grandes de España, fue Vicente Wenceslao Querol. Querol quiso escribir en lemosín, que era una cosa artificial y artificiosa y no era su lengua natal; el hombre en aquel lenguaje de juegos florales se dirigía a Valencia y le decía:

"Fill so de la joyosa vila qu'al sol s'escampa
tot temps de fresques roses brodat son mantell d'or,
fill so de la que guaitan com dos giganta cativa
d'un cap Penyagolosa, del'altre cap Mongó,

de la que en l'aygua júga, de la que fou pur bella
dues voltes desposada, ab lo Cid de Castella
y ab Jaume d'Aragó."

Pero él, Querol, cuando tenía que sacar el alma de su Valencia no la sacaba en la lengua de Jaime de Aragón, sino en la lengua castellana, en la del Cid de Castilla. Para convencerse no hay más que leer aquella poesía, Ausente, que ningún buen valenciano debe leer sin que se le empañen los ojos de lágrimas.

El valenciano corriente es el de los donosos sainetes de Eduardo Escalante, y algunas veces el de aquella regocijantes salacidades de Valldoví de Sueca, al pie de cuyo monumento no hace mucho me he recreado yo. Y también el de Teodoro Llorente cuando decía que la patria lemosina renace por todas partes, añadiendo aquello de…

"… y en membransa dels avis, en penyora
de la gloria passada y venidora,
en fe de germandat,
com penó, com estrella que nos guía
entre llaus de victoria y alegría,
alsem lo Rat-Penat."

"Lo rat penat"; alcemos "lo rat penat", es decir, el ratón alado que, según la leyenda, se posó en el casco de Jaime el Conquistador y que corona los escudos de Valencia, de Cataluña y de Aragón; ratón alado que en Castilla se le llama muerciélago o ratón ciego; en mi tierra vasca, "saguzarra", ratón viejo, y en Francia, ratón calvo; y esta cabecita calva, ciega y vieja, aunque de ratón alado, no es más que cabeza de ratón. Me diréis que es mejor ser cabeza de ratón que cola de león. No; cola de león, no; cabeza de león, sí, como la que dominó el Cid.

Cuando yo fui a mi pueblo, fui a predicarles el imperialismo; que se pusieran al frente de España; y es lo que vengo a predicar a cada una de las regiones: que nos conquisten; que nos conquistemos los unos a los otros; yo sé lo que de esta conquista mutua puede salir; puede y debe salir la España para todos.

…Y CADA UNO OYÓ EN SU LENGUA Y EN SU DIALECTO

Y ahora, permitidme un pequeño recuerdo. Al principio del Libro de los Hechos de los Apóstoles se cuenta la jornada de aquello que pudiéramos llamar las primeras Cortes Constituyentes de la primitiva Iglesia cristiana, el Pentecostés; cuando sopló como un eco el Espíritu vivo, vinieron lenguas de fuego sobre los apóstoles, se fundió todo el pueblo, hablaron en cristiano y cada uno oyó en su lengua y en su dialecto: sulamitas, persas, medos, frigios, árabes y egipcios. Y esto es lo que he querido hacer al traer aquí un eco de todas estas lenguas; porque yo, que subí a las montañas costeras de mi tierra a secar mis huesos, los del cuerpo y los del alma, y en tierra castellana fui a enseñar castellano a los hijos de Castilla, he dedicado largas vigilias durante largos años al estudio de las Lenguas todas de la Patria, y

no sólo las he estudiado, las he enseñado, fuera, naturalmente, del vascuence, porque todos mis discípulos han salido iniciados en el conocimiento del castellano, del galaico—portugués y del catalán. Y es que yo, a mi vez, paladeaba y me regodeaba en esas Lenguas, y era para hacerme la mía propia, para rehacer el castellano haciéndolo español, para rehacerlo y recrearlo en el español recreándome en él. Y esto es lo que importa.

El español, lo mismo me da que se le llame castellano, yo le llamo el español de España, como recordaba el señor Ovejero, el español de América y no sólo el español de América, sino español del extremo de Asia, que allí dejo marcadas sus huellas y con sangre de mártir el imperio de la lengua española, con sangre de Rizal, aquel hombre que en los tiempos de la Regencia de doña María Cristina de Habsburgo Lorena fue entregado a la milicia pretoriana y a la frailería mercenaria para que pagara la culpa de ser el padre de su Patria y de ser un español libre. *(Aplausos.)* Aquel hombre noble a quien aquella España trató de tal modo, con aquellos verdugos, al despedirse, se despidió en lengua española de sus hijos pidiendo ir allí donde la fe no mata, donde el que reina es Dios, en tanto mascullaban unos sus rezos y barbotaban otros sus órdenes, blasfemando todos ellos el nombre de Dios.

ESPAÑA NO ES NACIÓN, ES RENACIÓN

Pues bien; aquí mi buen amigo Alomar se atiene a lo de castellano. El castellano es una obra de integración: ha venido elementos leoneses y han venido elementos aragoneses, y estamos haciendo el español, lo estamos haciendo todos los que hacemos lengua o los que hacemos poesía, lo está haciendo el señor Alomar, y el señor Alomar, que vive de la palabra, por la palabra y para la palabra, como yo, se preocupaba de esto, como se preocupaba de la palabra nación. Yo también, amigo Alomar, yo también en estos días de renacimiento he estado pensando en eso, y me ha venido la palabra precisa: España no es nación, es renación; renación de renacimiento y renación de renacer, allí donde se funden todas las diferencias, donde desaparece esa triste y pobre personalidad diferencial.

Nadie con más tesón ha defendido la salvaje autonomía —toda autonomía, y no es reproche, es salvaje— de su propia personalidad diferencial que lo he hecho yo; yo, que he estado señero defendiendo, no queriendo rendirme, actuando tantas veces de jabalí, y cuántos de vosotros acaso habréis recibido alguna vez alguna colmillada mía. Pero así, no. Ni individuo, ni pueblo, ni lengua renacen sino muriendo; es la única manera de renacer: fundiéndose en otro. Y esto lo sé yo muy bien ahora que me viene este renacimiento, ahora que, traspuesto el puerto serrano que separa la solana de la umbría, me siento bajar poco a poco, al peso, no de años, de siglos de recuerdos de Historia, al final y merecido descanso al regazo de la tierra maternal de nuestra común España, de la renación española, a esperar, a esperar allí que en la hierba crezca sobre mi tañan ecos de una sola lengua española que haya recogido, integrado, federado si queréis, todas las esencias íntimas, todos los jugos, todas las virtudes de esas Lenguas que hoy tan tristemente, tan pobremente nos diferencian. Y aquello sí que será gloria. *(Grandes aplausos.)*

Ver artículo publicado (pdf)

El almendro de D. Nicolás Estébanez

El Sol (Madrid), 29 de septiembre de 1931

El viernes, día 25, armaron un… incidente ruidoso en las Cortes los diputados canarios, y poco después, sin esperar a la sesión permanente, me salí de la Cámara, me fui a dormir —sin soñar— sosegadamente para venirme a esta sosegada Salamanca. Y aquí he pensadp en toda la íntima y simbólica significación del incidente aquel, a la vez que recorría en mi ánimo los recuerdos de aquellas benditas Islas Afortunadas, en que me ha sido dicha vivir dos veces, en 1910 y en 1924.

Antes de proseguir me conviene hacer constar que aquí, en la Península, se les llama canarios a los de las siete islas; pero allí, en ellas, canarios son sólo los de la Gran Canaria, y los otros son tinerfeños, palmeros, gomeros, herreños, conejeros, y los de mi entrañada Fuerteventura, la mayor y más desventurada de las islas, majoreros. Y en todas ellas se desarrolla un cierto espíritu que alguien llama federal, pero que es todo lo contrario de esto. Un cierto espíritu isleño que en ciertos por fortuna escasísimos casos degenera en isloteño, y que es lo más desfederativo que cabe. Un cierto espíritu de máximo aislamiento —¡qué terrible palabra ésta!—, que, a base de cierto caso individual bien conocido en todas aquellas islas, podría llamarse "almendreño". Me refiero al almendro patrio de aquel noble, ingenioso, simpático y españolismo lagunero, que fue D. Nicolás Estébanez, republicano ¿federal?, que fue ministro de la Guerra en la infortunada República federal española de 1873, a la que le hizo acabar su propio contradictorio y paradójico —aquello sí que fue paradoja y no otras que llaman así los mentecatos— federalismo. Y vengamos al almendro.

Es éste uno que hay —me lo mostraron allí— cerca ya de la Laguna de Tenerife, en la huerta de la casa natal de D. Nicolás. El cual, en una poesía —hacíalas muy exquisitas—, cantó así: "Mi patria no es el mundo, / mi patria no es Europa, / mi patria es de un almendro / la dulce y fresca sombra"… Y casi todos los isleños cultos —¡y son allí tantos!— de las Afortunadas se saben de memoria este pequeño evangelio del más radical individualismo… antifederal. Y obsérvese que D. Nicolás salta de Europa a su almendro, suprimiendo España y Tenerife y la Laguna, aunque esto no sea sino fuerza del asonante y necesidad de concentración poética. Mas, por otra parte, ¿no será acaso el más radical individualismo el universalismo más radical? No tuve la fortuna de conocer y tratar a Estébanez; pero estoy seguro que de haberle conocido y tratado —y ¡cuánto habría yo ganado con ello!—, le habría oído confesar que se abarca mejor el universo desde un almendro que desde una aldea o villa, desde una isla, desde un Estado, desde un Continente o desde el mundo todo. Pero este universalismo nada tiene que ver con el federalismo político. El Universo no es propiamente una Federación. Acaso para ciertos panteístas; pero para los monoteístas, no. Ni sé si los católicos —esto es, universales— güelfos concebirán al universo redimido como una federación; pero los católicos gibelinos, imperiales, dantescos, no lo conciben así. Y ahora otra vez al almendro.

D. Nicolás Estébanez soñó el universo, y con él soñó la patria al pie de un almendro, a la entrada de la Laguna de Tenerife, como otros españoles la soñaron al pie de un roble vasco, de un pino gallego, de una encina castellana o catalana, de un avellano o algarrobo levantinos, de un olivo andaluz,, de otro cualquiera doméstico, y estos soñadores se hicieron federales a la manera del almendreño Estébanez, y cuando éste era ministro de la Guerra de la República federal acudieron al ministerio en busca de… almendras. Y D. Nicolás tuvo que poner en el antedespacho de su oficina este cartel: "¡La República no tiene destinos que dar!" Y ésta fue la tragedia de la descentralización… federativa. Los almendros nativos no daban almendras para todos. Y quien dice almendras dice otro fruto cualquiera. ¡Y aquellas almendras mismas resultaban tan caras! Porque no hay régimen más caro, más burocrático y de menor equidad distributiva que el régimen que aquí se llama federal, a menos que se le considere como una especie de comunismo, de federación soviética, en que sean agentes de poderes y podercillos públicos todos los de otro modo trabajadores de todas las clases pero parados.

¡La dulce y fresca sombra del almendro! Mas otros árboles dan sombra —apenas en invierno— amarga y bochornosa. Y los hay naticos, cuña leña apenas sí sirve para reconfortar un poco los ateridos miembros en largas noches de helada, o acaso para tallar en ella seis tablas para el último lecho, el del sueño patriótico de la muerte. ¡Hermoso emblema de la patria el árbol! Pero el árbol tiene, sí, copa que recoge luz al sol del cielo, y tiene raigambre que recoge tinieblas de la tierra. Y el fruto que no muere en ésta, en la tierra, no da semilla para árbol nuevo.

Y dejo ahora de lado el más íntimo aspecto del incidente parlamentario isleño, que es el de la capitalidad federativa canaria. Porque muchas veces, cuando se habla de descentralizar, se piensa en otra centralización, ni hay nada más durante unitarista que el cantonalismo.

Al almendro de D. Nicolás le protegía Tenerife mejor que la Laguna, y le protegía España mejor que Tenerife. En el orden político, ¡claro!; que en el orden cósmico, o mejor religioso, al almendro de D. Nicolás Estébanez, allí, al pie del grandioso Teide, que lleva fuego en el corazón y en la cabeza nieve, le ampara el cielo universal, el de las estrellas todas, el que abroquela a nuestra pobre Tierra, isla perdida en la infinidad. Pero en política, no en cósmica, y más si es la sedicente federal, nada se gana y así se pierde mucho, mirando las cosas desde Sirio.

"En nombre de Su Majestad España" abre el curso don Miguel de Unamuno

El Sol (Madrid), 1 de octubre de 1931

Y CANTA, EN SU DISCURSO, LA GLORIA DE LA UNIVERSIDAD SALMANTINA

SALAMANCA 1 (5 t.).—Este año la inauguración del curso académico ha revestido extraordinaria brillantez y solemnidad. El paraninfo se hallaba abarrotado de estudiantes y gentes de todas las clases sociales, quedando fuera por falta material de sitio, a pesar de ser muy amplio el local, numerosas personas.

En el estrado tomaron asiento los catedráticos, que este año no llevan traje académico, y las autoridades.

El discurso inaugural estuvo a cargo del catedrático de la Facultad de Medicina D. Casimiro Población, que disertó acerca de "Algunas orientaciones para la reforma de la enseñanza de la Medicina".

Seguidamente, el rector de la Universidad, D. Miguel de Unamuno, que presidió el acto, pronunció un bello discurso, que fue interrumpido varias veces con estruendosas ovaciones, y comenzó así:

Señoras, señores, compañeros, estudiantes estudiosos, ya profesores, ya alumnos: Hoy hace, día por día, cuarenta años que en idéntica fecha de 1891 llegaba por primera vez a Salamanca y establecía mi hogar espiritual en esta casa. Por cierto que aquel mismo día pronunció el discurso de apertura el entonces catedrático D. Enrique Gil Robles, y al día siguiente, en periódico republicano que se publicaba aquí, comencé una campaña comentando dicho discurso e incorporándome a la lucha política y cultural que entonces aquí existía; porque hay que tener presente que nunca hay cultura si no se basa en una lucha generosa.

En 1901, hace treinta años, vine a abrir el curso, ya como rector, y lo abrí, como se abría, en nombre de Su Majestad el Rey. Vestíamos otros trajes, y yo traía esta misma medalla.

Venía nombrado rector por Real decreto de doña María Cristina de Habsburgo y Lorena, Reina regente de España, y aquí debo hacer una declaración expresa: la de que ni para ser nombrado, ni luego, ni nunca, se me exigió hacer una declaración de fe monárquica.

Y estuve abriendo el curso trece años consecutivos, excepto en el de 1904, hace veintisiete, en que vino a abrirlo el entonces Rey D. Alfonso de Habsburgo y Lorena, D. Alfonso XIII, y por cierto que aquí, después de la fórmula tradicional del Rey de "sentaos y cubríos", leyó unos pequeños comentarios y pronunció un breve discurso, y lo hizo sobre unas notas que, al igual que el discurso, fueron redactadas por mi mano, y por mi texto leyó el Rey. Pasó tiempo y vino el año 1914, en que fui destituido de aquel cargo de rector por ardides electorales y por no rendirme a hacer declaración de fe monárquica. Siguió el tiempo, y en el curso de 1924 a 1925, hará siete años, vino a presidir el curso el príncipe de Asturias, y entonces —tengo motivos sobrados para suponerlo— vino porque se esperaba que yo llegase aquí desde mi destierro para intentar una reconciliación, ya imposible. Pasó el tiempo, y en el curso 1926-27, hace cinco años, volvió el Rey de entonces. En aquella sesión de apertura pronunció mi nombre, mi nombre, que esta proscrito hasta en las listas oficiales, como si yo un hubiera existido, y vino acompañado de Primo de Rivera a investirle de un traje, de la toga de rector "honoris causa", distinción que se le había otorgado a Santa Teresa, y entonces a Primo de Rivera, no por méritos de cultura ni por

servicios a ésta, sino por un acto simoníaco, por la concesión de unas pesetas, sin gran derecho, a esta Universidad.

Corre el tiempo y llega este año 1931 a 1932, y vuelvo nombrado rector por mis compañeros y bajo un nuevo régimen, a cuyo establecimiento he contribuido más que cualquier español. Hemos hecho desaparecer aquellos trajes que alguien llamaría más que de máscara, y aquellas charangas que podían divertir cuando veníamos vestidos con aquellos trajes que divertían a los muchachos. Pero hoy, ya que España es una República de trabajadores de toda clase, se debe venir aquí en traje de faena, en traje de trabajo. En las épocas en que la toga era usada para venir a clase, hay que recordar que se dispensaba de ello a los profesores de clases prácticas, para la mejor realización de sus labores. Por lo demás, tan librea puede ser una blusa como una toga. No hace la librea el traje, sino el espíritu con que se lleva. Hay además que tener en cuenta que por mandato legal tienen que asistir a este acto los maestros de Primera Enseñanza, que no visten toga, esos maestros que ahora vamos a incorporar a la función universitaria, y yo deseo que todos seamos acreedores al título de maestro.

Recordad que el Divino Maestro fue perseguido por los doctores de la ley escrita, y os daréis cuenta de mi intención. *(Aplausos.)* Pero con traje o sin traje académico, nosotros debemos ser trabajadores de toda clase, y lo que hace falta es que haya trabajo. Venimos a continuar la historia de España, la historia dela cultura española, la historia de una Universidad española; no ha habido, no, solución de continuidad, como pretenden algunos. Si después de la superstición de los trajes mantenemos otra, no habremos hecho nada. Ni la ciencia, ni las letras, ni las artes son monárquicas o republicanas; la cultura está por encima y por debajo de las pequeñas diferencias, contingentes, accidentales y temporales, de la forma de gobierno. La cultura, las humanidades, la ciencia, están por encima y por debajo de esas diferencias formales y las superan en altura y en profundidad. A los que, al hablar, dicen, “esta nueva época”, debemos replicarles que no ha habido solución de continuidad en la historia de España. En todas las anteriores aperturas estuvo en efigie, en retrato, aquel en cuyo nombre se abría el curso, y que hace algunos meses destrozó la furia iconoclástica de la estudiantina, como protesta por los males de la Dictadura. De aquí desapareció aquel retrato, es cierto; pero recordad que en la fachada de la Universidad, en el blasón plateresco de su fachada, hay un medallón con los Reyes Católicos, Fernando de Aragón e Isabel de Castilla, cuyas imágenes también presiden las sesiones de las Constituyentes de la República; la efigie de los Reyes Católicos, que fundaron la unidad nacional española, y ese medallón tiene una leyenda en griego que dice: “Los Reyes a la Universidad, y la Universidad a los Reyes.”

Recordad también que aquí, en Salamanca, murió el desventurado príncipe D. Juan, único retoño de los Reyes Católicos, frustrando el que se fraguara una dinastía genuinamente española, y al morir vino de allá lejos Carlos V de Alemania y I de España, contra el que se alzatron las Comunidades, y que aquí, en Salamanca, luchó contra él Mandonado, cuyo pendón rojo todavía puede verse en la capilla de Talavera de nuestra catedral. Pero aquellos Reyes Católicos formaron la unidad de España; fundaron la imperialidad española, y conviene hacer presente que las empresas que acometieron, y que ahora es moda censurar, fueron obra del imperialismo español, que fue siempre democrático. Fue el pueblo español, no sus Reyes, el que sentía aquellas grandes obras. Imperio abarca a la República y a la

Monarquía; es, a la vez, monárquico y republicano. Recordad que en Roma los emperadores se llamaban emperadores de la República romana. Aquí ocurrió lo mismo, y se formó la unidad, la universalidad y la imperialidad de España, en la cual colaboraron como pocos las Universidades españolas, y dentro de las Universidades, como pocas, la Universidad salmantina. Unidad es igual a unidad y a universalidad. Una y universal es la cultura; unidad es imperialidad, y universalidad equivale etimológicamente a catolicidad.

No olvidéis que de aquí salió el padre maestro fray Francisco de Vitoria, que dio normas al Derecho de gentes, a los fines de la catolicidad, de la universalidad. Ciertas supersticiones de los que se preocupan de las formas de gobierno dicen que se ha roto la historia de España, que se está forjando una nueva España. No es así: es la misma que unificaron los Reyes Católicos; es aquella España ña que continuamos. Esta Universidad contribuyó como ninguna a esa obra de unidad, de imperialidad, universalidad o catolicidad. En el escudo de esta casa figuran leones y castillos, y es que esta región fue medio leonesa y medio castellana. A las puertas de esta ciudad se hablaba leonés y aquí se emplearon ambos dialectos. Pero esta Universidad nunca fue castellana, sino universal y española. La Universidad de Salamanca tuvo siempre un sentido de universalidad fecunda e imperial, sin mezquinas diferencialidades. Todavía hay en mi tierra vasca un canto popular en el que se asocia el nombre de Salamnca al de un estudiante que debió andar por aquí. El espíritu de universalidad supera todo resentimiento diferencial. En esta Universidad se fundieron las naciones, que así se llamaban las regiones de hoy, y desapareció toda xenofobia, y todos se consideraron como hermanos, sin distinción, y el espíritu de universalidad evitó los menguados resentimientos. Todavía, después de la Revolución francesa, que fue unificadora e imperial, y que culminó en Napoleón, venido éste a España para entregar a su hermano una sola nación, dejó aquí honda huella, y algo de lo bueno que ha quedado de entonces se debe a la influencia imperial revolucionaria, contra la que se fomentó aquí el brío para la lucha contra el imperialismo napoleónico, y de aquí salió para las Cortes de Cádiz Muñoz Torrero.

Más tarde, después de la revolución de 1868, vino a licenciarse a esta casa el entonces profesor de la Central D. Nicolás Salmerón; a esta casa, asiento y cuna de universalidad, donde hemos luchado sin perdernos el mutuo respeto y sin perder un sentimiento tolerante, pues nunca se pregunta a nadie de dónde viene. Yo conocí a un rector aragonés, y después lo fui yo, que soy vasco. Ahora se amparan en ciertas leyendas disgregatorias para dividir a España. Se quiere concluir con su imperio, con quienes fueron contra la Monarquía, no por ser liberales, sino por ser unificadores. Yo os digo que nuestra Universidad no puede empequeñecerse por la cuestión de formas de gobierno, tan contingente, que está a merced de cualquier turbión.

Y volviendo al significado del acto, hay que decir a los jóvenes que si otros cursos resultaron tan tristemente deseducadores, éste no puede seguir así. Y conviene que no confundan lo joven con lo moderno, ni lo viejo con lo antiguo. Hay antigüedades eternamente jóvenes, y modernidades que nacen decrépitas. *(Aplausos.)* Tenemos que ser trabajadores del espíritu, de la cultura, de la ciencia. Vienen días de dura prueba para todo nuestro pueblo, y los que se figuran otra cosa están en un error. No importa que le llamen a uno derrotista o pesimista; pero la verdad es ésa. La conciencia de la derrota

nos hace ir serenos a la lucha, porque sabemos que ella es fundamento de victoria. Vienen días de prueba, os digo, y época en los que, día a día, dieron su vida por la patria, trabajando por ella muy gustosos en el trabajo, han de forzar su empeño, y en estos días, estudiantes, es necesario que pongáis en el crisol vuestra disciplina —disciplina, de discipulina— que es lo propio del discípulo, pero que supone maestría, magisterio y autoridad en el que enseña. El magisterio es autoridad, no puede existir sin ella.

Llegan días de renovación, de lucha, lucha por la libertad, por la igualdad, por la fraternidad, por la fe, la esperanza y la caridad: fe en la libertad, libertad en la fe, que la fe es libre obsequio —dice San Pablo—; esperanza de igualdad, e igualdad de esperanza, y fraternidad caritativa. Tendremos que luchar por la libertad de la cultura, por la libertad de cultos, y a nombre de ella se trata de proscribir algo determinado, Lucharemos por la libertad de la cultura, porque haya ideologías diversas, porque en ello reside la verdadera y democrática libertad. Lucharemos por la libertad de la cultura y por su universalidad, y tendremos fe en la libertad; lucharemos por la hermandad, por entendernos en un corazón y en una lengua. Estamos aquí los profesores de cuatro Facultades, que son las que integran el funcionamiento interno de la Universidad, los que abarcan Salud, Ciencias, Humanidades y Justicia. Seguiremos cultivando la historia de España sin hacer caso de motes y adminículos —y yo ahora llevo un mote de esos—, pues las diferencias políticas son contingentes, temporales y accidentales. La cultura está por encima y por debajo de las formas de gobierno, que no pueden alterar los valores permanentes. En nombre de Su Majestad España, una soberana y universal *(termina el señor Unamuno con temblor emocionado en la voz)*, declaro abierto el curso 1931-32, en esta Universidad, universal y española, de Salamanca, y que Dios, Nuestro Señor, nos ilumine a todos para que con su gracia podamos en la República servirle, sirviendo a nuestra común madre patria.

(Al terminar el sr. Unamuno estalló una clamorosa ovación del público, emocionado por las últimas palabras que, casi llorando, pronunció D. Miguel.)

Ver artículo publicado (pdf)

El confesonario y las mujeres de España

El Sol (Madrid), 4 de octubre de 1931

¡Gracias a Dios! Aquí, en el relativo —y ¿qué no es relativo, inclusa la misma relatividad?— sosiego de este remanso espiritual de mi española Salamanca; aquí, a la vista de Gredos, espinazo —rosario— central de España, vuelvo a sentir el empuje de la savia que sube de las raíces de la renacionalidad. Aquí, lejos del recinto o coto del Congreso alborotado por forcejeos de partidos maniobreros. Pero aquí empiezo a dudar de si yo, que vivido mis años de mi vida en España, conozco a ésta. Y además, si no

siendo, como no soy, soltero —es decir, un solitario—, sino un padre de familia, y habiendo convivido con mujeres españolas, tengo alguna experiencia de lo que éstas sean. Porque, a propósito de eso del voto a la mujer, ¡se ha oído cada cosa!

Primero ese antojo histérico masculino de que la mujer española está manejada desde el confesionario, por el clero regular o secular, antojo histérico de la masculinidad aquella a que se refirió un día el dictador Primo de Rivera. En algunos de estos casos es Don Juan que siente celos —y recelos— de los confesores de sus víctimas. O victimarias. Y sabido es que Don Juan, profundamente español, es tanto como un sensual un envidioso. Y que apenas sabe nada de confesionario.

¡La leyenda del confesionario! De ese confesionario, con sus casos de conciencia, de donde surgió, siglos antes de que apareciera el judío Freud, el psicoanálisis. En el confesionario, en el de Tirso de Molina, fue ya estudiado Don Juan, el de "¡si tan largo me lo fiáis!…", y en ese mismo confesionario fue estudiado el condenado por desconfiado. Y en ese confesionario se ha estudiado, no la maldad, sino la estupidez humana. El estudio de los escrúpulos es algo para inspirar más triste pesimismo misantrópico que el que torturó al ánimo de Gustavo Flaubert, el inmortal autor de los inmortales Bouvard, Pecuchet y M. Homais. Y si M. Homais aborrece tanto el confesionario es porque desde él se descubre toda su vaciedad y su incapacidad radical de hacerse con su madre, con su hermana, con su mujer, con su hija, con su amiga. Y en cuanto a Madama Bovary, ¿va a confiarse a M. Homais?

¡El confesionario! ¿Quién puede afirmar en serio que las mujeres españolas de hoy, las que se confiesan, son manejadas desde el confesionario? ¿Manejadas? ¡Acaso son ellas las que desde allí se manejan! Hay además que distinguir el confesor que podríamos llamar litúrgico o de rutina, el que oye —si es que oye— lo que le confiesan como quien oye llover, y el director de conciencia. ¿Y cuántos hay de éstos? Al pobre M. Homais los dedos se le antojan huéspedes. Pero ¿qué mujer va a verter sus cuitas a sus pies?

Sostener, además, que desde el confesionario haga el clero, secular o regular, una campaña política derechista o antirrepublicana, es moverse en puro confusionismo, sin definición clara ni de confesionario, ni de clero, ni de campaña, ni de política, ni de derecha, ni de República. ¡Qué mal conocen a sus mujeres los que tales camelos profesan y confiesan! A las suyas propias, ¡claro!, que a las de los otros no las conocen ni bien ni mal. Y menos aún a las que alguna vez les dieron calabazas, y no ciertamente por sugestión del confesor. *Similia similibus*…

Queda el punto central, íntimo, el de la satisfacción de las necesidades religiosas de la mujer española. Necesidades que, por su género de vida, puede llenar de otro modo el hombre, si es que las llena. La religión, cualquier verdadera religión —que no es igual que religión verdadera— ocurre a consolarle al hombre de haber nacido dándole una finalidad de vida que trascienda de la vida misma, y así, independientemente del temor de castigos o la esperanza de premios, refrenándole de las malas pasiones que no atienden a esa finalidad. Que no es la religión ni policía ni un salto de agua industrial. Pero si el pobre M. Homais, si el cándido librepensador —acaso porque se libra de pensar— se duele de la forma de religión en que se ha educado a la que ha de ser su mujer, ¿quién tiene la culpa de ello sino

él y sus congéneres, que no han sabido, por incapacidad espiritual, cambiar esa forma, o sea reformarla? Porque en concreto, y con referencia a nuestra España viva y actual, es locura pensar que cabe concluir con el cristianismo español, nacional, popular, laico, el de los cultos seculares, el que es a la vez que una religión, un arte, el verdadero arte popular español. No se concluye con una religión que da da vida espiritual a un pueblo, que es popular, esto es: laica y nacional. Cabe reformarla. ¿Y qué entiende el pobre M. Homais de reforma?

Ved, en cambio, que los que han hecho de la reforma social una especie de religión —¿qué sino una religión es hoy el leninismo en Rusia?— no temen que otros confesores que ellos mismos se adueñen de sus mujeres. Ni han de abrigar este temor los creyentes en la fuerza íntima del cristianismo nacional, popular, laico, de España, reformado o sin reformar todavía. Que es muy fácil declarar que no hay religión del Estado, pero no es tan hacedero probar que no haya una religión de la nación por poco definidas que se supongan sus creencias radicales. Creencias radicales que han de influir siempre en el voto de aquellas mujeres que sientan necesidades religiosas que M. Homais no satisface.

Autoridad y Poder, o el Divino Maestro y el fariseo

El Sol (Madrid), 8 de octubre de 1931

Hay cosas —"cosas" mejor que "asuntos"— a que hay que volver siempre. O mejor, que no se puede dejar nunca. Y una de ellas es la que se llama religión del Estado, cosa distinta, como ya os he dicho, lectores, de la religión de Estado. Y ahora, a repetirme.

Como un día dijera en las Cortes actuales un diputado que la religión es un freno para las pasiones, fue recibida esta frase con fuertes murmullos y alguna interrupción por parte de la Cámara. Y es que, dicho así, escuetamente, fue entendido en su significación más trivial —de trivio o plazuela—, como si la religión fuese la católica apostólica romana de un pobre fraile que describe las calderas de Pedro Botero, una religión de policía de seguridad. Pero, tomada la religión, una cualquiera verdadera religión, en su hondo ser, el de un ideal trascendente que nos consuela de haber nacido dándonos una finalidad, una misión, para después de nuestra muerte, es claro que nos refrena de las malas pasiones. Y llevada a la política, hecha política la religión, nos refrena de la mala pasión política que es el apetito desordenado de poder. El mero político, el político irreligioso, el que no es más que un técnico de la política, el que todo lo endereza a apoderarse del Poder público, a mandar, éste ni es político en el noble, en el religioso sentido de la palabra. Y es en cambio político, el que no sacrifica la política al conseguimiento del Poder, y sabe que desde fuera de él se gobierna a un pueblo con autoridad. Que es más que poder.

¿Política? Política, ya lo sabemos, viene de "polis", ciudad. Y dejando para otra vez el explicaros la

diferencia que siento entre la política, de "polis", ciudad, la cósmica, de "cosmos", mundo, paso a decir que la ciudad a que la política sentida y concebida y ejercida religiosamente se contrae, es la que llamó San Agustín, el latino africano, la Ciudad de Dios, y la misma a que el Cristo llamaba el reino de Dios. La ciudad de Dios, esto es, la república de Dios, o el reino de Dios, que es lo mismo.

Y cuando Nicodemo, el fariseo, fue de noche y a hurtadillas a ver al Cristo buscando un maestro, éste, el divino Maestro, le dijo: "En verdad te digo que si algo no naciese de nuevo no puede ver el reino de Dios," Y el fariseo le preguntó cómo se puede renacer sin volver al seno materno, y Jesús respondió: "En verdad te digo que si no naciese uno de agua y de espíritu no puede entrar en el reino de Dios." Y le habló luego de la voz del espíritu, porque el espíritu es palabra. ¡Pobre fariseo! Fariseo quería decir hombre separado —separatista, si queréis—, hombre de secta, de partido. Los fariseos eran, ante todo, sectarios, partidarios, con su disciplina, sus santos y señas y su liturgia. Y el pobre fariseo tardó en comprender lo de renacer de agua y de espíritu.

¡De agua! Lo que se habla aquí ahora de política hidráulica, de esa política que consiste en encauzar y almacenar agua, ya para saltos de ella que muevan turbinas, ya para embalsar pantanos de riego. Y esto lo comprende el fariseo. Como comprende que se encauce espíritu, opinión pública, que mueva turbinas revolucionarias —lo que él, el fariseo, entiende por revolución—; pero no comprende tan bien que se embalse espíritu, que se remanse tradición, para regar con ésta a las almas sedientas de religiosidad. El fariseo, el hombre de partido, puso a Jesús, al maestro de autoridad, en manos de Pilatos, del pretor, del hombre de poder, para que lo crucificase y le titulase, en la cabecera de la cruz, rey. Rey del reino que no es de este mundo, rey de la Ciudad de Dios.

¡La ciudad de Dios! ¡El santo nombre de Dios! El 20 de abril de 1653, Oliverio Cromwell, el puritano, el político religioso, después de una violenta requisitoria contra el Parlamento, del que formaba parte, acabó diciéndole: "In the name of God…, go!" "¡En el nombre de Dios…, largo!" Y los largó de allí a los políticos irreligiosos, a los fariseos del poder, a los que no sabían refrenar el apetito de éste, de poder, a los que no querían o no podían saber lo que es un "gobernalle". Que en aquellos tiempos que eran de navegación a vela, el gobernante, el piloto, tenía que saber contar con el viento, que es soplo, que es espíritu, y que, como le decía Jesús a Nicodemo, el Maestro al Fariseo: "El viento sopla donde quiere, y oyes su voz, pero no sabes de dónde viene ni a dónde va." Y ¿es que saben nuestros fariseos, nuestros hombres de partido, hacia donde sopla el viento que les llevó a sus puestos? ¿Se dan siempre clara cuenta de los virajes de ese viento? ¿Es que se fían de la ventolera de un momento de agitación?

Bien está aprovecharse del sato de espíritu revolucionario; pero hay el pantano —pantano, sí, pero pantano vivo— de donde sale el riego para las almas sedientas de finalidad política y religiosa, de religión política. Y ¡ay si el dique de ese espíritu remansado, embalsado, se rompe un día! Los fariseos, con su estrecha concepción sectaria y de partido, podrán no verlo; pero el cataclismo —cataclismo quiere decir inundación o diluvio— es inminente.

Ya sé que fariseo ha venido a tomar una significación distinta de la que aquí le damos; pero ésta es la auténtica, la aboriginaria. El fariseo se preocupa del poder, no de la autoridad; el fariseo quiere mandar

—y explotar el mando—, no propiamente gobernar, y al fariseo suele llegar a estorbarle la religión en la política. Y es que la suya no es propiamente política, no siendo religiosa.

Iberia es España

Heraldo de Aragón (Zaragoza), 11 de octubre de 1931

Raza es una palabra lo más probablemente de origen español y que de nuestra lengua pasó a todas las demás europeas en que hoy se usa. Es hermana melliza de “raya” y significa, en rigor, lo mismo que esta. Aun hoy se llama aquí, en Castilla al menos, una “raza de sol” a la que se filtra por el resquicio de una puerta o ventana, y los tejedores llaman raza a la hebra continua de un tejido. Raza, pues, equivale a línea y en el sentido genealógico a linaje, que a su vez deriva de línea. Y en el fondo de estas denominaciones late el concepto de continuidad. Y la continuidad, en lo humano, es la historia, aunque en lo meramente animal pueda ser otra cosa.

Una raza animal, de caballos, de toros, de carneros, de puercos, etc., puede determinarse por caracteres meramente corporales, somáticos, porque los animales no tienen historia propiamente dicha, que es cosa del espíritu. Pero una raza histórica se determina por la continuidad histórica. Claro está que, siendo el hombre un animal, hay en el género humano razas animales, las de blancos, negros, bronceados, pieles rojas, amarillos, etc., pero no les falta razón a los negros y mulatos de Haití que, por pensar y sentir en francés, se dicen de raza latina. Y de raza española era el indio mejicano, Benito Juárez, que en español pensó y sintió su Méjico, y de raza española era el mestizo de tagalo y chino José Rizal, que en español se despidió en un canto inmortal de su Filipinas “dolor de mis dolores”, “perla del mar de Oriente, nuestro perdido Edén” que dijo.

¿Raza española? Sí, producto de una continuidad histórica espiritual, raza que está siempre haciéndose como está siempre haciéndose su exponente supremo, el idioma, este idioma español que se está haciendo, se está integrando continuamente, como se hacen y se integran los ríos, por sus afluentes, hasta que van a perderse o a otro mayor río o a la mar, madre e hija de todos ellos. Así se está haciendo el Ebro, que desde cumbres cantábricas castellanas, atravesando navas navarras, va a renacen en la mar levantina, catalana y valenciana. El Ebro —Íber de los griegos, Iberus de los latinos—, de donde se hizo Iberia.

¿Y por qué hay quienes, con recelosa falta de sentido histórico, sustituyen a España por Iberia y se imaginan que naciones ibéricas es otra cosa que naciones españolas? ¿Es por halagar o atraer a los portugueses?Pero los portugueses cultos —y los incultos en ninguna parte cuentan— saben muy bien que Hispania incluía a Portugal tanto como Iberia. Y en rigor ríos españoles, el Miño, el Duero, el Tajo, el Guadiana, unen a Portugal con España —la que hoy llamamos así—, mientras el Ebro, el que dio

nombre a Iberia, corre lejos de Portugal uniendo a Castilla, Navarra y Aragón con Cataluña. El Ebro es el río de la unidad que forjaron los Reyes Católicos. El Ebro es el río, además, alimentado por una parte por esos Pirineos de donde bajaron los almogávares, tanto aragoneses como catalanes, que se lanzaron a la conquista del Ducado de Atenas. Y la gran cuenca histórica, la concha histórica de aquel imperio, es la cuenca del Ebro.

Aun en los Altos Pirineos, en los Centrales, se conservan dialectos aragoneses, el cheso, el benasqués, el grausino, el estadillano… después que la esencia íntima, el jugo entrañado del romance aragonés fue a fundirse en el romance castellano, enriqueciéndolo. Con lo que, en vez de perder, ganó en personalidad Aragón, que la tiene tan fuerte y destacada como la región que más se jacte de ello. Personalidad integral y no diferencial. Y conviene recordar que aquellos Borjas —en Roma Borgias— de linaje aragonés trasplantado a Valencia —como el de Blasco Ibáñez— no hablaban propiamente valenciano, sino aragonés, que entonces ya se confundía casi con el castellano. Así Alejandro VI, así César, espíritus imperiales.

Lo mismo da, pues, España que Iberia siempre que se entienda una unidad que es la que ha hecho la nación, la que está rehaciendo la renación. Porque frente al hecho diferencial, siempre mezquino y pobre, está lo que se está haciendo, el quehacer, integral.

En el capítulo III del cuarto Evangelio, el llamado de San Juan, se nos cuenta la visita nocturna que el fariseo Nicodemo hizo a Jesús, y cómo éste le dijo que no podría ver el reino de los cielos si no nacía de nuevo, si no renacía. Y al decirle Nicodemo al divino Maestro cómo era que pudiese volver a nacer no entrando otra vez en el vientre materno, Jesús le respondio: “Si alguien no se engendra de agua y de espíritu no puede entrar en el reino de Dios”. Y así España o Iberia. Tiene que renacer de agua y de espíritu, de ríos materiales y de ríos espirituales. De ríos físicos, materiales, cuyas aguas se recogen ya en saltos de empuje dinámico, ya en remansos y pantanos para riegos, y de ríos espirituales que también se encauzan y se recogen en saltos de empuje, muchas veces revolucionario, o se remansan en pantanos vivos para riego de las almas sedientas de ideal. De agua y de espíritu tiene que renacer la que llamo la renación española. O ibérica, me es igual.

Y ahí, en Aragón, tiene el pueblo español dos ríos padres —mejor sería llamarles madres—, el Ebro, de cuya cuenca vive gran parte de la española Cataluña, la de tierra adentro, el Ebro que engarza Castilla, Navarra, Aragón y Cataluña, y ahí en Aragón tiene el pueblo español otro gran río, el romance español —castellano, leonés, aragonés, andaluz, etc.— en cuya cuenca hay que recoger embalses de espíritu para enriquecimiento integral de las almas sedeintas de universalidad española. Este nuestro romance que por nuestros grandes ríos ibéricos, españoles, se fue a la mar, y de la mar a América, que despertó a la historia humana universal al oír esta voz de imperio: “¡Tierra!”.

“¡Mi tierra!”, decimos con el corazón estremecido. Digamos también: “¡Mi agua!”, “¡mi espíritu!”. “¡Mi río español!”, “¡mi romance español!”. Y todo esto, aragoneses de España, españoles de Aragón, lo he sentido contemplando desde el Almanzor, vértebra cervical de Gredos, espinazo de Iberia, las cuencas del Duero y del Tajo, meollos de Iberia que es España.

Miguel o “¿quién como Dios?”

El Sol (Madrid), 14 de octubre de 1931

Desde la cama, lector. Postrado en ella por una de esas que llaman indisposiciones, a ratos pesadas. Es lo que se dice estar malucho. Y qué tierno diminutivo éste de malucho, casi vasco, diminutivo de malo, enfermo, no de malo moral. Se está, no se es malucho. Y estas indisposiciones suelen ser convalescencias, en que se ven las cosas a una nueva luz y como de alba. La mía, mi indisposición, lector, es una convalescencia de las últimas sesiones de la Cámara. ¡Cámara! ¡Qué nombre!

Y aquí en el lecho, no recibiendo del mundo exterior más que ruidos de la calle. El fragor de esta estrepitosa Gran Vía. Vocerío de pregoneros de periódicos, bocinas de “autos”, barullo de camiones. ¿Y eso es la calle? Y el hombre de ella, de la calle, ¿qué es? No ciertamente el del hogar. El otro día en la Cámara dijo un diputado que hablaba en nombre del hombre de la calle, queriendo acaso hacer de la Cámara una Cámara de la calle. Y Pérez de Ayala, que estaba a mi lado, me dijo: “No de la mía.” A lo que yo: “Toda calle tiene dos aceras.” Y además el hombre que vive en una cualquiera de las casas de la calle, en su hogar callejero, y se calla, ¿no opina? ¿O es que el hombre de la calle es el hombre del arroyo? Acaso sin hogar.

Pero hay también el hombre de los campos, el hombre del campo. Y en el campo, en las aldeas, no hay propiamente calles ni tienen éstas aceras. Los hogares campesinos se agrupan por lo regular en derredor a una humilde iglesia que alberga a un humilde Cristo, y en ellos habitan hombres rebeldes y resignados. Resignados, sí, pero a la vez rebeldes. Rebeldes cuando el viento de la rebeldía les sopla; rebeldes a la renta y al fisco y a las regulaciones puramente civiles o humanas; pero resignados a la mano del Señor, que hace llover lo mismo sobre los buenos que sobre los malos; resignados al destino, que es divino. Y a estos hombres de los campos, hambrientos de tierra y de justicia, no les llegan esas irresignaciones —irresignaciones más que rebeldías— que agitan a los hombres del arroyo. Si un día se alzan contra sus exprimidores esos hombres de los campos, no te choque, lector, que lleven enarbolado el Cristo de su iglesia. De su iglesia popular, esto es, laica.

En todas estas cosas meditaba, o más bien soñaba, mientras la indisposición, que es convalescencia, me iba purgando de ciertos dejos. E iba, en examen de conciencia, repasando mi vida histórica toda, la vida que he dedicado a meditar, a soñar, a mi España y a su Señor, que es mi Señor, que es, lector, Nuestro Señor. Y ¡qué bien se sueña aquí, en el lecho! Porque en la calle le rompen a uno el sueño. Los callejeros, aunque parezcan sonámbulos, no sueñan. Y meditaba, aquí, mientras mi nombre anda llevado y traído en lenguas, meditaba en la íntima unidad de mi vida en comunión con mi España y con su Señor. Mientras traen y llevan mi nombre.

¡El nombre! El nombre es la esencia humana de cada cosa. Un objeto cualquiera natural, una roca, un

árbol, un río, un monte, un lago, un animal, se hace humano, se humaniza y hasta se domestica cuando un hombre en una lengua cualquiera humana le pone nombre. Adán se adueñó, según el Génesis, de los animales todos, poniéndoles nombres. Y es por esto por lo que los hombres luchamos más por nombres que por cosas, ya que cosa sin nombre no es humana. Por nombres y por motes.

¿Y mi nombre, mi esencia humana? Jacob luchó toda una noche desde la puesta del sol hasta el rayar del alba con un ángel, esto es, un mensajero del Señor, y no le pedía perdón ni paz, que bien los necesitaba, sino que le pedía su nombre. "¡Dime tu nombre!", tal era la conjosa pregunta de Jacob. Y yo repasaba aquí, en el lecho, y en ensueños de insomnio de convalescencia, mi vida histórica, pública, y veía la unidad, la continuidad de ella. Y como durante toda ella no he hecho sino luchar con el ángel, con un arcángel del Señor, preguntándole: "¡Dime tu nombre!" Y soñaba ahora, en ensueños de indispuesto, de malucho convaleciente, que ese nombre, que el nombre del arcángel con quien he estado en lucha, era mi mismo nombre, era el nombre que por gracia divina llevo, era el nombre de Miguel, que, declarado, quiere decir: "¿Quién como Dios?"

Los ruidos de la calle han cesado en el momento en que escribo estas líneas; el hombre de la calle parece andar por otras calles. Y hay hombres de la calle que están peleando contra nombres. No le preguntan al que creen su enemigo cómo se llama; no le dicen: "¡Dime tu nombre!", sino que creen saberlo. Y ellos, que se han puesto un mote, un apodo, vociferan para permanecer fieles al mote. Pero el mote no es sino caricatura del nombre, peor aún, simulación de nombre. El mote es al nombre lo que el mono es al hombre. Ni es nombre, designación de la esencia humana de una cosa, el que un lorito le da. El nombre que pronuncia un lorito no quiere decir nada, porque el lorito nada quiere decir.

Y aquí dejo, con la incoherencia de ensueños de malucho, estas divagaciones nominales sobre mi nombre, tan claro en España, de Miguel, "¿Quién como Dios?"

Sobre el español medio

El Sol (Madrid), 20 de octubre de 1931

Recogimiento de celda. Aquí se inquiere mejor a los prójimos que estando entre ellos. El techo de la alcoba —celda— llega a parecer un cielo —todo es ilusión—, y hasta se sueña en él nubes. Nubes fantásticas, quiméricas, humanas, en las que va uno hiñendo el futuro español medio, el que salga de todo esto.

Esto del español medio me lo sugiere una expresión felicísima de M. Herriot, el jefe de los radicales socialistas franceses, hombre de fina cultura literaria, y, por lo tanto, de atinados aciertos verbales. Esa expresión, que halló fortuna, fue la de "le français moyen", el francés medio. Término éste de origen

estadístico. “Durchschnittencensch”, hombre de corte medio, dicen los alemanes; “average man” los ingleses. Si metéis cien hombres en una especie de caldera psíquica y los fundís, de modo que desaparezcan sus individuales notas diferenciales —esa diferencialidad de que tanto se envanecen los pobres sujetos que no tienen otra cosa de que envanecerse—, y sacáis luego un cacho de la masa, ya bien fundida, para hacer el término medio, éste lo determinará. ¿Aceptable? Hay quien cree que un cacho así de muchedumbre puede ser útil para ser manejado —sobre todo como elector y votante—; pero que es poco apetecible para quien busca algo más íntimamente humano. A mí, por lo menos, este término medio me seduce muy poco. Tengo la impresión que en ese sujeto —mejor: objeto— medio, se acusa y exacerba el defecto, la nota diferencial, de la masa de que forma parte.

¡El francés medio! ¡El inglés medio! ¡El español medio! ¿No es de temer, amigo Salvador Madariaga, que en cada uno de éstos se acentúe el vicio diferencial de estos tres pueblos, que usted tan agudamente inquirió, más aún que en los casos extremos? El español de tipo medio ha de marcar el vicio característico y diferencial de la españolidad más aún que el español divergente excéntrico o extravagante. La divergencia, la excentricidad o la extravagancia libran algo del común pecado. ¡Y el nuestro es tan terrible!

Desde luego, el español medio tal como me lo figuro no es el español de la calle. Es más bien del hogar. Si bien por otra parte mi reciente experiencia me ha hecho legar a la conclusión de que no sé qué es eso del hombre de la calle. Los que he oído llamar así hombres de la calle no eran hombres, sino mozalbetes. Mozalbetes que se dedicaban al deporte de alborotar sin importarles la finalidad del alboroto.

Pero… ¡el español medio! Cuando Herriot, el caudillo radical socialista francés soltó lo del francés medio, exclamé yo con cierta petulancia patriótica: “Afortunadamente, no hay español medio; en España tenemos sólo extremos.” ¡Qué pronto y qué improvisadamente lo dije! Mas después he ido recapacitándolo mejor y he ido viendo formarse el hombre del periódico, el hombre del santo y seña, el hombre de partido, el ciudadano consciente, y me he puesto a pensar en el español medio. Que ha de ser, naturalmente, una medianía.

Sí, ya sé que Cervantes, que tan bien conoció al español medio de su tiempo —Sansón Carrasco, entre los extremos sanchopancesco y quijotesco—, hablaba de las medianías bien intencionadas; pero ¡ay mi Dios!, desconfío tanto de las intenciones medianas. Prefiero las extremas. Y llego en esto a tal punto, que hasta me inquietan las inteligencias moderadas. ¿Te has fijado, lector, en los terribles efectos de la acción de muchos de esos hombres de inteligencia moderada? Y aquella triste y trágica sonrisa, aquella sonrisa abismática, de tan amarga dulzura, en que anegó Cervantes a su España, ¿no nació acaso al choque con las medianías bien intencionadas?

Estamos pasando tiempos en que se va fraguando un nuevo español; en esta que he llamado renación española está renaciendo un nuevo español. ¿Qué guardará del viejo? Porque renacer es continuar la historia. Lo cogolludo, lo nuclear, lo más profundo del hombre del llamado Renacimiento era el hombre medieval. Y no digamos nada del hombre de la Reforma. Y yo aquí, en este recogimiento de celda, a

solas con mis compatriotas, sin el obstáculo de su presencia, voy sintiendo qué de antiquísimo régimen son éstos del nuevo.

¡El español medio de mañana! ¿Cómo será, Dios mío, cómo será? ¿Lo voy a deducir de todos esos pretendientes en corte que no saben hablar sino de enchufes? ¿Lo voy a deducir de todos esos otros que, aspirando a hacer una que sea sonada, apenas se preocupan sino del son? Y siento formarse una singular especie de espíritu público, mejor será decir de desánimo público, la de un pueblo que de repente ha hecho casi sin saberlo, como en hipnosis, un cambio, y se da cuenta de que no sabe qué hacer con lo que ha hecho. Y cuando oye decir a los militantes que tienen que responder a los anhelos del pueblo, éste, el pueblo, se pregunta: "Pero ¿cuáles son mis anhelos?" Y que de este estado de conciencia, o si se quiere de inconciencia pública, ¿qué español medio va a salir? Porque los extremos, los unos o los otros extremos, ya no me inquietan. ¡Qué conflicto, Señor!

El espíritu público y el pobre papel de los liberales

El Sol (Madrid), 22 de octubre de 1931

En el folleto *Los jesuitas de España: sus obras actuales*, que ellos mismos, los jesuitas, han hecho publicar para defenderse —tan mal como suelen hacerlo—, citan entre los suyos —"los nuestros" es su expresión estereotipada— como a "impulsores de la cultura" al P. Mendive, "sutilísimo filósofo y teólogo e invencible controversista". Tuve que conocer —*tener que*, ¡terrible cosa!— gran parte de la obra del "sutilísimo" P. Mendive, S. J., y hasta tuve que preparar a un alumno por alguno de sus tratados, entre otros el de Psicología. Y aprendí cosas bien peregrinas en él. Entre otras, que los nervios no pueden vibrar, porque para ello sería menester que estuviesen sujetos por los dos extremos y tirantes. Así como una cuerda de guitarra o de violín. Concepto —o seudoconcepto— de la vibración que no es de ciencia física, ¡claro!, sino más bien metafísico o acaso teológico. Teológico jesuítico, por supuesto. ¡Lo que me burlaba yo entonces —hace más de cuarenta años— de esas y otras ideas —¿ideas?— del "sutilísimo filósofo y teólogo e invencible controversista"! No menos que de las peregrinas teorías lingüísticas y filológicas del P. Fidel Fita, infatigable camelista y uno de los que más disparates han dicho del vascuence al tratar el gerundense de la España primitiva. Sin contar la ristra de despropósitos que metió en la parte etimológica de la edición decimotercia del Diccionario de la Academia Española de la Lengua. Pero ahora tenemos que volver a la imaginación —más bien que concepción— mendiviana de las vibraciones. Y más cuando esto de vibración y vibrar está de moda en el sector que se llama izquierdista. ¡Las veces que hemos oído hablar, con unción antijesuítica, de vibración ciudadana!

Sí, me era fácil reírme, allá en mis mocedades, de la imagen mendiviana de la vibración de los nervios; pero ahora voy volviendo a esa primaria interpretación. No ya los nervios, pero el espíritu público español, la opinión pública, está vibrando —no sabemos si longitudinal o transversalmente o de otro

modo—, y si está vibrando es porque el espíritu público español está hoy sujeto por los dos extremos y tirante o tenso. Sujeto por los dos extremos, por los que llamamos "extremos", y tirante. Porque la tirantez del actual espíritu público español es evidente. A la cuerda espiritual de nuestro pueblo no le dejan aflojarse y descansar. Y he llegado a pensar si es que no hay una mano invisible y soberana, la del Cristo Rey de los jesuitas —que apenas tiene que ver con el Jesús del Evangelio, que huyó para que las turbas no le hiciesen rey—, o la del Gran Arquitecto del Universo —que no pasa de contratista—; una mano que maneja un gran arco de violín o tañe con sus dedos en esa cuerda pública vibratoria. Y los extremos no la sueltan.

El folleto *Los jesuitas en España* es algo lamentable, lamentabilísimo. Todo lleno de argumentos, si es que así puede llamárseles, estadísticos, cuantitativos y no cualitativos, de argumentos catalógicos, o sea de catálogo. Diríase que el mérito de un publicista es la prolijidad. Y saben, sin embargo, los jesuitas, que un pequeño librito, ligero, suelto, ágil, como las *Provinciales*, del formidable Pascal, puede caer sobre un Instituto con más peso que una serie de ingentes mamotretas de historia exhaustiva. Como, por ejemplo, los ocho ponderosos volúmenes de la *Historia de la Compañía de Jesús en la asistencia de España* —me los he leído los ocho—, del P. Antonio Astrain, que constituyen, ciertamente, un trabajo muy bueno. Porque de todo lo que de los actuales jesuitas españoles conozco, es lo único que se salva. No es una obra que vibra, pero sí que enseña, y, a pesar de su extensión, de muy amena y sustanciosa lectura. La "Vida de San Ignacio" que hay en ella es excelente, y sin las mentecatadas gonzaguescas de la hagiografía edificativa.

Aunque ¡claro!, para amenidad eutrapélica, está mejor el librito de *Novelistas buenos y malos*, del P. Pablo Ladrón de Guevara, también de los "nuestros" —quiero decir de los suyos—, que supera al *Bertoldo*. Y esto nos trae como de mano a aquel llamado antaño "áureo libro", *El liberalismo es pecado*, del presbítero, no jesuita, Sardá y Salvany, hoy injustamente olvidado. ¡Contribuyó tanto al actual triunfo de Luzbel! Pero de este librito *El liberalismo es pecado* —¡qué hallazgo el del título!— hay ahora mucho que decir. ¡Y aquello de que ser liberal es peor que ser asesino o adúltero!… ¡Pobres liberales!

¡Pobres liberales! Y qué papel están haciendo en esa cuerda tirante del espíritu público español de hoy, cuerda sujeta por los dos extremos. *In medio virtus*, en el medio está la virtud, se dijo. Y ese pecado de liberalismo, entre los dos extremos que sujetan al espíritu vibratorio, resulta ya una virtud. ¡A qué tiempos hemos llegado, Señor!

La enseñanza oficial en la Constitución. Una enmienda de don Miguel de Unamuno determina un apasionado debate político

El Sol (Madrid), 23 de octubre de 1931

La discusión del art. 48 de la Constitución, relativo a la enseñanza oficial, dio origen a un apasionado debate político en la Cámara. Por su relieve, traemos aquí el texto taquigráfico de las intervenciones de los señores D. Miguel de Unamuno (…)

El Sr. UNAMUNO: La enmienda dice así: "A las Cortes constituyentes: Los diputados que suscriben tienen el honor de proponer la siguiente enmienda al dictamen de la Comisión de Constitución, en el artículo 48:

"Art. 48. Es obligatorio el estudio de la lengua castellana, que deberá emplearse como instrumento de enseñanza en todos los centros de España.

"Las regiones autónomas podrán, sin embargo, organizar enseñanzas en sus lenguas respectivas. Pero en este caso el Estado mantendrá también en dichas regiones las instituciones de enseñanza de todos los grados en el idioma oficial de la República.

"Palacio de las Cortes, a 21 de octubre de 1931.—Miguel de Unamuno, Miguel Maura, Roberto Novoa Santos, Fernando Rey, Emilio González, Felipe Sánchez Román, Antonio Sacristán."

Y ahora, señores diputados, debo confesar que me levanto en muy especial estado de ánimo, no muy placentero ciertamente. Apenas convaleciente de un cierto arrechucho, no sólo físico, sino también psíquico, vengo con el ánimo profundamente entristecido y contristado y no sé si podré poner la debida sordina a mis palabras y contenerme en los límites también debidos, porque no tengo costumbre ninguna de ese forcejeo de partidos políticos ni de cambalaches ni de transacciones. Afortunadamente para mí, y acaso más afortunadamente para vosotros, no pertenezco o no formo parte de ninguno de esos partidos, mejor o peor cimentados, y en los que se resuelven las cosas bajo normas de disciplina; pero hay por debajo de esos partidos políticos una especie de —no le llamaremos partido— agrupaciones que podían denominarse profesionales. En esta Cámara hay médicos, en esta Cámara hay abogados, en esta Cámara hay ingenieros, hay también hombres de oficios manuales, y en esta Cámara, señores, hay demasiados catedráticos *(Murmullos)*; probablemente somos demasiados entre maestros y catedráticos. Yo, que sé lo que he sufrido bajo el pliegue profesional, quisiera hoy, cuando se trata de la enseñanza, poder libertarme de él, poder libertarme de ese triste pliegue que no nos deja ver las cosas con bastante claridad. Dondequiera que el Ejército ha abusado, se ha formado un partido antimilitarista; donde el Clero ha abusado, se ha formado un partido anticlerical. Nuestros hijos, nuestros nietos, conocerán en España un partido antipedagogista, porque yo temo mucho a la pedantería de los que nos arrogamos el sacerdocio de la cultura. *(Muy bien, muy bien.)* Esto es algo muy peligroso; más ahora que oigo hablar continuamente de cultura (ya es una palabra que me duele en los oídos del corazón), y aquí, cuando parece que se trata de apoderarse, por la enseñanza, del niño, de formar su alma, hay veces que, tristemente, creo que de lo que se trata es de dejar tranquilos a los maestros y a los profesores; es un funcionarismo. No sé por qué en esta Constitución de papel que

estamos haciendo no se ha puesto un artículo que diga: "Todo español será funcionario público"; y en muchos casos esto quiere decir que todo español será pordiosero. Esta es la verdad verdadera.

Digo esto, porque precisamente en estos días, cuando estaba apasionando aquí y fuera de aquí —en Cataluña, en Vasconia, en Galicia y en las demás partes de España— este problema de la enseñanza del idioma, he recibido cartas y telegramas de padres de familia, de muchachos algunas, de una amargura extrema, que me recordaban a aquellos pobres españoles que fueron a Cuba en un tiempo, casaron allí, formaron allí su familia y se vieron luego despreciados por sus hijos. He recibido cartas de una enorme amargura; pero la mayor parte de los telegramas han sido de funcionarios, de maestros, que lo que querían es que no se les quitara una colocación. Y es que en el fondo, más que de otra cosa, se trata de eso: de si ciertos funcionarios podrán seguir funcionando en unos sitios con libertad o no podrán seguir funcionando. No es mas que eso; muchas veces es una cuestión de competencia profesional.

Pero, viniendo al fondo de la cuestión, no es, acaso, lo de la lengua, con serlo tanto, lo más grave. La lengua, en muchos casos —y lo decía muy bien el Sr. De Francisco—, en mi tierra nativa se toma como un instrumento de nacionalismo regional y de algo peor, y es allí, además, una lengua que no existe, que se está inventando ahora y que rechaza todo el mundo, porque el genuino aldeano, si se le pregunta a solas, dice: "A mí no me importa eso; lo que yo quiero es aquello que me pueda elevar el espíritu y que me pueda hacer entender de la mayor parte de las gentes." Pero lo que se trataba con la lengua es de establecer lo que la Biblia llama un "schibolet" para distinguir a unos de otros y que pasara el que pronunciara una cosa bien y no pasara el que pronunciara otra mal. Yo he visto cosas, como decir que para poder aspirar a ser secretario de un Ayuntamiento era menester conocer el vascuence en un pueblo donde el vascuence no se habla.

Quiero abreviar, porque ya digo que no estoy en ánimo muy propicio. Se ha venido aquí hablando continuamente de cultura (oímos esta palabra allá en los principios de la guerra mundial): cultura con *c* de la pequeña, latina, o con *k* alemana, con cuatro puntas como un caballo de Frisia; pero hay otra cosa que parece más modesta que la cultura y que, sin embargo, a mí me preocupa mucho más, que es la civilización: la cosa civil. Pablo de Tarso, el apóstol de los gentiles, cuando se dirigía a sus paisanos, a los hebreos, les hablaba en hebreo —lo cuenta el libro de "Los hechos de los Apóstoles"—, pero dictaba su cristianismo en lengua griega, que era la lengua ecuménica del Imperio romano; cuando se presentaba ante el pretor, contestaba: "Soy ciudadano romano." La civilización es de ciudadanía y es romana y lo de la civilización es siempre imperial.

Aquí se hablaba el otro día de minorías étnicas. ¿Qué es eso de minorías étnicas? ¿Dónde están las minorías étnicas? ¿Minorías en qué sentido? ¿Contada toda España o contada una sola región? Yo me acuerdo que, hace años, un alcalde de Barcelona se dirigió al entonces rey D. Alfonso XII, en nombre, decía, de los naturales de Barcelona. Yo me creí obligado a protestar. Un alcalde de Barcelona no puede dirigirse en nombre de los naturales sino de los vecinos, sean naturales o no, ni se puede establecer una diferencia entre vecinos y naturales. No hay, ni puede haber, dos ciudadanías.

Ese es el punto de la civilización. Yo no sé cuántos son los que constituyen esa llamada minoría étnica;

por ejemplo, en Barcelona no sé si son el 10, el 20, el 30 o el 40 por 100. Lo que me parece bochornoso es que se les vaya a proteger como a una minoría. ¡A proteger…! El Estado no debe pasar por eso; a que le protejan otros y a que se les dé como una asignatura el castellano; como un instrumento, no; como una asignatura, no. Esto hace que se forme ese triste caso de lo que llaman el meteco, el hombre que esta continuamente sufriendo. ¿Que por qué no se asimila? ¡Ah! Eso habría que verlo muy despacio y con mucha calma.

Pero dejando estas consideraciones, porque si me dejase llevar de ellas llegaría a cosas muy amargas, vengo al texto concreto. “Es obligatorio el estudio de la lengua castellana; que deberá emplearse como instrumento de enseñanza en todos los Centros docentes de España.” Yo hubiera preferido que se dijera: “es obligatorio enseñar en castellano. Las regiones autónomas podrán, sin embargo, organizar enseñanzas en sus lenguas respectivas (naturalmente, los comunistas podrán organizarlas en esperanto o en ruso); pero, en este caso, el Estado mantendrá también en dichas regiones las instituciones de enseñanza de todos los grados en el idioma oficial de la Nación.” En este caso, y en cualquier caso, “mantendrá”. La cosa está bien clara; no tiene más que seguir manteniendo.

Hoy hay en Barcelona una Universidad de España, y este es el punto fuerte; Universidad de que no puede ni debe desprenderse el Estado español en absoluto; que no debe caer bajo el control de ningún otro Poder que el del Estado español, ni compartirlo. Porque aquí, de lo que se trata en el fondo es de apoderarse de esa Universidad. ¡Cuidado!, que yo temo mas aún que a la autonomía regional a la autonomía universitaria. Llevo cuarenta años de profesor, sé lo que serían la mayor parte de nuestras Universidades si se dejara una plena autonomía y cómo se convertirían en cotos cerrados para cerrar el paso a los forasteros. Alguien me decía: ¿Es que se va a sostener allí una Universidad con el dinero de Cataluña? No, con el dinero de toda España, naturalmente, incluso Cataluña; como se mantienen las Universidades del resto de España, y con el dinero de Cataluña.

Además, yo que no entiendo mucho, ni quiero entender, de ciertas distinciones jurídicas, veo que hay una cosa, que nunca comprendo bien, cuando se habla de catalanes y no catalanes. Para mí todo ciudadano español radicado en Cataluña, donde trabaja, donde vive, donde cría su familia, es no sólo ciudadano español, sino ciudadano catalán, tan catalán como los otros. No hay dos ciudadanías, no puede haber dos ciudadanías.

Por lo demás, y quiero abreviar, por encima de esta Constitución de papel está la realidad tajante y sangrante. Se quiere evitar con esto cierta guerra civil (claro; no una guerra civil cruenta a tiros y palos, no); me parece que va a ser muy difícil, y además no lo deploro. Me he criado, desde muy niño, en medio de una guerra civil y no estoy muy lejano de aquello que decía el viejo Romero Alpuente de que la guerra civil es un don del Cielo. Hay ciertas guerras civiles que son las que hacen la verdadera unidad de los pueblos. Antes de ella, una unidad ficticia; después es cuando viene la unidad verdadera. Y ¿qué más da que hagamos la guerra civil? Cualquier cosa que hagamos estará siempre en revisión; la revisión es una cosa continua; los periodos constituyentes no acaban nunca; es una locura creer que porque pongamos una cosa en el papel, va a quedar ya hecha. Además, ¡hay tantas cosas que no quieren decir nada, que no tienen eficacia ninguna!

Y como alguien más podrá manifestar algo (puede ser que yo tenga ocasión de añadir algo también), digo que no veo peligro, como se me ha dicho, en tomar ciertas actitudes. Me han dicho que hay peligros para la República. No sé; no veo que los haya. Parece la República muy timorata; cree que es hasta un acto de agresión hacer la apología del régimen monárquico. A mí me parece esto una inocentada; pero, en fin, yo no veo esos peligros y, en ultimo caso, si los viera, creo que hay que atajarlos; mas, también, como he dicho muchas veces, creo que aquí hay algo por encima de la República. *(Aplausos.)*

En un perpetuo sábado

El Sol (Madrid), 24 de octubre de 1931

Al señor Don B. C. D.

Con que ya lo sabe usted, señor mío, es acto de agresión a la República —así, con letra mayúscula, me parece— la apología del régimen monárquico. No dice precisamente de la Monarquía. Lo cual podrá a usted parecerle no más que una tontería; pero guárdese de emplear expresiones así de menosprecio. Y la de llamarle a uno tonto es la más condenada en el Evangelio. Sea, pues, evangélico y guárdese del peligro de ser deportado o confinado. Y le vendrá a usted mejor el no poder hacer apología de su monarquía, de la monarquía que está usted soñándose.

Suéñela, sueñe su monarquía, su nueva monarquía, su monarquía restaurada. Ello le permitirá vivir mejor bajo este régimen republicano. Porque comprendo lo que le pesa el presente. Pero recapacite y dese cuenta de que "cualquier tiempo pasado *es* mejor". Es, ¿eh?, es y no fue. Cualquier tiempo pasado es mejor y lo es porque pasó ya. Lo peor es lo que no pasa. Sí, sí; comprendo lo más de su pena y hasta me conduelo de ella. Sueñe su monarquía —una monarquía imposible, por supuesto— y cuando le acongoje o siquiera le moleste algo de lo que pasa —o mejor: que no pasa— dígase: "¡en ella sería otra cosa!" En ella quiere decir en esa monarquía por usted soñada tan íntimamente. Es un gran consuelo. Tan grande como el que se expresa en aquello de: "… ¿y qué es esto comparado con la eternidad?" Viva usted en el eterno sueño. Viva usted en la utopía y fuera del tiempo. Sueñe, sueñe esa su monarquía restaurada, pero que el Señor no le haga despertar en ella. Le sería horrible ese despertar. Le resultaría a usted esa su monarquía no ya soñada, sino vivida, es decir: sufrida, peor que esto que tan mal nos parece. Hágase agonizante de su ideal político; agonizante en ambos sentidos, el de quien agoniza y el de quien ayuda a agonizar: el despenador.

Siempre es así, señor mío, siempre es así para los que se proponen ser optimistas de profesión. También nosotros, los que aparecemos frente a usted, soñábamos otra cosa. Siempre se sueña otra cosa. También nosotros nos sentimos desencantados y más que por la realidad presente histórica, por

las apologías que de ella se hacen. A mí, individualmente, me duelen menos los hechos que las explicaciones que de ellos dan sus apologistas. Lo peor de la República me parecen los republicanistas, que no son precisamente los republicanos. Sueñe usted, pues, sueñe.

Usted conoce sin duda al gran poeta pesimista y gran patriota italiano Leopardi. Usted conoce su *Canto a Italia*, y conoce *La Retama*, y *Amor y Muerte*, y *A sí mismo*, allí donde dijo lo de "la infinita vanidad del todo". Del todo, que es algo más que la República y la Monarquía, y que las dos juntas, que la república monárquica y la monarquía republicana. Pues bien, en ese Leopardi, que decía despreciar el poder escondido que para común daño impera, encontrará usted una deliciosa poesía optimista —aceptemos la fórmula— dedicada al sábado en la aldea. En la aldea sabatina. Vuelva a leer ese encomio del sábado, de la víspera del día de fiesta. Es algo reconfortador. No he encontrado que se le parezca más que una estrofa de Mosén Cinto Verdaguer en que canta la soledad querida de su infancia, de su infancia que no tuvo un mañana —*que no tingué demà*—. Un mañana, no una mañana.

Viva, señor mío, en perpetuo sábado, en víspera inacabable, y que no le llegue el domingo —*dominicus*—, el día del Señor. El día en que dicen que descansó el Señor. ¡Descansar el Señor! ¿Se ha fijado usted en esto de descansar el Señor? Figúresele en huelga; acaso en huelga de brazos caídos. Y fíjese en aquello de que Dios no nos deje de su mano, que no descanse. No, señor mío, no; que su Dios no descanse. Descanse usted más bien en Él.

Ya sabe que al pueblo español se le llama por ahí fuera el pueblo del mañana. Del mañana —*le demain*—, no de la mañana —*le matin*—. O en catalán *demà* y *matí*. "Mañana será otro día" —decimos—. Y llega y es el mismo. Y eso del pueblo del mañana quiere decir del por venir. No de lo venidero, sino de lo por venir. De lo que está por venir y nunca viene. De lo que está para llegar. Viva, pues, señor mío, en el por pasar, viva en su ensueño.

Y ahora…, pero no, porque me voy acercando no a lo indecible ni a lo inefable, sino a lo nefando. Usted sabe qué es lo nefando, lo que no debe decirse. Basta, pues. ¿Basta? No, no basta. Pues usted sabe el verdadero fondo de mi actitud.

¿Que por qué le escribo estas cosas? Está en mi destino, acaso en mi misión. El Señor no me puso en esta España para dar facilidades a los cobardes.

Y ahora, sueñe su nueva patria por venir. Salud para encomendarla a Dios. Y le acompaña en su sentimiento

Miguel de Unamuno

Revolución y reacción

El Sol (Madrid), 29 de octubre de 1931

¡Qué zambullida aquella en muchedumbre ateneística! ¿Intelectual? La muchedumbre no lo es nunca. La inteligencia es el verdadero principio de individuación. A pesar de Averroes, el entendimiento es señero.

En el salón, donde duermen ecos de pasadas refriegas de debate, gritos, vociferaciones, increpaciones, aplausos, pateos, pero todo somero, sin que nada se encumbrase. Una sesión agitada, pero como puede ponerse, bajo un torbellino de aire, la sobrehaz de una laguna quieta, cerrada, sin desagüe, cuyo caudal no mana a ninguna parte ni nada riega ni mueve. De vez en cuando, burbujas del légamo del hondón. Y en tanto el raudal de un gran río abierto se va a la mar, reflejando, como quieto espejo, las nubes del cielo azul y los verdores de las orillas. Y allí, en el salón aquel, ni una voz que surtiera de las entrañas del pueblo que se creía representar aquel mocerío muchedumbroso. ¡Y yo, hundiendo mi cabeza bajo el encrespamiento y soñando en… mi mocedad! Sueño que me rompía el estallido de motes sin sentido, como "¡frigios!, ¡monárquicos!, ¡cavernícolas!" Y una voz fresca gritando; "¡Educación!, ¡educación!" Algún preopinante hablaba de serenidad. Y de revolución.

¿Revolución? ¡Qué mito! Unos dicen haberla hecho, una revolución, la suya; otros dicen que está por hacer. "¡Haremos nuestra revolución!", sonó allí, en el salón del Ateneo, Y yo pensaba —o soñaba— si es que son los hombres, mozos o no, los que hacen las revoluciones, o si son las revoluciones las que hacen a los hombres, las que los hacen hombres. ¿Hacer la revolución? Pero ¿cabe decir nunca "hemos hecho una revolución"? Una revolución no es nunca un hecho; una revolución es siempre un inacabable quehacer. Porque una revolución se revoluciona a sí misma, se revuelve contra sí misma. Es la serpiente mítica que se devora a sí misma encentándose por la cola.

Pero ¿es que aquellos mozos quieren hacer su revolución? Más que lo dudo. Lo que quieren los más de ellos es que la revolución los haga. Los haga hombres. O, más claro, los coloque. Es una nueva generación que busca empleo. Y cuando le oigáis a uno hablar de enchufes, de diez veces las nueve es que busca enchufarse. Las revoluciones acaban en un trasiego de personas, Y de aquí estas pequeñas tragedias domésticas que se están ahora dando —o representando— de un padre ultraconservador, reaccionario, que se encuentra con un hijo comunista. Que es la manera que éste tiene de ser conservador. O de prepararse a serlo.

Se encontró una fórmula para expresar la llamada concepción materialista de la Historia, según Carlos Marx, y es la de decir que son las cosas las que llevan a los hombres y no los hombres los que llevan a las cosas. Claro está que en la Historia los hombres son cosas, esto es: causas, y las cosas, las instituciones, son humanas. Una crisis económica no es un terremoto. Si al ámbito de las cosas le

llamamos la realidad —de *res*, cosa, objeto—, al ámbito de los hombres le llamaremos la personalidad, de persona, sujeto. Y ahondando aquí nos encontraríamos con el pavoroso problema de la libertad y la necesidad, de la espontaneidad y la fatalidad. El pavoroso problema teológico-político que torturó a Spinoza.

La verdad es que la Historia la hacen las cosas y los hombres, los objetos y los sujetos, en terrible juego dialéctico; las cosas hacen a los hombres y los hombres hacen a las cosas. Y se deshacen unos y otras. La realidad realiza a la personalidad, y ésta, la personalidad, personaliza a la realidad. Pero en este divino juego la realidad hace revoluciones, y la personalidad, reacciones. Las cosas les arrastran a esos mozos que se creen —o al menos se dicen— revolucionarios; pero un día, cuando se hayan hecho dueños de sí mismos, hombres, sentirán que se rebela —y se revela— en ellos la personalidad, y se harán, en el hondo sentido humano, reaccionarios. Reaccionarán agarrándose a lo que queda, a lo que no pasa. Porque la reacción es lo propio del hombre luchando contra el Destino que le arrastra a su fin, a su propio fin —que es su finalidad—, luchando por conservar el progreso, por hacerlo tradición. Y entonces surge el conservador de la revolución. Que tal es la dialéctica, la polémica mejor, de la Historia.

Y de ésta, nuestra revolucioncita —o revuelta— española de 1931, ¿qué va a salir? ¿Qué obras de arte, de ciencia, de industria, de derecho, de religión? ¿Qué obra de civilización? En esto pensaba yo mientras somorgujaba mi seso bajo aquel barullo del mocerío sedicente revolucionario.

¡Pobres náufragos aquéllos! La tormenta, a que se confiaron, los echó, desgarradas las velas y astillado el gobernalle, a una isla desierta, muy hermosa de naturaleza, pero desierta de humanidad, y tuvieron que quemar la nave. ¿Para no volver, como en la leyenda de Hernán Cortés? ¿Para cortarse la retirada? ¿Para cerrarse la reacción? No, sino que, como se arrecían de frío, tuvieron que encender el leño de la nave, tuvieron que quemar sus cuadernas, y su quilla, y sus mastes, para calentarse a su llama. Y tuvieron que abrigarse con las desgarradas velas, tiritando empapados en salina de tempestad. Hay quemas que parecen revolucionarias y en el fondo son reaccionarias. ¡Terrible agonía de polémica revolucionaria!

Un español de cemento

El Adelanto (Salamanca), 29 de octubre de 1931

Es ya antiguo amigo mío Corpus Barga. Ha recordado hace poco que yo le di lo que él llama espaldarazo literario, cuando llamé la atención hacia algo que escribió con motivo de la muerte del gran pobre Tolstoi. Después, en París, durante mi destierro, tuve ocasión de conocerle, es decir, de quererle mejor. Por lo cual he podido agradecer todo lo que hay en el tono de un artículo que, en el *Crisol*, me dedica y

en el que me llama “el tío espiritual de tantos españoles, el tío de Salamanca”. Acepto lo de tío, que muchas veces es más cariñoso que “padre” o que “abuelo”. Y ahora ese tío debe comentar brevemente algo de lo que, por mi intermediación, tomándome de mingo, dice a sus lectores Corpus Barga en su articulo *Lo inesperado: Se está formando un español de cemento.*

Esta español de cemento —no sé si armado o por armar— parece ser que sea el que este tío ha llamado “el español medio de mañana”, y que la verdad, sigue inquietándome y hasta dándome miedo. Me da miedo ese español, de santo y seña, de disciplina, de partido, que me dicen que está fraguando la República, esta quisicosa ya casi mística. “Lo que hace falta —dice Corpus Barga— es que el cemento en que se está vaciando el español medio de mañana no sea de fraude, como el que ponen los contratistas en las casas nuevas”. ¡Cabal! Y luego “que desaparecerá la originalidad media del señor de café que tiene opiniones propias sobre todo”. Bien, con tal de que no tenga opiniones ajenas sobre todo, y aquello de “eso no me lo preguntéis a mí que soy ignorante, etcétera”. Que si la fe implícita jesuítica es fatal, más fatal es la fe implícita anti-jesuítica o radical o marxista. Y acaba: “El español de cemento sustituirá al español de trapo”. ¿De veras? Sospecho, por otra parte, que una muralla de trapo puede ser más resistente que una de cemento.

¡El español de cemento! Permita el lector que este tío, llevado de su oficio, arrastrado por las asociaciones verbales, piense que el cemento ha de ser muy bueno para edificar cementerios. No es que el vocablo cementerio tenga que ver con el vocablo cemento, aunque este modificó, por lo que los lingüistas llaman contaminación, analogía, la forma primitiva de aquel, latinizado “coementerium”, que quiere decir acostadero o dormitorio. No sé qué tal se dormirá en una cama de cemento, pero presumo que se ha de dormir mejor en una cama de trapo. Ahora, si se usa la cama como potro… Porque al hombre de un santo y seña no conviene dejarle dormir. Ni que consulte su futuro voto con la almohada. Hay que hacerle que vote al romper el alba, después de diez o doce horas de envenenamiento y cuando no sabe ni lo que va a votar. Esta es la disciplina. Disciplina que no se puede imponer a los verdaderos discípulos. Es la disciplina del tercer grado de obediencia, la obediencia de juicio, que estableció Íñigo de Loyola, forjador de una Compañía de cemento armado.

¡El cemento! ¡Y cómo me entristece! La madera, el ladrillo, la piedra, pueden soñar y sueñan. Sueña el Escorial, sueña el acueducto de Segovia, sueñan las murallas de Ávila, sueña la Giralda de Sevilla… ¡pero esos rascacielos de cemento!, esos no sueñan, duermen. Sueña el acueducto de Segovia, a la luz de la luna.

Nos dice también Corpus Barga, que una de las manías de este tío ha sido echarle la culpa de todo lo que pasaba en el pueblo al pobre Sansón Carrasco, “el cual —añade— jóvenes comentaristas literarios, está pidiendo una justa rehabilitación”. ¿Pero es que Sansón Carrasco era, acaso, también de cemento? Puede ser, pero con su grieta, con la terrible grieta del cemento, por la grieta por la que el cemento se quiebra.

Pues Sansón Carrasco, que empezó compadeciendo cariñosamente a su convecino Alonso Quijano el Bueno, y a la vez de compadeciéndole, también envidiándole la locura y el renombre que ésta le daba, y

que un poco por compasión y otro poco por envidia, trató de curarle reduciéndole a su hogar, Sansón Carrasco, cuando después de vencido, fue otra vez a Barcelona a curar —¡a curar!— a Don Quijote, era ya un resentido y un resentimental. El bachiller manchego de cemento llevaba ya su grieta, su terrible grieta, su grieta radical.

Nos dice Corpus Barga que las sociedades de las viejas naciones más individualistas, al parecer, Inglaterra, Francia, están hechas a base de santo y seña y de disciplina. Sí, y de grietas. He vivido, lo sabe bien Barga, en París, y algo sé de los tristes agrietamientos de su cemento parlamentario. Y los griegos sabían muy bien cuál es el terrible morbo de las democracias. El pensar en las grietas del cemento aumenta mi radical pesimismo. ¿Qué le va a hacer este tío?

Don Juan Tenorio

El Sol (Madrid), 1 de noviembre de 1931

En estos días, en derredor del de Difuntos, se viene desde hace años celebrando un acto de culto del catolicismo popular, laico, de España. Acto religioso y artístico. Es la celebración del "misterio" de Don Juan Tenorio. En que lo erótico, lo sexual si se quiere, no es más que una somera envoltura de lo íntimo de él. Porque en el *Tenorio* de Zorrilla, como en el primitivo del teólogo Tirso de Molina, en el del "si tan largo me lo fiáis…", lo religioso, lo "misterioso", sigue siendo lo entrañado, lo que atrae al público. ¿O es que no dice nada que sea precisamente al conmemorar los Difuntos, y junto a ellos a Todos los Santos, cuando se evoque a Don Juan? Don Juan comulga con los difuntos.

La fiesta de Difuntos, de las bénditas ánimas del Purgatorio, es el núcleo de la religión popular, laica, española. Tanto o más que la Navidad o la Pascua. No hay mentecatada mayor que sostener que lo del Purgatorio lo inventó la clerecía para lucrarse con ello. Lo inventó, esto es, lo creó el pueblo; el pueblo que quiere comulgar con sus antepasados, que quiere poder hacer algo en su sufragio. Y si los cree irrevocablemente condenados o salvados, ¿qué puede valerles? ¿Y es que hay nada más popular, más laico, que ese culto a los muertos inmortales, sobre todo en las regiones más célticas de Iberia? Un gallego, un portugués, un asturiano podrán dejar de creer en Dios —o creer que dejan de creerlo—, pero no en las benditas ánimas. Y ven, sobre todo en ciertas noches, pasar la estantigua, la "huestia", la santa compaña, la fantasmática procesión de sus difuntos. Y este culto, probablemente anterior al cristianismo, persiste en éste y persistirá cuando este cristianismo popular, laico, español, se cuele en la religión comunista que le suceda, como en nuestro cristianismo se coló el paganismo. Paganismo de pagano, hombre del pago, campesino, aldeano. Y el hombre del pago, que no es el de la supuesta calle, seguirá creyendo en las almas errantes de los que hicieron la tierra que le hace, la tierra que labra. Las raíces de sus antepasados se hunden en su alma terrenal y terrosa.

Pero dejemos ahora esto para volver a ello y detengámonos en otra revelación misteriosa, religiosa, del "misterio" de Don Juan Tenorio. Es cuando éste dice, conmoviendo al pueblo, a su feligresía, más que con sus arrullos de seductor, aquello de: "Llamé al cielo y no me oyó, / y pues sus puertas me cierra, / de mis pasos en la tierra / responda el cielo y no yo." Misteriosa arrogancia de desesperado a la antigua española, que plantea las responsabilidades del cielo, esto es, de Dios. Porque el cielo es aquí Dios.

Corre por ahí un dicho latino que dice: "Quos Deus vult perdere dementat prius", "aquellos a quienes Dios quiere perder, los entontece antes", en que otros ponen en vez de "Deus", Dios, Júpiter. Pero el texto primitivo, griego, que lo es de un fragmento de Eurípides, no dice ni Dios ni Júpiter —o sea Zeus—, sino que dice "el cielo". Aquellos a quienes el cielo quiere perder entontece o enloquece primero. ¿Y no ha de recordarnos esto aquel relato del libro bíblico del Éxodo (del cap. VII en adelante) de cómo Jehová endureció primero el corazón del Faraón para que no accediera a las súplicas de Moisés y de Aarón en favor de los israelitas, y castigarle luego enviando sobre Egipto las siete plagas? ¡Divina diablura ésta de Jehová! Que me trae a la memoria aquella exclamación del hijo de un amigo mío que, al explicarle su madre lo que quería decir una estampa del Purgatorio, exclamó: "¡Pero qué cosas que *tie* Dios!..." En este muchachito, casi un niño, alentaba ya la misteriosa religiosidad popular española, la de Don Juan Tenorio.

Siente el pueblo toda la agorera misteriosidad del cielo, del que dijo el poeta culto que ni es cielo ni es azul. Pero es que el poeta, Argensola, se refería al cielo azul que todos "vemos", y el cielo de Don Juan Tenorio, el de la piadosa impiedad paganocristiana de nuestro pueblo no es el cielo que se ve, sino el que se siente, el que ha de responder de nuestros pasos en la tierra. ¿Ver? ¡Bah! Cuando los racionalistas combaten la fe, que es, según el Catecismo, "creer lo que no vimos", no se dan cuenta de que razón es creer lo que vemos. Argensola fingía —¡literato al cabo!— no creer en el cielo azul que todos vemos; pero el pueblo —poeta, verdadero poeta ante todo— cree en el cielo, no siempre azul, que siente, en ese cielo por el que desfila en procesión misteriosa la santa compaña; en ese cielo en que es una realidad la estatua del comendador.

¿Quién ha dicho que es irreligioso, que es incrédulo, el pueblo que acude, ritualmente, cada año a la representación del misterio de Don Juan Tenorio? Y ahora va a decirse misteriosamente, íntimamente, subconcientemente, que del último paso que ha dado el pueblo español, de este paso de un régimen a otro, de esto que llaman revolución, ha de responder el cielo. Todas las otras responsabilidades —o irresponsabilidades— le tienen sin cuidado ni cuita. El pueblo de Don Juan Tenorio, el de Segismundo, el de Don Álvaro, el pueblo pagano y cristiano —es decir, católico—, el del eterno Purgatorio, cree en el cielo, en ese cielo que unas veces le estraga con la sequía sus cosechas y otras se las arrasa con pedriscos o se las inunda con avenidas. Y cree en ese cielo para descargarse de responsabilidad. Y esta creencia no se la arrancaréis con pedantescas racionalidades pedagógicas. Declarad en el papel que no hay religión del Estado; pero la hay nacional, y es la del pueblo que vive de misteriosidades, y por ellas. "De mis pasos en la tierra responda el cielo, no yo."

La vocación y el destino

El Sol (Madrid), 3 de noviembre de 1931

De este comentario sobre la vocación y el destino podría decirse que es un comentario perpetuo, por encima de actualidad, aunque sugerido por ella. ¡La vocación y el destino! Los dos goznes de la tragedia religiosa y a la vez económica —de religiosidad a lo humano y de economía a lo divino— de nuestro pueblo, sobre todo en su clase media.

La vocación. De "vocare", llamar, es aquella profesión —más bien misión— a que el Señor nos llama en esta vida del mundo. Pero hay quien no oye la llamada y hay quien oyéndola no le hace caso. Y hay que forzarle de ordinario con móviles económicos. ¿Qué son esas Asociaciones, generalmente de señoras, para el fomento de las vocaciones religiosas? ¿Cómo se ha solido atraer al seminario o al claustro a los jovencitos, casi niños, que no sentían por dentro llamados a ellos? ¿Quién ignora que las más de las órdenes llamadas religiosas se han nutrido por una especie de recluta malthusiana?

Un pobre padre, generalmente aldeano, cargado de hijos, no sabe cómo colocarlos, y cuando llega el otro padre, el padre monástico, sin hijos de la carne, que recorre los pueblos echando el lazo de la recluta, le entrega uno de sus hijos como podría haberle echado al torno de la Inclusa. Una boca menos que llenar. Y el pobre niño se ve sometido a una educación reclusiva, se le sugiere una vocación, y luego, cuando al llegar a edad de propia conciencia, despierta el hombre natural en él, se encuentra con que ya no le cabe revocación. Su destino es ya de hecho irrevocable. ¡Y qué de tragedias de esta irrevocabilidad!

Esa vocación, que debe serlo de sacrificio, se encuentra enredada en el otro gozne: el destino. Esa vocación no determina el destino, sino que es determinada por éste. ¡Y terrible término este de destino! En su significación general, el Destino es el Hado, es la Fatalidad, es el Sino, es aquel sino que arrastró al Don Álvaro de nuestra casticísima tragedia romántica. Pero luego, en el uso corriente y vulgar de nuestro lenguaje callejero, el destino ha tomado otra significación no menos trágica: es el dechado de la triste tragedilla cotidiana de nuestra clase media. Tener que vivir y que mantener una prole con un destinillo de tres o cuatro mil pesetas en Hacienda, en Gobernación o en Trabajo. ¡Un destinillo en el trabajo! Y esta es la tragedia cotidiana del funcionario, del cagatintas, del empleadillo, como la de la vocación es la del fraile o la del pobre cura de misa y olla.

Si la vocación se ve rebajada por el destino, éste, en cambio, el destino, rara vez se ve realzado por la vocación. ¿Es que pueden sentir vocación por su destino los más de los pobres funcionarios predestinados? ¡Y tan pre-destinados! Basta observar en las oposiciones o concursos a plazas o destinillos de mal pasar lo que es la pre-destinación de nuestra proletaria clase media. De donde resulta que a los de la vocación, a los irrevocables, y a los del destino, a los pre-destinados, les abarca una

común pordiosería. Tan mendicantes, tan pordioseras, como las órdenes monásticas así llamadas lo son las corporaciones civiles de funcionarios proletarios.

En el fondo, un problema religioso-económico, un problema de cómo ha de propagarse mejor este agónico linaje humano que quiere salvarse en este mundo y para el otro. "Criar hijos para el cielo", que dice el Catecismo. Las órdenes monásticas han obedecido a un resorte económico. Había que limitar el crecimiento de la población; había que dar empleo a aquella parte de ella que no podría formar familia; había que hacer algo con las solteras y los solteros forzosos. Y hoy en los países en que no hay vocaciones monásticas —y aun en éstos— esa parte de la sociedad irrevocablemente predestinada a la infecundidad va a caer en un trágico abismo de prostitución de ambos sexos, cuya difusión aterra.

En mi obra sobre *La agonía del cristianismo* he tratado de inquirir algo que se toca con este conflicto trágico entre la vocación y el destino; la vocación, por ejemplo, de padre espiritual y el destino de padre carnal.

Y, después de todo, ¿qué ha sido aquí, en nuestra República española de hoy, el último episodio de lo que se ha llamado la cuestión religiosa? Religiosa apenas, ni del un lado ni del otro. Ha sido una lucha de los pre-destinados, de los funcionarios laicos, de los proletarios del destinillo, de los padres carnales de muchos hijos, contra los de la vocación forzosa —pre-destinados también—, contra los irrevocables hermanos y padres "espirituales" (!!); una lucha de la burocracia contra la clerecía. Una burocracia sin vocación y una clerecía sin destino. Ya Carlos Marx decía, creo que a propósito del "Kulturkampf", que el anti-clericalismo representa una lucha entre abogados y clérigos en que apenas se interesaba. Y es que es una lucha entre la irrevocable predestinación civil y la predestinada irrevocabilidad eclesiástica. Los dos negocios.

Y ahora deberíamos volver la atención a nuestra castiza literatura picaresca con sus lazarillos, sus pordioseros, sus juglares, sus bulderos, sus clérigos andariegos, sus cazurros, sus frailes, sus españoles de antaño redivivos ogaño. Y es que la historia se continúa.

El "por Dios" y el "a Dios"

El Sol (Madrid), 7 de noviembre de 1931

¡Qué descanso —me decía a mí mismo— el de desentrañar palabras! Imaginábamelo como un juego de niño que destripa un muñeco para ver lo que tiene dentro y a las veces llora cuando no saca más que serrín. Per… ¿descanso? No, sino nuevo cansancio. Y nueva cuita. Así en un diario poético que llevaba allá, en Hendaya, durante mi destierro fronterizo, encuentro anotado, con fecha de 6 de enero de 1930, esto: "Niño viejo, a mi juguete / al romance castellano / me di a sacarle las tripas / por mejor matar mis

años. / Mas de pronto estremecióse / y se me arredró la mano, / pues temblorosas entrañas / vertían sonoro llanto. / Con el hueso de la lengua, / de la tradición, badajo, / miserere, ave María / tañían en bronce sacro. / Martirio del pensamiento, / tirar palabras a garfio, / juguete de niño viejo, / ¡Lenguaje de hueso trágico!" Y después, vuelto ya del destierro, y a las veces enterrado y aterrado en mi patria restituida —y aun no constituida—, ¡cuántas he vuelto por vía de descanso a ese juego del desentrañamiento de palabras, buscando extrañarme de los hombres! En vano pues encontraba a estos, y lo más íntimo y más hondo, lo más entrañado de ellos, en esas palabras que más que hechas por hombres, fueron ellas, las palabras, las que les hicieron. Que en el principio fue el Verbo, la Palabra, que después encarnó en Hombre, y es el nombre el que le hace al hombre.

Se nos ha dicho a los españoles, y yo lo he repetido muchas veces, que somos el pueblo que más abusa del santo nombre de Dios. Cosa que crispa los nervios a esos puritanos ingleses —que aun quedan— que evitan pronunciarlo. Y, sin embargo, se dice que la palabra "bigot", francesa e inglesa, que vale por gazmoño, beato, santurrón, y también fanático, es de origen inglés y deriva de la frase: "by God", por Dios. Como nuestro pardiez de la expresión francesa "par Dieu". Mientras entre nosotros el "por Dios" ha dado lugar a esas casticísimas y tan reveladoras palabras de pordiosear, pordioseo, pordiosero y pordiosería, palabras que destilan amargura de siglos, palabras que vierten quejumbroso llanto. Junto a pordiosero, mendigo apenas si quiere decir cosa que valga.

Y de si "por Dios" hemos hecho estos derivados, en cambio de "a Dios" —que solemos escribir, quitándole su fuerza, adiós— no hemos hecho ni adiosear, ni adioseo, ni adiosero, ni adiosería. El "por Dios" del pordioseo es una demanda, es una súplica, y el "a Dios" suele ser un despido, las más de las veces un rechazo. Cuando a otro se le dice adiós es que se le manda a paseo. La contestación, sin embargo, a la demanda de "una limosna por el amor de Dios" no suele ser "a Dios, hermano", o sea "a Dios os encomiendo", sino "¡perdone, hermano!" Otra manera de quitárselo uno de encima. Y esa palabra "limosna" que desde el griego vino rodando a nuestros romances, y que es de la misma raíz de la que usamos en la jaculatoria litúrgica de: "¡Kyrie, eleison!" y "¡Christe, eleison!" ¡Ten compasión de nosotros, señor! "Adiosear" podría ser el modo de despedirle, remitiéndole a Dios, al que nos pordiosea. "Pordiosero, pordiosero, / Dios nos tenga de su mano; / Satán inventó el dinero, / ¡a Dios, y perdone, hermano!" ¿Por qué se me ha ocurrido esta despiadada cuarteta? ¿Por qué me acongoja tanto este pordioseo español?

¡Dios, Dios! Esta es una de las contadísimas palabras que en nuestro romance derivan del nominativo y no del acusativo latino, como es lo corriente. Y ¿por qué? Lo más verosímil es que se deba a que la palabra "Deus", Dios en nominativo, entraba como sujeto en muchedumbre de frases consagradas, como "Dios nos valga", "Dios nos asista", "Dios le ampare", etc., etc. Y, sobre todo, en todas aquellas en que tratamos de descargarnos en Dios. Y Dios, teológicamente, no es objeto, sino sujeto, es el Sujeto por excelencia, no el término de la acción, sino el principio de ella, o mejor, la acción misma. O el acto puro.

Y pensando, por camino lingüístico, en este Acto Puro y en nuestra impura actualidad, venía a oír el llanto que brotaba de las temblorosas entrañas de ese "por Dios" que rueda a través de nuestros siglos

de mendiguez. “¡Por Dios, por Dios, hermano!” Y otras veces el “a Dios” que dirigían a su patria, al desterrarse de ella, los pobres que iban a buscarse la vida en extrañas tierras. Pobres, sí; pero no pobres de solemnidad. Porque los pobres de solemnidad se quedaban aquí, en su patria, pordioseando solemnemente.

¿Conoce el lector expresión más terrible que esa de “pobre de solemnidad”? Sí, esos pobres que sirven en las solemnidades para que los personajes solemnes hagan ostentación de su caridad litúrgica.

¡Ah, y cómo me acuerdo de aquel solemne pobre de oficio que se nos arrimaba embozado en un fantasmático silencio y retirando las manos para mejor pordiosearnos con la húmeda mirada de su menester!

Quería consolarme del triste espectáculo que ofrecen nuestras calles, de la visión de la lacería pordiosera, refugiándome en la tarea de mi oficio; pero los hombres se me venían con las palabras y lloraban en éstas. Lloraba nuestro lenguaje; gemía mi romance castellano. Por ti, Dios mío, ¿cuándo nos dejarás dar el último “a Dios”, el último a Ti, a nuestras miserias?

El cuño del César

El Sol (Madrid), 10 de noviembre de 1931

Pero ¿es que puede usted creer, señorito mío, que encuentre yo un regodeo enfermizo, casi sádico, en zambullirme al hondón de la realidad, donde su idealidad descansa, en vez de chapotear en su sobrehaz? La sobrehaz de la realidad es lo que suelen ustedes, los señoritos, llamar la actualidad. La actualidad de lo real, a lo que yo opongo la potencialidad de lo ideal.

Usted, señorito mío, debe saber, aunque no lo sepa, la diferencia, muchas veces oposición, que hay entre lo en acto —*in actu*— y lo en potencia —*in potentia*—. Entre la actualidad y la potencialidad. Y no debería chocarle, por lo tanto, que me interese tan poco la actualidad española política y religiosa, como me interesa tanto la potencialidad. Me esfuerzo por descubrir lo quue pueda salir de las afirmaciones, hoy veladas, que laten en el fondo de nuestra vida espiritual común, de nuestra conciencia pública, porque en la sobrehaz, en la actualidad política y religiosa, no descubro más que negaciones. Negación fue ayer el movimiento anti-monárquico y negación es hoy el movimiento anti-republicano. Negaciones que llevan al desencanto del que cree llegar a la tierra de promisión, sin percatarse de que no es tierra, sino que es, como el Paraíso, sueño. Y lo mismo el Paraíso antes de la historia, o sea el cristiano, que el Paraíso después de la historia, o sea el comunista. Porque fuera de la historia es fuera de la realidad. Realidad que descansa, se lo repito, en idealidad, que es lo potencial.

Y ustedes, ¿qué potencialidad representan? ¿O qué idealidad?, que es lo mismo. ¿Cree usted que voy a

tomar en serio ese santo y seña de "¡viva Cristo rey!"? ¿Qué quiere decir esto? ¿Es en este grito Cristo lo adjetivo y rey lo sustantivo, o al revés, Cristo lo sustantivo y rey lo adjetivo? ¿Quieren dar vida a un rey cristiano o a un Cristo monárquico? ¿Y no resultará todo ello, bien desmenuzado, un galimatías? ¿O no será como un "¡viva la Virgen!" o un "¡viva la Pepa!"? La Pepa era, ya lo sabrá usted, aquella Constitución liberal que se promulgó un día de San José.

No quiero volver a recordarle lo de que Jesús, el Cristo, huyó al monte cuando las turbas quisieron proclamarle rey, y cómo quien le proclamó tal fue Pilatos con el I. N. R. I. Quiero sólo recordarle lo del César y Dios. Cuando para tentarle a Jesús los escribas le preguntaron si era debido pagar tributo al César, y él tomando la moneda les preguntó a su vez, callándoles: "¿Cuyo es el cuño?", y al responderle: "Del César", dijo el Maestro: "Pues dad al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios." Osea: al César el tributo, el dinero, la hacienda, y a Dios; ¿qué a Dios? Y nuestro poeta católico español, el de *La vida es sueño* y *El alcalde de Zalamea*, dejó dicho: "Al rey la vida y la hacienda / se ha de dar; pero el honor / es patrimonio del alma / y el alma es sólo de Dios." Al rey o al César. Porque ya los judíos, cuando Pilatos les preguntaba si habría de crucificar a su rey, respondían: "No tenemos rey, sino César." Al rey, al rey del alcalde de Zalamea la vida y la hacienda, y a Dios… ¿el honor? El honor, el honor caballeresco, calderoniano, no es un puro sentimiento cristiano, sino mestizo de cristiano y pagano. A Dios, pues, ¿qué? A Dios, el sueño de la vida, la fe de esperanza. Y he aquí por qué no me doy cuenta de lo que quieren decir con lo de "¡viva Cristo rey!", sobre todo cuando de lo que tratan es de regatear, o acaso de escamotear al César, al Estado, a la República, el tributo que se le debe; de defraudar a la Hacienda.

No, no sé que buscan con clavar al Cristo a la realeza, como no sea volver a crucificarle; no sé qué potencialidad cela su campaña. Y menos sé lo que pueda llegar a ser un partido católico entre nosotros. Y cosa terrible, señorito mío, si debajo de ese santo y seña de Cristo rey se ocultara un designio de sisar el tributo debido al César. Porque usted sabe que hay casuistas que sostienen que el matute y el contrabando no son pecados. Que podrán no serlo contra el séptimo mandamiento, el de no hurtar; pero lo son contra el cuarto, honrar padre y madre, en que entra, según se nos enseñó en la escuela, obedecer a lo que mandan las autoridades legalmente constituidas, sea la del César, sea la del alcalde de Zalamea. Y las autoridades civiles mandan pagar tributos.

¡Ay, si debajo de ese "Cristo rey" se ocultan propósitos de orden económico! ¡Ay, si debajo de ese santo y seña está la raís de todos los males, que es, como dijo el apóstol, el amor al dinero! (I Timoteo VI, 10). ¡Ay, si no advierten el cuño de la moneda que buscan defraudar! Y aun me queda qué decirle de esa realeza de similor.

Contemplando el diplodoco

El Sol (Madrid), 20 de noviembre de 1931

He ido a refugiarme al Museo de Historia Natural, a refugiarme de la actualidad política en la contemplación de esa que llamamos historia natural —¿artificial la otra?— y que siempre me he resistido, a pesar del transformismo, a considerarla como tal historia. Prefiero la biografía y la geografía a la biología y la geología, y doy en pensar si no ha de suceder a esa huera sociología una sociografía, aunque no habrá de ser sino la historia humana.

Y allí, en ese Museo… Y, a propósito, me han contado que una vez que entró allí un picador cordobés exclamó ante el toro de Veragua: "¡Esto sí que es Museo, y no aquel del Prado!" Pues bien: allí me puse a contemplar el esqueleto del Diplodoco, anterior al hombre, aun al que pintó en las cuevas de Altamira aquel bisonte al que se tragó el león de España. En el antiguo museo, hace años, reinaba como antediluviano el megaterio, hoy desmontado. ¡Pero este diplodoco, este colosal reptil fósil, carbonizado! Sus enormes patazas y su costillaje parecer no servir más que para sostener el espinazo, rosario, de sus vértebras, cuentas, que rematan en el "gloria-patri" de su calavera de microcéfalo. Diríase un enorme rosario tendido, abatido, arrastrado: da el aire de una monstruosa debilidad, de una colosalidad inerme y como si rezase… ¿qué? Y pensando en los aeroplanos gigantes, en los tanques, en los submarinos, en todos los artilugios de la moderna maquinaria, me decía: "¿Novedades? Lo más nuevo sería que uno de estos gigantescos monstruos paleontológicos resucitase y se viniera sobre nosotros, acaso aquel pterodáctilo que volaría sobre el lago que fue la actual cuenca del Duero." Y luego: "Dios —¡siempre Dios!— nos enseñaron que creó el mundo para el hombre. Entonces, ¿para qué hizo y deshizo estos monstruos antes de heñir del barro al hombre? ¿Acaso para que ahora, contemplando sus osamentas, nos alcemos a más altas y nos zahondemos a más hondas consideraciones? Y estos desenterrados esqueletos de monstruos, ¿no se ponen también a contemplarnos? ¡Contemplar! Con-templar es juntarse en el mismo templo, en el Universo como templo de la conciencia universal y eterna. Este esqueleto, este recuerdo del Diplodoco, es ya una leyenda, es un poema, es una criatura espiritual. ¿Y no son acaso lo mismo otras formas, otras instituciones que han pasado por nuestra historia, no ya la natural, sino la humana? Napoleón, al pie de las Pirámides, otro Diplodoco, dijo a su ejército: "¡Desde esa altura cuarenta siglos os contemplan!" Y desde este "gloria-patri" del enorme rosario de cuentas carbonizadas de Diplodoco —otra Pirámide—, ¿cuántas decenas, tal vez centenas de milenios nos contemplan? Sólo a Napoleón, ahijado de Rousseau y de la Revolución Francesa, podía habérsele ocurrido aquello. Se lo inspiraron los siglos que posaban en su corazón.

¿Cuál fue la finalidad divina de la Revolución Francesa, por ejemplo? (Y ejemplo rima con templo.) ¿Es que la gran Revolución mejoró la suerte de los hombres, nos dejó más libertad, más igualdad, más fraternidad, más seguridad, más civilización? ¿Vivimos mejor que vivieron los que la provocaron? No; lo eterno que esa Revolución nos ha dejado es su leyenda, su osamenta espiritual. Ya lo dijo Homero: "Los dioses traman y cumplen la perdición de los mortales para que haya cantar para los venideros." Y qué se yo… acaso aquella guerra civil de que fui, de niño, testigo, no me ha dejado sino su leyenda, su visión, su esqueleto espiritual, que traté de fijar en una novela histórica, mi primicia en las letras

patrias. Porque la leyenda no es una envoltura, un pellejo, sino un cogollo, un esqueleto; la leyenda nos da descarnada —y desencarnada—, no ya desnuda, la realidad histórica perenne, no ya la la mentirosa y documental de la actualidad pasajera. La leyenda es una revelación; la leyenda es la potencialidad. ¿Qué nos importa la pobre carne palpitante del que fue actual Diplodoco cuando, antes del hombre, se alimentaba acaso de algas marinas?

Y he aquí por qué mientras otros se afanan por remachar esta llamada revolución republicana española actual, yo me afano por ir preparando su leyenda, su osamenta espiritual futura; he aquí por qué me esfuerzo en descarnarla —y desencarnarla— más que desnudarla, en quitarle toda la carnaza y la grasa y la pringue y la cotena de su pobre actualidad política pasajera. Quitarle su actualidad política pasajera a ver si descubrimos su potencialidad cósmica permanente.

Salí del Museo de Historia Natural con la visión del esqueleto del Diplodoco clavada en el hondón, en el poso de mi ánimo, y preguntándome por qué y para qué hizo Dios, el Dios de nuestro Catecismo escolar, el mundo para el hombre. ¿Y para qué el hombre y su historia toda? Salí imaginándome que el esqueleto del Diplodoco enjaulado —o mejor: "enmuseado"— pregunta con el "gloria-patri" de su calavera también: "¿Para qué?" Que es lo mismo que preguntar: "¿Por qué?" Y una voz íntima —¿mía?, ¿suya?— me decía que en el principio fue, en el Templo de la Conciencia que es el Universo, el Verbo, y que en el fin no será más que el Verbo, y que cuando creemos con-templar a Dios, es que Dios nos está con-templando, en el mismo templo, en la misma conciencia que nosotros. Y todo esto me consolaba de la mezquindad de mi pobre menester político pasajero.

Y ahora vayamos a leer lo que sobre la *Política de Dios y gobierno de Cristo Nuestro Señor* nos dejó escrito aquel nuestro gran satírico y ascético —dos términos mutuamente convertibles, pues la sátira es ascética, y la ascética y hasta la ascesis son satíricas— Don Francisco Gómez de Quevedo y Villegas, señor de la Torre de Juan Abad, desentrañador y descarnador de nuestro romance y de nuestra picardía —romance picaresco y picardía romancesca, si no romántica—, el de las despiadadas burlas, el desollador de la España de los validos, la que crecía como los agujeros crecen, el montador de esqueletos que todavía con sus muecas nos contemplan cuando los contemplamos.

De la religión y la política

El Sol (Madrid), 22 de noviembre de 1931

"No hay que andarse con contemplaciones —me escribe el consabido lector de mis monodiálogos, después de haber leído mi contemplación del diplodoco—; hay que obrar. Y para obrar, salirse del templo de las con-templaciones." Y luego: "¡Hay que vivir!" Y yo, al leerlo, me he dicho que lo que hay que hacer es digerir lo vivido, asimilárselo, es pensar la vida, posar la vida en la tras-vida, es pervivir.

Hay que vivir, sin duda; pero no creamos que con vivezas políticas se labra una vivienda para siempre, que el vivo político no siempre suele ser un verdadero viviente.

Y me añade el consabido lector: "Menos religión y más política." Que es como sidijese: "menos cósmica y más política; menos Universo y más ciudad; menos templo y más oficina." Y me habla en el sentido más callejero y trivial —esto es, de plazuela o trivio— del misticismo. ¿Misticismo? La contemplación del Diplodoco, lejos de incapacitar para la acción, capacita aún más para ella. Pues nunca se obra con más eficacia política que cuando se va a forjar la leyenda, cuando se busca el poder para la gloria. Ejemplo: el cardenal Jiménez de Cisneros, que buscó la España de Dios para el Dios de España y del Universo todo.

Sí, ya sabemos que hay que vivir y para vivir hay que enterrar a los muertos —que no nos estorben nuestra vida con su podredumbre—; pero sabemos que este político y utilísimo oficio lo es de muertos que se creen vivos. Pues escrito está: "Dejad que los muertos entierren a sus muertos." Y que éstos pasen a la historia que pasa y no a la leyenda que queda. Sí, ya sabemos que hay que vivir en la ciudad; pero cada cual tiene su vocación y destino, y si la de otros es dictar decretos, organizar elecciones o tramar Constituciones, la de este comentador que monodialoga con su lector consabido es la de hurgar en la religiosidad latente española, que no piedad, hasta que se desperece y así se desemperece y despierte la que no esté despierta ya, y ésta se dé mejor cuenta de sí misma y se reforme. Que estampen en el papel constitucional que no hay religión de Estado en España; pero el comentador sabe que hay religión nacional, y lo sabe porque siente el eco que entre sus compatriotas —no sin sorpresa suya en un principio— han encontrado sus pesquisas —y hasta inquisiciones— del sentimiento trágico de la vida, de la agonía del cristianismo, del misterio del Cristo de Velázquez.

Y como esta piedad, esta religiosidad, este sentimiento universal y eterno lo ha posado y reposado nuestro pueblo, un pueblo de Dios, en su lenguaje, he aquí por qué el comentador se entrega a escudriñar ese lenguaje y a desentrañarlo. Porque la política es espuma y la religión es poso, y en el poso está el reposo, y en la espuma la racha y el alboroto del día o del siglo que pasan. *La espumadera de los siglos*, tituló Roberto Robert —hoy ya olvidado— a un libro de gacetillas históricas, y el título es ya de por sí, lo que suele suceder a menudo, un hallazgo. Espumen, pues, otros, despabilando para mejor hacerlo, las luces de la crítica —aunque ya con las bombillas eléctricas las despabiladeras "han pasado a la historia"—; espumen otras la actualidad secular —y seglar— que pasa, que el comentador se va a reposar el poso de la eternidad y de potencialidad que nos queda; se va a buscar el sello de nuestra fe en nuestro lenguaje.

En nuestro lenguaje, sí. Filología, o mejor onomatología —logología sería otra cosa— es teología. "Santificado sea tu nombre." ¿Y hay mejor manera de santificar un nombre que estudiarlo, que contemplarlo hasta que se haga nuestro? Véase por qué buscamos en los nombres el esqueleto espiritual, la leyenda de las cosas nombradas. ¿La cosa en sí, que dijo Kant? No, sino el nombre en sí. "¡Dime tu nombre!", le mendigaba Jacob al ángel, al divino mensajero, con quien estuvo luchando desde la puesta del sol hasta el rayar del alba.

Queremos en estos Comentarios, que aspiran —¡habráse visto atrevimiento!— a hacerse permanentes en cierto modo en el ánimo de sus lectores, mentar y comentar aquellos hechos —no menos sucesos— que estén haciendo nuestra España de Dios, que estén haciendo de Dios a nuestra España. Lo demás son gacetillas, aunque en forma de leyes vayan a parar a la *Gaceta*, saliendo de una Cámara que, como es inevitable y acaso útil en el sistema parlamentario, se compone de camarillas. Camarillas políticas, inevitables y acaso útiles, que no son, por supuesto, peores que los conventículos pseudo-religiosos, que no son peores que esas congregaciones que tratan de usufructuar la piedad popular y laica. Pero esta piedad, que tiene que vivir en el siglo que pasa, que tiene que ser seglar, esto es, política, se nutre de lo que no pasa, se nutre de la contemplación de lo que se queda.

Y he aquí por qué, consabido lector de nuestro monodiálogo, la contemplación de todo diplodoco, pirámide o leyenda revolucionaria, nos hace volver a la vida de la irrevocable actualidad, a la política, al deber civil, con nuevas fuerzas; nos hace volver a la espuma, corroborados con sales del poso; nos hace volver a la milicia, que es la vida del hombre sobre la tierra, con renovación de reposo.

Cuenca ibérica

El Sol (Madrid), 26 de noviembre de 1931

Aquí, en esta Salamanca, acostada vera del Tormes, que la breza bajando de Gredos, espinazo de España, aquí, a digerir, a cocer sensaciones de Cuenca encrespada entre las hoces del Júcar y el Huécar, que bajan de la cordillera ibérica, costillar de la Península. ¡Dos tipos hermanos, pero tan diferentes estas dos tierras castellanas! Cuelgan las viviendas de Cuenca sobre las hondonadas de ambos ríos, y es como sí la ciudad fuese borbotón de los entresijos de la sierra ibérica; casas desentrañadas y entrañables que se asoman a la sima. Y todo, el caserío y el terreno, paisaje natural. Y espiritual. Rocas barroqueñas —y barrocas— que semejan murallas, como almenadas, tal vez embozadas en yedra; un castillo interior, de las entrañas de la tierra madre, aun más que en Ávila de Santa Teresa. Huesos, piel y vello de arbolillos desmedrados, no; como en Salamanca, jugosa tierra mollar.

Y toda esta convulsión en que se apelotona Cuenca no fue plutónica, de terremoto, sino obra del agua lenta y tozuda, la que cala y corroe y descarna la tierra y la hiñe y conforma. Así la tradición, liquida también, surca y corroe, y labra y talla, y tortura hondas hoces en el lecho rocoso de un pueblo. Y hasta inquisitorialmente, como lo probó y comprobó Cuenca en su historia.

Se abrazan y conyugan Júcar y Huécar al pie de la iglesia mayor que ha bendecido tantos desemboques mutuos de vidas de almas oscuras. “Nuestras vidas son los ríos, / que van a dar en la mar, / que es el moirir…”, cantó el del Carrión, y a morir se han ido, mejidos sus caudales, vidas aparejadas en

costumbre. Se conocieron acaso en aquel parque provinciano, enjaulado, y formaron un hogar. Mezclada a la neblina de las hoces contemplé la humareda de los hogares ciudadanos. En las márgenes de los dos ríos, chopos y álamos encendidos, como cirios, en rojor otoñal. ¡Y qué vidas! Aguardando todos los días, desde la mañana, al mañana eterno; aguardándolo, que no esperándolo. Vida no de esperanza, mas ni aun de espera, sino de aguarde. Y de aguante. "Posada del rincón" todo, y no tan sólo la que así se llama y empapelada su estancia con números de semanarios gráficos de actualidades pasajeras. En un rincón de una hondonada, los cipreses de las Angustias, arrimados al respaldar de la roca, junto al abandonado convento donde no hace mucho buscaba refugio y sosiego el cardenal Segura, primado de España.

¡Qué vidas! Alguna vez, a siglos, una sacudida histórica; ya es Alfonso VIII, que en 1177 arranca la ciudad a la morisma; ya es otro Alfonso, de Borbón y Este, aún vivo, hermano del pretendiente al trono D. Carlos, que con su María de las Nieves, la doña Blanca de la blanca boina, cuya leyenda oí, de niño, nacer, y los que en 1874, pareja moza, entran, con su hueste de facciosos carlistas, a saco en la misma Cuenca. Dos aniversarios: el 21 de septiembre y el 15 de julio, que se agregan al aro de las festividades litúrgicas, con el día de Difuntos, el de Navidad, los de Pasión —procesiones callejeras en que entre encucuruchados penitentes de mascarada chispea la cara lacrimosa de la Virgen Madre—, los de Resurrección; la historia de siempre y que siempre, como el caudal de los ríos, vuelve por las mismas hoces de siempre.

En la catedral, el esplendor recatado de la rejería repujada. Pero mayor intimidad en aquellas rejas caseras que cierran los ventanales de la alta calle de San Pedro, que sube hacia el Castillo, a más de mil metros de altura. En aquellas encumbradas entrañas de la meseta castellana se forjaron aquellos barrotes de cierre como hila la oruga en las suyas las hebras del capullo en que se encierra a dormir sueño de coco antes de ser mariposa. Que así durmieron sus ensueños los hidalgos conquenses, entre rejas, en esa cuenca bivalva y roquera de encantada ciudad.

Flores de este paisaje espiritual aquellos hermanos Valdés, de los primeros y próceres renacentistas reformados españoles. Como agua de los ríos natales habíales labrado el alma el caudal de dos tradiciones: la de la fe y la de la lengua. Para Juan, el del imperecedero *Diálogo*, lengua la religión en que hablaba a su Dios y de España, y religión su lengua vulgar, a las que dio nuevo aliento y usó la Reforma. Teólogo y filólogo en uno, Valdés —teofilólogo como su maestro Erasmo—, estremecido de entrañada querencia a su nativo romance castellano, y estremecido de piadoso cariño a la fe que les hizo soñar la vida a sus antepasados, de castizo abolengo. Sabía Valdés que creer es hablar con Dios en la lengua viva de la cuna, sin truchimanes medianeros, y en conformidad de incertidumbre.

Así, mientras las viviendas colgadas del caserío de Cuenca, empinándose las unas sobre las otras, miraban con sus ojos huecos, sus luces, a las aguas que van a dar a la mar, de donde brotaron, por el lecho de las hoces, volvía yo mi vista histórica al pasado sendero de los siglos de nuestra inacabable doble reconquista, la de nuestra lengua de hablar con nuestro Señor, el Padre de la España eterna, nuestra fe vulgar y popular, y la de nuestra otra lengua, religión también, nuestro ibérico romance castellano. Y recordaba que cerca de Cuenca, en las márgenes manchegas de la vertiente de su

serranía, en llano ya, en Belmonte, vio la luz otro teofilólogo renacentista y escriturario, fray Luis de León, el del legendario "decíamos ayer" —siempre decimos lo que ayer dijimos—, que, libre ya de la Inquisición, que le husmeó hebraizante y acaso marrano, cantó la descansada vida del que huye el mundanal ruido aquí, en esta Salamanca, donde se cansó al cansar a los otros.

Larra, Molinos y los agrarios

El Sol (Madrid), 29 de noviembre de 1931

Ahora en que por ciertos políticos se pretende aunar la llamada acción agraria con la llamada católica —lo económico con lo religioso— conviene volver a leer lo que hace ya cerca de un siglo, en mayo de 1835, escribía Mariano José de Larra (Fígaro) en su artículo *El hombre globo*. En que trató de hombres sólidos, líquidos y gaseosos. Llamaba hombre sólido a "ese hombre compacto, recogido, obtuso que se mantiene en la capa inferior de la atmósfera humana", y tras motejarle de "hombre-raíz" y "hombre-patata", hacía de él una descripción que parece remedo de la que La Bruyère hizo del campesino francés, apegado al terruño. "En religión, en política, en todo —escribía Larra— no ve más que un laberinto, cuyo hilo jamás encontrará…; es la costra del mundo…, es la base de la humanidad, del edificio social", y luego que "de esta especie sale el esclavo, el criado, el ser abyecto, en una palabra, el que nunca ha de leer y saber esto mismo que se dice de él." "No raciocina, no obra, sino sirve…; es la muchedumbre inmensa que llaman pueblo." No previa Fígaro que este pueblo de los campos llegase a leer y a saber lo que de él se dice, y menos que se soliviantase. "Alguna vez —decía— se levanta y es terrible, como se levanta la tierra en un terremoto." Y a evitar un terremoto de estos acuden los sedicentes agrarios —"agarrarlos" les llaman en Méjico— acuden a calmar al pagano, al hombre del pago, con bizma católica.

Veía Larra junto al hombre-sólido el hombre líquido, la clase media que "serpentea de continuo encima del hombre-sólido, y le moja, le gasta, le corroe, le arrastra, le vuelve, le ahoga." Y si el hombre-sólido provoca terremotos, el líquido avenidas. "En momentos de revolución… se amontona, sale de su cauce, y como el torrente que arrastra árboles y piedras, lo trastorna todo, aumentando su propia fuerza con las masas de hombre-sólido que lleva consigo." Y luego Fígaro se desahogaba contra la clase media —la suya—, que va "siempre murmurando" y que "si se alza momentáneamente, vuelve a caer." Y acaba, con un mesianismo muy a la española, pidiendo el hombre providencial, el caudillo; "si hay un hombre-globo, que salga, y le daremos las gracias", y "si no le hay, lastimoso es decirlo, pero aparejemos el paracaídas." ¿Presentía a Mendizábal, terror de los "agrarios" de entonces? Pero Mendizábal, el hombre-globo de la desamortización, se les desinfló, y el mismo Larra hubo de apoyar el opúsculo que contra aquel escribió José de Espronceda, el poeta, y en que, refiriéndose a la venta de los bienes nacionales, decía que el Gobierno "pensó… que con dividir las posesiones en pequeñas partes evitaría el

monopolio de los ricos, proporcionando esta ventaja a los pobres, sin ocurrírsele que los ricos podrían comprar tantas partes que compusiesen una posesión cuantiosa.” Prosa muy cabal ésta del poeta romántico.

“En religión, en política”, el hombre sólido de Larra, el labriego, “no ve más que un laberinto, cuyo hilo jamás encontrará.” Así hace un siglo. ¿Y hoy? En religión, el hombre del pago, el pagano, sigue viviendo debajo de la historia, debajo del tiempo humano, sin más relojes que el sol y la estrellada, haciendo del almanaque el juicio del año, teniendo en vez de recuerdos memorias, y en vez de esperanzas aguardes. Los hombres líquidos —más como la tinta que como el agua— se preguntan si los hombres de la tierra creen. ¿Creen? ¿No creen? ¿Y qué es creer? ¿Abrigan dudas? (¡Y que frase esta de “abrigar dudas”!) ¿Creen en otra vida? La otra vida para ellos es esta misma. Y los hay que se dicen aquello de: “Cada vez que considero / que me tengo que morir / tiendo la capa en el suelo / y no me harto de dormir.” De dormir sin soñar.

¿Terremoto? ¿Revolución campesina? Pronto volverá la tierra a su asiento. Nada más conservador que su espíritu. Pero no, ¡claro está!, con el conservadurismo de los sedicentes agrarios, de los terratenientes, de los señores. ¿Y cuál es la religión honda, arraigada, de ese hombre sólido, de ese hombre tierra, y cuál es el hilo del laberinto religioso de que no sabe salir? Es que ni piensa en salir de él. ¿Laberinto? Sima en que duerme sin soñar apenas. Sin darse cuenta de ello profesa el quietismo, mejor sería llamarlo “nadismo”, de aquel recio aragonés que fue Miguel de Molinos, y que en el último tercio del siglo XVII conquistó con él a la burguesía de Roma. “La muchedumbre inmensa que llaman pueblo”, la de nuestros campos, vive “la vida negada” que decía Molinos, la que “ni conoce si es vida o muerte, si perdida o ganada, si consiente o resiste, porque a nada puede hacer reflexión” que “ésta es la vida resignada y la verdadera.” Y así es como “llega al sumo bien, a nuestro primer origen y suma paz, que es la nada”, y se sepulta “en esta miseria”. “Yo te aseguro —aseguraba el aragonés— que siendo tú de esta manera la nada, sea el Señor el todo en tu alma.” ¡Soberano consuelo para “los que viven por sus manos” —así cantó el coplero— sobre la tierra!

¿Asisteremos a un terremoto de los “nadistas”? De todos modos, la religión de los sedicentes agrarios no es la más adecuada para hacer que el hombre sólido se resigne. Y si se eleva el hombre globo…

En la Universidad de Salamanca, una interesante conferencia de D. Miguel de Unamuno

El Sol (Madrid), 1 de diciembre de 1931

DICE QUE, MÁS QUE EN UNA REPÚBLICA DE TRABAJADORES,
VIVIMOS EN UNA REPÚBLICA DE FUNCIONARIOS,

Y ACONSEJA LA UNIÓN DE TODOS LOS ESTUDIANTES

SALAMANCA, 30 (9 m.).— Ayer tarde dio en la Universidad su anunciada conferencia D. Miguel de Unamuno, primera de las organizadas por la Asociación de Estudiantes de Derecho.

El paraninfo se hallaba totalmente lleno de público. En los escaños tomaron asiento catedráticos de las distintas Facultades, asistiendo también la directora general de Prisiones, señorita Victoria Kent, y el subsecretario de Fomento Sr. Gordón Ordás. Ocuparon la presidencia los estudiantes de Derecho D. José Duel y D. Máximo Sánchez Gómez.

El Sr. Duel dirigió la palabra al numeroso público, diciendo que no necesitaba hacer la presentación del Sr. Unamuno, y únicamente se limitaba a darle las gracias por haber aceptado el inaugurar este ciclo de conferencias.

COMIENZA LA CONFERENCIA

Sentiría mucho —*dijo el señor Unamuno*— que por circunstancias fortuitas —casi todas las circunstancias son fortuitas— llegara a defraudar; no vengo en el estado de espíritu propicio para dirigiros la palabra. Únicamente lo hago por un sentimiento de deber y una obligación contraída, porque yo no sé negarme a los requerimientos de la juventud. En esta temporada he venido hablando más de lo debido, y puede que me llegue a ocurrir lo del dicho vulgar de “disparar primero y apuntar después”. Aun llegan a mí los ecos que provocaron las últimas palabras que desde este mismo sitio pronuncié al inaugurar el curso 1931-1932.

Llegaron ha poco a mí estos jóvenes a decirme que habían constituido la Asociación profesional de Estudiantes de Derecho; por entonces se celebraba en Madrid el Congreso de la F. U. E. Yo creía que en Salamanca subsistía aun esta Asociación; pero veo que se ha deshecho, pues no tuvo representantes en el citado Congreso, y es que con ésta sucedió lo que sucede con todas las Asociaciones de estudiantes: que son follaje de la primavera, que al llegar al otoño cae, y menos mal si al caer sirve de mantillo al árbol para que pueda dar fruto en la próxima primavera.

Corren en nuestra patria todas el mismo riesgo: que duran muy poco: se reducen a dos o tres muchachos de acción, de entusiasmos, que mueven a los demás; pero que cuando aquellos desaparecen porque terminaron sus estudios, desaparecen ellas.

Una de las mayores dificultades para la vida de las Asociaciones es que no son dirigidas por elementos de fuera. Ahora, que más lamentables son las Asociaciones de padres de familia, que no tratan precisamente de que sus hijos estudien, sino de que aprueben.

LA CUESTIÓN DE LOS PROGRAMAS Y EL PREPARATORIO

Es la época clásica de la protesta. Y hay algunas que no están desprovistas de razón. Ahora mismo se está pidiendo la supresión del preparatorio, que no sé si prepara o no prepara para algo. La cuestión de los programas es cosa verdaderamente horrible, y si yo no he ingresado en ningún partido político es porque siempre estuve a matar con los programas.

Cuando yo era estudiante, en el preparatorio de la carrera de Derecho se exigía la Literatura latina, que yo no sé por qué había de ser precisamente latina. Luego, la Lógica fundamental, que yo creo que lo más fundamental es lo elemental, y una serie de introducciones, como si las introducciones a una cosa no fueran la cosa misma. Si la introducción a la Historia no es historia, no es nada. Sin embargo, ahí está la cuestión de las lenguas. Es una vergüenza que en un país se llegue a obtener un título sin saber traducir ni francés. Eso debéis vosotros los estudiantes pedirlo; no que os lo exijan, sino que os lo enseñen.

La mayor parte de la desventaja universitaria está en la falta de la graduación en las enseñanzas primaria y secundaria, pues se sale de los Institutos sin saber siquiera escribir una carta, y es más, la mayoría de los jóvenes españoles no ha aprendido a escribir ni en castellano, y por tanto, no es raro encontrar por ahí doctores de “escopeta y perro”, analfabetos por desuso. *(Aplausos.)*

LA POLÍTICA Y LA UNIVERSIDAD

Aquí es muy raro encontrar una persona que escriba con soltura y con precisión, porque todo aquel que lo hace así se dice que escribe oscuramente, y por el contrario, al que habla por hablar y escribe en una sucesión de palabras que no dicen nada, a ése se le llama claro en su estilo, que yo, apropiándome de un término médico, lo motejaré con el calificativo de cirrótico. Muchas veces se dice que se sabe, pero que no se puede expresar, y yo os digo que el que no puede expresar una cosa es que no la sabe.

Y volviendo a lo dicho: todas las Asociaciones de este género que he visto nacer llegaron a morir, y muchas de ellas sin dejar rastro. La última, la F. U. E., que duró un poco más porque fue un movimiento civil, no académico, de orden político. Muchos dijeron que a la Universidad no se viene a hacer política; se viene a estudiar. ¡Como si el estudiar no fuera hacer política, o como si el hacer política no fuera el mayor de los estudios conocidos! De la Universidad siempre existirá una labor de educación ciudadana. Yo desde fuera, a raíz de arrancarme de mi casa y de mi cátedra, estuve alimentando aquel movimiento de la estudiantina española.

Hace referencia el ilustre rector a ciertas anécdotas de otros profesores de las naciones vecinas comparándolos con los nuestros, y saca de ello graciosas consecuencias. Dice que es peligrosísimo para la fe el calificar a las Asociaciones de estudiantes con ciertas palabras de carácter confesional, que quiere decir que los restantes no son lo que ellos pregonan.

Hace muchos años —*dice*— que circulaba un librito que causó una repercusión enorme. Se titulaba *El liberalismo es pecado*, y en él se sostenía que su gravedad era mayor que la del adulterio, la blasfemia y el robo. Y con ocasión de un banquete dado en ésta al conde de Romanones, un individuo que le acompañaba, al dirigir la palabra a los asistentes al acto, dijo que él era liberal, pero no de ese liberalismo corriente, sino del otro, del que es pecado. *(Risas y aplausos.)*

Yo conocí aquí a un señor que estaba algo chalado, y un día le dijo a la criada, que no había ido a misa, que eso constituía un pecado mucho mayor que el robo de 5.000 duros, y la criada sacó la consecuencia, no de la gravedad de no ir a misa, sino de la insignificancia de robas esos miles de duros.

LA MISIÓN DE TODOS

Hace alusión a la cuestión de la libertad de enseñanza, y dice que esta libertad no podrá ser precisamente libertad de no enseñar.

Yo os ruego que os unáis todos: los que tenéis fe, los que no la tienen, los que la buscan y no la encuentran, los que la perdieron y no les duele el haberla perdido. Os pido que os unáis en hermandad para la pelea, pues no hay abrazo más grato que aquel que al terminar un combate se dan los combatientes por encima de los que en la lucha han caído. *(Ovación cerrada.)*

No envenenar vuestras luchas; son cosas de primavera. Yo a los años juveniles casi prefiero la madurez otoñal. Me placen más a la vera del río las hojas caídas que el verde agrio de una primavera. Y después, ¿qué quedará? Algunos recuerdos para que pueda haber alguna esperanza, que las esperanzas no existen si no tienen base en un pasado. *Hace alusión a sus tiempos de niño en una escuela cuyo maestro no enseñaba nada, pero que era un mundo en pequeño. Allí estaban el cacique, el industrial, el financiero y él, que en aquellos tiempos se sentía ultrajabalí.*

Se dice que estamos en una República de trabajadores, y por los últimos acontecimientos más bien creo que es una República de funcionarios, en que todos quieren vivir a costa del Estado. *Después de detenerse brevemente a analizar, con admirable ironía, el problema de los maestros de escuela, D. Miguel de Unamuno termina diciendo:* Feliz aquel que conserva siempre en el fondo de su espíritu la niñez, que no olvida el niño que llevamos dentro, que es el que nos justifica y nos salva. Creamos siempre en nuestra fe de niño para poder combatir el veneno y ver en aquel que se nos acerca un padre y no el caudillo que nos lleva a la matanza.

Una enorme ovación acoge las últimas palabras del rector de la Universidad.

“¡Qué sé yo!”

El Sol (Madrid), 4 de diciembre de 1931

En *La Biblia en España* —obra ya clásica—, de Jorge Borrow, tan acabadamente traducida del inglés por Manuel Azaña, se lee un delicioso relato de una conversación que en Córdoba tuvo el autor, don Jorgito, con un viejo sacerdote que había sido inquisidor, relato en que ha debito meditar más de una vez el presidente del actual Gobierno de la República española, o sea del Gobierno de la actual República española. En la conversación aquella se cambiaron estos términos: “—Supongo que sabrá usted cuáles eran los asuntos propios de la función del Santo Oficio; por tanto, no necesito decirle que los delitos que entendíamos eran los de brujería, judaísmo y ciertos descarríos carnales.—¿Qué opinión tiene usted de la brujería? ¿Existe en realidad ese delito?—*¡Qué sé yo!*—dijo el viejo encogiéndose de hombros—. La Iglesia tiene, o al menos tenía, el poder de castigar por algo, fuese real o rreal, don Jorge; y como era necesario castigar para demostrar que tenía el poder de hacerlos, ¿qué importaba si el castigo se imponía por brujería o por otro delito?”

Ahora bien —otro diría que ahora mal—, lo mismo que la Iglesia en tiempos del Santo Oficio de la Inquisición tenía el poder de castigar por brujería, tiene hoy la República española, en virtud de la ley llamada de Defensa de ella, el poder de castigar por ciertos delitos u ofensas al régimen vigente, entre ellos el de hacer la apología del régimen monárquico, lo que constituye, sin duda, un aojamiento al que le ha sustituido. Pues ¿quién duda de que la reciente República, tan tiernecita aún, no podría resistir sin serio quebranto una apología de aquel otro régimen? Por lo cual es debido castigar ese y otros delitos análogos. Así se da una sensación de firmeza y de que con la República no se juega, pues no es cosa de chiquillos.

Y sobre todo, ¿es que se ha olvidado nadie lo que se hacía en tiempo de la odiosa Dictadura primorrivereña, y cómo se le deportaba a cualquiera por la menor brujería? ¿Es que no se le mandaba a uno a Fuerteventura, por ejemplo, sin decirle siquiera por qué? Verdad es que él se tenía la culpa por no preguntarlo y dar las explicaciones convenientes. Sí; hay que defender el régimen naciente y hay que continuar la revolución, digámoslo así. Que con esto no se juega, y camelos no, ¿eh?

Estamos en guerra civil, aunque este concepto haya podido escandalizar a algunos, ya cuando yo lo proclamé a propósito del llamado problema catalán —que acaso ni es catalán, ni es problema—, ya cuando diertos revisionistas lo proclamaron, ya cuando un ministro socialista amenazó con ella en el caso de que no se diera satisfacción al anhelo revolucionario. Pero bien claro dimos a entender todos lo que por guerra civil entendemos. Aunque por mi parte no sé más lo que que quiere decir complot que no sé lo que quería decir brujería.

No, no; no se puede permitir que cada cual se exprese como mejor le venga en gana y usando acaso de

insidiosos ambages. Para algo se ha votado esa ley de defensa. Ley que debe ser de defensa previa, o sea de ofensa. Vale más prevenir que curar. Y además, si no damos la impresión de que el régimen está rodeado de peligro, ¿cómo van a acudir a sostenerlo los buenos revolucionarios?

Hay que cuidar de todo, hasta de menudos detalles de expresión y aun de estilo; hay que sustituir una liturgia por otra, una etiqueta por otra, unas fórmulas por otras. Y así, por ejemplo, no había por qué sonreírse al leer en cierto documento oficial burocrático publicado en la *Gaceta*, que se le eximía a un ciudadano del pago de "derechos de la República", llamándoles así a los que antes, en el régimen monárquico, se les llamaba "derechos reales". Porque si siguiéramos confundiendo las cosas, llegaríamos a llamar realidad a la realeza, y ¿adónde se iría a parar? Es menester irse con tiento en esto de la selección de vocablos, frases, giros, motes y muletillas porque los frigios aun son muy ladinos y ponen brujería y aojamiento no más que en un tonillo o un retintín.

Hay que recoger toda clase de armas, de fuego o de palabra, aunque sean espingardas de tiempos de la Nanita, o piezas de museo doméstico. En las delicadas circunstancias en que se halla el régimen naciente son peligrosas hasta las hachas de piedra —piedras de rayo— de los trogloditas o cavernícolas de la época del bisonte de Altamira. De aquel bisonte al que se tragó el león de España, y que por cierto se lo tiene todavía en el estómago, sin que haya logrado digerirlo. Acaso por los cuernos.

Y si ahora me preguntara si creo o no en la brujería contestaría con el inquisidor de Córdoba: *¡Qué sé yo!* Sólo sé que deportarle a uno a Fuerteventura suele servir para todo lo contrario de lo que el deportador se propone.

Releyendo a Larra

El Norte de Castilla (Valladolid), 5 de diciembre de 1931

Como a alguien se le haya ocurrido ahijarnos a Larra a los que han dado en llamarnos la generación del 98 —¡del mítico 98!—, me he puesto a releerle, ya que le tenía casi olvidado. Nunca le cultivé mucho al "Pobrecito Hablador", al suicida de los veintiocho años. Y el suicidio fue, con el surtidor poético de Zorrilla, al borde de la tumba de aquel, lo que más le hizo. Fue el suicidio el que proyectó su trágica amargura sobre la moderada sátira del pobrecito hablador. "Metafísicas indagaciones" llamaba "Fígaro" a las someras divagaciones del "mundo todo es carnaval", y otras veces les llamaba "filosofía", cuando nunca pasaron de literatura en un sentido más estrechamente profesional.

"Ser leídos: este es nuestro objeto; decir la verdad: este es nuestro medio." Sentencia ésta de Mariano José de Larra, que procede derechamente de un literato, de uno que se pregunta, como él se preguntaba: "¿no se lee porque no se escribe, o no se escribe porque no se lee?" ¡Siempre el oficio de

escritor! Pero el que, aunque viva en parte de escribir, obedece al hacerlo a otra necesidad íntima, o digámoslo con su nombre, a otra vocación, se dirá, al revés de Larra: "decir la verdad: este es nuestro objeto; ser leídos: este muestro medio." No dirá la verdad para que se le lea, sino que buscará que se le lea para decir la verdad, y si diciéndola se le lee menos que callándola o disimulándola, dejará que se le lea menos y aun que no se le lea. Predicará en desierto, seguro de que las piedras de él oyen, o escribirá para un solo lector. O para sí mismo.

"Yo mismo habré de confesar —escribe otra vez— que escribo para el público, so pena de tener que confesar que escribo para mí." Y ¿porqué no? Y si no para sí, para un lector, para un solo lector, para el consabido lector. O para cada uno de los lectores, que no es lo mismo que escribir para el público. No, no es lo mismo. El público que lee artículos o ensayos como los de Larra, o como estos míos, se compone ¡es claro! De lectores aislados unos de otros. Su lectura no es una lectura pública. El autor puede —y debe— coger a cada uno de ellos a solas y decirle a solas lo que no cabría decirles en agrupación. Cuando nuestro objeto, nuestro fin y no nuestro medio es decir la verdad, debemos decírsela a cada uno a solas.

Y aun lo que dicen que no debe decirse por evitar que los que suponen ser nuestros adversarios se prevalgan de ello y aprovechen para fines de polémica nuestras confesiones, deformándolas y tergiversándolas acaso. ¿Y qué?

"No hay que dar pábulo… etcétera." ¡No hay qué!, ¡hay qué!, y luego lo de pesimismo y derrotismo. Pase para el que tiene por fin ser leído y por medio decir la verdad, que cuando diciéndola no consigue su fin o lo amengua, se la calla o la disfraza, pase para el literato, aunque acabe en suicida, pero hay algo sobre la literatura aunque de ella se valga.

Además, a Larra no le mató la tragedia de España, el dolor de España, como no le mató esa tragedia, ese dolor, a mi amigo Ganivet. Más sufrió de ella Costa, aunque sufriera de otros dolores privativos.

"Que el poeta en su misión / sobre la tierra que habita / es una planta maldita, / con frutos de bendición", dijo, junto a la reciente tumba de Larra, José Zorrilla, que sí que era un poeta, el poeta de Don Juan Tenorio, el que sintió su misión como poeta, no como literato, y no se le ocurrió suicidarse sino que vivió largos años. Vivió encantando a su España con el hechizo de sus cantos, embalsamándola con leyendas. E hizo así el trovador errante más honda política que el pobrecito hablador.

Pongamos las cosas en su lugar, y sobre todo los llamados del 98 no reconozcamos que nuestra sublevación intelectual tuviera que ver con las "metafísicas indagaciones" de "El mundo todo es carnaval". Asmodeo no es Segismundo. Hay clases. No, ni Asmodeo, el Diablo Cojuelo de que se prevalía Larra para su "el mundo todo es carnaval" es Segismundo el de *La vida es sueño*, ni las críticas literarias de Larra tuvieron gran influencia en la mentalidad de lo que llaman el 98. Las cosas en su punto.

El pecado liberalismo

El Sol (Madrid), 10 de diciembre de 1931

Con qué arrobo, redondeando la boca, hay quienes pregonan: "¡Está por hacer todavía la revolución…; a ello!" Pero es que toda revolución —he de repetirlo— lleva su propia reacción en el seno. Y esto es lo que la hace permanente, lo que Trotski llama la revolución permanente. Porque la otra, la que no lleva entrañada su propia reacción, la que no se está revisando arreo, la de una vez fijada, constituida, ésta es muerta y propiamente no es revolución. Y sería gran necedad general cerrar el sufragio a los que a su constitución, a su estabilización se opusieran. Resucitando, en cierto modo, para ello los que se llamaron en España antaño, en la Restauración, partidos ilegales. O anti-constitucionales.

Lo que importa es que la revolución lleva consigo la guerra civil. O, mejor aún, que es la guerra civil misma, y la revolución permanente, la única fecunda, la guerra civil permanente. La guerra civil que es un don del cielo, como dijo aquel Romero Alpuente, que fue alma de la sociedad secreta de los "Comuneros". Y ¿a qué asustarse de ese don del cielo? Cabe decir que desde la muerte de Fernando VII, y aun antes de ella, ha estado el cielo regalando a España con ese don. Que, latente y sorda, o aparente y estridente, en guerra civil hemos vivido. Primero, apostólicos y constitucionales; luego, servilones y liberalitos, carlistas y cristinos, y, al fin, católicos y liberales.

¡Católicos y liberales! Qué lejanos nos parecen ya aquellos tiempos de 1884, hace ya más de 47, en que en el mes del Santísimo Rosario empezaba, en Sabadell, sus luego famosísimas conferencias familiares sobre el liberalismo el presbítero D. Félix Sardá y Salvany, director de la *Revista Popular.* Aquellas conferencias que, reunidas bajo el título de *El liberalismo es pecado*, corrieron toda España encendiendo disputas. ¡La tinta que ha corrido desde entonces! Y alguna sangre también.

El liberalismo es pecado. ¡Qué hallazgo de título y de empresa! Tuvo tanto éxito, si es que no más, que el "Reinaré en España y con más devoción que en otras partes". El áureo libro —era la designación consagrada— así titulado, recorrió toda España entre bendiciones de obispos y recomendaciones de curas de almas y de directores espirituales. Y como a un canónigo de la diócesis de Vich se le ocurriese refutarlo en un opúsculo que tituló *El proceso del integrismo*, y denunciarlo a la Sagrada Congregación del Índice, este instituto mandó que se amonestase al canónigo, y declaró que merecía alabanza la obrita del señor Sardá y Salvany. ¡Y lo que esto dio que decir y que contradecir entonces y lo pasado que está ya!

¿Quién no se sonríe hoy al leer aquello de que "de consiguiente (salvo los casos de buena fe, de ignorancia y de indeliberación), ser liberal es más pecado que ser blasfemos, ladrón, adúltero u homicida, o cualquier otra cosa de las que prohíbe la ley de Dios y castiga su justicia infinita"? Pero toda aquella campaña de verdadera guerra civil es la que ha traído a la ajesuitada Iglesia oficial

española a su estado actual. Aquella campaña, y la que poco antes del golpe de Estado de 1923, con el nombre de Gran Campaña Social, inició el episcopado —y en un documento en que se llamaba "cruzada" a la guerra de Marruecos— y apoyó en un principio el Rey para tener que cortarla luego. Y aun pedir que no se volviese a hablar de ella.

Pero aquella guerra civil sigue y tiene que seguir si ha de mantenerse la revolución espiritual religiosa, sin la cual no puede vivir la fe de un pueblo. Que vive de una continua revisión de ella. Que si una Constitución política no es intangible, no es irrevisable, tampoco un Credo eclesiástico lo es. Y con la separación de la Iglesia y del Estado ella, la Iglesia, se volverá a sí misma a examinar sus discordias intestinas, lo de integristas, mestizos, católicos liberales, los de la tesis y los de la hipótesis y todo lo demás, y a darse cuenta de que su presente estado, la persecución que hoy experimenta —porque ello es evidente— se debe a que no midió bien sus fuerzas y llevó muy mal su campaña. Hoy ha de comprender que tiene que apoyarse en aquel pecado del liberalismo para mejor poder cumplir sus fines, y que el enemigo, el verdadero enemigo de su fe y de su misión, está en otra parte. Pero ¿guerra civil? Guerra civil siempre.

Y esta guerra civil se debe al pecado del liberalismo, del que se puede decir aquello de "felix culpa!", ¡dichoso pecado! Que sin pecado no hay redención, ni sin guerra hay paz. Que el Cristo que vino a traer la paz, vino —y él lo dijo— a traer la guerra y dividir las familias, padres contra hijos e hijos contra padres, hermanos contra hermanos. Y esa guerra es el empuje de subida a su reino que no es de este mundo.

La revolución, la permanente, es guerra civil permanente. Y aunque se diga y se repita hoy mucho que el pueblo español es indiferente en religión, o más bien, que es irreligioso, somos algunos los que creemos que con la revolución que llaman política se está cumpliendo, en los hondones del alma popular, una revolución religiosa. Que hay una fe que forcejea por alumbrarse. Forcejeo que es una herencia y una adherencia históricas, que es el meollo de la historia.

Castillos y palacios

El Sol (Madrid), 13 de diciembre de 1931

En el Canto del Pico, en Torrelodones, en la morada del conde de las Almenas, entre Madrid y las serranías castellanas. Y desde allí, contemplándola fundirse en el campo, se cobra sentido de que Madrid, que está a 600 metros sobre el nivel del Mediterráneo, es también cima; que toda Castilla es cumbre, y algunas de sus ciudades, tal Ávila, dechado del castillo interior de Santa Teresa de Jesús, bien encumbradas; que Castilla y con ella Madrid, pujan al cielo. Que de noche baja a acostarse en ella. Cuando, ya anochecido, volvíamos acá, sobre los reverberos madrileños brillaban las constelaciones, el

Carro, la Bocina, la Silla de la Reina, el Carro Triunfante —o sea Orión—, llevando a las Tres Marías, y a ras de tierra, junto al farol de un auto lejano, Sirio silencioso y como si eterno.

Allí, en el Canto del Pico, las encinas casadas a los berruecos, tan de las entrañas rocosas de la tierra las unas como los otros, y envueltos en la misma luz que reviste los follajes y los peñascos. Y paisaje, celaje y paisanaje, todo en uno, castellanos. Que allí se remansa y eterniza la Historia, no la que pasa, sino la que se queda y enraiza en peña humana.

Y en torno, ciñendo al campo roquero, las sierras. Gredos; allende, Castilla la Vieja, leonesa, la del Duero y el Cid, y aquende, la Nueva, manchega, la del Tajo y Don Quijote. Y Guadarrama y la sombra del marqués de Santillana. Levántanse las sierras como bastiones contra el cielo. ¿Contra? Sí, contra, porque el cielo —así lo dice la Sagrada Escritura— padece fuerza, y a la fuerza se entra en él por la poterna de la fe reconquistadora. Creeríase que detrás de aquellos bastiones turquinos no hay nada más, ya puesto el sol, que el velo dorado del infinito antes de que empiecen a nacer las estrellas.

A lo lejos, Madrid… "Madrid, castillo famoso / que al rey moro alivia el miedo…" Al rey moro puede ser; pero, ¿a los reyes de España, no ya reyes castellanos? ¿A los reyes que, acabada la reconquista contra la morisma, empiezan la Contra-Reforma? Madrid dejó de ser castillo, y talado el madroño en que se apoyaba el oso —¿el de D. Favila?—, se hizo palacio. Castilla fue la de los castillos, la de los castillos roqueros hechos con las entrañas de ella; Castilla castellana, de castillos y no de palacios, no palaciega ni palaciana. El Palacio Real, borbónico ya, no es un castillo; castillos eran los de D. Álvaro de Luna; castillo era el de la Mola de Medina la del Campo. Castillo es —hasta etimológicamente— un pequeño castro, un campamento chico. No le cabe a uno figurarse al pie de un castillo al conde-duque de Olivares, y si Velázquez le pintó sobre fonde de campo castellano, madrileño, esto no es más que decoración —espléndida decoración velazqueña—, cono no eran más que decorativas las cruces pegadizas que brillaban sobre las pecheras de palaciegos y cortesanos. Y el Palacio Real de Madrid, ¿alivió el miedo a los Borbones palaciegos? ¿Poner puertas al campo? Sí, como la monumental Puerta de Alcalá, la de Carlos III, escénica y académicamente decorativa —tal un fondo de Velázquez, el aposentador regio—, pero que no ha cerrado nada.

Con Carlos V se acaban los reyes castellanos, que ni aún él, debelador de los comuneros de Castilla, lo fue en rigor. Su hijo, covachuelista, se encierra a morir en el Escorial, que no es ni castillo ni todavía palacio, sino monasterio; no torre de templarios belicosos, sino convento de Comunidad de jerónimos pacíficos para el esplendor del culto plitúrgico. Siguen los reyes sedentarios, Austrias y Borbones, más cortesanos que sus cortesanos mismos, más palaciegos que sus propios palaciegos. Su único roce y toque con el campo, la caza, de costumbre, pero caza cortesana, de etiqueta y casi de liturgia. Y así llegó a agonizar la realeza, ya no castellana, aunque acaso chulesca, entre las encinas del Pardo. Entre esas encinas graves del Pardo rindió su alma Alfonso XII, gimiendo: "¡Qué conflicto, qué conflicto!" De escolta de su última agonía, Cánovas del Castillo y Mateo Sagasta.

Desde el Canto del Pico se columbran ruinas de algún castillo, y se puede soñar a ojos abiertos y bajo el cielo la ruina de la Castilla castellana, la de los castillos medievales. Pero quedan los berruecos, quedan

las encinas, como con raíces jugosas aquellos, berroqueñas ellas. Y quedan las sierras, tronos y altares.; tronos y altares de un pueblo que siempre, a sabiendas o no, puja al cielo. Que si apoyándose en un credo religioso, cuajado y remachado ya, se puede tratar de domeñar a un pueblo necropolíticamente, cabe con una biopolítica —que es cosmopolítica— esforzarse en dar vida a un credo religioso nacional que haga que el consuelo de haber nacido sea para los españoles haber nacido en España, de España y para España y su Dios. Las encinas, al pie de los berruecos, cantera antaño para sillares de castillos, me parecían cruces, cruces de leño arraigado en roca, cruces vivas y hojosas de un cristianismo ibérico y aboriginal. Y volví a soñar en seguir soñando una España eterna e infinita, y en fuerza de soñarla hacerla, que es milagro de fe.

Y allí, en la morada del Canto del Pico, de Torrelodones, sin agonía, en tránsito indoloroso y raudo, al pie de una escalera de sillares, al ir a pasar de la casa al campo abierto y peñascoso, del recinto hogareño al aire suelto, salió de esta vida a la de siempre D. Antonio Maura. Cerca de siete años después, el último Borbón, tirador de pichones, cortesano y palaciego, chulo, mas no castellano, tenía que dejar, a regañadientes, su Palacio Real y salirse de nuestra Castilla española, de nuestra España de nuevo reconquistada.

New Constitution criticized in Spain; Haste in Drafting It Ascribed to Regime’s Fear of Dangers Called Largely Illusory.

The New York Times, 13 de diciembre de 1931

DRASTIC REVISION FORECAST

Reaction to the Right in the Next Elections Is Seen as Likely by the Parties in Power.

By MIGUEL DE UNAMUNO. Wireless to THE NEW YORK TIMES.

MADRID, Dec. 10.—The Spanish Constitution has been made too quickly under pressure of the desire to end the government’s provisional nature in order to defend the regime from dangers believed by many to be close but which in reality are largely illusory.

The new code also is over-prolific and in great part purely theoretic. It is theory and nothing more, for instance, to declare that Spain is a republic of workers of all classes. The guarantee of work for all Spaniards is not a legislative precept but a campaign promise. It is stated that Spain renounces war, as if this depended on Spain alone. Excessive powers have been granted to Parlamient, due doubtless to fears of another dictatorship with the Senate coincidentally suppressed because it was an attribute of

the monarchy —as if it could not be one also of any other régime.

No one believes this Constitution can long endure withouth radical modifications, and the parties now dominant foreseeing a probable Right reaction at the next elections, perhaps in the coming year, wish to prolong the life of the Cortes called solely to make the Constitution.

The Constitution began under the shadow of the Catalan statute influenced by the so-called compact the members of the government had concluded with the Catalan sutonomists. Then it was attempted to make it a federative Constitution, but with general lines that resulted in leaving the door open to constant dissension. A kind of double citizenship was granted for certain reasons where Spaniards not natives are in conflict with native Spaniards. Bilingualism in institutions of learning will give rise to a sort of civil war with Catalonia, but not with Galicia nor the Basque country, where the question of the language to be taught is unimportant.

The most outstanding constitutional problem involves the separation of church and State and the position created for religious orders. The orders have been deprived of the right to teach, but this cannot be effective for a long time, perhaps years, because the State will be unable to take over the teaching of the population. Moreover resistance of a great proportion of the people who are opposed to lay instruction will have to be overcome. Action against religious orders, depriving them of certain liberties that other associations enjoy, it has not been attempted to justify.

However, in the end, when inevitable drastic revision has been achieved, the Constitution may be expected to accord well with Spanish tradition.

Políticos, criadores, poetas, padres

El Sol (Madrid), 20 de diciembre de 1931

Que no se cansen de dispara tales preguntas de actualidad huidera entrevisteros y encuesteros, porque no, eso no es política, sino politiquería. Importa poco lo de Pérez o López, Cuadrado o Redondo. Se puede ser muy personaje sin ser apenas persona, lo que no quiere decir, ¡claro!, que no sean personas, y muy personas, nuestros personajes de aquí y de hoy. El personaje es cosa de teatro, y ahora peor, de cine sonoro. Terrible esto de que se pueda verle a uno moverse y visajear y accionar —¡a qué cosas se llama acción!—, y se le pueda oír hasta después de muerto y enterrado. Que ya no se le sepulta a uno en estatua y en libro, sino en película y disco.

¿Política eso? ¡Vaya! Tal vez necropolítica o geopolítica —de campo santo de muertos—; pero no biopolítica o cosmopolítica de mundo de vivos. Porque, a ver, ¿es que debajo de eso se está acaso formando una conciencia nacional, un consaber y consentir nacionales y a la vez mundial, cosmopolita,

popular? ¿Se están acaso fraguando una fe y una esperanza en un destino, en una misión de España en el mundo? Se están, es cierto, repatriando españoles; pero es porque allá, en ultramar, les falta materialmente sostén. Falta material de vida; falta de vida material. Pero ¿es que hay quien aquí mismo, viviendo en ella, la echa de menos? ¿Quién la sueña otra?

Y, ante todo, ¿es que esos del "reinaré en España" y sus colaboradores le han enseñado al pueblo español a soñar en una España del reino trasmundano del Cristo, de la Ciudad de Dios? ¿Es que en vez de servirse de un credo momia para domeñar a un pueblo y hacer necropolítica —pueblo así es necrópolis, cementerio— no debieron de haber hecho, con biopolítica, un credo religioso vivo —la vida se la da el juego de las herejías— nacional? Dejemos, pues, que los muertos entierren a sus muertos, y que, a mayor abundamiento, los desentierren.

San Pablo, el Apóstol de los gentiles, anunció (Rom. XV, 28) que iba a venir a España; pero no vino. Menos, por supuesto, Santiago el Mayor, Matamoros. ¡Y si hubiera venido…! El que escribió (I Cor. IV, 15): "Aunque tengáis diez mil pedagogos en Cristo, pero no muchos padres." Pedagogos, ayos; pero no padres. Ya el Cristo dejó dicho (Mat. XXIII, 9): "No llaméis vuestro padre en la tierra, pues uno sólo es vuestro padre, el celestial." ¿Y esos titulados padres, el pa' Redondo o el pa' Cuadrado? ¿Esos ayos, pedagogos, o más bien industriales de la pedagogía, del oficio de la enseñanza? ¿Esos padres postizos pedagogos en Cristo Rey que no es el del Evangelio? ¿Esos que enseñan no a soñar, sino a dormir? A dormir apoyada la cabeza en la almohada de la fe implícita del consabido carbonero.

¡Padre! En mi nativa Vizcaya había antaño, siendo yo niño, un título nobilísimo y de invención muy atinada, que se otorgaba al que había servido a su espíritu, al de Vizcaya, que era el de la libertad foral, y el título era: padre de la provincia. ¡Y por qué no ahora padre de la patria! Y padre de la patria es el que a los hijos de ella les enseña a soñarla en altura. ¿Redactar, enmendar y votar leyes constitutivas? ¡Bah! La cosa es hacer costumbres, y, sobre todo, la de pensar en alto y en hondo para que el ser español sea un consuelo de tener que serlo. ¡Y acostumbrarse a soñar! Que la costumbre es el resorte de la querencia patria, y a su empuje ceja toda otra gana. Y hacer costumbres —la mejor la de soñar— es educar, es criar, es hacer criaturas de España, criados de ella.

Hay una muy linda palabra en nuestro castellano aboriginal, palabra hace siglos en desuso y que se lee en el verso 2919 del *Poema de myo Cid*. Es criazón, que hoy decimos crianza. Que criar es crear y crianza o criazón es creación. El que cría, crea. Y al hombres sin crianza, o de mala crianza, mal criados. Y una política paternal más que pedagógica es poética, o sea criadora, creativa. Y todo lo demás, aunque útil, muy útil y desgraciadamente necesario, es geopolítica, es cosa de clientelas electorales o de reparto de destinillos. Lo que no quiere decir —¡claro está!, lo repito— que entre tantos políticos y pedagogos o ayos —que no llegan a los diez mil del Apóstol— no pueda haber algún poeta, algún criador o creador y algún padre, que es lo mismo.

¿Es que a la formación espiritual de España, a su fragua, a su constitución civil —y tómese este término en su acepción más propia—, contribuyeron los ministros de los reyes y los reyes mismos, los legisladores, más que Cervantes y Calderón y Lope y Quevedo y los dos fray Luises y todos los demás

que enseñaron, que acostumbraron a nuestro pueblo a soñarse a sí mismo? Es decir, que le dieron patria. Patria, o sea cuna de ensueños para siempre, y sobre todo del ensueño de una patria, eterna e infinita, sin un último mañana ni un último lindero.

No se cansen, pues, en dispararnos preguntas sobre la actualidad politiquera los entrevisteros y encuesteros; la honda política, que es civilización, está en otra parte. Y tal político que esté de gobierno deja para ella, a su patria, más que sus actos de gobierno, tal obra de espíritu que haga soñar sueños de inquietud y desasosiego acaso, a los que la conozcan. Lo otro, lo que suele llamarse por antonomasia y excepción política, es otra cosa. Y así se da el caso de que se diga de algún criador, poeta, padre del pueblo, que es todo menos político cuando el verdadero político sea él.

Comentario

El Sol (Madrid), 23 de diciembre de 1931

Desde que asistimos a la ceremonia de la promesa del Presidente de la República española, del Presidente de España, y luego al desfile de tropas nacionales ante el Palacio Real de Madrid, venimos rememorando aquella pompa simbólica y su profundo y para los más de los que en ella tomaron parte oculto sentido. Fue una con-memoración, un memorar o recordar algo de consuno todos. Un festejo, los malévolos decían que para diversión de papanatas y no más que para viso, pero que puede resultar para cosa. El público amontonado frente al Palacio de Oriente era el mismo, añadían, de donde salían antes los espectadores del relevo de la guardia real. Y así como a aquel espectáculo no les solía llevar fervor monárquico, tampoco a éste fervor republicano.

Fue a mostrarse al pueblo desde la antigua mansión de los reyes borbónicos un hombre que ha sido ministro de uno de esos reyes, del que nos ha traído, bien que a su pesar, la República, y fue llevando al cuello el collar de Isabel I de España, la reina unificadora y llamada por excelencia la Católica. Y el que lo llevaba es, en esta España ya no oficialmente católica, católico y católico practicante, y que hace hasta ostentación de sus prácticas de tal. Y este mismo Presidente, que prometió fidelidad a la nueva Constitución española, al pie de las estatuas de los Reyes Católicos, Fernando V de Aragón e Isabel I de Castilla, que en efigie presiden las sesiones de Cortes, él mismo los invocó antaño, allí mismo, como forjadores de España, de la España unificada. Y los republicanos de toda la vida le rendían el debido acatamiento.

Desfilaban ante el Palacio de Oriente, ante una presencia y también ante una ausencia, tropas nacionales —entre ellas miqueletes, miñones o forales vascos y mozos de escuadra catalanes—; pero la simpatía popular, irrazonada, era para los Tercios y los Regulares de Marruecos. ¿Era por simple sentimiento artístico? ¿Es que se ha borrado la impopularidad última de la guerra de África? ¿Es que ya

no se piensa en el abandono del dichoso Protectorado como cuando el episcopado español, en documento dirigido al último rey de España, le llamaba a la campaña marroquí "cruzada"? ¿O es que aquella masa sentía oscuramente, sin conciencia de ello, que ese protectorado, en una u otra forma, siendo carga de internacionalidad lo es de nacionalidad, de unidad española? Porque, aquella masa allí congregada, ante aquella pompa histórica, estaba viviendo historia. Y la historia es continuidad, es continuidad entre presencias y ausencias, entre vivos y muertos. Ausencias siempre presentes, muertos o trasmuertos siempre vivos, trasvivos; tradición que va progresando, que se hace progreso, progreso que se trasmite, que se hace trasmisión o séase tradición. En aquel simbólico acto la muchedumbre se sentía, se consentía histórica, a sabiendas o no. Sentía la continuidad entre la República y la Monarquía. Con tanta o más razón que Cánovas del Castillo al inaugurar la llamada Restauración, podemos decir los españoles republicanos de hoy, que venimos a continuar la historia de España, de la España de Fernando e Isabel los reconquistadores, y a seguir fraguando conciencia española.

¡Con-ciencia! ¡Lo que nos dice esta palabra, como todas, cuando se le llega a lo vivo de sus entrañas! La conciencia viva de memoria, entendimiento y voluntad, y para mantenerla, sobre todo conciencia colectiva, nacional, hay que con-memorar, hay que con-saber —y con-sentir ¡claro!— y hay que con-querer. La conciencia colectiva o nacional, la conciencia popular española, se mantiene de con-memoraciones, de con-sentimientos y de con-querencias.

Y ved que dejándome llevar del empuje de esta dialéctica lingüística —que se me ha hecho profesional— he venido a dar por este neologismo analógico de con-querer en el viejo vocablo con-querir, que vale tanto como conquistar. A Jaime de Aragón —y de Cataluña— se le llamó el "Conqueridor", o sea el "Conquistador". Y un conqueridor, un conquistador fue el Cid de Castilla, porque supo juntar quereres, porque supo despertar en su pueblo un con-querer. Que no se conquista, no se conquiere, sino con-queriendo. Como no se reconquista sino reconqueriendo, volviendo a querer todos lo mismo.

¿Es que en aquella masa popular que contemplaba el desfile histórico, esto es, simbólico, de tropas nacionales ante una presencia y una ausencia unidas en la inquebrantable continuidad de la historia, latía, en sus oscuras entrañas, en su subconciencia, un con-sentimiento de una reconquista espiritual de España? ¿Es que con-sentían que no ya por encima, sino acaso por debajo del problema llamado social late y palpita, y no sólo yace, el problema nacional? ¿Es que con-sentían que los problemas llamados internacionales tienen su raigambre y no su follaje en los problemas nacionales? Lo que sí podemos asegurar es que aquella muchedumbre española, ante aquel magistrado condecorado con el collar regio de la reina Isabel de Castilla, con-sentíase, aunque oscura y subconcientemente, por encima y a la vez por debajo de las diferencias de formas de gobierno. ¡Formas! ¿Formas? Confórmase ahora con la República, como antes se conformaba con la Monarquía, en una conformidad que es forma de resignación. Lo que con-quiere es que le dejen vivir espiritualmente en la historia, en comunión con los muertos inmortales que han hecho la patria española.

La seguida de los siglos

El Sol (Madrid), 27 de diciembre de 1931

Cuando se está uno recogido a acurrucado en el viejo hogar, que va apagándose, de los recuerdos olvidados, tiritando en siesta de imaginación, oye que de pronto se la cortan con un "¡Pero qué joven está usted, D. Miguel!", y piensa que estar joven no es serlo. "Pero ese que así me la cortó, ¿quién es? ¿Cómo se llama? Ah, sí; su apellido empieza con pe; a ver: pa, pe, pi, po, pu, pla, para, pri…¿Pardo? ¿Prado?… No sale… ¿Dónde y cómo le conocí? ¿Me conoce él? ¿Quién es? Ah, sí; uno de esos mozos que van por ahí diciendo y rediciendo —¡son tan redichos!— que hemos dado un salto archisecular, que ésta es una España nueva, otra generación, otro siglo."

Siglo, *séculum*, quería decir en su origen propiamente generación. Los siglos, *sécula*, que se seguían eran las generaciones. Y ellas formaban una seguida, una cuerda continua, aunque formada de varias hebras que se cortaban. Mas como no todas en un punto, de aquí la continuidad secular y seglar. ¿O es que se rompía alguna vez la seguida? ¿Es que hay solución de continuidad histórica? ¿O es que los hombres representativos, los que dan nombre a una generación, a un siglo, se dan, como dicen por aquí en tierra salmantina los charros que se dan las desgracias, por ventregadas? Así lo proclaman esos que se entregan a la sociología. Pero la historia, que se ríe de tales casilleros, se calla a tal propósito.

El presente comentador, uno de esos a quienes nos encasillan en la generación del 98, tenía entonces, en 1898, cuando el desastre de Santiago de Cuba, en las postrimerías de la Regencia, treinta y cuatro años. ¿Qué edad tienen los de este siglo, los de esta generación que llamarán la de 1931 o la de la República? ¿Qué edad tienen estos que niegan la edad que fue?

"Empieza otra generación, otro siglo —nos dicen—, un siglo redondamente seglar y un siglo en que ya no cabe dormir." ¡Con que nos quepa soñar! Porque nos dicen los sabihondos que durmiendo, en el sueño, reposa el corazón, aunque sueñe el seso. Pero hay pesadillas… Y hay reposos de muerte, descansos en paz última, en terrible paz civil, cuando se rompe la seguida. Aunque si el grano no muere, no echa raíces, ni prende en tierra, ni se reproduce.

Ahora viene —¡vaya por Dios!— un siglo estrechamente seglar, secularizado, en el que se van a arrancar los últimos rastrojos de la que D. Marcelino llamó la democracia frailuna española, en el que vamos a entrar por el camino laico, esto es, lego, y pedagógico. Ahora vamos, o mejor, van ellos, a vulgarizar el arte y la ciencia seglares. Y sólo a algunos melancólicos soñadores al amor del fogón, que va apagándose, de los viejos recuerdos olvidados, se les puede ocurrir que vulgarizar resulte avulgarar, achabacanar. ¡Es tan duro tener que resignarse a tener que salirse del siglo para volver al claustro materno de la tierra!

¡Pedagogía y demagogía! (Acentúese así, en la i, como en pedagogía, porque demagogia ha venido a

querer decir muy otra cosa.) ¡Pedagogía y demagogía! O como dijo aquel Joaquín Costa —¿también del 98?—: escuela y despensa. O también política escolar y política hidráulica. O como decían los otros: "¡Pan y catecismo!" A lo que algún seglar contestó con lo de "¡Carne y ciencia!" Política escolar y política hidráulica, o dicho de otro modo: saltos de saber y saltos de agua.

¡Ah! Pero es que en la política hidráulica entran los saltos de agua, las cascadas; pero entran también los pantanos, los remansos de agua. Y junto a los saltos de saber, ¿es que no hay también remansos de saber? ¿Y, sobre todo, amparos de consuelo? Y esa pedagogía demagógica y seglar, ¿no va acaso a dejar que se quede en seco el gran remanso de nuestro tradicional consuelo?

Así, junto a los rescoldos de los viejos recuerdos olvidados, se abriga uno con nombres, con nombres que son almas de las cosas. Y el comentador se refugia en esta lengua maravillosa en que por profesión se recrea, en esta lengua que remansó Cervantes, y que batieron con sus arabescos Góngora y con sus grecas Quevedo. Y en ella repite en arcaísmo: "Santificado sea el tu nombre." Porque esto de *el tu nombre* es un arcaísmo, como lo es lo de: "venga a nos el tu reino", que hoy diríamos "que nos venga tu reino"… Pues todavía rezamos el padrenuestro en un romance de siglos, de generaciones atrás, en un romance no seglar, sino claustral.

Pero temo atollarme en una meditación que amaga hacérseme abismática. Acaso en nosotros los del 98 resucitaron los de 1836, como en estos de ahora los de 1868. ¿Resucitaremos en los de 1970? Que así se siguen las generaciones, se revezan los siglos y reviven en los nietos los abuelos.

1932

Geometría política

Heraldo de Aragón (Zaragoza), 1 de enero de 1932

Si se le pone a un sujeto en un terreno bien llano con los ojos vendados y se le dice que marche en línea recta, discurre una muy amplia curva o hacia la derecha o hacia la izquierda, siempre el mismo sujeto al mismo lado. A los que tiran, inconcientemente, a la derecha se les llama dextrógiros, y a los que tiran a la izquierda, levógiros, términos tomados de la química. Como también cuando, de ojos cerrados le va cogiendo a uno el sueño, se le coge a él ya recostándose del lado del corazón, la izquierda, ya del lado del hígado, la derecha, y muy pocos, que luego suelen ronzar, cara arriba. ¿Dependerá esto de lo que los antiguos médicos —físicos se decían a sí mismos— llamaban humores o temperamentos? Sanguíneo, bilioso, melancólico y flemático según Galeno. En todo caso, lo de tirar a la izquierda o a la derecha nada tiene que ver con la geometría sino con la fisiología o si se quiere con la humorística. Y tal vez con la peculiaridad de los zurdos y de los maniegos o ambidextros como por otro nombre se les llama.

En geometría pura, que es razón, que es matemática, que es ideología, no hay derecha ni izquierda, como no hay arriba ni abajo, delante ni detrás: No hay ni puede haber ideología levógira, izquierdista, ni dextrógira, derechista. Y además, ¿cuál es la izquierda o la derecha de un objeto? Es como cuando se habla del sentido del reló. Tal como le miramos va a la derecha desde las 9 a las 3, luego, desde las 3 a las 9, a la izquierda. Pero mirándole del otro lado la cosa cambia. Como en el mapa en que se dice que el Norte está hacia arriba, el Sur hacia abajo, el Este a la derecha y el Oeste a la izquierda. Lo que viene de la mala costumbre de no enseñar a los niños geografía en mapas horizontales y mudos.

Trasládese todo esto a la política y se verá que no es matemático, que no es ideológico, que no es racional hablar de programas de izquierda y de derecha. Como es otra irracionalidad decir de más avanzado o más retrogrado. ¿Por qué la izquierda ha de ser más avanzada que la derecha? Todo eso es temperamental o humorístico, tal como ser optimista o pesimista. Y esos temperamentos políticos se manifiestan cuando se le vendan a un sujeto los ojos o cuando los cierra al ir a dormirse, esto es a no pensar, a lo más a soñar.

“Nadie entre aquí sin saber geometría”, dicen que ponían los platónicos en sus escuelas. Y eso habrá que poner en las escuelas de política. Y así a nadie se le ocurrirá el desatino de pensar qué es de izquierda y qué es de derecha, si el individualismo —su extremo el anarquismo— o el socialismo —su extremo el comunismo—, si el federalismo o el unitarismo, si el liberalismo o el democratismo. Y tan absurdo como lo de la izquierda es lo de radical. Otro término que no quiere decir nada claro y preciso. Adscribirse al izquierdismo o al derechismo, al radicalismo o al moderantismo es cerrar los ojos y

renunciar al discurso racional, geométrico.

Triste cosa tener que repetir de vez en cuando estas nociones tan elementales y obvias, pero ¿qué se quiere donde se llega a bachiller sin distinguir una hipérbola de una parábola, y sin saber construir un cuadrado de área triple, quíntuple, séxtuple, etc., de otro, y eso que se le enseñó al aire el teorema de Pitágoras? Y sin noción clara de la línea recta, indefinible como es indemostrable el postulado de Euclides.

¡Y qué peligroso es discutir de política en dialéctica geométrica, matemática racional! Desde joven cobré la habilidad de leer y escribir de abajo arriba, o sea con las letras vueltas en tal sentido, y también de leer y escribir al través —lo que los ingleses llaman *mirrorwriting*— como escriben los litógrafos o como para que pueda leerse al trasluz. Esto me ha enseñado a mirar las cosas de todos lados, en cualquier posición y a percatarme de que b, d, p, q, son, geométricamente, la misma letra y sus diferencias sólo de posición; basta hacerla de alambre y ponerla en una u otra postura. Pero esto resulta una habilidad desdichada cuando hay que tratar con gentes que no ven así, en pura geometría. Como es otra habilidad desdichada la de llegar en fuerza del estudio del lenguaje, de filología, a escribir con precisión, porque ésta, la precisión, suele resultarle al lector perezoso, oscuridad. ¿Está claro? Por lo cual no estaría de más que nuestra juventud se dedicara un poco más y mejor a estudiar geometría y filología para no caer en los camelos políticos del izquierdismo, el derechismo, el radicalismo, el reaccionarismo y otras vaciedades por el estilo para uso de durmientes.

Madrid, diciembre de 1931.

Ver artículo publicado (pdf)

Al lector anónimo y solitario

El Sol (Madrid), 2 de enero de 1932

Tiene usted razón, mucha razón, en lo que me dice usted en su anónimo, desconocido lector; ése como otros comentarios lo escribí para usted, expresamente para usted, hombre de su casa y no de la calle, solitario y no miembro de una muchedumbre de reunión pública. Sí, tiene usted razón; a las veces quiero hacer de esto no tribuna, no púlpito, sino gabinetes de confidencias, confesionario. ¿Monólogos? ¡Ah!, no, sino diálogos, diálogos con lectores como usted, pues oigo en mí, dentro de mí, como usted me responde —no sólo me contesta— y me corresponde. ¡Nos conocemos tan bien!…

Cuando ha empezado a difundirse eso del radio, he pensado alguna vez en poder utilizarlo para dirigirme, no a una masa, no a un montón de unos miles de personas formando lo que se llama un público, sino a cada uno de ellos, tomado separadamente, en su hogar, aislado de los otros y libre del

sentimiento rebañego de la muchedumbre. Es decir, no en un mitín. (Y entre paréntesis he de decirle que un amigo mío, rimador de sonetos, propone que el vocablo inglés “meeting” lo demos por “metingue”, que tiene la ventaja de rimar con pringue y con potingue, sin contar extingue). Seguro de que así haría más y mejor opinión o conciencia pública.

Lo sé, sí, lo sé, sé que se toma muchas veces por neutro al ciudadano solitario, al hombre de su casa, que con actos oscuros, cotidianos, contribuye al curso de la historia. Y sé cuán lejos de la neutralidad se halla esa solitariedad. Basta recordar aquellas maravillosas elecciones municipales del 12 de abril, que tanto sorprendieron a los que no creen más que en el hombre bullanguero de la calle, en el hombre muchedumbroso. Y sé que esos hombres desconocidos son los que nos han traído el cambio. ¿Y ahora? Fue después proclamada y aclamada la República; pero muy luego se acalló el clamor, y hoy lo que se oye es cierto reclamo de una Dios sabrá qué revolución, pues no lo saben los que la declaman. Y con ustedes, los solitarios, nadie apenas cuenta. Nadie cuenta con su solitariedad, que no es precisamente soledad, pues no es la soledad del desierto la solitariedad de un monasterio, de un convento de “monachos”, monjes o solitarios. ¿Y no tiene España mucho de un monasterio laico?

Tiene usted también razón en lo que me dice comentando lo que me dice comentando lo que dije en Málaga acerca de la comunión de los héroes en la historia perdurable en comparación con el dogma católico romano de la comunión de los santos en la vida perdurable. Hay en la historia que se hace en el tiempo, pero queda hecha en la eternidad de la idea, una comunión de los héroes, los más de los cuales son anónimos y desconocidos. Hablaba yo en Málaga de Torrijos, y decía que vivió y obró en una tradición, en la tradición liberal, constitucional, que viene desde los Comuneros de Villalar hasta los conjurados de Jaca; desde Padilla, Bravo y Maldonado hasta Galán y García Hernández, y pude haber añadido que así como el fusilamiento de Torrijos por orden de Fernando VII contribuyó a determinar el cambio político ocurrido a la muerte del déspota, así el fusilamiento de los de Jaca por orden del biznieto suyo fue lo que más contribuyó a la caída de éste. Y así como hay una comunión de los héroes, los más anónimos, en la historia ya hecha y eternizada, hay una comunión de los solitarios, de los ciudadanos de su casa, en la historia que se está haciendo, que se está eternizando.

Ha sido, señor mío, mi fe —mi fe y mi esperanza— en esa comunidad silenciosa y desparramada de ciudadanos solitarios que no forman partido, que no se matriculan o enmadrigueran en ningún Comité, lo que me ha hecho prever con claridad el curso que habría de tomar nuestra historia española. Es lo que en el destierro fronterizo me hacía confiar en la eficacia de las voces que daba, pues no eran murallas rocosas de Jericó lo que había que abatir, sino bambalinas de papel de una Corte desmantelada. Confié en la mocedad estudiantil, en la juventud escolar; confié en los hombres que, como usted, mi desconocido lector, no se apuntan en ningún partido, pero no por eso se escabullen de la historia. Y tienen justicia los que aseguran que ellos nos han traído esto.

Usted, señor mío, y los hombres como usted que me rinden la confianza de oírme cuando dialogo conmigo mismo, no me han pedido nunca que les recomiende para cargo alguno, no me piden sino con su atento silencio, con su silenciosa atención —dispénseme el giro— que les ayude a rumiar la historia que nos va quedando. Y sé que me perdonará que insista tanto en esto de la historia, que es mi estribillo

favorito.

Profesor de historia e historiador fue aquel inolvidable Emilio Castelar, cuya frente broncínea suelo ver brillar al sol de Castilla cuando paso por el paseo de la Castellana, y veo erguida su diestra en ademán más profético que oratorio, aquel repúblico del 3 de enero de 1874, el que luego, en la Restauración, formuló elposibilismo que es el historicismo, y con ello preparó al pueblo español para el último cambio de postura constitucional.

¿Derecha? ¿Izquierda? Sé que usted, mi desconocido lector solitario, no es ni diestro ni zurdo, sino maniego. Y sé que usted no busca programas, sino informaciones. Y que le ayuden a sentirse y consentirse en España.

Día de reyes, día de magos

El Sol (Madrid), 6 de enero de 1932

El 6 de enero, día de reyes. Pero en rigor no es así, sino día de magos. La Iglesia católica romana celebra la festividad de la epifanía, de la aparición o mostración del niño Jesús, aun no rey —no lo fue hasta su muerte en cruz—, a los magos. Magos y no reyes les llama el Evangelio. Los magos no eran, por ello sólo, reyes. Mas ¿por qué la leyenda, la tradición popular ha hecho de los tres magos de Oriente tres reyes y el uno negro? Porque el mago, sacerdote, era un rey de la palabra, pues con ella regía a los hombres y hasta las cosas.

La magia, el conjuro, era el poder creador y curador, restaurador, de la palabra. La palabra hacía cosas. Y de la magia, el lenguaje creador, nació la religión. (Véase la teoría de Pierre Janet sobre el origen del lenguaje.) El centurión del Evangelio, cuando va en Capernaum a decirle a Jesús que le cure a un su criado, y Jesús le dice que irá y le sanará, aquel le responde que no es digno de que entre bajo su techado, sino que basta que diga una palabra para sanarle, pues “soy hombre bajo autoridad —añade—, y tengo bajo de mí soldados, y digo a éste: ¡Ve!, y va, y al otro: ¡Ven!, y viene, y a mi siervo: ¡Haz esto!, y lo hace”. Y el Cristo se maravilló de la fe que en la magia, en el poder misterioso de la palabra, tenía el centurión. Y el Cristo mismo se nos aparece como un mago que rige sólo con la magia de su palabra. Con un: “¡Lázaro, acá, afuera!” se cuenta que le sacó de la tumba en que yacía muerto. Y su Padre, el Dios cristiano, se dice que con una mágica frase: “¡Sea la luz!”, hizo la luz, pues decir es hacer. Y dijo también: “Hagamos al hombre”… así, en conversación consigo mismo, en diálogo, pues conversación, diálogo —y diálogo dialéctico—, es la historia humana que el Señor discurre. ¿Es, pues, extraño que de los magos, magos de la palabra, se hiciera reyes, reyes de las cosas? Pero el mago no era propiamente un rey, en el bajo sentido político.

El rey, por otra parte, podía ser un mago. En nombre del rey se ordenaba la ciudad; de real orden. La palabra real era un conjuro. Y conjuro es cosa de magia. Ese conjuro que sigue rigiendo como medio y como remedio curativo en nuestros campos. Y es curioso que la voz popular "mego" —muy usada en gallego: "meigo"—, blando, suave, apacible, tanto puede provenir de "magicus", como se supone, como de "medicus". O de las dos. La magia es la medicina y a la vez la religión popular campesina, la de conjuros, ensalmos y encantamientos.

La fiesta popular de reyes no es, pues, una fiesta especialmente monárquica, sino mágica. El aguinaldo es un presente mágico, de conjuro. Y los que iban a esperar a los reyes, a los magos, iban a esperar salud, sanidad. Jesús, el mago galileo, adorado de niño en Belén por los magos, se hizo, por su muerte en cruz, Cristo rey.

¿Y ahora? Todo sigue igual; la leyenda se anuda. La República aparece tan mágica como la realeza. Y hay quienes de ella aguardan aguinaldos. ¿Qué les echará en los zapatitos nuevos? ¿O es que a la magia, al conjuro, al fetichismo o hechicería —pues "fetiche" es voz que tomamos del francés, y éste a su vez la tomó del portugués "feitiço", pareja a nuestro "hechizo"— monárquicos, no han sucedido acaso la magia, el conjuro, la hechicería y fetichismo republicanos? La festividad tradicional del día de magos, de la epifanía de la palabra redentora, resulta, por lo tanto, tan republicana como monárquica. Es la festividad del poder mágico, milagroso, de la palabra, de la aparición del verbo. Y si no, no hay sino observar el poderío mágico, hechiceril, que muchoa atribuyen al nombre de República, nombre de ensalmo y encantamiento, y todo el fetichismo que de esta atribución mística y mítica deriva.

Uno quisiera que ese poder mágico, de conjuro, ensalmo y encantamiento, de hechicería patria, se atribuyese, no al nombre de monarquía o de rey, ni al de república, que son comunes, sino al santo nombre de España, que es propio. Porque ha habido y aun hay muchos reyes y muchas repúblicas; pero no ha habido ni hay más que una sola España. Y es de leer en la *Estoria de Espanna* que mandó componer el rey Alfonso el Sabio y se continuó bajo su hijo Sancho IV en 1289, aquel loor de nuestra España, la de aquel entonces y la de otros entonces, "segura e bastida de castiellos…, engennosa, atrevuda e mucho esforçada en lid…, affincada en estudio, palaciana en palabras"… Y acaba: "Ay, Espanna, non a lengua ni engenno que pueda contar tu bien."

¿Por qué se trastornó aquella lengua palaciana, engañosa —restauremos la vieja palabra que dejó caer luego el ingenio cultilatiniparlante— mega o mágica de tiempos del rey mago Alfonso X, el que hizo ordenar las *Partidas*, aquella lengua del XIII que entonó tales loores al nombre conjurador y encantador y ensalmador de España?

Alfonso el Sabio sigue, como rey, rigiendo a España, porque fue un mago que nos dejó obras de palabra creadora y recreadora, sanadora y restauradora. Que sólo la obra mágica, milagrera, de la palabra —raíz de la cosa— resiste al embate de los siglos. Y esa obra mágica, milagrera, se debe al conjuro, al ensalmo, al encanto de España.

Día de magos; día de reyes.

Sobre el manifiesto episcopal

El Sol (Madrid), 10 de enero de 1932

El documento que han dirigido a los fieles católicos españoles los obispos de España lo es muy detenidamente pensado y redactado con singular ecuanimidad. Y tienen, sin duda, justicia los obispos cuando protestan contra las limitaciones que se ponen a las Asociaciones religiosas y al derecho de manifestarse los fieles en procesiones religiosas, a la libertad de enseñanza, a que se pueda subvencionar a toda Asociación excepto a las religiosas, y otras protestas así. Como la de que con el hipócrita pretexto del cuarto voto de los jesuitas —"en lo que tenga de realidad" dice muy bien el episcopado— se pretenda disolver la Compañía de Jesús, la creación española más universal, y sea cual fuere el juicio que ella nos merezca y sin reunir siquiera los argumentos jurídicos que para disolverla reunieron los consejeros del piadosísimo rey Carlos III, consejeros que eran todo menos sectarios.

El manifiesto episcopal es algo sereno, respetuoso y grave. Y con él inician sus firmantes una "misión" que es muy otra cosa que aquella "cruzada" —¡término agorero!— que preconizó este mismo episcopado en aquel otro —lamentable— documento con que se abrió, a estímulo de D. Alfonso, la llamada Gran Campaña Social, que él mismo tuvo que atajar. El cambio de los tiempos les ha enseñado a los prelados de la Iglesia Católica Romana de España a ver más claro, aunque no del todo.

La equivocación del episcopado al dirigirse a "la conciencia cristiana del país" estriba, en efecto, en no darse entera cuenta del estado de esta conciencia. Que a la Iglesia Católica Romana pertenezca "la mayoría de los españoles" es una afirmación tan insustancial como la de decir que en tal día España dejó de ser católica. Porque no es lícito contar, para este recuento —casi apernamiento— de conciencias, como fieles a todos los bautizados bajo la fe del litúrgico "¡volo!" del padrino. Católicos de nacimiento, como republicanos de nacimiento —o de toda la vida—, no son más que inconcientes cuando no se han hecho luego ellos un credo. Lo que ha producido la situación congojosa y apurada en que hoy se encuentra el catolicismo ortodoxo oficial de España es que sus directores no se daban cuenta de su fuerza —o mejor, de su debilidad— y procedían a base de esa equivocación. Y ahora comprenderán todo lo desatinado que fue desatarse contra el liberalismo —que era pecado— cuando es en este pecado, en el del liberalismo, en el que tendrán que buscar su principal apoyo de la parte de fuera.

Hay, por otra parte, en ese documento un párrafo muy significativo, y es aquel que dice: "Ni faltan hombres poco avisados que creen resuelta la crisis religiosa, pensando que con preceptos legales se ha amortizado a Dios y a la Religión en la vida española, y declarando que el catolicismo les es simplemente indiferente." Porque, en efecto, ningún español con sentido histórico —es decir, avisado— puede decir que le sea indiferente el catolicismo, sentencia tan insustancial, y a la vez insincera, como la de declarar que una nación deje de ser católica por virtud de un sufragio.

A este comentador, por su parte, no le es indiferente ni el catolicismo ni ningún otro credo religioso, anti-religioso, científico, artístico o político. Y si de algo se ha preocupado uno es de escudriñar cuál sea el verdadero sentimiento religioso español. Y le sorprende con qué descuidada ligereza se ponen los unos a declarar que el pueblo español ni es creyente ni siquiera religioso —que se puede serlo sin apenas creencias— y los otros a declarar lo contrario. ¡So… sociólogos!

Llegan días de prueba y de depuración acaso, para la Iglesia Católica Romana de España, días en que tendrá que renunciar a insensatas "cruzadas" para dedicarse a su "misión" propia, que es, en su máxima parte, obra de españolidad. Y los que sentimos la religiosidad española, sean cuales fueren nuestras íntimas creencias o descreencias, no podemos menos que consentir en esa obra de confortamiento de la unidad patria. Que lo de unidad católica, esto es: universal, tiene un sentido más hondo que el que le da la ortodoxia romana. Ni depende de un credo dogmático ortodoxo. Hasta los dudadores profesionales —avistando a las veces la desesperanza, y hasta la desesperación— ponemos sobra toda duda y sobre toda negación la necesidad espiritual de una unidad de anhelo, que querer a Dios sobre todas las cosas es querer Dios sobre todo. Y otro día os comentaré este nuevo lema: "Somnia Dei per hispanos". Que también es sueño la vida eterna.

Y en cuanto a los jesuitas, su error —¡uno de tantos!— ha sido el de creerse, fiándose de la leyenda que les han hecho sus poco avisados adversarios sistemáticos, con una fuerza y arraigo de que carecen. "¿Jesuita y se ahorca? ¡Su cuenta le tendrá!" —decían los otros ingenuos hermanitos —los del triángulo—, y con ello los ingenuos jesuitas se dieron a ahorcarse creyendo que les traía cuenta. Aquel folleto que en propia defensa publicaron y que comentamos en estas mismas columnas prueba cuán equivocados se hallan respecto a su crédito, a su influencia y a su obra los sucesores —degenerados— de aquellos dos máximos espíritus vascos que fueron Íñigo de Loyola y Francisco Xavier. Los de hoy apenas si cuentan algo en la cultura española. Es la persecución con que se les amenaza —otra inútil y absurda ley de Defensa de la República— lo que les empieza a dar alguna importancia.

"Somnia Dei per hispanos"

El Sol (Madrid), 14 de enero de 1932

En aquel tan sugestivo libro *The autocrat of the breakfast table* (El autócrata de la mesa redonda) —¡y qué extraño que no se haya traducido ya!— le hacía decir su autor, Oliver Wendell Holmes, al monopolizador conversacionista, esto: "No supondrá usted que las observaciones que hago en esta mesa son como otros tantos sellos de correo, cada uno de los cuales sólo se usa una vez. Y si supone así, se equivoca. Tiene que ser un pobre hombre el que no se repita a sí mismo a menudo. ¡Imagínese al autor de aquella excelente pieza de consejo: ¡Conócete a ti mismo!, sin volver a aludir a ese sentimiento durante todo el curso de una prolongada existencia…! Porque las verdades que un hombre lleva consigo

son sus herramientas; ¿y cree usted que un carpintero no tenga que usar el mismo cepillomás que una vez para cepillar una tabla nudosa o tenga que colgar su martillo, después que ha metido su primer clavo? Jamás repetiré una conversación; pero una idea, a menudo. Usaré de los mismos tipos cuando me plazca; pero no, de ordinario, de la misma estereotipia. Un pensamiento es muchas veces original aunque lo haya expresado uno cien veces. Se le ha ocurrido por nuevo camino, por un nuevo y expreso curso de asociaciones." Y además, añado yo, es en vano que esquivemos repetir ciertas nociones cuando ellas, como ciertos manjares, nos repiten dejándonos su dejo en el paladar del pensamiento. Y sobre todo, cuando se repite la pregunta hay que repetir la respuesta. Así ahora.

Pues me escribe uno de esos mozos de vanguardia sin peso de hisoria, que, forasteros en dondequiera, tiran tan sólo a arrasarlo todo a su propio vacío rasero —¡claro que de boquilla!—, que la República debe ir a paso de carga, y yo le respondo —a él, ¡irresponsable!— que no, sino a paso de trilla. ¡Aunque después se pongan a pegar fuego a las parvas! ¡Es tan entretenido!

Invoca, ¡claro!, la revolución. ¡Y dale con ella! Pero yo le pregunto qué quisicosa es ésa de la revolución que tanto traen en boca. ¿Es revolverlo todo? ¿Es volver la tortilla? ¿O es lo que llaman en astronomía revolución, la de los planetas en torno del Sol, la de los satélites en torno de un planeta? En un reloj de bolsillo el segundero va más de prisa que el minutero, y éste más que el horario; pero todos vuelven al mismo punto, cumplen su revolución, y… vuelta a empezar.

¿A paso de carga? ¿A cargar sobre qué? Ni él, mi corresponsal el mozo de vanguardia, lo sabe. Es que se encuentra en un estado de ánimo que podríamos llamar catastrófico, en un tenor revolucionario que no es político, o sea civil, ni ético, o sea moral, ni menos religioso, sino estético; es que sufre de lo que se diría acedía seglar —correspondiente a la acedía claustral, que tanto torturaba a los ascetas— de tedio civil, o, en una palabra, de aburrimiento. Es el mismo triste estado de ánimo que lleva a tantos a las corridas de toros no más que en acecho de lo que llaman hule. "¡Así no se puede vivir; aquí no pasa nada!" —decíame uno de esos mocetes. Y es lo que les llevó a quemar conventos a mozalbetes que ninguna enemiga abrigaban contra sus frailes. Una enfermedad del magín; un efecto de la leyenda cinematográfica de la actualidad. Y en el fondo, una falta de formación histórica.

Los más de esos chicos y grandes que hablan de la revolución que está por hacerse en España no saben de lo que se trata. Es aquello de "cuando venga la gorda…" Prim hablaba de destruir en medio del estruendo —así— todo lo existente, y apenas sí quedó el estruendo. "Se fue para siempre la raza espúrea de los Borbones", decían; pero en Cartagena —que está en la misma costa que Sagunto— prepararon los cantonales su vuelta restauradora. Y segunderos, minuteros y horarios se pusieron a dar las horas al paso del Sol, que no se sale del suyo.

Y es por esto por lo que vengo insistiendo y volviendo a insistir en que se críe a la generación nueva en el hondo sentimiento de la historia patria, en el arregosto de la tarea cotidiana, en el consentimiento del lazo que nos une con los que nos han hecho españoles. Porque aquí la historia es historia española, y España es su propia historia, su obra. "Gesta Dei per francos", los gestos; es decir: las acciones o hazañas de Dios por medio de los francos —dijeron éstos—. "Somnia Dei per hispanos", los sueños de

Dios por medio de los hispanos —digamos nosotros—. Y éste será el más profundo sentimiento de la patria y de su historia. ¿Meta última? El gran historiador alemán Ranke solía decir que cada generación está en toque inmediato con la Divinidad. Y es que hay como una visión beatífica civil y mundana, y es la contemplación, la comprensión y el goce de la historia que se está haciendo. Hacer historia es comprenderla y gozar de su comprensión. Y hacer historia es hacer patria y es hacer religión.

Y hasta para ponerse a echar mano a un derribo y desescombro, que no es otra cosa una históricamente inevitable revolución, se debe ir a ella, no por emociones catastróficas, no por holgorio callejero, sino con la alegría del sentido de la responsabilidad histórica. Sentido que nos dice que la verdadera revolución —diríase que astronómica—, la permanente, va a paso de trilla. Y ¡ay del que, arrastrado por la afición catastrófica, no va sino a salir del paso!

Sobre el Buey Apis

El Sol (Madrid), 17 de enero de 1932

Heródoto de Halicarnaso, llamado el padre de la historia —historia para tan fino escéptico valía por enquesta—, dechado de socarronería y agudeza jónicas —es decir, de temple liberal—, al narrarnos del loco de Cambises, llega a cuando éste, en un ataque de furia racionalista, mató al buey Apis, ídolo viviente para los egipcios, diciéndoles: "¡Ah, malas cabezas! ¿Semejantes dioses os nacen, de sangre y de carne y a que se hiere con hierro? ¡Digno es de los egipcios tal Dios!" Matóle, y los sacerdotes lo enterraron a hurtadillas.

Y el socarrón de Heródoto comenta la loca insensatez de Cambises, pues tal estima el burlarse de las cosas y usos religiosos. Y añade el jonio: "Pues si alguien propusiese a cualesquiera hombres que eligiesen las mejores costumbres, examinándolas elegiría cada uno las suyas propias, pues piensan que son las mejores. No es, pues, de creer sino que se volvió loco el hombre que de ello se burla." Y da luego un caso como prueba de su aserto. "Darío —dice—, al principio de su mando, llamando a unos griegos presentes les preguntó por cuánto querrían comerse a sus padres fallecidos, y ellos le dijeron que no lo harían por nada, y después de esto, llamando a unos indios, por nombre Calatías, que se comen a sus padres, les preguntó delante de los griegos, y por medio de truchimán para que se enterasen de lo dicho, por cuánto dinero consentirían el quemar a fuego a sus padres fallecidos, y ellos, gritando mucho, le mandaron que se callase. Así va todo esto, y me parece que estuvo atinado Píndaro al decir que el Rey de todo es la costumbre." "Nomos", la voz griega.

Impiedad para los unos sepultar a los padres en el vientre de los hijos, y ellos los queman; impiedad el quemarlos —la cremación— para los que se los comen. Y si el socarrón de Heródoto, que así se chanceaba de la locura racionalista de Cambises, viviera hoy en España —vivió en la Grecia del siglo V

antes de Cristo—, tendría no poco que socarrar de las manías católicas y de las anti-católicas, de las racionalistas y de las anti-racionalistas de partidarios de unos u otros enterramientos.

Porque lo de la cremación no es, para los más de los que la propugnan, cuestión de higiene, sino de ir contra lo que estiman una superstición cristiana, la de la resurrección de la carne; es ir contra el sentimiento que llevaba a los antiguos egipcios a momificar sus cadáveres para conservarlos; contra el culto a la muerte. ¿A los antiguos egipcios? ¿Por qué se ha embalsamado, casi momificado, y vuelto a embalsamar al cadáver de Lenin, y se le expone a la adoración —¡así!— de los fieles bolcheviques, sino porque éstos siguen, quiéranlo o no, fieles a la tradición ortodoxa rusa, y esperan, no siempre a sabiendas, la resurrección carnal del nuevo padrecito de Rusia? Porque esos a quienes el mismo Lenin predicó la concepción materialista de la historia, la de Marx, y les enseñó que la religión, la de Cristo, es el opio del pueblo, están amasando otro opio, tan supersticioso como el pasado, si es que no es el mismo. Que la historia no se corta.

Por otra parte, los que prendieron fuego a la capilla jesuítica de la calle de la Flor no debieron proponerse reducir a ceniza un resto material de San Francisco Javier.

Lo más hondo del razonamiento escéptico y hondamente liberal de Heródoto de Halicarnaso estriba en decir que es abierta locura ir contra las arraigadas —es decir, radicales— costumbres de un pueblo, por absurdas y disparatadas que nos parezcan, cuando a nadie le estorban la vida, sino más bien se la consuelan, como ocurría con el culto que al buey Apis rendían los egipcios. Y acaso Heródoto presentía que los principios filosóficos racionales de la sabiduría helénica, la socrática, eran otro buey Apis. ¡Pues qué de mitos en la ciencia!

Cuéntase en mi tierra que en una villa guipuzcoana se reunieron antaño unos radicales anti-clericales a ver cómo podrían molestar más al cura, y uno de ellos dijo: “Sinagoga biar degu”; ¡nos hace falta una sinagoga! Mas como ninguno de ellos supiese en qué consiste ella y cómo se establece y funciona, acordaron proponer horno crematorio, no por razones de sanidad y policía urbana, sino por dar en la cabeza al párroco, que, a su vez, imponía ciertos ritos funerarios a los radicales muertos, no más que por dar en la cabeza a los vivos.

De todo lo cual se saca en limpio, conforme a la doctrina liberal —esto es, escéptica— del padre de la historia, que es locura e insensatez proponerse matar al buey Apis sin esperar a que se muera. Que si se muere, lo más probable, racionalmente pensando, es que no resucite ya; pero si se le mata a hierro, escandalizando a sus fieles, es casi seguro que resucitará en otro buey.

Gitanadas y judiadas

El Sol (Madrid), 27 de enero de 1932

Sin haber entrado España de manera directa y material en la Gran Guerra de 1914, los efectos, tanto materiales como espirituales de ésta se han hecho sentir tanto aquí como en algunos beligerantes. Hemos presenciado fracasadas intentonas de traducir el fajismo italiano —que se ha quedado en literatura huera—, y ha prendido, también literariamente, un endeble gajo de bolchevismo a la rusa, que, por ridícula gala, se ha desgajado, se dice, en trotzkismo y stalinismo. Y aun hay quien habla de oro de Moscú, lo que nos recuerda aquella copla de antaño: "Dicen que vienen los rusos / por las ventas de Alcorcón, / y los rusos que venían / eran seras de carbón." Y hay, por otra parte, partido político parlamentario que no es sino remedo de otro francés.

Y ahora empieza a refrescarse una triste manía centro-europea, en la que ya hace años dieron nuestros fantasmagoreadores de extrema derecha. Nos referimos al anti-semitismo. Hace ya cuarenta años que en Salamanca, por lo menos, un grupo de tradicionalistas e integristas enhechizados por las fantasías de Eduardo Drumont y de Leo Taxil, dieron en denunciar el peligro judaico en España, sin que podamos olvidar la broma que a tal caso les gastó este mismo comentador que os habla. Pues aquellos hombres crédulos e ingenuos que vivían casi retirados del mundo —ni a casinos ni a cafés— comunicándose casi a diario con los jesuitas de la Clerecía, tenían como éstos, también ingenuos, reverendos padres S. J., una concepción fantasmagórica y pueril de la historia, y eso que entre aquellos había un catedrático de Historia Universal. La cual les era como una función de magia —algo así como "La pata de cabra"— llena de tenebrosas conjuraciones luzbelianas, de poderes ocultos, de maquinaciones soterrañas y demoníacas, de misteriosidad y hasta de milagrosidad. La judería y la masonería, mellizas, eran las dos infernales potencias de que se servía Luzbel —o Belial— en su lucha contra los que siguen la bandera de Cristo Rey. Era el modo como los jesuitas respondían a la leyenda que de ellos —¡cuitados!— iban haciendo los de la tramoya contraria. Ni unos ni otros querían reconocer lo de que no hay más cera que la que se ve arder y ni hay secretos tenebrosos.

Hace unos días un diputado de extrema derecha, hijo de uno de aquellos integristas salmantinos del grupo, invocaba el testimonio de una cierta "Revista internacional de sociedades secretas" para contarnos cómo se había inaugurado aquí, en Madrid, una sinagoga con asistencia del alcalde, lo que éste, el Sr. Rico, negó. Y no sabemos qué proyecto de cementerio judío. Y se lleva ahora una campaña contra cierto diputado, llegando a pedir su expulsión, no ya del Parlamento, sino de España, por suponérsele, acaso con razón —¿y qué?—, de raza judaica. ¡Sólo nos faltaba esta mala versión de una triste manía vesánica centro-europea, como es el anti-semitismo! Vertedero, ya secular, de las demencias de pueblos que creían en brujas, hechiceros, poseídos y endemoniados. Y aquelarres y sacrificios de niños cristianos y envenenamientos de manantiales.

Cierto es que aquí, en España, ha habido entre el vulgo docto una idea, que creemos muy exagerada, de la influencia hebraica en nuestra patria. Cuando Blasco Ibáñez estaba en París, en 1925, en sus entrevistas con judíos sefarditas, aumentaba a su modo —¡y qué modo!— la acción y proporción de la judería en España y se jactaba de llevar sangre judía, cultivando la leyenda —la de "El tizón de la

nobleza"— de los judaizantes y cristianos nuevos como antaño se les llamaba. Pero a este comentador que os dice siempre le ha parecido eso hijo de una trastrocada perspectiva histórica.

Estamos, en efecto, convencidos de que el fondo del pueblo español es, racialmente, uno de los más homogéneos, el de su primitiva población celtibérica romanizada, y de que los diversos invasores e inmigrantes, numéricamente muy pocos, se confundieron pronto con él. En la historia se oye más a cuatro que vocean que a cuatro mil que se callan, más el estrépito de los cascos de los caballos invasores, que el paso de los bueyes lentos que en tanto trillaban las mieses. Y llegamos a creer que un pueblo que se nos coló en España, sin hogares, ni historia, ni literatura, ni comunidades legales, ni personajes, al sol y al viento, tiene a este respecto más importancia —vegetativa y subhistórica— de la que se le concede. Sospechamos que acaso haya en España más sangre gitana que visigótica, morisca o judaica, siendo una leyenda lo de que los gitanos —que hoy se asientan y hasta se afincan— se hayan mantenido aparte del resto. Tal vez Carmen y la Gitanilla cuentan más que Maimónides. Que hay en sangre y en espíritu más de gitanería que de judería —asistimos a más gitanadas que a judiadas—, sobre todo en las clases bajas. Mas de esta sospecha, que a muchos sorprenderá, otra vez.

Guerra incivil cavernícola

El Sol (Madrid), 29 de enero de 1932

Como este comentador fue quien lanzó a la circulación hace ya más de una quincena de años el mote de trogloditas, de que luego ha salido el de cavernícolas, y quien, por otra parte, ha comentado más el endémico estado de guerra civil de España, se cree en el deber de comentar la guerra, no ya civil —que ésta es señal de civilización en marcha—, sino incivil y troglodítica, o cavernicolística, que nos está devorando la serenidad del buen juicio, Pues diríase que todos, los unos y los otros contendientes, se pelean en una caverna —como la de Altamira—, a oscuras, fuera de la luz natural, y bajo el sino del bisonte altamirano, y no a cielo abierto, a la luz del Sol, bajo el sino del león castellano de España.

¿Y las armas? Las armas de casi todos ellos, armas troglodíticas, cavernícolas, paleolíticas, como las hachas de piedra —piedras de rayo les llaman los campesinos—, que esgrimían en sus luchas con las fieras selváticas, y entre ellos mismos aquellos hombres de las cavernas, anteriores a la Historia propiamente tal. Armas troglodíticas, paleolíticas, prehistóricas o ante-históricas. Que tan troglodíticas las hacen, por el modo de manejarlas, los unos a los báculos, cirios, hisopos y crucifijos que esgrimen a modo de rompecabezas de cruzados, como los otros a sus hoces y martillos, y también prehistóricos y paleolíticos, y los de más acá los compases y escuadras, cavernicolísticos también, de chapuceros albañiles de derribo. Todo incivil, todo ahistórico y anti-histórico. Todo movido por pasiones cavernarias de antes de haberse cuajado la tradición, la tradición civil que hace el alma de la patria, que hace la Historia y sus consagradas imágenes.

Sí; ya se consabe que hemos promulgado que no hay religión del Estado; ¿pero quiere esto decir que la nación no tiene un alma tradicional y popular, o sea laica; que no tiene una religión laica, popular, nacional y tradicional? ¿Quiere ello decir que va a quedarse la patria desalmada? No, no puede querer decir eso, y nada sería más cavernario, más troglodítico que la imposición de un agnosticismo oficial pedagógico. Aun prescindiendo de confesiones dogmáticas, creer que los maestros —nacionales, ¿eh?, y no estatales— puedan educar a los niños españoles escamoteando toda noción religiosa es sencillamente no darse cuenta de lo que tiene que ser la educación pública, patriótica.

En estos días, las mujeres, las madres, de una famosa villa de esta provincia de Salamanca se amotinaron al saber que se iba a quitar el crucifijo de las escuelas, y ha habido que dar satisfacción al sentimiento de ese motín popular, hondamente popular, contra una orden disparatada. Disparatada, y perdónenos el que la haya dado, de inspiración no sólo anti-nacional, anti-popular y anti-histórica, sino también anti-pedagógica. La presencia del crucifijo en las escuelas no ofende a ningún sentimiento, ni aun al de los racionalistas y ateos, y el quitarlo ofende al sentimiento popular hasta de los que carecen de creencias confesionales.

Sí, ya lo sabemos, se ha esgrimido y se esgrime el crucifijo como arma paleolítica; se pretende no convertir sino machacar infieles a cristazo limpio, como se esgrime a modo de arma contundente el grito de ¡viva Cristo Rey!, poniendo impíamente todo el acento en lo de rey y dejando al Cristo de galeoto; ¿pero autoriza ello a que se le retire de las escuelas, donde no es arma sino símbolo de la tradición ha hecho? ¿Qué se va a poner donde estaba el tradicional Cristo agonizante? ¿Una hoz y un martillo? ¿Un compás y una escuadra? ¿O qué otro emblema confesional?

Porque hay que decirlo claro, y en ello tendremos que ocuparnos: la campaña contra el crucifijo en las escuelas nacionales es una campaña de origen confesional. Claro que de confesión anti-católica y anti-cristiana. Porque lo de la neutralidad es una engañifa. Que no es hacedero, no, no lo es, en buena pedagogía, que los maestros nacionales populares, laicos de veras y no de engaño, de España, eduquen a la española a los hijos de ella, prescindiendo de la tradición nacional, popular y laica que se simboliza y emblematiza en el Santo Cristo crucificado —le hay en cada lugar— y dejando al clero de la Iglesia Católica, Apostólica, Romana el cuidado de instruir a los hijos de sus fieles feligreses en el catecismo de su doctrina confesional, según el P. Astete o según el P. Ripalda, corregidos o no. Y esto lo comprenden y consienten cuantos han salido de la caverna prehistórica, sean cuales fueren sus creencias o descreencias. Depende sencillamente de sentido de civilización, de que suelen andar tan escasos como los idólatras troglodíticos, los troglodíticos iconoclastas.

Se acabó el bisonte prehistórico; nos queda el león al pie de un castillo sobre el que se alza una cruz nacional, popular, laica.

La bandera roja y gualda

El Sol (Madrid), 6 de febrero de 1932

Gracias, señora mía, y no tanto por las piadosas reconvenciones que me dirige cuanto porque demuestra conocerme mejor que otras que de ligero me juzgan y porque demuestra conocer el cristianismo, cosa que no es corriente entre sus compañeras de cofradía. Por lo demás yo, señora, no necesito decidirme, pues estoy bien decidido. Ni tengo que tirar a la derecha ni a la izquierda —ya tirarán otros—, sino marchar de frente y cara al sol. No soy diestro ni zurdo, sino maniego.

Ahora nada le voy a decir de los jesuitas, contra los que creo que se ha cometido una injusticia. Mi opinión sobre la Compañía actual usted la conoce, pues que me recuerda lo que dije en un libro que apareció primero en francés, luego en alemán e inglés y por último en español —en el texto original— y en que escribí que nada hay más tonto que un jesuita español —de hoy se entiende—. Y me recuerda también lo de Jesús en el sermón de la montaña de que quien llamase a su hermano tonto será reo de la gehena del fuego, es decir, del infierno. Tonto, y no malo. Pero, dejando para otra vez el comentar esto, he de decirle que he encontrado algo más tonto que un jesuita español, y es un contrajesuita, un albañil de derribo español. Y así, entre bobos de caverna anda el juego.

Mas vengamos a lo de la bandera. Se me queja usted, señora, de que se les prohíba ostentar la bandera monárquica, llamándole usted así a la roja y gualda. Pero ésta no es ni ha sido bandera monárquica. La bandera roja y gualda era la bandera española en tiempos de la bien fenecida Monarquía. Y ni era siquiera la de la casa de Borbón, pues ésta, biceleste y blanca, es la que pasó a ser la de la República Argentina. La roja y gualda era la bandera española en los últimos tiempos de la dinastía borbónica, y lo era para todos los españoles, monárquicos y republicanos, que todos ellos la acataban y veneraban civilmente. Son ustedes las que, mal aconsejadas, se empeñan en convertirla en emblema monárquico. Así como la actual bandera tricolor, roja, gualda y morada, no es bandera republicana, sino que es la bandera española de esta República de voluntad y soberanía populares, y a la que todos los españoles, incluso, ¡claro está!, los monárquicos, deben acatamiento. Pues esto no implica republicanismo doctrinal, sino acendrado españolismo. Y enarbolar la antigua y venerable enseña roja y gualda con intención combativa monárquica, o mejor anti-republicana, es tan vituperable como gritar ¡viva Cristo Rey!, acentuando lo de rey en sentido político del reino de este mundo. Lo uno es anti-patriótico y lo otro es anti-cristiano.

¿Que no le gusta a usted la nueva enseña? En cuestión de gustos… Y usted, que parece conocerme, me recuerda, en son de reproche, lo que dije en una poesía que figura en mi *Romancero del Destierro*, y es aquello de “Envolvedme en un lienzo de blancura / hecho de lino del que riega el Duero / y al sol de Gredos luego se depura / (soy villano de a pie, no caballero), / no en ese roto harapo gualda y rojo / (bilis y sangre) que enjuga la espada; / honra y no honor, estoy libre de antojo; / embozo de verdugo no es mi

almohada”… Esto, señora, fue una expansión anti-belicista, y más propiamente anti-militarista. Pero ahora que España, republicana ya, ha renunciado a la guerra… Y, por otra parte, si el rojo y el gualda pueden simbolizar sangre y bilis, ¿no puede el morado simbolizar los cardenales que produce un golpe contundente? Dejémonos, pues, de simbolismos ya.

Yo también me he criado y educado bajo la bandera no más que roja y gualda, sin morado alguno, sin ese morado discutiblemente castellano, bajo la bandera de la casa de Aragón y Cataluña que se hizo española, española de todos los españoles, y sé que a nuestra edad, señora, no se cambia ni de aguas ni de colores. Pero por nada del mundo enarbolaría un color para dividir a los que están unidos. Si por mí fuera, adoptaría como enseña todo el arco iris, o mejor, componiendo sus colores todos, sin descomponerlos por medio de un prisma de partido, una bandera blanca. Blanca como el lienzo del lino que riega el Duero y se depura al sol de Gredos. Blanca y no negra ni roja. Mas ya que ello no sea, quedémonos con los colores de la casa de Aragón y la de Castilla, de la bandera española de hoy, y respetémosla como respetábamos la de ayer, que ni ésta es divisionaria o específicamente republicana, ni aquella era divisionaria o específicamente monárquica. Y si ustedes la enarbolan con intención belicosa y protestante, de guerra incivil monárquica, no estará mal que se la prohíban. Ahora, en su casa de usted… Conozco más de un español republicano, honrada y racionalmente republicano, que dentro de su casa sigue guardando la vieja bandera roja y gualda, sin morado, bajo la cual luchó por la República.

Y es que se puede —y se debe— ser republicano guardando el sentido civil y patriótico de la continuidad histórica. Y guardar, con veneración, aquella enseña junto a una cruz.

El solitario de Graus, como hombre de ensueños españoles y de fecundas contradicciones íntimas

El Sol (Madrid), 9 de febrero de 1932

TEXTO TAQUIGRÁFICO DEL DISCURSO QUE AYER
PRONUNCIÓ EN EL ATENEO D. MIGUEL DE UNAMUNO.

En el salón de actos del Ateneo de Madrid se celebró ayer una sesión homenaje a la memoria del gran español D. Joaquín Costa. El público, entre el que figuraban no pocas damas y señoritas, llenó por completo la amplia sala desde mucho antes de la hora señalada para el comienzo del acto. Pronunció un bello discurso D. Miguel de Unamuno, el cual fue recibido con una atronadora salva de aplausos. El ilustre rector de la Universidad de Salamanca dijo lo siguiente:

Señoras y señores, o, mejor, amigas y amigos. No sé cómo me van a salir estas deshilvanadas

divagaciones respecto de aquel hombre a quien conocí y traté. Me va a ser muy difícil —creo que es casi imposible— separar la obra del hombre, porque un hombre, después de todo, en la Historia y para la Historia, no es más que su obra. Se puede decir que nacemos sin alma. Algunos mueren con ella: los que han dejado una obra; los demás, mueren sin haber cobrado un alma. Conocí, como digo, a Costa, y veo que ahora, como es inevitable en hombres como él, se va convirtiendo en un símbolo, casi en un mito, y va borrándose su propia personalidad. Debió de ser sin duda una —me figuro yo— de sus preocupaciones ver como ya en vida le iba envolviendo la leyenda, le iba envolviendo el símbolo que de él hacían y en el cual había de ser enterrado. Que es una de las tragedias, en parte dolorosas y en parte consolatorias, la de la vida de un hombre que ve cómo el que es se va sintiendo borrado por el que de él hacen todos los demás. Y es que ya no es suyo; es de todos los otros, que han hecho de él otro hombre en el cual queda enterrado, pero que es el que vive y en el que ha de vivir siempre. *(Muy bien. Aplausos.)*

Conocí a Costa, y como es natural, yo no puedo traer aquí al Costa que fue, sino a "mi Costa", al mío. Y acaso en él, sin duda, me he de meter yo mismo: es inevitable. Aquí le veriáis los que tenéis ya cierta edad, cuando iba arriba a trabajar solitariamente. ¡Y hay que ver lo que es, y más en España, uno de estos trabajos solitarios, un trabajo de investigación y rebusca, donde no hay un ambiente de rebuscadores ni de investigadores, donde tiene uno que hacérselo todo! Cualquier español que haya hecho en artes, en ciencias, en letras, un descubrimiento, significa mucho más que los que hayan hecho eso mismo en otros países; porque allí no lo hace él solo, sino que lo hacen una porción de compañeros de trabajo.

Y venía a trabajar indudablemente en trabajos que ya estaban hechos muchas veces. Alguna vez se lo dije yo: "Pero, D. Joaquín, ¡si eso está ya averiguado!" Pero él quería ir a las fuentes mismas. Esto tiene —dicen— un inconveniente. Cuando estaba estudiando la decadencia romana en los escritores romanos, haciendo caso omiso de todo lo que se había hecho en torno de aquello, yo me acordaba de los que dicen: "Sí, así sucede con estos españoles, que descubren el Mediterráneo." Pero yo digo: ¡Ah! ¡No es cualquier cosa descubrir el Mediterráneo!...Sobre todo para los que viven en él, que son los que no lo conocen. *(Risas.)*

Indudablemente, si un hombre genial se encierra en un viejo caserón de un antepasado suyo que fue alquimista, con retortas y matraces del siglo XVI o XVII, y empieza a investigar, y, al cabo, descubre el oxígeno, se dirá que ya estaba descubierto; pero ya se verá si hay algo nuevo cuando haya encontrado el oxígeno. Ahí está toda la grandeza de los niños, que están descubriendo todos los días lo que los demás saben. ¡Y hay que ver cuando un niño descubre algo que los demás hemos encontrado ya!... Esto era Costa: un niño que se encerraba aquí a rehacer individualmente una cultura técnica que en España no existía en su tiempo. Aquí he visto trabajar a aquel hombre solitario; y cuando yo le veía sumido en el trabajo, pensativo, en aquel su amor loco, en aquel amor patético que tenía a España y a a la cultura española, pensaba que en aquel encarnizamiento pasional sobre el trabajo, había algo más: trataba de ahogar cierta desazón íntima, lo que dijo una vez Carducci: "Mejor, trabajando, olvidar; sin importarle este eterno misterio del Universo". Que los más grandes investigadores lo han sido por una íntima

desesperación. Aquel hombre tenía un carácter del que habréis oído hablar muchas veces. Dicen los que le trataron frecuentemente que era insoportable. Yo le traté poco. Conmigo fue amabilísimo, atento. Es más: muchas veces le contradecía, y no le vi irritarse nunca. Por lo cual sospecho que cuando se irritaba con ciertos contradictores, no sería por la contradicción precisamente. *(Risas.)*

COSTA VIVIÓ SIEMPRE EN, DENTRO Y PARA LA HISTORIA.

Aquel hombre vivió siempre en la Historia, dentro de la Historia y para la Historia. Toda su concepción era una concepción historicista. No había en él nada de lo que podríamos llamar metafísica. Yo podría decir que era, más que un espíritu platónico, un espíritu tucididéstico; porque… está bien Platón, pero está mejor Tucídides. Aquel hombre tenía la preocupación de la Historia, y como era un historicista, era también un tradicionalista: un hombre que vivía por y para la tradición, comprendiendo, como es natural, que la tradición es una misma cosa que el progreso: es la tradición del progreso, como el progreso es el progreso de una tradición. Para que marche un carro es menester que haya un carro. *(Aplausos.)*

Este hombre era un tradicionalista, hasta en el sentido específico que en España se da al tradicionalismo. ¡Cuántos puntos de contacto tenía con nuestros sinceros, ingenuos y castizos tradicionalistas españoles!…Y era también, en este sentido, un conservador. No hay que asustarse de la palabra. Era, naturalmente y sobre todo, un español. ¡A él sí que le dolía España! Era un español. Fomentó aquello de la europeización, inventó lo de la europeización en puro españolismo, porque era, como Job, un hombre de contradicciones interiores. Era un hombre que vivía de luchar dentro de sí mismo, y cuando decía europeización —como cuando lo decían otros—, acaso, en cierto modo, quería decir españolización de Europa. Un español no quiere europeizar España, si no es intentando, en cierta medida, españolizar a Europa; es decir, llevar lo nuestro a ellos, en cambio mutuo.

Recuerdo cuando me puse yo en relaciones con él. Fue cuando hizo sus trabajos sobre el Derecho consuetudinario, al que yo aporté un modesto tributo sobre la organización de las Cofradías de pesca en la costa vasca. Y todo aquel trabajo no fue sólo suyo, sino de los demás; porque este hombre solitario tuvo la honda virtud de hacer trabajar a los demás, de poner en movimiento a todos, de ser un centro de reunión, un foco para una porción de espíritus. Luego hizo aquel trabajo del colectivismo agrario… (Es curioso que aparezca aquí la palabra agrario; él lo fue de verdad). Hizo un estudio del colectivismo agrario buscando nuestras tradiciones españolas, una organización democrática, honda, de los pueblos; una organización que se ha ido borrando. Yo he conocido restos de algo que va desapareciendo. Y aquí sí que se encontraba con ciertos elementos tradicionalistas. Hasta tal punto le llamaban la atención, que en un libro poco conocido, que se llama *Detrás de las trincheras*, escrito por D. Julio Nombela, que había sido secretario de Cabrera, se habla de un plan económico y de gobierno que a D. Carlos de Borbón, conocido por Carlos VII, o Carlos Chapa el Pretendiente, le presentaron el canónigo Manterola, D. José Mendiluce Caso y… no me acuerdo de algún otro; eran exactamente, en el fondo, casi las cosas de Costa; por lo cual yo he solido decir a los que tienen una idea fantástica del carlismo: “Lo hondo y

popular del carlismo, quien lo formuló fue Costa". También se cuenta que cuando se lo presentaron a D. Carlos el Pretendiente, dijo: "Sí; me parece más espartano que ateniense."

Es algo extraordinariamente curioso. ¡Qué raíces tiene este hombre con todo el viejo tradicionalismo español! Recordemos aquella misma frase suya de "política de alpargata y de calzón corto", de la cual yo no participo; ruralización, no; es lo contrario de civilización. Él tenía una honda fe en los labriegos. No sé si cuando murió tendría tanta fe en los labriegos como cuando empezó con aquellos de la Cámara Agrícola del Alto Aragón…

Pues, como os iba diciendo, esto era una cosa honda de la vida rural, de colectivismo agrario y de federalismo; porque, realmente, la mayor parte del viejo tradicionalismo español ha sido siempre profundamente federal. Y aquí hay que acabar con una leyenda: y es la de la centralización de la Monarquía española.

LA LEYENDA DE LA CENTRALIZACIÓN

La Monarquía española ha sido una de las menos centralizadoras. ¡La francesa sí que fue centralizadora! ¡La francesa, y… lo que sucedió a la Monarquía francesa, que es, bajo otra forma, también Monarquía! ¡Aquello sí que era centralizador!

Este hombre hizo luego, aquí, en el Ateneo, aquella información sobre *Oligarquía y caciquismo*, a la cual concurrimos cerca de una cuarentena de personas conocidas en España. Y recuerdo también, y puede verlo cualquiera, que de toda aquella cuarentena no hubo más que dos que discreparan un poco y se atreviesen, es decir, nos atreviésemos, a tratar de justificar o explicar en cierto modo el caciquismo. Fuimos mi buena amiga doña Emilia Pardo Bazán y yo.

EL CACIQUISMO SE MODIFICARÁ, PERO NO DESAPARECERÁ

Me acuerdo mucho cuando yo defendía aquello del caciquismo como la forma natural de organización, diciendo: "En el pueblo en que no hay cacique se fomenta el caciquismo y se obliga a ser cacique a cualquiera. Y algunas veces ocurre que obligan al que menos condiciones tiene para ello. ¡Y figuraos un pueblo en el que se quiere que sea su león un ciervo!… ¡Es una cosa terrible!… *(Risas.)*

Es tan hondo esto como el estado de guerra civil, que viene ya desde la época de los romanos, y de aquellas costumbres de agermanamiento. Una vez me preguntaba un inglés:

—Dígame usted: de hecho aquí, en los pueblos, ¿cómo están divididos políticamente?

—Pues…, verá usted —le dije—: en dos partidos: los antiequisistas, que siguen a Zeda, y los antizedistas, que siguen a Equis. *(Risas.)*

Y es tan honda esta organización del caciquismo, que dudo que desaparezca. Se modificará, cambiará, se dignificará, se civilizará; pero… ¿desaparecer? Cuántas veces en estos días, no tan turbios, de pasión —y eso es bueno—, cada vez que oigo que alguien se levanta y empieza a trinar contra un cacique, digo: "¡Bueno: éste, o aspira a cacique o está defendiendo a otro cacique!" *(Risas y grandes aplausos.)*

EL CIRUJANO DE HIERRO

Aquí se ha dicho lo del "cirujano de hierro". Realmente, ésta fue una de tantas cosas de aquella fantasía, de aquella encendida retórica (le doy un alto sentido a lo de retórica; ¡cuidado con eso!; ¡la retórica salva a muchos pueblos!) que daba un alto sentido a lo del cirujano de hierro, detrás de lo cual se veía el caudillaje. Y no me extraña que en la época de aquella lamentable dictadura surgiera aquel que no era un cirujano, ni de hierro siquiera; a lo sumo, una especie de sacamuelas. Hubo entonces quien exhumó textos de Costa para justificar la dictadura. Yo creo que de Costa, como de una porción de gentes que tienen una personalidad, se pueden exhumar textos para defenderlo todo, lo uno, lo otro, y lo de más allá; porque no son gentes de línea recta, sino que viven de un conjunto de contradicciones íntimas, que es lo que la vida le da a uno.

Él tenía el sentido íntimo de la tradición, y se iba a buscarla en lo más remoto: en la civilización ibérica y celtibérica. Hay obras de las cuales no queda una sola afirmación en pie, y, sin embargo, han sido las que han provocado la mayor parte de una porción de descubrimientos. Todo depende de eso, de lo que hacen despertar en otros, aunque sea por contradicción. Y aquel era un hombre de pasión y de corazón.

Pues en esto del tradicionalismo era tal y tenía tal amor, que cuando yo, en mi pueblo natal, con escándalo de mis paisanos (después comprendieron el interés que me guiaba), hablé de la agonía de nuestra milenaria lengua vasca, él me escribió una carta lamentándose y diciendo que sentía mucho aquello, que era una pena que esa lengua muriese. Yo le contesté: "Mire usted, don Joaquín: como no puede ser lo que fue, ya le puede servir a usted muy poco para la investigación de las antigüedades ibéricas. Además, comprenda usted, nosotros no nos vamos a sacrificar en conservar una lengua así para que ustedes, los investigadores, puedan investigar. No; nosotros no somos conejillos de Indias." ¡Cómo se veía allí todo el amor que él tenía a estas cosas que son la raíz de la tradición patria! ¡Cuántas y cuántas contradicciones vivas, llenas de pasión, llenas de amor, había en él!

Todos recordaréis aquella otra frase (desgraciadamente, de él apenas se recuerdan más que frases, y como lo que envolvía esas frases, que era un deseo de vida, de alma, ha desaparecido, hoy os es muy difícil a los que no lo conocisteis, sobre todo a los que no conocisteis la España de entonces, daros cuenta de cómo vibraban las gentes de entonces ante la voz de aquel hombre, que hasta en la voz parecía un profeta del Viejo Testamento): "Doble llave al sepulcro del Cid", en la misma época en que yo decía aquello de "¡Muera Don Quijote!" (Bien me pesó luego.) ¡Doble llave! Y, sin embargo, aquel hombre estaba pensando siempre en la conservación para España del norte de África, y no sé si en algo más, si en la total conquista de ella. ¡Hay que ver en qué mar de contradicciones, en que mar de

perplejidades nos sumió el golpe de 1898! Sobre todo a los que entonces empezábamos a despertar a la más honda vida civil de la Historia.

¡LE DOLÍA ESPAÑA!

Le dolía profundamente España, y rompía en aquellas imprecaciones contra un pueblo al que él creía sumido en una especie de apatía y de marasmo. ¡Cuántas veces nos dijo a todos los españoles, nos echó a la cara, aquello de "¡eunucos!" ¡Se hartó de llamarnos eunucos! ¡Y había que verlo llorar, sobre todo en sus últimos tiempos! Recuerdo que cuando fue a Salamanca, para asistir a una fiesta, dijo: "¡Acaso este año que viene ya no podremos celebrar esto! ¡Seremos súbditos de los Estados Unidos!..."

¡Y cómo se le quebraba la voz, y le rompía lo que iba diciendo un sollozo! Eran cosas de enfermedad, indudablemente. Aquí se ha dicho que estuvo muriendo mucho antes de morir. En un alto y noble sentido, acaso se puede decir que nació muerto. Muerto para cierta vida miserable, y por eso eran aquellos sollozos. ¿Que era un enfermo? Puede ser. Y acaso esa enfermedad es la que dio vida y pasión a todas sus obras. ¿Enfermo? Lo mismo dicen de Santa Teresa, que si era una histérica, una enferma... La enfermedad acaso le dio la genialidad. Hay quien no es enfermo; pero, en fin, así como el agua químicamente pura es impotable, el hombre que tiene una sangre fisiológicamente pura casi siempre es un imbécil. *(Risas y aplausos.)* El que no tiene una dolencia cualquiera, una cierta toxicidad en la sangre que le arañe el cerebro, no discurre nada. Tiene una salud como la de una vaca.

ERA UN HOMBRE ENFERMO

Sí; era un hombre enfermo. Había que ver a aquelhombre enfermo cuando, con motivo de la ley del terrorismo —que era una cosa así como la actual ley de Defensa de la República *(Risas.)*— le hicieron venir a informar en el Parlamento (porque antes de votarse aquello se permitió una información pública). A mí, también. No me invitaron, casi me conminaron a que viniera, pero no vine. Y he oído decir que era una pena ver a aquel hombre, al cual tenían que llevar casi en brazos, que estaba derrumbándose físicamente, que estaba acabándose... Pues la ley de terrorismo quedó fuera y no se publicó.

Luego recordaréis cuando fue elegido diputado para las Cortes como republicano, y no fue a las Cortes. Alguien ha dicho: soberbia. No; sin duda fue por defenderse de sí mismo; no habría hecho nada allí, sino precipitar probablemente su fin. Creo que hoy tampoco iría a nuestro Parlamento.

Aquel hombre, como os digo, era un hombre que vivía de pasiones, de contradicciones íntimas, de un dolor, de ver que se moría sin que se realizara el sueño de su vida: la España que él había soñado, la España de una tradición milenaria, dentro de la cual había todas las posibilidades de un porvenir milenario también dentro de la cultura humana; aquella España en que lo general, lo universal, fuera lo

particular. Porque no hay nadie que sepa más de todos los tiempos y de todos los países que aquel que es más de su tiempo y de su país. El Dante, por haber sido el más florentino de los florentinos del siglo XIII y el hombre más hombre del siglo XIII, ha sido un hombre de todos los países y de todas las edades. No se llega nunca a una universalidad por diferenciación, sino al contrario; ni se puede nunca pasar de la propia patria al Extranjero sino cuando se ha rebasado de ella. Cosas malas esos productos de exportación cuando todavía aquí no han sido de ningún modo consagradas.

CONTRADICCIÓN Y SOLEDAD

Este hombre fue un hombre de contradicciones y un hombre de soledad. ¡Ah! ¡Hay que saber lo que es un hombre de soledad! No sólo metido en Graus. A lo mejor, metido en una ciudad grande y viviendo entre los demás, y pareciendo un hombre social, y sintiéndose, sin embargo, en una soledad terrible siempre, en una soledad como aquella de Moisés de que hablaba el gran poeta Vigny. Aquel hombre se sentía solo. Al silencio de su soledad respondía el silencio de la soledad de lo alto.

Aquel hombre fue un solitario, un hombre de contradicciones, y un hombre de anhelos.

UN RECUERDO A MIGUEL SERVET

En estos días estaba yo leyendo en una obra de un ardoroso calvinista, una obra dedicada a *Calvino: sus cosas y su tiempo*, la vida y sobre todo el final, el proceso de otro gran aragonés, de Miguel Servet, y de otro Miguel, Miguel de Molinos; estaba leyendo toda aquella vida tormentosa de aquel Servet, "el español", como le llamaban, de aquel hombre que pudo escapar de Francia y del cardenal Tournon cuando lo iban a quemar vivo, y que como escapó se le quemó en efigie, para ir luego a Ginebra, donde Calvino lo quemó vivo… ¡Si no lo hubieran quemado unos, le habrían quemado los otros; que un hombre así, un hombre como Servet —hereje en el más íntimo sentido de la palabra, de todas las herejías, un hombre siempre señero y aislado— perece siempre a fuego lentoo de los unos o de los otros, y a veces del propio fuego interior que le consume. *(Muy bien. Grandes aplausos.)*

Unas palabras de Miguel Servet, pintando la vida española que le encajan a Costa. Servet, investigador profundo y solitario, decía: "El espíritu de los españoles es inquieto y revolvedor de grandes cofres. Ostenta por simulación, quiero decir por habilidad, una cierta vistosidad, una ciencia mayor de la que tiene."

"Los españoles pasan, en cuanto a los ritos religiosos, por los más supersticiosos de los mortales", decía Servet. Pues, como Servet, somos muchos los españoles que también somos de esta manera: inquietos y revolvedores de cofres grandes. Acaso con una cierta vistosidad, puede ser que dando a entender una ciencia mayor que la que tenemos, ya que también nos gusta la sofística. Respecto a que los españoles pasamos por los más supersticiosos, no quiero entrar en esto. No sé, a este respecto, como sentía el

gran Costa. Nunca habló de esto. Pasaba por encima de ese asunto, que soslayó siempre. Ahora, yo tengo una cierta sospecha de que acaso no estaría convencido del todo de ese Dios, primer motor inmóvil de Aristóteles; pero sospecho también que creía en la Virgen del Pilar.

ÍNTIMO SENTIDO DE LABORIOSIDAD

Este hombre, después de una agonía lenta, luchando con su impaciencia por ver una España nueva, por ver que las gentes se encendieran, se apagó tristemente en la villa de Graus. No olvidaré nunca el día en que, pasando por Graus, me enseñaron la casa en que él había muerto. Nos dejó un gran ejemplo; primero, de laboriosidad, pero de laboriosidad en el íntimo y profundo sentido de la laboriosidad, la que procede del amor a la obra, no del amor al salario. No; no es la laboriosidad que pide trabajo porque dice que no quiere limosna; porque resulta que el trabajo es un pretexto para la limosna. No; era la laboriosidad del amor a la obra, del amor al trabajo. Nos enseñó a hundirnos en el trabajo, para encender en él nuestros amores, la vida misma, y acaso para olvidar otras preocupaciones más altas, inflamando al mismo tiempo a toda aquella generación en un ímpetu de pasión, un ímpetu de arrojo, algo que faltaba.

La gente parecía muerta. No lo estaba. Debajo de todo aquello había la brasa, había el rescoldo. La prueba está en lo que ha venido después. Cuando se habla de los que fuimos algo más jóvenes en aquella generación del 98 y se nos pregunta qué es lo que hicimos, yo contesto: “Nosotros hicimos a los que han hecho esto. Yo sé que vendrán nuestros nietos y nos bendecirán, lo aque acaso no hagan nuestros hijos.”

Yo sé que en este tránsito, aquellos que parecíamos desordenados, cada uno por su lado, estábamos día a día creando una conciencia en España. Somos de los que hemos contribuido más; no como una porción de gentes que, cuando ya estaba hecha una conciencia nacional, han venido creyendo que se hace algo cuando se le quita la piel a la serpiente, que ya tenía otra nueva debajo. *(Muy bien. Grandes aplausos.)*

PALABRAS FINALES

No quiero continuar hablando de un tiempo que ya va haciéndose histórico, en el peor sentido algunasa veces; que se va haciendo legendario; no quiero seguir hablando de un hombre a quien perdió la leyenda, ni hablar bajo la preocupación de que a otros también nos envuelve la leyenda. Ved cómo murió “el solitario”, cómo murió consumido por ese fuego vivo… Que si a Servet le quemaron los calvinistas, a él le quemó el amor de su España, la visión de lo que estaba pasando en esta pobre tierra, que entonces agonizaba en manos de una dinastía agonizante también.

No tengo más que decir.

Una ovación clamorosa acogió las últimas palabras, llenas de cálida emoción, como todo su discurso, del ilustre D. Miguel de Unamuno.

Coloñismo

El Sol (Madrid), 14 de febrero de 1932

"Qué es esto, ¿nueva palabrita tenemos?" —se dirá el lector. Pues esto es:

En Burgos se llama coloño a un cesto de pértida o cuévano pequeño, que sirve para transortar entre otras cosas tierra o grava del río, y de que se servían, en la época de desocupación, los braceros parados a los que el Ayuntamiento daba, con ese pretexto de trabajo, un jornal de limosna que no solía pasar de una peseta. Y a ese servicio, a esa limosna disfrazada, se le llamaba coloño. En Alba de Tormes se le llamaba *panterre* —trasformación popular de parterre— desde que en un duro invierno se acordó hacer un parterre, más que por su utilidad, para dar quehacer en obra que más que material exigía manos. Y el coloño o panterre, si es trabajo en el sentido material o mecánico y lo es en el de la condenación bíblica, no lo es en el sentido económico de producción, y menos en el más alto sentido moral de educación del espíritu. Los que dicen: "no pedimos limosna, sino trabajo", y aceptan luego un coloño, proponiéndose, ¡claro está!, hacer que trabajan sin trabajar, se rebajan más que los que aceptan, sin disfraz, la limosna.

Fue el comentador al *Diccionario manual e ilustrado de la lengua española* que publicó en 1927 la Real Academia, y se encontró en *coloño* con esto: "Sant. Haz de leña, de tallos secos o puntas de maíz, de varas, etc., que puede ser llevado por una persona en la cabeza o a las espaldas." Y al leer esta definición del santanderino coloño le hirió al comentador, que saca los conceptos y sus asociaciones de las palabras, lo de haz, y al punto le vino a las mientes la voz italiana correspondiente al *fascis* latino, nuestro "haz", que es *fascio*, de que hicimos en castellano *fajo*. Y en seguida se le ocurrió el fascismo, o mejor fajismo.

Claro está que el *fascio*, fajo o haz actual italiano no es de leña, ni de tallos secos o puntas de maíz, ni de varas, ni es el montón de tierra o grava que se puede trasportar en un coloño para pretextar un trabajo, sino que es un fajo de personas, un Sindicato, que se une para imponer a la clase acaudalada no precisamente que les den trabajo productivo —que las más de las veces no le hay—, sino que les mantengan por el panterre o coloño de proclamar el primado de Italia, la imperialidad del Estado y la napoleonidad del Duce, Y cantar a la juventud, a la *giovinezza*. ¿Y no empieza a formarse aquí, en España, un sindicalismo de coloño, un coloñismo, que se parece mucho más que al bolchevismo ruso al

fajismo italiano? Lo que el ministro de Obras públicas ha denunciado que pasa en Sevilla, donde para los obreros parados el trabajo es lo de menos, no es sino coloñismo o fajismo.

Cuando se dice que era preferible darles un subsidio y que no hicieran nada —como se hizo en Inglaterra— se contesta que eso es inmoral y corruptor de las buenas costumbres; ¿pero no es más inmoral y corruptor todavía inventar obras ficticias o inútiles, coloños o panterres, y que vayan unos desencachando las calles para que otros las vuelvan a encachar y queden peor que estaban antes? ¿Y con qué amor a la obrase quiere que emprendan ésta los que saben que no es sino un pretexto para pagarles un jornal? Y el amor a la obra, por el fin social de la obra misma, es la esencia moral de la laboriosidad. Trabajador no puede querer decir moralmente, socialmente, otra cosa que productor, y de productos o de servicios útiles a la sociedad.

De lo que el coloñismo trata no es del reparto del trabajo, sino del reparto del salario del trabajo, y si el trabajo no es productivo, si la obra por la carestía de la mano de ella no ha de rendir su interés al empresario, sino que le arruina, ¿cómo se quiere que la emprenda no más que para agotar su caudal en salarios y quedarse sin él? De aquí que se encuentre ya quien se decide a ceder su tierra a los labriegos coloñistas, y que éstos la cultiven por su cuenta a ver si sacan el jornal que piden por el coloño.

Ahora sólo faltaba que nuestros fajistas —los del coloño o panterre— dieran, como los italianos, en predicar la necesidad patriótica de producir o procrear muchos hijos, para que no cabiendo los españoles en España, nos diéramos a conquistar otro nuevo mundo, a buscar nuevas colonias, a inventar tierras españolas irredentas. Para no percatarse así de la dura realidad que es la de España apenas si puede mantener a tenor civilizado la población que hoy tiene, y que hay que atemperarse a la pobreza de su suelo. Y que se le llame al comentador pesimista o derrotista.

Ya se ha dicho, y José Ortega y Gasset lo expresó muy bien en las Cortes, que es locura querer mejorar la situación económica de los asalariados empobreciendo a la nación, y a ello equivale querer hacer de España no una República de trabajadores de toda clase, como dice puerilmente la Constitución, sino una República de coloñistas, o sea de funcionarios de toda clase. Que un mero funcionario es el que ejerce una función no atento al fin social, al producto material o espiritual de ella, sino al sueldo o salario que poe ella se le dé.

Pero hay más aún, y es los que predican la destrucción del producto para que se agrave la crisis y venga de ésta un catastrófico desenlace. Pero esto nos llevaría a hablar de otra enfermedad mental española, análoga al antiguo nihilismo ruso, y es un específico anarquismo ibérico, hijo de una terrible mentalidad cuyas raíces son prehistóricas.

¡A defenderse!

El Sol (Madrid), 18 de febrero de 1932

Sí, tiene usted razón; hay quien se pregunta si se persigue a los anarquistas para justificar o contrapesar la persecución a los jesuitas, o a éstos para justificar la persecución dde aquellos. Pero vaya a hacer caso de críticas así, tendenciosas… Aquí dicen: "a los unos o a los otros"; allí: "a los unos y a los otros", y más allá: "ni a los unos ni a los otros". ¿Y se va a hacer caso a todos? Es quien tenga la responsabilidad del Gobierno de la República quien debe conocer la tramoya de detrás de los bastidores. Si es que la hay…

¡Los dos extremismos! Frase de cajón. Y en cuanto a eso de que estén de acuerdo entre sí y se apoyen mutuamente, verá usted, nadie lo cree en serio. Es creencia en chancitas, propia de juego. Un tópico camelístico para salir del mal paso.

Como lo del oro moscovita, que ahora se lleva tanto. No el oro, ¡claro!, sino el camelo. ¿No ha leído usted la pastoral —mejor pontifical— de la Oficina Internacional Comunista a los supuestos comunistas españoles? ¿No ha leído lo del feudalismo, y lo de que la República fue proclamada por las grandes masas proletarias que se echaron a la calle? Por ahí no hay peligro alguno. Lo que no empece que haya ya quien pida que se disuelvan todas las organizaciones confesadamente bolcheviques por lo del cuarto voto, el de obediencia al Pontificado de Moscú. Que nos habla de las "nacionalidades oprimidas" en España.

Hay que defenderse, sí, y de todos los enemigos, de los solapados y de los desembozados. Nuestra tiernecita República tiene que defenderse también de su propio miedo y manía persecutoria que le ha llevado a forjar esa supersticiosa ley de defensa propia. ¿Le parece a usted, por ejemplo, que se puede consentir el que unos maristas proyecten en cine un retrato de D. Alfonso, a quien se declaró solemnemente fuera de la ley? ¿No comprende que es cosa evidente que un retrato así expuesto ante un público infantil puede aojar o hechizar a nuestro infantil régimen republicano? No ha estado, por lo tanto, mal que se les haya multado con 500 pesetas a esos infantiles maristas malaconsejados. ¿Adónde iríamos a parar si no se pusiera coto a esas tendenciosas y sospechosas propagandas cinemáticas? ¡Pues no faltaba más…! Vale más prevenir que curar. El miedo, claro, es del aojamiento.

Otra cosa así tiene usted con las demasías de la Prensa de oposición. Y no es lo peor lo que se dice, sino el retintín con que lo da a entender. Crítica, sí, desde luego, que la crítica, como acicate, es una ayuda. Pero crítica constructiva, ¿eh?, y sin asomo de maniobra. Crítica constructiva, como decía aquel inefable Primo de Rivera, Miguelito, que en leyes de defensa de régimen era diestro. Y sobre todo deshacer las maniobras. ¿Que qué es esto de las maniobras? ¿No lo sabe usted? Pues pregúnteselo a los que las descubren y venga a explicármelas. Porque me siento como loco…

Sí, como loco. Pues de no creer que la mayoría de los demás —sobre todo de aquellos con quienes más tengo que compartir responsabilidades— se han vuelto locos —y esto sería grandísima locura de mi parte— he de creer que me vuelto loco yo. Total: ¡empate! Y estoy pensando en irme al campo abierto,

al aire y al sol libres, bajo el cielo azul y sobre la tierra verde —o parda de páramo—, a la soledad de tierra o entre encinas robustas y sosegadas —no las conmueve el viento—, que es la mejor casa de salud mental. Irme allí y que fichen antropométricamente a unos y otros cavernícolas, a los idólatras y a los iconoclastas. El campo abierto no es caverna. A airearme y solearme en él. Huir al campo, huir. Y dedicarme allí —¡santo monólogo!— a predicar en desierto, que no es sermón perdido. Recuerde a Orfeo.

Me decía un eminente alienista paisano mío —fue mi discípulo de latín hace más de cuarenta y un años—, Nicolás Achúcarro, que España es uno de los países en que hay más pacientes de locura persecutoria. Lo que atribuiría cualquier sociólogo —esto es: camelista— a la herencia inquisitorial, pues la manía persecutoria va de par, dicen, con la perseguidora. Como donde medra la envidia medra la triste pasión —¡tan española!— de creerse envidiado. Y si la manía persecutoria individual es peligrosa, ¡ávate la colectiva! Y la fobia de las maniobras.

Ahora querría decirle algo de cuando al principio de esta legislatura constituyente hablaban algunos de hacer de las Cortes una Convención. Convención convencional por de contado. Mas no ha sido menester, ya que las Cortes han delegado en el Gobierno su convencionalidad y su convencionalismo. En resolución, señor mío, que hay que defenderse de toda maniobra reconstituyente.

El escaramujo, rey

El Sol (Madrid), 25 de febrero de 1932

Voy a ver, señor mío, si logro responderle parabólicamente —la parábola, ya lo sabrá, es la curva de los tiros por elevación— a su pregunta de curiosidad indiscreta.

¿Ha leído usted alguna vez el bíblico Libro de los Jueces? Pues en su capítulo IX se nos cuenta el apólogo que clamón Joatam, el hijo menor de Jerobaal, cuando reunidos los israelitas en Siquem proclamaron rey —mejor sería decir juez o caudillo— a Abimelec, hermano de aquel, y que había matado a todos los otros sus hermanos. Y dice el texto bíblico desde el versillo 7 al 15 de ese capítulo:

“Oídme, varones de Siquem, que Dios os oiga. Fueron los árboles a elegir rey sobre sí y dijeron al olivo: Reina sobre nosotros. Mas el olivo respondió: ¿Voy a dejar mi pingüe jugo, con el que por mí Dios y los hombres se honran, por ir a ser grande sobre los árboles? Y dijeron los árboles a la higuera: Anda tú y reina sobre nosotros. Y respondió la higuera: ¿Voy a dejar mi dulzura y mi buen fruto por ir a ser grande sobre los árboles? Y dijeron los árboles a la vid: Pues ven tú y reina sobre nosotros. Y la vid les respondió: ¿Voy a dejar mi mosto, que alegra a Dios y a los hombres, por ser grande sobre los árboles? Dijeron entonces todos los árboles al escaramujo: Anda tú y reina sobre nosotros. Y el escaramujo

respondió: Si en verdad me elegís por rey sobre vosotros, venid y aseguraos debajo de mi sombra, y si no, fuego salga del escaramujo que devore los cedros del Líbano."

Tal es el apólogo bíblico de Joatam, hijo de Jerobaal, y único que escapó de los fraticidios de su hermano Abimelec, proclamado rey. Y si le tienta la curiosidad de saber como acabó éste, el escaramaujo rey, lea todo el resto del capítulo IX.

Y a otra cosa. ¿Cree usted que al olivo, a la higuera y a la vid del apólogo bíblico les faltaba la ambición —muy noble— del escaramujo? ¿Cree usted que temían contraer responsabilidad sobre sus fuerzas asegurando a los demás árboles bajo su sombra? Pues no, no es así. Es que el olivo, la higuera y la vid sabían que servían mejor a Dios, al Dios del pueblo de los árboles, de la selva sagrada, y a la selva misma, dando aceitunas, higos y racimos de uvas, y con ellos aceite, azúcar y mosto, que no prestando su sombra a sus hermanos arbóreos y selváticos. Para la vida y el medro de la selva y su servicio a Dios, para el cultivo —esto es: la cultura— de la selva, el aceite, el azúcar y el mosto son tan necesarios, acaso más, que la sombra del escaramujo. Y ¡ay de aquel que por querer reinar sobre los demás, por acceder a su pedido de que los acoja bajo su sombra, deja de dar su propio fruto! Que unos árboles dan fruto, y otros sombra, y otros leña. Y cada uno cumple su misión. Y el peregrino se regala con aceitunas, higos y uvas a la sombra de un árbol copudo, y si hiela se calienta con la leña de un árbol caído, que le conforta. ¿Me entiende usted?

No, no le pida usted su sombra al olivo, a la higuera o a la vid. Ni quiera usted hacerles caciques. Con sus frutos propios sirven a la comunidad de la selva.

Pero le decía que Abimelec, el escaramujo, no fue propiamente rey. Los israelitas no tuvieron propiamente rey hasta que se lo pidieron a Samuel, según se cuenta en el Libro primero de Samuel, capítulo X, vers. 19, Se lo pidieron diciéndole: "Pon rey sobre nosotros." Y esto después de haber abandonado la realeza de Jehová. Y después que Samuel les hizo ver toda la servidumbre que habían de tener que sufrir bajo un rey. En los versillos del 11 al 19 del capítulo VIII de este libro podrá usted leer todo lo que Samuel profetizó a su pueblo que padecería bajo un rey. "Empero el pueblo —dice el texto bíblico— no quiso oír la voz de Samuel, sino que dijo: No, sino que haya rey sobre nosotros, Y luego clamó el pueblo con alegría: ¡viva el rey!" (X, 24). No "¡viva Jehová, rey!", sino "¡viva el rey!", refiriéndose a Saúl. A Saúl, que luego enloqueció.

Mas dejando para otra coyuntura comentar la bíblica leyenda de Saúl, quien pidieron por rey a Samuel los israelitas, me cumple decirle que Abimelec, el rey escaramujo, no era propiamente un rey, sino un juez, pues en aquellos días, según dice el texto bíblico (Jueces, XXI, 25), "no había rey en Israel, sino que cada uno hacía lo que le parecía recto delante de sus ojos". Es decir, que el régimen era lo más republicano que cabe, y aun cabría decir que anarquista.

Y a propósito: ¿no sería por espíritu anarquista —o mejor, anárquico— por lo que el olivo, la higuera y la vid se negaron a hacer de reyes? Y es de creer, por otra parte, que tampoco aceptasen la realeza del escaramujo, ni se acogieran a su sombra, aun a riesgo de ser, como los cedros del Líbano, devorados

por el fuego de éste. Es espíritu anarquista es, sin duda, un espíritu indisciplinado, de absoluto individualismo, de *señeridad* completa, un espíritu jabalinesco, de solitario —aunque sea en sociedad—, de señero; pero ¿no se le puede y se le debe perdonar al que da aceite, azúcar o mosto? Y en cuanto al jabalí, al verdadero jabalí, al que anda solo —los jabalíes no van en manada o rebaño—, si Sansón encontró un panal de miel, con su enjambre de oficiosas abejas, en el cuerpo muerto del león que mató (Jueces, XIV, 8), y se dijo que nada hay más fuerte que el león ni más dulce que la miel (v. 18), ¿qué si en el jabalí cazado, y rendido, y muerto, encontráramos miel, o aceite, o azúcar de higos, o mosto? Pero otro día, pronto, le enviaré por este mismo medio una defensa del verdadero jabalí, del solitario, del que no se acuesta a dormir al pie del escaramujo.

¿Está claro? Para usted sé que sí; pero me temo que a otros les parezcan estas parábolas acertijos, y a los mentecatos…, paradojas.

Sobre la religiosidad del trabajo

La Voz de Valencia, 25 de febrero de 1932

Cuando a base de la llamada concepción materialista de la historia —la de Carlos Marx— se discute de interés privado, del deseo de enriquecerse, que mueve al individuo a producir para la sociedad y a servir y enriquecer a ésta, suele aducirse que desaparecido este sentimiento no es fácil que le sustituya otro motivo de trabajo en una sociedad colectivista o comunista. Y a lo que los comunistas replican aduciendo el sentimiento de solidaridad, el de trabajar por el bien común, que es al cabo, por el bien de todos y de cada uno. Lo que no convence mucho a ciertos psicólogos, aunque pueda convencer a los sociólogos. Pero en esta disquisición sobre el trabajo suele dejarse de lado la consideración de la obra por la obra misma.

Primero, que trabajar no es, de por sí, producir u obrar. Hay quien trabaja y nada produce, o produce cosa inútil o perniciosa. En los penales ingleses solía someterse antaño a los penados a un suplicio terrible y era el de hacerles dar vueltas a una rueda que no iba unida a mecanismo alguno. Es como hacerle a uno sacar agua con un cedazo; es el suplicio de las Danaides. Y había penado que se volvía loco. Pues bien, pagarle a uno por un trabajo así, improductivo —alguna vez destructivo—, es una pena, es un suplicio. Y es que trabajador no es, de por sí, lo repetimos, productor. El tener que trabajar sin mira al valor de la obra es lo que caracteriza la esclavitud. Porque esclavo que cumple obra valiosa, no es ya esclavo. Se liberta en la obra misma.

Es el gravísimo problema de la vocación. La vocación del trabajador, el amor a su obra, es la clave íntima de toda la cuestión llamada social. Es lo que debería distinguir las artes verdaderamente liberales, las que liberan el espíritu, de las artes serviles. Es lo que distingue al artista, en que entra,

¡claro está!, el artesano, del simple y huero menestral, del que rinde un menester servil por muy bien pagado que lo esté. El amor del obrero a su obra es lo que le hace libre. Al obrero que produce obra prima, que aspira a ser obra maestra, al obrero que se siente maestro de obras.

Y en ello entra la calidad, que no cabe reducir a medida cuantitativa. ¿Qué eso de medir el valor de la obra por horas de trabajo? Las horas de trabajo, ni aun tratándose de trabajo de un obrero adscrito a una máquina —como el siervo estaba adscrito a la gleba— no valen todas lo mismo, aunque cuesten lo mismo. Y hay monopolios naturales. El obrero libre, el artesano el verdadero artesano que trabaja por su cuenta, vendía su obra y no su trabajo. Su recompensa no era jornal ni salario.

Se dice que la fatalidad que pesa sobre esta civilización mecánica es que la maquinaria capitalista no produce para acomodarse al consumo, no endereza la oferta a la demanda, sino que trata de provocar consumo para una producción forzada, fatalista, que trata de provocar demanda. Y así se habla de la crisis de la sobreproducción. Y de la otra crisis, la de distribución, que hace que padezcan muchos de hambre en una parte del mundo, mientras en otro hay que malgastar o destruir víveres.

Mas en todas éstas, en el fondo trágicas disquisiciones, suele dejarse de lado la consideración del obrero verdaderamente libre, hondamente humano, divinamente humano, de artista o ertesano liberal, sea cualquiera su arte, pintar, cantar, esculpir, escribir, sembrar trigo, hacer casas, hacer aceite o vino o zapatos o telas para vestirse o trajes o lo que sea. Y lo que a ese obrero, artesano o artista —no meramente trabajador— le hace libre, le emancipa y le redime, no es ni el sentimiento materialista de proveer a su propio bienestar y el de los suyos, ni al bienestar común de la sociedad de que forma parte. Si ha de hacerse libre, emancipado y redimido, ha de ser mirando a la obra por la obra misma. Es lo que distingue a los ingenios creadores. En lo más sublime de su sentido crea su obra no ya aunque se muera de hambre —y con él los de casa— creándola, sino aunque luego no haya quien la aproveche. El cantor verdaderamente libre se muere de hambre cantando en el desierto, donde nadie, ni las piedras, le oyen. No le preocupa la felicidad sino la perfección.

Ya sé que todo esto les parecerá a los materialistas de la historia, a los marxistas ortodoxos —pues hay ortoxia en el marxismo como en toda teología y en toda biología la hay— les parecerá misticismo y más si añado que el obrero libre, emancipado, redimido, hace su obra… no hay que escandalizarse, A. M. D. G., a la mayor gloria de Dios. O como decía Renán, que cada uno ha de representar lo mejor que pueda el papel que le ha correspondido en esta tragicomedia que dirige el gran empresario del teatro del Universo. O como decía Schiller —otro soñador— que el arte es juego. Juego en el más hondo y alto sentido, no como diversión, sino como reversión a la fuente de la vida eterna.

Un obrero se emancipa cuando ve en su obra, de la que se enamora, no un medio para ganarse la vida —lo que se llama ganarse la vida— ni tampoco un medio para entretener la vida de los demás, sino que ve el valor eterno de esa su obra, la perfección de ésta, y aunque nadie goce de ella. Dejar una obra maestra, aunque sea enterrada bajo tierra por los siglos de los siglos.

Acaso así pintó aquel altísimo ingenio ibérico cavernícola, el bisonte en la cueva de Altamira. ¿Qué le

guió? Un sentimiento mágico, religioso. Y así, aquel hombre de la caverna, troglodítico, se liberó, se emancipó y entró en la historia, que es el espíritu.

¿Concepción materialista de la historia? No, sino concepción histórica de la materia. O sea, de la obra.

Y sin remontarnos a excelsitudes de la religiosidad el trabajo, ¿no creeréis que lo único que puede emanciparle a un asalariado de la maldición del trabajo servil es el amor a la obra por la obra misma, por la perfección de la obra? ¿No creéis que hay quien goza en dejar bien concluida su obra? Si así no fuese, sentiríanse los obreros adscritos a la máquina o a la gleba en la misma terrible esclavitud de aquellos penados ingleses de que os decía.

Cuando se hable de la condición del trabajo no se olvide que el trabajador no sólo se siente ligado a sí mismo, a los suyos y a la sociedad, sino al Universo eterno.

Los delfines de Santa Brígida

El Sol (Madrid), 28 de febrero de 1932

Llegó por primera vez el comentador a Madrid —un mozo morriñoso—, en 1880, al abrirse el próximo curso académico hará cincuenta y dos años; al Madrid de la España —tan madrileña entonces— de Alfonso XII y el duque de Sexto, de Cánovas y Sagasta, de Lagartijo y Frascuelo, de Calvo y Vico, de Pereda y Pérez Galdós. Fue a dar en una bohardilla de la casa de Astrarena, toda fachada se decía, en la red de San Luis, entre las entradas de las calles de Fuencarral y Hortaleza, casi donde hoy se alza el babélico edificio de la Telefónica, ese rascacielos contra el cielo que menos rasquera tiene, que es el de Madrid. Delante de la casa de la calle de la Montera, llevando a la ya legendaria Puerta del Sol, la de la bola simbólica de Gobernación. En esa calle, la iglesia, de estilo jesuítico, de San Luis, donde quebró la seguida de sus misas regulares, y enfrente de la iglesia, el que su profesor —que no maestro— de Metafísica, Ortí y Lara, llamó el blasfemadero de la calle de la Montera, el antiguo Ateneo, el de Moreno Nieto, del que hizo Cánovas del Castillo un asilo para todas las rebeldías verbales. Y vivió aquel Madrid lugareño, manchego, a las veces quijotesco —"en un lugar de la Mancha…"— de las sórdidas calles de Jacometrezo, Tudescos, Abada, y lo vivió enfrascándose en libros de caballerías filosóficas, de los caballeros andantes del krausismo y de sus escuderos. Se puso a aprender alemán, traduciendo, entre otras cosas, la *Lógica* de Hegel. ¡Qué años aquéllos! ¿Pasaron por él? No, no pasan los años por uno, sino es que es uno quien pasa por los años. Los años le quedan.

Hoy el comentador, rico de años —y aun, por herencia, de siglos— y rico de recuerdos, y por herencia, de esperanzas, recorre, señero, lo que de su Madrid de la mocedad aún vive para remontarse el corazón. Busca frescuras, ya de fuentes, ya de verdor de vida. Y a lo mejor topan sus ojos, allí, en la

calle de Leganitos, con una higuera presa entre casas ya no lugareñas. Y busca rinconadas, encrucijadas, plazuelas, donde se haya remansado la leyenda cotidiana. Y en esos remansos va a bañarse en agua espiritual eterna. Que si Heráclito dijo: "no bañas tu pie dos veces en la misma agua", esto no reza cuando uno se chapuza en remanso, en pozo o en pantano.

Y, recorriendo este Madrid, he aquí que al rozar en ciertos rincones con sombras de sueños de antaño empiezan éstos a pizcarle el corazón arrancándole pizcas de recuerdos de mocedad estudiantesca y haciéndole columbrar en lo que pasa lo pasado, en lo corriente lo ya corrido. Y así, hace pocos días, le detuvieron la mirada y el pecho esos dos delfines, colas de arpón en alto, que a la entrada —o salida— de la calle de Santa Brígida, esquina a Hortaleza, siguen vomitando sus chorros de agua fresca de la llamada Fuente de los Galápagos. ¿Dónde está el galápago?, se preguntó. Acaso sea su caparazón aquella concha en que yacen, colgados, los delfines. Y sobre éstos la inscripción: "ANNO DNI, MDCCLXXII». En el año del Señor 1772.

Fuente urbana esa del chaflán de San Antón. En torno a fuentes púbiicas se reúnen en los lugarejos, y aun en los lugarones, las mozas de la vecindad; la fuente es fuente de las murmuraciones y comadrerías lugareñas. Al susurro brizador de la fuente, de su surtidor, surten leyendas que son pasatiempo.

1772… Carlos IV, María Luisa, Godoy, Goya… Víspera de la Revolución, la francesa, cuyas salpicaduras, escurriduras y rebotes sintieron luego, sin dejar de dar su frescor de agua pura corriente, esos delfines simbólicos. Y luego Napoleón el Único y el dos de mayo madrileño —¡parque de Monteleón!—, en que alguno de aquellos majos iría a refrescar la sed de su encono en los chorros de Santa Brígida. Y luego Fernando VII, el Deseado por los aguadores que berreaban "¡vivan las *caenas*!" Y los delfines oyeron el himno de Riego, el llevado en un serón a muerte. Y oyeron rumores de la primera carlistada, cuando Gómez se llegó a las puertas de los arrabales de Madrid. Y luego… Luego oyeron las pisadas de la otra revolución, de la chica —¡le llamaron Gorda!—, de la nuestra, de la setembrina, de la que trajo Doña Isabel, de la de Prim; el que no estuvo en Alcolea, y a lo lejos, después, los trabucazos que acabaron con el caudillo. Y seguían los chorros surtiendo agua y leyenda frescas. Y vino la segunda carlistada, aquella de que este comentador, niño que se abría a la historia, fue testigo conmovido.

Y los delfines de Santa Brígida de los Galápagos sintieron el respiro ansioso, a las veces acezo, de la primera República española, la del 73, que antes de llegar a añoja se ahogó en aguas de Cartagena, a la vista de los delfines del mar mediterráneo. De aquella República espejo. Y luego sintieron el choque de los cascos del caballo del llamado

Restaurador, que entraba en su villa y corte natal. Y después el rumoreo callejero, alegre y confiado, de aquel Madrid madrileño en que se vio envuelto el comentador cuando vino a soñar vida civil y nacional entre la iglesia de San Luis, el recadero, y el antiguo Ateneo, el blasfemadero de la calle de la Montera. ¡Inocentes rezos e inocentes blasfemias!

Y en tanto cada año —van ya ciento sesenta— los delfines engalapagados oían en el día de San Antón, abad, el del cerdo y las tentaciones, rumor de pezuñas, relinchos, rebuznos, gruñidos de cochinos y

vocerío de jinetes y de romeros. Era que pasaban caballos, mulos —algunos majamente enjaezados—, borricos, jumentos, acémilas, puercos… Era la bendición de la cebada. Y hay también la bendición de los campos para que sobre ellos recaiga, de los delfines celestiales, la lluvia que cría cebada y uva y aceituna y el trigo que nos da el pan nuestro de cada día mientras nos aprieta el cincho del hado histórico.

Y entre tantos monumentos nuevos y modernos, que llegarán acaso a hacerse viejos, pero no antiguos, y mientras se encapucha supersticiosamente a las regias coronas de los escudos ministeriales, ahí están esos delfines centenarios. Por los chorros de sus bocas corre sin cesar el agua endechando en eterna frescura su susurro, pulsando en el teclado de los días pasajeros la misma nota siempre…, siempre… Que al decir: "¡así va todo!", dice: "¡así viene todo!" Susurra la permanente transitoriedad de la cosa y la vida públicas, la queda de lo que se pasa y el paso de lo que se queda, la estadía de la corriente y el curso de lo que se está. Y en armónica con el "¡así va todo! / ¡así viene todo!", susurra: "¡así se queda todo!" Todo, todo: revolución y reacción, progreso y tradición, rebeldía y cumplimiento, fe y razón, dogma y crítica, sueño y vela —yedras entre escombros de ruinas—, nacimiento y muerte —dos tránsitos—, todo y nada…

Tal vez el rezo que desparraman por la rinconada de San Antón, badajos de la infinita campana de la pasajera eternidad humana, esos Delfines de Santa Brígida de los Galápagos de este Madrid de la España eterna.

Solitario y desesperado

El Sol (Madrid), 3 de marzo de 1932

No es para bien expresada, lector amigo, la emoción que me embargó al leer en la mañana del pasado sábado, y en estas mismas columnas, el relato del incidente de la interrupción pedernosa que desde la tribuna pública, popular, lanzó a la Cámara un pobre mozo "desdichado" —así se le llamaba aquí—. Es seguro que de haber sido testigo de ella no me habría producido apenas impresión, pues el suceso careció de importancia exterior. Y no fui testigo porque yo había abandonado el escenario poco antes de la escena para ir a sermonear a otros mozos —estos estudiantes de Medicina— en el anfiteatro de San Carlos.

La ruidosa interrupción de piedra —ruido de cidriera rota— en nada alteró la marcha de los debates. Y el hecho, que ni a desacato llega —por la parte alícuota que me toque no me siento desacatado—, no temo que vaya a caer en la jurisdicción de la ley de Defensa de la República, que es otra ley de Jurisdicciones, como la de antaño. Todo se reducirá, espero, a que se le ponga en cura al desdichado mozo. Desdichado, sin dicha, pues que sin esperanza; desesperado, que él se dijo.

El incidente no fue más que una insignificante, pero significativa, nota marginal, una acotación parentética, como (aplausos), (sensación), (expectación), etc. etc. Todo en la representación parlamentaria y dentro de su propia escenografía.

Pero ¿por qué me emocionó tanto el relato? Como os dije, lectores amigos, en mi último comentario, el de los delfines, en estos días me están subiendo a flor de conciencia recuerdos de mi mocedad de Madrid, de cuando yo tenía la edad que hoy tiene el interruptor de la piedra. Y lo que llegó hasta conmoverme fue esto que leí aquí:

"Parece que interrogado sobre su filiación, declaró que era un desesperado, un solitario, sin familia. "No tengo —parece que dijo— ni padre, ni nadie, ni nación, ni patria; no tengo más que diez y nueve años."

¡Un desesperado! ¡Qué voz tan íntima, tan entrañadamente española! Tanto, que en la forma *desperado* pasó, como *siesta, pronunciamiento, junta, torero* y otras, a otros idiomas europeos cultos. Y hay en francés un hermosísimo soneto de Gerardo de Nerval con esa voz española por título.

Un desesperado y un solitario. ¿No son acaso una y la misma cosa? Un desesperado es un desesperanzado, uno que ha perdido durante la espera la esperanza. "El que espera desespera", dice nuestro hondo dicho decidero. ¿Sabe esperar la actual mocedad española? "No tengo patria; no tengo más que diez y nueve años." ¡Más que…!

"No tengo más que diez y nueve años…! También yo, lector, los tuve y los sigo teniendo. Y me vuelven aquellos, cuando no tenía más. Aunque sí, sí, pues a mis diez y nueve años había cobrado ya siglos de tradición española. Siglos que me consolaba de la soledad aneja a esa edad agorera. Porque la mocedad de diez y nueve años suele ser una soledad. La soledad suele ser la patria de un mozo de diez y nueve años en el ámbito del interruptor con pedrada. "¡Juventud, primavera de la vida!" Pero, ¡ay primaveras españolas con semanas de pasión! El dulzor de España es el otoño, cuando los álamos, los chopos, los negrillos y los frutales se revisten de oro y de llama, los colores de su enseña. Los frutos de primavera suelen ser agrios. Frutos de destiempo y desazón.

Me puse a imaginarme el hondo estado de ánimo de ese pobre mozo, solitario y desesperado, que quería asomarse a la historia nacional y patria, él, sin nación, ni patria y con sólo sus diez y nueve años de soledad. ¿Comunista? Un solitario desesperado no puede ser comunista, porque la comunidad excluye la solitariedad, y el comunismo es esperanza. No, la enfermedad —enfermo es lo mismo que civilizado— de ese mozo es otra. Es una enfermedad típicamente española. Y él, el enfermo, uno de tantos. ¡Y tantos!

El mozo solitario y desesperanzado lanzó un canto rodado a destiempo, y no más que para provocar una desazón. (Des-esperado…, des-tiempo…, des-sazón…, ¡qué intraductibles estas voces tan nuestras!) Quiso irrumpir en la pequeña historia cotidiana, gacetillesca, interrumpiéndola con pedrada. Que es un modo de continuar la historia. Que si hay, según dice la Gramática oficiosa, conjunciones disyuntivas,

hay interrupciones continuativas. Los que ahogan la historia no son los interuptores ni los rebeldes, sino que son los neutros, los apolíticos, los de "¡no me hable usted de la guerra!", o "¡no me hable usted del Estatuto!", o "¡no me hable usted de la cuestión religiosa!", aquellos sobre que cayó el terrible anatema del Dante, el gran desdeñoso, el de: "no hablemos de ellos, sino mira y pasa". Esos, los retraídos, los huidos, los emigrados, los callados. Su retraimiento, su huida, su retiro, su abstención, su silencio son peores que la peor pedrea.

¿Llegaremos a comprender el íntimo estado de ánimo —de ánimo o de desánimo— de esta mocedad de diecinueve, que tiene por patria la soledad? Y ese desánimo de la desesperación ¿no llegará a hacer desalmados? Es trágico ese momento de la vida, y más en esta nuestra tierra y en este nuestro tiempo. La juventud se nos rebela. ¿Que no sabe lo que quiere? ¿Y nosotros, sus padres, queremos lo que sabemos? ¿Y sabremos asomarnos al brocal de esas almas doloridas? ¡Ay nuestra pasada mocedad española, compañeros del 98! Y ¡ay la España de la mocedad del 1931, la que ya desespera de la República!

Este mozo huraño y melancólico —un ejemplar— sí que es un jabato de ley. Un ejemplar, digo. ¿Anormal? ¿Y cuál la norma? ¿Cuál la norma de esta juventud que nos empuja a la jubilación, sin júbilo, que se nos viene encima? ¿Cuál la norma? Y jabato… Pero dejemos para otro día la definición del jabalí.

Definición del jabalí

El Sol (Madrid), 6 de marzo de 1932

Voy, en efecto, a definir al jabalí, que es el modo de defenderlo. Pues merced a una frase de José Ortega y Gasset tomó cuerpo en nuestras Constituyentes, y después, en la opinión pública del país, un calificativo psicológico, y es el de jabalí junto a los de tenor y payaso. Y como.suele suceder en tales casos, algunos de los que se creen aludidos han tomado el remoquete a honra, y lo han adoptado. Y vamos al jabalí.

La palabra "jabalí" es adjetivo arábigo que vale como salvaje, bravío o montaraz, aplicado al puerco. Le distingue del doméstico o casero, que se hace en cierta manera urbano y hasta civil, dando en pocilga. A pesar de lo cual, suele comerse crudos a los niños tiernecitos, como los descuiden sus padres, y lo hace acaso en pre-represalia de que esos padres se lo coman a él.

La braveza y aun bravura del jabalí es proverbial y épica, pues que Homero nos le describe destrozando los sembrados, asolándolos, cuando irrumpe en ellos desde las brañas y los matorrales de su guarida montesa. Y es también proverbial y también épica su singularidad, el hecho de que obre solo y solitario, señero. Pues el puerco jabali o bravío no se da como el doméstico en piaras. Su distintivo es la

singularidad, la individualidad. Como que es por esto por lo que en francés se le llama “sanglier”, del latín “singularius”, o sea, en nuestro romance castellano, “señero”. La característica, por lo tanto, del homérico jabalí es la singularidad. Y es curioso que esta voz: singularidad —“singularitatem”— haya dado en bable la voz “señardá” —que en castellano habría sido, de haberse desarrollado, “severidad”, o mejor “señerdad”—, que equivale en sentido a la “morriña” gallega, a la “saudade” portuguesa, a la “soledad” andaluza, a la “enyorança” catalana —de que hicimos “añoranza”—, al “iñor” valenciano y a la voz bachilleresca nostalgia. El jabalí, el puerco montaraz y señero, siente soledades, morriña o añoranza del monte, de la braña, del breñal donde crió su singularidad bravía. Es un bravo individualista que defiente a colmilladas su singularidad, y no se pliega a dejarse domesticar, a dejarse civilizar.

¿Que no se concibe una piara de jabalíes, una manada de solitarios? Así lo hemos dicho; pero… Ahí están las Cartujas. Y, en rigor, monasterio no quiere decir otra cosa que un convento —una convención— de “monachos”, de monjes, de solitarios, de jabalíes religiosos hozando en las sementeras de la creencia. Por lo demás, lo malo es hacer el jabalí sin serlo, lo que sucede a menudo tanto en los conventos como en las sectas y los partidos. El verdadero jabalí espiritual es el acabado hereje, de la ortodoxia y de la heterodoxia, como aquel aragonés Miguel Servet, que decía que el ánimo de los españoles es “inquietus et magna moliens”, inquieto y que resuelve grandes cosas, soñando grandezas.

Y se pregunta si es el español individualista o socialista se hace una pregunta tan vacía como la de preguntar si otro es egoísta o altruista, pues que el individuo que mejor afirma su yo, su “ego”, es el que mejor afirma la sociedad de que participa, ni hay nada más universal que lo individual. Y así, al dirigirnos al supremo Yo, al infinito y eterno, a Dios, en la oración dominical, no le tratamos de Vos, en plural, como a las potestades terrenales, sino de Tú singular y señero.

El español de tipo medio, castizo, es, gracias a Ti, Dios nuestro, bastante y acaso harto jabalinesco. Hasta al someterse lo hace anárquicamente. Y tiene del jabalí una cualidad —¿y calidad?— que señala muy bien el Baedéker de España al decir que el español suele ser “pointilleux et ombrageux”, quisquilloso —o puntilloso— y receloso. La puntillosidad, tan bien retratada en el pundonor de los celosos maridos calderonianos, cuyos celos no son más que envidia —¡aquí de Quevedo!—, y la recelosidad son hijas de nuestra singularidad, de nuestra señeridad jabalinesca y montaraz, pre-civil. ¿Incivil?

La civilización y la civilidad exigen piaras, manadas. Algo más que monasterios. Pero… Si la manada, si la piara ha de propagarse sin dejar de serlo, los jabalíes tienen que dejar de ser jabalíes. (Véase mi libro sobre *La agonía del cristianismo*.) Se les han de caer los colmillos. Que el verraco no es propiamente jabalí, sino muy otro. Don Juan no es la carne de Don Quijote. Pero ambos señeros.

El jabalí no se rinde a disciplina; no es discípulo más que del monte, y su escuela es el breñal. El jabalí ha de ser un dechado legendario para consolar de su domesticidad, de su civilidad, al puerco casero, productor de lomo, jamón, chorizo y morcilla. ¿Qué sería de la piara si alguna vez no oyese el gruñido del jabalí señero? ¿Qué sería de ortodoxos y heterodoxos sin herejes? Si todos los animales fueran domésticos y no hubiera tampoco hombres salvajes, es de temer que la civilización humana

—conventual y convencional— se ahogase en podre. Sin jabalíes acabaríamos todos en payasos y tenores. Y el jabalí, si no lleva compañía, suele llevarse acompañamiento. ¡Y para soledad la de un acompañamiento que no hace compañía! ¡Señero y solo entre acompañantes, sin un solo compañero!

Y ahora tengo que declarar que no se me oculta —¡qué va!...— que cuando mi buen amigo, compañero y colega José Ortega y Gasset forjó el afortunado calificativo y clasificativo psicológico de jabalí no lo apuntó, ni mucho menos, en el sentido que yo aquí. Referíase a otra calidad y a otra clase. Y, por otra parte, que hacer el jabalí, lo repito, no es serio, sino una forma de payasada y su gruñido modo de gorgorito de tenor. Y que es fácil distinguir al jabalí genuino, espontáneo y natural del contrahecho, forzado y artificial.

En resolución, ¡suerte fatal la de tener que civilizarse!

La enormidad de España

El Sol (Madrid), 10 de marzo de 1932

Téngome aquí con la confesión íntima, entrañable, de un castizo —"ligrimo" (legítimo) se diría en habla charruna— jabato español de hoy en día, de un chico de España, donde se acabaron ya los grandes de ella. ¡Y lo que me ha sacudido! Pues ¿hay acaso algo más malencónico que ver caer las hojas, amarillentas y ahornagadas, de la enredadera que se enreda a las ruinas y las enreda? ¿Y si esa enredadera fuese, no estéril yedra, sino fructuosa vid cuyos sarmientos lañaran en verde los ruinosos sillares desmoronados? Malencónico, digo, pues que de romanceada —también charruna— malenconía, que no de culta melancolía se trata; de una malenconía que remata en mal encono, en nuestro típico resentimiento celtibérico. Y es que resiento por los mal-enconos de este jabato ligrimo que se me confiesa no ya com-pasión sino con-miseración; es que me resiento no tan sólo padeciente, sino miserable con él y como él.

Vamos, chico..., tienes mucha razón, España no es alegre ni tiene porque alegrarse. Ni porque holgarse, que ni puede pararse a tomar huelgo, que el tiempo aprieta. Y la huelga suele dar en juerga, y los duelos con pan son menos. Lo que tiene España es que tomar contento —y contenido— que contentarse; mejor, tiene que conformarse con su destino, con su misión eterna y no sólo temporal. Conformidad. Pero ¿con qué forma? ¿Qué forma le daréis a España los que habéis nacido a la vida nacional y popular —civil y laica— bajo el sino de la República? Laica es religiosa. ¿Qué forma y qué norma?

Norma, sí, pues a muchos de vosotros —"¡estos chicos..., estos chicos...!"—, acaso a los mejores, se os reputa anormales. Y dejadme que en esto de la anormalidad me pare un poco.

Anormal, ya lo sabéis, es un vocablo híbrido —mestizo— de prefijo griego y tema latino. Lo propio

latino, que se hizo castellano, es: enorme. Enorme es lo que se sale de norma, lo anormal. Y norma era una escuadra de que se valían los agrimensores romanos, una regla, por donde lo enorme es lo irregular, lo inescuadrado o acaso desescuadrado. ¿Y cuál la norma española? ¿Cuál la norma de cuando España, la eterna, talló aquende y allende la mar dos mundos? ¿Cuál la norma, la escuadra, del universal imperio español, carolino y filipino, calderoniano y cervantino —mejor: segismundiano y quijotesco—, iñiguiano y teresiano? ¿Cuál esa norma? Esa norma fue y es —y ésta sí que paradoja, y trágica— la enormidad. La norma castizamente española es la enormidad, es una escuadra para encuadrar el cielo y tallarlo a nuestra medida. Lo anormal, nuestra normalidad.

Ya Nietzsche dejó dicho que España osó, se atrevió —esto es: se atribuyó— demasiado, y Carducci habló de "la afanosa grandiosidad española". Y, antes que ellos, Edgar Quinet —aquel apocalíptico profeta galo-romántico—, ya en 1844 (*Mes vacances en Espagne*, publicado en 1857), cuando decía a nuestros abuelos que no vale una gota de sangre "enmascarar, desfigurar a Felipe II bajo una Constitución de papel" —¡así!—, les decía que tomaran la vía de la revolución propia que pide un alma regia, para lo que basta ser sencillamente español. Y les hablaba de la vasta herencia de democracia que la vieja Monarquía española había preparado, les hablaba de continuar una nación de hidalgos —"gentilshommes"— proletarios sin rebajarla a burguesía; de asombrar —"étonner"— a Europa en vez de imitarla. "No haréis nada de vuestro pueblo —les decía— si no le ponéis ante los ojos alguna alta misión a que Dios os convida… Encontraréis la América con doscientos hombres, las Indias con ciento cincuenta. No poseeréis ya ni una ni otra de las Indias, pero si el empuje interior de vuestro espíritu nacional vive todavía descubriréis otros mundos sin salir de vuestra casa." Y acababa: "¿Porqué no habréis de combatir en vuestra fila de batalla el antiguo combate por la antigua Iglesia verdaderamente universal, no de Roma, sino del mundo; no del Papa, sino del Cristo?" La iglesia cristiana nacional, civil y laica.

Y tres siglos antes que Quinet, en 1541, Miguel Servet, el bravío aragonés a quien hizo quemar, en nombre del Cristo, Juan Calvino en Ginebra —si no, le habría hecho quemar en Viena de Francia, y a nombre también del Cristo, el cardenal de Tournon, a él, y no a su efigie, que quemaron—, dejó dicho que el ánimo de los españoles es inquieto y revolvedor de cosas grandes: "inquietus est et magna moliens hispanorum animus". ¡Revolvedor —y rumiador— de grandezas! Lo de Quinet, lo de Nietzsche, lo de Carducci, lo nuestro. Y este revolver grandezas es nuestra verdadera revolución. Revolución y revuelta, vuelta atrás. Pero no en el tiempo. Nuestra escuadra lo es de eternidad.

¿Devolverá, revolviéndose, el inquieto mocerío español de hoy y de mañana, su mocedad a la España de siempre? Aquella su enormidad es la gloria eterna de España. ¿La que pasó? La gloria no pasa, sino que se queda. O mejor, la eternidad que por el tiempo pasa se queda por encima y por debajo del tiempo. "Cualquier tiempo pasado fue mejor…" ¡No, no y no! Pero cualquier eternidad pasada es— no fue— mejor. Como tiempo no, aquel tiempo pasado del siglo XVI, su cuerpo temporal, no fue mejor, pero como eternidad, como alma intemporal, aquélla es mejor. Y "a reinar, fortuna, vamos, no me despiertes si sueño…" Tenéis que revolvernos al reinado de España, de su S. M. Imperial España.

¿"Simulación, verbosidad y sofística", que decía Servet? Ah, de esto ya hablaremos. ¿Verbosidad? Con el

verbo hicieron nuestros antepasados lo mejor, lo más eterno que hicieron; con la palabra, y no con la espada. Norma, la palabra.

Y ahora ¡qué congoja me entra al ver caer de la verde enredadera hojas amarillentas y ahornagadas sobre los ruinosos sillares de la patria!

Callejeo por la del Sacramento

El Sol (Madrid), 15 de marzo de 1932

¿No te ha acontecido, lector amigo, sentir ansión de huir de la actualidad embargante para buscar la potencialidad del recuerdo liberante? ¿No te has sentido aislado en medio de la "enloquecedora muchedurabre" (madding-crowd, que dijo Gray, poeta) de una gran urbe que vive al día, cinematográfica, telefónica y radiográficamente? Pues este comentador sí. Y estando desterrado en París solía escaparse de las avenidas y los bulevares muchedumbrosos para recogerse en la sosegada isla de San Luis, o en el Palais Royal, henchido de recuerdos de la Gran Revolución, o en la Plaza de los Vosgos, plaza para abuelos y nietos, donde vivió y murió el gran abuelo —poeta también— Víctor Hugo, y lugares los tres muy lugares. Y aquí mismo en Madrid…

Mi gran amigo Guerra Junqueiro, el gran poeta portugués, soportaba mal, no sé bien porqué, a Madrid. "En todas las grandes plazas —me solía decir en la de Salamanca— las muchedumbres tienen movimientos rítmicos, menos en la Puerta del Sol de Madrid." Otra vez: "Por estas calles se puede ir soñando sin temor a que le rompan a uno el sueño." Otra: "En este cielo —el de Salamanca, ¡claro!— puede haber Dios: ¡en el de Madrid, polvo!" Lo que no es justo. Porque también aquí… Federico Nietzsche —otro poeta, y van cuatro— decía: "Sabemos que la ruina de una ilusión no da verdad alguna, sino sólo algo más de ignorancia, un ensanchamiento de nuestro espacio vacío (leeren Raumes), un acrecentamiento de nuestro yermo (Oede). ¡Espacio vacío! ¡Yermo! ¡Donde poder soñar! Pero también aquí, en las calles de Madrid, cabe soñar, sin temor de que le rompan a uno el sueño. Según la calle. También aquí se puede hallar campo urbano —¡campo!—, relicario de recuerdos de leyenda; también Madrid es lugar —¡lugar!— con viviendas —no sólo posadas— de vecindario parroquial. Sí, la leyenda pliega sus alas y se posa, como sobre su nido, a dormir soñando siglos divinos en el desnudo y ceñudo páramo castellano; pero también aquí. Los tranvías y los autos atiborran de circulación urbana a la calle Mayor, a la calle Ancha, a la Gran Vía, y en esa mayoría, en esa anchura y en ese grandor —que no grandeza— se hunde la leyenda secular, aunque surta la gacetilla cotidiana. Pero…

Hace ya cuarenta años que fui a visitar a otro poeta, a Núñez de Arce, en su vivienda de la calle del Sacramento donde acaso escribió su *Miserere*, pues desde allí cabía recibir, a través de las encinas velazqueñas del Pardo, y como por espiritual telefonía poética, los ecos del Panteón del Escorial, que ya

otro poeta. Quintana, hubo cantado. No había yo vuelto por esa calle desde entonces, y aun antes apenas sí la conocía. No está en el Madrid de mis correrías de estudiante morriñoso. Y he vuelto a esa calle llamado por otra morriña. He vuelto en romería.

La Plaza Mayor, archivo de majeza, que me trae recuerdos de su hermana mayor, la de Salamanca, y allí el pedestal de aquella hermosa estatua ecuestre de Felipe III, a que derribó perturbada turba perturbadora, hecha de brutos iconoclastas, seminario de petroleros —semillero de incendarios—. En recuerdo le llena a la plaza la ausencia de la estatua abolida. Luego, la Torre de los Lujanes, prisión que fue de Francisco I de Francia; después, la recatada señorial Plaza del Cordón, y por ella, a la calle del Sacramento, cruzada por la del Rollo —rollo: picota; ¡qué nombres sacramentados!—, y allí, en fila grave, moradas vivideras señoriales, hidalguescas, provincianas de Corte y Villa, con aire de gentileza de "Castiella la gentil" del viejo Cantar. Puertas de portaladas con dinteles, de roca castellana, adovelados, Y allí se respira sosiego y se reposa el cielo luminoso de Madrid, con Dios y sin polvo. ¿Polvo? Sí; se posa polvo de luz celeste y se debe de oír mejor, sin estrépito de bocinas, la voz de la campana parroquial que toque a ánimas y a oración. Y si ya no es así, al menos, "soñemos, alma, soñemos…" Allí ha respirado más a sus anchas mi ánimo, y he sentido mayoría, anchura y grandeza ciudadanas soñando el pasado que es y no el que sólo fue. Y en la desembocadura de la del Sacramento, el monumento a las dos docenas de víctimas que sucumbieron en el atentado de regicidio del 31 de mayo de 1906, día de la boda agorera de la última pareja regia de España. Y luego, por el Pretil de los Consejos —¡qué otro nombre!—, a la calle de Segovia, una encañada urbana, y sobre ella el viaducto, antaño suicidadero popular, que conduce a su aledaño, el Palacio de Oriente, también en cierto sentido, no literal, sino espiritual, suicidadero… dinástico. Lo que habrá escuchado en atento silencio esa calle del Sacramento, sin tranvías y casi sin autos, esa fila de viviendas ciudadanas, recogido remanso de historia. ¿Del viejo Madrid? No. sino del Madrid intemporal, del Madrid —oso y madroño— que soñaba, vivía y revivía Don Benito, su evangelista. Por esa calle del Sacramento solía callejear Bringas, el del Palacio Real.

Sí, sí, cabe callejear, discurrir por Madrid soñando a España; cabe ir soñando por calles encachadas de este Madrid senaras de España sin temor a que le rompan a uno el sueño, que nos le escuda y ampara este cielo que laña la cuenta del Duero con la del Tajo, Castilla la Vieja y la Nueva. Respira la calle del Sacramento aire del Guadarrama. Pero…, ¡ojo!, porque hay que vivir despierto. Por si acaso… A Dios rogando y con el mazo dando, no sea que se nos rompa la vela. Ese monumento de la desembocadura de la calle del Sacramento y aquel pedestal vacío de la Plaza Mayor nos amonestan a vivir despiertos. Que la barbarie que hoy se revuelve contra un símbolo, sea de carne o de bronce, mañana se revolverá contra el que le ha suplantado, y destruirá el símbolo, pero no lo simbolizado. A soñar, pues, lo que se queda; pero despiertos a lo que se pasa. Y a Dios rogando y con el mazo dando.

Por lo cual roguemos, de mazo levantado, a nuestro Dios histórico y religioso, no al metafísico y teológico, que los recuerdos de gloriosas esperanzas de nuestros antepasados, nos críen esperanzas de gloriosos recuerdos que entregar a nuestros trasvenideros.

Pesimismo patriótico

El Norte de Castilla (Valladolid), 19 de marzo de 1932

¿Pesimista? ¿Derrotista? Sí, esto es como cuando se habla de Jeremías, el encendido profeta de Israel que le enseñaba a su pueblo cuanto merecía sus aflicciones sin que por eso se diera a llorar. El sentido que alcanza corrientemente el término "jeremiada" es un sentido anti-histórico. Y vengamos a casos.

He leído que Benavente ha dicho: "quién pudiera emigrar…" Pero eso es un modo de decir y quien lo dice, malditas las ganas que de emigrar tiene y precisamente para poder decirlo. Es como aquello otro que se atribuye a don Antonio Cánovas del Castillo, aquello de que "no es español sino el que no puede ser otra cosa", modo de decir que en boca del restaurador de la dinastía borbónica significaba que él, Cánovas, no quería ser otra cosa que español. Esas duras expresiones brotan de los pechos más patrióticos.

¡Emigrar…! ¿Y para qué? Para sentir saudade —soledad—, morriña de la patria que se dejó. Es mejor sentirla de la patria en que uno se queda y arraiga. Porque hay soledad, hay saudades, de lo que se tiene en torno —o mejor dentro—, se tiene morriña de lo que se posee y toque, se echa de menos lo que se tiene.

Y esto de la saudade —término, como sabéis, portugués para la nostalgia—, me recuerda aquel melancólico soneto que hace más de cuarenta años escribía aquel trágico poeta lusitano que fue Antonio Nobre, aquel soneto que empezaba: "En certo reino, a esquina de Planeta…", y acababa: "Nada me importas, Paiz, seja meu Amo / o Carlos ou o zé da Th'reza… / Amigos, que desgraça nacer en Portugal!" ¡Qué desgracia nacer en Portugal! Y cómo se regodeaba Nobre en esa desgracia. Como Leopardi, el más hondo y entrañable de todos los poetas pesimistas, el dechado de pesimismo poético —o sea creativo—, se gozaba de que su desesperación —su tedio más bien— fuese italiano. El que nos dejó dicho, y para siempre, en italiano lo de: "Desprecia al poder escondido que para común daño impera, y la infinita vanidad del todo", se sentía catoniano, lucreciano, romano, y cantaba a Bruto. Era un gran patriota.

No hace mucho que en una revista argentina, *Sur*, leí en un artículo denso de Jorge Luis Borges que se titulaba "Nuestras imposibilidades" y que era un amargo examen de las fallas del espíritu público de su tierra, esta conclusión: "Hace muchas generaciones que soy argentino; formulo sin alegría estas quejas". ¿Sin alegría? Sin duda, pero no sin cierta satisfacción. Con la satisfacción de haber cumplido un deber de patria.

Y no creo que haga falta recordar al lector medianamente culto siquiera lo que el Dante, el ardoroso gibelino, le decía a Italia, llamándola burdel (bordello), y el Dante sí que era italiano hacía muchas generaciones. Porque eso de llamarse uno argentino —o español, o italiano, o lo que sea— de "hace

muchas generaciones", es un gran hallazgo de expresión, que supone sentirse en la historia.

Yo he dicho por mi parte alguna vez, y la expresión ha logrado cierta boga, que me duele España. Y cuando a uno le duele su tierra, su patria, le lleva a eso que los ligeros de cascos llaman pesimismo o derrotismo.

No, el pesimismo no es lo peor, ni siquiera lo malo, aunque en otro respecto aparezca pésimo; lo peor es la insensibilidad. Aquel Díaz Quintero que en Cuba, antes de la revolución septembrina, mereció que los españoles incondicionales le llamaran "pillo, traidor laborante, cobarde, insurrecto, canalla, mambí" y que aquí, en la Península, fue la bestia negra, el coco de los católicos, dijo al discutirse en las Constituyentes de 1869 la libertad de cultos, que él no era ni católico, ni protestante, ni budista, ni judío, agregando: "No soy ni siquiera ateo, porque no quiero tener con las religiones positivas ni el contacto de la negación". A lo cual se le llamaría hoy agnosticismo, si el modo de expresarlo Díaz Quintero no hubiese sido de una abrumadora y tosca vaciedad. Pero así como hay esa posición respecto a la religión, la hay respecto a la patria. Y consiste en desinteresarse de ella.

Porque no, lo grave para el porvenir del alma de la patria no es lo que de ella digan los que se dice que suelen de ella decir mal, lo grave es los que de la patria se desinteresa, los que no la echan de menos, los que no se dan cuenta de que en ella viven. Y por lo demás, debemos regocijarnos de que no se le haya ocurrido a la Cámara —parlamentaria ¡claro!— votar una ley de Defensa de la patria, o de España, porque entonces habría que haber visto a qué se llamaría ofender a la patria. Que es peligroso tener que habérselas con un grupo —partido o lo que sea—, atacado de manía persecutoria. Enfermedad mental y sentimental —o mejor: resentimental—, que suele atacar lo mismo que a los individuos a las colectividades o comunidades. De lo que da clara muestra la frecuencia con que eso que se llama opinión pública —que no suele ser ni pública ni opinión—, da en decir que un sujeto, más o menos público, está haciendo una campaña derrotista o emponzoñando al pueblo con pesimismos.

El español que se ocupa en España, que habla de ella, sea como fuere, le hace un gran servicio. Lo grave es el que no quiere tener con ella, con su patria, ni el contacto de la negación. Y cuando oigáis a un español, y más si es de primera, decir: "¡Quién pudiera emigrar!…", pensad que nunca he expresado más hondamente su ansia de la España que echa de menos.

Mozalbetería

El Sol (Madrid), 20 de marzo de 1932

Cuando se escudriña en esos desórdenes callejeros a que dan tono y aire los llamados mozalbetes, se percata uno que esa que podríamos llamar diátesis catastrófica —o en latino: disposición

revolucionaria— no mana de fuente ideal, ni económica, ni lógica, ni política, ni ética, ni religiosa, sino de turbia fuente sentimental —acaso resentimental— propiamente artística o estética. Los llamados mozalbetes se divierten, huelgan, jugando a la revolución, van de holgorio y regodeo revolucionarios. Aquellos incendios de conventos fueron algo artístico, neroniano. ¿Finalidad social? La cosa era matar el aburrimiento; no más que una especie de onanismo colectivo.

¡Aburrimiento! ¿Conoce el lector nada más trágico que aquél niño de seis años que lloraba a lágrima muerta porque decía aburrirse? "¡Aburrido!" era el insulto mayor que en un tiempo podía en mi Bilbao lanzar un chico a otro. En la época de la guerra civil de los mayores, los menores jugábamos a pedreas. Otras veces juegan a ladrones y guardiaciviles. Y lo de aquel muchacho que se retiraba de la partida refunfuñando y a quien le oí: "¡Si no me dejáis ser ladrón, no juego!" Y aquello otro de imponerse a los mayores, canturreando: "A tapar la calle / que no pase nadie…, etc." ¡A tapar la calle! La calle ha de ser de los mozalbetes, no de los hombres; ha de ser de los chicos de la calle. Dice la copla: "En mi casa mando yo / y en el Concejo el alcalde, / en la iglesia manda el cura / y el que más puede en la calle." Pero el que más puede —pasajeramente, ¡claro!— no es ni el que más sabe ni el que más quiere. Logra poder el necio abúlico, pero voluntarioso.

Y, sin embargo, el holgorio, la diversión, el esparcimiento, es tan de primera necesidad como el pan, el agua, la sal y el abrigo. Pan y toros. Y capeas en los lugares. Un lugar, una aldea, se rebela y revuelve cuando no le dejan divertirse a su manera. Por eso, por estética popular, neroniana, hay que echar carne a las fieras humanas. Unas veces pedían: "¡caballos!, ¡caballos!", y otras veces pedían herejes o brujas. Tal vez pedían judíos. Luego pedían frailes. Es un instinto dramático, a que da fomento la Prensa gráfica. ¡Eso de salir en estampa! Y todo ello no es cosa de sociología, sino de psicología colectiva, ni sirve para explicarlo la llamada concepción materialista de la Historia. Hay que acudir a la intuición dramática de la Historia.

¿Es que no hay en los llamados mozalbetes más que ese ímpetu dramático, ese anhelo de tapar el aburrimiento, como la calle, con días macizos de emociones teatrales? Sí, hay algo más: hay lo de colocarse. Colocarse en un destino no sólo económico, sino histórico. Hacer papel. O lo que se dice afán de notoriedad. ¡Tan natural! Y, después de todo, las más de las llamadas revoluciones no suelen ser sustitución de principios, sino de personas. "¡Giovinezza!, ¡giovinezza!", que en tono de opereta entonan, esgrimiendo sus puñales, los fajistas de la Italia de Mussolini y comparsa.

Mas aquí, en esta España en que tantos deportistas se preguntan, desencantados, si esto es una revolución de verdad, ¿qué mozo de menos de treinta años se ha destacado de veras? Los novillos que vemos en el coso rodean a los cabestros que lo llenan con el son de sus cencerros. Y quedan fuera los solitarios, los desesperados, de que ya os dije, lectores. Los mejores de los otros buscan enchufe, no en el grosero y bajo sentido que le da la vulgaridad espiritual, sino que buscan enchufarse en la Historia, darse a conocer. Y luego esa barbarie, la más cavernaria de todas, de querer tapar, no la calle, sino la boca, de los de enfrente, ese procedimiento de interrumpir las reuniones de los adversarios. Mas de esto, que nos haría caer la cara de vergüenza de tener que ser lo que llaman, sin serlo, republicanos, hablaremos otra vez. De ese tender a un monopolio de la opinión pública. Y con ello, además, a una

Prensa oficiosa, de fajo (“fascio”), o mejor, de cotarro, de peña.

Ahora, lo fatídico sería que esa disposición revolucionaria —diátesis catastrófica— de origen dramático, o mejor, dramatúrgico, ganara a los que han de dirigir al pueblo, a los que han de gobernar; lo fatídico sería que los que han de disponer del Poder se figuraran que su misión fuese hacer lo que se llama la revolución desde arriba. ¿Qué revolución? Eso no importa; el contenido es lo de menos; la cuestión es revolver. Que se vea de lo que somos capaces los españoles. Que no se diga que nos echamos atrás. O que nos ladeamos a la derecha.

Eso de delante y detrás, derecha e izquierda, involución y reacción, suele carecer de claro sentido ideal, ni económico, ni lógico, ni político, ni ético, ni religioso, sin que tenga más que uno, muy oscuro, sentimental —acaso resentimental—, artístico o estético. O precisamente dramatúrgico. De una dramaturgia sensual, no ideal. Un sentido más bien que estético anestésico. (Debería decirse, digámoslo parentéticamente, “anestético”.) Y el revolucionarismo ese que ha llegado a proclamar que la religión es opio para el pueblo no hace más que confeccionar otro opio, el opio revolucionario. Que opio, y nada más que opio, es la finalidad con que se quiere suplantar a la religiosa. Y en tanto los mozalbetes…

En tanto los mozalbetes deberían aprender que la Historia hay que vivirla hacia dentro y no tapando la calle ni las bocas, ni pidiendo caballos, herejes, brujos, frailes o judíos. Y eso que todavía no nos ha llegado la tontería de la “svástica” y del racismo. Que de todas las mozalbeterías es la más grotesca. O sea “grutesca”, de gruta o caverna; de caverna de fajo.

El liberalismo español

El Sol (Madrid), 25 de marzo de 1932

Comentario. Este lo es a unas palabras de Benedetto Croce, nuestro amigo, amigo de España pues que la conoce bien —basta, entre otras cosas, leer *La Spagna nella vita italiana durante la Rinascenza*—, en su reciente obra, de este año, *Storia di Europa nel secolo decimo nono*. Le ha precedido su *Storia d’Italia del 1871 al 1915*, en que el más grande pensador de Historia con que hoy cuenta Italia, y no inferior a cualquier otro del mundo civilizado actual, afirmaba su fe en el liberalismo y lo afirmaba en esa perturbada Italia del fajismo donde se trata de ahogar toda libre espontaneidad del espíritu, y ello a nombre de la acción.

El primer capítulo de esta *Historia de Europa en el siglo décimo nono* se titula: “La religión de la libertad”, y la religión de la libertad es lo que llamamos el liberalismo, aquel que, según nuestro Sardá y Salvany y los jesuitas que le jalearon, es pecado, es el gran pecado moderno, la síntesis de todas las herejías surgidas del libre examen del Renacimiento, el erasmiano, y de la Reforma, el luterano. El

Renacimiento primero, la Reforma después, la Revolución más tarde dieron fomento y vivacidad a la religión de la libertad, al liberalismo. Y religión porque comporta no ya una mera concepción, sino un sentimiento y una intuición de la realidad de la vida universal de la historia.

El segundo capitulo se titula: "Las fes religiosas opuestas", y en él se encuentra el breve pasaje que voy a comentar, muy brevemente, aquí, y es aquel en que Croce dice; "… y no es sin ironía el hecho de que la nueva postura espiritual recibiese su bautismo donde menos se habría esperado: del país que más que cualquier otro europeo se había quedado cerrado a la filosofía y a la cultura modernas, del país por eminencia medieval y escolástico, clerical y absolutístico, de España, que acuñó entonces el adjetivo *liberal* con su contrapuesto de *servil*." Y es esta ironía del hecho histórico y del hecho lingüístico —que son uno mismo— el que vamos a comentar.

Fue, en efecto, España la que acuñó *(conió)* ese término, hoy casi universal, de "liberal" —y consiguientemente de "liberalismo"—, y en el sentido que tiene, fue España que hacia 1812, cuando las Cortes de Cádiz, cuando su lucha contra el imperialismo napoleónico, antecedente de la Santa Alianza, imperialismo democrático acaso, pero no liberal, España saludada entonces por los nuevos pueblos europeos como el hogar del liberalismo civil. Acuñó ese término *liberal*, como ha acuñado otros que han pasado a lenguas europeas, tales como *pronunciamiento, guerrilla, siesta, junta, desperado* (desesperado) y otros muy significativos. Y entre ellos el término "liberal" tiene raíces soterrañas que se entretejen con las de las términos *pronunciamiento* y *guerrilla*. Las guerrillas de nuestros populares guerrilleros de la guerra de la Independencia asentaron nuestro castizo liberalismo que late —¡enorme paradoja de la dialéctica histórica!— en el alma de los guerrilleros carlistas, y nuestros pronunciamientos, aun los que parecían tener un sentido más opuesto al sentido liberal, eran liberales. Tan liberales como lo fue aquel gran pronunciamiento de los comuneros de Castilla contra el Habsburgo.

Más de una vez se ha suscitado la vana cuestión de si en España hubo o no Renacimiento, si hubo o no en ella Reforma, como si España hubiese vivido o hubiese podido vivir separada espiritualmente de Europa. De Renacimiento no hablemos por ahora, y en cuanto a Reforma, lo que se ha llamado la Contra-Reforma, la de Felipe II, la de Íñigo de Loyola, la de Trento —donde los españoles dieron el tono—, ¿qué fue sino la otra cara de la Reforma, su complemento dialéctico? Al libre examen reformatorio, al libre examen liberal, respondía aquel famoso tercer grado de la obediencia, la obediencia de juicio, que definía Loyola en su carta definitiva, pero esa obediencia, escuela de mando, ¿no se reduce acaso a ser el alma íntima de un sutil libre examen, padre de restricciones mentales? El jesuitismo español, escuela del libre arbitrismo molinista, opuesto al siervo arbitrio luterano y al predestianismo calvinista, ¿qué era sino otra raíz del liberalismo? Era la *gana* española, nuestra enorme gana irracional, frente al racionalismo; era nuestro fuego contra la luz.

Sí que es enorme ironía —enorme, esto es: fuera de norma—, si que es enormidad irónica que España haya acuñado el término liberal. Pero ello se debe a que el liberalismo, la religión de la libertad surgida del Renacimiento —Cervantes—, de la Reforma —Valdés—, de la Revolución —guerrilleros de la Independencia—, estuvo en España luchando con más ardor recogido que en parte alguna, se debe a

que en las entrañas de esta nación, al parecer cerrada a la filosofía y la cultura modernas, por eminencia medieval y escolástica, clerical y absolutística, latía un pueblo profundamente liberal y nada servil, latía un pueblo con enormes ganas de libertades civiles y religiosas, un pueblo poco o nada escolástico. Y lo que ahora, en estos nuestros días macizos, se ha revelado no ha sido sino la revelación del alma eterna española. Y a ello, a ésta trágica y a la vez cómica —en la tierra de Don Quijote la tragedia es cómica— ironía, que ha hecho que en dialéctica histórica haya sido España la acuñadora del liberalismo.

Jueves Santo en Rioseco

El Sol (Madrid), 27 de marzo de 1932

Medina de Rioseco, ciudad castellana, abierta, labradora, en los antiguos campos góticos, en tierra llana, asentada y sedimentada, donde aun habrá, siquiera en los arrabales, alguna de esas *glorias* sobre que se baraja el tute en las veladas de invierno. Su calle principal, su rúa, más bien el carrejo de una casa de comunidad —Medina la casa—, en que se puede conversar, a través del llamado arroyo —allí seco—, de ventana a ventana o de balcón a balcón enfrentados. Y en Medina de Rioseco cuatro grandes, y grandiosos, templos, como cuatro grandes naves ancladas en la paramera, y el mayor la espléndida iglesia de Santa María, con su altiva torre barroca —lo barroco nos dice barrueco o berrueco, y es berroqueño—, que avizora a la ciudad toda, y en esta iglesia la capilla, ya celebrada, de los Benaventes. Y en esta capilla, entre otras excelencias, aquella representación de las épocas de la vida de nuestros primeros pobres padres, Adán y Eva, a los que acaba, acabada su breve inmortalidad interina, guiándoles a la huesa la Muerte, mientras les toca la guitarra.

Y allí, en Medina de Rioseco, la procesión de Jueves Santo, este año más significativa. Jueves por eminencia santo, por ser el de pasión, con la santidad de ésta y la pasión de la santidad. Iba atardeciendo. Desde la plaza de Santo Domingo, al bajar la procesión, se veía empinada sobre el apiñado caserío la torre de Santa María, sobre el cielo agonizante que empezaba a parir estrellas. Y pasaba el paso de la Dolorosa, de Nuestra Señora de los Dolores, de la Soledad —dolorosa soledad y dolor solitario—, de Juan de Juni. Una de esas castizas Dolorosas españolas, símbolo acaso de España misma, con el corazón atravesado por siete espadas. ¿Serán nuestros siete ríos mayores? El dolor serenado se cuaja acaso en alguna lágrima diamantina que refleja el resplandor dulce de los cirios. Porque allí pasaba a la luz de luces de cera de abejas en velas que llevaban procesionalmente manos de mujeres en fila. Las bombillas eléctricas municipales desentonaban con su cruda luz civilizada. Arriba pestañeaban sonriendo tristemente las estrellas. Atravesó a la procesión un camión. En un paso tocaba en silencio el clarín un legionario romano que precede al Nazareno, vestido de morado castellano, con su cruz a cuestas.

Y estos pasos pasaban por la rúa comunal, familiar. Era la misma procesión de antaño. El anciano cree ver la que vio de niño, y el niño, aun sin darse de ello cuenta, espera ver la misma cuando llegue a anciano, si llega… Y no ha pasado más, ni monarquía, ni dictadura, ni revuelta, ni república. Pasan los pasos. Y los llevan los mozos. Los más pesados los iban a llevar el viernes, también santo, los socialistas, los de la Casa del Pueblo. Casa del pueblo es la ciudad toda, ¿y por qué han de resistirse a la secular tradición sí en nada se opone a la reciente tradición socialista? Acaso el Traidor, el tesorero de los Apóstoles, expusiera las razones económicas que leemos que expuso en el capítulo XII del Cuarto Evangelio, el mismo en que se nos cuenta cómo los sacardotes querían matar a Lázaro resucitado para que no atestiguase. Y luego allí, en Medina, está don Ursinaro, el párroco popular, que dos o tres veces se salió de la presidencia de la procesión para venir a hacernos útiles indicaciones de cicerone.

Cuando íbamos a salir de Medina entraba en ella un rebaño de ovejas. Y luego, entrada ya la noche, mientras dábamos un último vistazo a las lumbreras procesionales, desfilando por las callejas, en lo alto del cielo otro paso, el Carro Triunfante —Orión— arrastrado por Sirio y llevando a las Tres Marías. Paso de la eterna procesión —¿también pasional?— celeste, la que señala horas y siglos de siglos.

Y cruzábamos —¡siempre cruz!— el páramo asentado y sedimentado, la dolorosa soledad serena del páramo, hacia Palencia, hacia el Carrión de Alonso de Berruguete y de Jorge Manrique, el de que "nuestras vidas son los ríos…" Y ¡ay cuando secos! Fatídico y emblemático nombre ese de Rioseco, río seco. "Nuestras vidas son los ríos, que van a dar en la mar…" ¿Y no también las estrellas? Que van a dar, ¿dónde? Y pasaran como los ríos y como los pasos de toda pasión humana o divina, en perpetuo jueves santo, mientras la Muerte toca la guitarra, y al son bailan los mortales. ¿Qué mejor podemos hacer? Y quedaran, resonando en el silencio, la cruz y la palabra, la cruz de la palabra y la palabra de la cruz.

Jueves Santo en Medina de Ríoseco; jueves de pasión en el río seco de la paramera castellana, pero bajo una estrellada que es un consuelo. Y el dolor se serena, se depura, en la Dolorosa. La tierra está llena de cielo, y el cielo está como henchido de tierra, y en la soldadura de uno y de otra, de cielo y tierra, en el horizonte, se ve como se cierra nuestro mundo pasajero.

Y es, lector, que alguna vez tengo que hablarte, en comentario perpetuo, no de lo de antes, ni de lo de ahora, ni de lo de después, sino de lo de siempre y de nunca, que ya volveremos a los pasos de la actualidad pasajera, y a bailar al son de la guitarra simbólica,

Discurso de D. Miguel de Unamuno

El Sol (Madrid), 29 de marzo de 1932

MURCIA 28 (12 m.).—*Al levantarse a hablar D. Miguel de Unamuno es acogido con una gran ovación.*

Ciudadanos, ciudadanas, mujeres y hombres todos de Murcia y de España —*comienza diciendo el Sr. Unamuno—:* ¡Qué de recuerdos despiertan en les recovecos de mi memoria! ¡Qué de recuerdosse agolpan en mi espíritu al volverme a ver en una tierra como ésta! Yo me acuerdo de que no empecé tomándolas del todo en serio, que procuré dar a estas fiestas un carácter distinto al que tenían. Me parecía que estos Juegos florales, que habían venido de Cataluña y de Valencia, no eran lo que más falta hacía. Me parecía que lo que hacía falta eran cosas vitales y de trabajo. Quizá en eso me equivocaba un poco, porque es muy difícil delimitar lo que es juego y lo que es trabajo, lo que es flor y lo que es fruto; fruto del trabajo, flor del juego. No sé cuál debe ser el preferido. Flor, fruto, trabajo, juego, juego del trabajo, trabajo del fruto. La planta, para nosotros, muere en el fruto, que es lo que nos comemos; pero quizá para ella misma muera en la flor, que es lo último que da. Fruto del trabajo, flor del juego. Es la misma historia del huevo y la gallina. ¿Qué fue antes, el huevo o la gallina? Yo creo que ni una cosa ni otra, sino una tercera cosa, que fue antes que el huevo y que la gallina.

SE TRABAJA MÁS POR LA PASIÓN QUE POR LA ACCIÓN

En aquella época yo estaba cerca de esta ciudad, en Cartagena, hace ya de esto treinta años. Fue la segunda vez que yo actuaba en una fiesta como esta de hoy, en que vuelvo en esta primavera y a esta ciudad de primor que es Murcia, y voy de nuevo a ver las flores y los frutos, el juego y el trabajo.

Es muy cómodo hablar, como hablando de frutos, de acciones. Yo oigo hablar de ellas muchas veces. Unas veces es de Acción Republicana, y otras veces, de Acción Nacional.

Yo preferiría que en lugar de hablar de acciones me hablaran de pasiones. Trabajar, se trabaja más por la pasión que por la acción. Hay tierra y hay palabra, materia y espíritu. La palabra es espíritu. ¿En qué términos? En la concepción cristiana no es acción, sino misión. Su final es la contemplación, no la acción. En la Sagrada Escritura se dice: “En principio fue el Verbo.”

Verbo, que es palabra; por la palabra se hace todo. Acción, acto hecho en el principio. Lo mismo que en la flor, en el principio es muy difícil distinguir el hecho de la palabra, la acción de la pasión. Se habla como de hombres de acción de los que son hombres de palabra, porque ella es su acción. Los que hayan tenido la costumbre, rara en España, especialmente —tengo que decirlo— entre los católicos, de leer con alguna asiduidad el Evangelio, recordarán aquel pasaje en que el centurión de Cafarnáum dice a Cristo:

—Señor, mi mozo está en casa paralítico, atormentado.

—Yo iré y lo sanaré.

—Señor, yo no soy digno de que entres bajo mi techado. Di solamente la palabra y sanará. Yo

también soy hombre de autoridad y digo: Vete, y se va. Ven, y viene. Mando a mis criados, y ellos realizan mis órdenes. En vos confío.

Y Cristo dijo:

—En mi vida he encontrado tanta fe.

Hombre de palabra, mandaba con su palabra. Los hombres de verdadera acción son hombres de palabra, Al mandar es ejecutor de la justicia. El otro, el ejecutante, que es una cosa material, ordinariamente verdugo. Por la palabra se hace la justicia.

LA MEJOR PARTE DE LA POLÍTICA ES LA LITERATURA

Vuelvo a donde venía. Vida y acción por la palabra, en la palabra, de la palabra. De la palabra política, política, acaso por oposición a la literatura. Yo no sé si es mejor la política o la literatura; pero sí sé que la mejor parte de la política es la literatura —buena literatura, claro está—. Poesía también es política, siempre que no sea la poesía de los poetas líricos, de esos poetas que dicen todas esas cosas curiosas en doble actividad, no tan doble como parece.

Recuerdo algo que voy a referir hoy y que no todos conoceréis. Cánovas del Castillo fue en sus comienzos literato, novelista, hasta poeta. Cuando era el que llamaban “el Monstruo”, una especie de amo de España, en 1883, escribió la biografía de un pariente suyo, D. Serafín Estébanez Calderón, “el Solitario”, del que decía que era “la única persona de este mundo a quien he pedido auxilio y protección” Como en aquel entonces el gran maldiciente D. Bartolomé José Gallardo tuviera un pleito con Cánovas de! Castillo, dijo que “era un escritor alto, que llevaba camino de ser otro él”, refiriéndose a “el Solitario”.

Cánovas, luego, comentando esto, decía: “No sabría yo hoy mismo cómo pagarle su pretendido agravio. Acaso si se hubiera cumplido, harto más satisfecho estaría yo de mí mismo.” Y él, que decía de Alfonso XIII “mi Rey, y digo mío porque yo lo he hecho”, declaraba con estas palabras que hubiera dado todo por ser otro Estébanez.

Esto hoy se revive. Y es verdad que hace falta quien gobierne. Gobernar, en el sentido recto, directo, dirigir una nave. La nave es el Estado, empleada en metáfora, naturalmente, y aunque alguna vez la metáfora sea muy amplia. Todos conoceréis la de aquel orador francés que decía: “La nave del Estado navega sobre un volcán.” Pero gobernar es dirigir el timón o gobernalle de una nave. Para que la nave se mueva hay que hinchar sus velas soplando con la palabra. Más que al timonel es al hombre de palabra, poeta o profeta de respiración, no de inspiración, al que corresponde el gobierno de la nave.

Gobernar con palabras. Homero gobernaba con palabras. Con palabras gobernaba Dante, el más grande forjador de la unidad italiana, en un poema, en un tratado de teología, en otro de política, de política tan profunda como la de la Monarquía.

La labor de Víctor Hugo fue la que más contribuyó a derribar el segundo Imperio. Como las palabras de Carducci, el poeta civil de Italia —porque si no es civil no es poeta—. Es que con la palabra se hace y crea actualmente; ¡como que la palabra es la verdadera acción!

CREO EN LAS MURALLAS DE JERICÓ

Yo me acuerdo de que cuando en la frontera lanzaba voces, que eran voces ardientes, voces que a veces eran un apóstrofe a la mocedad española y otras eran en verso, un conocido político, también en la emigración, como yo, me decía:

—¿Cree usted que con esas voces conseguirá algo? ¿Cree usted en la leyenda de las murallas de Jericó?

Y yo le respondí:

—Creo como he creído en las murallas de Jericó, murallas que fueron derribadas con palabras. Como lo que tengo que derribar son bambalinas, basta con el soplo de la respiración.

Y así fue. Y las bambalinas se vinieron abajo. Yo creo que aquellas hojas con palabras encendidas y alentadoras que yo lanzaba entonces desde el otro lado de la frontera han sacado a ésta mi pobre patria entonces de su situación.

Tierra y lengua. Lengua en el más amplio sentido. ¡Cuántas veces hay que unir tierra y lengua, materia y espíritu! Yo, que vivo hace cuarenta años en tierras de Castilla, mirando la paramera, viendo la soldadura del cielo y de la tierra, he sentido el eco del *Mío Cid*, he sentido la unión del cielo y la tierra. La tierra, llena de cielo, y el cielo, henchido de tierra. Y he visto los atormentados personajes del Freso como hundidos en un barranco en que yo los veía al resplandor de un relámpago, que luego Jehová detuvo un momento para fijarlo en el tiempo. Y al lado del Carrión, el río de Alonso de Beruete y de Jorge Manrique, he oído sus cosas:

Nuestras vidas son los ríos

que van a parar al mar.

Por esas aguas van las sales de los huesos de los que allí descansan; van al mar, acaso camino de

América, adonde fueron sus antepasados. Permitidme también que recuerde, ya que estamos en una fiesta de versos, otros versos, no míos, sino el soneto de García Tassara en el que dice que

… su primavera no volverá,

su invierno es eterno,

¡No! El invierno no es eterno. Cuando se ha buscado, la primavera es la eterna. Durará lo que nuestra vida y después de nuestra muerte.

TODO Y NADA. SIEMPRE Y NUNCA. SÍ Y NO.

Los poetas del cielo soñaron frutos del trabajo, flor del juego en el más alto sentido de la vida. El Hacedor hizo la tierra jugando, y sigue jugando con nosotros. ¡Qué le vamos a hacer, si es cosa de juego! Carducci dijo: "Mejor es trabajando olvidar, sin indagarlo, este noble motivo del universo." Pero no puede ser; cuando se trabaja, se indaga. Muchas veces nos lanzamos a acciones para acallar voces interiores, voces llamando al último fin, que no es otro que la contemplación, y entonces piensa uno en esas palabras que llegan a extrañarnos por terribles: "Todo y nada." "Siempre y nunca." Yo pienso también en estas dos palabras, que son, como aquellas, terribles y extrañas: "Sí y no."

Ahora, dejadme que en esta devoción mía yo os diga que lo más hondo que puede hacer la tierra y la lengua, carne y espíritu, es hacer patria. Lo mismo que el arado penetra en las entrañas de la tierra, remozándola, para sacarle su fruto, así nosotros debemos también remozar nuestra lengua, la lengua madre, para tener también en ella una hija nuestra. Esto lo sabéis aquí, pueblo de huertanos trabajadores, con sed de agua y de otras comodidades. Después de todo, la flor es con nosotros. La tierra ha tenido que nacer, tierra hija y lengua hija y madre. Hija o madre, es igual.

UNA MUJER ES SIEMPRE MADRE, AUNQUE MUERA VIRGEN

Solía ser costumbre en estos actos dedicar unas palabras a las mujeres. No me gusta clamarlas, señores. Lo mejor que se puede llamar a un hombre es hombre. Pues a una mujer, mujer. Estas palabras eran una especie de flores por las que quedaban sujetas a un estado de inferioridad, y se dejaban las cosas serias para los hombres. Hoy, que ya se les ha concedido el voto, ya se les ha concedido todo. Están en las mismas condiciones que nosotros, tienen las mismas características.

¿Cómo voy a ignorar que lo que más puede distinguir a vosotras de nosotros es la maternidad? Toda

mujer tiene algo de madre desde su nacimiento. Es siempre madre, aunque muera virgen. Sucede en todas partes, y acaso más que en ninguna en España, donde tan honda y entrañada está la maternidad, que hasta esas mozas sin familia, de esas pestañas largas, pestañas uñas de sus ojos, con las que a veces cogen un mosquito y lo devoran, tienen el sentido del pudor maternal. Lengua, madre o hija.

Lo mismo que los que trabajáis la tierra, deteneos los que trabajáis la lengua.

Yo, que muchas veces he pensado, he creído en los sentimientos de la mujer, creo que ha de ser un momento de una gran dulzura, cuando se llegue al fin de nuestra carrera, poder cerrar los ojos en el regazo de una hija que sea a la voz de nuestra madre y sonreír desde allí a la vida que pasa. ¡Que nos ayudéis, que seáis, verdaderas madres de la patria! Así lo espero. Creo que contribuiréis a hacer con nosotros esta España que nace. Creo en esta primavera en flor. Primavera mejor que cuando llega el fruto. Espiritualmente, la flor.

CUANTOS MÁS AÑOS CONTAMOS, MÁS JÓVENES SOMOS PARA EL PASO DE LOS SIGLOS.

Por eso, yo, que me burlaba de los Juegos Florales, a los que llamaba frutales o fructíferos, he venido aquí a decir que quizá no estaba en lo cierto. He vuelto a mi oficio de antaño, que viene de poético, de divagatorio y de político, haciendo a mi manera política, que la política requiere algo de profético. Yo no sé si las palabras que he leído de Cánovas me las tendréis alguna vez que aplicar a mí mismo. Creo que no. Creo que he logrado mis más íntimas apetencias. En esto se engaña también la gente. Hay quien cree de hombres que tienen apetencias de poder, y ellos lo que desean es ser maestros del bien decir. No está en mandar, en "su" mandar, por espíritu de palabra; que su palabra siga resonando después que su boca se cierre y su lengua se pegue al paladar. ¡Aunque cualquiera conoce los repliegues del corazón de un hombre público!

Yo espero volver otra vez a esta ciudad, que más que ciudad es una gran alquería, a la que el mayor encanto que le encuentro es que sus principales monumentos sean los montones de las verduras de su huerta; acaso venga a agitar otros sentimientos y pensamientos; pero por hoy tengo que volver al punto de partida, al fruto del trabajo, a la flor del juego. Vuelvo después de este silencio a la antigua vida. Los años no cuentan; cuentan los siglos de tradición que llevamos en el espíritu. Cuantos más años contamos, más jóvenes somos para el paso de los siglos. Ahora yo, más que nunca, veo y siento la niñez de España. No es la primavera, sino algo más pueril y primitivo. A vosotras, mujeres, que de estas cosas tenéis un sentido más íntimo, os pido que cojáis a España, a la República, que ahora está en su infancia, y hagáis de ella vuestra hija, para que luego, cuando la sintáis como madre, nos reciba también como hija, sobre cuyo seno podamos reclinar la cabeza, sonriendo a la vida que pasa.

Una clamorosa ovación acogió las palabras del Sr. Unamuno.

Sobre el pleito dinástico

El Sol (Madrid), 3 de abril de 1932

En estas mismas columnas apareció el Jueves Santo *Una lección de Historia*, por el Conde de Romanones, en el que este viejo político liberal comentaba los cambalaches y conchabamientos de la Reina Gobernadora, doña María Cristina, viuda de Fernando VII, con su cuñado D. Carlos —Quinto para los tradicionalistas—, y el conde liberal decía que "si bien por tal camino quedaba resuelto el pleito dinástico, no era menos cierto que resultaba vencida la causa de los que, siendo monárquicos, su monarquismo tenía como base la Constitución y el régimen parlamentario". Y en aquel artículo aludía el Conde a ciertos "¡dichosos manifiestos!"

¡El pleito dinástico! El tal dichoso pleito nunca lo fue, en rigor, de legitimidad sucesorial, sino de doctrina política. Fue la lucha entre el llamado tradicionalismo y el liberalismo, aquel liberalismo que los espíritus superficiales, a la moda del día que pasa, declararon pecado de moda. Siempre lo creímos así, y nos lo ha corroborado una vez más cierto folleto que se dice "estudio jurídico, histórico y político", y se titula: *El futuro caudillo de la tradición española*, y está escrito por D. Jesús de Cora y Lira, del Ilustre Colegio de Abogados de Madrid. Folleto en que este tradicionalista de la tradición borbónica carlista —porque hay una tradición, acaso tan antigua, liberal— pone bien en claro el tal pleito.

Pues a vueltas del Reglamento de Felipe V. duque de Amjou, y de todo eso de la ley sálica, y si se ha de *preferir* para la sucesión a los varones, sin *excluir* por ello a las hembras, y a vueltas de la Pragmática de Fernando VII —tan odiado por los carlistas como por los liberales—, se traen palabras del primer duque de Madrid, el Carlos VII de ese tradicionalismo, en que decía que si "la dinastía legítima que nos ha servido de faro providencial estuviera llamada a extinguirse, la dinastía de mis admirables carlistas, los españoles por excelencia, no se extinguirá jamás". ¿Y en qué fundan esos tradicionalistas del carlismo la ilegitimidad de la rama procedente de Isabel II, la que pretende ahora conchabamientos con los leales del viejo Alfonso Carlos I, que así le llaman? No en términos de derecho sucesorio, sino en que ha pactado con la Revolución —¡vaya revolución!—, con el liberalismo, que es pecado, por ser el complejo de todas las nefandas herejías modernas, las condenadas en el famoso *Syllabus d*e Pío IX.

Bien claro se le dice allí al nieto de Isabel II que aunque se arrepienta… "¡Qué dicha, qué gloria para todos, qué satisfacción para la Iglesia, ver a un arrepentido —y más si es un príncipe— atravesar las puertas de un monasterio buscando un refugio piadoso donde hacer penitencia, en pos de un consuelo y de una reconciliación!" Sí pero, "no pensará nadie —prosigue— que ese hipotético arrepentimiento… ha de tener otro premio y otra recompensa que el perdón de nuestro Señor. Si del arrepentimiento hubiera de seguirse un bien material y terreno habría una *habilidad*, pero no el dolor profundo y sincero del arrepentido." Y he aquí al nieto de Isabel II, al que ha querido acaso casar la tradición carlista con la liberal, rechazado por ambas y a culpa de habilidades.

Y viene la descendencia del hábil, y habla el folletista de "la culpa de los padres". ¿Cuál la de los hijos, pobrecitos infantes? "Los hijos que nacen —escribe— de uniones ilegítimas no son responsables de los hechos de sus padres; pero siempre llevan grabado el estigma de sus progenitores; los que padecen enfermedades específicas o alcohólicas suelan engendrar seres llenos de alifafes y de lacras, y, sin embargo, no tienen éstos culpa de los vicios de los autores de su vida." Así el Sr. Cora. ¿Y cuál la culpa de los padres de esos infantes hoy proscritos? ¿Cuál otra que el terrible pecado original de la civilización moderna, revolucionaria, el liberalismo?

El folletista, refiriéndose nominativamente a D. Juan de Borbón y Batenberg, nacido en 1913, y a su hermano D. Gonzalo en 1914, pues a los otros dos los excluye por obvias razones pasándolos en piadoso silencio dice que no se sabe que hayan abjurado, y edad tienen para ello de la culpa de sus padres, y añade: "Si los principios revolucionarios son un error condenado por la Iglesia, de que deben acusarse los que los profesan, ¿cabe duda de que por las respectivas (culpas) de esos Infantes, se incurrió en las sanciones religiosas como pecadores y herejes?" ¡Pobrecitos Infantes pecadores y herejes! Enfermedad la de la herejía liberal, mucho más grave que las meramente carnales que hayan podido heredar los otros. Que no hay hemofilia ni sordera peor que las del liberalismo. Y el liberalismo más grave el de habilidad, el maquievélico, como el de Fernando VII de 1820 a 1823, pues es pecado contra el Espíritu Santo para el que, según el sagrado texto, no hay perdón. Graves, sí, gravísimos los liberalismos todos, pero el más grave el hábil, pues resulta que por confundir el haber con el deber la habilidad se vuelve debilidad. ¡Terrible el liberalismo en que hemos sido engendrados tantos españoles del siglo de las luces revolucionarias! El que esto escribe oyó estallar en su casa las bombas de los carlistas, y lleva en su sangre la herejía consentida.

Miremos, pues, lo que hay debajo de este pleito que se dice dinástico, y como los conchabamientos entre Alfonso de Borbón y Habsburgo-Lorena y Alfonso Carlos de Borbón y Este no lograrán casar el liberalismo con el carlismo, ni menos restaurar la Monarquía, definitivamente, creemos, perdida, y más la absoluta, que una y otra tradición, la liberal y la carlista, rechazan de consuno. Y veamos cómo la cura del llamado ahora cavernicolismo —de derecha o de izquierda— no está en confusionarias novedades de moda, sino en el tradicional, genuino y castizo liberalismo español, herético, al que le falta aun por sacarle mucho jugo la República. Y que no es ni de izquierda ni de derecha —¡fatales términos de cajón!—, sino de frente y de cara al sol de mañana.

Actuación y situación políticas

El Sol (Madrid), 7 de abril de 1932

¿Que te aconseje en qué *juventud* has de situarte, o sea en qué partido te has de matricular? ¡A buena parte, muchacho! Porque tú andas al husmo de la brisa —o ventarrón— que pasa, y a falta de vocación

buscas colocación. Lo que es muy natural y muy histórico; pero ¿llamarme a consejo a mí? Vamos, sin embargo, a hablar de eso que llaman política en sentido diferencial, estrecho o, si quieres, técnico.

Hasta nueve partidos, o mejor clientelas, republicanos gubernamentales —que aspiran a gobernar desde el Poder, entiéndase— conocemos, y que son —los cito en un orden cualquiera—: socialista, radical-socialista, radical, federal, acción republicana, al servicio de la República, republicano conservador, liberal-democrático y progresista. Sin que asegure que no dejemos fuera algún otro partido o cacho de él. Y que dan, claro, los que llaman extremos, ya de izquierda, ya de derecha, según esta tan cómoda clasificación espacial. Y especial. ¿Sus diferencias programáticas? No seré yo —¡líbreme Dios!— quien me atreva a señalarlas. Les temo, además —llevo más de cuarenta años de catedrático oficial—, a los programas o prólogos, ateniéndome mejor a los *metagramas* o epílogos. No el "¿que venimos a hacer?" de apertura de curso, sino el "esto hemos hecho" de cierre de él. Yo no sé bien en qué se diferencian ideológicamente unos de esos partidos de los otros, ni sé si sus partidarios lo saben. Acaso los federales, que tienen su Corán y su Mahoma. Aunque hay que decir, en su abono, quee son los más consecuentemente liberales. Y todo lo demás de derechismo o izquierdismo no son más que vaciedades.

Y vamos a lo de situarte. Habrás leído que uno de los caudillos de uno de esos partidos dijo una vez esto: "Yo estoy donde estaba." Lo cual es cosa de situación y no de actuación, es cosa de estar y no de ser. Habría sido cosa de ser y no de estar si hubiera, dicho: "Yo soy el que era." Y para seguir siendo el que se era es preciso muchas veces dejar de estar donde se estaba. Porque —tengo que repetírtelo— actuar no es situarse, ni la actuación es situación. Ni es conveniente sacrificar la esencia a la estancia, el ser al estar. Y en cuanto a esto mismo del ser…

Permite que te cite —y no me lo tomes a pedantería de profesional de helenismo —aquella admirable y honda sentencia de Píndaro cuando decía: "Hazte el que eres." ¡Hazte el que eres! Porque lo que se es, es un producto del hacerse, de lo que uno se hace. Cada espíritu humano es un hecho, y un hecho en gran parte de sí mismo. Cada cual es su propio hecho y su propio hacedor, (Acaso convendría desgajar el término *hechor* de sus compuestos bienhechor y malhechor, y decir que uno es su hecho y su hechor.) Cada espíritu humano es un hecho —no un suceso— histórico y un hacedor histórico. Y la Historia no es un punto estático, sino una línea dinámica. Línea que no es menester que sea recta. Es más viva una curva esférica, o elíptica, o parabólica, o hiperbólica, o espiral, o como sea. Lo que hay que conservar es la línea. La consecuencia lineal es tan consecuente como la puntual, y es más viva. Consecuencia, bien lo sabes, supone secuencia, seguimiento, y lo que se está, lo puntual, no se sigue. Estar, pues, donde se estaba no es consecuencia, sino paro. O parada.

Me dirás que tú todavía no te has hecho, no te has podido hacer. Y que es precisamente lo que buscas. Pero para ello lo que tienes que hacer es actuar y no situarte. Y actuar en tu caso y a tu edad es, sobre todo, pensar. Déjate, pues, de programas de partidos y piensa la democracia, y la conservación, y la tradición, y el radicalismo, y el progreso, y la sociedad y el liberalismo…, piensa la Historia. No la concepción materialista de la Historia, sino la Historia misma. Y aunque me acuses de paradojista, o de conceptista, te diré que es mejor darse a la concepción histórica de la materia, o sea de la realidad

exterior.

Ya sé, ya sé lo que me dirás, y es que en este sentido que soléis llamar idealista, y que es el más realista de todos, te sientes llamado, te sientes con vocación a los ideales que se llaman extremos, al comunismo una veces, al fajismo otras. Acude, pues, a tu vocación y piensa la Historia conforme a ella, que ya se enderezará tu pensamiento. Aunque ello, claro está, te impida situarte. No comprendo una juventud gubernamental como no sea la de los meritorios. Y esto, bien lo sabes, no es cosa de vocación, sino de colocación.

Piensa nuestra historia, la historia española contemporánea, piensa la historia de nuestros partidos y sentirás cuan vacía de sentido histórico está. Y que los partidos que se llaman por antonomasia históricos son los menos históricos. Y te darás cuenta de cómo lo más propio del republicanismo histórico ha sido conservar la Monarquía, y cómo ésta cayó al empuje de otras fuerzas menos *puntuales*. Porque el republicanismo histórico estaba frente a la Monarquía; estaba, pero no era; se situaba más que actuaba. Porque no puede llamarse actuación a aquellas pobres conspiraciones sin verdadera respiración. La historia del republicanismo apartaba a la República de la historia de España. El partido republicano era una situación.

Claro está que no he de pretender mostrarte a esa novena de partidos en una línea de derecha a izquierda o de delante a detrás, pues sería acaso más adecuado presentarlos ramificados y hasta con entrecruzamientos de las ramas. Y en cuanto a más o menos radicales, como radical viene de raíz, habría que averiguar cuáles son las raíces de una concepción política. De que hay que arrancar algo radicalmente, de raíz, se ha sacado un arranque radical, como de la frase de que falta materialmente tiempo, se ha sacado el disparate de que falta tiempo material. Y en todo caso, distinguir palabras es distinguir conceptos.

Con esto, según ves, no tiro tanto a marcarte un método de tratar los problemas políticos como un estilo de tratarlos. Y si me dijeres que esto no pasa de literatura política, te diré que lo otro, si es algo, es política literaria. Total: ¡empate! Que así actúo sin tener que situarme. Y procuro actuar aclarando con el lenguaje el pensamiento de historia.

La consumación de los tiempos

El Sol (Madrid), 10 de abril de 1932

Otra vez más, dejando gacetillas de la actualidad que pasa, nos es menester asomarnos a documentos de la posibilidad que siempre queda. Y hacer esfuerzo por penetrarlos. Mucho importa la limpieza de sangre y de intención, pero importa más acaso la limpieza de pensamiento y de razón. Y es el lenguaje

el que los limpia.

El liberalismo es un método —y no solo de gobierno— y a la vez es un estilo. Todo método es estilo, y todo estilo es método. Camino para recorrer el viaje sin fin y sin posada última. Y el liberalismo es un método, es un estilo espiritual. Liberalismo es espiritualismo. Espiritualismo, mejor aun que idealismo. Que hay idealismo materialista. Y mecánico. Espíritu no es máquina. Historia no es mecánica. Y si se dijo que el progreso lo hacen las cosas y no los hombres, es que no se quiso ver que la cosa suprema es el hombre movido de hambre de libertad. Si hay una doctrina sedicente, concepción materialista de la historia, mas no sería sino muy atinado hablar de una concepción histórica de la materia, que hasta la física entra en la psicología, o sea, la naturaleza en la historia. ¿Biología? No, sino primera biografía. Pero parémonos a esto de -logias y -grafías.

La biología guarda con la biografía poco más o menos la relación que la geología con la geografía —la humana, se entiende—, o que la cosmología —producto escolástico y abstracto— con la cosmografía. A la sociología, también escolástica, podríamos oponer una sociografía, que no es sino la historiografía. Y lo que se llama teología, cuando es algo vivo, humano, espiritual, histórico, es propiamente teografía, descripción del Dios de los dioses que nos hemos pensado. La biología quiere hacer del hombre una cosa, una cosa sujeta a la necesidad de vivir; pero la biografía nos le muestra un hombre, un hombre dueño de la libertad de pensar. Y sobre todo de pensarse. Y la libertad de pensar y de pensarse —que no hay que confundir con el vulgar librepensamiento a compás y escuadra— es el cimiento del liberalismo, método y estilo.

¿Que el liberalismo pasó ya de moda? Nunca fue de ella. El liberalismo ni es ni ha sido cosa de moda. No es moderno, de ninguna época, sino de siempre, sempiterno. No es su prez modernidad, sino sempiternidad. Y con ello, aboriginalidad. Porque lo que es siempre, sempiterno, es lo aborigen, lo originario de una historia cualquiera. Que no son propiamente aborígenes los prehistóricos —si es que los hay—, los meros salvajes, los hipotéticos trogloditas que no se pensaban de tal o cual pueblo, con su propia tradición. Ya en el totem alboreaba la libertad de pensamiento. Y el bisonte mágico de la cueva de Altamira apenas si tiene que ver con el bisonte de carne que hartaba las tripas de aquellos cavernícolas ibéricos. Los que pintaron aquellas pinturas eran ya liberales, Los otros, los no liberales, se reducen a besar las pinturas que hicieron aquéllos. Para éstos, para los no liberales, las creaciones del espíritu, del pensamiento libre, se convierten en fetiches y amuletos. El que herró su caballo para mejor poder cabalgar en él, no recoge la herradura, ya roñada y rota, para que le sirva de amuleto. Ni el que se crucificó hace de la cruz un fetiche. Es decir: un hechizo. El liberalismo, sempiterno y aboriginal, rechaza toda hechicería.

¿Tradición? ¿Habrá que repetirlo otra vez? Tradición —*traditio*— es trasmisión, y la trasmisión no es lo trasmitido —la *traditio* no es lo *traditum*—, como la producción no es el producto. Y trasmisión que no cambia trasmitiendo lo trasmitido es cosa muerta, servil. ¿Tradición de libertad y de liberalismo? De siempre que hay historia. Y lo es en España desde que hay España, toda la de antes de Recaredo, como lo es toda la que siguió a éste y en entrañada continuidad. Que tradición es continuación. Felipe II fue, en el fondo, tan liberal y, en rigor de dialéctica, tan hereje como los arrianos visigodos. No le valió al

Pontificado, sino que se valió de él el hijo del Emperador, que ordenó al Condestable de Borbón la entrada en Roma, a que se siguió el saqueo. Y los Borbones, aun en la tradición de Luis XIV de Francia —"el Estado soy yo"—, civiles, esto es, liberales, aun a su pesar. Entre ellos el gazmoño Carlos III. El ultramontanismo fue en España ultramontano, de allende los montes. Y aun en doctrina —en doctrina doctrinaria— el ultramontanismo español, lo que luego se llamó integrismo, nos vino de Francia. Y es muy significativo que a apoyar con las armas el absolutismo de Fernando VII, el genuino rey absoluto de España, vinieran los cien mil hijos de San Luis. De San Luis de Francia, ya que no le apoyaran los hijos de San Fernando.

Lo que se llama ordinariamente tradicionalismo es una doctrina dogmática, esto es, cuajada o solidificada y sin fluidez. Sus postulados doctrinales son otros tantos témpanos, cuajarones de hielo. Y los témpanos, el agua helada y solidificada, pesan menos que el agua fluida y corriente. El agua corriente de un río pesa más que el hielo y corre mejor sin perder su continuidad la vena. La presa de un molino detiene a los témpanos, pero pasan sobre ella las aguas vivas. Y en saltos mueven turbinas. Por otra parte, los témpanos del tradicionalismo dogmático son arrastrados por la corriente viva de la historia, que los trasporta y que a la vez los va derritiendo por su base. Entre nosotros, en España, el tradicionalismo tradicional está continuamente socavado por el liberalismo, tan tradicional como él. Y de aquí que el puro, el neto, sea cada vez más un bicho raro. Un ser fantástico soñando siempre en un siglo futuro que siente que no ha de venir sino en la consumación de los tiempos, en la fin del mundo.

Aniversario de la República. Un discurso de D. Miguel de Unamuno

El Sol (Madrid), 15 de abril de 1932

SALAMANCA 14 (11 n.).—*Uno de los actos más brillantes celebrados hoy ha sido el organizado en la Universidad por los estudiantes. Primeramente, el estudiante don José Carrasco pronunció breves palabras, recordando la intervención de los escolares en el advenimiento de la República.*

El gobernador civil, Sr. Joven Hernández, dijo que en estos momentos se sentía y consideraba un alumno más, y que venía a escuchar con recogimiento al maestro Unamuno. Saludó a los estudiantes que le habían invitado a tomar parte en el acto. Agradeció, en nombre del Gobierno de la República, el homenaje que se la estaba tributando.

Habló después D. Miguel de Unamuno. Al levantarse el sabio profesor, el público, puesto en pie, le tributó una gran ovación, oyéndose vivas a Unamuno, a la República y a España.

El Sr. Unamuno pronunció el siguiente discurso:

Señoras y señores, estudiantes de España: Al venir a conmemorar el primer aniversario del advenimiento de la República en España en esta santa casa (no hay santidad como la del estudio y de la investigación científica); al venir a esta Universidad, en esta escuela salmantina, me conviene hacer un brevísimo, muy breve examen de conciencia; una breve, brevísima revista histórica.

Fue en 1890 —pronto hará cuarenta y dos años— cuando llegué a esta Universidad salmantina. La encontré, como la ciudad toda, hondamente perturbada por luchas de carácter político; político, y hasta cierto punto profesional. Acababa, de morir un prestigioso profesor de esta casa, a quien no pude conocer; y acababa de morir fuera del seno de la Iglesia católica, en que había nacido y vivido, lo cual dio lugar a ciertas modificaciones en su entierro, que no fue acompañado por todo lo que ordinariamente ha acompañado aquí a los profesores de esta escuela. Y trajo esto una profunda división, una lucha, no ya entre los maestros y alumnos, sino que se extendió a toda la ciudad. Cuando yo llegué, tomé parte en aquella lucha política, que vivían entonces profundamente las masas, los escolares, los ciudadanos todos de Salamanca.

Naturalmente que esto no tenía repercusión en las calles. Todos pueden decir que ninguno de nosotros, absolutamente ninguno, aprovechamos jamás la cátedra, santidad que todos respetábamos, para propagandas de cierta clase. Por aquí han pasado toda clase de gentes: sacerdotes, regulares, hasta algún obispo he tenido en mi clase. Jamás nadie podrá decir que dentro de la clase se hicieron propagandas de ninguna índole.

Como os digo, vine en época en que estaba hondamente conmovida la ciudad. Y tomé parte en la lucha, no sólo en aquella lucha, sino que, a poco de llegar, me incorporé al movimiento obrero. Y vosotros sabéis que tanto como esta casa y mi cátedra ha sido una de mis tribunas la Casa del Pueblo, instalada en el Arco de la Lapa, y en ella yo he ido dejando grandes pedazos de mi alma. También sabéis que si alguna vez llegaron a ocupar esta tribuna elementos obreros, fue en mis tiempos, para que se oyera su voz, que nos aleccionara, porque ellos saben de otras lecciones que nosotros ignoramos.

Vino luego aquella época de hondo recuerdo en que fui elevado al Rectorado de esta Universidad. También entonces empezaron las luchas, y por cierto me encontré con que regía la diócesis un obispo, con el que me enfrenté en las luchas algunas veces. Nos arreglábamos bastante bien. Y eso que no dejaba de haber ciertas gestiones para ver si me podía apartar de este puesto no por otra causa que la de mi herejía. Sin embargo, hay que decir que gracias a la prudencia o a la sagacidad de doña María Cristina de Habsburgo y Lorena no llegó a haber más cuestiones personales. Entonces, en todo el tiempo que yo estuve rigiendo esta Universidad, había una gran neutralidad oficial. Cada cual acudía a los actos conforme a sus convicciones. Yo no acudía a ninguno de ellos. Y ved cómo cuando yo llegué había una lucha por si el enterramiento de aquel ilustre profesor iba a cumplir o no el rito. Siendo yo rector, fallecieron fuera del seno de la Iglesia dos doctores de esta casa. El Claustro de esta Universidad asistió a dos entierros civiles.

Continuaba la lucha, y continuaba yo fuera de aquí, prosiguiendo la batalla que había comenzado, cuando vino aquel hombre a quien quiero recordar, y a cuyo lado me senté alguna vez en este mismo

sitio, cuando pronunciaba algún discurso que redacté yo. Vino después el pleito de las responsabilidades. La diferencia fundamental entre un régimen monárquico y un régimen republicano es que la soberanía sea o no sea responsable. Y yo oí de labios de aquel a quien me he referido que estaba dispuesto a renunciar a todo y hacerse responsable. Era un pleito de responsabilidades. Para defender la irresponsabilidad, la trágica irresponsabilidad, vino la Dictadura. No bien se estableció en nuestra patria, me encontraba yo en una ciudad castellana, en Palencia, y cuando casi todo el mundo, de un lado y de otro, la recibía con cierto regocijo, el mismo día me alcé contra ella. Me bastó ver aquel manifiesto en que se hablaba de orden y castas. Castas, no. Un pueblo libre no puede estar sometido al dominio o a la dirección de una casta cualquiera o de una clase social, económica o profesional. Castas, nunca. Me levanté y empecé una lucha contra la Dictadura, que pretendía guardar la responsabilidad del Monarca; que, en realidad, trataba de establecer su propia irresponsabilidad.

Y vino aquel día, para mí inolvidable, en que salí de esta ciudad, a consecuencia de uno de aquellos escritos, en que procuraba levantar el ánimo de los ciudadanos españoles y, sobre todo, de la juventud española, en la que esperaba más que en nadie, porque sentía dentro de mí el renacimiento de la juventud, ya lejana. Nunca olvidaré aquel 21 de febrero de 1924, cuando fui arrancado de mi casa, a los cincuenta años justos del día en que también en mi hogar en Bilbao, caían las primeras bombas de los carlistas. Nunca olvidaré aquel día… Nevaba; salía de esta ciudad, de esta Universidad, escoltado por el cariño y por el aplauso de los estudiantes de Salamanca, a los que había contribuido a formar su vida. Y allí desde el destierro, primero en aquella bendita isla de Fuerteventura, que siempre recordaré con gran emoción; después, en París; luego, en la frontera, dando vista a la montaña de mi nativa tierra vasca, y más tarde aquí, continué esta lucha, continué siempre esperando en vosotros, esperando siempre aquel movimiento, que cayera aquella decoración. Porque no era más que una decoración.

Bastó la voz de la juventud española para derribar completamente aquella decoración. ¿Quién no recuerda las luchas estudiantiles en Madrid y en toda España? ¿Aquello que se llamó el artículo 53, en que se trataba de establecer, no la libertad de enseñanza, sino un privilegio?

La lucha en derredor del art. 53, en que se formó la división entre los mal llamados estudiantes católicos y los otros (esto de los estudiantes católicos nació en tiempos de Silió, cuando se trataba de la autonomía universitaria, entendida de un modo que acaso hubiera mantenido la verdadera libertad de la Universidad española); aquella lucha tomó algunas veces caracteres harto violentos, y pasó el tiempo. Cayó aquella primera Dictadura, que fue sustituida por otra, más blanca, acaso más transigente. No olvidaré nunca aquel 21 de febrero de 1924, enlazado con el día en que, casi por la misma fecha, volvía a entrar, acompañado por el latido de vuestros corazones y de vuestro entusiasmo, en esta ciudad, en esta santa casa, para reintegrarme a mi magisterio de la enseñanza. Esta casa, en la que se habló tanto de tradición —se habla muy bien—; pero la tradición de esta Universidad, a pesar de que se la llamó, por unos, “fortaleza de la ignorancia”, y por otros, “ciudad fantástica”, la tradición de esta Universidad no es sino de lucha, de encuentro de opiniones.

Aquí fue perseguido por la Inquisición fray Luis de León. Aquí hubo enconadas luchas continuamente. Aquí no hubo nunca un dominio absoluto de ninguno los bandos. Aquí —hay que decirlo— no se

consiguió establecer unificación. Salió de aquí un Muñoz Torrero, sacerdote, que fue presidente de las Cortes de Cádiz en 1812, y ésta fue siempre una cátedra, una escuela combatida por grandes disensiones. En la antigua capilla de la Universidad, las pinturas de cuyo retablo están hoy en la catedral vieja, vi un cuadro que representa a Santa Catalina, y está toda ella desgarrada por una rueda de cuchillos y navajas. Así es la vida de todo el que se dedica al estudio y a la investigación. Así es la lucha de todo centro donde hay una verdadera vida intelectual. Hoy también hay una lucha, y ahora tengo que deciros una cosa, que es de reconocimiento: llevamos un año de régimen republicano, y aun cuando yo, por otros deberes, he estado alejado de esta casa y no puedo estar aquí con frecuencia, porque estoy disfrutando un pequeño enchufe… *(Risas.)*, he podido enterarme de todo lo ocurrido en este año, de todo cuanto ha pasado en este primer curso de la República.

La asiduidad, la regularidad, la asistencia de los estudiantes ha sido ejemplar, como no había ocurrido nunca. En días tradicionales, en que por retozos de mocedad se iban por ahí los mozos, a jugar, este año se ha entrado regularmente en clase.

Y aun diré más. En una de aquellas alteraciones, tan frecuentes en la Facultad de Medicina, una vez, un poco encolerizado, me revolví contra un grupo de estudiantes, y les dije que llevaban zamarra y que tocaban la bandurria. Y casi todos ellos eran de la misma región. Pues es sabido que aquello ha desaparecido hoy y que de aquella región son los que más se han distinguido por su amor a la Universidad.

Y ahora quiero recordar también unas palabras que pronuncié aquí el primer día de este curso y que tuvieron una cierta repercusión en toda España, y aun fuera de ella, sobre todo en los oídos de cierto señor, al que me consta que le hicieron impresión. Aquí, cuando se abrió este curso, hablé en nombre de "Su Majestad España", y como las gentes se apegan a ciertas palabras nada más que por un valor tradicional que tienen, no entendieron bien lo que yo que yo quería decir con "Majestad". Saben los que tienen algún conocimiento de Humanidades, que "majestad" es "mayestad", es "mayoridad"; es decir, lo que está por encima de todo y corresponde a la soberanía. Y al decir "Su Majestad España", quería decir que hoy no hay majestad, que no hay más soberanía que la de España, que la del pueblo español. Es lo que se llama la soberanía popular, por la cual todos, en cuanto tengamos conciencia de ciudadanía y de españolidad, todos somos soberanos.

Decía Cristo: "El reino de Dios está en vosotros." Y yo os digo que la República de España está en vosotros. No está fuera de nosotros, ni está sobre nosotros, sino que está en nosotros. *(Muy bien. Aplausos.)*

Pero esta soberanía del pueblo español, esta soberanía que ha recobrado España, no es irresponsable. Ninguno de nosotros somos irresponsables. Al contrario. En virtud de esa otra soberanía somos mucho más responsables, y pesa sobre todos una responsabilidad muy grande. La soberanía es responsabilidad, y es disciplina. Disciplina —vosotros lo sabéis— viene de "aprender". Enseñando se aprende…, ¡ah, naturalmente!, y aprendiendo se enseña. Yo he enseñado aquí a generaciones de muchachos de esta nuestra España. Pero ellos me han enseñado a enseñarles. Y al enseñarme a

enseñarles, me han enseñado a aprender.

Yo, pues, que he aprendido con vosotros a enseñar, os digo que tenemos en nuestras manos a España, y no podemos entregarla a una Dictadura irresponsable, o a una oligarquía, o a unas castas, o a una clase, o a un partido. No; tenemos que hacer que se salve. No salvándonos nosotros, sino salvando a los demás. Todos somos corresponsables. Todos tenemos la responsabilidad del momento. Espero, pues, que de esta santa casa salga, merced al régimen republicano, la conciencia de la responsabilidad de España ante la Historia.

A nuestra España le queda todavía una labor que hacer. Vosotros, cultivando el estudio y la ciencia, haréis que se ensalce su prestigio. Yo espero que la reponsabilidad, la disciplina, que corresponden a nuestro deber, hagan que España cumpla su misión de difundir la libertad, la justicia, la hermandad y la fe por el mundo entero.

Y ahora, refrescados por esta fiesta, volved al trabajo. Trabajar es orar. El que da con el mazo, ruega a Dios. Y Dios le oye. Asentemos una República de hombres libres, responsables y disciplinados, y como decía Cristo, hagase la luz, para que podamos encaminar al fin a esta España por un camino de gloria.

Al terminar su discurso, el señor Unamuno fue objeto de una clamorosa ovación y de entusiastas vítores.

Unas cuartillas de D. Miguel de Unamuno

El Sol (Madrid), 15 de abril de 1932

SALAMANCA 14 (12 n.).—*Mañana publicará "El Adelanto" las siguientes cuartillas de D. Miguel de Unamuno:*

Hoy hace un año, acabábamos de llevar al concejo del Municipio de Salamanca una mayoría reblicanosocialista, y la habíamos llevado en medio del estupor de los más de los ciudadanos, del estupor de los mismos que lograron el triunfo. Con ello se volvió a una tradición de este Concejo, en el que, cuando yo llegué acá, hace cuarenta y dos años, todavía dominaban los republicanos, más aun que por el número, por el esfuerzo. De lo que desde entonces a hoy, en este año, ha pasado, y de lo que ha quedado, no es hora de hacer el balance. Los árboles nos impiden ver el bosque. Es menester cierta lejanía para contemplar la Historia. Pero para sentirla, no hace falta lejanía. Se la siente mejor en el seno vivo y palpitante de ella misma. Y, por lo que hace a la Historia que estamos viviendo, a la de este primer año de República, que fina hoy, hay que decir que emoción republicana, lo que se llama así, no es concepción republicana. La concepción pide distancia. La emoción exige tope.

He oído muchas veces narrar aquí, en esta ciudad, cuna de mis hijos y de mis obras de espíritu, los fastos de aquella revolución de 1868, tal como aquí se hizo, y los de la República de 1873, en Salamanca; aquel pintoresco, ingenuo, candoroso y limpidísimo cantón salmantino, y los méritos de sus hombres, algunos de los cuales tan gran parte tomaron en los destinos públicos de toda España. Y espero que cuando hayan pasado otros sesenta años, los salmantinos que nos sucedan, al recorrer la crónica local de este año que acaba, sientan por nuestra historia la misma ternura que sentimos al recorrer la crónica de aquellos honrados, sencillos, candorosos, nobles ciudadanos de la Salamanca de entonces, que es la de siempre. Y ésta será nuestro gloria.

Miguel de Unamuno.

Salamanca, 11 de abril del 32.

Nuestra España

El Sol (Madrid), 17 de abril de 1932

¿En qué recodo de esquina de España hallar sosiego seguro en estos nuestros tiempos seglares que se amontonan entrechocándose? Sosiego para recobrar huelgo, y después... ¿Después? ¡Sosiego! ¡Qué palabra tan nuestra, tan castellana!, de las que se paladean. "¡Sosegaos!", solía decir Felipe II de España, el Prudente, a los que se estremecían ante su mirada de acero limpio y dulce. "¡Sosegaos!" Sosiego el del cartujo que se aceita para el viaje sin fin y se olvida, en puro pensar en ello, de que tiene que morirse, y le deja el orujo al cerdo —o al jabalí—, empeñado en hozar trufas en tierra. ¿Dónde hoy el sosiego íntimo en España? Que el sosiego no es fiesta, ni menos festejo, no es esparcimiento, sino recogimiento. El sosegado no se esparce, sino que se recoge. En la fiesta suele haber desasiego, que se trata de ahogar con la fiesta misma. El silencio del sosiego bizma al ánimo como no le bizma la música de la fiesta. Y si la muerte llega, según el inmortal coplero, "tan callando", es porque con su silencio nos briza para el sueño de la eternidad. ¡Sosiego seguro y silencioso! ¿Dónde encontrarlo hoy?

¿Dónde? ¡En el seno mismo de la batalla inacabable! Pasé más de una docena de años de mi apretada mocedad trabajando en una obra, en una especie de epopeya de la guerra civil que brizó los ensueños civiles de mis años mozos, a que titulé *Paz en la guerra*, y dentro de aquel trabajo, que era también, a su modo, una guerra, hallé paz y el contento que la paz ganada en guerra trae consigo "Hay que trabajar, nada más que trabajar"—"Il faut travailler, rien que travailler"— le escribía el gran escultor Rodin al gran poeta Rilke. ¿Nada más que trabajar? Pero es que el trabajar, cuando no es trabajo servil, cuando no es maldición del Altísimo, es más que puro trabajo que busca fruto externo. Es rezo y es sumersión en las aguas del misterio del destino. Dar con el mazo es rogar a Dios y pedirle luz.

Porque otro poeta, el gran poeta civil de la Italia unificada, de la tercera Roma, Josué Carducci, dijo: "Meglio oprando obliar senza indagarlo questo enorme mister del universo"; esto es: "Mejor obrando, olvidar sin indagarlo, este enorme misterio del universo." Obrar no es propiamente trabajar tan sólo, pues hay trabajos que se emprenden sin esperanza de rendir obra. Y son trabajos de desesperación, de maldición. Pero ¿es que cabe obrar, conseguir obra, crear algo, sin indagar, por el mero hecho de la operación, este enorme misterio del universo? ¿Es que todo trabajo fecundo no es una indagación de misterio? ¿Es que quien pone toda su conciencia en su propio trabajo, en el de su vocación, no está indagando el enorme misterio de su propio destino? Y en este trabajo se halla sosiego. Como la eternidad no está fuera del tiempo, sino en sus entrañas, así la paz está en las entrañas de la guerra y el sosiego en las de la revolución. Y he aquí cómo al revolver de los años, cuando voy frisando en los sesenta y ocho, me revuelvo a las meditaciones de cuando entraba en mis veinte en aquel mi Bilbao palpitante de los ecos de la contienda civil entre dos tradiciones españolas. Y la contienda sigue. Y sigue la guerra. Pero sigue también la paz.

¡Sosiego! ¡Sí, sosiego! En este trabajo, por ir haciendo la historia de nuestra España —nuestra si la hacemos nosotros—, cada uno según su vocación y su profesión, yo, procurando aclarar con la limpieza de nuestro lenguaje la limpieza de la obra que estamos obrando, en este trabajo, por ir haciendo la historia de nuestra España, el sosiego está en contemplar, en momentos de silencio y seguridad, la Historia ya hecha, en contemplar nuestra obra. ¡Y esto sí que es una fiesta del alma eterna! ¿Que aún queda por hacer? ¿Y quién nos quita ya lo hecho?

Seguimos haciendo a España, que es obra sin fin y obra de continuidad. En cualquier tarea que se nos presente, que nos imponga la Providencia divina, por ejemplo, en lo que se llama la reforma agraria, no se trata sólo, ni aun primeramente, del bienestar material y terreno del pueblo trabajador, se trata de ir formando a la patria para su último destino histórico. Y así, en el caso de esta reforma, se trata de una obra que cuadra al pueblo español como tal. Y aquí, donde vivo y escribo esto, al pueblo castellano. Y pienso, al contemplar las sosegadas encinas, flor de la roca, de los campos que ciñen a esta ciudad gloriosa de Salamanca, encina plateresca y arenisca también, pienso que en generaciones venideras puedan los nietos de nuestros nietos, al pie de esas encinas, no taladas por la ciega codicia de los roturadores, gustar sosiego pensando en nuestras obras de reforma.

Sí, disturbios, cargas, huelgas, atracos, refriegas… e infundios. Y ¿dónde y cuándo no? Lo que no excluye, sino que más bien incluye la íntima paz, la que cimenta la guerra, el sosiego entrañado. Y merced a esos inevitables disturbios, se nos va aclarando el enorme misterio de nuestro providencial destino histórico. Porque nunca hemos pensado más los españoles en lo que ha sido, en lo que es, en lo que será, en lo que podrá llegar a ser España —pensar en lo que pudo haber sido no es sino ocioso desvarío—, que pensamos ahora. Y lo pensamos haciéndola y por hacerla. Y esto sí que es continuar la historia de España —lo de Cánovas del Castillo, liberal, después de todo—, y esto sí que es restauración. En la que colaboran los que se proponen, torpe y ciegamente, estorbar el enraizamiento del régimen republicano, y que son, sin saberlo ni quererlo, la oposición de la República al Gobierno republicano.

¿En qué recodo de esquina de España —os decía— hallar seguro sosiego en estos nuestros tiempos de

lucha civil? No en recodo de esquina, sino en medio de la plaza pública, recogiéndose cada cual, a sus horas, en medio del público esparcimiento. Y cuando nos llegue la que se viene "tan callando", nuestra obra nos abrirá el enorme misterio del destino histórico de nuestra —¡nuestras!, ¡nuestra!— España.

Las dos vertientes de España

El Sol (Madrid), 21 de abril de 1932

Hijo del Cantábrico yo, del golfo de Vizcaya o de Gascuña —Gascuña viene de Wasconia: gascón, de wascón—, recocido en la encumbrada meseta castellano-leonesa, en la cuenca —concha— del Duero, al que va el Tormes, cuenca que fue, se dice, lecho de un mar interior antediluviano, he venido, romero de España, a esta costa alicantina, a esta marina de Levante, por donde nos sale el sol. Y he venido atravesando la Mancha, ese piélago de tierra de Don Quijote, en el que Sancho soñó su ínsula. En Criptana contemplé los molinos contra el cielo implacable. Que ahí, en ese campo de los molinos y de las encinas, el hombre también se recorta contra el cielo y sobre él por fondo. La "extensidad" —e intensidad— del campo es extensión —e "intensión" que se hace intención— del hombre que la pisa y labra y ahonda en ella huesa en que arraigar para la eternidad. Y esa extensión —e "intensión"— se extiende, tensa, en redondo hasta soldarse con el cielo mismo. El horizonte, o sea el lindante, borra las lindes. Y se hace, se tesa, un campo austero, ascético, casto. Como Don Quijote y como también Sancho. Pues hay que ver en el trato todo lo que hay de contención y de contenido contento, sin efusión aparatosa, en la cortesía —no cortesanía— celtibérica, en eso que los franceses solían motejar de "morgue castillane", en la gravedad señoril. En esa gravedad que es tersura, tiesura de dueño de sí.

Luego venía declinando, tendiéndose la tierra hacia la mar, y por fin dimos vista a este Mediterráneo. ¡Mediterráneo! "¡Es un verso adónico!", solía decirme Gabriel Alomar, el mallorquín. ¡Mediterráneo! Aquí, a su vera, las rocosas colinas —pueyos podríamos decir—, sin leña ni pasto, se desnudan ante la mar, para tomar el sol. Pero sufren sed, sed de agua dulce, de sierra, que la de la mar no la apaga. Presidiendo a Alicante, a Alacant, el castillo, roca de mano humana, de Santa Bárbara, en Benacantil, roca de mano divina. Y los ríos —"nuestras vidas son los ríos…"—, ramblas mejor, como el Vinalapó, en Elche, o el Gudalest, llegan secos, sin vida, sedientos, a la mar, que es su último morir. Y he venido de aquellas encinas sosegadas, recogidas y castas, que ocultan, pudorosas, su verde y recatada flor, la candela, a estas palmeras costeñas que se cimbrean, vistosas, a la brisa de la marina y que aparentan hacer muestra de su floración carnosa y encendida. La luz es otra. No la luz de cumbre de tierra —tal la meseta— cruda y cortante, sólida, sino luz de marina, fundente y como liquida. Y los dos, la meseta y el mar, dos espejos del cielo.

Y aquí, en Alicante —Alucant, Alacant—, extremo sur del en un tiempo dominio lemosín, el recuerdo de Don Quijote me trajo el de Tirante el Blanco, uno de los caballeros andantes —a las veces navegantes—

que suscitaron a nuestro manchego. Tirante el Blanco no fue continente, ni contenido, ni casto. La sangre le bullía en las venas, y en el cuerpo le bullía la carne. Y los recuerdos mellizos de Don Quijote y de Tirante el Blanco me han traído —otra vez— la noción de las dos vertientes de nuestra España, la que nos ha hecho y estamos haciendo.

Porque España, de partirla en dos —¿por qué no en tres o en más?—, habría que partirla, no por latitud y longitud, sino según las dos vertientes, según que las aguas de sus tierras vierten al Mediterráneo y a aquella porción del mar del Estrecho que le es aledaña o vierten al Cantábrico y al Atlántico. Y como que cruza y traspasa a estas dos vertientes el río epónimo de Iberia, el Ebro, que al pie del Pirineo nos une. Y lo vigila el Urbión, cuna del Duero, donde nació la leyenda del Cid castellano, conquistador de Valencia. Como Don Quijote, conquistador también del Mediterráneo. Que a ser vencido, conquistado, y con ello a conquistar, pues su vencimiento fue su victoria, le llevó Dios a la playa de Barcelona, al mar latino. ¿Latino allí o fenicio? Aquí, en Alicante, acaso helénico. ¿Y quién se acuerda hoy, ni en su tierra, ni en su marina, de Tirante el Blanco, de Tirant lo Blanc? Ni aunque a la crónica de sus hazañas y proezas se le perdonara el castigo del fuego en el escrutinio de la librería que volvió loco de desatarse a Don Quijote. ¡Y quién sabe lo que acaso habría dicho Tirante el Blanco, en su lengua líquida, al pie de una palmera, frente al mar latino —ellos le decían “mare nostrum”— con un puñado de dátiles en la mano y dirigiéndose a los tripulantes de algún falucho de pesca mientras dormía la vela latina de éste! Pero Tirante no se rozaba con gente tan humilde, de faluchos y de laúdes.

Conquistador Don Quijote, conquistado al desengaño en Barcelona; Conquistadores Cortés, Pizarro, Alvarado…, hombres de tierra adentro, de paramera y de meseta. Que suelen ser los hombres de cumbre, de serranía o de meseta, los que van cobrando tierra, y al llegar a su lindero, a la mar, se lanzan a ésta a cobrar más tierra, en ultramar. Así, en Grecia, los dorios. Los costeros, los de la marina, se arregostan en ésta. Y es de creer que en la cruzada de almogávares, de catalanes y aragoneses, a la conquista del ducado de Atenas, en aquella luminosa cruzada que narró Muntaner, los del empuje serían los de tierra adentro, los de las faldas del alto Pirineo. El empuje de ensanchamiento del solar común, de Iberia, lo dieron, sobre todo, los que dominaban las cabeceras de las dos vertientes. Y en estas cabeceras sonó el verbo imperial. Lengua que se fue liquidando, que se fue en cierto modo ablandando según bajaba, con los ríos, hacia la mar. La lengua robusta, robliza —“robustus” deriva de “robur”, roble—, encinosa, cobra en Andalucía, por ejemplo, aceitosidad de olivo y se hace más resbaladiza, más lúbrica —lúbrico es lubrificante—, menos casta. Y también menos castiza. Pero gana en otra vida terrenal más íntima. Sin que esté de más aquí, a este respecto, el hacer observar que el ya famoso busto de la llamada dama de Elche, se discute ahora que sea dama, y no más bien, digamos… “damo”, una divinidad masculina o femenina, quién sabe si común de dos o ambigua. ¡Hay tantas ambigüedades en nuestra religión popular ibérica!

Y aquí, en este Alicante, al sur del antiguo reino de Valencia, que, Murcia intermedia, se enlaza con Andalucía, se sienta la honda trabazón y la semejanza estrecha entre el dominio lemosín, mejor diríamos catalán, y el andaluz, y cuan profundamente se asemejan estas dos porciones de la vertiente mediterránea. Y todo lo otro, de españoles del Norte y del Sur, no es sino apariencia y norteño un

epiteto engañoso. Hay hombres de llano y de costa, y los hay de sierra y de cumbre, contando como cumbres las mesetas centrales, las de las fuentes de los siete grandes ríos, que cumbres son Burgos y Salamanca, a más de ochocientos metros, y Ávila y Soria, a más de mil.

¿Partido único?

El Norte de Castilla (Valladolid), 23 de abril de 1932

Oímos hablar de partido único. ¿Partido único? La partición excluye launicidad. Aunque no la unidad. Y a este respecto hemos de recordar que hubo en Coimbra un ingenioso profesor de Hacienda pública, de quien se hizo famosa la sentencia de que "el impuesto en Roma empezó por no existir", sentencia hegeliana, y que dividió su libro de texto en… "Parte única". Y no dejaba de prestarse a comentarios esta unicidad del profesor coimbrano.

¿Lo que se quiere llamar partido único habría de ser un partido de unión o una unión de partidos? Que no son lo mismo una cosa y otra. Y hay uniones que dividen o parten más que cualquier otro partido. ¿Qué es lo que llaman unión nacional? ¿Qué fue aquella famosa y engañosa unión patriótica, en la que según sus padrinos cabían todos los partidos y a la que se le llegó a denominar de matriz de partidos? Su punto de unión no era sino el acatamiento de la dictadura. Siquiera se la declarase a esta transitoria.

Un partido único o una unión de partidos, es algo tan deleznable como un gobierno nacional. Que el nacionalismo, sin más, podrá ser —y es mucho conceder— un continente para programas gubernamentales, pero no es un contenido programático.

El sovietismo —bolchevismo— y el fascismo, son dos paradójicos partidos únicos. En Rusia el uno y en Italia el otro, y vienen a ser dos dictaduras. Dictaduras no de una clase ni de una casta, sino de una clientela, de un partido político en la peor y menos civil acepción de este término. Y son, naturalmente, dos oligarquías. Y consiguientemente dos caciquismos. Y por otra parte, una dictadura no deja de serlo, aunque sea no ya de una mayoría, sino de la totalidad de los representantes del pueblo. Y cuando éste, el pueblo, es masa, la soberanía popular se hace irresponsable y engendra tiranía. Ya no hay república. Que lo característico, lo diferencial del régimen republicano es que sea responsable. Los poderes irresponsables dictatoriales no son republicanos aunque se llamen así; no son democráticos. El *demo*, el pueblo, no es la masa irresponsable. Pues la masa —siempre menor de edad—, es hasta en el otro sentido, en el que le dan los médicos alienistas, irresponsable. Y por otra parte, un Parlamento puede también erigirse en soberano irresponsable. Y no hay acaso soberanía más irresponsable que la parlamentaria.

Si el régimen de partidos tiene alguna eficacia, es a condición de que los partidos lo sean, es decir, que

están partidos, divididos, de que colaboren en la obra común oponiéndose unos a otros produciendo la dialéctica política. Consideraciones estas que son, como se dice, de clavo pasado, pero que por lo mismo hay que traer a cada momento al clavo, pues no hay nada peor que el que se olvide una cosa de puro sabida. Ahora lo malo suele ser que esos partidos no se presten al verdadero y eficaz juego dialéctico de la política porque carezcan de contenido doctrinal diferencial, por no ser más que clientelas para las cuales actuar no es más que situarse.

Es una cosa que las más de las veces da grima el observar cómo de cuándo en cuándo surge la absurda pregunta de quiénes sucederán a los que están ocupando lo que se llama el poder, de qué Gobierno sustituirá al Gobierno vigente. Y es una de las más ociosas ocupaciones la de ponerse a hacer calendarios al respecto. De mí sé decir que cada vez que algún entrevistador o reportero se me viene con una de estas preguntas, le doy la callada por respuesta. Y en cuanto a gobernar, cuando leo de algún político que dice que aspira a ello, a gobernar, tomo la pluma y me pongo a escribir uno de estos comentarios políticos diciéndome: "yo no aspiro a gobernar, sino que gobierno, y así de este modo". Y como por otra parte, no tengo que colocar a nadie… Y la verdadera unión nacional consiste en esto, en que cada uno de nosotros, en su propio sendo coto, contribuya a aclarar la conciencia pública política. Y nunca como ahora, en lo que yo recuerdo, ha habido en España una agitación política como la que hay hoy día; jamás se han sucedido tan apretados unos a otros los actos públicos de propaganda.

"Pero —me decía un político— ¿no ve usted que puede llegar el caso de que los partidos empiecen a dividirse y subdividirse por escisiones entre ellos y que acabemos con que haya tantos partidos como representantes del pueblo en Cortes?" A lo que le dije: "Entonces es cuando empezará a ser una verdad viva y eficaz la unión de los partidos." Unión, naturalmente, circunstancial y temporal para cada caso, para cada problema.

Y hay otro mal en el régimen de partidos cerrados. Y es cuando uno de estos toma, por mayoría de votos de sus componentes, mayoría a las veces exigua, el acuerdo de votar una proposición de ley, todos ellos a una, y la votan por eso que llaman disciplina y que es otra cosa. Y así se ha dado el caso de que fuese votada por enorme mayoría una ley que en rigor no respondía sino al sentir —o al resentir— de una mayoría del Parlamento. ¿Qué sería con partido único?

Soñando el Peñón de Ifac

El Sol (Madrid), 24 de abril de 1932

De vuelta de Alicante a digerir las visiones levantinas, a cernerlas aquí, en esta tierra manchega —mejor sería en la mía, en el Machichaco— a soñar la marina alicantina, el camafeo del peñascal de Calpe, "todo de grana, con pliegues gruesos, saliendo encantadamente del mar" (Miró). Que allí, a su

vista y toque, no me cabía soñarlo. La cruda realidad presente rechaza al ensueño, que no es hacedero soñar lo que se ve y toca; mejor ver lo que se sueña. Necesitaba, además, cerner por literatura el recuerdo de visión reciente. Que si un paisaje es —lo dijo Byron— un estado de conciencia, un estado de conciencia es también un paisaje.

Lo mismo de una ciudad, villa o aldea, que de una comarca o de una nación, importa más penetrar en la idea que sus moradores, sobre todo los naturales, tienen de ella que no aferramos a nuestra propia visión inmediata. La principal falla de los hispanistas franceses, por ejemplo —y no hablemos de los turistas—, es que se nos vienen a continuar la noción tradicional francesa de nuestro modo de ser y de aparecer español más que a zahondar en la que nosotros nos formamos de nosotros mismos, aunque sea muy equivocada. Baste decir que hay quien viene a "hacer su España" sin saber español. Y ni el paisaje se logra ver —y menos soñarlo— así. El que visita un país sin conocer la lengua de sus naturales para oírlos celebrar o lamentar su paisaje, no consigue ni crearse ese paisaje, que es un estado de ánimo comunal, ni recrearse en él. Hay que ver el paisaje español tal como se espeja en las niñas de los ojos de los videntes españoles. ¿Quién se adentrará en el paisaje madrileño, si no se ha adentrado en los fondos de Velázquez y de Goya, y sobre todo, si no sabe entender el lenguaje del hijo castizo de Madrid? Y de que Barres no entendía el castellano proceden las faltas de su visión literaria de Toledo.

Cogí, pues, los *Años y leguas* de Gabriel Miró, profeta alicantino y me puse a repasar mis recuerdos recientes, a asentarlos y aclararlos. "Parece que los pueblos de la orilla del mar —dice— no pueden ser íntimos por la demasiada lumbre y anchura que los rodea". Pero busqué su intimidad en el profeta. E impresiones, acuñamientos, sobre todo del peñón de Ifac, junto a Calpe, ese camafeo de *antiguor* —este vocablo es de Miró— que se me ha quedado acuñado en el alma. En mi norte cantábrico, las montañas se hunden en el mar; allí, en Levante, surgen de ella. Desde el peñón de Ifac se prende el mar latino, púnico, helénico. Se adivina a lo lejos las Baleares. En la costa, cordilleras arquitectónicas y desnudas. Un mar turquino —donde se peleó contra el turco—, y al pie, paisajillos de mosaico. Y entre cachos de vieja alfarería —regalo de los arqueólogos que allí se improvisan—, imágenes de una historia civil que se ha hecho como marmórea. Una eternidad parada. Y democritiana. No se olvide que el Mediterráneo apenas si tiene mareas, y que abunda en sal de conservación. Para aquella gente no parece haber ni anteayer ni pasado mañana, sino un hoy perpetuo en que se funden, como en acorde, el ayer y el mañana inmediatos. Siempre es ahora. Y no es que por allí han pasado sino que allí se han quedado, como capas de terreno anímico, varias civilizaciones. Me decían que el peñón de Ifac debe de ser el antiguo Hemeroscopion de los focenses, observatorio día. Del día que pasa, vuelve y se queda; atalaya de la eternidad. Y desde él, desde el peñón de Ifac, desde junto a un pino que enraíza en roca, hundí mis ojos en el mar en que se mira el ojo del mundo mediterráneo.

Sobre ese Hemeroscopio, sobre ese peñón repujado entre mar y cielo, estaría en su lugar el busto de Elche, prisionero hoy en el Louvre, de París. Allí, con sus rodetes mirando al mar de Oriente. "¿Se vería el mar desde el árbol en que recostaron las manos de Dios el cuerpo de Adán?", se preguntaba Miró. Un biólogo francés, Quintón, sostuvo que el primer hombre nació, como Afrodita, de la mar. ¡El busto de Elche sobre el peñón de Ifac, cara al sol marino! Y no resultaría desatinado el que se le llegase a ocurrir

a algún escultor —o siquiera pintor— representar crucificado en una cruz svástica, barroca, en una cruz solar, clavado al sol, a un Cristo lampiño —así lo pintó Goya—, desnudo del todo y tocado de barretina de Levante, de gorro frigio. No sería, ciertamente, el Cristo celtibérico, castellano, central, el del páramo o de la sierra, ensangrentado y desangrado, nuestro trágico Cristo agónico, pero en todo caso tan cristiano por lo menos, y desde luego más ibérico, más nuestro, más castizo, que el jesuítico —no iñiguiano— Corazón de Jesús, de procedencia tardía ultramontana, francesa, y de trato —tal el de Lourdes— de mercaderes como aquellos a que arrojó a latigazos del templo de Jerusalén el Jesús evangélico. Ese Cristo simbólico, ibérico, clavado al sol, a la cruz svástica, tendría parentesco con el busto de Elche, que acaso representa a un redentor también. ¿Redentor de qué?

¡El peñón de Ifac! ¡El hemeroscopio ibero-helénico! Soñada desde él, desde esa atalaya, la Historia cuaja, mística y aún misteriosamente, en una visión de quietud y de plenitud, de sosiego y de anchura. Allí todo se hace tradición y antigüedad. O antiguor. Allí no se conciben bien estas mezquinas refriegas del progresismo, que no es precisamente el progreso. Como el tradicionalismo no es la tradición. Que aquéllos son cielo, y mar, y tierra —mejor, roca— de concreciones y no de abstracciones, de peñascos y no de nubes. Cuenta Gabriel Miró así: "Bardells, sonriendo exclamó: —¡Cómo se quedaría Calpe si le arrancásemos el peñón de Ifac!—. Pero no se lo arrancaremos nunca. Se ha de ser de un sitio concreto, y la belleza lo es". Y la divinidad también. ¡Divina concreción del Mediterráneo ibérico! El peñón de Ifac es geológico, pero es geográfico, que el mar de que surge es —lo dijo ya Miró— un "mar humano". No el "mar tenebroso" de que hablaban los portugueses y a que se lanzó Colón, que era acaso levantino. Y el busto de Elche es, probablemente, símbolo teológico, pero aun más teográfico. Que lo más de la llamada teología es propiamente teografía. Los teólogos naufragan en la definición de Dios —*un Dieu defini c'est un Dieu finà*—; pero los teógrafos no. Los teógrafos trazan el mapa de la Divinidad. ¡Teología… zoología! Y teografía, zoografía. Que en griego y hasta en el de hoy, zoografía quiere decir pintura. (Y filología, literatura.) Y es consabido que la pintura popular, de inspiración teológica y zoológica, la imaginería, pinta monos o pinta santos. Y pintándolos santifica a los monos y animaliza a los santos.

¿Pero de dónde, Dios mío, me asaltó la revelación de ese Cristo ibérico, teográfico y zoográfico, crucificado en svástica, clavado al sol? ¿No será que ese Cristo ibérico, hermano del celtibérico, me esté escalfando y consumiendo con los rayos de su cruz solar? Que no sé, no sé a donde vaya a llevarme esta insolación de nuestra España teográfica y zoográfica. ¿Podré resistirla? Que hay también trasverberaciones patrióticas. Y hay, creédmelo bajo mi palabra de filólogo, quien muere porque no muere en su tierra por su tierra y para su tierra.

¿Hambre?

El Sol (Madrid), 30 de abril de 1932

¿Que por qué no comenta el comentador éste otras cosas de la Historia al día —pues que de historiador se las echa— y en tono para todos? Pues bien, es porque… No hace mucho asistía a un acto político en que el orador fue interrumpido por una voz fuerte y clara que soltó: "¡Es que tenemos hambre!" Y el comentador se dijo: "¡Mentira!" Porque —y con esto escandalizará a no pocos de sus lectores— no cree en la mayor parte de las interpretaciones de la llamada concepción materialista de la Historia.

¡La concepción materialista de la Historia! La que se toma, casi siemipre mal entendida, de Carlos Marx. Ya hemos confesado preferir la concepción histórica de la materia, a la que volveremos. ¿Pero materialismo? "No el materialismo metafísico", dicen. Bien, sea; el físico. Materialismo, de material, y material, de materia. Y ¿qué es materia? Materia, en el lenguaje popular de España —y a él acude siempre en busca de luces el comentador—, es el pus. "Le está saliendo materia de la herida" —dicen—. Los malos humores, los que tapan las postillas. Lo material resulta, pues, lo purulento. Y el materialismo ese es purulentismo. Y el sentimiento —no la concepción, sino el sentimiento— materialista de la Historia, de la que está siempre en hacerse, es un sentimiento purulento. Le tuvo el mismo Marx, que no pasó hambre, pero sí lo otro. Y lo otro es el pus. O, digámoslo más claro, en plata: el resentimiento; o más claro aún, en oro: la envidia.

¿Hambre? ¿Quién pasa hambre, lo que se dice hambre, en España? Hambre, ni los que ayunan. Hambre es una palabra trágica de que no debe abusarse. "¡Tengo hambre!", os espeta a bocajarro con voz y mirada cavernosas, y hay que ver el esfuerzo que le cuesta lograr aquella cavernosidad nutrida de limosnas. Es como lo de que nuestro pueblo está desnutrido. O degenerado. Y no hagamos gran caso de lo que nos digan los patólogos, que son unos logópatas. Hay acaso quien se muera de inanición; pero sobrándole alimento —"a mí con poco que me sobre, me basta", decía el otro—, y sea él pobre o rico. Más exacto es lo de que "más mató la cena que sanó Avicena", y la olla podrida conserva muchos años la podredumbre de quien la prueba a diario, y por escasa que sea. "No se come bien donde se descome —empleó otro verbo— mal", me decía uno en mi tierra, y recordé otra sentencia, y es: "Los más de los resentidos son estreñidos." Y el estreñimiento, sobre todo el anímico, el psíquico, ¿qué?

Ya estamos en ello. Quevedo, que es quien más ahondó en el hambre de los pícaros, descubrió lo otro. Porque el hambre que describió Quevedo, la del Gran Tacaño, la del Dómine Cabra, la de los pícaros, no era la que ha descrito Knut (Canuto) Hansum. Ésta no la conoció no ya en sí, mas de seguro ni en otros, nuestro Quevedo. Y en cuanto a la otra, el eepañol que no la sufra sufre de creerse víctima de la ajena. El español que no envidia suele creerse envidiado, postergado, preterido. El que no tiene manía perseguidora la tiene persecutoria. "Ni envidiado ni envidioso", dijo el poeta, y lo dijo muy en su punto. Y, volviendo a Marx, ¿no creéis que su famosa concepción materialista, purulenta, de la Historia, le brotó de un hambre espiritual, de un terrible complejo de hondas raíces seculares acaso? Debió de haber meditado, y desde niño, en la simbólica leyenda de Caín y Abel.

No hambre, en el sentido físico, o mejor, patético, ¡no! El que quema las mieses —o los conventos— no

es por hambre. Ni el atracador suele ser un hambriento. No, aunque alguien se escandalice al oírnoslo, no creemos en el hambre. Sin que esto quiera decir que no sea natural y humano el que haya hombres que no soporten resignadamente —¡pues bueno fuera!...— escaseces, privaciones y mortificaciones. Hambre.... ¡no! No de hambres, sino de ayunos —que no es igual— han surgido algunas obras maestras. Ni la huelga del hambre es invención de hambrientos. Y hasta en gentes hartas, bien fornidas, surge la otra hambre. "Tántalo no pudo digerir su felicidad" —dijo Píndaro—. Y por ello le vino su suplicio famoso. Y hay quien no digiere lo que debería ser su propio contento, quien no goza de la plenitud de su limitación. Y hasta se da el caso de que lo que más odia —o envidia— el que trabaja para vivir es a quien vive para trabajar, para hacer obra, no al señorito ocioso, sino al amo ambicioso.

Lo más hondo de ciertas revoluciones llamadas sociales suele ser lo que aquí se llama dar vuelta a la tortilla. No importa que se empeore de estar y de vivir si el que antes estaba encima cae en lo más bajo y muerde el barro. Y es muy natural que al fin surja el robo, pues no se suele robar por hambre —lo repetimos—, sino por horror al trabajo y por envidia. Así, por envidia.

Y otra cosa. Con motivo de una pobre muchacha muerta en Zaragoza por unos atracadores, los sindicalistas de esa ciudad protestaron —era natural— contra el crimen, y acudieron en manifestación al entierro de la víctima. La posición así adoptada estaba muy bien; pero... Pero si a nadie que no sea un insensato se le ocurrirá sostener que los sindicalistas sean atracadores en el sentido de los del crimen de Zaragoza, lo que sí parece ser es que los atracadores suelen llevar "carnet" de Sindicato. No del Sindicato de atracadores, claro está. Y que son los sindicalistas los más obligados a acabar con los atracadores, si es que pueden. Y en cuanto a la doctrina sindicalista española —el sindicalismo de aquí es peculiarísimo—, sobre todo la de la F. A. I., no es más que la de aquel catastrófico nihilismo ruso de antaño. ¡Los estragos que en España hizo Bakunin! Nihilismo que se entronca con otro nihilismo —mejor sería llamarle "nadismo"—, castizamente español, y que si fue comprendido de un modo por Miguel de Molinos, fue comprendido de otro modo por Quevedo, por el ascético Quevedo. Porque el terrible Quevedo, el sarcástico, el de las burlas feroces, el que dijo que "la envidia está flaca porque muerde y no come" —no digiere—, es uno de los maestros de nuestra ascética.

¿Hambre? ¿Hambre física, natural? No. De la otra, sí.

Discurso en la clausura de la Semana de Historia del Derecho español

El Sol (Madrid), 4 de mayo de 1932

No más de cuatro palabras, señoras y señores, para dar a los congresistas, a la vez que unas palabras de bienvenida, otras de despedida al terminar sus trabajos. Unas palabras que tienen, naturalmente,

que ser una improvisación.

Los españoles hemos sido siempre improvisadores, improvisando cosas que venimos pensando a veces años y siglos; pero cuando llega el momento, improvisamos. Y ahora bien: en este estado actual de nuestra Universidad, la Universidad española, en que estamos casi todos los profesores y los que no lo son, nos preocupamos en hacer Historia, no en escribirla ni en investigarla, sino en hacerla. Esto de investigar la Historia es también un modo de hacerla, y aquí en esta vieja Universidad, donde han podido venir de fuera a ver en esta ciudad un paisaje, y el paisaje es una cosa humana, y los que conozcan nuestro lenguaje conocerán también el paisaje de nuestro espíritu. Y aquí no estamos bajo la pesadumbre de los siglos, sino sobre ellos, que lo mismo que esta, tierra está a más de 800 metros sobre el nivel del mar, nos encontramos aquí a más de ocho siglos de la Historia. Yo soy, afortunada o desgraciadamente, un lego en Derecho, completamente un lego. No así en Historia, porque harto papel me tocó en la Historia actual de España, en la que estamos haciendo. Cuando se habla y oigo hablar de eso que llaman la concepción materialista de la Historia, que yo llamaría la concepción naturalista de la Historia, he pensado que si yo tuviera tiempo escribiría algo sobre la concepción histórica de la materia. Cuando se habla de esto, no he podido nunca comprender la naturaleza ni el sentido material fuera de la Historia, fuera del espíritu humano. Y cuando me he encontrado con esas gentes que se dedican a una cosa que se llama derecho natural —yo no sé qué es derecho natural—, les he dicho que no es más que la historia crítica de las opiniones o teorías sobre la historia del Derecho positivo. Y ahora yo quiero que lleven los que aquí han venido una idea de esa España que está rehaciéndose y rehaciendo su derecho, pero sobre la base del que ha vivido. Y a mí me cabe alguna parte, pobre de mí, en este renacimiento. He intervenido como legislador en fraguar una Constitución nueva, y algunas veces también he intervenido como autor de hojas volanderas en los comentarios históricos sobre esa Constitución, y creo que cuando lleguen días futuros, los que la hemos hecho nos quedaremos por bajo de los que hicieron las antiguas, muchos de los cuales salieron de aquí mismo.

Uno de los presidentes de las Cortes de Cádiz fue rector de esta Universidad. Y ahora yo, aquí, no voy a hacer referencia a la enseñanza del Derecho en la Universidad, ni he de repetir, como ya se ha dicho, que las preocupaciones de los estudiantes son de un orden práctico; pero no creo en nada más práctico que la Historia. Dejo a un lado, naturalmente, ciertas cosas de los estudiantes, que son, por ejemplo, una especie de Sindicato de Estudiantes, preparados para el atraco del aprobado. Dejo aparte esto, pues es indudable que no se puede enseñar esa Historia del Derecho como una cosa pasada. La Historia es una cosa de cada momento, es un valor de eternidad, no de temporalidad. Cuántas veces me han dicho: "¿Usted cree que existió Cristo?" La cuestión no es si existió, sino si existe. La cuestión, por ejemplo, en una institución o corporación, no es si existió, sino si existe o vive, cuando cada vez la estamos interpretando y dando una nueva forma. Dispensadme que un lego en Derecho, al que ha tocado el grave problema de ser legislador de la nueva España, olvide estas cosas. La preocupación de la Historia ha sido mi mayor preocupación. El hombre no vive más que en la Historia y por la Historia. Acaso la Historia no es más que el pensamiento de Dios en la tierra de los hombres. Y ahora, sean bienvenidos y vayan con Dios, y lleven de esta España nuestra idea que nos permita seguir trabajando por el bien de toda la civilidad, de toda la justicia y de toda la libertad.

¿Fajismo incipiente?

El Sol (Madrid), 5 de mayo de 1932

Y ahora, prosiguiendo, ¿es que está cuajando en nuestra España algo parejo al fajismo italiano y al nacionalsocialismo alemán? Y esto aunque no se vislumbre aquí ni un Mussolini, ni un Hitler españoles. ¿Es que está cuajando en nuestra España algo al parangón del monarquismo nacionalista de la Acción Francesa, un monarquismo doctrinario con pretendiente de carne y hueso o sin él? Hay que mirarlo despacio. No hay aquí para ello ni los motivos de Italia, presa de resentimiento por haberse visto menguada, y hasta humillada, en sus ensueños imperiales por una victoria a que le llevaron sus aliados y por haberse disuelto la que que llamaban los italianos *la nostra guerra* —la del egoísmo sagrado— en la Gran Guerra de todos y contra todos, ni hay tampoco los motivos de Alemania crucificada en el Tratado de Versalles. Y en cuanto a lo de la Acción Francesa, la reciente República española no ha podido crear todavía ni el descontento ni el desengaño que en ciertos nacionalistas franceses —enfermos, sin duda— ha engendrado la tercera República francesa. Y, sin embargo, ciego será el que no vea asomar aquí esa enfermedad de moda. ¿Sólo de moda? No.

He podido mirar a los ojos de algunos de esos jóvenes fajistas. Su mirada es sin alegría, sin aire, sin donaire. Se lee en su mirada el resentimiento. Y el reconcomio, y hasta el rencor. ¿A qué? ¿Lo saben ellos mismos? Es el morbo nacional, sansoncarrasqueño. Porque digan lo que dijeren, no es el heroísmo cidiano, el del Cid, lo que sienten, sino la bachillería rencorosa —quisquillosa y recelosa— de Sansón Carrasco. Y al verlos, y al ver cómo nos ven, recuerdo aquellos versos que escribía yo en el destierro, cuando meditaba en la ciénaga que remejió la Dictadura, y son los que dicen: “Se está por dentro riendo / de mí, se piensan y ocultan / en el bolsillo del alma / toda su baba frailuna.” Este naciente fajismo español nutre sus raíces de planta flotante en el lecho de la ciénaga.

Y luego la violencia. La violencia querida más que sentida; la violencia del medroso. Y esta violencia no está al servicio de doctrina —de una o de otra doctrina—, sino que son doctrinas las que se ponen al servicio de la violencia; son causas perdidas las que buscan en ella amparo, y buscándolo hallan su última perdición. Que cuando se quiere defenderse de una disolución al arrimo de esa violencia fajista se acaba por merecer la expulsión. No es el violador el que se pone al servicio de la beldad violada, sino que es ésta la que se rinde al violador, al violento. Porque todo violento es un violador. Y esos violentos sedicentes católicos no hacen otra cosa que violar el catolicismo. El catolicismo y, lo que es peor, la catolicidad. Aunque… ¿catolicidad? ¿Catolicidad la de esos jóvenes bárbaros de la derecha?

Hay ya fajistas que empiezan a tomar como emblema, no el fajo, no el haz de los lictores, sino la cruz del Cristo. ¿La del Cristo? ¡La del Cristo no! Que el Cristo cargó con ella a cuestas cuando caminaba camino de la amargura, a que Pilatos le proclamase rey en el rótulo de ella, de su cruz, mientras que éstos se la toman a pechos y acaso de escudo. El Cristo se respaldó con la cruz y éstos se repechan con

ella. No sirviendo a la cruz, sino sirviéndose de la cruz. Y lo peor es que hablan de la familia y de la religión. ¡De la propiedad y del orden, pase!

¿Religión? En todo eso se queda debajo el gran misterio y la gran congoja que importa la imaginación —que no concepción— popular de la vida eterna. Porque el pueblo no consigue concebir la eternidad sustancial, sino que ansía imaginar la sempiternidad cuantitativa, la adición sin fin de siglos. No logra comprender la eternidad histórica, momentánea, la del momento eterno —eterno y que pasa—, el arrebato, el arrobo, el rato —rapto— que encierra en sí con todo el pasado, el porvenir todo —y es el quietismo de Miguel de Molinos—, sino que se somete al terrible tormento, verdadero purgatorio, de soñarse un sin fin de siglos venideros. Figurémonos la tortura de tener que figurarse, que darle nombre —imaginar es nombrar— a la cantidad cifrada por la unidad, un 1, seguida de 24 millones de ceros, v. gr., ya que el trillón es un 1 seguido de 24 ceros. El pobre hombre se anonada ante ese vano esfuerzo imaginativo. ¿Para qué más purgatorio? Hay que leer los argumentos de que se servía la pobrísima imaginación acrítica y aldeana —y de aldea asturiana del siglo XIII— de aquel aldeano tomista, hecho cardenal, que fue fray Zeferino González, D. P.; los argumentos de que en su "Filosofía elemental" —texto que tuve que estudiar hace ya más de cincuenta años— se servía en contra de la posibilidad de un número actualmente infinito. Y en esos puerilísimos argumentos se educaron aldeanos seminaristas. Y en otros por el estilo. Sin que fueran más críticos ni más espirituales los de aquel otro aldeano, éste vizcaíno, que fue el P. Urráburu, S. J. Y de aldeanería vertida a latín escolástico. Y estos y otros aldeanos así, teologizantes, naufragaban en el mar del infinito, pero sin dulzura. Que fue Leopardi —tan odiado por los fajistas hoy— el que decía que "*cosi tra questa / immensità, s'annega il pensier mio / e il naufragar m'è dolce in questo mare*". Pero ¡ah!, la dulzura de naufragar en el mar inmenso del infinito, de anonadarse, de aniquilarse en él, no es para aldeanos, para paganos. Paganos católicos, por de contado. Ni es para fajistas. Los pobres temen que Dios al cabo se duerma de aburrimiento, y una vez dormido no los sueñe más. Y luego esa invención de las penas sempiternas, las del infierno. Eso no es religión.

¿Fajismo? Es la moda, o, mejor, la epidemia acaso inevitable. ¿Pero apoyado en religión? No. La religión tiene que vivir del momento histórico verdaderamente eterno, tiene que vivir de la historia de ahora. Y ahora es siempre. Y el momento histórico de ahora en España es esta que llamamos, por llamarla de alguna manera, la revolución liberal y democrática. ¿Pero modernismos de moda y sin modo? ¿Futurismos de ex futuro? ¿Fajismo sin faja? ¡Mozalbeterías y armas al hombro!

Don Miguel de Unamuno, en el Liceo Andaluz

El Sol (Madrid), 8 de mayo de 1932

La conferencia que anoche dio D. Miguel de Unamuno en el Liceo Andaluz fue escuchada por un público muy numeroso. El ilustre rector de la Universidad de Salamanca no se limitó a hablar de los Estatutos, sino que al hablar de éstos, habló preferentemente de España y de los españoles.

Para D. Miguel, en esto del federalismo no hay sino una cosa cantonal, aldeana, en la que ha venido a cristalizar la pedigüeñería. No quiere un cierto tipo de español aldeano convencerse de que una nación es un organismo en el que el órgano más rico da más y recibe menos, y el órgano más pobre da menos y recibe más. Por eso este español plantea problemas artificiales con violencia perniciosa.

Lo que importa es afirmar la personalidad del individuo —no la de las regiones— en un ideal de hispanidad colectiva. De lo contrario, sólo se conseguirá aumentar el número de gentes resquemoradas, resentidas, malcontentas.

Cree el Sr. Unamuno que lo de la bilingüidad no puede ser sino un estado transitorio. De Valera —dice—, si piensa algo, piensa en inglés, porque en irlandés no se puede pensar lo que De Valera piensa. En vascuence se puede pensar cómo se alimenta a una vaca y como se cultiva el maíz; pero nunca las ideas básicas del nacionalismo bizcaitarra. A pesar de esto —añade— el fanatismo nacionalista de mis paisanos llega a extremos inconcebibles.

En Italia y Francia —apunta el Sr. Unamuno— hay mayores diferencias dialectales que en España. Sin embargo, allí la tendencia a la unificación idiomática se acentúa más cada día. Y es que la Gran Guerra ha sido para esos pueblos una gran lección y porque en ellos alienta como ideal la defensa de la personalidad integral y la lucha contra todo lo que pueda provocar el achicamiento del alma nacional.

Los catalanes serán más catalanes cuanto más españoles sean. La catalanidad tendrá que ser descubierta en lengua universal. Precisa no olvidar, o aprenderlo si se ignora, que en latín descubrieron su conciencia los pueblos de Europa.

Don Miguel de Unamuno se concreta al Estatuto de Cataluña, y se hace esta pregunta: ¿Será aprobado? ¡No lo sé! —se responde tras larga pausa meditativa, y añade—: Lo prudente es dejarlo, pues su aprobación bien pudiera ser el principio de la lucha.

Don Miguel de Unamuno resume las ideas de su interesante disertación, ideas que viene sosteniendo desde siempre y con fervor españolísimo, y termina insistiendo en que hay que darse por entero a defender la personalidad individual y a procurar que en Castilla y en Cataluña, que en Andalucía y en Vasconia, en todas las regiones, el hombre adquiera la idea de una España, una y universal.

Don Marcelino y la Esfinge

El Sol (Madrid), 10 de mayo de 1932

¡Siempre amarrado a lo mismo! Seguía rumiando el pasto amargo de mis inquisiciones sobre la íntima tragedia española engendradora de malcontentos, agraviados, resentidos, resquemorados, puntillosos, recelosos, desesperanzados y desesperados, cuando ha venido a dar a mis manos la nueva edición de la *Historia de los Heterodoxos Españoles*, de mi venerado maestro Menéndez y Pelayo, y cuyo sétimo y último volumen acaba de aparecer. ¡Y qué de actualidad! Porque parece de hoy la quijotesca batalla que don Marcelino libró hace más de medio siglo contra los campeones de la revolución liberal de España. ¡Qué obra de periodista! De periodista, sí.

¡Y no era chica la ojeriza que don Marcelino le había cobrado al periodismo! Escribiendo de Feijóo decía: "No quiero hacerle la afrenta de llamarle periodista, aunque algo tiene de eso en sus peores momentos, sobre todo por el abandono del estilo y la copia de galicismos." En otro pasaje llama a los periodistas —que parecen ser los encantadores, malandrines y follones de Don Quijote— "mala y diabólica ralea nacida para extender por el mundo la ligereza, la vanidad y el falso saber"…, y sigue la tirada. En otro, hablando de los *Desengaños del teatro español*, de Moratín el padre, decía que "si no eran periódico ni salían a plazo fijo por lo menos deben calificarse de hojas volantes análogas al periodismo". ¡Hojas volantes! ¡Hojas volantes las Epístolas de San Pablo, a quien un prelado de la Iglesia católica llamó periodista! ¡Y hojas volantes las páginas del libro, profundamente periodístico, de don Marcelino! ¡Hojas volantes! Y días, y años, y siglos volantes y volanderos. ¡Y lo que nos remeje el ánimo la relectura de la obra quijotesca antiliberal en este siglo al día tan macizo y apretado que se nos está volando!

En otro pasaje dice de Feijóo don Marcelino que fue "filósofo" sin duda, aunque no de la generosa madera de Santo Tomás, de Suárez o de Leibnitz, sino con esa filosofía sincrética y errabunda, a cuyos devotos se llama hoy "pensadores"… ¿Y él, don Marcelino? Él, el periodista que compaginaba en robustos volúmenes hojas volantes, pensador —o investigador más bien— sincrético y errabundo más que filósofo. Benedetto Croce ha visto muy bien que le faltó filosofía. Y yo, que fui su discípulo directo —y hasta oficial—, que le quería y le admiraba, tengo motivos para creer que la honda filosofía, la contemplación del misterio del destino humano, le amedrentó, y que buscó en la erudita investigación una especie de opio, un anestésico, un nepente, que le distrajera. No se atrevió a mirarle ojos a ojos humanos a la Esfinge, y se puso a examinarle las garras leoninas y las alas aguileñas, hasta a contarle las cerdas de la cola bovina con que se sacude las moscas de Belzebú. Le aterraba el misterio. Y por esto él, que tan hondamente sintió a Lope de Vega, no llegó a penetrar en todo el trágico sentido de Calderón, el de "la vida es sueño". Y es que temía que este sueño le quitase el sueño.

En todo su juicio sobre el siglo XIX español, el de la revolución liberal, se ve que don Marcelino no logró

penetrar en el fondo de él, no logró ver la agonía de una fe que se le antojaba sin heterodoxias apenas, no logró percatarse de todo lo que había, en que casi ningún español medianamente culto creyese que fuera de la iglesia no hay salvación, que el que se muere sin aceptar sus dogmas —ni aunque sean el de la existencia de Dios y la inmortalidad del alma— se condene por ello a penas eternas, ni pudiese creer en estas penas, y con ello ni en eternos goces. Don Marcelino no llegó a tocar el fondo de la tragedia espiritual nacional, nacida del Renacimiento, de la Reforma y de la Revolución, y que fue, no que nuestras clases cultas, burguesas, hubiesen perdido la fe en la religión católica como freno de malas pasiones, por temor al castigo y amor al premio de ultratumba, que esto no es más que ética o acaso política y carece de grande y eterna importancia, sino que habían perdido la fe rigurosamente religiosa, la esperanza más bien, como consuelo del delito mayor del hombre, que es, según Calderón, el de haber nacido. Don Marcelino no vio que la Iglesia católica española, la clerical, la de la Contra-Reforma, la jesuítica, se constituyó en policía, y no vio las desesperaciones a que conducía a los espíritus renacientes, reformados y revolucionados, la incertidumbre de su propio destino y de su vocación íntima. ¿Es que no vio toda la tragedia, por ejemplo, de aquel pobre don Benito Bails, matemático de fines del siglo XVIII, a quien se le dio su casa por cárcel por haberse confesado "reo de vehementes dudas sobre la existencia de Dios y la inmortalidad del alma?"

Empiezan ya a resucitarse juicios de don Marcelino en su periodística *Historia de los Heterodoxos Españoles*, y se parece querer proseguir en su incomprensión —¡y cuán comprensivo era en todo lo demás, y sobre todo en estética!— del último fondo de la revolución religiosa —que no fue otra cosa— de la España de los Borbones. No vio que la llamada Contra-Reforma, la española, llevaba en sí todo el jugo de la Reforma, la germánica y aun la ginebrina, contra que luchaba; no vio que la cruz de una cara es, a la vez, la cara de una cruz. Y aún siguen sus continuadores sin atreverse a mirar ojos a ojos humanos a la Esfinge. Y siguen hasta contándole las últimas cerdas que le han salido en la bovina cola con que sacude las moscas de Belzebú; siguen escudriñando los servicios que a la llamada "ciencia española" rinden estos o aquellos eruditos y diligentes padres espirituales y teocráticos; siguen sin querer comprender que la cruz no puede ser cetro de rey, y menos de rey de este mundo, sino símbolo de consolación dolorosa y acaso de esperanza desesperada; siguen sin querer darse cuenta de que la Policía —tal es la moral— es una cosa del César, y que de Dios es la religión, el sueño del divino sueño con que nos sueña.

Volveremos, pues, a nuestro —¡y tan nuestro!— don Marcelino y a sus voceros de hoy; ya que sus días de periodismo antiperiodístico han vuelto. Y aquí estamos con estas hojas volantes, que son estos nuestros comentarios… periódicos.

Hay que enterarse

El Sol (Madrid), 15 de mayo de 1932

Escapando, de momento al menos, al hoy tumultuoso, a fin de tomar fuerzas para el mañana, me remonté al ayer de hace un siglo, a la época aquélla en que Mariano José de Larra, *Fígaro*, dechado de periodista —de la "mala y diabólica ralea" que tanto atosigaba a don Marcelino—, escribía sus artículos en *El pobrecito hablador*. Me puse a leer los dos primeros: "¿Quién es el público y dónde se encuentra?", y la "Carta a Andrés". Y me encontré al punto en el hoy y en el hoy más candente. Y me di cuenta de que el hoy es el ayer, y que acaso el ayer es el mañana. "Todo está lo mismo, parece que fue ayer", dice un consabido dicho decidero. Y yo he dicho por mi parte, y hoy lo repito, que "cualquier tiempo pasado es mejor". El ser pasado, su preteridad lo mejora. ¿Pero acaso está todo lo mismo?

Fígaro resumía su juicio respecto al público diciendo que "el ilustrado público gusta de hablar de lo que no entiende". Y ponía en duda que sea público el que deja en las librerías las obras clásicas nacionales y "en las épocas tumultuosas quema, asesina, arrastra, o el que en tiempos pacíficos sufre y adula". Ese, sin duda, no es público, que es cosa de literatura, mas ni es pueblo, que es cosa de vida común, de civilidad. Y en la "Carta a Andrés" vuelve *Fígaro* al tema, aunque con un rodeo, al preguntarse: "¿No se lee en este país porque no se escribe, o no se escribe porque no se lee?" Que es preguntarse si no se consume porque no se produce o no se produce porque no se consume. Lo que me recuerda aquella contestación de un querido amigo mío, hombre cultísimo, lector infatigable, que preguntándosele una vez por qué no escribía, respondió: "No soy más que lector; yo produzco consumo." Y no era poco en un tiempo en que apenas leían sino los escritores —se leían unos a otros—, haciendo de la literatura coto cerrado. Sin que se pudiera decir por eso que ni los que leían supieran escribir ni tampoco que los que escribían supieran leer. A lo que hay que añadir que de nuestros Institutos de segunda enseñanza —ahora Liceos— se suele salir sin la menor educación de escritor, que un bachiller nuestro apenas si ha aprendido a redactar una carta. Nuestro profesorado de segunda enseñanza no conoce la tan pesada como generosa obra que le incumbe al de Francia con la tarea de tener que corregir los *devoirs*, los ejercicios escritos de los alumnos. Y a pesar de ello…

A pesar de ello hemos adelantado, y no poco, desde hace un siglo, desde los días en que Larra preguntaba quién es el público y si no se lee porque no se escribe o no se escribe porque no se lee. Y hemos adelantado, es decir, nos hemos civilizado merced a la Prensa. La Prensa ha hecho lo que no ha logrado hacer la enseñanza pública oficial. Y esto os lo dice un universitario que es a la vez un periodista, un escritor de hojas volantes. La Prensa ha hecho que el pueblo se haga público. Y el mismo don Marcelino hizo más por la ilustración popular con su obra de periodista, de apologista de la plaza pública, que con su obra universitaria, a la que nunca le tuvo gran apego.

La Prensa es la que más ha contribuido a hacer conciencia popular nacional. Con-ciencia, o si queréis con-sabiduría, a que los españoles con-sepan lo que les interesa. Que consaber es el camino para consentir. Y conviene, y más ahora, insistir en esto del consaber, del enterarse —enterarse es la forma romanceada del latinismo *integrarse*—, para librarnos del confuso sentido —muchas veces contrasentido— que se amaga en términos como el de "cordialidad". Cuando de éste se abusa hay que

recelar engaño. No concordia, ni discordia, sino con-ciencia. Que cada uno sepa lo que quiere y quiera lo que sabe; que cada uno sepa lo que da y lo que pide, sepa lo que concede y lo que niega.

Para enterarse, para integrarse, naturalmente, lo que hace falta es tener buenas entendederas, pero esto depende, naturalmente, también de las explicaderas de quien se nos dirige. Y es cosa de observación cotidiana lo de que aquellos que más se quejan de la incomprensión ajena suele ser porque no saben —o mejor, no quieren— darse a comprender. Y ni siquiera darse a entender. Que los que más presumen de hablar claro suelen ser los que hablan más oscuro. Desde luego no hay nada menos claro que las llamadas estridencias, como no sea ciertas sinceridades. Que con razón se ha dicho que hay una cierta sinceridad que está reñida con la veracidad.

A la Prensa le compete la labor de aclarar los problemas públicos —públicos y populares—, de enterar de ellos al pueblo. ¿La cumple? En general, sí. La Prensa española es hoy una de las más honradas, de las más veraces y de las mejor enteradas. Y de lo que debe cuidar es de no empeñarse en definir demasiado ni las instituciones ni los problemas, ni menos las personas. Aunque éstas, las personas, sean individuales o colectivas, son, gracias a Dios, indefinidas e indefinibles. No se define a una personalidad viva. Nadie osará definir a Felipe II, a Cisneros, a Calderón, a Cervantes, a Goya, a Prim… Acaso quepa definir —y lo dudo— a un radical socialista, pero a este concreto, individual, de carne, hueso y espíritu, a éste no lo define nadie. Ni se puede definir él mismo. Cabe definir la república, y la monarquía, y la dictadura, y la anarquía, que todo esto no es más que sociología, pero no cabe definir España, o Cataluña, o Vasconia, o Galicia, o Castilla, que son indefinibles.

Pero sobre esto de la definición, que tanto daño nos está haciendo, a favor de la pereza mental de los partidarios —que pues forman parte de un partido, en el que se definen, y no de un entero en el que se enterarían, no se enteran—, sobre esto he de volver. Y he de volver para insistir en que enterarse es indefinirse. Y si alguien me dijere que éstas no son más que logomaquias lingüísticas le diré que es, en gran parte, merced a ellas como he logrado redimirme de la servidumbre del santo y seña, de eso que llaman disciplina, y que de disciplina, de cosa de discípulo, del que *discit* o aprende, del que se entera, tiene muy poco si es que tiene algo. Y de aquí el que cuando se trata de resolver un asunto en que hay que enterarse, el mayor tropiezo para el enteramiento sea la falsa disciplina del partido. Un partidario no suele enterarse.

Serenidad

El Sol (Madrid), 20 de mayo de 1932

Observamos, no sin complacencia, por de contado, que empieza a desconfiarse de eso de la cordialidad y a sustituirlo por serenidad. La cordialidad, como todo lo que dice el corazón, es muy peligrosa para

entenderse y enterarse —hacerse enteros— los hombres. Cierto es que, como decía Pascal y lo hemos repetido muchos, más o menos pascalianos, el corazón tiene sus razones; pero las razones del corazón, sobre todo las del corazón de la turba, suelen ser razones turbias y turbulentas. Con esas razones no se razona, no se "enrahona" bien. Y el corazón, además, y esto es lo peor, suele gustar andarse por encrucijadas y callejuelas y pasillos, en penumbras, y valerse de artes de seducción que huyen de la serenidad.

¡Serenidad! Sereno ("serenus") es lo propio de la tarde, la "sera", cuando es clara. En tierras de Castilla, en tierras de Salamanca al menos, las gentes del pueblo se reúnen a convivir, a conversar, a enterarse unas con otras, en las tardes serenas, cuando empiezan a nacer las estrellas, y a esa reunión se le llama "serano". Y en las villas, cuando el velador nocturno da las horas a los acostados, les saluda acaso con un "¡Ave María Purísima!"; pero de ordinario al número de la hora añade un… "… y sereno" si el tiempo, si el cielo lo está. Y sabe el acostado que si se asomase a la ventana y recostándose en su alféizar mirase al cielo, vería sin nubes la estrellada, vería la verdad del mundo infinito, que de día, aunque esté sin nubes, encubre y tapa el sol, corazón turbulento de nuestro pequeño mundo. Ya dijo el poeta que "ese cielo azul que todos vemos ni es cielo ni es azul". Aunque esto no sea más que una salida tropológlca. Pero para serenidad de noche, cuando se abre la inmensidad, cuando se abre el cielo, cuya visión le sobrecogía a Kant como la visión de su propia conciencia.

En Flandes, los veladores nocturnos, los serenos, lanzaban desde lo alto de una torre, a bocina, el "alles is stil!": todo está tranquilo, que es, en otro sentido, nuestro "¡…y sereno!" Y en ese mismo Flandes, cuando empezaba a luchar contra el poder de nuestros Habsburgos, de los Austrias de España, en tiempo de aquel Carlos Quinto de Alemania, Primero de España, el nieto de nuestros Reyes Católicos, el que encarnó en Gante para empezar a vivir en Yuste, en aquel Flandes se celebró, y en Gante, un "landjuweel" en 1539, un concurso de "moralidades", y fue el mismo Carlos Quinto quien propuso el tema tradicional: "¿Cuál es el mayor consuelo para un moribundo?" (Twelck den mensch stervende den meest troost es?, en flamenco.) Fue tal el escándalo de las respuestas —luteranizantes—, que se prohibió la lectura en la representación.

"¿Cuál es el mayor consuelo para un hombre moribundo?" El tema de Carlos Quinto decía "hombre" —mensch—; pero lo mismo cabe añadir pueblo. Aunque no se trata, ¡claro está!, de muerte física o material. El que hablaba de consuelo para un hombre moribundo —mensch stervende—, creía al hombre inmortal. Y aún más inmortal que un hombre —si es que cabe más y menos en inmortalidad— es un pueblo, es una nación. Y ¿cuál es el mayor consuelo para un hombre, para un pueblo agonizando, es decir, luchando por su inmortalidad? ¿Cuál es el mayor consuelo para un pueblo que en un momento de su historia, de su vida, siente que se le muere una forma de esa vida, siente que se tiene que trasformar si ha de seguir viviendo su inmortalidad histórica? El mayor consuelo es morir —o, mejor, transitar— al sereno, contemplando el cielo eterno de las estrellas. Su consuelo no ha de hallarlo en las turbulencias del corazón, no ha de hallarlo en una engañosa cordialidad, sino en la serenidad de la visión hitórica, sin nubes, ni brumas ni nebulosidades.

Y las peores nubes son las que más empañan la claridad del cielo de la historia, las que más enturbian

—con pasiones de turba— la serenidad; son las nubes definitivas. Queremos decir las de definición. Porque nada más turbio que las definiciones, sobre todo las jurídicas, las políticas y las teológicas. Apenas si se salvan las definiciones geométricas o matemáticas y las logométricas o gramaticales. Y aun… ¿Pero las otras?, ¿las de los juristas? Qué de nebulosidades —y definitivas— en los conceptos de soberanía, autonomía, federación, delegación…, y tantos más. A las veces se puede aclararlos algo logométricamente, por análisis lingüístico, ¡mas aun así…. ¡Porque ha entrado tanta cordialidad turbia y turbulenta en la serenidad del lenguaje racional! ¡Tienen tantas resonancias emotivas las palabras!… ¡Sobre todo cuando se hacen motes! ¡Y cuando sirven a intereses de partidos y de particularismos!

A lo partido —y a un partido— se opone lo entero. Y esto de entero viene del latín “integrum”. Lo entero es lo íntegro; la “enteridad” —y con ello la entereza— es la integridad. Y aquí entra lo de integral e integralidad. Lo integral es lo enterizo, lo no partido; es también lo indiferenciado. Enterarse es integrarse, es completarse. Y cuando uno pierde su integridad, su enteridad y se le restituye la parte que perdió, se le reintegra, se le integra. Que también se dice, con otro derivado, que se le “entrega”. Y es curioso que habiendo derivados populares, romanceados, de “integrum”, en castellano, en portugués, en francés, en italiano, apenas si le hay en catalán. Porque, en rigor, en catalán “enter” es un castellanismo. La voz propiamente catalana es “sencer” (o, mejor acaso: “sencé”). Pero la concepción radical es otra. Porque “entero” es una cosa y dice relación a integración, y “sencer”, sincero, es otra, y dice relación a pureza. El que se integra, el que se entera —y no cabe integrarse sino en otros y con otros—, suele tener que perder su sinceridad, su pureza. Hasta cabría sostener que la sinceridad —que tira a conservar lo diferencial— se opone a la enteridad, a la integridad con otros. Y basta por hoy.

Tendremos que volver a esto, a considerar que el consuelo de perderse, de morir como pequeño todo “sincero”, puro, para renacer en una integración, en una enteridad superior, en un todo entero, el consuelo de tener que inmolar la sinceridad diferencial, particular, para hallarse más radical y hondamente uno mismo —mismo con otros—, ese consuelo estriba en la serenidad de contemplarse en el cielo estrellado y sin nubes de la historia universal. Al nosotros del “nos-otros solos” no le queda más que el pobre anejo del “-otros”. Y el otro, en rigor de sentido espiritual, aunque se quede sincero, puro, no es entero La consolación de la muerto de la sinceridad, de la diferencialidad, de la pureza, que es “avara pobreza” —ya lo dijo Dante—, está en la serenidad con que se afronta, haciéndole callarse al corazón, una muerte que es puerta de inmortalidad. Y es amor lo que nos dicta este consejo.

En la fiesta de San Isidro Labrador

El Sol (Madrid), 22 de mayo de 1932

Era el día de Pentecostés, de la Conmemoración de la bajada del Espíritu Santo sobre los Apóstoles, que en este año ha coincidido, por providencial dispensación, con el de San Isidro Labrador, patrón de

Madrid, el 15 de mayo. San Isidro, Labrador de Madrid, cuando Madrid se labraba, cuando era tierra labrantía. Y como sigue siendo pueblo hoy por el pueblo es tierra y tierra de labranza.

Y ese día de Pentecostés y de San Isidro entróse uno —uno solo— en la calle de Toledo por la plaza Mayor. A la entrada y a la izquierda, en los soportales, este rótulo de una tiendecita de aquellas que soñó Galdós: "Fábrica de flores." ¿Sería un agüero? Más adelante se le acercó a uno una anciana preguntándole: "¿Es por aquí la catedral, señor?" ¡La catedral! Trasciende a provincia, a pueblo provinciano. Y pasan donairosas y alegres —no se sabe sin con alegría republicana, pero sí popular— muchachitas en flor. El mocerío se enracima en los tranvías. Y uno —uno y solo— se siente preocupado entre oleadas de pueblo. Son los que fueron hace un siglo, hace siglos, son los que serán dentro de un siglo, dentro de siglos. Están sobre los regímenes y por debajo de ellos, en sus copas y en sus raíces. Y se siente uno pasar. Y ¡ay si pudiese guardar para siempre —¡para siempre!— este momento —¡coger el instante!— y hacerlo sempiterno! Y siente la enorme y trágica melancolía de esta vocación de cronista —de temporalista— de la eternidad cotidiana. El temporal pasa. Y al querer así acuñar en estampa esta sensación ¿no pierde uno su goce puro?

Salió uno a la calle de la Cava Baja. O mejor, entróse en ella, pues que salir es entrar. Posada del Dragón, Posada del León de Oro, Posada San Isidro, Flor de la Mancha…. Posadas, no hoteles. El pueblo allí se posa. Hotel, hostal, aunque propiamente hospedería, nos sabe a algo como hospital; es para enfermos de urbanidad, no de civilidad. Y por allí calle de Latoneros, y de Tintoreros, de gremios populares; nada de figurones o fantasmones, héroes o no. Una muchachita, en una portalada, le decía a otro: "… en mi pueblo…" Y al oírselo husmeaba uno tierra de labranza, heno mojado de rocío. Y luego, la Cruz de Puerta Cerrada que abre sus anchos y blancos brazos de piedra; una cruz pura, sola, sin Cristo. ¡Líbrenos Dios de bárbaros, sin tierra ni pueblo, a quienes se les ocurra derribarla!

La calle de la Cava de San Miguel, casas con recalzo en escarpe y grandes ventanas enrejadas, como en Cuenca. Y la plaza de San Miguel, con tristes acacias encallejonadas, algunas con florecicas blancas esmirriadas. ¿De fábrica? Y allí al lado, junto a un mercado de abastos, un "cine". Las alegres mocitas callejeras no son estrellas de "cine", sino estrellitas de calle, y como si chinarrillos, dulce y suavemente refulgentes, de Camino de Santiago. Y en la plazuela de Santiago. Y en la plazuela de Santiago, allí cerca, entró uno en aquella iglesuela insignificante, sin más cuño ni carácter que el de no tenerlo, y es bastante. Estaría desierta a no ser por un hombre de pueblo, todavía joven, que de rodillas sobre el asiento de paja de una silla reclinatorio, se enjugaba pudorosamente los ojos. Pintada en un pilar la roja cruz de Santiago, puñal ensangretado todo. Pero algo se preparaba, pues empezó un discreto trajín sacristanesco. Y al salir uno dio con un "auto" del que sacaban a un niño de días cuya cabecita desnuda derramaba, al sol de la tarde, serenidad por el recinto de la plazuela. Era que le llevaban a bautizarle al pie de la cruz roja de Santiago.

Salióse uno, y al doblar la iglesuela de la calle de Santa Clara, y en su otra esquina: "En esta casa vivió y murió Mariano José de Larra." Y el año, hace cerca de un siglo. Y allí vive y muere; allí sigue viviendo su muerte trágica, su suicidio. Y uno soñaba religiosamente: ¿No siente? ¿Le siente a uno Larra? ¿Siente su tierra y su pueblo, su España? También él atesoró momentos huideros y los eternizó; eternizó

la momentaneidad momentaneizando la eternidad. También él se bañó en oleadas del "hombre tierra" —que así, con estas mismas palabras, le llamó; también él, que era uno —otro—, se sintió solo en la común soledad española. Y el pueblo en torno de él se reía, jugaba, se holgaba, se regocijaba, se gozaba, aunque a las veces llorase y se desesperase; pasaba y se quedaba.

"¡Todo el año es Carnaval!», sentenció el suicida. Sí; pero todo el año es también Semana de Pasión, y es Pascua de Resurrección, y es Pascua de Pentecostés; todo el año es bajada del Espíritu Santo, del Consolador, para el que al espíritu se abre, para el que se abre al pueblo y a la tierra labrantía. Y todo el año es Navidad; en todo él nacen almas puras en cuyas frentes se alumbran los ocasos. Y uno se fue llevando en la hondura del alma la visión de la cabecita luminosa del nene a quien se le llevaba a cristianar al pie de la cruz roja de Santiago, del puñal ensangrentado todo, y la efigie del que en la otra esquina se quitó, hace cerca de un siglo, la vida solitaria. Y una grande, una enorme, una muy honda tristeza se le fundió, se le confundió a uno con una grande, una enorme, una muy alta alegría y se le llenó de serenidad el espíritu de pueblo y de tierra. Y es que al enchufarse y concadenarse una en otras las dos simas, la de dentro y la de fuera, se engendra el orden y el caudal de corriente pura, limpia y clara, se cuela entre zaborra y espumarajos y revoltijo de éstos y aquéllas. Que un bebedizo de sosiego no obra sino filtrado. Y hay que entregarse.

Fue el día de San Isidro Labrador, patrón de Madrid, y el mismo día en que se conmemoraba la bajada del Espíritu Santo sobre los Apóstoles.

Imaginaciones

El Sol (Madrid), 26 de mayo de 1932

Innegable que pesa sobre una gran parte de la gente —y gente no es precisamente pueblo— un cierto estado de desasosiego común y contagioso, "¡Que se reviente de una vez!" "¡Se vive con el alma en un hilo" "¡Así no podemos seguir!" "¡Hay que salir de esto!" —se oye—. Y con ello friega de sentimientos y refriega de resentimientos encontrados y en choque. ¡Y luego rumores! "Se dice que…" Y no es que esperen lo inesperado, según el consejo de Heráclito de Efeso, con esperanza, sino que lo esperan o, mejor, lo aguardan con temor. "¿Qué va a pasar aquí?" —se preguntan—. Y tanto o más que en busca de Mesías andan en busca de profetas de Mesías. Todo lo cual es una enfermedad de la imaginación colectiva.

¡Imaginación! "Autos", aviones mecánicos, "cines", "radios", gramófonos de altavoz…, no hay tiempo de enterarse de nada de lo que pasa, ni de lo que se queda, ni de entregarse a ello. "Agua pasada no mueve molino", dice el consabido refrán del pueblo; pero mueve la mente del molinero. Y la mente del molinero es también molino, que mueve al otro. El que obra en la Historia necesita adquirir conciencia de su

obra. Y la gente no digiere la historia que vive; no la digiere, sino que la rumia; no medita, sino que cavila. ¿Es que se vive demasiado de prisa? "¡Se vive!", suele decirse con una cierta engañosa satisfacción. Pero ¿se vive o se experimenta?

¡Imaginación! Desde hace algún tiempo los adeptos de la novísima filosofía fenomenológica alemana han forjado un sustantivo para verter el germánico *Erlebnis*, y es el de: vivencia. Y empieza a sonar lo de vivencias. El verbo alemán *erleben* solíamos traducirlo por experimentar, pero se ha caído en la cuenta de la diferencia. No es lo mismo vivir que experimentar un malestar creciente, póngase por caso. Ni por otra parte la experiencia es la experimentación. Y en el fondo se trata de poder imaginarse, de poder soñar acaso, aquello que se vive. No se vive vida íntima espiritual, vida histórica —en cierto sentido podría decirse que vida religiosa—, sino pudiendo imaginarla, soñarla, en vivo. No por el entendimiento, no por el sentimiento, no por la voluntad vive el hombre vida humana, sino por la imaginación. Todo el poderío del ánimo consiste en imaginar lo que se ve. ¡Imaginar lo que se ve! "¡Quien lo creería…, si parece un sueño!" —se dice—, y cuando así se dice es que se está ante un verdadero sueño, ante una realidad espiritual. "¡Quién lo creería!…", pero es que tan creencia como la de la fe es la de la razón, que si fe es creer lo que no vimos, razón es creer lo que vemos, creer en el sueño. Y crearlo al creer en él. Mas para ello hace falta ocio, vagar, ¿y dónde le hay hoy? La imaginación se cansa no de imaginar, sino de no poder imaginar, de que no le quede ocio para imaginar. Trabaja a destajo y nada produce.

¡Imaginación! La vivencia, la *Erlebnis*, la experiencia vital es algo imaginativo. Pero —ya lo hemos dicho— no es lo mismo experiencia que experimentación. Ni es lo mismo un hombre experto que un hombre experimentado. La experimentación nos trae a las mientes cuines (conejillos de Indias) y ranas de fisiólogos. Y acaso alumnos de laboratorios de pedagogía norteamericana. En la experimentación se trata de poner algo a prueba. Y consabido es el peligro de las probaturas, pues en probaturas se fue —dícese— la doncellez de la Juana. Y hace poco que un grupo de estudiantes universitarios —probablemente de la F. E. C.— se quejaba de que los profesores les habían tomado de cuines (cobayas) para experimentos políticos. Y lo que es indudable es que con la preocupación de que no hay tiempo que perder, de que hay qué acompasarse al ritmo de la vida moderna, menudean, acaso más de lo debido, los experimentos, los ensayos, las probaturas.

¡Imaginación! Cada vez que oímos hablar de emoción republicana, de fervor republicano, de conciencia republicana, nos imaginamos que el pueblo español no ha llegado todavía a imaginarse lo que sea una República. A lo sumo lo que hace ya años oíamos en Balaguer a un republicano catalán: "La República es una Iglesia en que todos son herejes." Lo cual no carece de sentido, pues es una expresión del absoluto individualismo, rayano en el anarquismo, de la atomización de la soberanía. No de la soberanía popular, sino del montón de soberanías individuales. Y son casi los únicos, nuestros anarquistas ibéricos, los que se imaginan —y para ello hace falta bien poca y bien, pobre imaginación— una República así, en que todos sean herejes. Lo que no es, ¡claro!, una Iglesia herética. Pues una República en que todos fuesen soberanos, jamas llegaría a ser una República soberana.

¡Imaginación! Los ciudadanos españoles —de toda España— que el 12 de abril del pasado año de 1931

votaron por un nuevo régimen, por un cambio de régimen, ni se habían imaginado lo que pueda ser una República, ni ahora, después de los experimentos, de las vivencias si queréis, de las probaturas, se lo imaginan. "¿Para esto ha venido la República?" —se le oye exclamar a alguno que se cree lesionado en su soberanía individual, en su real y santísima gana.

¡Imaginación! Se le puede, sí, ayudar con obras de imaginería, pero de nada sirve sacar estas por plazas, plazuelas, calles y callejas cuando la procesión anda por dentro. Banderas tricolores, gorros frigios, himnos de Riego… ¡Bien!, pero… La imaginación, como la liturgia, suele cansar a la imaginación sin despertarla. Lo que hace es adormecerla.

—¡Ay, amigo! —me decía un coetáneo mío—; usted sabe cuánto deseé el cambio, aunque sólo fuese por cambiar de postura, pero si viera usted, aquí entre los dos, ya que nadie nos oye, cuánto echo de menos aquellos para mí apacibles tiempos de la Regencia, despuésdel 98, en que ustedes se desataron, aquellos tiempos de apacible siesta comunal, cuando los caciques apacentaban al noble pueblo, y los Republicanos históricos colaboraban, con su discreta oposición, en la historia de la Regencia. Sí, sí; sé lo que me va usted a decir, pero…

Pero ¿qué le iba yo a decir? Mi profesión es imaginar y hacer que otros imaginen, y hasta hay quien se empeña en atribuirme el que me arrogo el papel de profeta, pero…

Hay toda una filosofía del "pero…"

¿Qué sobra o qué falta?

El Sol (Madrid), 29 de mayo de 1932

Entre los tópicos —y a la vez trópicos— que de más curso gozaban en aquellos benditos tiempos de la siesta nacional monárquica, había dos que sonaban con frecuencia, y ¡eran el de "menos política y más administración"!, y ¡el de "menos doctores y más industriales"! Claro está que lo que llamaban administración no era sino política, generalmente mediana, y los industriales que pedían convertíanse en doctores en Industrias, pues éstas no se fundan así como así, con tópicos más o menos gacetables.

Nos trae ahora a las mientes este segundo tópico regeneracionista el grave problema —y esto de los problemas también es tópico— que se le presenta a España, como se les ha presentado a los demás pueblos civilizados, del pavoroso aumento del número de jóvenes que se dedican a las que se llaman profesiones liberales —¡liberales!— que ingresan en liceos y Universidades, que corren tras de lo que se llama un destinillo, que se preparan a funcionarios públicos, ya que esta República va a ser, no de trabajadores, sino de funcionarios públicos, de empleados. Es la proletarización de la llamada clase media, que entre nosotros apenas si ha existido hasta hace poco. Y hoy se nos aparece. ¡Y con qué

aspectos!

“¡Sobran abogados! ¡Sobran médicos!”, oímos decir. Y se nos ocurre: ¿Y qué no sobra? Porque sería muy cómodo cerrar el paso a esas tristes profesiones liberales a los jóvenes que a ellas se arrojan por no saber qué otro camino emprender; pero lo que no sería tan cómodo es indicarles ese otro camino. Lo que hay que decir no es qué es lo que sobra, sino qué es lo que falta. Y acaso no van descaminados los que piensan a lo malthusiano, que lo que sobran son hombres, o si se quiere bocas. No van acaso descaminados los que en las últimas grandes guerras, y en las que aún han de venir, no ven sino una restricción malthusiana al excesivo aumento de la población humana que el genio de la especie —aquel de que hablaba Shopenhauer— lleva a efecto. Sí, ¿qué es lo que falta? Que nos lo digan los que dicen que sobran médicos o abogados o ingenieros o lo que sea; que nos lo digan.

Ahora, desde que nos dimos cuenta de que la crisis económica de España se debe en gran parte al analfabetismo y estamos rumiando aquel máximo tópico —y máximo trópico— de “escuela y despensa” del león enfermo de Graus, hemos venido a dar en que lo que más nos falta son maestros de escuela, y se empieza a abrir esta carrera a los más posibles para formar así el proletariado pedagógico. Y de este modo se podrá llegar a que una buena parte de la población viva de enseñar a leer, escribir y contar al resto de ella. Y otra parte, ¡claro está!, a divertirla. Porque hay que dar ocupación a todos.

Sabido es que en la decadencia del Imperio Romano, cuando se iba disolviendo una civilización y se acercaba la ruralización medieval, el pedagogo, el encargado de adoctrinar en letras a los hijos de los patricios solía ser un esclavo. Y se ha dicho que una de las causas de aquella disolución fue el que los patricios, los hacendados, los señores, hubiesen sido educados por sus esclavos. Y ese carácter de esclavitud, de esclavitud resentida —y a las veces rencorosa— persistió por mucho tiempo en el pedagogo. Al pedagogo pagano sustituyó con el tiempo el pedagogo cristiano, el dómine, generalmente eclesiástico, el clérigo. Y el clérigo recibió toda la herencia espiritual del antiguo pedagogo a que sustituía. Y cuando de nuevo el pedagogo, el eterno pedagogo, se hace laico, ¿es que no sigue siendo, en el fondo, el antiguo pedagogo y el clérigo? ¡Ay de aquel inmortal Dómine Cabra, “clérigo cerbatana” del inmortal Quevedo! ¡Ay del martirio de San Casiano! ¡Ay del claustro de que salió la escuela! ¡Ay del proletario de las primeras letras!

¿Proletario? El pedagogo clérigo, en rigor, no era proletario, no tenía prole, porque el genio de la especie, la cordura subconciente del género humano le dictó el celibato obligatorio. Los que se fijan en que tan grande parte de los niños españoles que reciben enseñanza primaria lo hagan en colegios de frailes no recapacitan acaso en que ello se debe a que esos pedagogos han tenido que aceptar el celibato obligatorio, que es la marca de su esclavitud, de esa esclavitud inherente a su función docente. Y no hay persona observadora y reflexiva que no se haya percatado de que las llamadas órdenes religiosas se nutren de una recluta malthusiana, que van a engrosarlas aquellos que no hallarían una profesión con que poder criar una familia, una prole. O sea, ¡trágica paradoja!, que son los proletarios que no pueden tener prole y se tienen que dedicar a desasnar a lo prole ajena. Y si lográramos suprimir todos esos pedagogos monacales, todos esos esclavos del celibato malthusiano, y sustituirlos con pedagogos laicos, y ¡es claro!, padres de familia, proletarios de prole propia, ¿es que se resolvería el

problema vital que palpita en el fondo de todo ello? El día en que lográramos que todos, absolutamente todos los niños españoles recibieran la primera instrucción obligatoria en escuelas regidas por maestros y maestras laicos, civiles, funcionarios racionales, sin celibato obligatorio, por supuesto, o sea proletarios propiamente dichos, ¿en ese día no surgiría otro problema? Es fácil que entonces se dijera: ¡sobran maestros! Porque habría que alimentarlos.

Me acuerdo la protesta que suscitó en cierta reunión de educadores cuando una vez sostuve que cuando una maestra pública se casa debe abandonar la enseñanza, pues no es posible que rija bien una escuela una mujer que tiene que concebir, gestar, parir y criar hijos propios, que una proletaria de prole propia no puede dedicarse a la prole ajena. En seguida se me echó en cara que abogaba por la docencia monacal. Y uno se me acercó luego y me dijo al oído: "¿Y qué le parecería a usted el celibato civil obligatorio?"

Empieza a hacerse España un pueblo de tinterillos, de funcionarios públicos, en vez de un pueblo de campesinos que venía siendo. El campesino huye del campo y, lo que es peor, lo aborrece. Y se empieza a oír el trágico tópico de "¡vuelta al campo!" ¡Qué fácil decirlo! Para que la gente vuelva al campo hay que hacer campo. ¿Es que sobra campo?, ¿es que falta campo?, ¿es que sobra gente?, ¿es que falta gente? ¿Es que España puede mantener a todos sus hijos?

"Y tú, ¿qué resuelves?" —se me dirá—. Yo no resuelvo nada; mi misión no es la de resolver. Mi misión es la de hacer que las gentes miren al fondo de los llamados problemas. No sé si sobra gente o falta tierra; pero si sé que falta valor para encarar la verdad.

Respeto al pensamiento privado

El Norte de Castilla (Valladolid), 31 de mayo de 1932

Suele hablarse de la vida privada y de que hay que respetarla, que harto es que los hombres públicos estén expuestos a todos los ataques que puedan dirigirse a su vida pública. Pero no sabemos que se haya dicho algo de la inviolabilidad del pensamiento privado. Porque si el hombre público, el político, tiene su vida privada en la que se refugia de los sinsabores de la otra, el escritor público, el publicista, el literato, tiene también su pensamiento privado. Y no es decoroso asaltarlo. Lo que uno crea deber dar al público, a su público, se lo da, pero si algo quiere reservarse, ¿por qué ha de pretender forzarlo cualquier indiscreto?

Nos referimos concretamente a esa, ya verdadera legión, de reporteros, enquesteros —o enquisedores, en rigor inquisidores— refitoleros y correveidiles que dan queriéndole sonsacar al escritor público, al publicista, su pensamiento privado. Apenas, por ejemplo, se pronuncian en las Cortes uno de esos

discursos que en la jerga convenida se llama sensacional, cuando ya se le arriman a uno esos inquisidores, papelito y lápiz en mano, con aquello de: "¿qué le parece a usted?" Y si uno para sacudírselo dice que se reserva su juicio o que no le parece nada, le dan a la respuesta, no sin cierta malignidad, un sentido que no tiene. Lo hacen aparecer como un desdén hacia el objeto de la pregunta y no hacia la pregunta misma. Pero lo peor es cuando esos inquisidores no le preguntan a uno nada sino que se arriman, como confidentes policíacos, a un grupito en el que el escritor habla en privado con dos o tres amigos, para escamotearle un juicio privado. Y si luego uno lo rectifica, la cosa empeora aún más. El que esto escribe tiene que declarar por su parte que de cada docena de juicios u opiniones que se le atribuyen, lo menos ocho suelen ser casi totalmente fabricadas por otro y las otras cuatro trastornadas. Y que no se le cuelgue sino aquello que él, por su parte, y sobre su firma, emita. Y aun entonces no se ve libre de la mala interpretación. Y tiene que declarar también que no responde de casi ninguno de los dichos con que se le está tejiendo una especie de leyenda. Ha llegado a ver como citas suyas, y hasta entrecomilladas, sentencias que le han cogido enteramente de nuevas.

¡Y qué cosas se le preguntan al desgraciado que no puede tener pensamiento privado, o que no puede rehusarse a pensar sobre algo! Al que esto escribe se le preguntó qué impresión le habían producido las erupciones de ceniza de los volcanes andinos. Y contestó que protestaba indignadísimo contra la mala saña de esos volcanes, que era intolerable que una cordillera como la que separa dos pueblos tan nobles y tan inocentes como el chileno y el argentino, se vieran expuestos a la perversidad de esos titanes geológicos, que no creía que serviría querer tapar sus cráteres con grandes masas de cemento, pues los lanzarían como proyectiles… Y acabó recordando lo que Herman Melville, en su intensísima novela *Moby Dick o la ballena blanca* —aún está por traducir—, dijo de la divinidad malévola que se complace en atormentar a los mortales, y aquello de Leopardi de que hay que despreciar al poder escondido que para común daño impera y a la infinita vanidad del todo. Algún tiempo después se le preguntó sobre el asesinato del hijo de Lihnberg, y contestó que eso era efecto de causas económico-sociales sujetas al determinismo histórico, y que era ocioso dejarse impresionar y menos indignarse por ello, que era uno de tantos reveses a que está expuesta la vida humana y… así por el estilo. Ni una ni otra respuesta se publicaron.

¿Y por qué no se publicaron ni una ni otra respuesta? ¿Es porque se las tomó por eso que los mentecatos llaman paradojas de Unamuno? No, ni mucho menos. Porque si los inquisidores las hubieran estimado paradojas habríanlas aprovechado muy satisfechos de acrecentar el caudal de las que se me cuelgan. Pero no es así. En cambio, en cuanto se les ocurre una majadería en seguida la califican de paradoja y la ponen a mi nombre. Porque es de observar que para todos aquellos que carecen de entendimiento dialéctico, que son incapaces de penetrar en el fuego íntimo y trágico de las contradicciones del pensamiento vivo —el pensamiento que no es contradictorio en sí es pensamiento muerto—, para todos aquellos que presos del sentido común no han llegado a adquirir pensamiento propio, para todos aquellos que viven faltos de pensamiento privado, íntimo, intransferible, para todos estos son paradojas las majaderías que se les ocurren. Y ni aun estas suelen ser propias. Porque hay aquello que me decía un amigo: "Mi hijo Enriquito tiene un talento para decir tonterías…" En cambio, estos cuando quieren decir una tontería les resulta una vaciedad, una cosa que no quiere decir nada.

Por lo cual a uno que con frecuencia me decía: "verá usted lo que quiero decir", solía yo atajarle diciéndole: "Mire, amigo, a mí no me importa lo que usted quiere decir, sino lo que usted dice sin querer". Porque es esto alguna vez se revelaba su pensamiento privado. Y hasta alguna verdadera paradoja, pero inconsciente, es claro.

¿Cuándo se nos respetará el pensamiento privado a los que por sino o por providencia estamos en esta tares de representar el pensamiento público?

Escuela y despensa únicas

El Sol (Madrid), 2 de junio de 1932

Suma y sigue. Porque nos peta continuar y ensanchar las consideraciones tan obvias que hacíamos en nuestro último comentario sobre lo que sobra o lo que falta. Consideraciones que a más de un lector le habrán parecido inspiradas en lo que se dice interpretación materialista de la Historia. ¿Pero lo es? ¿Dónde el materialismo? ¿Dónde la materia y dónde el espíritu? Muy en lo justo andaba aquel economista inglés que dijo que la economía y la religión son los dos ejes de la historia humana. Y acaso son uno solo. La llamada religión, una economía a lo divino, atenta a resolver el gran negocio —así le llaman los jesuitas— de nuestra salvación eterna, y la llamada economía política, una religión —lo es el bolchevismo— atenta a resolver el negocio de nuestra salvación temporal. Y entre las dos una estrechísima alianza.

Hablábamos de la recluta malthusiana de las Órdenes religiosas dedicadas a la enseñanza para surtir de siervos pedagogos a la sociedad civil. Pero hay —se nos dirá— las otras Órdenes, las contemplativas, las dedicadas a la oración. También ellas cumplen una misión económica, o si se quiere económico-religiosa. Son asilos en que se refugian los náufragos de la vida, náufragos de nacimiento. Son los que permiten a los demás vivir con un poco, muy poco, más de anchura. De crisis económica surgieron en el siglo XIII las Órdenes mendicantes. Y quien lea atentamente nuestra literatura picaresca podrá darse cuenta de lo que significaban el monacato y la frailería cuando estalló la Reforma.

Hoy a la Iglesia sucede el Estado, y si aquélla, la Iglesia, fue una institución benéfico-docente, una institución benéfico-docente se está haciendo el Estado. Tiende a hacerse la escuela única y el asilo único. "Escuela y despensa", que dijo nuestro Costa. Cuando oigáis hablar de eso de la escuela única fijaos en que no se trata, ni sólo ni principalmente, de que esté abierta la escuela a los hijos todos de los ciudadanos, cuanto de que sean funcionarios del Estado todos los instructores, todos los maestros. El Estado docente ha de atender tanto o más que a todos los que aprendan, a todos los que enseñen. Y a la vez el Estado se convierte en el único asilo, en la única despensa. Escuela única y despensa única. Y decidme, ¿son otra cosa el sovietismo y el fajismo? Y lo mismo da que el Estado surja de los Sindicatos

únicos que de los Sindicatos libres. Las dos clientelas acaban por fundirse en una, única y… ¿libre? Libre, nunca.

Hay aquello que Carlos Marx llamaba el ejército de reserva del proletariado, el que había de mantener la que Lasalle llamaba ley férrea del salario, el ejército de esquiroles o rompe-huelgas. El de los obreros parados, que es de siempre, de los que con su paro mantienen esa ya mítica ley férrea. Y en cierto modo formaban parte de ese ejército económico la clerecía y el ejército militar. Para guardar la que se llamaba sociedad burguesa, o capitalista, sus capitales, sus caudales, tiene que rodearse de un verdadero ejército, diversificado; pero este ejército es el que llega un tiempo en que le consume tanta parte de caudal como el que trataba de guardar. La prima del seguro le cuesta tanto como el riesgo de que trata de asegurarse. Y es el proceso actual de expropiación del capitalismo. ¿Que los anarco-sindicalistas se preparan al asalto de expropiación? El remedio consiste en hacerlos guardias de asalto al servicio de los capitalistas. Es ya antiguo lo de que el matute se acaba haciendo celadores de consumos a los matuteros todos. Y así el asalto llega por otro camino.

Por los tiempos mismos en que nuestro Costa repetía su tópico de "escuela y despensa", otro español típico, nuestro Ganivet, solía repetir otro tópico, y es que las revoluciones se evitan aumentando, universalizando la burocracia. Es el tópico central de la conquista del Reino de Maya por el último conquistador Pío Cid. Los señores serán despojados por sus criados. Pero figuraos que entra a conquistar el Reino —o República, es igual—, en vez de Pío Cid, que es una especie de Don Quijote, con una cabeza confusa, con un entendimiento brumoso, sobre un corazón y un sentimiento todos luz y nobleza, que entra una especie de Julián Sorel —el del *Rojo y negro*, de Stendhal—, es decir, una cabeza bien organizada, un entendimiento claro y cortante y frío, sobre un corazón torturado y resentido, y decidme lo que puede ocurrir. Aunque el resultado sería igual, pues no depende de la psicología de los conquistadores.

¡Lo que estamos pensando en estos días de disolución íntima de nuestro régimen histórico —disolución económica, disolución religiosa, disolución política, acaso disolución estética—, en nuestro Don Quijote, y en nuestro Íñigo de Loyola, y en nuestro Segismundo, y en nuestro Don Juan! Y andamos buscando en nuestra historia o en nuestra leyenda pasadas las figuras que correspondan al Yago shakespeariano o al Julián Sorel stendhaliano.

Nuestra España está entrando en el periodo disolutivo en que tan entrada está ya Europa, que va a un nuevo régimen económico-religioso. Hubo el Renacimiento, hubo la Reforma, hubo la Revolución. Ahora llega el Resentimiento y con él la escuela y la despensa únicas, el Reino de Maya.

¿Lucha de clases?

El Sol (Madrid), 5 de junio de 1932

El capítulo XVIII del Evangelio, según San Mateo, nos cuenta de cómo cuando le preguntaron a Jesús sus discípulos quién es el mayor en el reino de los cielos, llamó a un niñito, lo puso en medio de ellos y dijo: "De veras os digo que si no os volvéis y hacéis como los niños, no entraréis en el reino de los cielos; quien se rebaje como el niñito éste, ése es el mayor en el reino de los cielos." Así el santo; pero el héroe ha nacido para conquistar reinos de la tierra. Pero el que conquistó con su vencimiento Don Quijote, ¿fue del cielo, o de la tierra? ¿Y fue reino? Acaso el que está entre cielo y tierra.

Y como hay hombres que parecen no haber tenido niñez nunca, hay pueblos lo mismo: pueblos que parecen haber nacido adultos, bien maduros, tal vez pasados, a la Historia. Pueblos de una gravedad que proviene de madurez prematura, de premadurez. ¿No os ha sorprendido, lectores, el estrecho lugar que llenan y el escaso papel que juegan los niños en la literatura castellana? El teatro, desde luego, los esquiva. Venid al último clásico castellano —que lo era—, a Galdós, y ved que, en contraste con Dickens, tantas veces su modelo, apenas si aparecen —y cuando lo hacen es esfumados— los niños en su obra. En la que no hay recuerdos de su propia niñez ni de la Gran Canaria. Parece como si los hubiese olvidado.

Y hay en cambio pueblos, como individuos, que parecen vivir apegados a su niñez, envueltos en un complejo de infantilidad, que podría decirse. Pueblos que un nuestro amigo llama folklóricos. Y que recuerdan en el respecto limpio y honesto lo que se ha llamado el complejo Edipo. En nuestra villa natal había un sujeto a quien se le llamaba Amagazlo, que en vascuence quiere decir "duerme con la madre". Lo que llamamos un amadrado. ¡Y hay tantos que no saben despegarse de maternidades espirituales! Excelente cosa para poder entrar en el reino de los cielos históricos; pero, ¿para conquistar el de la tierra también histórica? ¡Ay de los pueblos que se creen muy antiguos, que se creen milenarios, porque se sienten niños! Y padecen complejo de infantilidad. Con todas las acciones y todas las pasiones de los niños. Y hasta una cierta dosis de cándida malicia pueril. Pueblos que cifran la política en danzas, canciones, trajes, ceremonias, festejos, liturgias y juegos de toda clase de infantilidad.

Este comentarista dijo una vez, a propósito del "aplec" de la protesta que presenció en Barcelona —¡y qué profunda impresión le causó!—, esto que allí, muchos no han olvidado: "Seréis siempre unos niños, levantinos. Os ahoga la estética." Y esto lo dijo como si hubiese una voz que le salía de la entraña cantábrica —mejor, vascona—, siendo así que son dos infantilidades marinas o costeras. ¿Será la mar la que da infantilidad a un pueblo, y será la tierra, la tierra pura, escueta, la que le da ascética madurez? ¿No sería acaso la llanura manchega, el páramo castellano, el que hizo que Don Quijote surgiese ya más adulto y sin niñez?

Comparad al griego y al romano, a Ulises y a Remo y Rómulo, los criados por la loba. El romano, aunque nacido cerca del mar, es de tierra adentro; el griego, sobre todo el de las islas, es marino, y como el mar, ondulante. Y hasta sus lenguas: el griego es movible y cambiante como la mar; el latín, fijo y recio como la tierra. Y los grandes conquistadores, aunque hayan partido de la costa y hasta nacido y

criádose en ella, proceden de linaje y abolengo de tierra adentro, de la meseta o de la sierra. Así cruzaron el océano Cortés, Pizarro, Orellana… Los otros, los costeros de raza, no conquistan, colonizan. Se hacen colonos y coloniales. Hasta en su propia tierra costera suelen formar colonia.

Y todas estas divagaciones de esa fantasmagoría que se llamó en un tiempo filosofía de la Historia, y a la que ha desplazado la hórrida sociología, le llevaron a uno a meditar en la última aventura de Don Quijote, cuando al borde del mar latino, mediterráneo, venció y vencióse con su vencimiento, que fue su victoria. La niñez espiritual se acaba en el hombre cuando descubre la muerte, que hay que morirse, al anunciársele la pubertad —¡qué bien lo sabía Leopardi!—; pero Don Quijote, que no tuvo niñez, sintió desde su principio la muerte. Y la sintió en forma de gloria, en forma de inmortalidad. Don Quijote, como su pueblo, sintió la inmortalidad de la muerte. Y Teresa de Jesús pudo decir lo de "que muero porque no muero". En cambio, los pueblos niños, aunque sepan con el entendimiento —pues no son necios y algunos suelen ser inteligentísimos— que se tienen que morir, no lo creen con el espíritu. Y en todo caso, mientras nos dure la vida…

Y se siente uno sumido en un mar, no en una tierra, de confusiones. Y no llega a unanimidad consigo mismo. Que un individuo solo, aislado, puede no ser unánime si tiene más de un alma. Y ocurre que tenga un alma marina y otra alma terrestre o serrana. Y otras más. Y que luche en él la santidad con el heroísmo; que todos, en una u otra medida, tenemos algo de los dos.

Y después de todo esto, ¿hay una niñez quijotesca? Porque no tratamos de hacer un programa político. Ni todas estas divagaciones son pragmáticas, sino más bien prologales, que es muy otra cosa.

El niño es el padre del hombre

El Sol (Madrid), 14 de agosto de 1932

Suma y sigue, que aún no hemos acabado con lo de la niñez que tanto nos tira. Nos tira para esquivarnos de la actualidad que pasa y chapuzarnos en la eterna potencialidad que se queda. Ahora nos obsesiona el niño en esta España, al parecer renovada. ¿Cómo la sentirán dentro de veinte o más años los que hoy tienen en ella nueve o diez? De nueve a diez tenía este comentador que os dice cuando sucumbió la primera República española y bombardearon los carlistas su villa natal y se sintió nacer a la vida civil. Y luego, en el ya casi mítico 98, narró sus visiones civiles infantiles. Y por cierto que durante la Dictadura, como un profesor de la Normal de Orense recomendara a sus alumnos de Pedagogía la lectura de nuestros *Recuerdos de niñez y de mocedad*, fue censurado por el obispo y se le formó expediente académico. De aquellos recuerdos estamos en nuestra mejor parte viviendo.

Wordsworth, el reflexivo poeta inglés, dijo: "¡Mi corazón salta cuando veo arco-iris en el ciclo; así era

cuando empezó mi vida; así es ahora que soy un hombre; sea así cuando me haga viejo o antes muera! El niño es el padre del hombre, y desearía que mis días estuviesen ligados unos con otros por natural piedad." Y en su poema *La excursión* nos muestra cómo ya a un niño se le asentaron los cimientos eternos de su alma desde los seis años, cuando iba a apacentar ganado entre las colinas de Athol, que veía crecer en la oscuridad y surgir las estrellas sobre su cabeza. Niñez de soledad como aquella de otro máximo poeta, el catalán Verdaguer, mosén Cinto, cuando —y creo haberlo citado aquí otra vez— decía lo de: "¡Ay soledad querida, mi compañera un día, el día de la infancia que no tuvo un mañana —*que no tingué demá*—, desde que triste añoro tu dulce compañía, cual fuente escurridiza mi vena se truncó!" ¡Esa mañana sin un mañana, es hoy eterno de la niñez! ¡Ese porvenir quieto! Cada ver que nos salta a la vista un niño se nos van los ojos tras de él, hacia el porvenir. Que es a la vez —¡entrañada dialéctica de la vida íntima!— írsenos hacia el pasado. Que el porvenir es un repasado, y en él, en el porvenir, tendrán que hacer nuestros nietos repaso de lo que hicimos nosotros.

Y ved niños de soledad. Al acabar el primer capitulo del tercer Evangelio dice el evangelista: "El niño crecía y se fortalecía en espíritu, y estaba en el yermo hasta los días de su mostración ante Israel." ¡Pero hay tantas soledades infantiles! Figuraos un hijo de reyes, nacido rey y sin padre y que se críe en regia familia sin otro varón en ésta más que él, con madre, hermanas, tía, entre mujeres y domésticos de cualquier sexo, sin un hermano o un tío que le refrene con virilidad, ¿qué puede resultar? El misterio de la fragua del alma infantil, de su cimentación, es un gran misterio. Y el culto al niño, el más alto oficio religioso de una sociedad civil. Sólo así puede un pueblo no ya remozarse, sino reniñarse. Que no es aniñarse.

Y dándola vueltas en el magín a todo esto y al escaso campo que ocupan en la literatura y el arte castellanos los niños, vinimos a recordar a aquel pintor sevillano, Murillo, el de la tierra de María Santísima, de la Virgen Madre —toda madre lo es, pues la maternidad virginiza—, el que sintió como nadie la sagrada familia y a la Virgen Madre de olla y devanadera. Y aquel su San Antonio, maternal también, que tiende los brazos al Niño —el de la Bola—, que baja del cielo. San Antonio bendito, casero y casamentero, a quien piden novio las niñas —así las llaman en aquella tierra— casaderas. Y se los da el Santo, pero no por ellas, sino por el niño por venir, por el niño del porvenir. En tiempos de Murillo partían de Sevilla los que iban a poblar de españoles las Américas. Y en tierras españolas de fuerte natalidad no habían surgido doctrinas malthusianas. La Madre España, la que Waldo Frank en su obra *Virgen España* tan bien ha caracterizado a este respecto, sentía su maternidad conquistadora. Era una patria pobladora.

Hay que poblar, sí, pero con almas; hay que repoblar, pero repoblar tiene que querer decir reanimar. Sobre todo al campo. Toda la obra de la España nueva, reanimada en el campo, en la vida rural, toda su obra de civilización consiste en que los niños del campo y de la sierra sientan a la vista de éstos, del campo y de la sierra, del páramo y de las cumbres, que se les asientan en el alma los cimientos de la civilidad, de la historia patria, del pasado espiritual que hizo a sus padres. Cuando pensamos en una escuela sola para todos, para los hijos de los pobres y los de los ricos, para los hijos de Sancho y para los de Camacho el rico, cuando pensamos que es menester que los acaudalados hidalgos de los lugares,

villorrios y aldeas no tengan que apartar a sus hijos de los de sus domésticos y enviarlos a colegio de industria pedagógica, nos damos cuenta de que la más perniciosa raíz del ausentismo de los señores de la tierra está en que creían tener que sacar a sus hijos del solar de familia para educarlos en la ciudad. El campo quedaba para los animales y los criados. Y así fue ello.

Y cuando, por otra parte, veamos esos niños de familias campesinas, esos que ven pasar por la carretera los autos de los turistas y esos otros niños de familias obreras, nos preguntamos siempre qué visión de España se estará fraguando en el hondón de sus almas. Los que tuvimos la suerte de que nuestra alma infantil se fraguara ante el hervor de luchas civiles, de luchas civilizadoras, en historia patria, pensamos siempre en cómo se podrá hacer entrar en civilidad a toda esa niñez española que duerme, casi sin soñar, en las soledades rurales de España.

Desde alturas de tierra

El Sol (Madrid), 18 de agosto de 1932

No, no cabe mantenerse en una tal tesón seguida y por tesonero que se sea, pues también la yunta de bueyes se gasta más tesando que no tirando del carro. Pero ¿dónde ampararse a derretirse en el ámbito del Madrid veraniego? El Retiro, la Moncloa, la Casa de Campo, la Sierra…; pero ¿y el páramo?, ¿el descampado campo manchego, quijotesco? De aquel Don Quijote a quien le tiró su estrella, su sino, desde la cuenca del Guadiana a la del Ebro, a Levante, como al Cid, su hermano mayor, de la del Duero a la del Jalón, a Levante también, a la cuna del sol ibérico.

Heme ido, pues, no a soñar, sino a leer sueños, al aire libre, en el cielo espacioso de la puesta del sol, desde las alturas de encima del Hipódromo. De un lado, Madrid urbano tendido bajo ese cielo espacioso, al pie del Guadarrama, y de otro, campos, no ya desnudos, sino desolados, Chamartín adelante. Campos terreños. (Aunque a este adjetivo le confine la Academia en dialectismo riojano.) Campos terreños, de sola y pura tierra, de tierra de cocer ladrillos y pucheros más que de pan llevar; de tierra con maleza rala y escueta, donde se arrastra el simbólico cardo borriquero. Campos terreños, sin verdura, que se encaran con el cielo desnudo; campos sedientos, que se abren en socavones y cárcavas. Tierras de destierro, descampados para campamento de gitanos y buhoneros y vagabundos, picarescas escurriduras de la civilidad al margen de la urbe ensanchada.

Del barro de esa tierra —del que se hizo a Adán— se hicieron adobes y ladrillos. De ladrillo las propias construcciones, a modo mudéjar, de los indígenas albañiles madrileños. Albañiles y no canteros. De cantería Santiago de Compostela, y Ávila, y Salamanca y otras ciudades así. El Madrid castizo y propio de tierra cocida. Así se hizo también la Torre de Babel. Las ciudades y villas de roca, berroqueño, de berrueco o barrueco, resultaron barrocas. Pero mirando al Madrid ensanchado desde estas alturas de

sobre el Hipódromo las cúpulas, pingorotas y cimborrios barrocos, se pierden ya en un dédalo de terrazas y terrados rectilíneos de corte cubista. No ya arabescos, sino grecas; no ya virutas, sino escuadras. Pero cerrando el escenario la Sierra barroca, rocosa, aserrando la bóveda celeste.

Se ha puesto ya el sol bajo el cielo espacioso, que se ha espaciado más al ponerse aquél, sin duda para abrir más campo a las estrellas. Y todo el escenario se ha hecho más teatral. La Sierra y la serie de bastidores del nuevo caserío de este Madrid moderno parecen bambalinas. Creeríase que detrás de ellas no hay sino el vacío insondable. Y es un espectáculo, a la vez que teatral, dramático. Dramático por lo que sugiere y sugestiona. Le realza la iluminación fantástica de una gran urbe. Fantástica y eléctrica. Y suelta y resuelta la fantasía, sin hilo, empieza a resonar las bambalinas que se han derrumbado en este escenario; las de la Corte, las del Ejército, las de la Iglesia… ¿Qué queda en pie sobre el tablado? En estas mismas alturas, desde el Instituto Nacional de Física y Química —fundación de Rockefeller—, templo de la ciencia, de encendida encarnación, a escuadra también de ladrillo, vio un día don Gregorio del Amo, generoso donante de otra fundación cultural, vio, transido de congoja, alzarse al cielo la humareda de las hogueras de la quema de conventos de Madrid. ¿Qué pensaría? Ardían unas decoraciones. ¿Y las otras, las nuevas, las últimas?

¿Qué irá a salir de esta pequeña Babel manchega? Vuélvese uno de espaldas a la puesta del sol y se queda mirando hacia levante, los campos terreños, quijotescos, las tierras resecas y desolladas. Y acuérdase de aquel cuarteto burilado en el inmortal soneto de García Tassara: “campos desnudos, como el alma mía, / que ni la flor ni el árbol engalana, / ceñudos al nacer de la mañana, / ceñudos al morir del breve día”… Mas al recordar lo de “que ni la flor”, baja uno la vista a que tropiece con la humilde flor del cardo. ¿Qué agua le riega? Pues hasta para dar espinas y abrojos hace falta riego. ¿Qué aguas profundas, soterrañas, sostienen esta rala y escueta maleza? ¿Y de dónde en secano saca su fresco jugo la sandía?

Cayeron unas bambalinas y se levantan otras; empiezan a vaciarse unos templos y a llenarse otros. Y todo ello, más que sobre campo de naturaleza, sobre tablado de arte. Tablado…, tablado… En seis tablas de arte, de leño de árbol muerto, se le entierra a uno en tierra de naturaleza. Los hombres de las ciudades calzaron a éstas de losas por no pisar yerba, decía Obermann. ¡Esas aceras que van a los arroyos muertos de las calles urbanas y esos ribazos floridos que van a los arroyos vivos de los campos campesinos! ¡El agua que canta y cabrillea a la luz, y no el agua, casi mecánica, que va por tuberías, contadores, canalillos y sumideros! Aquí, en esta altura, pasa un canalillo y en sus bordes unos chopos apenas si se estremecen, pues el aire de bochorno pesa inmovilizando la escena. La película se ha parado y es una instantánea que se queda. Como sonoridad, el cuchicheo de los gorriones que se refugian en una enredadera de yedra contra el ladrillo. Y uno vuelve a mirar al vasto escenario y a pensar que en el teatro no caben niños, pues ¿quién les amaestra a llenar un papel prescrito?, aunque sí mozalbetes. Y la falta de niños es la mayor falla del teatro. La falta de niños es falta de eternidad.

El último gran bastidor de fondo, el contrafuerte de la Sierra empezaba a nimbarse de estrellas, que, descorrido ya el telón de engañoso cielo azul, de que sólo quedaba, pálida reliquia del día, una hoz lunar, derramaban su entrañada luz propia. En el firmamento sin fondo —el empíreo de los antiguos—

las constelaciones de siempre, y perdida entre ellas nuestra estrellita polar, la boquilla de la Bocina estelar y silenciosa. Y al recuerdo de aquellos dos versos del poeta mejicano Díaz Mirón: "Y era como el silencio de una estrella por encima del ruido de una ola", retiróse uno a su celda —célula— a resoñar en las pintadas bambalinas de nuestra historia terrenal y en sus quemas y en sus derrumbes. Y en el destierro final de uno que será su entierro.

Pronunciamientos de analfabetos

El Sol (Madrid), 21 de agosto de 1932

Conviene dejar pasar los sucesos —lo que sucede, o pasa— para mejor contemplar los hechos, lo que se hace y queda. Tal con el último aborto de pronunciamiento militar. Y aquí se nos viene, por asociación verbal, a las mientes aquel cuento del gitano que al poner a prueba aquel burro del que afirmó que sabía leer, expuso: "lee pero no *prenuncia*". Al revés del burro del gitano, hay quienes *prenuncian*, pero no leen. O mejor, se pronuncian, pero no saben leer. Es que el fracaso de muchos pronunciamientos se debe a que los pronunciados son, en mayor o menor grado, analfabetos. No saben leer bien el libro de la Naturaleza, ni menos en el de la historia. Y no saben leer en el alma del pueblo. Toman una opinión pública —la de su público—, y aun esta mal leída, por opinión popular. Y es que no creen en el pueblo. Y, es claro, con caudillos así no se hace política. Como tampoco guerra. Ni siquiera guerrilla para la que lo que hace falta, según Prim —que no lo creía, pues no era analfabeto— es lo que el otro llamó masculinidad.

¡Masculinidad! La mayor sorpresa del dictador másculo —o macho— de 1923 fue que no se le adhirieran desde luego algunos de los que más denunciaron los males del llamado entonces antiguo régimen, algunos de aquellos a quienes calificó después de autointelectuales. Y es que era imposible que se le adhirieran al leer junto a la "masculinidad" lo de "los de nuestra profesión y casta". Con gente de casta, y como de tal casta, ¡ni a la gloria! Y esto no lo vio Primo por un profesional analfabetismo suyo, porque no había aprendido a leer en la sociedad que rodeaba al islote de su peña.

"Con militares nada, ¡ni la República!" —solía decir Pi y Margall mientras Ruiz Zorrilla persistía en el error. Y al fin se ha visto que la República no la han traído pronunciamientos militares. ¿Que han preparado su advenimiento? Dejemos esto por ahora, que aun no es tiempo de proclamar a todos los vientos lo que casi todos nos cuchicheamos. No un pronunciamiento, sino el modo torpe de reprimirlo preparó en parte —y sólo en parte y no grande— aquel advenimiento. "¿República pretoriana? —solíamos decir algunos—; mejor monarquía civil." Pero como el caso era que la monarquía había roto con la civilidad, con la democracia liberal, que no podía ya, ni aunque lo hubiese querido —que no lo quiso—, civilizarse, ni los pretorianos podían sostenerla ni podían derribarla. La lucha de clases, por otra parte, no dejaba lugar a la lucha de castas. El hablar de "los de nuestra profesión y casta" era un

ataque a la civilidad y a la civilización. En la casta se trasparentaba el analfabetismo de los promotores de pronunciamientos. A un pueblo que empieza a saber leer no se le rige con corazonadas, como las de Martínez Campos, el de Sagunto.

Acaso en el último suceso —incidente— de Sevilla los analfabetos de mayor o menor graduación —de analfabetismo, se entiende— que lo prepararon, se creerían que republicanos muy sinceramente tales, pero descontentos de la conducta del Gobierno, habrían de acabar por ponerse, más pronto o más tarde, al lado de los pronunciados si éstos no se proponían restaurar la monarquía imposible. Es que no saben leer. Y menos los que son escritores públicos, aunque no populares. Aparte de que agranden lo del descontento, no saben leerlo. Ni en qué estriba.

Somos fatales las gentes de letras cuando no oímos por debajo de éstas las palabras. Y a propósito de esto de letra y de palabra, dejad que en digresión —aunque regresiva— os digamos que cada vez que oímos hablar —y es frase favorita de pretorianos— de "palabra de honor" nos preguntamos si es que hay otra palabra, otra que no sea de honor. Y al pensar que un hombre puede tener dos clases de palabra, una de honor y otra sin él —la famosa restricción mental jesuítica— venimos a dar en que su palabra de honor lo es de un honor de palabra, no más que de palabra. Y en el mal sentido de este soberano término.

Otra lección nos ha repetido el suceso último, y es que así como los obispos de levita son más perniciosos a la causa nacional que los de sotana y mitra y báculo, y toda clase de legos seculares que se meten a clericalizar, así también no hay peor enemigo de la civilidad de un pueblo que el pretoriano honorario —de aquel honor de que os decíamos—, el señorito de complemento que con frecuencia suele ser algo entre cazador y torero. ¡Cosa fatídica un civil condecorado militarmente, un civil de casino militar! De casino, no de cuartel. Es algo así como un laico de sacristía. Y este señorito de complemento, deportista, suele ser profundamente analfabeto. Y analfabeto por desuso. Y le hemos oído a uno de éstos, a un doctor de escopeta y perro, analfabeto por desuso —el doctor, no el perro—, después de sostener que la cultura no depende en absoluto del alfabetismo —lo cual es muy cierto— agregar que en su región aumenta la incultura según aumenta el número de los que saben leer y escribir. Y añadió: "porque, como el burro del gitano, leen, pero no *prenuncian*". Y sin poder contenernos le replicamos: "Qué, ¿le han dado a usted alguna coz?" "¡Más de una!" —nos contestó el señorito—. "Pues eso es porque usted —le dijimos—, que cree saber pronunciar, ha olvidado saber leer." Y le añadimos otras consideraciones que le pusieron de mal humor. Y luego fuese a una de esas vitrinas o escaparates de casino —peceras las llaman— en que tales señoritos hacen ostentación de holgura en holganza.

Hay que tomar huelgo

El Sol (Madrid), 28 de agosto de 1932

¡Qué de cuidado hay que tener sobre sí mismo en tiempos —¡tristes tiempos!— de trancazo anímico para que éste no se le pegue a uno! ¡Terrible epidemia! Histeria colectiva que puede llegar a pánico, cuando los aterrorizados se hacen aterrorizadores, terroristas. Entonces hay que echarse a temblar por la salud espiritual del pueblo, cuando una muchedumbre —tirba, grupo, corporación, secta, partido, casta, clase o lo que sea— está a pique del pánico. Que puede ser retrospectivo, como aquel miedo que le entró en los Alpes a Tartarín, cuando se enteró del peligro que había corrido. En estos casos se desarrolla una infección de delaciones. Pretenden dirigir las actuaciones judiciales los delatores, que es algo parecido a si pretendieran dictar las sentencias los verdugos voluntarios. Y digamos de paso que si nos ha repugnado siempre la pena de muerte no es tanto por respeto a la vida del reo cuanto por creer que es inhumano mantener verdugos. En todo caso, que ejecute la sentencia el que la confirme; que el Poder ejecutivo se convierta en ejecutor. Pero por sí mismo. Que mate el que firma.

Acabamos de leer unas manifestaciones de la U. G. T. y el partido socialista de Sevilla, que nos han hecho temer por la salud espiritual del pueblo español. Piden la destitución de todos los funcionarios judiciales de Sevilla, la revisión de sus actuaciones y cosas así. Era más sencillo que pidiesen que se les entregue a los que ellos reputen culpables. Leyendo lo cual recordamos el aprieto en que nos puso no hace mucho un periodista extranjero al preguntarnos si había en España fervor republicano. A lo que hubimos de contestarle que ni sabemos bien lo que es eso ni conocemos termómetro para medirlo.

¡Cómo meditamos en estos días en fenómenos de la histeria colectiva que es el fajismo italiano! Donde ha resurgido lo de doctrinas ilegales. A tal punto, que hay italiano digno que ha tenido que desterrarse de Italia porque no le obliguen, a palos, a dar vivas a aquello que más quiere.

“Yo huelo a los monárquicos” —nos decía un cuadrillero—. Y le respondimos: “Pues alístese de perro policía, porque son los perros y otros animales así los que se guían por el olfato, que los hombres lo hacen por la vista y por el oído sobre todo.” La vista y el oído, los dos sentidos propiamente intelectuales, son los que nos dan la noción del espacio y del tiempo. O como ahora se enseña, del espacio-tiempo, del espacio temporal. O acaso tiempo espacial.

Y vamos, como descanso de tristes aprensiones, a detenernos en esto. Hoy se habla en física de espacio cuatridimensional. pues a la longitud —que da línea—, a la latitud —que da superficie—y a la profundidad —que da volumen— se une el tiempo, que da movimiento. Y a estas cuatro dimensiones las podemos llamar en castellano largura, anchura, hondura y holgura. Porque la holgura de movimientos supone, más aún que espacio, tiempo. Para moverse bien hay que tomar huelgo. Para resolver bien un asunto, y aunque apriete el caso, hay que ver a lo largo, asentarse a las anchas, valar a lo hondo, y para todo ello tomar huelgo.

“¡Si sí —se nos dirá—; vamos a andarnos con esas andróminas y mandangas en tiempos de guerra!” Porque ya hemos convenido —el que esto escribe, uno de los de tal convención— que estamos en estado

de guerra. De guerra civil, se entiende. O, mejor que en estado de guerra, en pie de guerra. Pero los pies, si sirven para avanzar —y para retroceder—, no sirven para prender, que es obra de manos. Y en todo caso podemos convenir —convinimos ya—en esa declaración de guerra, pero sin estimar por ello que su consiguiente plan de campaña sea el más acomodado para ganarla. La revisa y la audiencia del caso de guerra actual se ha de resolver por vista y por oído, y éstos exigen holgura. O, como dice la gente, "dar tiempo al tiempo". Frase de muy hondo sentido.

Ahora querríamos decir algo de eso de la juridicidad, palabreja algo hipócrita, pues no se atreven los que de ella abusan a hablar de justicia. ¡Juridicidad, no! Ni legalidad, sino justicia. Y sin adjetivo. Que la justicia no es republicana ni monárquica. Qué daño ha hecho aquello que se le atribuye a Goethe de que es preferible la injusticia al desorden. Doctrina que es precisamente la que invocó Caifas para pedir que el pretor Pilatos, el jefe de los pretorianos, hiciera crucificar al Cristo, fuese o no inocente.

Tiempos de guerra, sí; pero hay una ley de la guerra y hay justicia dentro de la guerra. Y dentro de la guerra no es humano, es inhumano, querer convertir a los soldados en verdugos. ¡Qué tristes enseñanzas se saca de la historia de nuestras guerras civiles del próximo pasado siglo! ¡Qué horror de represalias! Un pueblo que de un lado y de otro husmeaba sangre. Y que de un lado y de otro sentía inquisición. ¡Dios nos libre del trancazo espiritual!

Salve en Atocha

El Sol (Madrid), 1 de septiembre de 1932

Un recuerdo le hizo a uno encaminar sus pasos —romero de la historia— al antiguo santuario de Nuestra Señora de Atocha, donde hace ya medio siglo visitó el sepulcro de Prim. En el lugar mismo en que cadáver reciente fue a verle el último día del año 1870, el rey D. Amadeo de Saboya, hijo del que coronó la unidad de Italia. La víspera había éste desembarcado en Cartagena y había sido asesinado el caudillo de la Revolución. ¿Por quién? En rigor, por el entonces embrionario cantonalismo que en Cartagena culminó luego.

Allá enderezó uno sus pasos, al Pacífico; ¡qué nombre! El monumento a Yara del Rey y los héroes del Caney —que no ha olvidado—, y en el pedestal, con letras rojas: "¡Viva Rusia!" Y luego la nueva basílica, que nos era desconocida. Por sugestión, sin duda, del nombre basílica, la han fabricado de un presunto, presumido y presuntuoso estilo bizantino. ¡Bizantino y en un arrabal de Madrid! ¿Y el viejo santuario, el que buscábamos? Lo derribaron en 1901, y ya, ni ruinas. Era de Nuestra Señora de los Atochales o de Atocha, es decir, del Esparto, templo de dominicos, donde éstos dicen que se enterró a fray Bartolomé de las Casas, el apóstol de los indios occidentales. Y donde se guardaban las banderas de los ejércitos que lucharon contra el turco, o en América, o en África, o los de la Independencia.

Entramos en aquel panteón, que dicen ser nacional, de hombres ilustres. De caudillos, de políticos y de víctimas. Allí Palafox y Castaños, los de la Independencia; y Ríos Rosas, y el marqués del Duero, el de nuestra guerra civil; y con Prim, el de África y América, el que cayó a las puertas del Congreso, las otras tres víctimas: Cánovas, asesinado veintisiete años después en vísperas del ya mítico 98, y Canalejas, quince después, en 1912, y nueve más tarde Dato, en 1921. Y allí también Sagasta, que se murió en la cama, y eso habiendo estado, de joven, condenado a muerte. El guardián de ese panteón bizantino recita la retahíla de cajón, sin que falte lo de que los ingleses darían no se sabe cuánto por aquel obrero que figura al pie de la estatua yacente de Sagasta. El sepulcro de Prim es el que es de iglesia española, el que recuerda los de nuestras catedrales.

Al salir del panteón para ir al santuario, columbramos a lo lejos, en la desnuda campiña, el Cerro de los Ángeles, el que pretende ser el ombligo topográfico de España, donde se alza el monumento al Sagrado Corazón de la Compañía de Jesús. El sol, un sol de justicia, le percudía. Y entramos al santuario queriendo recordar el que hace medio siglo habíamos visitado. Sólo queda la imagen de Nuestra Señora, la de Atocha, la del Espartal. Una imagen de Virgen española, castellana, morena, de color de tierra quemada. No sabemos que fuera nunca verdaderamente popular en Madrid, como lo es la Virgen de la Paloma, Virgen de verbena de barrio, de barrio de menestrales y artesanos. Virgen manola, madre del Manolo. La de Atocha, la del espartal, se hizo palaciana, como la de la Almudena, la de las praderas del Manzanares. Hoy la ciñe, no un barrio de menestrales, sino un arrabal de obreros, debido al ensanchamiento de la urbe metropolitana.

A este santuario solía ir la familia real los sábados, a rezar una salve, allá, adonde se reservaba último descanso a las víctimas de la lealtad monárquica. Allá se iba la familia real, bien escoltada a unir sus rezos a los que, en latín cantado, gemían y lloraban en este valle de lágrimas —*gementes et flentes in hac lacrimarum valle*—, y pedían a Nuestra Señora del Espartal que después de este destierro nos muestre a Jesús. ¿El del Cerro de los Ángeles o el otro? Después, esa visita de salve era al Buen Suceso. Buen Suceso dice otra cosa que Atocha, y el lugar no es tan netamente manchego, tan escuetamente terreno.

Y allí, en la basílica de la litúrgica salve cortesana, pasaron sobre uno las visiones de esa pesadilla de Dios, que es la historia de nuestro siglo XIX, desde la guerra de la Independencia, desde Fernando VII, que tiene en Atocha su recuerdo —Palafox, Castaños—, y luego la Revolución de septiembre —Prim—, y luego la primera carlistada, de que uno fue testigo —niño vio, subido sobre un banco, entrar en Bilbao, a levantar el sitio, al marqués del Duero, que poco después caía muerto en el campo de batalla—, y luego la Restauración —Cánovas y Sagasta—, y luego la Regencia, y después el reinado del último rey de España, con Canalejas y con Dato. En aquel panteón bizantino en que no hay restos de un artista, de un literato, de un hombre de ciencia, de un inventor, de un gran industrial; en aquel panteón de caudillos militares, y sobre todo de víctimas, nos llegaban los ecos de la salve. No del *Te Deum*, ni del *Dies irae*, los de la *Salve*, Salve a la Reina y Madre de Misericordia. ¿Cómo a esos que gritan, sin saber lo que gritan, "¡Viva Cristo Rey!", no se les ocurre gritar "¡Viva la Virgen Reina!"? Porque esto tendría muy otro sentido. Y muy otro sentimiento.

Nos volvimos al Madrid de la Virgen de la Paloma, de la paloma de paz, de la paloma inmaculada, sin mancha de sangre, pensando en los que esgrimen la cruz como martillo para machacar infieles; pensando en la vida, en la dulzura y en la esperanza; pensando en el culto que el pueblo, eterno niño, rinde a la Madre. Y ya abatido el día mirando a la estrellada de sobre la soledad del campo, se percata uno de que toda aquella pesadilla de Dios se fue en un: ¡Amén! Así pasa la pena del mundo. En un: ¡Así sea!

En San Juan de la Peña

El Sol (Madrid), 4 de septiembre de 1932

Estuvimos en Jaca, envuelta en reciente leyenda republicana, en encumbradas laderas pirenaicoaragonesas. La peña de Oruel, monumento —esto es: amonestamiento— natural, prehumano; por ser prehistórico, domina a la ciudad y como que la ampara. Una ruda catedral, a base románica, montañesa. Y a su sombra los porches donde estalló la última contienda, de que guarda impactos la casa-cuartel de la Guardia civil. Por Jaca fluye el Aragón, el río que dio nombre al reino, y el que ensartaba dos reinos, el de Aragón con el de Navarra, pues en tierras de ésta rinde sus aguas al Ebro, al río ibérico que va de Cantabria a Cataluña.

Nos fuimos, en privada romería, al monasterio de San Juan de la Peña, al que alguien llamó, con dudosa propiedad, la Covadonga aragonesa. Cruzamos arboledas de leño, de madera, no de frutos, donde el acebo hacía brillar sus erizadas hojas, como un arma. Y bajamos al viejo y venerable santuario. En un socavón de las entrañas rocosas de la tierra, en una gran cueva abierta, una argamasa de pedruscos que se corona con cimera de pinos. Y allí, en aquella hendidura, remendado con sucesivos remiendos, el santuario medieval en que se recogieron monjes benedictinos, laya de jabalíes místicos, entre anacoretas y guerreros, que verían pasar, en invierno hollando nieve, jabalíes irracionales, de bosque, osos, lobos y otras alimañas salvajes. Bajo aquel enorme dosel rocoso sentirían que pasaban las tormentas. Los capiteles románicos del destechado claustro —le basta la peña por cobertor— les recordarían el mundo, un mundo no de mármol ni de bronce helénicos o latinos, sino de piedra, un mundo berroqueño, en que la humanidad se muestra pegada a la roca —como entre los egipcios— y no ensenta de ella. En uno de aquellos capiteles, Eva hilando en rueca y su Adán guiando la yunta de bueyes —o toros— de labor, condenados a vestirse y a comer con trabajo. Y allí los monjes escribían en paz hechos de guerra, y al escribir historia la hacían. Que el hecho histórico es espiritual y consiste en lo que a los hombres se les hace creer que queda de lo que pasó, en la leyenda. La leyenda empieza con el documento fehaciente, que hace fe, que hace creencia, y se agranda con la crónica. Como aquella del anónimo monje pinatense a la que Zurita llamó la más antigua historia general del reino de Aragón.

En aquel refugio, casi caverna, bajo la pesadumbre visual de la peña colgada, se le venía a uno encima

una argamasa de relatos históricos, de leyendas. Ramiros de Aragón y Sanchos de Navarra, cuando, en reconquista, brotaron mellizos los dos reinos pirenaicos. Y todo ello confusión. Bajo la peña, en la caverna, sepulturas de nobles y de reyes. Y un medallón con la efigie -—característico perfil de carnero— del rey Carlos III, que hizo reparar el viejo santuario. Y entre las tumbas, a su pie, en el suelo, rota la losa, la de aquel Don Pedro Pablo Abarca de Bolea, recio aragonés de rancio linaje, aquel conde de Aranda que llena el reinado del Borbón. En la rota losa se nos dice que habían de haber sido trasladados sus restos al panteón de hombres ilustres, a Madrid, pero que allá volvieron. Y allí está, en el suelo, no en el muro como su presunto antepasado. Allí el conde de Aranda enciclopedista, gran maestre de la masonería española, amigo de Voltaire, el que primero expulsó a los jesuitas de España y consiguió, con Floridablanca, que el Romano Pontífice disolviera la Compañía de Jesús. Y allí, desterrado en su nativa tierra, rindió su espíritu el último año del siglo XVIII. En el suelo de un claustro cavernoso, al abrigo de una peña, en las faldas del Pirineo que une a España con Francia, descansó el que nos trajo el revolucionario despotismo liberal. Su temple no fue otro que el de los caudillos reconquistadores, ni acaso otro que el de los monjes que para historiar sus leyendas se cobijaron bajo la peña, en la caverna.

Y allí, lejos de la engañosa actualidad que pasa y no queda —y su paso no nos deja verla— se sintió uno envuelto en un nubarrón de visiones que pasaban como las sombras infernales y celestiales del Dante. San Juan de la Peña era la boca de un mundo de roca espiritual revestida de bosque de leyendas. Y empezó uno a meditar en cómo vuelve lo que se fue, y es la repetición el alma de la Historia que se produce, como los vastos mundos estelares, en espiral. Vanse las leyendas, dando paso a lo que creemos historia. ¡Pero esté de Dios que se vaya la Historia, la que creemos tal, dando paso a las leyendas! No nos quede lo que pasó, lo que sucedió, sino lo que los hombres, por haberlo vivido, soñaron que pasaba, que sucedía, y trasmitieron, con sus sueños creadores, a sus sucesores.

Sin detenernos en el monasterio de arriba, el del siglo XVIII, más que a tomar un tente en pie, nos volvimos a Jaca. Y luego, pasado Hecho y aquel rudo monasterio de Siresa —cuna, dicen, de Alfonso el Batallador—, aquel templo sin capiteles ni adornos, especie de caverna hecha a mano de hombre, en el alto valle de Oza, entre hayas y abetos y pinos, al pie de los tajantes picachos de la frontera, que apenas huellan sino los sarrios —y alguna vez los contrabandistas—, oímos a uno de los protagonistas de la última proeza leyendaria, la de la sublevación de Fermín Galán, narrar lo que soñó que hizo mientras lo hacía y soñaba. Y todas las figuras leyendarias, todas las que soñamos para poder vivir historia, se perdieron en el bosque augusto que nos ceñía y que soñaba la Tierra perdida en el cielo.

En el portal del sueño

El Sol (Madrid), 9 de septiembre de 1932

Esto, lector, no va a ser un comentario, sino… ¡Aunque… bien!, sigamos. Todo menos perdernos en una actualidad anecdótica. Y eso que están excluidos los nombres propios. ¡Chismografía…, no! Para librarse de lo cual este comentador suele refugiarse en la lectura y reflexión de obras que traten del mundo de los átomos o del mundo de las estrellas, como, pongamos por caso, la de A. S. Eddington sobre la naturaleza del mundo físico, en que se acerca uno a los dos infinitos de que decía Pascal. Y ¿no es para devanarse los sesos —que es perder la cabeza— leer que 10^{27} —10 elevado a vigésima sétima potencia— átomos forman el cuerpo humano, y 10^{28} —10 multiplicado veintiocho veces por sí mismo— cuerpos humanos dan material para una estrella? Después de estos ejercicios intelectuales —espirituales— ve uno a otra luz este mundillo —sobre todo el político— en que, por deber cívico, tiene que moverse. Se lo ve "sub specie aeterni". Y perdón por el consabido latinajo.

Cuando rendidos los párpados al peso del día empieza uno a pregustar la libertad del sueño que se le va allegando, a esa hora sagrada de la imaginación sin freno ni espuela, es cuando solemos descubrit la hondura ideal del cercano pasado y del remoto. Es el momento de las adivinaciones y de las revelaciones. Es la hora del cinematógrafo íntimo, del teatro de las sábanas blancas, la hora de la magia, la hora de la vida es sueño. ¡Y qué de descubrimientos se hace entonces! Es que la pasión se acalla, y con las informaciones —deformaciones— de los diarios se hace trasformaciones para el porvenir. Constrúyese un mundo con líneas y colores, otro con sonidos y acentos o entonaciones. Pero no, porque esa mundo del portal del sueño no tiene ni líneas ni colores, ni tiene sonidos ni entonaciones, sino que es invisible y silencioso. ¿De veras? Se trasforma en mundo de sombras y de ecos, de sombras vagas y de ecos soterraños. Es la mágica hora dagrada de la puesta de la conciencia en que se oye aquel susurro de Dios de que nos habla la Biblia. El contorno cortante que separa a unas cosas de las otras se disuelve en un nimbo ondulante que las aúna.

Es la hora del llamado examen de conciencia, en que el comentador de oficio se entrega a la revista íntima de lo que ha presenciado durante el día y lo consulta con la almohada. Se ve uno a sí mismo como si fuese otro. ¿Se llega así a un juicio objetivo? ¡Quiá, ni por pienso! Porque eso de juicio objetivo es uno de los desatinos mayores que han logrado inventar las pobres gentes. Un juicio, y un juicio de valores como es el que se refiere a cosas de historia, actual o pasada, es siempre subjetivo. Lo hace el sujeto como tal sujeto. ¿Objetividad de juicio? ¿Imparcialidad de juicio? Vaciedad, y no otra cosa. Pero en la hora mágica del portal del sueño las figuras se barajan en uno, y no es uno quien las baraja. Es un poema inspirado —mejor: respirado—, y no es uno quien lo hace, quien lo crea, sino que es él, el ensueño, el poema, quien se hace en uno. Y así alcanza una subjetividad impersonal.

¡A qué otra luz se ve entonces a todos aquellos pobres hombres con quienes uno—pobre de él— convivió durante el día! ¡Qué concordialidad para con ellos le brota a uno entonces! Especialmente con referencia al mundillo político y a sus luchas y competencias de partido. El que esto os dice le decía una tarde a uno de nuestros más famosos caudillos políticos que las pasiones que dividen a los partidarios

de una y de otra política no son sino tortas y pan pintado junto a las que dividen a los literatos, junto a las rivalidades y celos y envidias que separan a los escritores y a los artistas. El ansia de poder no envenena como el ansia de gloria. Y a las veces hemos podido columbrar que bajo una enconada rivalidad política lo que hay es una rivalidad literaria. Cierto es que tenemos conciencia de que se deja más hondo y duradero cuño en el alma del propio pueblo con una obra de arte que con una obra de gobierno. Cuando ésta no es, cuele a las veces serlo, a la vez obra de arte también. Que hay política creativa, o sea poética. Que es la verdadera política, porque lo otro es administración. Y así ha podido hablarse de escultores de pueblos, de forjadores de naciones.

El arte popular, hondamente popular, entre nosotros es el teatro, ¿y hay quien crea que en el pasado siglo XIX hubo una medida cualquiera de gobierno que contribuyó a formar o reformar o trasformar el alma de nuestro pueblo más que algunas de las obras de teatro que formaron época? De aquí que la historia literaria es más interna —ateniéndonos a la consabida división de historia interna y externa— que la historia política. La historia literaria es la historia íntima, es la historia de cómo los hombres se soñaron a sí mismos. Y, sobre todo, en el teatro.

Ved cómo, cuando, rendidos los párpados al peso del día que pasa, con su pasajera actualidad empieza uno a pregustar la libertad del sueño que se le va allegando, a la mágica hora sagrada de la imaginación sin freno ni espuela de la puesta de la conciencia, la de las adivinaciones y revelaciones, se le alza a uno dentro el teatro, el de la vida es sueño, y ve uno a su verdadera luz a sus colaboradores en el mundillo político, y los ve y los siente con la más honda confraternidad, co-humanidad, y se doblega uno al todopoderío del gran Maese Pedro de la Historia, que es el gran Empresario del Universo.

El público no opina

El Sol (Madrid), 11 de septiembre de 1932

La obra de James Bryce sobre la República Norteamericana *(The american Commonwealth)*, traducida al castellano por don Adolfo Posada, ha llegado a hacerse clásica en el campo de las ciencias morales y políticas. Y lo merece por su amplia y correctísima información y por el robusto buen sentido inglés de su autor. Que fue embajador de Inglaterra en los Estados Unidos, donde Bryce pasa por la suprema autoridad en su asunto. Y esta obra hemos estado leyendo en parte para distraernos de la actualidad española y en parte para que ésta, por comparación, se nos aclare más.

Una cosa que a todos los que nos preocupamos algo de la vida política de los pueblos civilizados nos ha llamado —o detenido— la atención, es la diferencia que existe entre lo que en los Estados Unidos se llama demócrata y lo que se llama republicano. Porque los nombres éstos son intraductibles de un lenguaje a otro. Jefferson, el verdadero fundador del gran partido demócrata, era lo que aquí se habría

llamado un cantonalista, con fuerte propensión al autonomismo anarquista —su declaración de que "una insurrección cada pocos años debe considerarse y hasta desearse para mantener el gobierno en orden" nos recuerda lo de nuestro Romero Alpuente, de que "la guerra civil es un don del cielo"—, y Hamilton, por otra parte, el autor de El federalista, el verdadero fundador del partido republicano federal, después llamado republicano a secas, es todo lo contrario de lo que aquí se llamaba federal, es decir, un genuino federal, un unitario. Su fórmula, la de que "la Unión no es un mero pacto entre repúblicas, disoluble a placer, sino un instrumento alterable al modo que sus propios términos prescriben", "una indestructible Unión de indestructibles Estados". En este espíritu hemos visto recientemente a nuestros federales oponerse, como verdaderos federales, a ciertas demandas del autonomismo regional estatutario. Pero, viniendo al caso, en qué se diferencian hoy demócratas de un lado y republicanos de otro. Pues… en el lado.

Dice Bryce que "Ni uno ni otro partido tiene nada definido que decir a estos respectos, ni uno ni otro tienen principios bien recortados, ni doctrinas distintivas. Ambos tienen, ciertamente, gritos de guerra, organizaciones, intereses alistados en su ayuda. Pero estos intereses son, en general, los intereses de lograr o mantener patronazgo del Gobierno". Es decir, que los partidos han venido a ser, por la inflexible lógica de la historia, partidas, o sea clientelas. La disciplina, como sucede de ordinario, ha ahogado a la doctrina lo mismo que en la Iglesia Católica el derecho canónico ha ahogado al Evangelio. Esos partidos, que son a modo de iglesias —ortodoxas o heterodoxas—, de sectas si se quiere, tienen tradiciones, tendencias, tonos, estilos, pero que no caben en un programa teórica y técnicamente elaborado. Su programa es más bien un metagrama; no un prólogo, sino un epílogo. Y es que los ha hecho la historia y no la especulación histórica. Y lo que en rigor hace a un partido así, a un partido histórico, vivo, es un hombre. De donde se deduce que una denominación personal —perezismo, lopezismo, sanchezismo, fulanismo o zutanismo, en fin— es, históricamente, mucho más exacta que una denominación sacada de nombre común y no de nombre propio. Castelarismo quiso decir algo, posibilismo casi nada. Y como sobre esto hemos disertado con alguna holgura en aquel de nuestros *Ensayos* que dedicamos a esto, a lo que llamamos *El fulanismo*, no tenemos sino que remitir al lector a ello.

¿Denominaciones de nombres comunes y abstractos? ¿Demócrata, federal, radical, radical-socialista, socialista, y así por el estilo? Ello acaba —y aun empieza— por no querer decir nada. "Un eminente periodista —dice Bryce— me hizo notar en 1908 que los dos grandes partidos eran como dos botellas, cada una con la etiqueta que señalaba la clase de licor que contenía, pero ambas vacías." Y así es. Y lo tuvo que ver un buen periodista, pues el oficio de éste es, según el mismo Bryce, "descubrir lo que la gente está pensando". Sólo que ocurre que la gente acude al periodista a que le enseñe qué es lo que ha de pensar. Porque el público —que no es el pueblo— es como aquella señora de que hablaba Courteline y que le decía a éste: "Yo, de ordinario, no pienso; pero cuando pienso no pienso en nada".

Un hombre, que es el factor esencial histórico, hace un partido y recoge su tradición. "Si no hubiera un *leader* conspicuo —un caudillo diríamos— la adhesión al partido —escribe Bryce— degeneraría o en mero odio a los antagonistas o en una lucha por puestos y salarios". (Hoy se les llama enchufes.) Hace

años que a un paisano de Bryce, a un inglés que nos preguntaba en qué partidos se divide la… llamémosla opinión de nuestros pequeños pueblos, le contestamos que en dos: los anti-equisistas que siguen a Zeda, y los anti-zedistas que siguen a Equis. Y todos son antis. Y si esto no es doctrina, es vida, y si no es lógica, es historia. La lógica engendra una doctrina, una teología, pero la historia engendra una disciplina, una iglesia.

Y ahora que el lector haga las aplicaciones pertinentes al caso presente. Nosotros nos limitaremos a añadir que no creemos en eso que se llama opinión pública. El público no opina. Y se continuará.

Juventud, milagro y misterio

El Sol (Madrid), 16 de septiembre de 1932

¡Figuraciones que se hace uno al ir a encerrarse en sí para poder recoger en ráfagas del presente que pasa vislumbres del porvenir que pasará! Y no del más cercano, no del porvenir presupuesto —¡con qué endeble presuposición!—, sino del más remoto pasado mañana. Tal vez de ese mañana español que nunca llega. Pongamos de aquí a treinta y cuatro años. ¿Que por qué treinta y cuatro años? Era los que tenía el que os dice cuando aquel ya mítico 98, al que le encasillan. Y han pasado otros treinta y cuatro desde el 98 acá. Y uno, mirándose en los otros —es el sino—, suele preguntarse al verlos: "Estos hombres de esa edad que están contribuyendo a revolver a España, a lo que se llama su revolución, ¿qué sentirán de ella de aquí a treinta y cuatro años, en 1966, si es que llegan?" ¡Pero luego… no! Eso no nos interesa; lo que nos interesa es qué pensarán, cómo sentirán, qué harán cuando lleguen a esa de treinta y cuatro los ahora mocitos. O acaso mejor mozalbetes, que se ha hecho palabra casi técnica. Porque ¿qué piensan? ¿Cómo sienten? ¿Qué hacen ahora? ¿Quién lo sabe? Ni ellos…

Ni ellos. Tanto los petroleros, los que incendian iglesias o conventos, y no por odio a la religión, sino como se ha incendiado la plaza de toros de Almagro, por.salvaje deporte, por holgorio, como los que se lanzan a matricularse en carreras de funcionarios del Estado no saben si no que quieren lo que se dice vivir su vida. ¡Y luego todas esas juventudes!… Juventud católica, juventud nacionalista, juventud tradicionalista, juventud radical, juventud socialista, juventud cominista… Lo que no hemos oído es juventud anarquista. Aunque en rigor todas lo son —más bien que anarquistas anárquicas—, hasta las más disciplinadas. Con disciplina procesional. Porque el principal cometido de las juventudes esas suele ser procesionar, ya ordenada, ya tumultuariamente, agruparse para desfilar, y mejor dando voces. Y tienen, ¡claro!, su liturgia, como la tenía aquella de los exploradores que no exploraban nada —de los *boy scouts* o "bueyes cautos"—, pero formaban para desfile, con su bandera y todo. Total: ¡deporte! Juegan a hacerse los jóvenes. Y a superar a los mayores. ¿Pero y en el fondo?

En el fondo las más de las revoluciones, y sobre todo las más teatrales, las más callejeras, las más

ruidosas, se han resuelto en un mejido de capas sociales, en que unos linajes se hayan hundido para que otros se encumbraran, en que tal vez el nieto del magnate haya tenido que ir a pedir limosna al nieto de su ínfimo criado. O si se quiere en el corrimiento de las escalas y en lo que se llamaba el salto del tapón. Y en ello una lucha —lucha malthusiana— de generaciones.

Observamos con el mayor interés, con ansioso interés, todas las señales que podemos captar del estado de ánimo —no decimos que de conciencia— del mocerío español de hoy, y lo que nos descubren es prisa, no por llegar, sino por colocarse. No quieren dejarse vivir, sino cobrar seguridad para el mañana. ¿Ideal impersonal, colectivo, trascendente? ¿Ideal que trascienda de la vida individual? Será cortedad de vista, pero no lo distinguimos.

Además, el ideal es cosa de ideas, de conceptos, de doctrinas, y a esta juventud parecen moverle otros elementos. Es una juventud de football, de tenis, de auto, de avión acaso, y… de cinema. Cinema quiere decir movimiento. Es la edad del chófer, que dijo nuestro buen amigo Keyserling. El que se regodea con todas las maravillas —milagros— materiales de la electricidad no se siente lo más mínimo inquietado por el misterio ideal de esa electricidad, de lo que ésta sea y signifique para el alma. Como en los viejos creyentes del cristianismo oficial dogmático, en estos jóvenes creyentes del materialismo histórico, del progresismo, el milagro no les deja ver el misterio. ¡Y así suelen llegar a pensar aquello de "hágase el milagro y hágalo el Diablo"!

Presumimos que habrán de desencantarse de esta llamada revolución si es que están encantados de ella. Cae la realeza, cae su corte, cae el Ejército, cae el clero, cae la aristocracia, ¡bien! ¿Y qué sube? ¿Les hacen huecos esas caídas? ¿Empiezan así a vivir su vida más pronto y a vivirla más suya? ¿Su vida? ¿Y cuál es su vida? Y agréguese que en esta marcha forzada al destino—¡al destino!, ¡a la colocación!—van al lado de ellos, de los mozos, sus hermanas, las mozas, las que antes les esperaban para darles su mano, para colocarse ellas así. Y ahora para hacerles competencia en el conseguimiento del destino.

Sí, se está revolucionando, o, mejor, se está revolviendo nuestra España —que no es ya la de toros, procesiones, tresillo y chocolate—, pero se está revolviendo cinematográfica y automovilísticamente. Y los que se eduquen a recorrer pistas a ochenta o cien kilómetros por hora y a ver desfilar cintas de película, no se sentirán hermanos de los que se van al campo a pie, a paso de buey que ara, a ver crecer el trigo. Se pondera la agudeza del entendimiento de uno diciendo de él que es de los que ven crecer la yerba. El ojo que se hace a la película de cine, difícilmente podrá ver crecer la yerba. Y esto se traslada a la visión histórica.

Cuando oímos decir: "¡Cuántas cosas están pasando en esta nuestra edad!", solemos pensar en las que estén quedando. Que es lo que nos importa. Y cuando una vez le oímos decir a un entusiasta de la revolución que la República, nuestra República, es un milagro, al punto pensamos en su misterio, en su esencia. Porque la relación entre el milagro y el misterio nos obsesiona. El milagro es cosa de magia y nada más; el misterio es cosa de religión y nada menos. ¿Los milagros de la ciencia? ¡Bah! ¡Magia para fetichistas del progreso! Lo que nos hace más que hombres es la sumersión en los misterios de la ciencia. Y en el fondo se encuentra… ¡la cruz de la verdad! Que la verdad es cruz.

De aquí a treinta y cuatro años más... Cuando estas juventudes deportivas ya no lo sean... ¿Qué pensarán entonces de esta milagrosa revolución de ahora? Y en tanto, ¿qué es de la revolución misteriosa, de la íntima? ¿Sentiremos de otro modo España? Comprenderemos lo que es la eternidad histórica, la historia eterna? Y en todo caso esté de Dios que el milagro no nos mate al misterio, que la magia no nos mate a la religión, que la República —u otro régimen cualquiera pasajero como lo son todos— no nos mate a España. Que la juventud temporal no nos mate la juventud eterna. Y en tanto, ¡andando! ¿A dónde? "Nadie va tan lejos —decía Oliverio Cromwell—como el que no sabe a dónde va."

En la Plaza Mayor de Salamanca

El Sol (Madrid), 18 de septiembre de 1932

Feria provinciana, en la ciudad después de una buena cosecha en el campo que la circunda. En el ferial, pasado el puente romano sobre el Tormes —ahora en estiaje—, el ganado. Los campesinos invaden la ciudad; van a los toros, a las corridas de feria, a volver a ver los monumentos y la "historia natural" del Instituto. Después de la corrida el gentío se congrega en la plaza Mayor. En sus soportales, donde la muchedumbre adopta —nos solía decir Guerra Junqueiro— movimientos rítmicos, mosconeo y vaho de masa humana endomingada.

¡Esta plaza Mayor de Salamanca! Espacio —no fabrica— monumental anclado en el tiempo histórico, solar de memorias ciudadanas. El viento de la historia moderna —apenas dos siglos—acama en él recuerdos públicos, leyendas ya. Antes en este suelo, en tiempo de los Reyes Católicos y de los Austrias, gran plaza de ferial, de mercado, y en su centro la vieja iglesia románica de San Martín de Tours, la de los francos o franceses. Esta gran plaza de hoy, este vasto espacio monumental, se debió al primer Borbón de España, Felipe V, por quien se puso Salamanca, la del comunero Maldonado, a quien hizo decapitar el primer Austria. En un ángulo de la Plaza y en el arranque de un arco, en letras rojas, sanguíneas, esta fecha agorera: 1788, víspera de la Gran Revolución que decapitó a Luis XVI. Ciñen y coronan el cuadro churrigueresco de la Plazas las pétreas flores de lis borbónicas recortándose, como si hitos, sobre el limpio cielo castellano. Y aquí vivió la ciudad nuestro gran siglo civil, el más henchido de popularidad española, el glorioso y maravilloso siglo XIX, el de la conciencia nacional, merced sobre todo a la guerra de la Independencia —en esta plaza resonaron ecos de Arapiles— y a las guerras civiles, ese siglo en que nació en España el nombre y la cosa de "liberal". Todas estas plazas así solían llamarse de la Constitución. Aquí, en este monumental espacio, se pasearon Meléndez Valdés y Quintana, y Muñoz Terreros. Aquí también fue muerto, de cornada, el diestro Pedro Romero. Aquí le envolvió a uno en aclamaciones de bienvenida el mocerío estudiantil y obrero cuando volvía del destierro dictatorial, y aquí, a son de campana del concejo, proclamó la segunda república española. Este es el corazón, henchido de sol y de aire, de la ciudad, el templo civil sin otra bóveda que la del

cielo. Y el relicario, ¿de qué creencias?

Ahora toda esta muchedumbre provinciana, no ya resignada a vivir, sino contenta de la vida. Cada vez que se sumerge uno en gentío, y sobre todo en gentío de fiesta —toda fiesta es oración—, piensa si no perdemos todos nuestras sendas almas individuales, si no cobramos una como inmortalidad común —comunidad inmortal— en la historia que pasa, gracias a esta sumersión. Un comunismo espiritual. Nadie piensa en mañana, que mañana es hoy, y hoy es ayer. Revivimos. ¿Contento de vivir? De estar viviendo; de estar. Estar viviendo no es simplemente vivir. ¡Estar! Este maravilloso y entrañable verbo estar, intraductible, y casi privativo del romance castellano. "Padre nuestro que estás…", rezamos. No que es, sino que está. Su esencia existencial es estado; estado eterno. Se está y en Él nos estamos. Sin más que estar; casi sin ser.

Y a esta muchedumbre que se está, a gusto acorralada, en la gran plaza, que está a lo que se está, ¿qué es lo que así la rejunta y aúna?, ¿qué nos une a todos estos racionales mortales?, ¿qué sentimos en común?, ¿cuál nuestro sentido —no opinión— público?, ¿cuál el alma de la ciudad y cuál la de la patria? ¿Es que hay algo que nos religa —religión— a todas estas almas, y por debajo de ellas, y que sube de las entrañas soterrañas del solar? ¿Creemos algo en común?, ¿soñamos en común algo? Todos estos labriegos que se mejen con los menestrales y los burgueses en la plaza ciudadana, y que van a sacudir el señorío territorial, ¿se elevarán a una visión popular y civil más alta y más honda —desde más alto se ve más hondo— de la comunidad? ¿Oirán el vuelo de la alondra sobre los rastrojos, de la paloma sobre los encinares, del águila sobre las peñas? ¿Les hablará el Cristo de Cabrera de la inmortalidad de esta tierra? Todo ello un sueño del cielo. ¿Y después de después, al acabarse los siglos de los siglos? Después de después es antes de antes; es esto: nosotros sumergidos y fundidos en esta comunidad que se está viviendo en la hora, respirándonos las respiraciones, mirándonos a las miradas.

Sobre este lago de conciencias —la de uno una onda de él— flotaban recuerdos públicos, leyendas. Y creía uno oír sobre todo ello el leyendario, el mítico: "decíamos ayer…" de Fray Luis de León, el que creyó poder huir del mundanal ruido y la sombra de cuya alma se acuesta en el Tormes, allí, en las riberas de la Flecha, río arriba del puente romano. Decían ayer nuestros abuelos lo que dirán mañana nuestros nietos, el eterno cuento de nunca acabar. Y es que nietos y abuelos son uno, que ni vive el recuerdo sino en la esperanza ni vive la esperanza sino en el recuerdo, pues esperanzas de recuerdos —ayer—que se hacen recuerdos de esperanzas —mañana— son la vida eterna en el tiempo irrevertible.

En estos casos, cuando el alma se le hunde en pueblo, suele uno —español de raíz a copa—preguntarse: ¿qué cree este pueblo?, ¿qué creemos en él y con él?, ¿qué esperamos? Y al punto se nos llega el Tentador y nos invita a la tercera manera de silencio que dijo aquel recio aragonés que fue Miguel de Molinos, al silencio de pensamientos, en que se consigue interior recogimiento. Y con palabras del mismo Molinos nos dice que "el camino para llegar a aquel alto estado del ánimo reformado, por donde inmediatamente se llega al sumo bien, a nuestro primer origen, es la nada". Mas cuando así nos embiste la tentación ibérica nos la sacudimos diciendo: "¡Señor, sigue soñándonos!" Que después de todo, la eternidad histórica es un "sancti-amén".

Dos lugares, dos ciudades

El Sol (Madrid), 23 de septiembre de 1932

En nuestras andanzas por tierras de España para ir atesorando visiones españolas, otra vez hemos cruzado la soledad fecunda de la Mancha, reposadero y a la par acicate para el ánimo. Llano que nos convida a lanzarnos al horizonte que se nos pierde de vista según se gana, que no se pierde, en el cielo; que nos llama al más allá. Y es que el horizonte terrestre se funde con el celeste y se aúnan. Porque horizonte, la palabra griega, vale por definiente, limitante o lindante, es la línea lindera y lo es de cielo y tierra. Un lindero tanto une como separa dos términos. Y en la Mancha el lindero es común. La tierra sembrada en grandísima parte, de viñas que recogen luz —más que calor— solar para hacer, dulzor que se cuece, el jugo que será consuelo en el sueño de la vida. Uvas, y luego vino, morados, de este color a la moda neo-republicana, color al margen del arco iris, mestizo e impuro, que ni se distingue bien y que pronto se desvae y se vuelve lila y al cabo se destiñe del todo. Y que es muy discutible que sea el color castellano comunero.

De esta tierra, de esta Mancha, de un lugarón manchego, al romper del alba, cuando el sol iba a salir de la tierra, su reino de la noche, para subir al cielo, su reino del día, y cuando iba a brotar del lindero común, salió Don Quijote. Y al romper del alba, también mientras los niños de coro cantaban misa del alba, salió de tierra —¡cómo nos lo cuenta el P. Sigüenza. el jerónimo!— Felipe II en el Escorial. Otro solitario. Que solitario fue Nuestro Señor Don Quijote. Y solitario en el otro sentido, el de soltero. Tío y no padre; tío de su pobre sobrina, huérfana de padres. Sólo y solitario vio en sus mañanas de caza cómo los molinos de viento molían… aire. Y se perdieron sus ensueños en el doble horizonte. Y ahora cruzaba uno esta Mancha, la misma, soñando allendidades españolas. Y soñando también antigüedades prehistóricas, cuando esto acaso fue bosque. Después páramo, estepa. De vastos llanos así, de estepas asiáticas, salieron los conquistadores ante cuyos corceles se ensanchaba la tierra.

Otras veces, al cruzar estas tierras, habíamos pasado a la vista de Chinchilla, y la curiosidad se nos iba hacia aquella fortaleza —el penal—, que es todo lo que desde el tren se ve. Una sola vez la flanqueamos de cerca. Pero ahora entramos en ella, en la noble ciudad de Chinchilla de Monte Aragón, cabeza fue de extremadura —esto es: de avanzada de frontera—, y cabeza del marquesado de Villena, cuyo escudo heráldico sella cada uno de los viejos cubos de la muralla sobre que se fabricó, arruinando el castillo, el presidio. Porque Chinchilla se derrumba sin rumbo y más bien se vacía, se despuebla de almas. En sus caserones solariegos, blasonados, tras de las rejas vagan las sombras espirituales de los antiguos hidalgos de alcurnia, madrugadores y amigos de la caza, como Don Quijote, algunos, y los rótulos de algunas calles les recuerdan. Una de éstas lleva el nombre de Emilio Castelar, porque en una de sus casas se albergó, en visita a un amigo, el tribuno. Hay tradición de que también se albergó en Chinchilla San Vicente Ferrer, el apóstol levantino. Hay calles que trepan al morro del castillo, hasta en escalones, y podrían llamarse como una de ellas: calle de Tentetieso. Al pie de castillo, del penal, cuevas socavadas

en el suelo y enjalbegadas a la moruna de modo que el encalado alegre la resignada miseria tiroglodítica. En la plaza —allí la casa del concejo con la efigie, en piedra, de Carlos III— peso de largos olvidos. Nos acercamos a una pobre tenducha de los soportales, donde se vendía impresos y entre estos unos cuadernos o tomitos de una biblioteca llamada "galante". Se nos subió al cuello el más agrio gusto quevedesco, lo más triste de nuestra picaresca. No es el trágico abrazo del amor y la muerte, sino el más trágico aún de la rijosidad y la penuria. Publicaciones así se cuelan, o a hurtadillas o a las claras, por nuestras ciudades, villas y villorrios y nosn de otro derrumbe. El pobre hidalgüelo venido a menos no se embriaga ya con libros de caballerías. Y aquí, en esta Chinchilla que se deshace, que se despuebla de almas, del barro de que se hicieron sus murallas, sus casas de tapial, del barro de que se hicieron también sus hombres, de esa arcilla, han hecho pucheros, ollas, obra de rústica alfarería, y tejas y ladrillos.

Desde Chinchilla de Monte Aragón a la nueva ciudad de Albacete, de la que sus hijos, más bien sus padres, dicen, no sin cierto orgullo, que no tiene historia, queriendo decir que no tiene arqueología. Los albaceteños hablan de Albacete como de algo que han visto hacerse, que ven cómo se sigue haciendo. Edificios nuevos de una modesta monumentalidad barroca y bancaria. En el de un Banco, gárgolas de erudición arquitectónica, sacadas de algún grabado, y que parecen reírse de la clientela. Corona al Colegio notarial una fornida jamona de piedra que representa a la Fe, pero no la de la virtud teologal, sino la de la notarial. Anejo a la ciudad, el Parque, pinar espacioso y bien plantado que alegra cielo, tierra, pecho y vista. En Albacete no hay el polvo de derrumbe de Chinchilla, a pesar de lo cual abundan los limpiabotas, menester tan típicamente español.

La Feria es, y merece serlo, el orgullo de Albacete. De ella ha brotado acaso la ciudad, una ciudad mercadera. Descendientes de aquellos antiguos trajinantes manchegos, de aquellos arrieros que animaban las ventas cervantinas, han hecho del mercado la urbe moderna, gracias, sobre todo, al ferrocarril que hace nacer nueva vida en poblados perdidos en medio del campo, sin río, en tierra a secas. Y en esta nueva ciudad un hasta suntuoso Instituto de segunda enseñanza, junto al fresco verdor del Parque, ahora en que casi todo español aspira, en vista ¡claro! De empleo, a hacerse bachiller. Que siquiera estos venideros Sansones, Carrascos no nutran sus ayunos y sus holganzas con rijosidades de bibliotequilla galante. Esperemos que se lo impedirán las sobrinas de los ingeniosos hidalgos de hogaño que van también, y en vista también ¡claro! de empleo, para bachilleras diplomadas. Triste sería que del barro tradicional de la fábrica de España tuvieran nuestros nietos que hacer no más que pucheros para el garbanzo y ollas ciegas para roñados ochavos. ¡Y adiós alquimia del Marqués de Villena, el de la leyendaria cueva de Salamanca, en que bordó sueños también Cervantes!

Mozalbetes anárquicos

El Sol (Madrid), 25 de septiembre de 1932

Hace unos días, visitando en romería patriótica —no meramente turística— uno de esos lugares en que la vida civil histórica se estanca, en que el espíritu público se arruina, fuimos a dar en el menguado escaparate de una tenducha de artículos de papel con la exposición de unos cuantos números de esos semanarios de portadas pornográficas. Acaso no siempre corresponde el texto a la portada. Y nos invadió una entrañada amargura al ver a qué cebo hay que acudir para atraer lectores. El semanario se llamaba de "biblioteca galante". Y supimos que en todos los lugarones y villorrios y villas, así como en las ciudades, es lo que más se lee. Sentimos desesperanza por la salud, no ya sólo corporal y espiritual de nuestro pueblo, sobre todo de su mocedad, sino por su salud mental, por la entereza de su entendimiiento. "Esto lleva a la estupidización de nuestra juventud" —nos dijimos—. Y a la esterilización de su imaginativa. Porque esos cosquilleos y hurgamientos de la imaginación en pubertad no hacen sino esterilizarla. Esterilizan la imaginación y esterilizan la civilidad. No llevan al supuesto pecado original que prevenía, según el texto bíblico, de la tentación del saber, de haber probado del árbol de la ciencia del bien y del mal, sino que llevan o al tétrico pecado solitario o a perversiones de infecundidad." "¿Qué generación saldrá de aquí?" —nos preguntamos.

Volvimos de la romería, entristecido el ánimo con tristes presentimientos, cuando al llegar a Madrid leímos el relato de la fechoría de aquel grupo de mozalbetes —los consabidos mozalbetes—de catorce a dieciséis años, que, provistos de un montón de esteras, harpilleras y otros trapos que habían antes rociado de gasolina, prendieron fuego a la cancela del templo del Buen Suceso al grito de: "¡Viva la anarquía!" Y al punto relacionamos esta salvaje fechoría de los mozalbetes petroleros con lo de la biblioteca galante y demás literatura pornográfica. Porque esos chiquillos, pollitos a quienes empiezan a apuntar los espolones, ni son anarquistas, ni saben lo que es el anarquismo y menos la anarquía. Su comezón morbosa —su prurito— no es de origen ideal o conceptual. Ni de que vayan a incendiar iglesias se deduce que sean anti-religiosos o ateos. Es que, ante todo, es menos expuesto ir a prender fuego a un templo, casi siempre indefenso, que a una fábrica o a un Banco o a un comercio. No; lo que a esos rapazuelos —los dos a quienes se prendió tienen catorce años cada uno— les lleva a esa más que otra cosa estupidez es lo que se llamaría hoy un complejo sensual. Ha de ser una vacía imaginación púber azuzada por turbias pre-sensaciones. Pre-sensaciones engendradoras de pre-sentimientos. Esos rapazuelos no suelen tener novias al modo romántico. Cuando más, se preparan a tener la que, adultos ya, llamarán su "compañera". Porque decir: "mi mujer", a lo hombre, creen que hace presumir rendimiento a la sociedad que hay que destruir. Ni esos rapazuelos sedicentes anarquistas —¡qué saben ellos de anarquía!— tienen novia, a lo romántico, ni saben de hondas inquietudes espirituales. Lo suyo es un juego deportivo y cinematográfico. Han nutrido el ánimo de pornografía estúpida y de truculencias pseudo-revolucionarias. Y el ir a pegar fuego a un temiplo religioso es, más que otra cosa, un acto de sadismo. No les guía otra sensación —no sentimiento— que la que guió a Nerón a pegar fuego a parte de Roma para declamar, al resplandor de las llamas, unos sonoros hexámetros y culpar luego a los cristianos. En el fondo, esa acción de los mozalbetes petroleros es una acción de lujuria precoz. De lujuria precoz en el sentido en que se habla de demencia precoz. De esa lujuria que se

abraza con el hambre, así como el amor se abraza con la muerte. ¡Y cómo lo sentía y lo cantaba Leopardi!

Es como cuando leíamos el relato de las sangrientas refriegas que en nuestra nativa tierra vizcaína ocurren entre la juventud socialista y la nacionalista. Casos en que el socialismo y el nacionalismo ni tienen nada de ideal, de conceptual, ni siquiera de sentimental, sino que son mero achaque para andar a tiros los unos con los otros. El tiroteo, sea por lo que fuere, es la finalidad. Y en ello suelen unirse a alicientes de origen sensual —sexual— excitante de espíritu… de vino. No hay nada más indigente que la ideología de esas juventudes de pistola o de petróleo.

El problema de nuestras juventudes revolucionarias o contra-revolucionarias, de lo que se llama extremos, no es problema de idealidad ni de idealismo. Esta tremenda juventud padece desgana, de perpetuidad, loco apetito de goce de la vida que pasa. Y de goce, de arregosto más bien, de sensaciones fuertes, de picante que les abrase las entrañas. Hay quien de ellos no quiere morirse sin regodearse en la catástrofe caótica. O en el caos catastrófico. Y ello no es cosa doctrinal, conceptual, intelectual. Los que se dicen anarquistas, por ejemplo, no son sino anárquicos.

¿Cómo se ha llegado a esto? ¿Ha sido cosa de doctrinas de esas que llaman disolventes? Creemos que es otra cosa, que es un morbo de otras raíces. Más bien de falta de doctrinas; de falta, sobre todo, de un sobretemporal “para qué” de vida, de un sentido de eternización histórica y de comunidad universal. A lo que no proveyeron los que educaron aquellos estanislaos —o kotskas— y aquellos luises —o gonzagas— de que los pendencieros de derecha proceden. Los que se recogen en los templos a que van a prender fuego los que se suponen a sí mismos anarquistas, esos adolecen de la misma dolencia que éstos. Mas venimos a encontrarnos en punto que merece aparte.

Visiones y palillos

El Sol (Madrid), 29 de septiembre de 1932

Preocupado uno con eso de los incendios de templos y otros actos así de salvajería, he aquí que le llegan las revelaciones atribuidas a la Madre María Rafols, fundadora de la Orden de Santa Ana, escritos que se dice, el uno hecho en Villafranca del Panadés, el 19 de abril de 1815, y el otro en Huesca el 1 de julio de 1836. Los edita un jesuita de Zaragoza. Fue hechura de ellos, de los jesuitas, la Madre Rafols. Uno de éstos bendijo el milagroso crucifijo de la visionaria, y le aplicó “muchas indulgencias”, lo que nos hace recordar la causa ocasional del estallido de la Reforma luterana. A la Madre María Rafols se le aparecía de cuando en cuando Cristo; pero no el Jesús de Santaa Teresa, que era de visión intelectual y no visible y era mudo. Este otro es, como el de Margarita María de Alacoque, un Cristo parlanchín, que larga parlamentos untuosos y almibarados. Y en ellos le revelaba a la M. Rafols lo que

habría de ocurrir un siglo después, ahora, de 1931 en adelante. Le anunció el Cristo que sus revelaciones aparecerían en estos nuestros tiempos. Que Pío XI —¡así!— establecería la fiesta de Cristo-Rey. Que el escrito de su sierva oyente sería encontrado en enero de 1932. Que la época de persecución empezaría abiertamente en el año 1931, cuando habría de empezar su Reinado en España. No el reinado del Cristo, cuyo reino no es de este mundo, sino del Sagrado Corazón de la Compañía. Que las mujeres habrían de usar vestidos impúdicos. Que se habría de quitar "de la vista de sus pequeñuelos su imagen" y se prohibiría enseñarles su "doctrina divina". Y además, ¡es claro!, le revelaba ese Cristo a la M. Rafols que quería que no hubiese en España ni provincia, ni pueblo, ni aldea, ni individuo en que no reinara el consabido Corazón S. J., consagrado en cátedras y oficinas, y representada su insignia "hasta en la bandera de mi amada España" —le dijo—, pues "Él es el que me está dictando todo lo que escribo", se lee en el escrito que por inspiración divina había de encontrarlo en el Archivo del Hospital de Zaragoza una de las hijas de la Orden de Santa Ana el 29 de enero de este año. Y basta de referencias.

El Jesús invisible de Santa Teresa de Jesús no se entretenía con ésta en tales parlamentos, ni le hacía vaticinios agoreros. Verdad es que en aquella época, que era la de los alumbrados y visionarios, la Inquisición andaba muy despierta para ahogar materializaciones y milagrerías mágicas. Fue mucho más tarde, hace cosa de un siglo, cuando se le quiso hacer de agorero al corazón de la santa, que se ofrece a la veneración de sus devotos en el convento de Alba de Tormes, donde ella murió y se conserva su cuerpo. Y fue que en el fondo de la ampolla de cristal donde, montado en unos alambrillos, está ese corazón, apareció, en días de persecución al clero regular, una que dijeron espina, y tiempo después otra, y luego otra, y así unas pocas; no recordamos su número. Y empezó a resonar entre la gente beata el milagro de las espinas del corazón de Santa Teresa. Las vimos muchos y se sacaron fotografías de ellas y se reprodujeron en estampa. En el archivo de esta Universidad de Salamanca se conservaba un divertido escrito de una comisión de doctores que fue a informar sobre semejante milagro, y a la que, ¡claro!, no se le permitió sacar las tales espinas de la ampolla para analizarlas. Aquel naturalista que fue D. Manuel M. José de Galdo, muy mentado un tiempo, salió conque debían de ser unas fungosidades brotadas del poso de polvillo cardíaco. Aquel Francisco Fernández Villegas, "Zeda", escribió, por su parte, que acaso por falta de fe no logró verlas cuando las vimos todos los que las miramos, entre ellos el que os dice. En los libros que sobre su Santa escribían los carmelitas se encarecía y comentaba el espinoso milagro.

Y quién sabe si ahora no habrían aparecido algunas espinas milagrosas más a no ser por cierto paso que dio la Orden del Carmelo para que se reconociese por Roma el milagro y hasta se hiciese mención de él en el correspondiente rezo canónico. Roma encargó información al ordinario, al prelado de la diócesis de Salamanca, que a la sazón lo era el P. Cámara, agustino. El cual se fue a Alba de Tormes, entró en clausura, reunió a la comunidad conminándola a decir la verdad, y sacó de la ampolla el corazón y con él unos palillos mondadientes. Y entonces las ingenuas monjitas declararon que había sido costumbre de personas devotas de la Santa llevarse objetos de culto —estampitas, escapularios, medallitas, rosarios…— tocados con el corazón, y como el toque inmediato apenas era hacedero, se tocaba a aquel con un palillo mondadientes, y luego con éste al amuleto para transmitirle la virtud mágica, y que en

algunos casos el mágico palillo trasmisor se caería al fondo de la amipolla convirtiéndose así en espina milagrosa y agorera. Hizo el prelado limpiar la ampolla y mondarla de mondadientes, y reponer, ya sin ellos, el corazón y recoger las fotografías y estampas del milagro y publicar en el boletín eclesiástico de la diócesis un muy cuidado documento para dar fin y quito a la superchería y que no se hablase más de ella. No sabemos si de no haber venido la orden de Roma habría hecho lo de aquel otro obispo, éste de Plasencia, e integrista él, que, al enterarse de que había surgido una monja milagrera, exclamó: "¿Cómo?, ¿milagros en mi diócesis y sin mi permiso? Los prohíbo, y si siguen es que son del demonio." Y no siguió la milagrería monástica.

Dicese que van a reanudarse las visionerías de Ezquioga. ¿Será que los padres de la Compañía, los del fantasma parlanchín de las M. M. Alacoque y Rafols quieren, a fuerza de milagros de magia o tramoya, llegar a que su "insignia" campee en "la bandera de su amada España"?

¿Y qué relación tiene todo esto con mozos petroleros y pistoleros y con estanislaos y luises? Ah, es que con magia milagrera, con supercherías de fetiches y amuletos, a que acaso se apliquen indulgencias, con visiones y audiciones histéricas, con agüeros y hechicerías, no se alumbra, sino que se entierra y entenebrece el misterio de la religiosidad. Ni una religión así, materializada, de ojos y oídos de carne, es tal religión ni cosa que lo valga. Ni tiene que ver con el Cristo espiritual, cuyo reino no es de este mundo de la Compañía.

Clérigos y tercios

El Sol (Madrid), 2 de octubre de 1932

Viene uno… —aunque es ya vez de dejar este socorrido truco de estilo eufemístico y de volver al natural e ingenuo yo, al que dicen satánico…—, vengo bajo la impresión del alud de muchachos y muchachas que está cayendo sobre los centros de enseñanza a la espera de una futura República española de empleados públicos —no propiamente trabajadores—, y de bachilleres desde luego, y vengo de una región castellana que empieza a estar sacudida por el vendaval de la reforma agraria y donde el campo ceñudo espurría almas a las villas y ciudades. Y ello me ha hecho volver de nuevo a la visión de aquella vieja España a que queremos y creemos renovar. ¡Renovación nos dé Dios! De aquella vieja España de picardía y ascética —más que mística—, de picarismo ascético y de ascetismo picaresco, de aquella España de clérigos y soldados hambrones, de frailes mendicantes y andariegos y de tercios que iban a poner pica en Flandes o a poblar las Américas. Mientras las incipientes industrias —tejedores, ferrones, curtidores…— se arruinaban y se despoblaban los campos. Los cruzaban, camino a la ciudad universitaria, estudiantes capigorrones de cuchara de palo en la gorra, mendigos de pan y de aparentar saber.

¿Es que a aquellos picaros eclesiásticos o castrenses les llevaban al convento o al cuartel vocación religiosa o vocación belicosa? Nada de eso. Era un proceso económico que ilustrarían más tarde Malthus y Carlos Marx, eran el ejército de reserva del proletariado de que hablaría éste, eran el excedente de población pobladora, los que no podían emparejar ni fundar hogares. El genio de la especie de que decía Schopenhauer, el que para propagarse ayunta varón y hembra, ese mismo genio se enfrena, se contiene —en cierto modo se castra—, y a las veces llega a suicidios parciales. ¡En cuántas guerras el resorte íntimo, inconciente para los que le obedecen, no es más que una cura quirúrgica de la sobrepoblación! Y en este caso, tanto la recluta monástica —o eclesiástica en general— como la militar, no eran más que casos de leva malthusiana de poda. Y luego la sangría a las Américas, a poblarlas de criollos y de mestizos. ¡Triste casta aquella de segundones! Los clérigos eran los verdaderos maestros del pueblo, los sucesores de los pedagogos de la decadencia romana, como aquel Dómine Cabra, "clérigo cerbatana" del inmortal Quevedo —inmortal gracias a clérigos así—, y en cuanto a los pobres mercenarios de las armas, el ejército español fue siempre un ejército de indigentes, casi de mendigos, sin que apenas los llamados grandes de España lo comandaran, que aquí no hubo propiamente feudalismo ni muchos ricos hombres de muchos calderones, sino menesterosos soldados que por mezquino sueldo se iban a servir al rey.

Uno de éstos, Cervantes. Y en él nació el alma inmortal del pobre hidalgo lugareño, de Alonso Quijano el Bueno, el de lanza en astillero, adarga antigua, rocín flaco y galgo corredor, aquel cuyas tres partes de hacienda consumía una menguada dieta, ocioso lo más del año y soñando imperios. Todo menos un burgués, que en España no ha habido —por maldición del sino— verdadera burguesía. Para burgueses, aquellos orondos mercaderes de los Países Bajos que se nos presentan, satisfechos de la vida, en los cuadros flamencos. ¿Pero en España?, ¡en España, no! No tuvimos burguesía. No lo era aquella cuitada clase media que armó el tumulto de las Comunidades de Castilla. ¿Clase media? Pero ¿entre qué?

¿Y hoy? Hoy los que entonces se habrían recogido al claustro, a la colegiata, al beneficio canónico o al real del campamento, hoy asaltan la matrícula de la bachillería. Clérigos laicos y tercios paisanos. Siguen los tiempos. ¿Qué importa que no se alisten bajo la cruz o bajo la bandera, que no vistan sayal eclesiástico o uniforme militar? ¿Y a dónde si no se van a ir? La adusta tierra ni alimenta ni viste —ni entretiene y divierte, que es acaso peor—a ese sobrante de sus hijos. La industria en estas mesetas, en estas cuencas de los grandes ríos centrales, no puede medrar.

Esta es la verdad verdadera. Y el cultivo del campo… Ah, dejémonos del señorío; los pequeños propietarios, casi pegujareros, los colonos, los arrendatarios huyen de una masa campesina sobre que sopla un viento no de locura, sino de insensatez, y pronto veremos una lucha como la de los kulakes moscovitas contra las comunidades agrarias. Digan lo que dijeren los señoritos comunistas. Masas que en ciertas regiones —menos en Castilla— no quieren tierra, sino harto jornal y poco y flojo trabajo. Que ésta es la verdad verdadera, la verdad liberadora, la cruz de la verdad.

¿Que por qué me complazco en estas visiones trágicas? Es que ellas curan de ensueños que llevan a mayor tragedia. Es que ellas llevan a buscar el remedio en otros ideales que los de un arregosto de bienestar engañoso. Que si aquellos clérigos y aquellos soldados trataron de consagrar y santificar el

instinto malthusiano que les llevaba al sacrificio con ideales de gloria celestial o terrenal, de fe cristiana o de honor caballeresco, que estos venideros empleados, funcionarios de Estado, se hagan un ideal de sacrificios, que no crean que la nueva España, la republicana, va a ser una próvida Jauja, que no se les antoje tomar en serio aquella candorosa declaración del artículo 45 de la Constitución de la República Española —"República democrática de trabajadores de toda clase", ¿de toda clase, eh?— de que "asegurará a todo trabajador las condiciones necesarias de una existencia digna". Digna ¿de qué? Que se forjen más bien una religión civil y laica sobre los eternos cimientos de la antigua religión cristiana y caballeresca. ¡Y a sobrevivir!

En confidencia

El Sol (Madrid), 9 de octubre de 1932

¿Por que no hemos de poder tratar alguna vez, lector amigo —o enemigo, que es igual—, de nuestras relaciones mutuas, de nuestro modo de entendernos recíprocamente? No ya del contenido. Sino del continente. Que esto por ser periódico, es ya costumbre. Y más que recibo de vez en cuando cartas con avisos y amonestaciones, y que diga de esto o de lo otro, o que no diga de ello, o que de otra manera. Alguno, que en lenguaje liso y llano. ¿Liso y llano? ¿Qué es eso? ¿Y para qué? ¿Para no tener que mirar al suelo por miedo de tropezar? ¡Quia, no! ¿Empavimentar el artículo con lugares comunes, tópicos y frases hechas de modo que la atención pueda dormirse? ¿Que no encuentre el lector más que lo que esperaba encontrar?

Y luego, para entre nosotros, estoy harto de conferencias y desearía poder no dejarme arrastrar a hablar en público. Porque ¡me es tan penoso tener que ir al paso de la atención del oyente o repetir y alargar lo dicho! ¿Del oyente? Del oyente, no, sino de los oyentes, del auditorio, que es lo malo. Que no se habla a cada uno de ellos, sino a la masa. Y una masa de hombres se compone de hombres de masa, macizos, aunque luego, separados ya, vuelvan a ser cada cual el que por sí mismo se es. En cambio, aquí nos las hemos, lector —no lectores—, entre nosotros dos solos, y si no me entendieres, déjalo, déjame, que no me quedaré solo. Y sé que el dejarme provendrá en ti, no de dejamiento —¡cuánto lo ponderaban nuestros ascéticos!—, sino de dejadez.

Y puesto a confidencias, ¿sabes lo que me pasa ya cuando tengo que hablar —*tener que*, ¡terrible cosa!— en público? Pues que me quito las gafas —lo que empezó para poder leer el guión de notas— para no ver sino una masa confusa, una verdadera masa, para que no me distraiga ni desvíe la cara personal de uno cualquiera de los que me oyen, y poder así dar un tono impersonal, oratorio, lo menos lírico, lo menos confidencial, a lo que diga. Y entonces me quedo fuera de mi elemento propio, en eso que llaman lo objetivo. Un predicador que yo conocía solía decir que el que se dedica al púlpito tiene que dejar el confesonario —y a la vez, el que se dedique a éste no servirá para aquél, supongo—, y esto,

lo que vengo haciendo aquí, es confesonario. Es a cada uno de vosotros, lectores amigos —y alguno enemigo—, a quien me dirijo. Y si tanto de mí mismo —aunque alguna vez me llame "uno", en vez de "yo"— hablo es porque a ti mismo, lector, y no a otro me dirijo. Y así contesto a cartas privadas vuestras, a avisos, a amonestaciones, a preguntas, a objeciones. Y me evito el contestarlas también por mi parte privadamente. Como tampoco a entrevisteros o entremetidos, pues no quiero que se entremeta nadie entre tú y yo, ni que haga de truchimán. No, nada de que me traduzcan. ¿Que no me entienden bien? Pues aprende mi lengua, nuestra lengua, o déjalo. Y si la aprendes, si la aprendemos de consuno, deja que así, al desgaire, desencadenemos —esto es, libertemos— lugares comunes para hacérnoslos propios. Y propio el sentido común.

Y a éste último propósito, alguno de vosotros me ha preguntado que si lo que más me propongo es hacer lengua y más buscar la expresión que lo expresado. ¡Pues claro! Pero es que lo expresado es la expresión misma. Y así, busco por mis eefuerzos para expresarme el que tú, lector, te esfuerces por expresarte, acaso en contradicción conmigo. Y expresarse es exprimirse. Que te exprimas, pues. Y hacernos lengua común es hacernos comunidad y comunión. Y trabajando uno en hacerse lengua para otros, se hace a sí mismo y se enriquece y acrece para enriquecer y acrecer a otros, a los que le oigan. Que la lengua es caudal común, y quien la mejora mejora a la comunidad. Y ¡si supieras, lector amigo, lo que es este empeño y menester de aclarar, fijar y acrecentar el modo de entendernos! ¡Si supieras bien lo que es este oficio de escritor público cuando es algo más que ganapanería? Oye uno para poder hablar, lee para poder escribir, esto es, consume para poder producir. O, mejor, se consume para poder producirse, y se produce para recobrarse a sí mismo de la propia consunción. Y cuenta que producirse es reproducirse, reproducirse en otros, y siempre con el hipo de poder dejar en la vida común de este mundo, en su historia, rastro y reguero. ¿Y cuál mejor modo de ir haciendo y rehaciendo este nuestro bien común que es la lengua con que nos entendemos? Créeme que los que hagamos lengua haremos pensamiento y sentido comunes.

¿O es que quieres que venga acá a ofrecerte soluciones? ¡Dios me libre y Dios te libre de ello! ¿Soluciones, y sobre todo eso que llaman soluciones concretas? No es mi menester ni mi empeño el ofrecértelas. Yo no vengo a proponerte soluciones, sino a ayudarte a que pongas claridad y densidad en tus propias cavilaciones, si es que las tienes. Y si no las tienes, peor para ti. Yo vengo a presentarte visiones, y previsiones, y expectaciones, y a que, merced a mi obra, trabajes en ellas. ¿A que te dé ideas? Nadie da a otro ideas, sino, a lo sumo, le ayuda a que se las dé él a sí mismo. ¿Y cómo? Estimulándole a que se exprese. Y si Sócrates se llamaba a sí mismo partero —hijo de partera fue—, es que con sus exámenes obligaba a sus oyentes a que parieran, es decir, a que expresaran, sus propias ideas, las que, de sus propias sensaciones se les cuajaban. Fue partero y escultor, que es lo mismo. ¿Crees, por ejemplo, lector amigo, que te voy yo a dar la idea de República? Que no la tienen los más de los que se dicen, por decirse algo, republicanos. No; él contenido expresivo de esa palabra, república, en general, sin más que un valor sentimental, y aún menos, ritual, tienes que buscártelo tú mismo. Como no quieras que sea el santo y seña de una clientela.

Y todo esto, al fin de cuenta, es que conversando así —y conversar es convertirse, como expresar es

exprimirse— nos hagamos del lenguaje común, que es la verdadera patria de nuestros espíritus, algo vivo, en creación y re-creación continua. ¿Te parece poco, lector amigo? Y basta de confidencia.

La raza es la lengua

El Día Gráfico (Barcelona), 13 de octubre de 1932

¡La fiesta de la Raza! ¿Pero qué es eso dela raza? ¿La de los llamados racistas o nacionalistas ciento por ciento? O es el concepto que pertenece a eso que se suele llamar antropología y no es sino zoología más o menos humana? ¿Qué es eso de la raza —raza latina, raza ibérica, etc.— que tan palabreramente se encarece y pondera? Empecemos, pues, por la palabra misma: raza.

La palabra raza —ya lo hemos dicho otras veces y habrá que repetirlo otras más— es una palabra que del romance castellano pasó a otros idiomas. La palabra raza es melliza de raya, como *bazo* lo es de *bayo y* otros casos así y deriva del latín *radia*. Raza es raya o línea. y así se habla en Castilla de una raza de sol, y se le llama raza a la hebra de un tejido. Y se aplicó luego a la línea, no en espacio sino en tiempo, a lo que se llamó también linaje, que de línea deriva. Raza, linaje, casta es lo mismo. Y por otra parte tenemos abolengo, que viene de abuelo. "Viene —decimos de uno— en línea directa de…" tal o cual antepasado. Podríamos decir "en raza directa". Aunque esto de lo directo… ¿Es que uno procede de aquel tatarabuelo cuyo apellido lleva más que de los otros quince, pues que fueron dieciséis?

Pero este sentido corporal, zoológico, de la raza, no es el que en la historia humana, en la verdadera historia, tiene valor y validez y valía. La raza es aquí algo espiritual, y el espíritu es, ante todo y sobre todo palabra. La línea, la raza que une y aúna en la historia a las generaciones, la que hace la continuidad y la comunidad de ellas, es el lenguaje en su sentido más íntimo. Que aunque cambie es continuo y es el mismo. Aunque una palabra que hoy usemos no quiera decir lo mismo que decía en el *Quijote* o en el *Poema del Cid*, es la misma, como el río es el mismo, aunque las aguas cambien. La raza espiritual, histórica, humanamente nos la da el habla, el lenguaje. Es lo que nos une, lo que nos hace comunidad, lo que nos da comunión en el espacio y en el tiempo. Lo que nos hace de la misma raza, del mismo linaje, de la misma línea, de la misma comunidad de los que con Colón exclamaron: "¡tierra!" a la vista de América recién nacida a la historia, es nuestro lenguaje.

Una vez en París le oímos a un negro haitiano, tan negro como el betún, a un compatriota de aquel heroico Toussaint-Louverture, decir: "nosotros los latinos…" y otro latino, este blanco y español, me dio con el codo, y yo le dije: "¿por qué? ¿Es que no piensa —y por lo tanto siente— de nacimiento, de nación, en francés, que es una lengua latina? ¿Es que el espíritu no está tejido con palabras? Ese negro es mucho más latino que un hijo corporal de latinos que no piense sino en sueco, o en ruso, o en árabe…" Porque así es. Y si uno de esos excelentes poetas negros de los Estados Unidos de la América

del Norte se pretendiera no ya americano sino anglo-sajón o inglés, tendría razón pues que al *englishspeaking folk*, al pueblo de habla inglesa, pertenece. Como a la razón de lengua española, a la raza latina española, castellana, pertenece Nicolás Guillén, el gran poeta cubano de hoy. Que cultiva el especial dialecto castellano negro de los negros de Cuba. ¿O es que no era latino hispánico, español, aquel indio mejicano —acaso de pura sangre corporal indiana— que fue Benito Juárez, uno de los padres de la República de Méjico? ¿Y no fue latino y español, hondamente español, aquel José Rizal que en castellano despidió, antes de sufrir muerte de martirio, a su Filipinas, y no en tagalo? Y acaso tampoco tuvo gota de sangre corporal europea, aunque sí china.

La fiesta, pues, de la raza debería ser una fiesta de la lengua. Y así como en el sentido corporal, material, físico, no todos los hombres nacidos contribuyen a la continuidad de su especie, pues muchos se mueren sin dejar descendencia —y si la deja suele ser, muchas veces, peor— así en sentido espiritual, psíquico, muchos, acaso los más, no dejan rastro ni reguero, pues ni enriquecen, ni conservan, ni fijan el lenguaje común. Y hay quienes no trasmitiendo su sangre corporal, la trasmiten deparada y enriquecida. Y esta trasmisión es la tradición, tradición en progreso. Y tradición que corresponde a la apetencia de la conciencia común que pide perpetuidad, que pide perpetuación. Y es a la vez el modo como un pueblo, una nación, se conserva y se perpetúa. ¿Qué nos importa que una parte de nuestra comunidad espiritual, de nuestra raza espiritual, se separe políticamente de nosotros si sigue pensando —y por lo tanto sintiendo, lo repito— con nuestra misma sangre espiritual, con nuestro mismo lenguaje? Y por otra parte se puede hablar de una raza norteamericana, pues los nativos todos de los Estados Unidos —que es una verdadera Federación, esto es, una verdadera Unión, una unidad—, sea cual fuere el origen de su sangre material, piensan y siente en inglés. Y no se puede hablar de una raza suiza ni de una raza belga.

¿Fiesta de la Raza? En Italia, antes de su unificación, en 1861, siendo en Turín ministro de Instrucción Pública del Reino del Piamonte y la Cerdeña aquel excelso espíritu que fue Francesco de Sanchis, inició la que luego fue la Sociedad Dante Alighieri para difundir la lengua, o sea la cultura, italiana en América, en Túnez, en Alejandría, en Egipto, en Trento, en Córcega, en Malta, en el Tesino y… en la Italia misma. Y en el mismo Piamonte dialectal. Celebró su primer Congreso en Roma en 1890, y fueron presidentes de ella Ruggiero Bonghi, Ernesto Nathan, Pasquale Villari…

Si aquí se formara una Sociedad Cervantes —o Quevedo— no tendría más que hacer fuera de las tierras de romance castellano, que en estas mismas. Porque conciencia de raza es conciencia de lengua y lo más de los que piensen y sienten hoy en castellano, dentro y fuera de España, lo hacen inconscientemente. Les falta la conciecia, la reflexión, y con ella la religiosidad de la lengua, de la raza. Porque hay una religiosidad lingüística. Y esta religiosidad es el hecho integral de la gran raza hispánica de Ambos Mundos.

Vicios propios de los españoles

El Sol (Madrid), 16 de octubre de 1932

"¿Qué quiere usted? —me dijo encogiéndose de hombros—; éste es un país imposible, de niños gastados y donde la gente se muere de sueño", y al oírle le miré a los ojos y sentí escozor en el meollo del espinazo. ¡Morirse de sueño! —pensé—, no de de hambre, ni de sed, ni de asco, ni de dolor, ni de aburrimiento, ni de cansancio, sino de sueño, y de sueño de dormir, ¡no de sueño de soñar! ¡Que la vida, y con ella la muerte, sea sueño, pase!, ¡pero que sea dormida!… Y en seguida me acordé de aquel pasaje del libro de la *Agonía del tránsito de la muerte*, publicado en 1544, del casticísimo escritor toledano Alejo Venegas, donde nos dice que los que están a la puerta de poder ver a Dios, en trance de morir, "no es razón que se duerma". Por lo que aconseja que para curar "este sueño profundo, que los médicos llaman Jubet", se le ate al moribundo "fuertemente con unas vendas los muslos y donde a poco abajar las ataduras a las pantorrillas y fregarle las piernas con sal y vinagre y ponerle a las narices ruda y mostaza molida"… y "echarle a cucharadas por la boca euforbio trociscado, que tienen los boticarios, e por no dejar remedio alguno, travarán un lechón de la oreja para que gruña a los oídos del flemático soñoliento"… Basta.

Pero… Vicente Medina, siglos después, cantó: "No te canses, que no me remuevo; / anda tú, si quieres, y éjame que duerma, / ¡a ver si es pa siempre!… ¡Si no me espertara!… / Tengo una cansera!…" Y el pueblo, anónimamente, había cantado: "Cada vez que considero / que me tengo que morir, / tiendo la capa en el suelo / y no me harto de dormir." ¡Morir de sueño!

Y el mismo Venegas, en el mismo libro, tratando de "los vicios propios de España, de los cuales tienta el diablo a los españoles, ni han de pasar del monte Pireneo adelante, ni del estrecho de Gibraltar"; es decir, de nuestros vicios, "demás de los otros que son generales a todos los hombres", decía que son cuatro. ¡Y menos mal al menos "El primero es el exceso de los trajes…" "El segundo vicio es que en sola España se tiene por deshonra el oficio mecánico, por cuya causa hay abundancia de holgazanes y malas mujeres… los cuales, si no tuviesen por deshonra el oficio mecánico, allende que represarían el dinero en su tierra que para comprar las industrias de las otras naciones se saca, se excusarían muchos pecados." "El tercero vicio nasce de las alcuñas de los linajes"… "El cuarto vicio es que la gente española ni sabe ni quiere saber… Deste vicio nasció un refrán castellano, que en ninguna lengua del mundo se halla si no en la española, en donde solamente se usa, que dice: Dadme dinero y no consejo."

¡Vaya con Alejo de Venegas, uno de aquellos a quienes leyó Santa Teresa seguramente, el toledano del XVI, y cómo acuñó tópicos que habían de correr los siglos posteriores! No debió de haber salido mucho ni despacio de su tierra. No debió de haberse preguntado si el tener por deshonra el oficio mecánico no provendría de que este oficio no daba, "no podía dar" de comer a todos los que paría España y que sería inútil represar un dinero que no valdría en las naciones industriosas; si la holganza no provendría de

una pobreza radical de la tierra y no la pobreza de la holganza. Y en tiempo de Venegas y después de él, ¿no ha sido muy nuestro el dormirnos en la suerte que es dormirse a morir? Ni se preguntó el toledano, el que tanto sabía, si el no saber ni querer saber más sus coterráneos y contemporáneos no sería porque sentían de antemano la vaciedad de todo saber que no les diese una última finalidad de vida. Que aquí, en el sentido del "para qué" está el toque.

Pues este mismo Alejo Venegas, en la *Breve declaración de las sentencias y vocablos oscuros que en el Libro del tránsito de la muerte se hallan*, nos dice: "Acuerdóme aquí de lo que dijo un día Atanasio, el menor de los hijos de casa. Diole un dolor de ijada, y él, como era tan niño, no sabía qué cosa era ijada, y después de haberse hartado de llorar y de decir: "¡ay que me duele, ay que me duele", dijo con un gran descuido a su madre: "Señora, ¿adónde me duele que me duele mucho?" Y bien con haberle dicho su señora madre que en la ijada, no le habría dicho nada. Como no remedian los médicos una enfermedad con sólo ponerle un nombre. No cuando el pueblo dice que adonde le duele que le duele mucho, se arregla el dolor con hablarle de la holganza y de la ignorancia.

"¿Es que se arregla más —se nos preguntará— con declararle la raíz última de sus males y cómo ha de acomodarse a ellos?" En aquellos tiempos de Alejo Venegas, en que los pobres españoles —¡pobres, pobres, pobres!— sentían que el entregarse a oficios mecánicos les era como sacar agua del pozo con un cedazo y que no represarían un dinero que no valdría nada fuera de España —ni dentro de ella— y sentían que los consejos que les daban no aclaraban el sentido y fin de sus vidas; en aquellos tiempos el ansia de vivir, o mejor, el ansia de sobrevivir, les dio un ensueño, les dio un consuelo de haber nacido a morirse. Y holgazanes e ignorantes se dieron a soñar una patria última y definitiva. Y este ensueño, por maravilla, les hizo trabajar en él, en el ensueño, y estudiarlo. Y así, si es que se murieron de ensueño, de soñar, no se murieron de sueño, de dormir. A pesar, siglo después, de Miguel de Molinos, el de nuestra castiza nada, el del quietismo, el del silencio de pensamiento, el aragonés tan nuestro.

Sí, ya lo sé, ya lo sé; ya sé que a algún lector se le encabritará el ánimo ante semejantes crudas revelaciones y hasta me echará en cara, en reproche, el que las largo deteniéndome en un desmesurado saboreo de ellas y de su picor; pero es que, lector, me está desazonando el observar cómo se hinchan ilusiones de un porvenir de riqueza y de sabiduría y de bienestar, en una España renovada por arte mágica. ¿Que mejoraremos?, ¿quién lo duda? Pero hay que poner tope a las ilusiones. Y sobre todo hay que pensar para qué; esto es: en el para qué del para qué; para qué fin —esa mejoría—. Y si no es mejor el opio —que dijo Lenin— de morir dormido.

El sentimiento catastrófico

El Sol (Madrid), 23 de octubre de 1932

Hay una singular enfermedad del ánimo público —que especialmente obra sobre la imaginación y contra ella— y que podríamos llamar el sentimiento catastrófico de la vida pública. Que es otra cosa que aquel sentimiento trágico de la vida de que largamente diserté años hace. Que catástrofe no es propiamente tragedia, ya que ésta no se da más que en lo humano y aquella en lo natural. Un terremoto, vaya por caso, es una catástrofe, pero no es una tragedia.

Y bueno, ¿qué es catástrofe? Acudamos a la palabra misma, de donde sale la idea. Catástrofe, del verbo griego "catastrefo", revolver, es propiamente una revolución, pero en el sentido primitivo y directo de este tan abusado término, es decir, la vuelta de algo de arriba abajo. Lo que se dice entre nosotros volver la tortilla. No es el cambio íntimo y entrañado del contenido de algo; terreno, sociedad, institución, creencia, ideología, etc., sino la revuelta de ello, el que suban a sobrehaz las capas profundas y se hundan las de la sobrehaz. Este sentido catastrófico lo expresaba muy bien aquella conocida copla corriente en una parte de Andalucía y que rezaba así: "Cuando querrá Dios del cielo / que la tortilla se vuelva, / que los pobres coman pan / y los ricos coman… hierba." (Era otra la palabra, y no "hierba"; pero no la pongo por un resto de repulgos estilísticos que me parecen ociosos.) Es también lo que se llama cambiar de postura. Lo que cuenta la leyenda eclesiástica que hacía San Lorenzo, mártir, cuando le estaban tostando a muerte en la parrilla de su martirio. ¿Es que del otro lado estaría mejor?

Nace y se desarrolla en los pueblos en ciertos momentos históricos de su vida —de su vida histórica— un sentimiento catastrófico —llamadle, si queréis, revolucionario— que suele ir acompañado de una visión fantasmagórica del porvenir de su destino. Es una dolencia con raíces económicas y con raíces religiosas. Bien entendido, que entre éstas, entre las raíces religiosas, entran la de la irreligiosidad y la del ateísmo, que no es la indiferencia. Cuando la imaginación popular se caldea a la hoguera —muchas veces no más que recoldo— del sentimiento catastrófico, los pobres contagiados se pasan los días esperando el gran advenimiento. O sea el apocalipsis. "¡Ya viene! ¡Ya viene!" ¿Qué es lo que viene? ¿Qué es esa revolución, que, como los espíritus medievales del milenio, aguardan con tan congojosa ansia? ¿Qué es ese gran advenimiento, ese apocalipsis? Pues es… la serpiente de mar, la fiera corrupia, la aurora boreal, el diluvio universal, el juicio final, la Intemerata, la de San Quintín, el disloque, el caos…, la caraba. Y este último término: la caraba, por su falta de precisión conceptual, por no querer decir nada concreto, por su mera sentimentalidad, es el que acaso mejor determina la catástrofe esperada, el caos de que ha de salir un mundo nuevo en cuyas parrillas se nos tueste el otro lado de las costillas. Y es curiosa esta otra palabra: caos, que etimológicamente quiere decir, como la latina "hiatus", bostezo. Pues bostezo es la sima que se abre en la tierra en un temblor de ella, en una catástrofe o revolución térrea. Y en una catástrofe económico-social se acaba en que los antes pobres coman pan —aunque sea de munición—y los antes ricos coman… hierba, o lo que sea, y trocados los papeles las cosas siguen lo mismo. Que no es que desaparezcan las clases sino que se revuelvan, que se inviertan.

¡Y qué efectos tan extraños produce el sentimiento catastrófico! Vengo dándome a cavilar a qué íntimos instintos del alma colectiva popular puedan obedecer esas quemas de iglesias rurales o ese emprender a tiros con una tradicional procesión aldeana que nada tiene que ver con las luchas de clase. Las explicaciones corrientes y molientes, las del tópico del clericalismo y el anti-clericalismo, no pueden satisfacernos. Ni tampoco las que lo atribuyen meramente a barbarie. Y aunque no se me escapa que la que voy a sugerir se atribuirá a sobrada sutileza y a preocupaciones muy privativamente individuales, voy a exponerla. He llegado a creer que esos fanáticos de la revolución —el fanatismo es cosa de fantasía—, que esos enfermos de imaginación catastrófica, a la espera del gran advenimiento —o de la caraba—, de lo que sufren en el fondo de sus almas es de una envidia que engendra odio. De una envidia inconciente, oscura, instintiva, como la que hizo brotar del hondo del alma popular española, después de la Reconquista, la Inquisición, que fue popularísima. La Inquisición respondía a la envidia que el pueblo sentía hacia los que se distinguían, hacia los que discrepaban, hacia los herejes. Y estos otros fanáticos, ¿en qué envidia se encienden? ¿Y qué les lleva a incendiar iglesias? Es acaso que envidian a los pobres sencillos aldeanos que hallan en la iglesia —o en la procesión— un contento y un consuelo que ellos, los incendiarios, no logran hallar fuera de ella. Y aquí tenemos tal vez, claro es que sin que ellos, los afectados de esa dolencia, se den clara cuenta de ella ni mucho menos, aquí tenemos aquello de Lenin, hombre de imaginación catastrófica, de que la religión es el opio del pueblo. Y contra ella, contra la religión, se revuelven los que están en vano buscando otro opio, o sea otra religión. Y para los cuales la revolución no es sino un opio, un opio para adormecer una imaginación enferma.

El primer revolucionario, el primer catastrófico de nuestra leyenda judeo-cristiana fue Caín, cuya casta fundó, dicen, la primera ciudad. Y Caín no hizo sino vengarse de su destino. Y nos dejó la “cainidad”. Cainidad que es el vivero del sentimiento catastrófico de la vida pública.

Entre Aquiles y el Cid

El Sol (Madrid), 30 de octubre de 1932

En el poema homérico se nos cuenta de cómo Ulises, en su odisea, bajó al reino soterrado de los muertos, de las sombras de los que habían de veras vivido, y de cómo evocó la de Aquiles, y al presentársele, el héroe le saludó como a rey de los muertos, a lo que éste le respondió que es mejor que ser rey de los muertos ser lo peor que pueda serse en el reino de los vivientes. Y que lo peor que puede a uno caberle en suerte en el reino de los vivientes es ser criado de amo labrador pobre. Amo de labranza pobre, diremos que es igual que amo pobre de labranza. Lo peor en esta tierra es ser labriego a servicio y sueldo de labrador. De pobre pegujalero que necesita brazos de alquiler, de pequeño propietario, de arrendatario o colono que tiene que empeñarse para pagar la renta. Y ésta ha sido la tragedia en las mesetas centrales de este reino —ahora república, y es igual— de los pobres vivientes

españoles. Cuya suerte no sabemos si envidiará la sombra del Cid Campeador, el que iba por la cuenca del Duero reclutando desesperados para que saliesen de miseria y lacería con el botín arrancado a los moros de las ricas huertas de Valencia.

Lo que nos hemos acordado de las palabras de Aquiles y de otras del Cid ahora en que ingenuos creyentes en la virtud de una reforma agraria —de una cualquiera— parecen esperar que ésta corregirá una… llamémosla injusticia de la suerte. O del destino. Porque hay en esta pobre, pobrísima tierra de nuestros vivientes algo peor que ser criado de amo de labranza pobre, y es, dejando de ser criado, jornalero, pretender sacar harina de las peñas, que a lo más sirve para muelas con que se muela el centeno. Por lo que se comprende que muchos de esos pobres vivientes quisieran no tierra sino jornal, y el más alto posible. De la tierra saben ellos que se saca para darles el jornal; pero saben también que ellos, los pobres jornaleros, no podrían sacar de ella, por sí mismos, el jornal que sus pobres amos les tienen que dar aun a costa de agotar sus reservas y arruinarse.

¿Que hay tierras ricas? ¿Que hay, por lo tanto, amos ricos de tierra? Sin duda, y aquí viene lo de los grandes terratenientes, lo de los latifundarios, envuelto ya en fábula y leyenda. Y aquí cuadraría decir algo de la famosa ley de la renta, del famoso economista Ricardo, que fueron él y Malthus los principales inspiradores de la doctrina teórica del socialismo de Carlos Marx. Y después de decir algo de cómo en una comunidad económicamente solidarizada esa renta natural que rinden a quienes las trabajan esas tierras más ricas, tendría que ir a sostener decorosamente a los que se condenan o los han condenado a trabajar las tierras que no pueden mantener a sus trabajadores. Suprimid los grandes terratenientes; confiscad o expropiad sus tierras a los grandes señores, y llegad a la distribución de sus rentas entre todos los trabajadores de la tierra, y entonces veréis cara a cara la realidad y lo que son las desigualdades naturales de los hombres y de las tierras. Y entonces veréis cómo nuestro Aquiles, Rodrigo Díaz de Vivar, el Cid Campeador, el de la áspera y enjuta cuenca del Duero, veía claro el trágico problema cuando llevaba a los pobres pecheros castellanos a que viviesen de la presa arrancada a la renta natural de los ricos moros huertanos de Valencia.

Luego aquellas altas tierras del Duero, y las del Tajo, y las del Guadiana, se despoblaron en gran parte, pues iban los descendientes de los mesnaderos del Conqueridor a conquistas en Flandes, en Italia, en las Américas. Para que luego sus más remotos descendientes, los más cerca de nosotros, los de nuestros tiempos, sin Valencias, sin Países Bajos, ni Italias, ni Américas que conquistar, se pusiesen a talar los montes donde medraban ganados, los de aquellos rabadanes de casta celtibérica que por cañadas y cordeles de la Mesta guiaban sus rebaños desde las navas de Extremadura hasta las montañas de Asturias y León, y vuelta a volver. Talaron los montes para romper páramos, porque los pobres se propagaban de manera abrumadora, y la vida pastoril no tolera tanta propagación. Las vacas, las ovejas, las cabras y hasta las conejas se comen a los hombres que han de comer de ellas. Y cuando les sustituyen los hombres se comen éstos los unos a los otros, y vienen luchas, no de clases —¡qué clases ni qué ocho cuartos!—, sino de oficios —labradores, de Caín, y pastores, de Abel—, de gremios, de regiones, de lugares o términos municipales, y de asociaciones, sindicatos y clientelas proletarias entre sí. Que todo es por la prole, y proletarios todos.

Dice el versillo 28 del capítulo I del Génesis bíblico que "los bendijo Dios y díjoles Dios: Creced y multiplicaos, y henchid la tierra y sojuzgadla, y señoread en los peces de la mar, y en las aves de los cielos y en todas las bestias que se mueven sobre la tierra." Y al crecer y multiplicarse y henchir España, los españoles no pudieron ya señorear lo debido a los peces, y a las aves, y a las bestias, y entraron en lucha —y no de clases, otra vez— unos con otros. Y cegados por la ilusión engañosa de la renta jurídica, personal, del tributo que había que pagar al amo, no vieron la renta natural, real, la preeminencia de la tierra rica sobre la tierra pobre, de la huerta sobre el páramo, ni vieron el tributo que hay que rendir a la suerte, que suele ser muerte. Y los pobres criados de amos labradores pobres empeñados, a los que envidiaba el rey de los amos muertos, Aquiles, creyeron que podrían mejorar de suerte acabando de arruinar a sus pobres amos para igualarse todos en pobreza. Que es a lo que lleva la tragedia de la prole.

Y tendrán que sentir, para luego comprender, ante el pavoroso problema de la distribución, no de riqueza, no de renta, sino de población, de prole, que no está el remedio en arruinar a los dueños de tierras pobres, sino en empobrecer a los trabajadores de tierras ricas, dueños o no de ellas, para que no vivan de hambre —que es peor que morirse de ella— los que se propagan en tierras pobres. Y si resucitase el Cid y predicase una nueva cruzada —¡lo que tapa la cruz!— para ir a medrar del botín de los naturalmente ricos, de los que heredaron y trabajan tierras ricas, tampoco lograría hoy mucho; pero lo llamarían de seguro comunista y echaríanle en cara que propugnaba la tiranía del Estado, sostén del crédito. Que el Estado —monárquico o republicano—, Providencia civil, tiene a las veces que empobrecer a prorrateo a los ciudadanos para poder subsistir él en su unidad integral. Y que las reformas —de forma— de casi nada sirven sin refundiciones —de fondo— que pongan a un pueblo de cara a su fundamental destino. Y que el peso de la refundición agraria recaería al cabo sobre las regiones a que se cree que la reforma afecta menos. Y que entre los "trabajadores de todas clases" que somos constitucionalmente los españoles, los hay de varias clases, en efecto, como las tierras y según ellas. No en el sentido mítico que el término clase ha cobrado en el socorrido tópico de la "lucha de clases" del marxismo, que tan proletarios son los llamados burgueses como los otros, sino en el sentido rigurosamente histórico y natural a la vez.

Sobre el tópico del caciquismo

El Norte de Castilla (Valladolid), octubre de 1932

Cuando se pone uno en contacto con lo que se llama estrictamente la vida política, es decir, la de los partidos políticos, o sea la de los políticos que podríamos volver a llamar profesionales. Candidatos a conceiales, a diputados provinciales o a Cortes, aspirantes a cargos públicos, entonces es cuando se pierde la noción del sentido que pueden tener ciertas palabras de uso corriente en la vida civil pública.

Tales son derecha o izquierda, progreso y reacción, revolución y desde luego republicano y monárquico. Hoy ya no sabemos a punto cierto lo que puedan significar republicanismo y monarquismo, aunque sepamos poco más o menos —más bien menos que más— lo que signifiquen república y monarquía. Que tampoco esto está muy claro. Mas por hoy me voy a ocupar un poco, en otro término, de nuestra jerga —que no es otra cosa— política profesionalista, cuyo sentido ha acabado por desvanecérseme. Este es: caciquismo.

¿Qué quiere decir caciquismo, y qué cacique? Nunca lo he sabido muy bien, pero ahora peor que nunca. Fue Joaquín Costa el que a base de experiencias políticas personales —de fracasos— le dio nuevo vuelo a ese tópico. Para él el cacique era acaso Camo. Y cuando hizo desde el Ateneo de Madrid aquella en un tiempo, famosa información sobre oligarquía y caciquismo, a que concurrimos más de una veintena de políticos de oficio y de otros que éramos publicistas fuimos dos, doña Emilia Pardo Bazán y yo, los que tratamos de explicar, o sea de justificar, la necesidad del llamado caciquismo y de cómo es la organización verdaderamente popular —democrática— de un pueblo que no quiere, seguramente que por no poderlo, vacar al cuidado de su propio Gobierno y administración. De un pueblo que delega el manejo de sus intereses comunes porque no tiene ni el tiempo ni el conocimiento suficientes para ocuparse en ello.

Y tan profundamente está el público convencido de esto que se ha llegado a aquella distinción entre caciques buenos y caciques malos. Y son muchos, muchísimos, los que creen que ciertos pueblos cuando no tienen cacique lo buscan o lo inventan y le fuerzan a serlo al primer desgraciado con quien topan. Y en muchas partes se hacen caciques —o mejor, los hacen— aquellos que son los únicos que sienten interés y gusto por la cosa pública. ¿Que es para lucrarse con ello? No siempre, ni mucho menos, pues no pocas veces el llamado caciquismo les arruina. ¿Que es afán de mando? Muchas veces de apariencia de mando.

“Al español no le interesa tanto mandar como aparentar que manda, no tanto presidir como ocupar el sillón presidencial.” Así me decía hace años un sacerdote irlandés, que residió mucho tiempo en Salamanca, y que hoy es arzobispo en Filipinas. Y así es. Más que codicia o ambición les lleva a muchos a hacer de caciques la vanidad. A tal punto que ahora eso de que se multa al alcalde que, con su vara, va a presidir una procesión eclesiástica, ha de restar no pocas vocaciones a la Alcaldía, pues hay quien no aspira a ésta si no para presidir la procesión.

En eso de que los caciques de los pueblos rurales sean los usureros. los mangoneadores, los que van a explotar a los demás, entra por mucho la leyenda, aunque en ello haya un cogollito de verdad. Y es una leyenda forjada por el otro equipo de caciques, por el otro turno, por los que aspiran a suceder y sustituir a los vigentes, que casi todos los que se distinguen por sus campañas verbales contra el cacique, suelen ser los que aspiran a otro caciquismo.

En general en los tan mal conocidos pueblos rurales hay un núcleo de hombres que son los que manejan la cosa pública y la manejan por ser los más activos, los más duchos, los más avisados, y otro núcleo rival que forma la oposición y que trata de suplantarlos, y luego una masa informe, con mucho, la

mayoría, que no se sienten capaces de esto que se llama auto-gobierno. Y creer que esta masa puede llegar a gobernarse por medio de representantes que no sean unos u otros caciques, es desconocer la naturaleza humana. Es una de las más cándidas falacias de lo que se llama democracia. La cual fracasa mucho más que el liberalismo.

Ahora se da en el tópico de declamar que el caciquismo es monárquico, que los tildados o motejados de caciques, los supuestos mangoneadores de las aldeas, son monárquicos. Pues bien, en general los hombres rurales que manejan los municipios, ni fueron ni son monárquicos, como tampoco son ni serán republicanos. Esto de monarquismo y republicanismo no es para ellos, mentes realistas y sencillas —verdaderamente objetivas—, nada que tenga sentido. Se arriman al que manda, sea quien fuere. Si cayó la monarquía fue porque toda esa parte de la población no quería decir nada, como si llega a caer la República será porque tampoco ésta les diga nada. Su concepción de 1a cosa pública es algo más honda que la superficialísima que se cela debajo de ese cómodo dilema de monarquía o República. Esos hombres de la naturaleza rural no se dejan conmover por el singular misticismo cívico y laico de los monórquicos o de los republicanos de partido político. Los tópicos de éstos —de unos y de otros— les dejan fríos. Verdad que la política no es sino electorería.

Ante la estatua del Comendador

El Sol (Madrid), 8 de noviembre de 1932

Hace ya más de ochenta años que se puso en escena en nuestra España el *Don Juan Tenorio*, un verdadero “misterio” al que su autor, Zorrilla, le llamó “drama religioso fantástico”. ¡Y de qué fantasía! Y viene celebrándose anual y religiosamente, en el día de Difuntos. Luego han caído sobre el pobre Don Juan, el principal personaje del misterio, toda clase de analistas y escudriñadores de almas encarnadas. Pero apenas nadie, que sepamos, se ha detenido a escudriñar a otro personaje del drama, al más misterioso de él, que es Don Gonzalo de Ulloa, comendador de Calatrava y padre de Doña Inés. ¡Y que no es tragedia la de ese pobre hombre convertido, después que Don Juan le mata, en estatua!

¡Sobrevivir en estatua! ¡Tener que hacer de estatua! Ya él mismo presentía su muerte cuando, al ir enmascarado a la Hostería del Laurel, a presenciar el reto entre Don Juan y Don Luis, dijo: “Que un hombre como yo tenga / que esperar aquí, y se avenga / con semejante papel…” ¡Papel el que tuvo que hacer luego, muerto resucitado, en estatua! Ya Butarelli dijo de él y de Don Diego Tenorio, el padre de Don Juan: “¡Vaya un par de hombres de piedra!” “¡Comendador, que me pierdes!”, le dijo Don Juan antes de matarle de un pistoletazo, con lo que le perdió haciéndole estatua sermoneadora. Y luego fue lo del “¡Llamé al cielo y no me oyó, / y pues sus puertas me cierra, / de mis pasos en la tierra / responda el cielo, y no yo!” Y a quien había llamado no era al cielo, sino al Comendador, que venía a ser procurador, o más bien fiscal, del cielo. Que como tal le encontró Don Juan en el panteón de su familia.

Al fin. Doña Inés —"mármol en quien Doña Inés / en cuerpo sin alma existe…"— se hizo sombra, sombra consoladora, y no estatua acusadora. Pero el desdichado Comendador, su padre, obligado, es de creer que contra su entrañado sentido, a hacer de estatua, ¡que es el más triste papel que puede a un hombre caberle! Cuando tuvo que decir aquello de: "¡Ahora, Don Juan! / pues desperdicias también / el momento que te dan, / conmigo al infierno ven", ¿qué sentiría en sus entrañas de piedra? Y luego, cuando el pobre pecador empedernido exclama: "¡Señor, ten piedad de mí!", el Comendador, el convidado de piedra, más empedernido que el pecador, sale con lo de: "¡Ya es tarde!" Y esto para estar en su empedernido papel de estatua.

¡Trágica suerte la de tener que hacer de estatua, y de estatua moralizadora y agorera! ¡Trágica suerte la del hombre estatua! La del hombre estatuado o estatuido. ¿Y habrá quién pueda contemplar su propia estatua? Harto es verse envuelto no en bronce o en mármol, sino en leyenda, y no reconocerse. Y tener que decirse: "éste es el de los demás". ¿Hacer de estatua en vida? ¡Ah, no, no! Y menos para tener que decir: "¡Ya es tarde!", o cosa así. Tormento igual…

Allá en el Patio de las Escuelas de la Universidad de Salamanca, se alza una estatua —una de las mejores que tenemos visto en España— de Fray Luis de León, que parece estar repitiendo en silencio el mítico: "decíamos ayer…", que se ha hecho ya una frase estatuida —o estatuada— en leyenda. Y el "decíamos ayer…" de la estatua en bronce de Fray Luis de León nos parece algo como el: "¡ya es tarde!" de la estatua en mármol literario del Comendador. Y no lejos de la de Fray Luis se alza otra estatua, ésta del P. Cámara —a quien oímos vivo—, con un brazo erguido en actitud de predicar. Pero se calla. Como se calla ese Castelar en bronce estatuido que yergue su brazo en el Paseo de la Castellana, aquí, en Madrid. ¡Una estatua en actitud de hablar! ¡Al demonio se le ocurre! Las estatuas deben callarse. Y a los hombres, cuando en vida se les estatuye o estatúa, es para que se callen.

A la estatua de Memnón, en Egipto, dice la leyenda que le hacía cantar la Aurora; que cantaba al salir el sol. ¡Maravillosa estatua! Y otras estatuas cantarán también, al salir o al ponerse el sol; pero cantan más y mejor los hombres de carne y hueso, los que respiran aire. Las estatuas, ¡ay!, de ordinario no cantan. Alguna vez plañen. Y los hombres que tienen en vida que hacer de estatua tampoco cantan. Mejor hacer de sombra, como Doña Inés. Porque las sombras sí que cantan y que respiran. ¡Sombra, sí; pero estatua, no! "Mármol en quien Doña Inés / en cuerpo sin alma existe…" Pero desde que el mármol se convirtió en sombra, el cuerpo se fue y volvió el alma. ¿Pero el alma del Comendador? No, el alma del Comendador se quedó fuera de su estatua. Un alma no dice nunca: "¡ya es tarde!" Para un alma, y aunque sea de severo Comendador, siempre es temprano, siempre es a tiempo.

¿Quedarse en una frase estatuida, en un aforismo, en una sentencia, en un oráculo como los de las estatuas de los dioses paganos? Mejor vagar como la sombra de una nube sobre el verdor de una pradera o sobre la azulez de un lago. "Sueño de una sombra", llamó Píndaro al hombre, y pudo haberle llamado "sombra de un sueño". De un sueño que se hace, se deshace y se rehace; de un sueño que no es dogma, ni precepto, ni programa, ni sentencia. Pero los pobres mortales ciudadanos que no saben valerse ni guiarse por sí mismos piden a sus guiones y caudillos certidumbres y soluciones. Y se empeñan en convertirlos en estatuas. Al quitarles contradicción les quitan vida. ¡Cuánto mejor ponerse

a la sombra de un sueño! Ah, no, que no le definan, que no le fundan a uno. Y si le funden, que la estatua se calle.

Danza gitana

El Sol (Madrid), 13 de noviembre de 1932

Aún no hemos acabado con lo de la estatua. Pues ahora otra visión. Y fue la de una gitanilla —Mariposa— bailando descalza al sol y mirando bailar su sombra sobre la verde yerba de una pradera. Bailaba sola, para sí misma, y aún mejor, ni para nadie ni para nada, sin para quién ni para qué, en neta gitanería. Escribía con los pies en el verdor de la pradera el poema de la libertad creadora. Escribir con los pies, sí, pero claro que no calzados. A esos insectos que andan —no andan— sobre el agua, y a que se les da en castellano los nombres de "tejedores" y "zapateros" —"girinos" por mote entomológico—, llámaseles en Flandes "escritorcillos". Y nos recuerdan lo que se nos cuenta en el Evangelio (Marcos, VI, 18 y 19) de cómo Jesús, en el lago de Genezaret se fue a sus discípulos andando sobre el agua —descalzo, de seguro—, y ellos, al verle caminar así, pensaron si sería fantasma, y tuvo que decirles: "Ánimo: soy yo, no temáis." No era estatua, que ésta ni caminaría ni hablaría. Lo de hablar las estatuas —hasta de Cristo— ha venido después.

Los gitanos, los perfectos individualistas, son los menos estatuidos. Y libres, pues si otros pasan sobre la ley, ellos pasan por debajo de ella. Y haciéndose a menudo el camino con los pies a campo traviesa, o por trochas y atajos. El hombre no puede, como el pez dentro del agua o el ave dentro del aire, moverse en ámbito homogéneo, sino que tiene que pisar en tierra atravesando el aire de que respira. Y aun así ha inventado el submarino y el aeroplano, no sujetos a superficie, y con la bicicleta un modo de locomoción en que se toque lo menos posible la tierra, en que se desprenda más de ésta.

Don José Echegaray dio, ya en sus últimos años, en andar en bicicleta, y como lo explicara un día en el Ateneo, al decir que lo hacía por ser modo de locomoción más individualista, hube de atajarle diciéndole: "No, don José; el modo de locomoción enteramente individualista, anarquista mejor, es caminar solo y escotero, a pie desnudo, por donde no hay camino y haciéndolo con la marcha; a todo otro nos ayudan los demás." Y de este modo nadie está más cerca que los gitanos, los hombres más ajenos a la estatua y a todo lo estatuido.

¡Ay, aquella gitanilla —Mariposa—, que parecía querer volar, como una alondra, sobre la tierra y no echar raíces en ella, como la estatua del hombre civilizado en disciplina! Bailaba al sol y sola; sola con su sombra. Y había que acordarse de aquello de: "yo me entiendo y bailo solo". Cosa que no entienden los estatuidos, disciplinados, partidarios, sectarios o de escuela o corporación. ¡Entenderse y bailar solo, gran virtud! Mas no solo, sino con la propia sombra. Sombra no estatuida ni fijada, sino cambiante.

Al salir del sol la sombra nace larga y gigantesca, y al ponerse del mismo sol vuelve a crecer y se alarga y agiganta de nuevo. ¡Sombra de primera infancia, de niñez; sombra de última infancia, de vejez!

Los mamíferos, unos son cuadrumanos, como los monos, nuestros parientes, y otros cuadrúpedos. Y al caballo, solipedo —que pisa con un solo dedo, que se le ha hecho casco—, encima le calzamos, le herramos. Y el hombre mismo se ha calzado, y ya, sin desnudez sus pies, su baile no lo es verdadero. Se ha hecho más pedestre que manual. ¿Y por qué "pedestre" es para el estilo término de reproche? ¡Aquellos pies de los versos antiguos, que servían de letra al canto con que se acompañan al baile! ¿Y surgió de la música el baile o del baile la música? ¿O fueron hermanas mellizas ambas artes? Hay lo de "al son que le tocan baila"; pero también danzante que es él quien provoca, guía y conforma el son.

¡Qué cómodo motejarle a alguien de danzante! Mejor danzante que estatua. Y, sobre todo, hacer danzar a las ideas ante las mentes distraídas de los demás, en vez de esculpirlas y fijarlas. Y más si ha de ser en programas de partido o secta. Gran obra la de hacer que las ideas —científicas, filosóficas, religiosas, políticas— desnudas de pie y de todo, dancen en las mentes de los que las piden fijas y estatuidas. La estatuaria es a la danza lo que a la música la letra. Y hay pobres hombres que no saben atenerse sino a las letras; hombres a la letra.

Como hay lectores que me escriben preguntándome cuándo voy a fijar mis ideas y a darles a ellos soluciones y certidumbres; cuándo voy a forjar estatuas. ¿Para qué? ¿Para convertirme en una de ellas? ¡Ah, no! Mejor seguir entendiéndome y bailando solo. O con mi sombra. Y convidando al lector a que se entienda a sí mismo. Que sí no se entiende, ¿cómo le voy a dar entendimiento de sí? Y hete aquí, lector, por qué a veces yo me te escapo como otras tú te me escapas. ¿Letra estatuida? ¿Programas? ¡No, no y no! Eso hay que dejarlo para los que se dicen consecuentes y se forjan postura de estatua. ¿Consecuentes? Pero "conseguí" quiere decir seguir una cosa a otra —y conseguir—, y en la estatua, fuera del tiempo vivo, no hay consecuencia, porque no se siguen en ella unos momentos a otros. No es de momento. Consecuente un río que va haciéndose su cauce y varía y cambia —sin solución de continuidad—; pero no una montaña quieta. Hay más consecuencia —conseguimiento— en danza seguida —y conseguida— que no en postura quieta de estatua, a que no cabe danza. Y en cuanto a estatuir y estatuar la danza, es matarla.

Ved a qué danza de visiones —ideas— hemos venido desde la estatua del comendador con su: "¡ya es tarde!" a Don Juan Tenorio, al pedir piedad al Señor hasta la gitanilla —Mariposa— que, bailando sola, descalza y casi desnuda, junto a su sombra, al sol, al son del tiempo, se calla, y para la cual siempre es temprano. Y ved cómo voy trenzando estos Comentarios, en que no se fijan, no se funden, no se forjan posiciones o posturas estatuidas, ni programas —¡líbreme Dios!—, si no se hace bailar a las visiones de la actualidad —danza— pasajera.

Y ahora… ¡puede el baile continuar! ¿Al son de…?

Una conferencia política del señor Unamuno en el Ateneo de Madrid

ABC (Madrid), 30 de noviembre de 1932

En el Ateneo de Madrid dio el lunes por la tarde una conferencia D. Miguel de Unamuno. Versó el tema de su discurso sobre "El pensamiento político de la España de hoy". El salón y las tribunas aparecían repletos de público.

El Sr. Unamuno comenzó diciendo: "Vengo como quien va a un sacrificio, con el ánimo bastante deprimido. He dicho —agregó— que me dolía España, y hoy me sigue doliendo, y me duele, además, su República." Afirmó que no pertenece a ningún partido político, lo que no quiere decir que no sea republicano. Quiere decir que él no es político, sino español. "De este no conocerme ha surgido, entre otras cosas, el que se me echase en cara, a poco de inaugurarse el Parlamento, que ayudase, como creí de justicia, a resolver mi acta, la de Salamanca, y que me dijeran que era necesario servir a los partidos políticos, aun cometiendo injusticias."

Examinó el concepto de opinión pública y preguntó si verdaderamente existe. "Los pueblos en España no son monárquicos ni republicanos: sólo son contrarios de alguien. La República vino contra el Rey. Nos trajo ella a nosotros; no la trajimos. En España hubo solamente oposición republicana de Su Majestad. Después de la República —añade— vino el desencanto, porque no se hizo la revolución. Ahora dicen los políticos que se está haciendo: pero se hace con actos verdaderamente temerarios, como fue la quema de los conventos y la disolución de la Compañía de Jesús y confiscación de sus bienes. La frase de *todos los conventos de España no valen la vida de un solo republicano* fue interpretada por mí como que los incendiarios eran buenos republicanos."

Califica de desdichada la ley de Defensa de la República y la secuela de arbitrariedades ministeriales. La inquisición tenía garantías; pero hay algo peor que ella: la inquisición policíaca, que, apoyándose en un pánico colectivo, inventó peligros con el fin de arrancar unas leyes de excepción. Habla de la suspensión de periódicos, y dice que le recuerda lo ocurrido a un capitán. Tenía delante a un soldado que le miraba socarronamente y le dijo: "¿Se está usted riendo, eh?" "No; mi capitán", le contestó el soldado, y el capitán le replicó: "Pero se ríe usted por dentro".

Sigue afirmando que él, que padeció injusticias, no quiere que se cometan ahora. No comprende la significación de la llamada concentración de izquierdas, y cree que nos estamos hundiendo cada vez más en el campo de las pasiones. Trató después de la enseñanza, y dijo que, suprimida la religiosa y creada la laica, se necesitan maestros, y, como no los hay, habrá que reclutarlos entre los frailes. (Se oyen aplausos y protestas, y es silbado el orador. Entonces se le tributa una ovación de desagravio.)

El orador dice que no cree que con alborotos se resuelvan los graves problemas planteados. ¿Resolverá el problema la ley Agraria? Hay tierras que con reforma o sin ella no pueden dar de comer a sus pobladores. Muchos de los que mañana dependan del Estado comerán menos que hoy, y todos nos convertiremos en siervos de la gleba. Con el proletariado intelectual sucederá lo mismo. Habrá de llegar a un período de suicidio y de esterilización.

También hay que ir contra esa monserga de la personalidad diferencial de las regiones. El autonomismo cuesta caro y sirve para colocar a los amigos de los caciques regionales. Habrá más funcionarios provinciales, más funcionarios municipales; habrá un Parlamento y un Parlamentito. Es decir, existirá una enorme burocracia que contará, además, con el asilo del Estado federal. En vez de una República de trabajadores vamos a hacer una República federal de funcionarios de todas clases.

Dios quiera que vuestros hijos encuentren en esa nueva sociedad que se avecina las satisfacciones que yo no podría encontrar. ¡Que esa República federal de funcionarios de todas clases encuentre un ideal! No es lo que yo soñaba. ¡Qué le vamos a hacer!

Presencio con tristeza que ha desaparecido toda serenidad. Yo sirvo a un sentimiento de justicia, y me aterra que con otros se cometan injusticias. No me gusta eso, no quiero llevar dentro de mí un alma de déspota.

Fue aplaudidísimo.

EL SEÑOR UNAMUNO FUE MUY FELICITADO

Fuero muchos los diputados que ayer tarde en los pasillos de la Cámara felicitaron a D. Miguel de Unamuno por el discurso que pronunció en el Ateneo el lunes último. El Sr. Unamuno dijo a algunos diputados:

—Tuve que hacer un gran esfuerzo físico para frenarme. Pero el día menos pensado diré en el Parlamento cosas mucho más graves.

Luego añadió:

—Yo tenía hace tiempo el pensamiento de hablar así, pero me resistía a ello. Lo que me decidió fue el último discurso del Sr. Azaña.

Y va otra vez de monodiálogo

Ahora (Madrid), 3 de diciembre de 1932

En este número inicia su colaboración en AHORA don Miguel de Unamuno, "un gran español digno de admiración y merecedor de los más altos homenajes", como lo llama el periódico donde hasta ayer mismo publicaba sus artículos el venerable maestro. Don Miguel de Unamuno, "intelectualmente invulnerable", como lo juzgaba también ayer Manuel Bueno en ABC, hallará en las columnas de AHORA la tribuna de gran resonancia y libertad absoluta que su genio requiere. Los artículos de don Miguel de Unamuno, su pensamiento apasionado, se ajusten o no a nuestra manera de sentir y pensar, son para nosotros, y esperamos que lo sean también para nuestros lectores, la máxima fuerza creadora y sugeridora de las Letras españolas de este tiempo.

—Le he oído a usted —me dijo— que lo primero es dar cara a cara a la verdad. O, si se quiere, a la Esfinge devoradora…

—Cabal —le respondí— hay que hacerse a encararla, o darle rostro a rostro, a arrostrarla. ¡Arrostrar la verdad! ¡El supremo empeño!

—Pues bien—añadió-, esto de la República ha sido para mí otro mal necesario…

—¿Otro? Como casi todo lo más de la vida—acoté.

—Algo fatal e inevitable—continuó—. Y no la hemos traído nosotros, los que nos creemos republicanos, si no que ella nos ha traído en cuanto tales. Y apenas si empezamos a pensar lo que pueda llegar a ser. ¿Qué nos han dejado en junto estos tres últimos años? En los cimientos de la conciencia común, pública, quiero decir. ¿Y qué problemas, pero íntimos? Nos hemos arrimado a más estrecho toque con el cauce de la vida común de lo que se suele llamar sociabilidad. Hemos quitado la educación de nuestros hijos a las órdenes bien o mal llamadas religiosas, pero sin saber a ciencia cierta cómo substituirlas; hemos quitado muchas tierras a sus antiguos dueños para dárselas a campesinos que acaso ni puedan ni sepan ni, tal vez, quieran labrarlas… Pero, sé lo reitero, ello era y es inevitable, y a ello estamos…

—No hay más remedio —le dije—, pues en esta que hemos denominado candorosa, o mejor, convencionalmente, República democrática de trabajadores de todas clases, nuestro principal cometido es el de trabajar. La vida es trabajo.

—¡Así fuera —me replicó— el trabajo vida! Y para trabajo, créamelo, don Miguel, no mayor ni mejor que el de arrostrar la verdad. Aquello era muy malo, pero ¿y esto? Mas no quiero sino repetir con usted lo de Carducci: "Mejor obrando olvidar, sin indagarlo, este enorme misterio del universo." En nuestro caso particular, el misterio, enorme o no, del destino histórico de esta nuestra España, misterio que es el fundamento de mi religión nacional y civil y popular.

—¿Qué? ¿También usted —le dije sonriendo— místico del republicanismo?

—¡Jamás! —me replicó—. No he hablado del destino de la República, que es nombre común y aplicable a todas ellas, sino del destino de España, que es nombre propio, pues España es una y única.

—Pero hay quien habla —le dije— de Españas.

—Sí hay politeístas —añadió.

Y yo: —Y panteístas. Y ateos.

—¡Fervor republicano! —murmuró—. ¡Justicia republicana! ¡Virtudes republicanas! ¡Cultura republicana! ¡Monsergas! Y luego la liturgia, que es peor que la mística esa. No daré ni un viva a la república, aun deseando que viva, mientras no se pueda dar también un viva al rey, a un rey cualquiera. Y ha visto usted otra cosa, y es la niñería esa de ir esquivando la denominación por títulos nobiliarios y lo de hablar del ex conde, ex marqués o ex duque? ¿Qué más nos da que conserven sus apodos, motes, alias o pseudónimos si eso no les sirve para nada, ni les da derecho a nada y ni es siquiera sortilegio? ¡Chinchorrerías!

—Sí, ya sé —le dije— que tampoco entra usted con la nueva bandera, la republicana.

—Cabal —me respondió—. Y recuerdo cómo nuestro común amigo Guerra Junqueiro, uno de los que más contribuyeron a la caída de la dinastía brigantina portuguesa, defendió la conservación de la bandera nacional y popular, ya que no monárquica. Por tradicionalismo poético. Y yo, por mi parte, no me hago a ésta, a la tricolor. Con un tercer color impuro, mestizo…

—Usted —le dije—, acaso de cambiarla, votaría por una de los siete colores del arco iris…

—Pero fundidos, federados en uno, que es el blanco —me replicó—. Una bandera blanca y en blanco, de paz y de porvenir. Aunque la mía… formada de infra-rojo y ultra-violeta, colores invisibles…

—Que propiamente no lo son —le objeté—, pues que no son colores para el ojo humano, fisiológicos…

—¡Pues por eso! —exclamó—. ¡Símbolos y emblemas invisibles! Y acabar con toda liturgia supersticiosa. Mas todo esto nos ha alejado de nuestro propósito. ¿De qué hablábamos?

—Se desahogaba usted, amigo —le dije—, de sus íntimos desengaños…

Y él: —Desengaños, no, pues nunca me engañé. Nunca esperé del tiempo más de lo que él nos puede dar; nunca esperé que lo que los ingenuos llaman revolución nos cambiara substancialmente de estofa y de trama del alma colectiva; nunca creí en agüeros de ciertas renovaciones. Y por esto, porque siento la continuidad del destino histórico, me atengo y conformo a lo que vayamos consiguiendo. Y como soy de los que creen que hay que hacer de la necesidad virtud, me someto a los males necesarios y trato de sacar algún bien de ellos, mas sin dejarme engañar ni desengañar. Y vea usted, mi buen amigo, por qué

me hace sonreír el engreimiento místico-litúrgico de todos los niños que están contemplando los zapatitos nuevos que les ha traído el nuevo régimen. ¡Cuánto echo de menos la sobriedad mental! ¿Concentración de izquierdas? No, si no "concretación" de ellas; y sepamos qué es eso de izquierda. ¡Lo que me encocora la vibrante declamación jacobina! Vibrante, ¿no se dice así? Es otro terminacho de moda y sin modo. Conformémonos, sin vibrar, con lo inevitable, y… ¡a trabajar! Que así es la vida…

—De modo que para usted… —le atajé.

—Para mí —añadió atajándome a su vez— cuando se me llega uno de esos entrevistadores extranjeros con su surtido de vacías preguntas estereotipadas, de encuesta, de cómo hemos cambiado y de cómo sentido el cambio, me siento molesto, como si se nos tomase por cuines o ranas o galápagos de fisiólogo, peor que por chiquillos en juego. Esta nuestra España es para ellos un caso, porque el caso es que la eterna y universal España, la de los colores invisibles, fuera de liturgia, no les dice a ellos nada. Con tal de que a nosotros, los españoles, nos diga al oído del corazón algo…

Me callé al oírle esto.

En un lugar de la Mancha…

Ahora (Madrid), 8 de diciembre de 1932

Este octosílabo inaugural del *Quijote* —le sigue, en inciso, un endecasílabo de los dichos de gaita gallega y que briza un olvido involuntario—, esta entrada en el último sueño del alma imperial española, volvió a reconfortarme el ánimo cuando el sábado 19 de noviembre leí en el semanario *Estampa* una información titulada "La novia de Don Quijote", aunque más bien se trataba de una supuesta novia de Cervantes, y es igual. La firma Pedro Arenas, que refiere una su visita al Toboso, en que se nos aparecen tobosinas y tobosinos tocados de la creadora ensoñación quijotesca-cervantina.

Porque es el caso que al informador le hablaron de la casa de Doña Dulcinea, mostrándole la llave y la ventana por donde hablaba con Cervantes, y la calle del desafío de éste con otro pretendiente de su novia, y el convento en que ésta profesó de religiosa cuando no se le dejó casar con quien quería. Por donde se ve que Don Quijote dejó en su tierra nativa las semillas de la generosa pasión que le hizo enfrascarse en la lectura de los libros de caballerías. Y luego el informador se entrevistó con don Jaime de Pantoja, ex-alcalde del Toboso y "cervantista muy letrado" y… "—¿Pero Dulcinea ha existido? —exclamamos deslumbrados por esta fe. —Es un hecho indudable —dice el señor Pantoja. Y comienza a explicar sus investigaciones…"

Como vemos se trata no de aquella Aldonza Lorenzo de quien anduvo enamorado el Ingenioso Hidalgo, sino de otra, pero el "hecho indudable" es que existe, pues hay quienes en ella creen. Que para la fe no

es cuestión si un poder espiritual, histórico, existió, sino si existe. Cuando el apóstol Pablo, camino de Damasco, oyó, caído en accidente, lo de: "Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?", sintió que existía, entonces, el Cristo. La historia no es lo que materialmente pasó, sino lo que los mortales sonaron que pasaba y así nos lo han transmitido y nosotros seguimos soñando y diciendo que pasó. O mejor dicho, la historia no es el sueño que pasa, sino el que queda, porque no pasa en el tiempo material, sino en el otro. ¡Honda frase la de: "no tuve tiempo material" que, por trastorno de la de: "no tuve materialmente —es decir: en absoluto— tiempo", nos ha dado una expresión tan fuertemente expresiva del materialismo histórico!

Don Quijote y Sancho son hombres de carne y sangre y huesos espirituales, históricos, inmateriales, gracias a Cervantes, y éste lo es, histórico, inmaterial, inmortal gracias a ellos. Y si Cervantes existió es porque existe, como a su vez Don Quijote, pues que existe, existió ni más ni menos, ni de otro modo, que su Cervantes. ¿Y doña Dulcinea, la de los tobosinos de hoy, la del señor Pantoja? "Es un hecho indudable" —dice éste—. Sí, como todo mito. Y Don Quijote y Sancho, y el Dómine Cabra, y Segismundo, y Don Álvaro y Don Juan Tenorio, son mitos, como lo son Cervantes y Quevedo y Calderón y el duque de Rivas y Zorrilla, y ni más ni menos. De la literatura nacional —y la historia no es ni más ni menos que literatura— surge una mitología, y de ésta una religión. Y hay que tener fe, pues bien se dice que gana una batalla el que hace creer que la ha ganado. Y hace creerlo si él lo cree.

Hace poco pasábamos, camino de Elda, al ir a festejar a otro mito nacional, a Castelar, cerca del Toboso, y nos apeamos en una que llaman la Venta de Don Quijote. Y nos resultó no una restauración, sino una invención resurgida, donde cabe soñar a Cervantes cara a cara de Don Quijote y departiendo con él; ambos tan míticos, tan históricos, tan existentes. El buen vino manchego, generoso y claro, que allí nos sirvieron, enseñará a los que lo beban —soy aguado— a soñar y no a dormir. Ahora los tobosinos parece que empiezan a soñar, gracias al señor Pantoja, a doña Dulcinea del Toboso. ¿Pero... investigaciones? No, que no, ¡nada de ellas! No las hizo Don Quijote acerca de la existencia de Amadís de Gaula, porque la sentía en sí mismo. Atengámonos a la mitología.

En la Biblioteca Cervantina del Toboso hay libros con dedicatorias autógrafas de Mussolini, Hindenburg, Mac Donald, Masaryk... —tipos que van para mitos— ofrendas a la mítica, típica y mística Dulcinea, que resurge en un lugar de la Mancha de cuyo nombre no podremos ya olvidarnos. De la Mancha ésa, claro horizonte toda ella, cama de ensueños, entre viñedos, bajo la limpia bóveda azul del aire, o ya bajo dosel de nubes en que el viento riza trazados mitológicos celestes que el Sol, al ponerse, enciende para que soñemos otros mundos.

A hacer, pues, mitología y a tener el "descarado heroísmo de afirmar que —como dejó dicho Eça de Queiroz al final de *La Reliquia*— batiendo en la Tierra con pie fuerte o pálidamente elevando los ojos al Cielo, crea, a través de la universal ilusión, Ciencias y Religiones". Y a dejarnos de eruditas investigaciones, que por lo general no sirven sino para rehusar y derrocar. Durante su reciente visita a nuestra actual España republicana, monsieur Herriot, investigador también, le recordaba a nuestro ministro de Estado, como éste lo contó en las Cortes, aquel terrible "capricho" de Goya, de un cadáver que sale de la huesa con una esquela en que trae escrito, como empresa, el fruto de su investigación de

ultratumba, y es: "¡Nada!" La más castiza y entrañada palabra española, con su pareja: gana. Y que lo sabía Goya tan bien como su paisano —¡qué dos tipos y qué dos mitos!— Miguel de Molinos, el que nos aconseja anonadarnos y despegarnos hasta de Dios.

A sacar de la nada —que es crear— mitología, y más ahora, que estamos creando el mito de la República española democrática de trabajadores de todas clases. Que ya vendrá a caer la historia de ésta, algún siglo futuro —¡es fatal!—, bajo manos y ojos desocupados de investigadores eruditos y rompesueños que hayan de probar que la tal república no existió en este entonces remoto pasado y ahora actual presente. O por lo menos que de haber existido fue enteramente distinta y acaso contraria a como nos la figuramos los que ahora estamos soñándola. ¡Quién sabe…! ¡Esos eruditos…! Pero mientras tanto, "soñemos, alma, soñemos", que es así como existe el sueño. Y no habrá investigadores en siglos futuros que puedan borrar la mitología inmortal. Y que Dulcinea, la del Toboso, nos acorra y nos dé verdad, pero la de veras, la del ensueño avivador, la de verdad de veras, la de la idealidad; no la realidad hastiosa de la investigación.

Biología e ideología

El Día Gráfico (Barcelona), 13 de diciembre de 1932

¡Cómo sé niegan los cuitados a arrostrar —a dar rostro o cara— a la realidad biológica que está sacudiendo a todo el mundo civilizado, en sus cinco partes, a esta revolución cuyos ramalazos están ya llegando a nuestra España, extremo occidental del mediodía de Europa y nudo entre ésta, África y América! Cómo cierran lo ojos al verdadero y hondo sentido de esta crisis de crecimiento o de decrecimiento. A esta crisis de población, o de despoblación. Porque tal es el problema. El que planteó de una vez para siempre aquel pastor protestante que fue Malthus.

¿Revolución? Sin duda, pero no como se la imaginan los cuitados atacados de jacobinismo, pero que no alcanzan a comprender lo que hubo en el hondón de la gran revolución francesa, por debajo de aquello de libertad, igualdad y fraternidad y de los Derecho del Hombre (Todo esto con mayúsculas). Que no era un problema ideológico de principios, sino un problema biológico de hombres, de sustituir, a unos por otros; de mondar una generación para que pudiese mejor medrar otro. Era un caso de quitarte tú para que me ponga yo. "Cuando se decía perseguir a unos —hasta guillotinarlos— porque profesaban tales o cuales ideas, esto de las ideas que profesaran era un pretexto. Había que eliminarlos porque ocupaban puestos que apetecían o ambicionaban los otros. Y las grandes guerras que siguieron a la Revolución y que luego llevó a cabo Napoleón, no fueron más que otra sangría o si se quiere otra poda de vidas humanas para que hubiese más espacio de luz y de tierra para las ramas que quedasen en el pobre árbol de la Humanidad. Que tal fue el sentido económico, biológico, de la Gran Revolución Francesa.

Y tal es el sentido de la Gran Revolución Moscovita. Los pobres rusos no cabían ya holgadamente en su tierra y aun cuando en ella haya bastantes extensiones casi yermas, han barrido al los nobles, a los aristócratas, a los capitalistas, a los grandes —y aún muchos de los pequeños— propietarios y ni aún así, igualándose en la miseria, resuelven el problema. Y es inútil aumentar la producción cuando no aumenta el consumo. Y es loca aventura la de querer hacer consumir para la producción en vez de producir para el consumo. Y siempre se vuelve al planteamiento malthusiano del problema biológico.

Por no querer ver esto, por no querer encararlo, hay aquí entre nosotros, en España, pobrecitos cuitados que no dejan caer de sus labios la palabra Revolución, y que se imaginan o fingen imaginarse que se trata de algo de ideales históricos, de principios de Revolución, cuando no se trata si no de una generación que busca su puesto en tierra y al sol, y se encuentra con que no hay bastante holgura para unos y otros. Lo cual es perfectamente vital, que es más que ser perfectamente lógico. Hegel tomó por lema de su "lógica" aquello de Sófocles de que la verdad puede más que la razón; pero la vida puede más que la verdad, puesto que se alimenta muchas veces de mentiras y de ilusiones.

Tomemos, por ejemplo, un caso actual que ha producido ciertas apasionadas disensiones en nuestra España; la de las jubilaciones de magistrados, fiscales y jueces. ¿Es que se les jubila por su incapacidad manifiesta o acaso por su falta de lealtad al nuevo régimen? Es lo más probable que lo crean así, y en perfecta buena fe, los que decretan las jubilaciones. Y son muchos los sedicentes revolucionarios que piden a grito herido la depuración —quieren decir la poda— de la judicatura. Pero en el fondo, dense o no clara cuenta de ello esos ideólogos de la revolución, de lo que se trata es de producir vacantes para que haya gente joven que pase a ocuparlas, se trata de un problema biológico. Y el fundamento de derecho en que se quiere apoyar esas jubilaciones —como otras análogas— no es más que un pretexto, perfectamente sincero, con que el genio de la especie adiestra a los podadores. Si no fuese la incapacidad o la falta de lealtad habría que inventar otro. Porque hay que dar paso a los aspirantes parados.

¡Cómo le han puesto a uno por decir que aunque hay evidente un hambre de instrucción escolar, una necesidad de acabar con el analfabetismo, en rigor se siente más las necesidades de los productores de instrucción que los de los consumidores de ella! ¡Cómo le han puesto a uno porque ha dicho que el Estado es un gran auto! ¿Es que no estamos viendo que las más de las obras públicas que se emprenden es más por la productividad de la obra misma para que coman y vivan los que las ejecutan mientras la ejecutan? "¡No queremos limosna, queremos trabajo!" dicen unos, y a esto se contesta inventando trabajos, los más improductivos que no son sino un pretexto para una especie de limosna de Estado.

¿Lucha de clases? Lucha de clases no, si no lucha de oficios, de clientelas, de generaciones. Lucha por plazas en el gran asilo que es el Estado.

Y ello —lo repetiré cien veces— es inevitable, es natural, es biológico, que es más que ser jurídico y que ser lógico. Pero ¿por qué escandalizarse uno, encarando la trágica verdad biológica, descubre esta lucha por la vida disfrazada con tantas ideologías jacobinas? ¿Es que uno la condena? Tanto valdría condenar un terremoto, o una inundación, o un tifón, o una epidemia de cualquier clase de peste. O

hasta una guerra.

Y la política responde a esa biología. Y lo mismo da que el político se ponga una u otra etiqueta, porque no sirve sino a esas necesidades de la lucha por la vida que tienen poco que ver —si es que tienen algo— con la libertad, con la igualdad, con la fraternidad, con la justicia, con el orden y con la civilización.

Y continuaremos.

¡Ay mi jardín, mi jardín!

Ahora (Madrid), 14 de diciembre de 1932

Nuestro buen amigo —lo es de todos nosotros— el siempre Conde de Romanones ha publicado un libro sobre *Espartero, el General del Pueblo*, que tal reza su título. Es lo que se dice una semblanza, limpia, rápida, sencilla, y no un estudio crítico ni una biografía novelada de las de al uso actual. Espartero escapa al juicio crítico —hasta de un político—, pues, como dice con penetrante sentido histórico el Conde: "¿Qué importa que la crítica, después de analizarlos —a los hombres representativos, símbolos—, no encuentre en ellos nada de excepcional si su generación lo considera como el mejor, como el indispensable, como el salvador de la patria?" Así es, y la crítica luego puede muy poco contra esos hombres míticos y simbólicos. Así fueron Riego y Espartero: mitos y símbolos del castizo liberalismo español.

La perspicacia psicológica de Romanones, aguzada por su ejercicio del poder y de la política de partido, se detiene en ciertas particularidades de Espartero. Le extraña que la pasión del juego de azar tuviera raíces tan hondas en un temperamento "ecuánime y sereno y dueño siempre de sí mismo". Pero el rigor con que aplicaba ciertos castigos, haciendo diezmar a un batallón franco; el asumir la responsabilidad de sentencias de muerte sin previo sumario, bastándole "su propio convencimiento" —*por razones que el rey conoce*—, y el caso de don Diego de León —su mayor torpeza política—, ¿qué son sino fruto de un espíritu de jugador de lance que se lía la manta a la cabeza para jugarlo todo a una carta?

Aguda es también la observación de que Espartero, el hijo del carpintero de carros de Granátula, el hombre del pueblo hecho luego duque y príncipe, "poseía la soberbia de los humildes que es la más tenaz de las soberbias". ¿Soberbia? No, sino un ingenuo engreimiento que ni es propiamente vanidad. Basta leer las íntimas y candorosas cartas que el general dirigía a su mujer, doña Jacinta de Martínez Sicilia, que fue su dueña y que le hizo arraigar en Logroño. Durante la campaña de 1835 y 1836 no hace sino decirle que en cuanto se separaba de su división dejaba ésta de ser invicta; que el extranjero "sentirá el que se quede de cuartel"; que goza "de favor en el extranjero"; que… "los ingleses, locos

conmigo"; que se consideraba invencible e inmortal a la cabeza de sus húsares… Y todo ello diciendo a su Chiquita —así llamaba a su mujer— a cada paso que deseaba acabase todo aquello "para reunirme contigo y no separarnos más", y lo repite como estribillo conyugal. O "sin ti no quiero habitar en este mundo". En carta a su "querida Chiquita" de 9 de noviembre de 1840, al final de su Regencia, después de decirle: "yo soy la bandera española, y a ella se unirán todos los españoles", agrega que confía en consolidar el trono de Isabel y "que aún me ha de conservar Dios algunos años de vida para emplearla en plantar árboles en la Fombera y mejorar a Logroño como un simple ciudadano". Y aquella entrañada carta, antes de Luchana, desde Castro Urdiales, en que le dice: "Mi movimiento sobre Bilbao es temerario y antimilitar; pero hay que sacrificarlo todo en estas circunstancias aunque puede perecer el Ejército. Si después de salvar Bilbao lo dejo, lo volverán a bloquear; si levanto la guarnición, ¡qué dirían los patriotas! Terrible esta situación de un general en jefe de guerras civiles. ¡Ay mi jardín, mi jardín!" Y en esto se le fue el alma toda, una alma humanísima.

Por esto cuando Prim, en mayo de 1870, le ofreció la corona de España, el viejo soldado —tenía ya setenta y siete años—, el del "cúmplase la voluntad nacional", no la rehúsa por creerse él "la bandera española", indigno de "tan elevado cargo", sino porque: "mis muchos años y mi poca salud no me permitirían su buen desempeño". Y "¡ay mi jardín, mi jardín!", se diría. Que no vale por él una corona. Y el hombre —¡y tan hombre!— con su Chiquita y su jardín acató a don Amadeo, y luego, a la República, y después, a Alfonso XII y "¡cúmplase la voluntad nacional!"

Al fin, a sus ochenta y seis años, "el 8 de enero de 1879 se extinguió sin protesta ni agonía, sometiéndose a la voluntad divina, como siempre se había conformado con la nacional". Así acaba Romanones el libro. Y así acabó aquel ingenuo patriota, candoroso liberal y marido modelo, soñando al acabar, en su última infancia, con el jardín de la primera, con el Paraíso Terrenal. "¡Ay mi jardín, mi jardín!"

Algo dice el Conde de los amoríos de Espartero —amor no tuvo más que el de su Chiquita—, de su rivalidad con Bolívar por uno de ellos y hasta de cómo fue la reina María Cristina durante muchos años su verdadero ídolo y a la que hasta le dedicó un soneto que revela "la sencillez de su espíritu" y su ningún sentido poético. "Por eso cabe sospechar, sin dejarse llevar de la malicia —escribe el biógrafo—, si en aquella devoción latía un escondido sentimiento amoroso. Casos como éste no son insólitos; muchas veces tales fervores pasan inadvertidos de las personas a quienes se rinden." Sí; ya corre por ahí, al propósito, algo relativo a don Segismundo Moret y otra Regente. ¿Pero amor? ¿Amor de Espartero? A su Chiquita, a la de su jardín. Y esto, que era el alma radical de su alma, le libró de pretender ser dictador, rey, emperador, tirano acaso. En aquel ¡ay! a su jardín se le fue toda el alma de manchego casero y quijotesco, todo aquello por lo que su generación le consideró como salvador de la patria. El "¡cúmplase la voluntad nacional!" es otra cara de su: "¡ay mi jardín, mi jardín!" Y así murió, como su paisano Don Quijote, aquel General del Pueblo que llenó un tercio de nuestro siglo XIX y fue el símbolo del liberalismo español. Tuvo en Logroño su Dulcinea, recatada y casera.

Tal fue el hombre, el hombre de Luchana y de Vergara, el Regente del Reino, el que rehusó la corona de España, el hombre de su mujer, el hombre de su jardín, el hombre de la nación.

A uno de tantos. El mundo quiere ser engañado.

Ahora (Madrid), 20 de diciembre de 1932

Pues bien, no, no le creo a usted cuando me dice que viene siguiendo mi obra desde hace tiempo, no se lo creo. Usted, por lo que veo, sólo conoce de mí frases sueltas —muchas de ellas falsamente atribuídasme— mal citadas, peor leídas y pésimamente interpretadas. Usted forma parte del mundo, en el sentido que los escritores ascéticos dan a esto de mundo; usted es un cacho de mundo, o si prefiere, un cacho de muchedumbre, y acaso no ignore aquella vieja sentencia "dei mundus vult decipi", esto es: "el mundo quiere ser engañado". Y quiere ser engañado porque del engaño, de la ilusión, vive. Puso Hegel como lema de su *Lógica* aquella sentencia de Sófocles que dice que "la verdad puede más que la razón". Pero la vida puede más que la verdad y, por lo tanto, mucho más que la razón. O mejor, que hay razones de verdad, de cabeza, y hay razones de vida, de corazón. Recuerde lo de Pascal de que el corazón tiene razones —o sinrazones, que es igual— que la cabeza desconoce. Y lo decía, ¡pobre Pascal!, para sustentar la fe, que consiste, según nuestro Catecismo, en creer lo que no vimos. Y la razón consiste en creer lo que vemos, la realidad material presente. Y cuando usted me ve arremeter contra las razones de la vida del engaño, contra las ilusiones de mejoramiento y de progreso, se dice: "¡Otra le queda!" Usted, señor mío, no me conoce.

"¿A qué ha venido usted?" —me pregunta—. ¿Que a qué? Pues he venido, ante todo, a recordar a las almas dormidas —dormidas en el engaño vital— a que aviven el seso y despierten, contemplando cómo se pasa la vida… y lo demás. Y cómo "cualquier tiempo pasado *es* mejor". Es y no fue, es mejor. Y es mejor porque pasó, pues mejora en pasando, en haciéndose histórico, en perdiendo la grosera realidad material —o materialidad real— presente, en perdiendo actualidad. Nuestro propio tiempo será mejor de aquí a un siglo, y será mejor por haber pasado. "Ningún dolor mayor que el acordarse del tiempo feliz en la miseria", dejó dicho el Dante. Pero acaso sea mejor decir que no hay consuelo mayor que el de acordarse, que el de recordar, aunque sea la miseria. ¡Cuántas veces el libertado de la cárcel se consuela recordando las horas de su prisión! El recuerdo y no la esperanza es de consuelo. Y a hacer recordar, a hacer vivir en el recuerdo, en la historia, es a lo que he venido. ¡Qué extraña sensación me produce oír a los cuitados repetir que pasaron ya aquellos tiempos, que ya no volverán procedimientos de antiguo régimen, que ya no sirven tales procedimientos, que hemos entrado en una nueva vida y otras candorosas puerilidades progresistas ele la misma laya!

Porque usted, señor mío, es un progresista. Se le conoce, entre otras cosas, en su ingenuidad desprevenida y en su incapacidad para comprender —o mejor, para con-sentir— el descontento radical de todo lo presente y mientras presente. Usted cree que lo de ahora es mejor, y yo, que será mejor cuando haya pasado. Y tan ingenuo como usted es el tradicionalista, que se imagina que lo de antaño fue mejor que esto de ahora. Pero, se lo repito, no fue mejor; lo es hoy, que no puede volver. A todo lo cual me parece que me dirá usted lo que me dijo uno de los suyos, como despertando de un sueño:

"¡Pero usted es un pesimista!" Y yo, aunque a sabiendas de que no sabía él lo que es el pesimismo, le repliqué: "Bien; ¿y qué?" Porque con encasillarle a uno en un mote así: pesimista, extremista, anarquista, reaccionario, cavernícola, jacobino…, no se resuelve nada, entre racionales.

Lo que hay es que mientras se mantiene uno en la contemplación, en la teoría —teoría quiere decir, precisamente, contemplación—, las gentes se encogen de hombros, sin enterarse; pero cuando el contemplador, el teórico, el historiador aplica su teoría a la práctica y juzga con ello lo concreto que pasa y lo juzga como cosa pasajera, sin valor radical y permanente, se revuelven y se dicen: "Pero este hombre, ¿qué quiere?" O: "Pero… ¿pesimista? ¿Es que le va mal en la vida?" ¡Ay, señor mío, qué error! Los pesimistas radicales de veras no suelen ser aquellos a quienes les va mal en la vida. Tal vez al contrario. Le he oído a un hombre a quien se le tenía por afortunado hablar del empacho de buen éxito. Y hay aquello de Píndaro de que Tántalo no pudo digerir su dicha.

Claro está, señor mío, que no le cuento en esa ralea de imbéciles —o de resentidos, que es igual— que cuando tropiezan con un descontentadizo radical, ideal, fundamental —de raíz, de idea o teoría, de fondo— hablan de despecho. Y le inventan motivos al nivel de sus menguados resentimientos. Le suponen pequeñas ambiciones de orden pasajero. ¡Pobres hombres! Y está aún más claro que tampoco le cuento entre esos otros cuitados que nos reparten a los hombres entre distintos partidos, sectas, sindicatos, corporaciones y toda clase de clases y andan buscando al servicio del interés de cuál de éstas se pone el que se rinde al servicio de la verdad, de la terrible verdad, que puede más que la razón y que, al cabo, puede más que la vida. Cuando la vida se acaba; cuando llega la muerte. Porque si, como le dije, la vida puede más que la verdad mientras se vive, mientras se está pasando, y le hace creer al que pasa que está mejor, que progresa, que mejora, la verdad puede más que la vida cuando ésta, la vida, ha pasado y cuando, pasada, ya no es vida, sino historia —o leyenda—, cuando es muerte inmortal.

"¿Pero para qué traernos esas verdades?" —me dirá usted—. Pues para que no se duerman en la vida que pasa. Y en nuestro caso —en el nuestro, ¿eh?—, para que no caigan en la candorosa ingenuidad de creer que están renovando nada, que están revolviendo nada. ¿Revolución? ¡Vamos, hombre, lo que se reirán nuestros descendientes cuando lo de ahora, por ser pasado, se haga mejor, se convierta de vida en verdad, de actualidad en leyenda, y se enteren de que algunos de los nuestros creían estar haciendo una revolución! Porque ellos apenas verán diferencia entre una vuelta y otra vuelta, entre un régimen y otro. Cada uno a su tiempo.

Entre hombres de pueblo

Ahora (Madrid), 27 de diciembre de 1932

¿Revolución? Empezaba a estar uno ya harto de oír hablar tanto de ella sin apenas columbrarla,

contagiado de la histeria catastrófica. ¿Revolución de "pido la palabra" y a virtud de votaciones? Y así en cuanto me salí de la ex corte, de la engorrofrigiada —que no coronada— villa del oso y del madroño y me llegué a capital de provincia campesina, rural, entre hombres de pueblo, esto es: hombres del pueblo, me dije: "¿Y aquí, que entenderán por revolución?" Acababa de surtir un intento de sublevación del campo, muy pronto reducido, en que se reveló lo que estos hombres de pueblo entienden por la revolución. No la reforma, agraria o de otra especie, sino la refundición. Y esto de la reforma le trae a uno a la memoria la reforma por excelencia —la Reforma—, la de Martín Lutero, y cómo ella tuvo que tropezar con la aldeanería, con la sublevación de los campesinos que buscaban refundición social, dándoseles muy poco del libre examen y de la justificación por la fe, y luego con el movimiento de los anabaptistas o rebautizadores. A los que hoy se les llamaría extremistas. Que así se llama a los genuinos revolucionarios, a los refundidores, a los de la acción directa, en rigor, anarquistas. ¿Lo otro? Lo otro será más sensato y más hacedero —yo creo que lo es—, pero no es revolución.

Y me he encontrado con que el fondo de la agitación que hoy sacude las entrañas del pueblo español, que no está constituido por alistados en los Comités de los partidos políticos, se refleja en el fuego dialéctico de la U. G. T. y de la C N. T. fermentada y movida por la F. A. I.; en la lucha entre el reformismo de la legislación social de Estado y el refundicionismo de los llamados extremistas. Y también apolíticos, aunque sean tan políticos como los otros. Que también el ateísmo llega a constituirse en confesión religiosa.

¿La otra revolución, la de voz y voto? ¡Bah! Bien está el divorcio y el cementerio civil y todo ese conjunto de medidas —algunas litúrgicas— que llaman laicismo, pero todo eso no le cala al hombre de pueblo. A lo sumo les da la vuelta, como se le da a un calcetín, a sus viejas supersticiones y cambia un culto por otro. Cambia de caverna, pero la nueva está tan a oscuras como la antigua. Aunque en la de Altamira se ha instalado la luz eléctrica.

Me he llegado acá, a esta vieja ciudad universitaria y a la vez rural, y me he enterado de cómo ha respondido la histeria catastrófica de este pueblo de pastores, de ganaderos. Y me he enterado mejor de la palpitación que recorre los campos castellanos, extremeños y andaluces. En los que los partidos constitucionalmente revolucionarios, de los que se empeñan en hacernos creer que la inolvidable y gloriosa jornada del 14 de abril fue una revolución, tratan de ir implantando sus matriculaciones de partido y alistando a los hombres de pueblo, del pueblo. Que con su nativa cazurrería se apuntan y desapuntan en uno u otro partido —les da igual—, pues apenas si se percatan, ¡naturalmente!, de sus diferencias. ¿Procedimiento de alistamiento? Múltasele a éste o el otro alguacilillo de caciquismo, a éste o el otro concejal: acude en queja y se le levanta la multa a cambio de que se aliste en el partido que el pretorcillo multador representa. Y así se descuaja el viejo caciquismo para implantar el nuevo. Porque hay que desviejar.

¡Desviejar! Viejo término de ganadería, hoy muy al pelo. Desviejar no es propiamente renovar, que no siempre es nuevo lo mozo; que le hay muy antiguo. ¿Renovación? En cierto sentido; el de desenchufar a unos para enchufar a otros. Las pretendidas revoluciones éstas, que no son de fondo, redúcense a sustitución de personas. Ved las jubilaciones. Cierto, hay que renovar, sanear y podar las Corporaciones

públicas, cortar ramas secas y ayescadas, pero lo capital es hacer huecos, vacantes para los brotes recientes. Hay que "producir vacantes" —¡qué frase!— para que las consuman los que vienen llegando. Y al ser así, ¿qué más da que se produzcan por uno u otro motivo, con uno u otro pretexto? Estas revoluciones acaban en "quítate para que me ponga". Es lo inevitable, lo natural, lo humano, aún mejor: lo zoológico, lo animal. Su justificación es biológica y gran locura buscársela ideológica, jurídica, espiritual. No se hable, pues, de justicia cuando se trate de necesidad, de fatalidad vital, económica. Condenar ese proceso —progreso, si se quiere— es condenar un terremoto, un ciclón, un aluvión.

¿Pero por qué, Dios mío, habrá quienes se encabritan cuando se les echa en careta —y no a reproche— los verdaderos resortes, naturales, zoológicos, biológicos, de la conducta que tratan de enmascarar idealizándola con artificiosas doctrinas? ¿Por qué se revuelven airados si se les dice que para satisfacer la naturalísima gana perseguidora no hay que inventar ofensas y peligros que se dicen sufrir? ¿Que es táctica de lucha política provocar provocaciones o fingirlas?

Por lo demás, a un hombre comprensivo, que se dé cuenta de las ineludibles fatalidades de la vida social, no deben indignarle, aunque le molesten, los ahullidos. El ahullido es no sólo natural, sinceramente sentido, si no justificable y hasta noble y cordial. No es hipócrita. Las manadas de lobos, libres, independientes, ahullan, sea por lo que sea. Lo triste es el ladrido de las jaurías de perros, tras de los que está el amo, el cazador, o de los mastines a que azuza el rabadán en contra de los lobos sin amo. Y suele ladrarse por hartazgo, de agradecimiento estomacal. La domesticidad le ha enseñado al perro a olvidar el ahullido y aprender el ladrido. El perro ladra por disciplina. Sus ladridos son "vivas" o "mueras" de ordenanza.

1933 - Revolución

1933

La ciudad de Henoc

Ahora (Madrid), 3 de enero de 1933

Y conoció Caín a su mujer, la cual concibió y parió a Henoc, y edificó una ciudad y llamó el nombre de la ciudad del nombre de su hijo Henoc.

(*Génesis*, cap. IX, v. 17.)

"La historia del género humano es la guerra", escribía hace poco al comienzo de un escrito Winston S. Churchill. Lo que nos recordó aquello otro de Treitschke de que la guerra es la política por excelencia. Y lo de nuestro Romero Alpuente, el "comunero" de hace un siglo, de que la guerra civil —o la revolución, que es igual— es un don del cielo. La cual, según la leyenda judeo-cristiana, empezó con el asesinato fraternal de Abel por su hermano Caín, que abrió la lucha de clases. Abel era, según ese mito, pastor, y Caín labrador, pero acaso sea más acertado decir que la raza o clase abelita, aquella de que Abel es símbolo, era la campesina, y la cainita era la urbana, la ciudadana, la murada, pues fue Caín quien, según el relato bíblico, edificó la primera ciudad, la de Henoc. Y en ella, en la mítica y simbólica ciudad de Henoc, empezó a organizarse la masa, a amurallarse, a someterse al mando de un jefe, de un mandón, cacique o déspota. Y a someterse para organizar batidas, guerras, revoluciones. ¿Y qué es lo que le llevaba a plegarse a disciplina bélica? ¿Hambre?, ¿gana de gloria?, ¿de libertad?, ¿de justicia?, ¿o qué? En el fondo, envidia, el sentimiento de masa, macizo, democrático, que lleva al hombre a doblegarse a servidumbre, el resorte de la servilidad. Y da vivas a las cadenas, y si rompe unas es para forjar con sus eslabones otras.

"Homo homini lupus": "el hombre, un lobo para el hombre", corre el consabido refrán. Pero acaso sea más al caso decir que "homo homini agnus" el hombre, un cordero para el hombre. Que no debió de haber comenzado la servidumbre y la tiranía, porque uno, el que se sentía tirano, sujetó al otro haciéndole siervo, sino porque éste, el que se sentía siervo, débil, se ofreció como víctima al otro, haciéndole tirano. Es la masa, que teme la responsabilidad, la que hace al mandón, es el rebaño el que

hace al pastor, son las ranas las que piden rey a Júpiter. El instinto más hondo del hombre es corderil y no el lobuno. El hombre de masa, de clase, de sociedad si se quiere, apetece ser sometido. La libertad le es una carga insoportable; no sabe qué hacer con ella. Y forja la que Nietzsche llamaba "moral de esclavos". Su fondo, el resentimiento, la envidia. Esa envidia —el "phthonos" griego— en que vio, con su clara mirada, Heródoto el fundamento de la tragedia de la historia. Y en que tan hondo caló, en tierras de Don Quijote, nuestro Quevedo.

La historia llamada sagrada por antonomasia, la mitología bíblica, nos enseñó que Caín mató a su hermano Abel por envidia de su virtud, de ser preferido por Jehová. Ah, pero es que la envidia suele ser, en cierto modo, mutua o recíproca; es que el envidiado suele darse a provocar la envidia del envidioso, a darle envidia; es que el perseguido busca que se le persiga; es que el atacado de manía persecutoria incita a la manía perseguidora del otro. Es que en las democracias las masas de instintos rebañegos no hacen sino azuzar a los solitarios de instintos lobunos. ¿De qué parte está la envidia?

¡El solitario! Imposible vivir en soledad, y menos en la ciudad de Ur, en la ciudad, en la fundación de los pobres cainitas. Zaratustra, el de Nietzsche, se retiró solitario al monte; el Cristo, el del Evangelio, antes de emprender su misión publica, se retiró al desierto, a ser tentado por Satanás; huyó luego de las turbas cuando quisieron proclamarle rey, y murió al cabo solo, solitario, y de pie, colgado de un leño en cuya cabecera le nombró, por irrisión, rey un pretor romano. Y desde entonces inri —I. N. R. I.— esto es: "¡viva Cristo rey"! quiere decir burla, v. gr., "le han puesto el inri". ¡Solitario! El verdadero es el anacoreta, el ermitaño; si se reúnen varios —"monachi", monjes— fraguan comunidad de solitarios, monasterio, y surge Henoc, la ciudad cainita. Ni hay mayor incubadora de envidias que un monasterio; la envidia, en forma de acedia, es la roña monástica. ¡Aquel terrible drama de Verhaeren, el poeta belga, en un monasterio y en que sólo figuran varones, solitarios, es decir, solteros, sacudidos por la pasión monástica, cainita y abelita a la vez! Cuando Robinson Crusoe dio en la playa de su isla desierta con la huella de un pie desnudo de hombre, dedos, talón, paróse como herido por un rayo —"thundertruck"—, escuchó y miró en torno sin oír ni ver a nadie, recorrió la playa y volvióse a su madriguera aterrado, confundiendo árboles y matas, figurándose cada tronco un hombre, lleno de antojos y de agüeros.

Aquel hombre que gustó todas las hieles y las heces de la pasión básica social; aquel hombre que fue encarcelado y perseguido por el Santo Oficio de la Envidia democrática —don Marcelino habló de la democracia frailuna española; aquel Fray Luis de León que ansiaba huir del mundanal ruido a seguir la oscura senda de los pocos sabios que en el mundo han sido; aquel hombre de cristiana libertad íntima que tan entrañables acentos encontró para imprecar e increpar a la ley cabezuda que, según San Pablo, hace el pecado; aquel anarquista agustiniano que sólo descansaba en contemplar la noche serena tachonada de estrellas, encontró en una fórmula suprema—en octosílabo—el lema de la inalcanzable perfección del hombre: "ni envidiado ni envidioso". Ni aquejado de la envidia pasiva, la de buscar ser envidiado, ni de la activa, la de envidiar.

¡El desprecio —a las veces odio— que los grandes mandones, los grandes déspotas, han sentido por sus mandados, por sus dominados! Así suelen vengarse los que se ven forzados a oprimir a los que, por

envidia, piden opresión. Y la piden todas las masas rebañegas que reniegan de la libertad en rendición a la disciplina. Atacadas de manía persecutoria colectiva, de envidia demagógica pasiva, la de creerse y quererse enviados, reniegan de la libertad para poder perseguir—con achaque de defensa—, pues la envidia pasiva se hace activa. "Y muera el que no piense igual que pienso yo." Que no piensa

Todas estas sombrías reflexiones sobre el lecho tenebroso de la sociabilidad civil humana, de nuestra Henoc, me las he hecho no sé bien desde cuándo, acaso desde que tenga uso de razón civil, que me apuntó en medio de una fratricida guerra civil —toda guerra es civil y arranque de civilización—; pero se me han enconado ahora en que se encona la lucha y sentimos a los campesinos, a los abelitas, con sus lobos y sus jabalíes, y de otro lado a los ciudadanos, a los cainitas, con sus perros y sus puercos, y que todos son unos, Y al ver que al Cristo, que murió por todos, por los unos y por los otros, solitario y de pie, se le vuelve a poner, por los unos y por los otros, el inri. Y al meditar que la descansada vida del que huye del mundanal ruido no es sino huir de la vida hacia la muerte, único descanso final y acabado.

"¡Ni envidiado ni envidioso!" Pero, Dios mío de mi alma, hay que vivir en sociedad y perpetuarla, y para ello hay que vivir —¡terrible sino!— envidiado y envidioso.

Profecías

La Voz Valenciana, 13 de enero de 1933

"No esfuerzo la pureza de mi verdad por mi reputación; sólo, porque, cuando más allá de mi sepultura y apartada de los sucesos hablare en vuestros desinios, mi pluma por creída pueda ser provechosa, y me debáis muerto y olvidado el desengaño y la advertencia."

Así escribía "a los señores príncipes y reyes que sucederán a los que hoy son en los afanes deste mundo", aquel profeta español que fue don Francisco de Quevedo Villegas, y lo escribía la frente de sus "grandes anales de quince días: historia de muchos siglos que pasaron en un mes", y lo escribía preso en la Torre de Juan Abad, en mayo de 1621. Y preso… oigámosle: "Yo me hallé en estado que atreví a pedir mis causas y no me las dieron ni repararon en confesar que me castigaban de memoria." Por razón de Estado, ¡claro es!, por otivos políticos, en virtud de una cierta ley de defensa del reino —Inquisición civil— y la razón de Estado…, pero volvamos a oír al profeta: "No hay cosa más diferente que Estado y conciencia, ni más profana que la razón de Estado." Diríamos que más injusta.

¿Profeta Quevedo? ¡Profeta, sí! Que profeta no es propiamente el vaticinador, el adivino del porvenir, sino el que les descubre a los demás la razón —o la sinrazón— de lo que ha pasado, el historiador. El historiador y no el cronista, no el reportero. Porque los hombres no suelen enterarse de lo que pasa ante sus ojos, entre sus manos, sino cuando un vidente —un profeta— se lo revela. Y Quevedo, el que

tan hondo caló en la envidia —"está flaca porque muerde y no come", dijo— dejó para enseñanza de los que le siguieran "desengaño y advertencias". Y esto es lo que suele llamarse filosofía de la historia, y que es propiamente historia y lo otro cuento.

"La filosofía de la historia es el arte de vaticinar lo pasado", se ha dicho. Al primero a quien se lo oí decir fue a don Juan Valera. Lo decía en tono y tenor de zumba, pero él, Valera, vaticinó no pocas cosas pasadas en tu tiempo y después que pasaron. Les desentrañó el sentido. Lo demás, ¿esas profecías de pitonisas o de políticos que hacen de pitonisos? Eso ni es hacer profecía, ni es hacer historia.

¿Que cuando serán las elecciones municipales y cuándo las a Cortes? ¿Que si el sufragio se acostará a la derecha o a la izquierda? ¿Que quien presidirá el Gobierno de la República dentro de un año? ¡Bah!, todo eso, ni es profecía, ni es historia, ni tiene importancia. Podrá interesar a los acuciosos de su provecho, a los que se dediquen, como a profesión de logro, a la política, pero no debe interesar a los que sientan que un pueblo, como un individuo, debe estar haciendo de continuo examen de conciencia. En el caso de un pueblo, examen de conciencia colectiva.

A los ciudadanos de conciencia civil —de conciencia civil colectiva— de sentido de solidaridad civil conciente, no les debe importar husmear lo que vaya a pasar dentro de un mes o de un año, por dónde han de soplar los vientos de la fortuna, sino que debe importarles darse cuenta clara de lo que ha pasado por ellos. No es la cosa qué es lo que vamos a hacer, sino qué es lo que hemos hecho. Ni hay más terrible estribillo que el de "a lo hecho, pecho".

¡"A lo hecho, pecho"! Hay otra versión de este aforismo popular y es aquella cuarteta de "Las mocedades del Cid", de Guillén de Castro, a la que tanto curso dio hace unos años el que ahora, lector, te habla aquí de profecías. La cuarteta dice: "Procure siempre acertarla / el honrado y proncipal. / Pero si la acierta mal / defenderla y no enmendarla." Y de hecho se obstinan honrados y principales en defender y no enmendar leyes de Defensa, aun convencidos de que acertaron mal al establecerlas bajo el peso de un pánico irreflexivo. Y se obstinan en aplicarlas castigando de memoria. Y a las veces de olvido.

¿Qué debe importarle a uno el que los menguados de ánimo le achaquen que con profecías de lo pasado, con desentrañamiento de intenciones, con obra de historiador, busca lograr tal o cual efecto de lo que llaman maniobra política, si lo que realmente busca es alumbrar la conciencia civil colectiva y mover a enmienda a los que la gobiernan? Moverles a enmendarla en vez de defenderla.

¿Que qué partidos formarán en el Gobierno de aquí a un año? Esto no importa a lo sumo sino a los partidarios, y acaso ni a estos. Los programas se reducen a nombres y luego los nombres a fórmulas casi algebraicas. P.R.R.; P.R.R.S.; F.A.I.; C.N.T.; F.I.R.O.…; y así sucesivamente. ¡Qué simbólico es todo esto! Y todas esas fórmulas nos recuerdan unas veces el R.I.P. y otras el I.N.R.I. La I. y la D. por ejemplo, lo mismo pueden querer decir izquierda y derecha, que cualesquiera otras denominaciones que empiecen por I. y por D. Y aun queriendo decir Izquierda y Derecha, no quieren decir nada claro y concreto. Pues para monserga, eso de izquierdismo y derechismo. Denominaciones que carecen de

sentido histórico.

¿Profecía? La profecía hoy consiste en desentrañar el sentido que tuvo el acto del día 14 de abril de 1931, y que puede querer decir república para los que se declaran republicanos. Aquel acto no tuvo más programa conciente que derribar la monarquía que se apoyó en la dictadura. Después se les ocurrió a los agentes lo de la revolución.

El “Colegio de Pablo Iglesias”

Ahora (Madrid), 19 de enero de 1933

¡Aquel nuestro Madrid de hace medio siglo, gran caracol urbano con sus callejas laberínticas! Hoy, como una gran concha, va tendiéndose, abriéndose hacia el campo, hacia la Sierra, a rusticarse. Se sale de la Puerta del Sol en busca del sol del campo libre, de las afueras, donde se adentra en naturaleza. El antiguo manolo, luego chulo, se ateza al aire serrano. Su urbanidad se hace naturalidad.

Fuímonos Fuencarral —el pueblo— arriba por la carretera que lleva a Miraflores de la Sierra, junto a la línea de Colmenar el Viejo. Y se nos iba ensanchando el cielo de Castilla. Hasta llegar al nuevo Hospicio provincial, hoy Colegio de Pablo Iglesias, que en hospicio urbano, madrileño, se crió y forjó sus nobles pasiones. Allí, junto a ese Colegio, casi ciñéndolo, un espléndido parque, un nobilísimo encinar castellano. De encinas la mayor parte jóvenes. Una sede de serenidad. Al pie de las encinas, en el monte bajo, jaras y algún otro matojo. El cielo parece apuñar a las encinas. En el fondo, la Sierra del Guadarrama, a la que creería uno poder tocar, ahora tocada de nieves, de pureza. Y piensa uno que mañana otro día —pronto— los no ya hospicianos, sino colegiales de Madrid, podrán cunar sus sueños infantiles entre encinas, soñar cara al cielo de día, bañando en azul las niñas de los ojos, o ver pasar las nubes y descansar las nieves de la cumbre por entre el follaje prieto de la encina, y así hojear a ésta, que es también un libro. Y luego siente uno su peso contra la tierra —que es sentir el peso de la tierra contra uno— y que el sueño se ha hecho tierra, esto es: sueño palpadero, asidero. ¡Qué lejos estará este colegial de la villa, qué lejos de aquel pobre hospiciano, del “hijo de la parroquia”! Entre su Colegio y la Sierra apenas se interpondrán viviendas, ni tejados, ni ese, en el fondo, triste paisaje urbano. Ni de noche matarán reverberos de luz eléctrica a la luz de las estrellas. ¿Hay quien entre calles —y menos un niño— se pare a contemplar el Carro, la Bocina, la Silla de la Reina, las Tres Marías o las Siete Cabrillas? ¿Es que desde la calle de Fuencarral, la del antiguo Hospicio, podía nadie, chico o grande, quedarse mirando a Sirio?

Recordaba allí, en aquel encinar que recuerda a los de Salamanca, un paseo que por las afueras de esta ciudad, hacia Zamora, en medio de la Armuña, di —¡hace ya tantos años!— con Pablo Iglesias. Hablábamos de lo que a él le llenaba el ánimo, de la llamada cuestión social, pero a partir de ello del

sentido mismo de la civilización. Y trataba yo de descubrir lo que en aquel espíritu eminentemente —iba a decir que exclusivamente— político, poco o nada metafísico —no digo religioso—, podría haber de sentido de la naturaleza. No parecía tener ojos para el campo, para la verdegueante llanada henchida de cielo. Y recordando aquella y otras conversaciones con él me doy cuenta del fondo urbano, callejero y no campero, de sus ideales de redención obrera. Aquel hombre —todo un hombre— había sentido crecer su alma de niño apretada entre sombras de calles y entre muros de un hospicio. ¡Y luego su oficio, el de cajista, eminentemente urbano, y... en qué imprentas! ¡Y en el Madrid de entonces! Que al fin en otras ciudades, en otras villas con algo o mucho de rurales, de campesinas, el cajista, en sus días de fiesta, se va al campo, a pescar peces en el río o cangrejos en el regato. El regalo espiritual de Pablo Iglesias, la liberación que necesitaba del duro destino del trabajo la buscó no en la natturaleza, sino en el teatro. Su afición fue el arte dramático. Y aquella fachada churrigueresca del viejo Hospicio habla más de teatro que de naturaleza.

Ahora que el obrerismo —no le llamemos socialismo— se va extendiendo por el campo; ahora que las doctrinas que surgieron en fábricas se trata de acomodarlas a campos —y en países en que la agricultura apenas está industrializada—, ahora comprende uno que si hay que civilizar, urbanizar al trabajador de la tierra, esto se debe en parte a que no estaba ruralizado, rusticado, el trabajador de la fábrica. Ei socialismo obrero lo fraguaron entre nosotros trabajadores de fábrica o de taller urbano. Muchos de ellos, como Pablo Iglesias, tipógrafos. Que se pasaron buena parte de su vida componiendo hojas de libros —o de periódicos— más que leyendo en hojas de encinas, de robles, de olivos o de naranjos. Proletarios de ciudad.

Aquel hombre admirable esperaba una nueva civilización, la misma que esperan tantos compañeros, camaradas suyos, de ideal. Colaboré con él en algún modo. Pero en cuanto a civilización... Los que acatamos o aceptamos —que es igual— la vida civil y urbana de este gran Hospicio que es el Estado civil, pero la acatamos —¡qué remedio!— con reservas cordiales —más hondas que las mentales— y sin satisfacer nuestra Incontentabilidad, guardamos en el entrañado cogollo del ánimo el descontento de toda civilización. Y a poder ser nos volvemos al seno de la naturaleza lo mas desnuda posible de teatro humano.

Todo esto lo revolvía yo en aquel parque del Colegio de Pablo Iglesias de Madrid. Al regresar a la villa y capital de España, corte de su República, el sol se ponía, y en el horizonte opuesto al del ocaso de invierno, cielo y tierra al tocarse como que se tostaban. Las encinas, ennegreciéndose, se destacaban como sombras chinescas, decoración de un teatro, que teatro es también, después de todo, la naturaleza del campo. Y al atravesar Fuencarral para volver a entrar en el perno de esta gran concha que es hoy Madrid, no sabía ya dónde acaba la urbe, el teatro, y dónde empieza el campo, la naturaleza. Poco después, sobre las tocas de nieve de laa cumbres de Guadarrama —“columnas de la tierra castellana”, que dijo el poeta— nacían las estrellas. Constelaciones, inmensos jeroglíficos que han visto nacer y crecer, y agonizar y morir, tantas generaciones, sin que ellos, los inmensos jeroglíficos, hayan podido ser descifrados.

En aquel espléndido escenario del teatro de la naturaleza castellana no pude por menos que evocar la

figura recia, sólida, noble, robliza —de roble galaico— sobre granito —de grano también galaico—, de uno de los más grandes actores y autores de nuestra tragicomedia nacional española. ¡Y aquel hombre, que no se afanó sino por emancipar a los proletarios, a los hospicianos del Estado, cuántas veces recordaría con recónditas soledades el Hospicio en que se crió! ¿Es que Cervantes no añoraría alguna vez la cárcel en que engendró al Quijote? Como el que esto os dice, al ver ahora instalada en claro descampado la Facultad en que hace más de medio siglo se matriculó, se apechuga con deleite el recuerdo de aquellas aulas del caserón, antiguo noviciado de jesuitas, en la calle Ancha de San Bernardo, un hospicio también, de cultura, donde le iniciaron en la filosofía perenne y en el culto tradicional a España.

1933 en Palenzuela

Ahora (Madrid), 25 de enero de 1933

Al abrirse este año de 1933 fuime desde la abierta ciudad de Palencia, la de los antiguos campos góticos, a la villa de Palenzuela. Que es, en nombre, a aquélla como Valenzuela, Sorihuela, Segoviela, Venezuela, etc., son a Valencia, Soria, Segovia y Venecia. Palenzuela trepa un teso escueto desde las riberas del Arlanza, vestidas de sobrio verdor. Se une el Arlanza con el Arlanzón, que baja de Burgos; luego, aunados en Magaz, con el Pisuerga; luego, en Dueñas, con el Carrión, que baja de Palencia; luego, cerca de Valladolid. con el Duero, y luego… la mar. A la mar a que van los ríos susurrando romances del Cid, coplas de Jorge Manrique, endechas de comuneros. Y en tanto Palenzuela sigue arruinándose. Sólo mil almas —las que lo sean— le quedan de las ocho o diez mil que la leyenda lugareña dice que tuvo. El ferrocarril primero, que cuando no une, aísla; la filoxera después la despoblaron de aquellos hidalgüelos hacendados, cuyos blasones quedan en sillerías de fachadas que se derrumban. Callejas combadas, con verdaderas cárcavas urbanas en sus muros, roídas por siglos. Boquean las ruinas en silencio, pues ni se oye el estertor de su agonía. Castilla, en escombros, que dijo Senador. Sobre raigones de la antigua muralla, la casona en que vivió el Sr. Orense, marqués de Albaida, republicano federal que presidió las Cortes de la otra República, la de 1873, que ni llegó a añoja.

¿Y por dentro? En unos soportales sostenidos por pies derechos muy torcidos —troncos sin descortezar—, unos lugareños nos miraban con descuido. Entramos en un hogar de posada: el del maestro. ¿Hogar? Allí no hay fogón como en tierras de Dehesas ganaderas, donde llamea y chisporrotea en el lar la encina o el roble; allí, la “gloria” —“trébede” y “estufa” en otras partes—, que calienta sin llama ni luz la estancia, y el humo se va bajo el suelo. Sobre estas glorias se echa un tute o un tresillo, haciendo tiempo para matarlo, o se comenta la eterna guerra civil de los pueblos. ¿Qué es eso de que las luchas políticas han envenenado la vida de las villas, las aldeas y las alquerías? No; las pasiones

populares son las que han envenenado las luchas políticas. Las partidas, los bandos engendradores del caciquismo —no por éste engendrados— se reparten ahora entre los distintos partidos nominales del reciente régimen republicano. ¿Maniobras políticas? Palenzuela fue uno de los centros de las últimas maniobras militares, caricatura de batallas. ¿Y no es todo caricatura? Que a las veces sangra.

Al volver a Palencia columbramos la gigantesca figura del Cristo del Otero —obra de Victorio Macho—, que da cara a la ciudad, a su catedral; yergue a medias sus brazos, en ademán de esperar para acoger, y en tomo de él, el páramo, blanco entonces de escarcha. Allí, en aquellos campos, en aquella nava, que susurran con Manrique el "avive el seso y despierte", se entierra el grano que, si no muere bajo tierra no resucita —dice el Evangelio— sobre ella. ¿Y las almas? Soñemos, alma, soñemos. Suerte que el sueño es vida, que si no…

En este año de 1933, la Iglesia Católica, Apostólica, Romana, la que fue aquí popula del Reino, se propone celebrar el decimonono centenario de la muerte y resurrección del Cristo, según el cómputo tradicional legendario. Los que van descarriados y perdidos entre cábalas político-eclesiásticas habrán de recogerse a meditar en el terrible misterio de la fe en la resurrección de la carne, la vida perdurable y la comunión de los santos. ¿Y esos labriegos que por toda España sueñan la redención de la tierra? Pensemos en otras ruinas, en otras cárcavas y en otras boqueadas de silencio espiritual.

Hace unos años esta misma mano de uno trazó renglones medidos de un funeral al Cristo yacente de Santa Clara, en la iglesia de la Cruz, de Palencia, a aquel que: "No hay nada más eterno que la muerte; todo se acaba —dice a nuestras penas—: no es ni sueño la vida; todo no es más que tierra; todo no es sino nada, nada, nada; ¡hedionda nada que el soñarla apesta!" Y luego que las pobres franciscas del convento "cunan la muerte del terrible Cristo, que no despertará sobre la tierra, porque él, el Cristo de mi tierra, es sólo tierra, tierra, tierra, tierra…, cuajarones de sangre que no fluye, tierra, tierra, tierra, tierra…" Y ahora, a la seguida de los años, al ver el erguido Cristo del Otero palentino por sobre el Cristo yacente y escondido de Santa Clara, pienso si no será la tierra que ha vuelto a hacerse Cristo y que es la tierra de los campos la que va a resucitar. Y a resucitar la fe en la redención de la tierra. Fe en la redención vale más que la redención misma, ya que ésta es sombra, y aquélla, la fe, su sustancia. ¿No se redimen acaso, gracias a la mar, el Arlanzón, el Arlanza, el Pisuerga, el Carrión y el Duero, ríos que son nuestras vidas?

Esta tierra les era a los labriegos, a los campesinos todos, una tierra de destierro —"los desterrados hijos de Eva", rezaban en la Salve— y a su vez de entierro. Todos desterrados y todos enterrados en ella. Y ahora muchos de ellos empiezan a soñar en la redención —resurrección— de la tierra. Con otros sueños apocalípticos, milenarios, cabalísticos de una nueva sociedad.

Junto y frente al "¡viva Cristo rey!", santo y seña de las beatas paradas, empieza a oírse un "¡viva la tierra pública!" o libre, la tierra *res publica*. Y si Jesús, cuando las turbas hambrientas quisieron proclamarle rey, se esquivó de ellas en huida al monte, y sólo al irse a morir muerte de cruz le proclamó rey el pretor romano que mandó le crucificaran, ¿quién sabe si la tierra, ella misma y por sí misma, no se esquivará de que la hagan pública? No por manejos de hombres, no por lucha de clases, no por leyes

político-sociales, sino que por economía natural, anterior y superior a legislaciones civiles humanas, a albedríos de ciudadanos de la ciudad de Henoc, fundación de Caín el fratricida; por naturaleza.

A una religión parece venir a sustituir otra. O mejor, la antigua, la terrenal, la de siempre, la que recalzaba y mantenía la cristiana en el alma terrestre del pueblo pagano, el paganismo, la religión del pago, del terruño. Los campesinos, siempre paganos. La otra vida no la soñaron sobre el cielo que llueve, sino bajo la tierra, enterrados y desterrados. Por lo demás, eso de "la vida es sueño" es cosa de príncipes como Segismundo y de poetas de ciudad.

El pueblo de los campos, la paganería, azuzado por vendaval —"vent d'aval", viento de abajo, de tierra—, espera redención soterraña. ¡Séale la tierra leve!

Ceros a la derecha o a la izquierda

Ahora (Madrid), 28 de enero de 1933

Este hombre de quien os voy a decir es un gran camelista, de la escuela de aquel don Fulgencio Entrambosmares del Aquilón de quien di completa noticia en mi *Amor y Pedagogía*. Desempeñó —o mejor, empeñó— un carguillo en el llamado antiguo régimen y se cree muy ducho y machucho en técnica política, pues que se estima profesional de ella. Su preocupación actual es lanzar a su hijo a la carrera política y que pueda lograr en ella puesto que él no logró antaño. Pero oigámosle:

—Yo, ya lo sabe usted, mi querido don Miguel —me dijo—, soy en política perro viejo, y por eso trato de educar a mi hijo, que no es todavía más que un lobo mozo, un lobezno o lobato. Quiero lanzarle, pero dentro del actual régimen republicano, ¡pues no faltaba más! Ambición no le falta; pero hay que encarrilársela. La falta de ambición pierde. Vea usted, nosotros, los que nos sentíamos de segunda fila al entrar en el escalafón político, teníamos a la carrera por algo así como el juego de la treinta y una, y por no pasarnos nos plantábamos antes de que las treinta y una se cumplieran.

— Y usted se plantó en veintiuna —le dije.

—Me plantaron, mi querido don Miguel, me plantaron —me respondió—. Y no estoy dispuesto a que a mi hijo le planten así. Y ahora estudio en qué partido le conviene ingresar. O, mejor, qué partido le conviene formar. Qué, ¿se sorprende usted? Pues bien, si, yo aspiro a que mi hijo forme y acaudille un nuevo partido. De eso que llaman de derecha, por supuesto. Que ahí está el porvenir.

—¿El porvenir político a la derecha? —le interrumpí.

—Sí, verá usted —reanudó—. Hay que partir de que los componentes de un partido político, los

partidarios o matriculados, los números, las cifras, son todos ceros, ceros a la derecha o de derecha, o ceros a la izquierda o de izquierda. Y verá usted lo que sucede. Si se le ponen a uno los ceros a la derecha, le agrandan, y cuantos más se le ponen así, más le agrandan; mientras que sí se le ponen a la izquierda, le achican, y más le achican cuanto más se le ponen así. Seis ceros a la izquierda de uno, 0,000001, le reducen a un millonésimo, y seis ceros a la derecha de uno, 1.000.000, le hacen millonario. Y observe que la unidad que acaudilla un montón de ceros de izquierda está a la derecha de ellos, y la que acaudilla un montón de ceros de derecha está a su izquierda. De modo que, en buena lógica de aritmética política, se deduce que a un partido de izquierda debe dirigir el más derechista del partido, y a uno de derecha, el más izquierdista de él. Esta es la derecha. O mejor, ésta es la fija. Porque los ceros, no lo olvide usted, siempre son ceros, estén a la derecha o a la izquierda. Si es que saben donde están…

— ¿Y con esos principios camelísticos —le dije— piensa usted encarrilar a su hijo por la República? Me parece que va usted descarrilado.

—Alguna vez—me contestó—lo he sospechado. Hay un agüero fatídico. Toda mi vida racional, de adulto, he acostumbrado dar cuerda al reló al ir a acostarme; pero últimamente he experimentado un síntoma fatal, y es que alguna mañana, al despertarme, me he encontrado con que el reló…

—Andaba parado—le interrumpí.

—Exacto; no andaba. Que se adelante o que se atrase, me importa poco; lo malo es que se me pare.

—Así es —volví a interrumpirle—. Adelantarse o atrasarse es andar. Tanto vale el progreso como el regreso. El que quiera volvemos al siglo XII nos empujará más hacia el XXII que el que sueñe utopías acrónicas o fuera de tiempo. Toda reacción es acción.

—Eso quiere decir —me contestó alborozado— que, según usted, debe dirigir un partido de izquierda, de acción, un espíritu de derecha, de reacción. Chóquela, don MigueL

—¡No —le repliqué—, no! Eso quiere decir que todos esos juegos verbales cabalísticos o algebraicos, con la derecha y la izquierda, no son, en usted y en otros, más que galimatías. ¿Cuando se convencerá usted, señor mío, que hay una derecha y una izquierda objetivas y otras subjetivas y relativas todas? Un tuerto del derecho se ve en el espejo tuerto del izquierdo. Y casi todos los izquierdistas y los derechistas se ven tales en el espejo.

—No lo entiendo bien —y luego más bajito, para el cuello de su camisa, añadió—: no lo quiero entender…

Pensé yo entonces que si no hay peor sordo que el que no quiere oír, tampoco hay peor tonto que el que no quiere entender; mas, a pesar de ello, continué diciéndole:

—Mire usted, señor mío; en este lío de derechas e izquierdas, que no es sino confusión de confusiones y todo confusión, o, si quiere usted, vaciedad de vaciedades y todo vaciedad, lo mejor es atenerse al

origen histórico concreto de esas denominaciones que arrancan de la posición que ocupaban los partidos parlamentarios en la Cámara: los unos, a la derecha del presidente, que es la izquierda de ellos, y los otros, a su izquierda, derecha en el reflejo. Es decir, que derecha son los que ocupan y usufructúan el Poder, sean los que fueren, los ministeriales —que no es lo mismo que gubernamentales—, y son izquierda los que están en la oposición, sean los que fueren. Y cuando éstos, los de oposición, pasan de ella al disfrute del Poder, se pasan a la derecha, y los otros, los que ocupaban el Poder, se pasan a la izquierda. Y ésta si que es la fija, o, si usted quiere, la derecha. El que se adueña del Poder, por este mismo hecho, se hace de derecha, y el que le resiste, se rebela, se hace, por lo mismo, de izquierda, sean cuales fueren sus respectivos idearios de etiqueta.

—Pero —me replicó— con eso de derechas e Izquierdas, tal como lo venimos usando, nos entendemos todos…

—¡No, no y no! —le atajé—. Con eso lo que hacemos es desentendemos. Nadie ha sabido decirme, de los dos extremos, el del individualismo; el anarquismo contra el Estado, y el del socialismo o estatismo; el bolchevismo, cuál es el de izquierda y cuál el de derecha. Y si se me dice que los extremos se tocan, pregunto si por la derecha o por la izquierda. Como nadie ha sabido decirme cuál es de derecha y cuál de izquierda entre la absoluta libertad de conciencia y, por lo tanto, de enseñanza, y la religión de Estado —no del Estado—, de Estado docente, o sea lo que se llama laicismo, que no es ni puede ni debe ser neutralidad. Pretender entendernos con eso de derechismo e izquierdismo, no es sino buscar desentendemos del examen de los problemas. Y eso estará bien para los ceros, de derecha o de izquierda, lo mismo da; pero no está bien para las unidades. Y no sé si sabrá usted lo que decía nuestro Quevedo del cero, y es “que delante del número no vale nada, como la sombra, que es nada detrás del cuerpo”.

—Pero detrás del número, a su derecha —insistió mi sujeto—, vale mucho, pues sirve para acrecentarle.

Le tuve que dejar con su manía. A él, como a otros, desde que se les paró el reló, ya no saben ni si es de día o es de noche. Ni dónde tienen la mano derecha. No entienden sino el santo y seña. Cómoda almohada para la pereza mental.

Eso no es revolución

Heraldo de Aragón (Zaragoza), enero de 1933

El número del 23 de noviembre último del diario *Heraldo de Aragón*, de Zaragoza, publicó un artículo de nuestro José Ortega y Gasset —sin más— acerca de la celebración del centenario de la Universidad de Granada. Y en ese artículo señala nuestro maestro de una manera irreprochable la posición, la

posición espiritual, de aquellos a quienes se ha dado en llamarnos intelectuales. Después de asentar que la Universidad a partir del siglo XII se fue haciendo consustancial con Europa, afirma que aquélla "significó un principio diferente y originario, aparte cuando no frente al Estado". Exacto. Y hasta no faltó quien le acusara de foco de anarquismo o cuando menos de indómito individualismo. En la Universidad nació la reforma. Añade Ortega: "Frente al poder político, que es la fuerza, y la Iglesia, que es el poder trascendente, la magia, la Universidad se alzó como genuino y exclusivo y auténtico poder espiritual; era la inteligencia como tal, exenta, nuda y por sí, que por vez primera en el planeta tenía la audacia de ser directamente y por decirlo así, en persona, una energía histórica." ¡La inteligencia como institución! ¡Muy bien! Luego nos dice cómo entre soldados, mercaderes y frailería fueron los escolares que hoy llamamos estudiantes los que ponían "la alegría, la insolencia, el ingenio, la gracia y —¿por qué no decirlo?— la pedantería. Y este tropel de escolares iba a ser el que ganase la partida a los otros". Y luego: "Esa partida ganada por los escolares al poder político se llama revolución y es claro que me refiero a la auténtica, porque no estoy dispuesto a llamar revolución a cualquier cosa." ¡Requetebién y aquí estamos con él, con Ortega, los más de aquellos a quienes Primo de Rivera motejó de autointelectuales. No, no estamos dispuestos a llamar revolución a lo que se les antoje a los auto-revolucionarios.

"Ganaron la partida a los demás poderes —prosigue el maestro—, ¿pero la ganaron para siempre? He aquí que la resaca del recuerdo, como siempre acontece, nos arranca de la playa muerta, inofensiva, sin peligros, que es el pasado y nos arroja de nuevo a la mar del porvenir. En contacto con ella volvemos a sentirnos vivir, porque volvemos a sentirnos en peligro, y queramos o no tenemos que bracear para mantenernos a flote. La vida es permanente conciencia de naufragio y menester de natación." Y al final del artículo se pregunta Ortega: "¿Y mañana?, ¿qué será mañana? ¿Los mismos, más, menos?" Es lo que me pregunto a diario. ¿Qué será mañana de la inteligencia? No de la intelectualidad, sino de la inteligencia. ¿Qué será de la civilización humana?

Porque me temo que esos auto-revolucionarios que vienen, con su disciplina de dictadura de masa a matar el hambre de los hombres, entontezcan a la humanidad. Entre la indigencia y la tontería me quedo con la indigencia. Y en cuanto disciplina, ¿habrá que repetir una vez más y hasta la saciedad que "disciplina" —discipulina— deriva de "discipulus" y éste de "discere", aprender, y que el aprendizaje se recibe de la maestría? Discípulo pide maestro y maestro no es caudillo de clase, de gremio, de clientela o de partido político, y menos hay maestría colectiva y de sufragio. ¿Qué es eso de una doctrina votada por sufragio? Y si se nos dice que por sufragio no se fijan doctrinas, sino tácticas, diremos que la táctica implica doctrina. Lo de acordar una táctica que invalide, siquiera temporal e interinamente, una doctrina, y a esto le llaman transigir, suele ser para beneficiarse de la posesión del poder público y no para otra cosa. Y la inteligencia, la verdadera inteligencia, la inteligencia conciente —conciente de sí misma, ¡claro!—, no entra en esas transigencias o transacciones. Y se deja excomulgar. Que es el sino de la inteligencia ser excomulgada.

¿De dónde han sacado algunos de esos auto-revolucionarios que les hemos defraudado algunos de los motejados de intelectuales? ¿Cuándo aceptamos la definición que de la revolución daban, o mejor,

traducían, ellos? En algún caso, como en el del que esto escribe, ni siquiera debió su elección a esos auto-revolucionarios de dictadura, que el pueblo, el pueblo que le eligió representante, no lo hizo en obediencia a una disciplina espúrea. ¿Defraudarles? ¿Es que un hombre conciente de su inteligencia va a rendirse a eso que llaman disciplina de partido? ¿Es que un hombre conciente de su inteligencia va a resolverse a votar contra su conciencia como tantos partidarios lo hacen, y confesando luego que lo hacen? O peor acaso que votar contra conciencia, que es votar con inconciencia, sin saber lo que votan. Porque aquella fórmula de la fe implícita, la del carbonero, aquélla del Catecismo del P. Astete de: "eso no me lo preguntéis que soy ignorante; doctores tiene la Santa Madre Iglesia que os sabrán responder", esto ha pasado de la religión católica a la política laica. También en ésta la fe implícita, la fe del carbonero, el método del entontecimiento. Y hasta el tercer grado de obediencia, la obediencia de juicio que establece Íñigo de Loyola y que lleva al cuarto voto. Cuarto voto que se establece en las disciplinas de partido. ¿Qué será mañana? —me pregunto con nuestro Ortega, con nuestro maestro—. ¿Qué será mañana?, ¿qué será mañana de la inteligencia? Y más concretamente: ¿Qué será mañana de la inteligencia española? De la inteligencia universal española, se entiende. O si se quiere de la inteligencia universitaria, dando a lo de universidad su más alto y espiritual sentido, no el de una institución oficial de Estado. ¿No se habla por ahí de Universidad popular? Como si no lo fueran todas las que lo sean de veras. ¿Y de dónde sino de las Universidades salieron los más de los mejores que guiaron al pueblo a su emancipación mental?

Cuando se habla de crisis, queriendo decir crisis económica, me pongo a pensar en la crisis mental. Cuando se habla de hambre pienso no en el hambre de saber, sino en el hambre de entenderse uno a sí mismo, en el hambre de conciencia. Y cuando oigo a algunos de esos pobres señoritos auto-revolucionarios a que se les dice extremistas no me inquieta el radicalismo extremado de sus… ¿doctrinas?, ¡pase!, sino que me apena la pavorosa confusión de sus llamémoslas ideas. ¡Cómo crepitan y estallan los terminachos! "¿Pero ha oído usted qué cosas han dicho?", me decía un amigo al salir de una de esas conferencias de mitin. Y yo: "¿pero es que han dicho cosa alguna? Porque yo, por mi parte, no me he enterado".

No, no, no estamos dispuestos a llamar revolución a cualquier cosa. Se llama en astronomía revolución a la marcha de los planetas en torno del sol y no se le llama revolución, que sepamos, a aquel reventar de aquel planeta que dejó entre los que viven asteroides y bólidos errantes. ¿Revolución de bólidos? No. Y menos desde que se va poniendo de moda, cuando uno señala una injusticia, manifiesta, innegable, un atropello injustificable y acaso peor: estúpido, que haya quien sin negarlo, sin atreverse a justificarlo conteste —conteste y no responda, que no es lo mismo— "¿qué quiere usted?, ¡es la revolución!" No, eso no es la revolución. Y lo peor de eso es que se está acostumbrando al pueblo a no juzgar, a no discurrir, a no pensar, que le está entonteciendo. Y el entontecimiento es la peor de las perversiones.

Engaitamientos

Ahora (Madrid), 1 de febrero de 1933

Hay tradicionalistas, enamorados más bien del anochecer que de la noche, que se están componiendo tonadillas para zarrabete. ¿Que qué es éste? Un instrumento músico popular casi desaparecido. Llamábasele también gaita zamorana y zanfonía —sobre todo en Galicia—; en francés, *melle*; en inglés, *hurdygurdy*; en italiano, *ghironda ribeca*, y en alemán, *Bettlerleier* y *Bauerleier*, que vale por lira de mendigos o lira de aldeanos. Hace poco leíamos en un escritor húngaro cómo encontró por primera vez el zarrabete en el corral de un sombrío edificio de los arrabales de Budapest, donde lo tocaba un viejo húngaro que lo llevó del campo perdido. Y es que es un instrumento ya casi fósil, o como diría uno de estos intelectuales sindicalistas que todo lo trabucan, feudal. Tiene lengüetas de teclado, como el acordeón; cuerdas, como el violín; manubrio, como el organillo, y no es ni acordeón, ni violín, ni organillo. Una especie de ornitorrinco. Recuerdo haberle visto, de mocete, en mi nativa tierra vasca; pero no cómo sonaba ni si sonaba. Lo vi más que lo oí, me parece, porque mi memoria auditiva cede a la visual. Quiero recordar que lo llevaba y tañía uno de aquellos aldeanos anteriores a la boina, de los de "chano" o de montera arratiana. ¡Dulces remembranzas de mocedad!

Pero esas tonadillas tradicionalistas de gaita zamorana, si se ejecutaran ahora en ésta, en zarrabete, habría de ser para tener que verterlas en seguida a gramófono o gramola o para tener que derramarlas por radio. Y de zanfonía restaurada, ¡claro! Vamos, una tradición futurizada. Como una bombilla eléctrica disfrazada de lámpara de aceite, lámpara del santuario, que ardía ante el Santísimo de la adoración nocturna. Una Liduvina de Schiedam, resucitada a su vida de martirio conventual, no podría pedir, como pidió en sus tiempos —¡feudales!—, derretirse para alimentar esa lumbrecilla; la humilde santita holandesa tenía una almita de luciérnaga, no de estrella, y menos de cine.

Y la letra de las tonadillas habría que traducirla al siglo XX. Porque hay que traducir la tradición. No ya sólo a Prudencio o a San Isidoro, sino que hasta se ha llegado a intentar traducir el *Cantar del mío Cid*. El lenguaje, vocal o instrumental, es un hábito, y por más que se diga que el hábito no hace al monje —¡vaya si le hace!—, lo seguro es que el monje se hace al hábito. Y el lenguaje, por tanto. "¡Este argumento, como prueba, es en latín!", solía decir, en su clase de Deusto, el padre Ocaña, S. J., y tenía razón el buen jesuita. Hay argumentos escolásticos que traducidos al vulgar se descomponen. Como cualquier doctrina, pasada de la lengua en que nació, cambia. La mayor diablura de Lutero fue verter San Pablo en el dialecto —lengua conversacional— de los aldeanos de Sajonia, pues de ahí salió lo de la justificación por la fe y el siervo albedrío y el libre examen. Y luego aquí fray Luis de León anduvo a vueltas con la Inquisición, por empeñarse en romancear quejumbres de marranos.

¡Porque anda por estos mundos cada lírico del tradicionalismo, tratando de engaitar a las gentes a la buena de Dios, y con gaita zamorana! Gentes que acaso han oído, si es que no han tocado en la

zanfonía, y aun en el rabel, la Marsellesa o el Himno de Riego al alzar de la misa. Y algún día tocarán la Internacional en la pipiritaña. ¿Líricos? Lo triste es que su lira no es ya lira, ni siquiera zarrabete, sino artilugio eléctrico-retórico que funciona por timbre e irradia con altavoz.

Pero, ¡ay!, ya no nos suenan, ya no nos suenan ni siquiera aquellas canturias que brizaron nuestros inocentes sueños infantiles. Aquello de "Pimpinito, pimpinito, / me fui por un caminito. / le encontré a una mujercita / toda vestida de blanco; / le dije: / Mujer cristiana, / ¿no ha visto a Jesús amado? / Sí, señora, ya le he visto; / por allí arriba ha pasado; / los perros de los judíos / por detrás leiban tirando…". Y cuando ahora el lírico del altavoz nos habla de las cadenas y de los perros de los judíos, nuestra santísima niñez no responde. No responde a la zanfonia, a la gaita en disco con que se nos quiere engaitar.

¿Y del otro lado? ¡Ah, no; tampoco…, menos… Nos dice menos, mucho menos, la gramola revolucionaria. Ni nos consuela la flamante astronomía social, si es que no socialista. ¿Astronomía social? Qué estupendamente la cantó aquel desolado y desolador Leopardí en aquel su inmortal canto a la retama, la flor del desierto *(La Ginestra)*, ¡Qué acentos le brotaron del corazón torturado cuando fijaba su vista en el estrellado firmamento, sintiendo que las nebulosas desconocen la de nuestro sol, que es nuestra Tierra grano de arena perdido en infinita playa! ¡Cómo se pronunciaba contra la naturaleza —"madre en el parto; en el querer, madrastra"— y pedía que en contra de ella se confederaran los hombres todos! ¡Cómo se burlaba de *le magnifiche sorti e progressive*! ¡Cómo contemplando que la "naturaleza, verde siempre, marcha por tan largo camino, que inmóvil nos parece", aquel altísimo y hondísimo pensador y sentidor, no de izquierda, ni de derecha, ni de centro —que esto es vaciedades—, sino de entraña, aprendió frente al cielo estrellado a despreciar "el feo poder escondido que para común daño impera y la infinita vanidad del todo" *—il brutto poter che, ascoso, a comun danno impera e l'infinita vanitá del tutto—*. Lo que se decía "a sí mismo": *A se sfesso*. "Que uno se diga eso a sí mismo, pase —se me dirá—; pero no debe decírselo a los demás." Conozco el estribillo. Y sé que para las dos clases de líricos, los de la lira de pordioseros —que así, *Bettlerleier*, se le llamaba en Alemania a la zanfonia—, los tradicionalistas o reaccionarios, y la de los progresistas o revolucionarios; para las dos clases, la de la astronomía de Ptolomeo y la de la novísima astronomía, para los dos partidos, un Leopardi es el peor enemigo. Sobre todo, porque no saben en qué casilla del casillero ponerle. Y porque no trata de engaitar al pobre pueblo soberano ni con gaita zamorana ni con gramola futurista.

Porque sí, sí; mientras oímos al lírico de la tradición, sentimos pena por el pobre pueblo que le escucha boquiabierto; pero cuando luego nos ponemos a escuchar al lírico de la revolución, sentimos pena por el pobre pueblo que le oye pasmado, y que es el mismo pobre pueblo, el mismito. Mas, después de todo…

¿Qué va a hacer aquel a quien Dios le hizo gaitero, sino tocar una u otra gaita, y aquel a quien le hizo peliculero —fotogénico, ¿no es así?—, sino impresionar películas históricas?

Envés, revés y canto

Ahora (Madrid), 8 de febrero de 1933

A Gregorio Marañón.

Prosigamos, insistiendo, nuestra labor socrática. Y perdónesenos la petulancia, si es que la hay; pero os que hemos cargado a nuestra cuenta el gobernar la opinión pública desde fuera del Poder —ya que desde fuera de él se gobierna, y acaso mejor— hemos contraído responsabilidades. Y una de las mayores, la de hacer que la gente reflexione y no se entregue a supuestas revoluciones sin sondearlas con animo escudriñador.

En el capítulo XVI, epílogo a su obra *Amiel, un estudio sobre la timidez*, Marañón dice: "Porque como en otro lugar he dicho, una de las eficacias maravillosas del pensamiento está en que las gentes que no piensan nada por sí solas, pensando al revés de los que ya han pensado, se creen también en posesión de ideas originales. Y en ocasiones aciertan. Porque las ideas tienen una cara y un reverso, y es difícil averiguar —a veces hasta después de mucho tiempo— en cual de los dos está el cuño legítimo." Detengámonos en esto un poco.

Primero: que nadie piensa nada por sí solo. El pensamiento, aun el del mayor solitario, es colectivo, es comunal. Hasta el cartujo encerrado en su celda se lleva a ella, para pensar, a su pueblo. Se lo lleva, ante todo, en el lenguaje con que piensa. Y así se llega a la verdad, que es aquello en que concordamos todos. ¿Todos, eh? Todos y no la mayoría. Y todos no en número, sino en calidad; la humanidad entera —"tota" y no "omnis"—. Entera, que por eso enterarse es llegar a la verdad humana.

Segundo: que pensando al revés de los que ya han pensado, se creen también en posesión de ideas originales. "Y en ocasiones aciertan", añade Marañón. Y yo, que casi siempre. Porque, ¿qué es eso de originalidad? Las ideas más originales que he recibido es cuando alguien me ha devuelto, me ha rebotado, asimilada y transformada por él, alguna idea que le di yo. Por eso pudo decir Walt Whitman a los jóvenes que sus mejores cosas, las de él, de Whitman, las habían de decir ellos, los que le siguieran. Sólo que ni éstas ni las otras eran ni de Whitman ni de sus seguidores. Lo nuevo, lo original, es la expresión. Y ésta es, en el más hondo sentido espiritual, todo. El que acierta a expresar en expresión definitiva lo que muchos oscuramente piensan, ése es el que por primera vez lo ha pensado de veras. Y por eso los más grandes pensadores son los expresadores definitivos. ¿Vulgarizar? Vulgarizar es algo más definitivo que descubrir. Por algo a América se le llama así, América, y no Colombia; y es que fue Américo Vespucio y no Cristóbal Colón quien la dio a conocer, expresándola, al vulgo de Europa. Desgraciado el país donde los vulgarizadores —los buenos vulgarizadores— sean ahogados por los investigadores. No quiero decir, ¡claro!, los investigacionistas, que son otra cosa inferior. Los grandes investigadores investigacionistas han sido grandes vulgarizadores. Y los grandes vulgarizadores son

grandes descubridores, descubridores de expresión. ¿Ideas nuevas? Apenas hay sino expresiones nuevas.

Tercero: que "las ideas tienen una cara y un reverso, y es difícil averiguar —a veces hasta después de mucho tiempo— en cuál de los dos está el cuño legítimo". ¿El cuño legítimo? ¿Es que, en nuestros duros, la efigie de "Amadeo I, rey de España"; la de "Alfonso XII, por la G. de Dios rey constitucional de España», o la de Alfonso XIII, en una u otra fórmula rey, es cuño más legítimo que el escudo de España misma? ¿Y cuál es el revés y cuál el envés? ¿Cuál la cara y cuál el reverso? Porque hay envés y hay revés, hay cara y hay cruz; pero hay también canto, hay también filo. Y éste, el canto o filo, no suele tener cuño.

Recuerdo ahora aquello que decía un psicólogo, y es que materialistas y espiritualistas reñían por el color de un escudo de que cada uno no miraba más que un lado. Así, derechistas e izquierdistas, según ellos se llaman, por llamarse de algún modo. Su visión es de plano y no suelen desplazarse. Es como mirar a la luna, que siendo esférica, se nos aparece un disco, y cuyo misterio consiste en que nos da siempre la misma cara. ¿Anverso o reverso?

¡Visión de pleno! De donde ha venido lo de derecha e izquierda y centro. Porque en la penetración —no basta la vista sólo—, en la masa, en el volumen, en la profundización de una idea, hay que llegar a las entrañas, que no están ni a la derecha, ni a la izquierda, ni en el centro. ¡Largura, anchura y hondura! Y holgura —razón de tiempo—, como ya otras veces tengo expuesto. Pero como en esta miserable contienda de sectas, partidos, escuelas, gremios y clientelas no se puede hacer que los contendientes se detengan, tomando huelgo, a zahondar en la pieza, a escudriñarle los adentros, a probar si el oro o la plata, o siquiera el cobre, son de ley, sino que se atienen al cuño, ¿qué nos queda a los investigadores, a los vulgarizadores de su verdadero valor? Pues nos queda dar sobre los contendientes, para separarlos bien, de canto, de filo. Y el canto, el filo, al que no hay que confundir con la hoja, no está propiamente entre el envés y el revés, entre la cara y la cruz.

"No le entiendo" —suelen decir los que se atienen al cuño, que es su santo y seña. Así le decían a Sócrates el preguntón: "no te entendemos". Y él, Sócrates, insistiendo socarronamente —su ironía era socarronería—, les iba socarrando las entendederas hasta llevarles a que se diesen cuenta de que ellos no se entendían a sí mismos. Hasta que logró irritarlos de tal modo, que ellos, los gobernantes desde el Poder, le condenaron a muerte. Y para esta condena se unirían todos, los unos y los otros.

Hay que dar de filo, de canto, amigo Marañón, sin dejarse blandear por los de un cuño ni por los del otro. Porque, además, los cuños, ¡ay!, se borran o se cambian. Y se borran más cuanto más corre la pieza. Y menos mal si no cambia también la ley del metal. ¿Que dicen no entenderle a uno? ¡Otra les queda! "Ya no volveremos a gozar la libertad del liberalismo" —me decía usted, buen amigo. Sí, ya sé que dicen que esa libertad pasó… de moda. Pero me moriré defendiéndola. Y riéndome de los que creen que vivir a la moda es el mejor modo de vivir. Tenemos, amigo, que conservar la enteridad del entendimiento, la integridad de la inteligencia. Y que cuando pase esto, cuando pase esta moda, se pueda decir que alguien, mientras se iban por la contienda, por el roce, borrando los cuños, guardó la

ley del metal.

La enfermedad de Flaubert

Ahora (Madrid), 14 de febrero de 1933

Sí, tiene usted razón, amigo mío, tiene usted mucha razón; es una terrible enfermedad. Y de la que no sabe uno cómo defenderse. La padeció aquel intelectual —modelo de intelectuales— que fue Gustavo Flaubert, el gran solitario, el inmortal creador del no menos inmortal M. Homais. (Y, entre paréntesis, ¿en qué partido se matricularía hoy este formidable… librepensador?) Y en un pasaje de su inacabada obra *Bouvard y Pecuchet* aludió Flaubert a esa terrible enfermedad cuando escribió que esos sus dos monigotes —¡y tan suyos!— contrajeron la lamentable —"pitoyable"— facultad de descubrir la mentecatez humana y no poder tolerarla. De todos los dolores del entendimiento, pues éste suele dolernos —¡y qué dolores los suyos!—, éste es el más insoportable. Más que el de la duda, más que el de no lograr la comprensión de algo. ¿Aunque no será, en el fondo, que el que sufre de esa enfermedad flaubertiana es porque no comprende la mentecatez, su verdadera razón de ser? ¿No es acaso falta de caridad, de amor al prójimo, de humanidad en fin? ¿No es inhumano que le duela a uno más una mentecatada, una simpleza que se le diga —una pregunta inepta, por ejemplo, que se le dirija—, que no una mala pasada que se le juegue?

Las veces, amigo mío, que me he detenido ante aquellas palabras de Jesús en su sermón de la montaña cuando dice: "Cualquiera que dijere a su hermano *raca* (un nadie) será culpado en concejo, y el que dijere: ¡fatuo!, será culpado de infierno del fuego." No el que le llame bandido, o ladrón, o mentiroso, o traidor, o…, sino el que le llame mentecato, memo, bobo. No el que ponga en duda la sanidad de su conciencia moral o su buena fe y su lealtad, sino el que ponga en duda la entereza de su entendimiento, la sanidad de su seso. Terrible pasaje evangélico, ¿no es así?

Y luego empieza uno a pensar si eso de no descubrir más que las mentecatadas, las necedades de los prójimos no provendrá de una enfermedad de nuestra visión. No ver apenas más que eso… no ver… No ver, es decir: "invidere", envidiar. Porque envidiar es no ver. ¿Y cómo se va a envidiar al mentecato?, me dirá usted, mi buen amigo. En una ocasión le decía yo a Maurois, el autor de la penetrantísima biografía de lord Byron, que acaso éste, el autor del formidable misterio *Caín*, fue un singular envidioso. Envidió a los que no le envidiaban; les envidió el que vivieran libres de envidia, que es otra terrible enfermedad del entendimiento. Y luego de haberle dicho eso a Maurois, no hace aún mucho, releyendo a Quevedo en la excelente edición de Astrana Marín, me encontré con esto de aquel gran calador de nuestro morbo nacional: "El hombre o ha de ser invidioso o invidiado, y los más son invidiados e invidiosos, y al que no fuere invidioso cuando no tenga otra cosa que le invidien le invidiarán el no serlo." ¡Qué hondo! "Mira, ese que va ahí es… Fulano, el célebre…", le decía un hombre de la calle a

otro, y éste le contestó: "¿Y a mí qué?" Y como el Fulano aquel lo oyera sintió envidia de aquel hombre de la calle a quien no se le daba nada de él ni acaso le conocía. Esta envidia sentía lord Byron, esta envidia sentía acaso Gustavo Flaubert —¿no envidiaría a su Homais, que todo lo tenía resuelto con ramplonerías jacobinas?—, esta envidia sintió acaso nuestro Quevedo. Y hay otro sentimiento monstruoso —esto va usted a tomármelo a colmo de paradoja—, y es el que podríamos llamar de la autoenvidia, la de aquellos al parecer orgullosos que se pasan la vida envidiándose a sí mismos, no pudiéndose ver a sí mismos. Y este es acaso el infierno del fuego con que Jesús amenazaba al que llame mentecato a su hermano. ¡El amor propio!, sí, ¡el amor propio! Pero, ¿y el aborrecimiento propio? ¿Cuántos hay que se sonríen de los e y venoso que guardan en sí?

Y en otro respecto recuerdo que yendo una vez con uno de los hombres más inteligentes y mejores que he conocido, como al pasar junto a un carnero le dijese "mírele la cabeza, la sesera, y mírele lo otro: el… sexo; aquélla no le sirve más que para topar, es el animal más estúpido que conozco, pero, en cambio, es capaz de cubrir en una noche no sé a cuántas ovejas…" Y mi amigo me respondió: "Quién fuera carnero… por lo uno y por lo otro." Claro está que esto era un decir en aquel hombre, de altísima inteligencia y de ordenada conducta, pero… Y no quiero ahora repetirle aquella tan conocida anécdota de la conversación entre Emilio Castelar y José Luis Alvareda sobre que, según aquél, el donjuanear atrofia el seso, y según éste, el estudio atrofia lo otro. Sesera y sexera, si quiere usted.

Y después de todo esto vuelvo a lo de la terrible enfermedad que se le desarrolló a los pobres monigotes de Flaubert, o, mejor, a este mismo, pues ellos, Bouvard y Pecuchet, sí que eran mentecatos. Tanto, en su género, como Mr. Flomais en el suyo. ¡Qué tormento, amigo mío, qué tormento! ¡Este sí que es tormento. Si San Pablo exclamaba: "¡Miserable hombre de mí, ¿quién me librará de este cuerpo de muerte?" Sí, de no entender más que mentecatez, ramplonería, vulgaridad, frivolidad, muerte en fin.

Como mirándole a usted, amigo mío, con mis ojos sanos, libres de enfermedad, le veo sano, sé que no me preguntará en qué casilla meto a Flaubert, si lo tengo por derecha, de izquierda o de centro, si por creyente o por incrédulo, si por progresista o reaccionario. Sé que conoce usted a nuestro Flaubert —¿y cómo no?—, sé que recuerda aquel final de sus *Tentaciones de San Antonio* cuando el pobre trágico anacoreta quiere comer tierra, hacerse tierra y dice hallarse harto de la estupidez del Sol, "la bêtise du Soleil". ¡Estupidez del Sol! Porque si es un acto de estupidez llamarle estúpido a un siglo, como a un río o a una montaña, no lo es ya llamarle al Sol. Y acaso la estupidez del Sol que a través de su San Antonio sentía Flaubert consista en que alumbra cuanto mira, y así no le ve las sombras. ¡Y él las tiene! ¿Pero es eso estupidez o qué?

¡Pobre Flaubert! ¡Pobre Sol!

El pecado de liberalismo

Ahora (Madrid), 17 de febrero de 1933

"¿Pero cómo —le decía yo a un conocido—se apunta usted ahora para católico, cuando sé que no cree usted ni en la divinidad de Cristo, ni en su resurrección de entre los muertos, ni en la de la carne y la vida perdurable, ni apenas en Dios?" "Es que ahora —me contestó— no se trata de eso, que son cavilaciones escolásticas que a pocos, como a usted, les importan; de lo que ahora se trata es de defender la libertad, la de conciencia, la de enseñanza, la de cultos; la libertad y la justicia." "Muy bien —le repliqué—; mas para eso basta confesarse liberal, nada menos y nada más que liberal."

Si fue, en efecto, un gravísimo mal para la Iglesia católica española el que cuando estando unida —mejor, sometida— al Estado, cuando aquella alianza del Altar y el Trono —tan funesta para el uno como para el otro— hubiera habido espíritus menguados que se fingieran creyentes y hasta comulgasen no más que para asegurarse en ciertos cargos, empieza a serle hoy otro mal gravísimo el que haya quienes por oposición liberal al Estado, por individualismo, se proclamen católicos sin sentirse tales y teniendo conciencia de que no lo son. Cuando unidos Estado e Iglesia se declaraban creyentes católicos los que eran incrédulos, sumisos al Estado hoy, ya separados aquéllos, decláranse católicos los adversarios, por oposición política, del actual Estado constitucional, y estas adhesiones políticas, no religiosas, a la Iglesia le son a ésta tan mortales como, en otro orden, esas conversiones literarias a lo Huysmans o a lo Papini. "La mística no es un género literario", le decía yo antaño al gran don Marcelino. Ni se debe sostener el Credo del Catecismo por casticismo.

"El liberalismo es pecado», proclamó hacia 1884 don Félix Sardá y Salvany, presbítero, ¡y la que se armó! Ese aforismo lo hizo bandera la Compañía de Jesús. Y luego… Si la ley hace, según San Pablo, el pecado, bien puede decirse, retrucando, en legítima dialéctica pauliniana, el argumento que el pecado hace la ley. El pecado de liberalismo hizo la ley de libertad, que es la ley de justicia. Pero ahora a eso que se llama masa —¡y tan masa!— quieren hacerle creer que con libertad no hay defensa. ¿Defensa de qué?

"Fuera de la Iglesia no hay salvación", se proclamaba, y ante esta enormidad, las almas libres, las de los liberales, las de los individualistas, las de los auténticamente herejes, huían de la Iglesia, y los que de ellos creían en algún Dios iban a encararse con Él a solas. "Fuera del Estado no hay libertad", se proclama hoy, y esos mismos liberales tienen que huir del Estado, tienen que sentirse menoscabados en él. "El Estado lo es todo", se gritaba hace poco en nuestras Cortes, y ante ese grito, todos los buenos liberales, todos los buenos individualistas —y por esto los buenos socialistas, aunque cualquier atolondrado tome esto a paradoja— se sienten fuera de ese Estado. Y sienten que la dogmática de la Constitución del Estado es tan inhumana —así, inhumana— como la dogmática del Catecismo de la Iglesia. ¿Religión del Estado? ¡No; religión del Estado, no! ¿Pero religión de Estado? Tampoco. Religión

de Estado son fajismo y comunismo. No, ni la infalibilidad del Papa ni la de la masa. Cuando se oía, en una u otra versión, "la Iglesia lo es todo", los liberales acudían contra la Iglesia y trataban de erigir un Estado libre —liberal—, y cuando se oye que el Estado lo es todo, esos mismos liberales deben acudir contra ese Estado totalitario y ayudar a que se erijan Iglesias libres, confesiones liberales. Es deber de humanidad.

¿Va a ser aquí libre la Iglesia? Ojalá. Pero ella no parece acertar en la defensa de su libertad. Ha repetido tanto lo de: "el que no está conmigo, contra mí está", que de sí mismo dijo el Cristo (Mateo, XΠ, 30), que ha olvidado lo otro de: "el que no esté contra nosotros, por nosotros está" (Marcos, IX, 40), del mismo Cristo, y la enorme diferencia que va del "contra mí" al "por nosotros". Si la Iglesia católica española se percatara de esta diferencia, si se diese cuenta de que su salud está en el liberalismo, sentiría hondos remordimientos de aquella desatentada campaña jesuítica —y como jesuítica, suicida— con el lema de: "el liberalismo es pecado". Y vendría a caer en la cuenta de que en ese pecado, que es el pecado de laicismo, de genuino laicismo religioso, está el porvenir de la misión que mientras tenga que durar, le está por la historia encomendada.

¿Laicismo? ¿Qué es esto que tanto cimbelean los jacobinos confusionarlos? "Laos" es pueblo, y "laicos", popular. Pero si la clerecía no es el pueblo, tampoco lo es, sin más, la burocracia del Estado. El Estado no es, en efecto, el pueblo, ni lo oficial es lo popular. La enseñanza oficial, burocrática, de Estado, no es sólo por ello, y por buena que sea, laica, popular. Y esto aunque se proclame neutral, inconfesional, agnóstica, lo cual, a la larga, es en práctica imposible. Más laica, más popular es la enseñanza de una confesión cualquiera —cualquiera, ¿eh?— de una parte del pueblo que una comunidad de éste quiere que se les dé a sus hijos. "No —me decía un energúmeno—; nada de imponer, fíjese, de imponer a los hijos una enseñanza que luego han de dársela otros padres... espirituales; la enseñanza ha de ser gratuita, obligatoria e impuesta por el Estado." "Por el vuestro —hube de replicarle— y por otros padres... intelectuales; por clérigos de Estado, no de Iglesia; por funcionarios civiles, no eclesiásticos. Eso no es tampoco laicismo." Y no lo es. "No está demostrado científicamente que haya Dios" —prosiguió; y cuando pronuncia "ciencia" y "científico" se enjuaga antes la boca con esas palabras para él huecas—. Y hube de contestarle: "En efecto, no está demostrado, a mi entender, que haya Dios, ni ello es cosa de ciencia; pero tampoco está demostrado que no le haya." Y como caí en la inocentada de querer desarrollarle el criterio dialéctico, anti-dogmatico, escéptico, investigativo, el pobre hombre me volvió la espalda mormojeando: "¡Bah! ¡Acomodos!" Y añadió el muy majadero no sé qué sandez en moda.

¡Pobres liberales del pecado! Los aborregados de un dogma y del otro, del eclesiástico y del estatal, los que temen a la libertad, los que no aciertan a vivir en la sociedad íntima, en la comunidad consuetudinaria, ni canónica, ni constitucional, en el pueblo formado por individuos que no se matriculan en partidos, nos declaran que la libertad del liberalismo se acabó ya. De ese glorioso liberalismo, santo pecado de humanidad, de ese liberalismo que fue la religión del humanismo, de la humana cultura. Cultura que no tiene que ver con la del famoso "Kulturkampf" en que tropezó Blamarck. Y sigue siéndolo, a pesar de todo lo demás.

Y dejemos lo peor, lo de los padres… naturales que sólo buscan que se les apruebe a los hijos, como sea, por la Iglesia o por el Estado. Para luego… el destinillo.

Cuño al canto

Ahora (Madrid), 23 de febrero de 1933

Querido amigo Marañón: Leída su *Réplica al filo o canto*[1] que desde aquí —el 15-II— dirigió usted a mi comentario *Envés, revés y canto*, a usted dirigido —el 8-II—, siento la necesidad de comentarla. Y un poco de sesgo, o sea de canto. Usted supone que el canto no tiene cuño, siguiéndome en esto, pues yo afirmé en mi comentario que "éste, el canto o filo, no suele tener cuño". Pero un amigo me ha sacado de mi error mostrándome, con un caso concreto, que hay cantos con cuño. Ni sospechaba yo que pudiese ofrecer tantas sugestiones —ahora, sugerencias— la numismática con que solaza su ocio Víctor Manuel III, este pobre Saboya, rey holgazán rendido al Duce. Y precisamente de numismática y de Saboya se trata.

Ese buen amigo me ha hecho notar, en efecto, que en el canto de los duros de nuestro Amadeo I viene acuñado esto: "Justicia y Libertad". En la cara de las piezas de plata —"ley, 900 milésimas; 40 piezas en kilog.", como en ellas reza— de 1871 está la efigie, de perfil, de Amadeo I, rey de España, y en el escudo de ésta, la cruz. Y si aquélla es cara, la del rey de Prim y de los liberales que hicieron la revolución, la Gloriosa, de 1868, su revés sí que es cruz, pues cruz hay en él. En los duros borbónicos posteriores, los de Alfonso XII y Alfonso XIII, hay a la vuelta, al revés de las caras de estos Borbones, un escudo de España, pero sin cruz bien visible alguna; y en el centro de él figura una flor de lis. Mientras que en el escudo de España de las monedas de Amadeo, el Saboya, en el centro, entre los blasones de Castilla, León, Aragón-Cataluña, Navarra y Granada, figura una cruz, la cruz del blasón de Saboya.

Fue, pues, en las monedas de aquel a quien se le motejaba por entonces, en 1871, de hijo del carcelero del Papa, en las que aparecerá la cruz. Para que luego, corriendo los años, el sucesor de Pío IX —"prisionero de sí mismo", que le dijo Carducci—, Pío XI, se conchabara con el nieto del carcelero, con Víctor Manuel III —tercero el Duce—, y se dejara dorar la cárcel —o jaula—, fajistizar —y a la vez fajar— a la Iglesia Romana sin catolizar, esto es, universalizar, al fajismo mediante el triste Concordato de Letrán de febrero de 1929. Concordato más suicida para la Iglesia Romana que pudo serlo el Concilio del Vaticano, el que se siguió al *Syllabus*, el de la infalibilidad papal. En este Concilio se rompió con el liberalismo, se le declaró la guerra santa, y en el Concordato de Letrán se ha sellado la alianza con el antiliberalismo, con el nacionalismo, con el fajismo, o sea con el anti-universalismo, con el anti-catolicismo. Los haces, los fajos lictorios —del italiano fascio viene nuestro "fajo"— han sustituido a las cruces. La Iglesia se ha rendido al Estado imperial romano. Y pagano.

¡Qué preñada de sentido está en el canto de los duros de aquel breve rey caballero y constitucional del liberalismo español de hace sesenta y dos años y qué bien hace con la cruz central del escudo de España aquella leyenda liberal de "Justicia y Libertad"! Nada de "Libertad, Igualdad y Fraternidad", pues la Justicia abarca a estas dos últimas y aúna la Libertad, que es de justicia y no de gracia. Los otros decían: "Dios, Patria y Rey". Pero la cruz del centro del escudo estaba por Dios, y la Justicia y la Libertad son Patria y son Ley, que es la que debe reinar. Por cierto que la Dictadura de 1923, de que usted, amigo Marañón, y yo fuimos víctimas —víctimas de sus leyes excepcionales, que no son leyes—, quiso, en inspiración fajista, menguadamente nacionalista —no nacional—, anti-universal, o sea anticatólica, adoptar un lema en que figurase ante todo la Patria, y no atreviéndose a anteponerla a Dios, cambió el lema tradicionalista, sustituyéndole por este otro: "Patria, Religión y Monarquía". Puso la Patria por encima de la religión por no atreverse a sobreponerla a Dios, y en vez de Rey puso Monarquía, que es término abstracto y anfibológico, como el de República. Es que la Dictadura aquella maldito el fervor realista que sentía, aunque hubiese sido el instrumento de que tuvo que valerse la realeza para su merecido suicidio. Y tal vez creyera aquel Dictador que poner a Dios sobre la Patria es cosa de anarquismo, pues así lo creen otros.

¡"Justicia y Libertad"! Este fue el lema de la dinastía liberal, a la que trajo a España aquel romántico Prim con los suyos, con los liberales, y éste fue luego el lema de los republicanos liberales de la primera República española. Y ha pasado a ésta, pues en el artículo 1.° de su Constitución se dice "que se organiza en régimen de Libertad y de Justicia". ¡Lástima que vaya precedido de algo que sigo estimando que es una vaciedad! Uno de los mayores prohombres de aquella primera República española, procedente del amadeísmo, llamó *La Justicia* al órgano periódico que fundó, y en que colaboré alguna vez. Y nos solía hablar no de eficacia, sino de justicia. Y de justicia así, sin adjetivo; no de justicia republicana ni de justicia revolucionaria, sino de justicia pura y simple, de justicia sustantiva, sin adjetivos y sin excepciones. Sin excepciones, amigo Marañón, sin leyes excepcionales. Cuya mayor injusticia suele estar, más que en otra cosa, en la tontería con que se aplican. Que al tonto rigor tiene que seguir la tonta clemencia. Pero ya sabe usted, mi buen amigo, aquello que tanto repetí yo antaño, lo de Guillen de Castro: "Procure siempre acertarla / el honrado y principal; / pero si la acierta mal, / defenderla y no enmendarla." Enmendar algo es flaqueza de los que acatan consejos.

Usted, amigo mío, parece creer en una renovación de fondo, en que hemos entrado en una nueva era. Pues yo le diré lo que aquel sastre remendón a quien, viéndole zurcir viejos retazos, le preguntó un transeúnte: "Maestro, ¿qué hay de nuevo?" Y el remendón contestó: "¿De nuevo?, ¡ni el hilo!" ¡Ni el hilo, querido Marañón, ni el hilo! No crea usted en camelos.

"La libertad nuestra, de la cual, en efecto, no volveremos ni usted ni yo a gozar." Así me dice usted, querido amigo. Pero, ¿está seguro de ello? Pues yo, el escéptico, el pesimista, el anarquista, si usted quiere —no me duelen motes—, yo, que creo en la Justicia, creo en la Libertad. Y en cuanto a la mía, tengo que creer en ella, pues que la gozo. Gocé de ella en el destierro aquel y sigo de ella gozando. Y sirviendo con ella a mi patria en el servicio que la debo, y es el de proclamar la verdad frente a todos los embelecos programáticos. Y… ¡Dios sobre todo!

Libertad y justicia

Ahora (Madrid), 28 de febrero de 1933

Otra vez. ¿El artículo 1.° de la actual Constitución… vigente? ¡No! si no yacente, dice con una noble candidez que "España es una República democrática de trabajadores de todas clases que se organiza en régimen de Libertad y de Justicia." Primero se redactó en seco "de trabajadores", sin lo de las clases, mas eso pareció a algunos que se tomaría fuera de España como declaración de una especie de bolchevismo, aunque la verdad es que ello no declara nada ni pasa de ser una expresión de las que llaman platónicas los que maldita la idea que de Platón tienen. En rigor eso no es nada ni concreto ni claro. Pero luego se le agregó lo de "de todas clases", con lo que se quedó más en el aire todavía. No se sabe si somos trabajadores de todas las llamadas clases sociales o de toda clase de trabajos. Y, por otra parte, ni nadie que sepamos ha definido, en política se entiende, lo que es trabajador ni lo que es trabajo. En física, sí. Pero en ese ingenuo artículo parece tener esa categoría algo de metafísico o, si se quiere, metapolítico. Como no sea de místico.

Un pragmatista norteamericano —no sé si fue el mismo William James— decía que si alguien afirmaba su fe en que hay habitantes en Saturno, le preguntaría qué es lo que hacía o qué es lo que dejaba de hacer en virtud de esa fe, que no haría o no dejaría de hacer de no tenerla, y que si contestaba que nada, le replicaría que eso no es creer cosa alguna. Y así podemos decir que de esa solemne declaración de que los que formamos la República Española somos trabajadores de todas clases nada pragmático se deduce, pues no se sabe que nadie haya pensado en negar la ciudadanía española a los que él estime que no son trabajadores ni a nadie se le ha ocurrido clasificarnos.

Pero es que cuando se entra en un régimen que nadie sabe a ciencia cierta lo que va a ser, cuando no hay, como no había aquí al reunirse las Constituyentes, una ideología republicana bien definida, concreta y clara, hay que acudir a esos tópicos sonoros y hasta se suele caer en lo que podríamos llamar la mística republicana, melliza de la monárquica. Y se cae en la logomaquia de la consustancialidad, de la accidentalidad, de la integralidad, de lo soberanía y otras así. Y con ese fervor místico se forjan una porción de fórmulas que llevan a credos dogmáticos sin verdadero contenido doctrinal. Fórmulas buenas acaso para campañas electorales en las que en general ni el que habla sabe bien lo que dice ni el que oye sabe bien lo que oye, sino que se trata de caldear los ánimos con fuego pero sin luz. Calefacción eléctrica —electrizar al auditorio—a oscuras.

Y luego no es el Credo el que hace la Iglesia como no es el programa el que hace el partido, sino que es la Iglesia la que hace el Credo —y lo deshace— y es el partido el que hace y deshace el programa. Y se pone la disciplina por encima de la fe. Y esto suele ser porque no es tal fe.

Sabemos que se nos dirá que este modo de hacer crítica, de dialectizar —que es dialogar— de jugar con

las ideas —que es el más noble, el más fecundo y el más humano, más bien divino, de los juegos— procede de anarquía mental. Pero los que tenemos mentalidad herética —en el primitivo y originario sentido de este término— nos vemos, gracias a ello, libres de llegar a contraer la ideosclerosis que es una terrible enfermedad mental. Sin que las ideas del ideosclerótico —por otro nombre jacobino— sean por eso ni más fijas, ni más claras, ni más ricas que las ideas fluidas, movedizas y evolutivas del herético fundamental.

Los dogmas ideoscleróticos podrán servir para organizar o disciplinar —mejor, para aborregar— masas, pero no sirven para dirigir hombres. Los hombres que forman una masa, y hasta lo más macizos de esos hombres, se rebelan contra la dogmática cuando se sienten hombres y no cachos de muchedumbre. Y un pueblo, un verdadero pueblo, se hace de hombres y no de masas.

Y ahora unas palabras respecto a lo del régimen de Libertad y de Justicia.

Cuando se proclama que no hay libertad fuera del Estado se está muy cerca de ir a caer en un régimen de no libertad o de incesantes excepciones y restricciones a ella. Y en cuanto a la justicia, vamos oyendo repetir y cada vez con más frecuencia aquella sentencia —sentencia de muerte para la libertad— atribuida a Goethe de que es preferible la injusticia al desorden, reservándose —¡claro está!— el definir el orden los que adoptan esa sentencia. Y bien sabido es lo que se entiende por orden en esta nuestra época de Internacional policíaca —la más terrible de las Internacionales— y en que casi todos los pueblos van yendo a caer o en fajismo o en el sovietismo —que no es igual que comunismo— y que son en rigor una sola y misma cosa. Y por eso se dice que el viejo —el eterno— concepto de libertad, el rousseauniano, el del liberalismo, está en decadencia. Lo cual, por otra parte, equivale a decir que está en decadencia el sentido de la Justicia. Con eso de la eficacia… Es el triunfo de Maquiavelo. O, como diría Croce, el triunfo de la economía —en el sentido crociano— sobre la ética. “Salus populi suprema lex esto”. Y se arroga el definir lo que sea la salud —la salvación mejor— del pueblo una Convención de ideoscleróticos. Recordemos aquello de la gran Revolución, la francesa de fines del XVIII, que vivió dominada por el terror, soñando enemigos en todas partes, forjando fantasmas.

Y luego lo de la “revolución” y la “renovación” y “cosas mandadas ya recojer” y “viejo estilo”, y “procedimientos que pasaron” y otras candideces por el estilo —que no es estilo, ni viejo ni nuevo— de la de los “de todas clases”. Mas en fin, no es malo, para consuelo, empeñarse en creer que estamos inaugurando una nueva era. Hay que creer en algo.

Mientras tanto los herejes, los de la Libertad y la Justicia, los que preferimos la anarquía mental a la ideosclerosis y ponemos la ética sobre la economía esperamos… en la esperanza.

La Cibeles en Carnaval

Ahora (Madrid), 4 de marzo de 1933

“Todo el año es Carnaval”, decía Larra, el suicida, hace un siglo, en revolución —o guerra civil, que es igual— española. Todo el siglo ha sido carnaval y sigue siéndolo, podríamos añadir. ¿Y es que lo que se suele llamar revolución, sarta de motines y de pesadas bromas legislativas y ejecutivas, no es también algo carnavalesco? Dícese otras veces que el carnaval, sobre todo el callejero, el del consabido hombre de la calle, agoniza y es porque le devora el otro carnaval. En ambos un holgorio forzado, de disfraz, pirueta y tunantería, o sea pedigüeñería. Y ahora serpentinas de papel en uno y en otro. Y el imaginarse que por romper, siquiera en apariencia, la continuidad cotidiana de la costumbre con una pequeña y periódica revolucionzuela se intensifica la vida pública y se la renueva. En tanto los actores, los revolucionarios, con sus máscaras se aburren soberanamente de jugar a la soberanía popular. Y al cabo en uno y otro carnaval llega el miércoles de ceniza, se quedan por el suelo, entre polvo o fango, no hojarasca ni florea marchitas —nada de batallas de flores— sino papelitos más o menos constitucionales y escurriduras del paso de las comparsas, y acuérdase el hombre de su casa de que es polvo y a poco que llueva o se desangre, fango.

En todo lo cual íbamos pensando al dar a la salida —o entrada— del coso carnavalesco del Madrid de hoy. Recoletos y el paseo de la Castellana, con Su Serenidad Cibeles, Madre de los Dioses mayores, que se alza, sentada en su carro, sobre un pequeño estanque en que se refleja. La Cibeles, Eulogio Florentino Sanz en aquella su *Epístola a Pedro* que escribió en Berlín— era en el ocaso ya del romanticismo—decía lo de que: “Lejos de mi Madrid, la villa y corte, / ni de ella falto yo porque esté lejos, / ni hay piedra allí que no me importe; / pues sueña con la patria a los reflejos / de su distante sol, el desterrado / como en su niñez sueñan los viejos. / Ver quisiera un momento, y a tu lado / cual por ese aire azul nuestra Cibeles / en carroza triunfal rompe hacia el Prado…” ¡El aire azul de Madrid!

Mirábamos romper no hacia el Prado como antaño si no hacia el centro de Madrid, hacia la Puerta del Sol a esa serenísima matrona marmórea arrebozada en aire azul y soleado. De su carroza con sus ruedas solares, hacen como que tiran dos leones antropomórficos distraídos, que como si se vieran desdeñosamente y con una mueca carnavalesca ¿Estarían desdeñando al carnaval del año y al del siglo? De seguro que a aquellos otros leones, estos de bronce, que no uncidos a carro —ni al del Estado— hacen guardia, apoyándose en unas bombas, en la escalinata del Congreso de los Diputados de la nación. Más de carnaval los de bronce que los de mármol. La frente marmórea de Su Serenidad Cibeles, coronada, brilla al aire azul de Madrid. Y nos habla de sosiego y de cotidianidad. Yendo encarados a la Madre de los Dioses, por el palacio de Buenavista —hoy Ministerio del Ejército— le hace fondo a la mítica matrona la Puerta de Alcalá, siempre abierta al aire azul; allá, a la distancia, el Apolo y el Neptuno y villa adentro el Ministerio de Hacienda, cinco monumentos de sosiego, de ponderación, de ritmo sereno. Y luego, en torno, todas esas nuevas termiteras de traza babilónica o… neoyorquina, esos edificios carnavalescos que se retuercen en contorsiones barrocas o se estiran en tiesuras cúbicas. Son dos épocas. ¿Dos revoluciones? No; la Cibeles, el Neptuno, la Puerta de Alcalá, el Ministerio de Hacienda no nos hablan de revolución, como no sea la íntima, la entrañada, la silenciosa, sin ruido de

comparsas ni de tunas, que simboliza Rousseau y no Robespierre. La revolución individual. Y el mármol de esas mitológicas estatuas es italiano y nos habla de Italia —de la Italia napolitana de Carlos III— en esta tierra de granito y de arenisca. (Arenisca es arisca.) Y de madera de imaginería que luego se pinta y se enmascara.

Como el poeta Eulogio Florentino Sanz, ei hombre de las calles de Madrid, poeta también, ve a cada paso y la ve aun sin mirarla, a Su Serenidad Cibeles rompiendo el aire azul y recojiéndolo, y cuajándolo en blancura marmórea y esa visión le va calando en el hondón del ánimo y serenándoselo. Va unida a sus oscuras sensaciones cotidianas; va entretejida con sus afectos de costumbre; es parte de la continuidad de su espíritu que no hay carnaval ni revolución que puedan quebrarla. ¿Literatura? Al hombre de la calle, al verdadero hombre de la verdadera calle, esas visiones mitológicas, mejor o peor traducidas, le llenan, sin que él de ello se dé cuenta, de literatura la mollera. Le dicen más que la retórica jacobina de los mítines. ¡Dice tanto al sol el mármol!

Recordamos haber oído hace unos años de un pobre hombre de la calle que se echó a ese estanque y trepó a la carroza de Su Serenidad, sin miedo a los leones, para ir a abrazarla. ¿Embriaguez? Quién sabe… ¿Y embriagado, de qué? Más embriagado —y de peor tósigo— el que últimamente, cuando lo de la quema revolucionaria de los conventos, le rompió una mano a esa misma Cibeles. El pobrete quería romper la mano que lleva las riendas de la historia cotidiana, de la cotidianidad, de la costumbre, la que enfrena a los leones del instinto salvaje, la que guía la serenidad. En aquel estallido carnavalesco que fue lo de las quemas aquellas, cuando unos aburridos chicos —que no hombres— de la calle se disfrazaron de pobres diablos revolucionarios, hubo quien sintió toda la tontería —peor que barbarie— del acto. Disfrazados de pobres diablos revolucionarios se decían: "Y bien, esto de la república, de la revolución, ¿qué viene a ser?" Y como los otros se estaban tan tranquilos, como no parecían temer nada, había que sacarlos de sí, provocarlos, amedrentarlos. Y poco después los que empezaron por querer hacerse temibles, a fuerza de pretender amedrentar acabaron amedrentándose a sí mismos y de aquí a ver en torno peligros y acechanzas y a atemorizar con su temor. Y entonces se dijo: "¡Hay que hacer de veras la revolución que pide el pueblo!" Y a ver si se enteraban de lo que pedía el pueblo callado. Y la tan sonada revolución callejera se estancó en el Parlamento, revolución parlamentaria y papelera, de papel de serpentinas, de debates de carnaval, mascarada y tunos. Y nada de batallas de flores ni de frutos.

Su Serenidad Cibeles, Madre de los Dioses, sabe que no hay que temer a las tempestades del estanque que se tiende a sus pies, bajo su carroza; sabe lo que es la costumbre cotidiana; sabe que sobre el alma del hombre de la calle resbala la retórica jacobina como sobre ella el agua de la lluvia cuando el cielo se nubla y el aire se pone pardo. Y sabe que este maravilloso aire azul de Madrid le llena a su pueblo el ánimo de airosidad y de azulez. Pueblo airoso y azul, color de cielo, no negro, ni rojo, ni blanco, ni gualdo, ni menos morado; pueblo que ni se enmascara ni carnavalea. Y que se conserva sereno, airoso y azul de cielo mientras pasa la comparsa.

Consumo y limosna

La Rioja (Logroño), 13 de marzo de 1933

He recibido una especie de circular en que se dice que hay en España "aproximadamente doscientas mil familias que viven de la industria de sombreros que a pasos agigantados van sumiéndose en la miseria." Después de exponer la crisis de esa industria, la de las fábricas de cintería exclusiva para sombreros, las de badana, las de cajas de cartón para embalajes, las de cortadurías de pelo de conejo y liebres, etc., se acaba en la circular por recomendar el uso del sombrero. Del que yo, por mi parte, apenas uso. En la circular hay este párrafo: "Si es funcionario del Estado no ignora que éste nutre sus ingresos con las aportaciones de las actividades del país, y que si éstas mueren, el Estado empobrece y las consecuencias recaerán en sus servidores.

Así, como apenas uso sombrero, no uso corbata, no fumo ni he fumado nunca— y no bebo vino, estoy esperando circulares invitándome a usar corbata para que prospere la industria de corbatería, a fumar, para que la Tabacalera rinda ingresos al Estado y puedan vivir las cigarreras, y otra a que beba para ayudar a la industria vitivinícola. Aunque a este último respecto me comprometo a consumir en unva fresca o en pasa, la parte que me corresponda de la producción vitícola española.

Después he asistido a una reunión de escritores y editores para ver el modo de promover la lectura de libros de toda especie con el objeto de que puedan sostenerse mejor autores, editores, impresores y libreros.

Y aquí se nos presenta la permanente cuestión de la relación entre la producción y el consumo, y si la crisis es crisis de producción, debida al exceso de ésta, o es crisis de consumo, debida a la restricción de éste. Todo se reduce a si se ha de producir para responder al consumo o se ha de consumir para responder a la producción. A una producción presa de un terrible engranaje Ford. A una producción que se ve forzada a crear necesidades. Y que más de una vez ha llevado a buscarse mercados a cañonazos, obligando a pobres pueblos sencillos y sobrios a crearse necesidades para satisfacer a los que se dedican a satisfacerlas. A obligarle, por ejemplo, a que gaste reloj aquel a quien maldito lo que le importa la hora que es.

Relacionado con esto, y sobre todo después de la Gran Guerra, se está predicando contra el ahorro y propugnando la mayor extensión posible del consumo y sólo para que se ocupen los que hayan de subvenir con su producción o con su servicio a ese consumo. Que es otra forma de lo de dar trabajo a los parados, aunque no haya necesidad de ese trabajo. Y así cesa el ahorro de controlar la producción, controlando el consumo.

El paro de esos millones de parados que hay en todo el mundo se debe —esto lo saben todos— a que con el progreso técnico se subviene el consumo con el trabajo de muchos menos número de trabajadores, y

así aumenta el que Carlos Marx llamó el ejército de reserva del proletariado.

Dar trabajo. ¿Y si no le hay? Sí, es consabido, que vayan unos obreros desencanchando unas calles para que luego las vuelvan a encanchar y queden así peor que estaban; mas, entre tanto, esos obreros, que no pedían limosna sino trabajo, hayan cobrado sus jornales por rendir un trabajo perfectamente inútil si es que no pernicioso. O que se me obligue a comprar dos o más sombreros cada año, con su cinta y su badana, de piel de conejo o de liebre, aunque no me lo ponga ni una sola vez. O que se me obligue a comprar un libro que no he de leer y a condición de que no lo preste a otro sino que lo almacene en mi librería o lo deshaga para hacer de sus hojas cualquier otro servicio que el de leerlos. Valdría más, francamente, que se nos impusiera a todos los que ganamos salario o tenemos alguna renta, un impuesto para con él sostener a los que hayan quedado parados porque se consumen menos sombreros, menos cigarros, menos vino y menos libros. Que el ejército activo de los productores que basta a satisfacer con sus productos o con sus servicios las necesidades del consumo libre y natural esté sometido a una contribución para sostener al consabido ejército de reserva. Que es, en rigor, lo que pasa. Mucho mejor tener que pagar esa contribución —por fuerte que sea— que es de estricta justicia, que tener que someterse a un consumo forzado que pronto degenera en vicio.

En el fondo, es la vieja cuestión de la limosna. "¡Yo no pido limosna, pido trabajo!", dice un parado; pero, sabiendo que el trabajo que se le habría de dar no sería sino un pretexto para dar una limosna. Y ello procede del sentido que ha tomado la limosna, como algo de gracia y no de justicia. Por lo cual se explica uno —yo al menos me lo explico muy bien— que haya quien diga: "Prefiero hurtar a no pedir limosna." Ya que el pedir limosna suele ser muchas veces un modo disfrazado de hurto, y, si se quiere, de estafa. El pordiosero suele ser un chantajista. Toma el nombre de Dios para hacer chantaje.

Esta terrible crisis no debe concluir sometiendo el consumo a la producción, destruyendo el ahorro, embruteciéndonos —así, embruteciéndonos— en una triste civilización en que el utensilio no es la proyección del hombre, sino éste del utensilio, en que la máquina se adueña del obrero y le hace su esclavo como en aquel agorero libro de Butler: *Erewhon*. Lo moral y lo económico —y desde luego lo político— es predicar hoy a las gentes sobriedad y parquedad y espíritu de ahorro, y si no sienten necesidad ni apetencia de usar sombrero, de fumar, de beber vino o de leer libros, que tengan que contribuir con su ahorro a que vivan vida decente los que se queden sin trabajo por merma de la producción de esos artículos. ¿Que esto sería una limosna? En el viejo sentido corriente no, no y no.

Y de hecho es lo que empieza a suceder. Cuando he dicho que esta sedicente república de trabajadores de todas clases está en camino de hacerse una república de funcionarios, no he querido decir otra cosa. Los sin trabajo acaban por hacer funcionarios de todas clases. Y esto es mejor que pretender que consumamos aquello cuyo consumo no nos apetece y acaso nos daña.

Prosa en román paladino

Ahora (Madrid), 14 de marzo de 1933

Alguna vez se me ha preguntado el porqué de que cuando cito versos en estos mis Comentarios lo hago poniéndolos en línea seguida, como la prosa, y sin más que un pequeño guión entre verso y verso. Y debería ponerlos sin esos guioncitos[2], sobre todo si son versos libres —esto es, sin consonantes ni asonantes— que en poco o nada se distinguen de la prosa ritmoide. Y ello para que se aprenda a leerlos, es decir, a decirlos y no a recitarlos y menos a declamarlos acompasadamente. Es el modo de darse cuenta de la íntima armonía, del ritmo del lenguaje que lo es de pensamiento y por lo tanto de sentimiento.

Aprender a leer es aprender a hablar y aprender a hablarse. El que acierte a enseñar a hablar, a que el oyente se hable a sí mismo de manera que se oiga y entienda bien, acierta a enseñar a pensar, a que el lector aprenda a dialogar consigo mismo —que es aprendizaje de dialéctica— y enseña a sentir, a sentirse. Que se siente con el ritmo y tono y tenor del lenguaje y hay que educar así al sentimiento para que no recaiga en resentimiento.

"Quiero fer una prosa en román paladino" —empezaba Berceo uno de sus poemas, en verso, ¡claro está! O en prosa rítmica, y en su caso aconsonantada. Prosa con número, que se decía antaño. Lo que da duración e intensidad. Una cantidad que es calidad, una forma que es fondo, un continente que es contenido. Y así se libra de esclerosis a la idea. Pues que el fondo de ésta está en su forma; su verdadero hondón es su sobrehaz. Lo que lijeramente suele motejarse de superficialidad es no pocas veces fundamentalidad.

Y en cuanto al pensar al día, acaso al momento, es, cuando de veras se piensa, obra de duración. Lo que se hace de un respiro, de una respiración, es lo verdaderamente inspirado; lo cotidiano es lo secular, lo de momento es lo eterno, cuando se halla la forma y se la recibe. Hay que escribir no para salir del paso si no para entrar en la queda. Mas esto puede y suele ser muchas veces obra de improvisación. Y más en España, tierra de improvisadores. Cabe escribir periódicamente, en periodista —analista a diarista según el período— para siempre, como dijo Tucídides que escribía su *Historia de la guerra del Peloponeso*. ¡Para siempre!

Mas el escribir para siempre no supone que se remolonee y como que se encarnice uno en escribir. No es buen consejo aquel de Horacio de guardar mucho tiempo un borrador, y sacarlo de vez en vez para pulirlo y repulirlo y tener que borrar las trazas del pulimento. Es lo que hacía, entre otros, Flaubert y así resulta que lo más vivo, lo más inspirado, lo más duradero y en el más hondo sentido lo más acabado de su obra sea su correspondencia escrita a vuela pluma como suele decirse. ¡Y qué vuelo! Vuelo de alas sin lima. Y es que en ella Flaubert habla, corazón a corazón y seso a seso —y también mano a

mano— habla con la pluma con un hombre —o mujer— de corazón y de seso, de carne, sangre y hueso, y no con un público, habla a un lector, a un hombre. Y viniendo a nuestra España ahí tenemos a Santa Teresa que propiamente hablaba con la pluma —y pluma de ave, no de acero— de corazón a corazón también. ¡Genial improvisadora! Y cuando durante la guerra de secesión de los Estados Unidos de la América del Norte se fue a celebrar aquel gran funeral de Gettysburg, se le indicó a Abraham Lincoln, presidente de la República entonces, que debía decir unas palabras y en el tren mismo, en un papel, improvisó con lápiz un breve discurso —no pasa de diez minutos su lectura— que durará cuanto dure la lengua inglesa, duro y trasparente como un diamante, y de una excelsa religiosidad civil. O civilidad religiosa. Un discurso que les canta en las entrañas a todos los americanos.

No he de volver, amigo lector, a comentar —lo hice en un libro— el discurso de Don Quijote a los cabreros con que les llenó de lumbre el corazón, y no por los conceptos si no por la música de estos, cabreros que habían oído cantar el Credo latino litúrgico. Y más arriba, mucho más arriba, la autoridad del Cristo no provino de dogmas que decretara —dogma quiere decir decreto— si no de verbo vivo encarnado en metáforas, parábolas y paradojas que tanto abundan en los Evangelios donde no se encuentra un sólo silogismo. Lo que no quiere decir que no quepa hondura de armonía y de duración en razonamientos conceptuales dialécticos como los de San Pablo en sus Epístolas. Epístolas, esto es cartas, escritas —mejor dictadas, pues él, flaco de vista, las dictaba— al volar de la caña.

Ve aquí porqué, lector, los que comentamos periódicamente los sucesos del día pero buscando en ellos los hechos, en lo que sucede y pasa lo que se hace y queda; los que debemos aspirar no a salir del paso si no a entrar en la queda y a dejar dicho algo para siempre hemos de cuidar ante todo y sobre todo lo que se llama forma y es el verdadero fondo. Acabar un discurso con un ritual —ahora se usa poco, afortunadamente— "he dicho" es acabarlo con una vaciedad, pero otra cosa sería acabarlo con un "queda dicho". "He dicho", yo, ¿qué importancia tiene? En cambio "queda dicho" él, el discurso, queda la obra y a poder ser para siempre, esto es todo. Y al escribir hay que hacerlo para que quede escrito. "¡Lo que he escrito escrito queda!" dijo Pilatos y así es y no sólo fue. Y ojalá, lector, te quede este comentario en la memoria.

Las ánimas en pena

Ahora (Madrid), 18 de marzo de 1933

Uno de esos extranjeros que acuden ahora, casi siempre sin la debida preparación, a nuestra actual España a investigar lo que llaman el caso español —puesto, ¡ay!, de moda— me preguntaba si es que se observa aquí alguna reacción espiritualista. No supe bien qué responderle. Primero, porque reacción supone acción, y no sé a qué acción anti-espiritualista o materialista podría referirse. Y segundo, porque no le entendí bien lo de espiritualismo. Aunque me pareció sobrentender que no quería decir

precisamente reacción religiosa católica, ni siquiera cristiana, ni aun deísta, sino ese vago sentimiento a que por ahí fuera, sobre todo en Francia, se le ha solido dar el nombre de espiritualismo. Que no es exactamente lo mismo que idealismo. Idea y espíritu son dos cosas.

Pensé luego que lo que se suele llamar, mejor o peor, el realismo religioso español, en íntimo enlace con nuestro tan mentado individualismo, es algo que es muy difícil discernir si es materialismo o es espiritualismo, como no sea ambas cosas, la fe oscura—el anhelo más bien—de un espíritu material. El anhelo de la resurrección de la carne y la vida perdurable, sea lo que fuere de Dios. Anhelo que se refleja en España, sobre todo en ciertas regiones, en el culto a las ánimas, a las benditas ánimas, a los espíritus de nuestros muertos, que vagan a las veces por el aire de la noche en estantigua o en santa compaña. Y en lo que creen —o quieren creer, que es igual— hasta no pocos ateos profesionales.

Recordé luego, al oír a ese extranjero a la caza de nuestro caso, que muchas veces se le ha llamado espiritualismo al espiritismo, al de Alan Kardec y al de los médiums y veladores danzantes, espiritismo que ha tenido, y aun sigue teniendo, en nuestra España mucho más arraigo y extensión de lo que creen los distraídos, y al que ha seguido la teosofía. Y entonces caí en la cuenta de que las maravillas —y las maravillas (*mirabilia*) son milagros (*miracula*)— de la física moderna resucitan, sin que las gentes se den al pronto cabal cuenta de ello, una especie de fe en las ánimas, en las almas desencarnadas de nuestros muertos y aun de los ausentes.

¿Es que cuando uno oye por radio la voz, la misma voz, de un ausente que se halla a muchísimas leguas de distancia, no ha de sentir, subconcientemente, que el alma del que habla se halla allí fuera de su cuerpo? O al oír en un gramófono la voz querida de un querido difunto, ¿no ha de sentir, sépalo o no, queriéndolo o sin quererlo, la presencia espiritual, inmaterial, pero real, del alma desencarnada del ánima, que se reveló una vez en aquellas palabras conservadas por milagro físico? Y recuerdo haber oído contar a un amigo la impresión que le causó en casa de los huérfanos de un su amigo ya muerto ver a éstos, a los hijos, proyectar en un cine casero una película en que aparecía su difunto padre moviéndose, accionando, sonriendo como lo hizo en vida. ¿No es natural —y sobrenatural a la vez— que aquellos niños sintieran la presencia real del ánima de su padre? Por donde se viene a colegir que estos fenómenos artificiales —del arte de la física— producen efectos naturales en el espíritu análogos a los que se buscaba producir con la taumaturgia espiritista. La física moderna, al inmaterializar en cierto modo la materia dinamizándola, ha espiritualizado nuestros oscuros sentimientos. Y esto sin tener que acudir a las complicadas teorías, muy por sobre la comprensión del vulgo, de la física matemática moderna. Sólo aquello que en maravillas —milagros— de aplicación técnica llega al vulgo, basta para despertarle su fe, dormida, pero no muerta, en las ánimas, a que los antiguos llamaron manes.

Y a la vez, este nuevo espiritismo —espiritualismo si se quiere—, por lo común subconciente, suscita el sentimiento de la individualidad y del individualismo, de este eterno individualismo cuya decadencia pregonan pobres individuos que no saben verlo ni en sí mismos ni en los demás. Más de una vez he oído a algún carbonero del marxismo —quiero decir a alguno que profesa el credo marxista con fe implícita o de carbonero, disciplinaria, y sin conocerlo— repetir, por boca de carbonero, que el llamado materialismo histórico no es el materialismo filosófico, el que niega la existencia del alma que puede

desencarnar y reencarnar, aunque se profese ambos o uno de ellos sólo. Y así es. Y a la par ese materialismo histórico ha conducido a una nueva religión, que podríamos llamar espirista, ¿Pues qué es, más que un médium —y un icono consagrado—, el cadáver maquillado de Lenin? Y a la vez se refugian en el comunismo los pobres individuos, espíritus individuales, las pobres ánimas encarnadas que tratan de salvar su individualidad en la masa, que tratan de perpetuarla en la comunidad. Y no es un disparate ideológico ni mucho menos, no lo es, el que se hable de comunismo libertario o anarquista, ya que en la comunidad buscan los individuos asegurar y perpetuar su personalidad individual.

"¡La resurrección de los muertos y la vida perdurable!", que decía nuestro tradicional espiritualismo realista y a lo material, el del culto a las ánimas. A las de los antepasados ya muertos, pero también a las de los venideros, de los por nacer, pues hay un culto a la posteridad. Y en este culto que empieza a florecer en las masas, que, como las de los primeros cristianos, creen el próximo advenimiento, ya que no del Reino de Dios, de la República del Hombre, ¿no habrá, acaso, el oscuro presentimiento de resucitar en esos venideros, en esos por nacer, y resucitar en ellos con presencia conciente y real y perdurar luego? Ciego ha de ser el que, en lo más íntimo de las oscuras creencias, de la fe casi mística de los individuos personales que componen estas muchedumbres esperanzadas en un nuevo milenio, no vea la misma raigambre, exactamente la misma, que mantuvo y alimentó la rica floración del espiritualismo realista —y casi materialista— popular español de antaño, y ello aunque esos individuos se crean ateos. Y luego, la dogmática, la canónica, la liturgia y hasta la clerecía laicas. Y el mismo horror instintivo al escepticismo, a la dialéctica, al libre examen y, sobre todo, a lo que llaman pesimismo, especialísimamente anatematizado en la Rusia soviética.

¡Pobres y nobles ánimas de incrédulos creyentes! ¡Pobres ánimas en pena! ¡Pobres ánimas, que no logran apagar la revolución íntima, la de las conciencias individuales; que no logran acallarla con las asonadas de masa! ¡Pobres almas, que sufren, sin saberlo ni quererlo de ordinario, la terrible lucha entre la idea y el espíritu, entre el credo y el anhelo! Y… todo el que se proponga hacer la dicha —la emancipación— del pueblo, proletario o no, tiene el deber de engañarle, sin que importe que se lo confiese así, pues el pueblo —de ánimas en pena—creerá en el engaño y no en la confesión de éste. *Mundus vult decipi*, el mundo quiere ser engañado.

Periódicos andantes

Ahora (Madrid), 23 de marzo de 1933

Este comentador que os dice ahora esto no lee a diario desde hace tiempo más que un periódico extranjero, que es un diario griego, de Atenas, el órgano de Eleuterio Venizelos. El diario se llama *Eleutheron Berna* —pronunciado "Elefceron Vima"—, que quiere decir: "Tribuna libre". Y esta tribuna libre —"eleutheron"— es la tribuna principal de los partidarios de Eleuterio Venizelos, caudillo de los

liberales. Y escribe en ella a diario un cronista que se firma Fortunio. y que es quien más le suministra a este comentador lectura en romaico o griego moderno. Y no pocas sugestiones y hasta algún giro de frase le debo.

En el número del día 8 de este mes de marzo el cotidiano Fortunio de la "Tribuna libre" de Atenas publicaba un artículo titulado *Diarios*, que aunque no contenga sino observaciones muy obvias y al alcance de cualquiera, merecen registrarse por la forma en que están expresadas, en un neogriego sencillo y claro. Voy, pues, a traducirlo en parte y comentarlo brevemente.

"Al griego moderno puede faltarle todo: el pan, la comida, el agua, el cigarro, hasta la entrada de favor para el teatro; pero hay una cosa que no puede faltarte, y es el periódico. Y cómo ha de faltarle, si es todo su pensamiento, todo su saber, toda su literatura y su vida toda. Tiene todo esto más barato que en cualquier otro pueblo de la tierra, no más que por un dracma. El griego es un periódico andante. Con él piensa, con él se forma, con él satisface su curiosidad, con él colma su interés artístico y, por último, de él saca no sólo las más elevadas doctrinan morales, sino hasta sus babuchas y sus calzas. ¡Cómo va a faltarle! Su cabeza es un artículo de fondo; su corazón, un folletín; sus sensaciones, el cotidiano desnudo fotográfico de las estrellas cinematográficas. Va al café con ese bagaje. Y empieza la discusión a base de los periódicos; cada uno el suyo. Cada cual se irrita con todos los otros, los insulta, exceptuando siempre aquel que lee. Así los insultan a todos y a todos los exceptúan antes de irse a sus casas a comer la sopa. ¿Cómo vivirían, os pregunto, sin ellos? El ayuno más trágico que puede uno imponerle a un griego es que le falte el periódico. Conozco hombres que se pusieron como locos anteayer a la mañana, que no tuvieron periódicos…"

Leyendo esto me acordé de aquel famosísimo pasaje —que tantas veces he comentado— de los Hechos de los Apóstoles, en que al ir a narramos el discurso de Pablo ante el Areópago se nos dice (cap. XVII, v. 21) que "entonces todos los atenienses y los huéspedes extranjeros no entendían en otra cosa si no en oír o decir alguna cosa nueva"; lo que no impidió el que cuando el Apóstol les habló de la resurrección de los muertos se hurtaron y le decían: "Ya te oiremos de eso otra vez." Porque ello no era novedad. Y no sólo no querrían oír de resurrección de muertos, mas ni de muertes. ¡Es tan peligroso resucitar el recuerdo de ciertas muertes! Y ese pasaje de los Hechos de los Apóstoles está en relación con otro, de muchos siglos antes, en que en la *Odisea* se dice que los dioses traman y cumplen la destrucción de los mortales para que los venideros puedan tener argumento de canto, que es la expresión del sentimiento estético de la vida. ¡El eterno griego! ¡Tener qué contar y qué comentar! Pero el griego de hoy —el romaico o romio— va al café, según Fortunio, a discutir, a irritarse y a insultar armado de su periódico. "Insulta —dice— a todos los otros, exceptuando a aquel que lee." Y esto, la verdad, lo ponemos en duda. Suponemos más bien que muchos insultarán al que leen a diario, y aún más, que lo leerán para insultarlo. Pues no ha de ser el griego moderno muy diferente del español actual, y aquí conocemos muchos que leen el periódico que más les irrite con sus apreciaciones. Y es que necesitan irritarse.

"El griego quiere —dice más adelante Fortunio— los relatos escritos, impresos con grandes letras, debajo de títulos enormes, como trenes de carbón, dramáticos, emocionantes…" Y aquí da algunos ejemplos. Pero eso no le ocurre sólo al griego moderno. Y lo más de la perversión de la verdad en la

Prensa no proviene de intereses bastardos, si no de sensacionalismos. “Asi impresos —prosigue el cronista helénico—, los relatos toman un aire de realidad. Es una curiosa psicología: reventamos de mentiras y las tragamos muy a menudo a sabiendas. Cuántas veces no he oído junto a mí esta frase: ¡Venga el diario y leamos sus mentiras!” Y agrega luego Fortunio que hay otros para quienes el relato impreso es la última palabra de la verdad; observación trilladísima, pero muy discutible. Y acaba diciendo que si se busca la realidad, a la media hora tiene uno la cabeza como una olla de grillos y busca aspirina.

Bien se le alcanza a este comentador que las observaciones del cronista de Atenas son de las más corrientes; pero le ha retenido la atención la manera de presentarlas, y aun cuando no sea ella demasiado original. Y ha visto en ellas el reflejo de la especial democracia ática, que no parece haber cambiado desde que Aristófanes la puso en solfa en sus inmortales comedias políticas y desde que, mucho después, el autor de los Hechos de los Apóstoles escribió su caracterización de ella. Sólo que aquella democracia ática, la que describió el gran comediógrafo en su obra *Las Nubes*, sátira contra Sócrates, el que andaba azuzando y hostigando la inquieta curiosidad de sus paisanos, acabó por condenar a muerte al heroico partero, que así, partero, se llamó él. Y es que a muchos les resultó abortador y no pocos temieron perder la razón con sus abortamientos. Y siglos después persiguieron a Saulo de Tarso, al Apóstol Pablo, que se dedicó también a azuzarlos, hostigarlos y hurgarlos en las entrañas. Y es que las disquisiciones socráticas del *Fedón* platónico y las disquisiciones paulinianas de la *Epístola a los Romanos* no son apropósito para cimentar en firme suelo la opinión publica de los periódicos andantes, de los ciudadanos políticos.

¿Opinión pública? ¿Y qué es ello? ¿Es que a los diarios se les puede llamar órganos de la opinión? Y, por otra parte, ¿qué necesita más el pueblo, que le informen o que le remezan y sacudan el espíritu? ¿Y qué diferencia va de opinión pública a espíritu público?

Y hétenos aquí que se nos atraviesa otro anfibológico concepto cual es el de la objetividad. “Voy a hacer un relato objetivo” —oímos— y otras frases por el estilo. Pero esto de la objetividad, como lo de la convicción y lo de la conciencia —la conciencia mental, no la moral, la que se opone a la inconciencia y no a la mala conciencia o mala fe— son algo que merece un examen algo más detenido. Como lo de la verdad oficial. Por hoy no quería, si no apuntando unas observaciones del Fortunio ático, indicar la suerte que corrieron Sócrates y San Pablo entre periódicos andantes que vivían de discutir y alterar en la plaza pública, como hoy en los cafés, pero que se detenían ante los problemas esenciales de la vida.

Y conste, antes de cerrar este comentario, que no menciono con desdén a los cafés, pues el café ha sido, y sigue siendo, la verdadera Universidad Popular española, y que en él ha vivido el eterno ingenio español, dejando, dígase lo que se diga, una tradición oral que es la base de nuestra cultura.

El hombre interior

Ahora (Madrid), 28 de marzo de 1933

Sumo y sigo, señores míos: "¿Pero por qué —vienen a decirme aunque con otras palabras— te complaces en hurgar en todos esos sentimientos oscuros, vagos e irracionales, trágicos de la vida que dirías, y hablarnos de engaitamientos, desesperanzas, engaños, ánimas en pena y todo su cortejo? ¿Por qué no animarnos a vivir alegres y confiados en el presente y a hacer de nuestra España una República contenta en que vivamos sin atormentamos?" Y por aquí siguen. Son los de la emoción republicana, la vibración republicana, el fervor republicano, la conciencia republicana y lo demás. Son los hombres de fuera, exteriores, tan exteriores como los de la lealtad monárquica, y cuidado si lo eran éstos. Uno de estos republicanos sin más, a secas —o en seco—, un republicano mero y orondo, me decía: "¿Qué quiere usted esperar de un Gobierno en que un ministro —¡y socialista!— confiese en público que estima una desgracia el no tener el fe religiosa, y otro se declara cristiano sin dogmas ni milagros? Así no se va a ninguna parte." Le molesta el hombre interior.

El hombre interior. O acaso mejor el hombre de dentro: "eso anthropos". Y pongo la expresión griega no por pedantería, sino para que los cuitados y los menguados puedan decir con más razón que no se me entiende. Es expresión del apóstol Pablo en su epístola a los Efesios (III, 16). Es decir, un "ad-efesio". Y el hombre interior —mejor acaso: íntimo— que ando buscando, cual nuevo Diógenes, no es el de la calle —el consabido hombre de la calle— ni el de su casa, si no el de a sus solas. El hombre de la calle o de la ciudad, el ciudadano, propiamente el elector, el de partido, es el político, de "polis", ciudad; pero el otro, el interior, el de a sus solas, es el individuo del mundo —"cosmos"—, es el cósmico. Es el universal. El universal y el individual a la vez, el entero y no de partido.

A las veces se logra llegar a este hombre sustancial y no con lo que se le dice ni con el tono y acento —si es por escrito, estilo— con que se le dice, si no con el timbre. Es el timbre de la voz con que se conmueve y se convence. Sin que falte timbre escrito. Es el timbre lo que atrae a unos y rechaza a otros. Es el timbre el que repudian los que no quieren verse a sí mismos a solas, los que se sienten perdidos fuera del rebaño, los que no se atreven a enfrentarse con su individualidad íntima, los cuitados y menguados hombres de masa.

Hay quienes parecen haberse creído que con eso de declarar que la República española no tiene religión del Estado —que no es lo mismo, hay que volver a repetirlo, que religión de Estado— va a desaparecer de la vida pública, comunal, no digo ya la religión, si no la religiosidad, la inquietud religiosa del pueblo español, de la nación española y que vamos a contentamos los españoles con esa superficialísima y archifrívola superchería de las formas de gobierno, de los regímenes políticos y lo que de ello se derive.

El liberalismo, el humanismo liberal hijo del Renacimiento y de la Reforma protestante, llegó a ser una especie de religión civil y nacional —lo ha sentido bien Croce— como llegó a serlo el tradicionalismo —lo de monárquico es accidental y baladí y profano— y el socialismo, y aun más el comunismo, y el anarquismo; ¿pero el republicanismo?, ¿el republicanismo mero y mondo?, ¿qué es eso? Abogacía a lo más. Y electorería. Hay, si no se quiere hablar de religión, una filosofía liberal, y tradicionalista, y socialista, y anarquista, ¿pero republicana? No la conozco. Democrática, se me dirá. Pero esto es otra cosa, pues democracia y república ni se igualan ni se excluyen.

Y viniendo a lo de ahora y de aquí, qué quieren ustedes señores míos, que me entretenga y les entretenga disertando de si este partido o el otro, de si nuestros sedicentes republicanos o si los que se confiesan socialistas, de si la crisis, de si va a salir éste o entrar el otro, de si a la derecha o a la izquierda, de si en las próximas elecciones... ¡Uf! Nada de eso toca al porvenir y a la continuidad íntimas de España.

Si vieran ustedes, señores míos, lo que me molesta cuando algún periodista extranjero viene a pedirme vaticinios sobre el porvenir político de España y preguntarme si creo o no posible una restauración monárquica o la implantación de una dictadura fajista o de una dictadura soviética. O le despacho con cajas destempladas o le coloco cuatro vaguedades baratas o algún camelo. Como hace pocos días en que le dije a uno de estos periodistas que en España empiezan a esbozarse dos grandes partidos políticos de tumo, el de los funcionarios y el de los parados. O sea el de los ocupantes y el de los aspirantes. Lo cual no es ningún camelo, me parece... Y no he encontrado más que uno de esos corresponsales que me preguntase por cosas de más sustancia y de más intimidad. Y se comprende, pues que era un calvinista preocupado con la labor que lleva desde Suiza Carlos Barth. En cambio los periodistas extranjeros católicos no parecen interesarse por el problema religioso, si no por el político. Para ellos, como para los ateos de la Acción Francesa, la Iglesia Católica Romana no es más que una potencia política cuyo reino es de este mundo. Y así es, en verdad. Como que en toda la propaganda católica actual en España no se oye si no a hombres exteriores, por lo general de timbre metálico de voz. Tan raro encontrar entre ellos hombres interiores y cósmicos, como aquellos “pioneers”, linaje de los padres peregrinos del Mayflower que en sus luchas políticas en Norte América mejían esquirlas de la Biblia con briznas de la selva virgen.

No hay que hacer de la religión política, se dice. Pero cabe y se debe hacer de la política religión. ¿Porqué se llama, si no, al copartidario correligionario? Y en todo caso hay que buscar al hombre de dentro, al hombre íntimo, preocupado de su destino individual, del sentido eterno de su vida y que no puede satisfacerse con esa actividad externa de funcionario o de parado, de ocupante o de aspirante.

No se concibe bien que llegue a ser buen conductor de pueblos o buen forjador de naciones quien no se haya nunca preocupado del principio primero —valga la aparente repetición— y del fin último de las cosas todas, de su primer porqué y de su último para qué, y aunque sea para llegar a negarlos. Un político podrá ser creyente o incrédulo, agnóstico, dogmático o escéptico; lo que no puede ser es indiferente. Puede decir todo menos esto: “eso no me importa”.

Y ahora sumaré y seguiré con mi tema, señores míos.

En la calle: sarta sin cuerda

Ahora (Madrid), 1 de abril de 1933

¡Cómo pesa!;Cómo pesa el tiempo según pasa, pisoteándonos a tierra! ¡Tiempo de bochorno espiritual, sobre todo en la calle! En la calle, sin verdura ni rocío. ¡Temperatura de temporal! ¡Temple de tempestad! ¡Temporal!, ¡tempestad! es lo que da el tiempo que pasa pisoteándonos. Lo eterno da calma. Pobre Nietzsche, el de la vuelta eterna, que no logró calma. Y menos mal que murió sin saber que se moría, libre de la razón.

Y esos niños que juegan en la calle al pelotón mientras el tiempo nos pesa, ¿se percatan de nuestras pesadumbres? ¿Se les quedan nuestras miradas en el alma? ¡Mejor que no! Porque siente uno aquí, en la calle, algo así como la sensación de una telaraña invisible e intangible, formada de un tejido de miradas de odio, de envidia, de desdén, de desprecio. Y también de lujuria. Y a lo peor le mira a uno uno de esos niños como quien recuerda haber visto su retrato en los papeles públicos. ¡Pobres niños! ¡Pobres moscas de esa fatídica telaraña espiritual!

¿Organizar las impresiones callejeras? ¡Imposible! No se eslabonan; se apelotonan las ideas —impresiones— y se apeguñan y se destrozan. No hay reposo ni sosiego para ordenarlas según se atropellan. Hay que verter el fichero de los apuntes. Y, además, ¿organizar ideas? ¿Para qué? Acaso las políticas —si es que son ideas—, para la propaganda. ¡Hacer declaraciones! ¡Dar programas! Pero las verdaderas ideas se asientan y se organizan como el grano en mano de los medidores: a golpecitos. O a golpes. A golpes secos se asientan y cuajan en sistema —o programa— las ideas. Y se quedan muertas.

¿Objetividad? ¿Qué es eso? Un tópico parlamentarlo, o sea, vacuidad. ¡Objetividad! Ni una cámara oscura de fotógrafo, y eso que no tiene alma. Para dar impresiones objetivas hay que tener alma de cántaro o de cañón: vacía. Espíritu objetivo es el de un anti-profeta. Profeta no es adivino, no es vaticinador, no es "calendariero" —esto es: el que hace en los almanaques el juicio del año venidero, de su tempero—, no es el que dice lo que pasará mañana o pasado mañana, o el año o el siglo que vendrá, sino el que declara lo que está pasando hoy por dentro —mejor, lo que está quedando— y lo que pasó —o mejor, quedó— ayer; todo lo que los demás, si lo saben, se lo callan. Y los profetas del pasado suelen ser los más profetas. ¿Y por qué los demás se callan lo que ellos proclaman o profetizan? De ordinario, por no pasar por pesimistas. Pero… el peor pesimista, el pésimo, es el que de nada ni de nadie habla mal porque de todos y de todo piensa mal.

Al fin esos niños del pelotón son verdaderos niños, aunque vayan, ¡lástima!, para mozalbetes. Pero, ¿y

esas juventudes? Juventud del partido H, N o X... (Aquí una etiqueta programática cualquiera.) ¿Juventud? ¿Mocerío? ¿Pero de dónde sacarán tantos mozos de partido que vayan para hombres públicos? Si es que la indisciplina —divino tesoro de la Juventud— no se lo estorba. "Oy, Dios, qué cosas!" —murmura una viejecita al cruzarse con una de esas manifestaciones de mozalbetes que van matraqueando un grito cualquiera callejero, ¡qué más da cuál! Y no hay cosa ninguna; no son más que voces, sones de asonada. Ni de motín siquiera —menos de revolución—, si no de asonada.

Y luego... las últimas noticias del día: de Inglaterra, de los Estados Unidos, de Francia, de Alemania, de Austria, de Italia... Y el fajo... y el anti-fajo. La que está fajada es nuestra alma comunal. ¿Y el cáncer? "Pero usted no fuma ni bebe..." Pero vivo. Y, sobre todo, quería referirme al otro cáncer, al cáncer espiritual, a esa verruga, o taladro ideal, que crece hacia dentro y nos desgarra el alma.

En esto: "¡Por Dios, caballero, que no tengo pan para mis hijos!" ¿Y por qué se me viene a las mientes al oírlo eso de que en italiano y en griego actual se le llame al mazapán "pan de España"? ¡Se le amargó la almendra! La facha del pordiosero era congojosa. "Si sigue así —pensé— pronto producirá una vacante... ¿Pero vacante de qué? De pordiosero, de menesteroso, de parado..., ¡claro! Y no faltará quien la consuma o la ocupe. ¡Consumir una vacante!"

¿Y aquello del artículo 46 de la Constitución de esta República de "trabajadores de todas clases"? ¿Aquello de que "la República asegurará a todo trabajador las condiciones necesarias de una existencia digna"? ¿Qué es "una existencia digna"? Otro truco o tópico constitucional. "Trabajadores de todas clases"..., "la guerra como instrumento de política nacional"..., "existencia digna"... Sí, como lo del "salario justo" de la tan asendereada Encíclica de León XIII, o "la Universidad es un centro de alta cultura", o..., o..., o... Todo ello bueno para "bourrer le crâne", que dirían en Francia, y aquí, "tupir la mollera"; o para "épater le bourgeois"; en nuestro caso, dejar turulato al obrero "con-s-ciente". (Ojo, señor regente; aquí hace falta la s esa porque se trata de "consciencia" —con s—, que es más solemne que la vulgar conciencia.)

Y ahora, ¿por qué se me viene a las mientes la imagen de un rebaño —no manada— de lobos frente a una oveja que los contiene? Pero, ¡ay!, los mastines... Los mastines rabiosos son para con las ovejas peores que los lobos hambrientos. Y suele suceder que los rabadanes, en un ataque de irresponsabilidad, azuzan a los mastines contra las ovejas para acarrarlas y acorralarlas, en defensa del rebaño.

Mas... ¡basta!, ¡basta! Esto de cerner sueños por la calle en medio de torbellinos de temporal del espíritu... ¿Espíritu? A soñar a casa, a la cama...

¡Otra vez en casa! "Abuelito, ¿por qué no cae el cielo a la calle?" Y recordé lo que escribí antaño: "Después que lento el sol tomó ya tierra / y sube al cielo el páramo..." El campo, al ponerse el sol, sube al cielo; ¿pero la calle? ¡A la cama, pues, a dormir sin soñar! ¡No sea que en el sueño se me abran las puertas de las tinieblas soterrañas —"portae inferim"— y me atrapen el alma y me la arrastren por la atarjea de la calle!... ¡A dormir! Mañana será el mismo día...

Tres españoles de trasantaño

Ahora (Madrid), 5 de abril de 1933

Entre las yemas de los dedos de sus manos toma el Señor las vidas de sus siervos y las retuerce que así las hila para tejerlas luego. Rueca la Tierra; telar —trama y urdimbre— la Historia. Y esas retorsiones son para los siervos retortijones de las entrañas espirituales —resentimientos y remordimientos— frutos de la divina hilatura. Y si luego ese paño así tejido le valiera al Señor para, vestido con él, hacérsenos visible pues que desnudo no se nos revela, ¿qué más? ¿Que es traje de luto?

Vivimos —sería vano negarlo— una de las épocas históricas más contorsionada, acrecida nuestra fatal capacidad de resentimiento, de remordimiento, de odio y de envidia. Por todas partes lo que los ascéticos llamaron acedía, o sea murria, mal humor. Y eso que llaman extremismo. O exageración. ¡Y que es tan nuestro!

¿Extremismo? Valgan, a modo de diversión, dos anécdotas. La una que en la Mancha después de una asoladora sequía de siete meses, sobrevino una temporada de aguaceros y un día llegó a una casa una mujer de campo manchego, manchega ella, toda calada de agua del cielo y al abrir la la puerta ella, zapatos en mano, exclamó: "¡Ay señorita, hasta el Señor es *desagerao*!" Y la otra anécdota la de aquel canónigo a quien como le recordaran lo de que "es más difícil que entre un rico en el reino de los cielos que el pasar un camello por el ojo de una aguja" objetó complaciente: "Bueno, pero es que nuestro Señor Jesucristo era un exagerado." El Cristo y el Padre del Cristo de España han sido exagerados, extremistas. Y hasta la tierra española nos la han hecho extremada. A punto tal, que podría llamarse toda ella Extremadura aun que en otro sentido que el originario de esta denominación geográfica.

Se nos está remejiendo el poso turbio de nuestras entrañas espirituales colectivas, el légamo de nuestra historia, la herencia de nuestro Caín cavernario, de aquel que pasó de luchar con el bisonte como el de Altamira —y para comérselo— a luchar con sus hermanos, para en cierto modo comérselos también. Guerra civil, que es el estado normal. O guerra más que civil, que dijo un español, Lucano. Ni es otra cosa lo que llaman revolución. ¡Y qué español también aquel Romero Alpuente que afirmaba que la guerra civil es un don del cielo! Y luego ofrece la paz el que provoca la guerra —el que provoca las provocaciones de guerra— y dice a los adversarios que se pacifiquen el que de continuo les hostiga a guerra.

Ahora vemos que con achaque de atajar un fajismo que se les antoja en asomo, se dan unos a preparar otro fajismo. Siempre los aterrados se dieron a aterrorizar, siempre se dieron a perseguir los atacados de manía persecutoria, los soñadores de fantasmas. Y es triste embestir a sombras y meterse en revolución donde apenas si hay nada que revolucionar. Pero es el efecto del ambiente mundial.

Más de una vez se ha dicho recientemente en relación con eso del "hundimiento del Occidente"

(Spengler) que vamos acaso a entrar en una nueva Edad Media y el que esto os dice lo dijo hace cerca de veinte años en una revista ginebrina. Y somos no pocos los que nos ponemos, a modo de desolado consuelo, a estudiar en los recuerdos de la historia pasada, siempre viva, el paso del Imperio Romano a las bárbaras comunidades populares de la Edad Media civilizadas por la otra Roma. Y si españoles, el caso de España, visigótica, románica y arábiga.

¡Tiempos de temporal aquellos del siglo V en que la mano del Señor pesaba —y con extrema exageración— sobre nuestra entonces naciente España española, como sobre toda Europa! El temporal de la romanización de los bárbaros. Luego, al acabar el VI, el ya mítico Recaredo. Porque hoy Recadero es en España tan mítico como lo son los Reyes Católicos, Felipe II o Íñigo de Loyola. Y como empiezan a serlo personajes de no hace más que una decena de años. Y la revolución misma, esta de que nos hablan, ¿no es un mito? Como la huelga general.

Y en ese siglo V, al entrar en él, nos encontramos con dos españoles, aragonés el uno y catalán el otro, que nos han trasmitido el eco de aquellos retortijones —resentimientos y remordimientos— de la conciencia popular cristiana abrumada por el destino. Los dos con el espíritu de Agustín, el africano. El uno, el aragonés, Aurelio Prudencio Clemente, cantor de la lucha del alma, de la psicomaquia —que algo tiene de tauromaquia— y poeta de truculentos himnos de martirios, que se rebela a obedecer órdenes criminales y que celebra cómo se quemaba, se cortaba y se dividía miembros cuajados en barro. Y preludió a *La vida es sueño* diciendo que hasta durmiendo meditaremos en Cristo. Y el otro, el catalán, Paulo Orosio, que escribió de las tristezas del mundo par a los cristianos desesperados de la Providencia, para los que ajenos a la ciudad de Dios gustaban lo terreno —"terrena sapiunt"— o mejor: sabían a tierra. Ese libro del español, catalán, del siglo V está entre *La Ciudad de Dios* de San Agustín y el *Discurso sobre la historia universal* de Bossuet. ¡Y qué españoles los dos, el aragonés y el catalán! Y éste, el catalán, polemizó contra otro español, gallego éste, de aquellos tiempos, Prisciliano. Prisciliano, el que cubre el mito de Santiago de Compostela. Y de los tres, el gallego es el hereje.

¡Prudencio, Prisciliano, Orosio! ¡Qué hondamente puede rastrearse estudiando sus sendas vidas, sus sendas obras, lo eterno de nuestro espíritu común que hoy, merced al actual temporal del mundo, resurge! ¿La actualidad? ¡Bah! ¿Es que cuando hayan pasado quince siglos más, allá, hacia 3433, si es que aun queda algo a que se llame España o cosa así, se acordará nadie de esta obra de renovación que creemos estar cumpliendo algunos ilusos, y se acordará de nosotros? ¿Renovación? ¡Buena renovación nos dé Dios!

Por dentro, por dentro de dentro de nosotros ¿se renueva algo? ¿Es que podemos decir, en serio, que en unos años, menos, en unos meses hemos cambiado, con una Constitución, la religión civil de España? ¿Una España nueva? ¿Revolución? Lo que sí, rebrotar de retorsiones, de resentimietos, de reconcomios, de rencillas, de remordimientos. Y si, lo que no es hacedero, volviese lo que, por hacer algo sonado, derribamos, añoraríamos lo de hoy, que hoy tanto nos pesa. Tanto nos pesa porque todavía está encima de España y no aun sobre ella.

¿Remedio? Éste.

Esa revolución...

Ahora (Madrid), 11 de abril de 1933

"¡Estamos haciendo la revolución!" o "¡Tenemos que acabar la obra revolucionaria!" O aquella tan socorrida, típica y tópica metáfora del cabalgar. Hay quien cree que hace galopar a su corcel —o lo que sea— entre ladridos; que lleva a su cabalgadura cuando es esta la que le lleva. Y va desbocada, que el pobre y torpe jinete no sabe manejar ni las riendas ni las espuelas.

Es como cuando se decía: "Nosotros, los que hemos traído la república..." Y la república —tengo que repetirlo una vez más— no la trajimos nosotros si no que ella nos trajo. O mejor nos la trajeron los otros, los no republicanos. Y así ahora esa revolución no la están haciendo los que dicen hacerla, si no que ella, la revolución, les hace a ellos y sobre todo les deshace. Porque ahora les está deshaciendo.

En el libro del portugués Fidelino de Figueiredo *Las dos Españas* que con buen acuerdo ha hecho publicar, traducido al castellano, el Instituto de Estudios Portugueses de la Universidad de Santiago de Compostela —libro del que he de dar aquí mismo más amplia noticia— se dice: "Y España, país de violencia, por segunda vez mudó su régimen político, incruentamente, por vía legal. Pero la innata necesidad de un sello de violencia, que crease una conciencia de vencedores y una situación de vencidos, satisficiéronla los conventos, las iglesias y sus tesoros artísticos vandálicamente destruidos por un formidable auto de fe." ¡Muy bien! Pero, ¿es que con el artículo 26 de nuestra Constitución de papel se contiene o se encauza esa innata necesidad de violencia? ¿Es que el Parlamento es u n embalse? El agua de avenida le desbordará; y los irreflexivos legisladores, jinetes de caballos desbocados, irán a derrumbarse en cascada, legisladores convertidos en revolucionarios a la fuerza, a su pesar, y arrastrados po r la corriente. Y luego, con el agua al cuello, ahogándose en el torbellino, gritarán en las últimas boqueadas: "¡Estamos haciendo la revolución!" ¿Y después? La otra.

¡La necesidad de crearse una conciencia de vencedores! Necesidad que llevará a los incendiarios a quemar un día esa Constitución de papel y con ella los artículos 26 y 46. ¡Y cómo arderán! Para luego ponerse los ya concientes vencedores a defender el desorden establecido.

¿Habrá que recordar aquella doctrina marxista del determinismo histórico, de que son las cosas y no los hombres los que producen el movimiento histórico, de que el capitalismo terminaría en el colectivismo quiéranlo o no los hombres, sin ellos o contra ellos, como con ellos? ¿La concepción catastrófica de la lucha de clases, de la guerra civil económica? Concepción que empiezan a rechazar no pocos sedicentes socialistas que se han puesto a pensar mejor la historia. Ahora que los impenitentes liberales espiritualistas, los que creen que la historia es el reino —¡perdón! la república— de la libertad, estiman que el hombre es la primera y principal de las cosas, o sea causas; creen que los hombres hacen la historia y hacen las cosas. Y esta doctrina que unos llaman humanismo, otros la llaman individualismo, y

otros personalismo. Y aun hay otra, y es la de los que sentimos que la historia es el pensamiento de Dios en la tierra de los hombres. A lo que los otros llaman delirios místicos si es que no frivolidades.

Realidad y personalidad. Realidad de "res", cosa, y personalidad de persona, hombre. Hallándose el que esto escribe desterrado en Fuerteventura, recibió consejo de uno de los dirigentes —si es que algo dirigen— del marxismo ortodoxo español diciéndole que respecto a la dictadura primo-riberana, había que plegarse a la realidad. Y él, el dirigente, bien que se plegaba. Y hube de contestarle que pues yo creo en el poder del hombre sobre las cosas, de la personalidad sobre la realidad, me había llevado mi personalidad española al destierro dejándoles aquí la triste realidad. Y vi al fin el triunfo de la personalidad colectiva española sobre la realidad dictatorial. Y recuerdo esto ahora que otra realidad dictatorial —de eso que llaman derecha o de lo que llaman izquierda, qué más da?— se cierne sobre nosotros. Y es la revolución esa que no la hacen, sino la sufren los hombres. Y no digo las personas porque no se puede llamar personas, individuos concientes de su personalidad, a los que incendian, pistolean, atracan, vociferan y motinean. Masas en el sentido físico de una masa de agua.

Y luego el que cree cabalgar. Como aquel que arrebatado por un huracán en un balandro se ponía a soplar la vela creyendo que así contribuía al huracán. Y después, al ir apuntando el alba, encendía una cerilla para ver salir el sol. ¡Toda una persona! Y tomaba por ladridos los embates de las olas contra el quebradizo casco del pobre balandro.

"¡Estamos haciendo la revolución!" ¿Cuál? ¿La del artículo "h", o "x", o "n" de la Constitución? ¿La de la reforma agraria? ¿La de la ley de congregaciones? ¿La de otra ley cualquiera de papel? No, la revolución es la otra; la revolución es la de los agentes ciegos y sordos de un instinto colectivo, la de la "innata necesidad de un sello de violencia", la de los que quieren crearse "una conciencia de vencedores" ya que carecen de conciencia alguna. La voluntad de poder que dijo Nietzsche, y que en las muchedumbres es voluntad de destrucción. Y luego esos mismos, fuerzas ciegas, se volverán contra lo que ahora se les antoja erigir. De la misma muchedumbre que grita: "¡abajo el fascio!" saldrán los fajistas. Vendrá la resaca, vendrá el golpe de retroceso. Es ley de mecánica social como lo es de mecánica física.

¿Y quién se salvará de esa mecánica, de ese determinismo de la realidad? El que tenga fe en el espíritu, en la personalidad, en la libertad. Como los revolucionarios a su pesar y a la fuerza, también él se verá arrastrado en el torbellino. Los revolucionarios a la fuerza, por que no supieron retirarse del poder —poder aparente— al ver que desde él no podían encauzar el torbellino y luego, ya en éste, ¿qué van a hacer? Pero el que tenga fe en el espíritu, es decir, en la libertad, aunque perezca también ahogándose en el torbellino, podrá sentir, en sus últimas boqueadas, que salva en la historia su alma, que salva su responsabilidad moral, que salva su conciencia. Su aparente derrota será su victoria.

Y luego. Dios dirá.

Con la plena libertad de opinión y de expresión que concedemos a nuestros colaboradores, don Miguel de Unamuno, en el artículo preinserto, expone un estado de conciencia que no comparte este periódico. Ni antes, ni ahora, ni mañana, estas diferencias de criterio entre los que estampan su firma al pie de los artículos que aparecen en nueatras columnas y el pensamiento de la Redacción nos privará de concederles —muy honrados con ello— el espacio que les tenemos reservado.

Juventud de violencia

El Norte de Castilla (Valladolid), 12 de abril de 1933

Ahora que cada vez más se habla en nuestra España del fajo —que es la forma a que pasó al castellano la palabra italiana "fascio", haz— y por cierto que los más auténticos fajistas son los que salen a la calle a vociferar contra él, ahora se recuerda uno de aquella su canción callejera en que se repite el estribillo de "giovinezza, giovinezza", esto es: juventud, juventud. Porque ese movimiento pasional e instintivo, sin un contenido conceptual bien definido y concreto, obedecía entre otros móviles a la impaciencia de la gente por colocarse cuanto antes, por echar afuera a los antiguos ocupantes de los cargos, por desviejar —para servirnos de este término de ganadería— la administración pública.

Estoy repitiendo en estos días de continuo que la división que hoy se marca en la permanente guerra civil intestina de nuestra patria es en funcionarios de una parte, y parados de la otra; en ocupantes de cargos y aspirantes a ellos. Y es lo que mueve a los que parecen más desinteresados. Casi todos los partidos políticos, sean los que llamamos de derecha, como los que decimos de izquierda, tienen su correspondiente juventud oficial. U oficiosa. Juventud en desacuerdo no pocas veces con la parte que podríamos llamar adulta del respectivo partido, cuando no en abierta rebeldía contra ella. No pocas veces esa parte adulta, y aún más que adulta —una especie de senado— se ha creído obligada a desautorizar manifestaciones que estimaba extremadas, de la parte juvenil. Y hay partido extremo que en rigor es arrastrado por el elemento más joven —joven en edad, claro— de él, y como este elemento se renueva constantemente, resulta que su acción ni tiene continuidad ni tiene capacidad. Ese elemento vive preso de una preocupación morbosa, y es la de superar, la de ir más allá. Es un extremismo meramente formal.

Dos características he observado en el sentido —o contrasentido— de esas juventudes. Es la una su profunda ignorancia de la Historia contemporánea de España. Los más de los mozos de esas juventudes con quienes he conversado no tienen la más ligera noticia de lo que hicieron sus padres y sus abuelos. Se les oye hablar de ideas mandadas retirar o que ya pasaron de moda —como si la moda rigiera en esto— y cuando se les pone a prueba, resulta que no tienen la menor idea de esas ideas, o que las desfiguran. Y si su ignorancia histórica es grande, su ignorancia geográfica no es menor. Pues es muy corriente que se nos presente muy enterado de lo que dice que pasa en Méjico o en Rusia, uno de esos

jóvenes que no ha salido de España y que apenas tiene noción clara de lo que pasa en su propia tierra.

Es la otra característica, en no pocos de esos jóvenes profesionales —quiero decir que su profesión es la juventud— un cierto sentido deportivo de la violencia por la violencia misma. Y menos mal que las más de las veces la violencia no es más que verbal. Aunque empieza a pasar a vías de hecho.

Esto es ya una especie de epidemia contagiosa. Y no es la violencia puesta al servicio de un ideal o de una finalidad política, social, religiosa —o irreligiosa— o de otro sentido público, sino que esos ideales o finalidades no son sino pretextos para ejercitar la violencia. "¿Muera qué, hay que gritar?", preguntaba una vez uno de esos mocitos. Y luego se dice que son excesos del entusiasmo. Nunca he podido comprender por qué para justificar ciertos crímenes se suele decir que son pasionales, como si en rigor no lo fueran todos ellos. No sé que la pasión de un novio o de un marido celoso que matan a su novia o a su mujer porque les engaña con otro, sea más pasión o pasión más pura que la de un haragán que mata para robarle a otro, antes de ponerse a trabajar. Y aún voy más allá, y es que una banda de atracadores que se ponen de acuerdo para asaltar un Banco y llevarse sus caudales me parece más justificada acaso que otra banda que va a quemar una iglesia sin llevarse de ella nada. No sé por qué las quemas de los conventos, pongamos por caso, fue acción de una calidad más pura o más noble que el saqueo de una joyería.

Voy más allá, y es que aquella acción me parece denotar una perversión mayor que esta otra, porque es una perversión del entendimiento. La locura podrá eximir de responsabilidad criminal, pero exige que se le encierre al loco, y si es menester se le tenga con camisa de fuerza. Y lo triste es que hagan falta más manicomios que cárceles. El delincuente con juicio se corrige antes que el demente. Y cuando uno lee las noticias de ciertos estallidos juveniles —¿juveniles?— no puede menos que pensar que sopla un viento de dementalidad. Las más de esas reyertas que surgen en ciertos mítines o al salir de ellos acusan un estado no de exaltación ni de apasionamiento, sino de dementalidad, de perturbación mental. No de ignorancia, no, sino. de tontería, cuando no de estupidez.

¿Es eso juventud? No, eso no es juventud. Ni ésta se mide por el número de años. Hay una enfermedad mental que se llama demencia precoz. Y hay precocidades que son dementales. Como es la de exaltarse por palabras cuyo valor y sentido se desconoce. Estoy seguro que los más de los que se encienden gritando "¡Viva el fascio!" o "¡Muera el fascio!" no saben, ni los unos ni los otros, lo que tal fascio sea. Ni les importa saberlo. La cosa es que el cuerpo —pues alma no suelen tenerla— les pide palo, o acaso sangre, y lo demás es un pretexto.

Pero, ¿cómo ha venido esta enfermedad? ¿A qué causas obedece? ¿Qué honda apetencia del espíritu público la produce? Esto es lo que hay que buscar.

El soñar de la esfinge

Ahora (Madrid), 16 de abril de 1933

El Instituto de Estudios Portugueses de la Universidad de Santiago de Compostela ha publicado, traducida del portugués al castellano, la obra *Las dos Españas* de Fidelino de Figueiredo, gran conocedor de la vida de la Península Ibérica toda y a quien su calidad de portugués le capacita para ver más claro y más hondo que nosotros en ciertos recovecos de nuestra historia común.

En general no me parece conveniente que se traduzca del portugués al castellano y del castellano al portugués, ya que debemos esforzarnos unos y otros en leer en las sendas lenguas, ya que el esfuerzo es pequeño y grandemente remunerador. Como no apruebo el que se traduzca del catalán al castellano y por la misma razón. Y en cuanto a traducir del castellano al catalán no pasa de ser una ridícula puerilidad. Pero en el caso de la obra de Fidelino de Figueiredo la meritoria empresa de la Universidad de Santiago de Compostela puede considerarse como una reedición de ella y un medio de que el público culto español —incluso, ¡claro está!, el gallego— se fije en la tal obra. Que lo merece.

Y no porque en su aspecto informativo, de erudición, nos ofrezca grandes novedades, ni el autor lo pretende. El valor de la obra de Fidelino de Figueiredo descansa en su penetración imaginativa y cordial en nuestra historia. Y por otra parte es más que un investigador, es un vulgarizador; su función es más honda y más alta que la de aportar nuevos datos o rectificar los ya adquiridos. Hay en su obra breves semblanzas de españoles, como por ejemplo las de Feijoo, Jovellanos, Menéndez y Pelayo, Giner, Costa, Ganivet —para no citar las de los que aún vivimos— que si no dan nuevas noticias nos permiten fijarnos mejor en el sentido de esos españoles.

Pero hay dos que se nos presentan como ideas directivas de esta obra. Es la una la de su profunda comprensión de que nuestra íntima historia espiritual estriba en nuestro carácter contradictorio, o si se quiere dialéctico y dilemático, en que somos un pueblo de contradicción. Yo diría, ensanchando la expresión del portugués, que la guerra civil es el estado normal de España. Normal, y si se quiere natural, si es que no sobrenatural o de gracia. Aun en las épocas en que pareció unificarse y uniformarse a España por obra de la Inquisición y de la expulsión de los judíos y de otras medidas coadyuvantes, la guerra civil, la de las dos Españas que dice Figueiredo, latía en el fondo. Y en el fondo de cada español, que vive en guerra civil consigo mismo.

“Los dos españoles más vivos, y, por tanto, más presentes en la conciencia española, son: Felipe II, que queriendo unificarla la dividió para siempre, y Don Quijote, que queriendo ridiculizar su gusto, la engrandeció y personificó las excelsitudes de su espíritu ante el mundo”. Así asienta este portugués. Y hay que notar primero el acierto de poner junto a lo que creemos un personaje histórico, un personaje de ficción, que no es menos histórico que aquél y que hoy existe y obra en la historia tanto como el otro.

El Don Quijote vivo, claro está, el que sigue viviendo, haciéndose, deshaciéndose y rehaciéndose, y no el Ingenioso Hidalgo de los cervantistas. "El soberano espiritual de España", "el mito colectivo de Don Quijote", como dice el autor. Que se le ponga como el otro término a Felipe II, mito ya también, es más discutible. Acaso estaría mejor Íñigo de Loyola, a quien, no se adivina por qué, pasa por alto el portugués… Y es otro acierto no poner como los dos polos a Don Quijote y a Sancho, que en rigor son las dos caras de uno mismo. El fecundo mito completo es Quijote-Sancho.

No es cosa de seguir aquí el discurso dialéctico que de nuestra historia hace Figueiredo desde Felipe II hasta nuestra actual república y la lucha de los que llama filipizantes y de los desfilipizantes, de los que se llamaron en un tiempo serviles y liberales, carlistas y cristinos, progresistas y reaccionarios y con otros nombres… Lástima que mezcle alguna vez con ella esa ramplonísima anti-histórica y vacua denominación de derecha e izquierdas, comodín para la más lamentable pereza mental si es que no incapacidad de pensar la historia y de entenderla.

Lo que se podría llamar la permanente revolución española, nuestra guerra civil, está fielmente trazada en esta obra. En la que se lee una penetrante caracterización de su último acto y es cuando, refiriéndose a la quema de los conventos, se dice: "Y España, país de la violencia, por segunda vez mudó su régimen político, incruentamente, por vía legal. Pero la innata necesidad de un sello de violencia que crease una conciencia de vencedores y una situación de vencidos, satisficiéronla los conventos, las iglesias y sus tesoros artísticos, vandálicamente destruidos por un formidable auto de fe." Y así ha sido, en efecto. La innata necesidad "de guerra civil intestina" —lo que llaman revolución—, la de convencerse de que habían superado algo, de que habían vencido algo, les llevó a aquellos inconcientes españoles a proclamar con un incendio la guerra santa civil y a provocar provocaciones. Después se proclamó que estamos en pie de guerra. Y se entró francamente en el período de las alucinaciones y de la manía persecutoria y a la vez perseguidora. Y aquella quema fue, en verdad, un auto de fe, un efecto de espíritu inquisitorial común a ambos bandos. Y es, como he dicho muchas veces, que esa dualidad —mejor: contrariedad— que es espíritu de lucha lo llevamos cada uno de los españoles dentro de nosotros mismos y cuanto más nos ensañamos con el adversario es que estamos peleando con el otro que llevamos por dentro, con uno de los dos.

El último capítulo de *Las dos Españas* de Fidelino de Figueiredo se titula: "El Despertar de la Esfinge". Es la suposición de que en el cambio de régimen político, con la República, ha despertado la Esfinge española. ¿Será verdad? "Unir las dos Españas en una España nueva será la solución plena del problema, igual que en los viejos dramas, cuando los personajes, se reconocen y reconcilian", dice el portugués. Pero luego reconoce que ese antagonismo de las dos Españas es la razón de vivir de España una.

Y el libro acaba con este párrafo: "¿Y qué objetivo ideal habría de servir una España así estructurada en forma nueva y original? Uno que es castizamente español y seguramente de mayor poder galvanizador que Marruecos, la policía del Mediterráneo y la oratoria ibero-americana: ayudar a restablecer la soberanía del espíritu en el mundo, saliendo toda ella, o mejor todas ellas, una vez restauradas internamente, a esa gran aventura nueva de quebrar lanzas por la inteligencia, por la dignidad y por la

libertad individua], bajo el mando del Rey Don Quijote el Único…"

¡La soberanía del espíritu! Del espíritu, no de la razón. Del Espíritu, no del Verbo. Y la libertad individual. Espiritualismo e individualismo, pues. Mas para ello mejor será que la Esfinge no despierte sino que siga soñando. "Somnia Dei per hispanos", que dije yo.

Y antes de cerrar esta larga noticia he de manifestar mi deseo y esperanza de que se traduzcan del alemán al español —castellano o portugués— dos libros fuertemente sugestivos y estimulantes de Reinhold Schneider que son *La pasión de Camoens* y *Religión y Poder*, siendo la figura central de este segundo libro el rey Felipe II. En ambos libros se contienen algunas de las páginas más hermosas que sobre el Portugal y la Castilla del siglo XVI y de siempre se hayan escrito. En ambos se alumbra —y se enciende— el fondo de esta santa guerra civil íntima que nos eterniza en la historia.

Primavera en la calle

Ahora (Madrid), 21 de abril de 1933

¡Primavera en la calle! En la calle callejera —no es perogrullada— y ciudadana. Porque hay calles de aldeas, de lugarejos. Ahora que en éstos suelen aislarse del campo. Y en las grandes ciudades, en cambio, o en sus arrabales —¡esos fatídicos arrabales de ciudad!— se siente la necesidad de meter en ellas el campo, pero enjaulado y domesticado. ¡Esos tristes arbolillos callejeros y esas pequeñas plazoletas de verdor alquilado! Y sentir en el otoño rodar las hojas secas sobre el asfalto del arroyo o las losas de las aceras. En ese suelo que parece hecho adrede para que el ciudadano no pise frescura.

Aquí, en esta calle de Zurbano en que escribo esto, se alinean al borde de las aceras unos pobres arbolillos prisioneros entre cemento y piedra. Viven una vida raquítica, miserable, merced a amputaciones, a podas. Su escasa copa responde a la escasez de su raigambre. Sólo en alguna plazoleta, sobre césped, se ve algún árbol que nos regala la vista con floración rosada. ¡Pero estos pobres arbolitos! ¡Estas mustias acacias! Y de noche ni les cabe soñar a la luz natural de la luna o de la estrellada, sino que los focos de luz eléctrica, artificial, les envenenan la respiración nocturna.

El cuerpo es cárcel del alma, se nos enseña en el *Fedón* platónico. Y se echa uno a soñar si estos arbolitos encarcelados en la calle son cárceles de almas. Y ya al hilo del sueño se remonta, o más bien se derrumba uno hasta aquella terrible soñación dantesca de ánimas condenadas que vegetan en el infierno en troncos de árboles. ¡Hombres árboles!

En el segundo Evangelio —el según Marcos— y en su capítulo VIII, versillos 22 a 26, se nos dice que llegado Jesús a Betsaida "le traen un ciego y le ruegan que le toque, y tomándole de la mano al ciego le sacó fuera de la aldea y escupiéndole en los ojos y sobreponiéndole las manos le preguntó: *¿Ves algo?* Y

levantando la vista, dijo: *Veo a los hombres, que como árboles los veo paseándose*. De nuevo le puso las manos sobre sus ojos y miró y se repuso y contempló todo a lo lejos y claro. Y le envió a su casa diciéndole: *No entres en la aldea*."

¿De dónde esa impresión del ciego curado al cobrar vista? Y no decimos al recobrarla, pues no es de creer que a un ciego de nación, que jamás había visto antes, se le ocurriese comparar a los hombres vistos con árboles que se pasean. ¡Y qué hondo sentimiento, después de todo, en esto de ver en los hombres que se mueven de un lado a otro árboles que se pasean! Árboles desarraigados, árboles sin raíces. Así los hombres de la calle, los hombres alineados, enjaulados, domesticados, desarraigados de la tierra mullida y verde.

¡Y qué árboles! No de fruto y apenas si de flor… A lo sumo, de flor de acacia y de esmirriadas bayas, pámpanos que les llaman en ciudades callejeras. Ni un hombre-olivo, o un hombre-naranjo, o un hombre-ciruelo. Y menos un hombre-roble, o un hombre-encina, o un hombre-haya. El hombre roblizo, robusto, no medra ni se goza entre calles. Necesita raíces, y si cegó, luego que cobra vista y ve a lo lejos y claro, el Señor le dice: "No entres en la aldea." Y menos en la ciudad. Que se quede en el campo, entre árboles arraigados que tienden al sol y a la luna y a las estrellas sus copas. Y éstos saben lo que es primavera del alma y primavera de la vida.

El hombre-encina da en primavera su flor, su candela, que se esconde en el follaje prieto y da en otoño bellotas como aquellas con que regalaron a Don Quijote los cabreros y que le soltaron la lengua en maravillosa oración. ¿Qué es eso de: "si le sacuden da bellotas"? No; esos de quienes se dice esto, si se les sacude no dan nada. Esas pobres criaturas, sobre todo las del sentido común callejero, no sueltan ni desatinos, si no algo peor, vaciedades. Sueltan lugares comunes —no propios—, sueltan tópicos, sueltan sentencias de santo y seña. Son los que dicen que tal o cual doctrina está mandada recoger o pasó de moda o es antigualla. ¡Soltar bellotas! ¡Pues ahí es nada! Y cuando el hombro-encina se rinde a tierra, aun con su leña se calientan muchos en el invierno. Y hay más. Y es que tiene su corazón melodioso, como la encina lo tiene. Pues del llamado corazón de la encina, de aquel duro y de color encendido cogollo, hacen los pastores dulzainas y chirimías. Que así da la encina sombra, bellotas, leña para calentarse y corazón de tañir tonadas, y la encina no es árbol callejero, no es árbol ciudadano. "¡No entres en la ciudad!", se le ha dicho a la encina.

¡Primavera en el campo! ¡Ay, pero con otra sombra, con otra bellota, con otra leña que no las de la vieja encina! Y con otros corazones, no ya melodiosos. Árboles humanos campesinos, sacudidos por vendaval. ¿Qué dan?

¡Árboles que se pasean! ¿Serían tales aquellos cabreros que regalaron a Don Quijote y le oyeron profetizar de la edad de oro? Fue una oración comunista la del Caballero de la Fe. Y se la oyeron cabreros, no carboneros. Y a los nietos de aquellos cabreros quijotizados si hoy se les sacude, ¿qué darán? ¿Y qué tocan en la dulzaina? ¿Es que ha resucitado entre las encinas la oración de Don Quijote? ¿Es que sus corazones salmodian el apocalipsis de la edad de oro? Voz que viene de vuelta del silencio, cargada de un pasado preñado de porvenir.

¡Primavera en la calle!, ¡primavera callejera! ¡Qué cosas le corren a uno por el alma, por el lecho del alma, por su cauce, cuando contempla correr el agua por el arroyo de la calle y cuando ve a las mangas del riego municipal abrevando a esos tristes arbolitos inválidos de juventud avejentada!

¡Primavera en la calle! Y menos mal que le incita a uno a soñar en la primavera del campo, del monte, del bosque y a olvidarse del hombre de la calle y de todas sus callejerías. ¿Puede nadie imaginarse un mitin de encinas, de robles o de hayas o siquiera de pinos? A lo sumo, de acacias.

¡Lector, sal al campo! Y que se te abran los ojos como al ciego de Betsaida merced a la saliva del Cristo. Para ver lejos y claro.

Paz en la guerra

Ahora (Madrid), 25 de abril de 1933

"En el seno de la paz verdadera y honda es donde sólo se comprende y justifica la guerra; es donde se hace sagrados votos de guerrear por la verdad, único consuelo eterno; es donde se propone reducir a santo trabajo la guerra. No fuera de ésta, sino dentro de ella, en su seno mismo, hay que buscar la paz; paz en la guerra misma."

Así acaba la novela histórica *Paz en la guerra* que publiqué por primera vez hace ya treinta y seis años, en 1897, teniendo yo treinta y tres. Había trabajado en ella más de doce años, desde mis veinte lo menos, recogiendo todas las impresiones de la guena civil, de la última carlistada, que viví en mi niñez y primera mocedad, toda la tradición viva de ella que alentaba en nuestros hogares bilbaínos. Pasó al principio casi inadvertido ese libro, mi primogénito, después ha tenido nuevas ediciones y se ha publicado en folletín en *El Liberal* de Bilbao, merced a mi buen amigo Indalecio Prieto. Galdós fue uno de los pocos que en 1897 me dijo haberse interesado grandemente por él, lo que se me confirmó al leer su episodio nacional *Luchana* publicado después. Altamira primero y "Andrenio" después, se fijaron en él, pero no ha sido de gran favor en la parroquia de mis antiguos lectores. Y es curioso que esa mi obra, que habría de parecer tan local, tan exclusivamente española, me haya sido traducida al alemán.

Y si ahora la traigo aquí a colación es para que se vea, por el final que he trascrito, cómo desde que empecé a escribir para mi pueblo he seguido, en esto como en lo demás, una línea misma. No derecha en el sentido de línea recta, sino, como la vida, llena de vueltas y revueltas; una línea dialéctica. El pensamiento vivo está tejido de intimas contradicciones. Cuando trabajaba en esa visión de la España de mi niñez, aprendía alemán leyendo a Hegel y su fecundo sistema de contradicciones. Cuando apareció la novela pudo decir Altamira que latía en ella una cierta simpatía por la causa carlista. Como que no se puede ser liberal de otro modo; como que no cabe participar en una guerra civil sin sentir la

justificación de los dos bandos en lucha; como que quien no sienta la Justicia de su adversario —por llevarlo dentro de sí— no puede sentir su propia Justicia.

¿Contradicciones? ¿Paradojas? Con ellas están tejidos los Evangelios, y no digamos las Epístolas de San Pablo, el formidable dialéctico, el hombre, como Job, de contradicción íntima. En él resucitó Cristo —a quien no conoció en carne— el Cristo que diciendo haber traído paz y repitiendo paz dijo: "No penséis que he venido para meter paz en la tierra; no he venido para meter paz, sino espada; porque he venido para hacer disensión del hombre contra su padre y de la hija contra su madre y de la nuera contra su suegra; y los enemigos del hombre los de su casa" (Mat. X. 34-36) y otra vez: "Fuego vine a meter en la tierra y ¿qué quiero si ya está encendido?" (Lucas, XII, 49.) Esta es la derecha y esta es la izquierda, el trágico y dialéctico y polémico juego de las contradicciones.

Si alguna vez me he excedido en mis ataques a los adversarios, como me ocurría en mi lucha contra la dictadura primo-riverana, es porque sentía mejor que ellos, que no la sentían bien, su justificación. Y a la vez sentía ¡claro! la de mi posición en contra de ellos. Y es como, llevando la guerra civil española dentro de mí, he podido sentir la paz como fundamento de la guerra y la guerra como fundamento de la paz.

No he podido nunca olvidar las palabras que en el cementerio de Mallona, de Bilbao —donde fue enterrado mi padre— pronuncio el ex-fraile y profesor krausista don Fernando de Castro, en su último sermón como sacerdote, ante la matrona marmórea que corona —dijo— a vencedores y vencidos. Y luego, ya de mozo mayor, vi en el despacho de don Nicolás Salmerón la pluma que el Ayuntamiento de Bilbao regaló a aquel sacerdote hecho laico. Ni puedo olvidar que fue el 2 de mayo de 1874 cuando, en mi Bilbao libertado, sentí el primer albor de conciencia civil y liberal, en plena guerra civil. Y sentí la paz. Y después, al trascurrir los años, que todas las piezas de mi conciencia se removían en paz de guerra. O en guerra de paz.

¿No has oído, lector, querer elogiar a alguien diciendo de él que es un hombre de una sola pieza? Y creen los que así dicen que es lo mismo que decir de él que es un hombre entero y verdadero, "nada menos que todo un hombre" Pues bien, ¡no! un hombre de una sola pieza no puede ser un hombre entero y verdadero, porque un hombre entero y verdadero se compone de muchas, de infinitas piezas. Un hombre de una sola pieza no es un hombre entero, si no un hombre partido, o mejor un hombre de partido, un pedazo de hombre. Un perfecto partidario es lo que llamamos un fanático. Cuando no un energúmeno, o sea un poseído, un endemoniado.

Y en cuanto a la guerra… El profesor Einstein se dirigió hace poco al profesor Freud —judíos ambos— con esta pregunta: "¿Hay algún camino para libertar a los hombres de la fatalidad de la guerra?" Y a esta pregunta del matemático de la relatividad respondió el psicólogo del psicoanálisis así: "Entiendo que no ha suscitado usted la pregunta como investigador de la naturaleza y físico, sino como filántropo… Y me di también cuenta de que no se me requiere que haga proposiciones prácticas, sino que haya de indicar cómo se presenta el problema de la prevención de la guerra a una consideración psicológica." ¿De la prevención de la guerra? No, si no de su mejor utilización, de su mejor

aprovechamiento —añadiría yo— ya que la guerra, y sobre todo la guerra civil, es, gracias a Dios, inevitable.

Con hombres de una sola pieza, con hombres partidos o de partidos, la guerra civil, la fecunda guerra civil, no puede asentarse en paz. Mejor la guerra de todos contra cada uno, de cada uno contra todos. Ni son los fanáticos, los energúmenos, los dogmáticos los que con más ardor y más constancia pelean.

Lo profundamente trágico es que en el fondo del carácter de fanatismo y energumenismo que a las veces toma la lucha política civil se descubre un caso de degeneración mental. Aquí, en España, como en el resto del mundo, asistimos a una epidemia neurótica de las masas. Es algo así como aquellas epidemias psíquicas de la Edad Medía que producían fenómenos como los de los convulsionarios de San Medardo. ¿Es que volvemos a otra Edad Media? Hay quien lo cree. Y aquí somos no pocos los que nos afligimos al ver cómo crece el número de los retrasados mentales, de los infantilizados. Acongoja el ánimo el asistir a ciertas reuniones de masa moceril. Nadie se entiende a sí mismo. Y es porque nadie discrepa de sí mismo. Y así no es dable hallar paz en la guerra misma.

Hago estas reflexiones con el temor de que no las entiendan, o mejor de que no las quieran entender, los cuitados, pero resuelto a repetirlas una y cien y mil veces. Llevo así treinta y seis años…

Organeros y organistas

Ahora (Madrid), 28 de abril de 1933

—Tengo que irme —me dijo con temblor de lágrimas en la voz— tengo que irme. Pero ¿a dónde? Tengo que emigrar, que huir. ¿Huir? ¿De quién? En verdad, de mí mismo. Me aterro de mí. Me he descubierto una capacidad de odio… Estoy envenenado. Todas las noches me acuesto pesándome de lo que he dicho durante el día, y vuelvo el otro a repetirlo. Me propongo ni contestar a lo que se me pregunta, pero es peor porque traducen mi silencio. ¡Y cómo! Nos han tupido de rencores el lecho de la patria. Y algo peor que de rencores, de ramplonerías y de vaciedades. Que las adornan con insoportables tonterías litúrgicas de uno y de otro régimen, del clerical y del llamado laico. En aquellos ex-años de la pasada dictadura…

—¿Ex-años? —le interrumpí.

—¿Por qué no? Ese uso del ex-prefijado, exponente del andancio de mentecatez futurista amenaza dejar reducida nuestra patria a una Ex-España. ¿Pero es que no puedo soportar a los demás por no poder soportarme a mí mismo o es al revés? Esto no es vivir. Y es inútil que nos vengan con que el nuevo régimen ha traído un espíritu nuevo, un nuevo sentido de convivencia. Ni lo creen los que nos lo dicen. Ofrecen la paz provocando con su oferta a guerra. Sólo descubro un nuevo sentido de malquerencia. El

miedo al miedo y la manía persecutoria hacen el gasto. Tengo que emigrar. Pero ¿a dónde? ¿A dónde escapar de mí mismo? ¿Dónde ahogar esta guerra civil intestina, de mí conmigo mismo, que es mi vida?

—¿Y porqué —le dije— no te apartas de toda vida pública de relación, te enclaustras, te acartujas…? ¿Porqué no te entregas a buscar un para qué de vida y de espiritualidad? Aunque ese para qué sea el de buscarlo; un vivir para buscar el sentido o el contrasentido de la vida misma. Hacerte no un político —de la ciudad— sino un cósmico —del mundo— una individualidad personal. Porque lo sabes mejor que yo, lo individual es lo universal.

—¡Imposible! —me contestó—. No podría vivir. ¿En claustro? ¿en cartuja? ¡Ahí sí que se envenena el odio! O la envidia, sl quieres. Pero… ¿es en el fondo odio? ¿No es más bien amor? ¡Ese sensacionalismo estético! ¡Ese instinto catastrófico! Se queda uno en casa o se aísla a ver si al salir a la calle le dicen: "¿Sabe?, han matado a…" Y contestar: "¡Era un buen hombre!" ¡Y descubrir cuanto se le quería! Necesito hacerme un mundo y en el claustro no podría hacérmelo; necesito soñarme. Necesito sobre todo probarme que no hay tal odio; el que así me parece.

—Sí —le contesté—, odios y amores literarios, estéticos, todo uno y lo mismo. Necesidad de crearse un mundo en que soñar y en que soñarse. Un verdadero poeta, un verdadero creador, ama a todas sus criaturas, aun a las más al parecer odiosas. Y además un soñador es un organista y no un organero…

—¿Y eso qué es? —me preguntó.

—Un organista —le respondí— es el que toca en un órgano y le arranca una sinfonía, y un organero es el que construye un órgano…

—Construye… construye… —mormojeó— ¡cosa mecánica construir!

—En efecto —añadí—, pero porque hay diferencia de organismos, que son de vida, a organizaciones, que son de artificio. ¡Qué diferencia de una organización a un organismo!

—Es que no veo —me dijo con tristeza— ni organeros que construyan y templen grandes organizaciones, obreras o patronales, laicas o eclesiásticas, ni organistas que toquen en un gran organismo nacional, o siquiera regional o local, que Dios hizo, y le saquen sinfonías eternas; ni organizaciones que se deshagan en luchas de clases ni organismos que se rehagan en luchas de pueblos. No encuentro sino organilleros que le dan al manubrio de algún organillo callejero. Y de aquí esta terrible sensación de vacío, de aburrimiento que es, como sabes, aborrecimiento, esta sensación que nos invade a tantos de que vivimos odiándonos y envidiándonos los unos a los otros. Y esto tan terrible de huir de aquellos con quienes, en el fondo, más querríamos convivir. ¿Qué es esto? ¿Qué es esto que nos está destrozando mientras los otros, los hombres de fuera —de fuera de sí mismos— los de una u otra liturgia, los de uno u otro partido, danzan en el torbellino satisfechos de sí mismos? Esos, los… ¡ex-españoles! Esos los que apenas si piensan más que en la crisis. Si es que piensan. Esos, los de la derecha y los de la izquierda. Y los del centro. Esos, los anti-individuos. Anti-individuos y no anti-individualistas; cachos de muchedumbre. ¿Qué es este que nos destroza a los que deberíamos formar la

conciencia de la patria? ¿Qué es esto que nos pulveriza frente a ese embate de inespiritualidad? ¿Qué es lo que así nos hace ahorrarnos? ¿Qué es esto?

—¿Que qué es eso? —le dije—. Eso es… ¡literatura!

—¡Alabado sea Dios! —exclamó—. ¡Ya salió aquello! Literatura, sí, literatura. O sea historia. La que arranca el organista del órgano que es organismo; no lo que el organero construya. Y ya sabes quién es el Gran Organista del Universo, organista y no organero, no Gran Arquitecto, ¡no! No armador de organizaciones.

—Jesús era —le hice notar— armador de casas rústicas, constructor de ellas —*tecton*—, no carpintero de taller…

—Su padre —me replicó—. Pero él dejó ese oficio para ir a tocar en el pueblo, en el corazón del pueblo. Y a pescar. A pescar almas. No organero sino organista. ¡Música! Es lo que queda, sobre todo si es celestial. ¡Literatura! Nada vale lo que se hace si no lo que se sueña que se ha hecho. Hasta la victoria. Sólo se gana la batalla que se cree haber ganado. Y no da la batalla el que la dirige, sino el que luego sabe contarla. Por eso empezamos a ganar batallas que perdimos los españoles en los siglos XVI y XVII. Vivimos más de Cervantes, organista, que del Conde Duque de Olivares, organero. Y más cerca, la España de Galdós vivirá más que la de Cánovas del Castillo. ¡Literatura! ¡Palabras! ¡Nombres! ¡Santificado sea el del Gran Organista del Universo!

Sed de reposo

Ahora (Madrid), 4 de mayo de 1933

Privado de sentido y de sentimiento quien por debajo y por encima de las miserables compadrerías —peor que comadrerías— de si este partido o el otro, de si la crisis, de si a derecha o a izquierda, de si falta o sobra el hombre, de si… ¡basta! no siente los escalofríos que recorren el espinazo espiritual de España. Y de de fuera de ésta vienen los más de ellos. Los más extrañados no se sacan de la lectura de tla Prensa diaria; no nos los da la desgarbada poltronería del reportaje de oficio y boca.

No es un mal-estar, un mal-hallarse, es ya un mal-ser. Este año ha coincidido, por sino, la celebración del segundo aniversario de la instauración de la segunda república española con la celebración del decimonono centenario —supuesto tradicional— de la muerte del Cristo. Por sino, no por si no; es decir, por signo, por conjunción de dos astros espirituales, o mejor de un sol de soles y de un asteroides acaso bólido. ¿Ganas de achicar las cosas? No, si no que república y monarquía, democracia y dictadura no pasan de ser exterioridades accidentes. Y cuando a una o a otra o a cualquier especie de la misma laya se empieza a idolatrar —con su liturgia y todo— hay para entristecerse. Superstición, mera y monda

superstición. ¿Historia? Externa y no la íntima, la soñada para siempre, la que consuela de haber nacido. Consuelo que no consiste en vivir, si no en soñar sobrevivir, en creer en descanso.

Se lucha por el tenor de vida, resistiendo a la inevitable baja de él. En todos los órdenes, incluso el de la cultura. Hay que hacerse a vivir más pobremente, más sobriamente, más humildemente. A descender acaso a catacumbas económicas y culturales. Lo que corre por el mundo es fatiga, laxitud. No se apetece tanto paz cuanto reposo, ya que cabe paz sin reposo: tal la paz armada que se llama. Y en tanto así como Kierkegaard dejó dicho que la cristiandad está jugando al cristianismo, cabe decir que la sociedad está jugando al socialismo y la humanidad al humanismo. Y son legión aquallos a quienes les aburre ya el juego.

¡Aburrimiento! ¡Tedio! No recuerdo caso más trágico que el de aquel niño que lloraba porque decía aburrirse, a no ser el de aquel otro que porque le habían dicho que se haría grande. Y los casos son en el fondo uno y el mismo. "¿Aburrirse en una época tan henchida de historia, tan tupida de sucesos sensacionales como la nuestra?" —dirá algún progresista. Pero es que el aburrirse es sed de reposo y se puede morir uno de sed en medio del océano agitado por galerna —espectáculo para visto desde la costa— y en cambio se apaga la sed en el agua dulce de un arroyo sosegado y manso que fluye entre verdura Un niño sano se aburre en ciertas películas de cine. Y si no se aburre peor para él y para los suyos.

¡Aquel pasaje de *Brand*, el grandioso drama ibseniano, donde Brand habla de aquellos pobres niños que llevarán de por vida en el fondo del alma el espanto de la visión de la muerte de sus padres! ¡Y hoy tantos niños que crecen bajo la pesadumbre de la tragedia de la fatiga, del tedio!

Se dice que la crisis económica actual procede sobre todo de superproducción o más bien de desencaje entre la producción y el consumo, de que en vez de producir para el consumo se ha estado consumiendo para la producción y mecanizándose la vida. Pues la otra crisis, la crisis intelectual —y espiritual— se debe a superproducción intelectual, a pensar más de prisa que se pueda digerir lo pensado, a que los descubrimientos científicos, técnicos y filosóficos ahogan a la pobre razón. Fe dice el catecismo de nuestra infancia que es creer lo que no vimos; razón es creer lo que vemos. Pero hemos aprendido a dudar de lo que se ve y de la realidad del mundo exterior. O del interior, que es peor. Sólo se libra de ello el consecuente racionalista —suele ser irracional— el que siente de por fuera las cosas de fuera, el que no intima con sus intimidades. El que se queda —retrasado mental— en pedagogía y sociología sin elevarse al arte ni a la historia y ahondar en éstas.

"Bah —me decía uno de esos cuitados—, todos esos pesares de que usted tanto nos habla son pesares de lujo; no he tenido tiempo de pensar en tales cosas; la ociosidad es madre de todas las inquietudes; tengo que trabajar para vivir…" "Para morir" —pensé yo. Y ese pobre hombre que decía no haber tenido tiempo, tiempo para pensar en tales cosas —las esenciales— tampoco le había tenido para pensar en las otras. Porque no las pensaba, si no que se las tomaba pensadas, en pienso, y ¡qué de indigestiones!

"Ni por pienso"…, suele decirse. ¡Pienso, pensar, pensamiento! Pensar es la forma culta de pesar, que

es lo popular. Y hay el pensar de pienso y el pesar de peso. Y el otro pesar, el hondo. Y hay esas flores llamadas "pensamientos" que piensa Dios y las viste con más gloria que a Salomón. Entre esos "pensamientos" restregándome la vista con su gloria campestre descansé el último domingo —"dies dominicus" (o "dominica"), día del Señor— del aburrimiento del cine parlamentario al que me tira la innata necesidad de abrevar y cebar ciertos remordimientos vitales, que ya dijo Nietzsche que la enfermedad apetece lo que la agrava y exacerba.

Y así, como dice Berdiaef el actual gran sentidor ruso y lo dije yo, en una revista suiza, hace ya bastantes años, vamos a una nueva edad media, a un período de descanso, de reposo, de sosegada digestión de ensueños. ¿En oscuridad? Es como mejor se duerme. ¿Soñando? Tal vez como un sol eterno e infinito. La humanidad medieval no fue gusano, sino crisálida ¿Sueña la crisálida? Acaso sueña en un capullo eterno y oscuro. ¿Será mejor dormir sin soñar? ¡Santo sueño prenatal!

¿Inquietudes, agüeros y ensueños de lujo? ¿De lujo? No, sino de primera necesidad espiritual. Los que son de lujo y peor que de lujo, de lujoso deporte, son los de las compadrerías —peor que comadrerías— de si este partido o el otro, de si la crisis —en el sentido ínfimo ¡claro!— de si a derecha o a izquierda, de si falta o sobra el hombre, de si… ¡basta!

Mirad, com-padres que lo seáis, que seáis padres, mirad a vuestros hijos y miradles a los ojos a ver qué leéis en ellos. Esas pobres criaturas que no pueden ya con el peso de esta historia, abocadas a un aburrimiento, del que ¿cómo se defenderán?

Y si cupiera decir: "¡niños, a defenderse!"

Superficialidad e intimidad

Ahora (Madrid), 10 de mayo de 1933

Habría querido, señor mío, obediente a su requerimiento, decirle algo —muy elemental desde luego— atañadero al sovietismo, al fajismo y al capitalismo, al papel del empresario —de que tanto se ocupó antaño el economista Walker— de ese medianero entre el capitalista y el obrero; de cómo cuando es el Estado el capitalista —caso del comunismo— el empresario se convierte en funcionario de aquél, y de cómo el obrero, siervo de este Estado, obtiene poco, pero más que obtendría siendo trabajador por su propia cuenta. Y de cómo se llega a una organización jerarquizada en que apenas si hay norma para fijar lo que a cada uno le corresponde ni que sea eso del salario justo de que dijo León XIII, el Papa. Pero me he dado cuenta de que para resumir sobre eso lo que han dicho otros tendría que partir de ciertas nociones elementalísimas, pero que la experiencia de publicista me ha enseñado que carecen de ellas los más del promedio de nuestros lectores. Y no quiero escribir para usted y los como usted tan

sólo.

¡Si viera usted, señor mío, las preguntas que se me dirigen y las aclaraciones que se me piden! Cosas que pueden encontrarse en cualquier Enciclopedia barata y hasta en un diccionario. Culpa en gran parte de los libros de texto en que se nos ha formado la mente, encenegados abrevaderos de ciencias en extracto y extractadas ¡cómo! Sin que sean lo peor de ellos los disparates. Casi todos olvidan aquí que lo elemental es lo fundamental, y a tal punto ha llegado esto, que tiemblo cuando se habla de cultura, y si es de alta cultura me siento arrecido.

Mas dejando por ahora aparte estas consideraciones pedagógicas —y por lo tanto demagógicas— voy a exponerle algo, por vía de introducción, a la respuesta de lo que me pregunta, que si es cosa que usted lo sabe, habrá otros muchos que la hayan olvidado o que no se fijarán al aprenderla, lo debido en ella. Respecto a los como usted hasta me da vergüenza recordársela.

Es ello la noción corriente de que conforme crece un volumen disminuye la relación de su superficie. Un niño tiene más superficie respecto a su volumen que un adulto; lo sabemos todos aunque muchos en la práctica lo olviden. Un metro cúbico tiene seis metros cuadrados de superficie, y ocho metros cúbicos tienen veinticuatro, es decir, no ocho, sino cuatro veces más, o sea la mitad. Cuando se divide una masa en pequeñas porciones se aumenta la superficie de su materia, su campo de contacto con el exterior. Esto es de clavo pasado, pero vea usted cómo se olvida cuando se trata de masas humanas en el sentido espiritual. Y para ir desde luego al fondo del argumento le diré que una masa humana —una organización cualquiera, secta, partido, agrupación...— cuanto más crece en masa disminuye en conciencia, pues ésta, la conciencia, es función de superficie. Y cuanto más compacta sea la masa, más apretada —más de cemento— menos conciencia la penetra. Porque pierde porosidad.

La conciencia, en efecto, es superficialidad; por la superficie, por la periferia, se comunica uno con el exterior. Y si hay un conocimiento entrañable y entrañado es porque hay lo que podríamos llamar superficies interiores. Las superficies interiores de las entrañas son tan superficiales como las "extrañas" de la piel ¡Ay de la masa humana que no se deje airear por dentro! ¡Ay de ella si eso que llaman disciplina le impide airearse! Perderá conciencia. Porque la conciencia no es nada democrático; la conciencia es siempre individual. Y si se unen varios individuos la conciencia disminuye para cada uno.

Me figuro que el individuo animal se originó de la escisión de una masa porque al crecer ésta su superficie disminuía relativamente y se hacía mal su cambio con el exterior. Por otra parte el cerebro humano ha aumentado, merced a sus circunvoluciones, su superficie de relación. Y muchas veces se ha dicho que la civilización helénica se debe en gran parte a que Grecia tiene, con sus islas y sus costas, un enorme contorno respecto a su área. Pues aplique usted esto a lo espiritual y anímico y verá que los pueblos de muchas y fuertes individualidades, de individuos bien acusados, son los que pueden mejor llegar a poseer fuertes personalidades. La personalidad es el contenido de la individualidad.

Y ahora, en disgresión, venga otro caso. Pone un pez su hueva y queda ésta expuesta a los embates de

fuera, entre ellos a los de la voracidad de otros peces. Los huevecillos periféricos son los más expuestos y perecen protegiendo a los de dentro. ¿Sobrevivencia del más apto? ¡Ah, no, si no que desgraciado del que nace periférico! Pero por otra parte ya le diré algún día cómo es un error creer que cierta selección artificial, de Estado, de los niños a quienes se trata de educar, sirva para obtener mejor producto. Es sistema que acaso dé un mejor promedio —y aun lo dudo—, pero sacrificando genialidades. La democracia educacional no enriquece la conciencia nacional de un pueblo. Hace más por ésta un pequeño grupo, una minoría de gente selecta, de gente de mayor superficialidad en el sentido en que se lo he explicado. Un gran sentido común macizo, de masa, no vale tanto como unos pocos sentidos propios.

Ya sé yo que las relaciones entre el individuo y la comunidad no son tan sencillas como de estas elementales nociones podrían parecer; ya sé que cabe un individualismo comunista o un comunismo individualista —anarquista o libertarlo; ya sé que la superficialidad y la intimidad pueden conjugarse; ya sé que hay una conciencia de fuera a dentro y otra de dentro a fuera; ya sé que… pero sé sobre todo que hoy aquí en España lo que hay que defender y predicar es la individualidad personal, es la conciencia individual. Y que sin ésta eso que se llama disciplina social es peor que nada.

Y ahora, antes de entrar a decirle algo de comunismo, individualismo, fajismo y capitalismo me permitirá que insista en cómo de la superficialidad —del individuo rico en superficie— se va a la intimidad, a la riqueza entrañada. O sea que sólo el que es rico en contradicciones es rico en consistencias. La gramática habla de conjunciones disyuntivas, que lo mismo podría llamarlas disyunciones conjuntivas. Y perdónenmelo los lectores que me piden que me haga Enciclopedia o Diccionario.

Funcionarismo

Ahora (Madrid), 13 de mayo de 1933

Os hablaba aquí el otro día de superficialidad. Pero en otro sentido que el que le daba yo entonces a este término, en el sentido vulgar y corriente de superficialidad, pocas cosas hay más superficiales que cuanto se suele decir a propósito de marxismo y de marxistas. Se acostumbra, sin más, llamar a los sedicentes socialistas marxistas, cuando muchos de ellos nada tienen de tales, y los más carecen de conciencia de marxismo y ni maldita la falta que les hace para ser socialistas y sobre todo de partido, que no siempre es serlo de doctrina. Y además, ¿qué es eso de marxismo?

Carlos Marx fue un hombre de acción política de partido, el principal autor del famoso *Manifiesto*, aquel de “proletarios de todos los países, ¡uníos!” y uno de los fundadores de la primera Internacional, la fundada el día mismo —día de San Miguel en 1864— en que nació el que esto escribe. Pero Carlos Marx

fue también lo que se dice un sociólogo, un filósofo —hegeliano— de la historia, el formulador de la llamada interpretación económica de la historia, el autor de *El Capital*. Que no es un programa de partido. Marx pretendió trazar el proceso no sólo que seguía sino que habría de seguir siguiendo la evolución histórica del mundo; pretendió ser —judío al cabo— un profeta. Y profeta científico, que es más grave. Y nunca olvidaré con qué aire de unción allá, en mis mocedades, los obreros que se apuntaban en el socialismo de aquella Internacional hablaban del socialismo "científico" para distinguirlo del utópico. Y luego, al examinarlos, se encontraba uno con que eran más proudhonianos que marxistas, sin conocer ni a Marx ni a Proudhon; que estaban más cerca de los puntos de vista del autor de la *Filosofía de la miseria* que del autor de la *Miseria de la filosofía* con que el de ésta respondió al de aquélla. Hegelianos, filósofos, utopistas los dos. Y que por sus utopías viven en la memoria de las gentes.

Marx no provocó más con su obra sociológica el proceso económico histórico socialista que Copérnico, no echó a rodar los mundos. Esto es de clavo pasado. ¿La concentración de capitales? ¿La ley férrea del salario, "principio más bien", de Lasalle? ¿La lucha de clases? ¿Todos los demás tópicos de la doctrina sociológica, no ya política, de Marx? Son ya muchos los socialistas que. como observadores e investigadores del proceso económico-social, no están conformes con tales explicaciones. Y aquí, en España, hemos oído a dirigentes de la Unión General de Trabajadores y a la vez jefes socialistas —que no es lo mismo— negar que profesen la lucha de clases. Lo cual tanto puede querer decir que no crean que la lucha de clases es la que ha traído el estado actual económico-social cuanto que estimen que no es con esa lucha, sino con la cooperación de las clases como se puede resolver el problema. Si es que éste, como los otros problemas análogos, tiene solución. Porque la historia es un problema permanente —una revolución permanente—, y en cuanto se resolviera es que había acabado.

Y a propósito de esto de la lucha de clases y cuando se habla de formar el frente proletario contra el fajismo, ocurre pensar que hay un fajismo proletario y que lo que se llama fajismo no es ni más ni menos burgués que el comunismo. Hay el capitalista, hay el empresario —colono o rentero en agricultura— y hay el bracero o jornalero. A las veces, el empresario, el cultivador, es el capitalista mismo. Suele suceder que los obreros, los labriegos, v. gr., renuncien al cultivo colectivo, persuadidos de que no saben llevarlo y de que sacarán menos provecho que el salario; prefieren jornal. Y de tal manera tratan, como es natural, de acrecentárselo, que el empresario no puede con la empresa y tiene que abandonarla. Y tras su ruina sigue la del capitalista. Y entonces es el Estado el que se hace capitalista y resurge el empresario, el intermediario, el burgués, en forma de funcionario. Funcionario de fajo o funcionario de soviet. Y los llamados asentamientos de agricultores empiezan por ser asentamientos de funcionarios, de empleados públicos, y así resurge otra burguesía, bien triste, por cierto. La lucha de clases se ha resuelto en una cooperación de clases, de trabajadores de todas clases. Porque el jornalero es trabajador de una clase y el funcionario lo es de otra. Esto empieza en el listero, en d trabajador cuyo oficio es vigilar cómo trabajan los otros.

¿Aristocracia, burguesía y proletariado? ¡Qué cómoda clasificación! Hay no pocos grados intermedios, y siempre habrá que inventar un cuarto estado y un quinto y así sucesivamente. Nada más difícil que

clasificar. Y por eso aquella adición: “de todas clases” que se añadió a lo de que la república española lo es de trabajadores, dejó el concepto en el aire, permitiendo que alguien dijera que llegará a ser una república de funcionarios de todas clases, funcionarios de Estado, de fajo o de soviet.

¿Que ello es inevitable? Esto es otra cosa. Pero que no se hable de lucha de clases en el sentido de la sociología marxista. O más bien que se hable de esto, pero entendiendo que según la dialéctica determinista de la sociología de Marx la lucha de clases se resuelve en una disolución de ellas, de las clases, para que… vuelvan a resurgir en otra forma. Vuelvan a resurgir merced al funcionarismo.

Queda la lucha apolítica, la de acción directa, la que va contra el Estado, pero esta misma ¿no habría de acabar lo mismo? ¿No es que acaso el llamado progreso va en noria?

r. R. R. R. r.

Ahora (Madrid), 17 de mayo de 1933

“Reina en la masa un descontento general”, me dijo. Y yo: “¿Reina? Más bien se ha apoderado de ella, y no de la masa, sino del pueblo, que es peor, y tanto como general es genérico.” Y ya lanzado, una vez más, a buscar el alma de las cosas, de los hechos, en sus nombres, me añadí que ese descontento es un descontenido, que procede de falta de contenido espiritual interior, de sentimiento de finalidad, y que todo la demás, crisis política, crisis económica, crisis social, no son sino revestimientos de esa más honda crisis, la de un sentimiento de finalidad nacional y universal a la vez. Es una crisis de lo que alguien llamaria la cultura y yo la religiosidad, o si se quiere, la religión, pero descartando dogmas teológicos. Sin que esto quiera decir que no surjan luego de ella y se formen y deformen y reformen.

Se sufre, indudablemente, de una indisciplina social y moral y de que el poder carece de autoridad. El actual poder, de hecho, y acaso otro cualquiera. El descontento seguirá con cualquier otro gobierno mientras el espíritu popular no se unifique en una orientación espiritual. Los que se quejan, quéjanse de cosas muy concretas, muy materiales, muy que alguien llamaría objetivas; pero son otras, sin que ellos se den de ello cuenta, las que de veras les duelen. En otras épocas —como en otros países— se ha sufrido de esos mismos males temporales; pero los pueblos han encontrado consuelo para ellos, y, sin dejar de buscarles alivio, han sabido resignarse y contentarse con la resignación.

“Reina en la masa un descontento general”, me decía mi amigo. Y al oír lo de “reina”, a lo que yo opuse lo de “se ha apoderado”, pensé en que la liturgia actual proscribe todo eso de reinar, reino, rey, realeza…, sustituyéndolo con otros poderes. Y no digo autoridades. Y llevando esto del rey y el reino y la realeza del orden político temporal al orden religioso eterno, me acordé de cómo el Cristo que rehusó el que las turbas le proclamaran rey, decía que su reino no es de este mundo. Y si hoy volviera al mundo y

a nuestra España y le quisieran proclamar el señor de una república cristiana, es seguro que diría: "No, mi república no es de este mundo." Son reino y república —r. r.— dos cosas minúsculas, consideradas cultural o religiosamente, son dos supersticiones. Y dos supersticiones insustanciales, sin contenido espiritual por sí mismas. Y estas dos cosas minúsculas me trajeron a las mientes las tres grandes categorías históricas que nos han hecho esta civilización moderna, que parece que está disolviéndose para retomar a su recatado nido de antaño y tal vez regenerarse en él. Me refiero al Renacimiento, la Reforma y la Revolución: R. R. R. Por Revolución se entiende, claro está, la Revolución francesa —y americana antes y europea después—, la de 1789, la que preparó en el orden ideal Rousseau. Y con la que nada tienen que ver otras revoluciones minúsculas, de reinos o de repúblicas.

Mucho se discutió hace unos años —palabras, palabras, palabras— sobre si en nuestra España hubo o no Renacimiento; pero hoy lo que se estudie es en qué consistió el nuestro. El Renacimiento fue el redescubrimiento de la individualidad humana, lo que contribuyó a reforzar las nacionalidades, a descubrir la individualidad de éstas, a erigir los Estados frente a la Iglesia. Puso al Imperio frente al Pontificado. Y si se discutió eso, en cambio nadie apenas ha discutido si en España hubo o no Reforma, como no sea que se la considere así a la llamada Contra-Reforma o al movimiento místico.

La Reforma, la protestante, quiso ser una vuelta al cristianismo primitivo, al evangelismo. y en realidad se alzó frente al Renacimiento, pero dialécticamente ligada con él. Renacimiento y Reforma fueron dos mellizos enemigos peleándose entre sí, pero coligados contra un enemigo común. Y la Reforma, al querer volver al evangelismo —que cada siglo lo entiende y lo siente a su manera—, volvió al individualismo con su doctrina de la salvación por la mera fe y del libre examen. A la vez corroboró a los Estados frente a la Iglesia y dio vida a las lenguas vulgares, haciéndolas litúrgicas, frente al latín eclesiástico.

No es preciso detenerse en mostrar cómo la Revolución mayúscula —no sólo la de Francia—, hija del Renacimiento y de la Reforma, con sus Derechos del Hombre, conspiró a erigir la libre Individualidad. ¡Tantas veces se ha repetido esto!

Ahora los individuos humanos de carne y hueso que no tienen idea de lo que es la individualidad, ni siquiera la suya propia —aunque la sienten con más fuerza acaso que los otros—, se ponen a decirnos que ha pasado la época del individualismo, a la vez que se apodera de las masas el más extremado individualismo inconciente. Digo extremado y no extremista, que no es lo mismo, pues los más de los que se les llama extremistas, como si se tratara de cosa de ideales, no son sino extremados. Extreman su individualidad rebelde. Masas sin verdadera conciencia colectiva.

¿Qué doctrina, qué credo, qué fe creadora de credos surge de este innegable descontento general y genérico? ¿Qué quiere el pueblo descontentado y descontenido? ¿Sabe lo que quiere? ¿Quiere lo que sabe? De lo que no me cabe duda es de que busca un contento, un contenido, una fe.

Ya sé que algún cuitado, al leer esto de fe, como si le hubiese picado un tábano, recordando lo del Catecismo de que fe es creer lo que no vimos, mormojeará que lo que nos hace falta es razón. Pero

razón es creer lo que vemos, y hoy los hombree y los pueblos dudamos de lo que se ve. La realidad no ofrece bastante asidero al espíritu. Y hay que crear para éste en la historia la idealidad. Podrá servir la razón para vivir en la naturaleza; pero para vivir en la historia, en el espíritu, hace falta fe; pero fe creadora de mitos y de leyendas y de consuelos, fe creadora de personalidad histórica eterna. Fe en lo que vemos, sí; pero sobre todo en lo que soñamos; la fe de nuestro Redentor nacional, Don Quijote, y la fe, más noble, de Sancho en lo que soñaba el amo que le dio vida.

El pueblo —el pueblo, no la masa— español está buscando, sin que los más de sus hijos siquiera lo vislumbren, la reforma de su religión popular, esto es, laica. Pero no por el laicismo seduzaico de los racionalistas. No sé a quién le haya consolado de haber tenido que nacer la astronomía de Copérnico, verdad científica —y no más que científica— que destruyó el error científico de que la Tierra sea el centro del Universo y el Hombre el centro de la Tierra; verdad científica que le arrancó a Leopardi aquel su último canto inmortal —inmortal, como la Muerte— a "La Retama", a él, que cantó "la infinita vanidad del todo". ¿Y la de la nada?

Y para ese descontento de los fatalmente descontentadizos, de los sin fe, lo mismo da un régimen que otro. Esto es, r = r.

Recursos

Ahora (Madrid), 20 de mayo de 1933

En días en que se oye repetir con ansia: "¿y qué vendrá después? porque a esto no se le ve salida", y se oye hablar de salto en las tinieblas como si fuera mejor un desliz en el vacío, en tales días no es raro que se dirijan a uno que, con la ayuda de Dios, haga a las veces de su profeta, en el primitivo y originario sentido de la palabra, pretendiendo que responda como profeta en el otro sentido, en el pervertido y vulgar, como uno que predice el porvenir. Porque "profeta" en su sentido originario no quiso decir el que prevé lo venidero sino el que pone a la vista de todos lo que en todos ellos está oculto, lo que no se atreven a sacar a la luz o no lo conocen bien aun llevándolo dentro de sí. Y por esto cuando en días de ansiedad e incertidumbre respecto al porvenir se le pregunta a uno: "¿qué es lo que va a pasar?" la respuesta debe ser sonsacarle lo que dentro del preguntante pasa.

Sentado lo cual pasamos a comentar una frase corriente en España que representa el horror a la historia, el horror al porvenir. Esta frase es: "más vale lo malo conocido que lo bueno por conocer". "Más vale… vale…" Es decir, un juicio de valor. El miedo a lo por conocer, el miedo a lo desconocido. Y no pocas veces el miedo a lo inconocible, el miedo al destino. ¿Qué es lo que vendrá? ¿Qué es lo que sustituirá a esto? ¿O quienes sustituirán a estos? ¿Dónde están los hombres del porvenir?

Remontémonos, lector, al llamado pecado original, a la legendaria caída de nuestros míticos primeros padres, Adán y Eva, en el Paraíso, a la tentación de la serpiente que les hízo probar del fruto prohibido del árbol de la ciencia del bien y del mal. Del mal, de lo malo que les fue luego conocido. Caída de que en el orden simbólico arranca el progreso. Antes de ella y viviendo del árbol de la vida vivían vida de inocencia, es decir, de inconciencia, vivían en un presente eterno. Y claro que todo esto es símbolo. No se avinieron a lo bueno conocido y quisieron probar de lo malo por conocer. No temieron lanzarse al porvenir oscuro, a valerse por sí mismos, a ser como dioses que se dice que les dijo la serpiente tentadora.

Y ahora, esbozado así el símbolo del progreso, del proceso histórico, de la historia en cuanto movimiento, vengamos a los que se figuran que no interrumpir, sino desviar un proceso revolucionario —lo que así a las veces con sobrada lijereza se llama—, sacarlo de su curso es ir a lo terrible desconocido. ¿Sacarlo de su curso? No hay progreso posible sin regresos eventuales; no hay proceso sin retrocesos; no hay curso sin recursos. Recursos, lo que Juan Bautista Vico, el gran filósofo de la historia, llamó "ricorsi", los inevitables, los fecundos retrocesos. ¿Pues qué, es posible acaso hacer una revolución —o lo que a los arrastrados por la corriente del destino se les antoja tal—, sin contar con la voluntad inconciente —tal vez "noluntad"— de los hombres revueltos y aun de las cosas que también tienen su voluntad? ¿Quién es el loco que pretende conocer la voluntad de un pueblo por un acto, una votación, v. gr., ejercido en ambiente de inconciencia colectiva? ¿Es que se puede forzar ni a la naturaleza ni al espíritu, ni a la tierra ni a la fe? Los que votaron lo por conocer, no contentos con lo malo conocido, volverán a votar contra el presente, malo o bueno, y en favor del porvenir desconocido. Y puede en algún caso suceder que lo por conocer sea lo por reconocer, un recurso, siquiera parcial, al pasado, un volver, un retornar si no a lo malo conocido del pasado, siquiera al pasado mal conocido. Que lo mal conocido no es precisamente lo malo conocido. ¿En lo malo conocido del pasado no habría algo mal conocido? "Sin duda —se nos dirá— como en lo malo conocido del presente." Cabal. Tampoco al presente lo reconocemos bien. ¿Pero qué revolucionarios son esos, los de "esto no tiene salida", que no sienten que cualquier curso revolucionario no se salva sino por recursos y que el conocimiento de un acto no viene sino después de éste? "No era lo que esperábamos" —se oye decir—. Y la verdad es que no se esperaba ninguna cosa, que se quería cambiar de postura, pero sin idea de la venidera. No había programa.

Después del acto se fue haciendo conciencia, después de él se dijo el pueblo: "¿y esto que se nos ha venido a las manos qué es? ¿qué se hace con ello?" Todo eso de las promesas que se le hicieron al pueblo es pura habladuría. El pueblo estaba descontento, sin contenido y no prestó oídos más que a su descontento. Carecía de conciencia civil. ¿Y ahora? ¿La tiene ahora? La quiere tener después del experimento. La quiere tener y la dialéctica histórica exige que el pueblo vuelva a hablar, en silencio de sufragio, ya que demasiado ha parlado el Parlamento que se atiene a un acto que pasó.

Y vuelven los cuitados a preguntar: "¿y qué saldrá de ello?" Hay que ser profeta en el verdadero y originario sentido, no en el vulgar, y decir: "salga lo que saliere". Con actos así se va haciendo la conciencia. ¡Y qué más da!

Y está visto que sólo los pesimistas sabemos entregarnos sin reservas al torrente de la historia, que sólo los pesimistas —los tenidos por tales— sabemos no desesperar del porvenir, acaso porque no esperamos de él más que la prolongación del presente eterno, el curso, con sus recursos, de la historia.

¿Juegos de palabras? ¡Gracias a Dios! Es el lenguaje el que piensa en nosotros; es la palabra. Pensar como español es pensar en español, es hacer que el romance español, sacando sus entrañas, piense en nosotros. Y esta gimnasia verbal, esta ascética de lengua, nos ayuda a comprender cosas, de puro sabidas, olvidadas, cosas que se deja pasar cuando uno no las fija en fórmulas entrañadas. Eso que se llama revolución, por llamarla de algún modo, se ha hecho siempre tanto o más que con hechos con palabras y no hay revolución honda que haya podido llevarse a cabo sin una revolución del lenguaje. ¿Nuevo estilo? Mejor sería decir “nuevo lenguaje”. ¿Y qué nuevo lenguaje nos ha traído esto que se nos vino a las manos? ¿Qué renovación del lenguaje del otro régimen? ¿Es que las palabras ahora en curso de moda política quieren decir algo claro y preciso para los que las usan? Cuando en el curso de los años llegue la ocasión de que un futuro historiador que sea a la vez un filólogo estudie nuestra actual Constitución de la República Española se asombrará de su carácter babélico, de la fatídica imprecisión de muchos de sus términos, de sus monstruosas ambigüedades y vaguedades, y sobre todo de sus contrasentidos, y, lo que es peor, de sus numerosas faltas de sentido. Como brotada de un acto en grande parte inconciente. Ahora que para este mal caben “recursos”. Y esto lo siente el pueblo.

Enseñanza religiosa laica

Ahora (Madrid), 27 de mayo de 1933

Una vez aprobada ya la ley llamada de Confesiones y Congregaciones religiosas, hay unos que esperan y otros que temen que para 1934 sean sustituidos los frailes y monjas que actuaban en enseñanza pública por maestros y maestras, o sea el clero pedagógico de la Iglesia por el clero pedagógico del Estado. El que esto escribe ha sido y sigue siendo contrario al ya famoso artículo 26 de la Constitución, que no votó, y cuya revisión espera, así como es contrario a la última ley, que tampoco ha votado. Mas ahora no va a tratar de esto ni de exponer contrariedades, sino de discurrir un poco sobre las consecuencias que la medida antiliberal y anticultural puede traer consigo.

Habría sido, sin duda, no ya justo, sino más eficaz, que el Estado, declarado laico, organizara sus enseñanzas de tal modo, que hiciera difícil la vida de las Congregaciones religiosas dedicadas a enseñar. Lo que, claro que con tiempo, habría sido muy fácil. Porque si la enseñanza pública, la del Estado, no era buena, no era mejor la de los religiosos. En una y en otra de lo que se trataba solía ser no pocas veces de tener acorralados a los niños —para que no dieran guerra en casa, se decía— y la diferencia estaba en los corrales. Los de las Órdenes solían ser —no siempre— mejores materialmente. Pero en cuanto al espíritu no se enseñaba en estos últimos mejor ni la religión. Que apenas si se

enseñaba. Como no se llame instrucción a ciertos ejercicios rutinarios y maquinales de piedad.

Durante siglos la Iglesia Católica de España ha vegetado sometida al Estado y durmiendo bajo su protección. O mejor dominio. Últimamente el maestro de escuela tenía la obligación de enseñar, mejor o peor, el Catecismo, lo que le permitía al cura descuidarlo y dedicarse a vigilar si el maestro hacía lo que él abandonaba hacer. De lo que podría yo contar no poco. El cura se preocupaba de ver si el maestro llevaba o no los niños a misa —que no le era obligatorio—, pero no de suplir sus deficiencias.

Ahora, con el nuevo régimen, parece que loa padres católicos se aprestan a crear escuelas no regidas por Congregación alguna, administradas y controladas por los padres mismos —padres seglares— y en que maestros titulados —religiosos o no— den enseñanza religiosa bajo la ley civil. Y estas escuelas se podrán llamar religiosas laicas.

¿Laicas? Desde luego. Porque laico, en cierta oposición, relativa a eclesiástico, quiere decir popular, nacional. Y en esas escuelas religiosas —católicas si se quiera— laicas podrá llegar a enseñarse, y por la enseñanza a reformarse —quiéranlo o no sus fundadores— la religión popular, nacional, española. ¿Cristiana? ¿Católica? No entremos ahora en esto. La religión popular española tiene mucho de cristiana, tiene algo de católica, pero junto a ello un arraigado y acaso desarraigable fondo pagano con su arte, su liturgia, su magia, su milagrería y su superstición. Y quien sabe si con una enseñanza inteligente, en competencia con la del Estado no ya laico —porque el Estado aún no lo es— no logrará la escuela religiosa laica depurar todo eso y sacar la limpia ganga espiritual.

La enseñanza tradicional religiosa en España, de una rutina, de un maquinismo y de una inespiritualidad fatales, culminaba en aquella famosísima expresión del Catecismo del P. Astete: “eso no me lo preguntéis a mí que soy ignorante: doctores tiene la Santa Madre Iglesia que os sabrán responder.” Era la enseñanza principalmente de la fe implícita, de la fe del carbonero. No sé de escuela en que se leyera y menos se comentara el Evangelio. Había que ir curando al niño de la posible tentación del libre examen y de la herejía. Y de toda inquietud religiosa. Que por su parte los maestros —unos y otros— no sentían. De donde resultaba una fe que no era tal. ¿Cambiará esto ahora? ¿La enseñanza religiosa de la Iglesia frente a la de un Estado que se declara sin religión logrará dar a los que en España sigan confesándose cristianos católicos una conciencia clara de su fe y hacer ésta explícita?

Por otra parte la escuela nacional, popular, laica no podrá menos que ser religiosa. Eso de la neutralidad es un disparate mayúsculo. Y otro disparate mayor pretender que el niño escoja por sí su religión o su irreligión. No se puede enseñar a hablar, a leer, a escribir, a pensar —y por lo tanto a sentir— en castellano, en lengua popular y nacional de España, sin enseñar religión popular y nacional española. La religión popular, nacional, laica de España ha informado nuestro lenguaje. Es consustancial con él. Si nuestra religión es un lenguaje para hablar con nuestro Dios, nuestro lenguaje es una religión para hablarnos. Frases, locuciones, giros, hasta irreverencias, blasfemias y herejías, sin contar los inevitables textos clásicos, están henchidos no ya de religiosidad, si no de religión. Y si se les toma a la cabeza del espíritu y no al pie de la letra nos llevan al alma del alma de esa religión. Y hay

¡claro está! un libre examen del lenguaje. ¿Que este libre examen llevaría a confusión y dispersión? El que se empeñe en hablar de un modo absolutamente individual y rebelde lleva el castigo de que no le entiendan, y el que no puede conversar no puede convivir. Pero hay un grado de individualidad, de herejía si se quiere, lingüistica que contribuye más que nada al enriquecimiento, a la re-creación del lenguaje común. Por algo Lutero y Calvino, los dos grandes heresiarcas de la Reforma, fueron dos grandes re-creadores, avivadores, de sus respectivas lenguas nacionales, el alemán y el francés. Las herejías religiosas nacionales han renovado siempre los lenguajes nacionales y con ellos la nacionalidad. Recuérdese a Juan Hus de Bohemia. Sólo que esas herejías no se traducen.

No, la reforma religiosa, así como la lingüística, no se traducen. Cada pueblo la hace en su propia religión y en su propia lengua. Y por eso cuando decimos que la enseñanza pública de la Iglesia Católica de España y la del Estado que se confiesa inconcientemente sin religión, tendrán forzosamente, a sabiendas y a queriendas o sin saberlo ni quererlo, que contribuir no ya a la re-forma sino hasta a la re-fundición —y re-fundación— de la religión popular, laica, nacional, española, no queremos decir que se haya de traducir al español tal o cual reforma extranjera y lo que es peor arcaica ya y gastada. Esa religión, ¿cómo será? No nos demos de profetas. Pero bueno será recordar lo que el gran profeta ruso Dostoyesqui decía hace sesenta años, en 1873, de que el pueblo ruso si no conocía el Evangelio ni las bases de la fe ortodoxa conocía al Cristo y le llevaba en su corazón para la eternidad. Hasta los rusos incrédulos o agnósticos, agrego yo, hasta los desesperados que no creían o creían no creer, hasta los que vivían presos de la terrible realidad científica y objetiva.

En resolución que ahora, separados Estado e Iglesia, y teniendo ambos que hacerse laicos, populares —repito que este Estado actual republicano todavía no es laico, no es popular, aunque llegará a serlo— se verán obligados a refundir, más aún que a reformar, la religión popular, laica, que llegará a ser nacional y a la vez universal, o sea católica, en el primitivo, genuino y propio sentido de este término tan desgastado y tan abusado. Y se acabará, es de esperar, el tipo de los ateos que van a misa como protesta contra el Estado sin religión.

Producir consumo

Heraldo de Aragón (Zaragoza), 28 de mayo de 1933

Conté en una de las reuniones del Comité de Cooperación Intelectual de la Sociedad de Naciones un caso ocurrido hace unos años —y en un café de aquí, de Madrid— con un hombre cultísimo, extraordinario lector, y que había viajado mucho instruyéndose. Y es que al preguntarle si escribía o hablaba en público —no era profesor— o hacía algo más que animar su tertulia de café, y al negarlo, como alguno le dijese: "¿entonces usted no produce nada?", replicó vivamente: "produzco consumo". Al enterarse de esta tan significativa anécdota no faltaron algunos del número de los tontos —que según la

Sagrada Escritura es infinito— que exclamaran, creyendo que yo lo había inventado: "¡Bah, otra paradoja!" y alguno la llamó "humorada", pero las más de las personas enteradas se dieron perfecta cuenta de su valor. Porque el que consume, eso que llamamos cultura por ejemplo, lo produce tanto como el que llamamos productor de ella. Y es más difícil aprender a escuchar y a leer que a hablar y a escribir. A tal punto que de los más de los escritores no saben leer lo que se nota cuando escriben sobre lo que se ha leído. Todo lo cual es de clavo pasado y que por esto se olvida de puro sabido.

La superioridad de un individuo y de un pueblo consiste más en lo que consume y en cómo lo consume que en lo que produce y en cómo lo produce. Y aún más, cómo se divierte más que en cómo trabaja. La honda cultura de un pueblo se conoce sobre todo en sus diversiones, en sus juegos.

Ha habido últimamente en el mundo civilizado —y aunque esto es noción corriente hay que repetirlo de continuo— una desproporción, un desencaje, entre la producción y el consumo. Se ha estado consumiendo para mantener una producción tiránica —el hombre esclavo de la máquina y del mecanismo industrial— en vez de producir para el consumo natural y sano. Y lo mismo en el orden intelectual. Y hasta en el de las diversiones, ¿pues no se observa ello en el cine? ¿Y en la industria literaria? ¿Es que hay tiempo ni sosiego de espíritu para leer sanamente, digiriendo lo que se lee, y paladeándolo, cuanto se escribe? Cuando mis compañeros de letras, repitiendo la famosa pregunta de Larra, de hace un siglo, si no se lee porque no se escribe o no se escribe por no se lee, se me quejan del escaso o ningún resultado que obtienen de sus producciones literarias, les digo siempre que es que no dan tiempo a los lectores a que puedan leer y que no saben enseñarles a leer. No cada lector está en disposición de dedicar cierto tiempo a aprender el dialecto individual de cada escritor, cuando éste lo tiene. Y es locura aspirar a lograr en breve tiempo popularidad.

Pero hay para el productor literario directo u original —en el sentido de originario— un daño mayor y es el del intermediario, el del que podríamos llamar vulgarizador, intérprete o traductor. Que, como en toda otra industria hay en la literatura, y en lo artístico, y en general en la de la cultura, en cuanto industria, que lo es también, además del productor y el consumidor que se aúnan y hasta confunden, pues el que produce consumo y el que consume produce —y produce consumiendo— hay además de esos dos, otro agente y es el distribuidor, el administrador, el repartidor, o sea el intermediario. Y así como los altos precios a que tiene que pagar el consumidor de géneros materiales que consume se deben a la multitud de intermediarios, de detallistas, de revendedores, que se interponen entre él y el productor, a punto de que no baja el precio de compra aunque baje el coste de producción, una cosa parecida ocurre en procesos de producción intelectual.

Es indudable, por ejemplo, que hoy en España hay un exceso de producción de periódicos, lo que hace súmamente difícil su diferenciación. Los que padecen de la enfermedad —que lo es— de tener que leer cinco o seis o más periódicos al día, se quejan de que todos vienen a decir poco más o menos lo mismo. Ni puede ser de otro modo. Para enterarse de los sucesos bastará con uno bien hecho, y en cuanto a los comentarlos y juicios ¿en qué se diferencian? Y llega esa cosa terrible a que le obliga al intermediario, al revendedor, la naturaleza misma del oficio que no vocación, sino fatalidad económica le forzó a adoptar y es la de tener que —así "tener que"— acosar al productor más o menos originario para

sonsacarle algo. De cada diez juicios, sentencias, comentarios o dichos que el lector lea por ahí que se atribuyen, le puedo asegurar que la mitad son pura invención del revendedor y de los otros cinco, tres por lo menos están desfigurados. Sólo que no caigo en la tentación de rectificarlos. Dejo correr lo que se me atribuye, por contrario que sea a mi sentir, y sólo respondo de lo que firmo. Y tampoco de las traducciones o interpretaciones que se hacen de ello.

¿Y cómo defenderse cuando le llegan a uno a querer sonsacarle algo y sin pecar de grosero? Pues si uno se calla le interpretan el silencio. Y si habla ciernen lo que dice. Queda un recurso acaso y es dejar sin respuesta las preguntas y responder a lo que no se le pregunta a uno, según el socorrido método llamado Olendorf. Pero ni este sirve.

La causa principal de este lamentable hecho que está perturbando la sana correspondencia entre la producción y el consumo cultural es la triste tendencia de la masa semi-culta, del vulgo instruido, atacado de pereza mental, a clasificar a los escritores, a los publicistas, a los pensadores y a los sentidores. La terrible tendencia a querer ponerles etiquetas, a lo que llaman saber a que atenerse respecto a ellos. Ese pobre vulgo no quiere que le hagan sentir si no que le den sentido. ¡La de preguntas y consultas que recibo como si yo fuese una Enciclopedia y hasta un Diccionario!

Claro está que hay otra masa de lectores, más verdaderamente pueblo, otra masa que aunque acaso menos instruida no es vulgo, que se entrega ingenuamente a la lectura, que sabe leer aunque no siempre comprenda bien lo que lee, que sabe producir consumo. Es el público que ha comparado tantas veces a aquellos cabreros —cultísimos cabreros analfabetos— que oyeron a Don Quijote su discurso de la edad de oro y le regalaron por él, a aquellos cultísimos cabreros analfabetos que no estaban alistados en ningún partido político o social, que no se preocuparon de si el Caballero de la Triste Figura era de derecha o de izquierda, de si era burgués o proletario, individualista o colectivista, y que no acudieron luego a Sancho a que les explicara lo que había querido decir su amo. Y el que quiera saber más que lea en mi *Vida de Don Quijote y Sancho* lo que al respecto dije.

Quedemos, pues, en que hay que aprender a producir consumo, a escuchar, a leer, a divertirse y, por doloroso que ello en cierto sentido resulte, a prescindir todo lo posible de intermediarios, revendedores, detallistas, intérpretes y traductores.

Prestigio

Ahora (Madrid), 31 de mayo de 1933

En el *Diccionario manual e ilustrado de la Lengua Española* que en el año 1927 publicó la Real Academia Española —perdón, en el ex-año y la ex-Real— se define así el prestigio: “Prestigio, m.

Fascinación que se atribuye a la magia o es causada por medio de un sortilegio. || Engaño, ilusión o apariencia con que los prestigiadores emboban y embaucan al pueblo || Ascendiente, influencia, autoridad." Las dos primeras acepciones son las originarias, las hereditarias, las latinas; "praestigiae" en latín eran ilusiones, figuras fantásticas como las que fingen las nubes; "praestigium" era chartatanismo, impostura. ¿Cómo es que ha prevalecido, sobre todo en la jerga política, la última acepción, la bastarda? ¿Es acaso porque la autoridad no es en los más de los casos más que engaño, ilusión y apariencia y sus apoderados prestigiadores si es que no prestidigitadores?

¡Política de prestigio! Cuando oímos esto viénesenos a las mientes una frase muy en boga cuando era un mozo el que esto os dice, y era: "¿Qué dirán a esto las naciones extranjeras?" Unas veces como reproche y otras como gallardía, pues aún se recordaba la autoridad —¿engaño?— que en Europa adquirió nuestra Constitución de 1812 —que hasta fue copiada— cuando corrió a toda ella nuestra palabra "liberalismo". Que aquí, en España, tuvo origen. Autoridad que no creemos llegue a alcanzar la actual Constitución y eso que se elaboraba y amasaba bajo el prestigio del: "¿qué dirán las naciones extranjeras?"

Claro está que el fervor renovador o revolucionario cuando trata de prestigiar una medida de gobierno y presentarla en todo su valor al examen de las naciones extranjeras se encuentra a menudo con las malas artes del sabio Frestón. Del que dijo Don Quijote después que le miraron el aposento de sus libros, previo escrutinio de ellos: "… es un sabio encantador, grande enemigo mío, que me tiene ojeriza, por que sabe por sus artes y letras que tengo de venir, andando los tiempos, a pelear en singular batalla con un caballero a quien él favorece y le tengo de vencer, sin que él no pueda estorbar y por esto procura hacerme todos los sinsabores que puede…" Y en nuestro caso —aunque poco quijotesco— no se trata de un solo Frestón, si no de toda una legión de Frestones. Que son los consabidos elementos extraños, esas aves negras que anidan en la noche del gobierno y que no cesan de urdir y tramar confabulaciones e intrigas. Que suelen ser otros tantos prestigios, no pocas veces nebulosos. Es decir, figuras de nubes que dependen del viento que corra.

Y por otra parte un estadista que se respete no puede adoptar una actitud que merezca el aplauso de su Frestón, de su enemigo, porque se desprestigiaría. Don Quijote lo haría, pero Don Quijote no es político. Don Quijote cree en aquello que dice: "Del enemigo el consejo", pero un gobernante de prestigio, genial, no puede admitir consejos de nadie, y menos que de nadie, del enemigo. Y Frestón que lo sabe se conduce diabólicamente. ¿Cómo? Ya lo explicaremos otra vez.

Ahora que acude a nuestra España legión de corresponsales extranjeros, visitantes, turistas y curiosos, entre los cuales no suele faltar algún Frestón con su ojeriza, con frecuencia se encuentra uno de parte de ellos con preguntaa a las que no se sabe cómo responder adecuadamente. ¿Es tan difícil traducírselas? Y no nos referimos a la traducción literal, lingüística, si no a la otra, a la más honda. El caso de que venga a enterarse de nuestras cosas un publicista extranjero que no sepa español —y no es raro el caso— es ciertamente lamentable, pero aun cuando lo sepa suele ocurrir que hay que traducirle a categorías políticas, sociales, culturales de su pais y esto no es fácil. ¿Es que son traducibles, por ejemplo, las etiquetas de los partidos políticos? Y aun sonando casi igual.

Y esto me trae como de la mano en esta divagación sobre el prestigio al caso de quien para prestigiar a su patria, o mejor, para prestigiarse a sí mismo —para engañarse— escribe en su propia lengua para ser traducido, en vista de la traducción. ¡Qué tristes efectos produce ello! ¡Qué triste cosa la que podríamos llamar literatura internacional! Pues lo internacional no es precisamente lo universal. No ya lo nacional, si no lo regional, y aun lo local se eleva a universal sin pasar por internacionalidad. Y en rigor nada hay más universal que lo más profundamente individual. Tal, por ejemplo, en su orden, el Kempis. Y cabe decir, en otro respecto, que mal se extiende a universalidad un autor o una obra cuando no ha llenado antes su propia patria, la de su lengua, desbordando de ella. Sin que valgan los casos en que un autor y su obra vuelvan a su patria prestigiados en el extranjero. Y cuenta que caben traducciones hasta en música y en pintura.

Producir para ser traducido, sacrificando a ello, a la anhelada traducción, lo más íntimo, lo intraductible acaso, he aquí algo que da prestigio, sí, pero en el sentido originario y primitivo de este vocablo. Da prestigio, pero no autoridad, sino engaño de autoridad. Y esto tanto más que en el arte y en la literatura, en la política. En la política de prestigio.

¡La de movimientos políticos y sociales que se trata de traducir ahora al español, acaso para que luego los retraduzcan, los viertan a sus orígenes! Y se queden en un lenguaje internacional —no universal— llámesele de derecha o de izquierda o de centro. Cuestión de prestigiar y de prestigiarse, de engañar y de engañarse.

Mas después de todo ¿ no será la obra de la historia —de la cultura si queréis— crear un prestigio, un engaño, que nos permita alimentarnos de ilusiones y de apariencias y embobar y embaucar con ellas al pueblo según la definición de la en 1927 Real Academia Española? Seis años han pasado desde entonces y el prefijo ex- ha borrado a los ojos de los cuitados no pocas cosas. ¿Y si desde entonces, desde 1927, el prestigio no se habrá convertido en ex-prestigio? ¿En ex-engaño, en desengaño? Y puestos a hurgar en estos agoreros juegos de palabras, ¿no será el desengaño un desprestigio?

¿Desprestigio de qué? ¿Del régimen? Y cuenta que esta denominación de régimen (r.) es común a república (r.) y a reino (r.) que el régimen puede ser republicano o monárquico y aun mixto o mestizo. Y que a los llamados gubernamentales se les podría llamar regimentales. Pequeñeces, en fin, para enfervorizar a los sencillos. Mientras llega lo inevitable, en todos los tiempos, países y regímenes, revisión, el inevitable “recurso”. El llamado progreso va en espiral.

¡Cuántas veces lo he dicho ya y lo vengo repitiendo, que el mundo, que el pueblo quiere ser engañado, quiere ser prestigiado, quiere ser embobado y embaucado! Y que hay que aprender a mirar a la verdad cara a cara.

Mas ¡basta otra vez!

La clase y el fajo. Matizaciones

Ahora (Madrid), 6 de junio de 1933

—Sabe usted —me dijo uno que se empeña, no sé por qué, en decirse mi discípulo— todo el mal presente de España en el orden político viene de la falta de matización. No se matiza; todo es claroscuro violento, contrastes, como dijo usted estudiando el casticismo. Apenas hay más que extremistas…

—Extremosos, que no es lo mismo —le interrumpí.

—Bueno, extremosos o extremados. Y hay que aumentar los grupos, los matices…

—¿Y no traerá eso mayor confusión? —le dije.

—Confusión, efusión, infusión, difusión… —mormojeó, y luego en voz alta—: Hay que confundir, como dice aquel personaje de su novela de usted *Niebla*.

—Y usted, personaje mío —le repliqué—, confunde, y otros muchos con usted, lo que me oye. Pero vengamos al caso de la matización política; ¿qué es ello?

—Pues es —dijo— que entre un amigo mío y yo nos hemos repartido el trabajo de formar dos nuevos partidos legitimistas dinásticos…

—¿Monárquicos? —le pregunté.

—O monarquizantes o como usted quiera —me contestó—, pues no entiendo de eso.

—Ni los otros —le dije.

—Mi amigo se pronunciará por los herederos de los Infantes de la Cerda, si los hay y sean quienes fueren, y yo por los de don Amadeo de Saboya. Dos tradiciones, sabe usted, la una de hace siete siglos, me parece, y la otra de hace sesenta años. Hay que matizar la oposición al régimen. Espero que cerdistas y amadeístas consigamos suavizar asperezas extremosas. Y ante todo cerrar el paso a la demagogia.

—Novísimo estilo —le dije—. Pero ya verá usted cómo se echan a buscar, los unos y los otros, lo que hay detrás de ustedes. O dentro más bien.

—¿Dentro? ¡Nada! —mormojeó, y luego en voz alta—: Pero usted, maestro, qué es lo que cree que va a venir?

—¿Qué? Pues que al fin el instinto colectivo de conservación, la necesidad vital de dar una tregua a esta

guerra civil agotadora, aunque para volver luego a ella ¡claro!, hará que el pueblo, rendido, se someta a eso que llaman por ahí nacionalismo, a un régimen en que una exigua minoría se haga casi totalidad, o un régimen totalitario, de Estado antiliberal, que acabe con lo que se llama clasismo, que uniforme a todos y a todos imponga una vida de privaciones materiales, intelectuales y hasta morales. O de otro modo, a un caciquismo, que es acaso todavía el régimen genuinamente español.

—Pero ¿y quién? —me preguntó fingiendo alarma.

—¿Quién? —le contesté—. Cualquiera, un nadie, un desconocido e inconocible. ¿Quién? Cualquier zascandil, cualquier badulaque, cualquier botarate fotogénico y con facultades histriónicas. Ya se encargará luego el pueblo rendido y encantado de reconocerle genio para que una generación futura se lo regatee y aun niegue y luego otra se lo vuelva a reconocer y así de seguida. ¿Quién? ¿Qué importa eso? "El mundo quiere ser engañado", me ha oído usted repetir esta vieja sentencia latina. Pues bien; el pueblo quiere ser sometido y renuncia a la libertad para ganar seguridad y sosiego.

—Pero es el fascismo, o fajismo, como usted acostumbra decir…

—¿Y qué mas da el mote? ¿Es que hay hoy aquí mayores fajistas que esos denunciadores del fajo? ¿Esos a quienes otros llaman clasistas? Clasismo y fajismo son la misma cosa.

—¿Pero le parece a usted bien eso? —me preguntó.

—¡Ya salió aquello! —estrumpí malhumorado—. Cada vez que emito un juicio o siquiera un supuesto histórico se empeñan en que hago un juicio valorativo. A mí, liberal ante todo, puede parecerme eso mejor o peor; mas mi parecer no tiene que ver con mis pronósticos. No será usted de los que creen que se evita el estallido de una caldera rompiendo el manómetro, o de una tormenta rompiendo los barómetros. Y si me pareciese mal eso que preveo, ¿qué?

—Sí —acotó—, usted se atendrá a lo de que no hay mal que por bien no venga…

—Como no hay —le repliqué— bien que por mal no venga…

—¡Siempre la dialéctica! —mormojeó.

Y yo, en voz alta:

—Y lo que ustedes, los cuitados, llaman el pesimismo, y que es apechugar con la verdad por terrible que sea. "La verdad os hará libres", dice la Escritura cristiana, y la verdad nos hace libres de esta vida.

—¿Hay otra? —me preguntó al oído.

—Dejemos eso —le contesté dándole un codazo—. Esta guerra civil para renovarse necesita de una tregua; a esta sístole, a esta contracción, tiene que suceder una diástole, una distracción.

—¿Distracción llama usted —me dijo— a ese régimen caciquil o fajista?

—Distracción en un respecto, contracción en otro. Pero créame que lo más probable es que vayamos a ello. A que conspiran los que más dicen oponerse a su venida. La lucha de clases acaba ahí. Y ahora puede usted dedicarse a formular el programa, bien matizado, del partido amadeísta y su amigo el del partido cerdista. ¡Y la de apuntados que tendrá el cerdismo! Y prepárense a que los otros, los clasistas, les llamen fascistas…

—¡Pero si esos majaderos no saben lo que es el fascio! —exclamó.

—No, ni ustedes tampoco —le repliqué—. Pero como ellos y ustedes, y clasistas y cerdistas y todos sienten la necesidad de unidad, de sosiego, de reposo y de sumisión, así, de sumisión, acabarán por someterse al grupo que represente cualquier zascandil, badulaque, botarate fotogénico con facultades histriónicas. Y si no aparece, lo inventarán entre todos.

—¿Y usted? —me preguntó.

—¿Yo? —le dije—. Yo me quedaré contemplando la historia y esperando… a la esperanza. Y con el temor de tener que morirme de risa, que es la peor muerte.

—Pero ¿cómo evitarlo? —murmuró.

—¿Cómo? —le dije encogiéndome de hombros—. Eso a ustedes, los actores y accionistas (republicanos, populares y ciudadanos) desde los cavernícolas a los tabernícolas pasando por el medio, accionarios o accionistas y reaccionarios o reaccionistas, a ustedes…

—Pero en principio… —insistió.

—En principio (en el principio era el verbo) todo está bien hasta el cerdismo, pero a la postre… A la postre me temo que acabaréis postrándoos todos a los pies del desconocido botarate fotogénico, todos, tradicionalistas y revolucioneros, los de la L. E. F. y los de la D. P. R. y los de la P. S. T. (¡pst!) y los de la R. I. P. y los de la Q. Q. y los de todas las demás monsergas iniciales…

—¡Es la vida! —sentenció bajando la cabeza.

Le di de espalda. Y allí sigue acechándome y enturbiándome con su mirada el porvenir, para hundirme aún más en zozobra malencónica.

Los hombres de cada día

Ahora (Madrid), 9 de junio de 1933

Poquito a poco y callandito va haciéndose su vida —su vidita— de cada día este hombrecito de cada día, cotidiano, diario. No el llamado hombre del día —¡soberano engaño!— sino el verdadero hombre del verdadero día, del día eterno. Pues toda su vida es un sólo día y acaba por vivir la eternidad toda en ese sólo día que es su vida. El suceso del día, de cada día, es para él el hecho de siempre. Pero el suceso cotidiano, el que se repite, el de ayer y el de mañana. Su ayer es un mañana; su mañana es un ayer. "Es" y no "fue" en un caso; "es" y no "será" en el otro. ¿Es que hace tiempo para matarlo? Y para resucitarlo. El hombre de cada día está naciendo diariamente. Y cada mañana, al despertarse, y cada noche, al ir a dormirse, reza: "¡La vida nuestra de cada día dánosla hoy, Señor!". Para él todos los días son domingos. No conoce el profundo amargo sentimiento que le reveló a Leopardi aquel su hermosísimo canto "El sábado en la aldea". El hombre de cada día en la aldea, en el campo, o en la ciudad, en la calle, mira a las estrellas sin desesperación ni esperanza. Vive mirándolas. Y le ven las estrellas de cada noche.

Este hombre de cada día, cotidiano, no va a mítines —o "metingnes"— de ninguna clase y menos a oír a energúmenos, o poseídos, a extremosos de extremos o de medios. Ni a los otros. Quiere, por instinto, conservar la sanidad de su juicio cotidiano. ¿Es que es neutral? ¿Es que pertenece a la masa neutral? ¿Neutral, es decir, ni de uno ni de otro? No; más bien, en el fondo, y sin saberlo él mismo, "alterutral", de uno y de otro. Está conforme con todos mientras no le rompan su día, y mientras de noche le dejen mirar a las estrellas. O a la luna.

¿Y para qué va a oír a esos mítines o metingnes? ¿Por curiosidad? Columbra, más bien husmea, que esa curiosidad puede pagarse muy cara, acaso con la vida. Y si luchan en él la curiosidad y el miedo vence éste. ¿Quién le mete a uno en apreturas y en líos? Hay que huir de aglomeraciones.

¿Que este hombre de cada día es un pobre hombre, es un tonto, dicho en redondo? No, no es un tonto. Será un pobre hombre, un pobre en espíritu, como aquellos a quienes en el arranque de su Sermón de la Montaña prometió el Cristo el reino de los cielos, o sea el día eterno, pero no es un tonto. Porque el tonto, si pobre en espíritu es rico en malicia. El tonto es receloso y por recelo se mete en todos los fregados. Va a ver si le conocen, si le descubren.

¿Hay una tontería inconciente? Acaso, pero entonces es algo patológico que merece otro nombre. Pero hay la tontería conciente, suspicaz, recelosa. Y ésta, tontería nativa, cuando se encona llega a ser una enfermedad peligrosa para los prójimos. ¿Es que el tonto se convence por sí de que lo es? Ah, no, pues entonces deja en cierto modo de serlo.

Cuenta Oliver Wendell Holmes en *El autócrata de la mesa redonda* —¿pero cuándo se traducirá esto al español?— de un pobre hombre a quien todo le salía mal y se desesperaba por ello hasta que un buen día cayó en la cuenta de que era porque andaba muy escaso de entendimiento y aquel día sintió un soberano alivio, un gran gozo de liberación al comprender que no era la culpa de él sino de Dios que no

le dotó de más inteligencia. Descargó su responsabilidad y pudo, aunque en otro sentido —y esto añado yo a lo de Holmes—, lo de Don Juan Tenorio: "de mis pasos en la tierra responda el cielo y no yo!"

Pero este tonto resignado, que se descubre tal, no es propiamente un tonto aunque acaso algo más trágico. Suele ser a las veces el "desesperado", esta denominación tan española y que ha pasado a otras lenguas. Mas hay otro desesperado, más enconoso y más peligroso y es no el que se descubre a sí mismo que carece de entendimiento y aún de sentido, sino el que descubre que los demás no le descubren entendimiento ni sentido algunos, que los demás le tienen por deficiente mental. Lo que produce eso que los psicoanalistas llaman ahora un complejo de inferioridad.

¡Y qué papel está jugando hoy este complejo en nuestra España! No sé si será verdad o no lo que un eminente psiquiatra español, hace años fallecido, me decía y es que en España se dan entre los anormales en mayor proporción que en otras parte el onanismo, la envidia y la manía persecutoria. Tres formas de una misma enfermedad. Que en tiempos medievales se llamaba también acedía.

No, el hombre de cada día, el sencillo hombre de cada día, no suele ser ni onanista ni envidioso ni se cree perseguido. Y no espero, ¡claro está!, que él me lo confirme. Porque ni el hombre de cada día me va a leer —¿para qué?— ni yo escribo para que él me lea. El hombre de cada día no lee nuestras cosas y hace bien. ¿Qué le vamos a decir que le importe y que no lo sepa? Y no es que no le importe nada, no. Si acaso alguna vez se detiene a oírnos es a oírnos hablar y no a oírnos decir algo. Le atrae el ritmo del lenguaje, acaso el timbre de la voz. El hombre de cada día, sobre todo en el campo, es el cabrero de Don Quijote. Y estos cabreros que oyen al Caballero al azar de los caminos, al aire libre, sin reclamo previo, sin licencia del alcalde, no se congregan en mitin como no estén tocados de esas terribles enfermedades. Que se encumbran en resentimiento.

Los hombres del día empiezan a sacar de su quicio eterno —eterno más bien que tradicional— a los hombres de cada día. Les están enfusando el terrible y fatídico morbo —un verdadero muermo— en que tanto y tan amargamente hurgó Quevedo.

Y ahora voy a releer el *Diario de un escritor* del profeta Dostoyeusqui.

Dostoyeusqui, sobre la lengua

Ahora (Madrid), 16 de junio de 1933

¡Hoy viernes, día 9, gracias a Dios! Gracias a Dios que con esto de la crisis de Gobierno y acaso de Parlamento, se limpia uno de ciertos malsanos escozores y rompiendo cuartillas ya escritas en que aparecen efectos del sarpullido, se cuida de volver, sin esperar a que la crisis se resuelva —abriendo otra— a regiones más serenas. Terminaba mi anterior Comentario, el de "Los hombres de cada día",

diciéndoos, lectores, que iba a releer el *Diario de un escritor*, del profeta Dostoyeusqui. Y así lo hice. Y ahora en vez de comentar pasajes de ese Diario que me llevarían a derrames de malhumorada amargura, quiero detenerme en uno en que hablaba de la lengua, de la lengua rusa descuidada y estropeada por los rusos —sobre todo aristócratas—, turistas en el extranjero, empeñados en hablar una jerga afrancesada, que no francés. Lo que dice en ese pasaje Dostoyeusqui no es muy original en cuanto a concepto, pero lo es en cuanto a expresión, y la ver-dadera originalidad no estriba en el concepto, sino en la expresión. No se crean ideas, sino expresiones. Y vengamos al pasaje que, desgraciadamente, he de traducirlo de una traducción francesa, pues no sé ruso.

"La lengua es, sin duda, la forma, el cuerpo, la envoltura del pensamiento —inútil explicar por el momento lo que es el pensamiento." Así escribía el profeta ruso, y yo digo que la lengua no es la forma, el cuerpo o la envoltura del pensamiento, sino que es el pensamiento mismo. No es que se piense con palabras —u otros signos, como los pictóricos y los plásticos—, sino que se piensa palabras. Cuando Descartes se dijo aquello de: "Je pense donc je suis" —y como se lo dijo a sí mismo en francés, antes de traducirlo al latín, en francés lo cito—, debió añadir, o… "je suis je" o mejor "moi", o "je suis pensée". Pienso luego soy yo o luego soy pensamiento. Es decir, lenguaje, palabra.

"La lengua —prosigue Dostoyeusqui— es dicho de otro modo, la palabra última y definitiva del desarrollo orgánico. De donde resulta claro que cuanto más rica sea esa materia, lo mismo que las formas de pensamientos escogidas para expresarla, seré más dichoso en la vida, responsable para conmigo mismo y para con los otros, comprensible para mí mismo y para los demás y seré más dueño y más vencedor, diré también más pronto lo que tenga que decir y comprenderé más hondamente lo que he querido decir; seré más fuerte y más tranquilo de espíritu, y, naturalmente, seré más inteligente."

Esto no tiene desperdicio. Y se siente que era la lengua misma rusa —que es, como toda lengua viva, una religión—, la que en Dostoyeusqui decía, esto es, pensaba así.

Y prosigue: "El hombre, aunque pueda pensar con la rapidez del relámpago, no piensa, sin embargo, jamás, con tanta rapidez como habla. ¿Por qué? Porque se ve obligado a pensar en una cierta lengua. Y de hecho podemos no tener conciencia de pensar en una lengua cualquiera, pero no dejar de ser así, y si no pensamos con palabras, es decir, pronunciándolas mentalmente, pensamos, en todo caso, por la fuerza elemental de esa lengua en que hemos escogido pensar, si cabe expresarse así."

¡Cuánta doctrina en este sencillo pasaje! Los más hablan más de prisa que piensan, sin ir cobrando conciencia de las palabras. Cuando hace unos días un orador en las Cortes distinguía entre su intención y su expresión al hablar, recordé una cosa que acostumbro a repetir cuando alguien me dice: "verá usted lo que quiero decir" y es: "no me importa tanto lo que usted quiere decir como lo que uno dice sin querer". Y no pocas veces lo que uno dice sin querer es lo que la lengua, arca de la tradición nacional, quiere que diga.

¡Arca de la tradición nacional! Aquí está la base. La lengua encierra toda la tradición de un pueblo, incluso las contradicciones de esa tradición, toda su religión y toda su mitología. Y no es posible

enseñarle a un niño a que cobre conciencia de la lengua en que piensan sus padres y piensan sus compañeros sin que cobre conciencia de esa tradición, de esa religión, de esa mitología. No se puede enseñar a la juventud a que piense en su lengua nacional, en su lengua patria, en la lengua que le hace el pensamiento, sin guiarla a que haga juicios de valor sobre la tradición en esa lengua expresada.

En la escuela primaria lo que hay que enseñar es ante todo a leer, a escribir y a contar, y lo demás de añadidura. O mejor lo demás se aprende leyendo y oyendo leer. Un buen maestro es ante todo un buen lector. Leer es esforzarse en adquirir conciencia de lo que se dice.

La lengua nacional, la lengua patria, la lengua popular, esto es: laica —hay que repetir a cada paso que laico no quiere decir sino popular—, es la sustancia de la tradición popular, de la religión popular.

Hay, sin embargo, una expresión de Dostoyeusqui a la que hay que oponer reparo y es cuando habla de "esa lengua en que hemos escogido pensar, si cabe expresarse así". No, el niño —ni el grande— no ha escogido pensar en la lengua en que piense, como no ha escogido patria. Ni es más que un desatino pretender que hasta que el niño no puede escoger la lengua en que ha de pensar, no se deba darle juicios valorativos sobre la lengua en que, por herencia y ámbito, piensa. Si el niño, por ejemplo, oye el nombre de Dios, el de Cristo, el de su Madre, aunque sea en blasfemias, es locura pretender escamotear el valor de esos nombres. La llamada neutralidad en estos casos no es más que un caso de estupidez. Y de la peor estupidez, que es la estupidez laicista, teniendo en cuenta que laicista no es laica, sino todo lo contrario.

Más adelante el niño aprende una cierta jerga científica —a las veces pseudo-científica—, la de los libros de texto, y aquí entra para el maestro otra tarea. ¿Se piensa en esa jerga? Indudablemente, pero muy de otro modo que en la lengua popular, tradicional, vital. En la lengua tradicional, con su tesoro religioso y mitológico, se piensa con las entrañas, entrañadamente, se piensa y se siente, pero… ¿en la otra? ¿Hay acaso quien crea que esas teorías de economía política en fórmulas que se dice científicas —¡y cómo redondean la boca al pronunciar este epíteto los políticos económicos y sociológicos!— cabe pensarlas como se piensa las ingenuas relaciones mitológicas que se recibieron, después de la leche de los pechos, de las palabras de la boca de nuestra madre?

La lengua es la tradición viva, popular, laica, y hay que santificar sus nombres, sus palabras. Y lo otro es estupidez "populista" acaso —pase el vocablo—, pero antipopular.

La lengua de fuego se pone en la tierra

Ahora (Madrid), 20 de junio de 1933

Huir de la Capital del Estado, de la gran Ciudad urbana, de la ex Corte de España y, sobre todo, de su Cámara —con sus camarillas—, reñidero de partidos y facciones; huir de sus pasillos tragicómicos. Partidos que se agitan fuera de los cuidados de los pueblos de la nación. Uno se llama agrario; agrario y no campesino. Alguna vez hemos oído allí hablar del agro. Culteranismo puro. ¡El campo! ¡La tierra! ¡La tierra de pan llevar! Y huir de la ex Corte y, sobre todo, de su Cámara, para refugiarse en la vieja ciudad campesina, aldeana, noblemente aldeana, con sus torres del color dorado del trigo, trigueña, ceñida de eras donde huele a tamo en época del cernimiento —crisis— de las parvas.

En el camino de la huida, rodeado de verdura, bastidores del campo, cerrando el horizonte montañas sosegadas que dicen paz. Llegó el atardecer; iba a ponerse el sol. De una nube negra bajaba, y al verlo mi nietecito exclamó: "Mira: esa nube saca la lengua." Una lengua que parecía ensangrentada. ¿Habría, acaso, lamido sangre? ¿Iba, acaso, a lamerla? Era lengua de sangre y de fuego, de sangre de fuego y de fuego de sangre. Quema la sangre y sangra el fuego.

Y huyendo de luchas —de luchas inciviles—, ir tal vez a caer en campo de otras luchas más inciviles aún. ¿Lucha de clases? De clases no, sino de profesiones, de cábilas, de cantones, de clientelas. ¿Clasismo? Clasismo no, sino cantonalismo. Otro cantonalismo que aquel de 1873, pero tan destructor. Por una parte, la vieja lucha entre Caín, el labrador, y Abel, el ganadero; pero por otra parte, la lucha entre labradores y labriegos, colonos y jornaleros, entre pequeños de España. ¿Qué es eso de la grandeza? ¿Qué es eso del señorío de los grandes? La lucha no está ya ahí, sino entre sembradores y segadores. El que ara, el que siembra, ama la tierra; el que sólo siega la mies, y por jornal, la aborrece. No quiere tierra; ¿para qué?; quiere jornal. Y por muy dentro de su ánimo, quiere arruinar al labrador. Es el resentimiento del siervo.

Cuando alguna vez se les ha dicho: "¡Entrad en la finca, segad la mies y lleváosla!", no lo han querido. Saben muy bien que no podrían sacarle el valor del jornal que no les puede dar el labrador. ¿Qué saben ellos de vender y de comprar? Los pobres labriegos saben llevar a cabo las operaciones mecánicas, arar como los bueyes o las mulas; pero qué es lo que conviene cultivar, cuándo, dónde y cómo se adquieren las primeras materias, y cuándo, dónde y cómo se vende el producto, de esto apenas saben nada. Y viven bajo una tradición engañosa de una engañosa riqueza de la tierra. Imagínanse que son injusticias de economía política lo que son fatalidades de economía natural. A las veces protestan contra el hecho de que se deje inculto lo que en rigor es incultivable. Y que si se empeña alguien en cultivarlo sólo logrará depreciar el valor medio de todo lo demás.

Y luego se habla —se habla— de reparto. Se les habla de él. Pero, ¿es que saben lo que quieren repartirse? ¿Es la tierra? ¿Es su producto, sin tener que producirlo ellos mismos? El bueno de Joaquín Costa, espíritu hondamente tradicionalista, estudió el colectivismo agrario de la antigua España. Pero, ¿es que ellos se sienten colectivistas? ¿Cómo y por qué acabaron las tierras comunales ? ¿No fueron acaso los pueblos mismos, reacios a formarse en comunidades, los que acabaron con ellas? ¿No se las

repartieron entre los vecinos y luego cada uno vendió en cuanto pudo su porción? Muchos de esos ya hoy míticos latifundios, ¿se constituyeron por donaciones regias o por abandono de las comunidades populares? Se repite lo de Plinio de que los latifundios perdieron a Italia; pero habría que ver si le perdieron los latifundios o si éstos no fueron una consecuencia de una perdición que obedeció a otras causas. Porque las nociones de causa y de efecto, en el sentido mecánico, en la concepción materialista de la historia, son extremadamente falaces. Y Dios sabe si hoy no vamos acercándonos en esto de la economía rural, como en otras cosas, a una nueva Edad Media. Y luego lo que llamó Marx el ejército de reserva del proletariado, que le hay en el campesino, y tantas rosas más.

¿Revolución? Sin duda; pero no la que creen estar haciendo los políticos, sino la que se hace ella sola y sufren los pueblos. No la que creen dirigir desde la Cámara de la ex Corte los técnicos de la revolución, pedantes de socialismo —o lo que sea— agrario los más de ellos, que sin estadísticas, sin informaciones, persiguen quimeras. ¿Hay, por ejemplo, nada más disparatado que confiscar tierras de la llamada grandeza sin tener un concepto justo y claro de lo que la grandeza sea? "¡Es la revolución!", dicen. Sí; también fue —dicen— la revolución aquello de la quema de las iglesias y los conventos. Y así se está quemando a España, como si las cenizas pudiesen servir luego de abono. Es una economía, sin duda.

Y recordaba al ver ponerse el sol, lengua de fuego, sobre esta tierra sufrida de Castilla los años en que recorríamos estos campos predicando la revolución agraria y creyendo despertar el sentimiento de colectividad, de comunidad. Y ahora sentimos que lo que se despierta es el sentimiento de cantonalismo, de anarquismo. Y recordaba aquella campaña cuando desapareció un municipio entero, cuando las vacas y las ovejas se comieron a los hombres —según la ya típica expresión—, para venir ahora a comprender que cuando no son las reses las que echan, las que obligan a emigrar a los hombres —Abel, el pastor, arroja a Caín el labrador—, son los hombres los que se devoran los unos a los otros. Y a esto, a que los hombres se devoren los unos a los otros, es a lo que llamamos revolución.

La lengua de fuego se puso en la tierra castellana.

Séneca en Mérida

Ahora (Madrid), 22 de junio de 1933

"¡Ay, ay, huideros, Póstumo, Póstumo, se escurren los años!", cantó Horacio, y Lucano[3] cantó: "¡Hasta las ruinas perecerán!" Pero es al contemplar las ruinas, en que mueren los siglos, cuando se nos antoja que los años, lejos de huir escurriéndose, quédanse y se fijan, pues nada como una ruina robusta da la sensación de permanencia. En ella suele abrigarse vida al seguro. En las pingorotas de los grandes raigones que del antiguo acueducto de Mérida —Emérita Augusta— quedan anidan cigüeñas, que vuelven cada año. Las mismas de hace siglos. Que si el pueblo campesino cree inmortales a los

vencejos, ¿por qué no las cigüeñas? Sus cuerpos perecerán acaso, pero sus ánimas son las mismas, benditas, de las cigüeñas del Imperio Romano y del Visigótico y del Arábigo. Y las ánimas de las ruinas tampoco perecen, sobre todo cuando lo son de construcciones construidas, como las romanas, a durar para siempre mientras dure historia. Para las cigüeñas de Mérida que avizoran en redondo el campo, ¿qué es lo que ha cambiado en España? Hay en torno a Mérida, en campos ibéricos, luchas como las que arrastraron la ruina de la civilización cesárea pagana, la de Séneca el cordobés. ¿Ruina? En ella siguen anidando nuestros espíritus civiles; de ella, de esa ruina, se hizo nuestro derecho.

Más triste que las ruinas en sus asientos nativos, en sus solares, es el museo en que se hacinan sus cachos ornamentales. En el Museo —cementerio arqueológico— de Mérida nos cabe soñar lo que hubo de haber sido Emérita Augusta. Hay ánima en las estatuas truncas. Al mirar aquella testuz de robusto toro romano soñaban en el escueto y enjuto bisonte ibérico de Altamira. Que no hay para soñar como las ruinas. ¡Qué de ruinas, de ensueños, no se fragua uno al mirar, cara al cielo, ruinas de nubes! Museo viene de musa y dice poesía, creación. Poesía de las ruinas que crean y re-crean, que se crean y se re-crean, se rehacen.

El teatro de Mérida, a cielo abierto de España. Ha sido desenterrado —¡tanta tradición hispano-romana por desenterrar!— gracias, sobre todo, al benemérito Mélida, y hoy, al sol, nos habla de un secular pasado de grandeza. Todo lo que se hizo a durar para siempre vuelve a ser restaurado, de una o de otra manera; sólo perecen las ruinas que se construyeron como tales, a queriendas o sin quererlo. Decíame una vez un campesino señalando a una vieja pequeña ciudad que columbrábamos a lo lejos —sus torres cortaban el horizonte—: "¿qué quiere usted esperar de una ciudad así, perdida en medio del campo?", y como yo le acotara: "¡y tan llena de ruinas!", agregó: "desde que las construyen." Y éstas son las que perecen en seguida, mordidas por recursos y revisiones de breves años, si es que no, a lo mejor, de breves meses. Sobre lo que se hace a la romana, para durar en la historia, sin prisas, resbalan huideros los años. Mas en las ruinas de nacimiento ni anidan cigüeñas ni respiran ánimas.

En ese teatro romano de Mérida desenterrado al sol, se ha representado la tragedia *Medea* del cordobés Lucio Aneo Séneca. La desenterré de su latín barroco para ponerla, sin cortes ni glosas, en prosa de paladino romance castellano, lo que ha sido también restaurar ruinas. De las del latín imperial cesáreo surgieron los romances, las lenguas neo-latinas, en que anidaron espíritus cristianizados, mas sin perder su paganía, su aldeanería. El alma popular, laica, dio nueva vida, revivió al paganismo al cristianizarlo y arrancarlo de augures, pontífices y vestales. Los bárbaros restauraron el paganismo al cristianizarlo. Y así es como las ruinas del latín, del latín cesáreo virgiliano, no han perecido. Pretendí con mi versión hacer resonar bajo el cielo hispánico de Mérida el cielo mismo de Córdoba, los arranques conceptistas y culteranos de Séneca, pero en la lengua brotada de las ruinas de la suya. El suceso mayor se ha debido a la maravillosa y apasionada interpretación escénica de Margarita Xirgu que en ese atardecer ha llegado al colmo de su arte. Sobre el escenario de piedras seculares, bajo el cielo de ocaso, se cernía pausadamente una cigüeña, la misma de hace veinte siglos. Y me sonreí —por dentro ¡claro!— de los aviones mecánicos, que acabarán en ruinas e irán a parar a museos arqueológicos del porvenir.

¿Y el público popular —laico— iletrado —no inculto—, el público del campo y de la calle? Todo debía de sonarle a música. Debía de sentir ruinas de tradiciones seculares enterradas bajo el solar de su alma comunal. La función era algo de solemnidad litúrgica, algo así como una misa civil y pagana. ¿Que no entendían aquellas arrebatadas truculencias de la pasión de Medea? ¿Que no entendían aquellas relaciones mitológicas de Séneca, a quien algunos soñadores le han querido dar como profeta que vaticinó el descubrimiento de América en un pasaje de su Medea? Tampoco entiende bien ese público la mitología cristiana de la misa y cantada en latín, pero le repercute en las ruinas de creencias que lleva en el fondo del alma y que con el canto litúrgico se le restauran. Y además el atavío y el porte de los coros de la comparsa de los actores, los soldados que al final salen, le deben de recordar los de las procesiones castizas de antiquísimo abolengo pagano. Que el catolicismo español popular, laico, ha recibido la verdura cristiana sobre roca pagana. Luego rocío del cielo y aguas soterrañas.

En cuanto a la tragedia de Medea nada debo decir hoy aquí de la pasión de la terrible maga —bruja— desterrada que antes de desprenderse de sus hijos, los sacrifica, vengadora, a un rencor infernal. Hay en esa pasión, tremenda, que tan bien comprendió el cordobés Séneca, maestro de Nerón, mucho de la tremenda pasión que agita las más típicas tragedias de la historia de nuestra España. ¿Inhumanidad? ¿Hay algo más humano que ella?

Al salir de Mérida las cigüeñas del acueducto seguían desde sobre las pingorotas de sus ruinas avizorando el campo. Luego, cuando vaya a entrar el invierno, se volverán al África. Y allí oirán acentos no romanos que también saludaron al sol en estas mismas tierras.

La invasión de los bárbaros

Ahora (Madrid), 28 de junio de 1933

No bien acababa de dictarme mi último Comentario aquí, en torno a las ruinas romanas de Mérida, cuando vino a caer en mis manos la traducción inglesa que de un soneto de Quevedo hizo la poetisa Felicia D. Hernans. Fui enseguida a buscar el original castellano de Quevedo, y me encontré con que era a su vez traducción de un soneto francés de Joaquín Du Bellay, el de la Pléyade. Ha ido el soneto fluyendo de lengua en lengua y restaurándose. El texto castellano, el nuestro, el quevediano, dice así: “Buscas en Roma a Roma, ¡oh peregrino!, / y en Roma misma a Roma no la hallas; / cadáver son las que ostentó murallas / y tumba de sí propio el Aventino. / Yace, donde reinaba, el Palatino; / y limadas del tiempo las medallas, / más se muestran destrozo a las batallas / de las edades que blasón latino. / Sólo el Tíber quedó, cuya corriente, / si, ciudad, la regó, ya sepoltura / la llora con funesto son doliente. / ¡Oh Roma!; en tu grandeza, en tu hermosura, / huyó lo que era firme, y solamente / lo fugitivo permanece y dura.”

Permanece y dura lo fugitivo, lo huidero; se queda lo que pasa. Lo que fluye, como un río y un soneto vivo, se asienta. El Tíber parece durar más que las minas de Roma. ¿N o será que sólo parece? Hay, sí, ruinas de riachuelos, esos carcavuezos —por qui los llaman "cahorzos"— en que se rompe su vena en el estiaje, pero se recomponen. Los ríos, con altos y bajos, siguen espejando en su cauce ruinas. El agua pasa, la imagen queda.

Fuimos a Mérida desde esta Salamanca en que sueño la pesadilla de esta historia actual de guerra civil. Civil y rural. Al salir de la ciudad contemplé el puente romano sobre el Tormes, afluente éste al Duero, rio celtibérico. Al Duero va a dar, mediante el Pisuerga, el Carrión, en cuyas riberas soñó Jorge Manrique lo de que "nuestras vidas son los ríos, que van a dar a la mar". Y el Duero mismo acaso sueña y, desde luego, canta. *La canción del Duero* llamó Julio Senador a uno de sus libros proféticos, el más inspirado acaso, como a otro le llamó *Castilla en escombros*. Dos títulos, dos hallazgos. El Duero canta y briza a los escombros de Castilla, que empiezan a hacerse polvo.

Pasamos la divisoria entre las dos cuencas, la del Duero y la del Tajo, cruzando en Béjar el Cuerpo de Hombre, que canta, en caída, la ruina de una industria. Entramos en Extremadura, teatro hoy de extremosidades y de lucha, no de clases —hay que repetirlo—, si no de cábilas, de lugares, hasta de barrios; de cotarros en todo caso. Cantonalismo y guerra al meteco, al forastero. En redondo tierras de pastos; desoladas las más. El sol las azotaba. Y luego, a cruzar el Tajo en Cañaveral. Riberas escuetas y desnudas por donde fluye, llevando recuerdos de minas, el río antaño imperial. Si es que puede ser imperial un río no navegable. Y, sin embargo, de su cuenca salieron los grandes conquistadores imperiales de Ultramar. Divisábamos unos machones perdidos en el cauce del río, raigones de las minas de algún puente que fue yugo de ese cauce.

Luego, a remontar otra vertiente y a entrar en la cuenca del Guadiana, el primer "guad" o "wad", río en árabe. Guadi-ana es el río Ana, nombre que los romanos, tomándolo de los celtíberos sin duda, daban al que pasa en Mérida bajo un puente romano. Que no es ruina porque la utilidad imprescindible de su función le libra de llegar a serlo. Como el acueducto viviría de haber tenido que llevar agua. Los ríos, como las cigüeñas, viven trasmitiéndose con la vida el ánima.

Ahora que en esta trasmisión —tradición— de vidas, de almas, de ensueños, de pasiones, suele haber también minas. Se arruinan creencias, instituciones, leyes, costumbres, civilizaciones. ¿No estamos acaso asistiendo al derrumbe de una civilización? ¿No será una verdad lo del derrumbe del Occidente, de Spengler? La otra ruina, la de la civilización pagana greco-romana llevó a Europa al recojimiento y la reconstrucción —restauración— de la Edad Media. Esta de ahora, ¿a qué nos llevará?

Contemplando esos campos, teatro de una nueva e incipiente invasión de los bárbaros, recordaba cómo en aquellos remotos siglos los bárbaros renovaron la vida del espíritu. Los de ahora, hambrientos de pan y de justicia, pero más aún de venganza, cumplen una obra providencial cuya finalidad desconocen y que les llevará tal vez a lo contrario de lo que se figuran. Si bien, ¿qué se figuran? ¡Cualquiera se pone a escudriñar en los recovecos del alma de nuestros castizos celtíberos amoriscados, erizados de reconcomios y de suspicacias! ¡Cualquiera traduce las oscuras intuiciones del anarquista conservador

que es nuestro campesino, ansioso de rematar al señorito para suplantarle como tal! Y lo de: “Cuándo querrá Dios del cielo / que la tortilla se vuelva, / que los pobres coman pan / y los ricos coman yerba.” Y lo que les dijeron de las hoces los cabecillas de la revolución oral que no saben segar.

Por donde quiera un aliento de invasión bárbara. Y sin dar a este apelativo de bárbaro ningún sentido, ni despectivo ni denigrativo. Barbarie es la acción directa: barbarie es la revolución. Pero la verdadera, la de abajo, la que no se pierde en programas ideológicos o sociológicos, ni radicales ni socialistas; la limpia de pedanterías marxistas —¡clasistas, pase!—, la que no son capaces de controlar los supuestos directores que nada dirigen. Se han éstos empachado tanto de revolución oral —verbal, nominal—, que no les va a ser hacedero despacharse de ella en hechos, que se quedan para los genuinos bárbaros, sin ideología. Pues, ¿qué es eso de socialistas, comunistas, sindicalistas, anarquistas? Y no digamos republicanos, porque esto si que no les dice nada a los puros y meros bárbaros. El apuntarse en una u otra cosa, alistarse en tal o cual partido, no quiere decir si no formar clientela, fajo. Como de nada sirve que la superioridad —¡vaya superioridad!— dicte tal o cual fallo, porque los bárbaros no lo cumplen cuando les contraría. Los bárbaros comprenden que una revolución constitucional no es tal revolución —que revolver no es constituir; que no es ni barbarie, si no ruinosa oquedad—.

Aquella providencial invasión de los bárbaros que arruinaron al Imperio Romano acabó, en el campo, en feudalismo; en las ciudades y villas, en gremialismo. ¿ Y ésta? Los agüeros a la vista están.

Escúrrese el Guadiana al pie de las ruinas romanas de Mérida, y queda lo que se escurre, lo que pasa; queda la historia.

Notas a Lucano

Ahora (Madrid), 4 de julio de 1933

Mi trato último con Lucio Anneo Séneca me ha llevado, como de la mano, a su pariente Marco Anneo Lucano, de la misma familia —gens— Annea, de Córdoba. Y apenas vuelto de Mérida y recogido en esta mi librería de Salamanca, eché mano de un viejo ejemplar de la *Farsalia*, entre cuyas hojas dejé, hace ya años, no pocas notas y acotaciones manuscritas. El ejemplar es de Padua y de 1721. Y he aquí que lo primero con que topo en él es con una frase que, en mi Comentario “Séneca en Mérida”, confundí tomándola como de Virgilio. Es la que dice: “etiam periere ruinae” (IX, 969), “¡perecerán hasta las ruinas!” ¿Qué demonio me trastornó la memoria induciéndome a esa confusión? El mismo que me ha inducido varias otras veces a confusiones parecidas —y aun más graves—: un demonio que se me antoja actúa en España, tierra de improvisadores, más que en otras partes. Pero una vez rectificado ese desliz y puesto en claro que fue otro español —uno es Séneca— quien dijo que “hasta las ruinas perecerán”, me puse a repasar mi antiguo repaso de la *Farsalia* de Lucano, y, ¡cómo, al repasarlo, resucitó la

historia actual de nuestra España, cómo revivió lo que estamos viviendo!

Ya en el primer verso de su celtibérica epopeya nos habla Lucano de guerras más que civiles —"bella… plus quam civilia"— y es expresión felicísima que se ha repetido mucho. "Los primeros muros (de Roma) se regaron con sangre de hermanos", se dice poco más adelante. Y aquí está este cordobés cantando al vencido, a Pompeyo, y execrando, pero admirando, al vencedor, a César, al instaurador del cesarismo, que no es ni más ni menos que el fajismo: "La causa vencedora —nos dirá Lucano— plugo a los dioses, pero la vencida a Catón." A Catón, una especie de Don Quijote romano y pagano. Y Lucano, el celtíbero, se prosterna ante el que supo desafiar al Hado, ante el esforzado Catón de Utica, que se suicidó por no rendirse al cesarismo, al estatismo. Dechado noble, sobre todo en esta gloriosa agonía del liberalismo a que asistimos.

¿También se tiñeron de sangre en guerra más que civil, hermanal, aquellas tierras de la Bética —"ultima mundi" (IV, 147), que no sería forzado traducir por "Extremadura"— hacia Córdoba, y las causas de aquella guerra? La primera el Hado, la Fatalidad, la Suerte, "la envidiosa seguida de los hados y el estar negado a los dioses el mantenerse mucho tiempo", se entiende que en paz y en reposo. Y basta con esta primera causa; ¿para qué más? Es la causa primera de todas las revoluciones, empezando por las de los astros. Es la historia misma.

¿Y en cuánto a los hombres? Tienen que seguir al Hado que les arrastra. No les fue posible la neutralidad: "unos siguen al Grande (Pompeyo) o a las armas de César; sólo Catón será jefe de Bruto", el tiranicida. "A cada cual le arrebatan sus causas a los malvados combates" (II, 252), cada cual toma partido y con el partido armas por motivos que él se fragua, por antojos, mas en rigor arrastrado por la fatalidad, y esto aun cuando crea que lo hace por abrirse camino en la carrera civil, o sea política. No se suele tomar partido ni por fe, ni por razón, ni por conciencia; el partidario no suele ser ni un creyente —aunque sea fanático—, ni un razonador, ni un concienzudo. Cuando hay que defender una suprema injusticia suele decir: "¡es la política!" —broquel, no de bárbaros, sino de salvajes—, o aquello otro de que "la política no tiene entrañas". Y quien no las tiene es el que lo dice. ¡O "es la revolución"! Y esto sin comentario.

¿Y César? ¿O sea el Estado, el Estado todopoderoso y absorbente? César necesita enemigos para ejercer su actividad guerrera, le daña el que le falten enemigos —"sic hostes mihi desse nocet" (III, 364)—, y así, cuando no los encuentra los inventa, u hostiga a los resignados a que se le rebelen. Duro trance cuando se nos rinde a primeras aquel contra quien vamos. Hay que provocarle a que nos provoque. Y acudir luego a una ley de supuesta defensa. Aquella guerra, más que civil, azotó también campos hispánicos, campos celtibéricos. "Aprenderás que no huyen a la guerra los que saben sufrir la paz", hace decir a Pompeyo, Lucano. Y a la guerra fueron los "fieros iberos", los "duros iberos", los conterráneos de Lucano, "creyendo que no habían hecho nada mientras quedase algo por hacer". Pobres. ¡Terrible "fecunda pobreza"! ¿Y su religión, entonces? "Añade terror no conocer a los dioses a que se teme" (III, 416). Y allá fueron, prontos a no morir sin matar, a no perder la muerte ("non perdere letum"). ¡Pobres, pobres! "El vencer era peor". ¡Pobres! "Hesperia —o sea España— está erizada de cambroneras, sin arar por muchos años, y les faltan manos a los campos que las piden"(I, 28 y 29).

Entonces. ¿Y ahora? ¿Les faltan manos a los campos que las piden? A estaciones sobran manos y todo el año sobran bocas para el pan que pueden dar esos campos esquilmados. ¿Y el arado? El daño que ha hecho, y seguirá haciendo, si Dios no lo remedia, ese arado —aún queda, en rincones retirados, el romano— que araña en el pellejo de la roca o en el páramo. Y sin poder sufrir la paz, huyen los pobres a la guerra.

En los tiempos que cantó Lucano, los soldados, los cesarianos, se revolvieron contra la civilidad degenerada —"degenerem… togam"— y contra el reinado del Senado —"regnumque Senatus"—. Y el reinado del Senado era la República. Y en cuanto triunfó la revolución cesariana, se le siguió llamando República al Imperio y siguió el Senado. O, como si dijéramos, las Cortes. Todas estas ambiguas y equívocas distinciones entre Monarquía y República no existían entonces. ¿Y en cuanto al cesarismo, imperialismo —o napoleonismo—, qué más da de dónde surge? La suprema encarnación de la Revolución Francesa fue Napoleón. Por otra parte, la dictadura de una facción es tan cesarista como la de un hombre. Y no importa que los cesarianos anden disfrazados de civiles; Que en estas guerras más que civiles, los que parecen civiles no lo son. Y menos mal si llegan a bárbaros sin quedarse en salvajes. Que hay medidas gubernativas, como esa de los cantones o términos municipales, que no son sino salvajería de facción de tribu cabileña. La comunidad bárbara es más universal. Y no se preocupa miserablemente de clientelas electorales. Alberga más humanidad.

¡Es la suerte! ¡Es la fatalidad! ¡Es la política! Dios sobre todo, digamos. O bien: ¡es la Historia! Es la Historia que florece en Farsalias como la de Lucano, uno de los creadores del mito de César y de su mitología. Mito que vale tanto como relato, como nombre. "¡Nullum est sine nomine saxum!", "no hay una piedra sin nombre" en la Troade, dice Lucano (IX, 969). Y aquí, en su España, dijo no sé quién, "que no hay un palmo de tierra sin una tumba española." Sobre todo en España. Y si hasta las ruinas perecerán, ¿no han de arruinarse las tumbas? Antes las cunas.

He ido a buscar en esas dos cuartillas de letra apretada —como patitas de moscas, que se dice—, que guarda mi vieja *Pharsalia* patavina, un relativo consuelo para las congojas que constriñen mi espíritu a la visión de esta guerra, más que civil, que desvela los campos erizados de jarales y cambroneras y he sentido que soplaba sobre mí el aliento del Hado. He recordado a Pompeyo, a César, a Catón. Luego a Don Quijote. Y luego me he repetido: ¡Sueños españoles de Dios!

Segadores

Ahora (Madrid), 12 de julio de 1933

Contemplando hace unos días en Madrid el celebrado cuadro de Gonzalo Bilbao *La siega*, sol providente sobre revuelto oro de espigas, recordaba aquel terrible relato —cuadro también éste, pero literario—

del torturante y torturado escritor portugués Fialho d'Almeida de la siega en el Alemtejo, que me hizo leer por primera vez Guerra Junqueiro. No conozco en literatura alguna un relato más alucinante y más asfixiante. Al terminarlo siéntese el lector tan anonadado como los "ceifeiros" —así se titula el relato: *Ceifeiros*, esto es: segadores— mismos del Alemtejo y comprende aquello de que: "Comienza entonces el pavoroso espectáculo de la naturaleza y el hombre torturados a fuego para expiar el crimen de haber la una dado fruto y el otro insistir en vivir de él." Y esta sentencia del formidable relato de Fialho d'Almeida me llevó a recordar el pasaje de *La retama*, el inmortal canto de Leopardi, en que éste lamenta cómo los hombres, en vez de unirse en social cadena contra la Naturaleza, "madre en el parto, en el querer madrasta", se entretienen en luchar entre sí, unos contra otros. Y de aquí vine a parar a cómo a los horrores naturales de la siega a mano en tierras calcinadas como las del Alemtejo, han venido a sumarse otros horrores sociales, los de una salvaje —no ya bárbara— lucha de unos siervos contra otros, de unos menesterosos contra otros. Y he pensado qué cuadro podría pintarse, qué relato podría escribirse, de unas parejas de la guardia civil —o guardias de asalto— arrojando de un campo de siega a los pobres segadores que allí trabajaban a cuenta de unos pobres —así, pobres— amos, pequeños labradores, colonos menesterosos, para satisfacer a una clientela de parados, inscritos en bolsas de holganza, que jamás cogieron una hoz en la mano.

Solían venir a segar a estas tierras de Castilla segadores gallegos, portugueses, serranos, que se llevaban a sus pobres hogares sendos montoncitos de duros con que hacer menos duro el invierno. Volvían extenuados del terrible trabajo. Y es conocida aquella exclamación de Rosalía, la poetisa, cuando exclamó: "Castellanos de Castella / trata de ben os gallegos / cando van van como rosas / cando venen como negros." Y no eran, no, los castellanos de Castilla los que trataban mal a los gallegos, era el sol implacable —no en todas partes como el del Alemtejo— que los torturaba y les chupaba la sangre, ennegreciéndoles las rosadas caras. Luego han venido las máquinas segadoras, pero a éstas se les ha puesto en parte el veto, porque ahorran no ya brazos, sino jornales, y lo que se quiere es jornales para brazos caídos, y tanto más subidos los jornales cuanto más caídos los brazos. Este año han tenido que volverse a su Galicia cuadrillas de segadores gallegos, considerados como siervos de famoso ejército de reserva del proletariado de la mitología marxista, porque el otro ejército de reserva, el de la bolsa de la holganza de los parados, exigía jornales para los que ni saben ni quieren ni pueden segar. Y luego a esta hueste cantonalista de electores les hablan sus caudillos de servidumbre de la gleba, de feudalismo —¡feudalismo en España!— y de otros tópicos mitológicos adquiridos en cualquier oficina del trabajo de Madrid. Y se entercan, con la tozudez de un fanatismo ciego, en esa salvaje ley, de inspiración electorera, de términos municipales.

"¡Bon cop de fals!", buen golpe de hoz, canta la famosa canción catalana de los segadores —*Els segadors*—, la canción del odio de la guerra civil cantonalista, la canción del odio al forastero, al meteco, al inmigrante, al peregrino. ¡Ay cuando el colaborador al trabajo se convierte en concurrente al consumo! ¡Qué profundo sentido en eso de que los segadores hubieran llegado a ser símbolo de una encarnizada guerra civil, de origen económico en gran parte!

Gonzalo Bilbao pintó un cuadro más bien gozoso, una fiesta de trabajo a sol andaluz—¡aquel segador

que se enjuga el sudor de la frente, serenamente, con el dorso de la mano!—; Rosalía pidió que se tratara bien a los segadores gallegos que venían a hacer su temporada de trabajo veraniego; Fialho d'Almeida trazó en una de las más grandiosas visiones que se hayan escrito en lengua alguna la lucha del hombre contra la terrible madrasta Naturaleza; la canción de guerra catalana llevó la siega a la comunidad humana civil de los "ceifeiros", hizo "segadors".

¿Qué es eso ahora, en las condiciones actuales de Castilla, de esta pobre Castilla empobrecida, en escombros, qué es eso de servidumbre de la gleba y de explotación del obrero por parte del señorío? Lo que hay que averiguar es lo que puede dar la avara Naturaleza. Lo que hay que averiguar es si podrán reformar a la naturaleza, al campo, esos funcionarios de Estado asentados por esta república de funcionarios de toda clase, de funcionarios de trabajo que no de trabajadores. ¡El ejército de reserva del proletariado! ¿Y el ejército de reserva del funcionarismo de Estado?

¡El Estado! El Estado es el origen de toda libertad —"fuera del Estado no hay libertad" se dice— y es el origen de toda servidumbre. ¿Y qué es el Estado? ¿es la sociedad? ¿es la comunidad? ¿es el pueblo? El Estado, dejándonos de camelos jurídicos, ha venido a significar la facción, el fajo, de los que usufructúan, o usurpan el poder público. El Estado ni siembra ni siega; entroja lo que recaudan sus listeros de segadores. Lo entroja y devora luego lo que le dejan las mermas y los gorgojos.

¡Pobre España nuestra! ¡Pobre España entregada a una presunta y sedicente revolución que lo revuelve todo sin constituir ni asentar nada; pobre España lanzada a una lucha no de clases —¡de clases, no!— si no de clientelas electorales de parados; pobre España, donde en la agonía del liberalismo democrático agoniza la vieja noble artesanía, la de aquellos obreros que del menester de su oficio hacían rendimiento religioso al bien común y no mera miserable ganapanería; pobre España donde se están segando odios sembrados a voleo; pobre España nuestra!

Por el alto Duero

Ahora (Madrid), 18 de julio de 1933

Huir, huir de la lóbrega caverna legislativa y a correr, al sol, tierras castellanas, trasespañolas, ante Palencia, Burgos y Soria. A remontarse uno. Primera parada en Lerma, en la espaciosa plaza del palacio ducal que con uno de sus brazos ciñe al pueblo. Abajo, en el valle, entre verdor, fluye el Arlanza, rojo de siena. Y otra parada luego en Covarrubias, a ver su iglesia —un celebrado tríptico en ella— y el museo parroquial. En aquella sepulcros de supuestos condes soberanos de "Castiella la gentil" —Doña Sancha, el rey Fernán Núñez— y en el museo, entre más remotas antiguallas, un sable curvo, especie de alfange, que dicen fue del cura Jerónimo Merino, el famoso guerrillero, otro salido de la casta del Cid, como el Empecinado. Mas para el magín hambriento de ensueño sosegado aquel claustro —al cura le recordaba

el de San Juan de los Reyes— claustro humilde, pobre, pequeño, laya de corral gótico, donde sobre yerba yacen siglos vacíos e iguales. De allí a otro claustro, éste ya espléndido, el de Santo Domingo de Silos.

Hacía más de diecinueve años, en la semana santa de 1914, que había visitado Silos en busca de reposo. El mismo claustro, con el mismo ciprés que busca, por sobre las arcadas, luz del cielo; la misma cigüeña, los mismos monjes. En el álbum del monasterio dejé entonces la primera redacción de donde salió para mi poema "El Cristo de Velázquez" —que fraguaba entonces— el pasaje que dice: "¡Conchas marinas de los siglos muertos / repercuten los claustros las salmodias / que olas murientes en la eterna playa, / desde el descielo de la tierra alzaron / al más del mundo trémulas, pidiéndole / por el amor de Dios descanso en paz!" Y desde aquel verano de 1914, en que empezó mi mayor batalla, ni un sólo día de verdadera paz. ¿Y descanso? Peor sería cansarse de descansar, que es devorador aburrimiento claustral.

Siguiendo riberas del Arlanza, tras una parada en las ruinas del monasterio —otro— de San Pedro de Arlanza, a dormir en Quintanar de la Sierra, donde el río nace. Y tras implácido sueño, sin ensueños, a la tierra de los pinares, a Salas de los Infantes y luego al nacimiento del Duero.

El Duero, el padre Duero, padre de Castilla y de León. Hay un breve trecho en él en que se le abocan por la derecha, unidas, aguas que de Burgos tomó el Arlanzón, de Palencia el Carrión, de Valladolid el Pisuerga, y, por la izquierda, de Segovia el Eresma, de Ávila el Adaja. Ya más crecido, "essa agua cabdal" —que dijo Berceo— espeja a Zamora, y van luego a ella caudales de León por la derecha y de Salamanca por la izquierda. Y entra en Portugal. Esta vez fui a verle, a soñarle visto, en su cuna, en Duruelo.

Duruelo, esto es "Duriolu", Duerillo, el Duero niño recién nacido. Una humilde aldea donde el río del Cid, el de los guerrilleros, el del romancero, balbuce vagidos entre peñascos y se le unen dos riachuelos. Encima de Duruelo, de su pobre caserío, asomaba, tras unas cumbres peladas, el pico pelado del Urbión como repujado en el cielo desnudo, pelado de nubes. Levanta allí el río —que es el cauce— su raicilla más larga, su rendal (cordón umbilical en técnica), caucecillo de agua que baja de las cumbres del Urbión. Y al poco trecho empieza a trabajar, en los pinares. Mas antes quise coger en ensueño, contemplando al Urbión desnudo, no el estado, el estar, de Castilla, si no su esencia, su ser. ¡El estado y la esencia, el estar y el ser! Si Castilla, si España es buena, nada se da que esté mala, pues ya se sacudirá el estado para rehacerse en comunidad. ¿Y… los que fueron y duermen el sueño de los idos nos recuerdan a nosotros, sus sucesores y herederos, sus venideros? ¿Y nosotros recordaremos, cuando ya pasados, a los que nos sobrevengan y sucedan? ¡Eterna vanidad del mañana! Mejor acaso el olvido en el hoy. Que la lanzadera del tiempo va del pasado al porvenir y vuelve del porvenir al pasado, a redrocurso, en flujo y reflujo. La historia nos hace abuelos de nuestros abuelos, nietos de nuestros nietos.

En Covaleda, en pleno pinar, una Sierra Nueva —así se rotula— que nos ofrece fábrica casi paleontológica, uno de esos artefactos que el vapor y ahora la electricidad arruinan. En un pequeño

salto del Duero niño una aserradora mecánica, a la que hay que ayudar con el pie, por pedales. Y allí pensamos en esos Saltos del Duero —más bien hasta ahora del Esla— con su formidable poderío eléctrico, que acabará con estas venerables reliquias de la industria pasada castellana. En estas sierras primitivas se producía demasiado serrín y lo más de él iba a perderse al río. Por lo cual solían decir los de Quintanar de la Sierra, donde el Arlanza es rico en ricas truchas serranas, que las truchas pinariegas del Duero sabían a serrín, truchas aserrinadas. ¡Quién sabe…! El seso de los ciudadanos —concientes. ¡claro!— de las ciudades fabriles en que se asierran programas políticos, ese seso suele saber a serrín sociológico. Se… so… su… sa… El Duero niño susurra, en siseo de sierra, vagidos infantiles, ciñe a Soria y cruza luego la desolación de la escombrera castellana. ¡Santo padre Duero! Sobrio y austero Duero, de cuya cuenca se salió el salido Rodrigo Díaz de Vivar, el Cid, llamando, por pregón en tierras de Castilla a los que quisieran salir de pobres —"quien quiere perder cueta e venir a vitad"—y enriquecerse a costa de moros en Valencia. Y dejaron sus humildes hogares serranos, aquellos cruzados de la indigencia.

Un hogar serrano, pinariego. Una cocina rematada en chimenea cónica que corona al tejado. Sobre armazón de madera, con sus cuadrales, se monta una especie de gran cesto entretejido de barda de pino verde recubierto de barro y encalado y que se abre al cielo por agujero que recibe luz y agua de lluvia y por donde sale el humo que antes cura los jamones. Allí, bajo la chimenea, el hogar, y junto a él los escaños en que, en mesillas de sube y baja, hacen por la pobre vida y la sueñan los sorianos pinariegos. Un pequeño claustro doméstico también. En invierno por el respiradero entra nieve. Y pensé lo que cuando el Cid Campeador llamó a riqueza a sus convecinos, "salidos» como él, serían las barracas de los moros de la huerta de Valencia, de "Valencia la casa", "Valencia la clara", "Valencia la mayor", "Valencia la grand". ¡Pobre Soria!

Los de páramos numantinos bajaron a costas saguntinas. Desde los siglos les recordaban ánimas de romanos y de cartagineses.

De Soria, de sus pinares, salieron en nuestros tiempos hombres roblizos y animosos, trabajadores de verdad —de madera de esencia y no de papel de estado— a hacer fortuna, y no contra moros, en las Américas y remigrados han renovado su solar nativo. Basta visitar Vinuesa, donde terminé esta mi correría por las tierras del Cid, a las que fui huyendo de la caverna legislativa y para sacudirme el serrín de sus aserramientos político-programáticos.

El estilo nuevo

Ahora (Madrid), 21 de julio de 1933

Al deslizarse uno, zigzagueando y soslayándolas, por entre pequeñas tragedias diarias; al rozar con la

pena nuestra de cada día, lo que más desconsuela es no hallar campo para las ideas eternas de justicia y de humanidad. Y vase uno a la campiña. En torno el espacioso campo colorido, el divino espacio real, pardo en el hondo, azul en el colmo y lleno de aire vivo su claustro natural. Respírase allí la España divina y eterna. La espaciosa voz del reposo campesino, con su estilo milenario, nos sosiega. ¿Estilo? De pronto, como una puñalada trapera, le hiere a uno el recuerdo dolorido de una expresión de la caverna parlamentaria: ¡el nuevo estilo! ¡El nuevo estilo!

¿Qué saben de estilo esos convencionales de las interrupciones, de las votaciones nominales, del quórum y de la guillotina? ¿Qué saben de estilo los que con sus estiletes están disecando a España? Ellos, a busca de electores futuros, tienen que defender y no enmendar aquello en que tienen conciencia de haber acertado mal; pero uno, a busca de lectores a quienes dar la verdad, debe, en conciencia, servir a la íntima disciplina de la entereza moral, que está sobre todos los partidos y sus miserables intereses.

En la sesión parlamentaria del día 14 de este mes de julio hubo una declaración del ministro de Trabajo que arroja un haz de luz sobre el nuevo estilo. Y fue que, al dolerse un señor diputado de las irregularidades y la parcialidad del Poder público en contra de los patronos, el ministro replicó: "Hay veces que es preciso obrar así, para evitar desórdenes públicos." O sea que, para evitar desórdenes públicos, para satisfacer a los desordenadores y revoltosos, hay que faltar a la justicia y, a las veces, a la humanidad.

¿Quién no recuerda aquella terrible sentencia de uno de los presuntos dirigentes de la revolución cuando, acusado de no haber impedido la quema de los conventos, dijo que todos éstos no valían la vida de un buen republicano? Con lo cual canonizó de buenos republicanos a los petroleros. ¿Y qué, si, con achaque de evitar desórdenes, se los provoca para poder faltar a la justicia y a la humanidad, en contra de los supuestos enemigos del régimen, o sea del Gobierno? ¿Es acaso moral azuzar a una mozalbetería envenenada y entontecida en contra de una tonta manifestación callejera de trapos para proceder contra unos ilusos protestantes? ¿No sería medida de mejor gobiemo meter en cintura a esa chiquillería vocinglera que grita contra el fajo —el fascio— sin saber lo que el fajo es?

El que esto os dice argüía no hace mucho a un gobernante en contra de la procedencia de una medida que se le había encomendado y él aceptó, y por toda respuesta obtuvo la siguiente: "Es verdad, tiene usted razón; pero, ¿qué le vamos a hacer?; ¡es la política!" Pues bien; no, amigo mío, no; eso no es política. No es política rendir la conciencia a disciplina de partido cuando se sabe que la supuesta política del partido no obedece más que al puntillo de defenderla y no enmendarla.

Como tampoco es política ni es disciplina supeditar la verdad y la justicia a intereses de partido. Y lo digo porque cuando decidí con unas palabras de verdad y de justicia en el Parlamento un pleito electoral —el de la aprobación de un acta—, se me dijo que había herido intereses de partidos. En ninguno de ellos me había matriculado; mas aun cuando lo hubiese hecho, jamás habría faltado a mi deber de ser veraz y justo por dar aumento a una mayoría. Y el curso posterior de los acontecimientos ha venido a darme la razón. Y a demostrar cómo la dictadura de la mayoría parlamentaria no ha hecho

sino alejar del régimen y desaficionarles de él a los que lo habían recibido y acatado con esperanza y confianza.

Otra vez más: “Procure siempre acertarla / el honrado y principal; / pero si la acierta mal, / defenderla y no enmendarla.” Y a esto se dice: “¡es la política!” o “¡es la revolución!” Y menos mal cuando con honradez se procuró acertarla; pero ¿y si no? ¿Hay quien de buena fe pueda creer que procura, con honradez, acertar el que asegura que no adoptaría medida alguna que mereciese el aplauso de sus adversarios y que no admite consejos? No, esto no es procurar acertar, sino empeño de vengarse o de satisfacer no se sabe qué tenebrosos sentimientos. ¡Y a eso se le llama defender el régimen!

Y déjense de todos esos tan socorridos estribillos de “batalla a la República”, “contra-revolución”, “monarquizantes” y demás monsergas en que nada se estriba. Cúrense de las alucinaciones de la manía persecutoria y del menoscabo mental de antojárseles que jamás se ganará al régimen a los españoles todos. Que si la República haya de ser renación de España lo será como comunidad una y entera, sin división ni de clases, ni de confesiones, ni de profesiones, ni de castas, ni de orígenes, ni de ciudadanías. División en derechos y en deberes, entiéndase bien.

¿Política?, ¿revolución?, ¿renovación de España?, ¿estilo nuevo? No; todo eso no es sino desconcierto. Y luego el miedo a que las mismas garantías que se han visto, por bien parecer —hipocresía—, obligados a fijar, esas pobres garantías constitucionales, se pretenda hacer efectivas y a dificultarlo. Como si los ineludibles recursos y revisiones dependieran de un Tribunal que nace mancillado y moribundo, y no de unas elecciones populares que acaben con Código de papel. Código que no es da la República. Pues si Cánovas del Castillo, autor de la Constitución monárquica de 1876, habló de constitución interna española, hay una forma republicana de ésta que no es la que a trompicones se fraguó en la Cámara para encauzar la presunta revolución que la ha hecho trizas. Ni su régimen es el íntimo del pueblo español. Constitución esa tricolor —morado de cardenales— hecha ya pelota de papel. Y gracias que la tan cacareada soberanía de las Cortes ni es la del pueblo ni la representa.

Pronto habrá que raspar, en bien de España una y entera, y de su régimen, las trazas del estilo nuevo, y no reformar, sino refundir su código fundamental.

En defensa del régimen

El Norte de Castilla (Valladolid), 25 de julio de 1933

“¡Proletarios de todos los países, uníos!” Les dijeron a los obreros, a los jornaleros, hace sesenta años los fundadores de la primera Internacional Obrera y quedó con ello proclamada la lucha de clases.

Primero, proletarios. ¿Qué es eso de proletarios y en qué se distingue del llamado burgués? Hoy apenas

hay quien lo sepa a ciencia cierta. Lo del proletariado es uno de tantos tópicos para cubrir el vacío ideal y mental: Es como lo de las clases. ¿Quién las define y, sobre todo quiénlas clasifica? ¡Y llaman pensar realidades a eso, a rumiar palabras sin sacarles el jugo!

¿ Y los proletarios de todos los países, contra quién hablan de unirse? Porque los hombres no se unen sino los unos contra los otros. Pues contra los burgueses de todos los países, contra los capitalistas. Y luego todo aquello de la ley férrea del salario, y lo del ejército de reserva del proletariado, y la concentración de la propiedad cada vez en menos manos y... el resto de la mitología marxista. Mitología a la que, como a todas las mitologías —religiosas, políticas, científicas, estéticas...— le ha llegado su crisis merced a la crítica.

En toda esa mitología no entraba por nada el sentimiento, y con el sentimiento el concepto de patria y de patriotismo. Para los proletarios míticos de la Internacional, no había de haber patria. Aunque una Internacional supone naciones, éstas no habían de ser sino expresiones geográficas. La nación, la patria, era una categoría burguesa, capitalística. El proletario de una nación cualquiera había de sentirse más solidario con el de otra nación que no con el burgués, su convecino, su pariente acaso, de su nación misma. La convivencia en espacio, en tierra, en solar, no había de significar gran cosa.

Y llegaron las guerras entre naciones, a las veces disputándose mercados, y, sobre todo, llegó la gran guerra de 1914 ¿y qué ocurrió? Pues ocurrió que los proletarios de Alemania se sintieron más solidarizados con los burgueses alemanes que con los proletarios franceses, y éstos más solidarizados con los burgueses de Francia que con los proletarios alemanes. ¿Por razón económica? ¿Por intereses económicos? Sin duda, pero no sólo por ello. Por eso, sí, pero no sólo por eso. Sintieron que una gran nación es una gran empresa industrlal, agrícola, financiera, y que a patronos y obreros de ella les une un lazo mucho más fuerte que el que pueda unir a los patronos de las diversas naciones o a los obreros de ellas entre sí. Sintieron que la nacionalidad, que la ciudadanía es históricamente más esencial que la clase, que entre dos alemanes, por ejemplo, patrono y obrero, hay más comunidad esencial que entre dos obreros, alemán el uno y el otro francés, o entre dos patronos, alemán y francés. El proteccionismo lo pedían unos y otros., patronos y obreros, éstos para su trabajo y aquellos para su capital.

Esto en el aspecto estrictamente económico, que en el otro, en el político, en el social, en el sentimental, el mito internacionalista no ha podido sostenerse. De donde ha nacido el nacionalsocialismo, el socialismo nacionalista, tan socialismo como el internacionalista. Han llegado a sentir que la lucha de clases dentro de una misma nación debilita a ésta en su lucha económica con otras naciones. Si aquí, en España, por caso, llegase a establecerse un comunismo agrario, las comunidades agrícolas no podrían competir con la producción extranjera. Y es, hay que referirlo, que una comunidad nacional, de convecinos, de ciudadanos, es más esencial y más natural que un sindicato de clases.

Y aun dentro de una misma nación, cuando ésta no está bien unificada, bien nacionalizada, bien solidarizada, ¿no vemos caso algo análogo? ¿Quién no ha podido observar en regiones, en comarcas, en lugares, hasta en aldeas, la hostilidad del supuesto proletario indígena contra el proletario forastero?

¿Qué quiere decir en la mayoría de los casos, eso de esquirol? Y así es como se han formado dentro de la clase obrera —de la llamada clase obrera, que ni siempre es clase ni siempre obrera— diferentes subclases o categorías. En rigor clientelas. Y a los obreros cualificados, artesanos, hombres de oficio determinado, han venido a oponerse —así, a oponerse— los simples braceros, los sin oficio, muchas veces sin domicilio fijo, los condenados al paro.

Y llega un momento en que todos tienen que sentir —que es más aún que comprender— que lo que hay que organizar no es una de esas llamadas organizaciones de clase, sino la Nación misma, y que el proclamar que el proletariado ha de servir a la burguesía para destruirla es la mayor insensatez de la ignorancia política. Por esas doctrinas —si es que merecen tal nombre— de la pedantería marxista se va a parar a otra burguesía, la del funcionarismo socialista de estado.

Una nación es un verdadero sindicato natural de producción y de consumo, y tiene que cuidar de que las luchas de distribución, de reparto de producto no empeoren la producción misma. ¿Cabe locura mayor, pongamos por caso, de que los obreros den en restringir su rendimiento? Todo lo expuesto, que es de clavo pasado, que carece de originalidad, nos aclara un curioso fenómeno de mentalidad colectiva, y es el de que estén despotricando contra los fajos y el fajismo precisamente los que los están trayendo.

Y además de todo, ¿qué importa el mote que le pongan a uno todos esos sedicentes defensores de un régimen que no saben ni lo que es régimen ni lo que es defensa?

Unión Nacional de Españoles, U. N. E.

Ahora (Madrid), 28 de julio de 1933

Vendaval —“vent d’aval”, viento de abajo o de tierra—, vendaval de saña viene aterrando por campos y plazas los ánimos de los compuestos ciudadanos de la clase media, de los legítimos republicanos. De toda esa locura, lo más razonado son los atracos. Hasta el que se le mate a uno para mejor poder robarle o para asegurar el robo tiene sentido, y no lo tiene el que se mate por eso que llaman ideas. El crimen de Jódar, degollar a un niño para que bebiendo su sangre se cure un salvaje, es caso de superstición inhumana, sanguinaria, pero no es de otra especie el intentar pegar fuego a una iglesia. Matar para matar el hambre se comprende; ¿pero dañar por supersticiones religiosas o anti-religiosas? Y ello no es cosa de fieras, pues las fieras no odian. El lobo que devora a un cordero no le odia. Y no es fácil vigilar estos estallidos de locura contra-natural. No son los que cometen esos delitos veteranos de la delincuencia, avezados a ésta, sino que son novicios, principiantes. Es un vendaval de locura. Toda inducción racional marra al querer juzgar a unos chiquillos que apedrean un escaparate de librería porque se les dijo que en él hay libros fajistas. Eso del santo y seña de “fascio” es un deporte de salvajería demental.

Todo ello está haciendo reaccionar —¡gracias a Dios!— a los hombres de juicio sano, de sentido social y racional, a los que componen la tan asendereada y calumniada clase media, nervio y tuétano de la patria. Esa pobre clase media, la de los modestos patronos, los tenderos, los artesanos, los obreros libres y no a jornal, los maestros de taller y sus compañeros, todos los pequeños burgueses a quienes no se les clasifica entre los proletarios asalariados.

¡Qué mito ése de las clases y de su lucha! ¿Dónde acaba el burgués y empieza el proletario? Todo eso vino a nosotros de países fuertemente industrializados, de una economía que está muy lejos de haber alcanzado España. Pudo traducirse, en cuanto a lengua, del alemán —o acaso de la traducción francesa— al español *Das Kapital* —"El capital"—, de Karl Marx; pero no ha logrado traducirse su contenido ideológico o científico, y no ha logrado traducirse porque los fenómenos económico-sociales que estudió Marx en su obra capital no guardan paridad con el proceso de la economía de nuestra España. La lucha entre un capitalismo poderoso y una masa proletaria apenas si se ha dado en nuestra patria. Nuestra economía continuó durante mucho tiempo siendo casi medieval ¿Y qué ha ocurrido? Pues que al querer traducir al español el contenido ideal del marxismo sólo se obtuvo un verdadero fantasma.

No sin un hondo sentido, cuando ocurrió la escisión entre Marx y Bakunin, entre los socialistas ortodoxos y los anarquistas, los más de los representantes españoles de la masa obrera se fueron con Bakunin, con el anarquista ruso, porque las condiciones económicas de España se parecían más a las de la Rusia de entonces que a las de Alemania, y aún más Inglaterra, sobre cuyo estado económico basó Marx sus estudios y sus profecías. Se fundó la primera Internacional de trabajadores por Marx y Engels —el día mismo en que nació quien esto os cuenta— frente a otra verdadera Internacional: la del capitalismo industrial y financiero. Ambas Internacionales, sin sentido ni sentimiento de patria —y ambas dominadas por elementos judaicos—, no podían tener adecuada representación en nuestra España, donde las dos supuestas clases, la de los burgueses y la de los proletarios, eran profundamente nacionales. El patrono español y el obrero español eran españoles, nacionales, y sentían más la solidaridad nacional entre ellos que sus sendas solidaridades con capitalistas y con proletarios extranjeros. Y es que España era en su casi totalidad lo que llamamos clase media, pequeña clase media, pequeña burguesía, del campo o de la ciudad. El intercionalismo aquí no fuemás que una pedantería. Harto le costaba a España defender su pobre industria a fuerza de derechos de aduanas, y ello tanto en bien de los fabricantes como de sus obreros.

Ahora, al empezar los funcionarios de trabajo —que no trabajadores— a querer implantar en España, con una pedantería burocrática que pone espanto, procedimientos de la doctrina internacionalista, se encuentran frente al sentimiento nacional del verdadero pueblo trabajador español, que abarca patronos y obreros, burgueses y proletarios. No cabe traducir al español los acuerdos de esos Congresos internacionales, de una enrevesada escolástica sociológica. Mayormente cuando los traductores apenas si conocen la realidad concreta española.

Empieza —¡gracias a Dios!, lo repito— a cuajar un sentimiento colectivo nacional de los verdaderos trabajadores de toda clase, que comprenden que nada tienen que hacer aquí ni el capitalismo ni el

proletarismo, traducidos —y mal traducidos— del socialismo internacionalista. Empieza a sentirse que si ha de salvarse la economía nacional y con ella la sana convivencia, tiene que ser por métodos de cooperación. Empieza a sentirse que sólo una Unión Nacional de Españoles —industriales, comerciantes, empleados, obreros— puede sacarnos del atasco en que nos están metiendo los fanáticos del mito de la lucha de clases.

Mas lo que nos va a dar más quehacer es cortar ese vendaval de saña demente que viene arrasando todo contento de vivir por campos y por plazas; es curar esa locura de atracadores, incendiarios y furiosos de toda clase que están jugando a una revolución de cine sonoro, pero con víctimas. ¿Unión General de Trabajadores? No, sino Unión Nacional de Españoles.

La revolución de dentro

Ahora (Madrid), 1 de agosto de 1933

Aun sin tener que acatar la concepción materialista —o más bien determinista— de la historia, la de que son las cosas las que llevan a los hombres y no éstos a ellas, hay que rendirse al sentido histórico que nos enseña cómo la libertad política se abre campo a pesar de los hombres. Y hoy que España, el alma colectiva española, busca su verdadera libertad, bueno es detenerse a considerar en qué paso estamos.

La monarquía se hundió en España por sí sola, sirviéndose de la dictadura. Pero fue, por otra parte, un ramalazo del huracán que arrasó otros tronos, los de Portugal, Grecia, Alemania, Austria, Turquía… La monarquía se hundió en España dejando vacíos de autoridad, de legalidad, de tradición… Había que llenarlos. La república empezó siendo un vacío, apenas nada más que un nombre. El pueblo ingenuo que votó en aquellas inolvidables elecciones municipales del 12 de abril, que votó contra el régimen monárquico de la dictadura, no sabía que habría de ser un régimen republicano. No había en general en España conciencia republicana. Mucho menos esa quisicosa que llaman fervor republicano o emoción republicana. El republicanismo español era algo puramente negativo. Y al erigirse el nuevo régimen el pueblo o no dijo nada o sólo dijo: "Y esto, ¿qué es?"

Tres doctrinas, sin embargo, se presentaron a dar aliento de vida al nuevo régimen: el regionalismo o mejor federalismo, principalmente catalán; el socialismo, y el jacobinismo laicista. Las tres caben, doctrinalmente, en una monarquía. Ha habido en la historia —y aún hay— monarquías federales, monarquías socialistas y monarquías laicistas. Ninguna de esas doctrinas va ligada, por necesidad dialéctica, al republicanismo. Éste se queda siendo una forma histórica vacía de contenido propio, sin nada que no quepa también en rigor, en una monarquía democrática. Todo lo cual, siendo de clavo pasado, hay que pedir perdón al lector de tener que recordárselo. Pero es que hay tantas cosas que de puro sabidas se olvidan…

Procedióse a forjar una Constitución republicana, la de una república semi-federal —federable—, semi-socialista y semi-jacobina. Y entre tanto se hablaba de revolución, de una revolución que apenas hay quien sepa en qué consiste y los que menos lo saben, son los sedicentes revolucionarios. Mas la verdadera revolución, la honda, la de la conciencia pública, se iba y se va abriendo camino por más dentro de las capas que podríamos llamar políticas de la población española. La verdadera revolución, el ascenso a la conciencia pública ciudadana de los íntimos anhelos del pueblo, esta revolución se hace fuera de los partidos políticos. Los programas de éstos, de los partidos políticos organizados, con sus comités y sus congresos, no le dicen nada al pueblo. La llamada masa neutra empieza a hacerse, bajo el acicate revolucionario, una conciencia histórica. Que es política, aunque no de partido alguna Una conciencia española. Y reviven viejas tradiciones.

¿Revolución? La hay, indudablemente, pero en forma de lo que suele llamarse reacción. ¿Contra el nuevo régimen? Más bien para hacerlo de veras nuevo. La reacción —y ciego ha de ser el que no la vea— va contra el semi-socialismo, contra el semi-federalismo y contra el semi-jacobinismo. España, la conciencia histórica española, al despertar, trata de recobrarse y unirse haciendo cesar la lucha llamada de clases, la lucha de intereses y sentimientos particulares —regionales, comarcales, locales— y la lucha de confesiones. Y se presenta un caso que por designarlo con un término extranjero, y aun sin traducirlo, parece algo traducido también. Nos referimos al llamado fascismo. ¡Tabú, tabú! Ya está nombrado el Coco. El Coco y el comodín.

Eso que los revolucionarios de mentirijillas, los semi-revolucionarios, llaman al fascismo, el fascio español, ni ellos saben lo que es ni lo saben los que a sí mismos, aquí en España, se llaman fascistas. Ese fascismo que un Gobierno que parece entontecido persigue como si se tratara de una terrible organización clandestina y anti-republicana es algo tan pueril, tan inocente, tan ridículamente deportivo que da pena. Sus manifiestos, sus manifestaciones, las hojas que raparte, sus ejercicios litúrgicos, darían que reír si no diesen pena por el rebajamiento mental que delatan. No sabe uno de qué sorprenderse más, si de la tontería de esos chiquillos deportistas que juegan al fajo, o de la tontería gubernamental y policíaca que anda a su caza. Porque, señor ministro, lo más desconsolador de este triste periodo de desconcierto es la estupidez —tal es la palabra— con que procede el cuerpo de seguridad. No estamos seguros de la sanidad mental de ese cuerpo. Cuerpo sin alma.

Pero, ah, es que bajo ese fascismo de tramoya, de opereta bufa, bajo esos desahogos de una mozalbetería de cine sonoro, hay algo que está cobrando conciencia seria. Los presuntos fajistas —los que se creen serlo y aquellos a quienes la tontería gubernamental supone tales— no saben lo que el fajo llegue a ser, más que los republicanos del 12 de abril sabían lo que habría de ser la república de los "semis". Tan inconcientes los unos como los otros.

"¿A dónde vamos?" —suelen preguntarse los españoles que se inquietan de serlo. A donde nos lleve la historia. Que no es la política de los partidos, si no la del pueblo. A donde nos lleve el Hado —otros le llaman Providencia— que en la historia es ley de libertad. Para rehacerse España, para re-nacionalizarse, tiene que libertarse de una lucha de clases que no es de tales clases, de una lucha de comarcas que no sienten sino sus intereses particulares, de una lucha de confesiones que apenas si

tienen conciencia de lo que confiesan. Y sobre todo para rehacerse España tiene que comprender que el pueblo se hace su historia por encima y por debajo de la política de los partidos, de los concejales, diputados provinciales o a Cortes, gobernadores, directores generales, ministros y… toda la caterva.

Hemos creído deber exponer todo esto por la alarma que nos produce ver que a la tontería de los deportistas del semi-fascismo responde la tontería gubernamental y policíaca dedicada a inventar ridículas conjuraciones. Y al exponerlo no hacemos obra de político —y menos de político de partido ¡Dios nos libre de ello!— sino de contemplador de la historia. Hemos querido, lector, presentarte lo que descubrimos detrás de esa semi-revolución de semi-socialistas, semi-federalistas y semi-jacobinos. ¿Que a qué nos sumamos? A sentir la historia y a comprenderla y acatarla. Y por lo que al que esto te cuenta, lector, hace a esperar si en el hundimiento de tantas creencias consoladoras, de tantos santos engaños avivadores, le queda la esperanza de que el alma de su alma perdure, aun sin conciencia, en el alma renacida de la España eterna.

Deficiencia mental

Ahora (Madrid), 8 de agosto de 1933

Estos días nos viene interesando la alarma que produce en la Europa civilizada el desarrollo que está cobrando lo que llaman ya deficiencia, ya degeneración mental. Es una gravísima crisis del espíritu público. Del espíritu decimos aunque la opinión general —sobre todo la de los técnicos especialistas— sea que las causas de tal crisis son de orden corporal o somático, causas patológicas de fácil diagnóstico. Sin que se excluya, aunque acaso no se le dé toda la importancia que merece, al efecto del choque en la conciencia pública y popular de la tragedia de la gran guerra que estalló en 1914 y de todas sus revoluciones concomitantes y consiguientes. La deficiencia mental, el rebajamiento de comprensión, que hoy en todo el mundo civilizado se observa, ha de ser debido en gran parte —en su mayor parte, creemos— a la fatiga del espíritu colectivo que no ha podido ir al paso de los acontecimientos. El linaje humano no ha podido digerir la historia trágica, la tragedia histórica, de estos últimos veinte años. Se han producido hechos que la conciencia pública no ha podido consumir y de aquí un déficit mental que es tal vez la causa principal de esa mentada deficiencia mental que se observa sobre todo en la juventud. La cual no acierta a darse cuenta de la realidad histórica que tiene que vivir. Y así que los mozos que cuentan hoy esa edad, los criados unos y los más mozos de ellos engendrados en este trágico período de pesadilla universal parecen tener una mentalidad de niños de cinco años. Los más brillantes, los más imaginativos, los más inspirados, se nos aparecen como casos de precocidad infantil, de esa monstruosidad de los niños precoces de cinco a siete años, que suelen ser casos de anormalidad.

Algo parecido produjo el tremendo ramalazo que sacudió a Europa con las guerras napoleónicas, que no

fueron si no el cumplimiento de la gran Revolución francesa, la de la burguesía del siglo XVIII. Los criados y engendrados durante aquella épica tragedia de la historia universal humana fueron luego los románticos. Románticos en todos los órdenes, literario, artístico, científico, religioso, político, social… De allí salió el socialismo, el marxista y el otro. De allí brotaron todas las utopías sociales que dieron su floración máxima en 1848. De allí brotó el más genuino y más generoso revolucionarismo, el de Mazzini, y de allí brotó también la romántica pedantería cientificista —que no quiere decir lo mismo que científica— de la llamada interpretación materialista de la historia que culminó en la primera Internacional, de Marx y Engels, dos románticos y dos utopistas. Tanto, por lo menos, como Proudhon o como Saint Simon. En el orden literario el producto acaso más genuino de aquella sacudida fue Stendhal y entre las ficciones de éste aquel Julián Sorel de su novela *El rojo y el negro*. Julián Sorel es el símbolo del romanticismo social napoleónico. ¿Y era un degenerado? ¿Era acaso un deficiente mental?

Después de haber anotado estos puntos preñados de significación y de alcance históricos vengamos a nuestra España de hoy. La otra, la de 1808, no escapó al gran ramalazo de la Revolución y del Imperio franceses. Nuestra guerra de la Independencia, seguida de nuestras guerras civiles, fueron su consecuencia. Así se hizo la España moderna. Y de esta otra última sacudida, ¿hemos escapado? Ciertamente que no. España se ha visto cojida y arrastrada en el huracán que podríamos llamar socialista de la Gran Guerra de 1914 como se sintió cojida y arrastrada en el huracán romántico napoleónico de 1808. Y esto aun antes, mucho antes, de 1914. Lo que simboliza nuestro 1898, el desastre colonial, el acto de Santiago de Cuba, es un prodroma de lo que estamos pasando.

Aquella sacudida de 1898 produjo, entre otras cosas, lo que se ha llamado la generación de entonces, pero ¿dónde está, con caracteres destacados, la generación de 1914, o la de 1921? ¿Qué característica, qué estilo, qué tono da a esta nuestra España de hoy, supuesta republicano-socialista, la mocedad actual, la de los que ahora cuentan al rededor de los veinte años? Al que esto escribe le hace esa mocedad la impresión de, lo mejor niños precoces, pero los más retrasados mentales, mozalbetes que no saben digerir la realidad histórica en que viven. La ignorancia histórica de esos chicos, de los chicos de las juventudes de partido, es abrumadora. No saben nada de lo que han hecho sus padres e hicieron sus abuelos. ¿Y los tópicos revolucionarios de que se tupen? Vaciedad de vaciedades y todo vaciedad. Y dejando de lado, por supuesto, los que se alistan en tal o cual partido, para hacerse carrera política, los aspirantes siquiera a concejales, los mozos de partido. De esto no hablamos.

No nos referimos, claro está, a esas otras violencias materiales, agresiones a pistola, incendios, motines, atracos, y todo lo demás porque mucho, acaso lo más, de esto procede de otra deficiencia mental, de verdadera degeneración mental originada de causas morbosas fácilmente diagnosticables. Y para cuya cura no estaría de más la esterilización que por ahí fuera se preconiza ahora. ¿Pero cómo se va a esterilizar a imaginaciones infantiles que toman palabras hueras por ideas llenas? ¿Cómo se va a curar a los que se embriagan con los términos de revolución, dictadura, fajo, tradición, sin tener concepto alguno maduro y asentado de lo que esos términos puedan valer en realidad histórica?

Y después de estas reflexiones, más bien programáticas e indicativas, sobre la enfermedad que aqueja a nuestra mocedad, su dificultad —en ciertos casos incapacidad— de darse cuenta de lo que está

pasando, de cobrar conciencia del momento eterno que vivimos, después de esto dejemos lugar para aclaraciones puntuales y casuales.

Canto de arada

Ahora (Madrid), 11 de agosto de 1933

Jamás podré olvidarlo. Era a la caida de una de estas tardes de sazón castellana. Un gañán, mano a la mancera del arado, iba por entre los surcos, detrás de la pareja de bueyes, hacia la linde en que el cielo y la tierra se juntan. Una ráfaga de luz solar poniente, no de incendio terrestre, iluminaba a los tres. El gañán, al hacer ensanchar el surco binándolo, cantaba. Cantaba una "arada", con voz libre, voz de campo, sin más resonador ni altavoz que el cielo. Una "arada" charruna, de aire lento y arrastrado, que surcaba hacia la puesta del sol. Araba cantando el gañán, cantaba arando, y canto y labranza se confundían en la obra. Era el gañán un obrero, no un simple y mero trabajador. Porque trabajo condice a la causa, a la causalidad y es noción de servidumbre mientras que obra condice al fin, a la finalidad, y es noción de libertad. (Aunque de esto, que aquí queda acotado, más otra vez.) Y era la obra del gañán aquel, a su modo, una obra maestra. Preparaba al trigo su sepultura, su enterramiento, para resurrección.

Ahora, recordando a favor de cierta lectura aquéllo, escudriño una vez más en esa ya famosa doctrina de la llamada interpretación materialista —mejor determinista, causalista, no finalista, no espiritualista— de la historia y en si se vive para sacar jornal o se saca jornal para vivir. Para vivir y cantar y hacer obra; para crear. Y en el campo para hacernos tierra, tierra de resurrección comunal. ¿Oirían la arada los finados y enterrados abuelos del gañán cantor, sus muertos seculares, la arada que era un requiebro a la madre tierra? Y aquel obrero, aquel labriego se re-creaba en su obra, en su labranza. No le empujaba a él, que empujaba aguijándoles, a sus bueyes, resorte económico, sino artístico, poético, religioso. Era un artesano de la tierra, un artista, no un siervo de la gleba. Y pensando en ello, soñándolo, pienso y sueño en el artesano, en su arte y su artesanía, y en el obrero que ante todo se paga de su obra. Y por eso canta porque con el canto se cobra y se re-cobra del trabajo. Y si se me dijera que también se entonan —sólo que estos en coro y a grito pelado— himnos internacionales a la luz de incendios a mano airada, diré que en esos himnos la letra mata al espíritu. Y allí no suele haber bueyes sino máquinas.

La lectura que me ha traído estos recuerdos de campo y de obra, es la de las doctrinas nacionales de Walter Darré, ingeniero agrónomo, actual ministro de agricultura del Imperio alemán, ensalzador de la aldeanería como fuerza vital de la raza nórdica de la nueva nobleza de la sangre y del suelo, profeta de la primacía del campo y de la debelación de las grandes ciudades industriales, la del capitalismo y las amasadas masas proletarias. Predica la aversión a todo lo comercial y el desprecio al enriquecimiento

monetario. La técnica del lucro —dice— ha cegado a los aldeanos; han vendido sus fincas y sus casas para enriquecerse más pronto y luego han perdido el dinero y se han hecho mendigos. "Es aldeano —dice Darré— quien hereditariamente arraigado al suelo por su linaje, cultiva su tierra y considera su trabajo como un debr para con su linaje y su pueblo. Es explotador agrícola quien cultiva sn tierra sin estar hereditariamente arraigado al suelo y considera su trabajo como una tarea puramente económica y remuneradora." Y pide una ley que permita a los que son verdaderamente aldeanos sobre su tierra o quieren llegar a serlo instituir su finca como bien aldeano hereditario, protegiéndolo en adelante contra la división, contra el adeudamiento y contra los apetitos de logro de un propietario puramente explotador.

Leyendo las doctrinas, más filosóficas que económcas, de Darré, el ministro de Agricultura del Imperio nacional-socialista alemán de hoy, y aun contando con todo lo que hay en ellas de generosa utopía basada en increíbles creencias seculares, he pensado en la diferencia que pueda haber entre asentar y arraigar labradores, entre asentamientos y arraigamientos. Y he pensado que el funcionario de trabajo, ingeniero de Estado —es decir, de estadística— puede llegar a ser un temible intermediario, sobre todo si tiene la cabeza llena de sociología determinista, de economía causalista. Porque ¿es el Estado el que ha de marcar finalidad al pueblo o éste al Estado? Y he vuelto a pensar en el retorno a la Edad Media a despecho de los que hablan de feudalismo sin saber lo que éste fue.

Uno de los secuaces de Darré, Walter zur Ungnad, dice: "¿Qué se harán las ciudades? Sólo las aldeas y las villas subsistirán. Se organizarán en torno del mercado, colonizando los alrededores y distribuyendo las tierras a sus habitantes. Les harán volver a ser burgueses agrícolas, que saquen su mantenimiento tanto de su trabajo en la villa como de su tierra." Ensueños de arios de svástica aplanados por el industrialismo maquinal.

Y de otro lado, en la anhelante Rusia, la industrialización del campo, el amasamiento del mujic. Y aun quedan los que sueñan con una alimentación química, por píldoras sintéticas. El otro día me decía uno que la humanidad, que va a termitera, se alimentará, como los térmites, de madera. "Mejor de papel" —pensé—. "Nos comeremos las bibliotecas y los archivos." Y entre tanto nos tupen el seso, nos le empapizan, con píldoras sintéticas ideales, con tópicos sociológicos, puro serrín. Y no sabemos ya cantar. ¿Quién ha oído cantar a alondra enjaulada en ciudad?

¡Ay, aquella arada de gañán castellano, en tarde sazonada, que surcaba el aire como el arado surcaba la tierra y aquella ráfaga de luz solar poniente que iluminó al obrero! Cayendo en meditar la lucha de hoy en el campo pensé que lo que va a hacer más falta es, invirtiendo un antiguo consejo, resignación en los ricos, en los señores, y caridad en los pobres, en los criados. ¿Aunque pobres? ¡Pobres todos!

Es para volverse loco

El Norte de Castilla (Valladolid), 12 de agosto de 1933

Es para volverse loco el darse a cavilar si es que los más de nuestros prójimos no se están volviendo tales. ¡La cantidad de alucinados, la legión creciente de los que no comprenden la realidad histórica en que viven, sino como cosa de función de magia, de tramoya! Por donde quierea ven, según sean unos u otros, jesuitas, masones, judíos, comunistas, fascistas… y por su parte los que deberían tener la cabeza fresca y sana, andan con eso de los sospechosos y los peligrosos. Y como si ello fue cosa de doctrinas y de predicaciones de las llamadas sociales. Y como el Gobierno debe repartir sus persecuciones, le es menester proceder contra los de un extremo para que los del otro no le acusen de parcialidad. Aunque para esto ha inventado el cómodo truco de que ambos extremos se entienden.

¿Conspiraciones? Nunca hemos creído en la peligrosidad de ellas. Los que en conspiraciones se meten suelen ser unos pobres ilusos a los que explotan unos cuantos vivos —no demasiados vivos— que van a sacarse unos cuartejos y a los que se arriman unos cuantos jovenzuelos, deportistas de la revolución, aficionados a la tramoya. ¿Quién ignora el ridículo proceso de todas las conspiraciones revolucionarias para derribar a la Monarquía borbónica, incluso las que acabaron en sangre? La Monarquía no acabó por ellas.

La Monarquía borbónica, la de Alfonso XIII, la de la Dictadura de Primo de Rivera y sus sucesores, como, por la conciencia de sus culpas, se sentía impotente, huyó. Huyó de miedo. Huyó ante unas elecciones municipales que ni prepararon ni organizaron los conspiradores de la tan cacareada revolución; huyó ante unas elecciones en que el pueblo, harto de aquel desasosiego, buscó un cambio. Acogió con cierto entusiasmo la huida de los que huyeron y con expectativa la entrada de los que los sustituyeron. “¡Veamos lo que venga!”, se dijo. Pero los que salieron de la cárcel para ocupar el Poder público no habían tenido en la organización de aquellas elecciones del 12 de abril de 1931 más parte que cualesquiera otros ciudadanos adversarios de la Dictadura monárquica. Y esos mismos que ocuparon el Poder y que habían andado en conjuras y conspiraciones saben mejor que nadie la futilidad e ineficacia de ellas; saben bien que no vienen por ese camino los cambios de regímenes y de Gobiernos. ¿O es que los conspiradores contra la Monarquía toman en serio los complots que descubren o que inventan? O que provocan. ¿Es que toman en serio esos juegos infantiles de unos deportistas formados en el cine? No, eso no puede ser.

¿Que se está formando una tormenta pública encima de eso que llaman el régimen y no es tal régimen? Sin duda. La tormenta se forma encima y en contra de lo que llaman la revolución. Y con ello apenas tiene nada que ver ni monarquismo, que escasamente hay, ni republicanismo, que tampoco le hay. Y si la Monarquía; conciente de sus culpas, huyó ante unas elecciones populares, no tendría nada de extraño que la flamante revolución de izquierdas —que no es República— huyera también ante otras elecciones,

conciente de las tonterías que acumula. Por lo menos las teme. Y el miedo, que es lo que más enloquece y entontece, le hace cometer nuevas locuras y nuevas tonterías. Y ver por donde quiera fantasmas, trasgos, endriagos, encantadores y brujos.

¿No habéis oído, lectores, cómo muchos de esos alucinados por el miedo, atribuyen al dinero de un potentado de los negocios esas conspiraciones que se fingen? Cuando en pleno Parlamento se dijo por gobernantes que o la República acababa con un millonario o éste acababa con la República, comprendimos el peligro que corría un régimen entregado a perturbados mentales, de semejante calaña. Perturbación que aunque se dé en hombres de cierto talento, acusa una cierta deficiencia mental. Y luego hemos podido ver que esos gobernantes alucinados por el miedo, los que de unas Cortes, también en su mayoría alucinadas, arrancaron aquella disparatada ley llamada de Defensa de la República, que esos gobernantes han ido acumulando torpezas sobre torpezas. Persiguiendo fantasmas y sin ver los peligros reales.

Y que no invoquen a la República, porque ésta, la República, no es todavía nada en España. La Monarquía, espiritualmente, dejó de ser; la República todavía no ha sido. No tiene tradición aún. Y hay que hacerla. Y los oficiantes de este régimen todavía no nos han dicho lo que entienden por República. Cada vez que oímos decir: "¡Hay que gobernar en republicano!", nos decimos: "¿Y qué es eso?" Verdad es que tan socorrida frase —tópico huero— se suele esgrimir contra los sedicentes socialistas y como si éstos no se declararan también republicanos. Aunque a las veces digan éstos, los sedicentes socialistas, que si la República no les da lo que quieren se lo tomarán de otro modo y aun estableciendo la dictadura del proletariado. Lo que no pasa, claro, de otro tópico de muchachos deportistas del revolucionarismo y no pocos de ellos tan deficientes mentalmente como los que declaraban que si no se acaba con un hombre, este hombre acaba con el régimen de los declarantes.

Es para volverse loco el pensar si lo estarán todos esos que se creen llamados a hacer lo que llaman revolución. ¿Locos? Pero hay dos clases de locuras, una por deficiencia y otras por excedencia mental."El sueño de la razón engendra monstruos", dijo Goya.

Procesionalismo

Ahora (Madrid), 15 de agosto de 1933

Para purgarme el ánimo, echando fuera de él durante el tiempo de la dieta el recuerdo de los hechos humanos, estuve hace poco releyendo a Enrique Fabre, el Homero de los insectos. Mas, ¡ay!, que con frecuencia el buen maestro provenzal se nos vuelve un Esopo o un Lafontaine, un fabulista. No hay remedio, el animal nos sirve de espejo, y la llamada historia natural se hace historia, fábula.

Volví a leer en Fabre las sugestivas páginas que dedica a las costumbres de la oruga procesionaria de los pinos, esas larvas que en procesión de larga fila, no más que de una en fondo, van siguiendo el rastro que en el suelo del árbol y del bosque deja la procesión. Ese rastro debe de ser un programa. Y es curioso ver cómo el paciente Fabre pudo comprobar que si a la oruga guión se le llega a colocar, en marcha circular, sobre el rastro de la última de la procesión, ésta, la procesión, se hace circular, y allá se está la tropa toda, la colectividad procesionaria, dando vueltas y más vueltas sin ir a parte alguna. Y es que en esas pobres orugas la procesión va por fuera. Nos resulta un animalito verdaderamente estúpido. Y es que una oruga no tiene sexo, y la finalidad económica de su vida es comer y no otra cosa. ¡Cuán otra la de la mariposa que de ella surge! Y la mariposa no es procesionaria, sino que revolotea de un lado a otro, se acopla, se baña en luz y pasea la vida. La pasea, no la pasa.

Y ahora, interrumpiendo un rato estos fantaseos sobre la oruga procesionaria, quiero recoger un juicio de Maeterlinck sobre la abeja, bicho colectivista —y en cierto sentido, procesionario también—, en comparación con la individualista y hasta anarquista mosca. Sobre la abeja que se llama obrera, claro está, la que hace miel y cera, la que fabrica los panales de la colmena. Y que tampoco tiene sexo. Éste se queda para los zánganos y para la pobre reina. Decía, pues, Maeterlinck que si se le mete a una abeja obrera, insexuada, en una botella en lugar oscuro y con su fondo —cido, sin perdón— hacia la luz de una abertura en el lugar, la abeja, discurriendo con lógica, se dice: "donde está la luz está la salida", y sin convencerse de que el cristal del fondo es impenetrable, allí perece, mientras que una aturdida mosca se saldría por la boca de la botella. Lo que, en contra de Maeterlinck, prueba la superioridad espiritual de la mosca, estética, individualista y sexuada, sobre la abeja lógica, colectivista e insexuada. Paseando la vida se encuentra la salida, la libertad, y no aplicando la lógica de construir panales. Que es una especie de sociología y de sociología procesionaria.

Y volviendo al procesionarismo, conviene observar la conducta del "homo sapiens" —bípedo implume o mamífero vertical— cuando quiere hacerse camino —progreso le llaman— en procesión. Mas antes hay que explicar lo de levógiros y dextrógiros. Porque es el caso que si a un hombre se le pone, vendado de ojos, en vasta llanada y se le manda que avance en línea recta, uno se va inconscientemente hacia la izquierda y otro hacia la derecha, describiendo una amplia curva. De tal modo que si el espacio fuese suficiente, el dextrógiro o derechista describiría un círculo acaso, en el sentido de la aguja del reloj, y el levógiro o izquierdista, otro círculo en el otro sentido. Total, ¡pata! Porque uno y otro, con la lógica de la abeja embotellada y la de la oruga procesionaria, cumplirían verdaderas revoluciones orbitales y no saldrían de ellas. Su revolución iba por fuera. Y es claro, no encontrarían la salida. ¿O es que creen los levógiros y los dextrógiros, los izquierdistas y los derechistas, que el oscuro instinto que les lleva en uno u otro sentido —total, ¡pata!— es lógica, es sociologia? La de la abeja y la oruga insexuadas. Y en tanto la mosca, la que se pasea la vida —se la pasa paseándola—, se come la miel que la abeja obrera fabrica, aunque a las veces perezca presa de patas en esa miel. Pero es una muerte dulce.

¿Y el zángano, el holgazán? Andaba hace unos años por tierras de Salamanca y de Palencia un pobre maestro de escuela, que, tras de triste desastre familiar, acabó en mendigo alcohólico. Murió abrazado a una bota de vino. Era simpático y muy cortés y hasta ceremonioso el pobre Venturita. Solía pedir

prestada una perra grande. Tuvo pequeñas herencias y las derrochó en pocos días volviendo a pasear su miserable vida como mendigo vagabundo, andariego.

En cierta ocasión íbase Venturita hacia Salamanca, carretera de Ledesma, y al acercarse a la ciudad entró en una tasca a darse combustible líquido. Bebió, se echó su saco al hombro, despidióse, salió a la carretera, venteó el ámbito y en vez de tomar rumbo a Salamanca, lo tomó hacia de donde había venido. "Pero, Venturita —le dijo uno—, has perdido el tino; ya ni conoces el camino; ¿no decías que ibas a Salamanca?" Y el miserable paseante de la vida le contestó: "¿Pero no ves que en este tiempo ha cambiado el viento y que si fuese ahora hacia Salamanca me daría de cara?" Y el pobre Venturita, el mendigo del camino, se fue, viento en popa, por donde había venido. No sé si, de vivir hoy, le cogería en sus mallas la ley de Vagos; pero sé que él gozaba de la triste libertad de los que pasan no, como los poderosos, por encima de la ley, sino, como los menesterosos, por debajo de ella. ¿Levógiro o dextrógiro, izquierdista o derechista, aquel pobre vagabundo de Dios? Su verdadera patria era el camino, por el que no iba a procesión. Venturita no tuvo programa. Su memoria descansa en paz en los que le conocimos y le socorrimos. No se empeñó en atravesar el fondo infranqueable de la botella. Vivió, bebió, durmió, soñó y se murió al día y al viento.

¡A cuántos les marca el viento su camino! Sobre todo a los que llevan la procesión por dentro. Y como esto resulta fábula, el lector esperará la moraleja. Pero la moraleja no suele ser más que sociología. Sáquela, pues, cada cual a su gusto.

La Universidad hace veinte años

Ahora (Madrid), 17 de agosto de 1933

La vida universitaria hace veinte años en España era fundamental y esencialmente la misma que hace cincuenta y tres años, cuando el que esto escribe ingresó en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Madrid, una vida cotidiana, sosegada, rutinaria si se quiere. La Universidad era una oficina de Estado, la de la administración de la enseñanza llamada superior. Esas monsergas de la alta cultura han venido después. La Universidad era una continuación de la segunda enseñanza, del bachillerato, así como éste una continuación, para uso de la burguesía pequeña y grande, de la primera. La Universidad era —y sigue siendo— una fábrica de licenciados y doctores en las cinco Facultades universitarias con sus litúrgicos colores.

¿La Universidad como corporación, como colegio, como colectividad ? Apenas sí existía. Cada catedrático acudía a su oficina, a su cátedra, y despachaba su lección sin preocuparse mucho de lo que sus compañeros de claustro hicieran. Reuníanse sólo para examinar y el día de la apertura de curso, disfrazados con pompa, para oír trozos de un discurso que se repartía y del que, por lo general, no

quedaba luego recuerdo alguno. O nos reuníamos en claustro para chinchorrerías internas y cuando había que votar senador universitario, triste función electoral que, en general, rebajaba a los claustros.

¿Pero la labor íntima docente no ya de la Universidad como corporación, si no de los profesores, de los catedráticos mismos? Esto dependía, claro está, del personal, y creo poder asegurar que no era inferior a la de cualquier otro cuerpo oficial del Estado. Los más cumplían, según su leal saber y entender, su misión. Y la cumplían sin más responsabilidad que la moral y de conciencia. No había inspección alguna y dentro de su clase S. M. el Catedrático —como le llamé yo más de una vez— era dueño absoluto de explicar lo que le pluguiera o de no explicar nada. A algunos les eximía de tener que explicar el haber publicado algún libro de texto, que solía ser costoso, o algunos apuntes. Y cuenta que no me parece de por sí censurable el que un profesor recite o acaso lea un libro si el libro es bueno y lo sabe leer. La mayor parte de nuestros jóvenes españoles no se enteran de algo si no lo oyen, no basta que lo lean. Un buen lector puede ser, sin más, un apreciable profesor. Claro está que hay además aquellas disciplinas de lo que se llama carácter práctico, las de clínica y laboratorio, las de ejercicios de traducción, etc., que exigen otra aplicación docente.

Como me propongo abstenerme, en lo posible, de dar nombres y de traer anécdotas, no he de citar a profesores universitarios de entonces que hayan dejado nombre en la historia de la ciencia, de la filosofía, de la literatura o de la investigación. Los más de los que lo han dejado no ha sido por su labor docente de cátedra, sino por sus publicaciones, y hasta en más de un caso se ha formado el prejuicio de que como tales catedráticos eran adocenados. Otra cosa es que acabaran por cansarse de la cátedra, como le ocurrió a don Marcelino Menéndez y Pelayo, de quien seguí dos cursos completos y saqué valiosos apuntes. Pero hay que ver lo que una cátedra, con la monotonía de su regularidad, cansa, y cómo la labor docente, envejeciendo el profesor mientras los discípulos se renuevan en juventud —"los toros siempre seis años!" decía Lagartijo— mella la mente y el carácter. Un maestro, de cualquier grado, se infantiliza con los años. Y los alumnos no siempre respetan la infantilización.

Quiero hacer constar lo que yo debo a maestros de la cátedra que como no ejercieron otra actividad pública, como no fueron escritores ni publicistas, no han dejado nombre alguno, pero supieron despertar vocaciones. He dicho alguna vez que la verdadera Universidad popular ha sido en España el café y que entre nosotros abundan los autodidactos. Pero es que no pocas cátedras eran, y en el más generoso sentido, como una tertulia de café donde no pocos alumnos se descubrieron a sí mismos. Y me acuerdo de un hombre nobilísimo, de enorme inteligencia —verdad, amigo Flores de Lemus—, tertuliano de casino y de café, que apenas si había leído un libro, lo sabía todo de oído, —estupendo conversador, no orador —no pronunció un solo discurso y fue senador— de quien se dijo que enseñaba en cátedra lo que no sabía y que aficionó a no pocos al estudio. Fue un ejemplar magnífico de catedrático oscuro, como tal casi anónimo, y lo recordarán cuantos se acercaron a aquel corazón de maestro, que reposa en su Granada, y hombres así los ha habido, gracias a Dios.

Por entonces, todavía hace veinte años, la concepción general era la de que la Universidad servía para dar a los futuros licenciados aquel mínimo de la enciclopedia facultativa que les permitiese abrirse una carrera. Empezaba a apuntar eso de que es, "además", un órgano de alta cultura, o de Cultura con

mayúscula y un centro de investigación. Luego han venido los investigacionistas, que no siempre son investigadores y con ellos la plaga del especialismo sin universalidad. Aun no se exigía que el profesor tuviese que ser, como por fuerza, publicista.

Lo cual ha traído, entre otros inconvenientes, el de que haya quienes se pongan a improvisar publicaciones no más que para que les sirvan de mérito oficial en concursos y oposiciones.

El nudo de aquella vida universitaria eran los exámenes; en tomo a los exámenes giraba la mala vida universitaria. Se denigraba a ciertas Universidades como coladeras, pero las ciudades universitarias se conmovían si algunos catedráticos ponían en peligro los intereses de las casas de huéspedes, y luego había los padres de los alumnos y las academias particulares. Entre ellas la de los jesuitas de Deusto, y la de los agustinos de El Escorial. En torno a la llamada Universidad de Deusto, la de los jesuitas, empezó a cuajar la campaña en favor de la libertad de enseñanza, de que ésta no debe ser función del Estado, campaña que en tiempo, después, de la Dictadura de Primo de Rivera provocó la agitación estudiantil —de que nació la Federación Universitaria Escolar— en contra del propósito de conceder a esas Universidades libres la facultad de examinar y conferir grados. Aquella agitación estudiantil fue una de las causas —acaso la mayor— del derrumbe de la dictadura primo-riverana. Y la campaña jesuítica en pro de la enseñanza libre ha sido la causa principal del suicidio en España de la Compañía de Jesús. El que esto escribe, que tuvo experiencia larga de cómo enseñaban y de cómo no enseñaban los de Deusto, que tiene formado concepto de la pedagogía jesuítica, no ha de exponerlo ahora aquí. Eso sí, ha de repetir, pues lo ha dicho más de una vez, que estima injusta la disolución de la Compañía e injusta la prohibición de enseñar a las Órdenes religiosas si sus miembros poseen los títulos que el Estado exige, y se someten a la inspección y vigilancia de éste. Y ahora sólo me compete afirmar que la enseñanza universitaria, con todos sus defectos, era en aquellos tiempos muy superior a la de esas otras instituciones libres. La industria pedagógica particular, la de aquellas academias, no se preocupaba de eso que se llama cultura. Mas de esto no creo deber decir más en unas notas sobre la vida universitaria de hace veinte años para atrás.

Un año me falta para jubilarme como catedrático universitario; hay por toda España desparramados alumnos que asistieron a mis clases en aquellos tiempos de obra docente y discente cotidiana, regular, oscura y todo lo que deseo es que esa mocedad que educamos nosotros, los de aquel tiempo, guarde de nuestra labor el recuerdo que yo guardo de los maestros que hace cincuenta años me enseñaron a estudiar, me despertaron curiosidades y aficiones en la Universidad española de Madrid de entonces. No es lo que ellos me enseñaron, sino lo que yo aprendí, excitado por sus enseñanzas y no pocas veces en contra de ellas, por mí mismo. Me enseñaron a leer, en el más noble y alto sentido de la lectura. Y enseñándome a leer me enseñaron a escribir. Lectores se llamó en un tiempo a los catedráticos universitarios —"lentes", leyentes, se les llama en Portugal—, y sin maestros de esa lección, de lectura, todo laboratorio de investigación, en que se enseñe a leer en el llamado libro de la Naturaleza o de la Historia, será baldío.

No quiero entrar en lo que la política, sobre todo en su más alto y noble sentido, debió a la intelectualidad universitaria. Profesores de Universidad habían sido dos de los cuatro presidentes de la

primera República española. Ni tampoco quiero callar que después de la llamada Restauración hubo en general gran respeto a lo que se llama la libertad de la cátedra. Y como sobre esto corren no pocas leyendas, espero en otra ocasión analizarlas.

En resolución, no creo que cuando se haga el proceso de instituciones y categorías sociales públicas que han contribuido a la formación de la actual civilización española, quede la obra de aquella modesta Universidad que tiraba a formar facultativos de profesiones liberales por debajo de la de las otras. Espero que así lo reconozcan las mocedades de las generaciones futuras.

País, paisaje, paisanaje

Ahora (Madrid), 22 de agosto de 1933

Esta parrilla… mejor, ¡esta mano tendida al mar poniente que es la tierra de España! Sus cinco dedos líquidos, ¿Miño-pulgar? ¿Duero-índice? ¿Tajo-el del corazón? Guadiana y Guadalquivir. Y la otra vuelta, la de Levante, Ebro, Júcar, Segura y el puño pirenaico y las costas cántabras. Y sobre ella, sobre esa mano, la palma azul de la mano de Dios, el cielo natural. Y la mano ¿pide u ofrece?

¡Y lo que es recorrerla! Cada vez que me traspongo de Ávila a Madrid, del Adaja, cuenca del Duero, al Manzanares, cuenca del Tajo, al dar vista desde el alto del León, mojón de dos Castillas, a ésta, a la Nueva, y aparecérseme como en niebla de tierra el paisaje súbeseme éste al alma y se me hace alma, no estado de conciencia conforme a la conocida sentencia literaria. Alma y no espíritu, psique y no pneuma; alma animal, ánima. Como esas ánimas que según la mitología popular católica, vagan, separadas de sus cuerpos, esperando en purgatorio la resurrección de la carne. Siento que ese paisaje, que es a su vez alma, psique, ánima —no espíritu— me coje el ánima como un día esta tierra española, cuna y tumba, me recojerá —así lo espero— con el último abrazo maternal de la muerte.

No me ha sido dado otearla, en panorama cinematográfico, desde un avión pero sí columbrarla a partes, a regiones, desde sus cumbres. E imaginarla viéndola así, con el ánima y con el ánimo. ¡Imaginar lo que se ve! Si el catecismo nos enseñó qué es creer lo que no vimos, cabe decir que re-conocimiento, ciencia, es creer lo que vemos. E imaginar lo que vemos es arte, poesía. Tener fe en España y conocerla, pero también imaginarla. E imaginarla corporalmente, terrestremente. He procurado, sin ser quiromántico, a la gitana, leer en las rayas de esta tierra que un día se cerrará sobre uno, apuñándolo, rastrear en la geografía la historia.

Y aquí, aunque se me acuse de jugar con las palabras, y de discurrir imaginativamente con el lenguaje —¿y qué mejor?— he de decir que si la biografía, la historia, se ilumina y aclara con la biología, con la naturaleza, así también la geografía se ilumina y aclara con la geología. Hay las líneas —las rayas de la

mano— y hay los colores. Hay nuestras tierras rojas, blancas y negras. El verdor es otra cosa y no de entraña. Y hubo quienes al modo de lo que biología y geología son a biografía y geografía, inventaron junto a la cosmografía, una cosmología. Mas dejemos esto.

En esta mano, entre sus dedos, entre las rayas de su palma, vive una humanidad; a este paisaje le llena y le da sentido y sentimiento humanos, un paisanaje. Sueñan aquí, sueñan la tierra en que viven y mueren, de que viven y de que mueren unos pobres hombres. Y lo que es más íntimo, unos hombres pobres. Unos pobres hombres pobres. Y algunos de estos pobres hombres pobres no son capaces de imaginar la geografía y la geología, la biografía y la biología de la mano española. Y se les ha atiborrado el magín, que no la imaginación, con una sociología sin alma ni espíritu, sin fe, sin razón y sin arte. ¡Hay que ver la antropología, la etnografía, la filología que se les empapiza a esas frívolas juventudes de los nacionalismos regionales! ¡Cómo las están poniendo con los deportes folklóricos, los bailes dialectales y las liturgias orfeónicas! ¡Qué paisanaje están haciéndole al paisaje!

Aunque… ¿paisanaje? No, esos no serán nunca paisanos, hombres del país, del pago, de la patria que en el paisaje se revela y simboliza; no serán paisanos o si se quieren aldeanos. Y sin ser aldeano, paisano, no cabe llegar a ciudadano. El espíritu, el pneuma, el alma histórica no se hace sino sobre el ánima, la psique, el alma natural, geográfica y geológica si se quiere. Esos, los de la diferenciación, suelen ser señoritos de aldea, que no aldeanos, cuando no algo peor y es señoritos rabaleros de gran urbe, rabaleros aunque vivan en el centro de la populosa aldea. Son los que han inventado lo del meteco, el maqueto, el forastero o sea el marrano. Ellos se creen, a su manera, arios. No verdaderos aldeanos, paisanos, hombres del país —y del paisaje— no cabreros o Sanchos si no bachilleres Carrascos. En el fondo resentidos; resentidos por fracaso nativo.

Les conozco a esos pobres diablos; les tuve que sufrir antaño. Querían convencerse de que eran una especie de arios, de una raza superior y aristocrática. Conocí más de uno que en su falta de conocimiento de la lengua diferencial del país nativo estropeaban adrede la lengua integral del país histórico, de la patria común, de esta mano que nos sustenta, entre Mediterráneo, Atlántico y Cantábrico a todos los españoles. Su modo de querer afirmarse, más aun, de querer distinguirse era chapurrar la lengua que les había hecho el espíritu.

Y luego decir que se les oprime, que se les desprecia, que se les veja y falsificar la historia, y calumniar. Y dar gritos los que no pueden dar palabras.

“¿Pero es que usted les toma en serio?” se me ha preguntado más de una vez. Ah, es que hay que tomar en serio a la farsa. Y a las cabriolas infantiles de los incapaces de sentir históricamente el país. Todo lo que en el fondo termina en la guerra al meteco, al maqueto, al forastero, al inmigrante, al peregrino, termina en una especie no de ley, pero sí de costumbre de términos comarcales o regionales. Cuestión de clientelas. Y como si fuera poco la supuesta lucha de unas supuestas clases, viene la de las flamantes naciones.

¡A donde he venido a parar desde la contemplación, desde la imaginación del paisaje y del país de esta

mano de tierra que es España! Mano y lengua. Lengua de tierra en el extremo occidente de Eurasia, en vecindad del África. Mano que cojió a América y lengua que le habló en su lengua. Y desde arriba otra mano le señaló su misión, su historia. Por encima de regímenes.

Devaneo de seso en vacaciones

Ahora (Madrid), 27 de agosto de 1933

El comentador —¡presente!— se ha tomado vacaciones de testigo interno —pero no íntimo— de las Cortes. Y se ha puesto a devanarse los sesos para refrescarlos. Recuerda cuando allí, en la Cámara, se hablaba de la teoría y la práctica. Sí, aquel incurable profesor que se proponía escribir un libro —claro que de texto— que se titulase: "Metodología de la teoría de la práctica o sea Ante-introducción al estudio de la pedagogía". Que podría ser demagogía —y acentúese en la i. La teoría es la legislación y la práctica es la gobernación… digo, me parece… Y hay que ver esos ejercicios teóricos legislativos con comisiones, subcomisiones, ponencias, votos particulares, enmiendas… Y sale… ¡la fórmula! Es decir, se vota. Con quorum o sin él. Que, aunque lo parezca, no tiene que ver con el coro, amigo mío. Y por cierto que eso le ha hecho a usted, aprendiendo parte de la declinación del relativo latino, fijarse en que el "quid" del "quorum" está en el "cum quibus" —el qué de los que en el con qué. Y todo es relativo. Hasta la relatividad.

Y volviendo en devaneo a la teoría, veamos aquello de: "Si *n* número de hombres abren un túnel de dos kilómetros en *m* tiempo, ¿cuántos hombres lo abrirán en medio segundo?" ¡Un problema matemático! Y las matemáticas, como son puras, no fallan, pero los hombres ¡ay! Viene aquí lo de los imponderables y las impurezas de la realidad. La verdadera incógnita es el hombre. Sobre todo en esos polinomios que son los partidos políticos. Por lo cual no anduvo tan torpe aquel atolondrado alumno que al proponerle el profesor en un examen: "Veamos, supóngase que un sastre compra siete varas de paño a…" le interrumpió lanzándose, tiza en mano, al tablero y diciendo: "¡Sea *x* el sastre!" Sí, los hombres, sastres o no, son la x, la incógnita.

En esa Cámara los hombres entramos, salimos, nos movemos como las abejas en una colmena. Para no hacer más que cera. Pero, la verdad, es que no hace todavía cinco años los más de los actuales diputados a Cortes ¿soñaban siquiera en serlo? ¿Sobre todo los que no lo habíamos sido, ni pretendido serlo antes? Diputados sin verdadera vocación de carrera, dígase lo que se quiera. ¿Que estos diputados de ida y vuelta, de va-y-ven le hayan tomado gusto a la cosa? Lo dudo. Me acuerdo de lo que acabo de leer en Paul Valery, mi buen amigo, y es que la política es el arte de impedirle a uno meterse en lo que le toca. Los diputados, pues, entran y salen y algunos se van a ver a las misses populares —más o menos proletarias— tostadas al sol de la playa madrileña y vestidas con trajecitos de cuatro pesetas. Y esos diputados, ¿piensan en la reelección? Algunas veces se oye hablar con espanto izquierdista de las

futuras elecciones. “¡Un salto en las tinieblas!”, se dice y se repite el huero tópico. ¿Pero es que los pasos en el vacío son mejores que el salto en las tinieblas? ¿Y toda esa labor teórica legislativa, llena de equises, de incógnitas, no es pasos en el vacío? Sobre todo la de urgencia, la de plazo fijo; todo eso que dicen complementarlo. ¡Porque hay que cumplir los compromisos! Que por cierto, no han existido. Los ingenuos electores de aquellas elecciones no conocían programa alguno. Y todos los sastres de la Constitución éramos equises. Y algunos haches. Haches mudas.

“Pero bueno, ¿qué hacemos aquí?”, le decía una vez uno de los compañeros, en los pasillos, a otro de su polinomio. Y éste le contestó solemne: “¡Estamos haciendo la República!” Y este comentador —¡presente!— que asistía al diálogo como testigo interno —y en calidad de monomio— no pudo menos que entrometerse y preguntar: “¿La república? ¿y qué es eso? ¿con qué se respira?” Mirada de asombro en los del polinomio. Porque es el problema que no se habían planteado qué sea la república. Eso sí “hay que gobernar en republicano” y “eso no es república” pero ésta, ¿la república? Una x, una incógnita. A la derecha o la izquierda es igual.

No conozco un republicano español que se haya planteado en serio el problema de en qué se diferencia sustantiva y no objetivamente, de una monarquía una república. Como tampoco en qué se diferencia del socialismo. Y no digamos nada de la puerilidad esa de derechas e izquierdas. Pura logomaquia. O algo peor: filosofía inconciente.

Este comentador, por su parte, se está devanando los sesos desde que vino éste que llaman nuevo régimen —y con él el nuevo estilo— para dar en qué es lo que entienden por república los que más la cimbelean y victorean, sobre todo los jóvenes. Y no da con ello. Hace poco creyó vislumbrarlo en una frase de un revolucionario de la gran Revolución, la burguesa si se quiere, la de Francia en 1789; de un gran revolucionario, de Mirabeau. Cuando dijo: “Cuando hablo de República entiendo la cosa pública que abarca todos los intereses” —“qui embrasse tous les intérêts”. ¡Qué claro me pareció! Nada de lucha ni de clases, ni de comarcas, ni de confesiones. ¡Todos los intereses! ¿Pero… no habrá aquí la ponzoña del fajismo? ¿No se ocultará en esa fórmula el veneno de un nacionalismo no internacional? Y luego, leyendo el “New York” de Paul Morand me encontré con este dicho de un hombre de Estado norte-americano: “Nuestro gobierno es y ha sido siempre una República; el peligro sería que se hiciese una democracia.” Y volví a caer en confusiones. Y pensé que en una asamblea democrática no hay modo de eliminar las incógnitas.

Y ahora heme aquí, en este devaneo de mi seso en vacaciones —que no vacará mucho, pues le conozco— pensando que bien podía el incurable profesor de marras escribir su “Metodología de la teoría de la práctica o sea Ante-introducción al estudio de la…” No de la pedagogía, sino de la demagogía (acento en la í). Le pondría un prólogo este comentador.

Sobre un cura pistolero

Ahora (Madrid), 30 de agosto de 1933

Entre el montón de sucesos y ocurrencias —más o menos significativos y más o menos sangrientos— con que cada día que pasa nos brinda la prensa diaria, logró detener la atención de este comentador una noticia llegada de Cuenca el día 24 de este agosto. Decíase en ella que en una aldea, cuyo nombre no hace ahora y aquí al caso, se hallaban en la era unos trilladores cantando el himno nacional y se presentó el cura del pueblo, armado de pistola, maltrató a los cantores y le arrancó las orejas a un muchacho de catorce años. "Desprendimiento de los pabellones auriculares", decía la noticia periodística. Que se instruía sumario y que el cura no era la primera vez que se pronunciaba públicamente contra el régimen.

Primero: que estaban cantando el himno nacional. Pero, ¿cuál es el himno nacional? Porque himno nacional, nacional —así—, no sabemos que le haya ni le haya habido en España. Oficial, puede ser… La Marcha Real no fue, ni pudo ser nunca, himno nacional del reino de España. Y no pudo serlo porque carecía de letra. Tanto que durante la Dictadura primo-riverana quisieron ponérsela. Y no se le pegó. Un himno sin letra no puede llegar a ser nacional y menos popular. Otra cosa es una bandera que no necesita de empresa o leyenda. Y así se hizo nacional la bandera roja y gualda, que no es —hay que repetirlo— monárquica ni lo fue nunca. La tuvieron por nacional todos los españoles, monárquicos y republicanos. La bandera de la Casa de Borbón era otra: la actual de la República Argentina. Y si no hubo entonces himno nacional tampoco hoy le hay, pese a la "Gaceta", si es que ésta ha declarado serlo alguno.

¿El himno de Riego acaso? Pero el pueblo español ha olvidado la letra del himno de Riego, que ya nada nos dice. De seguro que los mozos trilliques de esa aldea conquense nos estarían entonando el "¡Soldados, la patria / nos llama a la lid! / ¡juremos por ella / vencer o morir!" Y de seguro también que estarían cantando algún "Trágala" al cura belicoso o acaso la Internacional comunista, y no ese supuesto himno nacional que ha perdido la letra. Por lo demás, es indudable que la música por sí, el aire o tonada, tiene un valor emotivo y hasta conceptual. ¿Y qué si se cantara letra del "Tantum ergo", del "Miserere" o del "Dies irae" con música revolucionaria? O en sentido inverso.

¡El poder de la música! Tengo de tradición familiar un caso del poder de la música. Pronto hará un siglo que se publicó la "Vida de Jesús", de David Federico Strauss, que tanto alarmó y conmovió a las conciencias de los católicos. Era proverbial el "Impío Strauss". Y años después, yendo a confesarse una de mis tías, en Vergara, su pueblo natal, con un fraile exclaustrado, preguntóle éste si había alguna vez bailado —baile de salón, se entiende—, y al contestarle que sí, añadió: "¿Valses?" "También valses". Y el buen fraile entonces: "¿De Strauss?" Porque entonces bailar un vals de Strauss era como ahora llevar los brazos al aire. (No creo deber añadir que llamarse Strauss en Alemania es como aquí llamarse

Gómez.)

Y pasando al cura ese que dice se ha pronunciado más de una vez públicamente "contra el régimen" —otra expresión indefinida y hasta ambigua— no se nos ha informado cómo le desprendió "los pabellones auriculares" al pobre trillique cantor del supuesto himno nacional. No sería con la pistola. Y ello nos hace recordar que cuando el tropel de Judas fue a prender a Jesús, uno de los de la compañía de éste sacó una espada y le cortó una oreja a un siervo del Sumo Sacerdote. Y el Señor le dijo lo de: "Vuelve tu espada a su lugar, porque todos los que tomen espada perecerán a espada." Y esto debía saberlo el cura de la pistola.

Apropósito de la cual pistola voy a relatar otro caso tan sucedido como el del vals del impío Strauss. Y es que a raíz de una famosa peregrinación a Begoña, en mi villa natal de Bilbao, peregrinación que se convirtió en una verdadera refriega entre unos y otros fanáticos de ambos bandos, comentaban el caso unos curas en el gran pórtico —lo que se llama la Novena— de la basílica begoñesa, y uno de ellos, el más evangélico, se mostraba escandalizado de que algún compañero de sacerdocio hubiese acudido a la procesión armado de revólver. "Nuestro Señor Jesucristo —dijo— no usó nunca revólver." Y el cura pistolero, alzando las manos como cuando se va a bendecir, exclamó: "Pero hombre, ¡qué ignorante eres!, ¿pues no sabes que en tiempo de nuestro Señor Jesucristo no se había inventado todavía el revólver?"

Por lo demás, el celo del cura pistolero conquense, del desorejador, discípulo del de aquella compañía de Jesús cuando éste fue prendido por el beso de Judas, corre parejas con el celo revolucionario de todos esos degenerados mentales y cordiales que se dan a quemar altares de iglesias o a derribar cruces e imágenes de santos y santas. No es cosa, ¡claro está!, de que a estos energúmenos se les vaya a desorejar, pero no estaría de más que se les encerrase de por vida en un manicomio de incurables. Y también estos dementes —pues no son otra cosa— se ponen fuera de sí cuando oyen ciertos himnos o ciertas jaculatorias puramente litúrgicas. Suelen ser de los que se enfurecen cuando creen ver la que se les antoja bandera monárquica.

Y ahora vamos a recordar algunas de las "Máximas para revolucionarios" de Bernard Shaw. "No hagas a otros lo que quisieras que te hiciesen a ti, pues sus gustos pueden no ser los mismos." "El arte del gobierno es la organización de la idolatría." "El populacho no puede entender la burocracia: sólo puede adorar los ídolos nacionales." "El que mata a un rey y el que muere por él son igualmente idólatras."

El acto del cura pistolero de la aldea de Cuenca es un acto mellizo del que se lanza a descalabrar a quien anda pregonando una de esas hojas que llaman fascistas. Que por supuesto el joven anti-fascista, ordinariamente de una dementalidad análoga al del incendiario de iglesias y derribador de imágenes religiosas, maldito si sabe lo que es el fascio y lo que es el fascismo.

Una vez más y no será la última —¡que ha de serlo!— me creo obligado a decir que lo que más me apena, por nuestra España, es el giro que toman estas luchas que se dicen políticas y sociales, es que de una parte y de otra, de la de unos fetichistas y de la de los otros, sus contrarios, acusa una pavorosa

degeneración mental en las llamadas juventudes. Podrán desgañitar cualquier himno nacional o internacional, con letra o sin ella, ¿pero ideas? ¡Ni una! Ni clara ni oscura. Y no digamos nada de los curas pistoleros o de los que se escandalizan de que se bailen valses de Strauss o de que en un verano bochornoso como éste entre una dama piadosa en un santuario, a visitarlo en veraneo, con los brazos al aire.

Ensueños de hastío

Ahora (Madrid), 6 de septiembre de 1933

Ha sido en una de esas viejas ciudades castellanas, varadas en la alta historia, en la que él ha vivido y a la que ha vivido largos y preñados años de vida. ¡Y qué se bienestaba en ella en sentir y dejar que se pasasen y se posasen las horas con recuerdos de siglos! Al volver allá, después de una ausencia corporal, se fue vagando a respirar sus ensueños intactos y se metió por una calleja antigua. Una de esas callejas sembradas de olvido y de silencio, en que asoma una rala y humilde yerba por entre las coyunturas de los chinarros, como para recordar el campo. Jamás había entrado un auto, ni coche, ni carro por la calleja; algún borrico con carga. En una rinconada, junto a un poyo, tomaba el sol un gato, y daba un aire doméstico, casero, a la calleja. ¿Quién ha visto, y menos acostado, un gato en una avenida de ciudad? Elevando la vista pudo ver, ceñido por los aleros alabeados de las viejas casucas recogidas, un cacho de cielo enjuto y sano; rincón de cielo para colgar de él ensueños. Todo cerrado al mundo actual, ruidoso y pasajero. Al fondo de la calleja, un trozo de la vieja muralla. Sólo cruzó un momento aquella soledad una gitana, de andares ondulantes e indolentes, que se le antojó algo así como un vencejo peregrino, a los que el pueblo cree inmortales. No se sentía respirar; le sosegaba un recatado contento. Y era como si se abrazase al que fue en su mocedad madura, como si arrollase su conciencia de largos años. Aquella calleja era un cerrojo, un pasillo, de la casa ciudad, de lo que fue para él casa.

Y empezó a sondar dentro del sueño universal otro sueño. Empezó a respirar la historia. Pero la historia entera y verdadera, no la de las crónicas, sino la que abarca y funde tradiciones y documentos, leyendas y realidades, milagros y rutinas, recuerdos y esperanzas, fantasías e increíbles creencias fecundas, evangelios, mitologías, supersticiones, ficciones y materialidades; tan reales Don Quijote y Hamlet, como Cervantes, Shakespeare, Cristo y Apolo, Adán y el antropopiteco. La historia entera y verdadera, sin criba, sin crítica, la que se está rehaciendo de continuo. Se puso a soñar, por caso, todos los Felipes Segundos que han venido viviendo desde que se fundió en el pudridero del Escorial, la sombra de sueño que fue el primer Felipe Segundo.

Se estuvo contemplando y considerando aquel poema —que poema es—, y parecía como si el tiempo se lo ordenase. Que es como en el otro sueño, que en cortísimo espacio de tiempo se aprietan dilatados

sucesos. Parecía el tiempo discurrir de espacito. Casi como parado. Y todas las figuras, todos los personajes eran contemporáneos entre sí. Y en aquel ensueño sentíase el hombre libre del más terrible enemigo de la humanidad, que es el aburrimiento. El aburrimiento —aborrecimiento de la vida—, el tedio, el hastío, la "noia", que se dice en italiano, pues dos italianos, Hugo Fóscolo y Leopardi, filosofaron poetizando —la más honda manera de filosofar— sobre ella. "Que si la religión no fuese ni terror ni consuelo, sino sólo ocupación de nuestro corazón, sería no menos necesaria, pues que el más fatal estado del hombre es el hastío (la noia)." "El supremo motor de todos los pensamientos del hombre, de todos sus miembros es el hastío…, el que le hace buscar ocupaciones y deseos nuevos cuando le son satisfechos los que le rodean." Así Fóscolo, que luego dice que en su tiempo —paso del siglo XVIII al XIX— quisieron muchos hombres arrancar de raíz la religión, creyéndola elemento de la tiranía y no de la naturaleza humana, y "se les antojó que allí hubiese república donde no hubiese religión". Y después de Fóscolo, Leopardi, en aquel su hermoso "Diálogo de Cristóbal Colón y de Pedro Gutiérrez", que le hacía decir a Colón, camino de descubrir el Nuevo Mundo, esto: "Si al presente tú y yo y todos nuestros compañeros no estuviéramos sobre estas naves, en medio de esta mar, en esta soledad incógnita, en estado cuanto incierto y arriesgado se quiera, ¿en qué otra condición de vida nos encontraríamos? ¿En qué estaríamos ocupados? ¿De qué modo pasaríamos estos días? ¿Más alegremente, acaso? ¿O no estaríamos más bien en algún mayor trabajo o solicitud, o llenos de hastío (pieni di noia)?" Y añade el Colón de Leopardi: "Aunque no nos venga otro fruto de esta navegación, me parece que sea provechosísima en cuanto por algún tiempo nos tiene libres del hastío, nos hace cara la vida y de aprecio muchas cosas que otramente no tendríamos en consideración." Y recordando estos dichos italianos que nuestro hombre bien conocía, se libraba y purgaba del hastío, del tedio que le había invadido antes de haberse, refugiado en la calleja a contemplar desde ella la historia entera y verdadera.

Sacudióse de su ensueño, se acordó de la actualidad urgente —que no es, no, el presente eterno—, de su menester, de su obligación o compromiso, y deslizóse despacito a la avenida en que la calleja desemboca. Y allí autobuses, autos, camiones, yentes y vinientes, hasta guardias de asalto y alguaciles. Y por extraña manera volvió a arremeterle cierto hastío. Aquel cinematógrafo callejero, más o menos sonoro, entre casas vistosas y mozas, pero maquilladas y llenas de afeites arquitectónicos, aquello sí que era ilusión en el fondo vacío. No historia, sino una pesadilla espiritual que le quitaba el respiro, dándole la ansiosa expectativa de cada momento, el acceso soñoliento de eso que llaman revolución, y haciéndole de toda su contemplación histórica una plasta. Era el paso en el vacío, peor que el salto en las tinieblas. El suelo de la Historia se le hundía bajo los sentidos.

Sintió el agobio hasta la congoja, que es tener que vivir de gacetillas, y cuán fuera de la historia entera y verdadera yace la crónica de los diarios, comadrería lo más de ella. "¿Qué leyendas dejará esto? ¿Qué mitos? ¿Qué evangelios? ¿Qué tradiciones?", se preguntó. Y volvió la vista a la calleja, a ver si entre sus sombras —anochecía ya— adivinaba, a lo lejos y alejándose, la sombra de su alma, perdida en la eternidad del pasado.

Poncios y Panzas

Ahora (Madrid), 9 de septiembre de 1933

En estos últimos días en que por parte de diversos comentadores de la cosa pública se ha tratado del surtido de gobemadores de que puede disponer el gobierno del nuevo régimen y de su nuevo estilo, me he encontrado releyendo nuestro Libro. Quiero decir el "Quijote". Y cuando se discutía a algunos del surtido —o equipo si se quiere— repasaba el relato cervantino de la carrera de Sancho Panza como gobernador de la ínsula Barataria. Y aunque sea harto conocido de los más de nuestros lectores —digo, me parece…— no estará de más refrescarles la memoria española.

Recordemos cuando Teresa Panza, "fuerte, tiesa, nervuda y avellanada", al saber por carta de la Duquesa, como si dijéramos la Ministra, que a su marido se le había hecho gobernador, se puso a bailar ante el cura y Sansón Carrasco, diciendo: "¡A fee que agora no hay pariente pobre! ¡Gobiernito tenemos! ¡No, si no tómese conmigo la más pintada hidalga, que yo la pondré como nueva!" Y como la Duquesa —perdón, la ex-Duquesa— decía a la señora Teresa "que con dificultad se halla un buen gobernador en el mundo," salió Sancho con tan buena fama del gobierno de su ínsula que "hasta hoy se guardan en aquel lugar y se nombran las Constituciones del gran gobernador Sancho Panza", dice el Libro. De seguro que no se guardará tanto nuestra moza Constitución, que en cuanto a observarse… Y si aquellas Constituciones quedaron firmes aun salidas de la mollera sosa de un aldeano de quien su mujer —la del "¡Gobiernito tenemos!"— decía que en el pueblo le tenían todos "por un porro, y que sacado de gobernar un hato de cabras no pueden imaginar para qué gobierno pueda ser bueno", debióse ello a las instrucciones que le dio su señor Don Quijote, entre las que sobresale aquella de: "No hagas muchas pragmáticas; y si las hicieres, procura que sean buenas, y sobre todo, que se guarden y cumplan; que las pragmáticas que no se guardan lo mismo es que si no lo fuesen…" Que es lo de San Felipe de Neri de: "si quieres que te obedezcan, manda poco." En lo que no anduvo acertado Don Quijote fue en soltarle un latín añadiendo: "Dígote este latín porque me doy a entender que después que eres gobernador lo habrás aprendido." Si algunos gobernadores de nuestras ínsulas hubiesen aprendido bien, no digo latín, sino castellano, se habrían ahorrado algunas multas, de esas de defensa. Porque las ha habido que son una vergüenza para la mentalidad de los que las han impuesto. Y esto llega más arriba que a los gobernadores.

Y ahora se nos ocurre aquí una cosa y es cómo siendo, o por lo menos debiendo ser tan conocida en España la gobernación famosa de Sancho Panza, nunca se les ha llamado —o motejado según los maliciosos— Panzas a los gobernadores y sí, en cambio, Poncios. Y la verdad, entre ser motejado de Poncio o de Panza, el escogimiento no es dudoso. Y no es que Poncio Pilatos, aunque letrado y buen latino —y no menos ladino— no tuviese bastante de Sanchopancesco, que era socarrón y suspicaz. Buena prueba es de ello cuando después de haber preguntado al Cristo: "¿qué es la verdad?" le volvió la espalda sin esperar respuesta y se lavó las manos. Que Sancho se resistió a que le lavasen las barbas y

Pilatos se lavó las manos. Pilatos servia al César, a quien hay que dar lo suyo, y cuando el populacho pedía sangre, tragedia, no contento con la farsa del "Ecce Homo", cedía al populacho encogiéndose de hombros y después de declarar que no encontraba culpa en aquel Hombre. Pero gobernar, dicen, es transigir y hay que echar carne a las fieras. Triste cosa sería que por no saber transigir a tiempo con el populacho enfurecido, como hizo Poncio, se encontraran un día los Panzas con que tenían que darse de zurriagazos para desencantar a la República, como tuvo que dárselos Sancho para desencantar a Dulcinea del Toboso.

Y dejándonos de estas comparaciones, que todas dicen que son odiosas, y de si este o aquel gobernador merece que le llamen Poncio o Panza —o acaso Poncio Panza—, el caso es que la dificultad que hallaba la ex-Duquesa seguirá mientras se haya de acudir para nombrarlos a ciudadanos que vivan de su profesión y oficio y no quieran hacerlo de la política, mientras haya que acudir a matriculados en partidos políticos. El político de carrera —electorero ante todo— es la inevitable plaga de toda democracia y es muy preferible el burócrata para ciertos cargos. Entre ellos el de gobernador.

En aquellos tiempos del que algunos cándidos llaman ya antiguo régimen —¡vaya una idea de la antigüedad!— había dos equipos o surtidos de gobernadores —algunos Poncios, pero muchos más Panzas— que por lo general sólo se preocupaban de hacer el número de años de servicio que les valiese para mejora de jubilación, los dos equipos turnantes. Y los había avezados al oficio y al tanto de todas las maturrangas de él.

Se decía que iban consignados al cacique, pero esto es menos grave que ir consignados a un cacicato colectivo, a un grupo de intrigantes y mandantes. Porque eso de que se haya acabado el caciquismo es una candidez tan grande como la de la antigüedad de que os decía. El régimen aquel es viejo, pero ¿antiguo? ¡qué va…! Como tampoco joven es lo mismo que moderno. No hay que confundir las especies.

El que esto os dice tuvo algo que ver con un Panza francés, con un prefecto —y luego con un sub-prefecto— y pudo apreciar las ventajas de que un gobernador lo sea de carrera, un burócrata al que no se le pide credo político, y menos de partido, si no que se atenga a la ley. El cual tiene siempre presente que puede cambiar el Gobierno. Pero lo peor de todo es que en un Gobierno de mescolanza —esto es, mestizo— haya partido que rehúse dar gobernadores, lo cual es una forma de colaboración desleal. Ni más ni menos.

Constitución y República

El Adelanto (Salamanca), 12 de septiembre de 1933

El próximo pasado domingo día 3 de septiembre, se celebró aquí, en Salamanca, como en el resto de

España, la elección del vocal del Tribunal de Garantías Constitucionales. Tomé parte, como concejal de hecho que soy del Concejo de la ciudad, en la elección y voté la candidatura llamada de los agrarios. ¿Que por qué? Pues bien sencillo. Eran tres las candidaturas, una de ellas la ministerial, y me decidí por aquella de las otras dos que creí derrotaría más fácilmente al Gobierno. O mejor, a la FIRPE, o aún mejor a la de la conjunción republicano socialista. Sabía lo qu significaba el voto, y que no se trataba de republicanismo ni antirrepublicanismo. La candidatura llamada agraria no tenía carácter antirrepublicano o monarquizante, como han dado en decir los mentecatos.

No se trataba, en efecto, de pronunciarse ni en favor ni en contra del régimen republicano, aunque sí en favor o en contra de lo que se da en llamar la revolución. Por lo que a mí hace, trataba de pronunciarme con mi voto no contra la República —¡claro está que no!—, pero sí, si es que no contra la Constitución, actualmente yacente —qne no vigente—, en favor de su revisión. Porque creo que si el Tribunal de Garantías Constitucionales cumple con su deber de justicia preparará la inevitable revisión de una Constitución y unas leves adyacentes en que vulneran los preceptos mismos que ella establece. Y no sólo creo que puede y debe haber República con otra Constitución —o con ésta, más bien que reformada, refundida—, sino que si se persiste en mantener la Constitución tal y como salió de las Cortes, la República corre peligro.

¿Que es Tribunal de Garantías no debía de tener carácter político? ¿Que no, eh? Así tiene que ser. Para nadie es un secreto que el Gobierno sedicente revolucionario ha venido a esto del Tribunal de Garantías a regañadientes y tratando de escatimarle atribuciones. Le tenía y le tiene miedo. Sabe que ante un Tribunal así, si tiene un sentido de justicia, no pueden prevalecer no ya sólo acuerdos ministeriales evidentemente anticonstitucionales, y lo que es peor, arbitrarios, despóticos y conscientemente injustos, sino acuerdos parlamentarios, leyes votadas en Cortes también arbitrarias, despóticas y conscientemente injustas. ¿O es que hay argucia de despotismo que cuando la Constitución veda las confiscaciones pueda cohonestar las de los bienes de la Compañía de Jesús o de las fincas do la llamada grandeza? “Es la revolución”, se me ha dicho cuando he argüido esto. Muy bien, es la revolución, pero no es la justicia ni es siquiera la legalidad constitucional.

El error está —y esto aunque se ha dicho y repetido conviene volver a decirlo y repetirlo una y otra y otra vez más— en haber querido hacer a un tiempo una revolución y una Constitución que la encauce y la enfrene; el error ha estado en haber querido hacer una revolución constitucional o una Constitución revolucionaria como si revolver sea construir. Y otro error, aun mayor, el de figurarse que el pueblo de las elecciones del 12 de abril y el que nos votó a los actuales diputados constituyentes nos pedía y esperaba de nosotros semejante revolución. No, no, no y no. Y bien claro se está viendo.

No, el pueblo español que votó la República —o mejor que votó contra la Monarquía y la Dictadura— no pedía semejante revolución, aunque la pidiese una parte de él. Y la menor, según se está viendo y se verá aun mejor en adelante. Y hay que dejarse de oquedades como esas de derechismo e izquierdismo, comodines para uso de molleras sosas. El pueblo, ni quería esas confiscaciones ni pedía persecuciones ignominiosas y vengativas. Y aunque las hubiese pedido, que no las pidió. Es algo que abruma a la conciencia de un miembro de Asamblea legislativa el oír cómo se habla de la soberanía de las Cortes y

como si un soberano tradicional o colectivo estuviese por encima no ya de la ley sino de la justicia. Nada me ha agobiado el ánimo y me lo ha entristecido tanto como el haber oído una vez a un diputado constituyente decir, para justificar un voto que tenía conciencia de haber sido injusto, que lo dio porque le dio la gana. "¡He votado esta ley porque me ha dado la gana!" Entreví la sima revolucionaria. La gana, la santísima gana, la terrible y castiza gana española. La republicana gana, que es exactamente lo mismo que la real gana. En el fondo, la Dictadura.

Y no sólo una Asamblea por delegación soberana, sino el pueblo mismo que elige y nombra no debe sentir la gana por encima de la justicia. Podrá haber, y sin duda ha habido, revoluciones justicieras; pero por lo común, cuando para tratar de cohonestar algo se dice: "es la revolución", puede asegurarse que quien lo dice tiene conciencia de que aquello que busca cohonestar es algo injusto.

No quiero distraerme en el examen de casos particulares —y aun singulares—; pero hemos estado viendo atropellos —algunos que repugnan a toda conciencia honrada— para cohonestar los cuales se ha acudido a la necesidad de una defensa revolucionaria. Era el miedo a la verdad y el miedo a la verdadera justicia.

El Tribunal ese de Garantías, no muy bien nacido, si ha de cumplir su cometido, que es el de preparar la revisión de la Constitución revolucionaria —en lo que tenga de tal—, tiene que borrar todo lo que ha hecho la gana republicana. Que al pueblo le ha ganado ya la desgana. Y no es ya cosa de conjunciones, sino de sentido de defensa nacional de la justicia para todos. Para todos.

Y que no se venga con mandangas de fascismo, de dictadura o de lo que sea. España está entregada a la más lamentable anarquía, a luchas de supuestas clases, a luchas de comarca, a luchas de confesiones. Y si ha de constituirse algo ha de ser sobre el sentimiento de justicia, que no es venganza ni represalia, y si ha de garantizarse lo constituido ha de ser sin hurtar nada al examen de la constitucionalidad.

He aquí por qué voté contra la candidatura ministerial, por entender que el Gobierno actual de la República trata de poner a salvo el necesario recurso de revisión de una Constitución que acaba con ella la República, o ella acaba con la República.

Las Comunidades redivivas

Ahora (Madrid), 15 de septiembre de 1933

¿Partidos políticos? ¿Partidos? Qué bien dice el nombre, que suena a facción y suena a clientela. Y tan es así que se buscan otras denominaciones con que disfrazarlos. Entre ellas la de unión, y luego cada una de estas uniones desune más a los pueblos; es lo que suele. La Unión Patriótica, por caso, acabó en partido y partido personal o fulanista, aunque empezó diciéndose "matriz de partidos". Y suelen acabar

en fulanistas todos, aun los presumidos de democráticos. Y así es que no duran ni pueden durar. Y los que duran, peor, porque se endurecen; su duración es dureza, y al cabo se ponen empedernidos y pilongos.

De aquí que se evite esa denominación. Comunión llamaban a su partido los tradicionalistas —carlistas mientras vivió don Carlos de Borbón y Este—. Comunión sonaba, a la vez, a cosa religiosa. Y es que los partidos responden, por lo común, a intereses accidentales y pasajeros y no a grandes intereses sustanciales y permanentes, económicos, sociales, regionales o espirituales. Y se da el caso de que se llamen apolíticos los más políticos.

Pero hay otro nombre que sonó y resonó mucho hace unos siglos en Castilla, y es el de comunidad. Muy parecido al de comunión. Las Comunidades de Castilla. Y por otro lado las Germanías de Valencia. Que no fueron partidos.

Las Comunidades de Castilla, movimiento popular y nacional, se alzaron contra el estatismo Imperial, internacional, de Carlos Primero de España, pero Quinto de Alemania; un Habsburgo que había de unir la suerte de nuestra nación a la del imperio germánico, llevando a nuestros abuelos a guerras por la hegemonía de la Casa de Austria en Europa. Y vino con un cortejo de flamencos, contra lo que se levantaron, sobre todo, las Comunidades. Que el destino futuro de España estuviese en la visión del emperador, en su imperialismo y en la Contra-Reforma es una cosa; pero el caso fue que no lo vieron ni entendieron así los comuneros, que creían que los intereses nacionales iban a ser sacrificados a intereses internacionales, la vida de la nación a la razón de Estado. Podrá decirse que la política del emperador era más ecuménica, más universal, y la de los comuneros más aldeana; pero siempre queda el recurso de pensar que la de éstos, la de los comuneros, podría haber llevado a otro universalismo.

¿Y es que con el internacionalismo estatal de Carlos Quinto no tienen semejanza otros internacionalismos que han venido después y que tratan de poner la nación a merced del Estado, y éste, el Estado, al servicio de una clase social —lo que se da en llamar así: clase— y no de la nación toda? La política de las Internacionales —primera, segunda, tercera y las que haya y las que vayan saliendo seguida— suele ser una política de Estado contra las naciones, contra los intereses genuinamente nacionales.

Y por curioso caso del juego de las íntimas contradicciones políticas, por la dialéctica de las antinomias, ocurre que la concepción política internacionalista de clase, la que pone al supuesto proletariado sobre la patria, y aun contra ella, acaba en cantonalismo. Y la anarquía. Los presuntos —y presumidos— proletarios de un lugar, de una aldea, contra, los de otro lugar u otra aldea. La guerra al forastero, al meteco, al intruso, aunque sea de la misma clase.

¿Pero es que esto de clases, en el sentido que adquiere en la erizada escolástica marxista, cabe aplicarlo al campo, a la economía agraria, sobre todo cuando ésta no se halla industrializada? Si no es ya fácil determinar en el régimen de las grandes industrias dónde acaba una clase y empieza otra y quién es burgués y quién proletario —dos comodines de palabra—, es no ya dificilísimo, sino casi

imposible, determinarlo en el régimen agrario campesino.

Por donde ha venido a suceder que al querer aplicar al régimen agronómico nacional —y de un campo pobre— las teorías —por cierto muy mal aprendidas— de la erizada escolástica marxista, y querer aplicarlas a medias y contradictoriamente, ha tenido que surgir como defensa el sentimiento nacional que surgió en Castilla contra el estatismo de Carlos Quinto, el de las Comunidades.

Terratenientes —grandes y chicos; la inmensa mayoría chicos o achicados—, arrendatarios, colonos, aparceros, todos los que tienen algo propio, alguna propiedad privada que defender, se están uniendo contra los que, por colectivismo, llegarían a arruinar a la colectividad. Y a ellas se van uniendo —bueno es que se sepa— labriegos, jornaleros sin propiedad privada alguna que sienten cómo su interés, el de la seguridad de su jornal —que es su propiedad—, está más seguro con el régimen que combate esa escolástica. Habiendo de tenerse en cuenta que ese movimiento es independiente de otras doctrinas de carácter político que busquen apoyarse en él. Ni monarquismo o republicanismo, ni confesionalismo o lo que llaman laicismo tienen que ver, en rigor, con él. Ni es de eso que dicen de derecha ni de izquierda.

Grandísima locura querer asentar con préstamos del Estado a pobres labriegos sin capacidad técnica, desasentando a labradores, grandes y pequeños, que con sus propios recursos mantendrían a esos labriegos mucho mejor que se mantendrán como siervos del Estado.

He aqui el sentido de ese poderoso movimiento agrario nacional que está surgiendo en ambas Castillas y aun fuera de ella. Había un fondo de triste realidad en todo aquello de los latifundios, de los señoríos y de lo que llaman feudalismo los que no saben lo que éste fue, pues no le había de haber. ¡Pero cuánta leyenda sobre ese fondo! Se cargaba a codicia de los señores mucho que era avaricia natural de la tierra. Si se les dejara a los campesinos colectivistas, pronto el campo nacional quedaría convertido en un vasto páramo yermo.

Y todo esto ha venido por querer aplicar el concepto escolástico internacionalista de clase a una economía agraria que en rigor no lo tolera. Los siervos de la gleba de Estado serían los peores siervos.

Baste por hoy con estas consideraciones acerca del movimiento de defensa de la riqueza nacional —¡bien menguada!— que las redivivas Comunidades representan.

Política y literatura

Ahora (Madrid), 20 de septiembre de 1933

Surge a las veces (de cuando en cuando) en la prensa diaria —política y literaria a veces (alternativamente) y aun a la vez (simultáneamente)— el tema de la literatura y la política en sus

relaciones mutuas. O más bien, el de si el hombre de letras haya de meterse a político o el político a literato. Pero ¿quién define y deslinda los campos? Hay política literaria y hay literatura política. Y suelen confundirse. Que pensar la acción —y pensar es expresar— y actuar el pensamiento son dos caras de una misma obra. "El Príncipe" de Maquiavelo, ¿es política o literatura? Lo malo es que no suele haber un concepto mejor: una expresión clara ni de lo que sea política ni de lo que sea literatura.

Uno de estos días se ha recordado en nuestra prensa, a este motivo, a Disraeli político y literato en uno y a la vez y no sólo a veces. Cabe recordar a Chateaubriand, a Lamartine y hasta a nuestro Cánovas del Castillo. ¿Y quién nos dice que tal a cual político o estadista autor de Memorias con que pasar a la historia no cumplió su obra política como obra literaria, no representó —autor y actor a la vez— su drama para contarlo? Caso terrible el de aquel pobre Amiel, el hombre del diario, que vivió, sintió, soñó, sufrió y se deshizo para alimentar su Diario íntimo y fue esclavo de él. Cada día, "¿qué haré o pensaré hoy que pueda pasar al Diario?" Pero ¿quién nos dice que tal político o estadista autor de Memorias no las estuvo preparando de antemano mediante su obra pública?… ¿Que tal medida legislativa que impuso no se debió a colocar tal discurso literario que como tal discurso pasara a una antología? Hay un género que en literatura se llama de ensayo, y no pocos procedimientos gubernativos no suelen pasar de ensayos en el mismo sentido que los literarios. Ni puede ser de otra manera.

¿Acción? Las más de las veces lo que se suele llamar así, acción, no es más que palabras. Recuérdese del Evangelio lo de aquel centurión, hombre de obediencia y de mando, que no le pidió al Cristo más que una palabra. Las leyes no son más que palabras escritas. Y para interpretarlas, lo primero gramática.

La propaganda política, ¿qué es sino oratoria, o sea literatura hablada? Parlamento viene de parlar. Nuestra actual Constitución —a la que tantas veces la he motejado de Constitución de papel— a menudo se rebaja a literatura en el peor sentido que se da a este tan de ordinario mal comprendido término.

Con la literatura se hace política, pero, a la vez, con la política se hace literatura, se hace leyenda, se hace cultura, se hace ensueño, se hace historia. Historia en el sentido no de lo que pasa, sino de lo que los hombres sueñan que ha pasado y es lo mismo. Y es indudable que en política la eficacia estriba, más que en la mentalidad de lo que se dice o declara, en la espiritualidad del modo de decirlo, en el estilo. Y por esto ha podido hablarse de nuevo estilo, que es concepción literaria.

¡Nuevo estilo! No el "dolce stil nuovo" del Dante, que este reciente no ha sido dulce, sino tan amargo que ha malenconiado a no pocos. Y el estilo no dice propiamente a los conceptos, sino a su expresión; no a las ideas, sino a las expresiones; no a la materia, sino al espíritu; no a la lógica, sino a la retórica.

¿Retórica? ¡Y cuánto se la ha calumniado! Retórica deriva de retor, que equivale a orador. Y la oratoria ha hecho la política. Un discurso vale por muchos motines. Y la más honda labor política suele ser precisar expresiones. Y de aquí que los oradores, al hacer política, hagan y rehagan lengua más qué los hombres no más que de letras, que los meros literatos. Habida cuenta de que hay muchos escritores

—en España los más castizos— que no son sino oradores por escrito.

Leyendo hace poco el "Discurso sobre el texto de la Divina Comedia del Dante", de Ugo Fóscolo, me encontré con un pasaje que me retuvo la atención y es aquel en que dice: "Las lenguas, donde hay nación, son patrimonio público administrado por los elocuentes, y donde no la hay se quedan en patrimonio de literatos; y los autores de libros escriben sólo para autores de libros." Esto lo decía Fóscolo para la Italia de hace más de un siglo, pero ¡cuánta aplicación no tiene a nuestra España de hoy, donde los meros literatos cambian sus libros y quedan los elocuentes, los oradores —de palabra o por escrito—, para administrar el mayor y más puro y más espiritual patrimonio público de la nación! Y luego el mero hombre de letras, o mejor: el hombre de meras letras, se queja de que la política daña a su oficio.

Los políticos, cuando a la par son literatos, en el más alto sentido de este apelativo, y los literatos cuando a la vez se sienten políticos, son los que hacen la historia viva, esto es: soñada. ¿Y qué son sino sueños todo eso de las luchas de clases, de comarcas, de confesiones o de lo que sea? Y al decir "de lo que sea" me refiero a otra lucha que va a hacerse política y es la lucha de sexos. Ya Cánovas del Castillo, literato político que habría dado toda su fama de gobernante por la fama de literato de su tío don Serafín Estébanez Calderón (El Solitario) —y así lo declaró en un libro—, en un artículo, a ratos humorístico, que sobre el mes de abril publicó en un almanaque de "La Ilustración Española y Americana" se refirió a "los contrapuestos sexos que mancomunadamente detentamos el planeta". ¡Y que no hay hoy en España pocos políticos que temen para las próximas elecciones generales a Cortes la lucha de los contrapuestos sexos que mancomunadamente detentamos la nación! ¡Contrapuestos!

Y de todo este descosido —aunque no deshilvanado— ensayo, político y literario a la vez, quiero que se deduzca que hacer política, cuando ésta es algo más noble, más espiritual y más hondo que administración y manejo de partidos, es hacer literatura y que hacer literatura cuando es algo más noble, más espiritual y más hondo que hacer libros para entretener no más a los lectores y vivir de este entretenimiento, es hacer política. Aunque no sea de otra manera que haciendo —esto es, creando— lengua viva, el más íntimo y radical patrimonio público de una patria cualquiera.

Mitos y justicia

Ahora (Madrid), 26 de septiembre de 1933

No cabe, querido amigo y compañero "Azorín", empleo más noble de la pluma de un escritor público, de un conductor de la conciencia pública, que el de despertar el sentimiento de la justicia. Justamente se refería usted, al emprender una campaña justiciera, al famoso proceso Dreyfuss en que se perseguía a un hombre por razón de Estado, es decir, por sinrazón de política. Casos en que se saca a cuento

aquello de “salus populi suprema lex esto”, sea la salud del pueblo la ley suprema.

Adrede he dejado apenas traducido lo de “salus” por salud. ¿Se trata, en efecto, de salvación o de sanidad? ¿ Y qué es el pueblo? ¿Se trata de salvar al pueblo de un grave peligro? ¿y al pueblo? Porque hemos oído sin casi asombro a un ministro lanzar en plenas Cortes la increíble insensatez de que o la República —que no es precisamente el pueblo— acababa con un hombre o este hombre acababa con la república. Lo cual es hacer desaforada mitología, crear otro mito. Y con esto sí que corre riesgo la sanidad mental del pueblo, pues se le entontece y envenena. Y a la vez los que semejantes insensateces propalan crean un estado de conciencia popular contrario al que trataban de crear. El mito les sale adverso. Es lo que se suele llamar “hacer mártires”.

Por lo cual me ha parecido nobilísimo el empeño de usted de pedir que se lleve el enjuiciamiento de un hombre cualquiera por vías de justicia y no de secretos inquisitoriales. ¿Pues qué más que secreto Inquisitorial es cuando se objeta que las pruebas alegadas contra el sujeto no prueban lo que se quiere que prueben, replicar que hay otras? Con asombro se lo hemos oído a los que tratan de justificar el proceso. Es más, asegurar que esas pruebas están a buen recaudo y en poder de algún poderoso perseguidor. Y cuando hemos preguntado: “¿usted las ha visto?” el informante se llamaba andana. Lo que nos permite dudar, sobre todo cuando los revolucionarios de la ley de defensa de la república, los de los documentos bajo sobre o sin él, no se han distinguido por su veracidad. Y esto no es reproche, pues no se hace una revolución de ese tipo sin engaños. Por lo cual, usted y yo, querido amigo y compañero “Azorín”, que creemos que la suprema injusticia es no ya falsear sino callar la verdad, no podremos nunca hacer esa política sedicente revolucionaria.

Todo esto viene a cuento de un inciso reciente de ese proceso. Y es que dos diputados de la Esquerra Republicana de Cataluña que forman parte de la Comisión de Responsabilidades que está enjuiciando —al parecer inquisitorialmente— a ese hombre, también diputado, votaron que se le concediera la libertad provisional, porque las pruebas contra él aducidas no cohonestan su prisión, y si hay otras que se saquen. Esos dos diputados adujeron haber votado en conciencia y que, el hacerlo en contrario, habría sido prevaricación. ¡Ya salió —gracias a Dios— la conciencia! Pero…

Pero la conciencia y el sentimiento de justicia son una cosa y la disciplina política… —aunque política ¡no!, si no de partido— es otra. Y lo digo porque el Comité ejecutivo central de Esquerra Republicana, después de reconocer que esos, sus dos diputados, procedieron en conciencia de justicia y honorablemente, añade esta enormidad: “Sin embargo, ante la falta que representa, en el aspecto político, haber votado en favor de la libertad provisional del señor March, contrariamente a la opinión general del partido y a los daños que de esto pueden derivarse…” Y sigue una sanción a esos dos diputados cuyo sentido de la justicia no concuerda con la opinión general del partido.

¡Falta en el aspecto político! He aquí lo triste de todo este caso. El que eso que llaman el aspecto político, la opinión general del partido —al que se le estropea la sanidad mental de juicio con mitos— se sobreponga al sentido de Justicia. Ya en otra ocasión se me echó en cara el que hubiese yo decidido con unas palabras de verdad y de justicia un acuerdo que dañaba a los intereses de partidos. Y hubieran de

haber sido intereses del régimen. Y no habría por eso torcido la verdad ni la habría callado. Tengo para mí que la libertad de la verdad es la suprema justicia.

Pero hay, querido amigo y compañero "Azorín", algo más triste aún y que impide que se haga la luz en ese tan típico proceso revolucionario, y es que he oído a varios que piensan como usted y como yo que no se atreven a expresarlo públicamente porque no se les tome por mercenarios o por solapados enemigos del régimen. ¡Hasta esto hemos llegado! Porque no se les crea atosigados con el oro de la plutocracia. Como si no fuese peor el envenenamiento con el cardenillo del cobre espiritual.

En esa insensata labor defensiva de esos pobres hombres atacados de manía persecutoria que ven por donde quiera enemigos del régimen, en esa labor de forjar mitos, fantasmas, duendes y toda clase de potencias tenebrosas, han llegado a la insensatez —rayana en… me callo la palabra— de propalar que el rumbo que han tomado ciertos órganos de la opinión pública se debe ¿a qué? ¡a ese oro mitológico! Sí, amigo "Azorín"; es ese hombre ya mítico el que con sus artes de soborno ha ganado a los que tratamos de aclarar y depurar la opinión pública.

Sí, la ley suprema debe ser la salud pública, pero entendida en el sentido de sanidad mental, de sanidad de juicio. Mas ya antes de ahora, cuando me he pronunciado contra alguna medida que me parecía injusta, se me ha replicado: "¡es la revolución!". Y no, eso no es revolución. No es revolución crear mitos, no lo es buscar lo que se llamaba el macho cabrío emisario, no lo es echar carne a las fieras, no lo son los procedimientos inquisitoriales de un Comité de Salud Pública.

Y sobre todo la libertad de la verdad —cuya servidumbre es el secreto—, que es justicia.

Solitarios de lugar

Ahora (Madrid), 4 de octubre de 1933

¡Esos espíritus originales —y originarios— que viven vida recatada y oscura por esos campos de Dios! Del Dios de España y de la España de Dios. Originales y acuñados por el mismo cuño. Pero copias los unos de los otros. Esos espíritus no laminados, no planchados por esta civilización eléctrica, pedagógica y sociológica. Es el tipo del solitario de lugar. No solitario del lugar ni no de lugar: lugareño. Así era Alonso Quijano, "el Bueno". Y forman, sin ellos saberlo, una cofradía en todo España, un monasterio.

El solitario de lugar suele ser médico, boticario, notario, rentero, pequeño labrador, maestro, cura…, cualquier cosa. Su profesión es accidental. A las veces, uno que emigró de joven, que ha corrido y visto mundo, y la querencia del terruño natal le vuelve a su casa. Y tal vez se encierra en ella, en una casita que se abre —y se cierra—a unos soportales, y allí se aquieta y rumia sus recuerdos contemplando la sosegada postura de los cotidianos enseres caseros. Y piensa en el pueblo de su lugar, que es todo el

pueblo de todos los lugares y de todas las naciones de la historia. Porque si el solitario de lugar escribiese en vez de soñar en su camilla o su "gloria" en invierno o en el campo en verano, este visionario vidente —ve la realidad en visiones— podría escribir la historia universal de su lugar, de Villavieja de la Ribera o de Aldealuerga del Encinar. Porque él siente en universal lo local. Pero no es ni un archivo ni un archivero de las universales tradiciones lugareñas, sino la silenciosa tradición misma encarnada.

Recoge y consuma la difusa y rala vida espiritual del lugar; lee en las miradas de sus convecinos, y así para él es comunión la convecindad. Recoge murmuraciones que se susurran a su paso y adivina dramas familiares y hasta individuales. Y así viene a ser el callado y desconocido sacerdote de la subconsciente religión lugareña popular; representa a todos los demás del lugar ante Dios. Y sueña por todos ellos.

¿Cacique? No; el solitario de lugar no suele llegar a cacique, ni siquiera a alcalde. Cuando quieren hacerle tal lo rehúsa. Pero no suelen quererlo porque le respetan y adivinan su honda función espiritual. El solitario de lugar —el tío Fulano muchas veces— es varón de consejo. Y no espolea al pueblo, sino que lo enfrena. Sé de alguno cuya silenciosa sonrisa es una crítica de siega. Y que en cierta ocasión me dijo: "Estoy aburrido de ser siempre yo mismo." Y qué mirada; no sé si de compasión o de tristeza, me dirigió cuando le dije por qué no se metía en política. ¿En política él, él?

El solitario de lugar, por lo común, todo él interioridad —mejor aún, intimidad: él, que no tiene amigo íntimo alguno, porque todos sus convecinos viven en él—, el solitario de lugar es todo lo contrario del hombre de partido político, todo él exterioridad, superficialidad. Porque el político de partido lugareño, el del bando éste o el del bando aquél, será honrado, abnegado, desinteresado, pero suele carecer de espiritualidad. Jamás llega a sentir pesares de lujo, sentimientos suntuarios —y suntuosos—, de que es capaz el solitario de lugar por poco ilustrado que sea. Porque este solitario siente la terrible calma de la eternidad por debajo de los temporales, es decir, de las temporales tormentas de la vida pública civil, de la política. Cuando el temporal arrecia, él se alberga en el eternal. Y la vida de este solitario, que es una silenciosa oración al misterioso poder oculto que teje la historia universal de la aldea, del villorrio, de la villa en que vive y de que vive, esa vida rescata las vidas de sus convecinos.

¿A qué debió Monso Quijano, solitario de lugar en un lugar de la Mancha, el ser apodado "el Bueno"? ¡Ah, si supiéramos a acción que sobre sus convecinos ejercía aquel soñador que salía de caza y se apacentaba de visiones de libros le caballerías! En casi todo solitario de lugar late un don Quijote.

Pero, ¿y por qué de lugar? ¿No también de gran villa, de ciudad, de capital? Primero que una villa, una ciudad, una capital, son lugares. O, cuando menos, mazorcas de lugares. ¿Qué es este Madrid, por caso, sino una mazorca, una piña de barrios, unos suntuosos y otros sórdidos? Pero aquí el solitario de lugar se ahoga, o mejor, le ahoga la muchedumbre de la calle y de la plaza; le ahoga y le vacía. Los solitarios de esta laya que nos ha sido dado conocer son como galápagos, que se recogen en su concha a ciertos toques. O son, tal vez, como cangrejos. Tienen el armazón espiritual, esqueleto del alma —lo que sobrevive, pues todos dejamos por lo menos, ya muertos, un esqueleto como lo más duradero—; le

tienen por de fuera y la carne sufriente por dentro. Y es cosa corriente que cuando uno de esos solitarios o nace o viene a vivir a una de estas grandes ciudades, a una capital política sobre todo, se le derrite la carne espiritual y no le queda sino el caparazón, y es un esqueleto que se pasea. El barullo callejero —sobre todo el de las llamadas manifestaciones, que no manifiestan nada— le mata la interioridad, la intimidad. Le llena de tristeza la bullanguera algazara de las turbas domingueras. Don Quijote no podía haberse formado —haberse creado— en una de estas grandes ciudades. "El Caballero de la Triste Figura" tenía que ser un hidalgo aldeano. ¿Cómo soñar en Amadís en la Puerta del Sol?

Y bien, ¿que dónde hemos descubierto todo esto? ¿O donde lo hemos adivinado? Recorriendo, y hasta no más que atravesando, lugares, en breves entrevistas con hombres a quienes no les han vaciado el alma íntima los temporales de la dicha vida pública. Esos solitarios son la continuidad de la nación. Ellos, universalmente nacionales; ellos, que viven y sueñan la cotidiana historia universal aldeana; ellos, no ya la flor, sino la raigambre de la casta, son lo contrario, aún más, lo contradictorio de esos otros a quienes se llama castizos. Hombres estos, loa apodados castizos de partido, de temporales y de temporalidad, y los otros, los solitarios, de entereza y de eternidad. Y luego los castizos, muñidores o apioladores de clientelas políticas, fingen desdeñar a loe solitarios o les diputan por neutros, con los que no se puede contar para obra eficaz y definitiva. ¡Que Dios les mejore a esos castizos el husmeo para que lo puedan ganar!

Puerilidades nacionalistas

Ahora (Madrid), 11 de octubre de 1933

Un paisano mío, vasco como yo —aunque no sé si, como yo, ciento por ciento— me pide que le dé mi opinión acerca de la Acción Nacionalista Vasca para el órgano que ésta tiene en San Sebastián —que mi paisano la llama, como otros, Donostia—. Me dice que esa fracción del nacionalismo vasco es liberal y tolerante, que para ella no existe el maqueto —maketo escribe, como si está palabra fuese de origen vasco—, que no "sueña en necias superioridades raciales, sino que subordina su acción al hecho evidente de una nacionalidad lingüística y costumbrista (¡así!), además de histórica". Parece repugnar "el nacionalismo absolutista de la otra rama". Y como es éste un asunto de que pensaba yo tratar de nuevo hace tiempo, aprovecho la ocasión de la consulta y lo hago desde aquí para que llegue a más gente, y no sólo a la de mi país nativo.

Entre las buenas cualidades que revisten al espíritu colectivo de mi pueblo vasco es una de ellas, sin duda, la de cierta, no ya juventud, sino infancia. El vasco genuino tiene mucho de infantil. Pero con todo lo bueno y a la vez todo lo malo de esta cualidad. Que si es excelente para un pueblo primitivo, sin verdadera historia, ofrece no pocos riesgos cuando ese pueblo tiene que entrar en la vida de la civilización, en la vida política de un pueblo adulto.

Cuando he hablado más de una vez de la puerilidad que distingue al actual movimiento nacionalista vasco —de una o de otra rama—, alguien ha creído entender en ello un cierto dejo de desdén. Y no hay nada de esto. "Maxima debetur pueris reverentia": "A los niños se les debe la mayor reverencia", o si se quiere, respeto —dice una sentencia latina—. Y yo a los niños —y sobre todo si son de mi propio pueblo, hermanos, los más prójimos míos— les rindo no ya respeto o reverencia, sino hondo cariño. Y hasta me hacen gracia sus travesuras. ¿Es que me voy a incomodar de que unos niños traviesos, para hombrear ante los veraneantes maquetos, vayan pregonando: "¡Semanario separatista!", con alborozo? Como me parece una inocentada que un gobernador haga multar un escrito en vascuence perfectamente inofensivo, por la sencilla razón de que no lo entienden ni los que lo leen —cuyo vascuence hablado no es un esperanto de laboratorio— ni acaso los que lo han escrito. Rindo, sí, respeto y hondo cariño a los niños de mi solar nativo; ¡ah!, cuando tratan de regir la vida adulta, entonces la cosa varía. Los menores de edad mental pueden hacer grandes cosas, pero no gobernar a un pueblo. Para la cual función, los menos aptos son los niños precoces. La minoridad de edad mental es desastrosa en esa función. Y no digamos nada del retraso mental. Sin contar con que los menores de edad mental suelen padecer ciertas pasiones. En todo nacionalismo comarcal su característica puerilidad suele llevar consigo, cuando degenera, el desarrollo de ciertas menudas y mezquinas pasioncillas que la educación trata de corregir en los niños.

Lo característico del actual movimiento nacionalista es que sea, sobre todo, litúrgico, folklórico, deportivo y heterográfico. A las veces, orfeónico o futbolístico. Aspectos muy amenos e interesantes, pero de escaso valor en la honda vida de madurez civil. Bien está el costumbrismo, pero no para hacer costumbres de pueblo civil maduro. Quédese para en Carnaval o en festivales jocoso-florales vestirse con trajes de guardarropía regional.

He escrito "heterográfico" y voy a explicarlo. Lo que heterodoxia a ortodoxia es heterografía a ortografía. Cuando no hace cuatro siglos empezó a escribirse —sobre todo por protestantes— en vascuence se adoptó la ortografía latina —mejor, castellana—, mejor o peor adaptada. Recientemente se ideó una ortografía fonética vasca sin tradición. Hemos visto escribir Baskonia con b, como si al v fuera representativa en castellano de un sonido que no hay en vascuence. Pues ni lo ha habido en castellano, donde no existió la V catalana y francesa. Y si hoy vuelven mis paisanos a escribir vasco con v se debe —y yo se lo enseñé a Sabino Arana— a que se han enterado de que proviene de wascon (vascón), como se escribió en tiempos y de que deriva gascón. Y en cuanto a la k, ¿a qué esa puerilidad de firmarse Goikoetxea o Lekuona? ¿Para darse una diferenciación heterográfica? "¡Yo no soy Jiménez, sino Ximénez!" O la x de México de los mejicanos de hoy para escribirlo como lo escriben y pronuncian los yanquis, y no como lo pronunciamos mejicanos y españoles. Y otra puerilidad, la de evitar los nombres oficiales de lugares, ya que en castellano no decimos ni escribimos Firenze, Torino, Marseille, Bordeaux, London, ni Koeln.

Sí, es una fuente de frescor de vida la puerilidad de un pueblo, su feliz niñez, pero es cuando se queda en fuente, en manadero, al entrar el pueblo en el rudo y raudo caudal de la corriente que le lleva a desembocar en otro pueblo y en el mar, en fin. Un pueblo primitivo y pueril era el guaraní, sobre el que

se ejerció el dominio de las Misiones jesuíticas, preparándole a la tiranía de Rodríguez Francia. Y ya que nos salen los jesuitas, hay que decir cuán equivocado es creer que mi pueblo vasco se distinguió siempre por su rígida ortodoxia católica. Del pueblo de Íñigo de Loyola salió también el abate de Saint-Cyran, el jansenista, y de él salieron los hugonotes vasco-franceses, que fueron de los primeros en escribir en vascuece, al que tradujo el Nuevo Testamento el calvinista Lizárraga. Y remontándonos aún más, ¿qué fue aquella secta de los llamados herejes de Durango, iniciada por el franciscano fray Alonso de Mella? ¡Extraña herejía de ascetismo erótico! Y, por cierto, entre los que de ella procesó y entregó al brazo secular —a la quema— la Inquisición, antes de mediar el siglo XV, se contaba un Juan de Unamuno, cuchillero, "apóstata relaxado". ¡Pobre Unamuno durangués y apóstata relajado del siglo XV!

Por mi parte, aunque hereje y al final del primer tercio del siglo XX, no he apostatado del espíritu del pueblo al que debo, sin duda, lo mejor que tengo; no he apostatado de mi vasconidad, del alma de mi Euscalerría, que es como la llamábamos antes de que un menor de edad mental inventara ese pueril término de Euzkadi, que viene a ser algo así como si, a la manera de que a un bosque de pinos, de robles, de álamos, de perales…, le llamábamos en castellano pineda, robleda, alameda, pereda…, le llamásemos a la comunidad de los españoles españoleda, a pretexto de que España es término geográfico. No, no he apostatado de ese espíritu ni de su niñez. Menos aún: conservo con religioso culto la niñez vasca de mi espíritu, la niñez de mi espíritu vasco. Pero cuando tengo por hondo deber histórico, civil y religioso que actuar sobre el pueblo español (de que mi pueblo vasco forma parte) y sobre mi pueblo vasco, sé mantenerme en la mayoridad civil mental de espíritu, en madurez de civilidad.

Y por ahora, adiós —a Dios—, que volveremos a ello. Y no digo "agur", aunque sea palabra latina, porque es del saludo romano "bonu auguriu": "buena suerte", y por tanto, pagana. Como son latinas casi todas las palabras eusquéricas que denotan actos o cualidades religiosas, espirituales y aun las de términos genéricos. Que fue el latín el que le dio mayoridad conceptual al vascuence; fue la civilización latina la que le sacó de la infancia sin historia a mi pueblo, llevándole a la madurez espiritual de la historia española.

De nuevo la Raza

Heraldo de Aragón (Zaragoza), 12 de octubre de 1933

El año próximo pasado, por este mismo tiempo y en ocasión del día de la llamada Fiesta de la Raza, coincidente con el de la Virgen del Pilar de Zaragoza, publiqué un artículo titulado "La raza es la lengua", en que procuraba denunciar el aspecto materialista que suele darse al concepto antropológico de raza. El que le dan los llamados racistas. Y hoy me siento obligado a insistir en ello, en vista de la exasperada barbarie —mejor salvajería— que el tal racismo alcanza, especialmente en Alemania. ¿Pues

qué si no salvajería es todo eso de los arios y de la svástica o cruz gamada, que es todo lo contrario de la cruz universal cristiana? ¿Qué si no salvajería es la persecución a los judíos? Y como este racismo y ese salvaje antisemitismo empiezan a echar raíces en nuestro suelo español, aunque sea sólo por obra de "snobs" y pedantes, conviene remachar en lo de raza.

La fiesta de la raza hispánica, de las naciones de lengua española, no puede basarse en el concepto fisiológico, somático o material de raza. Las naciones de lengua española —la lengua es la sangre del espíritu— abarcan razas materiales muy distintas, indios americanos, negros, judíos de secular lengua española —o "lengua español", que dicen ellos— a los descendientes de hebreos expulsados de España. Sin contar los que de ellos se quedaron aquí y se fundieron en la común nación española. Y conviene añadir que si el mestizaje y el mulataje trajo a pensar y sentir en español a muchos indígenas americanos, y si son muchos los indios puros americanos que piensan y sienten en lengua española, son acaso más los que todavía piensan y sienten, aman y odian, gozan y sufren, ven y sueñan en sus viejas lenguas precolombinas.

¡Y hay que ver las luchas de razas materiales que se entablan en no pocas naciones hispanoamericanas! Para que se le vaya a dar a esa categoría de raza el bárbaro sentido que le dan los racistas, los presuntos arios esos de la cruz gamada y anticristiana. Muchos españoles de lengua —quiero decir hombres cuya lengua de cuna, maternal, era el español, o si se quiere el castellano— que se han distinguido en el cultivo de esta nuestra lengua y suya, han llevado en sus venas mayor proporción acaso de sangre material no española que de ésta, y hasta se ha dado el caso de indio puro o de negro puro que no ha pensado ni sentido sino en español. Y en cuanto a judíos, ¡habría tanto que decir!

Todos esos bárbaros racistas teutónicos y sus pedantes discípulos de aquí —hay quien cree en las fantasmagorías de aquel iluso Drumont— suelen decir y repetir que cuando se pronuncian contra los judíos no es por motivos religiosos, sino de raza. Y mucho más cuanto que no pocos de los supuestos judíos de raza —¡porque cualquiera sabe lo que es antropológicamente la raza judía!— no son judíos de religión, sino cristianos de una u otra rama, y por otra parte los sedicentes arios que los persiguen tampoco son de religión cristiana, sino más bien anticristiana. A tal punto que reniegan de Jesús y de sus apóstoles por haber sido éstos de nacionalidad judaica.

Y sería lamentable que en el incipiente racismo de España entrase la consideración que podríamos llamar, aunque abusando de la propiedad del término, religiosa. Sería, por ejemplo, lamentable que a la dichosa Fiesta de la Raza del día 12 de octubre, conmemorativo del descubrimiento de América, se le quisiera dar un sentido más aún que religioso, escolástico. A lo que se presta el que ese día coincida con el de la conmemoración por la Iglesia Católica de España de la Fiesta de Nuestra Señora del Pilar de Zaragoza.

El principal santuario español durante la Edad Media fue el de Santiago de Compostela, donde por muchos se cree que quien está enterrado es el hereje Prisciliano —desde luego no el apóstol Santiago en su mayor parte mítico—; durante los Austrias, fue el de Nuestra Señora de Guadalupe, y durante los primeros Borbones, el del Pilar de Zaragoza, cuya imagen es de origen francés. Y el descubrimiento de

América se hizo el día del Pilar; no sabemos que entre los descubridores figurasen mucho los aragoneses. En cambio, como los principales conquistadores fueron o castellanos o extremeños, y fue extremeño Hernán Cortés, que llevó a Méjico el culto de la imagen de Nuestra Señora de Guadalupe, esta imagen fue la que arraigó en tierras mejicanas y se hizo un ídolo de los indígenas mejicanos. Nuestra Señora de Guadalupe se indianizó, se mejicanizó y entró a formar parte del panteón mitológico de aquellos pueblos. Lo que no quiere decir, ¡clarо está!, que los más de sus pobres indios mejicanos que rinden culto idolátrico a la Virgen de Guadalupe tengan conciencia católica, ni menos cristiana. "Ídolos detrás de los altares" es como ha titulado Anita Brenner a un libro sobre la… llamémosla religiosidad de los mejicanos. Sin que sea sólo en Méjico y entre los indios donde detrás de los altares o sobre ellos se erigen ídolos. Y a las veces, ídolos de raza material, cuando no de ídolos políticos.

La Fiesta de la Raza espiritual española no debe, no puede tener un sentido racista material —de materialismo de raza—, ni tampoco un sentido eclesiástico —de una o de otra Iglesia—, y mucho menos un sentido político. Hay que alejar de esa fiesta todo imperialismo que no sea el de la raza espiritual encarnada en el lenguaje. Lenguaje de blancos, y de indios, y de negros, y de mestizos, y de mulatos; lenguaje de cristianos católicos y no católicos, y de no cristianos, y de ateos; lenguaje de hombres que viven bajo los más diversos regímenes políticos.

Almas sencillas

Ahora (Madrid), 21 de octubre de 1933

O cerveaux enfantins!

Boudelaire. Le voyage

Con motívo de la publicación de mi reciente obra *San Manuel Bueno, mártir, y tres historias más*, y a propósito de la primera de estas tres historias, la de San Manuel Bueno, he podido darme cuenta otra vez más de la casi insuperable dificultad para las gentes de separar el juicio estético del juicio ético, la idealidad de la moralidad, y por otra parte, separar la ficción artística de la realidad natural Y es que en rigor son cosas inseparables, si es que la ética es otra cosa que estética —o viceversa—y la realidad natural es otra cosa que ficción, el objeto otra cosa que ensueño del sujeto.

Por lo que hace a esto segundo, he de decir que cuando se publicó mi otra historia, la de "Nada menos que todo un hombre"—en mis *Tres novelas ejemplares y un prólogo*— recibí, entre otras, una carta de una clase holandesa de español —la mayor parte alumnas mujeres—preguntándome si Julia, la mujer de Alejandro Gómez, se entregó o no al Conde de Bordaviella. Cosa análoga me preguntó un grupo de obreros españoles. Y yo, encantado de haber podido dar tal aire de realidad natural a una íntima ficción

espiritual, tal intimidad a un ensueño y con ello provocar una curiosidad psicológica, contesté que no había podido descubrir más de lo que narré. Yo, que he sostenido —y sigo sosteniendo— que no es el autor de una novela —así sea Cervantes— quien mejor conoce las intimidades de ella y que son nuestras criaturas las que se nos imponen y nos crean. Y en otra ocasión, al interpelarme un ingenuo, con ánimo pueril, por que le había hecho decir a uno de mis personajes algo de lo que dijo, hube de replicarle: "eso pregúnteselo usted a él". Porque es triste achaque de ineducación estética al de suponer que es el autor mismo quien habla por boca de sus criaturas y no la inversa, que sus criaturas —mejor: sus creadores— hablan por boca de él. Error de que tenemos la culpa algunos autores por nuestros prólogos desconcertadores. Que nada desconcierta más al lector medio, sobre todo si es de alma sencilla —o sea, menor de edad mental, ¡y feliz él con esto!— que el hundirle en la intuición de la identidad entre la realidad y la ficción, entre la vela y el sueño. Intuición que a muchos les lleva a una especie de desesperación más o menos resignada. Y ya estamos en el problema ético.

Uno de los críticos de mi *San Manuel Bueno, mártir*, en una crítica muy ponderada y simpática, decía que yo admiro a mi criatura "porque él, don Miguel —añade—, no ha tenido la abnegación de su San Manuel Bueno, evitando, con el recato de su íntima tragedia, el estrago que pueda producir en las almas sencillas su exposición despiadada". Lo que me recuerda que hallándome pasando una Semana Santa en un célebre monasterio castellano y estando reunido con unos monjes entró el prior—un francés granítico—y con tono agrio me vino a reconvenir por mi obra *Del sentimiento trágico de la vida* diciéndome que lo que allí dije es cosa que debe callarse aunque se piense, y si es posible callárselo uno a sí mismo. A lo que le repliqué que ello quería decir que él, el monje prior, se lo había dicho muchas veces a sí mismo. Y así calé secreto de su silencio y acaso su íntimo sentimiento trágico, su íntima tragedia.

¿El estrago que pueda producir en las almas sencillas la exposición despiadada de nuestra intima tragedia? Ah, no; hay que despertar al durmiente que sueña el sueño que es la vida. Y no hay temor, si es alma sencilla, crédula, en la feliz minoría de edad mental, de que pierda el consuelo del engaño vital. Al final de mi susodicha historia digo que si Don Manuel Bueno y su discípulo Lázaro hubiesen confesado al pueblo su estado de creencia —o mejor de no creencia—, el pueblo no les habría entendido ni creído, que no hay para un pueblo como el de Valverde de Lucarna más confesión que la conducta, "ni sabe el pueblo qué cosa es fe ni acaso le importa mucho". Y he de agregar algo más, que ya antes de ahora he dicho, y es que cuando por obra de caridad se le engaña a un pueblo, no importa que se le declare que se le está engañando, pues creerá en el engaño y no en la declaración. "Mundus vult decipi"; el mundo quiere ser engañado. Sin el engaño no viviría. ¿La vida misma, no es acaso un engaño?

¿Pesimismo? Bien; ¿y qué? Sí, ya sabemos que el pesimismo es lo nefando. Como en más baja esfera eso que los retrasados mentales llaman derrotismo. ¡Se paga tan cara una conciencia clara! ¡Es tan doloroso mirar a la verdad!. Terrible, sí, la angustia metafísica o religiosa, la congoja sobrenatural, pero preferible al limbo. Y hay algo más hondo aún y es lo que Baudelaire llamó "un oasis de horror en un desierto de hastío".

Baudelaire en Francia, Leopardi en Italia, Quental en Portugal…, otros en otras tierras que han estado despertando a los durmientes y madurando a los espíritus infantiles. ¡Si fuera posible una comunidad de sólo niños, de almas sencillas, infantiles! ¿Felicidad? No, sino inconciencia. Pero aquí, en España, la inconciencia infantil del pueblo acaba por producirte mayor estrago que le produciría la íntima inquietud trágica. Quítesele su religión, su ensueño de limbo, esa religión que Lenin declaró que era el opio del pueblo, y se entregará a otro opio, al opio revolucionario de Lenin. Quítesele su fe —o lo que sea— en otra vida ultraterrena, en un paraíso celestial, y creerá en esta vida sueño, en un paraíso terrenal revolucionario, en el comunismo o en cualquier otra ilusión vital. Porque el pobre tiene que vivir. ¿Para qué? No le obligues a que se pregunte en serio para qué, porque entonces dejaría de vivir vida que merezca ser vivida. ¿Pesares de lujo? ¿Suntuarios?

Sí, será tal vez mejor que crea en esa grandísima vaciedad racionalista del Progreso. O en esa otra más grande aún vaciedad de la Vida, con letra mayúscula. O en otras tantas en que se abrevan y apacientan esos seres aparenciales que mariposean o escarabajean en la cosa pública, revolucionarios o reaccionarios. Algunos de pobre estofa, pero ricamente estofados. ¡Ay, santa soledad del querubín desengañado!

Muchas veces me he preguntado por qué nuestra palabra “desesperado” —en la forma “desperado”— pasó al inglés y a otros idiomas, y en parte también la palabra “desdichado”. Por desesperación se han llevado a cabo las más heroicas creaciones históricas; la desesperación ha creado las más increíbles creencias, los consuelos imposibles. Y en cuanto a recatar la íntima tragedia por el estrago que pueda producir en las almas sencillas… “la verdad os hará libres”, dice la Sagrada Escritura.

Acerca del voto de las mujeres

Ahora (Madrid), 24 de octubre de 1933

No le cabe a uno zafarse por muy al borde que se quiera poner; la tiránica actualidad exterior es la de las próximas elecciones a Cortes. Y digo exterior, porque hay otras realidades actuales mucho más hondas, mucho más íntimas. Hay profundas corrientes espirituales populares, religiosas y económicas que fluyen por debajo —y por encima a la vez— de la política electorera y de partidos, fuera de esas oquedades de derechas y de izquierdas. Mas de esto otra vez. Ahora a distraernos un poco —hay, a las veces, que aflojar la ballesta— con las cábalas y los cálculos a que se dan los calendarieros y herbolarios de la llamada política. Y uno de los tópicos que entran en sus calendarios y adivinanzas es el del influjo del voto de la mujer, de la entrada de ésta en la política electorera y de partidos.

La mujer y la política. Aristóteles dejó dicho que el hombre es un animal político, es decir: civil. Y lo dijo del hombre —anthropos, homo— que incluye a ambos sexos —los “contrapuestos sexos que

mancomunadamente detentamos el planeta" que dijo don Antonio Cánovas del Castillo— y no lo dijo exclusivamente del varón. Pero podríamos precisar más la sentencia aristotélica diciendo que el varón es un animal político y la mujer un animal doméstico. Comentémoslo.

Política viene de "polis", ciudad, y lo político es lo ciudadano, lo civil y… lo callejero. El hombre —en el sentido de varón— suele ser, cuando se mete en la llamada vida pública, hombre de la calle, hombre de calle. Mientras que la mujer, la genuina mujer, es mujer de su casa, mujer de casa. El hombre es callejero; la mujer es casera. Y como quiera que economía deriva de un vocablo —y concepto— que significa casa y equivale a ley de la casa, es la mujer y no el hombre el animal humano económico. Claro es que no de economía política o de casa pública. No, la mujer genuina, original, no es económica de casa pública. Esta otra economía se queda para los hombres públicos.

La buena mujer es la mujer de casa, casera, no la de calle, callejera. Lo que no quiere decir, claro está, es que no deba intervenir en la vida pública, en la de la ciudad, en la política. Y aun votando y ejerciendo cargos públicos. Que lo hará, si es verdadera mujer, con sentido doméstico, casero, económico. La otra política, la diferencialmente masculina, no le puede interesar a la mujer más que como un espectáculo, un deporte, a modo del cine, o el fútbol o el tenis o el boxeo. Eso les interesa a las señoras y señoritas que acuden a la tribuna pública del Parlamento a matar el aburrimiento, y porque, de seguro, no tienen mucho que hacer en sus casas.

La mujer es un animal político doméstico pero no domesticado ni fácilmente domesticable. Algo así como el gato, en contraposición al perro, que el gato es animal doméstico, casero, pero no domesticado como es el perro. Es famosa la noble independencia felina, gatuna, frente a la servilidad canina, perruna, cínica. Es el perro el que pretendiendo remediar el habla humana aprendió en la domesticidad a ladrar. Y ladra por no aullar. ¿Pero el gato? Al gato —o a la gata, que es igual— no se le han podido enseñar monerías, gracias de mono remedador del hombre. Al gato doméstico, de la casa, del hogar, pero no del amo —que es el político— no se le ha podido adiestrar, como al perro, a andar en dos patas y otras tristes habilidades que no son más que debilidades.

Tampoco a la mujer, a la verdadera mujer, doméstica, casera, económica, hogareña, privada, felina, se le diseñarán habilidades políticas, callejeras, públicas, caninas. Y menos de partidos. Con los gatos no se hace traíllas ni jaurías, ni de izquierda, ni de derecha.

¿Qué es eso de que las mujeres son, en general, de derecha, reaccionarias, cavernícolas? Serán domésticas, caseras, económicas o si se quiere conservadoras. Lo que es diferente. La mujer, guardiana del hogar, guarda más que el hombre el sentido —y el talante— de la continuidad, de la conservación, de la tradición, de la economía. Y no en la pervertida significación que en el abuso del lenguaje político de la calle han tomado la conservación y la tradición. No en el sentido que les dan los partidos. Nuestras mujeres de casa no son —¡alabado sea Dios!— mujeres del partido. Ni del de un extremo ni del de otro.

¿Y esos calzonazos que andan por ahí diciendo que las mujeres votarán lo que sus confesores les

manden? Esos infelices no conocen a sus propias mujeres —si las tienen— porque no han sido capaces de confesarlas. Toda mujer doméstica, casera, hogareña, conservadora, económica, tradicional española tiene mucho de aquella Teresa de Jesús que obedecía a su confesor cuando éste le mandaba lo que ella le insinuaba que le mandase y cambiaba de confesor al caso. Dirigía a su director de conciencia. Y esta característica de las mujeres la conocen sus confesores y sus médicos también. Que no domestican, ni unos ni otros, al animal humano doméstico. Las mujeres votarán lo que sus sentidos y sus sentimientos domésticos, caseros, conservadores, económicos y tradicionales les dicten y no lo que les muñan sus hombres, confesores, maridos, novios, amantes, padres o hermanos.

¿En qué sentido puede influir el voto de la mujer hoy en España ? Si nuestro examen psicológico de la mujer no marra por completo influirá en refrenar el sentido canino, perruno, de la política masculina, de la política callejera, la de traíllas y jaurías —llámeseles partidos— públicas, de esa política que no acierta a ver la tradición espiritual y económica de la casa española.

La I. O. N. S.

Ahora (Madrid), 1 de noviembre de 1933

La verdad es que digan lo que quieran las crónicas electoreras somos bastantes los que, hasta ahora, no percibimos —o presentimos— el temblor previo al alzamiento del vuelo de la conciencia común popular. ¿Expectativa de público? Tal vez. Pero público no es pueblo. El público espera emociones de espectáculo. A ver qué pasa. Y si hay hule. ¿Pero emoción de pueblo a espera del destino? Esto no lo vemos todavía. A pesar de los técnicos de la electorería. No hay que fraguar leyendas.

Lo que ha de ver bien claro quien sepa, pueda y quiera ver es la vanidad de los partidos todos, en cuanto partidos. Esos de los comités. Lo que cuenta algo son los sindicatos, corporaciones, comunidades de clase o de profesión. Los llamados agrarios, por ejemplo, no forman partido y se distribuyen entre varios de ellos. Así como los que sienten una especie de conciencia de clase media y otros de clase patronal. En estas tierras en que vivo y trabajo en la enseñanza se da el caso de que en el campo se unen en contra de la clientela de las casas llamadas del pueblo los propietarios, grandes y chicos —son muchísimos más los chicos y los achicados—, los colonos y arrendatarios, y con ellos los obreros calificados, es decir, los que por su competencia contaban con trabajo y jornal seguros. Jornaleros tan proletarios como los otros, como los que formaban en las asociaciones de ineptos, de los sin oficio ni menester, de los que establecían el turno forzoso. Porque eso de los términos municipales y otras medidas análogas, con achaque de acabar con los esquiroles o amarillos, lo que ha hecho ha sido evitar la selección de los eficientes. Y a esta agrupación de luchadores contra la clientela de esas casas se le llama, y ellos mismos, los que la constituyen, la llaman anti-marxista, aunque el marxismo no entre aquí para nada. Que nunca ha sido marxismo esto de organizar al ejército de reserva de los inválidos,

los holgazanes y los ineptos para establecer una nueva ley férrea del salario, de un salario antieconómico cuando no corresponde al rendimiento, cuando hace que el coste de producción sobrepuje al valor de la demanda. Las veces que se ha dicho y repetido que si a esos peones del turno de las bolsas de trabajo se les da las tierras a que las cultiven por sí mismos no sacan el jornal que los obreros calificados.

Más dejemos esto, que no es ahora más que una digresión, para recalcar en que la lucha electoral no se presenta, donde aparece con algún empeño, entre partidos. Contando entre ellos al socialista, claro está. Porque en la lucha entre las llamadas clases sociales —contando entre las clases, o si se quiere subclases, la de los obreros calificados, de oficio, y los simples braceros— el socialismo, como doctrina política, no cuenta apenas en España. Lo mismo da que se llamen socialistas, comunistas, sindicalistas o anarquistas. O fajistas —fascistas— como empiezan a llamarse algunos de ellos. Son nombres que no responden a realidad íntima de conciencia. Pasan de un título a otro, de la U. G. T. a la C. N. T. o a la F. A. I., o a otra cualquiera, según intereses de clientela, de asociación de seguros mutuos. De seguro contra el paro, por enfermedad o accidente algunas veces, por incapacidad otras veces.

Y ya que hablamos de fajismo —o fascismo— conviene fijarse en una fatídica característica que este movimiento, tan mal traducido entre nosotros, va tomando en España. Lo que de él se destaca es el aspecto de la violencia, de aquella violencia que predicó Sorel. Pero aquí empieza a predicarse una violencia no juvenil, sino pueril; una violencia de rabieta vocinglera de chiquillos sin acabado uso de razón ni de conciencia.

Cuando llegaron a nuestras manos algunos escritos de la J. O. N. S., de una infantilidad aterradora, de una vaciedad que podríamos llamar maciza si no implicara esto contradicción; de una palabrería huera, nos dio pena ello. Y nos dio pena porque adivinamos los pródromos de eso que quiere pasar por juvenilidad —por “giovinezza”, digámoslo en italiano— y no es sino infantilidad —“fanciullezza”. Creímos que J. O. N. S. quería decir Juventud Ofensiva Nacional Sindicalista, y lo cambiamos en I. O. N. S., o sea Infancia, etc. Después supimos que la J. quería decir Junta. O Jonta, como las de los moros. Y temimos que esa ofensiva de retrasados mentales, de hombres —algunos de ellos adultos— en la menor edad mental. Temimos por las travesuras de esos “balillas”, estanislaos o “boy-scouts”—léase “bueyes cautos”. Deportismo de chiquillos que juegan a la violencia. Con camisas negras o azules, o rojas, o gualdas, o moradas —más bien lilas—, o pardas. Mejor los descamisados. Temimos por las chiquilladas —a las veces trágicas sin quererlo— de los mozalbetes que al entrar en el retozo preguntan: “¿Qué es lo que hay que gritar?” Porque con tal de gritar, lo mismo les da un grito que otro. La cosa es la violencia verbal pura, sin más contenido que la violencia misma.

Y ahora me creo en el deber de advertir a unos de esos mozos violentos de mentirijillas que al llamarles retrasados mentales no he querido llamarles retrógrados en el sentido que tiene este calificativo en nuestra fraseología política, porque el retraso mental, la puerilidad intelectual, está no ya tan acusada, si no acaso más, entre los supuestos progresistas, o revolucionarios o de extrema izquierda. Lo mismo un extremo que el otro de violencia suponen un retraso mental, una puerilidad de concepción. De modo que al llamarles retrasados no les quise llamar retrógrados en susodicho sentido, ni reaccionarios ni

cavernícolas, sino lisa y llanamente… inocentes. O si se quiere, mentecatos. Porque lo de inocentes no les cuadra bien. Puesto que inocente —"innocens, qui non nocet", el que no daña, el innocuo— es el inofensivo, y los de la junta o la juventud —lo mismo da— ofensiva no son, desgraciadamente, inofensivos. Que no es inocente o inofensivo el parvulillo mental a quien se le deja jugar con armas ofensivas.

¡Esas fatídicas juventudes de partidos desde un extremo al otro! Esas más bien chiquillerías mentales, en que el desarrollo intelectual va en retraso del desarrollo corporal, eso es lo que nos inquieta. Nos inquieta el irreparable daño que puedan hacer los que no saben lo que se hacen. Nos inquieta el estrago que puedan producir los aquejados de la comezón de sobrepujar a los mayores, los enfermos de esa enfermedad infantil de la superación, los obsesionados por hombrear. ¡A cuántos padres les hemos oído lamentarse de esto mismo! Y hasta acongojarse por ello.

Y ahora, dejando de lado el sentido que a eso de la J. O. N. S., con jota, quisieran haberle dado los deportivos, cinemáticos y literatescos "dilettanti" —así, en italiano— no diletantes ni menos dilettantis —que han mal traducido el "fascio" —o fajo— nos hemos tropezado con una I. O. N. S. con i, es decir, con una infancia —mental se entiende— ofensiva. Por lo cual tienen mis lectores, los míos, el perdonarme el que tan a menudo vuelva en este tiempo a este tema —y esta tema— que me está atosigando y hasta torturando, cual es el de los fatídicos síntomas de retraso mental, de puerilización progresiva —o mejor: regresiva— que vengo observando en la conciencia pública política española. Que si por algo se distinguió el español genuino fue por la madurez de entendimiento. Más o menos agudo, más o menos hondo, más o menos brillante, pero maduro. Tan maduros en su juicio Don Quijote, el loco, y Sancho, el simple. Locura sublime y simpleza también sublime, que jamás cayeron en mentecatez.

Y en resolución, que retrasado mental no quiere decir retrógrado, sino mentecato, pero no inocente, no inofensivo.

Cartas al amigo I.

Ahora (Madrid), 7 de noviembre de 1933

Oiga, mi buen amigo; acción —y a la vez pasión— acaso de las más heroicas de que tengo oído es la de aquel médico, maestro de patología, no curandero, que a la hora de irse a morir reunió en torno suyo a sus discípulos queridos para irles explicando su agonía, de qué se moría y cómo se moría. Seguía el ejemplo de la divina inmortal muerte del Sócrates que soñó Platón. Y no les aleccionó nuestro heroico médico para que aprendiesen a curar, no, sino para enseñarles a saber morir y a saber cómo se muere. Y, por tanto, a vivir, a saber cómo se vive, y no cómo no se debe vivir.

Se dice y repite que la Historia es maestra de la vida, mas ello no quiere decir que nos enseñe a vivir vida pública civil, sino a saber cómo la han vivido los hombres. Y a contemplar la verdad, sea como fuere. No tiene moraleja, pues nadie escarmienta en cabeza ajena, ni conviene. La Historia es la vida misma pública espiritual. Goza —así, goza— de la catástrofe quien la conoce y la estudia.

En todo esto vengo pensando, mi buen amigo, en estos días preñados de historia nacional, en que se me viene pidiendo —sobre todo por parte de diarios extranjeros— que diga cuál creo que haya de ser el porvenir de España, que haga pronósticos. Y hasta que indique recetas. ¡Harto será que pueda hacer diagnóstico! Y nada de recetas. ¿Qué pasará? Antes, qué es lo que está pasando y cómo. Es más hondo y más serio el menester de informador, de reportero si se quiere, que el de profeta. Ver la realidad concreta de cada día, todo lo que hay y nada más que lo que hay…, ¡pues ahí es nada! Parézcanos bien o mal. Bastante es saber cómo se vive, cómo se goza, cómo se sufre, cómo se sueña, cómo se hastía, cómo se muere. Y sin recetas ni moralejas.

Vea un caso el económico. El empeño de una supuesta más justa distribución de la riqueza está estorbando y amenguando su producción. Sube el salario y baja el rendimiento. Es el alza de los salarios lo que hace los parados. La tierra, sobre todo, no puede con la carga. Al empobrecerse los amos se empobrecen aún más los más pobres, los desvalidos, los verdaderos proletarios, no los de la matrícula de tales. Y todo ello le hace ver al clínico que el tenor de vida —*standard of life*, que dicen los ingleses— está bajando. Y aun derogando a mi propósito de no hacer pronósticos, creo poder afirmar que tendrá que bajar aún más, que todos tenemos que hacernos a la cuenta de haber de rebajar considerablemente nuestras satisfacciones de toda clase, de resignarnos a una vida más implacable.

Ya sé lo que me dirá usted, mi buen amigo, pues ya otra vez me lo dijo, y es que esto vale a predicar no la Buena Nueva, no el Evangelio, sino la Mala Nueva, el Disangelio. Mas esto no es predicar, es prever. Y sin preocupación de proveer. "¡Luchemos hasta contra lo inevitable!", me dijo usted entonces, y me recordó aquel sublime pasaje del *Oberffann* que dice: "perezcamos resistiendo, y si es la nada lo que nos está reservado, no hagamos que sea una justicia", pasaje que tomó usted de mí. Y aquel otro del final del último canto de Leopardi a la retama, la flor del desierto, donde el altísimo poeta le dice que plegará, sin resistir, bajo el peso mortal su cabeza inocente. Traduje yo, en verso, hace años ese canto y puse "mortal peso" donde el original italiano dice *fascio mortal*, fajo o carga mortal. Y ya estamos en el fajo y el fajismo.

Donde cunden tanto los curanderos, saludadores, animadores, consoladores, arbitristas de toda laya, ¿no ha de haber quien se esfuerce en hacer ver lo que hay, lo que es y cómo es? Ni buena ni mala nueva ni evangelio ni disangelio, sino conocimiento, que es libertad. Porque libertad es la conciencia de la ley por que uno se rige. Planeta que conociese la fórmula de la curva de su órbita sería libre.

Y ahora vengamos a lo de ahora, a lo del día, a las próximas elecciones. O es un acto de examen de conciencia pública civil —¡y religiosa, claro!— o no es nada duradero. Que se den cuenta los electores de lo que piensan, si es que piensan algo. Un acto como el que se prepara no ha de servir sino para que el pueblo se pregunte: "¿y para qué España?" Aquí está la clave, en el para qué. Toda la trágica labor

del espíritu humano ha sido y es darle a la Historia un para qué, una finalidad. Se nos pide sacrificios, y los más se preguntan: "¿para qué?" Para hacer España, para que España cumpla su misión en el mundo. Pero, ¿y qué es España? ¿Cuál es su misión? ¿Quién nos la revela? El caso es crearla. ¿Y cómo?

Hay una doctrina determinista, que es la de la interpretación llamada materialista de la Historia, la de Marx. Y esa doctrina acabó creando una ilusión, un engaño, una finalidad, la del opio revolucionario del bolcheviquismo de Lenin, una religión. Y los pobres fieles se figuraron saber para qué habían nacido. Y se resignaron a toda clase de sacrificios, y hasta a vivir peor que sus antepasados los siervos de la gleba. Y contra esa doctrina, aunque íntimamente ligada a ella, por la ley dialéctica de la identidad de los contrarios, de los mellizos enemigos entre sí, contra esa doctrina se yergue y endereza la del fajismo o nacional-socialismo, que crea otra ilusión, otro engaño, otra finalidad, la del opio del nacionalismo. Y sus fieles se figuran que saben para qué han nacido naturales de tal nación y no de otra cualquiera, y hay luego los que se preguntan, acongojados: "¿Y ese para qué a su vez para qué?" Y ya estamos en el nudo de la cuestión.

Insisto, mi buen amigo, en que en el fondo de toda esta agitación revolucionaria y contra-revolucionaria, de todas estas acciones y reacciones, late el eterno anhelo de la conciencia popular por cobrarse a sí misma, por darse cuenta de sí, por saber cuál es su razón de ser, y más que su razón su valor de ser, su finalidad. *Dio e il popolo*, "Dios y el pueblo", decía el altísimo profeta italiano José Mazzini, dechado de revolucionarios místicos y prácticos, el que predicó que la vida es misión. Pero esos que dicen: "Dios, Patria…" y lo que la hagan seguir, ¿qué quieren decir con eso de Dios? ¿Recuerdan lo de nuestro místico fray Juan de los Angeles, prototipo de individualistas? Porque aquí está el toque, en la individualidad, en el individuo, para nosotros en el hombre español. ¿El español para España o España para el español?

Mas como esto se enreda y se hunde, dejémoslo para otra vez. Hay que zahondar más adentro en esta remoción del alma nacional que busca conciencia. Y hay que tocar, en relación con ello, en eso del placer de crear, que dice el político poeta.

Cartas al amigo II.

Ahora (Madrid), 11 de noviembre de 1933

Quedaba en mi carta anterior, mi buen amigo y lector, en que… Mas antes, ¡qué ventaja esto de poder dirigirme a uno y no a una masa! Pero uno que aun no siendo masa es legión, es muchedumbre, es pueblo. Poder dirigirme a cada uno y no a todos. Y menos formando partido. ¿Ha observado usted, lector amigo, qué es lo que en esas arengas electorales, en que tanto se niega y apenas si se afirma algo, más suele aplaudirse de un extremo al otro? Da pena. Y ahora con la radio se ha ensanchado el

radio de acción de esas propagandas, pero habría que saber la impresión del solitario radio-escucha que las oye libre de la presión de la masa. Por mi parte, le cuento a usted, lector amigo, libre de esa fatídica presión y prisión. Y me hago la ilusión —todo lo es— de que estamos hablándonos a solas y en voz baja, fuera del engaño.

Digo, pues, que en mi anterior carta decía que el toque está en la individualidad, en el individuo, para nosotros en el hombre español, y si éste, el español, es para España o España es para el español. El terrible para… Y acababa en que hay que tocar en relación con ello en eso del placer de crear, que dice el político poeta. Que dijo Azaña en las Cortes en el discurso que de más adentro le brotó. De más adentro del corazón.

Cuando oigo decir que hay que estar al servicio del Estado, de este leviatán, como le llamó Hobbes, de este monstruo —benéfico o maléfico— a quien nadie aún, que yo sepa, ha sabido definir bien; cuando oigo hablar de ese ídolo tanto de comunistas como de fajistas, me acuerdo de aquellos días en que nosotros, los hijos del siglo XIX, los amamantados con leche liberal, leíamos aquel librito del hoy casi olvidado Spencer —el ingeniero desocupado que dijo mi amigo Papini— que se titulaba: *El individuo contra el Estado.* En él nos inculcaba lo malo que es el exceso de legislación. Eramos, más o menos, anarquistas. Queríamos creer que las heridas que la libertad hace es la libertad misma la que las cura. No nos cabía en la cabeza —y menos en el corazón— que se preguntara: "¿Libertad, para qué?" La libertad era para nosotros un para qué, una finalidad. Libertad para ser yo yo mismo. O mejor para hacerme yo mismo. Que ya Píndaro dijo lo de: "Hazte lo que eres." Libertad del español, por caso, para hacerse español, para forjarse una conciencia de españolidad, sin que se la impusiera el Estado. Que no es la comunidad.

En el fondo, como ve usted, es, traducido al orden civil y político, el principio protestante del libre examen, la raíz de la herejía. Y el principio también de la justificación por la fe. Después nos han traído eso del Estado, del servicio al Estado, y hasta que no hay libertad fuera del Estado y que es el Estado el que la da, el que le liberta a uno. Supongo que de sí mismo.

¡El Estado! ¿Y quién es? Se rezaba hace unos años el rosario en un lugarejo de esta provincia de Salamanca, y como al final el párroco dijera: "Un padrenuestro por las necesidades de la Iglesia y del Estado", el alcalde, que asistía al rezo, hubo de interrumpirle diciendo: "No, del Estado no. que el Estado son ellos…" Y así se siente. El Estado son ellos, son los otros. Son los que amenazan con una u otra dictadura. Son los anti-liberales de derecha o de izquierda. O de dentro. Y hay que estar al servicio de ellos, al servicio del Estado. Para lo cual partidos numerosos y rígidamente disciplinados, o sea ortodoxias. El hereje puro, el que llaman independiente, es el enemigo. Su labor es la nefanda.

Y cuando el individualista, aun a su pesar, cuando el hereje, cuando el que no reconoce dogmas políticos, se siente obligado a actuar en lo que se llama servicio del Estado, ¿qué se le ocurre a este siervo al servicio, sea el que fuere —aunque fuere de portero—, para justificarse ante sí mismo? ¡El placer de crear! ¡Y qué bien le conocemos este placer! ¡El placer de crear, de sentirse poeta, sobre una u otra materia, con unos u otros medios! Y la materia pueden ser hombres. ¡Hacer hombres! ¡O ya

corporalmente, como un padre, o ya espiritualmente, como un maestro! ¡Hacer un pueblo! ¿Y para qué? Para dejar en la Historia un nombre, o acaso más que eso, un alma tal vez anónima y sin conciencia de sí, una obra. Para sobrevivir en la Historia aunque los venideros no conozcan quién es el que así sobrevive y él tampoco goce de conciencia de sí sobreviviéndose. ¡Aspiración ascética y hasta mística! ¿Pero… el que así vive vida alta y honda por el placer de crear, no es acaso que por debajo está el placer de crearse, de hacerse a sí mismo? El escultor de su alma, que dijo mi amigo Ganivet, el anarquista, no muy grato a alguno de esos poetas civiles. ¿No hay por debajo de ese placer de crear, de hacer un pueblo nuevo —de renovarlo—, el placer de crearse el creador, de hacer que el Estado a cuyo servicio uno se pone, se ponga al servicio de quien le sirve?

¿Es que el que se siente déspota constructivo no se siente así para servir al Estado que le sirva a hacerse?

Si así fuese, ¿qué? ¿Que si un español sintiese que España es para él, ese español se hiciese un alma propia? Terminé uno de mis empecatados sonetos con este verso: “que es el fin de la vida hacerse un alma.” Y no me recuerde usted, lector amigo que lo sepa, que terminé otro de esos empecatados sonetos con este otro verso: “toda vida a la postre es un fracaso”. Lo que parecía querer decir que fracasamos en el fatídico empeño de hacernos un alma. El alma es la obra de uno. Y usted, amigo mío, o yo o el político poeta, no de profesión o carrera, no por triste apetito de poder, no por mandar o por figurar, si usted, él o yo nos dejamos en una obra, tal vez anónima, ¿es que habremos fracasado? Y no se nos hable de arribismo. ¡Necedad mayor! Arribar, llegar, ¿a dónde? Si dejamos una obra en que se exalte y engrandezca la conciencia, en nuestro caso, de españolidad, y con ella de humanidad universal, de universalidad humana, ¿para qué más?

Pero aquí se me viene del fondo de mi liberalismo del glorioso siglo XIX un sentido hondamente individualista de esa conciencia comunal. Y siento que puedo dejar a mi España acrecentada, mejorada, exaltada en las conciencias de los españoles venideros —y de los que sin serlo la conozcan— sirviéndola no ya fuera, sino contra la disciplina de partidos, contra dogmas políticos.

Y contra distinciones de regímenes. Siento que puedo renovar, mejorar, acrecentar a mi España sin darme a definir regímenes —y menos consustancialidades de ellos—, sin inventar, por ejemplo, una república y decir que ella es la genuina, sin dictar ortodoxias.

¿Que esto política no es? Es lo que hay que ver.

Cartas al amigo III.—A Manuel Abril

Ahora (Madrid), 24 de noviembre de 1933

Andaba yo, mi hondo lector amigo, sin saber a dónde me llevaría la senda que emprendí a la buena de Dios y en busca de excitaciones al comenzar estas cartas, cuando heme aquí que me llega su *interview* —que así la llama usted— imaginaria conmigo.

Sus palabras, amigo mío, me traen el tono, mejor: el resón —el eco— de las mías propias. ¡Dios se lo pague! Estos son —me he dicho— mis lectores, los míos, los que me hacen; aquellos "de quienes soy". Estos que nada tienen que ver con la mal llamada literatura: una mujer inteligente, pero indocta; un profesional, empleado, que lee desde chico más o menos, pero que no sabe historia literaria y menos preceptiva; otros dos en las mismas condiciones, y usted, mi buen amigo callado, mi buen Abril, que es literato —sin interrogante—, pero que se olvida entre ellos de que lo es. Y se reúnen ustedes a leer, a leerme muchas veces, después de cenar, caseramente, recogidamente. Dios se lo pague a ustedes, ya que ustedes me pagan mi afán. Y he aquí por qué me enderezan en mi labor de publicista periódico. ¿Publicista? Acaso "privatista", pues que en privado les hablo y me oyen.

Eso no es el rumoroso aplauso de una turba a la que se le azuza y enardece con latiguillos de cajón. Aquí nos hablamos de fondo a fondo. Porque ustedes me hablan, aunque en silencio. Y les oigo. Son ustedes de los que llamo amigos, de los que me sostienen. El resón, la resonancia de mi voz, que me devuelven, es más que un aplauso. Una sala tupida de muchedumbroso público de mitin no suele resonar íntimamente. Y menos cuando estalla en bullangueras ovaciones. Si alguna vez en alguna iglesia el auditorio rompiera en palmadas al predicador, sería porque éste había perdido toda unción religiosa, todo íntimo fervor de verdad.

Acababa mi última carta al amigo, a los amigos, a ustedes y sus semejantes —y mis semejantes, mis más prójimos o próximos al corazón— diciéndoles que me siento con poder para renovar, mejorar, acrecentar a mi España sin darme a definir regímenes —y menos consustancialidades de ellos—, sin inventar, por ejemplo, una República y decir de ella que es la genuina, sin dictar ortodoxias políticas. Y añadía que hay que ver si esto es o no política. Porque para los suficientes definidores políticos —políticos definidores de partido—, la verdadera República, por ejemplo, es la que ellos definen y cualquier otra es corrompida o pervertida. A lo peor la llaman monarquizante, vocablo de una evidente vaciedad. Más claro sería hablar de una República monárquica, sin rey, como la actual República francesa, burguesa, unitaria y liberal. Burguesa, es decir, para todas las clases económicas; unitaria, sin ciudadanías contrapuestas, y liberal, sin privilegios y sin excepciones para confesiones.

Pero héteme aquí que cuando me proponía —lo que es el mal ejemplo— meterme yo a definidor, se me atraviesa, amigo Abril, su *interview* imaginaria que me devuelve a mí mismo. Y… ¡al cuerno las definiciones! Me recobro indefinido. Que quiere decir, en cierto modo, infinito. Y por lo mismo, en el mismo cierto sentido —y, por desgracia, incierto— eterno.

Ustedes, mis amigos, mis más semejantes, mis más prójimos, los más cercanos a mi corazón, me

entienden. Y hacen con su entendimiento que yo me entienda. Los otros, los que no son más que público, dirán que estas son monsergas que saben a religiosidad. Y acaso desde su punto de vista ciega acierten. Es el sentimiento religioso civil, laico, el que trato de despertar y suscitar entre mis prójimos españoles. Y siento que a ustedes, a los que me leen con entendimiento de querer, les anima sentimiento religioso —no siempre trágico— de la vida histórica civil. Y que no hacen maldito el caso de ortodoxias políticas —esto es: civiles— de partido. Que no hacen caso de que se les quiera definir un régimen. Ni le hacen a los agitadores —revolvedores mitingueros. Y menos a los tratadistas.

¡Definir! ¡Definirse! ¡Ah, si yo hubiese elaborado un programa, un sistema de gobierno, y acaso un tratado! Como aquel de *Las Nacionalidades*, v. gr, del ingenuo Pi y Margall, que sirve hoy de Corán a una secta política española. ¡Pero este no recogerme para articular o estructurar ese sistema; este no saber hacerlo, sino desparramarme en artículos volanderos; este ir con ellos dejando —y sembrando mi sentir del momento cotidiano, con sus íntimas y fecundas contradicciones…!

En cierta ocasión, uno de esos adoradores de la definición sistemática me decía: "¿Pero por qué no se pone usted, don Miguel, a redactar su obra definitiva, en la que ordene y concentre su pensamiento integral?" "¿Definitiva? —le contesté—. ¡Ah. sí!; que escriba un volumen siquiera de cuatrocientas páginas, con notas, y apéndices, y aparato bibliográfico, y a poder ser con gráficos; un libro así como de texto, o mejor, de consulta… ¿es lo que quiere? Y de investigación, por supuesto, y no estas ligeras fruslerías periodísticas…"

¡Ay, amigo Abril; si usted y esos otros cuatro mis prójimos, mis semejantes, que a las veces se reúnen después de cenar para leer en voz alta estas palabras que al azar de mi paso por los senderos de España me brotan mientras ella se descoyunta y desvencija; si ustedes supieran lo que me las arranca…! ¡Esos chasquidos que me llegan del subsuelo espiritual que se agrieta y resquebraja; de los cimientos de la Patria que se estremecen…! ¡Y a todo esto definiciones ortodoxas de republicanismo o de monarquismo, de marxismo o de fajismo, de internacionalismo o de nacionalismo! ¡Cuánta suficiencia! Suficiencia… insuficiente.

"¿Pero este hombre, qué quiere?" —se me dicen—. Lo que usted, amigo Abril, dice —y Dios, repito, se lo pague— en su *interview* imaginaria; entonar más que enseñar, adentrar más que dirigir, concentrar. Y que mis semejantes se entonen, se adentren y se concentren. Y por eso más música que letra, más melodía que literatura. Que todas esas oquedades de derecha e izquierda, de Monarquía y República, de marxismo y fajismo, todo eso y lo como ello nos está rompiendo la cordialidad religiosa íntima. Y ustedes, mis semejantes, entienden lo que quiero dar a entender con esto. ¿Es que voy, en servicio de mi patria, a inventar otra República cualquiera para decir luego, con petulante suficiencia, que es la de buena ley, la legítima, y la de enfrente contrahecha y sospechosa? Dios me libre de tal desvarío.

"Pero bueno, y en concreto…, ¿qué?", se me preguntará por uno de esos que son los otros, los desemejantes, los lejanos. ¿En concreto? Que estas cartas al amigo, a los amigos, a los semejantes, a los prójimos o cercanos, no son programa político —¡qué va…!— ni menos electoral; que con ellas no busco sufragios —suelen darlos los fieles creyentes católicos a las ánimas de sus difuntos— y que me doy por

pagado si me llega de los míos el resón —el eco— de mis palabras. Y si suscita en mí, a mi vez, otro, que así comulgamos los unos con los otros. Y en cuanto a definiciones, usted, amigo Abril, que leyó en ese pequeño cenáculo casero mi *Niebla*, recordará aquello de que hay que confundir. Pues bien, ahora les digo que hay que indefinir. Tenemos que librarnos —y libertarnos— de facciosos de derecha, de izquierda y de centro, de inventores de dogmas, de falsificadores de la Historia, de inquisidores y de definidores. Pero esto de la indefinición pide carta aparte.

Cartas al amigo IV.

Ahora (Madrid), 29 de noviembre de 1933

¿Indefinición, amigo mío, decíamos? Vamos a otra cosa. ¿Otra? No hay más que una. ¡Pues a ella!

Íbase mi hombre carretera de Zamora arriba, señero y escotero, cara a la Armuña, a despejarse el seso con el brizo de aires del Pirineo pasados sobre el Duero. Empezaban a apuntar, verdes, las mieses. Dejaba tras de sí el vendaval electorero agramantino y oía por debajo de su barullera bambolla resonancias de lejano campaneo secular. ¡Qué bien en aquel recogido rinconcito conventual aquel pobre frailecico especulando sobre la contemplación adquirida y la infusa! Días éstos en que nos —nos, a los nuestros— molesta cada qué y hasta llegamos a temer que al llegar de noche a casa hayamos, no de acostarnos, sino de caer en cama.

Sintióse como en cumbre de sima, al aire, sin piso firme. Todo lo exterior se le interiorizaba; todo lo extraño —historia civil, actual, del día y el lugar, comunes— se le entrañaba. Empezó a examinar primero, a meditar después y a contemplar al cabo esa historia con un interés desinteresado; esa historia, pensamiento y voluntad de Dios en el momento eterno del mundo pasajero.

Descubrió una callejuela enchinarrada que llevaba a una plaza anónima, al parecer, desierta, bajo una humareda espesa que la privaba de la bóveda azul, del aire soleado. Y así quedaba hecha caverna. Y en ésta acabó por sentir chiquillos de todas edades —verdes, maduros y pasados— que, en puro tontear y loquear, se entontecían y enloquecían. Y entre ellos, unas damas —dueñas— de Estropajosa empuñando el estropajo, dispuestas a la friega sin lejía. A afeitar en seco. Algunos se daban a la masturbación mental de buscar nueva especie —o mejor, especia— de república o de monarquía. ¡Renovación!… Quiénes soñaban con fajarse en el fajo, mientras otros —y era curioso— que voceaban "¡muera el fajo!", eran los más fajados y los más fajistas. Otros, a definirlo. Mero deporte de gente aburrida de su vacío íntimo. "¡Ande el movimiento!", decía uno. Otros daban vivas o mueras a términos por los que no entendían pizca. Algunos preguntaban qué era lo que había que gritar. El suelo lleno de hojas y papeles de otoño; las paredes y hasta el piso, de estúpidos letreros en almazarrón y en brea. En uno de éstos se motejaba a los sedicentes agrarios de… "antípodas".

Y él, nuestro hombre, perdía allí el recogimiento. Aquella patulea —aunque corporalmente ausente— le pateaba y pisoteaba el asiento de su conciencia histórica. Ni podía sacar de allí sin daño el seso. Y huyó. Volvióse a casa, campo atrás, a descansar el ánimo abrumado. Diose primero un rato —rapto— al supremo de los solitarios de la baraja; después a leer la *Historia literaria del sentimiento religioso en Francia desde las guerras de religión a nuestros días*, del abate Bremond, de la Academia, y luego, por desengrase, las descripciones que en el *Orlando furioso* hace del campo de Agramante Ludovico Ariosto. ¡Qué fiesta verbal y sensitiva! ¡Qué nombres de vividos fantasmas —casi se les toca—, qué palabras! Manilardo, Baliverzo, Malabuferso, Isoliero, Serpentino… Calamor di Barcellona, Corebo di Bilbao, Odorico di Biscaglia (Vizcaya). Y los que vienen agrupados en endecasílabos: "Grandonio, Falsirone e Balugante", "Trusión, Soridano e Bambirago", "Avino, Avolio, Ottone e Berlingiero", "Anselmo, Odrado, Spireloccio e Brando"… Y dominándolos con su sonoridad…, ¡Rodomonte! Nombre que tomó Ariosto del Rodamonte que inventó su precursor Boiardo. Y cuéntase que cuando a este poeta le brotó en el magín, por obra de la musa, el resonante nombre fue tal su gozo, que hizo sonar a fiesta las campanas de su castillo de Scandiano. Lo merecía. ¡Engendrar un nombre! ¡Rodamonte! ¿Y qué cuando nuestro Cervantes dio con Quijote y con Rocinante? ¡Cómo paladeaban los nombres! ¡Rodomonte! ¡Rodomonte!

Dio luego mi hombre en recorrer los de nuestros partidos y sus cabecillas. Con todo eso de Ugete, Cenete, Firpe, Orga, Ceda y demás logogrifos. Y creyó ver en un bosque de toda laya de árboles, con sus hiedras, sus muérdagos y sus abogallas, vagar, al pasto, tropillas y rebaños "de toda clase", y entre ellos, tal cual rara, mustia res orejisana y suelta. ¡Pero qué nombres, qué apodos, qué motes!

Y se dijo: "¡Si de todo esto quedara siquiera mi dicho decidero, duradero, una de esas expresiones estadizas con que un verdadero creador —¿poeta, político?— acierta a expresar lo que los demás creen pensar sin pensarlo de veras, y así les enseña a esto y a definirse, o una palabra, un nombre! Un nombre: "Santificado sea el tu Nombre…" Y luego: "Venga a nos el tu reino…" Y después: "Hágase tu voluntad…" Toda la historia. Cantados sean los nuestros nombres! "Aquí fue Troya…"; "allí la de San Quintín…" "Estos, Fabio, ¡ay dolor!, que ves ahora / campos de soledad, mustio collado, / fueron un tiempo Itálica famosa…" ¡Itálica! ¡Y cómo suena! ¡Rodomónticamente!

Los niños aquellos, en tanto, verdes, maduros y pasados —críos, mozos y decrépitos—, creían, ¡pobrecillos!, haber hecho o dicho algo.

Pues qué, amigo mío, ¿esperaba usted acaso de mí cábalas, profecías, vaticinios, agüeros, calendarios? Eso no es conciencia de historia, de leyenda. Lo que fuere sonará. Y esté de Dios que suenen nombres —de rebaños y de rabadanes— que resuenen por siglos. Y que nos hagan echar a vuelo, en fiesta, las campanas seculares.

En tanto, puesto que usted también, amigo mío, se ha dado a esta tarea de escribir para los demás, para comulgar con ellos, lo que no le pidan, eso les dé; lo que no le demanden, eso les ofrezca; a lo que no le pregunten, a eso les responda; lo que no les importe aprender, eso les enseñe. Cuando hayan pasado las estrepitosas ventoleras y enmudecido su gritería, habrán de flotar y sobrepujar las voces recogidas

—ahora ahogadas— que guían la permanente revolución silenciosa e íntima del pensamiento. Y como éste, el pensamiento, es lenguaje íntimo, la más íntima, entrañada, de las revoluciones es la de hacerse uno a hablarse, a ponerse en claro a sí mismo, con la lengua común, tradicional, de los seculares rezos caseros y familiares. Y populares, laicos.

Ya sabe usted, amigo mío, que quiere ser un filólogo —en su sentido originario, un logófilo, un amante o enamorado de la palabra; es lo que resta— su amigo.

Cartas al amigo V.—A José Ortega y Gasset

Ahora (Madrid), 6 de diciembre de 1933

No hace muchos días que nuestro buen amigo y maestro don José Ortega y Gasset protestaba contra lo que le hacía decir, en lengua extraña, un corresponsal especial de un periódico extranjero, y manifestaba que no recibiría a ningún otro que no probase antes tener bien cursado y conocido nuestro idioma. Muy bien, y de acuerdo, pues que hemos padecido análogo percance. Pero no basta eso, y nuestro buen amigo y maestro lo sabe bien. Pues hay otra extranjería o extrañeza, que no es la del idioma. Y somos algunos, querido Ortega, los que producimos extrañeza en esos truchimanes de la opinión que pretenden ponernos al alcance de la masa vulgarizando nuestro pensamiento, y lo que hacen es avulgararlo. Y deformarlo. El público sencillo y desprevenido nos entiende mejor cuando no se entrometen truchimanes de ésos. Los cabreros entendieron muy bien a Don Quijote, aunque Cervantes dé a suponer otra cosa. Y si algún truchimán toma esto a jactancia, con su pan se lo coma.

Y quiero decirle, mi querido amigo, que los que tenemos pluma y sabemos manejarla deberíamos negarnos a toda entrevista y enquisa, pues cuando creamos deber decir algo al pueblo se lo diremos derechamente y sin medianero, y lo afirmaremos con nuestra firma. Otra cosa es querer traducirnos y casi siempre traicionarnos. “Traduttore, traditore”, dicen los italianos. Y más traidores los que traducen al vulgar. Que no conviene ceder a los perezosos mentales, que por ahorrarse el tener que pensar por su cuenta lo que se les dice a cuenta ajena, quieren que se les dé hecho papilla de frivolidad volandera. Que así no les cause extrañeza. Pero el que esto le dice, amigo mío y maestro, sabe que más de una vez hablando, sin pretender ponerse a alcance extraño, ha producido en gentes sencillas y desprevenidas “entrañeza” y logrado así que se entrañen, que se apropien lo que les decía. Que el público suele saber más que el publicista, y el vulgo más que el vulgarizador.

Y viniendo ahora al truchimán extranjero, ¡qué terrible, amigo mío, es eso de que a lo peor nos manden acá, a nuestra España, a un enviado especial que no conoce nuestro idioma! ¿Cómo es posible que se entere bien de nada uno que llega acá sin entender miaja de castellano? Eso supone, en el fondo, tomarnos por un pueblo de salvajes. Es como aquel que sin saber tibetano se fue al Tíbet a traducir al

francés cartesiano la religión lamaísta. Y no es lo malo que no sepan castellano, sino que aun sabiéndolo son incapaces de traducir lo íntimo. No aciertan a traducir a sus categorías políticas —o literarias, o religiosas o filosóficas— las nuestras. El casticismo se les resiste. Se vienen, por ejemplo, creyendo que nuestros partidos políticos son traducción de los suyos; que somos unos discípulos, más o menos aventajados, de sus maestros, y así les sale la traducción. A lo que parece autorizarles ciertas pésimas traducciones que aquí se han hecho, como esa del partido radical-socialista, y en otro sentido la de la Acción Francesa, que aquí, en castizo romance, no quiere decir nada. ¡Y esto aquí, en España, donde nació el término "liberal", y de donde se tradujo no poco de la Constitución del año 1812! ¡Venirnos con que si estamos preparados para esto o el otro régimen! Tiene usted razón, mi querido amigo, en protestar contra esa petulante impertinencia. ¡Venir a quererle dar lecciones de sentido político a nuestro pueblo!

No se trataba de política, sino de literatura; pero recuerdo que escribiendo una vez de la nuestra, de nuestra literatura española, un crítico francés muy inteligente, muy agudo y muy comprensivo, dentro de sus límites nacionales por lo menos, Edmond Jaloux, confesaba que para ellos —los franceses medios y ciento por ciento como él— nuestro genio español les era tan extraño como el ruso o el escandinavo, y que todo eso de la hermandad espiritual latina tiene mucho de mito. Cierto es que hay hoy en el extranjero —y muy especialmente en Francia— cada vez más espíritus que se esfuerzan por penetrar en nuestro fondo diferencial, y que lo consiguen muchas veces. Que hay cada vez más estudiosos de nuestro genio nacional que se sacuden de los contrapuestos tópicos que a nuestro cargo corrían y que consiguen llegar a las raíces de la civilización y de la cultura españolas. Pero el promedio, la medianía de los informadores, sobre todo cuando lo son de información mercenaria, no llegan no ya a las raíces, más ni a las hojas. Lo nuestro les está cerrado. Y no tienen la sinceridad del señor Jaloux, que con su confesión mostraba la aguda penetración de su ingenio. Y no nos tomaba, como otros, por unos aventajados discípulos de sus maestros.

Y si venimos a lo político, ¿cree usted, buen amigo, que a aquellos que yo llamaba en París místicos del republicanismo —jacobinos y girondinos, si usted quiere— se les puede hacer entender que no se puede juzgar del sentido político del pueblo español ni por la pedantería izquierdista de Acción Republicana ni por la pedantería derechista de Acción Popular? ¿Por los que aquí se están sacando de la cabeza —cuando no del bolsillo— una república republicana, ortodoxa, no monarquizante, o una monarquía tradicional? ¿Y que lo que aquí llaman marxismo y lo que llaman fascismo apenas tienen que ver con lo que en el resto de Europa significan esas denominaciones? No, aquí no estamos preparados para esas traducciones. Bástenos con poder sentir nuestra propia historia.

Nuestra propia historia, que es nuestra vida común civil y nuestra educación. Una educación permanente. Que a vivir sólo se aprende viviendo. Y no asistiendo a lecciones de biología, y menos de laboratorio. Harto lo hemos visto en el laboratorio de biología política de las Constituyentes, de que usted, amigo mío, y yo formamos parte. ¡Así han salido los ensayos! De que es ejemplo típico, entre otros, la ley Electoral contraproducente de los que con ella se han pasado de listos. Por no decir nada de otras leyes, socializantes y laicizantes, mal traducidas.

Mucho más tendría que decirle a cuenta de estas cosas. Por ahora he de limitarme a felicitarle por su resolución de ahuyentar de su lado truchimanes e informadores que no le lleguen en forma —y menos a fondo—, y más ahora, en que España se está poniendo en moda como "caso". "¡Cosas de España!", se decía antes, y ahora se empieza a decir: "El caso de España." ¡Y que se nos vengan a que les dictemos un resumen de apuntes sobre la españolidad a los que nos llevamos años rompiéndonos la cabeza y el corazón para cobrar la conciencia más plena posible de ella! ¡Cuando no se nos vienen a pedirnos profecías, a que les digamos lo que creemos que va a pasar aquí!

Siga usted, amigo mío, sin dejarse traducir por el primero que se le arrime y sin esforzarse en eso que se llama ponerse al alcance de todo el mundo y que se suele reducir a no decir nada, a perderse en tópicos. Nos llegan tiempos de prueba y de confusión. Los cabecillas políticos no aciertan a desentrañar —desentrañar, ¿eh?— de los actos del pueblo —unas elecciones, por ejemplo— su estado de ánimo. ¡Es tan difícil desentrañar de actos estados! ¡Llegar al hondón de la conciencia comunal!

Y nada más, por ahora al menos. De usted, el amigo en esta carta, es amigo entrañado.

Regüeldos

El Sol (Madrid), 12 de diciembre de 1933

Don Quijote, aquel hidalgo manchego que presumía, de seguro, de leer al Ariosto en su italiano —dicho sea no ya con respeto, sino hasta con adoración—, solía molerle a Sancho a enmendarle los vocablos, molienda de enmienda que al buen aldeano le escocía, y con razón. Y en una de ellas le dijo que no se debe decir "regüeldo", sino "eructo". Sin duda porque olería menos mal llegándonos el eructo por conducto del latín. Pero hete aquí que antes de que saliera al campo Don Quijote, un fraile francisco, fray Juan de los Ángeles, en sus *Consideraciones sobre el Cantar de los Cantares*, había dicho que "el alma que ha bebido del vino adobado del espíritu regüelda como repleta y llena de espíritu, y huele a gloria de Dios". A gloria de Dios le olía el regüeldo místico, al que dijo en su *Lucha espiritual y amorosa entre Dios y el alma* aquello de: "Yo para Dios y Dios para mí y no más mundo." ¡Estos místicos…!

Lo que sé es que cuando éste se echaba a echar afuera sus sentimientos —o los de otros— le salían, al escribirlos, con tal unto de entrañas las palabras, que al que las oye, al leerlas, se le pega el unto. Y hasta siente lástima grande de tanta belleza. Por aquello de Argensola… Pero basta, pues ¿quién nos va a quitar lo comido y lo bebido bajo el cielo azul?

Mi maestro y amigo Don Juan Valera, que a pesar de otros pesares guardaba no poco de señorito andaluz, acostumbraba decir que Santa Teresa había escrito como una cocinera castellana. Puede ser, pero antes quiero oler a guiso de olla podrida castellana, que no a efluvios químicos de laboratorio de

investigación. Verdad es que me gusta no sólo el cocido de garbanzos y chorizo, sino hasta el ajo crudo, y mucho. Y quede que Don Juan no era investigador químico de desinfectantes y que hasta majaba ajos en sus escritos, sobre todo en los epistolares.

¡Oler mal! ¡Sonar mal! Mi primer maestro de griego, Don Lázaro Sardón, un recio maragato —que por cierto formó parte, con Don Juan Valera y otros, bajo la presidencia de Don Marcelino, del Tribunal que me dio la cátedra de lengua griega—, dio en el Ateneo de Madrid unas conferencias al volver de la inauguración del Canal de Suez. Y hablando de las Pirámides, contó cómo había forzado a un felah a que le guiase por una galería. El público —no pueblo, ¡claro!— del Ateneo de entonces soltó el trapo al oírlo, Don Lázaro repitió la palabra y vuelta a la risa y a la tercera: "No es mi lengua; son vuestros oídos los que están sucios." Don Quijote le creyó a Sancho romadizado porque había olido los ajos de Dulcinea. ¡Anda por ahí cada señoritingo con suciedad culterana en los oídos!…

Y no es que se vaya, como solía el pobre Don Julio Cejador a tiro hecho a echarse a buscar palabrotas de esas que pasan por groseras —séanlo o no— y sin venir a cuento. La grosería estriba en otro estribo. Hay que saber sufrir las adversidades y flaquezas de nuestros prójimos.

A propósito de culteranismo, recuerdo cuando un mocito clásico me trajo un escrito en que decía de un poeta que, al sentir el estro, tomó el plectro, y entonó en la cítara una oda. Y le dije: "¿No estaría mejor traducirlo al romance y decir que al picarle el tábano (estro), cogió la púa (plectro) y se puso a rascar en la bandurria una canción? Bandurria y no guitarra (cítara), porque ésta se toca sin púa."

¡Traducir! ¡Romancear! Sí, ya sé que no todo es traductible, que hay cosas intraductibles a cualquier lenguaje humano. Y aquí me viene al caso, por un cierto íntimo y delgado encadenamiento de ideas y de sentimientos —quiero decir: de palabras—, un verso maravillosísimo del maravilloso soneto francés —un milagro— de Gerardo de Nerval, que este poeta suicida intituló "El desdichado", así, en castellano. El desdichado era el príncipe de Aquitania, el tenebroso, el viudo, el inconsolado, "el de la torre abolida", Y el aludido verso sigue diciendo: "J'ai revé dans la grotte où nage la sirène…" En castellano: "He soñado en la gruta donde nada la sirena…" Verso que no se me despega del oído del corazón.

¡La sirena de la gruta! Cuando se sabe, por estudio, que las sirenas que tentaron a Ulises a perdición no fue con tentación de carne, sinocomo la serpiente del Paraíso terrenal a Adán y Eva, con tentación de saber, del fruto del árbol de la ciencia del bien y del mal, aquellas a Ulises con contarle leyendas, hacerle soñar historias y esto a la luz abierta del Mediterráneo, se comprende lo que pudo haber sido el sueño del príncipe desdichado en la gruta en que nada la sirena, en "las profundas cavernas del sentido", que dice San Juan de la Cruz, el místico, el de los misterios o secretos cavernarios, uno de los más entrañables secretarios —místicos— del Verbo. Y en esas grutas, en que nadan sirenas, en esas profundas cavernas del sentido, se oye palabras puras, nada menos que palabras —más no puede ser— y se huele a regüeldos de gloria de Dios.

¡El misterio de la palabra! El misterio de la palabra es que por la palabra, por el verbo, es todo lo que es. "En el principio fue la palabra…, todo se hizo por ella y sin ella no se hizo nada de lo hecho, y en ella

estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres", que así empieza el cuarto Evangelio. Y si Fausto quiso corregirlo, ¿qué fue Fausto sino palabra? Cuando se hace algo no queda el hecho sino la hacedora, la palabra. Que la palabra fue al principio y la palabra será al fin. ¡Dejar un nombre! Es todo lo vivo que hay que dejar, un nombre que viva eternamente. Lo demás, son huesos. Y un nombre no es aire que suena, es soplo, espíritu, con vida y con luz. Y vive en Dios.

¡A dónde nos ha venido a traer el regüeldo, soplo de comida y bebida! ¿Y que a qué viene todo esto, amigo mío? Pues viene a que andan por ahí señoritos repulgados y remilgados que, por no poder aguantar olor de regüeldos que huelen a gloria de Dios y a pueble aldeano, a chotuno, se nos vienen con mandangas, o, como se dice por aquí, con canguingos en mojo de gato, más o menos renacentistas. Y andan queriendo enmendarle la plana a Sancho, aunque éste, Sancho, no sabe escribir ni siquiera palotes, pues no entiende de letra el pobre analfabeto. Y en cuanto a dictar…, ¡ojo con la dictadura! Porque es lo más triste que seamos los letrados los que tengamos que servirle de secretarios. Y al decir letrados, no quiero decir concretamente abogados o procuradores, que esto es peor. Porque cuando los abogados y procuradores en Cortes se ponen a redactarle, y no a su dictado, por ejemplo, una Constitución…

Pero, ¡alto!, no sea que nos despeñemos.

Recuerdos vivos. A Don José María Gil Robles

Ahora (Madrid), 16 de diciembre de 1933

No para huir del presente histórico y distraerme de él, sino para ahondar más en éste, buscando sus raíces en el subsuelo permanente de la historia, he acudido a mis recuerdos vivos del pasado político de España. Y digo vivos porque son recuerdos de lo que personalmente vi, oí y viví, como testigo y hasta como actor —aunque fuera de comparsa y última fila—, y no de lo que leí en papeles o mamotretos. A un pasado, sobre todo, de mis veintidós a mis treinta y seis años, desde la muerte de Alfonso XII al principio de este siglo, pasando por el ya legendario y casi mítico 1898. Y he sentido en este recogimiento en mis recuerdos civiles vivos lo que Cánovas del Castillo llamó la constitución interna española, el sentido de su historia.

Me remonto algo más hacia atrás: a cuando, después de haber sido, de niño, testigo de la última guerra civil entre ejércitos organizados —pues la guerra civil prosigue—, alboreaba, gracias a ella, mi conciencia civil siendo chico del Instituto de Bilbao. Vino la llamada Restauración, que no lo fue en lo íntimo la de la monarquía borbónica. Aquella restauración de un régimen en que colaboró, desde fuera de la monarquía, Castelar —como más adelante Azcárate— fue restauración de un régimen que hoy llamaríamos de centro. Y hacia aquel régimen empezaron a converger antiguos sedicentes republicanos,

posibilistas primero, reformistas después, a la vez que hacían de cierta oposición de S. M. titulados republicanos a quienes ninguna prisa les corría proclamar la república. Y era que, en el fondo, en aquella restauración del liberalismo constitucional y democrático a nadie le interesaba mucho lo de la forma de gobierno. Sobre todo en las que hoy llamamos izquierdas. Ni a los socialistas —internacionalistas—, los de Pablo Iglesias, para los que siempre esa cuestión de la forma de gobierno, por aquellos tiempos, fue secundaria y más bien indiferente. Y en cuanto a las llamadas derechas, a los que habían luchado contra la monarquía isabelina, y después contra la saboyana, y luego contra la primera república española, la de 1873, en cuanto a estas derechas…

Cuando llegué a esta Salamanca en 1891, a mis veintisiete años de edad, ardían en toda España las disensiones en el seno de aquellas derechas antiliberales. El liberalismo, aquel liberalismo que el presbítero Sardá y Salvany, en un librito —el "áureo libro" le llamaban— por entonces famosísimo, declaró que era pecado, y ser liberal, peor que ser ladrón, adúltero o asesino, aquel liberalismo debía de ser su enemigo común; pero nunca lograron cuajar bien un frente único en contra de él. De una parte, integristas; de otra, carlistas; por aquí, los puros o netos; por allí, los "mestizos" —"las honradas masas", que dijo don Alejandro Pidal, que trató de llevar a la dinastía alfonsina a los carlistas—, y se discutía de la "tesis" y de la "hipótesis" y del "mal menor". Los genuinos tuvieron *La Fe* y luego *La Esperanza* —¡periódicas, claro!—, pero no llegaron a la caridad. Y *El Siglo Futuro*, siempre futuro.

Esta Salamanca era por entonces, cuando yo llegué acá, uno de los más activos focos —acaso el más activo— de las luchas intestinas de la derecha anti-liberal. Desde aquí se pontificaba. Y la más destacada figura era la de don Enrique Gil Robles, padre del actual diputado por esta provincia don José María. En el grupo figuraba el padre del actual diputado Lamamié de Clairac. Don Enrique guardaba estrecha amistad con don Francisco Giner de los Ríos, y su estilo abundaba en dejos krausistas. Se inspiraba aquel grupo en los jesuitas de la Clerecía, que entonces regían en ésta el Seminario, y se revolvía, en insidiosa rebeldía, contra las tendencias políticas del prelado, el R. P. Cámara, agustino. Los agustinos, acusados de palaciegos y de mestizos, se oponían a los jesuitas, entonces "téticos" —esto es, de la tesis— o netos, aunque luego han ido a la bolina. Otro obispo agustino echó años después a los jesuitas del Seminario. Hubo tiempo en que se decía que los jesuitas rezaban por la conversión del Papa León XIII. Y me acuerdo cómo, siendo yo ya rector, hube de leerle a Gil Robles (padre), en una sesión de Claustro, un párrafo de uno de sus escritos en que hablaba de los obispos "aduladores de los poderes perseguidores de la Iglesia y odiados por su pueblo". Muy posteriormente condenó el Vaticano a la Acción Francesa y a su monarquismo… estético.

Se trataba, como se ve, del reconocimiento del régimen entonces vigente en España, del régimen liberal constitucional, y no precisamente la monarquía. Pues no me cansaré de repetir que no hay que confundir ambas cosas. Aquel régimen de Cánovas y, en cierto modo, de Castelar, y de Azcárate, y de Canalejas, el de la ley del Candado y de aquel inocente artículo 11 de la Constitución de 1876, que tanto escandalizaba a aquellos inocentes anti-liberales. Y de don Antonio Maura, el que declaró que el liberalismo es el derecho de gentes moderno y a quien, en otro respecto, se le acusaba de filibustero en el Colegio jesuítico de Deusto. Se trataba del régimen liberal.

¡Tiempos aquellos! Pasó aquella restauración, la de la llamada por antonomasia Restauración, y vino la Regencia, la discreta regencia que dice Romanones —¡y qué bien lo ha dicho!—, y luego vino Alfonso XIII, primero adolescente y luego ya adulto. Y la conquista de Marruecos, y el que yo llamé el ensueño del Vice-Imperio Ibérico, y el cambio de régimen. Porque el régimen, el verdadero régimen —no esa superficialidad de monarquía o república— cambió durante el reinado de Alfonso XIII; el régimen que se había inaugurado con la revolución de setiembre de 1868. Y empezó a incubarse la nueva revolución. Y ésta estalló en 1923 con el golpe de Estado que, de acuerdo con el rey, dio Primo de Rivera. Y fue así el rey mismo quien inició la revolución y, con ella, el advenimiento del régimen actual. Y así hemos podido decir que quien ha traído esta república ha sido el último rey de España. Desde luego no los republicanos.

Y ahora en que se trata de la consolidación por reconocimiento del régimen —del régimen, ¿eh?, del régimen— vigente en forma republicana, dejando a un lado insulsas pedanterías de Renovación y pueriles lealtades tradicionalistas y sentimentales, brindo estos recuerdos personales de historia perenne e íntima a mi amigo y compañero el hijo del que fue mi compañero y amigo don Enrique Gil Robles, tradicionalista en 1891 cuando llegué yo a esta Salamanca a enfrentarme con él desde las columnas de un diario republicano.

Cartas al amigo VI.

Ahora (Madrid), 20 de diciembre de 1933

¿Que a dónde vamos, lector amigo? “No —dice otro—, sino a dónde nos lleva Dios…” Y un tercero: “o el demonio.” Aunque esto viene a lo mismo, pues es con permisión de Aquél. Y tácheseme de predestinacionista, pero recordando el principio del libro de Job que hubo de reproducir Goethe al principio de su Fausto. Y ya se sabe a dónde llevó el demonio, con permiso de Dios, a Job y a Fausto.

¿Que a dónde vamos, o mejor, a dónde nos lleva la Historia? Presumo, lector amigo, que me motejarás de machacón —es mi fuerte— por esto de la Historia, pero es que la Historia es la vida del espíritu. Y meditarla y contemplarla es vivir espiritualmente y es hacer historia ¿Hacerla o pensarla? Es igual. Y aún hay más, y es que un historiador contemplativo escribiendo historia, contando su leyenda, la ha hecho. La ha hecho más que el político que creyó hacerla legislando o armando elecciones. Las más de las batallas ganadas no las ganó el general en jefe que dirigía lo que llaman la acción, sino que las ganó el narrador —acaso el poeta— que hizo creer al pueblo —y entre éste al general en jefe— que las había ganado. Y a un pueblo se le lleva al triunfo o a la derrota por una leyenda.

Y no verdad histórica, no, que la historia proceda y se rija por el llamado materialismo histórico. Ni siquiera brotó de éste el *Manifiesto comunista*, de Marx y de Engels. No brotan de él los movimientos

económicos-sociales. Hay, es cierto, una explicación económica de las Cruzadas, por ejemplo, por debajo de su explicación político-religiosa, pero por debajo de su explicación económica hay otra, más honda, más entrañada, más radical —es decir, más raíz—, y es una explicación trasreligiosa, si esto cabe. El hambre, sí, y el amor, el hambre del individuo y el hambre de la especie, mueven a los hombres y a los pueblos, mas hay por debajo algo más hondo, y es el sentimiento de la personalidad, del "ser o no ser" hamletiano. Que no es "vivir o morir". Y ese sentimiento de personalidad cuando se trata de un pueblo, el sentimiento —y el consentimiento— de personalidad común, de comunidad, es el patriotismo. Y así se ve que cuando las Internacionales obreras fundadas en interés de clase se encuentran ante conflictos de personalidades colectivas, de patrias, de comunidades de consentimiento espiritual histórico, esas Internacionales se quiebran. "¡Proletarios de todo el mundo, uníos!" Pero al chocar dos o más pueblos, mejor: dos o más patrias, esos proletarios se desunieron y se fueron los de cada nación con los que hablaban, con los que pensaban, con los que sentían —hablar es pensar y es sentir— como ellos, proletarios o no. Y esto, en gran parte, porque eso del proletariado es un mito.

¿Que a dónde vamos? ¡Ah!, es que esta triste juventud española de ahora no está aún desesperada ni desquiciada, no ha perdido del todo ni esperanza ni quicio, pero está desesperanzada y desenquiciada, se ha salido de su esperanza y de su quicio, porque no cree en ellos. Y el que no cree en su esperanza está en riesgo de perderla. Es lo del gitano: "si, pero verá usted como no viene…" Está desconsolada, pero aún no desolada. Mas el desconsuelo es camino de desolación, si una fe no le llega al desconsolado y le da esperanza. Quiero decir, lector amigo, con estos que alguien tomará por retorcimientos conceptuosos y hasta conceptistas —¡y cómo duelen!—, quiero decir que nuestra juventud no tiene fe —ni civil ni religiosa— en España; no cree en ella.

"Hay que hacer patria"; hemos oído muchas veces. Pero la patria, la nación, se hace ella sola. Y se deshace. Y se rehace. ¿Hacemos nosotros historia —esto es: patria— o nos hace ella a nosotros? ¡Hacer, hacer…! La cuestión es pensar, es entrañarse, es apropiarse lo que se está haciendo. La cuestión es llegar a la afirmación de la conciencia comunal.

España, en nuestro caso, es su historia, no la pasada, sino la presente, la siempre presente, la eterna, la que, querámoslo o no, estamos viviendo. Y con sus íntimas contradicciones, con su crónica guerra civil. Y hay que vivirla y sentirla así hasta contradictoriamente. "¡Vivir su vida!" ¿Qué es eso, muchacho? Es colocarse, "es llegar". ¿Colocarse dónde? ¿Llegar a dónde? "No, sino vivir" la vida de todos, la vida común. La verdad es aquello en que todos convenimos, pero también aquello sobre que todos disputamos, ¿Verdad o error? ¡Qué más da…! Lo peor es aquello en que ni consentimos ni disentimos, porque eso es el vacío. Y es el vacío lo que mata para siempre.

¡Qué profunda congoja me causa el examen de esos mozos desesperanzados, desenquiciados, desconsolados! ¿Huyen de sí mismos? No, porque huir de sí mismo supone estar en posesión de sí, ensimismado, haberse encontrado, y esos pobres mozos andan buscándose fuera de sí mismos, enajenados, perdidos en lo de fuera. Y así se da el caso triste de que se matriculen en la "Ugete", en la "Cenete", en la "Fai", en la "Ceda", en la "Tyre" o en cualquier otro equipo deportivo-político. Y al fin, cuando se tiene dieciocho años, cuando se es mozalbete de grito de santo y seña… ¿Pero después?

¿Después?

"¡Hay que hacer!, ¡hay que hacer!" No, antes pensar y sentir y padecer lo que se está haciendo, lo que nos está haciendo. ¿Acción? Sí, muy bien; pero antes pasión. Pasión de padecer. Pensar y sentir lo que otros hacen, lo que otros dicen. "Pero es que van tan de prisa…" Cierto; no nos dan ni tiempo para pensar lo que hacen y lo que deshacen. ¡Es el cine, el fatídico cine! Ni ellos saben lo que hacen, por lo cual tendrá el Padre que perdonarlos. Es el cine, revolucionario. O mejor la revolución cinematográfica, más que cinemática. Y no dinámica, porque no todo movimiento supone más fuerza que el reposo. ¡La fuerza que desarrolla la aguja de la brújula para no desviarse de su norte! ¡La poderosa fuerza de la resistencia quieta! Que es la de la pasión.

Ahora quisiera comentar lo que uno de esos mozos desenquiciados, desesperanzados y desconsolados me dijo una vez de Castelar, de cuya persona y de cuya obra patriótica no sabía —naturalmente— nada. Nada más que una leyenda confusa y malévola. Era un mozo que, como sus congéneres, no tenía idea, ni aproximada, de la historia española de nuestro glorioso siglo XIX, el del liberalismo, palabra nacida en España. No pude hacerle comprender cómo todo Castelar, Castelar entero, creía en su patria y esperaba en ella.

Mas de esto otra vez, mozo lector amigo.

Sobre el anarquismo español

El Radical (Cáceres), 26 de diciembre de 1933

Escribo estas líneas hoy, 11 de diciembre, lunes —día sin diarios matutinos— y cuando no se sabe cómo acabará el estallido revolucionario anarcosindicalista, que así se le denomina. Y hay que notar que, en rigor, anarquismo y sindicalismo se comportan mal entre sí. La perfecta anarquía no tolera sindicación. Mas dejando esto, el caso es que el estallido merece examen y meditación. No por su ideología, sino por su psicología, pues no es cosa de ideas, sino de sentimientos, de alma. Buena o mala, que de esto no se trata ahora. ¿Qué se proponen esos fanáticos, esos energúmenos —es decir, poseídos o endemoniados— los más de ellos mozalbetes que queman tiendas, sin saquearlas, incendian una fábrica de papel, queman archivos y sobre todo iglesias y conventos en cuya quema ningún provecho material han de sacar?

Y les ayudan mujeres que reparten y recogen pistolas en cestas. El movimiento apenas si ofrece caracteres de movimiento estrictamente económico. La famaso interpretación materialista de la historia, la de Marx, marra aquí.

Mas presenta las características de un movimiento religioso. Religioso, sí, en su más amplio sentido.

Hay una eligiosidad del ateísmo. Y en todo caso, se asemeja a aquellas terribles epidemias medioevales de turbio misticismo demoníaco. Y después de todo, ¿no empieza a reconocerse ya que en el fondo, en el último fondo del bolchevismo moscovita, del fajismo italiano y del nacionalsocialismo germánico hay una raíz no económica, sino de sentimentalidad que se puede llamar religiosa?

¡Cuán otro el sentido del llamado aquí, en España, socialismo, el de la U. G. T. y sus casas del Pueblo, con su burocracia conservadora, con su proteccionismo del Estado, con sus jurados mixtos, con toda su abogacía y su procuraduría casuística, con su reglamentación de las huelgas!… La doctrina sindicalista de la acción directa, su rebelión frente al Estado, su consigna de no votar, todo esto le da al sindicalismo anarquista —prescindiendo de lo contradictorio de este enlace— un carácter profundamente apolítico. Aquí no se trata ya de política, de civilidad, sino de algo más hondo y más primitivo y más originario, acaso de más reacción —en su mayor parte subconsciente y hasta inconsciente— contra la civilidad y por ende contra la civilización. Es lo que en un tiempo se llamó en Rusia nihilismo —"nadismo", podríamos decir— que tiene raigambre religiosa. Y es lo que hace que aparte del deber que tiene el Poder público, el Gobierno, de sofocar estos estallidos para salvar en lo posible la civilización, la convivencia civil histórica, conviene que todos meditemos en las raíces últimas y profundas que los producen. Es una enfermedad de la civilización, acaso congénita en ésta, es algo hondamente arraigado en la conciencia colectiva o comunal.

Y viniendo a nuestra propia civilización, en la española, y a lo que se ha llamado nuestro individualismo, conviene recordar que aquí, en España, nunca prendió el genuino socialismo —en rigor gregario o rebañego— en el alma de nuestro pueblo. Y menos la pedantería marxista —lo pedante que fue Marx se nota en sus arremetidas a Proudhon— con aquello del socialismo… ¡científico! El de Proudhon, el noble utopista, se nos pegaba mejor. Proudhon fue quien más influyó en Pi y Margall. Y cuando la escisión entre Marx, el judío alemán pedantesco, y Bakunin, el hidalgo ruso soñador, el anarquista, los más de los delegados españoles se fueron con el ruso anarquista y soñador. Y más tarde, ¿quién no recuerda el éxito enorme que tuvo entre nosotros *La conquista del pan*, aquel librito del príncipe Kropotkine, que ha sido uno de los más leídos en España? En cambio, ¿quién ha podido leer aquí *El Capital* de Carlos Marx? Nuestros sedicentes marxistas no le conocen mejor que conocen las Sagradas Escrituras nuestros sedicentes cristianos. Y aún recuerdo que aquel pobre Felipe Trigo, el novelista, tan español, se dio a inventar un socialismo individualista o no sé si se llamó individualismo socialista, que es igual.

Fue aquí, en España, donde un escritor místico, el franciscano Fray Juan de los Ángeles, dijo lo de: "Yo para Dios, Dios para mí y no más mundo", fórmula la más expresiva y la más vigorosa del individualismo religioso. Y aun que no crean o más bien crean no creer en Dios, el espíritu de esa fórmula late en nuestro anarquistas. Que en el fondo no son más que unos desesperados. Desesperados a la española. Que no sin razón nuestro vocablo "desesperado" —en forma de "desperado"— ha pasado a otros idiomas europeos.

¿Qué quiere decir esto? Quiere decir que sin desatender a atajar el mal exterior, las manifestaciones revolucionarias de este estado de nuestra alma colectiva, conviene meditar en el estado mismo y no condenarlo ni canonizarlo de ligero. En ese furor, a primera vista inexplicable, de darse a quemar

iglesias y conventos, a perseguir a los religiosos, ¿quién nos dice que no haya un fenómeno de desesperación? Desesperación de fe. No me sorprendería ver luego a uno de esos incendiarios meterse de monje en un convento. Los anarquistas, los solitarios, los sin Dios ni rey ni jefe, suelen como los otros solitarios —"monachi", monjes— formar monasterio. ¿Qué es la F. A. I. sino un monasterio espiritual sin domicilio?

Ya sé que a muchos de mis lectores —a los más— les parecerá todo esto cavilaciones de otro solitario obsesionado, pero insisto en que si lo más de nuestro socialismo burocratizado, reglamentado, pedantizado, no es más que política —y de ordinario la más baja política, la electorera y parlamentaria—, nuestro anarquismo guarda un fondo de religiosidad desesperada. Y este fondo puede producir las más sorprendentes transformaciones. O si se quiere conversiones. Condénese, sí, es lo natural y lo debido, la manifestación externa del hondo estado de conciencia desesperada, pero no se deje de meditar en éste, y además no se deje de mirar con respeto, a las veces con admiración, los heroísmos que produce. No nos atengamos demasiado a las ramplonerías corrientes de los moralistas sociales que con tronar contra las lecturas perniciosas y las predicaciones extremistas —empleo este huero término por conformarme al uso hoy vulgar, y que no se me achaque el que no escriba para todos— creen que con eso han hecho algo útil al bien común. Creo que sin esas lecturas, sin esas predicaciones, el fondo de desesperación anarquista y con él la fe y la esperanza en el ensueño utópico de una futura sociedad anárquica habrían siempre brotado del alma de nuestro pueblo.

¿Qué le falta a éste, a nuestro pueblo?

Machaqueo

Ahora (Madrid), 27 de diciembre de 1933

A Don Miguel Maura

Continuando mi lectura de la *Historia literaria del sentimiento religioso en Francia desde las guerras de religión hasta nuestros días*, del abate Bremond, que fue de la Academia Francesa, llegué a cuando trata de aquel Dom Marlene, benedictino de la Congregación de San Mauro que escribió la vida de aquel otro benedictino que fue Dom Claudio Martin. Y me encontré (página 179 del tomo VI) con esto: "Volver a encontrar así sus propios pensamientos, sus sentimientos, en los textos antiguos es toda la poesía de los Mauristas." Claro está que estos mauristas son los eruditos benedictinos de San Mauro; pero esa coincidencia verbal me sirvió de eslabón de arranque para una cadena de reflexiones.

Con aquellos religiosos mauristas franceses del siglo XVII se puede, en algunos respectos, cotejar nuestros más que religiosos políticos tradicionalistas del siglo XIX y aun de éste. También es su poesía

volver a encontrar sus propios pensamientos, sus sentimientos, en textos antiguos, aunque, con harto deplorable frecuencia, muy mal interpretados y no siempre bien leídos. Su dechado ha sido don Marcelino Menéndez y Pelayo, maurista en el sentido antedicho, o sea tradicionalista. Aunque para los netos y puros tradicionalistas, para los no mestizos, pecara un poco del otro maurismo, del de don Antonio Maura, el que declaró que el liberalismo es el derecho de gentes moderno. Y ahora voy a contar un pasillo característico y que nos viene al pelo.

Tuve un amigo, José María Soltura, curiosísimo de cosas de espíritu, el que llevó a Bilbao a Ibsen, a Strindbeng, a Nietzsche, cuando aun no habían apenas llegado a Madrid. Le interesaba mucho la vida religiosa y la monacal, no siendo creyente católico. Y una vez que se paseaba por las afueras de Bilbao, en Begoña, cerca de la cárcel de Larrinaga, se le ocurrió pedir visitar un gran convento de frailes que por allí se alza y que hemos visto levantar. Llamó a la portería, manifestó al lego portero su deseo y éste fue a comunicárselo al prior. Llegó éste, curioso del motivo que llevara a mi amigo a la visita y acaso sospechando si le habría tocado la gracia o iría a encargar algunas misas. Fuele mostrando la casa y tratando de sonsacarle sus sentimientos. Llegaron a la librería, y el fraile, mostrándole el estante que guardaba las obras de los Santos Padres, le dijo solemne extendiendo la diestra: "¡Aquí está todo!" Volvióse Soltura a escudriñar lo demás y, señalando un libro, dijo: "Veo que tienen ustedes también a fray Ceferino González." El cardenal dominicano. El fraile, que no era dominico, contestó: "Sí; es un gran teólogo, tomista y buen apologista." A lo que mi amigo: "Sí, pero…" No bien oyó el fraile no dominico este "pero…", cuando se le encendió la cara, sacó otro libro de la estantería, se lo puso sobre la palma de la mano izquierda y, dando sobre él con los nudillos de la derecha, exclamó: "Usted lo ha dicho, usted lo ha dicho; ése transige con el liberal, pero éste le machaca, le machaca, le machaca…" No supo mi amigo quién era aquel que machacaba, machacaba y machacaba al liberal con quien transigía el cardenal R. P. fray Ceferino González, O. P. Que hasta transigió con el transformismo darwiniano, como más adelante el P. Arintero, también dominico.

¡Cuántas veces hemos tenido que acordarnos de aquel "le machaca, le machaca, le machaca"! Al liberal, se entiende. Y nuestros mauristas, los de don Antonio Maura, no machacaban al liberal, como querían nuestros tradicionalistas, mauristas en el sentido francés del siglo XVII. Don Antonio Maura transigió con la dinastía liberal borbónica; fue lo que hace cuarenta años se llamaba un mestizo. Transigió, siendo católico, con el régimen liberal.

Y con esto nos encontramos, otra vez, con el régimen liberal, del liberalismo, que es pecado "en todos sus grados y matices", que decía Sarda y Salvany, el autor del "áureo librito". Y con ese régimen no cabe transigencia por parte de los netos tradicionalistas, sino machacarle. Y machacar al liberal

Machacar al liberal y no al liberalismo; porque en esos que dicen sentir como un deber patriótico el no acatar sino por forma e interinamente el régimen —el liberal, se entiende—, en esos el resorte de acción política es un resorte de resentimientos personales. Se trata de cobrarse de adversidades individuales: se trata de represalias; se trata de desquite. ¿Colaborar con los del régimen? ¡Jamás! ¡Machacarlos, machacarlos, machacarlos! Son tradicionalistas—y no me refiero precisamente a los que específicamente se denominan así y antes carlistas—, y la tradición de nuestras guerras civiles ha sido

ésa —de una parte y de otra—: machacar, machacar y machacar. ¡Y con qué machos!

¿Que a ellos, a esos tradicionalistas, a los del otro régimen, se les ha machacado en el que llaman el ominoso bienio de una manera muy… tradicional? ¡Claro que sí! Se dejó incendiar conventos e iglesias y hasta se excusó los incendios, pues los conventos no valían la vida de un buen petrolero; se confiscó, con crimen de Estado y contra justicia, los bienes de una Compañía disuelta; se aplicó, sin proceso regular y sin expedientes justificativos, una ley llamada de defensa; se llamó revolución a lo que no era más que machaqueo; se insultó al adversario y se le calumnió…; todo esto es, desgraciadamente, histórico, pero… Aquí lo del fraile al "pero" de Soltura: "¡Usted lo ha dicho; ése transigía con el liberal, pero éste le machaca, le machaca, le machaca!…"

No, no es restauración, no es renovación de tradiciones lo que esos supuestos renovadores buscan, sino venganza y desquite. Y vuelta, sólo que del otro lado, al machaqueo de las llamadas responsabilidades. ¿Será que aquello que Cánovas del Castillo llamó la constitución interna de España no sea más que el estado de permanente guerra civil? ¿De esta guerra civil que aquel antiguo republicano —de los primeros, en orden de tiempo, en España— que fue Romero Alpuente declaraba ser "un don del cielo"? ¿Será que hay siempre que declarar a alguien fuera de la ley?

Y vea usted, mi querido amigo Miguel Maura, cómo de aquellos mauristas franceses del siglo XVII, de aquellos benedictinos tradicionalistas de la Congregación de San Mauro, hemos venido por los mauristas de su padre de usted, don Antonio, los que transigían con el liberal, a parar a estos renovadores y restauradores a quienes en el fondo apenas si algo se les da de tradición, ni de liberalismo, ni de regímenes, sino de machaqueos y de desquites. ¡Y España… que se hunda!

1934 - Juventud y juventudes

1934

Juventud y juventudes

Ahora (Madrid), 3 de enero de 1934

Es un zagal del páramo, castizo y no mestizo; pero como vive y reza al sol y al aire libres se templa el empuje de la sangre generosa con la bizma del dulce azul de la luz del cielo del campo. De día guarda las ovejas, acaricia al mastín y a las veces hace sonar un guijarro sobre los matujos. De noche suele, despierto, soñar las estrellas. Goza del campo con sosiego melancólico y resignado, no con el afán deportivo de cazadores y desocupados. Es de los que han aprendido a sorprender en el borrico la compasiva y lastimosa sonrisa cuando se le pega. Como no ha sido nunca mozo, nunca será viejo. Hecho desde niño a todas las estaciones del año, fúndense todas en una para él, que no tiene edad. Moldeada su cordura por el caudal de refranes y cuentos aldeanos y consolado de haber tenido que nacer por los rezos y ritos de la fe heredada de sus mayores. Aunque guía rebaño o, más bien, por el hecho de guiarlo, no es rebañego; no se junta con sus parejos para formar con ellos una "juventud" corporativa. Es un solitario cara al cielo y pies en tierra.

Pienso en él cuando dan que hablar esas juventudes corporativas, profesionales, que fermentan en las bodegas civiles del espíritu público y en las cavernas urbanas de la llamada revolución. Juventudes de todos santos y señas, de todos gritos, en que se destacan las más extremosas, las de los que tratan de sobrepujar a sus mayores y aleccionarlos en rebeldía vocinglera. Las hay "de toda clase" y de todas las clases. Entre ellas, la petardista. ¿Llegaremos a ver formarse la librecambista, la georgista, la hispano-americanista, la forestal, la vitivinícola…? ¿Es que no hemos visto la jonsista, y no llegó a matricularse, al calor de fomentos ministeriales, la juventud radical-socialista, que es ya el colmo? Formaciones que alguna vez empiezan aun antes de la edad propiamente juvenil y por mano de mayores. Ver a niños uniformados da siempre tufo de hospicio. O de noviciado, que es igual.

Los hombres que más hondamente han sentido la comunidad histórica, la comunión civil de su pueblo en la historia, han solido ser en su niñez y en su mocedad unos solitarios. Han solido hacerse fuera de esas juventudes de santo y seña, de color y grito y de fingido desdén a generaciones cuya obra, por

desconocerla, no reconocen. Hay al lado de ciertos partidos su "juventud" correspondiente; junto al partido equisista, por ejemplo, la juventud equisista, que es otra equis. Y cuando le sale a una de esas supuestas juventudes un caudillo o jefe, suele ser el más viejo de espíritu en el grupo. Es que no pueden tener jefe. Y de aquí que no quepa saber quién dirige esas agrupaciones de asalto a las filas de las de los mayores para emprender carrera en derechura a los cargos retribuidos.

¿Estudiar la doctrina? No; esas "juventudes" no se fraguan para estudiar nada. La equisista, vaya por caso, no estudia la doctrina del partido equisista de los mayores, que hasta para éstos es una equis, es una incógnita. Que a un partido al uso corriente no le hace el credo, sino la que llaman disciplina. La fe —... ¡pase!— de los partidarios suele ser implícita, de carbonero, lo que les permite pasar de un partido a otro sin tener que sacrificar ni migaja de convicciones. Y así le cabe, por otra parte, decir a un equisista, zedista, enista o jotista —de X, de Z, de N o de J— que lo es de toda la vida, de nacimiento, de inconciencia e inocencia, desde que por el "volo" de su padrino adoptó el credo implícito hereditario. ¡Pobres chicos!

Y así es cómo no hemos podido ver descollar de esas sedicentes y supuestas juventudes ningún joven de veras, de espíritu juvenil. Cuando alguno surge o es fuera de ellas o separándose de ellas. Más fácil es que salga de un huevo abandonado en el campo que no de uno de incubadora de avicultura.

¡Y vuelta siempre al mismo tema: al de los solitarios de cada generación! Cuando veo a un joven de edad recatado, reconcentrado, tal vez hosco, que se pasea solo soñando vaguedades, acaso orilla del río, junto a los sauces, mirando correr el agua de un modo que sugiere fatídicas aprensiones, suelo decirme: "¿Será éste uno de los caudillos de mañana, un hombre mesiánico?" Y no se me ocurre decírmelo del que perora en contubernios de cualquiera "juventud". Al ver a uno de esos solitarios me acuerdo del pasto de que os decía. Y de David en derechura al Dios de Israel.

No sé si será aprensión mía, pero creo notar que mi soplo de desaliento —¡ojo a la íntima contradicción de este ajuste!— sopla sobre nuestra juventud solitaria, la no afiliada a ninguna de esas mentidas juventudes. He oído, y casi en confesión, las confidencias de algunos de esos reconcentrados; les he oído abominar de la política por colmo de espíritu civil, de civilidad; les he sorprendido buscando religión o, si se quiere, religiosidad de patria. ¿Qué fe o que infidencia, qué creencia o qué incredulidad, qué esperanza o qué desesperanza —acaso desesperación— se está fraguando en el seno del espíritu común de nuestros jóvenes solitarios, los de los diez y seis a los veintitantos años sobre todo? Que no todo es pelotón, ni pantalla, ni peñas de café, ni cabaré. Y ahora que por edad oficial voy a tener que dejar de estar en tanto contacto con esa juventud, con la estudiosa, esa aprensión me tortura más que me haya nunca torturado. Es que se me llena el alma de la memoria con los recuerdos de aquella mi juventud, tan solitaria, de mis diez y seis a mis veintidós años, los 1880 a 1886 de mi España. En el ya mítico 1898 me había ya dado su primer fruto acerbo, el de primavera.

¿Que concreten? ¡Concretar! No es de mocedad. El mozo de veras nada concreta, y menos sus esperanzas, pues éstas son —y es uno de mis estribillos favoritos— proyecciones de recuerdos remotos, y el que no los tiene a duras penas consigue darse armazón de esperanzas. Además, esos recogidos

mozos, ermitaños de nuestro páramo mental, suelen ser vivientes más que vividores; déjanse vivir sin hacer por su vida, y sin abrirse camino, quédanse en el ya abierto. ¡Y cómo... ! Pero ellos son la sal —por amarga que nos sepa— de nuestra tierra espiritual, esos mozos solitarios —¡no neutrales, no, sino que no van a hacerse carrera política!—; esos que no se apuntan en juventudes de partido y menos en partidos sin juventud; esos que mientras van —cada uno dentro de sí— en busca de una clara, honda y fuerte fe española, van tejiendo a la vez los pañales —no forros— con que abrigarla y arrollarla cuando llegue a abrírseles, naciéndoles, por sustancia y no por accidente, un nuevo credo desnudo. Aviéneles el común empeño, pero no se convienen entre sí por no tener acuerdo común; úneles, avenidos, la esperanza, pero la falta de fe les impide convenirse, ya que sus corazones no contemplan todavía una clara España venidera. Y no es hacedero vislumbrar qué o quién —qué cosa o qué hombres— saldrá de todo esto.

Al ir a dar a las cajas este Comentario leo, publicada impresa, la sexta de mis “Cartas al amigo” y me percato de que es, en el fondo, esto mismo. Pero la forma es el verdadero y duradero fondo. Variaciones —y fugas— sobre un eterno tema, y la música es el concepto que cala.

Andología

Ahora (Madrid), 13 de enero de 1934

A Marcelo Calderón.

Releyendo el “Orlando furioso” de Ludovico Ariosto, uno de los más puros poetas —de poesía pura quiero decir— que yo conozca, me encontré, en la octava 157 del canto XVIII, con este verso: “Con Stordilan, col Re d’Andología”. Y en la nota al pie de la página, el anotador Giacinto Casella, de acuerdo, seguro, con los demás eruditos, dice que está por “Andalusía”. Debe de ser así, pues sabido es qué juegos y variaciones solía hacer con los nombres aquel poeta que tantos creó y tanto se recreó y recreó a otros con ellos. ¿Por qué Andología y no Andalucía? ¿Le sonaba mejor? No, desde luego, por la rima, que en ésta son equivalentes. Por rima fue Lord Byron, en su Don Juan quien le convirtió a Sancho Panza, quitándole la cedilla a la ç, con que lo escriben por ahí fuera, en Sancho Panca, para que rimase con Salamanca, aunque éste cree que es otro que el escudero de Don Quijote. Y si Lord Byron vislumbró o columbró, merced a la rima que Carducci llamó “generatrice”, un Sancho Panca arrimado a Salamanca, ¿no será que el Ariosto, en recreo del oído, vislumbró una Andología que no es precisamente nuestra Andalucía?

¡Andología! Lo primero que nos sugiere es la fatídica serie de las logías, que tanto se han multiplicado desde el tiempo de Ariosto —han pasado ya cuatro siglos— hasta hoy. Las logías —entonces más conocidas y respetadas— eran la teología, la mitología, la astrología y otras así. Poéticas logías —con el

acento en la i, ¿eh?, y no en la o, pues las logias nada tienen de poéticas—, que han producido otras que no lo son. ¿Por qué no habríamos de cambiarle el acento a sociología, por ejemplo, para que rimase con logia, ya que aquélla es lo más pesado, intrincado y huero que cabe? ¿No se lo hemos cambiado a la demagogia, no sé si para desarrimarla de esa pesada, intrincada y huera pedagogía que es, con la sociología, uno de los azotes de nuestro tiempo? Quedando, pues, en que no estaría de más trasacentuar a la pedagogía y a la sociología haciéndolas pedagogia y sociologia, arrimadas a las logias, con acento en la o, volvamos a Andología.

En el canto siguiente, el XIX, canta Ariosto cómo Angélica y Medoro se casan en casa de un pastor, y ese bellísimo pasaje, de la más pura poesía, me recordó a algún poeta andaluz, lector de Ariosto, que cantó también a Angélica. Y ello me sugirió la fantástica especie de que acaso ciertos literatos andaluces —de verdadero gran mérito algunos— que andan ahora a vueltas con cierto andalucismo filológico y sociológico y etnológico y antropológico y todo menos lógico, no sean acaso andólogos más que andaluces. Claro está que su andología no es política, sino cosa más pura y más poética y más sincera. Precisamente en el día en que releí el canto XVIII del "Orlando furioso" hube de leer en "Eco, revista de España", un artículo sobre un poeta andaluz —y no sé si andólogo— en que se decía que "parece ser que la poesía española de este siglo se ha nutrido de los efluvios árabes de Andalucía". ¿Parece ser…? Eso es cuestión de antología, que rima muy bien con andología, y que significa florilegio o guirnalda. Y luego de citar nombres se recuerda aquello de Barrés de que aún dura en España la guerra entre moros y cristianos, y se añade: "Aplaudamos estas batallas espirituales y auguremos que vendrán a parar en un temple del acero toledano por el fuego andaluz." Y en seguida: "Nosotros tenemos que aprender mucho de Castilla, y los castellanos tienen, a ratos que olvidar que son los profesores de español del mundo hispano y dejarse bañar por la suavidad del enervante influjo poético andaluz." Anda… luz.

¿Moros y cristianos? Pero en España hubo y hay más. Hubo y hay también judíos y… gitanos. ¡Y lo que estos últimos han influido! Toledo, por ejemplo, el del acero, era tan judaico como cristiano; acaso más. En todo caso judío converso, cristiano nuevo. Y en cuanto a lo del fuego andaluz… Fue un gran poeta español, hispánico y universal, un máximo poeta, sevillano él, quien decía del arte sevillano que es "fino" y "frío". Y es curioso que los máximos poetas sevillanos, Bécquer y mi Antonio Machado, hayan madurado en Soria, en Soria "fría", verdadero riñón de Castilla, donde el habla de ésta se filtró; en esas tierras donde se balbuceó el Cantar de mió Cid. (Mió y mío, no tengamos otra de trastrueques de acentos.) ¡Hay tanto engaño en eso del fuego! Luz, sí, puede ser; pero fuego… Hay volcanes que lo guardan bajo cumbre nevada.

No volvamos a Góngora, que de fogoso no tenía mucho. Hay mucho más fuego en San Juan de la Cruz, el de Fontiveros, fría tierra de Ávila. ¡Y aquel rescoldo de "gloria" de hogar de Tierra de Campos que nos reconforta el duelo de las inmortales coplas con que cantó la muerte de su padre aquel Jorge Manrique riberas del Carrión, palentino…! Y por otra parte, aparte de esto, hay calor oscuro y hay luz fría.

Por lo demás, no acierto a ver esa batalla espiritual. Pasaron los tiempos de aquel simpático Méndez

Bejarano, profesor de literatura y erudito, como buen sevillano, que se pasaba el tiempo exaltando a la llamada escuela sevillana y rebajando a la llamada salmantina. Se entretenía —inocente entretenimiento— en contar los versos de Fray Luis de León que no le sonaban preceptivamente.

¡Y no entro a hablar de la forma sobre la que corre cada tópico, cada lugar común…! Forma no es figura. Forma, en lenguaje escolástico —castigadísimo lenguaje que no hay que olvidar— se contrapone a materia. El alma, según Aristóteles, es forma. Y lo hermoso —"formosus"— es lo formoso, lo que es lleno de forma. No hay poeta que desvirtúe "su fuerte potencialidad poética" volviendo a la forma. El poeta, si lo es, no puede volver a la forma, porque no sabe salir de ella. La palabra es la forma de la idea, su alma, y se hace poesía con palabras. "¿Sin ideas?" —dirá algún sociólogo o algún pedagogo—. La palabra, cuando de veras lo es, es de por sí idea. E idea quiere decir visión.

La visión, la idea, es cosa de luz, y la palabra, que es cosa de son, lo es también de fuego. Hay ideas que se queman en palabras. Las ideas pueden dar luminosidad a un canto, a un relato; fogosidad le dan las palabras, almas o formas de las ideas. ¡Y ay, amigos míos, qué fríos, qué lastimosamente fríos suelen surtir ciertos informes poemas luminosos!

¿Frío? Cuando se dice del castellano Escorial que es —en sentido artístico— frío, replico: "¿Frío? Frío, no, ¡seco!" Y la sequedad —tan castellana— no es frialdad. Hay huesos que al que les toca le queman. En literatura nuestro Quevedo es seco, ¿pero frío? ¿Frío El Escorial? Más fría —en el sentido susodicho— la Alhambra. aunque más luminosa.. ¿Frío El Escorial? ¡Ni Felipe II! Su jardín de los frailes podrá ser una ascética escuela de sequedad, y aun de sequía, ¿pero de frialdad? ¡Vamos…! A no confundir, pues, las especies, es decir, las ideas. No las mixtifiquemos, esto es: no las hagamos mixtas, mezcladas, pero tampoco las mistifiquemos, las hagamos místicas, secretas, inefables, indecibles, porque una idea que no cabe decir, ni idea es siquiera.

Y vean, amigos, a qué escudriños y enquisas nos llevan la Andologia ariostesca, las antologías poéticas, la sociología, la pedagogía, la filología y… hasta las logias. Estas en calidad de bambalinas y de tramoya para los papanatas.

Del año 1933 al 1934

El Sol (Madrid), 14 de enero de 1934, número extraordinario

Heme aquí hoy, 6 de diciembre de 1933, ante el blanco papel —blanco como el negro porvenir—, dispuesto a decir algo que no ha de ser leído hasta el primer día del año 1934, un domingo. ¿Profecías? Dios me libre. La vocación del historiador —la siento— no es de profeta. No me preguntes, pues, lector, qué es lo que creo que pasará —o mejor, quedará—, sino qué es lo que creo que ha pasado y que está

pasando. Para esto provee la Naturaleza; para aquello hace falta la gracia. Y vamos al caso.

En 1933 se han condensado, se ha apretado, la guerra civil crónica entre las que se ha llamado las dos Españas, y que constituye la vida civil íntima de nuestra España común. Constituye, digo, porque ésa es la que Cánovas del Castillo llamó nuestra constitución interna, nuestra historia. No es una lucha entre República y Monarquía —dilema superficialísimo y sin consistencia—; es otra. Los liberales, los constitucionales de 1812, la plantearon ya. Riego no fue un republicano. Ni entonces quería decir republicano, así, sin más, algo claro y preciso. Como hoy tampoco.

En las últimas Constituyentes tampoco se trataba de eso que suele llamarse, para mayor confusión, régimen. Las elecciones del 12 de abril de 1931 no plantearon un problema de régimen al echar de España a su último Rey. Plantearon de nuevo el problema de la constitución interna. Y la mayoría de esas Cortes constituyentes, guiada por pedantes de la revolución —mucho más pedantes que revolucionarios— y de una revolución que no era tal, se puso a forjar una República democrática de trabajadores de toda clase, federable, jacobina y socializante. Lo que no fuera eso sería una República espuria, corrompida, monarquizante. Así lo declaraba el sumo definidor y sumo pedante de la supuesta revolución. Y la necesidad innata de crearse una conciencia de vencedores —como dijo muy bien el portugués Fidelino de Figueiredo—, conciencia que no tenían, les llevó a los gobernantes a toda clase de excesos por manía persecutoria, y a las turbas, a mayores excesos criminales, que el Gobierno dejó pasar si es que no sancionó. No valían todos los conventos la vida de un solo buen incendiario. Más cuando, según decreto verbal de la pedantería revolucionaria, España había dejado de ser católica de la noche a la mañana.

Aquella insensata mayoría, llevada por cabecillas aun más insensatos que ella, se empeñó en rematar la obra revolucionaria constitucional. Y vino la inevitable disolución de aquellas Cortes que se creyeron revolucionarias. La reacción era inevitable, en efecto. El pueblo no había querido aquello. Y se encrespó de nuevo la secular guerra civil, no entre monárquicos y republicanos —¡qué pobre y ridícula diferenciación es ésta!—, sino la misma de 1812, la misma de 1833, la misma de 1868. La lucha constitucional. Y por entonces, hace unos meses, escribí un artículo en que acababa diciendo: "O la República acaba con la Constitución, o la Constitución acaba con la República." Era y es la revisión de esta Constitución de papel —de estraza, para envoltorios—, hoy todavía, al parecer al menos, vigente. Y por eso dije en nota consultiva al señor Presidente de la República que estas Cortes, las que acaban de elegirse, serían reconstituyentes. Y como tendrán que serlo, ya hay pedantes de revolución que están soñando en disolverlas. ¿Para qué?

El resultado de las elecciones demuestra que hay una fuerte, fortísima, parte de opinión, acaso la más fuerte y más numerosa, que quiere lo que yo he llamado alguna vez, frente a los pedantes del republicanismo ortodoxo, una República monárquica; esto es: en lo social, burguesa, o sea de cooperación, y no lucha de clases; en lo estrictamente civil, unitaria, y no de lucha de ciudadanías comarcales; en lo eclesiástico —no religioso—, liberal, es decir, de verdadera libertad de cultos, sin menoscabo ni privilegio para ninguno de ellos y sin sustituir a la religión del Estado —que aquí era la católica— por la religión de Estado. Religión de Estado que lleva al fajismo, sea de derecha, sea de

izquierda. Y a lo que llaman laicismo, y que no es tal.

"¿Y qué vendrá?", se preguntan los hombres de poca fe. De poca fe en la Historia. Y alguien —un pedante de revolucionarismo— me ha manifestado su temor de que haya que empezar de nuevo contra la reacción. Sin saber que la reacción no es nunca una vuelta al pasado, vuelta imposible. ¿Restauración? Cuando se oye hablar de ella hay que preguntarse: "¿Restauración de qué?"

Abolió Fernando VII la Constitución liberal de 1812, y vino el período absolutista, y murió el Rey absoluto, y a su muerte, hace un siglo, en 1833, estalló la guerra civil entre absolutistas y constitucionales, entre carlistas y liberales, o entonces cristinos. Y acabó en el Abrazo de Vergara con un convenio; pero el absolutismo fernandino no volvió ya. Fue corrompiéndose luego la Monarquía realista, y los excesos del final del reinado de Isabel II trajeron la revolución septembrina de 1868, que no fue republicana, la de Prim. Y vino la Monarquía liberal, casi republicana, de D. Amadeo, y luego, la no madura República de 1873. Y volvió a agudizarse la crónica guerra civil. Con aquella República acabaron el cantonalismo y el jacobinismo antiliberal, sectario. Y luego vino la llamada Restauración, la de Alfonso XII. ¿Se volvió a lo de Isabel II? Ni mucho menos. Las más, y sobre todo, las mejores conquistas de la revolución de septiembre y de la breve República de 1873 quedaron cimentadas. Gracias sobre todo a Cánovas y a Castelar. A Castelar, que fue el verdadero estadista de aquella República, el gran patriota. Su profundo dentido histórico le dictó lo del posibilismo. Y se dio la Constitución de 1876. Y siguió la historia. Y murió Alfonso XII. Y vino la Regencia con su Sagasta. Y luego, Alfonso XIII. Y la corrupción de este reinado, algo parecida a la del reinado de Isabel II, exacerbada por la guerra de Marruecos y por las salpicaduras de la Gran Guerra de 1914, trajo la dictadura de Primo de Rivera, que ha sido la verdadera revolución, aunque sin tanta pedantería de revolucionarismo como esta otra que acabamos de padecer. Y esa dictadura y la trasdictadura trajeron las elecciones de 1931, en que se votó contra aquellas dictaduras y contra el régimen que las amparó. Contra eso, y no en favor de ningún otro régimen. El pueblo no sabía, no podía saber, lo que habría de ser una República. Y las Cortes constituyentes se pusieron a fabricar una, la genuina, la correcta, la revolucionaria. Y ha salido esta Constitución de papel de la pedantería del revolucionarismo. Que no es revolución.

¿Y después? ¿En adelante? ¿Pero es que hay quien crea que hemos de volver a lo de 1922? ¿Es que hay quien crea, por ejemplo, que se ha de volver a lo de que la religión del Estado es la católica apostólica romana en el sentido de limitar, si no proscribir, otros cultos y hacer impositivo en ciertos casos el culto de ella e impositiva la enseñanza de su credo? ¿Es que hay quien cree que vamos a volver a aquellos tiempos en que los católicos luchaban contra la ley del Candado de Canalejas y los obispos protestaban contra el artículo 11 de la Constitución de 1876? No, a eso no se volverá. Semejante restauración es ya, queremos creerlo, imposible. Pero la revisión de esta triste Constitución de hoy es inexcusable. No puede subsistir su artículo 26, con esa disparatada disolución de la Compañía de Jesús y la criminal confiscación de sus bienes. Ni otras confiscaciones igualmente criminales. Ni puede subsistir todo lo que a nombre de la ley de Defensa no ha sido sino obra de injusticia.

El peligro es que se sobrepongan, no los restauradores, sino los "revanchistas", los resentidos, los

energúmenos, los pedantes de la restauración y los pedantes del tradicionalismo, tan perniciosos como los pedantes del revolucionarismo. Teniendo en cuenta que ni tradicionalismo es tradición, ni revolucionarismo es revolución.

Y basta. Pues no quiero meterme en el problema propiamente religioso, que no es el eclesiástico; en el de la religión popular —en su mayor parte adogmática y subconsciente—, en el del verdadero laicismo, que rechaza lo mismo la dictadura de la jerarquía clerical —que no es la Iglesia— que la dictadura del Estado. Este problema de la fe implícita de nuestro pueblo, de su ensueño de vida íntima eterna, es para mí el más congojoso. No lo sienten ni los políticos laicizantes ni los políticos católicos vaticanistas.

Cartas al amigo VII.

Ahora (Madrid), 18 de enero de 1934

Esta va al lector que me escribe que no me entiende —que no me comprende— y que me exprese más claro, que me ponga al alcance de todos, de él… De él, que se dice uno de tantos. Vamos, pues; mas ante todo y de antemano, unas palabras de Teresa de Jesús —con la venia de los laicistas, no laicos— en su *Vida*, en donde dice: "La voluntad suele estar ocupada en amar, mas no entiende cómo ama. El entendimiento sí entiende, mas no entiende cómo entiende; al menos, no puede comprender nada de lo que entiende. A mí no me parece se entiende, porque, como digo, no se entiende; yo no acabo de entender esto." "¡Qué lío!", se dirá alguno de esos de firmes convicciones, es decir, lugares comunes. Y ya se sabe cuál es en una casa el lugar común.

Palabras las de la Santa que no sé si tendría en cuenta el abate Bremond, de la Academia Francesa, tan versado en mística, cuando levantó en la república de las letras francesas aquella polvareda de la poesía pura. Mas si ésas no, hay otras que comenta en su *Historia literaria del sentimiento religioso en Francia*, y son las de aquella ursulina francesa de mediados del XVII, Catalina Ranquet, que decía "Aunque en sentido contrario, siento el deseo y la impaciencia de comunicar (sus experiencias), como explicándome bien. Tal es mi soberbia… esta complacencia de expresarme." En francés: "m'exprimer", y aquí sería mejor traducir: "exprimirme", ya que espiritualmente el que se expresa es que se exprime y hasta se estruja. "En una palabra —añade el abate—, siente la tentación de amar su verbo, por pequeño que sea." Y Catalina, por su parte: "No veo entrada de soberbia en esto, sino que a las veces me parece que hablo muy claro y que me explico muy bien sobre ello." Sigue Bremond aduciendo ejemplos de la ursulina y agrega que ésta se da cuenta "de la novedad, la extrañeza, la osadía, en fin, del pleno sentido de las palabras que uno emplea."

En otro pasaje de la misma obra, comentando Bremond a Juana de Matel, fundadora de la Orden del Verbo Encarnado —de nuevo con la venia de los de marras—, la que decía: "Señor, si yo entendiese el

latín como Santa Catalina de Siena, os querría tanto como ella", y que escribía con pluma rápida comentando lo del salmo: "Eructavit cor meum… lingua mea calamus scribae velociter scribentis", o sea: "Regoldó (¡así!) mi corazón…, mi lengua, pluma de amanuense que escribe de prisa…", dice el abate: "Corazón, lengua, pluma de amanuense vertiginoso, ¿habrá entrevisto ella, de una o de otra manera, el sentido de esas diversas palabras y el picante de su ensamblaje? Pues es una experiencia común entre aquellos que repiten palabras extrañas que en principio no entienden, pero a las que, quieras o no, les dan una suerte de sentido. *¡Qué bien habla!; ¿pero qué es lo que ha dicho?* Estas palabras de la vieja al salir de un gran sermón que la ha arrebatado no son absurdas." "De aquí también —agrega el abate— que en las numerosas visitas con que va a favorecer a Juana de Matel el Verbo no le hablará más que en latín." Natural en aquel Verbo y del siglo XVII. Yo, por mi parte, le oigo en el romance que el cielo y el campo de Castilla me han enseñado a desentrañar.

Y ahora, amigo lector de flojas entendederas, ¡qué frecuente es que, por querer ser entendido de todos, trátese de lo que se tratare; por empeño de ponerse al alcance de todos se avulgare —no vulgarice—, se achabacane, se ramplonice el habla y se escriba en la fundamentalmente más oscura: ¡la de tópicos, lugares comunes y camelos colectivos! En ese gris e inexpresivo lenguaje gacetillesco o de entrevistas y de enquisas, en esta trillada jerga de las "declaraciones" que nada declaran y menos aclaran y que está a la par del lamentable parlamentario. Y aquí tengo que resistir a la tentación de aclarar el sentido verbal de "acatamiento" y el de "adhesión" y de otras palabras con que se forra la vaciedad de los conceptos políticos al uso.

¿No cree usted, lector amigo, que uno de los deberes de un escritor que se precie de tal, de hablista y no de hablador, es hacerlo de tal modo que le obligue al oyente o lector a que se adentre y ahonde en el habla común y la desentrañe? ¿A que no, por irse a lo que llaman al grano deje la flor; a que oiga y lea con atención y calma? Y si el autor no se entiende ni acaba de entender lo que dice, ¿no cree usted que debe escribir para convencerle al lector de que tampoco él se entiende; de que no nos entendemos por no querer cobrar conciencia de nuestro lenguaje común, que es nuestro común entendimiento? Y desentrañarlo es rehacerlo, renovarlo, recrearlo. Y no hay más conservación que la re-creación. Sólo se conserva la lengua que se re-crea.

Y en que uno, el que la habla, se re-crea. ¡Ah, la complacencia, la soberbia —que decía la ursulina— en expresarse, en exprimirse, en darse! "Se oye cuando habla", suele decirse, como un reproche. Y no siempre justo. ¡Qué humano! "A las veces me parece que hablo muy claro y que me explico muy bien sobre ello". Placer de darse, de dar lo más entrañado de uno mismo: el son del verbo íntimo.

Mire usted, señor mío —que también yo, como la mística ursulina francesa Catalina Ranquet, de mediados del XVII, tengo mi soberbia—, cuando empecé a tener público, hace ya cerca de cuarenta años, pasaba por un escritor oscuro y enrevesado, y hoy son legión los que me han confesado que hallan clarísimos —entendiendo la materia, ¡claro!— aquellos mismos escritos míos que reputaron oscurísimos antaño. "Es que han aprendido mi lengua", me digo a las veces. Pero no, no es esto, sino es que han aprendido mejor, gracias a mí en gran parte, la lengua que yo de ellos y de los suyos había aprendido y sigo aprendiendo; es que les he enseñado a entenderse los unos con los otros y cada cual consigo

mismo. Vea si es soberbia —acaso mística, si es posible en la soberbia— la mía. Por lo cual no he de esforzarme en que usted me entienda de otro modo que obligándole a usted a que se entienda a sí mismo, ni he de ponerme a lo que usted llama su alcance, sino hacer que usted alcance lo que está en el caudal de nuestra habla, de nuestro entendimiento comunes.

Y no es cosa de diccionario, ¡no!, sino que usted reflexione y medite —así, medite— en cómo habla y en si quiere decir algo siempre que dice. Y vendrá a parar en que nos debe importar más que lo que otro quiere decir lo que dice sin querer. Y a propósito de diccionario y para amenizar un poco este sermoncete, acabaré refiriéndole un caso ocurrido en mi Bilbao siendo yo muy niño. Y es que había un tabaquero gran trabucador de palabras, el cual, refiriéndose al reló de San Nicolás, en el Arenal, dijo una vez: "Desde que le han puesto *amósfera* nueva…"; y al interrumpirle otro: "Pero, Juanito, si no se dice *amósfera*, sino esfera…", replicó: "Bueno, bueno; ¡p'hablar con vosotros hay que andar con el calendario en el bolsillo!" Nada, pues, de calendario, pero sí reló para oír y leer, hablar y escribir despacio. Lo más difícil, oír despacio, que no es paradoja. Sólo recuerda el que atiende. Y sólo el que atiende entiende. Y entender es recordar. Mas de esto, otra vez.

El ceño de Castilla

El Norte de Castilla (Valladolid), 19 de enero de 1934

"Cumbres de Guadarrama y de Fuenfría / columnas de la tierra castellana, / que por los hielos y las nieves cana / la frente alzáis con altivez sombría; / campos desnudos como el alma mía, / que ni la flor ni el árbol engalana, / ceñudos al nacer de la mañana, / ceñudos al morir del breve día; / por fin os vuelvo a ver tras larga espera, / os vuelvo a ver con aquel afán tierno / del patrio amor que vivo persevera, / para mí y para vos llegó el invierno, / para vos volverá la primavera / pero mi invierno ¡ay! será ya eterno."

Así cantaba al volver a España, su patria, después de larga ausencia en el extranjero, aquel poeta apocalíptico que fue el sevillano García Tassara, y en ese soneto —una maravilla en sus cuartetos— nos dejó su alma y la dejó en la memoria de Dios, que es la historia sobre-sustancial. Y ahora yo, recogido en esta Salamanca, donde rehuyo que se me pegue la inevitable chabacanería de las luchas de los partidos políticos —loque no es política verdadera— y en este último invierno de mi menester docente oficial —al ir a caerme la jubilación— contemplo el ceño de los desnudos campos castellanos.

"Que ni la flor ni el árbol engalana…" Empiezan a apuntar las mieses, revistiendo de tierno verdor a los campos, las mieses que esperan la hoz. Pero otra hoz pasó ya por aquí, la hoz moscovita segando corazones de hombres mientras el martillo les martillaba el seso. ¿Que la mies de esas entrañas humanas, que sus inacallables anhelos de justicia tiene raíces de dolor? Sin duda. Pero no suelen ver,

no pueden ver acaso, dónde está la raíz del mal y les han traído nuevas leyendas —no mejores que las antiguas, y cuidado que estas son malas— sacadas de una pedantesca interpretación materialista de la historia. Con otro régimen económico, con otra distribución de la riqueza, con suprimir la clase explotadora, la tierra se volverá de madrastra en madre y desarrugará el ceño. La pobre tierra que se empobrece más si la cultivan por su cuenta y riesgo los pobres hombres pobres. ¿Asentarlos? Se repetirá el caso de la fábula de la gallina de los huevos de oro. Y eso que no son de oro.

¡El árbol! Aquí la encina recia y prieta, inmoble al viento, de hoja perenne que da fruto y da leña y da sombra y da frescura. Pero siguen talándola. Es la locura del grano.

Cuando hace años hacíamos por estas tierras una campaña agraria —no habían surgido aún los sedicentes agrarios— hubimos de referirnos muchas veces a los municipios desolados, desaparecidos. Entre ellos el de Campocerrado, de un solo dueño, un señor conde. El cual se lo vendió a un ganadero indígena y éste expulsó a todo el vecindario para meter en el término su ganado e irse él allá, con sus criados, a criarlo. Pocos años después se aró el Cementerio del lugar. Y cuando el que esto ahora cuenta aquí tomaba parte en la susodicha campaña, no dejaba de aludir al caso de Campocerrado, recordando lo que en Inglaterra se dijo cuando una duquesa hizo expulsar labradores para sustituirlos por ovejas, y era que las ovejas se comían a los hombres. Mas han pasado años, he vuelto a pasar por aquellas tierras y he podido ver que donde no podían vivir los míseros labriegos —ni los pegujareros— y eso que no regía ley de Términos municipales contra los braceros por fuerza trashumantes a temporadas, hoy viven los que cuidan el ganado. Y he comprendido que donde las ovejas —y las vacas y las cabras—no se comen a los hombres, se comen los unos a los otros. Porque la tierra de arar no puede mantenerlos. Y me he dado a meditar no sólo la ley de la renta de Ricardo sino la de la población de Malthus. Y las pedanterías de la industrialización de la agricultura dirigida por hombres educados en fábricas. O acaso en oficinas o en redacciones de periódicos de economía social que presume de científica. Y se sigue talando los árboles y los campos cada vez más desnudos y cada vez más ceñudos.

Pero váyaseles con estas consideraciones pesimistas —así las llaman y acaso tengan razón los que lo dicen— a los que a toda costa quieren que su trabajo les rinda lo que no puede rendirles su producto y para eso suprimir al empresario, y desde luego, al propietario, a quien sustituirá el Estado todopoderoso. Sólo que como el todopoderoso Estado no puede dirigir por sí vuelve el intermediario y, además, ni el Estado puede igualar el rendimiento al salario apetecido. ¿Que saque éste de toda la demás producción? Sí; empobreciendo a todos, incluso a los labriegos.

"¡Bah!, se ha dicho eso y se sigue diciendo tantas veces…!" Se dice. Y los pueblos pobres se hartan de repetir que a otros pueblos, a los pueblos ricos, les sobran frutos. Y obligarles a que nos los cambien. Pero por qué otro producto. Como no nos echemos a conquistarles sus tierras… O vayamos de siervos a ellas… No, si es que no está la tierra toda humana sobrepoblada, está, por lo menos, la población muy mal distribuida. Y en cuanto a estos campos desnudos y señudos… ¡Sí, sí, el granero de Roma…!

Estos campos, hoy desnudos y ceñudos, fueron, en un remoto antaño, campos de pastores trashumantes, de cañadas o cordeles de la mesta. El traje del charro, que desaparece, con sus botas y

su cinto de media vaca, el traje de vaquero, era impropio para encorvarse a empuñar la mancera de un arado. Era de la raza de Abel. Y éstos, los abelistas, echaron afuera a los moriscos, a los cainistas. Y a los judíos. Es decir, quienes les echaron fueron los señores, los dueños de los pastores. Pero descendientes de Caín, el labrador, fundaron las ciudades y de la ciudad surgió la civilización, y con ella toda esta terrible lucha en que los hombres se comen los unos a los otros. ¿Y ahora?

Ahora los hombres tienen que aprender a refrenar sus apetitos —su hambre individual y su hambre específica— a rebajar —¡y en qué medida!— su tenor de vida y a poner en claro qué son esas imaginaciones del "justo salario" —imaginación pontificia— y de la "existencia digna" —imaginación constitucional republicana. A la vista de estos campos desnudos y ceñudos tenemos que desnudarnos las almas —desnuda nos decía García Tassara tener la suya— y meditar en que acaso llega, hasta para los más jóvenes, un largo, un muy largo invierno. ¿Volverá la primavera?

¿La primavera? "¡Primavera, juventud del año; juventud, primavera de la vida!" Así se ha cantado. Y ahora: "¡giovinezza!", "¡giovinezza!" ¡Juventud! ¡Juventud! ¡Sí, sí, que canten, que canten! Cantando se distraen las penas. Y se las alimenta y amansa.

Mas, después de todo, este desnudo ceño de Castilla, ¡qué lección de resignación, de paz entrañable, de íntimo sosiego, de eterna esperanza, le da al que contempla la puesta del sol en sus campos! Se dijo en un tiempo que no se ponía el sol en los dominios del Imperio español. ¡Que se ponga… no importa! ¡No importa!

Lo que importa es otra cosa.

¡Cumbres del Guadarrama y de Fuenfría, columnas de la tierra castellana! ¡Columnas que sustenta a su cielo!

Cartas al amigo VIII.

Ahora (Madrid), 27 de enero de 1934

Quedábamos en que entender es recordar, acordarse. Recordamos para entendernos lo de nuestros padres y los suyos. Que el alma se nos hace en el regazo de la lengua común, en el seno de la comunidad de nación. Perpetuo recuerdo, remesa, transmisión, tradición. Sólo por ésta nos entendemos. La lengua es la tradición siempre renovada, en progreso siempre, y guarda en sí lógica, estética, ética, hasta religión íntimas. Que lo más íntimo de la llamada Reforma —y a la vez de su melliza, la Contra-Reforma—, fue el hacerse lengua vulgar, familiar, popular, laica. De los más hondos y ahincados reformadores, re-creadores, de sus sendas lenguas familiares fueron Lutero y Calvino. Antes Huss y Wiclef.

Toda tradición —transmisión— viva conlleva, pues, en empinada y escarpada cuesta, progreso. Toda historia es herencia, y lo de Cánovas de continuar la de España, una perogrullada, como el pretender comenzarla, una necedad. ¿Nuevas convicciones? ¿Nuevo rumbo? ¿Nuevo credo? Bien; ¿pero adquiridos o infundidos? (Mejor, embutidos). ¡Y cómo! Muchedumbres embaídas por palabrería y habladuría sin palabra ni habla de veras. ¿O es que va uno a comentar eso del fervor, y la emoción, y la vibración y otros embelecos así para embeleso de papamoscas? ¡O llamarle Divinidad —no menos— al consabido régimen! Y luego la diferencia que va de acatamiento —rendimiento— a adhesión. Se adhiere, se agarra, la hiedra al árbol para trepar o para ahogarlo, y el mamoncillo a la teta materna o de alquilada ama de cría de hospicio. Pero como a esos papamoscas las ideas sustanciales y estables les resbalan por fuera y no se les quedan dentro sino las accidentales y pasables, andan a tuertas y a tientas por los caminos imperiales de la vida civil durante la extensión de ésta. Y todo eso que dicen profesar, ¿es idolatría? ¿Superstición? ¿Fetichismo, o sea hechicería? Algo peor. Porque a todo ello la librepensaduría al abuso, como la ortodoxia católica romana —envés y revés cambiables—, proveen a sus respectivos feligreses de grillos y de muletas. ¿Si lo uno, para qué lo otro? Es que la librepensaduría —sobre todo la de compás y escuadra— no ha hecho más que remedar y remendar la Inquisición.

¿Qué? ¿Qué dice usted, amigo? ¿Que a qué partido, secta, escuela, hermandad o círculo pertenezco? Al de ir haciendo que cada uno de ellos vaya a entender su propio entendimiento, y no es poco. Es como otro —no usted, amigo mío, no—; otro que me soltó, desde un diario de mi tierra nativa, que ando mariposeando de ceca en meca. Majadero quien lo soltó, ¡más que majadero! Cuitado partidario entontecido que no puede entender las libres tomas de posición y de posesión mentales ajenas. La dementalidad o siquiera deficiencia mental es algo hoy, sobre todo en política, espantoso en España. ¡Mariposeo! El cuitado, oruga que está a roer su hoja marchita —tal vez de berza—, no llegará a mariposa, porque antes, cuando coco encapullado, le ahogarán para desovillar hebras de su capullo. ¡Que roa, pues! Ellos, a roer, y nosotros, a roerlos y restregarles la sesera hasta que aprendan —¡quiá!...— a mirarse desde fuera de sí mismos y se salven.

"Hablando se entienden las personas", se suele decir. Las personas, puede ser, pero... Mas antes hay que hacerse oír, hablar, leer y escribir despacio, rumiando, que es educación. Y para ello nada peor que cegar la fuente de la palabra viva, de la que estamos haciendo arreo. El olvido de crearse la propia lengua —"Hazte el que eres", dejó dicho Píndaro— es lo que ha hecho que hayan podido prender sandeces, como la de llamarle estúpido al glorioso siglo XIX, el del gloriosísimo liberalismo. Gentes que, por querer estar al día, no saben ir al siglo. Tanto valdría llamarles estúpidos al Maladeta, al Almanzor, al Veleta, al Duero, al Tajo o al Ebro. Y, por otra parte —ésta ya noble—, hay el placer de crear —¡claro!, ¡y tanto!...— como el de anonadar o siquiera el de construir y el de destruir. Pero hay la complacencia de entender lo que se crea —o siquiera construye— y lo que se anonada —o siquiera destruye—. Y de no entenderlo surgen remordimiento y resentimiento. Sobre todo cuando se derrumba torre construida con escombros de derribo. Mas ya dijo el Cristo: "Perdónalos, Padre, pues no saben lo que se hacen."

"¿Y qué más?" ¡Ah, sí!; que los que para inciertos roedores de berza, pasamos por raros, desequilibrados, extravagantes —si es que no locos— o por mariposas, tenemos que decir muy alto, muy

ancho y muy hondo que somos los que mejor sostenemos el pecho, que alberga el corazón, la cabeza, que alberga al seso. ¡Así! Ellos, a la que llaman acción; nosotros, al entendimiento de ella. Y al habla. ¡Y qué orgullo si para entender otros pueblos de Dios al nuestro tuvieran de nosotros que aprender su lengua! Salvar a España siquiera ante el sentido del mundo de los entendidos. Y si, lo que Dios no ha de permitir, hubiera de hundirse la patria, que se pueda llegar a decir que hubo quienes entendimos que se hundía y cómo, aunque sin poder remediarlo. De tener que morir, morirse con plena conciencia de muerte. Y glorificado sea el tu nombre, España, aun muerta, pues el nombre es la sustancia espiritual eterna. Y entrar con entera razón, con sentido lleno, en la inmortalidad de mano del Ángel de España. ¿Dejar nombre en la Historia? La Historia —el pensamiento de Dios— está tejida de nombres vivos y redivivos.

Mas cuando en una de estas galernas de nuestro viaje se vean en lo alto de las antenas de la nave luces de Sant Elmo —que son fuegos fatuos del pantano en cuyas orillas roen las orugas y croan las ranas—, se nos abrirán de par en par, al aire azul, las hojas del corazón y habrá de recobrar esperanza de que la conciencia comunal —que no es precisamente esa quisicosa a que se llama opinión pública— nos lleve a puerto de salud. Y de pasaje…

Y en tanto, dejándoles roer, nosotros, mariposeando —¡sea!— de flor en flor, a hacer entendimiento de habla, que es hacer conciencia familiar, popular, laica de veras.

Hila tus entrañas

Nueva Vida (Barcelona), núm. 2.º, 30 de enero de 1934

“Mi pena es como un castillo roquero, que, cual nido de águila, se eleva en la cumbre de una montaña, entre nubes, y que nadie puede asaltar. Desde él me lanzo a la realidad y cojo mi presa; pero no me quedo abajo, sino que me llevo mi presa a mi hogar, y esta presa es una imagen que entretejo en los tapices de mi castillo.”—S. Kierkegaard.

Este mismo trágico Kierkegaard nos dijo de una araña que, suspendida sobre el abismo, tantea el abismo de su alrededor. Y el enorme poeta yanqui Walt Whitman volvió sobre esta imagen tan preñada de sentido simbólico.

Decía Kierkegaard en 1843: “¿Qué va a venir? ¿Qué nos va a traer el porvenir? No lo sé; no presiento nada. Cuando una araña desde un punto fijo se precipita hacia abajo, a sus consecuencias, ve constantemente ante sí un espacio vacío en que no puede sentar pie firme por mucho que lo tantee…”

Decía Walt Whitman en 1870: “Observé una silenciosa y paciente araña que estaba aislada en un pequeño promontorio; observé cómo, para explorar el vasto vacío ámbito, lanzaba sacándolo de sí

misma, filamento, filamento, filamento, devanándolo sin cesar, hilándolo con incansable presteza. Y tú, ¡oh Alma mía!, donde tú estás, rodeada de inmensos océanos de espacio, incesantemente meditando, aventurando, lanzando —buscando las esferas, para anudarlas; hasta que se forme el puente que has de necesitar— hasta que prenda la flexible ancla; hasta que el hilo que lanzas coja en alguna parte, ¡oh mi Alma!"

Y ahora, cuando los que asustan del Porvenir, que es peor que temblar ante la Muerte civil, que es la Historia, sea una comedia conforme al libro y al programa; cuando estos se preguntan despavoridos: "¿qué nos va a traer el día de mañana? ¿qué sucederá mañana, Dios mío?, ¿cuál va a ser nuestra suerte?, ¿qué nos espera?"; cuando dicen esto los que se estremecen ante el salto en las tinieblas, nos acordamos de la araña de Kierkegaard y de la de Walt Whitman. Que era una misma araña.

¿El salto en las tinieblas? Lo teme el que no lleva cuerda de salvación consigo. Cuando se va a descender a una sima inexplorada, se lleva una lámpara; pero antes que lámpara, una cuerda, una cuerda de salvamento. Cuando Don Quijote fue a descolgarse a la maravillosa Cueva de Montesinos, llevó "casi cien brazas de soga", con la que "le ataron luego fortísimamente", y a la que él habría querido juntar "algún esquilón pequeño", con cuyo sonido se entendiera que todavía bajaba y estaba vivo; mas aún sin esquilón, "dándole soga el primo de Sancho, le dejaron calar al fondo de la caverna espantosa." (Parte II, capítulo XXII).

Pero para el descendimiento —¿por qué no ascensión?— a la cueva maravillosa del Porvenir tenebroso: para el salto en las tinieblas que se nos vienen espesando encima de la cabeza y debajo de los pies, no sirve soga alguna de fuera ni aunque sea de "casi cien brazas". Como la araña, tiene nuestra alma que sacar la soga, el hilo de Ariadna, de sí misma, de sus propias entrañas. Hay que sacar, cada uno, de sí mismo, el hilo conductor y salvador de sus propias entrañas. Tiene cada cual, si quiere salvarse, que hilar y retorcer las propias entrañas, palpitantes de vida, de ansiedad, de desesperanza y de fe.

Lo más trágico de la araña de Kierkegaard y de la de Walt Whitman, no era que tuviesen en torno de sí el vacío, sin un punto en que sentar pie, sino que era que el hilo de que pendían se formaba en sus propias entrañas, y que era parte de sus entrañas y no una soga que hubiese cogido fuera de sí.

Pobres hombres que para descolgarse a la cueva maravillosa del Porvenir, del mundo nuevo, de lo desconocido del mañana, necesitan soga, ¡programa! "¿Y quién nos va a gobernar? —preguntan aterrados—, ¿y con qué leyes?, ¿y con qué clase de gobierno?; ¿cuál es el programa de esos revolucionarios?: ¿cómo van a organizar la sociedad futura?; ¿con qué substituirán a la propiedad privada?; ¿con qué a la herencia?; ¿qué van a hacer de mi empleo?" Y así sin cesar. Todo se les vuelve pedir soga y un esquilón para llamar cuando sientan ahogo o terror de muerte, y una lámpara para ver las tinieblas. Y no saben que la lámpara no sirve cuando uno no sabe ver en sí mismo. Y que, en todo caso, hay que ser como la luciérnaga, que saca de sus propias entrañas la lucecilla con que, más que alumbrar su camino, se alumbra para que su compañera la vea.

Pobre amigo mío, aterrado ante el salto en las tinieblas del mañana; ante el caos social que presientes;

ante un porvenir sin programa político; ¡hazte luciérnaga y hazte araña!Golpea en tus entrañas y fuerte y sin duelo, hasta sacarles chispas de luz, e hílalas y retuércelas, también sin duelo. Sólo el que , habiendo sido duro e implacable consigo mismo, se hiló y retorció las entrañas en hilo de exploración en el vacío; sólo el que se laminó y se ahusó el alma en busca de su PARA QUÉ, en busca del Alma del Universo, sólo éste puede lanzarse en la sima del porvenir tenebroso. ¿Qué es lo peor que puede pasarle? Que las hiladas entrañas se le quiebren. ¡Y aún así!

Mira, amigo, venga lo que viniere. ¡Más vacío que el pasado no ha de ser!... "¿Qué nos traerá el porvenir?" —dices. Y ¿qué nos lleva el pasado? ¿Qué sentido tiene la historia toda que hasta hoy ha sido? ¿Le tiene alguno? ¡Vaciedad de vaciedades y todo vaciedad! Pero ya conocemos la vaciedad de ayer; ¡venga la de mañana! Pasado mañana será ya cosa vieja. Dentro de un siglo, mucho antes, esa sociedad que nos preparan los de la nueva era social se verá que resulta tan estúpida, tan vacía, tan absurda como la de ayer. ¿Para todos? ¡Para todos, no! Menos para el que desciende a ella cogido al hilo de sus entrañas. Porque para este no hay otro mundo que su hilo. La verdadera senda de la vida de la araña simbólica es el hilo de sus entrañas.

Hílate, pues, las entrañas, alma mía, ¡y venga lo que viniere! Más vacío...

Debates políticos

Ahora (Madrid), 31 de enero de 1934

Aunque este comentador —¡presente!— sienta alguna aversión al espectáculo —no al deporte— del fútbol, a las veces se detiene ante las informaciones gráficas, las instantáneas, de sus momentos. Y no logra darse cuenta del paso. Lo que no le ocurre tanto cuando contempla las de las corridas de toros, y eso que nada tiene de aficionado. El toreo se le presenta más escultórico que el futboleo, acaso por ser más estático, menos cinemático. Y es que repasando cada una de las instantáneas que componen la serie de una cinta cinematográfica ¿cabe darse cuenta del movimiento? Sabido es que la realidad sentida, la que podríamos llamar psíquica —o acaso histórica— no es la física. En una rueda en rápido moverse no vemos los radios, y un bólido nos da una línea. La objetividad para nosotros no es la de un registro estadístico. Y en cuanto al cambio o progreso hay que recordar lo de Leopardi de que "naturaleza marcha por tan largo camino que inmóvil nos parece".

Y aquí cabe, a modo digresivo, recordar lo de aquel objetivista que huyendo de toda arbitraria convención humana y pareciéndole una de ellas la escritura, pretendió aprender a leer un relato en el trazado del disco de un fonógrafo, provisto de una fuerte lupa. ¡Esa sí que era escritura científica, objetiva, natural! Y este mismo objetivista proponía que al niño, al llegar a los cuatro años, se le hiciese estudiar historia crítica comparada —en películas— de las religiones todas positivas y negativas para

que pudiese, libre de prejuicios, escoger entre ellas la que mejor se le acomodase, respetando así su conciencia. ¡Nada menos que todo un pedagogo el objetivista aquel!

Estas reflexiones o, si se quiere, fantasías se le ocurren al presente comentador cuando se para a considerar los juicios que acerca de la marcha de nuestra historia sacan los que se fijan en cada una de las instantáneas de su proceso. Repasando la serie de las actualidades, pretender deducir el proceso. Y de aquí una visión grandemente deformada del camino que vamos recorriendo, una visión cinematográfica.

Hay mucho, muchísimo de error en el sentimiento de que estamos experimentando enormes cambios en la constitución íntima de nuestra comunidad española. Todas estas aparatosas tempestades no pasan de la sobrehaz del oleaje. Como en la mar, la hondura permanece quieta. Y de aquí el que se tome por movimientos de reacción lo que no es más que la afloración de lo permanente. Toda esa tan pretendida cuanto cacareada revolución no ha sido, en su mayor parte, más que ventolera sobre el haz de las aguas, levantando no poca espuma. Ni siquiera lo de aquella vigorosa metáfora del gran poeta catalán —o valenciano, que entonces era igual— Ausias March cuando decía: "Bullirá el mar como pote al fuego" (com pot al foc). Porque aquí no ha bullido o hervido nada. Pues hasta las consabidas quemas lo fueron en frío y en deporte cinematográfico más que en pasión. Humo.

Cuando se oye decir que estamos experimentando un cambio radical en la constitución íntima de nuestro espíritu público, de nuestra civilización, lo ponemos muy en duda. Cuando haya pasado tiempo para mejor perspectiva —de aquí a un siglo, por lo menos— es muy probable que se vea que este giro —este recurso— de la llamada postguerra ha sido menos profundo que el de la Gran Revolución, la francesa o napoleónica, y menos que el del Renacimiento. Y desde luego, muchísimo menos que el de la Reforma en sus dos caras, pues que la llamada Contra-Reforma era su otra cara, ya que se dio lo que el cardenal de Cusa —antes que Hegel— llamó la coincidencia de los opuestos. Lutero —o mejor, Calvino— e Iñigo de Loyola son como el lado cóncavo y el convexo de una superficie esférica. Según se mire desde dentro o desde fuera. ¡Aquél sí que fue —el giro o recurso de la Reforma-Contra-Reforma— profundo y sustancial! Entonces fue cuando la fe religiosa se hundió en las honduras de una civilidad puramente humana. Y la Humanidad se encontró sola. Junto a aquella catástrofe —de un lado y de otro— ¿qué significan todas las cuitadeces del ridículo laicismo y del no menos ridículo eclesiasticismo y la hinchada vanidad de los que repiten la insondable tontería de que la religión —¿cuál?— es el opio del pueblo?

"¡Estamos viviendo una época inmemorial!", se oye decir. ¡Qué gana de darnos importancia! Siquiera de espectadores, ya que no de actores. En este rincón —en mucha parte, remanso— de la gran corriente central que está erosionando el suelo de esta Europa hecha por el Renacimiento, la Reforma y la Revolución, no es de creer que vayamos a darle inmemorialidad a nuestra época con nuestras mezquindades y rastrerías; entre éstas, las de esas funciones de variedades a que se llama debates políticos, que ponen al consabido régimen en posición incidental. Siguiendo en los diarios el curso de esos debates deportivos y cinematográficos, se da uno cuenta de que no hay cambio alguno sustancial en nuestra política desde hace cincuenta años, desde los tiempos del típico Romero Robledo. Y este

comentador —¡presente!—, leyendo las reseñas de las sesiones de Cortes—que son instantáneas y como gacetillas o croniquillas—, cree contemplar no momento de escultórico y asentado toreo, sino de contorsionado futboleo. No cuadrillas castizas, sino equipos traducidos; no estocadas, ni quiebros, ni pases de muleta, sino pelotonazos, y coces, y empellones, y hasta cabezadas. Y a la cuenta de esta diferencia ayuda la actitud de la concurrencia, sus interrupciones, rumores, chillerías, denuestos y algún que otro estallido de litúrgico fervor regimental. Más estadio que plaza de toros. Y así no nos aviamos a seguridad de estado, sino que nos desviamos —si es que no desaviamos— de ella en plena guerrilla civil. De tales debates nada puede aprovecharse para el vuelo de la nación, que no hay ave que lo alce con un ala de vencejo y otra de murciélago.

"¡Cómo han cambiado las cosas en lo que va de medio siglo!", repiten los que viven desviviéndose por olvidar el pasado. Las cosas, tal vez; pero… ¿los hombres? Cuando a la hora de irse a coger el sueño, en el retiro provinciano, se acuesta uno desceñido, encinto, el cuerpo y también la imaginación encinta por las informaciones de la actualidad política, reaparécenle los mismos, cabalmente los mismos sujetos de cuando acabó, en plena representación romero-roblediana, sus estudios facultativos. Y así vamos no al avío, sino al desvío —o al desavío, que es peor— de nuestro íntimo derrotero histórico.

Glorioso desprecio

Ahora (Madrid), 7 de febrero de 1934

"Brama, gime, rechina, ladra, ahulla, y en estallidos su congoja arrulla."

Quevedo.

El ansia de sacudirnos de la mente, siquiera por un rato, el obsesionante fantasma público del hombre-masa, del hombre macizo como la mano o majadero del almirez, nos ha vuelto a llevar a recostarnos en Quevedo el manchego, una de las rocas de que mana la tradición fluida del sentimiento ascético español.

¡Qué hombre! ¡Qué persona! Nada de masa. Oigámosle: "La multitud… es carga y no caudal." "Vulgo y loco todo es uno." "Felipe II… era más formidable cuando trataba consigo las razones de Estado que acompañado de fuerzas y gente…" Y esto que Quevedo, que tuvo que sufrir de la razón de Estado, dejó dicho que "no hay cosa más diferente que Estado y conciencia, ni más profana que la razón de Estado". Fue cesarista por personalista. Y pesimista, por de contado. Quién otro ha dicho en España lo de: "Vuelve los ojos, si piensas que eres algo, a lo que eras antes de nacer, y hallarás que no eras, que es la última miseria." La última miseria el no ser y no la pena, aunque sea eterna. "¡Qué insolente que es la felicidad!", dijo otra vez, arrullando su congoja.

O aquello de que “la curiosidad nace más veces del odio que del amor”, y que le llevó a ahondar en el terrible pecado específico de su pueblo y de su tiempo: la envidia. Y así penetró en lo que podríamos llamar la esencia metafísica del Imperio español de su siglo, de aquel imperio que crecía —él lo dijo— como crecen los agujeros, por sustracción. ¡Y cómo quería al Imperio y cómo quería a su España! Amaba la aspereza, la sordidez, la agrura, la decadencia de su patria; aspiraba con deleite el vaho acre de su descomposición; se complacía en la desdicha. Y él, que consideraba la nada, el no ser, la mayor miseria, y se refugiaba de ella huyendo de la insolencia de la felicidad, en la desdicha, cuán cerca, sin embargo, anduvo del quietismo, del nadismo, de Miguel de Molinos, otro de los espirituales grandes de España.

Miguel de Molinos reputaba miserable a la mayor parte de los hombres de su tiempo, porque sólo se empeñaban en satisfacer la insaciable curiosidad de la naturaleza, y se recogía en no pensar ni querer. Y Quevedo, en su espléndido arrebato de altivez manchega, después de afirmar que en ningún género de letras ha excedido al español ningún otro pueblo del mundo, agregaba que “son pocos los que en copia y fama y elegancia de autores, en el propio idioma y en el extranjero, nos han igualado, y si en alguna parte han sido más fértiles sus ingenios, ha sido en la que, por indigna de plumas doctas, capaces de mayores estudios, hemos despreciado gloriosamente.” Glorioso desprecio quijotesco. Y causa de desdichas.

Hace unos años, el que esto ahora os cuenta, a quejas de nuestro atraso en invenciones técnicas respecto a los extranjeros, exclamó: “Que inventen ellos, pues luce aquí la eléctrica tan bien como donde la inventaron, y tenemos otras cosas en que pensar.” Y ahora, sin tratar de rectificarlo ni de ratificarlo, quiere traer a cuento los tercetos de aquel soneto de Quevedo que dicen: “No cuentas por los cónsules los años, / hacen tu calendario tus cosechas, / pisas todo tu mundo sin engaños, / de todo lo que ignoras te aprovechas; / ni anhelas premios, ni padeces daños / y te dilatas cuanto más te estrechas.” Y ahora cotéjese el aprovecharse de lo que se ignora con el glorioso desprecio, y el dilatarse estrechándose con el crecer como un agujero, crece del imperio español en cuyos dominios no se ponía el sol. Y sépase que en el griego moderno, en el romaico, a la puesta del sol se le llama reinado, que el sol reina al ponerse. Como el Cristo al morir.

Sí, ya sabemos ingeniosidades, conceptismos, agudezas. Y, sin embargo, el ingenio de Quevedo, el glorioso despreciador, no era agudo, sino afilado. Agudo el de Gracián. Quevedo no aguzaba su ingenio para pinchar con él, sino que lo afilaba para cortar. Y qué cortantes sus burlas, sus sarcasmos, que sacaban no sangre, sino sangraza y materia. De Santa Teresa de Jesús, a la que como ascético anti-místico guardó ojeriza, dijo que “todas las cosas de esta vida tenía por burla”. ¡Y él si que las tuvo! ¡Y como Séneca, su maestro principal, sintió que todas eran de reír o de llorar! Y lloró riéndose —¡qué muecas, sin gozo ni alegría!— y arrulló, como su Orlando, en estallidos su congoja.

¿Hubo o no en su España, en nuestra España, Renacimiento? Mero pleito de nombre. Lo mismo podemos decir que hubo Remuerte. “Porque también, para el sepulcro hay muerte”, que dijo él. Y en cosa de nombres, ¿quién como él ahondó y escudriñó y socavó en nuestra lengua, en su lengua? Este fue su consuelo. “Del ocio, no del estudio, / es aquesta diligencia, / distraimiento del seso, / travesura de

la lengua", dijo en un romance. Y aquellas travesuras de su lengua fueron arrullos de congoja.

Y ahora oíd lo que aquel varón manchego, ingenioso —como su paisano Don Quijote— y glorioso despreciador de curiosidades, que no nos sacan del no ser y acaso nacen de odio, decía de los políticos, y es que: "Siempre hay en las repúblicas hombres que con sólo un reposo dormido adquieren nombre de políticos, y de una melancolía desapacible se fabrican estimación y respeto: hablan como experimentados y discurren como inocentes." Ahora que estos hombres pueden ser de la dura y seca casta ascética del ingenioso hidalgo manchego Don Quijote, que reinó al morir reconociéndose, y del ingenioso burlador y despreciador glorioso don Francisco de Quevedo y Villegas, señor de la Torre de Juan Abad. Reinan, como el sol, al ponerse.

Hombres macizos y masas humanas

Ahora (Madrid), 13 de febrero de 1934

Vamos a hilvanar unas notas, para irlas luego desarrollando por separado, sobre eso que nuestro José Ortega y Gasset ha llamado la rebelión de las masas. De las masas del hombre-masa, como él dice. Larra (Fígaro) le llamó, en un célebre articulo, hombre-tierra. Otros le llaman de cemento. Nosotros le llamaremos macizo —en italiano "massiccio"—, de masa y no de maza. Aunque también de ésta. Pues sirve contra los adversarios de mazo, o de mano o majadero de almirez. Sobre todo de majadero. Hombre sin personalidad, pero con terrible individualidad indiferenciada; atómico. El hombre-máquina de Lamettrie, el materialista. Como buen majadero, maja al adversario, pero a su vez si le golpea suena a leño, a macidez. Carece de contradicciones y de polarizaciones íntimas. El hombre del Renacimiento, en cambio, el del humanismo, cuando se estaba descubriendo la personalidad humana era contradictorio y no de una pieza. Y así el del liberalismo, el del verdadero y hondo individualismo, o mejor personalismo.

Y hay el hombre fluido, el de la verdadera clase media —sobre todo en el sentido cultural—, la clase mediana y medianera. Su medianería salva a la civilización. El hombre macizo se estrella en la fluidez del otro. No sirve golpear, batir al agua. El agua no se maja. ¿Que pesa más? ¡Quiá! El hielo, macizo, pesa menos que el agua liquida, pues que flota en ésta. El agua es, a la vez que más pesada, más corriente que el témpano. Y cuando se intenta cuajar, fajar al agua, el resultado es fatal. No cabe hacer falange de la guerrilla. Envencíjese un haz de trigo con vencejo de centeno y pronto el haz, el fajo, se desvencijará. Es como cuando con otra metáfora —¡qué perturbadoras son!— se dice de una masa humana, de hombres macizos, que fermenta, y es que fragua. Sólo fermenta lo orgánico, no lo mecánico.

¿Temor a la rebelión de las masas de hombres macizos? No hay por qué temerlas mucho. El hombre sin

personalidad no es lobo, sino borrego, para los demás hombres. Al rebelarle es tan rebañego, tan borreguil, como al someterse; más acaso. Su rebelión es una sumisión. Los mismos que se rebelaron el 2 de mayo de 1808 eran los que gritaban: "¡Vivan las cadenas!"; los borregos paraguayos de Rodríguez Francia fueron luego los borregos heroicos que bajo Solano López defendieron su patria como leones.

Hace poco hacía notar un diario nuestro cómo "lo que menos podía esperarse" era "que las primeras dificultades le vinieran al hitlerismo del lado de los fieles de las iglesias que viven en Alemania y no de los socialdemócratas o los comunistas". Y añadía: "¿Serán los hombres religiosos los que al luchar por la libertad de conciencia luchen también en pro de la libertad política y resquebrajen y dividan la unidad del Estado totalitario?" ¡Pues claro, hombre, pues claro! "He aquí una paradoja", agregaba. ¿Paradoja? Así suele llamarse a las hondas y más certeras sentencias. Lleno de ellas está el Evangelio, y más San Pablo. Y por esto con tanta frecuencia cuando se oye decir: "Eso es el Evangelio", se trata de una paradoja y no de un tópico o lugar común.

La rebelión de la conciencia, que no es maciza, que no es de masa —la masa, como tal, carece de conciencia; no hay conciencia de masa—, es la rebelión duradera y fecunda, la rebelión orgánica y no mecánica. La masa humana a la que se le hacen creer que por acción maciza —frente único o como se le llame—, a golpes de ariete, es decir, a topes de carnero, ha de imponerse, elevarse, mejorar, diferenciarse, o sea dejar de ser masa, resulta que empeora. Si acabaran las llamadas clases sociales, esas míticas clases, para hacerse una sola, ésta viviría peor. Y se produciría un fenómeno parecido al que en física se llama entropía, la cesación de la energía por su nivelación. Todos los átomos, los individuos humanos, de esa única clase social maciza, se agotarían. Los que se quejan de vivir mal, por creer que otros viven mejor, al igualarse con éstos se encontrarían con que todos, incluso ellos, vivirían peor que antes.

El modo de mejorar, de elevarse, de diferenciarse —y luego de integrarse— esas masas humanas, de dejar de ser masas, de que cada uno de sus sujetos —individuos— llegue a personalidad, es muy otro. Y un error más grande es el de creer que la agricultura se presta hoy en España al colectivismo más que la industria. Si se entregara la tierra, no la de los llamados latifundios —que fueron ya—, a los campesinos, éstos, que no saben —y muchos ni quieren—trabajarla, la devastarían, convirtiéndola en un yermo. No se distribuiría mejor la riqueza, sino que se acabaría con ella. Porque cuando se habla de jornales de hambre se calla que ella, la tierra, no da más; ni las rocas pan. Y lo poco, no por la masa. Y lo demás son mitos y fantasías agrario-transformistas de sociólogos urbanos.

Pero si en algo es fatídica esa tendencia a la acción —mecánica y no orgánica, de choque sólido y no de infiltración liquida— de masa, es en el aspecto intelectual o cultural. Lo que más nos aterra de las predicaciones de los conductores de masas es su tremenda vaciedad. No discutimos sus doctrinas ni los fundamentos de realidad que puedan tener, pero ¡qué ramplona, qué estúpidamente las exponen! ¡Que sean lo istas que quieran, pero con inteligencia, con inteligencia! Prediquen socialismo, o comunismo, o anarquismo, o fajismo, o absolutismo, o tradicionalismo, o capitalismo, pero con sentido y con entendimiento. Predíquese, por caso, la pura violencia, el voluntarismo puro, pero con inteligencia, con sentido de violencia y de voluntad. Para predicar la brutalidad, por ejemplo, no sólo no basta ser bruto,

sino que estorba. Hay que ser brutalmente inteligente, o si se quiere, inteligentemente bruto y no tonto. Los himnos a la violencia que lee uno por aquí de vez en cuando suenan a mentecatez. El mazo o porra verbal con que dan, su majadero, no ya no es macizo, no es sólido, si no que ni es líquido, como el de un chorro, si no que es y… no, tampoco gaseoso… es como una columna de humo. A las veces, como el arco iris que no sostiene nada.

No, no, amigos liberales —de veras liberales—, no hay que temer demasiado a la acción de choque de una masa de hombres macizos, al rebaño de carneros, pues serán los primeros en rendirse. Ved lo que ha pasado en Alemania y antes en Italia. El carnero, al dar contra el muro, se rompe la testuz. Y es peor cuando, mirándose en la corriente del río o en una charca, se le ocurre embestir contra su imagen, tomándola por su adversario.

Algo más sobre la clase media

El Norte de Castilla (Valladolid), 23 de febrero de 1934

¡Pobre clase llamada media —o pequeña burguesía—, que se la toma en boca y se la trae y se la lleva y se le asenderea, y aun no sabemos a ciencia cierta qué sea ella! Verdad que no sabemos más lo que sea eso de clase, un mero mito pseudomarxista. Que nació de aquello del manifiesto famoso de "¡proletarios de todos los países, uníos!" Y nadie ha definido al proletario, ni es fácil definirlo. Y esa simplicísima distinción, ¡de proletarios a un lado y capitalistas —o burgueses— al otro! Categorías antihistóricas que nacen de lo llamado interpretación materialista de la historia, que es la interpretación menos histórica.

Por lo que hace a nuestra España, no hay criterio más antihistórico que aplicar a su historia tales denominaciones. Es como cuando se habla de feudalismo, que aquí no le hubo. Y en cuanto a la nobleza —o grandeza— española, ¡qué de mitos y de fantasías! En esta nuestra España, que nunca tuvo un régimen industrial bien desarrollado, que fue siempre en su mayor extensión una tierra de modestos labradores —o mejor ganaderos—, de pequeñas ciudades más industriosas que industriales, de artesanía, en esta nuestra España, lo que había era eso que se llama clase media, burguesía. Y hoy todavía es lo que hay, en la que figuraban, y siguen figurando,, los servidores del Estado, los empleados. Eso fue España. Eso fue merced a la Reconquista, y eso fue después merced al descubrimiento de América. Ni siervos ni grandes potentados.

Hace pocos días leíamos por enésima vez uno de esos tópicos redondos que ruedan por ahí y que se repiten a cada momento, y es que la clase media no es ni pinta nada en España, porque sus hijos, los unos o se elevan a no sabemos qué clase más alta o descienden al que se llama proletariado. Y es todo lo contrario, o sea, que los obreros y menestrales mejor acomodados, los que llegan a gozar de un jornal fijo —no eventual—, y llegan a hacer algunos ahorros o seguros, pasan a engrosar la negada y

desconocida clase media, y pasan también a ellas —descendiendo si se quiere decirlo así— los propietarios desposeídos o arruinados, los ricos chicos y los ricos achicados. Porque cuando por seguir la moda, se habla aquí de nuevos ricos, se olvida que lo que tenemos es nuevos pobres. Y en esta clase media así formada, por los que se elevan —¡vaya una elevación!— a ella desde un mítico proletariado y por los que a ella se bajan desde un mítico capitalismo, en esta clase media figuran casi todos los guiones y muñidores del proletariado. Porque casi todos los representantes del socialismo y del comunismo que conozco, son pequeños burgueses, hombres de clase media. Y a entrar en ésta les ayuda precisamente su representación política.

Sucede a las veces que uno de esos militantes sociólogos se pregunte: "Bueno, ¿y a qué clase pertenezco yo?", y meditando desinteresadamente llegue a cierta oscura conciencia —o clara subconciencia—, de que pertenece precisamente a aquella contra la que despotrica. Los más de los militantes de la llamada lucha de clases se encuentran, cuando se examinan a sí mismos, "desclasados" —fuera de clase— o desclasificados. Que es casi encontrarse descalificados. Como hemos podido observar en estos días, que los que más se revuelven contra el fajo, los que más agitan su fantasma, son precisamente los que se sienten fajistas. Y claro es que no nos referimos a esos pobres menores de mentalidad más que de edad, a esos deficientes o retrasados mentales que andan por ahí vociferando o llenando las paredes de estúpidos letreros, cuando no se dan a dar gusto al dedo en pistola. Al observar a los cuales chicos de acción —de acción directa, es decir, sin conciencia medianera— se nos viene a las mientes aquello de FedericoAmiel, cuando decía que "la acción hace casi siempre lo contrario de lo que quiere."

Lo que hay hoy en España con alguna conciencia, por apagada y acobardada que esté, es precisamente la no reconocida clase media, en la que entra ¡claro está!, lo que se llamaba en un tiempo proletariado de levita; de cuello planchado... Y esa clase se caracteriza por no tener sentido de clase. Que es precisamente su fuerza. Queremos decir que no tiene el sentido de los lucha de clases, o mejor, que tiene el sentido de que la vida económica y social de la nación no se regula por la lucha de clases. Tiene sentimiento y sentido —si es que no clara comprensión completa— de la unidad económica y social de la nación, de la economía nacional, de que los ciudadanos de toda clase —según la enigmática fórmula constitucional—, de que los ciudadanos de todas las supuestas clases forman una sola y unitaria comunidad nacional, más natural que los de una clase de todas las naciones. Frente al internacionalismo doctrinario proletarista y frente al internacionalismo doctrinario capitalista; frente a los dos internacionales de esas dos supuestas únicas clases activas, la llamada clase media, propiamente la ciudadanía nacional, siente que el porvenir de la civilización está en las comunidades nacionales. Siente que a un español, o a un francés, o inglés, o italiano, o alemán, o lo que sea, le une más hondo interés con sus compatriotas de la clase que se les suponga, que no con los camaradas extranjeros de la clase a que a él se le adscriba. Y esto pasa hasta en Rusia, cuyo sovietismo o bolchevismo es un movimiento nacionalista. Tan nacionalista como el fajismo italiano o el nacionalsocialismo germánico. Y cuando llega el caso, los más, al parecer, internacionalistas del socialismo doctrinario, defienden la ley —llamémosla así— de Términos nacionales, y los más exaltados marxistas se pronuncian contra la inmigración de obreros extranjeros, que se les antoja han de actuar

de esquiroles o amarillos. (Que alguna vez son física o racialmente amarillos). Como aquí, en España, nuestros sedicentes marxistas se pronunciaron por la famosa ley de Términos municipales, que no es de inspiración internacional, ni siquiera nacional, sino cantonal. O mejor incivilmente aldeana y para protección de los incapacitados. No lucha de clases, sino de lugarones y hasta de barrios.

La llamada clase media es la que ha hecho la patria: es la que puede y debe desamortizarla. Y que no sea una mera hipoteca de los tenedores de la deuda. Y que tampoco llegue a ser un gran hospicio. La religión civil de la clase media es el liberalismo. Es la que puede librarnos del estatismo de las dos internacionales.

Revida de España

Ahora (Madrid), 23 de febrero de 1934

Respírase un ambiente espiritual emponzoñado en que se cierne un vaho de desesperanza. La violencia pura de moda. Suicidios de niños, síntomas de suicidio colectivo. En el fondo, acaso, un proceso malthusiano. Pero en Italia se incita a las mujeres a hacer hijos, no para que vivan, sino para que maten, peor que para morirse. Y muchos se preguntan: "¿vivir, para qué?" Se predicó la acción directa, sin idea medianera. Y con ello va el odio a la inteligencia. Inútil a esos cuitados cachearles el seso; no se les encontraría en él si no entre telarañas alguna bombilla sin filamento a la que ni galvanizados podrían dar lumbre. A lo sumo arrojarla al suelo para que, como petardo, metiese más estrépito que un ¡muera! Y en resolución apetito de servidumbre.

Ambiente de eso que llaman revolución, en el que se borra el sentimiento de justicia y el de libertad con él. Aquella máxima, atribuida a los jesuitas, de que el fin justifica los medios, tiene otra cara, y es que los medios justifican el fin. Ante un medio injustificable se dice: "¡Es la revolución!" Y no suele llevar a inhumanidad, sino a deshumanización, que es peor. A las veces se acude a expedientes mentirosos. Y con ello, un vacío espiritual que espanta. No hay doctrina, que lo que como tal se finge es delirio de enfermedad mental, colectiva, de epilepsia comunal. Pobres muchachos que, embaídos y deslumbrados, obran sin intención ni retención, disparándose al disparar. Luego de cometer un asesinato, que en estado sano sería un crimen, se asusta el actor de lo que ha deshecho. Alguna vez se suicida luego, pero es que asesinó para suicidarse, que es de lo que da ganas. ¡Cuántos asesinatos no son sino suicidios frustrados, y al revés!

Y ante este estado, más terrible en lo mental que en lo moral, al borde de un desenlace caótico, de una locura juvenil colectiva, contagiosa y endémica, la necedad, también colectiva, de andar pensando en poner dique —¿quién pone barreras al campo?— a la avalancha de constituir la revolución. Tengo que repetirlo: o el régimen acaba con esta Constitución, o ella acaba con él. Una noción pedantesca de la

legalidad y otra disparatada de la soberanía de la representación popular. ¡Soberanía! "¡El Estado somos nosotros, los representantes populares!" "¡El mundo es mi representación!", que dijo el soberano filósofo pesimista alemán. Nadie toque a su obra. La Cámara soberana, haciendo Estado con soberanas vaciedades "de toda clase". ¡Ojo con tocar a su obra, que si no la revolución! A la locura de las masas que se dice representadas, responde la tontería de la masa representativa.

Y luego se habla a tontas y a locas de desencadenar la revolución. Como si no se les hubieran ido de las manos las cadenas, si es que en ellas las tuvieron, y no más bien ciñéndoles los cuellos. Las verdaderas revoluciones se desencadenan ellas solas, y los pueblos no las hacen, las padecen. Son una epidemia de epilepsia, mal comicial, morbo sagrado. ¿Democracia? ¿Pero dónde el "demo" y dónde la "cracia"? Y el que se lamente de no poder contener algo es que él no supo, no quiso o no pudo contenerse antes. La revolución verdadera es sobrehumana —o subhumana, lo mismo da—, sea con hoz y martillo o con haz y porra. Es la trágica. La otra, la de escuadra y compás jurídicos, la constituyente, pura comedia. ¿Forjar con leyes constitucionales una España nueva, cortando la historia? No sirve confundir la dirección del oleaje, que la lleva el viento, con la dirección del curso del río, que sigue la pendiente y que puede ser contraria a la otra.

¿Salida? Acaso la de que la conciencia nacional española recobre la conciencia —conciencia de conciencia, refleja— de su propio destino, soterrada en el hondón de la historia, de la tradición, y enturbiada por todos y no en menor parte por los sedicentes y presuntos —a menudo presuntuosos— tradicionalistas. Salida que sería una entrada, ocaso para un orto en otro mundo. Y ello sería nuestro Renacimiento, marrado, cortado, entre el siglo XVI y el XVII, o mejor nuestra Revida.

El verdadero Renacimiento germánico, marrado, interrumpido en el siglo XVI por la guerra de los treinta años y la paz de Westfalia, lo llevaron a cabo, en el tránsito del XVIII al XIX, no Federico el Grande, sino Kant y Goethe; no la política, sino la filosofía y la poesía. Y la religión. Y aquí las aguas ideales del Guadiana espiritual —¡lagunas manchegas de Ruidera, visión quijotesca!— volverían a aflorar, páramo adelante, derrotero al océano universal humano. Y quién sabe si, como Vasco de Gama, Colón, Balboa, Magallanes, ibéricos que descubrieron, ciñéndola, la redondez del mundo físico, geográfico, otros ibéricos, navegantes del alma universal, habrán de descubrir la redondez y formación de un nuevo mundo espiritual, psicográfico. Aquéllos, navegantes del océano terrestre, dieron la mano a Copérnico, navegante del océano celeste.

¡Ay, pobre España nuestra! ¡Cuándo podrá decir un día ante el anuncio del ángel de la Historia: "He aquí una sierva del Señor; sea en mí según tu palabra"!

Acción y contemplación. A don Manuel Azaña

Ahora (Madrid), 28 de febrero de 1934

Luis Feuerbach, el hegeliano materialista —que en muchos respectos fue un mellizo intelectual de Carlos Marx—, decía en la introducción a sus obras completas: “Mi filosofía es que no tengo filosofía.” Lo que es ya una filosofía, y acaso la más honda. Windelband, el historiador de la filosofía moderna, dice de Feuerbach que fue el hijo perdido del idealismo alemán y que tuvo que acabar donde acabó: en el materialismo más sensualista. Sí, acabó en cierto materialismo histórico—algo parecido al de Marx— y, sobre todo, en la contemplación histórica. Él, con su “Esencia del cristianismo”, y su colega David F. Strauss, con su “Vida de Jesús” —dos de las obras más resonantes y hasta estrepitosas de su época—, ensancharon y allanaron el camino de la inquisición critico-histórica de las religiones cristianas. Camino más seguro que el de las especulaciones dogmáticas de los epígonos de Kant. La obra de Feuerbach, como la de Strauss, fue contemplativa, filosófica, pero de contemplación histórica. Y últimamente Benedetto Croce, el último gran hegeliano, ha terminado sus especulaciones filosóficas por contemplaciones históricas. Qué es en la historia donde hay que buscar el universal concreto, y véase cómo es una filosofía el no tenerla.

Como es una política el no tener política, eso que los técnicos, y aun los “dilettanti”, del politicismo, de la acción política, llaman política. Como el apoliticismo es también política. Lo es la acción directa del apoliticismo sindicalista. ¿Acción directa?; ¿qué quiere decir esto? ¿Acaso acción sin contemplación? ¡Quiá! Acción sin contemplación —previa, conjunta o subsiguiente— no es acción conciente. ¿Qué es eso, amigo Azaña, de que “las contemplaciones ascéticas… no conducen a ninguna parte”? Conducen, por de pronto, a la contemplación misma, que es fin de acción y a la vez principio de ella. Aunque sean contemplaciones nihilistas o quietistas. ¿Crear un pueblo nuevo? ¡Desvarío! Lo que se crea —y es no ya mucho, sino, a las veces, todo— es una visión nueva del pueblo. Ahí es nada cobrar conciencia de la historia que se está viviendo, que se está sufriendo. Y haciéndola con conocerla. Quiénes hicieron la guerra del Peloponeso: los beligerantes o Tucídides, que la narró, la creó espiritualmente, con su “Historia” “para siempre”, como él arrogantemente dijo: Y hay quien cree que el “Memorial de Santa Helena”, de Napoleón, vale más que sus batallas, que, además, no las dio él. De grandes agentes de la Historia, lo que “para siempre” nos queda es lo que creyeron haber hecho, lo que soñaron hacer, cuando han sabido contárnoslo. Hay quien vive una vida activo-contemplativa para escribir su autobiografía. La acción sin contemplación sí que a nada permanente y duradero conduce. El placer mismo de crear, de que usted hablaba —y muy bien—, es placer de contemplar lo creado y acaso de contemplarse en la obra. Decía Goethe que el hombre de acción —al que por antonomasia se le llama así— está desprovisto de conciencia y que es el contemplativo el hombre de veras conciente. ¡Y qué activo fue en sus contemplaciones Goethe! Él, el supremo contemplativo, pudo decir: “En el principio fue la Acción.” Amiel, otro gran contemplativo, decía que “la acción hace siempre lo contrario de lo que quiere.” Y Oliveira Martins —y con esto acabo las citas— dijo de Antero de Quental que “vivía de más para poder ser activo”. ¡Y qué fuerzas de íntima acción —y de íntima resignación activa— se sacan de los contemplativos sonetos ascéticos de Antero!

Y no es lo peor no saber lo que se va a hacer ni no saber lo que se está haciendo, sino ignorar—o peor, desconocer— lo que se ha hecho, no acertar a contemplarlo, no cobrar conciencia clara de la propia obra. En política aquí, hoy, en España, más que meterse a definir la república o el izquierdismo y otros camelos por el estilo, convendría saber contemplar la realidad concreta histórica presente y enterarse bien de cómo funciona esta república democrática y constitucional de trabajadores "de toda clase" y de todo trabajo, incluso el de pensar. No hay modo de hacer repúblicas —ni monarquías ni dictaduras— sin saber contemplarlas, ascética o epicúreamente, una vez hechas y mientras se rehacen o se deshacen. "La obligación de las personas inteligentes —que no están, por principio, excluidas de la política, aunque a veces lo parezca— es (decía Azaña en su discurso del 11 de febrero) saber qué motor se lleva entre las manos, sobre qué fuerza está uno sustentado, qué es lo que nos guía, adónde queremos ir, pero no marchar dando bordadas de cuneta en cuneta, esperando el día del vaquetazo final." Después de esto, la reseña de donde lo tomo añade: "(Aplausos.)" Uno el mío, mi aplauso, y sincerísimo. Bien, muy bien, requetebién, amigo mío. La obligación, en efecto, de las personas inteligentes, aun de las incluidas en la política activa, es saber qué pueblo se lleva entre manos, sobre qué fuerza está uno sustentado. Acaso sobre berruecos de Ávila. La obligación de los políticos inteligentes, aun de los incluidos en la acción, es saber contemplar, es saber cobrar conciencia histórica de la realidad concreta presente; es saber lo que se ha hecho, saber por qué lo que se hizo se deshace; es darse cuenta de que no puede haber reconquista donde no hubo conquista; es conocer al pueblo, que está sobre la república, como ésta está sobre la Constitución, que amaga deshacerla. Su obligación es enterarse de lo que real y verdaderamente quiso el pueblo —si es que quiso algo concreto y conciente—, si quiso esta o aquella república, la de esta o aquella Constitución, para no exponerse luego al desencanto y a que aparezca viraje a este o al otro lado lo que no es sino el curso natural del río, el de la pendiente, no el del oleaje, que obedece al viento cambiable. Esto sería Contemplación Republicana.

¿Y qué es eso del "nihilismo desolado español"? Muchas veces saber mirar cara a cara a la verdad, aunque ello nos lleve a desolación. Aun de tener que morirse —lo he dicho antes de ahora—, morirse con plena conciencia de que se muere. Una muerte conciente vale más que una vida inconciente, que es peor que muerte.

Ganas me dan de entrar, por vía de ejemplificación, acaso anecdótica, a aplicar este criterio contemplativo al problema ése de los llamados jornales de hambre, para ver si esto es cosa de economía política y no de economía natural, o sea si se trata de jornales de hambre o de rendimiento o productividad de hambre de la tierra, y si eso de los jornales de hambre se puede arreglar acabando de arruinar a los que tienen que pagarlos, para que luego se arruine, a su vez, la nación. Pero esta visión, esta contemplación ascética del problema resultaría desoladora. Lo que no cuadra a un político activo. La obligación de éste es engañar al pueblo, aunque le dé a entender que le engaña, pues el pueblo quiere ser engañado. Por lo cual actúa y no contempla. Y, acaso la mayor obligación para un político activo es saber engañarse a sí mismo. A lo hecho, pecho y no seso.

Sobre la catolicidad

Ahora (Madrid), 7 de marzo de 1934

Hora es ya de cortar el paso a una confusión verbal que desde hace algún tiempo están metiendo ciertos señoritos intelectuales neo-católicos que sin creer ni en Dios ni en el Diablo andan a vueltas con la catolicidad mejiéndola con el catolicismo. Y cuando gemimos bajo el peso de tantas boberías inapelables bueno es hacer el legrado de la matriz mental raspando conceptos.

Católico quiere decir, como de puro sabido se olvida, universal y catolicidad universalidad. Y no es lo mismo que catolicismo, que hoy significa una determinada y exclusiva confesión cristiana, que puede, y suele excluir universalidad dejando de ser, en rigor de palabra, católica.

La más genuina universalidad —catolicidad— civil y religiosa fue la del agonizante paganismo romano, el de la época imperial o cesárea. Roma —la "Roma aeterna"— arrebató a Constantinopla la capitalidad universal, católica, cuando extendió la ciudadanía a todo el Imperio y recibió, a la vez, en su Panteón por una "teocrasia" (con s, no teocracia, con c, que es otra cosa) o mezcla de dioses a los de los pueblos vencidos apropiándoselos como "sacra peregrina". Lleváronle los soldados de sus campañas la Ma o Belona capadocia, la Isis egipcia, el Adonis sirio, el Mitra persa y otros más. Algunos de ellos eran deificaciones, apoteosis, del Sol, cuyo jeroglífico es la svástica cruz gamada o ganchuda a que ahora han hecho en Alemania racista o nacionalista, es decir, anti-universal, anti-católica. A la desnuda cruz cristiana, la del crucifijo, sin más que sus cuatro escuadras centrales, le han añadido otras cuatro —los ganchos o gamas— y se ha convertido en escuadrón. E inflexible, malo para reglar a un pueblo, que, como a piedra de cantera, se le regla mejor con flexible cercha.

La cruz cristiana, y a la vez católica, fue la del Sacro Romano Imperio Germánico, la de la monarquía universal que propugnó el gibelino Dante; la cesárea, la que tuvo que luchar con la del Pontificado, Que ésta, la pontificia, la del Vaticano, es la del catolicismo, pero no por eso consecuente y necesariamente de la catolicidad. Pues llamamos catolicismo a una doctrina teológica, a un credo. ¿Y cómo es posible abarcar a todos los creyentes cristianos, por no decir nada de los demás ciudadanos del mundo, con el símbolo de Nicea, con el Credo litúrgico y más acompañado de la sentencia anti-universalista de que fuera de la Iglesia de Roma no hay salvación? Catolicidad que se hizo imposible después del Syllabus de Pío IX y del Concilio del Vaticano. ¿Cómo se va a unir a todos los ciudadanos del mundo cuando se les pide creer dogmas increíbles y hasta se lanza el anatema al que confesando creer en Dios añade que no cree que sea demostrable racionalmente ni su esencia ni su existencia?

Y posteriormente hemos visto que ciertos intentos de concordancia entre las dos supuestas catolicidades modernas, la cesárea o imperial, y la pontificia, han tenido que terminar en su discordia y rompimiento. La catolicidad cesárea italiana se ha hecho nacionalista, fajista, esto es, anti-universal,

anti-católica, aunque el pagano e incrédulo Mussolini firmara el Pacto de Letrán. Y la vieja catolicidad cesárea germánica ha caído en el anti-católico, a la vez que anti-cristiano, racismo del jeroglífico solar asiático. Lo que nos recuerda que también aquí, en España, hubo y aún hay un cierto catolicismo nacionalista o casticista, aunque sin casticidad. También aquí hemos oído la nefanda blasfemia de que no puede ser buen español el que no profese el credo de la Iglesia Romana, de que la ortodoxia es como sí consustancial a la españolidad. Como si algunos de los más grandes heterodoxos españoles no hubieran sido, en el rigor originario del calificativo, tan católicos—y desde luego tan cristianos— como sus adversarios. Pese a las fogosas sentencias retóricas de nuestro querido y admirado maestro don Marcelino, de cuya "tendenciosa superficialidad" dice algo el profesor danés Broenstedt en su denso y hondo estudio sobre San Juan de la Cruz y a propósito de las concomitancias de éste con nuestro gran quietista —y nadista— Miguel de Molinos. Y si en España no ha habido más heterodoxos, o herejes, o agnósticos, es porque no ha habido más fe.

La proclamada como la mayor —casi única— herejía española moderna ha sido el liberalismo, denominación —conviene volver a recordarlo— que nació aquí, en España; el liberalismo condenado en el Syllabus, el que declaró pecado el antaño famoso y hoy casi olvidado Sardá y Salvany, el protervo liberalismo del artículo 11 de la Constitución de 1876, que escandalizó tanto como el 26 de la actual. Y este liberalismo, del que ha dicho Benedetto Croce en su "Historia de Europa en el siglo XIX", que es la religión civil de ese siglo glorioso, y del que dijo el católico romano don Antonio Maura que es el derecho de gentes moderno; éste sí que profesó catolicidad, universalidad. Como que en el fondo, en lo político, en lo económico, en lo religioso, era individualista, y nada hay más católico, más universal, que la individualidad; no hay dos cosas que conjuguen mejor que catolicidad e individualidad. Hasta en la Lógica se enseña que los juicios individuales se asimilan a los universales frente a los particulares. La universalidad tiene que temer más de las particularidades que de las individualidades. Por eso el liberalismo cuidó, ante todo, de los derechos llamados individuales, de los Derechos del Hombre, del ciudadano, y de que no fueran anulados por el Estado, por el Estado nacional, que le aparta de la catolicidad ecuménica.

Ese hoy tan calumniado como mal conocido liberalismo; ése al que encausan con "tendenciosa superficialidad" algunos de los susodichos señoritos intelectuales neo-católicos —traductores, en parte, de los camelos de los camelotes de la Acción Francesa, dirigida por un pagano y ateo—, ése sí que fue, en el vigor etimológico de la expresión, católico. Entre nuestros católicos liberales —y liberales católicos— es donde hay que buscar la catolicidad española. O, si se quiere, la españolidad católica. Y ello aunque no fueran ni cristianos ni siquiera deístas.

Déjensenos, pues, esos que enarbolan —y hasta esgrimen— ahora el pendón de la catolicidad sin comulgar con el credo de la misa romana; déjensenos de venir con embrollos y arterias verbales. Lo primero, en política —pues de ésta y no de religión se trata—, es hablar claro. Y en hablar claro entra, por otra parte —¡claro está!—, no empeñarse en definir lo indefinible, ni jugar con sentimientos que no se encinchan en dogmas teológicos.

Cartas al amigo IX

Ahora (Madrid), 17 de marzo de 1934

¿Con que está usted, amigo mío, con-tristado? ¿De veras? Pues por aquí, también casi todos con-tristados, que es peor que tristes. Con-tristeza, que es un consentimiento de la derrota. ¿Y qué va a venir? —dicen—. ¿Pero no cree usted que para cerner contristezas —o contristamientos— no hay como divagar a hilo suelto? O extravagar, que es mejor. Y es así como cuando uno, al romper del alba, yace traspuesto entre sueño y vela, sin darse cuenta de sí. Mas luego llega el despertarse.

De veras despierto está el que tiene conciencia de estar soñando, porque el sueño del dormido es sueño inconciente, que no se sabe tal. En cuanto el soñador se dice: "¡Pero si es que estoy soñando!", es que despertó. Y cuando cala en toda la hondura de aquello de que "la vida es sueño", el sueño se le hace vida y sueña para vivir. Y sobrevivir… Lo mismo que está de veras cuerdo el que tiene conciencia de su locura. Cuando se llega a "¡Pero es que estoy loco!; ¡esto es una locura!", se ha cobrado, o recobrado, cordura.

Sí, ya sé: paradojista, o chiflado, o… esquizofrénico acaso. ¡Bah! Tonterías de psiquiatras sin psique ni iatría, sin alma ni cura. Y sin cura de almas. Que no saben no ya ponerse en el alma del paciente, sino, lo que es más importante, meter en ellos el alma de él. ¿No se le llama a esto introyección o cosa así? No sé…, no sé… Sólo sé que hay que huir de quien nos dice: "¡En mi vida se me ha ocurrido semejante cosa!" Y luego viene el humorismo. Y la disolvente sonrisa cervantina.

"Ergo"…, démonos a escarceos verbales, a lo que —¿se acuerda usted?-— llamábamos "romanceos". ¡Disipa tantos contristamientos el retorcer los vocablos! El otro día, aquel que usted sabe, me preguntaba muy serio —toma en serio esos camelos— por lo de las derechas y las izquierdas. Y le expliqué cómo el hombre para andar bien necesita tener de igual longitud las dos piernas, la derecha y la izquierda; necesita ser isoscélico —ya sabe usted lo que es el triángulo isósceles, de dos lados iguales—, como el compás. Y le indiqué que esos del compás —¡esos!— tienen que ser isoscélicos. O estarse, como las cigüeñas, cambiando de patas. Y por aquí le fui metiendo cada infundio que a poco le esquizofrenizo. ¡Pero quia! Es impermeable a lo que él —el muy tonto— llama paradojas.

Luego me puse a desarrollarle la diferencia que hay entre la derecha, el derecho y lo derecho. En cuanto al derecho —ya lo sabe usted—, no ando muy fuerte. Lo de la juridicidad se me ha atragantado. Porque como no he cursado ni una asignatura siquiera de esa Facultad, me he quedado en la justicia, que es una antigualla. Y cosa poco técnica. ¡Pero el lío padre fue cuando me metí con lo derecho, con la línea recta! Que, como usted sabe, es indefinible. En todas las definiciones que he oído de ella entra lo que hay que definir: la dirección. Como que es una noción intuitiva. Y aquello de "la que tiene todos sus puntos, etc." Lo de los puntos es inefable. Y luego hay en una sección de línea recta —sea el diámetro

de una circunferencia o de un hemiciclo— un punto central, el centro, equidistante del extremo punto izquierdo y del extremo punto derecho. Aunque esto de derecha e izquierda no es geometría, no es matemática, sino fisiología y, en rigor…, digestión. Turno de digestión. Y le hablé luego no del centro de una sección lineal, sino de una sección superficial; del centro como centro de la circunferencia equidistante de sus puntos todos, los de la circunferencia. ¡El lío, ¡santo Dios!, que armamos —digo, que armé— con eso del centro y de los extremos! El pobre hombre me miraba inquieto, dudando acaso si era que le estaba tomando el pelo o me lo estaba sacudiendo yo. Y él, en tanto, temía por su pelo, por el suyo, por el de su dehesa. O de su partido, si usted quiere. Hasta que se me cuadró, preguntándome que por quién le tomaba. Y comprendí lo peligroso que es someter a tales masajes mentales a sujetos así, que no son sujetos, sino objetos. ¡Figúrese así! ¡Un fanático así!

Fanático, sí, porque usted, que es bastante latinista —y ladino, además—, sabe que fanático vino de "fanum", el templo, y que lo que está fuera de él, del templo o "fanum", es profano. Y nuestro sujeto-objeto, miembro disciplinado y creo que hasta fervoroso de su partido, es… —¡vaya de paradoja!— un fanático profano. Y con tales sujetos es peligrosísimo jugar. Porque se dicen: "¿Adonde va éste?; ¿es que quiere quedarse conmigo?" ¿Quedarme con él? ¿Y para qué? Lo que yo hacía era ejercitarme.

En el fondo, lo que él quería es que yo le definiese. Y es indefinible. Porque se define por género próximo y última diferencia —¿no es así?—, y él ni tiene género ni tiene diferencia y es absolutamente simple. Presume de individualidad, pero… ¿Se acuerda usted de aquel ciudadano español que en el censo primero de población que se hizo después de la revolución septembrina de 1868 —la Gloriosa—, y en que se incluyó una casilla de religión, acertó a definirse como único en España? Porque de los que no se declararon católicos, sino de otra confesión cualquiera, sólo él dio con una en que estaba solo. Muchos dijeron no profesar religión alguna; algunos, que todas; éstos, ateos, o protestantes, o agnósticos; hubo budistas, mahometanos, etc., etc., y él, sólo él, se definió… ¡iconoclasta! Solo un iconoclasta oficial hubo en la España aquella revolucionaria. ¡Y qué orondo se quedaría al conocer el resultado del censo! ¡Pero ahora, amigo mío, hay una de iconoclastas del género aquel! Iconoclastas, naturalmente, idólatras.

Qué, ¿se le va a usted pasando la cancamurria, el contristamiento? Porque no pretenderá usted, que me conoce, hallar ilación en todo esto. Ni ilación, sin h, pues aquí no se infiere nada, ni hilación, con ella, pues nada se hila. ¡Y perdón!, ¡es el pícaro oficio! Y esto tampoco es mariposeo. Acaso, y a lo más, "cinifeo", revuelos de cínife. ¿Se acuerda usted, a propósito, de aquella maravillosa página del gran individualista solitario del bosque norteamericano, que fue Thoreau; aquella página de su "Walden" en que nos cuenta la odisea de un mosquito, de un cínife, por el recinto de la cabaña de madera que con sus manos se construye el robinsoniano? ¡Admirable pasaje! Y qué encanto sería adormilarse al alba, bien protegido por un mosquitero, al arrullo brizador de la sonatina del violero —tal aquí su nombre— y que se mejan y remejan el sueño y la vela y se nos hunda la conciencia de estar soñando y escape uno a derechas y a izquierdas y a centros programáticos.

Y para suspender ya, por hoy, esto aquí, traiga usted, amigo, a su memoria cuando, en un palique parecido, uno que nos oía se nos vino con: "Y eso, ¿con qué se come?"; y usted, clavándole en la vista la

vista, le respondió de pronto: "¿Qué con qué se come esto?; usted, ¡con paja!" Y no se dio por ofendido porque era un materialista histórico, avezado a la paja sociológica. Otro dirá acaso: "Todo esto es pura broma." Y yo: "No, sino broma pura, como la ahora tan celebrada poesía pura, y programática; una lustración contra la ilustración, ya que otros la lustrean."

Clases y profesiones

Ahora (Madrid), 21 de marzo de 1934

Siempre que se habla de ese socorrido tópico de la lucha de clases pensamos —y piensan muchos, pues así lo han expresado repetidas veces— en qué será eso de las clases. Pues no hay escolástico marxista —y cuidado que el marxismo es una terrible escolástica y con frecuencia de una erizada pedantería— que se haya tomado la molestia de pensar una definición de la clase en el sentido económico. Y tampoco sabemos qué quiere decir, en técnica marxista, lo de proletario ni lo de burgués.

¡Es tan cómodo eso de proletario! Muy sugestivo y hasta sonoro para encabezar un manifiesto: "¡Proletarios de todos los países, uníos!" Y hemos oído después hablar de arte proletario —música proletaria, pintura proletaria, etc.—, como hemos oído hablar de astronomía social. Y cualquier día oiremos de matemáticas católicas o de sastrería racionalista o laica. (Las de los que no cosan sotanas ni hábitos frailunos.) Proletario es hoy en España una denominación tan huera como la de fascista o la de monarquizante. Hemos oído hablar de escritores proletarios —poetas o novelistas proletarios—, pero nos hemos enterado de que no son proletarios que escriban —poemas, novelas, ensayos o artículos periodísticos—, sino que escriben… proletariamente. Un amigo nuestro que se dedica a lo que él llama psicología sociológica nos ha dicho que esos tales son proletarios "de ojo". Vamos al decir, listeros del proletariado. O mejor del proletarismo, que es otra cosa. Pues así como aquí mismo decíamos que catolicismo no es, sin más, catolicidad, así tampoco proletarismo es proletariado. Y ello nos ha traído a la conclusión de que el definirse —"hay que definirse"— proletario es adoptar una doctrina más o menos clara. En general, menos clara. Lo que nos ha hecho desconfiar de ese proletarismo no menos que de la astronomía social, de las matemáticas católicas, de la economía cristiana, de la sastrería laica o… O de la justicia republicana o monárquica. Ganas de confundirlo todo. Y hemos podido observar, por otra parte, que los proletarios de ojo, que los listeros del proletarismo, están en lo que hemos dado todos en llamar clase media. Y como esos listeros son profesionales del proletarismo, se nos ha planteado el problema de la relación que haya entre las profesiones —entre éstas la profesión de pensador de la lucha de clases— y las clases.

¿Hay, en efecto, profesiones y profesionales que por su índole misma entran en una u otra clase? ¿Hay oficios, menesteres, ocupaciones y funciones que pertenecen a una clase y no a otra? Sabida es la distinción que en inglés se establece entre obreros "skilled" y "unskilled", o sea calificados, con oficio

determinado —canteros, albañiles, carpinteros, sastres, cajistas, etc.—, y no calificados, a que llamamos con varios nombres y en ciertos casos braceros, peones, dependientes, etc., etc Ahora, que ni a los obreros calificados ni a los incalificados —que no quiere decir, ¡claro está! Descalificados— sabemos clasificarlos. Que si es difícil calificar, señalar la calidad, más difícil es clasificar, señalar la clase.

Y así, "de deducción en dedución", que decía cierto personaje cómico, hemos venido a dar en que el concepto —o mejor pseudo-concepto— sociológico —¡ya salió aquello!— de clase es una categoría política. Y una doctrina política —no económica— de la lucha de clases. Que se reduce a lucha de partidos, a lucha de ideologías. Y no de intereses. Algo, por lo tanto, tan fuera de la íntima realidad vital de la historia como esa grandísima vaciedad de lo de las derechas y las izquierdas, comodín y trampolín a la vez de la inapelable pereza de pensar.

¿Lucha de clases? Lucha de naciones, y de regiones, y de ciudades, y hasta de barrios; lucha de profesiones y oficios, esto sí que conocemos. Se nos habla, por ejemplo, de obreros y campesinos, de martillo y hoz; pero cuando nos hemos puesto a escudriñar luchas sociales que podíamos observar de cerca y en vivo, hemos visto cómo en el fondo hay muchas veces la lucha entre el obrero de la ciudad o de industria y el campesino, entre el martillo y la hoz. Por algo la leyenda bíblica hace comenzar la lucha, la lucha fratricida, no por el choque entre dos míticas clases, ni entre amo y criado, sino entre dos profesiones, la del pastor y la del agricultor. Y sigue. Como sigue el conflicto entre la industria y la agricultura. Lucha de profesiones. En que entra una cierta lucha entre lo que se llama profesiones liberales y profesiones serviles. Y no decimos intelectuales y manuales porque todo oficio manual es también intelectual, pues sin inteligencia ni buen peón cabe ser. Y si bien se mira hay también lucha entre los proletarios de prole y los de ojo.

Asociación profesional apolítica y autónoma. Por supuesto. Esto equivale a decir que no figura en clase alguna, que no es "clasista", como se decía no hace mucho empleando un neologismo que le molestaba el castizo oído a Azaña, no menos que me molestaba a mí, pues decir apolítico quiere decir que no se clasifica, que no se apunta o matricula en clase alguna, y decir autónoma que se da a si misma la ley sin acatarla de otra asociación cualquiera dirigida por listeros o clasificadores de ojo y a ojo. A ojo de mal cubero.

Pero..., ¡basta!, que es triste cosa tener que recordar cosas tales. Aunque más triste sería que insistiéramos en lo que llaman pesimismo, en nuestra concepción desolada de la historia actual, en nuestra convicción de que por ahora el remedio a la honda corrosión de los cimientos de nuestra civilización es —si ello sea remedio— hacerse a la idea de que todos, incluso los proletarios "de toda clase", tienen que rebajar su tenor de vida y rebajarse, que hay que trabajar más —los que puedan— para ganar menos y mantener a los naturalmente parados y a los incapaces y que el verdadero profeta fue Malthus y no Marx. Que podrá ser inhumano el régimen actual económico del Japón, pero que no es anti-económico, sino fatal. A menos de que provocando una guerra provoquen una sangría del pueblo que les sobra, ya que las más de las guerras son en el fondo procesos inconscientemente malthusianos del genio de la especie. Ni es explotación del capitalismo, sino fatídica necesidad del capital nacional. Ahora que allí, para ese terrible proceso, tienen, entre otros remedios, la esperanza budista en el

nirvana y el "harakiri". Y en tanto aquí sigan los "clasistas" imaginándose que se distribuye mejor la riqueza secando sus fuentes con reformas que saquen pan de los canchales y tremedales, y se alarga la vida agotando el caudal de que se vive. Es la fábula de la gallina de los huevos no de oro, sino de calderilla. O peor aún, de papel de inflación. Y otro día contaremos al menudo la fábula de la gallina de los huevos de papel de inflación. O huevos de papel inflado. ¡Pobre Estado!

Reflexiones de psicología de la muchedumbre

El Norte de Castilla (Valladolid), 23 de marzo de 1934

El ámbito —recinto— político-moral de la nación española va espesándose, al parecer al menos, por momentos. Y se produce a la vez ese curioso fenómeno de lipemanía, de complacencia en el mal, que caracteriza a ciertas enfermedades, tanto colectivas como individuales. Una melancolía común. Diríase que las gentes se regodean en repetir: "esto va mal, muy mal; no sabe uno a dónde vamos a parar." ¿Es que nos preparamos todos a representar una tragedia?

Y es más curioso aún —y más digno de estudio— el estado de ánimo de muchos de los que se cree que están trabajando —y lo creen ellos mismos— por la revolución social. Revolucionarios a la fuerza. Por poco que se sepa de psicología de las muchedumbres se puede ver que cuando al fin se lanzan a un motín —pues en motines y no en más se disuelve la tan cacareada revolución— hacen lo que suelen hacer las tropas en las batallas, y es huir hacia adelante, cara al enemigo. Los mueve un doble miedo; miedo al adversario o al poder que tratan de derrocar, y miedo a los de su propio seno que les empujan a la acción. Porque es sabido que, como en las guerras, los de retaguardia obligan, amedrentándoles, a avanzar a los de vanguardia, a los del frente. Que los pobres del frente no suelen ser los que arrastran a los demás; sino todo lo contrario.

¡Y qué de extraños sentimientos puede estudiar el observador atento, desapasionado y sereno! Hay combatientes de esos en que lo último de su conciencia, sin darse acaso clara cuenta de ello, desean ser derrotados. Van a la derrota huyendo hacia adelante. La derrota es el descanso. "De perdidos al agua", se dicen. Conocemos más de un caso en que una agrupación o asociación obrera ha salido destrozada de una huelga porque llevaba en sí su último destrozo cuando entró en ella. Es una especie de suicidio. Deseaba disolverse. Deseaban los más de sus miembros recobrar su independencia. Y más en un pueblo tan anárquico —no digo anarquista— como el nuestro. Sin que lo de anárquico implique falta de espíritu de sumisión. ¡Fatiga tanto el tener que rebelarse! ¡Es tan descansado el someterse!

En estos días puede notar el que sepa interpretar manifestaciones públicas populares cómo los que desgañitan a gritar: "¡muera el fascio!" sin saber lo que el fascio sea, se sienten atraídos a él, siquiera para conocerlo de una vez. Son los que lo están haciendo. Ellos, que predican la violencia y la dictadura,

avanzan, huyendo hacia adelante, a echarse en los brazos de otra violencia, de otra dictadura. ¿Es que no se ha visto un fenómeno parecido en otros países de Europa, y al día siguiente de la derrota ver a los vencidos entrar en el campo de los vencedores y concordar con éstos? Es que habían entrado en campaña ya vencidos.

Otras particularidades son de mucho más fácil explicación. Así en una buena porción de lugares rurales las casas llamadas del pueblo van despoblándose, pero es sólo por competencia de clientela. Había dos equipos de jornaleros donde no había jornales para todos ellos y se matriculaban en esas casas los que creían que protegidos como estaban por el Poder público encontrarían así más pronto y más fácil acomodo. Y no pocas veces las famosas bolsas de trabajo se nutrían de los braceros que por su incompetencia o por su holgazanería difícilmente encontrarían ocupación en régimen de libre concurrencia entre ellos. Porque cuando se habla de esquiroles o amarillos —ahora dan en suponerles fascistas— se olvida que en los contratos colectivos suelen imponerles condiciones los que se saben de peor calidad.

En todo este estado de agitación hay otra cosa y es la del apachismo, la de los maleantes y atracadores, el aumento de la delincuencia vulgar que se disfraza a las veces de lucha social. Acas ande del todo descaminado un amigo nuestro que sostiene que el número de atracos disminuiría si se volviese a permitir el juego de azar prohibido, si se volviese a dejar funcionar las timbas: pues asegura que muchos de esos atracadores son croupiers, tahúres —y hasta rufianes— parados, o sea sin ocupación en su vacación profesional. Ya en otros tiempos se vio que el número de los atentados —bombas, petardos, etc.— estaban en relación con el mayor o menor rigor en lo del juego.

Y queda todavía otro aspecto que es el que, por nuestra parte, más nos da que pensar y que temer, cual es el del estado mental, de veras patológico, de nuestras muchedumbres, sobre todo de las llamadas juventudes de ellas.

Espanta ver con qué tremendas vaciedades se las exalta, con qué locos desatinos se las enloquece y desatina. El descenso de mentalidad es pavoroso. El número de deficientes y de retrasados mentales es abrumador. Y en todos los campos. Sobre todo los extremos. Y empiezan ya en uno y en otro campo extremos al pedir a sus adeptos discipilina, a pedirles aquella férrea disciplina jesuítica que formuló San Ignacio de Loyola en su tesis de los tres grados de obediencia: la obediencia de acción, la de voluntad y la de juicio. O sea que no basta obedecer de hecho a lo que el superior manda ni aún obedecerle de buena gana, sino creer que lo que manda es lo mejor, sujetar el propio criterio al criterio del superior. Que en ciertos casos pueden ser la mayoría del partido o secta.

Cuando vemos por ahí reproducida, en muros de edificios, de tosca mano y con letras de brea o de almagre, la sentencia leniniana de que “la religión es el opio del pueblo”, pensamos que los retrasados mentales —acaso también menores de edad en el sentido corriente— que embadurnaron eso, no saben ni lo que es religión ni lo que es opio. Y que ellos se están administrando otra droga más ponzoñosa y menos calmante que el opio y se están fanatizando con otra religión, tal vez fetichista, más desoladora que esa a que vagamente aluden.

Todo esto y algo más por el estilo es lo que hace que vaya espesándose el ámbito —recinto—político moral de la nación española, que vaya creciendo una desesperanza resignada que puede llegar a desesperación y que por otra parte suspiren por una dictadura los que, de un bando como del otro, huyen hacia el enemigo, van a echarse en brazos del adversario. Suspiran por la paz, sea la que fuere, los beligerantes de nuestra secular guerra, civil. Y entre las más grandes mentiras en curso, está la de la revolución. Sobre todo la de la revolución que se proclamaba en las Cortes Constituyentes.

Gorros rojos y gorros gualdos

Ahora (Madrid), 25 de marzo de 1934

¡Pobre chico, cómo te han puesto la cabeza! Monarquizantes, filofascistas, fascistoides, comunistoides, catolicoides, republicanoides, socialistoides —cuantos "oides", todos de similor y de semi-H—, y luego cavernícolas de ambas contrapuestas cavernas y martillo y hoz, porra y haz, compás y escuadra, crucifijo y Corazón de Jesús. Y, además, F. U. E., y F. E., y C. E. D. A., y T. Y. R. E., y U. G. T., y C. N. T., y F. A. I., y… X. Y. Z. ¡Y a la pobre España, después de I. N. R. I., le llegará R. I. P.! ¡Cómo te han puesto, pobre chico, la cabeza! Para despejártela, divirtiéndote un poco, oye una historia reciente del misterioso Tíbet, el Techo del Mundo, allá en el centro del Asia.

Sabrás que allá, cerca de las alturas del Himalaya, está el Tibet, apartado de Siberia y de Mongolia por el desierto de Gobi, a las puertas de China y sobre la India de Gandhi. La santa ciudad de Lasa, su capital teocrática, está a 4.000 metros sobre el nivel del mar. El lago Titicaca, en los Andes bolivianos, centro del imperio incaico, se halla a cerca de 4.000. ¡Y qué semejanzas entre esas dos comunidades —¿las llamaremos civilizaciones?— de las arrecidas altiplanicies! En el Tíbet, en enormes monasterios, mormojeando oraciones, calentándose con boñiga de yak por combustible, unos monjes embrutecidos envuelven en las más groseras supersticiones mágicas y fetichistas a la religión más idealista, a la del pasado eterno —de la eternidad del pasado—, a la del Buda —o, más bien, Budho, que parece ser lo correcto—, a la que aduerme al pobre mortal preparándole para esa eterna dormida sin ensueños que es el nirvana. Que tan bien comprendemos los españoles. Y menos mal que los tibetanos, en vez de hacer lo del madrileño San Isidro Labrador, que se iba a rezar mientras labraba por él un ángel, se van a trabajar —¡mísero trabajo!— dejando en un arroyuelo un molinillo que haga girar una cinta con oraciones y rece así por ellos. ¡Ingenioso artilugio litúrgico!

Los tibetanos, monjes, o sea lamas, y no monjes, están gobernados por el gran monje, el Dalai-Lama. ¿Teocráticamente? No lo sé, pues el budismo es una religión a-teológica o, tal vez, ateo-lógica. El budismo genuino, que el tibetano… Parece ser diabólico. El Dalai-Lama es metempsicosis o reencarnación de dos poderes demoníacos —en el sentido primitivo, espirituales o, si se quiere, espiritistas—, el de un famoso monje budista del siglo VII, soberano que fue del Tíbet. Tsenrezig, y el de

un humilde santo milagrero del siglo XV, Yedrin Dub. En cuanto muere un Dalai-Lama, esos dos espíritus reencarnan en el nuevo, que es un niño a quien, por misteriosas señales, reconocen los solapados y santos lamas. Que resultan ser unos consumados políticos maquiavélicos. Sobre todo al descubrir al providencial pequeño mesías.

Hubo en un tiempo una gravísima disensión, un cisma —en griego, "schisma", de que también deriva chisme— entre los lamas tibetanos. De una parte, los de gorro —birrete o bonete—rojo, que eran los fieles a los viejos dogmas ateológicos budistas, y de otra parte los de gorro amarillo o gualdo. Como si dijéramos los descalzos y los calzados, los de la vieja y los de la nueva observancia. Y se encismaron tanto los muy chismosos, que llegaron a una sangrienta guerra civil, enrojeciendo con sangre y engualdeciendo con bilis la blanca nieve perpetua tibetana. Lo que no sabemos es si, entre los gorros rojos y los gorros gualdos, hayan surgido los morados. Algo así como radicales entre comunistas y fascistas, entre rojos y amarillos. Acaba de morir el último Dalai-Lama —del que hemos visto fotografía, invención europea— Ngavag Lobzag Tubden Guiatso —o como se transcriba este enrevesado (para nosotros) nombre— a sus cincuenta y ocho años. ¡Extraña longevidad la de esa reencarnación de los dos viejos monjes! ¡Y corren tales rumores respecto a su muerte!... Pues la sapientísima tradición gubernativa tibetana era que el ateocrático soberano no llegase nunca a la mayor edad. Siempre en minoridad soberana, ¡qué profundo sistema! Y luego se hablará de camarillas...

Ahora qué se ha roto el secular aislamiento de aquella altísima y hasta hace poco inaccesible ciudadela de la perenne siesta invernal, dispútanse la influencia allí los ingleses de la India, los rusos de los Soviets y los chinos de Nanquín. Que por cierto a un embajador extraordinario que enviaron estos últimos al Dalai-Lama, éste, implacable enemigo de los chinos, como aquél se hiciera jefe de los chinófilos, le arrojó por la inmensa escalera de piedra del palacio abajo, y llegó al último escalón hecho una plasta. Después, fingiendo desconocer esta historieta, ha llegado enviado de Nanquín en aeroplano, y su comitiva, cargada de regalos, atravesando la India. ¿No es divertida toda esta historia actual del ex-misterioso Tíbet? Con sus gorros rojos y gualdos, y sus cismas, y sus chismes, y sus soberanos infantiles, y sus molinillos —o molinetes— rezadores. Y sus terribles temperaturas. El Tíbet es el Techo del Mundo. Para los tibetanos, se entiende.

Lo que no sabemos es si en todo el Tíbet se habla el mismo tibetano o si habrá dialectos diversos, con sus respectivos nacionalismos o racismos diferenciales, para que ciertos individuos directivos, encismadores y chismosos puedan diferenciarse y distinguirse —acaso por la borla del gorro—, y otros ahorrarse el tener que pensar por cuenta propia, que es harto trabajo. Lo que parece ser es que casi todos los tibetanos fieles, leales a su soberano, son menores de edad mental. Y esto se lo brindo a otro pobre chico, un "mutil" —motilón— folklórico, futbolístico, litúrgico y heterográfico, que me amonesta cariñosamente en cartas llenas de kas, tzes, txes y otros caracolitos con que le han atiborrado la mollera y no seso.

Si yo tuviese tu edad, me dejaría de todos nuestros chismes de por acá y emprendería un viaje al Tíbet, a la santa ciudad de Lasa, a aprender allí el tibetano para chapuzarme hasta la coronilla en los arcanos del budismo fetichista de aquellas encumbradas serranías de nieves perpetuas. Y si volvía por acá, por

este nuestro solar del mañana, de la siesta, de la desgana, de la nada y de los gorros de colores, habría de ser para enseñar a mis convecinos el verdadero sentido del nirvana búdico y la política de la perpetua minoridad soberana sin comunistoides, fascistoides, monarquizantes y republicanizantes. "Camelo" en caló, quiere decir enamoramiento, cortejo, requiebro... ¡aunque ha cambiado tanto de querer decir! Ahora, lo que no sabemos es si cuadrarían las medidas tibetanas a todas nuestras regiones españolas. Pues hay aquí de éstas a ras del mar, y otras, como las de Ávila y Soria, miniaturas de las altísimas mesetas tibetana y boliviana, a más de mil metros. Y es sabido que cuando se descubrió el argón, que se decía ser un elemento químico cerniéntese en el aire y que no sube a ciertas alturas, el gran Peyo —Pompeyo Gener, regocijo de Barcelona y autor de "La muerte y el diablo"—, encontró en ello la clave de las diferenciaciones entre celtíberos de la meseta y levantinos de la marina. Que si otros las atribuyen a diferencias entre el garbanzo y el arroz, por nuestra parte no nos atrevemos a decidir de por nosotros.

Puntualizando

Ahora (Madrid), 29 de marzo de 1934

Puntualicemos. Mas antes no estará de más que, a imitación de prólogo cervantino, contemos la historia de aquel loco que dio en el tema de puntualizar las oes —u os—. El cual, pues había sacado, de nacencia, un hipo a poner los puntos sobre las íes —o is—, se encontró, en cuanto hubo aprendido a leer y escribir, con que casi todas las is, sobre todo las impresas y minúsculas, llevan sus puntos, están en punto y sólo se salen de él las mayúsculas, a las que no se les puntúa. Pero cayó en la cuenta de que las os se cierran a todo punto. Y de aquí vino a dar en la manía —al parecer, inocente— de puntuar, y en su centro, a las os. Servíanle a diario la "Gaceta" oficial y se pasaba el día poniéndoles a las os un puntito en el centro. No había llegado aún a ponérselo, en sus espacios cerrados, a las as, bes, des, es, ges, pes y qus. Como era natural, no se enteraba de lo que la "Gaceta" decía ni le importaba, y en rigor olvidó a leer, lo que se llama leer. No le interesaban más que las os. "¡Hay que puntualizar!", decía, pues no había olvidado a hablar.

Y ahora, ¿qué se puede hacer de un hombre así? Tratar de curarle de su tema sería peor que trabajo perdido. Mejor encauzar su chifladura por cauce de verdadera utilidad publica. Pública, ¿eh?, o sea republicana. Hacerle, por ejemplo, que se dedique a la educación cívica —laica, por supuesto— y que escriba un catecismo republicano. En el que podrían figurar cosas como éstas: P.—Decidme, ¿sois republicano? R.—Sí, por la gracia de la Constitución. P.—Y ese nombre de republicano ¿de quién lo hubisteis? R.—De la República, nuestro régimen. P. ¿Y qué es la República? R.—Eso no me lo preguntéis a mí, que no soy más que elector; diputados tiene en la Cámara soberana el partido que os sabrán responder.

Y qué falta está haciendo un catecismo así que puntualice los conceptos —o lo que sean— políticos en curso. Por una parte, lo de la sustancialidad o accidentalidad de las formas de gobiemo y el misterio inefable de la transustanciación mística de la soberanía. Y lo de la juridicidad. Y, sobre todo, lo de la esencialidad. O sea las esencias republicanas. O monárquicas, es igual. Y luego las quintaesencias; como quien dice triple agua de Colonia. O alcohol puro. Todo lo cual es más o menos traducible de un dialecto político a otro. Cuando un tonto catecúmeno aprende dos o más lenguas, además de la suya de nación, aprende a decir sus tonterías en otras tantas maneras. Así, tonterías católico-monárquicas, o cristiano-democráticas, o laico-republicanas, o ateo-comunistas, o pagano-fajistas… O las casi infinitas combinaciones que caben entre las llamadas ideologías políticas. En las que no hay ni ideas ni lógica.

Por ahora, lo que más urge es puntualizar eso de las esencias. A los que hemos ejercitado nuestras entendederas en estudios filosóficos y, lo que es más grave, filológicos, eso de la esencia nos trae aparejada la existencia, y hasta la subsistencia. Y nos da que presumir si eso de la esencialidad no será existencialidad. En esto de definición o puntualización de la república, lo más claro y concreto que hemos oído es aquello de "nuestra república", la que hemos hecho por nosotros y para nosotros. Ese posesivo "nuestra" sí que es preciso. Sólo que ésa no sería ya república, "res publica", sino "res privata", reprivada o cosa privada. La esencia de la república para uno de esos sería su privatividad. O lo que dijo aquel otro de que la república de esta Constitución no será "la" república; pero es república, una república, añadiendo que la otra, la de los otros, era cada vez menos república, esto es, cada vez menos de ellos. Esto sí que es hablar claro, existencial y no esencialmente.

Y al que crea que me burlo no tengo sino remitirle a un ensayo titulado "Fulanismo", que publiqué hace ya años, y figura en uno de los tomos de mis "Ensayos", en el que sostenía que un hombre, un caudillo, un jefe político, es una idea mucho más clara y mejor definida —o acaso mejor indefinida—, mucho más fecunda que un programa ideal. Don Antonio Maura dio una acabada definición de su maurismo cuando dijo: "Nosotros somos nosotros." Más hondo fue lo de Don Quijote: "¡Yo sé quién soy!"; pero la desgracia fue —¡pobre de él!— que los demás no sabían quién era. En la Argentina le preguntaban hace unos años a un sedicente y apellidado radical qué era el radicalismo y respondió: "Los de don Hipólito Irigoyen." Como si aquí, preguntándole a algún gallego qué era eso de la Orga, hubiese respondido: "Pues es un partido de organistas regionales que en escuadra siguen a compás a un organero." Y en el griego clásico, en Tucídides, por ejemplo, cuando se habla de un jefe de opinión —a las opiniones o partidos políticos les llama Tucídides "haireseis", o sea herejías —se le designa con este circunloquio: "los en torno a Cleón". "Los en torno a Cleón" quiere decir Cleón mismo en cuanto hombre de acción política. Como si aquí dijéramos: "los en tomo a Lerroux" o "los en torno a Gil Robles".

Porque ¿qué es, después de todo, una revolución y qué una restauración? Pues la sustitución de unas personas por otras. Pues nadie que viva en serio y sepa observar lo que en su alrededor pasa va a hacer caso de esa grandísima vaciedad de "vieja política". La política no envejece en la historia. Como no envejece la digestión en la especie humana. Y si se puede hablar de vieja fisiología, no se puede hablar de vieja digestión. Y en todo caso ha de haber más dispépticos entre los fisiólogos que entre los aldeanos analfabetos, que no saben qué es eso del ácido clorhídrico. Tucídides y Maquiavelo sabían de

política tanto como sepan los sociólogos de hoy. No, nada de eso de "procedimientos de vieja política" o "habilidades de antiguo régimen".

No envejece la política. Los que envejecemos somos los hombres; los que envejecen son los políticos. Y además, se mueren tarde o temprano, porque se gastan. Y a esto, y no a otra cosa, se deben las llamadas revoluciones. Que no suelen serlo. Porque las verdaderas revoluciones, las hondas, las que no se cifran en ese embuste de que de la noche a la mañana, merced a una votación en Cortes, un Estado deje de ser de esta confesión para hacerse de tal otra —pues todas ésas son confesiones— esas verdaderas revoluciones no las hacen los hombres, y menos los de acción, sino que las sufren los hombres, y más los de pasión. Y la misión histórica de estos últimos, de los hombres de conocimiento de pasión y pasión de conocimiento, es reconocer esas revoluciones y proclamarlas. Y denunciar a los orates que se dedican a puntualizar las os. ¡Ah!, y a poner motes a los de enfrente.

Cartas al amigo X

Ahora (Madrid), 7 de abril de 1934

Como sé, amigo mío, lo que le entretienen los escarceos y extravagaciones lingüísticos, voy a comunicarle unos en derredor del burro, que se me han ocurrido leyendo un libro sobre España de un poeta griego moderno.

El poeta es Costa Urani, y el libro se titula *Sol y Sombra*, así, en español —y en abecedario español y no en alfabeto griego—, y como subtítulo: "Figuras y paisajes de España", esto ya en griego. Es el relato de un viaje de su autor por nuestras tierras, sobre todo las castellanas y andaluzas. Y como el autor, Costa Urani, es un poeta pesimista, ve nuestro país un poco demasiado trágico. En otro libro suyo —éste de poesías— titulado *Spleen* —también así, en inglés—, al decir que "la congoja, vagabunda de los mundos humanos", plantó su tienda en su alma, añadía: "Y se queda soñadora e inmóvil como una esfinge, mirando la extensión de las arenas y de la pena, sembrada con los huesos de mis podridos ensueños, de las caravanas que se perdieron en busca de un oasis." Puede ver por esta muestra de su humor y de sus humores las impresiones que habrá sacado de las estepas —así, con esta misma palabra las llama— de nuestras Castillas.

Mas como —y usted lo sabe muy bien— tengo por método de lecturas leer alternándolos —a veces— libros de distintas materias —de filosofía, de historia, de literatura, de ciencias, de filología, etc.— y en los distintos idiomas en que puedo leer, a la vez que éste de Costa Urani, en griego moderno, estoy leyendo, entre otros, las *Contribuciones a una crítica del lenguaje*, de Fritz Mauthner, en alemán. Y esta obra, aguzando aún más mi sentido por las intimidades de las lenguas, me ha hecho irme fijando, al recorrer el romaico o neo-helénico de Urani, en sus relaciones con nuestro castellano, mediatas la

mayor parte de ellas. ¡Y lo que se saca de estas traducciones para propio individual uso!

Entra Urani en Ávila y se encuentra con que entra en una "muy noble, muy leal y muy heroica ciudad". Y añade: "Un bando del alcalde os hace saber que en aquella ciudad está prohibida la blasfemia." Y aquí un tropiezo, una parada lingüística, en mi lectura, y es que el vocablo neo-helénico que traduce nuestra blasfemia suena así: "blastimia". Es nuestra "lástima". Que así como el latino "blasphemare", de origen griego, se hizo en italiano "biasimare", y en francés "blâmer", vituperar, maldecir a uno, entre nosotros llegó a ser "lastimar". Que es primero maldecir de uno, echarle algo en cara, injuriarle y luego lastimarle de otra cualquier manera, acaso con navaja. Y así se le puede dejar, ya a puñaladas, ya a golpes, ya a insultos e improperios, hecho una lástima. Tal que dé lástima, que dé pena verle en lastimoso estado. Por donde se ve cómo una maldición a otro puede volverse en pena compasiva para uno.

Sigue Urani entrando en Ávila y sigo yo leyéndole: "Los raros transeúntes se deslizan como sombras por entre las sombras de las cerradas casas. Los solos medios de transporte que encontramos son los rucios borriquillos." Y aquí nuevo tropiezo, nueva parada lingüística. ¿En qué? En los medios de transporte: "metaforica mesa". Porque "metaforá" es transporte. Y aquí cómo —¡picara imaginación metafórica!— se me ocurre imaginar al borrico metafórico —o de transporte— de Ávila, pasando hecho una lástima, hecho una maldición, al pie del bando en que el alcalde prohíbe la blasfemia, la lástima, en la muy noble, muy leal y muy heroica ciudad.

Y doy en pensar en el pobre burro, el amigo de los pobres, que son burreros y no caballeros hasta en Ávila de los Caballeros; en el pobre rucio metafórico. El cual tiene en su blasón de cristiana nobleza el haber transportado, el haber llevado al Cristo al entrar éste el Domingo de Ramos en Jerusalén, burrero en una borrica. Por lo cual el verdadero San Cristóbal, Cristóforo, el que lleva a cuestas al Cristo, fue el burro, el paciente burro cargado de lástimas. Pues ¿a quién se ha insultado, se ha injuriado, se ha denostado más que al pobre burro? ¿Hay animal más blasfemado? Y, sin embargo, el maldecido, el maldito burro es un bendito animal.

¿Voy a recordarle, amigo mío, las bendiciones que Sancho echaba a su rucio? Sí, el burro es un bendito animal. Hasta en el otro sentido que ha tomado entre nosotros lo de bendito y equivale a tonto. Y más aún en catalán: "benet". Aunque no se le supone tonto al burro. Decir de uno que es un burro no es llamarle tonto, sino otra cosa. Y en Homero es un elogio. Peor que burro es mulo. Porque el mulo es un mestizo infecundo. Y vea usted que al venir, por un encadenamiento de términos, a esto del mestizo, me acordé del árbol que por acá llaman mesto, que es un mestizo o híbrido de alcornoque y encina, que suele darse en las dehesas en que abundan estas dos especies y que supongo, aunque no he podido comprobarlo, que su bellota sea peor que la de la encina, y su corteza, menos útil que la del alcornoque.

Y seguí leyendo a Costa Urani. Y me encontré, de pronto, en su Castilla, ¿con qué creerá usted, amigo mío? Pues con un… "silencio medieval". ¡Silencio medieval! "¿Qué será esto?", me dije. ¿Y qué le diré a usted de lo que nos dice de Felipe II en El Escorial y de Torquemada en Santo Tomás de Ávila? Y en el fondo, contemplando todo ello con la profunda simpatía —com-pasión en el sentido primitivo y

etimológico— de un poeta helénico pesimista. Lo que sale peor librado de la contemplación de Costa Urani es Madrid, al que le deja hecho una… lástima. El libro de este griego es un libro de buena fe, de un observador agudo y poético —esto como elogio—, pero que, como les pasa a los más de los que nos visitan para contar luego sus impresiones, mezclan con lo que han visto por sí mismos lo que han oído a guías españoles, no siempre seguros. Y así dan por corriente lo que es excepcional, por castizo lo que es pegadizo e importado, y traducen comentarios de españoles que no siempre se ajustan a la justicia. Algunos juicios de Urani sobre Castilla —a la que trata, en general, muy bien, aunque sobrado trágicamente— y, sobre todo, las lástimas que deja caer sobre Madrid parecen basadas en informes y apreciaciones de algún español no castellano y menos madrileño. No hay que olvidar que se trata de un viajero griego.

Y vea usted, amigo mío, adonde me han traído estas extravagaciones surtidas de un burro metafórico de Ávila hecho una lástima. Otro día le contaré otras cosas que he encontrado en el *Sol y Sombra*, de Urani, con sus páginas sobre Santa Teresa, sobre la Macarena de Sevilla, sobre el Greco, sobre Don Juan, sobre Goya, páginas excelentes. ¡Nos hace tanta falta enterarnos de cómo intentan por ahí fuera de España enterarse de ésta!

Una entrevista con el cura de Aldeapodrida

Ahora (Madrid), 13 de abril de 1934

Usted sabe —me dijo— cuánto anhelaba conocer, oír y ver al cura de…—llamémosle Aldeapodrida, por darle algún nombre—, de quien tanto habíamos oído hablar. Y fuime allá, a Aldeapodrida, valiéndome de un pretexto cualquiera. Y tuve una sabrosa entrevista con el buen cura, una especie de filósofo aldeano melancólicamente socarrón y un tantico escéptico.

—Este pueblo —empezó diciéndome— está desconocido, le digo a usted que desconocido, y, sin embargo, el mismo que era y supongo que el mismo que, con el permiso de Dios, seguirá siendo. Parece que es ayer y parece que es mañana; no que fue ni que será. Vea usted los niños. Los niños son los antiguos siempre, no viejos. Y ahora los metemos en una época no nueva, sino moderna. "Padre nuestro, que estás en los cielos…" les enseño a rezar, y me contestan: "¿En los cielos? ¿pues no está en todas partes?" Entonces yo les digo que todas partes son cielos, y aunque el maestro, por su lado, les enseña que la tierra es redonda y rueda por los cielos, ellos, como antiguos que son, se atienen a lo que ven y a que no hay más cielo que el azul —de día— de sobre nuestras cabezas. Visión infantil. Y luego crecen y ¡qué cosas! Y así se explica la rabia que le cogen a la religión. Se hacen desesperados. Porque se les quiere hacer pensar cosas impensables.

—Pero usted, señor cura —le dije—, les hablará de los misterios.

—¿Yo? —me respondió encogiéndose de hombros—; ¿para qué? ¿Hablarles yo de misterios cuando los están viendo a diario, como el de que la vaca pare terneros y no potros, y la yegua, potros y no terneros? ¿Quiere usted más misterio? Y luego los milagros del radio y del teléfono y del avión y… demonios colorados… Pero eso para el maestro, para el maestro, que ha estudiado pedagogía…

—¿Y lo de la rabia a la religión? —acoté.

—Por allí anda —me respondió— un mocosuelo a quien su padre no se atreve a darle de soplamocos, que prendió fuego a una capilla. Le conozco bien; es un creyente sin saberlo.

—O un descreído sin saberlo —acoté.

—¿Qué más da? —replicó—. Un semi-despierto es un semi-dormido. Ha oído lo de que la religión es el opio del pueblo y va a comprobarlo pegando fuego a un altar, por si el humo del incendio le narcotiza. Es, como tantos otros que se dicen rebeldes, un sometido, un sumiso. Ahora llevan los hijos recién nacidos a que los bautice —así dicen— el juez municipal, y cuando muere uno le lleva el alcalde, y no yo, al cementerio y le reza allí un padrenuestro, a que responden los demás.

—Por el eterno descanso del alma —acoté.

—¿Del alma? —replicó—; sí de cántaro.

—Pero, ¿y la rebelión de las masas? —le dije por decirle algo, y pues le sabía leído en lo del día.

—¿Rebelión? —contestó—. ¡Sumisión, sumisión! Buscan someterse. Y hay quien comete un crimen para que se le encarcele y comer sin tener que trabajar; hay quien pide la limosna de un castigo. ¿Adonde irá el buey que no are?

—¿Y cómo se cura eso? —le pregunté.

—Todo lo cura el tiempo —me respondió—. ¡Más que este cura! —y se dio con la mano en el pecho, en gesto adrede cómico.

—Pero, bueno, en concreto —le dije—, ¿son aquí de derecha o de izquierda?

No bien lo había dicho, al oírme desde fuera, me avergoncé de haberle disparado tamaña vaciedad, y más cuando lanzándome una mirada de lástima me contestó sonriéndose:

—Pues en concreto, aquí somos casi todos maniegos —ambidextros, que dicen ustedes—, hacemos a las dos manos.

—Lo cual es muy cómodo… —acoté.

—¡Pues claro, hombre, pues claro! —él—. Comodidad ante todo. ¿ O es que vamos a incomodamos porque nos den la derecha o la izquierda? Y vera usted; las mujeres hacen aquí unos guantes de punto,

de lana, de tosca labor casera —algunos son maniquetes o mitones—, que lo mismo sirven para una que para otra mano. A lo peor con el uso toman pliegues de una o de otra. No son como esos guantes de cabritilla, de fábrica, para señoritos, que tienen su cara y su cruz, su lado de la palma y su lado del dorso de la mano. Y en cuanto al calzado, aquí se usan alpargatas, que lo mismo sirve cada una para uno que para otro pie. En la villa vecina hay una fábrica de calzado en que hacen los pares para esas diferencias y evitarles así callos a los señoritos. Callos en los pies.

—Es verdad —le dije avergonzado—; pero como me habían dicho que aquí, en Aldeapodrida, dominaban las derechas…

—Tonterías de tontos de alquiler —me replicó—. También le dirán que domino yo. Ni yo ni el presidente de la Casa del Pueblo, ni el pedagogo, ni nadie. Esta es una aldea podrida, y aquí el que domina es el camposanto, que está allí, en aquel altozano.

—Pero —insistí— quería preguntarle…, vamos, ¿cómo lo diré?…; si…, si tienden…

—Use de sus términos —me atajó— que los comprendo.

—Pues —yo— si tienden al fascismo o al comunismo…, al servilismo o a la rebeldía…

—¡Otra! —exclamó—. ¿No le he dicho que si se rebelan es para someterse? ¡Porque no va usted a tomar en serio eso del reparto!… Repartirse, ¿qué? ¿Tierras? ¿Y el que no vive de ellas? Porque hay labradores, y pastores, y arrieros… Y el médico, y el maestro, y un tendero, y yo… ¿Repartirse el trabajo y el jornal? Aquí se repartía en un tiempo lo del campo comunal, y a todos, hasta a mí, nos tocaba algo. Pero desde que se nos han venido con ese disparate de la jornada de trabajo… ¡Y medir el valor del trabajo por horas! ¡Qué necedad! Esos pobres pedantes —los he leído, señor mío, los he leído— se empeñan en medir lo inmedible, como nosotros nos empeñábamos en hacer pensar lo impensable. ¿Medir, y por tiempo, el valor del trabajo? ¡Un descomedimiento! Esa sí que es materialidad, sea o no materialismo. Ese es, sin duda, el tiempo material, expresión que me hace mucha, y a la vez muy poca, gracia. Con todo lo cual, este pobre pueblo, esta pobre aldea podrida, está volviendo a lo que siempre ha sido. Y por eso le dije que está desconocida, porque lo ha estado siempre, porque es siempre desconocida, acaso inconocible.

—¿Y entonces usted, señor cura?

—Yo ya no sé nada. Nunca he sabido nada. Ni sé lo que es vivir, pero vivo. Ni sé lo que será morir, pero me moriré. Ni pretendo medir la inmensidad.

—¿Y después? —me atreví a preguntarle.

1935 - Restauración y renovación

1935

Los dos Cristos

Ahora (Madrid), 2 de enero de 1935

Me iba el último día de nochebuena por esas benditas calles madrileñas del Dios de España a cosechar impresiones y expresiones —para dártelas, lector— a contemplar cómo se pasa la vida voceando. Porque ese día, y sobre todo su noche suele serlo de vocerío. Aunque no como en mis tiempos de mocedad universitaria, hace ya más de cincuenta años, cuando por la noche entrábamos y salíamos por los cafés, en largas filas —y los mayores— metiendo ruido con toda clase de improvisados instrumentos domésticos de percusión. Era, como solía ser en Carnavales, una protesta contra la música. Luego ha venido el "jaz-band" y otros ruidos de negros —aun siendo blancos— más o menos… cubistas.

Fui a dar a la Plaza de Santa Cruz, tan típicamente madrileña y provinciana, del Madrid provinciano, sucesor del lugarón manchego, del Madrid que nunca tuvo mucho de cortesano. Fue por el contrario la Corte la que llegó a tener no poco de provinciana, y aun de lugareña. En esa Plaza de Santa Cruz se me ofreció todo el pueblo como un niño. Como un niño bonachón y bullanguero. Chicos y grandes rondaban a los Nacimientos, con sus pastorcitos y pastorcitas, con sus estrellas y cometas de papel. Y por allí, musgo y pedazos do corteza de alcornoque. Y zambombas y tamborcitos y todo género de instrumentos de ruido para espantar a los malos espíritus del pesimismo y de eso otro que han dado en llamar derrotismo y que no saben hablar si no de crisis. Y por allí los paveros ofreciendo sus pavos. Sólo que en medio de este ambiente de sana alegría provinciana y casi campesina, manchega, un sujeto que se me acerca y me ofrece casi al oído… ¡bicarbonato! Soy uno de los pocos españoles de profesiones liberales de hoy —burgueses, vamos al decir— que jamás lo he tomado, pero comprendí luego que lo que me ofrecía era otra cosa. Me dio pena la oferta. ¿Quién en aquel ambiente, junto a aquellos Nacimientos, podía pensar en eso que el matutero de malas drogas llamaba bicarbonato?

Me detuve ahí, bajo los soportales que de Santa Cruz van a la Plaza Mayor, a la entrada de la calle de la Fresa. Una triste calleja, solitaria en medio del barullo, y por la que no pasan vehículos ni alteran su sosiego las bocinas. Y es que en medio de ella se alza un farol protector. Ese farol defiende la

tranquilidad de la calle de la Fresa, en que pueden jugar impunemente los niños. La calle apunta al Ministerio de Estado. Y me detuve a cavilar qué misteriosa relación simbólica puede haber entre la calle sosegada de la Fresa, señalando con su solitario farol protector al Ministerio de Estado de España y el menester internacional de éste. Y como no di con tal relación, seguí costeando la plaza Mayor, de una cortesanía tan provinciana, hacia la calle de Toledo. Y luego me encontré en la calle… Perial. ¡Así! Es que le habían quitado el Im…, inicial, y acaso los mismos que le descabezaron al caballo de la estatua ecuestre del rey —¡perdón, ex rey!— Felipe IV que se alza en medio de la plaza Mayor. Fui cavilando en ese im de imperial y de imperio y tampoco se me ocurrió nada. Y bajé a la calle de Toledo, hacia San Isidro donde era el término de mi correría y tenía mi quehacer. No en la Cátedral, sino en el Instituto.

Entré en la Catedral un momento. Típico templo jesuítico. No sé que ningún otro templo de los de la Compañía de Jesús haya pasado a ser catedral en España. Lo que más me llama la atención en la catedral matritense son todos aquellos balconcitos cerrados, todo lo que le hace más que un templo una especie de salón barroco para reuniones de la buena sociedad del Corazón de Jesús, de la buena sociedad burguesa y …perial. Y me acordé allí dentro de cómo un domingo de Ramos un pobre cura loco mató de un tiro al obispo de Madrid cuando éste estaba bendiciendo y repartiendo palmas. Síntoma de sordas luchas intestinas de la Iglesia, y de algo como un preanuncio del soviet del proletariado eclesiástico. Y este estallido del proletariado del clero estalló precisamente en la creo que única catedral de tradición jesuítica. Y una catedral dedicada a San Isidro, el santo campesino, rural, labrador, el santo, por ende, menos jesuítico. Y me puse a pensar que así como hay en América —en Guatemala por lo menos— indígenas que adoran a dos dioses: al Dios Cruz, a Cristo, a quien adoran en poblado, en vida urbana, y al Dios propio, precolombino —Tsultacá le llaman en cierta tribu guatemalteca— al que adoran en el campo, en los montes, fuera de lugares más o menos urbanizados, así hay aquí, entre los indígenas rurales y campesinos de España un Cristo propio, un Cristo campesino y rural, que fue seguramente el de San Isidro labrador, un Cristo en Cruz, agonizante, sangriento y desangrado, un Cristo laico, popular y luego de introducción reciente, para los salones de reunión de la buena sociedad pequeño-burguesa y aun pseudo-aristocrática otro Cristo, de origen francés y …perial, borbónico: el del Sagrado Corazón, ya sin sangre. Cierto es que en iglesiucas de aldea se encuentra muchas veces una estatuilla de este segundo y reciente Cristo, y aun algún cromo, pero resulta algo pegadizo. O como lo que hace unos años encontró un amigo mío en una ermita de una ranchería de indios guaraníes, y fue un cromo de "La Lidia" representando a Mazzantini en traje de luces. ¿Qué podía representar, y con aquel traje, sino un santo? "Santos" se les llama vulgarmente a todas las estampas.

Y pensando en los dos Cristos, el popular, rural, tradicional e indígena, y el otro, el urbano, advenedizo y alienígena, me salí de la catedral matritense —no madrileña— con el recuerdo del episcopicidio, y fui al Instituto contiguo a la catedral, en el que tenía menester que cumplir. San Francisco de Borja y doña Leonor de Mascareñas fundaron en 1560 un colegio popular, gratuito, regido por jesuitas; en 1581 la Emperatriz doña Ana de Austria, hermana de Felipe II, dotó unas becas para ese Colegio, y en 1625 Felipe IV, por decreto, lo hizo Colegio Imperial —Reales Estudios— para la nobleza, ya no popular. Al disolver la Compañía Carlos III, el Colegio pasó a ser laico, pero más adelante volvieron a él en cierto

modo los jesuitas. Y al fin del primer tercio del pasado siglo XIX, cuando la matanza, ya legendaria, de los frailes, las turbas endemoniadas asaltaron el Colegio Imperial y asesinaron en él a algunos jesuitas. Hoy el antiguo Colegio, hoy Instituto nacional, no es ni …perial siquiera. Y muy en el fondo de esta historia, a ratos trágica, se ve a los dos Cristos, al indígena y nacional y al advenedizo e imperial, al de la llaga sangrienta y al del corazón sin sangre; al rural y al urbano, al rojo y gualdo y al azul y blanco.

Restauración y renovación

Ahora (Madrid), 5 de enero de 1935

En esta obsesiva contemplación del misterio clarísimo del pasar de la vida; en esta meditación de que todo tiempo pasado es —es y no fue— mejor, y lo es por haberse pasado, eternizado; en ese acomodarse al potro del Destino le viene a uno como estribillo de honda canción de siempre alguna de las frases que nos renuevan la memoria. Así ahora, en este centenario del romanticismo español, el de hace un siglo, cuando recorro lo que del viejo Madrid de mis mocedades estudiantiles queda, me salen por la ventana de alguna casuca de vieja calleja estos versos que declamábamos melancólicamente: "Sobre una mesa de pintado pino / melancólica luz lanza un quinqué, / un cuarto ni lujoso ni mezquino / a su reflejo pálido se ve…" ¡Maravillosa evocación que gustábamos al pálido reflejo de las últimas vislumbres del ocaso del romanticismo! Cuarenta años después que empezó a publicarse *El Diablo Mundo*, de Espronceda.

¡Pintado pino! Ya nada queda del pino; todo, hasta el pino mismo, no es más que pintura. Pino y no castaño, ni nogal, ni otro leño noble y duradero. Y luego, la luz melancólica del quinqué, de esa lumbre del siglo de las luces, olvidada ya. ¡Quinqué! La mera palabra, que tanto oí y dije en mi niñez, me evoca un pasado que es mejor que fue. Un pasado que no logro ya soñar al pálido reflejo de la luz melancólica de mi quinqué infantil, ¡Ah, si consiguiera uno revivir su primera antigüedad, su niñez! Pero no se vuelve a la luz del quinqué. Para renovarse hay que acudir a luz de naturaleza, no de historia; de noche, a la de la luna o a la estrellada, que es espejo de la eterna conciencia humana. Lo sabía Kant. Que ni los hombres ni los pueblos vuelven a su pasado histórico, sino, a las veces, al pasado pre-histórico, pre-humano, al cavernícola, al animal, pero no al niño social que en tiempo histórico fueron. El hombre de la mesa de pintado pino que soñó Espronceda, al despertar de su sueño —nuevo Fausto o, mejor acaso, nuevo Segismundo— se levanta hecho "mancebo ardiente y vigoroso" y se pone a vagar por la estancia en cueros, nuevo Adán. Mas el poeta dice: "¿A qué vuelvo otra vez al Paraíso / cuando la suerte quiso / que no fuera yo Adán, sino Espronceda?" Y su nuevo Fausto —o Segismundo—, el "mancebo ardiente y vigoroso" que se da a salir por las calles de Madrid en cueros, va a dar…, ¿adónde, sino a la cárcel? A Adán, si resucitara, le meterían en ella.

¿Y Espronceda, el soñador de Adán restaurado o renovado? Espronceda, liberal de principios del siglo XIX, juicioso calavera, emigra por motivos políticos, que, en rigor eran literarios; es seducido por Teresa

Mancha —"¡ay Teresa, ay, dolor, lágrimas mías!"—; se viene a Madrid; se mete en política al acabar la guerra civil de los siete años; se hace esparterista; empieza en 1840 a publicar su *Diablo Mundo* —que no acabó, como ni el diablo ni el mundo—; es elegido diputado a Cortes por la provincia de Almería en 1842; escribe un folleto sobre el Ministerio Mendizábal y muy atinadas y sesudas reflexiones sobre la desamortización de los bienes del clero y la reforma agraria, y en mayo de 1842, a sus treinta y cuatro años, se muere de garrotillo cuando iba acaso camino de ministro… moderado.

"¿Qué es el hombre? Un misterio. ¿Qué es la vida? Un misterio también…", escribía. Y otra vez: "¡Oh, si el hombre tal vez lograr pudiera / ser para siempre joven e inmortal…!" Pero no en la Historia. Y menos en el Paraíso. ¿Restaurarse, renovarse? Restauración no es renovación. Se restaura un mueble viejo, un trono, por ejemplo, si es de pino, pintándolo tal vez; ¿pero renovarlo? Su leño, su madera, carcomida acaso, no se renovaría sino echando raíces en tierra. Y la tierra es naturaleza y no historia. La arqueología —y, sobre todo, la política— no renueva nada. Sólo resurge renovado el hombre cuando —magnífica fiera— se sumerge en naturaleza prehistórica, propiamente en barbarie o acaso en bestialidad. Cuando rompe su costra histórica. ¿Renuevos del viejo leño? En su cogollo, más viejos que el tronco. Por aventura puede ocurrísele a una dinastía regia, a un viejo leño carcomido y caduco, pretender renovarse acudiendo a abonos —que son maleza— de régimen dictatorial con todo ese artilugio de Estado corporativo y drástico. Lo que no es tradición histórica, humana, sino ir a hundirse en suelo pre-histórico, pre-humano, o sea natural y animal. Es la barbarie; es un falso Adán que se echa en cueros a la calle de la ciudad. La Historia es irreversible. La hoja que quiere ser raíz se hunde en las tinieblas de la tierra y sin luz. Espronceda no puede volver al Paraíso sino en soñación, porque no era Adán, sino Espronceda. Y no volvió al Paraíso, sino que se fue a la diputación a Cortes por Almería. Y, por otra parte, nada hay menos tradicional que el llamado tradicionalismo. Que ni restaura ni renueva.

¡Luz, luz! Aunque sea la melancólica del quinqué. O la de aquel alumbrado de gas o de petróleo de aquellas viejas calles del Adán espronceda no. "Dicen que Sabatini pone faroles…", cantaban en *El barberillo del Avapiés*, refiriéndose a aquel arquitecto palentino del siglo XVIII. Y aquel alumbrado hizo a los faroleros. Faroleros y memorialistas eran dos de las más profundas profesiones. ¿Y son los restauradores y renovadores —o, mejor, renoveros— otra cosa que faroleros y memorialistas? Faroleros en época de luz eléctrica y memorialistas en época de mecanógrafos. Pero es inútil pintar el pino, porque se va en serrín de puro carcomido. Y si se intenta otra renovación, se va a la barbarie pre-histórica, a la demagogia de una mal encubierta animalidad. Acaso a los estallidos selváticos de un pueblo al que se le induce que es raza, que es sangre, que es naturaleza, y no espíritu, no historia propiamente dicha. La España viva, la de siempre, movida por íntima dialéctica de contradicción, es una anti-España, una España que se enfrenta consigo misma y vuelve sobre sí. Pero al pasado que fue, no al que es, no se le vuelve, no se le renueva, no se le procrea, que arqueología no es poesía. A trono desvencijado no se le envencija, no se le faja ni con fajo traducido del italiano.

Ved aquí lo que ha alumbrado en mi memoria el pálido reflejo del recuerdo de la melancólica luz del quinqué de mis mocedades de tras-romanticismo literario y político.

Don Miguel de Unamuno habla a los niños españoles en nombre del Presidente de la República

Ahora (Madrid), 6 de enero de 1935

Perdón, niños de España, paravuestros mayores

Don Miguel de Unamuno, en nombre de Su Excelencia el Presidente de la República, leerá hoy las siguientes cuartillas en la fiesta infantil que se celebrará en Salamanca para regalar juguetes a los niños con ocasión de la Fiesta de Reyes. Esta breve oración a los niños de España, cuyas primicias ofrecemos, es una de las páginas más emocionadas del maestro Unamuno.

Hoy, el día en que se celebra en el mundo cristiano la Adoración del Niño Dios por los santos Magos —llamados después Reyes— Melchor, Gaspar y Baltasar —fiesta que viene de abuelos a abuelos y de nietos a nietos desde hace siglos—, venimos vuestros mayores —padres, tíos y abuelos— a regalaros juguetes de toda clase —menos pistolas— para que aprendáis a jugar en paz en la vida, a jugar en paz la vida. Y, sobre todo, venimos a que nos perdonéis. A que nos perdonéis muchos pecados contra vosotros y, sobre todo, el de que no siempre os dejemos jugar en paz.

En estos regalos o aguinaldos de Reyes ha puesto su parte aquí, en Salamanca, como en algunas otras ciudades, el señor Presidente de la República de España, haciendo de mago adorador de la niñez, pues cuando visitó esta nuestra ciudad, fue la alegre tropa pacífica de los niños lo que más le conmovió. Y yo, padre y abuelo de salmantinos, he de deciros de su parte —como él, por mi boca, os lo dice en nombre de nuestra madre España— que con este agasajo, con esta fiesta queremos ganar, más que vuestro agradecimiento, vuestro perdón. Perdón, niños de España, para vuestros mayores.

Son muchos los padres que os mandan a la escuela para que no deis —dicen— guerra en casa, para que los dejéis en paz. ¿En paz? La guerra que dais jugando en casa ¡sí que es paz! La guerra condenada, la del demonio, es la que solemos daros nosotros, los mayores. Hay quien se queja de que vosotros, los niños de verdad —no esos chiquillos mal educados que juegan a la guerra civil—, ocupáis y tapáis la calle con vuestros juegos y no nos dejáis taparla con los nuestros. Mejor es que nos echéis de la calle que no el que nosotros os echemos de ella. Y sois vosotros los que tenéis que enseñarnos a jugar. A jugar sin preocupamos de ganar o perder el juego, sino a jugar bien. Bien y en paz.

Os hemos dado mal ejemplo, muy mal ejemplo, y estamos avergonzados de ello. No sé si también arrepentidos. Nos figuramos que nuestros juegos son más serios que los vuestros porque en los nuestros se matan los jugadores. Hay muchos de nosotros que quieren enseñaros nuestros juegos. ¡Decidles que no! Que si os divierte despanzurrar un muñeco para ver lo que lleva dentro, os da rabia y

asco el que se le mate a un hombre, a un hermano; el que un padre mate a otro padre por lo que lleva, o no lleva, dentro. Que si os divierte leer en cuentos —cuentos con bonitas estampas—, os dan rabia y asco los cuentos con que nos insultamos unos a otros vuestros padres y abuelos. Decidles que las escuelas de España deben ser las verdaderas Casas del Pueblo y que no queréis que entren en ellas nuestros malditos juegos de guerra civil.

Y ahora voy a tomar la palabra en vuestro nombre y a decir a mis compañeros, los mayores, a decirles con vosotros: "Dejadnos jugar en paz. No queremos estos juguetes si es que no hemos de jugar con ellos en paz y en alegría. No los queremos si es que han de ser comprados con sangre y lágrimas de nuestros padres y de nuestras madres. ¡Con leche y con sudor, sí; con sangre y lágrimas, no! No queremos que nos echéis de la calle y nos encerréis, como al ganado, en las escuelas si es para tapar vosotros las calles y las plazas con vuestros juegos de rabia y de muerte. No dejaremos de daros eso que llamáis nuestra guerra porque queréis que lo dejemos para darnos y daros vuestra guerra. Si queréis que juguemos, que soseguemos vuestro remordimiento renunciad a vuestros juegos de muerte. Y a vuestros juguetes de destrucción. Y no nos enseñéis a amenazarnos unos a otros. Enseñadnos a vivir en paz de trabajo en casa y en la plaza pública. Que España sea una casa de familia. Y entonces os perdonaremos."

Y ahora os digo yo, niños de España, y os lo digo en nombre no ya sólo del Presidente de la República de España, de la gran casa nacional de la familia española, sino en nombre de ésta, de España, la casa, que no tendremos nosotros, vuestros padres y abuelos, perdón de Dios mientras no tengamos vuestro perdón, mientras Él, el Padre del Niño eterno, no nos perdone. Queremos merecer de vosotros absolución de nuestras muchas culpas. Así sea.

Cartas al amigo XVIII.—A un joven literato que quiere intervenir en política.

Ahora (Madrid), 9 de enero de 1935

Pero, hombre de Dios, ¿todavía le anda usted dando vueltas a eso de si los que llama intelectuales deben o no intervenir en política? Ahora, que al decir intelectuales quiere usted decir literatos. En el más alto y noble sentido de este epíteto, por supuesto. Y a ello he de contestarle que lo mejor acaso de toda literatura nacional ha sido literatura política y que lo mejor acaso de toda política ha sido literaria. No letrada, porque esto de letrado huele a abogacía. Y aunque la abogacía sea cosa de forma, formal, es de muy otra forma que la literaria.

El político de abogacía aboga por una política que podríamos llamar procesal. No suele entrar en ningún problema concreto. Los deja para los llamados técnicos, y no sé si con esto hace bien o hace

mal, ¡porque los tales técnicos!... ¿No ha oído usted más de una vez a algunos de esos políticos procesales empezar un alegato diciendo: "No entro en la cuestión de fondo..."? Se atienen a la cuestión de forma. Pero la forma es fondo, y eso que llaman cuestión de fondo suele serlo de forma. Pero de otra forma que la cultivada —y a menudo muy bien cultivada— por esos políticos procesales, abogadescos. Es una forma que podríamos llamar sustancial. Forma sustancial del cuerpo llamaban los escolásticos al alma. Y la forma sustancial es espíritu, es soplo, es verbo. Y es... tono.

Aquí es, amigo mío, donde está el oficio del literato, del verdadero literato —poeta en estricto sentido, creador de formas—, que se siente llamado —es una vocación— a intervenir en política; el oficio de darla tono. O entono. El oficio de entonar la política, tan desentonada hoy y aquí entre nosotros. No es que debata de ella sin ton ni son —aunque con tonillo y sonsonete insoportables—; es que ha perdido toda dignidad tonal. O tonalidad digna. Y con el entono ha perdido el tino. Pues desentonar es desatinar. Puestas en tono digno, noble, las más contrapuestas doctrinas acaban por armonizarse y concordarse.

Para la eficacia del tono, para su elevación y hondura, nada vale más que tener la vocación de expresarse digna y adecuadamente. Hace poco leí en la autobiografía de Henry Adams —un libro norteamericano henchido de finuras— esta sentencia: "El hábito de la expresión lleva a la rebusca de algo que expresar; algo que queda como un residuo del lugar común mismo si se borra todo lugar común de la expresión."

Y al punto me acordé de un muy conocido político actual de quien yo solía elogiar en las Constituyentes el cuidado que ponía en expresarse de un modo ceñido y elegante, con correcta precisión. "Pero si apenas dice nada...", me objetaban. "El que se esfuerza en decir bien acaba siempre diciendo mucho, aunque sea en poco", replicaba yo. Otra vez me dijeron: "Pero ¡es tan redicho!; se oye al hablar." Y yo: "El que se oye al hablar es que tiene respeto a sus oyentes." ¿O es que vamos a preferir a esos parla-a-puñados —así los llaman en Palencia— que sólo fían en el desentono, en las estridencias? ¡La forma, el entono, la dignidad verbal! Y aquí he de recordarle que cuando al poeta Mallarmé le hablaban de las ideas para los versos replicaba: "Los versos se hacen con palabras." Verdad es que las palabras son ideas, esto es, visiones. Y más que visiones, sones vivos.

Recorra usted, amigo mío, la historia política de las naciones y dígame si los más grandes actos —actos quiere decir palabras, discursos— políticos de los más grandes caudillos de los pueblos no han sido piezas literarias, poéticas. Ahora me vienen a las mientes dos: el discurso que Tucídides pone en boca de Pericles en su oración —y que lo es— fúnebre por los muertos en Platea, y la brevísima oración —fúnebre también—- que Abraham Lincoln leyó en el campo de batalla de Getysburg en la guerra de secesión norteamericana. No ha llegado la lengua inglesa a tal pureza, elevación, hondura y sencillez expresivas. Son dos oraciones que entonan el destino civil de un pueblo.

Y ahora: ¿si debe usted intervenir en política? ¡Desde luego! ¿Con qué ideas? En esto, vertiendo algo lo de Mallarmé, le he de decir que la política, la educación civil de un pueblo —que no es otra cosa la política— no se hace con ideas, sino con palabras, en el más hondo y entrañado sentido de la palabra.

Busque usted la expresión digna y encontrará el sentido profundo.

¡Y qué falta nos está haciendo aquí esto, en esta terrible avenida de chabacanería, que no se sabe por qué extremo es mayor! ¿Hay nada más bárbaro que la grosería del señorito "decente" —ya sabe usted lo que ahora quiere decir "decencia"— que se pone a gritar la religión, la patria, el orden, la tradición, la propiedad, la familia y todos sus demás lugares comunes con unos gritos que huelen a lugar común? En Francia ha solido haber panfletarios —libelistas— de extrema derecha y de extrema izquierda con ingenio cáustico y una cierta poética desenvoltura; pero ¿aquí? ¿Aquí? La zorra decente es tan indecente —en el recto sentido— como la otra. Y en cuanto a aullidos, no son los peores los de los lobos; son peores los aullidos de las zorras, que también se suelen poner a aullar, aunque no lo parezca.

Me acuerdo de los tiempos de los faroleros y de los memorialistas, cuando se preparaba la que se llamó Restauración, la de los señoritos castizos. Empezaba yo entonces mi educación civil. Y le digo a usted que ahora, en este tiempo de luz eléctrica, de máquinas de escribir y de muchos menos analfabetos; en este tiempo, en que se anuncia la Renovación de la raza —su día, el 12 de octubre, con inundación de ramplonería—; en este nuestro tiempo, el desentono es tal, que le dan a uno ganas de quedarse sordo. Y luego, ¡nuestra pobre madre lengua, nuestro noble y digno romance castellano, en lenguas de esas bocas desbocadas! Que manejen la porra o el garrote, pero ¡que se callen! ¡Que se callen!

Lectores de español

Ahora (Madrid), 15 de enero de 1935

Acabo de experimentar —una vez más— la actuación de juez de oposiciones a cátedras —ahora, de Lengua y Literatura españolas— de Institutos. Uno de Madrid. Mi impresión, en general, halagüeña. Recordaba las cinco oposiciones a tres… —empleemos la fea palabra—- "asignaturas" que hice en mis años moceriles hasta que… "saqué plaza"… Y otras en que actué también de juez. El nivel medio se ha elevado. Sobre todo en honradez intelectual. Sean cuales fueren las deficiencias de los opositores, no se empeñan en llenar el tiempo máximo de cada ejercicio ni lo llenan con frases hechas, lugares comunes y vagas generalidades. Conocen el cuestionario, y hay un mayor porcentaje que en mi tiempo de los que prueban haber leído más que libros de texto escolares. Y los hay que saben leer —en voz alta, ¡claro!— bien y con sentido, lo que tengo por prueba definitiva de buen entendimiento bien cultivado. Cabe decir que buen lector es buen entendedor y, por tanto, buen explicador.

Primero, que no repiten tanto como antaño, y sin más, de coro, los juicios ya hechos por los consabidos "autores" —"los autores dicen…"—, sino que los corrigen de propio juicio. Tiempo hubo en que nuestro gran don Marcelino, el santón de la crítica —y se lo dije a él mismo—, hizo, sin quererlo ni saberlo, un cierto daño con sus obras ofreciendo a los pobres opositores de cátedras un remedia-vagos que les

ahorraba el trato directo y continuo con los otros autores, con los verdaderos autores, con los creadores de lengua y de literatura, y no con los críticos y expositores. ¿Y qué se diría de la crítica de críticas? ¿Quién se atrevía a opinar contra el fallo de don Marcelino? Su pluma, "cetro intelectual de España", dijo el muy barroco Vázquez de Mella. Tomábanse los juicios de Menéndez y Pelayo ya hechos, como pavos a quienes se les empaniza con nueces, con sus cáscaras y todo. Apenas si a muchos se les ocurría leer lo que leyó don Marcelino, y aun más —pues dejó sin leer o más que echar vistazos bastante más de lo que supone una absurda leyenda de papanatas—, y leerlo como él lo leía. ¡Qué formidable lector era el gran maestro! Lector en voz alta quiero decir. Y mejor declamador. ¡Qué manera de declamar la suya!

Esto de saber leer es acaso lo fundamental en la enseñanza de lengua y literatura. Leer debe ser decir y no recitar o rezar. Ni —no siendo en su caso— declamar. Leer lengua hablada, lengua dicha, mas no redicha. Para aprender a decir hay que saber oír, como para aprender a escribir hay que saber leer. Hay quien escribe en voz alta, y quien, susurrando o mormojando. Otro día diré —en comentario a lo de Larra de si no se lee porque no se escribe o no se escribe porque no se lee— que no se lee porque no se ha enseñado a leer. De lo que, entre otras cosas, esos doctores de escopeta y perro, analfabetos por desuso, que aún quedan por tierras de España. Y es el más funesto analfabetismo.

En uno de los cursos de don Marcelino a que asistí nos leyó (o declamó más bien) en clase —pues ello lo pedía— el prólogo de la *Historia del levantamiento y guerra de Cataluña en tiempo de Felipe IV*, de Melo, y su discurso de Pau Claris, y fue tal el efecto que aquella lectura —lectura es lección— nos produjo a los oyentes, que salimos a leer o releer a Melo y a comprar algunos —en librería de lance acaso— su maravilloso libro declamatorio. Y entonces comprendí algo que mi posterior experiencia docente me ha confirmado, y es que basta leer con sentido, entono y cariño un texto clásico para que quien lo oiga se dé clara cuenta de todo su contenido artístico. Hay quienes no se enteran de algo que han leído —y acaso varias veces, o a lo mejor, se lo saben de memoria pasiva— hasta que se lo han oído leer a lector recreador. Tal era don Marcelino. Lector, leyente —"lente" se le dice en Portugal— se le llamaba un tiempo al que llamamos hoy catedrático (de cátedra, que es cadera o asiento). Asiento de profesor oficial.

Siendo, lectores, el que esto escribe o dice presidente del Consejo Nacional de Cultura al tratarse de formar expediente a un catedrático ya difunto, uno de los cargos que se le hacía era el de que un profesor universitario —¡ahí es nada!— se limitaba casi a leer desde su asiento un libro. "Si el libro es bueno y lo lee bien, hace más y mejor que la mayoría de los catedráticos (asentados) de conferencia", hube de decir… Pedantería suponer que un asentado universitario es más que un dómine de párvulos y pedantería suponer que haya nada más fundamental que lo elemental. Maestro de escuela que leyendo sepa hacer llorar, y reír, y sentir, e imaginar, y pensar a párvulos es maestro de enseñanza maestra, de obra maestra y prima.

¡Leer! No recitar con uno u otro sonsonete. Como el de esos abominables recitadores y recitadoras. A los que se les da a leer en voz alta algo que no se sepan de memoria y es un desastre.

¡Lectores de español! ¡Qué falta nos hacen en las escuelas de todos los grados! Lectores que enseñen a leer español a los niños y a los grandes de España; lectores que hagan sentir el milagro permanente de nuestra lengua madre —madre e hija nuestra—, que les enseñen a re-crearse en ella para poder re-crearla. O conservarla, ya que, como decían los teólogos escolásticos, la conservación es una creación continua, una re-creación. Y lectores de español para fuera de España. Algunos andan por el extranjero sin la debida protección de nuestro Gobierno —los que lo merezcan—, y en esto me he de ocupar otro día. Lectores que están contribuyendo a la mejoría de nuestra estimación entre otros pueblos.

Levanta el ánimo notar que se vayan preparando lectores de español, que lo lean para enseñar a leerlo. Cuando el cogollo de nuestro patrimonio espiritual: la lengua, con todo lo que ella consigo lleva, esté en tales ánimos piadosos, de verdadera piedad patriótica, España, nuestra España, se conservará, seguirá creándose, pues se oirá la voz íntima de las entrañas de su habla.

Piedra de escándalo.—A un amigo que se dice católico a secas

Ahora (Madrid), 23 de enero de 1935

Se me dice usted, mi antiguo amigo, católico a secas —y, por lo tanto, sin gotas de otro humor alguno religioso— y a machamartillo. Se me dice también que vive y reza cara al cielo y cruz a la tierra. Y yo le digo que a mal tiempo, buena cruz y no buena cara. Ya le contaré algún día de aquel que se acostaba en una cruz sobre la tierra —y en cruz sus brazos, que no cruzados— a contemplar de noche la estrellada. Los brazos en cruz, se lo digo, no cruzados. Que no era un cruzado de los que van a cortar orejas a los Malcos, no de los que andan a cruzadas. Ya sabe, amigo mio, que la cruz hay que rescatarla de los cruzados… Que es usted católico rancio y chapado a la antigua española, no chapado a la moderna, que si se les cae la chapa, se les vierte el humor entrañado. ¿Rancio? No, sino avinagrado. Y le hago gracia de lo de los vinos nuevos y viejos y los odres nuevos y viejos.

Con todo esto me habla usted de las persecuciones que dicen que está sufriendo la Iglesia católica española y del tan mentado artículo 26 de la todavía en parte vigente —y en mayor parte yacente— Constitución actual de esta nuestra República de trabajadores de toda clase. De ese artículo, cuya revisión piden unos, y otros se aprestan a impedirla. Y para entrar en caso voy a recordarle a usted, pues le sé lector asiduo y atento del Evangelio, lo que se nos cuenta en el capítulo XVI del llamado de San Mateo.

Cuéntase allí que cuando Jesús se fue a las partes de Cesárea, la de Filipo, preguntó a sus discípulos que quién decían los hombres que era el Hijo del hombre, y luego, quién decían ellos, sus discípulos, que era él. Y respondiendo Simón Pedro, dijo: “Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios vivo.” Y Jesús le dijo :

"Dichoso tú, Simón Bar Ioná, que no te lo reveló carne y sangre, sino mi Padre, el que está en los cielos." Y sigue aquello tan conocido de: "Tú eres Pedro, y sobre esta piedra —haciendo un juego de palabras (¡hay tantos en el Evangelio!) en griego— edificaré mi Iglesia…" Les anuncia luego el Maestro su pasión y muerte, e interrumpiéndole, Pedro empezó a reprenderle diciendo: "¡Lástima de ti, Señor; que no te sea eso!" Y Él, vuelto a Pedro, le dijo: "¡Retírate detrás de mí, tentador! Me eres un tropezadero, porque no piensas lo de Dios, sino lo de los hombres." (Le traduzco "Satanás" por tentador y "escándalo" por tropezadero; es decir, se los traduzco.) Y entonces Jesús dijo a sus discípulos: "Si alguien quiere venir detrás de mí, niegúese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame; pues quien quiera salvar su vida la perderá, y quien pierda su vida por mí la encontrará." ¿Se ha vuelto a enterar usted, amigo mío? ¿Sí? Pues vamos adelante con la cruz.

Pedro, Simón Bar Ioná, el que luego en el olivar había de esgrimir espada con intento de impedir la pasión del Cristo; Pedro, la piedra de la Iglesia, no quiere la pasión, no quiere persecuciones. Y por ello Jesús le llama tentador y piedra de tropiezo, escándalo. Y usted, amigo mío, ¿quiere o no evitar persecuciones? Me tiene dicho antes de ahora que jamás formará en un partido católico. ¡Claro! Como que eso de partido católico carece de sentido político y de sentido religioso. Una comunión católica —o judaica, o mahometana, o protestante, o budista— no puede degenerar en partido. Y menos una comunión cristiana sencillamente. Que suele ser una comunión de comuniones.

El tan debatido artículo 26 es, en gran parte, un atentado contra la libertad de conciencia. Y el achaque que se dio para disolver la Compañía de Jesús, algo —se lo he dicho a mi público antes de ahora— lamentable. Suponer que el llamado cuarto voto puede llegar a atentar contra la seguridad del Estado es un insulto a la Iglesia Católica Romana. Y a su piedra angular, aunque ésta sea de tropiezo para el Cristo. Quien se sienta liberal ha de condenar el mal espíritu de ese artículo; quien cristiano solamente, no sólo resignarse a él, sino alegrarse de él, aun condenándolo, pues con esa persecución se purificará la cristiandad española popular, lo que de cristiano y de popular —laico— haya en el catolicismo español; quien sólo católico romano, ¡ah!, ése piensa más en lo de los hombres que en lo de Dios, que es lo político. ¿Que usted, aunque católico a secas, no es sólo católico? ¡Natural! Pero ahora, quiéranlo o no, los católicos se están haciendo liberales, y los mismos que antaño voceaban —los del cuarto voto— que el liberalismo era pecado, piden ya libertad de cultos, y libertad de conciencia, y libertad de enseñanza. Aunque, en rigor, lo que más piden es libertad de inconciencia y libertad de no enseñar. Esta, sobre todo, la libertad de no enseñar, los padres de familia profesionales, algunos sin hijos. Pues libertad de examinar no es libertad de enseñar y menos de aprender. ¿Es usted, amigo mío, católico liberal o sólo a secas? El liberalismo no es sequedad.

Quien se sienta cristiano y liberal tiene que rechazar ese artículo 26 y descubrir el engaño que hay en eso de la enseñanza mal llamada laica o neutral. ¿Neutral? Maestro y maestra que sean hombre y mujer, acaso padre y madre, han de tener una creencia o descreencia, una fe o una infidelidad, una esperanza o una desesperanza —acaso desesperación—, y pretender que se las guarden, que no las dejen transparentar cuando los niños preguntan por el misterio de que todo y todos les hablan, pretender eso es pretender que esos maestros sean marmolillos y no humanos. Es como si una madre

que no queriendo criar a su crío por flaqueza o por molicie, buscara una ama de pecho con leche neutral, esterilizada, pasteurizada. Porque la nodriza puede tener cualquier mal humor en la sangre y transmitirlo a la criatura que ha de criar. Para semejante caso están el biberón y la lactancia artificial al cuidado de una "nurse" científica. Y a este biberón corresponde en lo espiritual la pedagogía. Que suele ser una colección de moldes de queso de todas formas y tamaños, mas que, de no haber leche, no sirven los moldes, y en habiéndola sobran, pues se hace el queso con un simple pañuelo.

Ahora que se lo repito: esa que ustedes llaman persecución ha de ser muy provechosa a la comunidad cristiano-católica española popular, o sea laica. Por de pronto, tendrán que enseñar el catecismo no los maestros de Estado, sino los que se lo confiaban a ellos para tener menos quehacer y para vigilarlos y hasta deprimirlos —he conocido casos—, o porque no lo sabían bien —también he conocido casos—, y tendrán que aprenderlo mejor para mejor enseñarlo. Y de esto podrá alumbrar a flor de espíritu popular la venera cristiana y liberal que hay en las entrañas de la comunidad religiosa popular —laica— española y que aflora por resquicios. Y vea por donde ese artículo 26 y sus aplicaciones, que me han parecido, en general, de una gran injusticia, me parecen provechosos para el porvenir religioso de nuestra España. Y para hacer liberales a los católicos cristianos.

Y para concluir, no sean ustedes tentadores ni piedras de escándalo para con el Cristo ni piensen más en lo de los hombres que en lo de Dios. Y menos aún se dispongan a cortar orejas a los Malcos.

Cartas al amigo XIX

Ahora (Madrid), 25 de enero de 1935

Este de ahora mi amigo es tan apocolíptico, que después de haberme recordado lo de la "abominación de la desolación" —frase que en latinismo de la Vulgata pasó del libro de Daniel profeta al Evangelio, según San Mateo— me pide horóscopos, calendarios y agüeros sobre lo que ha de pasar en la vida pública de nuestra España civil. Y me pide, de propina, el sino político de ésta; su destino histórico.

Repasemos, ante todo, la abominación de la desolación y el sino. Aquélla, en latín "abominatio desolationis", es una enrevesada y ya tradicional traducción de un pasaje del Libro del profeta Daniel en que éste se refiere, al modo hebraico, a la "porquería del invasor" a propósito de haber metido en el templo una estatua pagana, y no quiere decir sino la idolatría. Y de allí pasó la frase al capítulo XXIV del primer evangelio, donde se cuenta el anuncio que hizo el Cristo del fin del mundo y de los horrores que habían de preceder a la segunda venida del Hijo de Dios y del Hombre. Y en cuanto al sino, éste —el signo— significa aquella especial conjunción de los astros, entre las estrellas fijas, que determinan la suerte de cada persona individual o colectiva. Y así éste de ahora mi amigo me pide que por la conjunción de nuestros astros políticos le trace la buena o mala ventura que ha de correr nuestra patria.

No quiere quedarse a la zaga.

Lo primero que nuestros astros políticos, a pesar de sus revoluciones en torno al Sol, son más bien "estrellos" y algunos cometas, y si como astros van a desastrarse, al desastre, como estrellos van a estrellarse. Y ello porque no dirigen nada, sino que se dejan dirigir por los que carecen de dirección, por su clientela. Parécense a los alguaciles alguacilados de Quevedo, a caudillos acaudillados y tal vez acaso a maestros amaestrados.

Mi pobre ahora amigo quiere cobrar huelgo y no hacer huelga de ciudadano, quiere recordar y no olvidar, soñar y no dormir, y busca luz. "Me siento sumido en una pesadilla caótica —me dice—, no logro orientarme." Y me recuerda nuestros tiempos —¿nuestros?—, los de él y míos, aquéllos del turno de los dos partidos constitucionales, de cesantes en vez de parados, cuando no presentíamos esta república de funcionarios sedicentes trabajadores de toda clase y aspirantes, sustitutos y supernumerarios de función. Él, mi amigo éste de ahora, no tiene que colocarse. Pero tiene, sí, hijos y hasta paniaguados a quienes colocar, y todo eso del sino de España se reduce a que no ve claro el porvenir de los suyos. A quienes no sabe en qué partido meterles para que hagan carrera. Y es por esto por lo que me pide orientación. ¡A mí!

"¿Qué me dices del momento político? —me pregunta—. Momento que me parece un siglo." Y luego, que le explique las diferentes opiniones que batallan en el campo político. ¿Opiniones? Anarquistas; la F. A. I.; la C. N. T. —estas iniciales simplifican la complicación gracias a no decir nada—; comunistas ortodoxos y heterodoxos; socialistas de las dos ramas; federales —éstos al aire—; radicales-socialistas, divididos también —alguna vez aparece un proyecto de unión para dividir más, la F. I. R. P. E. pasó a la arqueología (R. I. P.)—; de unión republicana; republicanos nacionales; de acción republicana; de al servicio de la república, ahora durmientes; demócratas o reformistas —no sé…—; progresistas o como se llamen; radicales; agrarios republicanizados; agrarios independientes y a la espera; accionistas populares o cedistas —de la C. E. D. A. (no confundir con la ceda)—; del bloque nacional anfibio; de Renovación Española o T. Y. R. E.; tradicionalistas que ceden; carlistas netos —nada con la otra rama, la liberalizada—; fajistas, ahora a la greña los de las J. O. N. S. y los de la F. E. —no fe, ¡ojo!—; y además de la Esquerra y de la Lliga —ni izquierda ni liga—; nacionalistas vascos; galleguistas, autonomistas de por dondequiera… Y agregúense masones, judíos, jesuitas, protestantes, gitanos… Dios nos valga, ¡qué revoltijo!

¿Programas? ¿Eso que llaman ideología? Los estrellos, los astros, los cometas, los planetas y los satélites cimbelean un señuelo, sea la revisión constitucional, de que no se les da un pitoche, para cazar electores, y éstos, los electores, a quienes tampoco les importa nada de la tal revisión, hacen como que se dejan cazar para cazar a su vez a sus cazadores y que les valgan mañana. Porque hay que vivir, ¡qué remedio! Y los más de los pobres ciudadanos votan… porque sí. Para hacerse los ciudadanos.

Este de ahora mi amigo no tiene más que observar a sus convecinos de al lado y verá que no se respira aire revolucionario ni, por tanto, contra-revolucionario. Los que se lanzaron hace poco al campo de la llamada revolución no lo hicieron por íntima necesidad, sino en busca de aventuras, y a jugar con

dinamita. Acaso a servir un chantaje de los astros que los dejaron en la estacada. Deporte en su mayor parte. Pero es que hoy se vive de él, como el futbolista profesional o el pelotari de cancha de timba.

¿"Vibraciones revolucionarias"? Lo acabo de leer. ¡Bah! Desde que el P. Mendive S. J., psicólogo —vamos, al decir— y no físico, dejó dicho en su *Psicología* que los nervios no pueden vibrar, pues tendrían que estar sujetos por ambos extremos y tirantes, ya no sabe uno lo que es vibración. Empiezan por ladridos, siguen con aullidos, gañidos después, luego latidos y acuéstanse jadeantes a dormir soñando caza. Y, además, fíjese, no es lo mismo empujar a una muchedumbre —masa— que tirar de ella.

¿Abominación de la desolación, amigo mío? No tanto. Y si es la fin del mundo civil español, piense que el mundo está finando y recomenzando cada día. Esa fin del mundo en que, como dijo el Cristo (Mateo, XXV, 33) los corderos a la derecha y los cabritos a la izquierda. ¿Revolución? Hay la astronómica, la normal, la copernicana, la no catastrófica, la que cada astro y cada satélite cumplen segundo a segundo y siglo a siglo. Nosotros, los mentados del 98 —¿y qué le vamos a hacer—, sabemos de esta revolución astronómica —de ley de astros—; la hemos vivido, la vivimos, y hoy, treinta y seis años después, podemos mirar con ojos claros en el porvenir nuestro pasado y en el pasado nuestro porvenir. ¡Es la Historia, vaya! ¿Que la procesión anda por dentro? Mas no sino procesión, mal que pueda haber rosarios de la aurora que acaben en muertes. A cambio de rosarios de la noche que acaben en vidas. ¡Y pata!

Que no se azore, pues, de más éste de ahora mi amigo. Que rumie en su ánimo acongojado una de las más hermosas palabras del romance castellano, su palabra acaso más matriarcal, ya que suena a recatada encina castellana que ni tiembla ni rezonga a los ventarrones del monte, y es ésta: ¡sosiego! "¡Sosegaos!" —solía decir Felipe II a los desvalidos azorados por cuita—. Que se sosiegue este de ahora mi amigo. ¡Sosiego! Las palabras contrarias son de las que concluye uno por perder pronto de oído.

Un incendio de noche.—A Dolores Cebrián de Besteiro y a Amparo Cebrián de Zulueta, salmantinas del entonces de antaño.

Ahora (Madrid), 29 de enero de 1935

El día 22 de este enero supimos aquí, en Salamanca, el arreglo de la crisis —o lo que fuera— ministerial; la reorganización del Ministerio coalicionado. Supe también la muerte de mi amigo el comandante Martínez de Aragón, corazón con seso todo él. Había habido aquí uno de esos actos de propaganda de la Acción Católica —¡cuántas acciones!— en vía de la Universidad católica oficial. En nuestra Facultad de Letras tuvimos unos ejercicios para proveer auxiliarías temporales, una de griego y

otra de latín. En los de latín los opositores —más opositoras— trabajaron sobre un pasaje de Lucrecio, el poeta filósofo de "Alma Venus", "la única que gobierna la naturaleza de las cosas", en el que se dice de los átomos ganchudos y de los redondos. En los de griego sobre un pasaje de Herodoto, historiador poeta, en que, cuando lo de las Termópilas, al decirle al espartano Dienecas que los bárbaros cubrían el sol con el tiro de sus flechas respondió que mejor, pues así pelearían ellos, los espartanos, a la sombra.

Salí de los ejercicios con un compañero, maestro de historia, discurriendo de cómo ésta es leyenda, poesía, y lo es la filosofía también. Hablamos de la Crónica de López de Ayala, de Pedro el Cruel, de Taine y su filosofía mecánica —de resentido—, de la revolución francesa y de su último historiador, Mathiez. Yo hablaba de la evolución —desarrollo o vida— del recuerdo y de cómo el pasado se está rehaciendo arreo. Llegué a casa y me acosté —con las gallinas— a leer *La educación de Henry Adama, autobiografía*.

Después de haber cenado sobriamente apagué la luz —eléctrica— y me acurruqué entre sábanas a viajar como viajó el Dante, por el otro lado del mundo este. No hay como la cama avión —y menos mecánico— desde que se atalayen —sobre todo de noche— tantas tierras y tantos mares y tantos cielos de espíritu y desde donde se aúnen y confundan tantas visiones y se aten tantos cabos sueltos y se remachen tantos eslabones de este nuestro pobre "multiverso". Hasta las calcomanías caleidoscópicas de los diarios gráficos o ilustrados tal éste —como que cobran consistencia permanente gracias al sueño. El niño, mitólogo prehistórico —de quien me dijeron al acostarme que se había acostado con 38 grados de fiebre —dice que el día sueña de noche. Y colijo que la noche sueña de día. A remejer, pues, lugares y continentes —geografía— con días y siglos —cronología— y hacer a los espíritus históricos, por debajo del espacio y del tiempo, coeternos y co-infinitos. En las tinieblas del sueño ve uno, como esos peces submarinos que en las honduras tenebrosas del océano engendran su luz, el mundo que uno mismo se alumbra.

Mi celda —tal es mi dormitorio— es desnuda y fría; hoy de solitario en ella. Una pequeña ventana —las contraventanas abiertas siempre— al Norte y frente a la cabecera de la cama desnuda pared encalada, como pantalla. Sobre mi cabeza "nuestro" crucifijo; el que ella me dejó. Duermo con insomnios breves. A eso de las tres de la mañana —del día 23— vi ¿o soñé?, ¡no!, vi un resplandor en la pared frontera. ¿Sería del faro de un auto? Imposible. Y el resplandor crecía. No era de un auto que se acercaba. Era de una hoguera. Requerí los anteojos, desempañé de los cristales de la ventana —la temperatura algunos grados bajo cero— el vaho cuajado de mi respiración y miré. Era un incendio ¿Hacia dónde? Calculé mal la distancia. Pitaba el sereno; oí tiros —luego supe que fue para despertar a los moradores de la casa incendiada, encerrados en ella—, campaneaban las Úrsulas. ¿Habrían pegado fuego al convento? No. El niño, en tanto, y los demás de mi casa dormían descuidados. Empecé a forjar la leyenda, a dar caza a un asunto. "Mañana dirá la Prensa lo qué." ¿Ir a verlo? Mejor desde la cama y en la pantalla. Con el frío a la intemperie callejera no habría podido soñar ni meditar lo soñado. La brutal realidad —¿objetiva?— mata su sentido. ¿Llamar? ¡Tampoco! La llamada era aparatosa, espectacular. Pero me enseñaba más lo de dentro de mí que lo de fuera. A eso de las cuatro acabó la función.

Al despertarme a la mañana llamé a las criadas. De nada se habían dado cuenta. El niño dormía tan

contento de la vida. No había sido un sueño si no en cuanto toda vida es sueño. Y la muerte también. Con el chocolate del desayuno me trajeron el diario local. El incendio había sido mucho más cerca de mi casa que yo supuse. El diario decía, "al cerrar", que habían ardido tres casas. En realidad sólo una, pero, es natural, se calcula lo que antes de salir el número a la calle ha de pasar; se va al alcance del suceso. Así se hace la historia. Y recordé una frase francesa leída en Adams: "Ça vous amuse, la vie?"

Al salir de casa fui a ver la quemada. Vigas carbonizadas, el esqueleto de la morada, destacándose al aire sobre un cielo plomizo y frío. En frente de la quemada, en la vuelta de la Cuesta del Carmen, la casa en cuyo corral —¿lo recuerdan ustedes, Dolores y Amparo?— debatíamos cierto verano su madre Concha, su tío de ustedes Paco ("Zeda") y yo de todo lo divino y lo humano y sobre todo de teatro. Recuerdos que guarda uno, quemados algunos, hechos carbonilla para abono, y otros en brasa todavía. Así es la historia.

¿Y la crisis? ¡Bah! una de tantas chabacanerías de eso que llaman política y no lo es. Ni historia, sino a lo más, crónica. O croniquilla. Declaraciones, manifestaciones, conferencias, cabildeos, entrevistas, combinas…, tales cuales posturas al magnesio, eso que llaman política los políticos ostras; los que se encierran en su concha bivalva. Algunos, excepcionales —poetas y filósofos—, hechos madreperlas merced a alguna cuita —como si les escuece la patria— llegan a poder cuajar en sus entrañas alguna perla para el collar que su pueblo lleve al cuello, rosario civil.

¿La crisis? La recordaré mejor cuando después del incendio pueda contemplar el esqueleto del Gobierno. Y en cuanto al régimen… ¡lo que se otea viajando en cama quieta de celda de soñador solitario! ¡Qué resplandores de incendios venideros! ¡Lo que soñaba yo hace unos años, desde la cama de mi celda del Hotel Broca, en la Hendaya de mi destierro, adonde iba a verme aquel hombre entero y verdadero, corazón con seso todo él, que fue José Martínez de Aragón, que desde el aparato ha ido a estrellarse contra su tierra madre! En ella descansaremos de nuestros ensueños históricos. El día sueña de noche, según me dijo el niño que ovilla sus sueños en el carrete de fuego a que se le reduce el rodillo de que la humanidad sacó —en siglos— su sólo invento mecánico propio: la rueda. Y ese carrete le es bobina dinámica, mitologizante, gracias al lenguaje. Que así es la historia.

De Don Miguel de Unamuno sobre Ramón de Basterra

El Sol (Madrid), 30 de enero de 1935

Sr. D. Pedro Mourlane Michelena.

En efecto, mi querido amigo. Como dice usted en las columnas dedicadas en EL SOL de ayer —hoy, 28-1— dedicadas a nuestro Ramón de Basterra, la carta que me pedía que contribuyese a tal homenaje

—contribución para mí obligatoria— llegó a mi poder tan tarde, que no habría podido sino a lo más enviarle cuatro líneas telefónicas y mal improvisadas. De nuestro Basterra, del Basterra de nuestra Bilbao de España, debería hablar con sosegada emoción.

Leí con agradecimiento —¡así!— cuanto usted y los otros cinco dijeron de nuestro poeta. Poeta, es decir, creador. Y creador —o recreador, que es lo mismo— de lengua. Forjador, como nuestros antiguos ferrones, de un idioma vascocastellano tan acerado como flexible. Un idioma poético —creativo— con que nuestro pueblo sacará a luz entrañas que no habría podido sacar con nuestro milenario vascuence de abolengo. Hemos conquistado el romance castellano; pero lo hemos conquistado no para nosotros, sino para los españoles todos. Quiero decir para todos los que hablan este idioma imperial, incluso los filipinos del último canto de Rizal, esos filipinos a quienes ganó para la civilización universal nuestro Miguel López de Legazpi.

Luchó Basterra amorosamente —hasta con furia de amor— con este maravilloso idioma romance, en lucha en que las discordancias se hacen concordancias vizcaínas. Hay acaso secretos en el romance castellano que nosotros, los vascos, podemos descubrir mejor que los castellanos mismos. Secretos cantábricos y pirenaicos.

No soy yo, amigo Mourlane, quien debería escudriñar todo lo que el espíritu vasco ha dado y sigue en dar a nuestro común idioma universal castellano —escrúpulos de pudor y hasta de lo que de modestia me quede me lo vedarían—; pero aun así y todo, lo haré algún día. Y no se trata ya de aquel puro, sencillo, clarísimo y trasparente castellano de nuestro Trueba —las Encartaciones de Vizcaya en que él mamó su lengua es una de las comarcas en que mejor se ha hablado siempre la lengua española—, del Trueba de la "honrada poesía vascongada", que dijo, no sin dejo socarrón, D. Marcelino; se trata de otro nuevo castellano, del de nuestra Bilbao, de nuestra milagrosa Bilbao, de la Bilbao que le dio a Basterra, como me ha dado a mí, lo mejor de nuestro empuje creativo. Al pie de una vieja ferrería vizcaína habría que entonar las aceradas estrofas de Basterra, de hierro vizcaíno, largo ya en obras de palabra.

Aun me queda que decir. Siempre queda.

Y en tanto, en memoria de aquel poeta de cuyos íntimos dolores nos condolimos, le envía un abrazo, Miguel de Unamuno.

Intermedio lingüístico. Bajo, sobre y desde el barbarismo

Ahora (Madrid), 6 de febrero de 1935

No hace mucho ocupé aquí algo más de dos medias columnas con una consulta sobre si debe decirse y escribirse médula o medula que me dirigió un escritor sevillano. A mi respuesta le puse flecos y

caireles. Ni era la primera vez que se me requería a semejante menester. Que no debo rehusar siempre. ¿Tengo derecho acaso a defraudar la curiosidad de mis lectores y la confianza que en me ponen? De ordinario, puedo remitirles a cualquier manual —muchas veces pedal— de gramática o de lexicografía, pero como presumo que a lo que vienen a mí es en busca de los flecos y caireles, es de mi deber satisfacerles. Y ahora se trata de un nuevo caso.

Desde Calahorra, en la Rioja, me escribe un don Angel Díez Oliván sometiéndome un punto muchas veces aclarado, y es si oficialmente es correcto decir "bajo el punto de vista" en vez de "desde el punto de vista". La tertulia —encantadoras tertulias de casinos lugareños— calificó la frase de "bajo, etc." de barbarismo. Mas he aquí que mi consultante lee en la prensa que don Santiago Alba emplea el giro igual al que como el contertulio calagurritano descalificado, y de aquí que el señor Díez Oliván se pregunte si "bajo el punto de vista" "es —copio su carta— un barbarismo como creí en un principio". Vamos a ello y a qué es eso de "barbarismo".

Aunque el presidente del Congreso de los Diputados no sea, por serlo, autoridad lingüística —ni siquiera es académico todavía—, es, sin embargo, un castellano de expresión muy propia, ceñida, correcta y castiza en nuestro romance, y si empleaba ese giro, es de creer que sabría por qué. Mas lo que presumo es que el reportero que le hizo emplearlo debió de traducirlo a su propio uso reporteril. Como no fuese que a don Santiago, por contagio, se le escapase uno de tantos barbarismos parlamentarios, algunos de feliz ocurrencia, y que acaban por prevalecer. Y por otra parte, el presidente de la Cámara, que habla desde lo alto de su poltrona y desde ella puede mirar hacia abajo a sus presididos, puede, con entera propiedad, decir "bajo mi punto de vista" ya que el suyo, su punto de vista, está —especialmente— por encima de los puntos de vista de los diputados.

Al que desde lo alto de una cumbre mira a lo hondo de un valle, le cabe decir que ve a éste "bajo su punto de vista", como al que desde lo hondo del valle mira a lo alto de la cumbre le cabe a su vez decir que lo mira "sobre su punto de vista". Y ambos dirán bien si dicen que lo ven "desde su punto de vista". Que tan desde es el "bajo" como el "sobre". No es el caso de otra expresión desatinada, y es la de decir: "bajo la base". Con lo que quedamos en que lo de "bajo el punto de vista" podrá ser eso que las gramáticas y los diccionarios llaman barbarismo, pero no es, en ciertos casos, un contrasentido.

A propósito de esto de "bajo" o "desde", conviene tener en cuenta —lo repito— que tan "desde" puede ser el "bajo" como el "sobre". Como por otra parte lo mismo se puede ir —parlamentariamente sobre todo— desde la izquierda a la derecha que desde la derecha a la izquierda. ¡Qué estropicios exegéticos traen estas metáforas espaciales (no especiales)! En un breve ensayo que titulé: "La vertical de Le Dantec" (aquel ateo profesional y biólogo) y que figura en mi libro *Contra esto y aquello* —desgraciado título este segundo, el del libro, que me ha hecho aparecer como lo que no soy (yo me he forjado gran parte de mi leyenda negra)— me burlaba del ingenuo racionalista que suponía que hay líneas verticales de arriba abajo y otras de abajo arriba —las líneas—, que recuerda lo del higienista —catedrático, ¡claro!— que enseñaba en clase que las calles cuesta abajo son más higiénicas que las calles cuesta arriba… Cuando se sale uno de la geometría pura para meterse en esas impurezas fisiológicas de arriba y abajo, delante y detrás, derecha e izquierda, todo pensamiento se trastorna. Y se cae en lo de aquel

que se preocupaba de si Madrid está más cerca de Barcelona que Barcelona lo está de Madrid. O si Levante es izquierda y Poniente derecha, o al revés. Acertijos encajados en la pereza mental política corriente, a la que tanto le cuesta elevar como bajar la mirada.

En latín, "altus, a, um" quiere decir alto o profundo, según de donde se mire. Para el que mira a una sima desde el borde cimero de ella, la sima es profunda, y para el que la mira desde el fondo de ella, es alta. En latín, en uno y otro caso, alta. Y nos queda en la expresión "alta mar", que quiere decir "mar profunda". Aunque la profundidad de una mar no aumente según nos alejamos de la costa, no siendo en primeros trechos. Y viniendo a metáforas, podemos decir que los pensamientos profundos son elevados; que el que ahonda se encumbra.

Y ahora, a lo de "barbarismo". Que según el Diccionario manual (no muy de mano) e ilustrado (quiere decirse que con estampitas) de la lengua española de la "Real (perdón, lector republicano auténtico; la edición es de 1927) Academia Española" es: "vicio del lenguaje que consiste en pronunciar o escribir mal las palabras, o emplear vocablos impropios". ¡A ver! ¿vicio? Vicio se le llama por aquí (Salamanca) al abono, y los barbarismos han abonado nuestro romance. ¿Vocablos impropios? ¿En qué consiste la propiedad? ¡Barbarismo! Los bárbaros sacaron del latín los romances como del viejo Imperio Latino hicieron el Sacro Romano Imperio; los bárbaros cristianizados hicieron las lenguas vulgares. Los mismos hispano-romanos eran, en rigor, unos bárbaros. Los bárbaros, analfabetos o iletrados, re-crearon nuestros idiomas al cobrar conciencia de ellos, que es más que cobrar simple conocimiento; que es, además, tener de ellos sentimiento, de los idiomas en que se siente y se piensa. Y así el que con plena conciencia de lo que quiere decir "bajo el punto de vista", empleara este giro desde su punto de oído, lo emplearía con perfecta propiedad. Y sin hacer caso a como hablen las autoridades. Por lo cual me permito recomendar a los de la tertulia de Calahorra y a los de otras por el estilo, que se esfuercen por cobrar, no ya conocimiento, sino sentimiento —y consentimiento— de su lengua madre —madre de su pensamiento— y lo antepongan al uso de los que están sobre ellos así como al de los que están bajo ellos. Y piensen que el pueblo bajo puede mirar hacia arriba y acertar en propiedad. Y que en rigor hay iletrados más entrañadamente cultos que los llamados cultos, que aquellos de que tan desaforadamente se burló Quevedo, el más grande zahondador y desentrañador de nuestro bárbaro romance castellano. Y basta por hoy, pues he de tener que volver a esta mi tarea —tarea política también— de hacer pensar a mis compatriotas en conciente y entrañado romance castellano.

Y, por fin, gracias a don Angel Díez Oliván y a sus contertulios de Calahorra por haberme dado ocasión de escribir un artículo sin paradojas —digo: me parece…—, como las llaman los que no saben lo que quiere decir paradoja. Es que lo he escrito bajo mi punto de vista y de oído lingüísticos, el de que hay que abonar con vicio el romance maleado por los cultismos, ya que contra maleza, abono. Hasta parlamentario. Y ahora a conmoverme con otras cosas, después de haber aflojado la cuerda de la ballesta. Ya la templaré tensa para que entone.

Santiago Alba publicó el 8 de febrero esta contestación a Unamuno:

De don Santiago Alba a don Miguel de Unamuno

6 febrero 1935.

Excmo. señor don Miguel de Unamuno.

Mi querido y admirado don Miguel:

Acabo de saborear su delicioso "Intermedio lingüístico" en AHORA de ahora. Y no resisto a la tentación de dialogar en público con usted. Desde nuestras inolvidables charlas en París, cuando usted, al final de un almuerzo, me regalaba con el postre de sus maravillosos sonetos, apenas si mi espíritu ha podido alguna vez disfrutar de cerca su amena y aleccionadora literatura. Sea bien venida.

Es usted conmigo, una vez más, muy benévolo en su juicio. Pero me ofrece, generoso y hábil, disculpas para un pecado que yo jamás he cometido. No, yo no he dicho nunca, ni en los escaños rojos, ni desde el sillón presidencial, "bajo el punto de vista", como me atribuye su comunicante de Calahorra. No tiene mérito alguno mi limpieza habitual de lenguaje. Yo hablo como hablan el castellano en Salamanca y en Zamora, en las ciudades y en las aldeas, los profesores y los campesinos. Es un instinto, más que una lección recitada.

Ha adivinado usted el origen de la equivocación que se discute. Echémosle la culpa a los reporteros —esta vez con razón—, a quienes usted alude. Gente moza, culta y simpática, Pero que a veces, por acabar pronto, no repara en la fidelidad de la referencia. Ahora, insistentemente, se empeña en repetir a troche y moche el vocablo "sugerencia", y lo pone también en mis labios y lo coloca, un día y otro día, en las informaciones de Cámara. Por si acaso surge en la Rioja o en la Mancha otro académico espontáneo, conste desde ahora que tampoco he dicho nunca "sugerencia". Y que desde esta "poltrona" —para la que usted tiene una benevolencia tan noble— he proclamado mi aversión al terminillo. Pero… ¡ni por esas! Sigue la sugerencia circulando, día y otro día, de un lado para otro. ¡Ayúdeme usted ahora a exterminarla!

Conste de nuevo mi gratitud para usted. Salvo todos mis respetos a la Academia Española. Pero lo que usted escribe respecto a mi humilde prosa vale tanto para mí como un diploma de aquélla.

A su mandar, mi querido y respetado don Miguel. Siga fuerte y optimista deambulando por esa carretera de Zamora, que evocábamos con melancolía marchando juntos por la avenida de los Campos Elíseos o la ruta de Versalles. Le estrecho las manos con profunda e invariable devoción.

Los amigos

Ahora (Madrid), 8 de febrero de 1935

Vengo publicando aquí, en estas mismas columnas de AHORA, Amigos míos, unas que intitulo “Cartas a los Amigos” y que lo son a sendos, a las veces supuestos Amigos, en quienes simbolizo a otros muchos. Con ello me evito el corresponder privadamente a quienes me preguntan algo, distrayéndome de mi menester público, —de publicista—, ya que, como decía un jesuita, el que se dedica al púlpito tiene que descuidar, si es que no abandonar, el confesonario. ¡Y, por otra parte, es tan enojoso tener que volver a repetir —para que lo entienda acaso uno del pelotón de los torpes— lo que se ha dicho cientos de veces y lo que tal vez puede el preguntón encontrarlo en cualquier manual o enciclopedia, en cualquier abrevadero de ciencia en extracto! Sí, yo padecí antaño de epistolomanía —y con esto correspondo a uno de los preguntones—; pero hoy ni me es posible. Hay que pensar las respuestas y ni me dejan tiempo de pensarlas. Como no haga uno lo que el político al por menor: decir primero la cosa y pensarla luego. O sea, apuntar después de haber disparado. Para que luego les ocurra lo que al apóstol Simón Pedro, que al oír la voz del gallo “se echó a llorar» (Marc., fin XIV).

Pero ahora me dirijo a los Amigos, desconocidos míos los más de ellos; a los Amigos, a los que formamos una tácita comunidad y comunión —sin comunión no hay comunidad—, que no secta, ni partido, ni unión de partidos; esas uniones que sólo sirven para desunir más, como todo lo que se produce desde fuera. Ni nos alistamos los Amigos, ni suscribimos programa alguno, ni aceptamos jefaturas. Ni nos preocupa el problema electoral de la representación proporcional. Ni aquello otro de minoritarios y mayoritarios por una parte y minimalistas y maximalistas por la otra. Todas estas estadísticas de la opinión tienen muy poco o apenas si tienen nada que ver con la conciencia pública civil. Que no es lo que se llama opinión pública. Y así, al leer yo últimamente que “ha cambiado el estado de la conciencia política” —española, se entiende—, y luego que hay que devolver a nuestra República “la sustancia y el estimulo del 14 de abril” y devolver al país la plena confianza que en ella tenía en dicho 14 de abril —palabras tomadas de un político sincero y leal—, sé al punto que en aquella fecha no había conciencia republicana ni anti-republicana en España, ni aquel movimiento mal llamado revolucionario tuvo sustancia alguna ideal ni el país confianza. Que la expectación —y hasta si se quiere esperanza— no es confianza sin más. No; nosotros, los Amigos —Amigos ahora de la República en cuanto Amigos de España—, no fiamos en partidos, ni en uniones de partidos, ni en proporcionalidades de sufragio, ni en jerarquías, ni en dogmas. Nos atenemos —¿no es así, Amigos míos?— a nuestra privada inspiración íntima —que es algo más que el libre examen— y al sentimiento de comunión y comunidad. De solitarios si se quiere.

Ya estoy oyendo lo que en silencio se dice uno de vosotros que conoce mis aficiones y preocupaciones y el curso de mis estudios, al ver esto de los Amigos —así, con mayúscula—, y lo de la privada inspiración íntima, y lo de la falta de jerarquía y de dogmas, y es: “Esto trasciende a los cuáqueros (“quakers”) o

tembladores —de “quake”, temblar—, a aquellos inspirados, a menudo energúmenos o poseídos, pero pacíficos, apóstoles de la paz y de la absoluta franqueza, que se llamaron y se llaman aún a sí mismos los Amigos, “the Friends”. Y así es, Amigo mío. Esto trasciende a “the Friends”, a los Amigos, a los cuáqueros o tembladores, que, sobre todo desde Penn, tan honda huella han dejado, siendo tan pocos y tan recogidos, en la conciencia pública religiosa y civil de los pueblos anglosajones. Dejando aparte sus innegables extravagancias exteriores, Los Amigos, los cuáqueros, sabían adentrarse en la intimidad de la conciencia comunal pública e interpretarla. Y sabían —lo que vale mucho más— darse cuenta de la inconciencia civil pública. Y ojalá que entre nosotros, en nuestra España, los republicanos auténticos —¿no se dice así?— del 14 de abril supieran darse cuenta de la inconciencia política de lo más de nuestro pueblo y se aplicaran a curarla. ¿Cómo? ¿Con propaganda? ¿Con mítines? ¡Fío tan poco en ellos!

Un Amigo, un cuáquero, fue aquel John Bright, que tan hondo influyó en la política inglesa, llegando a ser ministro, aunque no adscrito a ningún partido. Su sinceridad, su lealtad, su franqueza fueron proverbiales. Nadie le ganó a decir las verdades que se dice que no deben decirse. Conservó la sustancia de aquella costumbre cuáquera de tutear a todo el mundo. Y es que no se cuidó de hacer partido ni de servir a clientela electoral alguna. Aunque hay en política algo más perturbador que la clientela de los afiliados.

Hay, sí, en política algo más perturbador que los afiliados, que la clientela de los partidarios, de los que van a buscar puestos, y es la clientela de espectáculo, la de aquel público que acude a las asambleas y mítines políticos como a una función de cine sonoro. Porque hay una política de cine y de radio. Falta, por tanto, de intimidad. Una política de campaña electoral a la mala norteamericana que puede llegar a producir el caudillo histriónico. Y de aquí mí creciente horror a tomar parte en mítines políticos. Últimamente me he rehusado hasta a dar conferencias. Las gentes del montón creen que una conferencia tiene más eficacia que un artículo —que uno de estos artículos—, que se lee a solas y sin teatralidad. Hasta hay quien cree que una palabra oída vale más que una palabra leída y afirmada por la firma de quien la escribe. Y no digamos nada del valor de la conversación intima. Y, sin embargo, esta acción recatada es acaso la más lenta, pero es la más profunda.

Hubo entre nosotros un varón señero que rehuyó esa acción espectacular, que no tomaba parte en mítines, que no habría aceptado para su obra ni el cine ni la radio y que dejó, sin embargo, en la conciencia civil de nuestro pueblo, en lo íntimo de la política y sin haberse adscrito a ningún partido, una profundísima marca. Este varón señero fue don Francisco Giner de los Ríos. Tenía mucho de los Amigos, pero de un Amigo español, castiza y clásicamente español, aunque haya necios que le diputen por un precursor de lo que llaman neciamente la anti-España. Que suele ser la intra-España.

Escribo esto como un acto de comunión. De comunión con muchos solitarios que sirven con su íntima acción cotidiana a despertar la conciencia civil de nuestro pueblo y que deploran la política de cine y radio. Sin poner por ello en duda ni la buena fe, ni la sinceridad, ni la lealtad de los otros que nos son también Amigos en el corriente sentido.

Intermedio lingüístico. Cosas de España

Ahora (Madrid), 13 de febrero de 1935

Remedando, sin saberlo, a aquel inmortal maestro de escuela de la novela *Tiempos difíciles* (“Hard times”), del inmortal Carlos Dickens, maestro que repetía: “Hechos, hechos, hechos”, conocí un sujeto a quien no se le caía de los labios esta sentencia: “Cosas, cosas, cosas y no palabras.” Como si las palabras no fuesen cosas. Y como ahora, por otra parte, me encuentro con sujetos objetivos a quienes parece molestarles la palabra cosa, y como si no fuese más que una muletilla o un ripio, conviene recapacitar para sentir qué cosa haya dentro de la palabra cosa. Que equivale, sin duda, a lo que los filósofos escolásticos llamaron “ens”, o sea ente, vocablo que ha tomado entre nosotros un sentido vulgar bastante ridículo. Decir de uno que es un ente no es, de cierto, calificarle honrosamente. Y es que, en efecto, un ente es casi nada. Tan poco es como un ser. ¿Hay nada más vacío que esto de ser? Que lo es propiamente existir. En rigor podría suprimirse, sin grave perjuicio y tal vez con alguna ventaja, el verbo ser de nuestro lenguaje. Estorba más que el tan calumniado que. El verbo sustantivo resulta más adjetivo que el pronombre relativo. ¡Y no digamos nada de la esencia! Sobre todo desde que se habla de las esencias republicanas y de las monárquicas. Las esencias han de quedarse para la perfumería, como las especies —especias—para la especiería.

Alguna vez hemos leído: “las cosas y los seres”, queriendo decir lo inanimado y lo animado, como si las cosas no fuesen seres. Y otra vez: “los seres y los enseres”. Siempre huyendo de la cosa. Vengamos, pues, a ella.

Empecemos por Dios, la cosa de las cosas, “causa causarum”, que decían los escolásticos. Definirle es finarle; pero el viejo y venerable catecismo del P. Astete, S. J., que nos hacían en la España castellana y del Norte, intentaba definirlo —para los niños— diciendo que “Dios es una cosa lo más excelente que se puede decir ni pensar…” y lo que se sigue. Parece que después los jesuitas han hecho quitar lo de cosa, y han hecho mal. Acaso les ha parecido expresión sobrado popular. Y es, sin embargo, el verdadero y castizo romanceamiento del “ens realissimum”. ¿Le íbamos a llamar ente? ¿O ser? ¿El Ser Supremo? Esto no sabe a nada y huele a pedantería. No; Dios es cosa, y es cosa que no meramente es, lo que no es ser nada, sino que está. Hamlet, el irresoluto dudador, decía: “Ser o no ser” (to be or not to be), pero quien se está a lo que está no duda y se resuelve. Y Dios, nuestro Dios, el Dios Cosa, está y no meramente es. Es un Dios de estado divino y no de esencia divina.

Profunda distinción la que en castellano establecemos entre ser y estar; desconocida al francés. “Es enfermo” —il est maladif—, junto a “está enfermo”—il est malade. O: “Es borracho” —il est ivrogne—, frente a “está borracho” —il est ivre—. Cierto que nuestro verbo “ser”, del latín “sedere” —no de “esse”, sino en ciertas formas—, significa originariamente estar sentado; mas tiene un matiz que lo distingue de estar. “Seer” (sedere) es más bien asentarse y casi yacer, mientras que “estar” nos sugiere estar de pie.

Aunque se puede y se suele estar echado. Mas nuestro Dios popular, la cosa del catecismo del P. Astete, S. J., es nuestro Padre, que está —no que es—en los cielos. Veámoslo.

De las oraciones han surgido los dogmas religiosos. Y la oración cardinal y radical del cristianismo evangélico es la que enseñó a sus discípulos el mismo Jesús, el Padrenuestro. En su original griego evangélico empieza, traducida al pie de la letra, así: "Padre nuestro, el en los cielos…" No hay verbo alguno, ni ser ni otro. Mas al traducirlo al latín de la Iglesia Católica se dijo: "Pater noster, qui es in caelis…", esto es: "Padre nuestro, que eres en los cielos…", y así dice en francés: "qui es". Mas al venir al castellano se dijo: "Padre nuestro, que estás en los cielos…" Nuestro Padre celestial español está, y está de pie como nuestro Cristo popular está agonizando de pie, en la cruz, Y es curioso lo que pasa en el país vasco. En la iglesia parroquial de Hendaya podíamos leer, a los dos lados del altar mayor, la oración dominical, a un lado en francés y al otro en vascuence o eusquera. Y en la versión eusquérica dice de "Nuestro Padre (Aita guria) que es en los cielos": zeruetan zarena, del verbo "izan": ser. En cambio, en el país vasco-español se le reza diciendo que está (zaudena), del verbo "egon": estar. Nuestro "Jaungoicoa" vasco-español está (dago) en los cielos; no se limita a ser, no es (da) en ellos. Y como la conocida expresión del juego del mus cuando se envida todo el resto al decir: "or dago", quiere decir: "¡ahí está!", solía yo decir que nuestro Dios, el de los vasco-españoles, es un Dios de órdago. El de los vasco-franceses es un Dios de "or da", de "ahí es". ¡Y no va poca diferencia!

Y el Dios que está y no meramente es, el Dios de estado y no de esencia, ocupa el espacio todo, está en todas partes y todo en cada parte; y si no es el espacio mismo objetivo o material, como quería aquel filósofo geómetra, es el espacio espiritual de las almas. Y basta de teologiquerías, que a más de un lector le sabrán a galimatías. Aunque de esos que llegan hasta a enfurecerse de que uno se preocupe de tales cosas —y tan cosas— no se debe hacer mucho caso. Aunque ladren y luego se pongan a aullar, porque acaban en gañir. "¡Cosas de ese hombre…!", dirá acaso alguno de ellos. Y sí, cosas, cosas de este hombre que os las dice. Un hombre que tiene cosas es un hombre que tiene palabras sustanciales y estadizas, de las que se están y se quedan. Por lo cual quien tenga conciencia de estar diciendo algo de estado, estadizo, no debe acabar con el ritual "He dicho", sino con un "¡Queda dicho!" Quedan dichas las cosas que se dicen, como dijo de su *Historia* Tucídides, "para siempre".

"La cosa es que…", solemos decir, y no es lo mismo que: "el caso es que…", pues el caso es una caída, y la cosa es una causa. El caso se cae ; la cosa se tiene en pie. Y en cuanto al ser —o la esencia—, ¡qué peligros entraña! Enseñaba Hegel que el ser puro, el que no es más que ser, es la pura nada, y en este caso mental cayeron algunos de nuestros místicos. Muy cerca le anduvo San Juan de la Cruz, y mucho más cerca, aquel recio aragonés que fue Miguel de Molinos, el quietista. O acaso nihilista, o mejor nadismo. Y si alguna vez propuso el que esto os dice llamarle a esa doctrina "nadismo", ¿no podríamos llamarle a lo que llaman nuestro realismo "cosismo"? Mas no; no vayan a decir que sigo en mis cosas. Y luego, ¡qué cerca se andan el nadismo y el cosismo! ¡Cómo se tocan y aun se compenetran! De un mismo manadero brotaron el nadismo de nuestra extrema mística y el cosismo de nuestra extrema picaresca: San Juan de la Cruz y Quevedo. Y luego, aquellas "cosillas sin peso ni tomo", de que habló Santa Teresa.

"¡Cosas de España!", solemos decir y dicen a las veces los extranjeros —sobre todo franceses— que nos estudian y conocen. Y las cosas de España suelen ser no pocas veces "châteaux en Espagne". O sea castillos en el aire. Castillos que están, como Dios, en los cielos. Y en resolución, que cosas son palabras, pero palabras sustanciales que se están y no se las lleva el viento.

Y en tanto he vivido entrañadamente mientras he estado escribiendo esto, y aquí queda, aquí se está, por si el lector vive entrañadamente al leerlo. Así sea. O mejor: así esté. Y ojalá acertáramos todos a soñar en romance español las cosas de España. Sus seres y sus enseres y, sus estados.

Castelar, orador

Ahora (Madrid), 20 de febrero de 1935

En la colección de "Vidas españolas e hispano-americanas del siglo XIX" (Espasa-Calpe, S. A.) ha publicado Benjamín Jarnés un muy significativo estudio sobre *Castelar, hombre del Sinaí*, que así se titula el libro. Muy significativo de la actitud de la juventud actual, de la generación del siglo XX frente a los hombres del XIX, y representada por uno de los más representativos, más comprensivos y más agudos de los de esta generación. Mi impresión de intermediario —Castelar fue de la generación de mis padres y Jarnés lo es de la de mis hijos— es de que Jarnés se encaró con Castelar llevando todos los prejuicios de sus coetáneos respecto a éste y a su tiempo espiritual, y según ha ido estudiándolo y dejándose ganar del espíritu castelarino ha ido rectificando esos prejuicios, mas sin declarárselo del todo a sí mismo. El personaje se le ha ido imponiendo. Como a mí se me impuso el Augusto Pérez de mi *Niebla*. Y de aquí las tan vitales, tan fecundas, tan sugestivas contradicciones que rebosan del excelente libro de Jarnés.

Ya en el título mismo: *...hombre del Sinaí*, aparece el fecundo prejuicio. Y al principio de la obra dice Jarnés "de la personalidad castelarina" —que no es lo mismo que Castelar, ¿eh?— esto: "Yo en él veo, ante todo, un gran escritor. Después, su elocuencia, su oratoria política y de otros órdenes..." ¿Escritor? No, sino orador por escrito. Castelar no escribió sus discursos, pese a las apariencias, sino que habló, pronunció sus escritos. "No conoció la espontaneidad, no fió nunca su oratoria a la improvisación", dice Jarnés. Y ¿qué es improvisar? ¿Es que no improvisó sus cartas, tan oratorias? Jarnés: "Cuentan de él que iba desparramando por las tertulias jirones del próximo discurso." Y yo: es que lo iba improvisando, y no en el papel. Y cuando escribía hablaba con la pluma. Como Santa Teresa, aunque con otra retórica: alicantina y no avileña. El escritor, el específico escritor, era Valera, a quien tan a menudo acude Jarnés; Valera, el crítico, el escéptico, el de la zumba, el que, aunque sintiera la poesía —hasta compuso poemitas en verso—, no la hacía. Y también a Valera el escritor, el escéptico, el zumbón, se le impuso Castelar como se le ha impuesto a Jarnés.

Se habla a las veces de retórica contraponiéndola en cierto modo a la poesía. No Jarnés hogaño, creo, como ni antaño Valera. Si se refiere el juicio a esa quisicosa que llaman poesía pura, pase, pero la poesía pura es como el agua destilada, impotable —agria es la que nos apaga la sed y no H_2O—, o como el oro puro que no se amoneda porque se gastaría. El agua potable necesita sales y el oro acuñado aleación de cobre. La retórica es sal y cobre para la poesía, la hace vividera y la acuña. "No esperamos de Castelar —dice Jarnés— ningún acto elocuente por sí mismo." ¿Que no? Aparte de que sus grandes oraciones fueron actos —una de ellas su artículo "El rasgo"—, sus actos de gobierno, políticos, fueron elocuentísimos. Y siguen hablándonos. Ya lo veremos

Al principio de su penetrante estudio de escritor se ocupa Jarnés, siguiendo informes de Charles Benoist, de la voz de Castelar. ¡Singular acierto, seguro sentido de escritor! ¡La voz! Pero la voz espiritual; lo íntimo del verbo; el son por el que se va a la visión, el soplo o espíritu por el que se va a la idea. Dos veces le oí yo —yo que os hablo de esto— a Castelar; una siendo yo mozo, en el Paraninfo de la Universidad de Madrid; le oí materialmente y olvidé luego el timbre físico de su voz. Pero volví a oírle, y esta vez el espíritu de su voz, en Elda, donde él se crió, cuando al tener yo que hablar en la celebración del centenario de su nacimiento, hube de recitar, leyéndolos, algunos de sus más sentidos o íntimos recuerdos de niñez y de mocedad. Sentí que su espíritu encarnaba en el mío, en mi voz su voz. Y una vez más comprendí todo el sentido recóndito de aquellas palabras con que se abre el Evangelio de San Juan, de que Dios era el Verbo, y en el Verbo estaba la vida y la vida es la luz de los hombres. El verbo, la palabra, llevado por el son, el espíritu. Y por el son a la visión, lo repito. Vi la Elda espiritual por el son castelarino. Castelar me representó a su pueblo.

¿Un actor? Sin duda. Y su vida acción. Un gran actor actual, un gran político y orador, ha hablado del placer de crear. Y yo acoté: el placer de crearse. Y de recrearse. Y el placer de representar —a su pueblo— y de representarse. (Castelar no escribió para el teatro.) El pueblo, para Castelar, era público, nos dice Jarnés. ¿Y para qué hombre público no lo es? El pueblo que no es público está fuera de la historia; no tiene espíritu humano. Y como gran actor Castelar se nos aparece —nos lo dice Jarnés— como un Narciso. El público es su espejo, no siempre terso y claro. Jarnés aprovecha mucho y bien cierta autobiografía en que Castelar habla de sí mismo en tercera persona, una autobiografía de una encantadora e ingenua infantilidad. ¿Egolatría? ¿Egotismo? No; Castelar no se ve a sí mismo —¿y quién?— sino que ve el Castelar que se forja su público, su personalidad pública. Pocos menos introspectivos que Castelar; no es hombre de diario íntimo. Y por eso Jarnés le niega intimidad. Pero ¿qué es ésta? ¿Sabe Jarnés, sé yo, quienes somos?

Jarnés, que echa de menos ciertas intimidades de Castelar —intimidades eróticas—, descubre la infantilidad del grandísimo tribuno. Y dice de su biografía de Eva y de su canto a la madre: "¿Qué encantadora Dulcinea habrá quedado escondida para siempre invisible, en el corazón recatado y silencioso del casto célibe Castelar?", dice Jarnés. Eva, le digo yo, la mujer madre, la que da la vida. "La mujer le persiguió —añade— quizá toda la vida por no haber sabido —o por no haber podido— entregar toda su vida a una mujer." ¿Y qué es una mujer? Castelar, enmadrado desde su infancia —con algo espiritualmente del complejo de Edipo—, no encontró, o no pudo encontrar, la esposa madre, que

siendo madre suya —como lo fueron su madre doña María Antonia Ripoll y su hermana Concha— le hiciera padre de hijos de la carne. Padre o acaso madre también. Su voz era una voz femenina, nos dice Jarnés. Una voz maternal, aclaro yo. "Por eso —arguye Jarnés— coqueteaba, se escuchaba a sí misma, zigzagueaba tanto, alcanzaba niveles pasionales de aquella altura; atraía y cautivaba, sin empujar a la acción." ¿Que no? A la acción y a la pasión. La voz de Castelar ha fraguado lo mejor acaso de la acción patriótica de la España que salió de la Revolución del 68. Castelar es una de las personas madres de la España liberal, democrática y republicana. Y hay maternidades muy viriles.

Pero ahora dejo esta pluma a que se me calle. Otro día, después de un breve descanso, os diré de Castelar, persona madre de nuestra España republicana y cómo salvó a la república española, cómo posibilitó —él formuló el posibilismo— la resurrección de esa república, el hacer una república donde no hay republicanos, que creía tan difícil Prim, el de que había que destruirlo todo "en medio del estruendo". Vamos a ver al político, amigo Jarnés. Me falta improvisar otro artículo.

Castelar, político

Ahora (Madrid), 22 de febrero de 1935

Cuenta Benjamín Jarnés en su *Castelar, hombre del Sinaí* cómo a una interrupción de éste le replicó Prim en el Congreso: "Si no es fácil hacer un rey, más difícil es hacer una república donde no hay republicanos." Y Jarnés acota: "Republicanos no faltaban, pero en estado nebuloso." Vamos, sí, no auténticos. La sentencia del hombre de la revolución setembrina, del que pedía destruir, "en medio del estruendo", lo existente, no es tan acertada como aparece a primera vista. El hombre a quien no podemos llamar "de la batalla de Alcolea", pues no estuvo en ella, hizo menos caso por la caída de la monarquía isabelina que Castelar con su artículo *El rasgo* y su acción subsiguiente de pluma y de palabra. El "hombre del Sinaí" hizo posible —posibilitó— una república donde no había republicanos y haciéndolos. Hay que leer en el excelente libro de Jarnés lo que podríamos llamar el testamento político de Castelar, cuando el hombre del Sinaí se hizo el hombre del Nebo, del monte en que murió Moisés —el que recibió en el Sinaí las tablas de la ley— mirando a la tierra de promisión, a cuyos linderos había llevado a su pueblo.

Lo más político, lo más patriótico, lo más abnegado y a la vez lo más republicano que hizo Castelar fue su valerosa conducta cuando el golpe de Pavía, el 3 de enero de 1874, al dejar la presidencia de aquella república, la que habían deshecho los "auténticos" de entonces. Con ello hizo posible la restauración republicana de cincuenta y siete años después, cuando la monarquía borbónico-alfonsina volvió a caer en las torpezas de la monarquía borbónico-isabelina de 1868. Castelar, con su magisterio político durante la llamada Restauración, fue haciendo los republicanos que pudieran hacer una república. Una república posible. Y tiene razón el conde de Romanones cuando en su *Sagasta o el Político* dice —y son

palabras que Jarnés recoge y reproduce— que "el sufragio, con el Jurado y la ley de Asociaciones, convertían la monarquía española de derecho en la más liberal de Europa, con gran satisfacción de Castelar, que así lo había impuesto como condición para no combatir a la institución monárquica, aun sin dejar de ser republicano. Sagasta le escuchó, y desde aquel momento el gran tribuno quedó convertido en mentor no sólo del Gobierno, sino de la Corona". Y así fue cómo Castelar, más que otro alguno, fue haciendo los republicanos que pudiesen restaurar la república. ¿Han traído luego estos republicanos la república? No, ciertamente. Cuenta Jarnés que Castelar alguna vez dijo: "La reina ha fundado verdaderamente en España la libertad. Si Alfonso XII hubiese vivido, él hubiera traído la revolución". Pero la ha traído después —esa que llaman pomposamente revolución— su hijo Alfonso XIII. Es lo que ha traído la república, posibilitándola los discípulos de Castelar, el posibilista.

Jarnés pasa casi por alto el otro gran acto político y patriótico de Castelar, que fue el licenciamiento de sus huestes y el consejo de que colaboraran en la monarquía. Sobre ello ha dado nuevos esclarecimientos —y en estas mismas columnas de AHORA— Melchor Almagro San Martín en su precioso ensayo sobre Castelar y, sobre todo, con la carta —magnífica— que éste dirigió al padre del ensayista. De aquellos posibilistas salieron luego los reformistas, con lo de la accidentalidad de las formas de gobierno, y del reformismo salieron los que supieron aprovechar el instinto políticamente suicida de Alfonso XIII para restaurar la república. ¿La castelarina?, ¿la posible? Así pareció en un principio. Después se han colado en ella los mismos elementos que acabaron con la del 3 de enero de 1874.

Jarnés no se contiene de comentar zumbonamente el ocaso de Castelar, hombre ya del Nebo y no del Sinaí, cuando "el gran actor positivista" —así le llama— da por implantada "una era octaviana, risueña, bajo el signo de Ceres". "¡Qué delicioso espectáculo!", exclama el zumbón. "Le quedaba un ocaso espléndido, pero a España le quedaba todo —casi todo— por vivir", añade. Pues bien, ¡no!: a España le quedaba aprender bien la lección del gran tribuno, es decir, del gran político y gran pensador. Pensador, ¡sí! Porque se piensa política y vitalmente con metáforas. Ni son más que metáforas las fórmulas sociológicas y las metafísicas. Dice Jarnés que "bien puede decirse que todo en la vida de Castelar es oratoria, que todo —libros, cartas, charlas, artículos— forma parte de un enorme, gigantesco discurso". Cabal; de una enorme, de una gigantesca lección política, de un enorme, de un gigantesco acto político. Porque —volvamos al Evangelio de San Juan— en la palabra, en el discurso está la vida, y la vida es la luz de los hombres.

"No era, pues, un genial político —sentencia Jarnés—: era un excelente retórico." Ambas cosas. Y luego: "Era un hombre europeo sumergido en la fosca España del siglo XIX." ¡Pobre España del siglo XIX, y cómo la ponen! Y después: "Sus discursos fueron siempre ruidosamente aplaudidos, nunca silenciosamente meditados." ¿Está de ello seguro el zumbón biógrafo? El hombre del Sinaí y luego del Nebo hizo meditar a muchísimos españoles —no todos europeos— desde "el carro triunfal de sus metáforas".

Lo que ha sentido profundamente Jarnés es que Castelar —que le ha ido ganando según le biografiaba— vivió para la política y no de la política, sino de su pluma y de su palabra. No buscó cargos políticos bien

retribuidos y hasta los rehusó. Ni aceptó cargos de consejero en lo que tenía conciencia de no poder aconsejar, por estar fuera de sus facultades. Y trabajó, trabajó sin descanso. Y no sólo para sustentar su vida privada. Al acabar su excelente obra, dice Jarnés: "El verdadero Castelar está aquí: en el hombre de cada día, laborioso y fértil. Justamente el Castelar desconocido." ¿Desconocido? ¡No! Y será más y mejor conocido ese hombre de cada día —siempre el verdadero hombre es el de cada día, el del pan nuestro de cada día— merced a libros como éste de Benjamín Jarnés. ¡España se lo pague!

En el último párrafo de su libro escribe Jarnés: "Ahí está el ataúd del hombre del Sinaí, esperando que lo rodeen generales..., etc." Y yo, querido amigo Jarnés, digo que ahí está el sepulcro del hombre del Nebo esperando que le hagan guardia patriotas españoles, europeos, liberales, demócratas, republicanos, que aprendan de su ejemplo a trabajar cada día y a dar cada día el pan "sobresustancial" de la palabra a sus compatriotas. Lo de "sobresustancial" es del Padrenuestro según el Evangelio. Y la palabra es pan sobresustancial de vida y luz que alumbra a los hombres. Y todo esto, nada menos que todas unas metáforas; como Castelar, nada menos que todo un gran político.

Meditar y considerar la historia patria y sus hombres es hacer historia, y es hacer patria, y es hacer hombres de ella, históricos y patriotas.

Conversión y diversión.—A un converso que pretende convertirme

Ahora (Madrid), 26 de febrero de 1935

Me interesa su conversión, no lo dude. Creo que usted la cree sincera, aunque yo no sepa ya qué es sinceridad. Pero no se me venga con sermoncetes de converso estrenado y aun no bien entrenado. Y note que le llamo converso y no convertido. Este último término me huele mal; usted sabe por qué. Le tengo aversión.

Sí, ya sé que su conversión, sincera o no, es desinteresada. Quiero decir que no es... económica. Le sé limpio de corazón. Y de bolsillo. A usted no le alistan así. ¿Recuerda usted aquello del en un tiempo famoso don Antolín López Peláez, arzobispo que fue de Tarragona? Le andaba dando vueltas a lo de la Prensa católica y sostenía que para fundarla lo cardinal era dinero, dinero y dinero. Con él —decía— tendremos buenos periodistas y todo. ¿Cuáles? Los mismos que ahora nos combaten. Y hube de hacerle observar lo peligroso de semejante táctica. Porque el Demonio es tan sutil que así como cuando se le compra a un creyente para que escriba en incrédulo parece serlo redomado, así cuando se compra a un incrédulo para que lo haga en creyente siempre asoma la oreja y hasta el rabo. Esa es mala táctica. La buena Prensa hecha principalmente a fuerza de dinero pronto se hace mala. Los fieles que la leen acaban por oler hasta simonía.

No, usted no es de esos; usted es desinteresado. Desinteresado económicamente, quiero decir. Pero hay otro interés, y es el… literario. ¡Y ojo al Cristo! No sea que le haya llevado a usted a esa conversión que tanto me encarece algo de… —¿cómo se lo diré?— moda literaria. Porque empieza a no llevarse el agnosticismo. Dicen que es cursi. Y otros que aquí, en España, no es castizo. Y eso, amigo mío, no es propiamente religión. Como no es política la de los partidarios, tampoco es religión la de los religionarios. (¿No se dice "correligionario"?) Religionarios y no religiosos. Ande usted con cuenta. Recuerde a aquel fantástico y presuntuoso vizconde de Chateaubriand, el de *El genio del cristianismo*, que tanto daño hizo a la verdadera piedad cristiana. Y luego a Huysmans, a quien la dispepsia —la corporal y la espiritual— le llevó a un convento. Le faltaba gustar la lujuria mística. Y la litúrgica.

¡Cuidado con la literatura! Usted, en su sermoncete, me recuerda mi poema *El Cristo de Velázquez*. Vuelva usted a leerlo y mejor. Apareció sin *imprimatur* y sin censura eclesiástica. Aquello quiere ser poesía, pero sincera y en serio. Es decir, que no la di ni por teología ni menos por una confesión. Además, ¿sabemos acaso dónde acaba la poesía y empieza la verdad, o mejor, dónde acaba la verdad y empieza la poesía? Y recuerde también mi reciente novelita: *San Manuel Bueno, mártir*. ¡Las cosas que he tenido que oír a cuenta de ella! "Pero ¿en qué quedamos?", me preguntó uno. Y le dije: "Usted, no lo sé; pero yo no quedo en nada, porque paso por todo." No logré hacerle comprender lo que es quedarse y lo que es pasarse. El cuitado buscaba certidumbres. "¿Dónde ha visto usted eso?", me dijo luego. Y yo a él: "¡Mírese bien por dentro!" Mas como no tiene dentro no vio nada.

Otra vez topé con uno de esos sujetos duros de mollera, de los que creen que llamarse es ser —"yo llamo al pan pan y al vino vino", suele decir—, y que me espetó de sopetón esto: "Pero vamos a ver: ¿cree usted o no cree en la existencia de Dios?, porque quiero saber a qué atenerme." Y yo de respabilón le respondí: "Verá, señor mío; para poder responderle a eso adecuadamente tendríamos que ponernos antes de acuerdo en qué entendemos por Dios, cosa nada fácil; después, qué por existencia —y por esencia—, ya muy difícil, y por último, qué por creer, y como esto es casi imposible, más vale que hablemos de otra cosa." Lo que buscaba el muy mostrenco era poder clasificarme. Y usted sabe que huyo como de la peste de que se me quiera clasificar. O definir, que es igual.

Usted no es de éstos, lo sé. Pero usted ha caído en una moda. El tono de su sermoncete epistolar me lo dice. Allí no hay unción, aunque sí unto. Y garambainas. Leyéndola he recordado a un inteligentísimo hispanista francés, estudioso del Arcipreste de Hita, a quien le conocí en furor de agnosticismo —de desesperación agnóstica más bien— y de quien supe después que se convirtió y entró en la Trapa. Pero dejando la literatura. No sé que haya vuelto a escribir. A mí, ni una línea. Acaso rece por mí.

¡Cuidado con la literatura!, se lo repito. Con la literatura que no se da por tal, que no es honrada y sincera literatura. Y más cuidado aún con la política. Y sobre todo con la casticidad malamente literaria y peormente política. Nada de esas mandangas de la historia de los heterodoxos españoles.

¿Respeto por las creencias a que dice usted haberse convertido y a que me convida a que me convierta? Más que respeto. Pero, ¡por Dios vivo, que están ustedes, su cofradía, sus correligionarios no correligiosos, dando un terrible ejemplo de frivolidad! Los sencillos creyentes no acaban de tragarles a

ustedes, y hacen bien. Se fían más de nosotros. Y es porque esos sencillos creyentes son como los cabreros de Don Quijote, y no como los carboneros de uno y de otro bando contrapuestos, de fe o de infidelidad implícitas. No hacen maldito el caso ni de jesuitas ni de masones, dos fantasmas o cocos.

¿Hipocresía? No; yo no le tacho a usted de hipócrita en el sentido vulgar y corriente de este epíteto. Pero en el sentido originario y primitivo, en el etimológico, ¡sí! Porque hipócrita quiere decir actor. Y usted me parece un actor; un actor sincero y acaso ingenuo, pero un actor. Usted está representando o, mejor, representándose a sí mismo en el escenario de su propia conciencia como converso. Se ve usted más interesante. Y éste es el interés desinteresado de que le hablaba. Ya sé que me dirá usted que vuelvo al tema de mi drama: *El Hermano Juan o el mundo es teatro*. ¿Qué quiere usted? Hay que insistir.

Por supuesto, tampoco le confundo a usted con esos presos de hipocresía cínica o de cinismo hipócrita, porque usted todavía no parece darse cuenta de que está nada más que representándose. Aunque, en rigor, ¿qué otra cosa hacemos todos ? Es lo primordial en la historia. Presumo que al leer este análisis de su sermoncete de converso me diga usted como el de marras: “Pero ¿en qué quedamos?” Y yo, como le dije, le digo a usted: “Usted no lo sé, pero yo no quedo en nada, porque paso por todo.” Y si a usted su conversión le divierte, si le sirve de diversión, ¡bien le venga! Así, converso, se creerá diverso de como era. Y no me meto en jugar del vocablo con convertido y divertido… Cada cual se divierte a su manera, y yo me divierto con conversiones como la de usted y con estos juegos de palabras, que es jugar al escondite. ¿Que esto no es serio? Pero ¿es que cree usted, amigo mío, que esos sermoncetes teatrales, más o menos castizos, sirven para convertir a la gente? ¡Bah! ¡Conversación no más! Si lograran siquiera divertirla de veras… El peligro es que se conviertan en astracanadas a lo divino. ¡Y ojo con Dios! Que no nos quita ojo. ¡Y basta!

La generación de 1931

Ahora (Madrid), 2 de marzo de 1935

Cuando estaba ocupándome para mi trabajo —mi vocación— en cavilar y meditar la postura que la actual generación civil, la de 1931, toma respecto a las pasadas, la de 1868 y la de 1898 especialmente, visto a través de la biografía que de Castelar nos deja Benjamín Jarnés, una noche no logré reanudar la inconciencia del sueño en la soledad silenciosa de mi celda laica. Una tolvanera de ensueños y de fantasmas históricos me envolvía. Y entonces, para fijar algo, encendí la luz y, a mi modo, traté de cuajar todo aquel remolino en una comprimida expresión rítmica, en unos versos, viviente memorialín. Helos aquí:

La ciudad liberal bulle en holgorio;

la Patria es libre ya; la gloria nace;

un nombre llena la espaciosa plaza:

¡Constitución!

Han corrido cien años, y sus nietos,

rota la placa y rota la memoria,

con otro nombre lañan la rotura:

¡Revolución!

Y así la bola de la historia rueda,

generación de las generaciones…

—viva, pues, la definitiva— y todo

generación.

Ocioso desarrollar esto en historia patria; lo de "¡Constitución o muerte será nuestra divisa!", la época romántica, cuando a las plazas de las ciudades y villas que fueron antaño de los Comuneros se les rotuló: "de la Constitución", y cuando, años adelante, estalló la revolución llamada la Gloriosa, y luego la primera, que no llegó a añeja república, y después ésta dicen que corriente revolución, con que se trata de lañar la rotura de la otra. Y por debajo, la eterna restauración que acompaña siempre a la eterna revolución —son lo mismo—, como se acompañan muerte y nacimiento. Y por debajo y, a la vez, por encima de ello, el eterno pleito de las generaciones. ¡Generación de generaciones y todo generación! o ¡vanidad de vanidades y todo vanidad! Así es la historia.

Y en el fondo de esta postura de la actual generación frente a las que le precedieron y de que ha venido, ¿qué es lo que hay? Y meditando —¡fantaseando más bien…, aunque es igual!— en ello, en la insatisfacción, en el desasosiego, en el despego de esta generación juvenil de hoy, aunque se disfrace de la mentirosa "giovinezza" del fajismo italiano, llego a vislumbrar el terrible cáncer espiritual que consumió a las generaciones monacales de la Edad Media, aquella pavorosa enfermedad que los escritores ascéticos y místicos llamaron acedia.

Y ahora una breve digresión lingüística. No podía faltarme. De un término griego que, en rigor, significa descuido, flojera, desgana, despego y otros así, hicieron los escritores eclesiásticos latinos su voz técnica: acedia, y de ella, en castellano, más bien literario que popular: acedia o acidia. En ambos casos, trisílabo y con el acento en la segunda sílaba. Que a las veces se confunde con acedía (el acento en la í), la cualidad de ser algo acedo o ácido, áspero, agrio y desapacible. La semejanza de sentido se prestó a confusión. Lo ácido o acedo suele producir a las veces —no siempre— desgana. Y basta de lenguajerías.

De lo que padece lo mejor, lo menos frívolo, lo más recogido de la actual generación juvenil es de acedia civil y en gran parte religiosa. De despego de vivir histórico, de tedio, de hastío, de aburrimiento. De aquella "noia" que tan hondamente cantó el hondísimo Leopardi, tratando de sobrellevarla, si es que no curarla, con el canto. Y esto a pesar de apariencias en contrario. Y del disfraz del deporte, donde éste no es señal de pueril deficiencia mental, lo que es frecuente. Porque deporte no es precisamente juego, ni un niño juguetón es por eso mismo deportivo. ¿O es que alguien cree que los llamados, por ejemplo, "exploradores" (boy-scouts) se divierten? No más que los monaguillos de coro.

Guardo testimonios de ese profundo hastío que consume a lo mejor acaso de la actual generación intelectual española. Se quejan del desierto espiritual en que tienen que trabajar. Y menos mal si encuentran consuelo y sentido de vida íntima en el camino, aparte del arribo a que lleve. Porque se van "cansando, cansando en este desierto". ¿Verdad, amigo Jarnés? Y esto no es consecuencia de arribismo, ¡no! (Escribo arribismo con b, porque en español se escribe y debe escribirse arribar y no arrivar.) Los presos del hastío, los mejores, no padecen de arribismo. ¿Llegar? ¿Y qué es eso de llegar? Oigan una historia evangélica.

Aquel apóstol Tomás —Dídimo—, el de "tocar (no ver) y creer", el prototipo del incrédulo de antemano, cuando Jesús les anunció que Lázaro había muerto sin estar Él, Jesús, allí y que iban allá, Tomás, henchido de celo, exclamó: "¡Vamos también nosotros para morir con Él!" Mas en otra ocasión, cuando el Maestro dijo: "Donde yo voy sabéis el camino", Tomás le dijo: "Señor, no sabemos dónde vas; ¿cómo sabemos el camino?"; a lo que Jesús: "Yo soy el camino, y la verdad, y la vida." Y llega el relato evangélico de la arribada del Cristo, de su aparición, ya resucitado, a sus discípulos, y cuando le dicen a Tomás que han visto al Maestro replica el apóstol que él no creerá si no le ve en las manos el agujero de los clavos y mete en éste el dedo y en el de la herida del costado. Y ocho días después cuenta que el Cristo se les presenta, cerradas las puertas, y hace que Tomás le meta la mano en el costado para que crea. Y al rendírsele el apóstol le dice: "Porque has visto has creído; dichosos los que sin haber visto creen." Relato en que, aparte de lo de tocar, y ver, y creer, hay que pensar en lo del camino. En la fe en el camino, lleve adonde llevare y aunque no lleve a parte alguna, aunque no haya arribada. Pero, ¿es fácil acaso este consuelo en el caminar mismo, esta satisfacción en el trabajo por el trabajo mismo? ¿Y no es acaso éste la dificultad de este consuelo, el origen del hastío?

Por lo que hace a la generación intelectual española de hoy —llamémosla de 1931—, ¿sabe su camino, si es que no su meta?; ¿sabe no adónde va, sino por dónde va? Desde luego, en el casi fatal cambio de 1931, en el advenimiento del régimen republicano, no tuvo apenas parte esa generación. Ni otra cualquiera. Porque ese cambio no lo trajeron los hombres. Y es, desde luego, significativo que ninguno

de los jóvenes de esa generación se encontró en primera fila ni jugó papel primordial. Acaso porque ninguno de ellos tenía conciencia —si no clara, por lo menos honda— de un nuevo ideal colectivo de destino histórico nacional ni un sentimiento de la unidad de ese destino. Lo que no se logra corregir con expansiones litúrgicas mal traducidas, sea del italiano, sea del ruso. La vacuidad de esas expansiones se nota por dondequiera en nuestra España. Deporte, no juego. Oímos lo que de la generación de los abuelos —de la de los padres de nosotros, los que hoy somos padres y abuelos— dicen los de esta generación: ¿qué dirán de ella sus hijos y sus nietos? Ya ellos mismos o se quejan o dan gritos para encubrir sus quejidos. Y hay rabadanes que apacientan a sus rebaños deportivos con herrén de vaciedades que no matan el hastío, que es hambre espiritual. Ni la otra, por supuesto; la de destinos, quiere decirse.

Confidencia. De propina

Ahora (Madrid), 8 de marzo de 1935

Al leer el otro día, en busca de alimento para mi trabajo, una gacetilla cualquiera… ¡Y qué de cosas suscitan las gacetillas! Croniquillas, desde luego. Y por ello, André Gide las colecciona. Que un gacetillero anónimo, un reportero modestísimo, puede ser, a su modo, un poeta épico y dramático y un historiador. Al leerla, pues, choqué con una frase hecha —o me chocó, ya que los choques suelen ser mutuos— y al punto me puse a deshacerla. Para rehacerla luego, ¡claro! La frase, trivial, está henchida de expresión inconciente, de un sentido casi en contrasentido con el etimológico. Dice que a un pobre chico "le propinaron una soberana paliza". "¿Le propinaron?", me dije. Propinar quiso decir brindar, darle a uno de beber —una medicina, verbigracia—, casi abrevarle. Y tiene, desde luego, relación con propina. Se le da a uno una propina en dinero para que eche un trago —empinando el codo, aunque empinar venga de otro radical que propinar—, para beber, "pour boire", que se dice en francés, y "Trink geld" en alemán. ¿Propinar una paliza? ¡Bueno, adelante!

"… Una soberana paliza…" ¿Soberana? Al detenerme en esto por poco pierdo el hilo —si es que le tiene— de mi discurso. No lograba domeñar mi fantasía. Me acordaba de la soberana paliza mental que nos propinaron en las Constituyentes con el batiburrillo aquel de las soberanías. Y quise saltar por ello para rehacer la frase antes de hacerla polvo. Porque si con barro de tapial se hacen casas, y con ladrillo casas y hasta torres, con polvo de ladrillos es poco hacedero ello. Es como esos historiadores —por lo común, tradicionalistas— que quieren rehacer la historia con polvo de pasadas instituciones y creencias.

Al llegar acá le estoy oyendo a algún lector que se dice: "Pero, ¿a dónde va este hombre con este saltar de una palabra en otra, de una idea en otra idea? Esto parece más que una marcha, un baile". Y así es. Y más ahora, que estamos en época de bailes y de fútbol. Y nosotros, los vascos, somos famosos por

nuestra agilidad —ya dijo Voltaire que bailábamos en el Pirineo— y por el juego de pelota. ¿No hemos de pelotear con las ideas y con las palabras? Y bailar no es marcar paso de ganso, a la prusiana, para lo que hace falta método. Y método es camino. ¿Método de trabajo?

Veamos esto. Un bailarín y un futbolista son también trabajadores. De su clase, como los pide la República constitucional y soberana. Y yo soy trabajador de mi clase. En mi clase aprendí —y enseñé— a trabajar. ¿Que sin método? ¿Que en individualista anárquico? ¡Bah! Tengo que repetir aquello de que cuando le oí a don José Echegaray que se había dedicado, viejo ya, a la bicicleta por ser ésta el medio de locomoción eminentemente individualista, le atajé diciéndole: "No, don José; el medio de locomoción eminentemente individualista es caminar solo, a pie, descalzo y por donde no hay camino." Pero; bailar?; ¿bailar en un tablado y ante un público? El tablado es camino todo él. Y el público contribuye al baile. Si es que, en cierto modo, no lo acompaña…

Y al ir ahora a fijar todo esto por escrito y para los demás, para mi público, detengo un momento, para leerlo, mi pluma estilográfica… ¿Pluma? Esta no sé si formó en ala de vuelo; pero de estilo, de estilete algo quiero que tenga. Y al detenerla, y después de leído lo antecedente, cierro los ojos y veo la sangre circular por mi retina, y oigo el rumor de ella por el pabellón de la oreja, y la siento palpitar en mi corazón. Me siento vivir, esto es: trabajar. Y trabajarme. Y siento que trabajamos juntos: nosotros, yo y mi público. Y yo de él. Y así se olvida uno que tiene que morirse. El trabajo —y más en común— hace olvidar que hay que morirse. Y de morirse, morirse de trabajo, de vida. Lo sublime de la muerte del Sócrates del *Fedón* platónico es que se murió comentando su muerte. Como aquel heroico médico que en su lecho de agonía explicaba su enfermedad a sus discípulos.

¡Trabajo en común! Aquella comunidad de los Hermanos de la vida común que fundó Gerardo de Groote de Deventer, en Flandes, a mediados del siglo XIV se componía de hombres que trabajaban y oraban, laicos, que sin poseer nada propio, rehusaban pedir limosna y proveía cada uno a su sustento por su trabajo, generalmente pedagógico y literario. Fundaron escuelas. Y la generación que educaron en ellas fue uno de los instrumentos más activos del Renacimiento. Mucho les debió la Universidad de Lovaina, fundada luego, en 1426. Y esos Hermanos recuerdan a aquellos primitivos cristianos de que nos habla el libro de los Hechos de los Apóstoles, que tenían todo en común. El tan mentado comunismo cristiano primitivo. El de los flamencos, más un comunismo espiritual que económico.

¿Comunismo espiritual, intelectual? No nos enredemos con lo de comunidad. Que puede una comunidad no ser comunista en el actual sentido corriente. Si es que tiene ya, después del abuso del vocablo, sentido algo claro. Desde luego, cuanto más se lo oye uno explicar a los sedicentes comunistas, menos lo entiende. Y dejando, pues, esto, hay que fijarse en que el público que atiende y sigue a un hombre público, escritor, orador, pensador, sentidor, poeta, forma una comunidad tácita con él y que trabajan y se comunican —más que se cambian— ideas y sentimientos. Siempre que el hombre público —el publicista en casos— no trabaje tan sólo para su sustento económico material —lo que suele decirse "pro pane lucrando"—, sino trabaje para vivir y hacer vivir espiritualmente, para ir olvidando la muerte suya y la de los que le atienden. Pensar, y hablar, y escribir como si uno hubiera de vivir para siempre y hubieran de vivir para siempre los que le oigan y le lean. Aquel gran maestro de historia —Tucídides—

que dejó escrito arrogantemente que él escribía ¡"para siempre"! Y esto es verdadero trabajo, energía creadora.

Y al llegar a esto en mis reflexiones me entero de la muerte repentina de ese dechado de trabajadores y de periodistas que ha sido Dionisio Pérez, ejemplo de lo que podría llamarse eternidad cotidiana y comunidad de solitario. Y, casi al mismo tiempo que me entero de la muerte de ese compañero, leo en otra información sobre cosas de Rusia esta frase: "equipo de escritores de choque… para celebrar el plan quinquenal", y me quedo pensando en ella, tan huera como lo de "crítica de masas". Una comunidad de lectores no es, desde luego, una masa. Esa cosa informe que llamamos masa. Mas de esas vaciedades, otra vez.

Y aquí tienes, lector de nuestra comunidad, amigo nuestro, aquí tienes una propina de

Miguel de Unamuno.

Intermedio lingüístico.—Algo de onomástica.—A una atenta lectora atenta.

Ahora (Madrid), 15 de marzo de 1935

Muy señora mía —pues no cabe mayor señorío que el de los lectores ni mayor señoría que la de las lectoras sobre un escritor que espiritualmente vive de ellos y de ellas—: Me pide usted que le diga algo a propósito de lo que el protagonista de mi "vieja comedia nueva" —así la he llamado— *El Hermano Juan o el mundo es teatro*, el que se dice ser la última encarnación de Don Juan Tenorio, les dice al casar a Elvira e Inés con sus prometidos cuando él se dispone a morir… teatralmente, de que cuando tengan hija la llamen castizamente "Dolores, Angustias, Tránsito, Perpetua, Soledad, Cruz, Remedios, Consuelo o Socorro…, es decir, si los tiempos no piden que la llaméis Libertad, Igualdad, Fraternidad, Justicia o… Acracia". Y él el pobre Hermano Juan —¡pobre Don Juan!—, se presenta como padrino —o "madrino" mejor, o "nodrizo"—, ya difunto, de las pobres niñas venideras. Algo así como un patrono, pues el santo patrono o la santa patrona, aquel o aquella cuyo nombre nos impusieron en la pila, no aparece sino como un padrino o madrina celestial. Y este padrinazgo o patronazgo ejerce una señorial influencia sobre la suerte y la vida del sacado de pila.

No hace falta encarecer el dominio del nombre propio sobre el destino de una persona, y más de un personaje. Juan Wolfgang de Goethe, en su autobiografía —*Poesía y verdad*—, al hablar de bromas que se permitían algunos con su nombre —el de familia o apellido que diríamos—, nos dice que no es el nombre propio de una persona algo así como una capa que uno se cuelga y a la que se puede dar tirones y desgarrar, sino como un traje bien ajustado y basta como la piel misma con que se ha ido

creciendo. Y aún hay más, y es que suele el hombre sentirse obligado al nombre que le impusieron y lleva. Cuando no le pesa, que sucede a menudo. Y si el nombre pesa sobre uno, pesa sobre los que con él le llaman. Y si se ha dicho que el que la nariz de Cleopatra hubiese sido más o menos larga habría cambiado el curso de la Historia, cabe decir con igual fundamento —sea el que fuere— que habría cambiado con el curso de la vida de un personaje histórico el de la Historia si ese personaje se hubiera llamado de otro modo que como se llamó. Cuántas veces no se dice una persona: "¡Mira que te llamas así!"

Y viniendo a lo de los nombres de mujeres entre nosotros, he de decirle, señora mía, que cuando estaba yo en París producía efecto en ciertas señoras el traducirles los nombres de mujer significativos entre nosotros. Pues es sabido que el número de nombres propios femeninos es en Francia mucho más limitado que entre nosotros y que hay unos pocos que se repiten. Figúrese lo que sentirían cuando les traducía Dolores, Angustias, Socorro, Remedios, Tránsito —o sea, Muerte—, Tormento, Amparo, Consuelo, Exaltación, Soledad… y tantos más así. Una señora hispanista que conocía el Quijote me habló de aquello de poner un nombre "alto, sonoro y significativo", cuando ella creía que el nombre de pila no debe tener significado común concreto, sino ser dulce, —como Dulcinea, aunque aquí entra lo significativo— y armonioso o eufónico. "Pero, señora —le decía yo—, y sí uno al decir a su mujer ¡vida mía! O ¡alma mía! emplea su nombre propio, ya que Vida y Alma lo son".

Fíjese que entre nosotros, los más de los nombres propios expresivos de cualidades elevadas son femeninos. Y son nombres sustantivos. Llamarse Prudencia o Constancia no es como llamarse Prudente o Constante. Por lo cual se hizo Prudencio y Constancio. ¡Qué diferencia de llamarse Clemencia a llamarse Clemente! Esos nombres propios femeninos son sustantivos, de sustancias, de ideas madres. Consuenan con la maternidad, sustancia histórica —espiritual— de la mujer. Llamarse Clemencia, verbigracia, no es como llamarse Clementina. Y algo de esto de ideas madres tienen ciertos nombres propios femeninos que celebran una "matria" —no patria chica—, nombres geográficos o toponímicos expresivos de alguna localidad o santuario donde se da culto a una advocación de Nuestra Señora. Así, Pilar, Covadonga, Guadalupe, Montserrat, Begoña, Nuria, Atocha… y tantos más así. Entre ellos, algunos que no son propiamente españoles, como Loreto, Saleta, Lourdes y otros. También estos nombres expresan algo así como ideas madres. No me acuerdo ahora de ningún nombre propio de varón de origen así toponímico, el de algún Cristo, por ejemplo. Como no se tome por tal el del apellido de un santo patrono, tal como Asís, Javier —de un nombre vasco, Echaverri, Casanueva, el del Castillo de San Francisco Javier—, Solano, Alcántara y otros por el estilo. Los nombres propios de tierras —montañas o lugares—, de tierra maternal, suelen, por lo común, quedarse para las mujeres, más maternalmente ligadas a la tierra, más "matriotas" que el hombre. Y por ello, más conservadoras.

En cuanto a los nombres propios femeninos insignificativos —aunque algunas veces altos y sonoros—, oiga usted, señora mía, algunos de los que tengo recogidos no más en la provincia de Palencia. Y son: Onesífora, Teotista, Filiosa, Epafrodita, Olresciencia, Alaramelute, Einumisa, Sinclética… ¿A qué seguir? Y dejo otros que no son del todo insignificativos, como Presbítera, Simplicia, Perseveranda…

Ahora podríamos entrar en las abreviaturas o "pequeños nombres", como les llaman en Francia, tales

como los comunísimos: Lola, Tula, Nati, etc. Recuerdo de una a quien llamaban Rica, y al preguntar yo si era Ricarda, me contestaron que no, sino Enrica, ya que su padre se llamó Enrique. "¿Y por qué no Enriqueta?", pregunté. Y la madre, algo bachillera, me replicó que no le gustaban esos nombres en -eta. Era de una región en que se masculinizan los nombres de mujeres, los maternos, y hay quienes se llaman Rito, Magdaleno, Margarito, Roso… Y es curioso que si hay nombres de flores entre mujeres, entre hombres no los recuerdo apenas.

¿Curiosidades? A las veces, algo más grave. Que si Goethe reprobaba a los que se permiten frívolamente jugar del vocablo y aun del concepto con los nombres propios de las personas o con sus apellidos, ¿qué diríamos de aquellos padres o padrinos que se divierten en ponerles a sus hijos o ahijados nombres de pila o combinaciones de ellos con el apellido que se presten luego a bromas? El denominar a uno, el llamarle con un nombre u otro, es algo más serio de lo que esos padres o padrinos frívolos se figuran. Por lo cual se explica la preferencia en ciertas familias por los nombres insignificativos para quien no conozca su etimología. Muy a menudo, nombres tradicionales en la familia. Y más si tienen resonancias bíblicas.

Y ahora, elevando el plano, tengo que repetir, señora mía, lo que ya he dicho antes de ahora, y es que a nuestra pregunta de "¿qué es eso?", se nos responde casi siempre por cómo se le llama. Ser es llamarse —y que le llamen a uno—, y el nombre —otra vez más—, la sustancia espiritual de una cosa. Hasta en política, que suele ser el arte de degradar los nombres al vaciarlos de sentido histórico.

Que usted conserve, señora mía, muchos años su dulce nombre y que lo haga efectivo le desea

Miguel de Unamuno.

Otra vez con la juventud

Ahora (Madrid), 23 de marzo de 1935

No hace aún mucho me sentí obligado a publicar aquí mismo, en estas mismas columnas, unas amargadas reflexiones sobre la generación española de 1931, y he aquí que acabo de leer un muy bien sentido artículo de Paulino Massip titulado "El problema de la juventud". No creo engañarme al suponer que lo haya yo suscitado en parte con el mío. De otros, ni quiero ni debo hablar. Massip da cuenta de que los partidos republicanos de contenido liberal y democrático no son capaces de atraer a las masas juveniles. Estas masas, en efecto, en cuanto masas —hay jóvenes que no son de masa—, repugnan lo que llaman el demo-liberalismo, aun sin conocerlo. El conocer exige estudio, y el estudio, sosiego, al que se opone la prisa de llegar. Y la pereza de pensar. "El joven es, en efecto —dice muy bien Massip—, por naturaleza un ser dogmático, intransigente y ambicioso de totalidad… Cuando cree que tiene razón,

esta razón es absoluta, sin posibilidad de medias tintas ni de resta en beneficio de una imposible razón contraria." El joven de masa, macizo —añado yo—, el joven personal busca enterarse, y esto le hace crítico —no de censurar, sino de cerner— y muchas veces… agnóstico.

Y luego escribe Massip estas hondas palabras: "A los veinte años se tiene la impresión —a menudo dolorosísima y muchas veces causa de que se malogren obras de hondos y lentos cimientos— de que la vida útil del hombre es, como decía el clásico, *apenas un breve y fugaz vuelo*. A los veinte años, la vida no da tiempo para nada. Y no porque la idea de la muerte ponga delante de los ojos una valla, no. El enemigo no es la muerte, sino la decrepitud, la invalidez. A los veinte años se considera a un hombre de treinta como un viejo, y a uno de cuarenta como un anciano. Tan es así que una de las grandes sorpresas de la vida es sentir cómo ésta se dilata a medida que se avanza por ella." ¡Qué bien, amigo Massip, qué bien! Esto lo sabe el que ha vivido sin prisa de llegar; el que, por haber atesorado recuerdos, le rentan esperanzas a sus setenta años. Luego dice Massip que más que por una doctrina liberal, esto es, crítica, de libre examen, "los jóvenes se sienten arrastrados por programas que les enseñan a decir sí y no con el brazo extendido. Se acaba antes, se va más de prisa y satisfacen mejor las ansias exclusivistas. No hay que pensar, no hay que discutir, no hay que soportar la molestia tan deprimente de que el adversario tenga razón". ¡Qué bien dicho, qué bien!

Mas eso no reza con los jóvenes de masa o de fajo, de brazo erguido y puño cerrado —como la mollera— o en teatral saludo, a la supuesta romana, presas en dementalidad comunista o fajista. Pude hace poco observarlo en una reunión a que se me invitó y acudí —¿por qué no?—, lo que aprovecharon sus monitores para arteramente echar a volar una especie que se apresuraron a telegrafiar, con canallesco alborozo, a América, y dio lugar a comentarios aquí de quienes no se informan bien antes —lo sentí por el de un nobilísimo, imparcialísimo y generoso amigo mío y coetáneo, veterano periodista—, especie que, según mi costumbre, no quise rectificar ni deshacer. ¿Para qué? ¿Que yo les dije: "Por ese camino se conquista España"? Mas ello me enseñará a no ponerme al habla con tales. Son como los otros, los de la otra banda, que salen con que ya no estoy con ellos. ¿Y cuándo? Ni cuando se figuraban estar conmigo. Pues al repetir lo mismo que decía yo decían otra cosa.

En una revista *Critique fasciste* —¿fascista y crítica?; ¡qué contrasentido!—, un periodista italiano reprochaba hace poco a los grupos juveniles franceses un exceso (¡¡así!!) de inteligencia, una información enciclopédica y brillante, pero ineficaz; una falta de frescor en el pensamiento. ¡El estribillo de consigna! Y esos estrumpidos contra el intelectualismo suelen serlo contra la inteligencia y suelen serlo por… ¡resentimiento! Como el que dice: "a otra cosa me ganarán, pero lo que es a bruto…", y no es ni bruto, ¡qué va! Todo ese eficientismo, todo ese frescor —mejor, frescura— no es más que teatro. Y teatro de señoritos aficionados. Liturgias, emblemas, gestos… ¡Sainete!

Unos y otros. Los de los llamados extremos, que no lo son. Y los intermedios. Y ahora recuerdo que en cierta ocasión, unos de grupito litúrgico se me vinieron a pedir explicaciones de algo que les había dicho con un: "¿Qué quiso usted decir con eso?" Y yo: "Me parece que hablo claro; mas, pues son torpes de entendederas y para que no se me vengan con lo de paradojas y camelos, les diré que he querido llamarles mentecatos; ¿está claro?" Y se fueron, al parecer satisfechos de la aclaración y no hubo nada.

Otra vez que les insulto. Más me han insultado, unos y otros, alguna vez con encomios de gancho. Y lo harto que está uno de que se enterquen en querer encasillarle y alistarle y en si está con Pérez, con López, con García, con Redondo o con Cuadrado… Pero ¿rectificarlos? ¡Quiá! ¿Para que le estén a uno tirando de la lengua a cada paso que dé? Serían capaces de llegar a su tracción rítmica, como los casos de ahogados. La vieja sentencia: "¡Deja decir y sigue tu camino!" ¡Y cómo los pudo confundir uno de especie al verlos en la montanera, al pie de las encinas!

¡Ay, amigo Massip, cuan difícil estudiar la realidad histórica y educar con el pensamiento crítico, con el libre examen —no confundirlo con el mal llamado libre pensamiento—, con criterio demo-liberal, la pasión de la verdad antes de lanzarse a la acción! ¿Desdén? ¡Ah, no!, que fuera de esas masas de sedicentes jóvenes, de hoz y martillo, o de yugo y haz de flechas, o de compás y escuadra, o de escapulario y cirio, o de cualquier otro cojín (y comodín) de esos para la pereza —por lo común, hija de deficiencia— mentales, fuera de esas masas viven, y sueñan, y sufren los verdaderos jóvenes de espíritu y no de edad tan sólo, y éstos son los que me preocupan y aun me acongojan. Buscan libertad, y verdad, y justicia —todo uno—, y poder mirarlas cara a cara, aunque sea para morir por ello, y no caudillo a quien atar. Los otros… ¡que se rasquen! ¿Está claro? Para ellos, nunca. Mas, en fin, la vida se dilata a medida que uno avanza por ella.

Cabilismo y caciquismo.—A H., señorito de la Revolución

Ahora (Madrid), 29 de marzo de 1935

Bueno, vamos a cuentas, señorito —sí, aunque protestes—, y voy a repetirte —"¿otra vez?"; ¡si, otra!— lo que ya me tienes oído. Ahora te agarras al crimen ese de Cantalejo en que unos "indígenas" cabileños mataron a unos médicos maquetos o metecos, para volver al tópico del caciquismo. Y conviene poner las cosas en claro.

Me has oído muchas veces hablar de la leyenda del caciquismo, pues éste tiene, como su historia, también su leyenda y su relación con lo del "agermanamiento", que ya los romanos observaron en los iberos. Y sabes que cuando Joaquín Costa, santón, dirigió aquella información del Ateneo —hace ya treinta y cuatro años— sobre *Oligarquía y caciquismo como la forma actual del Gobierno de España: urgencia y modo de cambiarla*, de los sesenta y un informes que llegaron a ella —¡y de qué informantes!—, apenas en dos, en el de doña Emilia Pardo Bazán y en el mío, se intentaba explicar —lo que es justificar— el llamado caciquismo. Y no buscarle cambio. Por ello se me dijo y se ha vuelto a repetirme en casos análogos que es muy cómodo dedicarse a la diagnóstica desentendiéndose de la terapéutica. A lo que replico que más cómodo es dedicarse a la terapéutica desentendiéndose de la diagnóstica, que es dar en curandería. En que soléis dar vosotros, los… señoritos de la Revolución.

En aquel mi informe —de mayo de 1901— decía que el caciquismo acaso sea eso que se llama un mal necesario, "la única forma de gobierno posible, dado nuestro íntimo estado social". Y luego: "Llego a creer que los más de nuestros pueblos necesitan caciques como necesitan usureros". Y hoy, treinta y cuatro años después, lo corroboro. En cuanto a los caciques, tan los necesitan que los hacen, y a las veces, de sujetos los más opuestos al oficio. Necesitan un gestor, aunque luego, algunas veces, abuse de ellos. Y en cuanto a los usureros, hablaremos otro día, y de la función de las esclusas y los pantanos en la distribución del agua de riego. Por ahora, te remito a aquel mi informe.

En cuanto al crimen de que me hablas, no es cosa de caciquismo, sino de su progenitor, del cabilismo. O barbarie. Y el cabilismo tiene otro nombre, y es indigenismo. Cuando yo era niño y leía a Julio Verne recuerdo que adquirí la noción de que los "indígenas" eran peores que los salvajes. ¡Y toma tantas trazas el indigenismo! Una es la de aquella medida malamente supuesta socialista de la ley de Términos municipales. Contra la que les oí protestar a unos médicos rurales, antes adictos a la Dictadura, y que constituían un Sindicato médico, también de términos municipales. ¡Economía cerrada! ¡Indigenismo! A la que se adherían algunos… internacionalistas. Algún día te hablaré del internacionalismo cantonalista.

¡Indigenismo, regionalismo, cantonalismo! Y de los peores indígenas, los indígenas adoptivos… Pues se da el caso de que cuando los indígenas no encuentran otro tal que les haga de cacique, adoptan como indígena a un forastero. Y menos mal si se queda fuera. Pues el cacique se abona con la lejanía. El mejor, el de mayor extensión —y, por lo tanto, menor comprensión— de cacicato.

Y no es todo por términos municipales o comarcales, o provinciales o regionales; hay caciques de clases. Oligarquía decía Costa. Pero oligarquía no quiere decir siempre plutocracia. El sovietismo es una oligarquía. Y vosotros, los señoritos de la Revolución, ¿qué pretendíais sino establecer una oligarquía? Democracia, ¡no! El demos, el pueblo, no es clase ninguna. Y todo ello medra merced a la penuria de sentido nacional.

¿No estás viendo, por otra parte, esas luchas entre naranjeros, hulleros, trigueros, uveros, remolacheros, ganaderos y…?, sigue añadiendo. Y en medio de todo este desconcierto en que se disuelve la Patria, ¡te me vienes con ese manido tópico del caciquismo! Que es, sí, la barbarie, pero barbarie en que comulgan todos los partidos políticos, desde los de aquellos a quienes se llamó, con una frase justamente ya célebre, "los señoritos de la Regencia" hasta los partidos de los señoritos de la Revolución. Que también tiene, para su desgracia, sus señoritos como, para la suya, la Regencia los tuvo. Que el señoritismo, mellizo del indigenismo, mellizo del cabilismo —¡ahí es nada, el señorito de la cábila o del gremio!—, no es exclusividad ni de un lugar ni de una clase social. Recuerda aquello de nuestro Valle-Inclán cuando hablaba del cursi de blusa.

No, no hay que sacar las cosas de quicio ni atribuir la barbaridad cabileña de Cantalejo a supuesto caciquismo de ideología política. Ni sirve hacer leyendas, sean negras, blancas o blanqui-negras, es decir, ajedrezadas. Acaso la historia, la verdadera historia, no es ni blanca, ni negra, ni ajedrezada, sino gris. Y esto te lo dice aquel a quien tantas veces has acusado unas veces de escéptico y otras de pesimista.

Otra cosa me queda por advertirte, y es que cuando te ocupes en comentar barbaridades —o heroicidades— rurales, cabileñas, indigenistas, te andes con mucho cuidado tú, que no conoces el campo —ahora dan en llamarle agro— más que de lejos o de paso. Pues sueles desbarrar tanto como los señoritos de la otra banda. Y no vuelvas a pedirme terapéutica. Bueno será que te adiestres en la diagnóstica, dejando esa superficial patología de materialismo histórico. Estudia bien casos como ese de cabilismo —que a las veces llega a canibalismo—, de sindicalismo de términos municipales. Sanitarios, si quieres. ¡De sanidad burocrática, claro!

Visiones. Páramos y pantanos

Ahora (Madrid), 5 de abril de 1935

Otra vez páramo arriba, por las altas tierras palentinas, fronteras de León y de la Montaña, hacia Guardo. Habíalo visitado antes de la revuelta última de Asturias, la del 6 de octubre, que hasta Guardo llegó. Y aparte de esta adición histórica, es la segunda vez que se visita un lugar, una villa o ciudad, una tierra, cuando empieza uno a darse cuenta de ellos. Cuando el recuerdo primero ha echado raíces y al oreo de una nueva visita florece. Así nos suele ocurrir.

Subíamos como escoltando al Carrión —mi ya íntimo amigo—, que bajaba hacia la mar reflejando el azul del cielo y comprimiéndolo entre rala verdura. Primero, los cárcavos de sus riberas en escarpe. Pasada Saldaña, entramos en el páramo de Guardo, llamado del Nido por el nombre de un parador que se está parado, solitario, en medio de la desolada soledad del campo. Matujas, broza y algunos roblecitos enanos, canijos, embozados ahora en amarillo follaje muerto, como mortaja que les arrancará el aliento de la resurrección primaveral. Por allí, un lento rebaño de ovejas con su pastor. Este del páramo palentino ¿interrogará a la luna por su destino —el de ambos, de la luna y del pastor— como aquel errante por las estepas asiáticas que nos cantó Leopardi? La estepa asiática es el páramo castellano. Menos el nombre. ¡Este nombre ibérico —que lo es, y no latino— páramo! Uno de estos esdrújulos tan castizos y sonantes —sobre todo los acabados en a-o—, como páramo, cárcavo, cuérnago, muérdago, pícaro… Y en torno nuestro, la solemnidad del campo descampado, y cerrando el escenario, barrera del cielo, la cadena montañesa, ahora nevada sobre su desnudez rocosa, con sudario de invierno. Alli, el Espigüete, que reparte tres aguas, que van al Cantábrico, al Atlántico y al Mediterráneo, clavija hidrográfica de España.

Llegamos a Guardo. Otra vez el mismo y como si nada hubiese pasado en este trecho de tiempo. Otra vez el palacio —la casa grande— al pie del teso, con su pétreo frontal adornado de escudos señoriales que blanquean al sol, mientras su tradición se borra de la gente. Fui a la iglesia del pueblo. Entré en ella por sobre la losa sepulcral —ante la puerta de entrada— de un don Antonio Rodríguez, cuyo nombre sólo queda en la piedra, bruñida por las pisadas de los fieles. Y dentro, los cirios familiares funerarios, y

en algún altar, flores de trapo ajadas y empolvadas. Al salir de allí, una anciana me mostró a lo lejos, sobre una cuchilla del terreno, el santuario del Cristo del Amparo. No quise preguntarle por los nuevos muertos; ¿para qué?

Los nuevos muertos, los de la revuelta de octubre, son tres: un guardia civil —sus compañeros, apresados—, un cura, al que no se le mató por tal, sino acaso por negociante, y un minero que, tendido en tierra, se dejó matar por no rendirse. Que por aquí pasó la tragedia. Y la población ha quedado diezmada, pues su décima parte —y la más útil, la productora, la de los mineros— está en el penal de Burgos; trescientos hombres en pueblo que no llega a tres mil habitantes. Y padres de familia los más y verdaderos proletarios, pues estos mineros son ricos en prole. Y los hijos, desvalidos, desamparados, a merced del socorro publico, privado, oficioso u oficial. Y en malos locales de enseñanza, ya que en la escuela pública se acuartela la Guardia civil aumentada.

Unas mujerucas charlaban en solana. ¿Comentarían la reciente historia local? No quise preguntarles por ella. En silencio se fragua la leyenda. ¿Oír? No iba yo allá de escribano ni de repórter. Ni hay más falsa leyenda que la de los autos judiciales. Nada de inquirir —inquisición— para sentenciar. Al presente más se le ve que se le oye. Se oye al pasado, y más cuando las ruinas hablan. ¿Escribir la historia de la última revuelta? Hasta ahora hemos tenido más escribanos que escritores. Como los escribanos de la revolución rusa que sacudieron las adormiladas imaginaciones de estos pobres mineros proletarios —de prole—, que no sabían por qué ensueño brumoso iban a matarse. Porque la profundidad trágica de la revuelta no consistió en sus escenas de muerte, incendio, saqueo y destrucción material, sino en la inconciencia de su finalidad. Es decir, en su fatalidad. Ni los señoritos de la revolución sabían lo que atizaban. Los parásitos de las entrañas del Leviatán habían llegado, como tales, a perder el seso, por inútil. Les bastaban sus estribillos doctrinarios, puros reflejos… sociológicos.

Volvimos cruzando la divisoria entre el Carrión y el Pisuerga, que se juntan luego para rendirse al Duero, al padre Duero celtibérico. Fuimos bordeando los pantanos —"pántanos" les llaman muchos, dejándose llevar de la tendencia esdrujulizadora del habla castellana— del Carrión y del Pisuerga. Aquél, el del Carrión, el de Campo Redondo, estaba ahora en seco y para recebarse. En su lecho, algunos árboles pelados, a condena de muerte por ahogo, junto al viejo cauce del río. Del otro, del de Ruesga —pequeño afluente del Pisuerga—, divisamos un cabo. E iba uno pensando en el provecho público de los grandes pantanos de doctrina social, en evitación de riadas y de secas. De que nacen barbarie de revueltas y barbarie de represiones con sus sendas tradiciones. Pantanos que hagan de los páramos espirituales de secano senaras de regadío, mediante cuérnagos y acequias ideales.

Al volver a la ciudad nos detuvimos a contemplar —otra vez— la portada románica de la iglesiuca de Moharbes, pasamos a la vista del románico San Martín de Frómista y al pie de las ruinas del castillo de Monzón, mudos testigos los tres de una leyenda ya seca y amortajada. Ahora se empieza, allí cerca, a drenar y desecar la laguna de la Nava, criadero de mosquitos palúdicos. ¡Ay cuando la tradición se encenaga en tradicionalismo! Y ¡ay cuando le ahoga a uno su mortaja! Los pantanos de riego se ceban, y receban, y renuevan con aguas vivas y nuevas, de la nieve del año.

¿Pasión política?

Ahora (Madrid), 9 de abril de 1935

En una de las muchas veces que me visitó aquí, en Salamanca, el gran poeta portugués Guerra Junqueiro —era de la frontera y en ella tenía una finca— venía de Madrid, donde había estado con su gran amigo don Nicolás Salmerón. "Está muy fuerte, muy animoso, muy entero —me dijo—; pero ¿ha conocido usted un hombre que junte a una más grande inteligencia una más absoluta incomprensión del arte? Divide los poetas en republicanos y monárquicos. Me quiso convencer de que Quintana fue el más grande poeta español del siglo XIX; me hizo leer la oda a la vacuna y, ¡es claro!, quedé vacunado de Quintana. Aquello es elocuencia rimada, abogacía; pero poesía, ¡no!" ¡Y había que oírle el tono y el timbre con que pronunciaba lo de "abogacía"!, que era en sus labios el término más despectivo. Era el sentimiento de que la abogacía —que no es sólo cosa de abogados ni siempre de ellos—y la poesía se repelen entre sí. Don Ángel Ossorio me entiende en qué sentido, él, que tanto gusta de ambas actividades. O pasividades.

¡Cuántas veces he recordado aquella conversación con Junqueiro! Y la he citado. Pero ahora me vuelve a cada paso a la memoria en esta desquiciada mentalidad revolucionaria —y contra-revolucionaria— española. Dementalidad más bien. Porque hoy ya tenemos poetas no monárquicos y republicanos, revolucionarios y reaccionarios, sino de cada partido; poeta fulanista, o zutanista, o menganista, o perencejista… Y en cuanto un artista, mejor o peor como tal, se produce en una obra de arte —sea, por ejemplo, una comedia— como no esperaban los de su bando, si el poeta es, como hombre político, de un bando cualquiera, ya están sus copartidarios y sus contrarios devanando el hilo en que ensartan el rosario de sus tonterías. Y dando con ello argumento a aquel comediógrafo o a otro cualquiera. Que si es un tránsfuga, que si un converso, que si no hay que fiarse de tales cambios, que qué es lo que busca, que si es despecho…

Una vez tuvo Pío Baroja la condescendencia —o debilidad— de acudir al Ateneo de Madrid a aguantar un interrogatorio de eso que llamaban crítica de masas. ¡Qué crítica y qué masa! O mejor: ¡qué voceros macizos! Porque la masa se callaba, ya que su lenguaje no es articulado. Estaba yo presente, y alguno de aquellos macizos señoritos del comimismo intentó meterse conmigo, que, por supuesto, me callaba como la masa. Escena de un cómico subido. Y al salir, uno de aquellos cuitados energúmenos —energúmenos fingidos, por supuesto— me decía: "¡A lo que no hay derecho es a sacar en una novela o en una comedia un comunista que no entiende de comunismo!" Y yo a él: "¿Y por qué no si el novelista o el comediógrafo quiere presentar el tipo medio del comunista, y éste no entiende de comunismo, como le pasa a usted?" Claro está que esto se aplica a cualquier otro acabado en …ista. No le pude hacer entender que el artista no tiene por qué tomar sus personajes para predicar por ellos —por boca de ganso— una u otra doctrina o lo que sea. El pobre mozo es de esos que hablan de arte proletario y otros infundios así. Como "arte sano" o de "buena Prensa". Pero acabó por darse a medio partido —aquel a

que pertenece es ya menos que medio— y me dijo: “Bueno, lo de usted es escepticismo, pesimismo y, sobre todo, afán de paradojas y ganas de tenemos a los demás por mentecatos, o sea orgullo.” Y me callé como la masa.

Y ahora digo que si el teatro ha de ser tan sólo un reflejo de la realidad de la vida —que no es mi opinión— y se quiere reflejar en él la realidad de la vida política española actual, le conviene al autor cómico presentar en escena representantes de unos y otros partidos —anarquistas, comunistas, fajistas, derechistas, izquierdistas, centristas, monárquicos, republicanos (auténticos o de contrabando), clericales, laicistas, etc., etc.— que expongan cada uno, en defensa de su programa o credo (no creencia) y en ataque al de los adversarios, las respectivas mentecatadas y vaciedades que, en realidad, suelen exponer. Porque a todos o casi todos los del término medio, los de disciplina, les une en la lucha un común denominador: la mentecatez. Y que hablen de orgullo. O de insolencia.

La decadencia mental del hombre de término medio —en política sobre todo—es hoy en España espantosa. Las veces que he recordado aquel tremendo pasaje de Gustavo Flaubert —soberano artista y estupendo psicólogo— cuando en su *Bouvard y Pécuchet* nos dice de estos dos trágicos peleles: “Entonces una facultad lamentable se les desarrolló en el espíritu: la de ver la necedad y no poder tolerarla.” El texto francés dice “bêtise”, que acaso estaría mejor majadería o estupidez. Aunque estos términos despectivos suelen ser, en realidad, intraductibles. Como el ¡“abogacía”! de Junqueiro.

¿Es la pasión política lo que ha entontecido a todos esos cuitados? ¿Pasión? Según a lo que se le llame así. ¿Y política? Sigue el según. Como no cabe llamar pasión deportiva a la de los espectadores de un deporte incapaces de ejercerlo ellos. Mirones y no más. Y en otros la pasión, la supuesta pasión política, es la de los que en la política ven el medio de apostarse. Porque… ¡hay que vivir! Pasión ésta, verdadera pasión, aun respetable y digna. Mas hay otra, y es la de los que toman partido —uno u otro— por resentimiento. Ex fracasados o más bien ex futuros fracasados. Es decir, que no han llegado a fracasar por no dejarles entrar en acción el miedo al futuro fracaso, previsto y temido, y quedarse en la pasión. Pasión de resentido nativo, temperamental, tristísima especie, tan abundante entre nosotros. Y con raigambre patológica de excreciones, que no secreciones, espirituales internas. Reúma del alma que lleva hasta la perlesía anímica. ¡Da pena! ¡Qué colocación!

Y…, pero vale más no seguir por este camino, ¡que suele ser tan desconsoladora la verdad y tan difícil hallar consuelo en el engaño! Basta, pues, de bisturí en el tumor y… ¡a releer a Quevedo!

A propósito de una distinción dice Don Miguel de Unamuno

Ahora (Madrid), 19 de abril de 1935

Interrogado por un periodista don Miguel de Unamuno ha hecho, entre otras, las siguientes manifestaciones:

Ciudadano de honor

—He agradecido mucho esta distinción. Y la he aceptado porque estimo que en muchos casos la verdadera humildad consiste en aceptar estas cosas. Lo demás es soberbia. Al llegar a Madrid, después de asistir en París a la inauguración del Colegio Español, lo primero que he hecho ha sido visitar, para darles las gracias, al Presidente de la República y al Jefe del Gobierno. Por cierto que me veo en la necesidad, refiriéndome a lo del Colegio Español en la capital de la República francesa, de hacer un cumplido elogio de la labor que allí desarrolla el embajador de España, señor Cárdenas. Es un hombre no ya correcto, sino afectuoso, y que lleva las cosas muy bien, muy bien.

"La política que yo hago"

—¿Que si hago política activa? Según a lo que se llame política activa. Porque hay quien cree que eso es estar en un partido. Para mí es lo otro. Recuerdo que una vez, dirigiéndose a mí, me dijo Melquíades Álvarez: "Eso que usted hace, don Miguel, lo puede hacer un escritor, un filósofo, un pensador; pero no un hombre que aspire a gobernar." Yo le contesté: "Es que yo no aspiro a gobernar: yo gobierno".

Por qué fue al mitin "fajista" de Salamanca

—Sí. Ya me han dicho que se ha hablado bastante de mi asistencia al mitin organizado por Falange Española en Salamanca. Fui a ese mitin como voy a todos los que quiero. No asisto a aquellos actos a los que me invita la Empresa, sino a los que yo quiero ir. Cuando comenzó el mitin empezaron a tirarme de la lengua; pero yo, naturalmente, ni interrumpí ni hice caso alguno. A mí no me tira nadie de la lengua; tengo por costumbre contestar a lo que no se me pregunta y dejar sin respuesta a aquello que se me interroga. Pero ni yo les dije que los "fajistas" iban a conquistar a España ni cosa por el estilo. Primo de Rivera está bien. Es un muchacho que se ha metido en un papel que no le corresponde. Es demasiado fino, demasiado señorito y en el fondo tímido para que pueda ser un jefe ni mucho menos un dictador. A esto hay que añadir que una de las cosas más necesarias para ser jefe de un partido "fajista" es la de ser epiléptico.

No soy un piruetista

—Lo único que me dolió de todo esto fue un artículo de Roberto Castrovido, uno de los hombres más buenos que tiene España. Claro que ya estoy harto de eso de las piruetas y las contradicciones. Es igual que lo de las paradojas. Me lo cuelgan a mí porque quieren. Yo podría demostrar que desde hace cincuenta años sostengo los mismos puntos de vista. Lo que pasa es que aquí, en España, lo único que no se aguanta es mi posición radicalmente pesimista. "¿Qué opina usted del trigo, don Miguel?" "¡Ah, yo no puedo hablar de eso; yo, sabe usted, soy pesimista en todo!"

Nuevas contemplaciones

Ahora (Madrid), 19 de abril de 1935

Entra uno en una recatada, solitaria y oscura iglesita de los arrabales de una villa o ciudad. Va a recoger perdidos alientos religiosos. En un rincón de la iglesita, en penumbra, al pie de un trágico Cristo español, un hombre no viejo, arrodillado, reza sollozando. A alguna distancia, en un banco, otro hombre, tampoco viejo, observa al que rezando solloza. Los dos hombres parecen haber llegado a la iglesita sin común acuerdo. Acaso ni se conocen. ¿Qué piensa o, mejor, qué siente el del banco respecto al otro? ¿Cree acaso que solloza una pérdida familiar —la mujer, un hijo, la madre…— y él, a su vez, siente renovársele un dolor parecido? Y el de al pie del Cristo ¿se sabe observado, compadecido, acompañado en su dolor? Y si se sabe así, ¿le consuela este acompañamiento? Y ese consuelo ¿es como el que experimenta un artista que acertó a expresar su sentimiento? ¿Hay, por profunda y sincera que sea la fe del sollozante, algo de teatralidad en su actitud? ¿Por qué no se recogió a rezar y llorar en un rincón de su casa familiar, al pie de un crucifijo de familia?

El uno que entró en la iglesita a recoger impresiones se acuerda de que el Cristo dijo que donde se reúnan unos en su nombre allí estará Él, y piensa en las oraciones comunales; pero se acuerda también de que el mismo Cristo dejó dicho en su Sermón de la Montaña aquello de: "Cuando oréis no seáis como los hipócritas, que gustan orar estando en las sinagogas y en los rincones de las plazas", sino "entra en tu cuarto y, cerrando la puerta, reza a tu Padre en lo escondido". Y al acordarse este uno del texto evangélico se acuerda de que hipócrita no quiere decir sino actor y que el actor puede ser sincero y sentido. Piensa que el que representa un sentimiento lo hace por avivarlo y mantenerlo; piensa que todo hombre de veras conciente se está representando a sí mismo en el escenario de su propia conciencia.

Y siguiendo por este hilo de reflexiones, el que entró en la recatada, solitaria y oscura iglesita del arrabal para pensar y meditar en la presente íntima historia de su pueblo se detiene en eso de si el pueblo español es religioso, si es de veras creyente, si siente la religiosidad y con ella alguna religión, la tradicional acaso. Y piensa en lo que, aplicado al arte y a la literatura, se dice del realismo y del

idealismo español, y lo de las novelas picarescas por un lado y el misticismo por otro, y lo de Don Quijote y Sancho Panza. "¿Idealismo, realismo —se dice—, idealidad, realidad?; ¿quién y cómo las distingue? Y luego, ¿espiritualismo y espiritualidad? ¿No estaría mejor pensar en la intimidad? ¿Sería ocioso hablar de "intimismo" ? Sean las que fueren las cosas y las ideas, las realidades y los ideales que unían a aquellos dos hombres de la iglesita, ¿qué pasaba en lo íntimo de ellos? ¿Qué pasaba en aquella recóndita cámara de sus conciencias —en sus trasconciencias, mejor que subconciencias—, más allá de los escenarios de ellas? Mas ¿es que existe semejante recámara? ¿Es que hay algo, fuera del teatro, en este caso religioso? Ni Juan de la Cruz o Miguel de Molinos habrían sabido decírnoslo. Y nuestro uno piensa con qué atolondrada ligereza deciden esos hombres que se figuran que la historia se reduce casi a política o ya que el pueblo español es irreligioso o ya que los españoles de casta, a sabiendas o no, quiéranlo o no lo quieran, son católicos. Y piensa en lo huera que resulta la llamada interpretación o concepción —mejor sería llamarla "conceptuación", piensa— materialista de la Historia.

Al llegar a este punto nuestro uno se acordó de haber leído cómo un pobre hombre, a cabo de recursos de vida, se fue en Madrid a una capilla de un Cristo al que se le piden tres favores y se puso a rezarle, y luego, sacando una pistola, se suicidó. Por desesperación ¿de qué? ¿O no sería como ese característico suicidio de venganza china, cuando un deudor, reducido por su acreedor a la miseria, va a la puerta de la casa de éste y se suicida allí? Y se acordó de otros casos en que en lugares rústicos se le castiga a una imagen de santo cuando no consigue agua para el pueblo. Y pensó en el fetichismo, concepción religiosa teatral. ¿Y si el suicida ante el madrileño Cristo de Medinaceli —se dijo— fue a rematar con un suicidio teatral la representación escénica de su vida? Porque a la conceptuación materialista de la Historia, a la de Marx, nuestro uno opone la conceptuación histórica, esto es, teatral de la vida. Y le cuesta creer, desde luego, que nadie se suicide por hambre, ni aun dando a esta tan abusiva palabra el sentido tan lato que se le suele dar. Por eso que llaman hambre, a lo sumo, se mata a otro; ¿pero matarse? Y por hambre verdadera se deja uno morir. A la fuerza.

Da pena pensar que fuera de toda intimidad —real e ideal— se suelen mover los que se meten a políticos, a querer marcar curso a la historia y la cultura —material y espiritual— de un pueblo. Da pena ver qué pronto deciden que el pueblo al que quieren gobernar no tiene fe religiosa ninguna o tiene esta o la otra fe dogmática religiosa. Da pena ver cómo recitan el papel que se han adjudicado en la tragicomedia de nuestra historia política, sin zahondar en la esencia del teatro y aun dedicándose tal vez a él. Uno de ellos y de los más capaces y sinceros actores de esa tragicomedia —si es que no el más capaz y sincero de ellos—, entregado al placer de crear —de recrear un pueblo—, le decía al que esto escribe que éstas son contemplaciones que a nada conducen. ¿A nada? A crearse uno una intimidad histórica, civil y religiosa. Y a disfrutar el más abnegado y desinteresado placer, que es el de comprender lo creado. Bueno es hacer algo, pero es mejor saber lo que se ha hecho.

Cantar es sembrar

Ahora (Madrid), 26 de abril de 1935

“Arar en la mar”, certera

frase por “tiempo perdido”;

la hay de más triste sentido:

“¡sembrar en la carretera!”

Estas cuatro líneas rimadas —una cuarteta—las tejí y enfurtí, matando con ello un rato de hastío, en horas de reflujo espiritual, de depresión moral y mental y ello para arrimármelas a la memoria y que me sirviesen de recordatorio. Llevaba unos días sufriendo —¡así, sufrir!— en cada uno de ellos al leer la prensa, en los diarios cotidianos, la obligada reseña de los mítines políticos del día. Algo desconsolador. Los mismos oradores diciendo las mismas cosas del mismo modo; la abrumadora repetición de los abrumadores tópicos y lugares comunes de cada partido. ¡Y a eso le llaman declaraciones! Y me decía a mí mismo: “¡arar en la mar!”

Porque este “arar en la mar” es lo que suelen hacer los agitadores de públicos. Agitadores y no actores. La agitación no es acción. “Agítese antes de usarlo” se dice. Y luego resulta que cuando se lo va a usar la masa ha vuelto a su propio estado. Pobres agitadores que después de una campaña de propaganda se vuelven diciendo —y acaso creyendo, que es peor— que el pueblo está excitado en contra de esto o de aquello, que vibra —palabra de cajón— que hay conciencia pública revolucionaria, o contra-revolucionaria, que ya se verá en el próximo sufragio, que… A qué seguir? Y la mar siempre la misma. “Los siglos han pasado sin dejar una arruga sobre tu frente azul —que dijo egregiamente Lord Byron. Ni en el pueblo dejan esas aradas políticas surco alguno permanente. Por lo que no es fácil preveer lo venidero al respecto. “Todos los ríos van a la mar y la mar no se hincha”, dice la Escritura. Ni el pueblo se hincha, a pesar de sus tormentas, sus galernas y sus agitaciones. ¡Pobres agitadores que se figuran que el pueblo aun espera la revolución o está ya harto de ella! ¡Arar en la mar!

Revolviendo estos pensamientos en mi espíritu agitado —mucho más agitado que el de uno de esos públicos después de un mitin o conferencia— me recojí luego en mi soledad de publicista y me puse a recojer grano de ideas para irlo vertiendo en mis escritos periódicos. “Esto es más seguro” —me decía mi demonio familiar. Que le tengo como le tenía Sócrates. “Esto es más seguro; ir sembrando ideas no en una muchedumbre, si no en individuos aislados, en quienes puedan sosegadamente recibirlas y sin que a uno le perturben ni interrupciones ni aplausos ni rechiflar ni protestar en contra”. ¡Sembrar

ideas! Mas al punto se me vino a la memoria la consabida parábola del Cristo (Lucas, VIII) del sembrador que salió a sembrar su semilla y una parte cayó en el camino y fue pisoteada y las aves del cielo se la comieron, y otra parte cayó en roca y se secó por no tener tierra y otra cayó en medio de espinas que la ahogaron y otra en tierra buena y dio ciento por uno. Y pensé en la que cayó en el camino y fue pisoteada. Y le encontré a esto un doble sentido.

Primero que la mente del lector es un camino, por el que pasan toda clase de cuidados y de pesares y de preocupaciones. Y que lee para distraerse de ellos. Y lo que le inquieta o lo deja de lado o lo olvida al punta "¡Bah —se dice— camelos!" O "paradojas!" O bien dejando el papel de lado: "Bueno, que me deje en paz, que harto tiene cada cual con lo suyo y no me voy a gastar el seso en tales cosas."

Segundo sentido y de seguro más acomodado que el primero, que no se trata ya de la mente del lector sino del camino de la opinión pública. Agitar a un público, a una muchedumbre puede y suele ser arar en la mar, pero pretender sembrar ideas en un público, en una muchedumbre, ¿no será acaso sembrar en carretera? Cada uno de los que componen el público, la muchedumbre, tiene sus cuidados, sus aspiraciones, sus ilusiones, sus esperanzas, sus congojas y entre todos pisotean —¿qué van a hacer si no?— el grano que se les eche. ¡Sembrar en la carretera!

Al llegar a este lastimoso punto de mis meditaciones busqué refugio, y como todo ello me había venido de pensar en la acción y en la agitación políticas me refugié en la contemplación de la poesía. Dejé la política y me fui a la poética. Y entonces del fondo de mi depresión me brotó esto: "Camino va de la noche / (que en horizonte está) / va cantando en el camino / para las penas matar. / Sus cantares por el aire / hasta el cielo van a dar; / la noche se va viniendo / según el día se va. / Todo está dicho, se dice / ¡y éste es su último cantar!"

¡Arar en la mar! ¡sembrar en la carretera! ¡todo está dicho! Y, lector, perdón, por este desahogo. Y considera que cantar es también sembrar. Sembrar al aire y al sol libres.

Cartas al amigo XX.—A un mozo que quiere llegar

Ahora (Madrid), 8 de mayo de 1935

Me dices, cuitadillo, para disculpar tus veleidades, que lo que tú quieres es llegar, sea como fuere. Bien; pero vamos atando los cabos, si te parece. Llegar ¿adonde, a qué? ¿A un destinillo? ¿A ese terrible diminutivo del Destino? ¿A un Gobierno civil? ¿A una Dirección general? ¿A una Subsecretaría? ¿A un Ministerio acaso? Y me añades que no te importa si por ello te han de llamar "arribista". (Y aquí entre paréntesis, fíjate en que escribo arribista con b y no con v, porque en español arribar, llegar a riba o ribera, se escribe con b y no con v, como el francés "arriver".) ¡Arribista! ¡Pobres arribistas! ¡A qué

ribas o riberas suelen arribar y cuán presto les derriba de ellas el primer cambio de ventolera! Si es que no un vendaval. Y oye todo lo que me sugirió una frase pordiosera, mendicante, cojida al azar en uno de mis vagabundeos madrileños.

Íbame otra vez más, hendiendo muchedumbre callejera, por uno de los viejos barrios de este Madrid, cuando, al doblar una esquina, en un rincón, me tendió la mano vacía un pobre mendigo sin piernas que se asentaba en un carrito. Y me dijo así: "Nunca le falten los remos para poderse valer, caballero." Le di mi limosna, ahorrándome el "perdone, hermano", y seguí mi camino rumiando su frase petitoria: "Nunca le falten los remos para poderse valer, caballero."

¡Los remos! El pobre mendigo del rincón de la calle, en medio de la marea de la muchedumbre callejera, no concebía la navegación a vela, sino a remo. Amarrado al duro banco, tal como un galeote. Acaso no había visto la mar nunca. Para poderse valer, para poder llegar adonde hubiese pan, a su destinillo, no concebía más que el remo, que puede servir a la vez de timón; no concebía la vela. No concebía abrir las velas al viento que sopla, aprovecharlo y navegar, viento en popa o de bolina, a sesgo.

Continué mi camino, siempre hendiendo la muchedumbre callejera, sacándole jugo a mi limosna, y lo de la vela me trajo al magín una de mis visitas, allí en la bendita tierra de Fuerteventura, a un molino de viento, de esos que ponen sus aspas a todo viento y con cualquiera de éstos muelen su molienda y sacan harina para que no haya mohína. Y esto, como sabes, no es veleidad. Veleidad es la de una veleta —y la de un veleta—, que, sin moverse de un sitio, sin caminar a parte alguna, cambia de dirección con cada cambio de viento, y ya señala al Norte, al Sur, al Este o al Oeste, ya a derecha, ya a izquierda, y a ningún sitio arriba. El molino de viento, no; el molino de viento no es una veleta. El molino de viento no se mueve de su sitio, no va a parte alguna, sino que, puestas sus aspas a cualquier viento, acomodándose a los cambios de éste, va moliendo su molienda. Y llega a cobrar su harina.

¡Cuán inspirado anduvo nuestro señor Don Quijote cuando adivinó en los molinos de viento, los que muelen molienda sin moverse de su asiento, sus terribles gigantes! A los que no se les destruye a lanzadas. No hay caballero andante, caminante, de los que van a un término de camino, lleguen o no a él, que pueda deshacer a lanzadas al estadizo molino que abre sus aspas a todo viento. A todo viento de doctrina. Los necios —Don Quijote no lo era, sino loco—, cuando topan con un molino de viento se dicen: "¡Bah! ¡Ese no va a ninguna parte!" Si es que no se preguntan: "Y ése, ¿qué se propone?" Del trabajo de moler no se dan cuenta, ninguna. Y es que los necios arribistas, los de partido, los de doctrina —política o religiosa o social—, que les dan ya mejor o peor molida, nunca se han encontrado con tener que moler trigo ideal, porque carecen de éste. Y cuando alguna vez, por curiosidad o por remedo, se les ha ocurrido ponerse a moler, es decir, a pensar, como no tienen trigo, las muelas se muelen a sí mismas y se desgastan. Porque ¡hay que ver lo que esos necios de partido llaman ideas propias! Claro está que no todos los hombres de partido son necios, ni mucho menos —Dios nos libre de suponerlo así—; pero los que ingresan en partido para arribar a un destino cualquiera, ésos, aunque parezcan cucos, no suelen ser sino simples.

Hay el hombre navío, que trasporta cargas de trigo o de harina y trasporta también con ellas a su

tripulación, a su clientela, a sus galeotes; que le trasportan a él a remo cuando la vela no basta. Esos son los hombres llamados de acción. Y también prácticos. Y hay el hombre molino de viento —a las veces, de agua, de rueda o de turbina— que del trigo saca harina. A éste le llaman teórico, si es que no le aplican otros epítetos con un cierto retintín entre compasivo y burlesco. Y me figuro, cuitadillo, que tú no quieres meterte al servicio de uno de esos molinos, pues que con ello no arribarás a parte alguna. Por lo menos, así te lo figurarás. Por lo menos, recuerdo que una vez me dijiste que tú no te preocupas de escribir historia ni de "filosofarla" —fue tu expresión—, sino de hacerla, olvidándote de lo que tantas veces me has oído —y otras tantas, por lo menos, me volverás a oír—, y es que "filosofar" historia, contarla poéticamente, es decir, creativamente, es la manera más eficaz de hacerla. La obra política de los más grandes caudillos y estadistas la han hecho en su mayor y mejor parte sus biógrafos. Y a las veces, el mismo caudillo como autobiógrafo. Y los que han llegado… a posteridad, los que viven en la memoria de sus pueblos, se debe a que supieron contar, y no tanto lo que hicieron como lo que pensaron hacer. Acaso me dirás que tú lo que quieres hacer es carrera y no historia, y que la gloria te tiene sin cuidado. Y, sin embargo, creo que te equivocas y que, en cierto modo, te calumnias. Cosa que les pasa muy a menudo a los arribistas. Y es que en tu ambición entra la vanidad por mucho más que la codicia. Y te diré más, y es que te ha de satisfacer más hacer creer que has llegado que llegar de veras.

En resolución, que nunca te falten las velas para poderte valer, caballerito, ya sea para abrirlas en navío al viento y navegar a puerto, sea para tenderlas en aspas de molino de viento y hacer de trigo harina. Que con la harina se vive.

Hombres de Francia francesa

Ahora (Madrid), 15 de mayo de 1935

He vuelto a París, al cabo de diez años, a recordar mi estancia allí de más de un año, cuando mi destierro voluntario durante la dictadura primo-riverana, a la que perseguí mucho más y más sañudamente que ella a mí, que, en rigor, no me persiguió. He vuelto, representando, con otros compañeros, a España, a la inauguración del Colegio Español de la Ciudad Universitaria de París, que tuvo efecto el día 10 de este abril. Y a procurar estrechar y encauzar más las relaciones culturales entre Francia y España, tarea en que nos ayuda nuestro embajador allí, don Juan Fr. de Cárdenas, uno de los españoles que más y mejor sirven y honran a nuestra Patria, Excelentísimo en el sentido literal, ya que del otro se abusa.

¡Las cosas que han pasado y las que han quedado aquí y allí en estos diez años! Preocupación ahora la de la próxima posible guerra, a la que parece estársela provocando con el miedo al miedo. Los pobres pueblos, presos de fatídica crisis moral, sufriendo de nacionalismo —terrible enfermedad mental (o mejor, demental) colectiva—, diríase arrastrados por aquel trágico poder que Schopenhauer llamó el

genio de la especie y que si una vez empuja a ésta a procrearse, otra la empuja a cercenarse y aun a suicidarse. Ya Leopardi, más hondo que Schopenhauer, cantó la hermandad del Amor y de la Muerte. Que si una gata siente no poder criar, de siete crías que parió, sino tres, se come las otras cuatro. Y así el linaje humano.

Iba a revivir mi París de 1925. Y llegué a él cuando apenas se hablaba sino de guerra y de paz armada. Eran los días de la Conferencia de Stresa, en la Isola Bella, isla de decoración de ópera en el sereno y apacible lago Mayor, isla que había yo visitado en 1917, en plena guerra mundial, en compañía, entre otros, de Azaña. En París ahora se hablaba de guerra; más, en el fondo, como aquí en Madrid, de revolución, de nuestra supuesta revolución. Dos fantasmas tal vez al que nuestro instinto teatral —¿y no también malthusiano?— se complace en evocar. La envidia que un pueblo, como un hombre, se tiene a sí mismo, honda doctrina —para loa mentecatos, paradoja— que descubrió nuestro gran Quevedo y que hube de comentar en mi conferencia del Colegio Español de París.

En los trece meses que de 1924 a 25 me quedé en París, antes de recogerme a Hendaya, había tres lugares en que iba a refugiarme para gustar de una especie de dulce soledad provinciana. Eran la isla de San Luis, sosiego en medio del Sena; la plaza de loa Vosgos, sin barahúnda de vehículos, plaza para nietos y abuelos, en que murió el gran abuelo Víctor Hugo —yo no lo era aún entonces—, y el Palais Royal, con su estatua de Víctor Hugo desnudo —la han quitado ya de allí—, donde había anidado la Gran Revolución, la de 1789, y tronó Camilo. No acertaba a figurarme tal cosa en aquella tan espaciosa plaza— ¡y real!—, donde todo habla de tradición, de conservación y de continuidad. Rehuyo distraerme aquí, y ahora, en disertar de revolución conservadora y de conservaduría revolucionaria y de cómo revolución y conservación —o reacción— son el lado cóncavo y el convexo de una misma superficie histórica. ¿Lados? En geometría pura como en política pura, las superficies, como las líneas, no tienen lados. Son infinitivas. Y acaso infinitas.

Cuando mi destierro voluntario solía ir de vez en cuando a almorzar a un encantador cafetín de un rincón del Palais RoyaL Me llevó primero allá mi querido amigo Ramón Prieto Bances, nuestro ministro de Instrucción Pública. Y ahora —unos días no más hace— volví a ampararme en el café de Chartres o Grand Véfour, según reza su rótulo, aunque lo de grande no le pega ni le peta. No ha cambiado, creeríase que desde su fundación. Recordábame —¡tierna añoranza!— el Suizo Viejo de mi Bilbao, en una rinconada de los soportales de esa plaza Nueva, de donde se me echaron a volar tantos rosados ensueños de mi niñez y mi mocedad. ¡Maternal Bilbao de mi hombría naciente!

¡Qué sosiego y qué intimidad la del Véfour! Un café en París provincia, sin parejas de amantes amartelados, por lo menos en mis visitas. Una pareja, sí, pero de amados maduros —acaso matrimonio—, jugando al "jaquet". Y otros tranquilos parroquianos, al mismo juego casero y al ajedrez. Y ni gatos, ni perros, ni " camelots du roí", ni jóvenes nacionalistas armando barullo u ostentando corbatas nacionales. Ni ciudadanos medios con sombrero hongo y "serviette" al brazo. Tardaron en presentarme la cuenta —la " adición"—, no sé si por retenerme o porque adivinaban mi ninguna prisa. Allí se vive al paso. Creí reconocer en uno de los sosegados parroquianos a mi don Sandalio el ajedrecista, de que he contado —"nivolescamente"— la vida en mi *San Manuel Bueno, mártir, y tres*

historias más. Contemplando a aquellos hombres, que, a diferencia de los de otros lugares parisienses, no me espiaban ni parecían darse cuenta de mí, dolido de ciertas miradas cuando iba por bulevares, calles y plazuelas de escudriñador de caras, contemplándolos me dije: "Estos son lo secular, lo inconmovible de Francia, de la Francia francesa, provinciana, aldeana, terruñera; éstos, los arrugados, los árboles del bosque humano que fue druídico." Mas luego al cruzar, de vuelta a España, la tierna, mollar y verde llanada de la "dulce" Francia y contemplar sus arboledas las vi empenachadas de muérdago, del "gui" druídico. Y me dije que aquellos hombres de Francia francesa, los del café de Chartres, de París, eran el muérdago, verde y recio, prendido a los árboles arraigados en el patrio suelo secular.

Lanzadera de martillo de agua

Ahora (Madrid), 17 de mayo de 1935

Nada, nada; no cabrá aguante para el martillo de agua —topetazos en vacío— de la oratoria política pre-electoral, cuya brega irá a reanudarse. Su táctica, la de siempre, la tradicional —jamás anticuada—: la de querer cada partido hacer creer que tiene una fuerza de que carece, manera —lo creen así por lo menos— de llegar a tenerla. Que las batallas se ganan más con los boletines que con los cañones. Y haciendo juegos estadísticos cuantitativos. Como si los votos se contaran y no se pesaran. Todo lo cual, aunque es consabido, se aparenta ignorar por los partidarios. Y luego viene lo del salto en las tinieblas. Peor en el vacío. Y más peor la marcha en el vacío, la de los del martillo de agua, con que empapizan de vaciedades a sus huestes unos y otros. Sin que el amor a España les ponga acial en los labios pecadores. Que no es el suyo el modo de hacer lo que se suele llamar opinión pública. Quisicosa, por lo demás, no poco intrincada y confusa.

Se habla con frecuencia en el guirigay mitinesco de ese camelo del espíritu republicano del 14 de abril de 1931. ¿Espíritu? ¿Alma? El que esto os dice acabó, hace ya cerca de veinticinco años, un soneto con este endecasílabo: "y es el fin de la vida hacerse un alma" . Que un hombre —y como él, un pueblo— empieza a vivir sin ella, sin conciencia, y a las veces acaba por cobrarla. En cuanto al cuerpo —en lo social, llamado corporación—, la República, la del 14 de abril, la apodada auténtica, empezó, como el impuesto en Roma, por no existir, según la expresión de un ingenuo profesor coimbrano de Hacienda pública. Lo mismo la del 11 de febrero de 1873, traída por los monárquicos sin monarca de Amadeo de Saboya, los que prepararon la restauración de Alfonso XII, según veremos comentando el último instructivo libro del conde de Romanones. Que no la trajeron republicanos, sino que la echaron luego a pique en Cartagena. Y es que junto a eso que dan ahora en llamar republicanos auténticos —esenciales o sustanciales— ha habido siempre los interinos, provisionales o probones. (Este último es un término taurino, que, como acabo de aprenderlo —y no en ningún tratado jesuítico de psicología del toro de

lidia—, quiero lucirlo. Toro probón es el incierto, el que prueba y tantea antes de acometer.) Los otros, los de toda la vida, los nacidos ya con su conciencia republicanizada, son dogmáticos y disciplinados, o sea inconcientes. Nada les carga más que lo que llaman indisciplina. O paradoja. La heterodoxia, la herejía, el libre examen individual, la conciencia en fin. La que resiste y rechaza los topetazos del martillo de agua mitinesco.

Y luego viene la Constitución, la del 9 de diciembre de 1931, que a los auténticos, ortodoxos, dogmáticos, esenciales y sustanciales se lea antoja intocable. Y es, sin embargo, en realidad, histórica —no sociológica— una Constitución como cualquier otra: hipotética. O supuesta. (Y aquí otro paréntesis, y es que, cumpliendo mi oficio, digo que "tético" es puesto; antitético, contrapuesto; sintético, compuesto; e hipotético, supuesto.) Y todo lo supuesto, interino y provisional. ¿Juegos de palabras? ¿Enredos lingüísticos? Más los de los auténticos. Con la agravante de que ellos no tienen conciencia del juego —y aun…— y yo, sí. Cuitados que llegan a creerse lo que dicen, aunque no digan lo que creen. Si creen algo. Pían por convencerse, a lo mejor, de su programa y se revuelven contra los que nos salimos de sus hormas o no queremos meternos en ellas.

Sin conocimiento de la urdimbre de la historia política nacional, los hilos que vienen desde siglos, las razas del tejido público, se ponen con su martillo de agua, a modo de lanzadera, a querer tramar la tela, a tejerla y destejerla. Lo mismo los de izquierda y trasizquierda que los de derecha y trasderecha. monárquicos, republicanos, comunistas, fajistas, todos los dogmáticos, o séase auténticos. Daría risa si no diera lástima el aire de convicción —¿real?—con que hablan de cambio de espíritu público, de reacción en uno u otro sentido. Y eso que operan con lanzadera de viejo telar a mano y no con "selfatina" —que así se la llama en las fábricas— de nuevo telar mecánico. Pero trajinan sin tiento. Y por lo que hace a los sedicentes tradicionalistas, a los que se las echan de los solos auténticos patriotas cuando nos aturden los oídos con sentencias de traspasados hacedores de la Patria, pensamos que verga de toro muerto no padrea y que a vergajazos —ni aun orales— nada vivo se engendra.

Cuando al preguntárseme si estoy en el centro o en alguno de los extremos del diámetro —así conciben la línea estática política—, les digo que no estoy, sino me muevo en la circunferencia que ciñe al centro y a los extremos —les hago gracia de representarles el caso en volumen o esfera y no en plano o circulo—, se me vienen con que no me entienden o con que eso no es sino oportunismo. Modo de salirse ellos del paso sin decir cosa ni de esencia ni de sustancia verdaderas y echar mano de talismanes y amuletos. ¡Claro!, ellos ni se contradicen ni pueden contradecirse, ya que nada se dicen. Y así, por no sentir el juego dialéctico y fecundo de las contradicciones, raíz y sostén de la conciencia viva, esta nuestra guerra civil, resorte de adelanto, deja de ser civilizada para hacerse bárbara. Choque de dogmas contrarios que no se compenetran. Pues ¿qué es eso —dicen— de que el adversario no se defina auténticamente o no condene o acate sin rodeos este o el otro dogma político o este o el otro suceso?

¡Ay, Dios de mi España!, ya que, por ley natural, no me quedan muchos años de ella, de mi tierra; mas aunque me doblaras la vida no lograría hacer entrar este sentido dialéctico —histórico— de la historia, este juego fecundo de las contradicciones, en esas almas de cántaro. Con el vacío por conciencia. Aunque marchan por él, temen saltar en él, por encima de sus propias sombras.

Sigan, pues —¿qué le vamos a hacer?— con su lanzadera de martillo de agua, arreciando martillazos en el vacío del espíritu público político. Enfurtiendo su jerga —estaría acaso mejor jergón— constitucional, esencial, sustancial y auténtica. Que ya escampará al cabo. Y con que se quede el campo a la buena de Dios y oliendo a tierra…

Intermedio lingüístico. Atender y entender

Ahora (Madrid), 22 de mayo de 1935

No hace mucho tiempo publiqué aquí mismo un artículo sobre la importancia de enseñar a leer en voz alta, con los oídos y no sólo con los ojos, a los jóvenes españoles. El artículo fue muy comentado —me consta— y se reprodujo en algunos periódicos americanos. Y hoy tengo que volver sobre uno de mis temas análogos favoritos, y es el de que la gente se oiga cuando habla, se entere de cómo suele decir las cosas, que con frecuencia no se da cuenta de ello. Y no para que se corrija, no, sino para que tenga conciencia —que es más que conocimiento— de su propia habla. Pues estoy harto de observar cómo a muchos les parece oscuro o enrevesado un giro que es el que espontáneamente emplean ellos mismos cuando no se violentan esforzándose por hablar lengua escrita. Y no me refiero principalmente al uso de ciertos vocablos o acepciones corrientes de ellos, sino a modos de construcción.

En cuanto a lo de vocablos y sentidos de ellos, sigo recibiendo consultas, las más de las cuales se refieren a usos regionales, comarcales o locales de un término cualquiera. Y tengo que repetirles siempre lo mismo, y es que cuando una expresión es aceptada en un lugar cualquiera es dialectal —esto es, conversacional— de su habla; es en ese lugar perfectamente sana. Vaya un ejemplo. Hace poco un joven de Santa Cruz de Almería me preguntaba si está bien dicho "hablar callando", como, según él, se dice y es corriente en toda aquella provincia. Y fuera de ella, agrego yo. Para ese curioso joven la tal expresión es paradójica —¡ya salió aquello!—, pues supone que callar es lo contrario de hablar, es dejar de hablar —como el latín "tacere" y el francés "taire"—, cuando originariamente es bajar la voz. Un sentido análogo al que suele tomar, a las veces, el verbo "callar". Se dice también, verbigracia: "Me lo dijo muy callandito". (¡Estos tan expresivos diminutivos de gerundios!) Bajar la voz, callarla, es lo contrario de alzarla. Aunque luego haya sustituido callar a silenciar. Callandito es como, según la Escritura, nos llega Dios, y no tronando; como un susurro ("sibilus", según la Vulgata). Y así se viene la muerte… "¡tan callando!", dice la copla inmortal. No en silencio, no, sino susurrándonos al oído como soplo que se apaga. Y en cuanto a que la expresión "hablar callando" sea paradójica, ¡bueno!; ¿es que no es paradójico el lenguaje vivo o hablado todo? Si al habla popular, convencional, dialéctica, se le quitan las paradojas, las parábolas y los contrasentidos, ¿qué le queda de vivo? Casi todo lo demás es mera letra, que mata, y no espíritu, que vivifica.

Y no más ejemplos de ello, pues no era de vocabulario, de léxico, de lo que me proponía hablar ahora

aquí, sino de lo que se llama sintaxis, de construcción, de ordenamiento vivo de palabras. De régimen, en fin. Que no deja de parecerse a lo que se llama régimen en política. Y hay el régimen popular del habla, su constitución —¡vaya otra!— no escrita, sino íntima y de costumbre. He oído de un alemán que escribió un tratado de Derecho político consuetudinario español no ateniéndose a lo legislado, sino a lo que se hace, pongamos por caso, en elecciones. Y conocí un teólogo luterano escandinavo que estaba recogiendo datos para escribir un catecismo de la doctrina cristiana popular española, no según los dogmas de la teología católica, sino según lo que el pueblo cree. Y algo así podría hacerse con la sintaxis —y desde luego con la estilística— castellana si en vez de sacarla de la lengua escrita, la convencional de las gramáticas —esclava de cierta lógica—, se la sacara de conversaciones de gentes de pueblo, tomadas a fonógrafo. No a taquigrafía, no, que engaña. Entonces mucha gente se daría cuenta de cómo se habla corrientemente, ya que parece que muchos no se oyen hablar. Y, sin embargo, se entienden perfectamente. Párrafos que en viéndolos escritos declaran muchos que son ambiguos, confusos o acaso ininteligibles, resultan claros cuando uno acierta a pronunciarlos y entonarlos al pelo.

Ello depende de una cierta lógica o racionalidad, generalmente abstracta, que ha venido a perturbar la expresión inmediata y espontánea del sentimiento. Y que da una sintaxis forense, escolástica o parlamentaria, una sintaxis de discurso. Cuando el pueblo conversa, pero rara vez discursea. Y conversa, por supuesto, en lengua hablada. Y hay que ver cuando se pone un hombre de pueblo a conversar por escrito, a escribir una carta, no teniendo presente a la persona a que se dirige, los apuros en que se ve y las violencias que le hace sufrir su habla natural. Escribe en estilo de memorialista y con esas lamentables fórmulas escriturarias o escribanescas. Que acaban por ahogar el pensamiento natural.

Son dos lenguajes. Y en uno de ellos, escrito, esos correctos escritores uniformados que escriben —no hablan— a paso de ganso. O a pluma de ganso, ya que no hablen por boca de ganso. Me recuerdan a esos pobres coleópteros que no tienen más que élitros; ésas que no son alas; pues con ellas no vuelan, a diferencia de otros coleópteros —tal como el abejorro, llamado en Bilbao “cochorro”, en Santander “jorge”, en Asturias “vacallarín”, etc.— que, levantando los élitros, despliegan las verdaderas alas, las de volar, y vuelan Con los élitros de la lengua gramatical escrita, correcta, lógica, con esa especie de coraza, difícil es volar.

Y ahora quisiera decir algo de aquel pedantesco Erasmo, el latinista —no sé por qué se cree esto sinónimo de humanista—, que no se sabe que dejara escrito nada en su lengua maternal holandesa, a diferencia de Lutero y de Calvino, que debajo de los élitros escolásticos o clasicistas llevaban las alas de sus lenguas nativas, ya que fueron recreadores de sus sendas hablas maternales, el uno en francés, el otro en alemán. Verdaderamente reformadores. Y el otro, el cazurro, cuco y roñoso Erasmo, jamás supo volar. Que no era muy hacedero sino en lengua vulgar. En “román paladino”, que dijo uno de los nuestros, romance de humanidad.

Mas como hay tanta tela cortada para todo esto, voy a dejarlo por hoy, prometiendo volver a ello al lector que no sólo no oye lo que lee, sino que no lo entiende por no oírlo. Pues sólo entiende el que oye y no el que sólo ve. Y hay que enseñar a la gente a oír para que aprenda (a) atender. De mis

observaciones al respecto he sacado en limpio que generalmente pasan por muy claros y correctos los escritores que no dicen ni se dicen nada y que, por no decirse, no se contradicen nunca, los que le recitan mecánicamente al lector lo que éste lleva escrito —no hablado— en la mollera, el disco. ¡Y hay que ver los entendimientos de rata de biblioteca, mohosos, apolillados y amoscados por falta de oreo de calle y de campo!

Y se continuará por

Miguel de Unamuno.

Comentarios quevedianos.—I. “Pero, en fin, se vive”

Ahora (Madrid), 29 de mayo de 1935

Otra vuelta a Quevedo, ahora que se anda a tantas con Lope de Vega, que es el de turno. ¡Y qué dos mundos los suyos y ellos mismos! ¿Dos? Y hay los de Góngora, y Cervantes, y Santa Teresa, y fray Luis de León, y… y… Y todo un mundo solo. ¡Y aquella España de Quevedo, de Felipe IV, a lo que se le dice decadencia —concepto histórico bastante huero de sentido—; aquella España que crecía, como los agujeros, por sustracción —es metáfora quevediana— y cuyo más profundo y lóbrego y asqueroso hondón, su sentina, exploró aquel hombre como exploró las entrañas de su lenguaje! ¡Aquella España, comida de hambre y de envidia, hermanas mellizas! Vamos a entrar en esos hondones, de mano de Quevedo. ¿Un pesimista? ¿Y qué es esto?

Tomemos primero *La vida del Buscón llamado don Pablos*. Pasemos ahora por alto todo lo del dómine Cabra, el de Segovia, feroz caricatura que se pasa de la raya. A trechos estas caricaturas quevedianas recuerdan los caprichos de Coya, unos dos siglos después. (Como, por otra parte, Cervantes y Velázquez se emparejan.) Pasemos ahora por alto eso y lleguemos a cuando Pablos va a dar a casa de su tío Alonso Ramplón, el verdugo. “Verdugo era, si va a decir la verdad, pero un águila en el oficio.” ¡Y qué aguileña mirada clava en él Quevedo! El verdugo era una de sus obsesiones. Y otra el rey, Felipe IV, a quien servía Ramplón. Quien en una carta a su sobrino Pablos le dice “que si algo tiene malo el servir al rey, es el trabajo, aunque le desquita con esta negra honrilla de ser sus criados”. Y el más rendido criado, el verdugo. Le cuenta a su sobrino cómo ahorcó al padre de éste y cuñado de él. ¡Y aquellas ejecuciones montando el ejecutor sobre el cuello del ejecutado —“jinete de gaznates”— para rematarlos! El tío acaba su carta diciéndole al sobrino: “Vista ésta, os podréis venir aquí, que con lo que vos sabéis de latín y retórica seréis singular en el arte de verdugo.” Llega Pablos a casa de su tío el verdugo de Segovia y síguese aquella ferocísima escena de la comilona —y borrachera— entre pícaros, después de echar la bendición el tío, el verdugo, y comieron carne de ahorcados. Ahorcados sin efusión de sangre, añadamos. “Dijeron su responso todos, con su requiem aeternam, por el ánima del difunto

cuyas eran aquellas carnes". Que el verdugo y sus compinches eran buenos cristianos y servidores del rey. Mas el pobre Pablos, sufriendo el canibalismo, decidió huir de casa de su tío Ramplón, el verdugo, y le dirigió una carta de despedida que acaba así: "No pregunte por mí, que me importa negar la sangre que tenemos. ¡Sirva al rey y adiós!" ¡Qué certero y qué empozoñado saetazo, no de Pablos, sino de Quevedo mismo, y no al verdugo, sino al rey a que sirve, a cualquier rey de verdugos! "¡Sirva al rey!" Consabido es lo que quería decir servir al rey. A Flandes fue el gran duque de Alba a servir de verdugo de herejes para su rey. Del gran duque de Osuna, a que sirvió Quevedo, ya tendremos ocasión de hablar. Y más de verdugos servidores de reyes. Por ahora dejémoslo aquí.

Huido Pablos de casa de Alonso Ramplón y camino de Madrid, topa con un pobre hidalgo que se pone a contarle sus miserias. Y tantas y tales son que por boca de Pablos dice Quevedo: "Confieso que, aunque iban mezcladas con risas, las calamidades del dicho hidalgo me enternecieron." ¿Enternecerse Quevedo? ¡Pues claro que sí! Y compadecerse. De los demás y de sí mismo. Ternura y compasión mezcladas con risa, con aquella terrible risa quevediana que destila lágrimas de sangre y de fuego, de aquella sangre que le importaba negar a Pablos. ¿No es acaso Quevedo mismo el que dice en un romance, poniéndolo en boca de Fabio, aquello de: "Parióme adrede mi madre; / ¡ojalá no me pariera!" ¿Es que Quevedo aborrecía la vida y sus miserias? La aborrecía y la amaba. Era, como Job, un hombre de contradicción, que reía y lloraba, afirmaba y negaba a la vez. Sigamos. El pobre hidalgo de quien Pablos —Quevedo— se enterneció, acabó el relato de sus miserias con estas preñadas palabras: "Pero, en fin, se vive, y el que se sabe bandear es rey, con poco que tenga."

"¡Pero, en fin, se vive!", se diría Quevedo mismo para consolarse de sus propias miserias, a la vez que se burlaba de ellas. Y el vivir de Quevedo era burlarse y dolerse y condolerse. De todos y de sí mismo. Y uno de sus consuelos, hurgar y zahondar en las entrañas del romance castellano —en romances muchas veces— y entregarse al peligroso juego de jugar con las palabras y con los conceptos. ¿No hemos quedado en que Quevedo es el dechado de los conceptistas? El habló —y en *La vida del Buscón* precisamente— de "los hombres condenados a perpetuo concepto, despedazadores de vocablos y volteadores de razones". ¡Condenados! Él también condenado a perpetuo concepto, a despedazar vocablos y voltear razones. ¿Condenado? Con esa condena vivía, pues, en fin, se vive, y con ello, con esas miserias, trataba de olvidar la mayor miseria. ¿Cuál es?

En *La cuna y la sepultura, para el conocimiento propio y desengaño de las cosas ajenas*, la más entrañable acaso de las obras ascéticas de Quevedo dice —y para siempre— esto: "Vuelve los ojos, si piensas que eres algo, a lo que eras antes de nacer y hallarás que no eras, que es la última miseria." ¿Última en orden de grado o de tiempo? Para hallar una sentencia así, tan desgarradora, hay que acudir a Miguel de Molinos, nacido cinco años antes de la muerte de Quevedo; a aquel sacerdote aragonés, italianizado, fundador de lo que se ha llamado quietismo —y yo, "nadismo"—, que tanto influyó en los quietistas franceses y en Fenelon, o, mucho antes de él, en San Juan de la Cruz —muerto cuando Quevedo tenía once años— y que, mal que pesara a don Marcelino, tanto parentesco espiritual tiene con Molinos. Es algo que se destaca o, mejor, que se sumerge en aquel mundo de supuesta decadencia. Es una nota digna de Obermanoz, el abismático.

Y para acabar, por ahora, con esto, recordaremos aquellas últimas palabras de Quevedo, en los renglones que dictó, "afligido y flaco sumamente de disentería", para don Francisco de Oviedo, desde Villanueva de los Infantes, a 5 de septiembre de 1645, tres días antes de morirse. Y dicen entre ellos: "Perdone vuesa merced que no discurra en cosas de las guerras ni de las paces; que pareciera ociosidad ajena del peligro en que me hallo. Dios me ayude y me mire en la cara de Jesucristo…" El padre espiritual del Buscón y de tantos otros torturados espíritus, el que distrajo el pensamiento de la última miseria, burlándose de todos y de todos enterneciéndose y discurriendo de cosas de guerra y de paz, ¿sentiría en aquellos últimos días, a pesar de la cara de Jesucristo, la sumersión en la última miseria? ¿En no ser? ¡Quién sabe…! El burlón de España, el de "en fin, se vive", ¿pensaría que esto equivale a "en fin, se muere"?

Manganza y demás

Ahora (Madrid), 7 de junio de 1935

He vuelto, al cabo de tiempo, que parece más largo que fue, a pisar los carrejos y pasillos y la cantina y el salón de conferencias —pero no la sala— del Congreso de los Diputados de nuestra República española. Me asomé y arrimé a sus tertulias, de que sentía una cierta morriña, sin duda malsana. ¿A qué iba yo ahora allá? ¿A qué volver a escarbar recuerdos? ¿Qué me llevaba a qué? ¿Acaso buscando asuntos para estos aquí desahogos? Más bien a cultivar este mi jardín y, sobre todo, a regar las metáforas y paradojas de sus arriates. Eso que llama así: metáforas y paradojas el vulgo ilustrado y a que el pueblo llama comparanzas y salidas. ¡Le hace tanta falta a mi ánimo, para poder respirar en este bochorno —nuncio tal vez de tempestad—, aspirar el aliento de comparanzas y salidas, de metáforas y paradojas; poder comparar y así mejor comprender y poder salirse de la corriente central! Que no son otra cosa las salidas —de los que las tenemos— sino un escape de esa terrible corriente que arrastra a los más. Eso que llaman sentido común, padre de los lugares comunes, que ahoga todo sentido propio, padre de las salidas.

Y allí, en aquellos pasillos, y en aquella cantina, y en aquel salón de —digámoslo a la francesa— pasos perdidos —¡y tan perdidos!— oí a uno hablar de tedio. Tedio, hastío. ¡Hastío cuando parece —al parecer, de los mítines de partidos— que las pasiones políticas están en hervor…! Figuraciones. Y luego, en el hondón, cansancio. ¡Cansa tanto el no poder hacer nada de provecho! ¡ Y cansa tanto el holgazanear! Hay que descansar de la holganza. Holganza que se reduce a manganza. Manganza del paro de este gran convento —esto es, asilo— de mangantes que somos España. Mangante —ya se lo figurará el lector, el mío— vale por mendicante. Y hay alguna diferencia de mendicante, fraile o no, a mendigo. La manganza es la mendicancia organizada. ¡Organización sobre todo! ¿Es que no se trata acaso de organizar el paro, de repartirlo y distribuirlo mejor? No el trabajo, sino el paro, la huelga.

Organizar la manganza. Y nadie se escandalice, pues cuando sobra gente… Todos a media ración antes que unos a ración entera y otros sin ella. Reparto de pobreza. Y nada ya de parados temporeros, sino todos de plantilla.

"Una cosa es predicar y otra dar trigo", oí al pasar junto a una tertulia de aquellas, una peña de políticos en paro. "Claro —le dije al que me acompañaba entonces—, como que quien predica es para cobrar, no para, pagar trigo." "Y usted —me interpeló el acompañante ¿no predica ya en este sentido político? ¿No toma parte en mítines?" "¿Para qué? —le repliqué—. ¡Es tan desairado el ir a pedir la extremaunción, el ir a hacer de agonizante!" Y entonces le saltó la consabida expresión, el terrible lugar común, que ahorra de tener que pensar, la fatídica antiparadoja, lo de: "¡derrotista!" ¡Lamentable consigna! Derrotista se llama ahora al que encara la verdad a los demás. Y me confirmé y corroboré una vez más en aquella vieja sentencia —una de mis favoritas— de que el mundo quiere ser engañado: "mundus vult decipi". Y, sin embargo, ¡qué fuerza casi sobrehumana, casi divina, le da a un hombre y a un pueblo el ir derecho y con las sienes erguidas a la derrota, cuando la derrota es un deber de expiación! ¡Qué temple de ánimo da el desengaño! El desengaño activo, no el pasivo. Aunque muchos de los llamados pasivos suelen ser de los más activos.

He estado pensando —mejor, cavilando— en eso del tedio o hastío, en relación con el paro y con la manganza. Y lo del hastío me ha hecho fijarme en el bostezo y, por el hilo de mis sugestiones lingüísticas —es la lengua la que en mí piensa—, en el caos. Pues caos —lo he dicho ya por escrito otras veces— no quiere decir originariamente sino bostezo. Y los hay catastróficos, como cuando la tierra bosteza en terremoto. Y en el caos espiritual humano, más que la catástrofe, la revolución, lo íntimo es el bostezo y su vacío. Cosa grave el desperezarse de un pueblo. Que coincide con su desesperarse.

Se dice que cuando vuelven de sus mítines los de derecha y los de izquierda les saludan, al paso por los villorrios, lugares y aun aldeas, mozos en paro, los unos levantando el brazo con la mano abierta y los otros levantándolo con la mano cerrada, a que, según el dicho, le llamaba puño Pero Grullo. Levantan brazos que para el trabajo están forzosamente caídos. Pues se está dando ya el caso de que los más de los mozos que entran en filas —a servir a la República ahora— entran en ellas sin haber estado colocados en trabajo regular alguno. Y ese ademán de alzar el brazo, con mano abierta o cerrada, es también un ademán de desperezo, de hastío, un ademán caótico.

¿Remediar el paro? Todo se quedará en aumentar las plazas del convento asilo que somos España hoy, en aumentar el ejército civil de los mangantes o mendigos regulares y no ya sólo seculares. Mendicantes de Estado como los de antaño lo eran de Iglesia. ¿Y no convendría acaso que estos mendicantes de Estado hiciesen también, como los otros hacían, votos de pobreza, de castidad y de obediencia?

Cuando salí de aquella casa, de sus pasillos y carrejos, de su cantina, de su salón y aledaños; cuando salí con el ánimo más acongojado que entré con él, iba a reanudarse allí dentro, en la sala de sesiones, la discusión del proyecto de ley llamada de Prensa —mejor, ley prensa— y su forcejeo de reñidero de gallos y pollos. No quise oír ecos ni de campanillazos ni de cacareos. Salí al sol de la calle. Y luego,

recogido aquí, en un cuarto de hotel, me he puesto a hilvanar estas vagas divagaciones, en que nada es nuevo, ni el hilván siquiera. A regar las comparanzas y las salidas de mi jardín periódico. Que es, después de todo, un consuelo. Y a pensar que el hastío, hijo de cansancio, de que allí se me habló se respira también fuera de allí. Y que en las entrañas de ciertas muchedumbrosas manifestaciones políticas apenas hay sino desperezo de hastío. Ansia de matar el hastioso tiempo y su cansancio.

¿Derrotismo? ¡Bah! Mi mayor cuidado es darme cuenta de la historia que nos ciñe, envuelve y aprieta. Y sin remontarme a Recaredo. Tarea de seguir, que es recomenzar de continuo; arrastre que se hace por arranques seguidos. Contemplar la tradición que pasa y que es la que se queda.

Comentarios quevedianos.—II "Invidiados y invidiosos"

Ahora (Madrid), 15 de junio de 1935

El más hondo sondaje que se haya hecho en España de la envidia hispánica —o ibérica—, virtud tanto como vicio y resorte de tantas hazañas, buenas y malas, lo hizo nuestro gran Quevedo en su *Virtud militante contra las cuatro pestes del mundo: invidia, ingratitud, soberbia, avaricia*. Y al hablar de la primera peste —en orden de tiempo y de valor— que es la envidia, empieza así: "Escribo de las cuatro pestes del mundo, no como médico, sino como enfermo que las ha padecido. Temo (en esto, por lo menos, acierto) que antes me temerán por el contagio, que me estimarán por la doctrina." ¡Soberbio exordio y confesión soberbia!

Mete luego su lanceta en el tumor de esa peste luzbeliana —la tan mentada soberbia de Luzbel fue, como todas las soberbias, envidia— y dice aquello de: "El hombre, o ha de ser invidioso o invidiado, y los más son invidiados y invidiosos, y al que no fuera invidioso, cuando no tenga otra cosa que le invidien, le invidiarán el no serlo. Quien no quiere ser invidiado no quiere ser hombre, y quien es invidioso no merece serlo." ¿Y qué hombre lo merece?, digo yo. "Los que más se quejan porque los invidian son los que siempre están haciendo porque los invidien", añade. Y luego: "Muchos hombres hay invidiados de otros, y muchos que invidian a otros, y muchos más que se invidian a sí mismos. Parece esta invidia nuevamente hallada y es la más antigua." Lo sabían San Pablo y Séneca, dos de los maestros de Quevedo.

Dejo para otra ocasión el zahondar en esta abismática doctrina quevediana, que explica la llamada decadencia española de su tiempo —primera mitad del siglo XVII— con sus altezas y bajezas —virtud y vicio—, y explica a la vez la desgana, el desapego y el anonadamiento de ascetas y místicos, desde el fray Luis, que quería vivir —¿vivir eso?— ni envidiado ni envidioso, hasta el quietismo, después, de Molinos. Y por ahora voy a recoger una alusión que me dirigió mi Gregorio Marañón en su contestación al discurso que ante la Academia Española leyó Baroja el 12 de mayo de este año.

En su discurso empezó Marañón por ensañarse con ese "pequeño monstruo —son sus palabras—, anónimo y temible, que es el hombre del café". Quiere distinguirlo del hombre de la calle o de la plazuela. Parece ser el hombre de corrillo, de cotarro o de tertulia. Habla luego Marañón de mi prurito, no de contradicción, sino de contrapelo, que tanto ha contribuido a mantener despierta la conciencia nacional, pero que a veces la enturbia (quizá para que luego se aclare más), y dice que he dado el espaldarazo de mi elogio a este hombre del café. "Es difícil saber la razón", añade. ¿Difícil? El mismo Marañón es quien la da al decir que se me deben a mí "las páginas más profundas sobre la pasión del resentimiento, morbo insinuante y letal de la vida española". ¡Letal y… vital! Y agrega que tanto Baroja como yo sabemos bien que "el hombre del café es, entre otras cosas, manantial inagotable de resentimiento". Y el resentimiento —digo yo—, manantial inagotable de rebeldía, y la rebeldía manantial inagotable de la más alta conciencia espiritual. "El hombre de la calle hace la historia —añade—, y el del café, fundamentalmente antihistórico, la envenena." ¿Qué es esto? Y la historia, como el progreso, como la civilización, ¿no son acaso veneno? Aquí de la doctrina del pecado original, "¡feliz culpa!", que canta la Iglesia Romana.

Mi elogio del hombre del café arranca de que este hombre, el descontentadizo, el resentido —de sí mismo antes que nada—, es el envidioso consciente de su envidia y de su envidiosidad —que no son precisamente lo mismo—; es el hombre en lucha consigo mismo; es el hombre que se sintieron San Pablo, San Agustín, Calvino, Pascal y tantos otros genios de la íntima contradicción humana. La razón por la que he afirmado que el hombre del café es el que forja nuestra cultura —así como suena—, nuestro cultivo de lo hondamente humano —¡qué bien lo sabía Nietzsche!—, es que ese hombre siente su propia miseria y que ésta hace su grandeza. La razón es que, como Quevedo, escribo de esa peste del mundo, no como médico, sino como enfermo. Y voy más allá, y es afirmar que médico que escriba de esa o de otra peste no más que como tal, y no como enfermo, no nos dirá sobre ella nada de provecho. Marañón conoce mi novela quirúrgica *Abel Sánchez*, y puedo asegurarle que ensayé en mí mismo la pluma-lanceta con que la escribí. Y dejo el disertar si hay una envidia, una soberbia, una lujuria, una gula, una pereza, una avaricia… fisiológicas y otras patológicas. ¿No es patológica también la fisiología en cuanto entra en ésta la conciencia? ¿No es la vida misma una enfermedad acaso? El haberlo reconocido así hizo la grandeza de la llamada decadencia española, de aquel nuestro osar demasiado, que dijo Nietzsche, también luzbeliano, también cainita. ¡Qué envidia más trágica y más grandiosa le tuvo al Cristo! Y se tuvo a sí mismo.

¡Ay, amigo Marañón!; ante esta vida enferma, ante esta enfermedad que es nuestra vida, hay quien se entrega febrilmente a la tarea de entibar y estribar y a la vez estibar su decadente esperanza —esperanza desesperada— en otra vida pura, y la fiebre le llega de los huesos del alma —que los de ésta (pues tiene huesos) sufren calenturas y hasta con ellas se queman—, y a ellos la calentura les llega del tuétano, que es más que entraña y donde está esa peste vital. ¿Pesimismo? Bien, ¿y qué? Porque aquello de "hay que…", "no hay que…" Ya volveremos, y a través de Quevedo, a esto. Mas antes de volver a ello tengo que decir que en el mismo discurso que aquí comento se refiere Marañón a juicios de Cajal en uno de sus libros, "el desdichadamente titulado *Charlas de Café*", dice. ¿Desdichadamente? ¿Y por qué? Pero si son eso: ¡charlas de café! ¡Si Cajal llevó siempre dentro de sí a un hombre de café, al

que no logró, afortunadamente, ahogar la investigación histológica! “Tuvo las mismas amarguras que sus contemporáneos —dice Marañón— y abominó como ellos de toda la historia pasada, hecha de optimismos inconscientes.” ¿Y no será acaso inconsciente todo optimismo?

En resolución, que hay que hacer lo de Quevedo: escribir de la envidia como enfermo que la padece, sin importársele a uno que antes le teman por el contagio que le estimen por la doctrina. Y mirarse uno en el espejo de los demás, y cuando se crea envidiado escarbarse la propia conciencia. Y compadecerse de sí mismo y a sí mismo envidiarse.

¡Qué tragedia la de nuestro Quevedo!

Junto al Cabo de la Roca

Ahora (Madrid), 21 de junio de 1935

Hace unos dias, a primeros de este mes de junio, salí de mi España a respirarla fuera de ella, de su bochorno, y a sentirla desde fuera. Me vine a este extremo mar Atlántico occidental. Dejé que ahí se discutiera el presupuesto, el remedio al paro de trabajo y la ley de Prensa que sólo al llegar acá ha empezado a interesarme de veras. Salí hacia este Portugal al que tanto mi espíritu debe, a renovar viejas impresiones de sosiego en la congoja. Volvía acá al cabo de veintiún años —¡y qué años!— de ausencia. Pues estaba yo aquí, en Portugal, en agosto de 1914, cuando estalló la gran guerra mundial que tanto ha cambiado a los pueblos todos y no menos que a otros al portugués. ¡Qué días aquéllos, en Figueira da Foz, cuando devorábamos los diarios en busca de noticias! ¡Qué días de vaticinios!

No hice sino entrar ahora de nuevo en el seno de este pueblo que tanto me ha dado que soñar cuando en la frontera, en Marvão, al pasar la aduana, nos requisaban los periódicos por si traíamos algunos de los registrados en el índice de la Inquisición de Estado portuguesa. Se me decayó el ánimo. Recordé aquellos inhumanos casos, ahí en mi patria, de que hubiera podido uno ser detenido, y hasta encarcelado, por recibir y leer —en silencio— tales o cuales hojas, muchas de ellas clandestinas. Aquellos ataques a le entereza espiritual de un hombre libre. ¡Defensa del Estado! ¡Defensa de la República! ¡Defensa de la Monarquía! ¡Ay del Estado —monarquía o república— que juzga tener que defenderse ofendiendo a la humanidad de tal manera! Y recordé cuando tuve que hacer que se me echara de mi hogar y se me confinara en una isla atlántica y luego tuve que desterrarme de mi España para no someterme a callar mis quejas y mis protestas. La Dictadura primo-riverana no fue violenta ni sanguinaria, pero fue ininteligente; mezquina y estúpida, que es una manera de crueldad solapada. Ahogaba el libre examen del protestantismo civil, de la heterodoxia de Estado. ¿Pero es que ningún poder público inteligente puede juzgar que conduce a nada digno el que un pueblo no se entere de lo que pasa y de lo que se piensa fuera de él y de lo mismo que en él pasa y se piensa en silencio y ello por

informes de fuera? ¡Triste guerra a la inteligencia esta ortodoxia civil de Estado! Mejida a las veces a la ortodoxia religiosa, o mejor eclesiástica, que no es igual.

Y aquí estoy, en este pueblo, en que aprendí a querer, a admirar y a compadecer, oyendo quejas de los que tienen que ahogar sus protestas, de los protestantes civiles y laicos. ¡Y hasta se decreta la alegría oficial patriótica! Patriotismo oficial. Se persigue como sospechoso al que recibe ciertos libros del extranjero. La terrible sospechosidad inquisitorial.

Aquí, un poco al norte de este risueño, verde y soleado Estoril, donde se aíslan los turistas, se alza frente al cielo y a la mar, el camoniano (de Camoens) cabo de la Roca, extremo cabo occidental de Europa, avanzada sobre América. Al contemplarlo en una puesta de sol se me vino a las mientes aquella "Caída del Occidente" —Untergang des Abendlandes— del pobre Spengler. Y pensaba en estos pobres pueblos europeos… ¿Europeos? Unos semi-asiáticos o semi-africanos, otros asiáticos o africanos, o ambas cosas a la vez. Pensaba en estos pobres pueblos europeos en que a la libertad se opone la independencia. A la libertad individual la supuesta independencia colectiva. Para poder ser nacional de esta o de aquella nacionalidad —rusa, italiana, alemana, portuguesa… lo que sea— hay que dejar de ser hombre entero y verdadero. ¿Es que no se dice por muchos en España que formamos la Anti-España los hombres enteros de ella? ¡Desdichadas naciones faraónicas en que el Estado se enriquece empobreciendo y esclavizando al pueblo, en que éste agoniza de hambre y de hastío entretenidos para poder levantar pirámides de gloria! Y quien dice pirámides dice fábricas, estadios, astilleros, cuarteles… Se muere el pueblo al pie de un monumento a su gloria. ¿Suya? La armadura del Estado se reduce a armatoste. Donde se ahoga la verdadera universalidad que es la individualidad. Sacrifícase la intelectualidad indómita a la domada animalidad doméstica. A la triste resignación.

Lo principal parece ser equilibrar el presupuesto, no sólo el de ingresos y gastos de la Hacienda pública repartiendo la pobreza, sino el presupuesto espiritual, el de ingresos y gastos de ideas, de sentimientos, de ensueños, de aspiraciones y de ilusiones. La cosa es pensar, sentir, creer, esperar, soñar en balance. Hay que evitar el déficit espiritual, a que llaman ya derrotismo, ya pesimismo. Hay que hacerle creer al buen pueblo en un destino —un sino— providencial o fatalmente prescrito, no sea que dé en buscarlo por sí mismo. Hay que darle un Dios y una patria ya hechos, acabados. Dios y patria definidos —"finidos" o finados— no sea que dé en hacérselos, en creer que la fe no es sino eterna rebusca. ¡Desdichados pueblos faraónicos que ni siquiera entienden los jeroglíficos —escritura sagrada— que adornan las pirámides, tumbas de faraones levantadas a una gloria momificada!

Aquellos navegantes que se lanzaron "mar tenebroso" adelante, tras el vellocino de oro, a las riquezas del Dorado, creyendo haber de encontrar en ellas la independencia económica del pueblo, iban en realidad huyendo de ella, iban tras la libertad del individuo, iban a asentar el contento del hombre libre en tierra libre, no acotada. Por mares antes nunca navegados a tierras antes nunca aradas. Tuvieron que acotarlas y se reanudó, en otro mundo, la vieja tragedia. Todo lo cual me dijo el sol al ponerse frente al Cabo de la Roca. Después, al caer la noche estrellada sobre la tierra europea el sol iba a levantarse en el Nuevo Mundo, pero para ponerse luego en él. Y seguir la historia, sucesión de días y noches. Y como en el cielo siempre luz íntima, de estrellas, que brota de las entrañas de la humanidad

individualizada. Hombre, más que pueblo, más que nación.

Intermedio lingüístico. Sobre el valer

Ahora (Madrid), 28 de junio de 1935

Otra vez vuelvo a recibir otra carta consultante de otro lector lector desconocido y otra vez sobre puntos no de sentimiento, no de ideales o doctrinas —políticos, científicos, filosóficos o religiosos—, sino de lenguaje. Mas ¿por qué extrañarme? No se trata —en este nuevo caso al menos— de ninguno que va para pedante (que equivale a pedagogo, hasta tradicionalmente), sino de uno a quien, en el fondo, le preocupa algo más hondo que la propiedad y corrección del lenguaje. Si es que puede, en última instancia, haber algo más hondo que ello. Mi nuevo consultante se preocupa del sentimiento del lenguaje, que es el sentimiento del pensamiento. Siente el valor de las palabras, su valor emotivo; no ya su significado sólo, sino su sentido. Siente que no sólo pensamos, sino que sentimos con palabras y por palabras. El juicio que me pide es un juicio de valor.

Cuatro preguntas cardinales cabe hacer sobre un suceso o sobre una persona, y son: "¿Qué es?", "¿Dónde está?", "¿Qué hace?", "¿Qué vale?". Ser, estar, hacer y valer. Y ser, en rigor, no es sino llamarse. Al preguntar de algo o de alguien qué es lo que es, lo que preguntamos es cómo se le llama, cómo se le clasifica, bajo qué nombre se le puede conocer. ¿Será menester acaso volver a repetir aquellas sentencias del Génesis bíblico de cuando Jahvé (Jehová) llamó cielo al firmamento y tierra a la seca y luego llevó Adán, el primer hombre dotado de lenguaje, de poder creador o divino, los animales todos para que viera cómo les había de llamar?; y todo lo que llamó Adán de alma viviente, ¿ese es su nombre? Incluso el nombre de Dios mismo, el nombre que se pide en el Padrenuestro que sea santificado. Sé de alguien que al preguntarle quién era respondió: "Me llaman Pedro". Y, sin darse cuenta de ello, vino a decir: "No soy, sino me hacen Pedro".

La otra pregunta: "¿dónde está", nos pasa del ser al estar, de la esencia a la existencia, del pensamiento al espacio. Y viene la de "¡qué hace?" Y aquí aquello de que le preguntaron a uno: "¿Qué hace usted?", y respondió: "¡Pensar!" Y luego: "¿Y qué piensa usted?" Y él: "¡Hacer!" Y el preguntante se dijo: "¡Así se le va la vida: en pensar hacer…!" Mas no sabía que pensando hacer hacía el preguntado pensamiento para los demás, porque no se lo guardaba, sino que lo repartía. Y es que los otros ni acertaban a pensar lo que hacían ni a hacer lo que pensaban. Y lo que uno hace y piensa es lo que vale. Y de aquí la cuarta pregunta: "¿qué vale?" Pregunta imprescindible para cualquier conceptuación práctica e histórica.

¿Qué es una palabra?, ¿dónde está registrada?, ¿qué hace? —o lo que es igual: ¿qué efectos produce?—, y, por último, ¿qué vale? Y en el valer —valor, valía y validez— se encierran y a la vez se encumbran el ser, el estar y el hacer de la palabra.

Bueno; pues vengamos a la consulta concreta, que, en sí, es bien baladí si no fuera porque se trata de un juicio de validez sentimental. Algo así como cuando algún ingenuo regionalista —casi todos los regionalistas se pasan de ingenuos— pregunta si el lenguaje diferencial de su región es idioma o es dialecto, figurándose que esto de dialecto implica un juicio peyorativo o atribución de inferioridad. El caso es que mi nuevo consultante me pregunta si al llamarle a algo "secundario" se quiere dar a entender que tiene "un carácter de inferioridad manifiesta, de cosa poco importante, de cosa gris e indefinida, de aparte, de poco, de casi nada". Son sus palabras, que copio. Y en seguida se habrá dado cuenta el lector más desprevenido de que mi consultante estaba pensando en la enseñanza secundaria y en la primaria. He conocido más de un catedrático de la llamada Segunda enseñanza —tan ingenuo como cualquier regionalista que lo sea— que se molesta de que a lo que él enseña se le llame ¡enseñanza secundaria!

Mi consultante supone que si secundario tuvo un sentido de inferioridad "de un tiempo a esta parte —y aquí vuelvo a copiar sus palabras— no sé por qué razones emulativas ni por qué pegajoso sentimiento se viene escribiendo el vocablo "secundario-ria" en tono ilustre y prócer, hasta el punto de llamarse a la Segunda enseñanza —que no es segunda para abajo, sino que es segunda para arriba— enseñanza secundaria". Y la verdad, aunque no entiendo bien —ideológicamente— eso de «segunda para abajo» y de "segunda para arriba", siento bien el sentimiento que ha dictado esas palabras… sentimentales. Que resulta más claro en este otro párrafo de la carta que comento: "A tenor de este vicio, y de acuerdo con esta costumbre, va a llegar día en que nos creamos que la Primera enseñanza es más importante que la segunda, que la secundaria". ¿Está claro el sentimiento… facultativo? Y aquí lo de "para abajo" y "para arriba".

Y acaba la carta con estas líneas, bastante confusas: "No es nada más que para saber si el bachillerato, después de su inestabilidad archiministerial, tiene menos importancia que la enseñanza de párvulos". ¡Tate! —me dije—, y me vino a la memoria todo lo que he sentido —y hasta sufrido— al observar la ojeriza mutua con que, con tristemente sobrada frecuencia —aunque esto va cambiando—, se miran los profesores de bachillerato y los de Primera enseñanza. Y el valor despectivo que en francés tiene el decir de uno que es primario. Verdad que entre nosotros no suele tener mejor valor el decir de alguien que es un bachiller.

Estoy harto de oír a los profesores de enseñanza superior —así la llaman, sin que sepamos en qué consiste su superioridad— quejarse de lo mal preparados que pasan los alumnos de los Institutos a las Universidades y quejarse a los profesores de enseñanza secundaria —siga la jerga oficial— de lo mal preparados que van los niños desde la escuela al Instituto. Y a todos ellos, de la falta de continuidad y de gradación. Y he pensado que acaso convendría hacer que un profesor de enseñanza superior, de lógica fundamental, verbigracia —pues hay lógica sin fundamento—, o de matemáticas sublimes —las hay humildes, —de alta cultura, vamos al decir, fuese— o bajase, si se quiere— a una escuela de párvulos a enseñar a éstos a leer, escribir y contar. Y, sobre todo, a hablar. Y a aprender de ellos, de los párvulos, la estimativa sentimental de valores cuando preguntan: "¿Quien puede más: el león o el tigre?, ¿quién es mayor?, ¿quién es menor?, ¿quién sabe más?" Y esto de "¿quién sabe más" me recuerda lo de

un niño a quien, como le oyera yo decir de otro: “Ese Juanito ¡es más tonto!; casi nunca se sabe la lección!”, y le dijese: “Puede no saberse las lecciones y ser listo”, me replicó: “Pues si no las sabe, ¿en qué se conoce que es listo?” Y ello, a su vez, me trae a la memoria lo que he oído contar del Guerra, el agudo torero, que como un badulaque le dijese, mostrándole a Menéndez y Pelayo en Santander: “Mira, Rafael, ése el hombre más sabio de España”, replicó el gran matador de reses: “¿Y de qué sabe ese tío?” Discreta sentencia, que le pareció una patochada al badulaque. O aquello otro del mismo torero a quien diciéndole de uno que era geólogo, acotó sentenciosamente: “¡La verdad es que hay hombres para todo!” Los hay para la enseñanza primaria y para la secundaria, y para la terciaria, y para la cuartenaria —investigativa— y ¿para qué no? O lo de Bernard Shaw: “El que sabe algo, lo hace, y el que no lo sabe, lo enseña”. Hacer, saber o llamar, estar, valer… La verdad es que somos para todo…

Saludo a mi antiguo público

Caras y Caretas (Buenos Aires), 29 de junio de 1935

Ya estoy otra vez aquí, lectores de *Caras y Caretas*. Yo más que mis ideas o lo que sean. Y pues que tantos cuitados han dado en acusarme de egolatría, sin saber qué es *ego* ni qué es *latría*, tengo que decir lo que decía mi paisano Antonio de Trueba, Antón el de los Cantares, cuando le acusaban —¡acusar es!— de hablar mucho de sí mismo y era esto: “Soy el hombre que tengo más a mano para ejemplo de mis casos”. Y así me pasa a mí —que conocí y traté en mi mocedad a Trueba— y esto aunque crea que aquel consejo délfico, ya enmohecido, de “conócete a ti mismo” no sea muy seguro y mucho mejor darse a estudiar a los demás y mirarse en ellos como en espejo.

Ya estoy de nuevo aquí y como no debo engañar a nadie, lectores míos, me cumple declarar que no vengo como informador y menos de eso que se llama reportero. Sin que desdeñe el reportaje ¡que va…! Es un género —llamémosle así— tan noble y tan artístico como el de la novela, el drama o la poesía. Un suceso es una pequeña tragedia a las veces. Pero… Pero cuando el reportaje ha de ser ilustrado —eso que llaman ilustrarlo— entonces yo me echaría a temblar antes de dedicarme a él. Las novelas con ilustraciones gráficas me disgustan tanto como las caricaturas con leyendas que nada tienen que ver con ellas. Estoy por lo que llaman en música romanzas sin palabras. La letra casi siempre estropea el canto. ¿Y lo de escribir para aprovechar unas ilustraciones previas como hizo el pobre don José Zorrilla —y por pobre— en sus *Cantos del trovador*? Me sería tan difícil eso como escribir un drama o comedia *para* ser llevados luego a la pantalla. Tal es mi respeto reverencial, mi culto a la independencia de la palabra, de la santa palabra. No puedo con los que no van al teatro a oír. Cuando no van a no oír.

Verdad es que esto sucede no pocas veces hasta en los lectores de artículos como éste. No en mis lectores, por supuesto, en los que yo me he ido haciendo mientras ellos me hacían. Y es que vienen no a oírlos, aunque los lean con los ojos, cuando no a no enterarse de lo leído y gozarse en ello sino a poder

hablar de ello en la tertulia del casino o en la plazuela. ¡Los casos que me ocurren con esos que se me vienen diciendo que siguen mi producción literaria! No hace mucho uno que me aseguraba conocer mi obra toda, agregaba: "Lo que no sabía es que ha hecho usted también poesías". Y yo a él: "No, señor, he hecho también todo lo demás". Y así, con eso de leer por encima no más que mis artículos volanderos y ni aun eso, sino citas y críticas que de mí se hacen, han venido forjándome una leyenda que empieza a ahogarme, a ahogar este yo, supuesto egolátrico, que con tanto cariño he cultivado para que pueda servir de espejo a mis prójimos.

Tiempos estos de enquisas —eso que llaman encuestas— y de entrevistas —(a) *interviews*— y de interrogatorios necios... No hace mucho uno de esos mentecatos me dirigió una especie de circular en que se nos preguntaba a unos cuantos escritores: "¿Cuál es la mujer que usted más admira?" No le contesté ¡es claro! pues de haberlo hecho habría sido con otra pregunta nada cortés. O me habría cabido otro recurso y era responder a lo que no me preguntaba. Pues a pregunta sin respuesta decente posible, sólo cabe respuesta sin pregunta. Y como así soy, el que no me quiera así que me deje.

Hay otra clase de lectores, éstos ya dignos de respeto —aunque algunas veces de lástima respetuosa— que leen para ir recogiendo vocablos, giros, expresiones y maneras de decir, lectores que llamaríamos pedagógicos. Su número es legión. Y desde hace algún tiempo recibo con frecuencia consultas lingüísticas o gramaticales —aunque no es lo mismo lo uno que lo otro— de esos lectores, consultas de una candorosidad encantadora. Leen para aprender a escribir. Y no digo que para aprender a hablar. Quieren proveerse de un calendario de bolsillo.

"¿Calendario?" —dirá mi lector, el mío. Vaya el caso. Que fue que había en mi natal Bilbao un tabaquero famoso por sus trabucamientos de palabras, y como una vez dijese, refiriéndose a un reloj de torre. "Desde que a ese reloj le han puesto *amósfera* nueva anda mal", y le contestaron: "Pero, Juanito, no se dice *amósfera*, sino esfera". Replicó: "Bueno, bueno, para hablar con vosotros hay que llevar el calendario en el bolsillo". Y así hay gente que lleva su calendario —vocabulario— de bolsillo. O le tiene de pared. Como otro con quien yo viajaba y me fue mostrando un cuadernillo en que iba apuntando las palabras que oía en Francia y al decirle yo que le sería más cómodo comprar un diccionario francés-español, me objetó: "No, es que éstas son palabras francesas auténticas, oídas por mí". Y así hay quienes apuntan las palabras que me oyen o las que leen en mis escritos. Y más ahora que saben que se me ha hecho de la Academia —antes Real— Española de la Lengua Castellana, la de "Limpia, fija y da esplendor".

¡La Academia! Cada vez que se me hacía notar que alguna palabra que yo empleaba —casi siempre recogida del habla popular y tal vez forjada, por analogía, por mí— no estaba en el Diccionario de la dicha Academia, el que pasa por oficial, replicaba yo: "¡Ya la pondrán!" Que el modo de que se registre algo es que este algo empiece por existir. Aunque según el profesor aquel de Coimbra las cosas empiezan por no existir. Lo que es hegelianismo puro. Mas no se crea que yo vaya a meterme en la Academia para ir metiendo en su Diccionario las palabras que haya recogido de boca del pueblo y las que forjadas por mí hayan sido acatadas por él, no. Y eso que tal cosa sería lo debido. ¡Hay tan falsa idea de lo clásico en confusión con lo académico! ¡Lo que les chocó una vez en clase a mis discípulos

que les dijese que López Silva, el del habla de los barrios bajos madrileños —el que vivió ahí, en la Argentina, luego— era un escritor clásico y que recordaba a Teócrito! Y no otros en quienes van a buscar vocablos los predicadores gerundianos.

¿Llegaré a ser clásico? No lo sé, pero sí debo declarar "con la modestia que me caracteriza" —esta preciosa frase la he tomado modestamente del gran Sarmiento— que cuando se me dice: "¡ Cuánto ha progresado usted, don Miguel, en lenguaje y estilo!", contesto: "No, es que usted ha aprendido ya mi habla y si no pruebe a leer aquellos mis escritos que le parecieron antaño oscuros, y lo verá". Lo que hay es que mi público, el mío, el que he acabado por hacérmelo —¡mi trabajo me ha costado!— ha aprendido mi habla. Que para servirle me la he hecho.

Aquí estoy, pues, de nuevo, lectores míos argentinos, mi antiguo público de *Caras y Caretas*, el que yo desde estas columnas me hice ahí. ¿Soy el mismo ? Creo que sí. Pues sigo el consejo de Píndaro: "Hazte el que eres". Aquí estoy yo. Lo demás irá saliendo.

Nueva vuelta a Portugal I

Ahora (Madrid), 3 de julio de 1935

Como os dije, amigos lectores, hace pocos días he vuelto, a primeros de este junio, a Portugal, mi antiguo país amigo, del que faltaba hace veintiún años. ¡Y qué años! He vuelto hecho parte de una caravana de escritores de lenguas francesa, castellana y alemana. Y he retomado de Portugal a mi España muy obligado a los que me han procurado ese recorrido, con su despertamiento de antiguas memorias. Muy obligado a ser sincero para con el noble pueblo portugués.

Nos había invitado, con ocasión de las fiestas de la ciudad de Lisboa, el Secretariado de la Propaganda Nacional. Propaganda turística, de los encantos y ternezas acogedoras de la tierra portuguesa, y propaganda también política del régimen bajo el que hoy vive Portugal.

Hallábame yo la última vez en éste cuando en agosto de 1914 estalló la guerra mundial y entró en ella Portugal, aliado de Francia y de Inglaterra. ¿Por qué o, más bien, para qué? Para asegurar su independencia y la posesión de sus colonias. ¿Amenazadas? No lo sé; pero los que recuerden aquella campaña que emprendí a comienzos de la guerra acusando a la monarquía española de que aspiraba a la formación de un vice-imperio ibérico, en el supuesto de la victoria alemana, comprenderán los recelos de semejante amenaza.

En aquel mismo verano de 1914 conocí y traté algo a Sidonio Paes, militar y catedrático —de cálculo diferencial e integral—, luego dictador, y a quien se asesinó. Y señalo eso de militar y catedrático porque esto le diferenciaba de un João Franco, político puro, realista, posibilista, que fue quien ocasionó

el regicidio de don Carlos de Braganza. A éste dediqué un epitafio —por cierto, durísimo y hasta implacable—, que figura en mi libro *Por tierras de Portugal y de España*.

Siguió Portugal, enredado en la guerra y en sus consecuencias, su sino, y después de eso que ha dado en llamarse por unos revolución y por otros renovación, vino a dar en la actual dictadura. En lo que allí llaman los iniciados el Estado nuevo. Que viene a ser una especie de fajismo de cátedra. Así como hubo y aun hoy hay un socialismo de cátedra, que del fajismo se diferencia muy poco. Ese socialismo de cátedra le hay aquí, en España, junto y aun frente al socialismo de calle, más bien comunismo. Y nada mejor que llamar fajismo de cátedra —pedagógico y doctrinario— al que informa el actual régimen político portugués. La dictadura del núcleo que representa Oliveira Salazar es una dictadura académico-castrense o, si se quiere, bélico-escolástica. Dictadura de generales —o coroneles— y de catedráticos, con alguna que otra gota eclesiástica. No mucha, a pesar de que el cardenal patriarca, Cerejeida, fue compañero de casa de Salazar y, como éste, también catedrático. Eclesiástico catedrático, lo mismo que otros militares catedráticos.

Los más de mis compañeros de expedición de estudio solicitaron ser recibidos por Salazar, saludarle y oírle. Yo, no. Y fue por ser yo también catedrático y no pretender ni examinarle yo a él ni que él me examinase. Además, sabía por sus escritos lo que me había de decir. Conocida su doctrina, su actividad propiamente política, sus ensayos en este sentido no me interesaban. Estaba a la vez molesto por las trabas que allí se ponían a la libre emisión del pensamiento libre, y como habría de brotarme la queja, no quería oír explicaciones a ese respecto y menos a que acaso se me dijese, como alguien allí me dijo, que no se puede gobernar como para hombres de excepción. Y si a mí se me reputaba hombre de excepción, yo reputo hombre de excepción a un dictador —aun siéndolo tan poco como Salazar—, y quería evitar un encuentro entre excepcionalidades. Y luego, lo que el catedrático dictador había de decirme ya me lo dijeron otros catedráticos: sus colaboradores. No quería, ni debía, además, perturbar con mis manifestaciones el sentimiento de un sosiego, de un orden, de una paz que para mi pueblo no deseo, como les dije en un banquete a que asistieron los ministros de Instrucción Pública y de Negocios Extranjeros.

En todo nuestro recorrido fuimos espléndidamente agasajados; se nos mostraron las mayores bellezas monumentales y naturales de Portugal y ejemplos de vida popular o, mejor, folklórica, bailes y danzas del país. Se nos quería mostrar el contento en que dicen que vive el pueblo portugués. Mas yo trataba de penetrar más allá del velo de aquellas fiestas. Se ordenaban los festejos que habían de festejar el orden. Asistimos en el claustro de los Jerónimos a un torneo medieval, profusamente escenificado, que se ha repetido gratis con destino exclusivamente a los trabajadores inscritos en los Sindicatos nacionales, de Estado. Obedece esto a la Fundación Nacional para la Alegría en el Trabajo. Algo así como lo que aquí se llama Misiones pedagógicas, aunque con más boato y no tan sencillo y tan verdaderamente popular. Procesiones que me recordaban las que los jesuitas organizaban en el Paraguay colonial para divertir —en el originario sentido de este verbo— a los guaraníes. Y ya que han salido los jesuitas y que jesuitas españoles han tenido colegio en Curía para estudiantes de aquí, he de contar cómo el Gran Hotel de Curía levantó una capilla para su clientela; pero el obispo de Coimbra se

negó a consagrarla y a que se abriese al culto mientras el hotel tuviese piscina. Acaso habría sido mejor solución llenarla de agua bendita. Y basta, por ahora, de festejos de Estado.

¿Qué educación nacional puede dar una dictadura académico-castrense? Ardua cuestión. Que no se presenta ni en Italia, ni en Alemania, ni en Rusia, pues Mussolini, Hitler y Stalin de todo tienen menos de catedráticos. ¿Cómo puede espaciarse el alma popular —popular, no nacional— portuguesa fuera de sus ineludibles necesidades elementales? ¿Y el llamado nacionalismo? ¿El nacionalismo doctrinario, académico-castrense, de cátedra? O sea: ¿qué ideal histórico —histórico, no arqueológico— puede surgir del llamado —no sin pedantería— Estado nuevo?

Mas como aun me queda bastante que decir al caso, lo dejo para otro artículo.

Nueva vuelta a Portugal II

Ahora (Madrid), 12 de julio de 1935

Un pueblo se somete a sacrificios y renuncia ante la autoridad —o, mejor, el Poder, que es otra cosa— a ciertas libertades para fraguar una historia que es una leyenda. “El pensamiento de Dios en la tierra de los hombres”, como dije una vez y lo ha repetido en un sermón, citándome, el canónigo de Lisboa Correia Pinto, miembro de la Asamblea Nacional portuguesa. Historia que no es tanto lo que hicieron los hombres que nos hicieron cuanto lo que soñaron haber hecho y haber de hacer. Cuando Queiroz Velloso me entregó su *Don Sebastián*, historia documentada, ensenta, en lo posible, de leyendas y mitos, le dije que lo que nos importa y le importa a Portugal es la vida de don Sebastián, desde que murió en Alcazarquebir, la biografía del mito, del Encubierto, como se le llamó. Y sigue Portugal soñando y engendrando mitos. Uno es Sidonio Paes. Otro…

En mi reciente recorrido por ese país mitológico visité las tumbas de sus principales héroes. Y de sus reyes. Volví a los Jerónimos, donde yacen los restos de Camoens —sus “probables huesos”, se dice—, de Vasco de Gama, de Herculano… y, junto al gran túmulo de éste, el ataúd en que mi Guerra Junqueiro aguarda mausoleo. Me recogí un momento junto a los despojos de mi amigo el poeta de *Patria*, debelador de leyendas. Con lo que las dio nueva vida.

Volví a Alcobaça, de que escribí antaño, monasterio fundado por Alfonso Enríquez en conmemoración de la toma a los moros de Santarem a mediados del siglo XII. Escueto y desnudo templo de cistercienses. Allí, las tumbas gemelas de don Pedro y de su Inés de Castro, que si sus estatuas de piedra se irguieran miraríanse cara a cara. Es la tragedia sosegada en piedra de siglos. Y luego, al monasterio de Santa María de la Victoria, llamado Batalla. La batalla fue la de Aljubarrota, ganada a los castellanos. Típico monumento del estilo manuelino, en que aparece ya aquel ornato gótico-hindú,

bordados, puntillas y orfebrería en piedra. No el sobrio desnudo cisterciense de Alcobaça. Y allí, en una capilla, en el centro, la tumba de los huesos de don Juan I y de su mujer, doña Felipa de Lencastre, y en sepulcros laterales, sus hijos, don Femando, el infante santo, el príncipe Constante de nuestro Calderón, el de Tánger, muerto mártir en prisión de moros marroquíes; don Enrique el Navegante, el de Sagres, que inició los grandes descubrimientos; don Pedro, el que corrió las cuatro partidas del mundo; don Juan, don Duarte, luego rey. ¡Magnífico monumento en letra —más perenne acaso que la piedra— el que Oliveira Martins les erigió con su libro *Os filhos d'el rey don João*, obra que tanto admiraba nuestro don Marcelino! En esta obra, la leyenda viva, y en aquellos arcos de piedra, polvo y huesos. Y arqueología más que historia.

En Lisboa, en San Vicente de Fuera, visité el panteón de la dinastía de los Braganzas, arcas de piedra cuadradas, lisas, sin adornos, como muebles cubistas modernos. Allí, don Carlos y su hijo mayor, sacrificados en 1908, y el pobre don Manuel, muerto en destierro, y cuyos restos se trasladaron hace poco a su patria. En aquel triste recinto, que más parece un almacén de sepulcros que un panteón, parece irse posando una leyenda en formación.

Leyendas, todo leyendas. Y la leyenda del mar, sobre el que parece cernerse la cruz de Cristo, con sus cuatro T, casi como cuatro anclas, que la distinguen de una cruz gammada o svástica. (Para hacer de aquélla ésta habría que romperle cuatro ángulos.) Sobre el mar por el que fueron los buscadores de oro, de especias, de ensueños orientales, y en que hoy buscan pan que mate el hambre los pescadores humildes.

A éstos, a los pescadores humildes y sufridos, los vimos, y sin velo, en la playa de Nazaret, al pie de sus blancas casitas. Descalzos ellos, y sus mujeres, y sus niños, acariciando la arena con la carne de las plantas de sus pies, curtiéndose al sol, tirando de las redes de pesca. Aquel era el pueblo por debajo de leyendas. Comer, beber, abrigarse y vestirse pobremente, adornarse un poco —muy poco— acaso y… propagarse. Pueblo que, abrumado bajo cuidados elementales, no da espacio ni tiempo a que le hostiguen inquietudes esenciales. Nuestras libertades civiles serían para ellos un puro lujo superfluo. ¿Qué saben ellos del pomposo Estado nuevo? ¿Qué les importa que les muestren un mapa de Europa marcando en rojo sobre ésta las extensiones de Angola y Mozambique y con la leyenda de: "Portugal no es un país pequeño"? Para leyenda tienen la mar, sobre cuya frente azul han pasado los siglos sin dejar una arruga, que dijo lord Byron. Ni sobre las vidas de esos humildes pescadores han dejado traza las leyendas patrias. Por los caminos rurales cruzamos varias veces con parejas de bueyes de largos cuernos, que tiraban de una carreta con el cuello, no el testuz, y en el yugo que los unía, artísticas tallas de dibujo decorativo y como tomadas de cualquier portada románica anterior al manuelino. ¿Sentirán esos pobres pacientes bueyes algún alivio que les haga más ligero el yugo merced al adorno tradicional?

Vimos y oímos en nuestro recorrido, en Lisboa, en Braga, en Viana do Castelo, en Aveiro, coros populares de canto y baile, con típicos trajes comarcales, ricos de colorido y traza; coros con el cometido de mostrarnos la decretada alegría en el trabajo, el contento en el reparto de la pobreza; pero nada me habló más ni mejor que el no preparado concurso de los humildes pescadores de la playa de Nazaret. Donde alguno se nos acercó a pedirnos una "esmolinha" —una limosnita—, y como se la

diéramos en calderilla española, nos dijo en castellano: “Muchas gracias.”

Mas ¿es que, a fin de cuentas, el pobre pueblo, que arrastra su vida bajo el sudario de la Historia, abrumado por sus cuitas elementales, animales, tiene otra misión providencial que no la de dejar que medre la leyenda hostigadora de inquietudes esenciales, espirituales? ¿Dejar que se haga el mito devorador de naciones? Quien lo sabe… El pueblo de cada nación sufre y trabaja, a fin de erigir legendaria tumba a su gloria. Ya dejó dicho Homero que “los dioses traman y cumplen la perdición de los mortales para que los venideros tengan cantares”. A lo que se le llama hoy nacionalismo. Mas, después de todo, ¿para qué se vive? ¿Para qué?

Todo me ponía allí ante los ojos —se me antojaba—, leyenda quijotesca y mesiánica a la par, la del pobre rey loco don Sebastián, el Encubierto. Vamos a verlo.

Nueva vuelta a Portugal III

Ahora (Madrid), 16 de julio de 1935

El sábado 8 de este mes de junio asistimos en el claustro manuelino de los Jerónimos de Lisboa a la reconstitución arqueológica de un torneo portugués del siglo XV, fiesta para los ojos y la fantasía. Como espectáculo teatral fue espléndido. Allí representados rey, reina, obispo, caballeros, damas. ¿Para qué describirlo? Torneo y juego de cañas y habilidades a la jineta. Y luego, el jueves, 13, desfiló toda aquella tropa teatral por las calles de Lisboa, para recreo del pueblo, y días después parece que se repitió el torneo para los sindicatos nacionales. Todo ello me recordaba a nuestro Don Quijote y a los duques que le festejaban y se festejaban con él. Y como en aquellos días me diera el profesor de la Universidad de Lisboa J. M. de Queiroz Velloso su sólido y bien documentado libro sobre el rey don Sebastián (*D. Sebatião, 1554-1578*), me vino al punto a las mientes la leyenda, entre quijotesca y mesiánica, de aquel pobre mozo: un enfermo y, en rigor, un suicida. Que suicidó a su reino.

En setiembre de 1910, henchido de visiones portuguesas, compuse un soneto, titulado “Portugal”, que figura en mi *Rosario de sonetos líricos*, que ha sido traducido al portugués, y que en castellano dice así: “Del Atlántico mar en las orillas, / desgreñada y descalza, una matrona / se sienta al pie de sierra que corona / triste pinar. Apoya en las rodillas / los codos, y en las manos, las mejillas / y clava ansiosos ojos de leona / en la puesta del sol; el mar entona / su trágico cantar de maravillas. / Dice de luengas tierras y de azares, / mientras ella, sus pies en las espumas / bañando, sueña en el fatal Imperio / que se le hundió en los tenebrosos mares / y mira cómo entre agoreras brumas / se alza don Sebastián, rey del misterio”. ¿Misterio? El de la leyenda nacional —más, acaso, que popular— que brotó después de su muerte y de apoderarse de Portugal Felipe II de España, tío de don Sebastián; mas no misterio histórico. La historia documentada, tal como nos la expone últimamente el profesor Queiroz Velloso,

apenas cela misterio. Aunque, ¿no es acaso un misterio de providencia el sino de aquel mozo, primo de nuestro príncipe don Carlos, presa de morbosos empujes y ensueños de castidad y de vanagloria quijotescas?

¡Qué familia! Sus abuelos paternos, don Juan III y doña Catalina de Austria, hermana de Carlos V, el de Yuste; maternos, éste mismo, el emperador, y su mujer; su padre, diabético y enfermizo, que murió a sus dieciséis años y medio, y su madre, que, ya viuda, le dio a luz al pobre Deseado, a sus dieciocho años. Así vino al mundo don Sebastián. Regente del reino primero su madre, hermana de Felipe II; luego, el cardenal don Enrique; su madre, doña Juana, se va a Madrid, junto a su hermano el rey de España, y queda el pobre niño, un anormal, al cuidado de su abuela doña Catalina de Austria. ¡Y qué educación! Edúcanle jesuitas, sobre todo el padre Luis Gonçalves. El pobre mozo padecía ya desde sus doce años de purgación o gonorrea, lo que le hacía misógino y hasta misántropo. De "ingenio agudo y confuso", al decir de un diplomático, hay quien habla de sus ausencias, obnubilaciones y crepúsculos de epiléptico; su estilo de escribir, enrevesado y sibilino; accesos de furor, monstruosos ensueños de hazañas individuales. "¡Yo sé quién soy!", parecía decir, como Don Quijote. Se deleitaba en peligros, en fortalecer su cuerpo, acaso impotente para la procreación; vanidoso y altanero. Hizo en Alcobaça abrir las sepulturas de sus antecesores don Alfonso II y don Alfonso III y sus mujeres, las reinas. Alabó a Alfonso III por haber terminado la conquista del Algarve; mas al otro le tuvo a mal, por mujeriego. No pudo abrirse la de don Pedro, a quien condenó con duras palabras por sus amores con doña Inés. Otra vez hizo abrir, en Batalla, la tumba de don Juan II; contempló el cadáver y tomó su espada. "Este fue el mejor oficial que hubo en nuestro oficio", dijo, y manda al duque de Aveiro que bese la mano del cadáver, su bisabuelo, "¡Mi rey!", exclamó. Y así, huyendo de mujeres, contemplando cadáveres, soñando conquistas individuales, por su brazo y su esfuerzo personales, para dar qué decir.

Por razones de Estado, se prestaba, de mala gana, a proyectos matrimoniales; mas siempre sin ánimo de casarse. Su tío, Felipe II, por su parte, no le reputaba apto para ello. El hipo del pobre enfermo, su idea fija, era el ir a lograr eterna fama de esforzado caballero a Marruecos, y no precisamente por servir a la fe de la cristiandad. Al último todo era medirse, brazo a brazo, con Ab de Almélique, antes que éste, muy enfermo ya, muriese. Y fue preparando la fatídica expedición, echando mano de todos los recursos y hombres, hasta de herejes luteranos. Su preocupación era el ¿qué dirán?, el puntillo de honra. O el que diría el duque de Alba si él, don Sebastián, se retiraba de su empresa. En las tan sonadas conferencias de Guadalupe entre el rey de Portugal y su tío el de España —asistido éste por el duque de Alba— no lograron hacerle a aquel mozo del destino desistir de su locura. Y así se fue a un verdadero suicidio —y suicidio de su reino— en Alcazarquebir. ¡Desastre pavoroso! El bueno de Ab de Almélique, que allí murió de enfermo, quiso ahorrárselo; mas fue en vano. El que primero llamaron el Deseado y luego el Encubierto cumplía un sino trágico. Y muerto en la refriega, no lejos de Larache, y allí enterrado, y trasladado luego su cadáver a Lisboa, a la iglesia de Santa María de Belem, donde le esperaba su tío Felipe II, dos años más tarde rey también de Portugal, empezó, sin embargo, a germinar la leyenda de que no había muerto y de que habría de volver a Portugal. Un Mesías. Y un Don Quijote. Leyenda quijotesco-mesiánica.

¿Misterio? Uno, patológico, bien aclarado: el del pobre mozo de carne y hueso, heredero de taras familiares, soñador de una vida que se sentía no poder dar, de una resurrección de la carne y soñador de una inmortalidad de la fama. Y otro, el del símbolo que representaba: el de una categoría histórica, el de la encarnación del reino de Portugal.

Han corrido los siglos —más de tres y medio—: el tradicionalismo nacional portugués se ha nutrido, en gran parte, con la leyenda del Encubierto, y el tradicionalismo nacional castellano, con la de su tío, el rey llamado el Prudente, Felipe II; y si hoy estos dos tradicionalismos —nacionalismos— celebraran un concilio en Guadalupe, ¿qué se dirían de una nueva cruzada a ganar fama eterna? ¿Qué de una conquista de la morisma africana? En tanto, los cortejos teatrales entretienen a los pueblos. Y se habla, por una parte y por otra, de renovación de leyendas, más bien arqueológicas. ¿Pero sentirán las hoy dos Repúblicas del extremo occidental de Europa su común misión histórica como la sintieron los dos reinos que ganaron las Indias orientales y las occidentales?

Y ahora, a deciros algo de las relaciones culturales entre ambos pueblos.

San Pío X

Ahora (Madrid), 24 de julio de 1935

Le voy a hablar, amigo mío, de cosa la más de veras seria e intima y esencial: de religión, no de política ni de moral. Y le voy a hablar de ello a propósito de la proyectada reforma constitucional y de lo de restablecimiento del orden público y de la autoridad y del encauce de la educación y de la enseñanza públicas. Lo de la despensa y la escuela. Y la Guardia civil y el maestro. Y si España ha dejado o no de ser católica o si lo era y lo es y cómo y qué quiere decir esto de catolicismo. Popular, o sea laico, se entiende, y no meramente clerical. No trato de un catolicismo político, para asegurar, mediante el temor a las penas del infierno y el deseo de visión beatífica —inimaginable para el pueblo—, el orden civil y social de la vida terrena; no de una religión en defensa de la propiedad y de la familia terrenales, ¡no!, sino de la que sirve a consolar al hombre, al individuo humano, de haber nacido, de la que se cifra en el tuétano de la fe cristiana popular —dentro de sus huesos dogmáticos, que no le cabe roer al pueblo— y se expresa en aquellas palabras del Credo que dicen : “Creo en la resurrección de la carne y en la vida perdurable.” O en el latín cantado en la misa: “Resurrectionem mortuorum et vitam venturi séculi.” Y fuera lo de penas y castigos, que es policía o moral si se quiere, mas no propiamente religión. Que eso de las penas y castigos, del infierno y el cielo al servicio del Decálogo, de los Mandamientos de la ley de Dios —y aun los de la Iglesia— tiene que ver tan poco con la íntima y verdadera fe cristiana como tienen poco que ver la democracia y la cuestión social con el meollo del cristianismo.

Usted sabe, amigo mío, que en mi libro sobre *El sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los*

pueblos sostengo con qué profunda penetración de la esencia del catolicismo popular el Papa Pío X, aquel párroco véneto, procedente del pueblo, condenó y anatematizó en su Encíclica *Pascendi dominici gregis* (8, IV, 1907) el llamado modernismo, herejía de intelectuales criticistas, kantianos en rigor, que hurgaba en la más irracional e inimaginable de las esperanzas del pobre pueblo cristiano. La fe es, según San Pablo, la sustancia de lo que se espera. Y el Papa Pío X adoptó por emblema el ancla, símbolo de esperanza. Luego, en mi otro libro sobre *La agonía del cristianismo* volví al tema cardinal y radical, concluyendo con aquello de: "Cristo nuestro. Cristo nuestro, ¿por qué nos has abandonado?" Y nada de democracia, ni de autoridad, ni de orden social, ni de policía, es decir, de moral. Y, por último, en mi *San Manuel Bueno, mártir* —el tercero de la trilogía—, cuando le propusieron a este santo párroco que fundase un Sindicato católico agrario respondió: "No; la religión no es para resolver los conflictos económicos o políticos de este mundo, que Dios entregó a las disputas de los hombres. Piensen los hombres y obren los hombres como pensaren y como obraren, que se consuelen de haber nacido, que vivan lo más contentos que puedan en la ilusión de que todo esto tiene una finalidad. Yo no he venido a someter los pobres a los ricos ni a predicar a éstos que se sometan a aquéllos." Y acaba: "Opio…, opio… Opio, sí. Démosle opio y que duerma y que sueñe." Mas él, el pobre santo párroco, ni lograba dormir ni soñar.

Quiero creer que el Papa Pío X, a quien se trata de canonizar, creyó —o creyó que creía, y es igual— libre de la íntima tortura de mi San Manuel Bueno; pero ¡cuán parecidos los siento! Pío X, primer Papa salido de la clase baja después de Sixto V, muerto en 1590 —los veintinueve intermedios fueron o nobles o burgueses—, ha logrado una popularidad que ni Pío IX, el del *Syllabus*, el anatematizador del liberalismo, que es cosa política; ni León XIII, "más académico que humanista" —así acabo de leer en un excelente estudio—, el de la tan cimbeleada Encíclica *Rerum novarum* sobre la cuestión dicha social, con la mandanga aquella del justo salario, cuya justicia no se nos dice cómo se establece. Y es que la economía política no toca a la religión ni el Cristo vino a resolver la lucha de clases.

Se trata de canonizar a Pío X, al humilde párroco véneto, de origen popular, que abolió el veto de los Estados profanos en los Cónclaves, que obligó al clero francés a rechazar las Asociaciones culturales, aunque hubiere ello de llevarle a la miseria —que no fue así— y que quiso proteger al pueblo, al pobre pueblo no teólogo, al de carboneros de fe implícita, de que le arrancasen su esperanza en otra vida ultraterrena y aunque esto le sea enteramente inimaginable. Es decir, inconcebible. ¿No ve usted, amigo mío, cuan cerca estaba la religión del futuro San Pío X, de la religión de mi imaginado y sentido San Manuel Bueno? Y en cuanto al personaje histórico, por contraposición al literario y ficticio —aunque todo es uno—, ¿quién sabe el último secreto pensamiento del santo párroco pontifical, el que acaso ni él mismo osase descubrírselo a sí propio? ¿No clamó el Cristo en la Cruz: "¡Dios mío. Dios mío!, ¿por qué me has abandonado?" Y perdóneme esta insinuación, amigo mío… Pero ¿es que no habrá más de un santo canonizado que hubiera muerto en desánimo de esperanza, en desesperanza —ya que no desesperación— resignado? ¿En oír la callada de Dios?

Lo que quiero decirle con todo esto, mi buen amigo demócrata cristiano, es que el pobre pueblo niño católico, si se apresta a hacer santificar al Papa Sarto y no al Papa Mastai Ferretti ni al Papa Pecci, es

por haber aquél cuidado de guardar la esperanza irrazonable e inimaginable en otra vida de allende ésta y no de escudar con anatemas contra el liberalismo y el socialismo el orden civil, policíaco más que político, y moral de esta vida de aquende y transitoria. Pobre pueblo sencillo, sin más que un magín infantil —y senil— para figurarse una siesta sinfín de sueños de nacimiento de Belén, al son de zampoñas y zambombas, en un cielo de romería perpetua y sin cesar renaciente. O esto o el vacío. Hay, pues, que calafatearle y alquitranarle la mente contra rompientes y remolinos de aguas profundas y tenebrosas, a que no se le metan por entre las hojas del corazón. O dejarle el otro engaño: el de la sociedad futura, que no ha de alcanzar. Y que se alimenta y ceba de resentimientos. Y ¿no tendrá acaso alguna relación con esto lo de Pío XI, de haber hecho consagrar, en 1926, obispos chinos cuando en China cundía ya el bolchevismo? Almas asiáticas, búdicas, que sueñan hacia atrás, hacia la eternidad que pasó, en sociedad fija y culto a los antepasados, a los muertos. San Pío X adoptó por su emblema un ancla en la mar, y encima, en el cielo, una estrella. Una estrella anclada en el cielo y un ancla estrellada en la mar. Y el horizonte marino ilusorio, donde el camino de olas se vuelve camino de estrellas. Y sin puertos a la vista.

Y ahora bien : ¿sigue siendo católico nuestro pueblo occidental?; ¿lo fue alguna vez? Conforme a lo que por catolicismo queramos entender. Y, desde luego, en cuanto a nuestro cristianismo popular e infantil, laico y pagano, así que se le mete en política y en moral deja de ser ceñida y redondamente religioso. Porque eso no es religión. Aunque los políticos de cada partido se llamen entre sí correligionarios. No pasan de colegionarios. Y ya sabrá usted a quien llama legión el Evangelio del Cristo.

Nueva vuelta a Portugal IV

Ahora (Madrid), 30 de julio de 1935

Desde que empecé a estudiar el portugués —la lengua— y, sobre todo, desde que empecé a viajar por Portugal me interesó, más que otra cosa, la dependencia cultural mutua de ambos pueblos, el castellano y el portugués. No sin hondo sentido escribió Oliveira Martins aquella su maravillosa *Historia de la civilización ibérica*. Don Marcelino Menéndez y Pelayo, por su parte, incluía en su *Historia de la literatura española* las literaturas catalana y galaicoportuguesa. ¿Y hay clásico castellano ni más clásico ni más castizo que aquel Francisco Manuel de Melo, soldado portugués al servicio del rey Felipe IV de España y de Portugal contra los catalanes levantados en guerra? Clásico en castellano y clásico en portugués. Y habría que recordar a Gil Vicente, a Camoens y al mismo P. Granada, O. P.

Un castellano puede recorrer Portugal hablando su lengua propia, seguro de que se le entenderá. La recíproca no es tan segura. El castellano entiende mal el portugués hablado —el escrito sí que lo entiende— debido a la fonética complicadísima. La singular sencillez de la fonética castellana, con sus escasos y bien recortados —de claroscuros y sin matiz apenas— sonidos, sobre todo desde el siglo XVI,

hacen del romance castellano un lenguaje muy resistente y difícilmente deformable.

Cuando alguna vez se me ha dirigido algún portugués en francés le he dicho siempre: "Fale portuguez." Me molestaba que entre nosotros se quiera introducir un tercer idioma de cambio. (Y no digo intercambio porque esto carece de sentido.) Hasta en lo escrito he propugnado que no hay por qué traducir del castellano al portugués y viceversa. El esfuerzo que a un castellano le cueste leer portugués es pequeñísimo y, además, se compensa con que en el portugués encontraremos rincones y recovecos de nuestro idioma que no los descubrimos directamente. Aprender portugués es un buen recurso para enriquecer nuestro castellano.

No es exacto que, como se dice, no nos conozcamos unos a otros. En Portugal se ha leído siempre castellano, y desde hace algún tiempo más. Hoy se venden allí obras alemanas de ciencia —medicina especialmente—, filosofía y técnica en traducciones castellanas, ya que no las hay francesas. Y aunque las haya. Pasaron los tiempos en que se leía a Cajal en traducción francesa. Sólo algún que otro pedante presume de conocer mejor el francés que el castellano.

Funciona en Lisboa un Instituto español que empieza a prestar valiosos servicios a la común civilización ibérica. Y se piensa establecer allí una buena librería española. Y falta está haciendo que aquí, en España, sea más accesible el libro portugués. Acaba de traducirse al castellano el *San Pablo*, de Teixeira de Pascoaes, de que dije desde estas mismas columnas, y ojalá que ello contribuya, más que a que se multipliquen traducciones, a que se apliquen los curiosos y los estudiosos a leer directamente literatura portuguesa.

Ahora, en cuanto a traducir portugués al castellano y, sobre todo, en cuanto a que los literatos, los críticos, los investigadores españoles, se ocupen en dar a conocer la producción literaria, filosófica y científica portuguesa, creo que es un deber nuestro. El más seguro camino para que el pensamiento portugués sea más y mejor conocido en el mundo es que lo presentemos nosotros. Los más de los extranjeros estudiosos de portugués que conozco han pasado a él por el castellano. Empezaron por interesarse en literatura castellana, y de ésta pasaron a la portuguesa. Y, por otra parte, los que han abordado ésta, la portuguesa, sin pasar por la nuestra, la han comprendido mal.

Ahora vendría a cuento comentar aquí unas aseveraciones de mi amigo Osorio de Oliveira en su interesante libro *Psicología de Portugal*, donde sostiene que "las obras que viven por el estilo (y esto lo traduzco ahora aquí, en castellano, contra mi consejo) pueden ser bellas, mas son difíciles de traducir y no interesan a los que en la literatura buscan menos la riqueza de forma que la expresión límpida y cristalina de las ideas y de los sentimientos". Pero ¿es que el estilo y la riqueza de forma no son los que hacen la expresión límpida y cristalina? Acusa a sus compatriotas de falta de sobriedad y de precisión en el pensamiento. Dice que el estilo retórico es un obstáculo a la divulgación del pensamiento portugués en el extranjero. Y luego sostiene que el otro obstáculo —y el mayor— es que los escritores portugueses atiendan a las cosas y casos de Portugal y hasta de una región portuguesa. De aquí —dice— la dificultad de que se universalice la obra de un Camilo Castelo Branco o de un Aquilino Ribeiro hoy. Un francés le dijo a Osorio de Oliveira: "Si Aquilino Ribeiro pudiese ser traducido, si no

escribiese en un dialecto regional (del portugués, se entiende), sería considerado en Europa como el Gorki de Occidente.” Yo, por mi parte, estando en París, hace diez años, recomendé a los que por las cosas japonesas se interesaban las obras, en portugués, de Wenceslao de Moraes, superiores a las más celebradas de otros japonesistas, y en la tradición de aquel Fernán Méndez Pinto, el primero que en el siglo XVI dio a conocer el Japón.

Osorio de Oliveira incurre en el mismo error de Pío Baroja cuando suponía que una novela de asunto regional difícilmente puede universalizarse. Hasta de asunto ceñida y estrechamente local. La dificultad puede ser la lengua. Y de aquí la equivocación —por tal la tengo— de los que se ponen a escribir en una lengua sin acento local, en una lengua internacional —no universal— y para ser traducidos. O acaso en ese hórrido dialécto escrito —no hablado— del reportaje cosmopolita.

La verdad es que aquí, en España, se conoce a Eça de Queiroz —a quien se le ha traducido al castellano— más y mejor que al portuguesísimo Camilo Castelo Branco; pero, ¿de quién la culpa, si la hay? En cuanto a Aquilino Ribeiro, ¿quién le conoce aquí? Mas, por otra parte, no fío mucho en la duración de la boga de aquellos literatos —novelistas sobre todo— que escribieron en estilo —si eso es estilo— de reportaje cosmopolita y para ser traducidos… al francés. ¿Traducir? Mejor “mettre au point”. Y en cuanto a nosotros, a los ibéricos, ¿cuándo nos convenceremos de que si hemos de influir en la cultura universal, nosotros, de lengua castellana, galaico-portuguesa y catalana, no será poniéndonos a la escuela de un cosmopolitismo europeo que hace del estilo literario un álgebra sin jugo vital?

Y por ahora no más de esto. Aunque me queda por decir algo más del Portugal de hoy en relación con la España de hoy.

Elogio de “María”

La Razón (Buenos Aires), 8 de agosto de 1935

Acabo de leer en el benemeritísimo *Repertorio Americano* un estudio sobre “La bella realidad de la María de Jorge Isaacs”, que firma Cornelio Hispano. Verdadera “Biblia de los quince años”. No los tenía yo cuando me enamoré de mi primera y última novia, de la hoy madre de mis ocho hijos, y no los tenía cuando ella se me ausentó, y pasamos cinco o seis años sin vernos, correspondiéndonos por carta. A los quince años de estas relaciones nos casamos. Mi hijo mayor, siguiendo mis huellas, se enamoró casi niño, casó, y a los ocho años de casado, y cuando su María, mi otra hija —mujer es Concha— iba a hacerme abuelo, se nos murió. Había sido en casa de estos mis hijos, en Palencia, en 1923, cuando, teniendo ya 59 años, leí por primera vez la *María*, de Isaacs, en un ejemplar que mi hijo había regalado a su María cuando eran novios. Si lo hubiera leído a mis quince años, no me habría calado tan hondo. En rigor, yo no he tenido mocedad, sino niñez. Voy pasando de mi primera ancianidad a mi segunda

infancia. Y así siento la eternidad del amor. Eternidad no como envolvente de pasado, presente y porvenir, sino como siempre presente abismático. Y… ahora un desahogo lírico:

Amor viejo no envejece / siempre niño, sobre edad / nació entero, así parece: / su vida es eternidad. / Es ciego, mas su ceguera / ve en tinieblas más allá / y sin deslumbrarse espera / que el alma le llevará. / Amor viejo es niño eterno. / Flor de flores, lealtad, / no se agosta, que es de invierno / Diciembre, Natividad.

Y sigo ahora. Es que a mi amor niño viejo no le sopló la muerte. La muerte de un sueño encarnado no me trajo la juventud como a Isaacs, que escribía su poema cuando yo nacía, en 1864. Es decir, sigo naciendo. Y nací también, como otras veces, cuando en casa de mi María, la de mi hijo, leí esa que usted llama "Biblia de los quince años". La sorbí como Efrain el agua fresca y clara de las manos de su María.

¡Biblia! En efecto aquello es bíblico, eterno. Si el "Cantar de los Cantares" se cantó en hebreo, la primera lengua de los judíos, la *María* se cantó en lengua española, su segunda lengua recriada en el paraíso colombiano. Colombia ha dado a Isaacs, como Venezuela a Bolívar, los dos más grandes románticos de América —y cuánto mayores fuera de ella— y ambos lanzados a su carrera quijotesca de conquistadores por la muerte de un sueño de amor encarnado: Bolívar su "huidera" mujer, la hija del marqués del Toro; Isaacs su prima Eloísa. Y esto hay que recordarlo cuando llegan unos mocitos, algunos de los cuales jamás fueron niños, que hablan despectivamente del romanticismo sin saber lo que fue. Repito que si hubiere leído la *María* a mis quince años, en 1879, cuando romantizaba, no me habría calado como me caló a mis cincuenta y nueve.Hay libros —¿libros?— eternos que no se deben leer de joven. Tenía yo cerca de 50 cuando leía el *Robinson* y el *Gulliver*, y gracias a ello los penetré. Y es que a mis cincuenta mi niño era no menos niño, pero más consciente de su niñez y más comprensivo que en mi infancia. Y así con *La María*. Y después que la María de mi hijo ha muerto espero volver a leer la de Isaacs. ¿Con qué ánimo? Hay otras cosas· tristes en su estudio de que no quiero decir nada… ¿para qué?

Meditación escurialense

Ahora (Madrid), 9 de agosto de 1935

El día 14 de julio lo pasé en El Escorial de Felipe II, de Herrera y del P. Fr. José de Sigüenza, los tres maestros del monasterio de San Lorenzo el Real. En ese día desfiló tropa francesa ante el Arco de la Estrella, en París, y pronunció su mejor discurso en Baracaldo Azaña, el que de mozo había vaciado su espíritu en el jardín de los frailes escurialenses.

El Arco de la Estrella es puerta al campo, al camino abierto; puerta ni de entrada ni de salida, agujero

en el espacio libre. ¿No es el alma nuestra, moderna y civil algo así? Que vive hacia un adentro que es un afuera, atravesándose a sí propia. El templo escurialense, por contra, es un espacio apresado en sombra, empedrado o, más bien, empedernido. ¿Vagará por él acaso el espíritu desencarnado del que fue Felipe II? Nada en ese templo de ahorrar, a lo gótico arquitectónico, piedra, materia. El espacio del recinto sagrado pesa sostenido no en columnas esbeltas, sino en una como torres cuadradas. Y todo en cuadro, encuadrado.

Recordé el monasterio, de jerónimos también, de Belén, en Lisboa. Y cómo el P. Sigüenza, en su maciza prosa herreriana y filipina, al revolverse contra el manuelino, el barroco portugués, preceptuaba la clásica doctrina del nuevo —entonces— estilo de Estado imperial. Escribiendo de Belén decía que "como la arquitectura moderna está siempre adornada de follajes y de figuras y molduras y mil visajes impertinentes, y la materia era tan fuerte, labrábase mal y costaría infinito tiempo y dinero; lo que agora está hecho muestra bien lo que digo. Tiene esta fachada del mediodía mucho de esto, ansí en la iglesia como en el antecoro y dormitorio, que es todo mármol y lleno de florones, morteretes, resaltos, canes, pirámides y otros mil moharrachos que no sé como se llaman ni el que los hazía tampoco." ¡Grave pecado contra el espíritu del arte hacer algo que no se sabe cómo se llame! Y luego, el buen jerónimo herreriano y filipino, que sosegaba su espíritu entre los enormes pilares escurialenses, cuenta cómo en Belén se sustenta la sola nave de la fábrica "sobre unos pilares muy flacos y delgados, puestos por gentileza más que por necesidad; cosa que a cualquier hombre de buen juicio en esto ha de ofender en viéndolo." Y lo razona así: "Fiose el arquitecto en la fortaleza de las paredes, que avían de ser poderosas a sufrir y sustentar el peso y fuerça de la bóbeda. Y quiso espantar a los que entrassen viendo como en el ayre una máquina tan grande; locura e indiscreción en buena arquitectura, porque el edificio es para asegurarme, y no que viva en él con miedo de si se me viene encima."

¡Honda doctrina de arte, de política y de religión! Pensaba yo en ella cuando en la Biblioteca, después de contemplar el retrato del P. Sigüenza, su bibliotecario, me paré ante el de Felipe II, que parece estar susurrando su favorito "¡Sosegaos!" cuando alguno se estremecía de desasosiego a la vista de su pálido, enigmático rostro serpentino. (¡Desasosiego! ¡Qué palabra! ¡Esas tres eses susurrantes, siseantes, que parecen resbalar en culebreo de respuesta a la callada de Dios cuando pasa —dice la Escritura— con un susurro, con un siseo!)

Subí a la carretera que llaman la Horizontal, en la falda de la montaña, que hace de bastidor rocoso que separa al monasterio del fondo celeste. Mientras, desde allí, desde la Horizontal, se destaca el monasterio sobre la vertiente terrosa y ondulada, que va a perderse en el lejano horizonte de la llanada, en que se funden suelo, cielo y nubes. La piedra clara del monasterio, como la tez serpentina del Prudente —la serpiente símbolo evangélico de la prudencia—, toma al sol de Castill tonos de meollo, de tuétano, de roca. Los siglos no la han amorenado, ensombrecido; parece arrancada de ayer. Como si el monasterio, al sacar al sol y al aire seculares —y seglares— las entrañas de la madre sierra, al desentrañar España, dijese: "¡Sosegaos!" Monumento —esto es, amonestación— del Estado imperial, cuadrado y encuadrado a la romana. A la romana del Sacro Romano Imperio.

Y esas piedras, esos sillares, se sacaron de los berruecos o barruecos de la sierra, de sus rocas

berroqueñas. ¿Tendrá algo que decir barrueco con barroco? Porque el paisaje rocoso, berroqueño, de esas soledades serranas tienen mucho de barroco. Y esto se ha dicho ya, y muy bien por cierto. Del barroquismo —mejor sería llamarle barroquería— de esa naturaleza de las soledades serranas de Castilla sacó el genio que podríamos llamar escurialense esos sillares cuadrados que al aire espejan al sol, festoneados por verdura de arrayán —murta monástica—, y en el recinto sagrado del templo aprisionan y encuadran la sombra del espacio.

Allí, en aquella tumba —que no otra cosa es— agonizó Felipe II "en una sentina hedionda, sepultado en vida", nos dice el P. Sigüenza, que asistió a su agonía. Quien en su prosa herreriana y filipina, cuadrada en sus párrafos —sillares— a la romana, acaba así su relato: "Durmió en el Señor el gran Felipe Segundo, hijo del Emperador Carlos Quinto, en la misma casa y templo de San Lorenço, que avía edificado, y casi encima de su misma sepultura, a las cinco de la mañana, quando el alva rompía por el Oriente, trayendo el Sol la luz del Domingo, día de luz y del Señor de la luz; y estando cantando la missa de alva los niños del Seminario, la postrera que se dixo por su vida y la primera de su muerte, a treze de Setiembre, en las octavas de la Natividad de Nuestra Señora, Vigilia de la Exaltación de la Cruz, el año MDXCVIII."

Allí, agotado a sus setenta y dos años, se enroscó en el Crucifijo a morir el Prudente, mientras los niños de coro cantaban en la sombra del templo monástico al sol naciente. Al que no se ponía aún en los dominios españoles, mas que empezaba ya la puesta austríaca. Y allí queda, en el mismo monasterio, en un cuadro, testimonio pictórico de las regias comuniones de conjuro para deshechizar a la escurraja dinástica, al pobre imbécil Carlos II. Sucedió otra dinastía, la borbónica, y aun la frescura monacal escurialense refrescó ardores de María Luisa. Y la última visita regia…

Cuando me arranqué de aquella contemplación volví a Madrid a enterarme del desfile militar francés ante el Arco de la Estrella y de los ecos del discurso del que había vaciado el espíritu de su mocedad junto al jardín de los frailes de El Escorial. Y hoy me parece que todo ello, lo de hace más de tres siglos y lo de no hace más que tres semanas, se pierde en el eterno pasado histórico.

El alma naturalmente cristiana de los revolucionarios de Asturias

Ahora (Madrid), 14 de agosto de 1935

Habíaseme invitado para el domingo 4 de este mes de agosto a ir a Gijón a presidir cierta fiesta de su Ateneo Obrero, donde ya antaño actué, y tres días antes se clausuró, por orden gubernativa, ese centro y quedó sin objeto la invitación. En cuanto a la orden de clausura, sólo tengo que decir, de paso, que me parece una de tantas puerilidades autoritativas para hacer creer a los pazguatos y cuitados que hay

peligros cuyo secreto conoce la Policía, para alarmar enarbolando cocos o espantajos. Mas, por otra parte, semejante orden me libró de tener que afrontarme con otra puerilidad, y es la de que se me saludase acaso levantando puños cerrados por encima de cabezas más cerradas aún. Me hastían cada vez más esos ademanes deportivos y litúrgicos de uno y de otro sentido y del de más allá. Y no digo de ideología porque no alcanzo a verla ni en los unos ni en los otros. Y, además —pues que yo no iba a hacer lo que se llama un acto político ni a ponerme de un lado ni de otro—, ¿a qué vendrían esas manifestaciones?

¿Qué me proponía yo decir allí, en aquel Ateneo, donde ya antaño hube hablado? Pues precisamente decir algo acerca de religión, tema que, en rigor, rehuyen los de ambos bandos en contienda. Y lo rehuyen más los que se amparan en lo que llaman religión para sus propagandas. De lo que algo dije aquí mismo en aquel mi comentario que dediqué a San Pío X. Ahora me ofrecía tema de nuevo comentario la tan notable como característica circular que Justo, obispo de Oviedo, dirigió a los fieles de su diócesis el 14 de junio de este mismo año. Merece atenta consideración.

Empieza el doctor don Justo Echeguren —paisano mío— quejándose de que "una gran mayoría de los obreros y trabajadores de esta nuestra amadísima diócesis —dice— se han apartado y van apartando de los suyos, de la Iglesia nuestra madre y de la práctica de la religión santa". No dice —nótese bien— de la fe, del credo. Añade: "… esos mismos obreros y trabajadores fueron en tiempos nada lejanos, aquí como en tantas otras partes, de los mejores hijos de la Iglesia, de los más adictos y amantes de ella y de su clero". No dice que de los más creyentes en su credo religioso. "Hoy —agrega— ven en el catolicismo y en sus sacerdotes enemigos que querrían destruir." Y el credo religioso —¡el religioso!— sigue sin aparecer.

En seguida viene un largo párrafo, notabilísimo por singular nobleza y elevación y por el contraste con los juicios que la revolución del proletariado de Asturias ha merecido a otros católicos —éstos, de catolicismo político o más bien policíaco, y algunos de ellos, obispos de levita y ministros, aunque no del Señor—. Dice así: "Es también cierto que en el fondo del alma de esos obreros —hoy tristemente alejados de la Iglesia— es fácil observar, como testimonio del alma naturalmente cristiana de clase, numerosas y muy excelsas virtudes fundamentalmente cristianas: la abnegación, que les conduce a intensas privaciones en defensa de lo que consideran su ideal; la obediencia y disciplina a que viven sometidos, sin reparar en los más grandes sacrificios; la solidaridad con que se unen a sus compañeros de trabajo; la fraternidad con que echan sobre sí pesadas atenciones, incluso la edificante recogida, en el pobre y ya bien poblado hogar, de niños huérfanos; la justicia, en defensa de la cual, o de la que tal creen, exponen esforzadamente sus vidas; las virtudes familiares que se practican en tantos hogares obreros."

Relea el lector ese párrafo —lo merece— y fíjese en lo del alma "naturalmente" —no dice "sobrenaturalmente"— cristiana de clase, en lo de exponer esforzadamente sus vidas por lo que creen justicia y en lo de las virtudes familiares y observe que para nada se habla de credo, de doctrina teológica. Y luego el señor obispo, después de ese acto de comprensión caritativa e inteligente, dice que "los hijos del trabajo han huido, en gran parte, de la Iglesia", y cita la Encíclica *Quadragessimo anno*, en

que el Papa Pío XI se queja de que a los obreros se les ha hecho creer que la Iglesia y los que se dicen adictos a ella favorecen a los ricos, desprecian a los obreros y no tienen cuidado ninguno de ellos y "que por eso tuvieron que pasar a las filas de los socialistas y alistarse en ellas para poder mirar por sí". Mas perdonen aquí el Papa y el obispo, pero el pasarse a las filas de los socialistas tiene poco que ver con haber perdido la fe cristiana en la otra vida y en los misterios de fe que se explican en el catecismo. Aquí está la clave.

Termina la circular del obispo de Oviedo constituyendo una Comisión Social Diocesana para propagar la doctrina social del Evangelio y de la Iglesia y divulgar las doctrinas católico-sociales y que, ya en el redil de la Iglesia, los obreros sean "felices con la máxima felicidad que es dado al hombre gozar mientras peregrina por este valle de lágrimas hacia la patria eterna del cielo". De esa Comisión Social Diocesana forman parte, entre otros, un canónigo, un dominico —¡y diputado!—, un jesuita y un catedrático, sociólogos los cuatro y demócratas cristianos, al decir. Hombres de partido tomado.

Pero, señor obispo, aunque se les llegase a convencer a esos obreros de "alma naturalmente cristiana de clase" —y con razones contantes y sonantes— de que la Iglesia y su clero favorecen todas sus aspiraciones de clase y hasta el comunismo integral, ¿habrá quien crea que por esto sólo iban a creer en los misterios de la fe eclesiástica y en la patria eterna del cielo? Podrían matricularse en la parroquia o alistarse en cofradías o en uno de esos llamados Sindicatos católicos, pero ¿comulgar en la fe religiosa de una Iglesia que afirma que no cabe salvación del alma fuera de ella? Las doctrinas católico-sociales que pueda divulgar esa Comisión sociológica las conocen los obreros, esos de "alma naturalmente cristiana de clase"; pero para entrar en el redil de la Iglesia hay que acatar una porción de misterios teológicos, ya que el creer en ellos y en "la patria eterna del cielo" dice ser indispensable para ganarla. Y aquí está el nudo, señor obispo. Que ni lo suelta ni lo corta ninguno de los sociólogos en comisión y menos el jesuita —P. Vitorino Feliz— de la Compañía de aquel padre Astete, S. J., que dejó escrito lo de: "Eso no me lo preguntéis a mí, que soy ignorante; doctores tiene la Santa Madre Iglesia que os sabrán responder." No a cuestiones sociológicas, sino teológicas, religiosas. Que si los obreros se apartan de la Iglesia es por no apetecer esa salvación que dice no caber fuera de ella. Y para otra no la necesitan. Y ¿quién les abre ese apetito? Este es el caso, señor obispo. Y, una vez abierto ese apetito de esa salvación, ya verán si lo satisfacen fuera de la Iglesia o dentro de ella. O si no lo satisfacen…

Algo y algos

Ahora (Madrid), 21 de agosto de 1935

Cuando me he puesto a enhebrar mis notas tomadas al azar del viento de la vida cotidiana que pasa, para urdir esta fantasía —y ello es mi vida—, me he dicho: "¿La titularé *Algo* o *Algos*?" *Algo* recordará a ciertos lectores aquel libro del poeta catalán, en castellano, Bartrina, que tanto impresionó antaño y que

se ha reeditado hace poco. Pero al que esto os cuenta le recuerda el recuerdo de un recuerdo perdido y hallado por su maestro de primeras letras. Hace ya unos sesenta y cinco años. El antepasado personal del que os cuenta esto, lectores, el que habitaba y se hacía en el cuerpo que hoy le sostiene y nutre; el niño que, según el dicho de Wordsworth, es el padre del hombre —y abuelo del anciano—, era un muchachito reservado y taciturno. Hablaba muy poco distraído en ir soñando lo que pasaba. No tenía nada que decir; todo que oír. Y un día su maestro —me lo contó él mismo, bastantes años después, cuando yo (el yo nacido de aquel niño) era ya más que algo— le dijo para romperle la callada en que se envolvía: "¡Pero, Miguel, di algo!" Y aquel Miguel respondió: "¡Algo!" y volvió a callarse. Y en este "algo" del otro y el mismo que fui hace sesenta y cinco años me he puesto a pensar al ponerme a enhebrar mis notas de ahora.

¿La titularé *Algos*? Y al punto —es inevitable— se me ha venido a la memoria de literato español aquel pasaje del capítulo XXIX de la segunda parte del *Ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha* donde se cuenta la famosa aventura del barco encantado. Es cuando Sancho para notar si es que habían pasado la línea equinoccial, al pasar la cual se les mueren los piojos a los que van en el navío, se pasa la mano por un muslo, siguiendo el consejo de Don Quijote, por si los encuentra. Y al decirle a su amo que no la habían pasado: "¿Pues qué? —preguntó Don Quijote—, ¿has topado algo?" "¡Y aun algos!", respondió Sancho. Y el cervantista profesional señor Rodríguez Marín dice en nota que como esta locución sanchezca se ha hecho proverbial "no haría nada de más la Academia Española dándole cabida en su Diccionario". Del mismo señor Rodríguez Marín depende, me parece. Por mi parte, que entre.

Presumo que algún lector melindroso, de los que llaman eructo al regüeldo, torcerá el hocico al leer esto de piojo aparejado con algo sin reparar en lo que es la vida de cada día. Y aquí vuelve a asaltarme otro recuerdo de esos que no nos trae la lógica, sino la bendita imaginación, y es aquello que dicen que decía de su Portugal el rey don Carlos de Braganza, el sacrificado, y era: "isto é uma piolheira!", o sea: "¡esto es una piojera!" ¡ Y qué pueblo vivo, y anhelante, y sufriente!, ¿no? ¡Una piojera! ¡Y cómo verbenea! No la masa compacta, la terrible masa uniformada y encuadrada, que avanza —o retrocede— hacia no sabe qué destino (ni quién la conduce), sino la gusanera, la verbenera, en ebullición espiritual.

¡Quién pudiera, Dios mío, en vez de concentrarse en una de esas visiones más que históricas, sociológicas, de un pueblo cualquiera perderse en la contemplación de una nebulosa que sea el tejido de un sinfín de biografías, claro está que individuales! Hay seres humanos —personas— que parece han pasado por la vida en vano, como en inconsciente entrenamiento para la muerte, y sin embargo, han ido entrando en el espíritu de un prójimo —acaso de ellos desconocido— y allí han amadrigado y prendido otra vida e inmortalizádose. Y ahí al morirse no han muerto. A uno que me decía: "Mi alma es un camposanto en que duermen cuantos quise y se me murieron", le respondí: "La mía, un vivero en que viven y reviven todos ellos." De todas las voces de vida que lanzó José María Gabriel y Galán, el poeta mi amigo —de mi vivero—, la más entrañada, aquella en que al cantar la muerte de su padre dijo lo de vivir, "porque mis muertos no mueran". El culto a los muertos es el más íntimo culto a la vida…

(Mientras esto escribo tomándolo de mis notas, oigo fuera, en la calma de la tarde —después de una tormenta— las notas sueltas, desgranadas, de una flauta en que parece estar ensayándose algún

solitario soñador. Y las notas —casi sin hilo— del flautista, parecen gemir. ¿O por qué desatinada ocurrencia se me figura como si estuviese ese hombre jugando a las tabas con las de sus antepasados? Y de pronto como si un chasquido de una de ellas lo fuese de un olvidado recuerdo que se me escabulle de la memoria…) (¡Se está ahíto de ellos!)

¡ Y leer luego —u oírlos, que es peor— uno de esos discursos políticos, sociológicos, a las masas, a las turbas despersonalizadas, con los insistentes lugares comunes de semejantes actos! Y a lo peor uno de éstos provoca lo que se llama un levantamiento —suele ser hundimiento— seguido de un crimen colectivo. No lo que se llama pasional, que es individual; de estos de que a diario se nos sirve el relato. Y el tejido de estos relatos de crímenes psicológicos, no sociológicos, de pobres piojos humanos que verbenean en el pueblo, nos da comprensión de la vida humana comunal, mucho más honda que el relato de una revuelta popular. ¿Qué le va a decir a una de esas muchedumbres despersonalizadas, a uno de esos públicos cubicables un orador de masas, él, que no lleve dentro el vivero de sur muertos inmortales? ¿Creéis que un jugador de ajedrez les dice algo a los peones, alfiles, caballos y torres —acaso rey o reina— de su tablero? Aunque sería inútil, pues esas piezas de madera —¡piezas al fin!— no oyen.

Una tragedia de masa… No; en la verdadera tragedia todos los que en ella toman parte son protagonistas. Y no cabe masa de protagonistas, que individuo equivale a persona. Y un pueblo, no una masa, se fragua, no se amasa, de personas y no de meros individuos, no de Fabios cualesquiera.

Y… ¡ay!, aquel mi niño de hace sesenta y cinco años, que cuando su maestro —¡santo varón!— le decía: "¡Di algo, Miguel!", le respondía: "¡Algo!" Han corrido los años, pasádose vidas, propias y ajenas, por él, y sigue buscando algo que tener que decir. No a muchedumbres despersonalizadas, sino a personas, sino a vosotros, lectores de estos comentarios tejidos con hebras de vidas de mi vivero.

En retiro de remanso serrano

Ahora (Madrid), 27 de agosto de 1935

Trazo, lector, con sosiego y holgura estas líneas en un lugar de mi Castilla rayana a Extremadura, de esos terminales de ir, quedarse y volver y no de ir, pasarse y seguir. En uno de esos que son como remansos de espacio, de tiempo y de pensamiento, que convidan a ver más que a discurrir. Bien que, ¿hay acaso visión que no empuje al discurso? "¡Va hecha una visión!" —una estantigua o un adefesio—, dicen las mujeres de la otra que va fuera de moda de tiempo, de espacio o de gusto. Las mujeres de este lugar que digo —ya apenas si no las ancianas— van hechas visiones, con atavío tradicional que acabará por ir a museo etnográfico —de trajes regionales— como el de sus hombres, hace tiempo en desuso, que se nos conserva en una pintura de Goya.

De estos lugares —aldeas, villas y aun ciudades-terminales quedan todavía bastantes en nuestra España, llena de nudosos rincones y recodos geográficos. O en un cabo de costa o en una falda de montaña serrana. Mas el rodar de la Historia va gastando su extrañeza entrañada. Los modernos medios de transporte y comunicación les descomulgan de la tradición castiza. La vida de industria y comercio afluye a los que, junto a líneas férreas por lo común, ofrecen conveniencias mayores al tránsito y al tráfico. Este mismo lugar en que estoy escribiendo ha perdido en treinta años cerca del 40 por 100 de su población. Caído ya el sol —en verano—, comerciantes e industriales en retiro de su negocio al lugar nativo pasean sus recuerdos por entre castaños a que, cuando niños ellos, vieron frondosos y que ahora, en agonía, tienden algunas ramas secas, sin follaje, al cielo de la tarde.

He subido por las empinadas y enchinarradas calles a su iglesia de Nuestra Señora de la Asunción —hoy su fiesta— a ver la salida de misa. Y luego, desde mi breve retiro veraniego, he contemplado el valle. A mis pies; una huerta, detrás la roja "testudo" de los tejados de las casas del lugar, todavía sin chimeneas las más, que así lo pedía el oficio de la industria local de embutidos. Y allende, cerrando el horizonte, el entablamento de unos cerros rocosos y pelados. Todo a una luz quieto, de remanso también y de visión.

¿Y eso que llamamos cuestión social? Ni apenas. Jornaleros menestrales que hacen a oficios pasajeros; ya siegan heno, ya siembran patatas, ya reparan viviendas. No cabe decir que haya masa de "casa de pueblo", por ser pueblo casi sin masa. Lo que a estos lugares, de verdaderas comunidades —poblaciones— les distinguía y distingue aún de las masas humanas, colectividades—agrupaciones—, era la vida interfamiliar, social. El lugar era una casa —no una masa— con sus trabajos y sus fiestas. Sobre todo con los bautizos, las bodas y los funerales, fiestas también de vecindad, y las tres raíces cardinales del culto religioso popular: cristianar, casar y enterrar. Y ahora, en camino estos actos de hacerse religiosa y no eclesiásticamente civiles, laicos, es que la civilización que incubó la Iglesia pasa a ser obra de la Nación, del Estado. Nacimiento, casamiento y enterramiento se desamortizan. Honda mudanza que en el pensamiento y el sentimiento populares —laicos o civiles— trae el sentir y pensar que son actos de culto civil nacional los registros del nacer, el casarse y el morir. Día llegará acaso en que al "cristianar" se le llame "españolar". Y por algo la tradición eclesiástica ha resistido esos tres registros. Mientras tanto allí abajo, en el fondo, velado por verdura, del valle, se oye a la locomotora de vapor que enlaza Castilla con Extremadura, y oigo aquí, tal un canto secular, el susurro del agua de la reguera que pasa, calle abajo, desde él alto de la sierra. Agua que va, así canalizada, al Tajo, y de éste, a la mar.

Al venir a estos días de remanso serrano me he traído no libro alguno en español, sino en inglés. He pensado que para español me bastaría con el diario provincial, que nos trae las noticias de las reuniones ministeriales, de los mítines políticos, del crimen de cada día y de los demás deportes. Y así, me he traído los poemas de Keats para, al brizo del susurro del agua de la reguera de la calle, oír mental y cordialmente el gorjeo del inmortal poeta, que hace ciento dieciséis años, en el brevísimo vuelo de su vida, lanzó al cielo su oda al ruiseñor. El que pedía beber de la Hipocrene y dejar, sin ser visto, el mundo y desvanecerse con el ruiseñor en el sombroso bosque. El que sentía que, en la ciudad, pensar

es estar lleno de cuidados. El que cantaba que más que nunca le parecía cosa rica el morir, el cesar a media noche sin pena, mientras el pájaro exhalaba en torno su alma en arrobo. El que acababa su oda con: "¿Fue una visión o un sueño de despierto? Huyó esa música. ¿Velo o duermo?" Murióse a poco más de sus veinticinco años.

Y yo aquí, en este mi actual lugar y estado de remanso y retiro, oigo no a ruiseñor, pero sí a esta reguera serrana de la calle, que me dice de la eternidad de la historia religiosamente popular con aquellas inmortales palabras de nuestro poeta castellano, el de que "nuestras vidas son los ríos que van a dar en la mar…" Como este regato. ¿Es una visión? ¿Velo o duermo? Porque ¡tener, Dios mío, que volver a la corriente y a la rompiente y a tener que salvar alguna otra presa de molino…! Y esto, ¡a la edad de uno…! Del uno mismo habitual…, que es el hombre de cada día… ¡Deporte también!

A un mozo de partido

Ahora (Madrid), 30 de agosto de 1935

¿Un hombre en conversación consigo mismo, esto es: en desdoblamiento, es un hombre uno? ¿Pero el que es un hombre solo es hombre? ¡Pasar la noche desvelado, en aguardo de oír sonar las horas en el reloj de la iglesia, en sentir resbalar inútil el tiempo vacío! Hace poco me decía mi nieto: "Yo sé para qué sirven las mariposas; para meterles un alfiler por la barriga y clavarlas en un cartón, unas junto a otras." Para eso sirven las horas, pero cuando hay alfileres y cartón para ellas. Y si no, a conversar uno con el otro mismo… ¿Es esto diálogo? No, según me dice un lector objetante y criticante. El diálogo pertenece a la dramática, según ese lector, y también a la épica, pero no a la lírica. Y lo mío, lo de este desordenado comentador aquí, es de puro desorden lírico. Y menos mal que no me trae a cuento a Píndaro.

¿Me habla, en efecto, de mi desorden lírico, y me acusa… de qué? De poeta, condición poco seria y a propósito para ocuparse, siquiera de vez en cuando, en política. "Usted no es más que un poeta", me dice. ¡Gracias! Y gracias a Dios… Pero veamos en qué sentido. Porque aquí, en esta tierra de charrería —lo he contado ya otras veces—, poeta quería decir "calendariero", el que hace o compone juicios meteorológicos del año para los calendarios, en verso, según era uso. Por lo cual, como presentara yo antaño en una alquería de la tierra a un mocito cortesano que iba para poeta —quiero decir versificador—, el mayoral le pregunta: "Y diga, ¿qué tal otoñada tendremos? ¿Lloverá en septiembre?" Y como también se suelen hacer calendarios políticos —que así es como los llaman—, hay entrevisteros de esos de lápiz y cuartillas en mano que tomándonle por "poeta" se me acercan a preguntarme si creo que habrá elecciones por noviembre y si las harán los radicales o los cedistas y si… Todas las demás preguntas de cajón. Del cajón de las vaciedades. (Aunque, dicho sea de paso y entre paréntesis, el cajón de aquella frase nada tiene que ver con el cajón de caja.)

Pero, lector objetante, ¿qué quiere usted? ¿Que le espete yo aquí todos esos sobados lugares comunes —y excusados— político-sociológicos? ¿Quiere usted que cultive esa literatura pseudo-política, que está inundando a nuestro público de ramplonería y de chabacanería? ¿Toda esa bazofia de olla podrida y de garbanzos turrados? Que no es lo peor lo que dicen, sino el modo de decirlo. ¿Quiere usted que me ponga yo aquí a estructurar sugerencias auténticas ? No merece mi pena de hacerlo. Ya habrá penados que lo hagan; y bien penosamente por cierto.

Me acusa mi objetante de que cuido más del modo de decir que de lo que digo. Pues ¡anda, y está bueno! ¡Como que el modo es el qué! Ni me hartaré de repetir que todo el progreso civil de nuestro pueblo estriba en cobrar un lenguaje político ceñido y con sentido. En que se deje de manejar y babosear esos términos hueros, como los de izquierdista, derechista y otros por el estilo. Aunque…, ¿estilo? Eso no es estilo. Y menos el que han dado en llamar nuevo, ése del fajismo —disfrazado a las veces—. El de los de mollera fajada, quiero decir. Fajada para que no dé en parir y aborte; para que no quede encinta —esto es, desfajada—. Que el fajismo tira a esterilizar las mentes. Y resultan esos fajistas sujetos de dogmas —doctrinas y creencias— inmuebles, bienes raíces de mentes esquilmadas. ¡Y qué bienes! Cachivaches desportillados, no ya inmuebles. Ahora, cuando el fajo —en italiano, "fascio" —es un trampolín… Aunque sea de madera podrida. Pues conozco fajista de ésos —aunque de otro modo se llame— que pretende dividir a los españoles en inteligentes y no inteligentes. O, como él dice, los de "talento integral" y los otros. Y ellos, ¡claro!, son los del talento integral, integralistas. Juran por el jefe, el "duce" o el "führer". Agachar la cabeza ante el cual es muestra de libertad interior, distinta de la pecadora libertad del liberalismo; muestra de libre sumisión, de disciplina.

El susodicho objetante, apestado de toda la tontería del estilo nuevo, me acusa, además, de mi desorden expositivo. Barrunto que el mocete anduvo en seminario donde le enseñaron a ordenar el latín de las oraciones de aquellos pobres paganos desordenados para poder traducirlos. ¡Condenado hipérbaton! Que es —ya se sabe— una especie de figura retórica de las que nos enseñaban en tercero, en Retórica y Poética. En el cuarto "dábamos" Psicología, Lógica y Ética. Y llegaba lo serio: ¡la Lógica! Después —ya no en mi tiempo de bachillerato se metió lo del Derecho usual, un paso a la política. Que permite darse pisto en las conversaciones y controversias de la mesa redonda de las casas de huéspedes, en que se discute los artículos de fondo —políticos, ¡natural!— del periódico. Artículos doctrinales. Y a la vez, prácticos, de calendario, pues, en ellos se suele dar las razones por las que no cabe suponer que pueda haber elecciones en lo que vaya de año, póngase por caso.

¡Ay, lector objetante, qué lástima que mi fiel veneración a nuestra buena lengua madre me impida, por no romper su castidad —que es casticidad— maternal, meterme de rondón en esa literatura que usted en mí echa de menos! Aunque sospecho que cree que lo hago por cuquería, por no comprometer mi posición.

Y ahora, ¿cuándo todos esos mozos de partido —de juventudes de partido— se dejarán de dejarse empapizar con esos bodrios de literatura supuesta política? ¿Cuándo se pondrán a cobrar conciencia y sentido de la lengua en que tienen que pensar, si es que quieren pensar por sí? ¿Cuándo dejaremos de oír o de leer todas esas vaciedades, algunas de las cuales —las más inofensivas, por lo común— no suele

dejar pasar la censura oficial por estar tan vacía ella de sentido como los que las barbotan o garrapatean? ¿Cuándo pasará esta racha de monerías? Porque no es lo mismo el hombre que el mono, que le remeda. ¡Ah, no!

Y ahora, a mi poesía otra vez.

Salvajería

Ahora (Madrid), 4 de septiembre de 1935

Pobre muchacha, enclaustrada en un convento urbano —o de suburbio, peor—, por todo campo un corralejo, con un ciprés desde cuyo pie miraba al pedazo de cielo que recortaban sus cuatro tapias! Se moría de soledad —nostalgia— de su cielo natal, el de la llanada en que se hizo, desde niñez, su alma. Y para que ésta se le resucitase hubo que llevarla a su cielo natal, a su país, que era su cielo; a su paisaje, que era su celaje; a la tierra que ese cielo libre ciñe y envuelve en redondo. Al campo; al campo de cultivo, que es humano. Porque la cultura es campesina, aunque la civilización sea urbana. Y acaso conventual. Pero hay además la selva que ni es culta, ni es civil. La selva que algunos llaman virgen. Virgen de humanidad y de cultura; no surcada ni domesticada por el hombre; no roturada.

La selva es lo prehumano, lo prehistórico. En ella se cría el salvaje —"silvaticus"— el hombre de la selva, el compañero del mono. No el campesino, el aldeano, el hombre del campo y de la aldea. A lo más el cazador del bosque. En las estepas, en los páramos, en las pampas, en las sabanas, no se crían salvajes. Ni en los desiertos mismos. El beduino errante por el desierto ha de sentir que sobre éste se asienta el cielo todo, o como si su suelo de arena flotase en el cielo. Y suele ver en éste, en su horizonte terrenal y celestial a la par, por espejismo, oasis de refresco. En la selva, entre su maleza, se engendró el pánico, el terror al dios Pan, inmotivado, el que lleva a locos arrebatos.

Hay la llamada Selva Negra ("Schwartzwald") y hubo la selva de Teutoburg donde los salvajes —que no bárbaros— guiados por Arminio destrozaron a los campesinos romanos de la legión de Quintilio Varo. Fue en el año noveno de nuestra era cristiana. Una lucha simbólica entre arios de campo, campesinos, y arios de selva, salvajes. Y al margen de ellos los judíos, el pueblo de pastores primero y mercaderes después, del que era el judío Jesús de Galilea.

Luego los salvajes, atravesando la Edad Media campesina y agrícola, se recogieron en ciudades. Y en la ciudad resurgió la selva. Porque la gran ciudad sobre todo, la urbe muchedumbrosa, la de las masas, con sus escondrijos, sus malezas urbanas, sus callejuelas, sus conventillos — así los llaman en Buenos Aires— suelen ser guaridas y madrigueras de salvajes. ¿Quién en una gran ciudad se para a ver la salida o la puesta del sol o de la luna? ¿Sobre los tejados? ¿Quién en ella levanta de noche, entre calles, la

cabeza al cielo a mirar a las estrellas? Cuando se dice de una ciudad que es una gran aldea se la ensalza. Van en ella acaso las mujeres ciudadanas a buscar agua, con sus cántaros, a la fuente comunal de la plaza pública. Mientras la gran ciudad selvática cría o acoge en sus malezas callejeras a salvajes. Las malezas de la selva no son pañales, sino mortajas de la civilización.

Así como el gato doméstico, de alquería o de cortijo, campesino, cuando huye al monte, cuando se remonta, se hace montes o montaraz, cimarrón, salvaje, así el campesino, el aldeano, al remontar a la gran ciudad, dejando la azada o la mancera, suele hacerse, no pocas veces, cimarrón, salvaje. Sobre todo el arrabalero. Que hay en las grandes ciudades cuevas, covachas —y covachuelas— y hasta cavernas urbanas. En las ciudades hay más cavernícolas que en las aldeas del campo. Las aldeas del campo suelen arrojar de sí, como escurrajas, como el mar algas a las playas, su morralla selvática. Y cuando irrumpen en una ciudad hordas soliviantadas —con mayor o menor motivo— no suelen ser los más salvajes los de origen campesino, los que llevan en las manos callos del azadón, sino que suelen ser de los otros, de los de dentro. Las mayores salvajadas suelen cometerlas los salvajes indígenas, los naturales —no espirituales— de la ciudad, los nacidos y criados en ella o a ella remontados y hechos cimarrones. Resurgen en ellos los instintos selváticos del cazador, generalmente furtivo, y si no hay otra pieza que cazar se ponen a cazarse los unos a los otros. No es barbarie, no, sino que es salvajería. Algún sociólogo diría que es un caso de atavismo.

Y estos salvajes suelen dividirse en dos bandos. O en dos órdenes, llamando cada uno de ellos desorden al del otro… Y es lo más trágico cuando uno de los dos bandos de salvajes, invoca a la patria, que no es la tierra común de ambos, de todos ellos, la ceñida y envuelta por el cielo común, pues esos que así la invocan no son de los que van a ver salir el sol por el horizonte campestre ni de los que miran de noche a las estrellas. Les tira a bandearse así el hormiguillo de la salvajería. Y os hablan, los unos y los otros, de juventud, y de energía, y de eficacia. Y todo ello es salvajería; rehúsa a la cultura y a la civilización. Y con todo ello esclavos. Aunque a la esclavitud la llamen disciplina.

Y esta lucha de salvajes, a cazarse los unos a los otros, se trama hoy entre unas naciones contra otras y dentro de cada nación, en guerra civil. ¿Barbarie? No. Estrictamente los bárbaros, los extranjeros, son otra cosa. Terribles los salvajes, que atravesando la barbarie, sin probar su civilización —que la tiene— se van a la vida urbana. Y en ésta hacen acciones y reacciones, tan salvajes las unas como las otras. Hoz y martillo o haces y yugo, ¿qué más da?

“Estamos enfermos de civilización” —se dice alguna vez—. No; estamos enfermos de salvajismo. Aún nos oprime la selva —y el “lucus” de los romanos— y nos destrozan el ánimo el “pánico” —el terror a Pan— y vagan por nuestras ciudades faunos y sátiros y silvanos. Y toda clase de salvajes —salvajes de toda clase— que unos se dicen o se creen cristianos y los otros paganos. Y ni lo uno ni lo otro, que ni la selva —sea urbana— es verdadera iglesia ni es pago de campo. Y por otra parte ellos, esos salvajes de ambas clases, no son ni eclesiásticos —en su sentido recto— ni laicos o sea populares. La selva no inspira más que supersticiones y fetichismos. O sea hechicerías. Por sus fetiches o hechizos, por sus amuletos, por sus muecas, por sus ademanes rituales se les conoce a los salvajes. ¡Y cuántas de estas señales persisten a través de los bárbaros, hasta en los civilizados!

Y si algún lector me preguntase por el remedio he de decirle que no me pongo a curandero sino invito a cada cual a que se haga examen de conciencia. Que sólo así podremos curarnos. Y conseguir que los salvajes no se atrevan, por vergüenza, a salir de sus madrigueras. Y ese examen lo mejor es hacerlo en una noche clara, en el campo, y contemplando el cielo estrellado y la estrellada celeste.

Respiración popular

Ahora (Madrid), 11 de septiembre de 1935

Había que libertarse del confinamiento en la celda doméstica, del respirar lecturas y comentarios expirados —lo que envenena la inspiración—, purgarse de noticias de Prensa y de chácharas de café o de casino. Y para ello ir a respirar aire libre, de campo o de pueblo sencillo e iletrado. Esparcirse, desparramarse en uno o en otro. O mejor en ambos.

Era domingo y me fui a mezclarme con ei pueblo menestral y dominguero. Y a falta de campo más campesino, más rural, a la Alamedilla, muy modesto parquecito de esta ciudad, entre carreteras y una vía férrea. Lo más antiguo de él, unos viejos y venerables negrillos, entre los que, cuando llegué yo acá —hace más de cuarenta años— mostraban un banco de piedra al que llamaban "del rector". Luego arboleda reciente, algunos arriates de flores, estanquillos "grutescos" —con adornos de fingidos trozos de grutas— y en que se han ahogado unos cuantos pececillos municipales.

Allí me encontré en medio de un público dominguero: soldados, de aldeas los más; criadas de servicio —menegildas y no maritornes—, parejas de obreros, proletarios de verdad; es decir, con prole —dos o tres niños— y niños por allí, corriendo entre las filas de los adultos —tan niños como ellos— o acudiendo a los puestos de helados y golosinas. Una atmósfera, un ámbito de contento. Aquéllo sí que era juventud, y juventud popular. Sin juramentos, ni ademanes ni uniformes, ni maniobras, ni manejos, ni manoteos. A lo más, en algún rincón, a hurtadillas, algún manoseo más o menos rijoso y cachondo ¡Pero es esto tan juvenil, y tan popular, y tan natural y tan humano! Al fondo, hacia el río, la catedral se dibujaba —se esmaltaba más bien— sobre encendidas nubes de ocaso, cual gigantescos pétalos de una gran rosa celestial que se deshojaba. La media luna se marcaba ya, hoz celeste para segar ensueños. Todo ello, inspirador de frescura si no lo chafara una horrible gramola con sus aullidos de remedo humano. ¡Cuánto mejor los viejos organillos, ya arrinconados! Mas aún así me remonté y me refresqué. ¡Vaya un lavado de la porquería de la actual historia política!

Y ahora se me llega —¡es inevitable!— el interruptor y me pregunta: "Y bien, ¿qué sacaste de todo eso? ¿Qué me traes?" Pues… no saqué nada, sino que metí. Metí allí mi alma a que se restaurase de cavilaciones sociológicas y pedagógicas. (Sociología y pedagogía, dos cocos.) Y no te traigo, interruptor, más que esto: que te libres tú de ellas. Pues era aquello de la Alamedilla un paisaje y paisanaje —los dos

de consuno, ya que un país es la comunión entre ellos dos— humanos y naturales. Que ni discuten ni replican, si no se están. Y se bastan y nos bastan. Es como cuando uno se va a oír hablar a la gente y no para corregirle el habla ni aprenderla ni registrarla, mas para recrearse en ella y olvidar otras. Y mecerse en recuerdos de niñez y de mocedad. Como cuando hace cincuenta y cinco años me iba en las afueras de Madrid a ver los bailes populares de mis paisanos.

Y vuelve el interruptor, que está a lo suyo, a su tema, y añade: "¿Pero cuál es tu posición ante eso?" Pues… que no me pongo, sino que me dejo estar. Ni razono lo que no es ni razonado ni razonable. ¿Para qué? Además, allí me perdí para hallarme. Porque no estaba solo, sino más acompañado que nunca. ¿Solo? Solo se está ante un público de conferencias, que le mira a uno y no le escucha, antes solo a sí se "define". (¡Peste!) ¡Aquí sí que solo y perdido en la soledad! ¿Mas allí? Todo aquel pedazo de pueblo me parecía proyección de mi alma. "El mundo es mi representación", decía Schopenhauer. Y yo sentía allí —sin comprenderlo ni razonarlo— que aquel pedazo de mi mundo español era mi representación y parto de mi íntima voluntad. (Y sigo con Schopenhauer.) ¿Realidad? ¿Ilusión? ¡Psé! Palabras ociosas. Como Reforma y Contra-Reforma; tradición y progreso; revolución y reacción; cultura y barbarie… Y lo peor que con ello están enturbiando la más pura y clara fuente de consuelo humano: la poesía; con esas hórridas investigaciones de la historia de las ideas poéticas. Enturbiando la respiración popular.

Porque aquellos hombres y mujeres ¿qué pensarían de esas cosas en que nos ocupamos los desocupados de las suyas ? Estoy seguro de que los más de ellos no cuentan entre los que creen, como unos brutos, en otra vida, ni entre esos otros, que como otros brutos, dejan de creer en ella o la reniegan. Así como ni en la sociedad futura. Para la amartelada pareja obrera que se miraba en sus tres hijitos, la sociedad, no ya futura, sino eterna, eran ellos. Sí que han oído de otra vida y de otra sociedad, pero como los niños que viven la hora que pasa y se alimentan espiritualmente de cuentos, sin pararse en pedantescas y antiestéticas ociosidades de si reflejan o no —y cómo— las costumbres de tal tiempo y lugar, ni de si tienen o no base de realidad histórica documentable. Mejor idealidad indocumentada como la del cuento de nunca acabar o de la buena buena pipa. Por desgracia a las veces le llegan al pueblo rebotes de esas ociosidades. ¡Y ay del pobre niño que lloraba al enterarse de que el cuento no había sucedido como se lo contaron! ¡Y más ay de aquel otro pobre niño —¡terrible tragedia!— que a sus seis años lloraba porque se aburría!

Salí convencido de que mi pueblo —el que es mi representación y ¡claro! yo la suya— pone su refrendo —referéndum dan en llamarle los sociólogos— en este mi sentimiento de España. Y respiré aire de cielo de siglos. Y fuime, reconfortado y respirada —e inspirado por lo tanto— a acostarme, a mi celda doméstica, la de mis rumias solitarias para quedarme durmiente y no dormido. Durmiente (participio activo) es el que duerme su sueño —el sueño es vida—, y dormido (participio pasivo) el que no duerme, si no se duerme, y no sueña. Y por lo tanto no se sueña ni se vive a sí mismo. Los durmientes —y no dormidos— soñamos cuentos de nunca acabar, de la buena buena pipa; ni menos de concluir y sacar de ellos consecuencias de enseñanza pública. Dejamos a los dormidos que analicen los cuentos y su desarrollo secular y les saquen… ¿qué? Ellos lo dirán al fijar y definir su posición frente al destino. El mío es este. El del poeta, crear cuentos, ensueños, y no definir doctrinas. Y hasta al exponer doctrinas,

crear ensueños, cuentos, con base real o sin ella.

Y al llegar aquí me interrumpe, no el consabido interruptor, sino una maldita gramola de un salón de baile vecino a mi celda doméstica.

Acerca de la censura. Al señor ministro de la Gobernación, amistosamente

Ahora (Madrid), 18 de septiembre de 1935

Ya no; hay que salir al paso a procederes no ya dictatoriales, sino nada inteligentes. Pues nada más torpe que la manera cómo suele ejercerse la censura por los encargados de ella en las recientes y flamantes dictaduras.

Apenas entré, hace tres meses, en el Nuevo Estado —que así le llaman— de Oliveira Salazar, que ha sucedido al Portugal que tanto conocí y quise, cuando hube de protestar contra la manera con que allí se ejercía la censura. Y se impedía la entrada de número de diarios extranjeros —por lo menos, españoles— para que los portugueses no se enterasen del modo cómo se juzga fuera de ellos el régimen que les rige. Hubo manifestación mía al llegar allá —la de que soy individualista, liberal y demócrata— que se tachó en algún diario, mas no en otros. Dióseme por razón —mejor, sinrazón— de esto la de que en aquel diario, por ser de solapada oposición al salazarismo, mis palabras cobraban otro sentido. Y ello me obligó a protestar allí mismo, y en público oficial, contra tal manera de censura

Y ahora, hace pocos días, me he encontrado con una entrevista que Oliveira Salazar, asistido por su secretario de propaganda, ha otorgado a un redactor de *Les Nouvelles Litteraires*, de París, si es que no la ha solicitado de éste. Y, escocido acaso por aquellas mis censuras a su censura, se ha puesto a defender ésta con los consabidos y resobados lugares comunes del régimen dictatorial. Compungidas ramplonerías escolásticas de eso que llaman la libertad bien entendida. Pero resulta que aquí, en España, como estamos tan atrasados en política —según el mismo O. Salazar le dijo a uno de los que fueron a recoger sus oráculos—, no acabamos de entender esa manera de defensa de la libertad en los flamantes nuevos Estados. Mas en lo dicho en esa entrevista por el jefe del Nuevo Estado lusitano hay una afirmación que choca contra un hecho. La de que allí se prohíbe publicar noticias falsas, afirmaciones contrarias a la realidad de los hechos y no criticar éstos con serenidad y seriedad. Y esta afirmación de Salazar es falsa.

Y ahora debo volverme —ya es hora— a lo que, desgraciadamente, pasa, a este respecto, en esta nuestra España en estado de alarma o de lo que sea. Es el caso, por ejemplo, que recibo con regularidad cotidiana dos diarios de mi tierra vasca, el uno de San Sebastián y el otro de mi Bilbao. Es aquél —en

parte al menos— de mi buen amigo el señor Usabiaga, radical, y el otro, de mi tan buen amigo también el señor Prieto, socialista. Uno y otro diario tienen ciertos colaboradores comunes que mandan el mismo día un mismo artículo al uno y al otro. Y he podido observar que ese mismo artículo suele aparecer entero, sin tachadura alguna, en el diario guipuzcoano, que se rotula "republicano", y con picaduras en el vizcaíno, que no se rotula. ¿Es acaso que en éste adquieren especial gravedad manifestaciones que en aquél son inocentes?

El último caso ha sido el de un articulo de don Antonio Zozaya —escritor singularmente ponderado y comedido—, del que se han tachado juicios sobre el "hambre" y el "delirio imperialista impulsivo" no del pueblo italiano, sino de sus fajos. Tachado por el censor de Bilbao esto: "Ahora parece prepararse una nueva guerra, cuyas trágicas consecuencias a nadie es posible prever." Peligrosa afirmación en Bilbao, perfectamente permisible en San Sebastián. ¿Será acaso que la representación mussolinesca en España se queja de que aquí se emitan tales pareceres? ("Parece", dice el texto tachado.) Pues habría que hacerle saber lo que Norteamérica al Japón cuando éste se quejó de que en una revista de aquélla se hubiese publicado una caricatura del emperador japonés, cuya divinidad no está reconocida por los norteamericanos. Así como fuera de Italia somos muchos, pero muchos, los que no reconocemos ni la inteligencia ni el espíritu de justicia del "duce", aunque esto se deba a que, como me dijo cierto fajista traducido, carecemos de "talento integral". Y para que no se enteren de esto los italianos sometidos en Italia al fajismo, le cabe a éste el recurso, de que se vale, de impedir la entrada allá de las publicaciones en que así se diga. Y luego, cuando esos pobres sometidos salen al extranjero se encuentran con que los más se ríen de su ademán de saludo litúrgico y cómico.

Otro artículo —éste, de Antonio Espina— apareció el mismo día —24 de agosto— en ambos susomentados diarios, intacto en el de San Sebastián y con machacaduras en el de Bilbao. Véase el párrafo, en el que pongo entre paréntesis lo inocente en San Sebastián y nocente —o nocivo— en Bilbao. Dice así: "(Pero como nuestras derechas no se resignan a abandonar sus inveteradas costumbres de juego sucio), pese a todas las lecciones que les dé la realidad, ahora pretenden con un candor muy parecido (a la estupidez) enfocar la cuestión por otro lado." Importa poco aquí al caso de qué cuestión se trataba, aunque no estará de más advertir que el artículo empezaba con un elogio al señor Azaña, que es… ¡tabú!

Y ahora bien, mi buen amigo, señor Portela Valladares: a usted, que es comprensivo y razonable y, por lo tanto, liberal y demócrata, a usted le digo que el que ejerciten así la censura subordinados suyos es cosa de un candor —no sé si servilidad— no muy parecido a la estupidez, sino idéntico a ella. Y si hubiera —quisiera creer que no le hay— algún hombre público (si no de autoridad, de poder) a quien le molestaren ciertos juicios sobre su juego político, hágale entender que podrá y deberá dolerse de que ése su juego se estime sucio; pero no es lo mismo que le estimemos juego estúpido. Que todo hombre de Poder público puede y debe sentirse agraviado de que se ponga en duda la limpieza de su juego, pero no la inteligencia con que lo ejercita. Hay que someterse a ello.

Y no sirven para cohonestar esas maneras de censura las compungidas ramplonerías neo escolásticas de la dictadura académico-castrense del Nuevo Estado lusitano. Ese no es criterio. Ni siquiera la de

aquel tan vagamente ameno —a ratos divertido— y superficialísimo librito *El criterio*, del discreto periodista Jaime Balmes, desdichadamente supuesto filósofo, librito que sirve de texto en cierta escuela —subvencionada por el Estado— de periodistas censuradores y candorosos.

¿Será, mi buen amigo, el decir esto en servicio del Gobierno y del buen gobierno sobre todo, también censurable? No lo debo creer.

De mitología entomológica

Ahora (Madrid), 27 de septiembre de 1935

Al inaugurarse en Madrid el Congreso de Entomología se me subieron a la memoria muchos de mis mejores y más puros recuerdos de niñez y muchas de mis más íntimas enseñanzas de mis patriarcales observaciones de los niños. En relación con los insectos. Como en la animalidad los insectos, son en la humanidad los niños, los más recientes y más frescos y a la vez los más antiguos y más asentados. Más antiguos aquéllos —los insectos— acaso que los monstruos paleontológicos; más antiguos éstos —los niños— que los salvajes prehistóricos y cavernarios. Y así es que por los insectos, a los que puede manejar y jugar con ellos, es como el niño mejor se adentra, intuitivamente, en el espíritu de la naturaleza del reino animal. ;Qué descubrimientos y qué sencillos asombros! “¡Tan chiquito y sabe ya tanto!”, me decía de un bichito un niño. ¡Y lo que su imaginación les debe! Si el que se ha llamado el Homero de los insectos, Enrique Fabre, llegó a tan viejo, con tan fresca, infantil y antigua vejez, se debió, sin duda, a su trato familiar con los insectos. Y entre nosotros, en España, ahí está la fresca y a la vez antigua vejez del benemérito don Ignacio Bolívar.

¡Qué bien estaría que se escribiese —para niños y mayores— algo de folklore entomológico infantil, de leyendas de insectos, de su mitología! Juguetes fueron de nosotros, niños, los grillos, los llamados en mi Bilbao “cochorros” (esto es, cochinillos), en Santander “jorges”, en Asturias “bacallarines”; el “melolontha” de que habló Aristófanes y al que, por mi parte, he dedicado más de una mención; la vaquita o coquito de Dios —“… ¡cuéntame los dedos y vete con Dios!”—, la que llamábamos “solitaña” —“¡soli solitaña, vete a la montaña; dile al pastor que traiga buen sol para hoy y pa mañana y pa toda la semana!”—, la luciérnaga, el caballito del diablo (en vascuence, “asador del infierno”), de un pobre diablo (y asador de un pobre infierno); el por mote científico “mantis religiosa” (en tierra de Ávila, santa-teresa) y tantos más con su cancioncilla o jaculatoria a las veces.

Hay uno que personalmente me intrigó desde niño y que hace poco contemplaba en el canalillo del agua del Lozoya, al pie de la Residencia de Estudiantes. Es el llamado zapatero, tejedor y escribano. El Diccionario oficial, en “escribano del agua”, le llama araña, cuando es insecto, pues tiene tres pares de patitas y no cuatro. Y, por otra parte, al registrar su mote científico—“girino”— le toma por renacuajo,

que es cría de rana, un vertebrado. ¿Qué tendrá este misterioso animalito que el íntimo poeta flamenco Guido Gezelle —capellán de un cementerio donde cultivaba flores— le dedicó un precioso poemita? Y en flamenco se le llama también escribano. (O escribiente.) Gezelle le cantó con la misma alma con que cantó aquella misteriosa visión de una puesta de sol en el horizonte de una laguna, donde dos discos solares, uno bajando del azul del cielo y otro subiendo del azul del agua se asumen y funden uno en otro. ¡Escribano! ¿Y qué escribe en el agua? "Triste cosa —pensaba yo contemplándole— arar en la mar; pero… ¿escribir en el agua?" Y recordaba cuando Jesús dijo a sus discípulos: "¡Soy yo; no temáis!" (Juan, VI, 19.) Fue que se asustaron al verle marchar sobre el agua, como el escribano y tejedor de ésta. Él, Jesús, si paseó ("peripatounta" dice el texto) por sobre el agua, no escribió en ella, sino una vez en tierra; mas ¿no escribieron en agua los escribanos que de Él escribieron?

Todo esto es mitología, poesía entomológica; pero la ciencia se interesa más por la economía, por los insectos útiles o perjudiciales al hombre y a sus frutos, por las plagas del campo, por la apicultura, la sericultura y demás culturas entomológicas. Y por los insectos sociales. Sobre todo las abejas, las hormigas con sus diversos fajos y esos horribles términes —en el Diccionario oficial no figuran—, especie de "nazis" de la entomocracia. ¡La colmena, el hormiguero, la termitera! ¡Cómo los admiran muchos! Por mi parte, me atraen más los pobres insectos señeros, solitarios, individualistas si queréis. Y que si se nos presentan a las veces en muchedumbre, no es formando masas. Tales las moscas, las tan aborrecidas y calumniadas moscas.

También las moscas fueron juguete de mi niñez y lo fueron —y seguirán siéndolo— de los niños. ¡Qué sorprendente efecto el de ver pasearse a una pajarita de papel —de fumar y de un solo pliegue— sobre una mesa, llevada por una mosca, sujetas sus alitas —con cera— a las patitas del artefacto! (Hace falta destreza.) Cada vez que recuerdo aquella fábula que empieza: "A un panal de rica miel dos mil moscas (¡son demasiadas!) acudieron y, por golosas, murieron presas de patas en él…", me represento la tragedia de los pobres animalitos anarquistas o libertarios. Como alguna otra vez me he detenido a contemplar esos mosqueros que son una botella especial con agua y una trampa, por la que entrando las moscas caen en el agua y allí se ahogan. ¡Y verlas subiéndose las unas sobre las otras y hundiéndolas más al querer sostenerse sobre ellas, para hundirse, a su vez, por falta de sostén! ¡Qué espejo de sociedad humana! De sociedad humana individualista —se me dirá.

Hubo, por otra parte, tiempo, siendo yo un mocito, en que —como creo que dicen que hacía Spinoza— crié en una caja una araña dándole moscas y haciéndole inútil su tela. Y pude observar con qué parca ración se satisfacía la araña. No así el vencejo ni el camaleón. Del que dicen que se mantiene de aire. No cabe fiarse de los que se dice que viven del aire.

Mas… ¿a qué seguir? ¡Qué de cosas podría decir a mis lectores si recogiese todos mis recuerdos infantiles de la historia, y la leyenda, y la fábula, y la mitología de los insectos! De los articulados, como también se les llama. ¡Qué de artículos podrían inspirarme los articulados esos! Pero hay otros articulados —mejor, desarticulados— humanos que interesan más a nuestros lectores. Y, sin embargo, yo les digo a éstos que no hay articulado humano que nos ofrezca más puras enseñanzas que un grillo, un "cochorro", un coquito de Dios —¡qué tierna ocurrencia la de consagrarle al Creador!—, un caballito

del diablo, un ciervo volante, un… ¡Y qué espejos para los hombres! Supe una vez de Bagaría que se había dedicado a dibujar —del natural, ¡claro!— insectos. Lo había yo adivinado al ver las profundas caracterizaciones humorísticas que lograba al caricaturizar a los hombres con formas de ortópteros, coleópteros, himenópteros… Y chupópteros. Toda una psicología entomológica humana.

Y que aquellos de mis lectores que, a su vez, escriban para el público se paren a la orilla de algún remanso, a la sombra de un sauce o de un aliso, a contemplar la obra del escribano del agua. ¿Habré estado yo escribiendo este artículo en ella?

Ensueños. La Gruta del Amor

Ahora (Madrid), 4 de octubre de 1935

¡Qué tarde dominical y canicular de fin de julio aquélla! Había logrado escaparme de Madrid, del Madrid universitario y parlamentario y ateneístico y, sobre todo, del estrépito ensordecedor de su Gran Vía, que infestaba el hotelito de mi estancia. Horribles ruidos de autos y camiones y a las veces —lo que es peor— de radios con altavoz para porteras. Y ¡ahá! A trabajar. Ya en mi vivienda de más de veinte años de vida y de muerte, en recatado rincón de la ciudad querida, casi en un suburbio de ella, entre conventos, al caer de la tarde. Aquí, el corralito, jardincillo enjaulado entre casas, pequeña manigua con dos acacias —la una brotó de una raíz aflorada de la otra—, una higuera que tiende sus hojas sobre el tejadillo de una carbonera y un albérchigo cuyos frutos cabe coger desde una galería doméstica. Y al otro lado, al norte de la casa, mi celda de trabajo y de descanso, en que los recuerdos se me derriten en ensueños.

¡A trabajar! A soltar el abejorro san juanero —"cochorro" en mi infantil bilbaíno— de la imaginación recreadora; a buscar expresiones. ¿De qué? ¡Ello saldrá! Un ansia de expresión, de expresarse uno, de exprimirse, de soltar la dulzura de la soledad. ¡Buscar expresiones! ¡Qué honda esa frase cariñosa cuando se le dice a quien va a ver a un ausente querido: "¡Dele muchas expresiones de mi parte!" A buscar, pues, lector querido, expresiones que darte.

A trabajar en la tarea de buscar expresiones y a solazarse en el trabajo, que hace vivir y da de vivir. No era en el barullo madrileño ni tras asuntos políticos y de eso que llaman actualidad. No eso, sino, estilográfica en mano, sobre la cama de mi celda, tras lo eterno de cada momento, tras la cotidianidad de la eternidad pasajera. ¿Asuntos? ¡Uf! Aun me pesaban en la memoria el hastío y el enojo que me causó cierto artículo de fondo —sin fondo— político, que se ocupaba (¡ocupación era!) en la democracia —»burgocracia» le llamaba— y cuyo tono sonaba a serrín comprimido. Ansiaba esquivar semejantes asuntos. De molesta asunción. Y sacudirme salpicaduras del charco público central para recibir rocío de recuerdos de ensueño. ¡A soñar, pues! Y a darle al ánimo desenvoltura.

Tras de mi celda, dos corralitos suburbanos, con sus parras, sus arbolitos —ropa blanca tendida a secarse al sol— y gallinas picoteando en sus empedrados, la separan de un pobre edificio de solo piso bajo, donde está instalado un salón de baile popular. Su nombre: "La gruta del amor". En él, convertido en colegio electoral, votamos las elecciones que derribaron la monarquía. Cae la tarde sofocante de canícula y empieza el alivio de la puesta. La música de la gramola del baile parece la queja arrastrada de un animal herido que se desangra. A ella se mezclan las lentas y espaciadas cimbaladas de un convento de monjas recoletas, chillidos de vencejos que zigzaguean por el aire, zumbidos de un moscón que se me ha metido en la celda y el rumor vital de mi sangre soñadora en el pabellón de la oreja. Todo ello, una orquesta que acompaña a mis ensueños. ¡El címbalo conventual! ¡Quién sabe si a alguna monjita, al sentir en la soledad recogida de su celda la música de la gramola mundana, no le danzarán en el corazón adormecido infantiles recuerdos lejanos de bailes al aire libre en el prado del ejido de la aldea!

La gente moza se divertía, mientras yo, a los sones del bailable, del címbalo conventual, de los chillidos alados, del mosconeo y de mi propia sangre, ordenaba mis notas —las de mi música íntima— sin orden, ni concierto, ni método. ¡A la porra el método, que harta porra es él! ¡A seguir el ritmo de la música de la gruta del amor! Al son callado, pitagórico, de la música de las esferas bailan los astros. Y a su baile se le llama revolución.

¡"La gruta del amor"! Gruta es cripta —palabras hermanas— y es frescura. Pero ¿frescura allí y en semejante tarde? ¿Y en baile agarrado? (Y, entre paréntesis, ¡hay que oír las necedades que de la coeducación dicen los mentecatos pedagogos tradicionalistas de ambos sexos!) ¡Lo que sofoca el agarro y el meneo! Entra alguna mocita clara y fresca como agua manadera y se sale tibia y turbia como de bañera. Pero así se preparan generaciones de electores venideros. En el baile, obrerillos, estudiantillos, horteras, costurerillas, mecanógrafas, criadas de servicio… Hay de estas charritas o serranitas que al chapuzarse en el ámbito urbano de la ciudad se pegan anzuelos de pelo en las sienes, junto a cejas supernumerarias —dejando aquel servicio, ¡claro!—, o acaso se calzan… medios. ¿Medios? Sí; medios calcetines, como las medias provienen de medias calzas. Y acaso allí, con el agarro y el meneo, se incuba uno de esos crímenes llamados pasionales —no sociales— de cada día. O un suicidio. "¡Allí empezó mi desgracia!", decía, refiriéndose a una gruta de éstas del amor, uno que purgaba en un calabozo un mareo de baile. Lo que no quiere decir, ¡claro!, que yo me apoyase, para estas suposiciones, en nada que supiera de esta mi vecina gruta, de que nada concreto sé, sino el haber votado en ella candidatos republicanos. Después de haber andado de candongueo electoral. Y no por grutas de amor.

Y luego —pensaba yo en mi celda—, esos de la gruta, del agarro y del meneo levantan el puño diestro y se enardecen por otro baile. O hay que verlos en el cine, en ciertas películas, mejiendo la lubricidad al revolucionarismo… Mas ¡es la vida! La vida que se nos va y se nos viene como los sones de la gramola de danza, del címbalo conventual, de los chillidos de los vencejos, del mosconeo de los moscones y de la sangre propia, que nos susurra el vaivén de la vida entrañada. ¿A qué afanarse más?

¡Qué tarde dominical y canicular aquella del 21 de julio de este año! Quede aquí su nota.

Un pecado de San Luis Gonzaga

Ahora (Madrid), 8 de octubre de 1935

En mis *Recuerdos de niñez y de mocedad* he contado los de cuando en mi nativa (no nativo) Bilbao pertenecí a la Congregación de San Luis Gonzaga durante la época de mi bachillerato. Que lo hice en el Instituto Vizcaíno, el oficial, y no en colegio alguno privado ni eclesiástico. Así como la Congregación, en mi tiempo de ella, no fue dirigida por jesuita alguno. Después, sí. Y no olvidaré nunca todo lo que se nos contaba de San Luis.

Siempre —ya desde entonces— me pareció aquel cuento o relato una especie de novela hagiográfica amañada para servir de libro de edificación a los muchachos. Y más de una vez he pensado si habrá una biografía de ese santito que sea a la que se nos servía lo que la biografía de San Ignacio de Loyola que figura al frente de la *Historia de la Compañía de Jesús en la Asistencia de España*, del P. Astrain, S. J. —es decir, jesuita—, es a las vidas de edificación, empezando por la del padre Rivadeneyra, es decir, una biografía limpia y serenamente histórica, en que se nos presente un hombre de carne y hueso y no un mito edificativo. Porque cuando el mito está tan desordenadamente compuesto —o descompuesto— como el que de este San Luis se nos daba justifica aquel severísimo juicio que le mereció a William James, el gran psicólogo, quien en su libro sobre las *Variedades de la experiencia religiosa* llega a decir esto: "Pero cuando la inteligencia, como en este Luis, no es originalmente más ancha que una cabeza de alfiler y acaricia ideas de Dios de correspondiente pequeñez, el resultado, no obstante el heroísmo desplegado, es, en conjunto, repulsivo." ¿Un bendito? Sin duda; pero no se olvide el sentido que este apelativo suele tomar. Especialmente en catalán, donde "beneit" o "benet" no es, ciertamente, una recomendación. O aquello otro de que "cretino" derive de una palabra de romance suizo: "chrestin", que equivale a cristiano. Y, ciertamente, que a ningún cristiano normal se le puede llamar cretino.

Entre las cosas que de San Luis se nos contaba en la Congregación, una de las que más presentes se me han quedado es la de los pecados que creyó haber cometido de niño —lo fue toda su vida y no normal—, y estuvo llorando arreo y teniéndose por ellos como un grandísimo pecador. Uno era el de que como su padre, que era militar, le hubiese regalado un cañoncito de juguete, el chico le hurtó una vez un poco de pólvora para hacer fuego con el juguete. Claro que para tirar salvas y con cañoncito de juguete. Y menos mal que el santito se arrepintió y lloró amargamente aquel descarrío de su carrera de santidad pacífica.

Últimamente he recordado ese edificante remordimiento del mítico San Luis Gonzaga al ver a algunos de sus discípulos, de los llamados luises, dedicarse a disparar salvas con cañoncitos de juguete y pólvora hurtada a sus mayores. Porque no es de creer que profesen luisismo gonzaguesco los que se sirven de pistolas a nombre de uno o de otro fajo. Íñigo de Loyola fue un militar; pero Luis Gonzaga no lo fue, aunque hijo de militar. Y tuvo que llorar el haber hurtado pólvora a su padre.

Y esto me trae como de la mano a eso que se llaman partidos políticos católicos, es decir, religiosos confesionales, que se creen alguna vez obligados a emplear métodos militantes de pólvora y de cañoneo. Sobre todo en guerra civil. Verdad es que ya no sabe uno qué es lo que se entiende por catolicismo. Y qué por política.

Ya otra vez, no hace mucho, comentando aquí mismo una muy bien pensada y bien intencionada circular del señor obispo de Oviedo acerca de la cuestión llamada social y la posición de les obreros que se apartan de la Iglesia, tuve ocasión de decir que el hecho de que la Iglesia acepte soluciones más o menos socialistas —y aunque fueran comunistas— no es razón para que los obreros suscriban el credo religioso de la Iglesia. Con eso del "salario justo" no se adquiere ese credo. Mas, no hace poco, nos hemos encontrado con que el partido católico belga no exige a sus adherentes confesión religiosa católica ni de ninguna especie. Es decir, que puede pertenecer a ese partido un calvinista, un agnóstico o un ateo. ¿Por qué, pues, se llama católico el partido?

Es como lo de Sindicatos católicos agrarios. ¿En qué consiste su catolicismo? Cualquier noche sale uno cualquiera inventando un Sindicato agrario budista o musulmán o espiritista. Eso da la impresión de que no se trata de un Sindicato, sino de una clientela. En semejantes Sindicatos, que cuidan no aparecer como cofradías, el sentimiento religioso apenas si juega papel alguno. Ni siquiera, que yo sepa, organizan una bendición de los campos. El catolicismo se reduce a una enseña electoral. Y esto recuerda lo de unas elecciones, hace unos años, en mi nativa tierra vasca, en que decían los aldeanos: "Al que pague mejor el voto, y si los dos pagan igual, al católico." Catolicismo, pues, inconfesional, o sea electoral. De partido y acaso, a lo peor, de partida. Pero no de partida de bautismo. Y para eso ¿hurtar pólvora —por lo demás, mojada— a los mayores?

Es muy peligroso para una fe religiosa cualquiera el andar jugando así con ella. Como es peligroso para la fe nacional el andar jugando con el concepto y el sentimiento de la Patria. Que es lo que hacen esos insensatos que han sacado lo de la anti-España. Verdad es que unos y otros, los que juegan con la fe que creen haber recibido de sus mayores y los que juegan con la Patria que hicieron nuestros antepasados todos, los de un lado y los del otro, tanto los ortodoxos como los heterodoxos, no hacen todos ésos más que jugar con cañoncitos de juguete y pólvora hurtada a sus mayores. Cometen el pecado que tanto lloró San Luis. Y lo cometen por la misma mentalidad que llevó al santito a cometerlo. Porque lo más triste de todo esto es que los muy benditos ni se dan cuenta de la verdadera pecaminosidad de su pecado. Puestos a pecar, ni pecar saben. Como no sea que lo que se proponen es entrar en la plantilla de artilleros de salvas. Y libres de restricciones. Y no míticos ni místicos.

Ya volveremos sobre esto.

Experiencia de exámenes

Ahora (Madrid), 16 de octubre de 1935

Últimamente, a fin de poner coto a la demasiada concurrencia de bachilleres aspirantes a carreras académicas, se dispuso exigirles un examen de ingreso a ellas. Examen de las materias mismas de la llamada segunda enseñanza o de lo que se dice cultura general. El primer efecto de esa exigencia fue una baja enorme en el número de tales aspirantes. Y otro efecto ha sido la triste experiencia del lamentable estado de incultura de una gran parte, de la mayoría en casos, de esos aspirantes. Y ello, por otra parte, nos ha traído a considerar que lo que piden al pedir libertad de enseñanza esos "padres de familia" —azuzados por otros padres sin ella y sin hijos (al menos, legales)— es la libertad de no enseñar. Para lo que se achaca la peligrosidad de ciertas enseñanzas.

Nos apena a los que hemos tenido ocasión de examinar a esta muchachada estudiantil del cine, del deporte y del puño o de la palma alzados, nos apena su ignorancia invencible. Invencible por querida. Apenas saben nada —y de lo más elemental, que es lo fundamental—, y no lo saben porque no quieren saberlo, porque carecen de curiosidad. Lo de menos es que hayan olvidado —si es que alguna vez las supieron— aquellas ligeras nociones que hubieron de estudiar o en horribles librillos de texto o en más horribles apuntes, pues ese olvido podría ser hasta meritorio. Lo peor es que no hayan leído lo que leen otros muchachos que no aspiran a título académico. Que uno de esos chicos no sepa lo que le enseñaron en la cátedra de Preceptiva literaria, puede pasar; lo que no puede pasar es que no conozca lo más esencial de la literatura castellana y ni siquiera haya leído a los autores modernos más en boga. Hace pocos días se le preguntaba a una aspirante de ésos —era una muchacha— que dijera algo sobre Galdós, y cuando se disponía a recitar no se sabe qué juicio empapizado, como uno de los examinadores le preguntase "¿Pero usted ha leído algo de Galdós?", la pobre muchacha respondió como sorprendida: "¿Yooo…?" Y si se nos dijese que Galdós acaso figure para ella entre los autores prohibidos, replicaremos que sí puede pasar el que se prohíba leer estos o los otros libros; lo que no debe pasar es que se enseñe que esos libros dicen lo que no dicen. Y esto pasa.

En junio último pasado, aunque ya jubilado, me encargué de examinar a unos alumnos de una cátedra de… ¡"Introducción a la Filosofía"! Una verdadera mandanga, pues no hay modo de saber en qué la introducción a la filosofía se diferencia de la filosofía misma. Prescindí de unos ciertos apuntes que se habían empapizado y empecé a preguntarles nociones generales de ciencias y letras: cómo se halla el área de un triángulo, la ley de la caída de los graves, qué es una hipérbola y qué una parábola, cuál es la función del hígado, qué fue la Reforma… y otras nociones tan elementales. El resultado fue desastroso.

¿Qué ha podido traer esta lástima? ¿Cómo ha podido nuestra "juventud" —subrayo la palabra— actual llegar a tal estado? Otra cosa era en mis tiempos de estudiante de Instituto, hace ya cerca de sesenta

años. Por lo menos, en mi Bilbao, que salía de su sitio y bombardeo. ¿Cómo se ha llegado a esta inapetencia de saber? Es más, ¿a ese horror a él?

Y ahora, por un eslaboneo de consideraciones de que quiero hacer gracia al lector, he venido a recordar aquella típica doctrina jesuítica del tercer grado de obediencia que expuso magistralmente Íñigo de Loyola en su célebre carta a los padres y hermanos de Portugal. Ese tercer grado que es la obediencia de juicio, o sea creer que es lo verdadero lo que el superior así define. Es decir, que no basta pedir todo el poder para el jefe, sino también toda la razón y la inteligencia. Colmo de la abnegación y de la irresponsabilidad. Lo que vuelve a traerme a las mientes —y digo "vuelve" porque es uno de mis estribillos— aquello del Catecismo de la doctrina cristiana del P. Astete, jesuita, cuando dice: "Eso no me lo preguntéis a mí, que soy ignorante; doctores tiene la Santa Madre Iglesia que os sabrán responder." Es la fe implícita o del carbonero. ¡Y la de jóvenes carboneros que se nos están metiendo en política! Y a carbonear con obediencia de tercer grado.

Me explico que haya doctrinas de cuyo conocimiento quieran preservar los padres sin hijos a los hijos de padres carboneros; pero cuiden de no enseñarles refutaciones. Las refutaciones son peligrosísimas. Lo sé por propia experiencia. Fue una cierta desdichada refutación de Hegel —tras elogiarle mucho— por parte del cardenal González, O. P., lo que más me puso en camino de estudiar a Hegel y de enterarme, entre otras cosas, de que el pobre cardenal no le había podido entender. Era natural. Y otra vez, al leer en un libro de un neoescolástico italiano —creo que era Prisco—, al frente de un capítulo, "Del absurdo fenomenismo de Hume", me dije: "¡Tate! ¿Le llama así, de antemano, absurdo? Hay que enterarse bien de ese absurdo." Y de esta me acordé años más tarde, cuando leí en *La Biblia en España*, de Borrow —precioso libro traducido al español preciosamente por Azaña— aquello de los canónigos cordobeses que se extrañaban de que el criado griego de Borrow profesara una religión tan absurda como la griega, y al decirles el griego que renunciaría a ella cuando le mostrasen su absurdo le contestaron que no la conocían y sólo sabían que era absurda.

Examinaba yo aquí en Salamanca hace más de cuarenta años a unos alumnos del colegio de Deusto de Metafísica —así se la llamaba—, cuando uno de ellos dijo: "Dice Spencer…", y siguió hasta que le interrumpí: "¿Pero dónde ha dicho eso Spencer?", y él, sin inmutarse: "Bueno, pues dice el pa' Fulánez que dice Spencer…" Y le dejé seguir. Y otra vez, como a uno de esos alumnos, en un examen de Derecho, le oyese nuestro compañero don Luis Maldonado —luego, rector— llamarle "filibustero" a don Antonio Maura y le interrumpiese con un "Pero ¿qué dice usted?", el mozo replicó: "Filibustero, sí, filibustero; lo ha dicho el pa' Zutánez…" Y vaya otro sucedido. Una de mis dos hermanas, que murió no hace mucho en un convento de enseñanza, de monja, se instruyó en el colegio de Sagrado Corazón de Bilbao, y así llegó a mis manos un cierto librito de Historia en que había verdaderas atrocidades. No equivocaciones, ni errores, ni inexactitudes, sino mentiras, evidentes mentiras. Y que el autor del librito —para ignorantes o carboneros— sabía que lo eran. Calumnias concientes, es decir, que el autor de ellas tenía que saber que lo eran. ¡Y luego se quejarán de Pascal!

Y traigo todo esto a cuento porque creo que una parte de la culpa —no toda, ni acaso la mayor— de esa ignorancia invencible y querida de los mozos de deporte y cine y horror al saber la tienen los que están

propugnando por una libertad de enseñanza que es libertad de no enseñar. Y ello basándose, entre otras cosas, en que hay que educar más que instruir.

Mas de esto de la diferencia entre educación —o formación del carácter— e instrucción hay que hablar más despacio.

La fiesta de la Raza

Ahora (Madrid), 23 de octubre de 1935

Hace unos años, con motivo de eso de la Fiesta de la Raza —recién inventada entonces, la fiesta y hasta la raza—, se celebró una sesión en el paraninfo de esta Universidad de Salamanca y en ella habló el que esto escribe. Entre el público se contaba un buen número de militares y unos cuantos frailes dominicos —de la Orden a que perteneció fray Bartolomé de las Casas—, varios de ellos peruanos y con facha de mestizos. Al hablar yo expuse lo que después he repetido muchas veces, y es que lo de raza, en sentido cultural, histórico y humano, no es una categoría zoológica —como en las castas y variedades de animales, incluso los hombres—, sino espiritual, y que se distingue por una comunidad de cultura histórica que se cifra, sobre todo, en la lengua. Y así, la raza española —hispanoamericana si se quiere— es la que piensa y, por lo tanto, siente en cualquiera de las lenguas españolas. O ibéricas, si se prefiere. (Una de ellas, la que se habla en Portugal y en el Brasil.) Y ya en este tono hube de contar entre los heraldos históricos de nuestra raza al indio occidental mejicano —zapoteca puro, sin sangre europea— Benito Juárez, libertador y refundador de su heroica patria, que gobernó "en castellano" —como ha dicho su último biógrafo—, y al indio oriental, filipino, José Rizal —sin sangre europea—, asesinado en Manila por la monarquía española, que murió despidiéndose de su Filipinas en un magnífico canto… en castellano. Y es que ni Juárez pensaba en zapoteca ni Rizal en tagalo. Y nunca olvidaré el efecto que a los ingenuos oficiales de ejército que me oían y me oyeron leer la magnífica despedida de Rizal —escrita estando en capilla— les hizo ella. Les tenían engañados. Les habían hecho creer que el heroico Rizal no fue más que lo que llamaban un filibustero y un odiador de España. Lo que hoy llamarían un anti-español. Y por su parte, los novicios dominicos peruanos me agradecieron lo que dije de Juárez y a propósito de él.

Ahora se vuelve a querer dar esplendor a esa Fiesta de la Raza; pero se barrunta por dentro de ello y en una parte de los que lo promueven —no en todos, ¡claro!— un cierto sentimiento extraño e impuro. Ya raza empieza a querer significar algo así como lo que significa en la actual Alemania, la del racismo, la del arianismo, la de ese venenoso concepto de los arios —que no es más que un mito del más salvaje resentimiento—, con su secuela de anti-semitismo y otros antis tan salvajes como éste. Y es el colmo del despropósito que hasta entre nosotros, aquí, en España, empieza a deslizarse que son anti-españoles los judíos. Y se extiende este grotesco anatema a los… masones. (Debo declarar que no sé lo que son los

masones —no he llegado a eso en mis estudios de mitología—; pero estoy seguro que no saben más que yo respecto a ellos todos esos pazguatos que los execran y condenan, a pesar de aquel divertido intrigante que fue Leon Taxil, que tanto les tomó el pelo a los jesuitas. Lo que, por otra parte, es cosa fácil.)

Ya lo de nuestra raza —si se quiere con mayúscula: Nuestra Raza— empieza a no ser ni una categoría zoológica ni una categoría humana cultural, sino una categoría —en el más bajo y más triste sentido— política. Ya no se trata de limpieza de sangre ni de limpieza de conciencia, sino de una cierta ortodoxia y no solamente religiosa. Después de haberse enunciado la insensatez de que no puede ser buen español el que no sea católico, apostólico, romano, se va agravando el despropósito. ¿Y van a corregirse los insensatos? ¡Ya, y a! ¿Que aquel iberoamericanismo era lírico? ¿De lira de juegos florales? ¿Y éste que asoma? Este puede ser de zanfonía —peor: de zampona—, de romería arrabalera, en que se lucen aquellos a quienes los de rompe y rasga los tienen por "castizos". ¡Los de "Santiago y cierra España"! No se sabe si para que no puedan entrar los de fuera o para que no puedan salir los de dentro. (Y de esto, otra vez.)

Se anunciaba que para la celebración de la mentada fiesta en La Rábida iban a concurrir allá —en concentración— muchachos de la Juventud de Acción Popular; pero se ha aguado ello por no poder concurrir el jefe. El jefe para quien piden todo el poder los que, sin duda, se sienten impotentes por sí mismos, y de quien declaran que siempre tiene razón los que, sin duda, se sienten, por sí mismos, irracionales. Y acaso ese fracaso de semejante romería nos ha librado —y en estas circunstancias— de alguna alusión al Peñón de Gibraltar— no muy lejano de La Rábida— y a otra raza a que suponen —¡cuitados!— la más hostil a la que llaman suya.

Este impuro y bárbaro sentido de raza que empieza a infiltrarse en el otro, en el cultural, histórico y humano, es el que trata de definir un patriotismo ortodoxo frente al heterodoxo. Es el del españolismo contrapuesto a la españolidad. Lo que lleva a la más perniciosa forma de guerra civil. A la guerra civil incivil. A la de aquella barbarie del "¡vivan las cadenas!", del suplicio de Riego, en los más tenebrosos años de Fernando VII — el "pico" vino después— cuando se execraba del "mal llamado bienio" progresista.

Y así puede resultar —si Dios no lo remedia— que eso de la raza, del sentimiento de comunidad histórica, que podía llevarnos a la convivencia más perfecta posible, puede, si ese racismo ortodoxo que apunta se extiende, estorbar la convivencia. Hasta la imperfecta y de resignada tolerancia. No hace mucho le oí a uno de esos racistas de nuevo cuño decir, hablando de la llamada comunidad iberoamericana, que podemos sentimos hermanos espirituales de los venezolanos bajo Juan Vicente Gómez, pero no de los mejicanos de hoy. Y este mismo sujeto que eso decía, al oírme exaltar a Benito Juárez, se echó a decir que no cabe sostener que hubiesen sido héroes del mismo espíritu hispánico Benito Juárez y, por ejemplo, Gabriel García Moreno, el criollo ecuatoriano. "¡El indio Juárez —me dijo— en el fondo era… protestante!" Y pronunció esto de "protestante" como pudo haberlo hecho de judío, masón o marxista. Por de contado que el tal patriota racista ni sabe lo que es judaísmo, ni masonería, ni marxismo. Es de los de "eso no me lo preguntéis a mí, que soy ignorante…", de los que piden todo el

poder y toda la razón para el jefe por encontrarse sin uno ni otra. Ni quiero desperdiciar la ocasión de contar lo que le oí a un subordinado que fue del cardenal Segura, y es que le oyó decir que los dos más peligrosos y solapados enemigos de la auténtica España éramos Luis de Zulueta y yo, por lo que tenemos, según él, de sospechosos de… ¡protestantismo! ¡Grave peligrosidad! Sin duda, se creía —no "creía", pues creerse no es creer— que la Reforma es la auténtica anti-España. Que así se creen y lo dicen las cotorras del cotarro.

En resumidas cuentas, ved por qué yo, que creo haber hecho por mi raza —espiritual— y por su lengua más que el que más de esos racistas de última hora, me siento obligado a escatimar mi participación en fiestas que empiezan a perder su sencilla pureza originaria. Me quedo con raza y sin fiesta mientras no se depuren las cosas a ellas atañederas.

El mal necesario

Ahora (Madrid), 30 de octubre de 1935

¡Ay, cómo se me vuelven a la memoria aquellos febriles tiempos de hace veinte años, cuando, al estallar la Gran Guerra mundial, los españoles nos dividimos fatalmente en aliadófilos —francófilos los más, muy pocos anglófilos— y germanófilos! O mejor, antialiadófilos y antigermanófilos, pues todos éramos antis. Que no se disputaba ni por Francia, ni por Alemania, ni por sus respectivas causas. Eran banderas de una división interior, íntima nuestra, sin relación a la divisa. Lo que esgrimíamos no eran las banderas de los contendientes de fuera, sino astas sin trapo. Fue cuando el que esto os dice inventó el mote de trogloditas, de que ha salido luego el de cavernícolas. Y junto a los desinteresados de lo de fuera, atentos sólo a nuestra secular refriega, hubo también —¡triste es tener que confesarlo!— los interesados por una u otra parte beligerante. Los comprados por las Embajadas, que no cesaban en sus tejemanejes. Y todo ello fue la preparación de la dictadura de 1923, que nació de aquella nuestra contienda interior, como la dictadura fue la preparación de la caída de la monarquía borbónico-habsburgiana. La que se ha dado en llamar revolución republicana nació entonces y de aquello.

Recuérdese que cuando Blasco Ibáñez empezó a atacar y denostar a don Alfonso puso su mayor empeño en tacharle de germanófilo, cosa que, por lo demás, aquí, y con razón, nos importaba muy poco; pero el novelista escribió su librito para los franceses más que para los españoles. Y el mismo don Alfonso puso su mayor empeño en engañar a unos y a otros, jugando maquiavélicamente a dos barajas. Y que el que esto escribe sacó a cuenta lo que llamaba el Vice-Imperio Ibérico. Y que el Gobierno jugaba con lo que se llamó la "neutralidad neutral", la del desventurado don Eduardo Dato. Se llegó a decir que si Francia hubiera tenido que retirar todas sus fuerzas de Marruecos para llevarlas al frente de campaña, habría tenido que pedir a España que defendiese su protectorado marroquí, lo que habría equivalido —decían los germanófilos— a tomarnos a los españoles por cipayos. Y recuérdese la acción de los submarinos

alemanes en nuestras costas.

Si hubieran vencido los Imperios centrales germánicos se habría consolidado la monarquía española o acaso habría pasado el reino a imperio —o vice-imperio—, redondeándose en la Península toda y con Marruecos y Gibraltar de añadidura. Así se creía, más o menos insensatamente, en ciertas esferas y aun en las más altas, a juzgar por no pocos indicios. Mas si es ocioso en historia discurrir sobre lo que habría ocurrido en el caso de no haber ocurrido lo que ocurrió, lo que sí cabe creer es que aquella creencia —si es que no había otras promesas reservadas— influyera en la conducta tortuosa y oscura del monarca y de sus valedores y validos. Y cabe afirmar que esa conducta fue el principio del desastroso fin de la realeza. Y hoy el ex rey de España —acaso ex futuro emperador de Iberia— rumiará seguramente estos recuerdos y lo que haya bajo ellos en la Italia fajista, donde su tercer hijo se ha casado sin la asistencia de su madre, retirada en su nativa Inglaterra.

En resolución, que entonces, hace veinte años, tomar partido por una de las dos partes beligerantes en Europa era tomarlo por uno de los dos grandes partidos —más que partidos, comuniones— que nos dividen desde hace, en rigor, siglos y que hacen el resorte de la guerra civil de España, de la raíz y a la vez tronco y eje de nuestra historia, del empuje de nuestra civilización.

Y ahora, subiendo por encima de la historia o bajando por debajo de ella, a su cielo o a su subsuelo, ¿no serán episodios como el de hace veinte años, y la dictadura luego, y la caída de la monarquía después, achaques para la inevitable íntima guerra civil, mejor si incruenta? ¿Inevitable? Sí; pues ¿qué es eso de "mal menor", de "bien posible" y de "convivencia"? Hay el mal necesario, inevitable, acaso eterno e infinito. Y sin él no hay ni mal menor ni bien posible. "Semejante medida —la disolución de Cortes y elecciones generales subsiguientes— ¿no desencadenaría ahora la guerra civil?", se me preguntaba una vez. Y yo: "Pero ¡si está desencadenada ya!" O si se quiere, encadenada España a ella, puesto que es la cadena de nuestra historia. Y en cuanto a la convivencia, no es ésta la paz, sino que se convive en guerra civil cuando la guerra civil es vida. Al escribir yo, en mi mocedad, mi novela histórica *Paz en la guerra* —la empecé a mis veinte años y la acabé doce después— aprendí el misterio de nuestras guerras civiles y cómo los pleitos dinásticos, de legitimidad, y hasta los doctrinales no eran sino achaques para la eterna discordia entre Caín y Abel, entre Esaú y Jacob. Como en nuestras villas, villorrios y aldeas, las banderas doctrinales, políticas, no son sino indiferentes pretextos para la íntima discordia que hace su vida. ¿Banderas? Y sus colores, pongamos por caso —rojo, de sangre ; gualdo, de bilis ; supernumerario, morado—, ¡de cardenales… achaques!

El profundo reformador Juan Wycliff enseñaba en el último tercio del siglo XIV, en Inglaterra, la doctrina del dominio de Dios y del poder del Diablo y que "Dios tiene que obedecer al Diablo" —forma paradójica de un hondo pensamiento—, ya que entregó el mundo a las disputas de los hombres, que dirige el Diablo. Y este es el mal necesario, raíz de la Historia, que unos llaman Fatalidad (Hado) y otros llaman Providencia.

"¡Terrible doctrinal", dirá algún cuitado. ¿Y qué se le va a hacer? El hombre que se sienta hombre, encadenado a la Historia, pero queriendo salvar su libertad —que es su dignidad— humana íntima, lo

que hará es protestar contra ese mal necesario. Como protestaban los mitológicos titanes que se rebelaban contra Júpiter. O como protestaban los poetas románticos de hace un siglo, a los que se ha llamado titanescos —Leopardi y Vigny entre los mayores—. Como protestaba Job cuando Jehová le entregó al poder de Satán (Libro de Job, I, 12). Y, además, ¿es que la mítica serpiente del Paraíso obró sin permiso —o acaso encomienda— de su Señor? El pobre tentado, por su parte, no se rebeló, sino que se excusó como pudo.

A ese mal necesario, origen de la Historia, la civilización —y con ella la barbarie, su necesaria melliza—, se le ha llamado mitológicamente pecado original y forjádose su leyenda originaria. Y en cuanto a nosotros, españoles, estamos encadenados a la Historia —a la civilización y a la barbarie— por nuestra vital guerra civil, nuestro mal necesario, y en esta vida tenemos que convivir. ¡Y mientras nuestra inevitable —por necesaria— barbarie no caiga en salvajeria…! Es nuestro destino y hay que seguir la marcha —¿adonde?— con él a cuestas.

De la tontería otra vez

Ahora (Madrid), 8 de noviembre de 1935

En los tiempos que estamos corriendo, ningún publicista periódico puede estar seguro de que cuando salgan a luz sus escritos no hayan perdido oportunidad. Y no digo actualidad, pues hay actualidades eternas, aunque acaso, a las veces, inoportunas. Una de ellas, la del examen de la tontería, uno de mis temas favoritos y al que vuelvo otra vez aquí, y que no será, ¡pobre de mí!, la última. Y vuelvo a ella movido por la lectura de lo que en el Congreso dijo un señor diputado de que —y aquí copio del extracto que a la vista tengo— “Cánovas, en el declive de su vida política, se mostraba orgulloso de que jamás sus enemigos políticos le hubiesen llamado tonto ni ladrón”. Y el extracto añade, entre paréntesis, así: (“Rumores.”) ¿Rumores? ¿Por qué? Y los rumores no son cosa de pasarlos por alto, vengan de donde vinieren. Aunque vengan del arroyo. El fingir despreciarlos llega a ser un acto de desesperada tontería defensiva… Es quedarse en la tapa de las cosas, por miedo de abrirlas aturrullados. Esos rumores de la Cámara, convencionales, responden a rumores de fuera de ella, inconvencionales.

El señor diputado parece que dijo, según el extracto, que jamás a Cánovas le habían llamado—“llamado”— tonto ni ladrón y no que no le hubieran acusado de ello. De una a otra cosa hay la diferencia de una injuria a una calumnia. Porque hay quienes, no siendo Cánovas, si se les acusara de tontos gritarían: “¡Pruebas!, ¡pruebas!” Probando con ello que lo eran. La acusación de tonto es, por otra parte, según dejó dicho el Cristo en su sermón de la montaña (v. Mat., V, 22), merecedora del infierno. ¡Y Dios me perdone!

Mas ¿para qué pruebas de tontería? Cabe decir que al tonto se le conoce en que hace o dice tonterías;

pero las hacen y las dicen también los inteligentes —y más aún los geniales—, y no hay mayor tonto de remate que el que se muere sin haber hecho ni dicho tontería alguna. Y hay el tonto eventual o fisiológico y el tonto habitual o patológico, y la tontería aguda y la crónica. El peor, no el que dice desatinos, sino el que hablando mucho no dice nada. Porque una sentencia de un hombre de seso y sentido, repetida de carretilla por un tonto pasa a ser una vaciedad. Cuando se estudia a los grandes pensadores y sus sentencias se cae en la cuenta de que todos ellos tienen razón, aun contradiciéndose entre sí, y que cuantos las repiten no tienen razón alguna. Que el tercer grado de la obediencia loyolesca, el de la de juicio, lleva a la irracionalidad de la tontería más supina. Por otra parte, a los barbotadores de vaciedades sonoras —algunas veces retumbantes—, más que tontos se acostumbra a llamarles fatuos. Por esta tierra salmantina se dice de ellos que se peen en botijo para que resuene más.

Conocí en mi Bilbao a un señor que solía decir: "¡Mi hijo Enriquito tiene un talento pa desir tonterías…!" ¡Y qué peligroso es que haya padres —de una o de otra clase— que crean que sus hijos (de la clase que sean) tienen talento para decir tonterías! ¡Y que los críen, eduquen, entrenen y lancen a carrera para que se luzcan esparciendo oquedades del tercer grado de obediencia! A lo que llaman talento. Otro padre me decía: "Si viera usted qué talento de chico! Figúrese que con poco más de ocho años ya recita no sólo el Astete, sino el Mazo —el Mazo, ¿eh?— con puntos y comas y sin faltar… ¡Un fenómeno; le digo a usted que un fenómeno! ¡Otro Menéndez Pelayo!" (Huelga decir que el tal padre no tiene del verdadero valor del talento de nuestro don Marcelino la menor idea; como los pasa a los más de los españoles que le encumbran.)

Sí; hay tonterías geniales y las que no pasan de vaciedades. Otras, como las de los tontos de circo, profesionales, para embaucar y divertir a los niños y a los papanatas. Tonterías circenses para amenizar espectáculos, concentraciones, romerías y grandes batudas.

Mas volviendo a lo de Cánovas, cumple decir que es peor que se le acuse a un hombre público de tonto que no de ladrón. La tontería es más dañosa que la ladronería, no sólo por ser más contagiosa, cuanto porque el ladrón se sabe adónde va: a la caja, y el tonto, no, pues no lo sabe él mismo. La osadía vanidosa o vanidad osada, la fatuidad, es más estragadora que la concupiscencia; peor la ambición que la codicia. El fatuo, con tal de aparecer hábil, deja de serlo. Lo que se llama pasarse de listo, y no es sino pasarse de tonto. Como quien hace o dice algo no para más, sino que la gente se pregunte por qué lo hace o lo dice. Y él, a si mismo: "¿Qué dirá luego de esto la Historia al hablar de mí?" Y se va a su casa a apuntar lo que ha de decir la Historia y preparar su testamento público.

Aun hay peor, y es que se dé el caso de instituirse un Instituto para el mantenimiento, defensa y propagación de la tontería como escudo —supuesto— de la fe del carbonero. Que es —dicen— esta fe prenda de felicidad. ¡Tan felices como dicen que vivieron los guaraníes de las Misiones antes de que les quitaran sus directores espirituales! ¡Qué bien educaditos! Bien lo vio después el doctor don Gaspar Rodríguez Francia.

Y basta por hoy, que otro día trataremos de las catástrofes —o sea revoluciones— que suele provocar el reventón de la tontería de que décimos. Pues de lo que se trata ya —y no en España sólo— es de acabar

no con la libertad llamada de conciencia, sino con la libertad de inteligencia, con la libertad de entendimiento. Y el que quiera entender que entienda. Ya lo "decíamos ayer…" ¿Ayer? No; hace treinta y siete años.

Divagaciones…?

Ahora (Madrid), 13 de noviembre de 1935

"Y bien, ¿qué nuevo camelo es éste?", se dirá mi lector —el mío—, al ver esos puntos suspensivos seguidos de un interrogante. O de un gancho. Porque un signo de interrogación es un gancho. Cuando a alguien se le interroga es que se busca engancharle por algo. Y un gancho de esos, interrogativos, es a la vez como esos ricitos jacarandosos que se ponen las mocitas bien pegaditos a las sienes o a las mejillas. Y va de cuento: "Con ese anzuelo de pelo / que llevas en la mejilla, / ¿qué vas a pescar, chiquilla, / en este tiempo de celo? / Mira que es también de veda; / mejor que te estés en casa; / no por ir tras lo que pasa / te caigas en lo de queda." Mas no, lector mío, no; no estriba en esto el camelo. Y aunque camelar, en caló o en gitano, parece que quiere decir propiamente cortejar. Esos puntos suspensivos, con su gancho o interrogante, quieren decir aquí otra cosa.

Es que estoy desde hace mucho, y en virtud de mi doble oficio de escritor público y de profesor de lengua castellana, preocupado con la pobreza de nuestros medios gráficos de expresión escrita auxiliares de las letras. La coma, el punto y coma, el punto final, los puntos suspensivos, los guiones, los paréntesis, las interrogaciones, las admiraciones, los diferentes tipos de letras, todo ello no acierta a representar los matices de la expresión hablada. Sería acaso menester poner entre renglón y renglón de letras una especie de pentagrama, un sistema de signos, en cierto modo musicales, que nos dieran sentidos que la mera escritura literal —de letras— no nos da. Sentidos retóricos —en el noble significado—, sentidos de elocuencia, de elocución, no sentidos puramente literarios, esto es, de letra.

Veamos. Pregunta uno: "¿Quién dice eso?" (acentúo el quién porque aquí no es proclítico). Y se contesta: "¡Quién lo sabe!" Otra vez se dice: "¿Quién lo sabe?", como queriendo decir: "A ver, búsquenmele a quien lo sepa." Y otra vez mormojea uno, como hablándose a sí mismo: "¿Quién lo sabe…?" O acaso: "¡Quién lo sabe!…" Que es como decirse: "A saber quién lo sabe…" Y así tenemos: primero, "quien lo sabe"; segundo, "¿quién lo sabe?", y tercero, "quien lo sabe…" Este terrible "quien lo sabe…", que puede ir seguido ya de un interrogante final, ya de un final admirativo. Lo terrible son los puntos suspensivos, puntos de interinidad, de provisionalidad, puntos que acaban en interrogación —en comedia— o en admiración —en tragedia—, puntos que cabe llamar infinitivos.

Consabido es que en la notación aritmética se suelen emplear los puntos suspensivos para señalar las fracciones decimales periódicas. Así 0,33…, treses sin fin, que equivale a 1/3. O también 0,99…, que

equivale a la unidad, a 1. Esos puntos suspensivos de la fracción periódica pura nos dicen de continuidad, de que se contienen, de que se tienen unas con otras las cifras; nos dicen de infinitud. Pues lo infinito es lo continuo. Y aquí recuerdo que he oído hablar de un piadoso fraile matemático que se pasa la vida hallando nuevos decimales a "pi", a la relación entre la circunferencia y el radio. Una manera de buscar la cuadratura del círculo. Y que apenas se diferencia de pasársele rezando sin cesar el rosario, cuenta tras cuenta y vuelta a empezar. Y por esto les llamo a los puntos suspensivos interrogativos o admirativos, puntos infinitivos.

¿Bromas? ¡Quiá! No hay tales bromas. ¡Ay del que vive en ¿…? o en ¡…!, del que vive de ansiedad, echándole un gancho al infinito, que no se deja prender de él, o admirándolo! ¡Ay del que pregunta sin esperanza de respuesta! ¡Ay del que vive en inacabable suspensión de ánimo! No, no es camelo.

Una vez, era en el campo, tendido sobre la hierba y a la sombra de un aliso, mientras al chorro de una fuente se iba llenando un cántaro. Un cántaro que era algo así como un órgano hidráulico. Según iba cayendo el agua del chorro en el cántaro —caja de resonancia— daba una nota cambiante. Diríase que el cántaro cantaba con lengua de agua. Hasta que se llenó el cántaro, y el agua, vertiéndose hasta los bordes de su boca, cantaba… en puntos suspensivos, en puntos infinitivos. El cántaro entraba en la corriente del regato que de la fuente del chorro nacía. "Nuestras vidas son los ríos, que van a dar en la mar…"

Y mirando acá, a nuestra España, cántaro nacional, y escuchándola, ¿es que no nos encontramos con puntos suspensivos, infinitivos, seguidos de interrogación final? ¿Punto final? ¿Quién va a apuntarlo? Acaso tiene razón Caprotti, el pintor italo-hispánico, cuando lanza su apotegma favorito: "Desengáñese usted, la vida es una cosa provisional." ¿Y no va a serlo una Constitución cualquiera? ¿A quién se le va a ocurrir la desatinada ocurrencia de ponerle a la Constitución punto redondo y final, y hasta entrecomillada? ¿O parenteticada? ¿Que está en suspenso? ¡Natural!… Peor sería que estuviese reprobada. Así se queda para nuevo examen. ¿Es que se figuran los de las consabidas esencias que con un punto definitivo cierran el paso a los puntos infinitivos? Hace poco me sorprendió leer en un escrito de uno de los esenciales y auténticos que la Constitución que fraguamos —yo entre otros— es una Constitución abierta y no cerrada. ¿Abierta a qué?

Y vea el lector amigo adónde hemos venido a parar, a partir de aquellos anzuelos de pelo que las mocitas pescadoras llevan junto a las cejas supernumerarias. También la Constitución tiene sus anzuelos —de papel— y sus cejas supernumerarias. Y basta de divagación.

Programa de un cursillo de filosofía social barata I

Ahora (Madrid), 20 de noviembre de 1935

Usted me ha oído decirle muchas veces, amigo mío, hablando de enseñanza —o de pedagogía si quiere—, que lo elemental es lo fundamental. Un mozo atudescado de hoy aquí diría lo existencial y lo esencial. ¡Bueno! Es cosa grave eso de que lo de puro sabido se olvide. De consabido más bien, pues cuando algo lo saben todos se le antoja a cada cual que no hay peligro en olvidarlo, y así no llega a hacerse propio el sentido común. Y viene luego aquello de "primum vivere, deinde philosophari" —primero vivir, después filosofar—, como si filosofar no fuese un modo de vivir. O mejor, de sobrevivir. O aun mejor, de sobrevivirse. Que es lo fundamental. Y así, voy a hablarle a usted, y lo más llano posible, de la vida elemental, casi de instinto, y la vida fundamental o de finalidad. O racionalidad, si usted quiere mejor.

Los elementos se les ha llamado a tierra, agua, aire y fuego, en que no parece entrar el espíritu. Lo elemental es, pues, lo natural, así como lo fundamental es lo espiritual. O sea la Historia. Y ya verá usted cómo esto se engarza con aquello otro de la conceptuación materialista de la Historia, atribuida, sin mucha precisión, a Marx. Y empecemos de lleno por el principio.

La vida elemental, la vida natural, parece reducirse a comer, beber, abrigarse —traje y casa de vivienda—, propagarse o procrear y divertirse. Porque la necesidad de divertirse, de entretenerse o de solazarse, convendrá usted conmigo, amigo mío, que es de primera necesidad, de necesidad elemental o natural. Y la diversión, entretenimiento o solaz entra en el comer, beber, abrigarse y propagarse.

Fíjese en eso que se dice de que hay que comer para vivir y no vivir para comer; piénselo bien y verá qué círculo vicioso supone. Se come muchas veces, no por necesidad, sino por gusto; pero es que el satisfacer ese gusto es un elemento de vida. Y esto se aplica en el vestirse al adorno, ya que adornarse es elemento de vida también. Y en cuanto al propagarse, ¿quién duda de que el goce que ello procura nos es un elemento de vida, aunque no se cumpla la finalidad de ese goce? ¿Aunque… finalidad? ¿Se propaga uno "para" gozar en la propagación o goza de ésta "para" propagarse? ¡Condenados "paras"! No cabe duda de que hay quien se da a la tarea de propagarse —o procrearse— por racionalidad, por finalidad. Por razones económicas acaso, buscando herederos que le mantengan en su vejez y lleven su nombre. Hay matrimonios pobres sin hijos que adoptan ajenos. A lo que volveremos con la misma llaneza de filosofía barata.

(Volveremos a ello cuando nos toque decir algo del proletarismo y de Malthus y el malthusianismo. Y de aquello del solterón gruñón que fue Arturo Schopenhauer con lo de que el genio de la especie engaña a ésta poniéndole cebos para que se propague. ¡Vaya con las genialidades del genio de la especie del solterón Schopenhauer! Entre esos cebos o añagazas entran los que, a propósito del desnudo en las playas, llamó nuestro padre Laburu, S. J., "incentivos psíquico-somáticos". Y basta de paréntesis.)

En resolución, que si comer, beber, abrigarse y propagarse son elementos de primera necesidad, es también de primera necesidad el gozar con ellos y aunque luego ese goce no lleve a la finalidad

trascendente que se le supone. Y aunque a esta doctrina se la moteje de hedonismo o de epicureísmo. Y se nos hable de los cerdos de Epicuro. Yo mismo escribí antaño que vale más ser ángel desgraciado que cerdo satisfecho. Mas, aparte del valor de ese "vale" —¡menudo lío ése de la teoría de los valores!—, falta por saber en qué consiste la desgracia del ángel y en qué la satisfacción del cerdo.

Pero, aparte del goce, satisfacción, placer, diversión o solaz que en comer, beber, abrigarse y propagarse se consiga, queda la otra diversión: la de gozar de la vida sin trabajo, la de descansar. Y sobre todo la de soñar. Que es el arranque del arte. Y de la religión. Gozar del ensueño. Que es lo que nos lleva de la Naturaleza a la Historia, de lo elemental a lo fundamental. Que es, como se ve, elemental también. ¡Lo que le alimenta, lo que le abriga, lo que le propaga a uno el descansar —sobre todo soñando—, el imaginarse que no pasa hambre, ni frío, ni soledad animal!

Reflexiones todas éstas que se las hacen casi todos los hombres, pero no siempre con la suficiente claridad y sencillez, como para percatarse de su alcance todo. Sentiría mucho, amigo mío, que todo esto le pareciese trivial, esto es, conversaciones de plazuela; pero lo que yo busco es llevarle a usted a la convicción de que la llamada filosofía de la Historia —que suele ser no más que historia de la filosofía, y no menos— es, en rigor, filosofía de la Naturaleza, de la elementalidad. Y que lo elemental, se lo repito, es lo fundamental, que lo natural es lo espiritual. O que en la diversión hay que buscar la finalidad.

¿Qué es diversión? Permítame que vuelva, según mi modo, a lo lingüístico. Diversión es de divertir, y divertirse y divertir ("divertere") es apartar algo de su cauce, hacer que una corriente salga de su curso. Y en otro sentido se llama una diversión estratégica cuando se le quiere llevar al enemigo fuera de su propósito. Divertir a la vida es sacarla de su cauce natural, de su determinismo. Es juego que nos distrae, que nos divierte de la incontrastable necesidad. Y es la diversión elemental y necesaria porque nos libera de la elementalidad y de la necesidad. Y nos libera, sobre todo, del hastío, del aburrimiento, del tedio, que es peor que el hambre, y la sed, y el frío, y la impotencia genésica.

Y ahora queda por ver cómo para librarse del hastío, de tener que satisfacer hambre, sed, frío y calor de intemperie y apetito genésico siente el hombre la necesidad de la diversión, primero como arte y como historia, y luego como religión. Más grandes obras de arte, más proezas históricas, más creaciones de fe religiosa y de santidad se han hecho por matar el aburrimiento que por matar el hambre. Y voy a divertirme indicándoselo.

Programa de un cursillo de filosofía social barata II

Ahora (Madrid), 29 de noviembre de 1935

Pues sí, amigo mío; el resorte de la Historia y de la civilización —que es lo mismo— consiste más en

matar el aburrimiento que no en matar el hambre. La conceptuación materialista de la Historia —la formulada por Carlos Marx— no nos da la razón de ser de las cosas, sino el sentido de vivir de los hombres. Será materialista, pero no racionalista. Y es porque el aburrimiento es irracional, pero inevitable.

Eso de que la curiosidad, el deseo de saber —origen de la ciencia—, provenga de la necesidad de comer, beber, abrigarse y demás por el estilo, aunque lo hayamos sostenido muchos, es más que discutible. La curiosidad, la curiosidad "desinteresada", tiene por interés el divertirnos de las otras necesidades de vida y aun de la vida misma. Matar las penas —la mayor, el hastío— y no el hambre. Y matarlas con el sueño. ¡Qué hondamente Leopardi en su estupenda prosa "Cántico del gallo silvestre" dijo aquello de que: "Tal cosa es la vida que para soportarla es menester de tiempo en tiempo, deponiéndola, recobrar un poco de aliento y restaurarse con un gusto y como una partija de muerte"! Tal es el descanso, tal la diversión.

Enterarse, divertirse, saber, no para comer, beber, abrigarse y propagarse, sino para poder escapar de ello. No gozar para propagarse, sino propagarse para gozar. ¡Cuántas veces, amigo mío, hemos comentado juntos el mito del pecado original, del relato bíblico de la caída de nuestros primeros míticos padres! La interpretación racionalista la da Jehová cuando les manda que crezcan y se multipliquen y llenen la tierra. Esa parece ser la razón de ser del género humano. Pero su sentido de vivir —sentido irracional— es otro. Es gozar, o sea saber. Y Jehová, muy racionalmente, les impone que se priven de probar del fruto del árbol de la ciencia del bien y del mal, pues por querer hacerse como dioses quedarán sujetos a la muerte. Y, sin embargo, ellos, los pobrecitos, desobedecen y se entregan no a la necesidad natural, animal, elemental, de procrear y propagarse, obedeciendo así al genio de la especie, sino que se entregan al goce de saber de ello, a la "delectación morosa", como dijo el dictador de la teología católica eclesiástica oficial. Que era como una anticipación de la antojada delectación beatífica. ¿No ha observado usted cómo los místicos se complacen en metáforas de desposorio, matrimonio y unión místicos? Y ¿no ha observado usted cómo se compara el trasporte ese —el de la "delectación morosa" del teólogo— con una como muerte? El mismo Leopardi cantó la hermandad del amor y de la muerte. Y, por otra parte, propagarse ¿ no es acaso suicidarse? El que da vida a otro ¿no se la quita a sí mismo? Observe, a la vez, que hay un tiempo solemne, realmente trágico; una edad en que el hombre entra en lo que llamaríamos el nacimiento espiritual, cuando —al entrar en la pubertad— descubre que se nace y que se muere, y qué es nacer —ser parido— y qué es morir. Entonces surge lo que San Pablo llamó el cuerpo espiritual ("soma pneumático"). Edad terrible en que se despiertan instintos de muerte, de crueldad, de erotismo y de desgana de vivir; edad en que el mozo sufre aprensiones de salud, incerteza de destino, pérdida de fe infantil; en que se le llena el alma de ausencia de porvenir.

Y esa necesidad elemental, vital, irracional, de goce, de diversión, de libertarse de la necesidad, de libertad, en fin, se ve en todo deporte y se ve en el entregarse a drogas mortíferas y al olvido de la vida misma. ¡Cuán errados andan los que suponen que el principal resorte de las luchas llamadas sociales es el de satisfacer el hambre! ¡Las veces que hemos comentado el sentido del relato bíblico del primer legendario crimen social: el asesinato de Abel por su hermano Caín! No por competencia económica,

sino por lo que llamamos envidia. Y otras veces, resentimiento, expresión ahora de más moda. Aunque hay una palabra alemana —¿la recuerda usted ?— que es “Schadenfrende”, goce de hacer mal a otro, de gozarse en el mal del prójimo.

He oído a más de uno de esos que no acaban de darse cuenta del sentido de vida —no de la razón de ser— de la explicación materialista —no racionalista— de la Historia, exclamar ante algún estallido mortífero de masa humana, encrespada en lucha: “Pero ¿qué adelantan con eso?; ¿es que van a conseguir mejorar su posición económica?; ¿es que con eso van a matar el hambre?; ¿es que así van a subir sus salarios?” Reflexiones de una necedad manifiesta. Otras veces exclaman estos cuitados: “¡Puras ganas de destruir!” Y no se percatan de que el ansia de destruir implica un ansia de escapar a las necesidades elementales de conservar la vida. De conservarla sin goce. Y por este camino de incomprensión no comprenden que el sentido vital de muchas guerras —sea cual fuere su razón de ser— es que la paz es terriblemente aburrida, tremendamente hastiosa.

Como ve usted, amigo mío, todo esto es filosofía social barata, y de la más barata, y expuesta lo más baratamente que sea posible; pero lo hago así por aquello que le dije al principio de este programa, cuál es que hay cosas que de puro consabidas se olvidan. Y éstas se están olvidando desde que las han traducido a esa insoportable jerga de la llamada sociología, en que todos los más flamantes —¿de qué flama?— pedantes (y pedagogos) en boga se dan a confundir la razón de ser con el sentido de vivir. ¡Como que han llegado hasta pretender hacer una economía… matemática! ¡Claro está, el binomio de Newton explicando por qué Otelo mató a Desdémona!

Y ahora, saltando eslabones de esta cadena programática, voy a exponerle a usted, amigo mío, de la manera más barata posible, en qué sentido de vida puede consistir eso de que turbas enardecidas se den a quemar templos, a destruir imágenes, a perseguir misioneros y ministros de una fe religiosa que esas turbas no comparten. “¿Qué mal les han hecho?”, se preguntan los que no alcanzan la razón de ser de semejante conducta. Claro, ¡como que no tiene razón —razón, ¿eh?— de ser! Ni con matemáticas se explica por qué se ha perseguido a los mártires de una fe religiosa cualquiera. ¡Razón…, razón…! Se adopta una fe religiosa o política por razón o por sentimiento. O… por gusto. Por gusto, sí, por buen gusto —que, de ordinario, es malo—, como ciertos señoritos frívolos escogen un partido como una corbata o unos guantes. Partido de emblemas, uniformes, ademanes, santos y señas y demás frioleras, nonadas y naderías, que no es cosa de tratar aquí.

Programa de un cursillo de filosofía social barata III

Ahora (Madrid), 4 de diciembre de 1935

Prosigamos por rápidos y breves toques programáticos, meros puntos de apoyo para que el lector se

haga su composición de lugar.

No sólo de pan vive el hombre, se repite. Ni principalmente de pan —el hombre, se entiende, no el animal—, sino de ilusión, de ensueño, de esperanza, de historia. "Primero, vivir; luego, filosofar", es otra sentencia tópica. Pero es que hay un cierto filosofar, un cierto soñar, que es el primer vivir, lo primero del vivir. Se vive de ilusión, de juego, de arte. Llamadle, y estará bien, de religión. Que, en el fondo, es historia. El hombre es un animal histórico y de historia vive. El no dotado de palabra, de lenguaje —aunque sea lenguaje sin uso de lengua, es decir, por señas o por representaciones gráficas y visuales—, carece de conciencia histórica, de representación de sí mismo. Y el hombre —el hombre, ¿eh?— vive como hombre, como animal conciente de sí y de su propia vida, de su representación histórica. Schopenhauer habló del mundo como voluntad y como representación. Mas lo que él llamó representación, la inteligencia, la conciencia refleja, no es otra cosa que la Historia —hija del recuerdo—, la Historia, que tanto desdeñó Schopenhauer. Y es la Historia, aunque se la llame de otro modo, lo que le consuela al hombre de haber nacido, lo que le da conciencia humana, humanidad. Y le libra del hastío, cáncer mucho más devorador que el hambre. Primero, filosofar —o soñar, que es igual—, que es vivir. Y después, seguir viviendo. Tal es la conceptuación histórica, o sea humana, de la Historia.

¡Filosofar! ¡Soñar! Vivir no de pan, sino de conocimiento. La tentación a Ulises por parte de las sirenas no era una tentación carnal o sensual —sexual, si se quiere—, sino una tentación de conocimiento. Le ofrecían contarle cuentos, re-crearle con historias. Era una tentación de conocimiento. Y no tanto lógico cuanto estético. Era algo así como la visión beatífica de los místicos. ¿Qué es la soñada vida futura eterna, la vida del siglo venidero —"vitam venturi saeculi"—, sino una contemplación histórica? Otros tratan de sustituirla por una visión, en esta presente vida, de una sociedad futura. Y otros, de una visión profética del desarrollo histórico de una raza, de una nación, de una patria.

Y ahora esta visión espiritual se convierte en una mitología, en un cuento de nunca acabar, en una religión, en fin. Aunque el cuento sea el de un sueño sin ensueños, un nirvana. Y en esta mitología, en este cuento de nunca acabar, hasta la pena es una especie trágica de consuelo, de un consuelo trágico. Los condenados del Infierno del Dante se complacen, se gozan en narrar —como sirenas— su condena. Cuando Francesca dice aquello de que no hay mayor dolor que recordar el tiempo feliz en la miseria está gozándose, está recreándose en ese recuerdo. Como Paolo y como el Dante y como todo el que lo oye. ¿Infierno? ¿Y eternidad de aquellas penas? Francesca está repitiendo siempre su eterno cuento, su cuento de nunca acabar, pues vuelve a comenzar de nuevo siempre —inacabable (bis)—, y es, por lo tanto, un solo momento inmóvil. Y como momento quiere decir movimiento, un solo movimiento inmoble. El colmo de lo inconcebible. La visión beatífica.

Toda religión es, pues, un cuento de nunca acabar, una historia eternizada. Y esta historia trae un goce parejo al goce carnal o sensual, más bien hermano de él. ¡Cuántas veces no se ha comentado, no hemos comentado, la hermandad de ambos goces! ¡Cuántas veces, cierto sentido bíblico del verbo conocer! Y aquí, en relación con esto, hemos de fijarnos en la relación entre el conocimiento, o lo que es lo mismo, el goce carnal o sexual —lo que se llama pedantescamente "líbido"— y su finalidad —muchas veces

inconciente— económica, o sea la procreación. El "creced y multiplicaos". ¿Se multiplica el hombre para gozar en multiplicarse o goza para la multiplicación? ¿Cuál el fin y cuál el medio?

Y aquí se nos atraviesa Malthus. Malthus y Ricardo son los verdaderos inspiradores de Marx. De su dialéctica, Hegel. Y se nos presentan tres posiciones de conciencia frente a éste, el problema básico. Los unos (A) tratan de acomodar la procreación a los medios de subsistencia. No hacen más hijos que aquellos a los que se cuenta con poder mantener. Y en casos, no hacerlos. Y para ello, la abstinencia y continencia. Y algunos —es caso extremo— se dicen: "¿Para qué multiplicarse si se ha de acabar el mundo?" Es el ensueño del milenio. Y viene el elogio de la virginidad como el estado en sí, por sí, más perfecto. Y hasta la aberración atribuida a Orígenes y que concuerda con lo que en el Evangelio según Mateo se le hace decir al Cristo, y es que si hay capones de nacimiento, otros lo son hechos por sus prójimos y otros que se castraron a sí mismos por el reino de los cielos; y añade que quien pueda entender que entienda. Y en tanto se sueña el conocimiento puramente espiritual, el amor místico, la contemplación infusa y solitaria, la visión fuera de la Historia. Visión llena de ausencia.

Los otros (B) predican dar rienda suelta a la procreación y a la vez a la destrucción; engendrar hijos para que conquisten el mundo matando a los hijos ajenos y haciéndose matar por ellos; levantar un gran panteón, un soberbio monumento funerario —como las Pirámides de Egipto, Escorial faraónico— a la gloria histórica nacional y perecer a su pie el pueblo todo; hacer de la Tierra un inmenso camposanto con un epitafio que diga a las estrellas la grandeza de la humanidad agotada. Y si la anterior posición (A) es la ascética —acaso mística—, ésta (B) dicen que es la heroica.

Y nos quedan los terceros (C), los que anteponen a todo el goce sensual, y a éste supeditan la propagación de la especie. Estos tratan de refrenarse, no de reproducirse, sino deproducirse en goce, que es, por sí mismo, su finalidad. Sin detenerse ante perversiones. Y ésta es la posición que llamaremos hedonística, y cuando se refina, estética.

Los ascetas, los héroes y los estetas han elaborado sus respectivas religiones, que se entrecruzan, se entremezclan y se combinan. Nos falta, pues, escudriñar lo que sean religión ascética, religión heroica y religión estética, y verlas en la Historia a las tres, y los odios y los amores, las gracias y desgracias que engendran. Y siempre que lo primero es filosofar, soñar, ascética, heroica o estéticamente, y que esto es vivir. Y llegar a la concepción histórica de la Historia, que culmina en la guerra. A verlo.

Programa de un cursillo de filosofía social barata IV

Ahora (Madrid), 13 de diciembre de 1935

Decíamos que l a concepción —y, por ende, conceptuación— histórica de la Historia se cifra en la

guerra, en la lucha no ya por la vida, sino por la conciencia social o civil. Milicia es la vida del hombre sobre la tierra, se ha dicho. Treitschke, el más genuino apóstol y profeta del nacionalismo germánico, dejó dicho que la guerra es la política por excelencia. Y la política es la Historia, o sea la civilización. Y lo de Trotsky de la revolución —la lucha de clases— permanente no quiere decir otra cosa. Aplicado a nuestra historia —civilización— española, aquel Romero Alpuente, aunque acaso un botarate, tuvo el acierto de formular el mismo esclareciente principio al dejar dicho que la guerra civil es un don del cielo. Y pudo añadir que España es un don de la guerra civil, del combate entre las dos Españas —su lado cóncavo y su lado convexo—. Combate que es convivencia, pues convivir —en vida histórica, civil— es com-batirse. Y locura pretender neutralizar ese combate con debates periodísticos, que suelen chorrear memez agriada.

La guerra civil, esto es, entre los más hermanos, entre los que hablan lo mismo, no la guerra animal, de conquista de esclavos o de mercados. No guerras entre naciones o razas distintas, no guerras de imperialismo conquistador, sino guerras que lleven a que una nación se conquiste a sí misma. La triste guerra que los soldados de Hernán Cortés hicieron a los súbditos de Guatimocín, o los de Pizarro a los de Atahualpa, no fueron guerras civiles, civilizadoras. Lo fueron, en cambio, las guerras de independencia de las naciones hispanoamericanas, de los pueblos, ya de criollos y mestizos, que lucharon entre sí —realistas y patriotas— para conquistarse una conciencia civil, histórica, hispánica, que se hablaba a sí misma en castellano. Hidalgo, Bolívar, San Martín pelearon por la conquista espiritual de la máxima Hispania. Y luego cada una de aquellas naciones continuó, en sí misma, la guerra civil. Y aquí, en España, los españoles que de aquellas guerras civiles volvieron acá reanudaron la fecunda guerra civil. Espartero y Maroto se formaron en la América hispánica. Nuestra guerra civil de los siete años —de 1833 a 1840— no acabó, ni pudo ni debió acabar, con el convenio de Vergara. Como la de 1872 a 1876 —la que este filósofo barato de la guerra civil recordó en su *Paz en la guerra*—no acabó ni pudo ni debió acabar con la restauración de don Alfonso XII.

Pues ¿qué es eso de anonadar al adversario o de disolverlo? Si una parte —comunión, partido o como quiera llamársela— anonadara a su adversaria, la disolviera, resurgiría ésta en ella misma y con ello la civilizadora guerra civil, don del cielo. En cuanto un combatiente devora al otro lo siente dentro de sí. Los que hemos estudiado con la pasión de la verdad nuestra guerra civil en la forma que tomó en el siglo XIX sabemos cómo alentaba liberalismo en las entrañas del carlismo y alentaba carlismo en las del liberalismo. Y patriotismo en ambas. Sólo a los menoscabados de conciencia histórica, civil, se les ha podido ocurrir esa estupidez de la anti-España. Como a los otros, a los motejados de anti-españoles por los sedicentes tradicionalistas, se les ha podido ocurrir el desatino de acabar con lo inacabable. Y luego, esas consustancialidades —y autenticidades y esencialidades— que figuran en los credos políticos y que recuerdan lo de aquel gran cordobés, el obispo Hosio, el que metió lo de "consustancial" ("homoousios") en el Símbolo de Nicea, Constitución de la Iglesia Católica. Es fatal el teologismo —o ateologismo, que es igual— de nuestros laicistas, que no laicos. No hay programa sin él, y el programa… es algo dogmático. Y donde falta contrapeso…

Y esta guerra civil, don del cielo, es una verdadera guerra santa y no ninguna de esas otras guerras de

conquista externa, de imperialismo territorial, que se emprenden no pocas veces para apartar a los pueblos de la santa guerra civil, íntima, de la conquista de sí mismos. “La guerra santa es, por lo menos entre los pueblos islámicos, una preparación para la muerte”, me decía un estudioso de la mística guerrera mahometana. Y pensé, al oírselo, que la santa guerra civil es una preparación para la muerte por la patria, que lleva a la resurrección en la Historia. En un cielo que es nada menos y nada más que historia, como el paraíso dantesco no es nada menos ni nada más que poesía. E historia no es más ni menos que poesía, esto es, creación, y poesía cuando es verdadera poesía, es historia. Que la verdad de la Historia —como la de la religión— no estriba en la realidad grosera y material de lo que nos dice. Como verdadero consuelo es el que de veras nos consuela, aunque sea engañándonos. Y acaso sólo consuela de veras el engaño, y lo que llaman la verdad objetiva desconsuela y mata. (Aquí no puedo resistir a citar aquello de Browning respecto a la historia-relato, y es: “Aquí la Historia abre tienda; cuenta cómo los hechos pasados se hicieron, así y no de otro modo; hombre, ¡ten la verdad para siempre!; olvida las mentiras anteriores.”)

Y en esta concepción agonística —y agónica— de la Historia se sume la llamada materialista. En la lucha de clases, la lucha lo es todo, y la clase, nada. ¿Motivos de lucha? El instinto —mejor, necesidad— de lucha los inventa. El genio de la especie, que, según Schopenhauer y otros, inventó el amor, ese mismo genio inventó la guerra, hermana del amor. La historia de la civilización es la guerra civil del linaje humano histórico contra sí mismo. Como la vida espiritual del individuo es una guerra íntima contra sí mismo.

“¿Y el fin?, el fin de esa lucha”, se nos dirá. No tiene fin. Su fin es tan inconcebible como su principio. ¿El fin de la Historia? Sería el fin de la conciencia. Sería el trágico, apocalíptico y catastrófico san se acabó. “¡San se acabó!” ¡Terrible santidad de la santa guerra civil! ¡Como no fuera aquel “¡se consumó!” (“tetélestai” o “consummatum est!”) con que se cierra el relato de la Buena Nueva para abrirse el verdadero consuelo histórico cristiano…! ¡Cuánto se han torturado con este pensamiento tantos y tantos consoladores desconsolados e inconsolables! ¿Y quién no es quien para ello?

Todo esto se ha dicho muchas veces; son nociones baratas que el lector puede adquirir a poco precio. El que os las revende aquí ahora se ha preocupado, sobre todo, de la expresión, a ver si, merced a su novedad, logra que se recuerde lo que de puro sabido se olvida. Y como el hombre no se rinde tan aínas a lo que le contraría, no faltará lector que le pregunte a este filósofo barato: “Pero, vamos a ver: usted, señor mío, ¿de qué parte se pone en nuestra guerra civil?” ¡Otra! Sí, lo he dicho ya muchas veces, pero tendré que repetirlo. Y que explicar otra vez mi “alterutralidad” (“alteruter” quiere decir “uno y otro”). Mas de esto, aparte.

Programa de un cursillo de filosofía social barata V

Ahora (Madrid), 17 de diciembre de 1935

Rematé la última lección de este mi cursillo con la promesa de explicar la posición personal del exponente respecto a la valoración de las diversas posiciones políticas, sociales y religiosas, y en el caso de dos combatientes, a las de estos dos. Y dije que mi posición es de "alterutralidad". Que si de neutralidad —de "neuter", neutro, ni uno ni otro— es la posición del que se está en medio de dos extremos —supuestos los dos—, sin pronunciarse por ninguno de ellos, de "alterutralidad" —de "alteruter", uno y otro— es la posición del que se está en medio, en el centro, uniendo y no separando —y hasta confundiendo— a ambos. La llamada dialéctica —mejor, polémica— la de la renombrada "coincidencia de los opuestos", la del Cusano, la de Hegel, y en socialismo, la de Proudhon.

En rigor, comprender es valorarlo todo por igual, en realidad. Cuando, a mayores, las valoraciones no suelen pasar de calificaciones, y éstas, no más que de denominaciones. ¡Magia de los nombres! En cuanto una fe cuaja en un credo exclusivo se muere. Monarquismo, republicanismo, anarquismo, comunismo, derechismo, izquierdismo…, ¡nombres, nombres, nombres! Cuando se mira la tela de las opiniones al envés, al revés y al través se ve que los tres son uno. De un sentimiento irracional se hace una doctrina o conocimiento simbólico; de éste, un precepto, dogma o programa; de éstos, una escolástica. Hacen los partidarios —fieles— la valoración a costa de la comprensión. Hase dicho con acierto que se desaprobaría un axioma matemático si destruyera el fundamento de nuestro más íntimo anhelo vital. Ya Tertuliano, después de haber pedido perdón para la esperanza del orbe entero, plañía: "Cierta es por ser imposible." Las doctrinas relativistas amenazan destruir la realidad en cuanto no se pliegue a nuestras más entrañadas aspiraciones. La física moderna está desvaneciendo la materia en puro idealizarla. Ya no se toma la materia materialmente. Más el espíritu.

En un orden más pragmático, un dogmático cualquiera no oye con calma el que se le diga que sus soluciones no llevan al fin que se propone y que éste no se logra de manera alguna. Que la explicación marxista de la Historia, por ejemplo, no da a ésta el valor que el proletariado exige, como ni la explicación opuesta justifica al capitalismo. ¡Pobres hombres los que se ponen a tiro hecho a marchar, por la derecha o por la izquierda, sin vaivenes ni bamboleos y sin comprender que no se abraza un problema sino a dos brazos, derecho e izquierdo, apechugándolo al corazón —que es centro alterutral—, y para manejarlo con ánimo, no diestro ni zurdo, sino maniego!

Y de pronto se me presenta aquella tremenda exclamación de Carducci, el poeta de la tercera Roma, cuando exclamó: "¡Mejor, obrando, olvidar, sin indagarlo, este enorme misterio del Universo!" Mas ¿cabe que un hombre —¡un hombre!— pueda obrar sin indagar con su obra ese misterio? Obrase para algo, y este "para" es ya una indagación de misterio. Hasta en la labor de un esclavo.

Este pobre filósofo barato no puede remediarlo, pero cuando se encuentra con un entusiasta convencido quienquiera de una cualquiera fe religiosa, social, política, artística o científica duda si compadecerle o envidiarle. Pero como se envidia a la vez que se le compadece a un demente dichoso cuando nos tortura la razón. La compasión ¿no es una forma de envidia? Pues hay días aciagos en que uno quisiera ser tan

mentecato como en esos días le parecen ser la inmensa mayoría, la casi totalidad acaso, de sus compatriotas —sobre todo los jóvenes— para poder vivir en paz consigo mismo. Y escapar así a esta terrible última edición mecánica moderna del "la vida es sueño", a este sentimiento de cine sonoro que nos da la historia que venimos viviendo, como si todos fuésemos fantasmas de pantalla que hablamos por gramófono. ¡Y qué cosas! La materia se ha hecho sombra; el hombre, un nombre; el hambre, hastío. Tiene uno que tocarse para creer en sí mismo. ¡Y aun así…!

Pero es que los combatientes —y convivientes, por ende— no combatirían, no vivirían, sin una fe y tienen que hacérsela para combatir y convivir. El martirio hace la fe, aunque no la verdad del credo, que no la fe el martirio. Lo dije hace años y aun lo recuerda un hoy converso. Y la tragedia del converso suele ser que cuanto más reniega de su pasado más se le adivina que está combatiendo consigo mismo para convencerse de que está convertido. Grita para no oírse a sí mismo, para acallar con sus gritos hacia afuera la íntima propia voz que le susurra la verdad al oído del corazón. Rumor de aguas soterrañas que minan la fe roquera.

¡La conversión al tradicionalismo —no tradición—, que parece ahora, en nuestra guerra civil, tan de moda! ¡Pobres cangilones —no regueras— de la noria de la tradición, que necesitan del servil trabajo del mulo vendado que la mueva! ¡Y, en cambio, poder ser reguera de tierra viva, ceñida de verdura del campo, y no cangilón de barro cocido o arcaduz de hierro roñado; reguera que lleve agua aireada y soleada de manantial de cumbre y no de aljibe o de alberca! ¿No ve, lector amigo, todos esos cuitados, menoscabados de seso, empantanados en mandangas, que creen en judíos, masones, brujas, fantasmas, duendes, trasgos o demonios colorados como los que, según fray Z. González, O. P., cardenal —por cuyo texto estudié—, arman los fenómenos espiritistas? Y luego, todo ello viene a degenerar en partidas que discuten incivilmente: ¡a porrazos, martillazos, hozadas, pistoletazos, cristazos…! ¡Y hay desdichado caudillo que moteja de criminal al adversario político! Y se oye la estupidez —¡así!— de la anti-Patria y de la anti-España. Rabia de pseudo-dogmatismo de cabo a rabo, y por el centro, falta de persuasión entrañada y sobra de contraseñas histriónicas. Y estornudos dementales que piden conjuro de: "¡Jesús, María y José!" Y todo ello, ¡en qué chabacanería de lenguaje, válganos Dios! Y ramplonería.

Lo mejor, más fresco y más original de mi mocedad me lo pasé escudriñando los entresijos de nuestra santa guerra civil para haber de comprenderla, que es valorarla alterutralmente. ¿Y a la postre? En el prólogo de la última y recentísima edición de mi *Niebla*, al comentar el apocalíptico final del *Cántico del gallo silvestre*, del abismático Leopardi, he dejado dicho lo que se queda cuando todo pasa y se anonada. Y ése puede ser el resultado de esta filosofía social barata. Cuando se acabe el final, fin…

¿Que no he satisfecho a los más? ¡Y qué le vamos a hacer! Yo y los que lean esto. ¿Satisfecho? Ni a mí. Definirse, valorar y tomar partido es más fácil y cómodo que estudiar, comprender y cobrar conciencia. Pero esto segundo nos lleva a la verdadera paz.

Y basta por ahora, que ocasiones vendrán de tener que volver a las andadas. Y perdone el lector estos desahogos; pero ¡le duele a uno tanto este ruedo de incomprensiones partidarias…! ¡Y de conchabanzas! Coronas, flores de lis, gorros frigios, escuadras, haces, yugos, hoces, martillos,

escapularios…, amuletos y fetiches. Y dentro…, ¡nada de nada!

Pedreas infantiles de antaño

Ahora (Madrid), 20 de diciembre de 1935

Al sentir el ahogo del temporal político-religioso que venimos pasando suele refugiarse en espíritu este comentador que os habla, lectores, en las memorias de su ya lejana infancia, tal como en gran parte las guarda en sus *Recuerdos de niñez y de mocedad* y en su novela histórica *Paz en la guerra*. ¡Qué frescor le llega de ese pasado íntimo!

Eran los tiempos en que se encendió la última guerra civil cruenta —a tiros— entre carlistas y liberales, después de la caída de Isabel II y de la huida de Amadeo. En aquel ambiente, los niños acomodábamos a él nuestras pedreas deportivas. Había en Bilbao dos partidas principales: la de Sabas y la de Azcune. El que esto cuenta entró en el Instituto Vizcaíno el año mismo, 1874, en que había acabado el sitio y bombardeo de Bilbao. Allí conoció a Sabas, el jefe de partida. Pero las partidas no se llamaban de liberales y carlistas.

Consabido es que en esas peleas de chiquillos las partidas se dicen de ladrones y guardias civiles —"¡Yo quiero ahora ser ladrón, y si no, no juego!", "¡Ahora te toca ser guardia civil!"— o tal vez de rusos y japoneses, como podían ser de tirios y troyanos, oñacinos y gamboínos en mi nativa tierra, o de cartagineses y romanos, como para la competencia escolar dividían los jesuitas a sus alumnos. Ahora esas partidas podrían llamarse de italianos y abisinios. Pero es que los peleadores de hoy no son ya niños de diez o doce años, sino de alguna más edad corporal y de mucha menos edad mental. Y en vez de piedras usan de porras y de pistolas.

En cuanto a la denominación, ¿qué más da? Recuerdo que entre mis compañeros de colegio —escuela era la municipal, la de balde— había uno preocupado con pelear contra los… madianitas. Hoy los madianitas para esos porreros y pistoleros se llaman marxistas, o judíos, o antiespañoles, o… krausistas. Y de otro lado, fajistas, falangistas, tradicionalistas, japistas y ¡qué sé yo!… ¿Contenido doctrinal? Ninguno. Siquiera los de mi tiempo no pretendían llenar con supuestas doctrinas políticas, religiosas o sociales el empuje deportivo que los llevaba a las pedreas infantiles. Pedreas sin pretextos.

Lo de ahora es algo que acongoja Tengo a la vista unos números de esas publicaciones que venden o reparten estos chiquillos de ahora, y… se le cae a uno el alma al leerlos. No hay doctrina alguna. Esas hojas rezuman y hasta chorrean memez. O mentecatez. No dicen nada. Recuerdan la filosofía de aquel botero de Segovia a quien pintó Zuloaga y de quien éste decía: "¡Qué filósofo! ¡No dice nada!" No que diga como cualquier nihilista que no hay nada, sino que no dice nada. Y así éstos. ¡Qué sentencias!

Recuerdan lo que decía Juan Pablo Richter de los que pintan éter con éter en el éter. Llega uno a pensar acongojado si tendrán razón los que afirman que se está formando una generación que es degeneración, inapetente de saber, de una ignorancia enciclopédica invencible. Y algo que no decimos por ser no ya inefable, esto es, que no puede decirse, sino nefando, o sea que no debe decirse.

En uno de los números que tengo a la vista, uno de esos chicos dice que "no perecerá el mundo si esta juventud manda", que los viejos "son casi todos tontos y cobardes", que los jóvenes —ellos se entiende— sean "quizá demasiado apresurados y hasta vacíos de cascos", pero que esto no importa, pues "todas tas grandes acciones las han hecho las juventudes y todas han sido locuras". Después de esto se ve claro que esta Juventud de Falange Española, la del yugo, no ha de hacer locuras, sino tonterías o mentecatadas, que es muy otra cosa. Necedades futuristas.

La cosa es tristemente seria. En general, el pensamiento (pase el eufemismo) político y religioso hoy en España es de una vaciedad, de una ramplonería y de una superficialidad aplastantes. ¿Pero el de esta sedicente juventud? Hay una virilidad mental, y es cosa terrible cuando antes de llegar a ella, a la pubertad intelectual siquiera, se pretenden engendrar convicciones políticas, patrióticas o religiosas. ¡Cuánto mejor harían leer el *Juanito* o el *Bertoldo*!

¿Y aquello otro de los del tercer grado de la obediencia loyolesca, de los que piden todo el poder para el jefe, de quien dicen que no se equivoca? Una vez hablé aquí mismo de un Instituto cuyo fin es mantener, defender y propagar la tontería. Lo que puede ser hasta caritativo, ya que la tontería garantiza una cierta felicidad. Pero sólo defiende el engaño vital el desengañado, y la tontería el que no es tonto. Y el que se hace el tonto es que lo es. "Eso no me lo preguntéis a mí, que soy ignorante; doctores tiene la Santa Madre Iglesia que os sabrán responder", dice el catecismo jesuítico que me enseñaron para justificar la fe implícita o del carbonero. Pero ¿y si esos doctores resultaren ignorantes? Que éste es el caso. No, no; un rebaño de borregos no puede ir guiado por otro borrego, y menos por un corderillo retozón. Mejor por un lobo, aunque éste se cobre. ¿Está claro?

¡Ah como estas juventudes llegasen a domeñar y manejar a sus mayores! ¡Entonces, sí que…! Porque así se prepararía y entrenaría la mayor gangrena civil de la gobernación de un pueblo, que no es la inmoralidad, sino la imbecilidad. Mil veces peor el tonto, que no el ladrón. Y éste es el pecado original —y por ende, hereditario— de nuestra política. Asusta hoy la vacuidad mental de estas juventudes militantes. Hay la otra; la que calla, estudia, espera, o acaso desespera y se consume sin alharacas. Por muy "tontos y cobardes" que seamos los viejos de hoy en España, nada tenemos que aprender de esos mentecatos. Por mi parte, no creo en madianitas.

Hay quien sostiene que la llamada vulgarmente inmoralidad, la corrupción administrativa y gubernativa, es mera parvedad, cosilla de mal menor, comparada con el laicismo. Pero este comentador está convencido de que en la inevitable lucha por la cultura —no hay que decirlo en alemán—, la tontería del tercer grado de obediencia loyolesca, la del carbonero de la fe implícita, es raíz de la peor inmoralidad. La del suicidio mental.

Que se fajen los del fajo, que se unzan los del yugo, que se aporreen disciplinándose loa de la porra; pero, por Dios santo, que no estén aporreando la virilidad mental de la patria, que no estén entonteciendo —como lo están— a esta menguada generación, que no conoce ya las puras y frescas y verdaderamente infantiles pedreas de aquellos tiempos, en que la santa guerra civil de liberales y carlistas le echó los cimientos de su conciencia civil al que esto, con el ánimo amargado, os dice, lectores. ¿O es que quieren llevar a España a que se suicide en alguna inédita Etiopía?

Caciques y caudillos

Ahora (Madrid), 25 de diciembre de 1935

Como aquel sujeto me dijese una vez: "Le doy, don Miguel, mi palabra de honor de que…", le atajé: "¿Su palabra de honor? ¿Es que tiene usted otra sin honor?" ¡Se me amoscó, claro! Vaya otro rasgo suyo, y es el de que es de los que dan un sentido peyorativo a las voces "maniobra" y "estratagema". Llaman maniobras los hombres carneros, los de tope o choque, a los esguinces del adversario. Dicen, por ejemplo, que es discutir de mala fe cuando se les opone un argumento que ni esperaban ni lo comprenden. Es que jamás comprenden lo que oyen por primera vez y a que llaman paradoja, empleando un término que tampoco saben lo que quiere decir. "¡En mi vida he oído semejante cosa!", equivale para ellos a una definitiva refutación. Es la idea que tienen de lo que llaman tradición, si es que a eso cabe llamarle idea. Y renuncio, por ahora, a dar más características de aquel sujeto, que es este sujeto de ahora.

El cual me ha venido, para certificarme del valor de su posición ideal, social y moral, a decir que está pronto a sacrificarse por ella, a dar por ella su vida. "Su muerte, querrá usted decir", le he atajado esta vez. Y me he puesto a intentar explicarle la diferencia —tan conocida y recalcada— que va de dar la vida a dar la muerte. Y que el que uno dé su muerte por una idea, se deje matar —matando él a su vez, si puede— por ella no prueba la validez objetiva de esa idea. Muchas veces se ha repetido, pero conviene repetirlo una vez que a ningún sujeto de juicio sano se le ha ocurrido ofrecer su vida— lo que llaman así— por confesar que los tres ángulos de un triángulo valen dos rectos o que $(a+b)^2 = a^2+2ab+b^2$. Y otras verdades así. El sacrificio de la vida de quien profesa una idea no le da validez a ésta. Y esto, que es tan evidente, conviene repetirlo ahora, en que hace estragos cierto pragmatismo de eso que llaman el acto puro. Puro o libre de lo que no sea acción, es decir de contenido. A uno que me decía que se dejaría cortar la cabeza por sostener no sé qué estuve por decirle que no perdería nadie nada, ni él tampoco, con que se la cortaran. Pero me contuve, porque es terrible el carnero que topa en el aire.

Si, conozco eso que llaman doctrina de servicio y aprecio éste. Pero servicio ¿a qué o a quién? En civilidad, o sea en política, hay servicio a la Historia, a la conciencia que la comunidad patria, la que

tiene conciencia, la tiene de sí misma. La fe es un servicio —obsequio suele traducirse— racional, según dijo el Apóstol. Pero lo de racional lleva consigo la libre adhesión por libre examen. Y así, la llamada fe implícita, la fe del carbonero, la del "eso no me lo preguntéis a mí…, etc." —¡lo he repetido tantas veces y lo que aun lo rondaré!—, de racional no tiene nada. Es la del servicio u obediencia —y aquí vuelvo a otro de mis temas favoritos— del tercer grado de obediencia loyolesca, la de juicio —no ya de hecho y de voluntad sólo—, la de creer que lo que el superior manda es lo más juicioso. O sea que el superior, jefe o como quiera llamársele, es infalible, no se equivoca. Pero ¿quién le ha conferido a ese superior —jefe— su superioridad o jefatura? En la Iglesia Católica, Apostólica, Romana ya sabemos cómo se decretó el dogma de la infalibilidad pontificia por el obispo de Roma, a quien ciertos fieles rinden un cuarto voto de obediencia. Pero ¿esto cabe traducirlo a un partido político, por ejemplo, y que los pobres partidarios rindan ese cuarto voto —el de la fe del carbonero— a un jefe cualquiera, sin que se sepa en qué conclave se le confirió su poder, ya que no autoridad? (La autoridad se adquiere muy de otro modo.)

Es realmente algo que apena el ánimo, cuando de civilidad conciente se trata, el ver que un jefe o caudillo lanza excomuniones pontificales, protesta contra el hecho de que no se cuente con él, pronuncie a boca llena que no hay otro jefe que él o acaso hable de "su gente". "El partido soy yo", parece decir alguno. Y otro dice: "Pues mi gente (¡su gente!) se irá con Perengánez, y eso se saldrán ustedes perdiendo." La verdad sea dicha: un supuesto jefe que consiente que una caterva de carbonerillos —de fe irracional— pidan todo el Poder para él, ya que no se equivoca, es un peligro para toda república bien ordenada. (Y doy aquí a este tan elástico y ambiguo concepto de república aquel sentido el más amplio que incluye hasta a las monarquías y a los imperios, ya que República se llamaba el Imperio romano.) Y mucho más si la fe del jefe es también de carbonero. Y terrible cosa cuando a una vaciedad propia se agrega otra delegada.

Servicio racional, de libre examen, a la conciencia de la comunidad patria, que encarna en su historia, en su tradición, bien, muy bien; pero para ello hay que conocer esa historia, esa tradición, y para conocerla hay que estudiarla con amor. Y nuestros carbonerillos de las distintas agrupaciones —triste es tener que decirlo— en general no la conocen porque no la estudian. No tienen idea alguna de lo que hicieron sus padres y sus abuelos y los de éstos. Los que de entre ellos más se manifiestan propicios a dar su vida por lo que antaño se llamaba "la causa", menos dispuestos están a dar esa su vida al estudio de la causa misma. Su ignorancia política es enciclopédica y acaso —aquí estriba la tragedia— invencible.

Y ahora me siento atraído a decir algo de la diferencia que va de caudillo a cacique y a justificar a éste frente a aquél. El caudillo suele ser carneril, de tope, y el cacique es de maniobras y estratagemas. El caudillo suele ser sonoro y espectacular —de cine sonoro—, mientras que el cacique maneja —o mejor, mangonea—, y se calla, y se vale de maniobras y estratagemas. Los dos tienen su papel público, civil, y este comentador que os habla, fiel a su alterutralidad, ya expuesta, cree en el valor útil de ambos, pero cree también que en momentos graves el cacique es preferible al caudillo. El caudillo, fiándose de su magia fascinatoria —ejercida sobre los carbonerillos como la serpiente ejerce la suya sobre los

chorlitos—, encubre mejor su propia oquedad, mientras que las artes del cacique piden un fundamento civil más sólido. Se ha dicho y redicho mucho en España contra el caciquismo, y cuando Joaquín Costa hizo aquella enquisa sobre él, fue este comentador uno de los pocos consultados que se atrevió a tratar de justificarlo. Habría que decir otro tanto sobre el caudillismo. Lo estimo más peligroso que el caciquismo. ¿Y si el caudillo es un cacique o el cacique es un caudillo?, se nos dirá.

De esto, otra vez.

1936 - Guerra

1936 – Guerra

Al hombre entero y verdadero

Ahora (Madrid), 1 de enero de 1936

El hombre entero y verdadero, con su completo organismo espiritual encamado en el corporal, sus entrañas y su piel anímicas, órganos cual círculos ya concéntricos, ya secantes los unos a los otros. Lo que se ha llamado el microcosmo, el pequeño mundo o, mejor, universo individual —y personal— dentro del vasto mundo, del individuo universal. (Suele dársele otro nombre.) Lo que se dice una persona. Y es el sujeto de la religión y de la política, que es otra religión, la religión civil. Y ¡ay si la persona se descompone, se desorganiza, se desparrama! ¡Ay si la religión y la política —como la ciencia y el arte— no cogen al hombre entero y verdadero, en su entereza y en su verdad:

Primero, el pequeño individuo animal, ceñido por su cuerpo, preocupado de su salud y su bienestar individuales y con su pequeña conciencia incomunicable. O acaso con una trágica o cómica intimidad. “Es muy suyo”, se dice de un sujeto así. Y no es suyo ni de nadie. “¿Qué idea tiene usted de sí mismo?”, se preguntaba en una de esas enquisas (enquestas) disparatadas. ¡Como si alguien tuviese idea alguna de sí mismo! A lo más, una idea de la idea que los demás tienen de él. La idea de sí mismo es uno mismo. ¿Y quién se tiene a sí mismo?

Pero este mínimo sujeto es hijo, hermano, padre, novio, marido… Tiene familia. Como no sea un absoluto solitario, un ermitaño o un anacoreta. Y aun entonces… Y envolviendo al sujeto individual está el familiar. Como a éste le envuelve el civil, el que es miembro —y órgano— de una comunidad superfamiliar. En la que ejerce una profesión, un oficio. Oficio quiere decir deber. Y ello le coloca en una clase. Lo que hace el sujeto social. Que cuando vive dentro de historia humana pertenece a una nación. Y las naciones se organizan en la Historia, que es la civilización, y fraguan una cultura, una humanidad. Y hay una concepción internacional; más aún: mundial; aun más : universal. Si se quiere, cósmica.

Y el individuo histórico, el hombre civil entero y verdadero, tiene, por pobre y borrosa que sea, una

conciencia universal o cósmica. Decía Kant que los dos espectáculos más sublimes son la conciencia humana y el cielo estrellado. Que puede ser espejo de la conciencia universal del individuo humano. Aun el más rudo ciudadano se recoge en sí y se sobrecoge contemplando la estrellada. O como el pastor errante de las estepas asiáticas que cantó Leopardi le pregunta a la luna por su destino. O mirando al Lucero —Lucifer (Luzbel); en los textos de astronomía, el planeta Venus—, cuando va a derretirse en el alba, le pregunta con Isaías (XIV, 12): "¡Cómo caíste del cielo, Lucero, que salías por la mañana!; cortado fuiste de tierra, ¡tú, que herías a las gentes!…" Y lo que sigue en el texto bíblico. ¡Pobre Luzbel! Y éstos no son vanos pareceres, sino que el más humilde sujeto histórico, familiar, profesional, social, nacional, mundial, que se siente envuelto por la humanidad, anuda —con más o menos conciencia de ello— un desasosiego de aquendidad, del sueño de la vida y del mundo de aquende la muerte, con un desasosiego de allendidad, del sueño de la vida y del mundo de allende la muerte. Del siempre pasado y del siempre futuro. Y se pregunta: "¿Para qué?"

Ahora, en que se habla tanto de crímenes sociales y hasta se los contrapone en parte a los llamados pasionales, es en éstos en los que hay que ver al hombre histórico entero y verdadero. En esos trágicos suicidios mutuos de dos amantes, por ejemplo. ¡Lo que esto da que pensar y que sentir! Esos suicidios, en que acaso entran motivos individuales y familiares, y sociales y nacionales, y hasta mundiales y universales. El pobre Larra ("Fígaro") se suicidó por una mujer, o por su familia, o por su España, o por… (Pero otra vez de estos suicidios.) ¿Se ha suicidado alguien por pasión política? (El heroico suicidio del presidente Balmaceda, el chileno, lo comentaré otra vez.) Y el suicidio es acaso la mayor prenda de fe, el máximo martirio. Considere el lector el heroico "harakiri" de la lealtad nacional japonesa. Y fíjese en cuan pocos políticos profesionales, no nacionales, han sabido suicidarse civilmente, condenarse a muerte civil a tiempo y en sacrificio de su patria. Acaso porque su política era profesión más que vocación o misión, porque no abarcaba al hombre todo entero y verdadero. Vivían de ella, no para ella.

Pronto vendrán unas elecciones, que deberían ser ejercicios de educación civil y social del pueblo, y uno se pregunta si su acción pasará de la piel espiritual de ese pueblo, si le penetrará en las entrañas, si le hará más y mejor de lo que es. Si la lucha ha de ser entre republicanos y monárquicos, póngase por caso; si saldrán unos y otros más y mejor enterados de lo que sean la república y la monarquía para el ciudadano en su individualidad, en su familiaridad, en su profesionalidad, en su socialidad, en su nacionalidad, en su mundialidad y en su universalidad, o sea en su religiosidad. La acción de esas elecciones ¿será acción de civilidad, de política entera y verdadera? O ¿no más mal de lo que se llama politiquería o politiquilla? ¡Politiquilla!, ¡menguada política diminutiva! A que corresponden esos castizos diminutivos nuestros del género de: camarilla, gacetilla, guerrilla… y otros así. Una lucha no de ideales ni de concepciones civiles nacionales, sino de partidos. O equipos. Con sus candidatos espontáneos y con sus encasillados. Y el hombre entero y verdadero, el que se siente uno y a la vez órgano del universo, ése ¿saldrá más hombre, más ciudadano, más patriota, más del mundo todo, más universal de semejante lucha? Los preludios son fatídicos. Agravación de ramploneria.

Ya sé que dirán no pocos lectores que no concreto. ¡Claro es! ¿Para qué? Entre las anécdotas

electorales que he recogido hay dos que más me han dado que pensar. Una, la de un anarquista que proponía que ellos, los anarquistas, en vez de no votar, debían hacerlo en blanco para recontarse así. Y otra, la de una pobre vieja beata que pedía le diesen una papeleta de Nuestro Señor Jesucristo, pues iba a votar por la religión. O sea, desde el punto de vista de la politiquilla —o política de partido—, en blanco. Dos blancos que nuestras campañas electorales no han sabido llenar con nada. Y el hombre verdaderamente popular seguirá preocupándose de sus enfermedades y sus malestares y de cómo el Lucero —Lucifer o Luzbel— se derrite y cae cada día del cielo. Que es otro blanco.

Y para terminar: mejor un salto en las tinieblas que un deslizamiento en el vacío.

Ver artículo publicado (pdf)

Hinchar cocos

Ahora (Madrid), 8 de enero de 1936

Ahora se me vienen irnos lectores circunstanciales —no de mis habituales, de los míos— con la embajada de que les exponga qué es eso de la fe implícita o del carbonero y todo lo que con ello vengo relacionando. Quieren evitarse acudir a una enciclopedia cualquiera, aun la más barata. Y accedo. Accedo diciéndoles que fe implícita es la de aquel que profesa creer, por obediencia y no por convicción, lo que otro le enseña y aun sin entenderlo. Y se le llama del carbonero por aquella fábula —o lo que sea— de un carbonero que al preguntarle qué era lo que creía respondió: "Lo que cree y enseña nuestra Santa Madre la Iglesia." Y al repreguntarle: "¿Y qué es lo que cree la Iglesia?", replicó: "Lo que creo yo." Y de este círculo vicioso no le sacaron.

Esa fe implícita no es un servicio racional, sino —lo he dicho muchas veces— el tercer grado de la obediencia según Loyola; el que cree que lo que el superior —o jefe— ordena es lo verdadero, entiéndase o no. Es lo de: "El jefe no se equivoca", o sea el principio de la infalibilidad personal. Que de la esfera religiosa se ha trasladado a la política. Claro está que los más de los que sostienen ese principio no estiman que el superior no se equivoque o yerre objetivamente, sino que conviene a la comunidad para su mejor preservación atenerse a ello. Es lo que llaman disciplina.

Ese criterio es el criterio anti-liberal, que nada aborrece más que el libre examen. Y ese criterio político-eclesiástico —no propiamente religioso— fue el que condujo a aquella formalmente tan atinada fórmula de que "el liberalismo es pecado", que tanto cimbelearon antaño nuestros loyolanos españoles. ¡Tiempos aquellos —yo era un mozo inquisitivo— en que se disputaban el campo ortodoxo mestizos e integristas! Se hablaba de tesis y de hipótesis, del mal menor (lo del bien posible ha venido después). Renacían el posibilismo y el probabilismo y toda clase de casuísticas. Y al cabo de los años, los

sucesores y discípulos de aquellos anti-liberales han venido, aleccionados por la experiencia y, además, por táctica, a pactar con el liberalismo. Y con algo que para ellos debería ser peor que el liberalismo: con cierto radicalismo, bien que retórico y de similor. Y así han venido conchabanzas y maridajes inexplicables. Había que cerrar los ojos. Era un deber de carbonero de esos que dije.

Mas he aquí que la estratagema marra y hay que volver a la tesis y proclamar de nuevo la santa cruzada, la reconquista de la unidad. Y como en un tiempo, en el siglo XVI, se proclamó la que luego se ha llamado la Contra-Reforma, la de Trento, hoy se proclama, ya en el orden político, la contra-revolución. ¿Y qué es ésta?

Para saber qué es ella habría que saber lo que los sedicentes contra-revolucionarios entienden por la revolución. Y lo que entienden por ésta los sedicentes revolucionarios. Por su parte este comentador no entiende bien ni a los unos ni a los otros, y tiene motivos y razones para creer que ni los unos ni los otros se entienden a sí mismos. Ve a unos que van, erguida la cabeza y mirando al aire; a otros que, como si por tortícolis, miran de reojo, y a éstos, de párpados caídos, con la vista al suelo. Pero a pocos que miren a lo que tienen ante las narices y en torno de su cuerpo mortal. Y se tienen miedo unos a otros y les domina el pánico. "¿Qué va a ocurrir aqui?" "¿Adonde vamos a parar?" Y así.

Diríase que esas manadas humanas a que acarran y arredilan sus rabadanes están aterradas y tiemblan como si olieran a chamusquina. (Se dice que los gitanos, para robar caballerías, suelen producir espantadas en las ferias quemando cerdas de las colas de aquéllas.) Y esto es lo que hacen los jefes de los unos y de los otros a que aludo. Se dedican a hinchar el coco. O sea a soplar a carrillos abultados en los faldones de sus respectivos espantajos. "¡Que viene el reparto!" "¡Que viene la anarquía!" "¡Que viene la dictadura!" "¡Que vuelve la Inquisición!" Y cada cual enarbola su coco: marxismo, fajismo, masonería, jesuitismo… ¡Y a saber qué más! Y a las veces se cree uno envuelto en un torbellino de magismo, de mitología y de hechicerías. Y siente la congoja de sentirse en una casa de locos. Peor aún: de tontos de atar. ¡Qué barahúnda!

No puede uno remediarlo: siente que se le va la cabeza. Y con ella ida ¿de qué le va a servir el corazón? (¡El corazón, el corazón! Cuando leo de entrevistas que fueron cordiales me pregunto: "¿Serían también cerebrales?") Hay un viejo dicho latino —modificación de una sentencia de Eurípides— que reza así: *Quos Deus vult perdere dementat prius*, esto es: "A quienes Dios quiere perder entontéceles antes." Y así vemos dementados o bien dementes, atontados o bien tontos —tontos auténticos— enardeciendo o, si se quiere, dementando a pandillas de menores de entendimiento que se rinden al servicio de la fe implícita. Y mientras se hinchan los cocos y se soplan los faldones —hechos guiñapos— de los espantajos se crean mitos. O si se quiere prestigios, ya que prestigio quiso decir originariamente engaño. Uno de los que le están preocupando a uno es el de las eminencias grises. Que luego, al examen, resulta que ni son eminentes —no "ominen" podría decirse, inventando un neologismo inútil—, y en cuanto a lo de grises, no se destacan por la riqueza de su sustancia gris cerebral. Gallos tapados sin cresta ni espolones. Y sin canto de amanecer. Tal vez sólo pollos implumes.

Hay un saurio australiano que para amedrentar a su enemigo, cuando está él amedrentado, hincha la

gola, toma una facha espantable y le amedrenta con su miedo. Y esto de hinchar así la propia gola es parejo a hinchar el coco que se tiene por adversario. Hay pueblos salvajes que cuando salen a campaña llevan dragones, endriagos, mascarones, carátulas y todo género de espantajos. Claro es que contra otros pueblos también salvajes. Y es de suponer que se espanten de sí mismos. ¿No irá a ocurrir algo así con los diversos "frentes" —así los llaman— que aquí se están formando y se dedican a hinchar su gola colectiva y a hinchar el coco adversario? Lo malo va a ser si con este género de guerra incivil —salvaje—, la campaña política que se anuncia acabe por dementar del todo, por entontecer a rabiar a los que aun conservan entre nosotros la sana y sosegada madurez de su entendimiento. A los que gozan de fe explícita, asentada sobre libre examen y raciocinio sereno.

¡Ay de los que nos hemos criado en pecado de liberalismo! Y no nos dedicamos a hinchar cocos. ¡Ay España, mi España, cómo te están dejando el meollo del alma!

Abolengo liberal

Ahora (Madrid), 15 de enero de 1936

Para poder vivir y pervivir en la Historia —que es la vida espiritual—, en la historia nacional ante todo, ya que ésta forma parte de la Historia universal humana, lo primero es tomar posición en ella, situarse. Cabría decir definirse si no se le hubiese dado a este ambiguo y fatídico término un cierto sentido, casi litúrgico, que riñe con el verdadero sentido histórico. Hay que encogerse y recogerse en sí, el hombre conciente de su propia ciudadanía, de su propia civilidad, y examinar cómo su propia historia individual, su biografía, se ha fraguado dentro de la historia general de su pueblo. Contemplarse el ciudadano a sí mismo como un producto vivo histórico. Y digo vivo porque no son sino productos muertos aquellos que afirman ser progresistas o reaccionarios, demócratas o liberales, republicanos o monárquicos, o lo que se digan ser, "de toda la vida", o sea de nacimiento. Así como por bautismo, con un "volo" de un padrino cualquiera. Pues estos tales no pasan de ser "carboneros" de nacimiento, ciudadanos inconcientes.

¿Quiere esto decir que no se herede la convicción política como se hereda la fe religiosa? Cada cual es hijo de una familia y, a la vez, de una ciudad, o villa, o aldea, y de una nación, y de un haz de éstas, y de una época. ¡Qué bien se dijo aquello del "hijo del siglo"! Y no es posible que nadie logre saltar por encima de su propia sombra.

Nací y me crié—dejo ahora lo de llamarme "uno" o "este comentador" o algo así —en la invicta villa liberal de Bilbao y en tiempo de guerra civil. El liberalismo del glorioso siglo XIX era tradición en mi familia. Mi abuela materna y tía paterna, hermana de mi padre con la que, muerto éste a mis seis años, me crié, en compañía de mi madre y hermanos, había salido de Vergara, villa natal de mis mayores, durante la guerra de los siete años —de 1833 a 1840—, con las últimas tropas liberales; pasó en Bilbao

el sitio que la puso Zumalacárregui, y luego, en la otra guerra, de la que fui infantil testigo, el de 1874. No quiso salir de nuestra villa, a requerimientos de un primo del campo carlista, prefiriendo sufrir en ella las adversidades del asedio y bombardeo a tener que vivir entre los enemigos. Y con su hija —mi madre— y sus cuatro nietos —yo y mis hermanos— soportó la prueba. Su sentimiento de las convicciones políticas era lo que en el verdadero sentido de la palabra, tan abusada, podríamos decir tradicionalista. Esa convicción tenía que ser hereditaria. "¿Ese, carlista? —nos decía—; no os fiéis de él; es un traidor; conozco toda su familia y son liberales." Y lo mismo a la inversa; nos prevenía en contra de quien, procediendo de familia carlista, se hacía, o decía haberse hecho, liberal. Era el tradicional sentimiento de tirios y troyanos, romanos y cartagineses, agramonteses y beamonteses, moros y cristianos o, en mi nativa tierra, oñacinos y gamboinos. Y, sin embargo, no era para ella esa fe una fe implícita, de carbonero político. Pensando después sobre ello, poniendo a mi abuela en el campo histórico en que se le formó el recio y claro espíritu civil —y con éste el religioso—, he creído descubrir la huella de aquella Vergara de fines del XVIII y principios del XIX, la de los caballeritos de Azcoitia —tan cerca, sin embargo, de Loyola—, de los enciclopedistas y afrancesados, de los que crearon las Sociedades de Amigos del País y el Seminario de Nobles de Vergara; aquel templo de Minerva a que canturreó don Félix M. Samaniego, el de la fábula de "La barca de Simón". Algo que olía a jansenismo, más o menos conciente. Aquel liberalismo vascongado de fines del XVIII y principios del XIX. Y con él, una religiosidad cristiana sobria y austera y civil, limpia de ciertas blandenguerías y de ciertas supersticiones.

El liberalismo era, ante todo y sobre todo, un método. Un método para plantear y tratar de resolver los problemas políticos, y no una solución dogmática de ellos. Y aunque hoy parezca a muchos que liberalismo y democratismo se oponen, que se oponen la libertad y la democracia, que ésta —la democracia— propende a la dictadura como a ella propenden la oligarquía y la plutocracia, entonces se sentía de otro modo. Entre las soluciones ametódicas, catastróficas, de las dictaduras, sean del proletariado, sean de la plutocracia —o bancocracia—, el liberalismo representa el método. O si se quiere, el libre examen, la libre discusión. ¿Es esto un centro entre las soluciones —u opiniones— extremas? Más bien una posición sobre las opiniones todas, no un centro entre ellas.

¡Cuánto hablé de todo esto con aquel espíritu liberal, sereno, tolerante, comprensivo, que fue el de don Manuel Bartolomé Cossío, descendiente directo de uno de los que fueron fusilados con Torrijos en las playas malagueñas! También él tenía un abolengo liberal a la española, de un liberalismo nuestro castizo. Que se corroboró en la Institución Libre de Enseñanza, sobre la que tanto fantasean, desconociendo su historia, y desconociéndola, por lo tanto, esos pedantuelones (pedantuelón = pedantón + pedantuelo, niñería decrépita) de escuela de petulancia totalitaria a base de ficheros. (El de los ficheros no es método, ni aun para investigadores de verdad.) Los cuales pedantuelones, al morir el buen Cossío, salieron con la mentecatez de que había sobrevivido a los tópicos liberales de su tiempo. Vamos, sí, que ya no se llevan; cuestión de moda. Los de ahora son los del presunto futuro Estado nuevo de la petulancia fajista.

Cuando se votó en las Constituyentes la prohibición a las Ordenes monásticas católicas de ejercer la

enseñanza pública y sostener colegios externos y la disolución de la Compañía de Jesús, confiscándole sus bienes, el buen liberal Cossío se pronunciaba con energía contra este atentado despótico a la libertad. Le oí decir que dudaba de si, en rigor, la Institución Libre de Enseñanza no caería, con igual sinrazón, bajo aquella proscripción. Él, alma entonces de esa Institución, tan neciamente combatida como mal conocida por los afiliados y los críos de la Compañía, sostuvo siempre que negar el derecho al magisterio público a cualquier instituto confesional —con las garantías, ¡claro!, de suficiencia profesional que a los demás se les exige— era, además de una injusticia, una garrafal torpeza. "Ahora —venía a decirme—, una vez disuelta la Compañía, serán sus miembros los que puedan en ley —si provistos de los títulos pertinentes— abrir colegios católicos." ¿Verdad, amigo y también liberal Castillejo? Pero es que el pseudo-laicismo de las Constituyentes era, por anti-liberal, torpísimo. Si bien —da pena decirlo— excuse, si es que no justifique en gran parte, aquella torpeza la torpe reacción contra ella desencadenada por los perjudicados al soltar a una tropilla de menores mentales —aunque mayores de edad— niños zangolotinos, a que zangoloteen por cámaras y escenarios de "cine" político, despotricando de carretilla sus empapizadas lecciones.

Cuando repaso las memorias de mi abolengo liberal —de origen doceañista— y las del abolengo liberal del noble y liberal Cossío, y al sentir que se destruyen los caminos —los métodos— para levantar barreras (dogmas o dictaduras, unas u otras), que se niega el libre examen para asentar esta Inquisición o su contraria, ahora es cuando siento afirmarse en mí aquella tradición familiar de liberalismo que brotó de la nacional de nuestro glorioso siglo XIX, el de la Constitución de 1812, el de las dos guerras civiles que retemplaron el alma de mi abuela Benita Unamuno y Larraza. Murió a mi lado, a mis dieciséis años; la primera muerte a que asistí. A su memoria dedico este recuerdo de piedad. Y a la de don Manuel Bartolomé Cossío, nieto de uno de los fusilados en Málaga con Torrijos.

¿Conferencias? ¡No! A los que me las piden

Ahora (Madrid), 24 de enero de 1936

¿Conferencias? No; y menos ahora, en temporal de tanda de ellas. Y de mítines. Si pudiese reunir en un salón de teatro o de circo o en un campo de deporte a los que leen estos mis artículos, a mis lectores de ellos, sean cuantos fueren, no los reuniría para decirles lo que desde aquí les digo. ¿A qué? ¿A que me vieran? ¿A que me oyeran? ¿A que sus miradas, su atención visual, sus semblantes, sus gestos, sus aplausos, sus interrupciones acaso, me desviasen de mi vía? ¡No, no, no! ¿Y, además, no poder hacer pausas —como el lector las hace—, no poder insistir? Improvisar, sí, pero pluma en mano y por habla escrita, que así se logra densidad —apretamiento—, que es intimidad de expresión.

¿Leer un discurso? Ahora, no. ¿Recitar de memoria lo aprendido? ¡Peor! ¿Darle al aparato y que funcione la aguja? ¡Ah, no! Y en cuanto a las improvisaciones orales, con sus latiguillos y sus floreos —y

aun floripondios—, eso se queda para lo que llaman actos. O declaraciones. Para éstas sí hace falta la presencia corporal del declarante. Como la de un testigo en un juicio. Y luego hay la función del agitador. Pero ¿agitador yo? ¡Ni por pienso! ¡Dios me libre de ello! Los agitadores en general no suelen saber lo que se dicen. A menudo disparan primero y después apuntan. O el tiro les sale por la culata. Cabalgan en el jaco desbocado que es su auditorio, agarrándose a la crin de éste para no caerse. "Agítese antes de usarla", dicen los drogueros, y los que agitan muchedumbres de esas no suelen saber usarlas después. Más ha solido llevar a públicos —que no es lo mismo que muchedumbres— un escritor, un publicista, que no un charlatán. Recuerdo ahora un periodista anónimo— pues no firmaba sus editoriales (artículos de fondo) en un gran diario— que, desde su cuartito de redacción, escribiendo —tocado con un gorro de papel— resolvía crisis y trastornaba Ministerios. Y en las Cortes, aun con ser diputado, no sé que hablara jamás. Y en cuanto a Castelar, agitó con un artículo de periódico más que con cualquiera de sus discursos, ya improvisados, ya recitados.

¿Conferencias? ¿Y que vengan las versiones de los oyentes reporteros? ¡Ni aun con luz y taquígrafos! ¡Y esos extractos, esos terribles extractos! Sobre todo para los que ponemos toda el alma en la expresión íntima, no en la elocución. ¡Extractar! Perdóneseme la petulancia, pero pedir el extracto de ciertos discursos es tan desatinado como pedir —y este desatino se repite en clases de literatura— el argumento de *La Ilíada*. Y a las veces como pedir el extracto de una sinfonía.

A propósito de esto de los extractos, quiero contar lo que me ocurrió con una conferencia, en cuyo contenido puse gran cuidado. Y es que no queriendo escribirla para leerla —como había hecho otras veces— y, desde luego, no recitarla de memoria, hice un extracto previo, un esqueleto o armazón de ella, dejando los adornos y las ejemplificaciones y las alusiones para el momento de exponerla. Fui luego, al decirla, salpicándola de toda clase de anécdotas, chascarrillos, alusiones, croniquillas y demás del género. Cada reportero hizo su extracto, excepto uno a quien le di yo el mío. La traza de la fábrica de la conferencia, su armazón conceptual, sin todos aquellos añadidos, de yeso los más. Y al día siguiente me decía uno: "Pero ¿quién ha sido el desdichado que ha hecho ese extracto, dejándose…?", y aquí fue enumerando los añadidos. Y al contestarle yo que yo había sido el extractor se quedó estupefacto. Claro está que los que leyeron los otros extractos no se dieron cuenta de lo que yo había dicho. Y esto me ha ocurrido tantas veces… Y, por lo tanto, conferencias extractables…, ¡no! Y, por otra parte, ¿hacer de fantasma de "cine" sonoro? Y que acaso vaya a oírle a uno una señorita extranjera que apenas si entiende nuestra lengua —y menos mi lengua—, y salga escribiendo a su tierra —el hecho es histórico— si uno tiene la barba blanca y la cabellera blanca y revuelta, y si el gesto es así o asao, y la frente, atezada, y si no lleva corbata, y si viste de tal o cual manera, sin haberse enterado de nada de lo que uno diga ni maldito lo que le importe. Y luego que se le venga a uno con el inevitable álbum para que le ponga allí su firma. Si es que no pide también un pensamiento. ¡A la porra!

Hay otra cosa que no he llegado a comprender, y es por qué en las Cortes—no sé si por práctica consuetudinaria o por reglamento—se excluye, en lo posible, la lectura de discursos escritos. Es que acaso se le estima al diputado como a un testigo que va a deponer oralmente y se quiere valerse para con él de todas las feas añagazas de que los jueces se valen en el interrogatorio oral contra un testigo…

Raposerías de enjuiciamiento. Y de enjuiciamiento, más que judicial, policíaco. Método inquisitorial, al que no suele faltarle ni el fermento.

Mi paisano don Antonio de Trueba —Antón el de los cantares— ha sido uno de los mejores hablistas y estilistas de nuestra literatura del siglo pasado, pero hablista por escrito, pues era de expresión oral bastante torpe y hasta tartamudeaba. Y cuando tenía que tratar de algún asunto de cierta importancia con un convecino suyo, a quien acaso veía a diario, le escribía, en vez de ponerse al habla con él. Lo que hacen muchos otros. No quería que se le cogiese por la palabra. Y aunque yo, su paisano y, en más de un respecto, su discípulo —él fue quien me ayudó en mis primeros pasos de escritor en mis mocedades—, sé explicarme bastante bien de palabra y no tartamudeo, sin embargo, cuando a mis compatriotas me dirijo en la creencia y la confianza de que tengo algo que decirles que otro no les dirá como yo, aunque se lo diga mejor, se lo digo por escrito. ¿Que el enterarse de un escrito pide más atención y cuidado que el seguir un discurso oral? Sin duda. Pero esa atención y ese cuidado pueden y deben servir para no encontrar contradicciones donde no las hay. Que aunque dialéctica es voz muy aparentada con diálogo, o sea conversación oral, el caso es que abundan más de la cuenta las gentes que no se han dado cuenta de que la dialéctica es el juego de las aparentes contradicciones, y que el orador o escritor que se las echa de no contradecirse nunca es porque nunca se dice nada. Y esto lo he dicho ya antes de ahora.

En resolución, queridos amigos míos que me piden conferencias, mientras dure este temporal de ellas…, ¡no! Ni por ellos ni por mí. No quiero agitar el agua; quiero mejor arar la tierra. Y nada, por supuesto, de provocar terremotos. Hay que amolar las entendederas al público, pero sin por eso amolarle. “¿Y qué más da?”, le oigo a un lector. ¡Hombre, no!

¿Conferencias? Denlas otros. Y aunque nada confieran, quédense luego tan anchos, tan orondos y tan campantes. Yo, a estrecharme y recogerme. Y gracias…

El habla de Valle-Inclán

Ahora (Madrid), 29 de enero de 1936

Nuestro buen amigo don Ramón del Valle-Inclán —séale la posteridad aficionada— seguirá por mucho tiempo nutriendo más los anecdotarios que las antologías. Algo así le pasó a Quevedo. Se hablará de él más que se estudie su obra. Aunque su obra cardinal, ¿no fue él mismo, el actor más aún que autor? Vivió —esto es, se hizo— en escena. Su vida, más que sueño fue farándula. Actor de sí mismo. “Siento lo que digo, aunque no diga lo que siento”, pudo decir como el personaje —más que persona— de mi drama *El hermano Juan*. Su prodigiosa memoria —era un portento— le permitió acaparar muchos papeles. Y todos los mezclaba y confundía. Así como los lugares y los tiempos. La historia que

fantaseaba no era cronológica ni topográfica. El principal modelo que se forjó, el marqués de Bradomín —de la cantera de Barbey d'Aurevilly— era noble, feo y católico. Católico literario, a lo Chateaubriand, ¡claro! Como su carlismo, también de teatro. En su vida se ponía a menudo en jarras —en estos días se están poniendo así los políticos—; alguna que otra vez se encampanaba. Y so capa se reía. Como buen actor se comportaba en su casa como en escena. Él hizo de todo, muy seriamente, una gran farsa. Que por su desinterés cobró cierta grandeza. Fundió a la tragedia con el esperpento. Y adoró la belleza, alegría de la vida.

Mas ahora quiero hablar de su habla. Habla es la mejor expresión para la obra poética —artística— de quien fue más que escritor, más que orador, un conversador y un recitador admirable. ¿Lengua? Si la llamara lengua, podría creerse que me refiero a su característica maledicencia. Maledicencia teatral, libre del veneno que da la envidia. Lenguaje tampoco me gusta. Mejor acaso llamarle "idioma". O "dialecto". Entendidos estos dos términos a derechas, en su originaria significación: "idioma", propiedad; "dialecto", lenguaje conversacional, coloquial. Porque Valle-Inclán se hizo, con la materia del lenguaje de su pueblo y de los pueblos con los que convivió, una propiedad —"idioma"— suya, un lenguaje personal e individual. Y como le servía en su vida cotidiana, en su conversación era su "dialecto", la lengua de sus diálogos. Y de sus monólogos. Porque dialecto no quiere decir algo subordinado e inferior como parecen creer no pocos paisanos de Valle-Inclán y míos y catalanes. La lengua imperial y la más original se hace idioma cuando el que la usa se la apropia, se la personaliza, y se hace dialecto cuando es de veras hablada.

Valle-Inclán se hizo su habla —hablada y escrita— con las hablas que recogió en su carrera de farándula. Empezando, ¡claro está!, con el castellano galaico, propiamente gallego, de su niñez y de su mocedad. ¡Qué alma galaica —no sé si céltica o suévica, que esto no son sino pedanterías aldeanas— la de su habla hispánica! En rigor, romana; él lo sabía. Mucho más galaica y mucho más alma que la de ese gallego en formación de los galleguistas —el de los "hachádegos de cadeirádegos", que dije otra vez—, de esa especie de esperanto regional o comarcal. Lo galaico va en el ritmo, en el acento, en la marcha ondulatoria y, a las veces, como oceánica de su prosa, en su sintaxis con más arabescos que grecas, con más preguntas que respuestas. Y para ello tuvo que acudir al caudal popular de todos los pueblos de España y de la América de lengua española. El gallego regional no le habría servido. Así como Rosalía de Castro, cuando tuvo que sacar a luz su alma individual y a la vez universal, lo más íntimo de sí misma, lo vertió en las poesías castellanas de las orillas del Sar más que en sus cantares gallegos. Mejor esto que fraguar un pseudo dialecto de gabinete. Y digo pseudo porque ese dialecto no sería tal, no sería conversacional. Y, por lo tanto, ni idioma, ni propiedad. Más bien algo mostrenco.

Cuando mi buen amigo José María Gabriel y Galán empezó a escribir en aquel dialecto extremeño, que no era el de su infancia salmantina, le dije que ni podría expresarse bien a sí mismo en aquello y que pecaría más que por omisión por comisión, poniendo en boca de sus extremeños de Granadilla voces que ellos no conocían por no conocer lo que con ellas se significaba. Y así digo que Valle-Inclán pudo decir en su habla individual idiomática (propia) y dialectal (conversacional), y por ello imperial hispánica, lo que los de su casta galaica sentían oscuramente sin lograr expresarlo.

Hombre de teatro Valle, su habla, su idioma dialectal, o dialecto idiomático, era teatral. Ni lírico ni épico, sino dramático, y a trechos, tragicómico. Sin intimidad lírica, sin grandilocuencia épica. Lengua de escenario y no pocas veces de escenario callejero. ¡Cómo estalla en sus esperpentos!

No hay que buscar precisión en su lenguaje. Las palabras le sonaban o no le sonaban. Y según el son les daba un sentido, a las veces completamente arbitrario. Y era una fiesta oírle sus disertaciones filológicas y gramaticales. No era capaz de desentrañar las expresiones de que se servía porque para él —actor ante todo y sobre todo— las entrañas estaban en lo que he llamado antes de ahora "las extrañas"; el fondo estaba en la forma. Y acaso no andaba descaminado si se entiende por forma algo más sustancial que la mera superficie. Que lo formal no es lo superficial. ¿No dejaron dicho los escolásticos que el alma es una forma sustancial?

Aun siendo tan diferentes —a ratos, tan opuestos Valle-Inclán y Quevedo, hay ocasiones en que el gallego hispánico, con sus arabescos me recuerda al manchego —que manchego fue, en rigor, el señor de la Torre de Juan Abad—, con sus grecas, picudas y pinchudas. Si bien es verdad que en Valle no se pueden recoger aforismos y sentencias como en Quevedo. La continuidad que podríamos decir líquida de la prosa valle-inclanesca no se presta a los despieces a que se presta la prosa conceptista quevedesca. Valle resulta a las veces conceptuoso, pero no conceptista. Sabido es que una de sus máximas de estilo era que había que juntar por vez primera dos palabras —sustantivo y adjetivo, por ejemplo— que nunca se habían visto así juntas. Un asociacionista. A lo que yo le decía que era más honda empresa disociar dos términos que siempre se ven juntos. Disociarlos para asociarlos con otros. Pero, ¿qué más da? Para nosotros el mundo de la palabra —el lenguaje— es algo sustancial, material, y que de él creamos, asociando, o destruímos, disociando. Y sabemos que la palabra hace el pensamiento y, lo que vale más, el consuelo, el engaño vital. Y él sabía, Valle —como sé yo—, que haciendo y rehaciendo habla española se hace historia española, lo que es hacer España. La religión del Verbo, de que procede el Espíritu.

¡Y lo que conocía Valle nuestros clásicos castellanos! ¡Había que oírle recitar trozos del teatro de nuestro siglo XVII! ¡Y qué cosas decía de Lope de Vega, por caso!

Con un empuje galaico parecía don Ramón del Valle-Inclán estar dictando desde el Finisterre hispánico o tal vez desde la Compostela de Prisciliano —más que de Santiago—, por encima de la mar que une y separa ambos mundos, un habla imperial, idiomática y dialectal, individual y universal. Habla que en su extravagancia lo fundía todo. Y en mucho tiempo se hablará más de él que se estudie su obra.

La hipnosis de la herencia

Ahora (Madrid), 5 de febrero de 1936

Es una doctrina muy consabida, aunque no muy meditada, la de que las doctrinas con que el hombre trata de explicar y justificar su conducta suelen ser ilusorias. Siente la necesidad de explicarse a sí mismo —y luego a los demás— lo que hace sin saber por qué lo hace. Es el consabido caso de sugestión del hipnotizado. Al que, luego de hipnotizado, se le sugiere que cumpla un acto, el más incongruente a las veces, en tal tiempo y lugar; se le deshipnotiza y en el día y sitio sugeridos va y lo cumple y lo explica y justifica por raciocinios, que fue fraguando subconcientemente. Experimento muchas veces llevado a cabo.

Cabe decir que en muchos, tal vez en los más de los delitos, el delincuente no sabe por qué los comete. Roba o mata porque el ánimo le pide robo o matanza. Con aterradora frecuencia leemos de un desdichado que mata a una mujer con quien cohabitaba maritalmente porque ella se niega a seguir entregándosele así. ¿Por celos? No siempre, y menos calderonianos. O una pareja, él y ella, que conciertan un consuicidio. Y el mismo día acaso otro desdichado víctima de hipnotismo, un joven profesional, le aporrea o le mata a otro joven hipnótico por ir pregonando un periódico de índole que se le antoja contraria a la de la hipnosis de que él —el aporreador o matador— profesa. Y sin conocerle. Y ni el que mata a su querida, ni el que se suicida con ella, ni el que atenta contra el pregonero del cartel contrario cometen su acto por lo que creen cometerlo. Suelen ser hipnotizados que lo cometen por sugestión… ¿de quién? Del genio destructor de la especie, de la Muerte; así, con mayúscula. Del instinto malthusiano.

¿O es que no corre una fatídica epidemia de destrucción? ¿Su origen? ¡Quién sabe…! No falta quien crea que es materialmente patológico. En gran parte sifilítico. Se dice que el número de preparalíticos progresivos es mucho mayor de lo que se supone. Entre ellos no pocos de los agitadores y caudillos que arrastran, con su encanto morboso, a pueblos enteros. Y no viene ahora aquí acaso citar nombres resonantes. De vivos y de muertos ya. Es una herencia. En su mayor parte una herencia de la civilización. Como la guerra.

Misterio el más tremendo de la vida humana el misterio material y moral de la herencia. Lo que los teólogos católicos llaman el pecado original. Ya la herencia fisiológica es el mayor acaso de los misterios de la vida. Eso de que la yegua para potros y no terneros, y la vaca, terneros y no potros, o que la encina dé bellotas y no aceitunas, y el olivo aceitunas y no bellotas, y de que no se le pueda pedir peras al olmo. (Dejemos lo de los injertos.) Esto no se lo ha explicado nadie. Podrán decirnos que es la ley de la herencia, explicación meramente verbal para ocultar nuestra ignorancia —como aquello de que el alma siente porque tiene sensibilidad—, podrán explicarnos el cómo, pero no el porqué. O acaso inventarán una idea platónica en el sentido de los teólogos escolásticos realistas.

Y aquí encaja esa torturada invención teológica —no propiamente evangélica— del pecado original, de esa invisible e intangible, por inmaterial, mancha mágica y mítica. ¿Pecado? Ya lo dejó dicho el Segismundo calderoniano, el de *La vida es sueño*, al decir que “el pecado mayor del hombre es haber

nacido". Haber nacido hombre y no bestia, se entiende. Haber nacido con el apetito de conocer la ciencia del bien y del mal, y de explicarse sus propios actos. Y el castigo de ese pecado es soñar la vida y tratar de explicarse el sueño. Y la herencia. Y en la vida social y civil, de comunidad humana, tratar de justificar la otra herencia, la herencia económica que hace las clases sociales y con ellas sus luchas de clase. Otro misterio, que no aclara, ni mucho menos, ninguna interpretación materialista de la historia. Esas luchas en que, como en aquellos delitos que empecé diciendo, entra la hipnosis más que el hambre y entra también alguno de esos morbos materiales, epidémicos y contagiosos. De esos morbos con que la trabajada especie humana se defiende de tener que trabajarse más. Y a que se deben, en rigor, las más de las guerras. Y de las revoluciones.

Y cuando uno agoniza —espiritualmente se entiende— bajo la pesadumbre de tales misterios míticos se le llega uno de esos dogmáticos y al encontrarle con que se muere de hambre mental, de hambre intelectual, se dispone a despenarle ahogándole con un mendrugo de doctrina que le meta hasta el gañote del alma para quitarle así con el estertor de la respiración de ésta el sueño que es su vida. Le ha explicado por qué se muere, y con la explicación le ha matado. ¿No era mejor dejarle que se acabara de por sí?

Y traigo esto ahora aquí al observar qué inhumanos remedios se proponen para combatir contra la trágica hipnosis que produce el pecado original de la civilización humana, hipnosis que sugiere los actos de desesperación, los delitos y los crímenes que menudean más cada vez. Y ello es la inmanente revolución perpetua de la historia. Aunque otra cosa se les pueda antojar a ciertos sedicentes revolucionarios sociales que creen —con fe implícita o de carbonero— en una sociedad futura de igualdad y justicia, o en un Estado nuevo totalitario, o en un no-Estado libertario, o en una Iglesia triunfante y única, o en otro cualquiera de esos fantásticos ensueños hipnóticos para consolarle al ciudadano de haber nacido hombre y no bestia inocente. Y si se consolaran con eso los pobres tontainas…

Y a propósito y para rematar estas consideraciones con una coletilla lingüística de sainete ¿no estaría bien que junto al término "tontaina" metiéramos otro derivado de tonto mediante un sufijo ahora en moda y decir "tontoide"? Fue Lombroso, creo, el que del italiano "matto" loco, derivó "mattoide", esto es, locoide. Nos estamos divirtiendo tanto con poner motes que atraigan porrazos y luego tiros… ¡Y si al fin y al cabo se pudiesen vaciar a porrazos las cabezas "tontoides"—sobre todo, las de los cabecillas—, que no son sino faltriqueras de frases deshechas…!

Posdata.—¿Revolución? ¿Contra-Revolución? ¡Entendimiento!

Carrel sobre el peligro de nuestra civilización

Ahora (Madrid), 7 de febrero de 1936

Leyendo el libro *El hombre, ese desconocido* (*L'Homme cet inconnu*), del doctor Alexis Carrel, el famoso operador biológico francés de Nueva York, el de los injertos de órganos. El libro es una especie de pequeña suma o enciclopedia de los conocimientos actuales relativos al hombre. El hombre concreto, de carne, sangre, hueso y conciencia, el pobre hombre arrastrado en el torbellino de la civilización. Una pequeña suma antropológica, pero en vista del ántropos, del hombre, concreto, individual. Libro escrito con sencillez y densidad, sin aparato técnico —esto es, sin pedantería— y en el que la vulgarización no degenera en avulgaramientos.

No bien lo encenté di con un tema que en estos días que corren y corremos pesa sobre mi espíritu con pesadumbre congojosa. El del rebajamiento de la mentalidad media, el de la insanidad mental —y por lo tanto, moral— de la generación actual. Carrel afirma que la salud ha mejorado, que la mortalidad es menor, que el individuo se hace más hermoso, más grande y fuerte; que los niños tienen hoy una talla superior a la de sus padres, esqueleto y musculatura más desarrollados; que la duración de la vida de los deportistas no es superior a la de sus antepasados y que su sistema nervioso es frágil. Que los triunfos de la higiene y de la educación moderna no son acaso tan ventajosos como a primeras aparecen. Que la disminución de la mortalidad infantil, atravesándose en la selección natural, conserva los débiles. "Al mismo tiempo —dice— que enfermedades tales como las diarreas infantiles, la tuberculosis, la difteria, la fiebre tifoidea, etc., se han eliminado, y la mortalidad disminuye, el número de enfermedades mentales aumenta. En ciertos Estados la cantidad de locos internados en los asilos sobrepuja a la de todos los demás enfermos hospitalizados." Y agrega: "Acaso esta deteriorización mental es más peligrosa para la civilización que las enfermedades infecciosas en que la medicina y la higiene se han ocupado exclusivamente."

Y a seguida, Carrel insinúa que las excelentes condiciones higiénicas en que se cría a los niños no ha logrado elevar su nivel intelectual y moral. "En la civilización moderna —dice— el individuo se caracteriza, sobre todo, por una actividad bastante grande y enderezada por entero al lado práctico de la vida, por mucha ignorancia, por cierta astucia y por un estado de debilidad mental que le hace sufrir de manera profunda la influencia del ámbito en que llega a encontrarse. Parece que a falta de armazón moral la inteligencia misma se hunde. Es acaso por esta razón por la que esta facultad, antaño tan característica de Francia, ha bajado de manera tan manifiesta en este país. En los Estados Unidos el nivel intelectual queda bajo, a pesar de la multiplicación de las escuelas y las universidades."

Y agrega Carrel: "Diríase que la civilización moderna es incapaz de producir una crema de hombres dotados a la vez de imaginación, de inteligencia y de valentía. En casi todos los países hay una mengua del calibre intelectual y moral en los que llevan la responsabilidad de la dirección de los negocios políticos, económicos y sociales… Son sobre todo, la endeblez intelectual y moral de los jefes y su ignorancia las que ponen en peligro nuestra civilización."

Al llegar a esto apagué la bombilla eléctrica —esta otra joya de nuestra civilización mecánica— y me

quedé a oscuras, tendido sobre mi cama, y envuelto mi espíritu en los ecos de las lecturas de los diarios en estos días de desvarío preelectoral. Zumbábanme en el ánimo esos insultos, esas injurias, esas calumnias, esas insidias, esas mentiras que se disparan unos combatientes a los otros. Ese pretender sondar intenciones del adversario y hacerlo de mala fe —unos y otros— ese fatídico: "¡Más eres tú!", esa furia de barbarie. Y ese revolverse como energúmenos contra quien no quiere reconocer la mejor buena fe y la mejor sinceridad de aquel a quien uno se dirige. Es, sin duda, una devastadora epidemia de morbo mental, de locura. ¡Y qué terribles los síntomas! Creeríase que España se ha vuelto un manicomio suelto. Y que muchos de sus locos necesitan camisa de fuerza. De fuerza: no negra, ni azul, ni gris. Y la locura se encubre en la envidia y en el odio a la inteligencia. El "¡Vivan las cadenas!" se cambia en la obediencia de juicio, en la servidumbre mental.

Se habla de extremismos. Pero entendámonos. El extremismo —o mejor, la extremosidad— no estriba en la doctrina que se profesa o se dice profesar, sino en la manera de profesarla. ¡Esos pobres enfermos mentales, tan peligrosos porque se sienten hondamente convencidos de lo que dicen —aun sin entenderlo— y más peligrosos aun cuando de lo que tratan es de convencerse a sí mismos de ello y que se lo gritan para no oír lo de los otros! Eso de que hay que proscribir las ideas del adversario… O si les viene la mala salen con que hay que respetar todas las ideas. A lo que cabe replicar que sí, pero cuando son ideas. Porque las no-ideas no suelen ser respetables. Hay que oír a los sedicentes anti-marxistas, que no saben ni de Marx ni del marxismo más que saben los que se dicen marxistas, que apenas saben jota de ello; y hay que oír a los antivaticanistas, que no tienen del Vaticano y de su política más clara idea que los vaticanistas, que la tienen bien turbia. Porque la ignorancia en unos y en otros es espantosa. Nadie quiere enterarse de nada.

De toda esta gritería apenas surge una voz limpia que diga una palabra clara. ¡Y si sólo fuera gritar! Cuántas veces ha pasado por la mente de este comentador que os habla el triste presentimiento —congojosa corazonada— de tener que volver a expatriarse, desterrarse de la tierra nativa, de la patria, para no contagiarse y enloquecer también. Cada vez que oigo hablar de antipatrias a cualquier "¡Viva España!" —cotéjese con el típico mote andaluz de "¡ese es un viva la Virgen!"—, u oigo hablar de cavernícolas a alguno de los otros, siento todo lo que el observador desapasionado de toda otra pasión que no sea la de la verdad y sobre todo, si posee humor, tiene que disponerse a sufrir en el meollo del alma a la vista de tan triste degeneración mental de su propio pueblo.

"¡Hay que tomar partido!", gritan los locos de todos los partidos, y uno presiente haber de tener que tomar el partido de partirse del campo de batalla que se está haciendo su pobre patria expuesta a la demencia furiosa.

Sobre el hambre… sociológica

Ahora (Madrid), 15 de febrero de 1936

Entre las varias inefables ingenuidades de la tan amena como candorosa, teórica y académica Constitución de la República española de 9 de diciembre de 1931 (*Gaceta* del día 10) hay en su artículo 46, después de proclamar que el trabajo, "en sus diversas formas, es una obligación social", aquello de que "la República asegurará —no dice que podrá asegurar— a todo trabajador las condiciones necesarias de una existencia digna". Al final del artículo siguiente, el 47, se dice que "la República protegerá en términos equivalentes a los pescadores".

Creíamos que eso de la "existencia digna" era una definición de principio, análoga a aquella de León XIII referente al salario justo, y que se dejaba a la sutileza escolástica de los interpretadores y escoliastas el determinar la justicia del salario en el un caso y la dignidad de la existencia del trabajador en el otro caso. Porque ni una ni otra declaración obligan, en rigor, a nada. Pero después se nos ha complicado el problema al oír hablar de salarios de hambre —de hambre, no de pobreza o de miseria— en términos tales que no hemos podido poner en claro qué es lo que entienden por hambre ciertos escoliastas. Y no es que nos burlemos, no; es que cuando se trata de promulgar leyes conviene precisar los términos, medirlos —esto es, medirlos— y no andarse con conceptos vagos e inconmensurables, como los de dignidad, justicia y hambre. Que, como concepto legal —no fisiológico—, lo de hambre no es nada claro.

Pero he aquí que en un manifiesto ha podido leerse esto: "Rectificar el proceso de derrumbamiento de los salarios del campo, verdaderos salarios de hambre, fijando salarios mínimos, a fin de asegurar a todo trabajador una existencia digna, y creando el delito de envilecimiento del salario, perseguido de oficio ante los Tribunales." Al leer esto empezamos a meditar en toda la logomaquia de la justicia pontificia, de la dignidad constitucional, del hambre sociológica —no fisiológica—, hasta que nos fijamos en otros dos términos, cuales son el de trabajador y el de salario. Y vinimos a caer en la cuenta de que hay trabajadores —esto es, hombres que trabajan para ganarse la vida— que no reciben salario, porque trabajan por su cuenta, sin amo ni patrono, como trabajadores libres. Que es una clase de trabajadores en esta "República democrática de trabajadores de toda clase". Aunque esta clase de trabajadores no asalariados, sin amo ni patrono, no entren en lo que en cierta jerga pseudo-marxista se llama clase de trabajadores, los asociados. Y a estos trabajadores libres, no asalariados, sin amo ni patrono, que viven de lo que sacan de su parroquia o clientela, a éstos ¿les asegurará la República "las condiciones necesarias de una existencia digna" si su libre trabajo no les procura de su parroquia o clientela sino un estipendio de hambre? ¿Si, por ejemplo, a un zapatero remendón de portal, o a un mozo de cuerda, o a un buhonero, o a un trabajador cualquiera de la clase de los libres, su trabajo no le procura con qué calmar lo que los sociólogos llaman hambre de él y de sus hijos? ¡Pobres trabajadores ni asalariados ni asociados!

Aquí tenemos un pequeño labrador o, mejor, labriego propietario del pegujar que labra por sus propias manos y las de sus hijos y que con ello le saca a su tierrita una renta… de hambre sociológica y acaso fisiológica. ¿Qué le asegurará la República? Las piedras de su pegujar no le dan bastante pan para su

familia. Su tierrita le sirve, a lo sumo, de seguro de lo que podríamos llamar su jornal —no salario—, de seguro de su renta diaria. Y es una renta de lo que llaman hambre. Y hasta hay pequeños amos que se ayudan de asalariados y que no sacan de su propio trabajo más que el salario dicho de hambre que dan a éstos. Porque eso que se llama envilecimiento del salario no suele ser, con harta frecuencia, más que el envilecimiento del campo, resultado de pretender cultivar tierras viles. ¡Y son tantas, pero tantas! Porque eso de que las cuatro quintas partes del territorio nacional que permanecen incultas sea posible cultivarlas de modo que rindan más que rendimiento de hambre sociológica, eso es cosa de sociólogos de clase urbana —o metropolitana— que no saben a ciencia cierta en qué tierra vivimos. Y en esta España central, de tradición, de pastores trashumantes, y de arrieros, y de buhoneros, y de vagabundos forzosos, donde la población está —y tiene que estar— mal repartida. Bien se vio cuando aquel disparate de los términos municipales. Donde no envilecía el salario la concurrencia de los asalariados forasteros, sino la vileza de las tierras de éstos. "El español es tan sobrio…", se dice. ¡A la fuerza! Cuando empezaron a hacerse caminos en Las Hurdes, algunos de los que las conocíamos dijimos: "¡Gracias a Dios! Así saldrán de ellas los hurdanos y se convertirán en desierto de breñas y canchales y, a lo sumo, en bosques…" Pero parece que no, sino que allí siguen viviendo de un alivio de hambre sociológica entretenida. ¡Tira tanto la cima de roca desnuda! Y así se dan emigrantes en la propia tierra natal, desterrados hijos de Eva.

Sé bien lo que se opone a este modo de considerar las cosas. Conozco las leyendas que corren. Y cómo eso que llaman economía política no deja ver la economía natural. Justicia —la de León XIII—, dignidad de existencia —la de la Constitución—, envilecimiento del salario —el nuevo delito— y todo lo demás de la cantata del hambre sociológica… ¿Y si la injusta, y la indigna, y la vil fuese la Naturaleza, a que el clarividente, y sincero, y veraz Leopardi llamó "madre en el parto, en el querer madrastra"?

Hemos de volver sobre esto; pero, en resolución, hay que decir que a muchos de los que se quejan de salarios de hambre, trabajadores de la clase de asalariados, si se les entregaran las tierras que a salario labran para que, como trabajadores libres, las labrasen por su cuenta, no les sacarían sino renta también de hambre… sociológica. Y no estaría de más que sus monitores estudiaran bien "La ley de la renta", de Ricardo, y "La ley de la población", de Malthus.

Ahora no vendría mal añadir algo sobre el problema del paro y la paradoja de querer consumir para la producción, en vez de producir para el consumo; mas esto exige más espacio. Y, sobre todo, si no se le deja al pobre pueblo, que sueña hambre —y si la sueña, la siente y la padece—, que sueñe un régimen social de justicia, y de dignidad, y de igualdad, y de emancipación social, ¿qué consuelo va a dejársele? ¿Y cómo se obstinaría en vivir donde no cabe vivir dignamente y en no repartirse en el regazo de la madrastra tierra patria de modo que quedase desierto lo que sólo para desierto sirve? ¡Ay!, acaso sea mejor tratar de engañarse sociológicamente para poder engañar a los justamente quejosos. Y que se consuelen echando la culpa al hombre de lo que el hombre no la tiene.

¿Masonería?

Ahora (Madrid), 21 de febrero de 1936

Cada día recibe uno nuevas muestras de la triste deficiencia —que llega a enajenación— mental colectiva que está asolando al mundo civilizado europeo y en que se ve también arrastrada nuestra pobre Patria. Ahora me escribe desde Berlín un doctor —por el apellido, de origen holandés— que está desde hace diez años dedicado a la edición alemana de las obras de Blasco Ibáñez, de quien fue amigo. Me habla en su carta de maquinaciones para conseguir que se prohíba esa edición con pretexto de que Blasco Ibáñez fue francmasón, ya que en Alemania —me dice el doctor— se han hecho cerrar las logias. Y me pregunta si sé si Blasco fue o no masón. Le he contestado que jamás oí ni que lo fuera ni que no lo fuera; que a él jamás le oí hablar de masonería y que éste es asunto que nunca me ha importado un pitoche. No soy supersticioso ni creo en endriagos, brujos y duendes. De lo que sí presumía Blasco era de tener alguna sangre judía; pero ésta es otra superstición por ambas partes: la de los semitistas y la de los antisemitas. Y le envío al doctor alemán mi condolencia por tener que vivir en medio de un pueblo atacado de tan grave morbo.

Estando últimamente en Portugal pude enterarme de que el Gobierno del flamante Estado Nuevo exige a los funcionarios públicos la declaración de que ni son ni se harán masones. Sentí, al saberlo, una honda lástima por ese nobilísimo y pacientísimo pueblo portugués —al que tanto debo—, que tiene que soportar semejantes atentados gubernativos contra la dignidad humana. Porque ¿quién ha definido lo que la masonería sea? ¿Se trata de una Asociación o de una doctrina? Por mi parte, no he logrado darme cuenta de ésta. Alguien me ha dicho que debo saberlo, pues pertenecí a la Liga Internacional de los Derechos del Hombre —hasta presidí la sección española—, que es, me aseguran, una especie de Orden Tercera de la masonería. Puede ser, pero el caso es que jamás he logrado penetrar —ni lo he intentado— esos apocalípticos secretos de las logias; y en cuanto a su doctrina, jamás la he entendido ni me ha interesado. En París acudí a casa de madame Menard d'Orian, donde eran las reuniones de la Liga —también acudía allá don Santiago Alba, y entre los extranjeros, Witti— y donde se respiraba ambiente masónico; pero salí de ella tan poco instruido como entré.

Y muchas veces me he echado a pensar qué es lo que entenderán por masonismo los que con tanto ardor lo execran. Distínguense entre éstos los jesuitas; pero consabido es que los jesuitas se distinguen —a pesar de la leyenda en contrario— por no saber enterarse de las doctrinas contra que combaten. Acaso por no poder enterarse de ellas. Porque lo que es a deficiencia mental… Bueno, ¡adelante!

Acabo de volver a leer la "Advertencia preliminar" que don Marcelino Menéndez y Pelayo le puso a la excelentísima traducción que del Libro de Job hizo don Francisco Javier Caminero y Muñoz, obispo de León, y en la que hablaba de "los grandes intereses de la ciencia católica, hoy más comprometida en España, que por la audacia de sus enemigos, por la torpeza, desmaño e incurable ceguedad de sus

defensores". Y aludía a los que "disputaban prolija y fastidiosamente sobre temas tan interesantes y de tanta profundidad filosófica como el de *el liberalismo es pecado* o el de *el libre cambio en sus relaciones con el catolicismo*". Esto escribía mi don Marcelino hace precisamente cuarenta y cuatro años, en febrero de 1892, y la irónica censura sigue siendo de actualidad. Pues han vuelto las insensatas tonterías del "áureo librito" —así lo llamaban entonces— *El liberalismo es pecado*, del doctor don Félix Sardá y Salvany, que por aquellos años me regocijaba como en mi niñez el *Bertoldo, Bertoldino y Cacaseno*. Y pensando en ello he venido a parar en que lo que llaman ahora masonería esos pobres mentecatos es ni más ni menos que el liberalismo. Sólo que éste sin secretos, ni ritos, ni ceremonias, ni símbolos, ni liturgia de ninguna clase.

Y contra este liberalismo, que es, como dijo don Antonio Maura, el derecho de gentes moderno; contra este liberalismo, que es la civilización internacional, se están conjurando las dos Internacionales anti-liberales, las de las dos dictaduras: la fajista y la comunista. Ambas coinciden en execrar de la libertad y de la individualidad, ambas en combatir a la democracia. Para sustituirla por una "memocracia".

Ahora, con motivo de las elecciones —escribo esto en vísperas de ellas— están los memos lanzando contra ciertos candidatos el mote de masón. Y ni esos memos ni los que los aleccionan saben jota de la masonería. Ni del liberalismo. Da pena leer las sandeces que se pegan con engrudo en las paredes públicas. Son gritos de abyección demental.

Dentro de pocos días, en los mismos de las elecciones, del choque de las dos dementalidades internacionales traducidas a nuestro castellano —deshaciéndolo—, el que esto escribe saldrá para Inglaterra, y en Oxford se esforzará por dar a conocer algo del alma de su pueblo, no contaminado aún por esa asoladora epidemia. Y quiera Dios que al volver a mi Patria la encuentre más aliviada del pecado, no de liberalismo, sino de inconciencia civil.

Tempestades, revoluciones y recursos

Ahora (Madrid), 26 de febrero de 1936

"Time writes no wrinkle on thine azure brow."

Lord Byron, *Childe Harold's Pilgrimage* (IV, 182).

Vuelta a leer —a oír— aquel estupendo canto al "oscuro azul océano" con que termina la *Peregrinación de Childe Harold*, de lord Byron, el poeta que se ensimismó la mar. La estrofa 182 del canto IV —y último— le dice al océano: "Incambiable salvo al salvaje juego de tus olas; el tiempo no traza arrugas en

tu frente azul; ruedas ahora tal como te vio el alba de la creación." Y la siguiente estrofa, la 183, reza así —y perdón por tener que traducirla en prosa—: "Glorioso espejo en que la forma del Todopoderoso se refleja en tempestades; en todo tiempo, tranquilo o revuelto, en todo tiempo —brisa, temporal, galerna—, helando el Polo o alzándote sombrío en clima tórrido, sin lindes ni términos, sublime; imagen de eternidad, trono del Invisible, de tu légamo se hicieron los monstruos del profundo; cada zona te obedece; tú sigues, terrible, insondable, solo."

Contemplando una tremenda tempestad marina desde un abrigo de la costa, en tierra firme, en un promontorio al que baten las olas enfurecidas, se siente cuanto cantó el poeta de la mar, que se ha tragado imperios. Pero vuelve la calma, se serena el espejo del Todopoderoso y refleja el rostro de éste: la estrellada. Y se ve que ni los siglos ni sus tempestades han dejado arruga en su frente azul. Y uno, echándose a meditar, piensa que las honduras del océano, que sus profundidades, las que alimentan su vida, las del légamo de que surgieron monstruos antediluvianos, no han sentido el paso de esas galernas, de esas tormentas y tempestades. Y que esas honduras son la esencia de él, son la raíz de su continuidad. Y se recuerda aquellas palabras que otro altísimo poeta, el autor del Libro de Job, pone en boca del Señor, de Jehová, a quien le hace decir: "¿Quién cerró con diques la mar cuando, impetuosa, se salía de madre? Al ponerle yo las nubes por vestido y al nublado por pañales suyos; cuando le imponía yo mi ley y le ponía puertas y cerrojos; y díjele: Hasta aquí vendrás v no pasarás, y aquí se romperá la soberbia de tus olas" (XXXVIII, 8-11).

Así en la mar del espíritu humano, así en la Historia. No dejan arruga en ella las revoluciones. Pasan con los siglos, y la entraña de la humanidad —y de la humanización— sigue terrible, insondable y sola. Pese a nuestros ensueños de progreso y de civilización.

Estas reflexiones o, mejor, estas meditaciones —poéticas si se quiere— se las hace uno a solas cuando desde una celda de solitario —atalaya en promontorio costero del espíritu— contempla una de estas sacudidas del alma popular a que hemos dado en llamar revoluciones. Y piensa en los hombres y en los pueblos que podríamos llamar, en cierto sentido, submarinos, los que viven muy por debajo de esas olas agitadas. Los que son la raíz de la continuidad humana —de la humanidad continua— de la Historia. Y se echa uno a meditar en la esencia inalterable de esa humanidad, que hace ya bastantes años llamé, en uno de mis primeros ensayos —*En torno al casticismo*—, intra-histórica.

¿Progreso? Sí, superficial y en lo pasadero, no en las honduras. Y aun ese progreso, avanzando de pronto, como en salto —o mejor, en sobresalto—, cien pasos para tener que arredrarse después noventa y nueve y no haber ganado sino uno solo —¡y menos mal!—, y volver luego, tras lento caminar, a marcha de caracol cargado con su casa, a dar otro salto de otros cien pasos y otra vez a retroceder noventa y nueve, y… así arreo… Y llega, tras una y otra revolución, tras uno y otro salto —o sobresalto— en que, de mil pasos hacia adelante, sólo se han ganado diez, uno de esos que Vico, en su *Ciencia nueva*, llamó "recorsi", esto es, recursos. ¿Reacciones? ¿Retrocesos? ¿Retrogradaciones? Más bien encalmamientos. O acaso sumersiones en las honduras de la mar de la Historia. Tal lo que hemos dado en llamar la Edad Media, tiempo, según los papanatas, de oscuridad y de barbarie. ¡Hay que oír lo que los pobretes entienden por feudalismo, por ejemplo! Tiempo en que la civilidad europea descansó digiriendo la

cultura de la antigüedad grecorromana y de la judaica y aun de la índica. Y así pudo venir el recurso del Renacimiento.

Ahora se da en decir que estamos abocados a una especie de nueva Edad Media. Y el caso es que muchas de las supuestas formas nuevas de civilidad no son sino como un trasunto de estructuras medievales. Y así como se perdieron u olvidaron adelantos grecorromanos, así se perderán u olvidarán no pocos de estos adelantos —sobre todo, de los técnicos y mecánicos— de que se envanecen los detractores de la Edad Media. Hay quien cree que en un nuevo medievalismo se restaurará el proletariado. Y en un nuevo régimen de gremios, y de comunidades, y de corporaciones. En el fondo, así pensaba Joaquín Costa.

Y, puesto uno a cavilar, se dice: "¿Y en religión?" Porque esto es lo más profundo, lo más hondo de la mar de la Historia humana. Que hasta el fondo del océano llega el reflejo de la estrellada. ¿Es que el comunismo moscovita —en su mayor parte asiático— no contiene el germen de una religión —si no nueva, renovada—, de un recurso religioso, aunque sea ateo? Pues consabido es que el budismo es una religión sin Dios. Y sin otra vida ultramundana, eterna, que el nirvana, el inacabable sueño sin ensueños. Que es también, a su modo, un recurso.

Con estas meditaciones se abroquela uno para resistir los embates de esas revoluciones y de sus contrarrevoluciones. "Y en tanto el globo sin cesar navega por el piélago inmenso del vacío", que dijo nuestro poeta, que no era ni un lord Byron ni menos un autor del libro de Job.

La justicia de Job

Ahora (Madrid), 28 de febrero de 1936

A seguir las huellas de las rachas que siguen. Y a comentarlas en comentario lento, continuo e insistente. A recalcar y remachar. Rachas… ¿De qué? ¿De crímenes? Es término que no me gusta. Más bien de actos de desesperación, de estallidos de conciencias dolientes —mental y moralmente— que se deshacen. Y luego se nos vienen clasificando esos…, llamémoslos delitos pasionales, sociales y… vulgares. Se habla de crimen pasional, de crimen social y de crimen vulgar. Matar por celos es pasional; matar por contraste de ideologías políticas —de lo que se llama así— es social; social también es robar para nutrir el caudal del partido. ¿Y qué es lo que resta para lo vulgar, para la vulgaridad? ¿Acaso matar por matar y robar por robar? ¿Acaso hacerlo por móviles puramente personales? Y, sin embargo, la pasionalidad en los unos casos y la socialidad en los otros, no suelen ser sino disfraz de vulgaridad. Y ni hay porqué la pasionalidad y la socialidad sean declaradas circunstancias atenuantes o acaso eximentes. Se ha dicho que en tiempos de guerra los homicidios y asesinatos vulgares disminuyen. ¡Claro! Los criminales hallan salida gloriosa a sus instintos. Como en tiempos de revolución.

Hay, sin duda, una íntima relación entre la criminalidad pasional, social o vulgar y la violencia que se desencadena en las luchas políticas de nuestra guerra civil. Verdad es que político y civil quieren decir lo mismo, pues "polis" ("civitas") es la ciudad, y "politis" ("cives") es el ciudadano. Hijas gemelas las dos: la criminalidad —pasional, social o vulgar— y la ferocidad de la guerra civil política, hijas gemelas de una misma enfermedad mental. Que es la civilización mal digerida; el empacho de civilización atascada.

"La política no tiene entrañas" —se dice a menudo para excusar verdaderos crímenes vulgares. Y cuando se dice eso suele querer decirse que la política tiene malas entrañas. Algunas veces en que he execrado medidas de esas que llaman de gobierno —de defensa del régimen, sea el que fuere éste—, a las claras injustas, se me ha solido responder que no se trataba de justicia, sino de política. Y alguno, que se creía discípulo de Maquiavelo y exaltador de eso que se llama eficacia, ha solido decirme: "Aquí no se trata de justicia; eso de la justicia responde a un criterio *liberaloide*". Esto de "liberaloide" lo han empezado a poner en moda los que ni sienten la libertad ni saben lo que fue y sigue siendo y volverá a ser el liberalismo al que tanto odian los pasionales, los sociales y los vulgares… Cuando no tachan de anarquistas o anarquizantes a los espíritus liberales. Tristes resultados de este empacho de civilización mal digerida que amenaza ahogar la individualidad, la santa individualidad. Cuando, esclavos de la masa, los miembros de ésta —que cachos más bien— no sienten sus propias libertad e individualidad, no sienten la justicia. Que consiste en dar a cada cual lo suyo: "suum cuique toi buere". "Cuique", de "quisque", a cada uno, a cada quisque.

Y en esta sima de abyección mental y moral no se sabe esperar. ¡Esperar! ¡Esperanza! La fe es la raíz de la ciencia del saber —razón es creer lo que vemos—; la caridad es la raíz de la moral; pero la raíz de la religión es la esperanza. Esperar aun sin fe; esperar hasta lo absurdo, lo imposible. Fue la virtud teologal de Job, el varón de Hus, el que primero pidió que pereciera el día en que nació y la noche en que se dijo: "Varón fue concebido", y que aquella noche no se contara entre los días del año —no viviera en la historia—; el que se lamentó de que le hubieran mecido rodillas y dado pechos a mamar, en vez de dejarle descansar muerte —antes de nacido— como aborto clandestino, como los niños que no vieron la luz. Y luego hombre de paciencia, de esperanza, después de haber disputado con Jehová, cuyo leve susurro oyó cuando Él pasaba invisible metiéndole pavor y temblor que le hizo estremecer los huesos todos, y escuchó su silencio y voz, su voz silenciosa. Del Señor que una vez habla y no se le ve más (XXXIII 14), y se divierte en probar a los inocentes (IX 23). Y aquel varón justo, después de soltar al Cielo sus quejas inmortales esperó justicia.

¡Esperar justicia! No la esperan los que meditan desquite y represalia. Elihú, el buzita, el último de los reprensores de Job, le decía a éste: "¿Qué mal le haces (a Jehová) si pecas; y si multiplicas tus delitos, en qué le dañas? ¿Y si fueres justo, qué le vas a dar? ¿Qué fruto sacará de tu mano?" (XXXV 6 y 7). Era un político que no creía ni en la justicia ni en la esperanza.

Bien sé que el lector de estas amargas reflexiones se preguntará por la seguida que las enlaza y anuda, por la pista de las huellas de las rachas de crímenes de que empecé diciendo. Pues bien; el que sólo sea capaz de seguirlas por A. B. C, a, b, c, y 1.º, 2.º, 3.º, ése no siente toda la pesadumbre ilógica de este

ambiente de pasionalidad, socialidad y vulgaridad.

Salud mental del pueblo

Ahora (Madrid), 6 de marzo de 1936

Vamos despacio. ¡Qué triste tarea la de tener que hablar —¡es el oficio!— a un público donde tanto abundan los puntillosos y recelosos y los resentidos! Enfermedades éstas —el puntillo o quisquilla, el recelo y el resentimiento— tan esparcidas por nuestro pueblo español y que producen el otro morbo espiritual nacional, aquel de que tanto trató Quevedo y que no me place volver ahora a nombrarlo. Traería su nombre mala sombra. El más ligero roce levanta roncha. Son enfermedades mentales que me meten miedo. Se da el caso de que reciba cartas de sujetos —¡y tan sujetos!— a quienes no conozco, dándose por aludidos personalmente en algo de lo que escribo. O de algún joven escritor cuyos escritos no conozco —ni por el forro—, y que se me pone a defender lo que no he tenido en cuenta. Y si cayera yo en la flaqueza de decirles que los desconozco, ¡Dios me ayude a sentir! ¿No habéis observado la mirada recelosa de quien al mirarle vosotros —¡triste cruce de ojeadas!— siente como si le estuvieseis oyendo lo que piensa, lo que se dice callandito a sí mismo? Porque hay miradas que desnudan al mirado.

Agréguese otra fatalidad, y es la de que con la mayor extensión —aunque no mayor intensidad— que alcanza el alfabetismo, la instrucción primaria, aumenta el número de los que en Francia llaman "primarios", y aquí podríamos llamar bachilleres los de vagas nociones dispersas. Los que apenas si han digerido lo elemental, que es lo fundamental. Los que le piden a uno que les explique lo que ha sido mil veces explicado y harto muy bien. Los que le preguntan a uno lo que pueden encontrar en cualquier manualete o en cualquier enciclopedia popular. ¡Las cosas que le preguntarían a aquel benemérito Sbarbi, el de *El averiguador universal*!

Cuando he leído estudios dirigidos a probar que si se distribuyese por igual la riqueza pública, mucha o poca, todos resultaríamos más pobres —en analogía a lo que en energética física se llama la entropía (véase un manual cualquiera)—, he pensado que cuanto se extiende y se reparte más la ilustración media— que no es, de por sí, cultura—, las gentes se hacen no ya sólo más ignorantes, sino más incomprensivas y menos entendidas e inteligentes. ¿Quién duda de que las obras de vulgarización contribuyen, por lo general, al avulgaramiento del saber y a su degeneración?

Decía el doctor Simarro que España es acaso la nación en que en las Academias científicas se reciben más memorias sobre el movimiento continuo, la cuadratura del círculo y cosas así. No sé si ello sea verdad, pero sí he de agregar que me espanta —así, me espanta— el número de sujetos que se ponen aquí a descubrir mediterráneos y a andar propagando nociones o noticias que casi todo el mundo —incluso aquí— conoce, aunque, como es natural, no se esté a cada paso intentando dárselos a conocer

a los otros. “Cada maestrillo su librillo”, reza el refrán, y luego resulta que todos los maestrillos tienen un solo y mismo librillo. O cartilla. “Yo en esto tengo una opinión propia”, os dice alguien que presume de hereje, y os sale con la opinión de casi todo el mundo. ¡Y si al menos se la apropiara de verdad…!

Ese fantástico fantaseador mejicano (sin x) que es Vasconcelos, el de la raza cósmica, salió una vez criticando el Diccionario oficial de la Lengua Castellana por estar lleno de palabras arcaicas —que por lo común no lo son sino en ciertas regiones— y castizas, en vez de estar abarrotado y atiborrado de términos técnicos, de neologismos científicos de física, química, biología, zoología, sociología y demás *logías*. Neologismos que además cambian y se renuevan a cada paso. ¡Aviados habríamos de quedar si se hiciesen con tal criterio los Diccionarios!

El aumento del caudal de nociones y conocimientos científicos, de descubrimientos tales y de sus cambios, es tal, que las gentes no tienen tiempo de digerirlo. Mucho del desequilibrio mental de hoy, de la neurastenia colectiva —que a veces llega a locura—, se debe a que el ritmo del progreso técnico y científico va mucho más de prisa que el ritmo de nuestro espíritu. Apenas si la inmensa mayoría del pueblo de las naciones que tenemos por cultas ha digerido la revolución copernicana, se ha dado cuenta que la posición de la Tierra en nuestro sistema estelar, y luego otras revoluciones, como la darwiniana, y ya empiezan a sacudimos los fundamentos de la razón —que consiste en creer lo que vemos— nuevas revoluciones. Añádase que la Prensa, el radio, el cine, la aviación y todo lo demás por el estilo nos están atosigando el asiento de la balumba de nuestros nuevos conocimientos. Y hasta hay quien se devana los sesos para entender las teorías de la relatividad de Einstein y otros.

Y menos mal que todavía en algún remoto y recóndito villorrio serrano, por donde apenas si pasa un auto, se pueda encontrar algún pensador rural que conserve una visión juiciosa, serena y honda de la historia. De la historia que le rodea, en la que vive y de la que vive, y que es para él una verdadera historia universal. En ella, en la de su lugar, ve y siente la de todos los lugares y todos los tiempos. Hay quien hablando de estos hombres dice que no conocen sus males, cuando los que no los conocen suelen ser los que van a descubrírselos. Y menos conocen sus bienes. Es que no cogen el buen camino para llegar a ellos.

Pensadores rurales que piensan la historia íntima de su pueblo a través del lenguaje, del hablar, que es para ellos algo vivo. Su filosofía es la de Sancho Panza, una filosofía de refranero, sentenciosa. El valor de los refranes estriba no en su contenido, sino en su continente, en su forma, que es su verdadero fondo. ¿Qué hicieron los famosos y leyendarios siete sabios de Grecia sino acuñar cada uno de ellos una sentencia, dar forma, expresión eterna a un pensamiento que empezó siendo acaso una paradoja para convertirse en un lugar común? ¿Qué es una palabra viva hablada sino una metáfora a presión de siglos históricos? ¿Y cómo se enriquece un idioma sino con nuevas metáforas, con nuevas relaciones entre imágenes vivas? De donde para desentrañar la sabiduría popular estribada en el lenguaje no hay sino llegar al tuétano de él.

Romancear los nuevos descubrimientos, acuñarlos en romance, es hacer carne la sabiduría. Cuando el lenguaje corriente de los bachilleres, de los primarios, abunda en latín indigesto, en vocablos cultos no

bien digeridos, no romanceados, ese lenguaje resulta reumático. Y reumático el pensamiento de los que lo piensan. Una lengua enferma y un pensamiento, por lo mismo, enfermo. El habla de Don Quijote era más enferma que el habla de Sancho, y cuando aquél le corregía los vocablos a éste, era éste, Sancho, el que iba mejor encaminado.

He venido a parar a esto del lenguaje por ser mi preocupación. Por creer que muchas de nuestras molestias mentales, entre ellas el puntillo, el recelo, el resentimiento, y la otra, se curarán en gran parte cuando aprendamos a pensar y sentir en el romance vivo de nuestros filósofos rurales. Y al mirarlos, vestirlos de nuestra admiración.

Paréntesis lingüístico. Grafías, logías y cracías

Ahora (Madrid), 11 de marzo de 1936

Lo que a muchos se les antoja no ser más que juegos de palabras suelen ser más bien juegos de ideas. Y el juego de ideas es idear, es pensar. Con palabras se piensa. En rigor la llamada filosofía se reduce, las más de las veces, a filología. Tenía razón el Mago del Norte, Hamann, cuando en su Metacrítica se lo recordaba a Kant. Y entre nosotros, en nuestra España, los dos acaso mayores jugadores de palabras, Quevedo y Gracián, ¿no fueron los dos acaso mayores jugadores de conceptos, conceptistas, y los más amargos y penetrantes? Uno y otro, al meter el bisturí de su ingenio en las entrañas de nuestra lengua, lo metieron en las entrañas del alma española.

Ahora voy aquí a disertar brevemente acerca de unos términos técnicos —científicos— que hemos tomado de la lengua griega; acerca de unos compuestos que se han hecho de uso corriente. Se trata de las parejas de -grafía y -logia. A las que se puede añadir un terno, y es el de -cracía. Vayamos por ejemplos.

Todo bachiller que se crea algo instruido se figura saber la diferencia que va de biografía a biología y de geografía a geología, de cosmografía a cosmología y que la -logia es algo más elevado, más fundamental, más filosófico que la -grafía. Que las -grafías —biografía, geografía, cosmografía, etc.—, son algo descriptivo, clasificativo, histórico, mientras que las -logias —biologías, geología, cosmología…— son algo explicativo y filosófico. Y, sin embargo…

Sin embargo, la historia es más fundamental, más explicativa, que la filosofía. El que sepa contar —como se cuenta un cuento, una historia— cómo se desarrolla un embrión —¡cómo!—; el que sepa hacer embriología. Y en cuanto a la biografía, a narrar el desarrollo de la vida espiritual de un hombre concreto, de carne, hueso y sangre, de un individuo; el que eso sepa, sabe más biología que el que nos entretiene con elucubraciones respecto a lo que es la vida en sí. La vida en sí, que no es nada fuera de

la vida en un viviente individual y concreto. Y al que os diga que la geología es algo más científico que la geografía, decidle que ésta, la geografía —sobre todo la llamada geografía humana—, es lo profundamente filosófico. Y a la vez filológico. Y ahí tenemos la sociología; esta disciplina —y tan disciplina para manos disciplinantes—, ¿no estaría mejor basada en sociografía? Que es lo que llamamos demografía, como a aquélla se la llamaría mejor llamándola demología.

Y he aquí que al llegar a esto de demografía y demología (sociología) se nos atraviesa otro término obsesionante, cual es la democracia. Demografía, descripción del pueblo; demología, explicación del pueblo; democracia, dominio o poder del pueblo. Y se nos viene otra pareja análoga, cual es la de teología y teocracia. Fue la teocracia, o sea el poder o gobierno de Dios, o, mejor, de sus supuestos representantes o ministros del sacerdocio, lo que fraguó, como doctrina en que sustentarse, la teología o ciencia de lo divino, ¿o fue esta ciencia, esta disciplina —¡y tan disciplina!— lo que dio origen a la teocracia? ¿Salió la práctica de la teoría o salió la teoría de la práctica? Y nótese que junto a la teocracia y teología nos falta otro término, cual es el de teografía. Teografía, conocimiento de la historia de la creencia en la divinidad. O sea, historia del origen y desarrollo de la creencia en Dios entre los hombres. Mas dejando esto —que es harto espinoso— por ahora y aquí, ¿es que la democracia ha llegado a formar una demología, una doctrina del pueblo? ¿Es que siquiera los demócratas tienen del Pueblo —escribámoslo con mayúscula— una noción más clara y más precisa que la que de Dios tienen los teócratas? ¿Es que la expresión "soberanía popular" nos es más definida —y definitiva— que la expresión "derecho divino" de las autoridades? (No sólo de los reyes, pues dice el apóstol que toda autoridad viene de Dios.) La demografía —en que culminó Malthus— nos ha dado la base más firme de la demología (sociología), y ésta es la de la democracia.

Y viniendo al segundo elemento de estas tres especies de compuestos tenemos "cracía", que es poder; "grafía", que es propiamente descripción, de describir (en griego, grafein) y "logía", expresión de "legein", expresar, decir, hablar. La "cracía" dice a la mano o al manejo, a la acción; la "grafía" dice a la escritura, a la visión, o sea a la idea —idea es visión—, y la "logía" dice a la voz, a la palabra. Y así la democracia nos enseña el manejo del pueblo —casi siempre inmanejable—, la demografía nos da una visión del pueblo —mediante las casi siempre engañosas estadísticas—, y la que llamo aquí demología, la expresión de nuestro sentimiento del pueblo mismo. Aunque en rigor este sentimiento no se logra si no con el conocimiento de su historia. ¿O es que alguien puede creer que esa quisicosa que llaman derecho político es algo que se sostiene como no sea en la historia del pueblo? Y no digo historia política, porque toda historia humana lo es. Eso de hablar de historia de la civilización es una redundancia.

Claro está que con estas ligeras apuntaciones sobre las "grafías", las "logías" (acentúese en la i, no vaya a tomárseles por logias masónicas) y las "cracias", no he querido sino sugerir al lector la riqueza de matices que se adquiere tratando lingüísticamente ciertos conceptos. Y respecto a las "cracias" tengo que añadir que, acentuando a la griega y no a la latina, se diria "cracía", con el acento en la í. Pues así como en griego era y es teología y no "theológia" (acento en la segunda o), como en latín, así decían y siguen diciendo "democratía", "teocratía", "aristocratía", como dicen "demagogía" —al igual que

pedagogía— y no demagogia. En el griego actual, en el romaico “democratía” equivale a república. Así como dicen telégrama, esdrújulo, que es como lo vengo diciendo y escribiendo desde niño, y sin responder de correcciones del tipógrafo. Ni en este ni en otros casos. Lo mismo ocurre con kilógramo -—que estaría mejor “quilógramo”, sin esa intrusa k—, esdrújulo en griego, que esdrújulo aprendí a decirlo y escribirlo y así continúo. Sin hacer caso de esas pedantescas innovaciones que introdujo un cierto académico, ex-jesuita, amigo y tocayo mío que fue, que se empeñó en acentuar a la latina, y no a la griega, palabras de origen griego. Y menos mal que no logró meternos la hache de “harmonía” Y basta de ortografía y de prosodia (en griego hoy “prosodía”, que, según algunos tratadistas, forma parte de la ortología. Ganas de complicar.

Cine sonoro revolucionario

Ahora (Madrid), 17 de marzo de 1936

Estamos condenados, pobres escritores públicos, publicistas, a repetir arreo las mismas cosas. Y menos mal si, en fuerza de repetirlas, acabamos por darnos cuenta cabal de ellas. Y para ser honrados en nuestra profesión —mejor, misión—, a enfrentamos con los unos y con los otros, esforzándonos a que se conozcan entre sí, éstos con aquéllos. Decíanme una vez que cuando me encaro con uno de derecha —él se lo cree así— me pongo en izquierda, y cuando con uno a quien se le antoja ser de izquierda me pongo en derecha. Y hube de responder que eso es al principio; pero muy pronto tengo que cambiar de posición, cara a ellos, y ponerme del lado a que creen pertenecer para enseñarles a defenderse, pues no lo saben. Para descubrirles la razón a que creen servir. Que no la conocen. Y no la conocen por falta del don de expresión.

Esto de la expresión es uno de mis temas favoritos, el más favorito de mis temas. Es lo distintivamente humano. Cuando oigo decir de alguien que tiene una idea de algo, pero no sabe expresarla, replico al punto que falso. Si no sabe expresarla, no tiene, en rigor, tal idea, y si no tiene idea, tampoco, en rigor, tiene cabal y humano sentido de la cosa, no la siente.

Porque hay el sentido —y, en cierto modo, sentimiento—, hay la idea, la visión, y hay la expresión, la palabra, el son. ¿Sentir? Sea, por ejemplo, un mal de muelas. Es un dolor que adquiere sentido cuando logramos localizarlo en las muelas. “¿Qué es lo que me duele, madre, que no sé dónde me duele?” Cuando se halla el donde del dolor, su lugar en el cuerpo, se adquiere una cierta visión, una cierta idea del dolor. Y así como hay no pocos enfermos que no saben dónde les duele, así en el cuerpo social, en la comunidad humana, los pueblos suelen ignorar dónde les duele cuando les duele. Y se siente humanamente, con sentido —más que con sentimiento—, cuando se acierta a localizar el dolor. Cosa a que rara vez llegan los resentidos, sean hombres, sean pueblos.

Mas no basta con la idea, con la visión —que se fija en el espacio—, sino que para fijarla bien, para razonarla, es menester saber expresarla. Y la expresión, la palabra, el son, pone la idea en tiempo, en desarrollo. El son, la palabra, la expresión, es el que concientiza, espiritualiza, humaniza lo animal que hay en el ser humano. Y un pueblo, cuando halla expresión al mal de que sufre su cuerpo social, descubre la raíz de su dolor. Su lugar y su sentido.

¡El sentido, la visión —idea— y el son o palabra! Y la tragedia de sus relaciones mutuas. Algunas veces, en mis ensueños del alba del despertar, he soñado en un sordo, un hombre sin sentido del son, que guía a un ciego, a un hombre sin sentido de la visión, y en cómo puedan entenderse. O mejor aún, en un ciego casado con una sorda o en un sordo casado con una ciega y de viaje por la vida. ¿Con qué sentido se entiende esa pareja? Y más si suponemos que el sordo —o la sorda— es a la vez mudo de expresión oral articulada. Lo que salva la tragedia es el sentido del tacto, el más radical, el más hondo, el más vital. El que da realidad verdadera, tangible, de cosa que se toca, al mundo.

El "cine" de visión y aun el "cine" de son, el "cine" sonoro, nos están arrebatando el toque del mundo, el contacto íntimo con él. Nos están imbuyendo, sin que nos demos de ello clara cuenta, el sentido —o mejor, el contrasentido— de la irrealidad del mundo. Acabamos por sentirnos como entre fantasmas. Y fantasmas nosotros mismos. De un ante-sueño —expectación— pasamos a un tras-sueño —a una desilusión—. Y esos fantasmas se nos aparecen como almas desencarnadas, como almas en pena. Y no pocas veces como malditas ánimas de la historia que pasa. La historia que estamos pasando, la historia que estamos viviendo, que estamos haciendo, se nos presenta como irrealidad de sueño. Este "cine" sonoro de la que llaman revolución ¿qué es? Y el brutal toque, el choque, el tiro que mata a uno, parece reducirse a una visión y a un son —el estampido— de película.

Venía yo hace poco en "auto" a Madrid de una ciudad castellana, donde hubo la inevitable manifestación de chiquillos y algunos mayores, de ambos sexos unos y otros, con sus estandartes rojos, y en ellos, empresas y emblemas. Una manifestación de "cine" sonoro. Y al venir luego por la carretera cruzamos con grupos de mozos, con sus pañuelos rojos al cuello, que al vernos nos saludaban alzando el brazo diestro y haciéndonos el puño. En general, festivamente. Sólo alguno nos llamó bribones y sirvergüenzas, que, pues íbamos en "auto", habíamos de ser de los represores y explotadores.

¿Cuál es el sentido de este "cine" sonoro revolucionario?

Acción religiosa y acción política

Ahora (Madrid), 20 de marzo de 1936

Acabamos de leer la Carta Pastoral que el obispo de esta diócesis de Salamanca, Dr. D. Enrique Pla y

Daniel, ha dirigido a sus diocesanos. Se titula *Sentíos miembros vivos de la Iglesia* y trata de la cooperación económica a las necesidades del Culto y Clero. Es un escrito de una serenidad y corrección, sin ningún exceso polémico, verdaderamente pastoral.

Parte del quinto de los llamados mandamientos de la Santa Madre Iglesia, el de "pagar diezmos y primicias a la Iglesia de Dios". De cómo al suprimirse estos diezmos y primicias por decreto de 29 de julio de 1837 se sustituyeron éstos por el presupuesto de Culto y Clero, obligándose la Nación, en virtud del artículo 11 de la Constitución de 1837, a "mantener el culto y los ministros de la religión católica que profesan los españoles". Hace notar cómo el verdadero ideal económico de la Iglesia no ha sido nunca "el depender del Presupuesto del Estado". Cita un Catecismo que decía: "El quinto pagar diezmos y primicias o lo que a esto haya sido debidamente subrogado". Y viene esta queja: "¿Puede, por tanto, sin ruindad de ánimo y raquitismo de corazón tomarse pie de los haberes pasivos (los concedidos en 1934 a los sacerdotes que en 1931 percibían dotación del Estado) para disminuir la suscripción en las diócesis donde no se había cubierto el antiguo Presupuesto de Culto y Clero?" Y esta queja transcurre a través de la Pastoral toda. Véase esto: "Por nuestra parte, ante los inconvenientes que en la práctica han surgido en las pocas parroquias de nuestra diócesis donde como sanción a los no suscriptores Pro Culto y Clero se les exigían derechos de Arancel doblados o más subidos, con esta misma fecha abolimos esta práctica". Y esta observación: "Mirad; la supresión del Presupuesto del Culto y Clero ha venido en España después de haberse registrado ya en nuestras dos naciones vecinas y hermanas: Francia y Portugal, y en varias diócesis de estas naciones los fieles han suministrado a la Iglesia más de lo que le suministraba el antiguo Presupuesto del Estado y han podido construir nuevos y espléndidos Seminarios". Lo que quiere decir que aquí, en España, no empieza a suceder lo mismo. ¿La causa?

Dice el señor obispo: "El desencadenamiento del laicismo y la persecución religiosa en España la ha permitido Dios Nuestro Señor para que despertasen tantos católicos durmientes para quienes en el orden práctico ser católico no era profesar y cumplir una ley de vida, sino poco más que haber sido bautizado en la infancia". Y aquí creo poder hacer al señor obispo de esta diócesis una observación que no hace mucho le hice al señor obispo de Oviedo a propósito de una Circular sobre la manera de atraer al pueblo obrero a la Iglesia de que se ha apartado. Y es que ese pueblo no profesa ya la fe católica. Ni nuestro pueblo, ni el urbano, ni el campesino, la profesa desde hace mucho. Para él ser cristiano era estar registrado en la fe de bautismo, casarse por la Iglesia y enterrarse según su rito. Mas el registro civil, el matrimonio civil y el entierro civil como actos dentro de la comunidad civil han venido a demostrar que una gran parte, acaso la mayoría, de nuestro pueblo, de lo que se llama pueblo, de las clases populares, no es ya católica. Por lo que ha podido decirse que España ha dejado de ser católica. Y no ahora, después de la República, sino mucho antes. Y de aquí el que sea ahora difícil, dificilísimo, a la Iglesia Católica obtener los diezmos y primicias que fueron sustituidos por el presupuesto de Culto y Clero en 1837, en plena guerra civil entre liberales y carlistas.

Las clases populares, descatolizadas y hasta descristianizadas, no acuden a sostener un culto y un clero que no responden a sus actuales sentimientos religiosos, de los que los tengan. La religión popular, esto

es, laica, se desentiende de ese culto y de ese clero. ¿Pero y las clases pudientes?, se dirá. ¿La aristocracia y la burguesía católicas? ¿Todas esas congregaciones y juntas de damas y de caballeros? ¿Todos esos de la llamada Acción Católica?

Es que a esos de la Acción Católica no les mueven, en general, sentimientos religiosos, sino resentimientos políticos. Es que para ellos la religión no es algo para consolar al pueblo y darle una esperanza trascendente, sino lo que llaman un freno para contener a las masas, un medio de conservar el orden de sus negocios. La Acción Católica se ha convertido en la Acción Popular, en la que la religión —o la religiosidad— apenas si juega para nada. El obispo de Oviedo creía poder atraer a los obreros que no creen en el credo católico con programas económicos-sociales y el obispo de Salamanca se lamenta de que el pueblo supuesto católico no acude lo bastante a sostener su culto y su clero. Y en tanto loa católicos pudientes y poderosos gastan —y malgastan— mucho más en la Acción Popular política que en la Acción Católica religiosa. Gastan más en subvencionar una campaña electoral desenfrenada y desaforada —"¡No pasarán!" "¡A por los trescientos!" "Estos son mis poderes", y demás despropósitos —que en reedificar iglesias quemadas y tratar de convertir a los infieles. Religiosa y no políticamente. Y es que en el fondo, a esos pudientes y poderosos tampoco les animan fe ni esperanza ni caridad religiosas. Su Iglesia, como su Reino, no son sino de este mundo.

Ved lo de la catequesis o instrucción religiosa. Desde que se suprimió esta enseñanza en las escuelas nacionales el clero apenas se da maña para sustituirla debidamente. Dije una vez a una alta autoridad eclesiástica que aquella supresión sería beneficiosa para la Iglesia, pues obligaría a su clero a enseñar el catecismo —y para ello aprenderlo mejor, que buena falta le hace—; pero parece que me equivoqué. Acaso porque también para ese clero la enseñanza religiosa no es propiamente religiosa, sino política.

Los innatos sentimientos religiosos del pueblo, sus esperanzas trascendentes, van por otro camino que solían ir todavía en 1837. Otra religión, laica o sea popular, apunta en el pueblo. ¿Y en el fondo de ésta no alienta, acaso, el fondo de su antigua religión? ¿En el fondo de la fe religiosa del bolchevismo moscovita no alienta acaso la fe del pueblo ruso ortodoxo, que tan bien reflejó Dostoyevski?

Creo inútil advertir al lector que no sea un energúmeno de uno o de otro extremo que yo, por mi parte, en estas reflexiones de contemplación histórica dejo de lado mis propios sentimientos y concepciones religiosos y políticos, que harto los tengo expuestos frente a los que piden definiciones dogmáticas. ¡Es tan difícil hacerse entender en este manicomio suelto que es hoy España!

Ayer, hoy y mañana...

Ahora (Madrid), 27 de marzo de 1936

Vamos despacio, amiguito, que yo no tengo prisa. Aunque quiera metérmela el tiempo. Los viejos no tenemos prisa porque —y tómemelo a paradoja si quiere— sabemos esperar mejor que los jóvenes. Hemos aprendido a esperar; tenemos larga experiencia de la esperanza. Más de una vez me ha oído usted uno de esos aforismos que tanto se me reprochan y que dice que mis pasadas esperanzas de recuerdos se me han trocado —si no en todo, en gran parte— en recuerdos de esperanzas. Pero de estos recuerdos de esperanzas vivo, y ellos, los recuerdos, viviendo en mí, me enseñan a seguir esperando. Y recuerdo —¡todo es recordar!— aquello que leí en el libro de *Las variedades de la experiencia religiosa*, del psicólogo norteamericano William James, quien, comentando una estrofa terrible de un poema inglés —de uno de los tres Thompson más conocidos en la literatura inglesa—, estrofa en que se predica el suicidio, decía James: "Bueno, pero esperemos a mañana, a ver qué dicen los periódicos." Vivir en la Historia —y aun revivir en ella— devorado por ella. A ver cómo acaba todo esto. Para empezar otra cosa. "¡Qué tiempos estamos viviendo!", se oye decir.

Y eso que no nos damos, que no podemos darnos cuenta de lo que estamos viviendo. Saturno o, mejor, Cronos, el Tiempo, se traga a sus hijos sin darles tiempo a que se den cuenta de que son tragados y cómo. Cuando se sepa la historia contemporánea, la actual, la de hoy, de aquí a cien, a quinientos o a mil años, y los de entonces se enteren de cómo la estamos viendo sus actores, se asombrarán de nuestra ceguera. La historia narrada, la historiografía, es el relato de lo que los hombres soñaron que hacían; mas lo que había debajo del sueño sólo llegan a averiguarlo los descendientes de los soñadores, su posteridad, que, a su vez, sueñan lo que están haciendo. Por mi parte, e individualmente, ahora es cuando, a mis más de setenta y un años, empiezo a cobrar conciencia de lo que fue inconciencia de mi niñez, cuando sé lo que entonces ignoraba que me movía. Y así revivo mi niñez. ¿No estaba acaso en el fondo de ella mi vejez de ahora? Como en el fondo de mi vejez está mi niñez de entonces. Y esto es el sentimiento de la continuidad de la Historia.

¿No ha leído usted, amiguito, lo que aquel español del siglo V, que fue Pablo Orosio, escribió de la Historia, que le ceñía y apretaba —"tristezas del mundo" la llamó—, y no ha visto cómo fue narrando la agonía del mundo antiguo, de la antigüedad pagana, en que él, Orosio, agonizaba? Merece la pena de leerla. Parece un héroe que está transmitiendo a la posteridad la agonía de su heroísmo. Es como un telegrafista —de telégrafo sin hilos— de un gran trasatlántico que se está hundiendo y que para aplacar la desesperada congoja de sus compañeros, los tripulantes del navío, les va contando las noticias que va recibiendo y va trasmitiendo a los de fuera el relato del hundimiento de su navío. Es, sin duda, un consuelo. Es tan heroica su acción como la de aquel médico que al llegarle el trance de muerte reunió a sus discípulos en torno a su lecho y les fue explicando su agonía. "Así se muere", les decía. Y ello recuerda el maravilloso diálogo platónico *Fedón*, en que Sócrates diserta, en la hora de su muerte, de la inmortalidad. De la inmortalidad en la Historia y en la conciencia universal.

Los pobres soñadores que se creen despiertos y, sobre todo, los pobres energúmenos o poseídos del dogma de su ensueño no llegan a comprender esta conciencia de la Historia. Que es el otro mundo. Hay

que oírlos cuando se empeñan en que uno se defina y tome partido, se parta. Y hasta se desaforan cuando uno se esfuerza por penetrar el sentido y la razón de los contrapuestos pareceres de los combatientes de uno y de otro bando. Y es que los pobres siervos de la acción no se dan cabal cuenta del valor de la libertad en la contemplación.

¿Qué va a suceder aquí mañana? ¡Bah! ¡Si nos diéramos cuenta, razón y sentido de lo que está sucediendo hoy…! Por de pronto y de contado, no basta aguardar; hay que esperar y aguantar. Esperar no con espera o aguardo, sino con esperanza. Que hay quien aguarda o espera sin esperanza. La espera —aguardo— está en el tiempo; la esperanza, fuera de él. Lo que llamamos desesperado es algo peor: es un desesperanzado. La espera o aguardo es cosa de razón; la esperanza lo es de fe o es la fe misma. Y aquí, la tragedia.

Pero ¿quién va a dar sentido de la Historia eterna a esos que están quemando ídolos para erigir en otros nuevos, en fetiches venideros, sus restos carbonizados?

En la muerte de D. Hipólito R. Pinilla

El Adelanto (Salamanca), 31 de marzo de 1936

Al recibir, por telegrama, la noticia de la muerte de don Hipólito Rodríguez Pinilla, dos horas escasas después de ocurrida, sentí que se me iba otro pedazo de mi vida salmantina de cuarenta y cinco años. Y que me iba muriendo yo más. Porque él estaba estrechamente ligado a mi Salamanca, donde viví el tan mentado, simbólico, y ya legendario 1898, el de la generación así llamada. A la que él, don Hipólito, no perteneció en rigor.

Porque él era un epígono de la de 1868, la de la Revolución de Setiembre —la gloriosa— de que su padre, don Tomás, fue aquí reconocido patriarca. Y sus hijos, Hipólito, y el hermano de éste, Cándido, el poeta ciego, que tanto me hizo aprender para poder servirle de lazarillo y de lector, mantuvieron siempre la nobilísima tradición liberal de la Gloriosa, el liberalismo que está pasando por pasajero eclipse. A los de la actual generación simbólica —no sé si de 1931 o de 1923— apenas les dice nada esta muerte. A mí mucho.

Aquí, aparte de su actividad —más que acción— como médico y catedrático de medicina, ejerció la política y llenó cargos en ella. Mas lo propio suyo fue una íntima, innata y radical bondad. Hombre de hogar y de plaza, laborioso, afectuoso, sencillo hasta el candor, crió una numerosa familia sirviendo a sus conciudadanos sin codicias, sin ambiciones, sin rencores, sin insidias, sin envidias, sin resentimientos. Algo excepcional. Fue todo un santo varón, y es lástima que a esta felicísima expresión le hayan prestado un cierto dejo malicioso los recorosos, los insidiosos, los resentidos y los envidiosos y

los ambiciosos.

De su amor, filial y paternal a la vez, a su Salamanca, atestigua, entre otras cosas, la Casa Charra, que fue, en Madrid, obra suya.

Venizelos

Ahora (Madrid), 31 de marzo de 1936

La "Tribuna Libre" (Eléfoeron Vima), el órgano venizelista de Atenas, publicó el dia 19 de éste, apenas muerto Venizelos, el siguiente elocuentísimo escrito de su redactor Spiro Melos, el gran cronista que tan bellas cosas ha escrito de España, por donde viajó hace poco y que conoce y quiere tan bien. Y lo he traducido fielmente a la lengua de Castelar.

MIGUEL DE UNAMUNO

He aquí lo que llorará Grecia

Silencio eterno le selló los labios con la consabida y enigmática sonrisa, la misma sonrisa que había vencido ejércitos, armadas y diplomacias en la historia. La sombra de la muerte apagó los dos festivos cielos helénicos, aquellos luminosos ojos que se le proyectaban fuera de los anteojos y hacían que su cara brillase llena de inteligencia... ¿Y ahora? ¿Se acercarán los hombrezuelos con las sospechosas frasecillas, las babas, las ponzoñas, y las disculpas procesales? ¿A hacer qué? La tumba que abrió el Hado con el impetuoso ritmo de las trágicas purificaciones, es tumba de héroe. ¿Qué buscarán junto a ella los que vivieron y viven con el sagrado temor a la personalidad y cuantos hacen de la lucha contra ésta su cotidiana tarea? ¿Arrojar acaso, en vez de tierra, el indescriptible polvo que levantaron en tomo de él los rencores y las envidias de la inmensa comunidad de las medianías? Sobre esa tumba no puede dignamente alzarse en esta hora sino sólo la Grecia del pueblo, la Grecia de las masas, la Grecia anónima de las muchedumbres. Desgreñada, despechugada, destrozada, se sentará en tierra con sus harapos y se golpeará el pecho y su voz será inmenso plañido y convulsión y quejumbre desde las nevadas cumbres del Beles hasta las faldas de las Montañas Blancas.

Sólo la Grecia de la grande, de la anónima muchedumbre, la verdadera, la eterna y sola —aunque la desgarren cuanto quieran los partidos—, la que figura aquí abajo la forma ideal que adoró Venizelos y a que sirvió un tercio de siglo, sólo ella puede dignamente lamentarse hoy. Porque llorará la asombrosa

fábula que vivió con él, cual otra Cenicienta con el hermoso Príncipe, en sueño encantador que al despertar se le disolvió más pronto que el del más leve engaño de primavera. Llorará Grecia sobre esa imprevista tumba su perdida e irrevocable juventud, la increíble juventud que le donó aquel maravilloso mago apenas llegó de su escarpada isla y le tocó con la yema de su dedo. Plañirá las inolvidables visiones de vigor, más fugitivas que las del aleteo del alción, cuando aquel gran faquir, animador, hipnotizador y conductor de las masas levantó a los bravos de todos los rincones del país a que llevasen nuestras águilas guerreras por los viejos gloriosos senderos de Alejandro el Grande y atasen sus caballos a las puertas mismas de la Imperial Ciudad. Con grave sollozo y con amargas lágrimas de arrepentimiento confesará ella, la Grecia del pueblo y de las muchedumbres, encima de la abierta tumba, su primera horrible traición, cuando acobardada, prendida de las predicaciones del apego a la vida y del pequeño helenismo, dejó de creer en él y se paró, desanimada, en medio del camino. Lamentará desde las honduras del corazón la Grecia esta al héroe inverosímil que la agarró entonces con robusta mano y con indomable voluntad la empujó de nuevo a las grandes luchas y a los grandes horizontes con aquella su epigramática palabra: "¡Si tú no crees en mí, yo, sin embargo, creo en ti y es lo mismo!"

Esta Grecia llorará la inimaginable grandeza que conoció cuando, escoltada por su héroe, se sentó, a igual honor, a las mesas de los reyes y los poderosos de la tierra, a que volviese, ilustre, a ser ella misma y, si preciso, a golpear con su puño. Le frotaron los ojos los que se los habían secado antes y hecho pasar por Europa el platillo de la mendiguez, según el mezquino imperialismo de los Theotokis y Rallis: "Dadnos algún pegujar con que nos agrandemos también nosotros un poquito y así nos perdonen nuestros muertos."

Con estremecimientos y sollozos dirá, golpeándose los pechos la segunda terrible traición, cuando a la grande obra de Sevres, le respondió: "Desdichado, abajo. ¡Fuera de Grecia!" Derramará lágrimas amargas por las ganancias asiáticas que se perdieron del todo, por la mutilación de la Tracia, por las tremendas hecatombes de la muchedumbre, por la desgracia que se desató en el país. Derramará lágrimas de arrepentimiento y de reconocimiento por el celo que mostró él, el desterrado, el perseguido, en correr a Lausana a atestiguar que se esforzaba en recoger los andrajos ensangrentados a que la demencia comunal redujo su obra. Llorará esta Grecia por todas las traiciones a lo suyo propio —y principalmente a lo más precioso de lo suyo—, por las balas de los asesinos, los odios, las injurias, las anatemas. Y llorará desde lo hondo del corazón, sobre todo, al hombre que en medio del vendaval de pasiones que suscitó su inconmensurable personalidad pudo mantenerse firme en su deber, "fiel frente a los infieles", pronto a servirlos a cada momento y a cada sacrificio. Su acerada voluntad, su asombrosa felicidad de adaptación, su sorprendente agudeza, su genio mismo político, todas sus raras y grandes excelencias, parecen cosa secundaria frente a la grandeza de su carácter, aquella grandeza que se extinguió para siempre y llora hoy Grecia. Y ve, con agonía, dibujarse en el horizonte la amenazadora invasión de la mediocridad y la poca fe.

Spiro MELAS

(Por la fiel traducción del romaico: Miguel de Unamuno.)

Fallas y quemas

Ahora (Madrid), 3 de abril de 1936

Hay muy estrecha y honda relación entre las fallas levantinas —o valencianas, alicantinas…— y las quemas de iglesias e imágenes en éstas. Porque hay dos modos, por lo menos, de sentir y comprender la imaginería. Según arte profano y temporal o según arte religioso que se presume eterno. Y hay dos idolatrías, la estética y la del fetichismo mágico. Que a la veces se entremezclan y hasta se confunden. Y cuando alguien se queje de que en las quemas de templos se reduzcan a cenizas obras maestras de arte debe fijarse en que en las hogueras de falla también suelen quemarse verdaderas obras de arte. La diferencia estriba en el modo de sentir y comprender el arte. O estética o religiosamente. O en temporalidad o en eternidad. O en apariencia pasajera o en sustancialidad inacabable.

Hay la idolatría del fetichismo mágico, contra la que suelen revolverse —demoníacamente— los iconoclastas, aun siendo artistas. La obra de arte es para éstos goce del momento que pasa. Ni llegan a lo de Keats, de que "una cosa de belleza es un goce para siempre". El "para siempre" se les atraviesa. No pueden o no quieren creer en ninguna inmortalidad del alma. En cambio, el fetichismo mágico trata de eternizar y divinizar la materia. De perpetuar los ídolos y las reliquias con supuestas virtudes mágicas. Lo que no quiere decir, ¡claro está!, que no sea condenable la feroz y salvaje rabia iconoclasta de los incendiarios de templos. Y sin excusa alguna.

¿Que no se adora la materia, la madera o la piedra o el bronce? Hace años fue robada de su santuario la imagen de Nuestra Señora de la Peña de Francia en esta provincia de Salamanca. Se hizo otra, mas cuando luego aparecieron los restos de la robada, en un pozo, se los metieron, como reliquias de algo antes vivo, a la talla nueva, dentro de su madera. Para conservar la magia del fetiche. Y tenemos la Pilanca de Zaragoza, la de la leyendaria aparición de la Virgen, que desapareció en el incendio del primitivo templo gótico, y reapareció la actual, su sustituta, imagen borgoñona de mediados del siglo XV. ¡Pero váyase con esto a sus devotos! Habría que recordarle lo que en el capítulo XIX de los "Hechos de los Apóstoles" se cuenta que le pasó a San Pablo en Éfeso cuando los efesios que explotaban a su Artemis (Diana) creyeron que el Apóstol iba a estropearles su negocio idolátrico. Se dice, por otra parte, que cuando se dijo que había aparecido en Compostela el cuerpo del apóstol Santiago un cierto canónigo —con dejos priscilianistas, sin duda— exclamó: "Que sigan excavando a ver si aparece el del caballo." ¿Tiene, pues, nada de extraño que los que sienten y viven sólo al día, los que no sienten la perennidad, los que acaso, y tal vez por desesperación religiosa —o irreligiosa, que es igual— no creen en el "para siempre" se den a quemar lo que les recuerda el "morir habemos"? Me decía en Alicante, tierra de fallas y quemas, su alcalde que allí la religión popular era la de las habas frescas. La de lo que pasa, a la mañana verde, seco a la tarde. ¡Lo que hablaba yo de esto con Sirval!

Y ahora voy a traer aquí a cuenta dos cosas que le oí en París, en 1925, a mi amigo Vicente Blasco

Ibáñez, típico valenciano fallero. Fue la una que hablando en un mitin que dimos allí por entonces y brindándome a mí el pasaje, dijo: "Cuando desaparezca para siempre este conjunto de células que soy Blasco Ibáñez..." Que él no creyese, no pudiere creer en su propia espiritualidad individual no me chocaba; ¡pero que se complaciera en ello...! Y otro día, como se empeñase en ponderarme las grandezas de los Estados Unidos y le replicase yo que él era un hombre para quien el universo visible existía, pero no el invisible, y que como no sabía inglés no había podido penetrar en honduras anglosajonas, me atajó así: "Bueno, bueno, esas son teorías, pero los Estados Unidos para usted, para usted; váyase allá y con esas preocupaciones que tiene de la vida después de la muerte inventa allí una religión nueva y en seguida encuentra una porción de viejas chifladas que le den todos los miles de dólares que le hagan falta". No para inmortalizarse uno, pensé. Aquel "conjunto de células" a quien quemó la vida que pasa parecía no creer en otra. Y, sin embargo...

Los imagineros religiosos tallaron imágenes a las que luego el pueblo idólatra y materialista hizo fetiches y les atribuyó virtudes mágicas. Y no a las mejores artísticamente. Las niñas prefieren las muñecas deformes. Y el fetichismo le consoló de haber nacido y le dio una esperanza —inconscientemente desesperada— de un oscuro ensueño ultramundano sin fin. ¿Y no es acaso demoníaco e inhumano ir contra esa vital ilusión? ¿Materialismo? ¿Cuál? ¿El que se atiene a las apariencias, a los fenómenos pasajeros que la vida quema, a las habas frescas que duran lo que el heno, o el que toma las apariencias por sustancias, por materia permanente, perduradera por los siglos de los siglos? ¿Materialismo? Le hay que da vida íntima; opio que ayuda a vivir contento al pueblo. Mejor que el opio, también materialista —aunque de otra materia— que pregonaba Lenin y mejor que la inhumanidad de los humanistas. Dos opios, que el contraveneno es veneno también. "Simula similibus"...

Queda dicho que la palabra, el verbo, el espíritu, el son, la historia es "aere perennius" más duradera que el bronce. Pero dentro de la historia pasajera, temporal, al día, dentro de la revolución que pega fuego a creencias, consuelos, esperanzas e ilusiones para encender otros, ¿hay acaso otra historia permanente y eterna? ¿Dentro del arte hay religión? El máximo historiador helénico, Tucídides, escribió la historia de la guerra del Peloponeso "para siempre" según su arrogante frase. ¿Para siempre? ¿Las quemas falleras y las revoluciones petroleras pretenden acabar con lo eterno? A lo que algunos llaman materialismo histórico. ¡Quién sabe...!

Y hay quien se queda, bajo sí mismo, con una esperanza desesperada, con una fe incrédula, con un consuelo contrarracional. No sin razón, sino contrarrazón. ¿Cual el gozne de la historia?

Palinodia o canto de gallina

Ahora (Madrid), 10 de abril de 1936

Bueno es el mundo, bueno, bueno, bueno,

como de Dios, al fin, obra maestra.

Miguel de los Santos Álvarez.

Estos versos, que puso Espronceda al frente de su *Diablo Mundo*, le dirán a usted, mi anónimo reprensor, que acaso —o mejor, al caso— tenga usted razón. Y sólo razón, no más. Quién sabe… ¿A qué este andar con pesimismo a vueltas? ¿A qué verlo todo en negro, en lóbrego y en lúgubre? Los ciegos no ven el campo en negro, como tampoco lo ve usted así con la espalda. Por lo que me dice que no se debe ser pesimista. Y luego, que no hay derecho a serlo. ¿En qué quedamos, en deber o en derecho? Pero, ¡adelante!

Después de esos versos del amigo de Espronceda, con la cuádruple bondad de esta obra maestra de Dios, que es el mundo que habitamos, añadía el Álvarez aquel: "¡Cantad en vuestra jaula, criaturas!" Vamos, pues, a cantar, pero canto de gallina, o sea palinodia, ya que me dice que usted está arrepentido de un su anterior pesimismo. ¿Cuál la causa? Y que se propone usted acabar su vida, si no reventando de risa, por lo menos con una chanza. Tal vez como un paisano mío muy "chirene", que al ir a dar su última boqueada se volvió a la pared diciendo: "¡Colorín colorao, este cuento se ha acabao!" ¿A qué tomarlo más en serio? O aquel otro, hombre correcto, que al presentir, en su agonía, el inminente último momento de vida hizo que le afeitasen cuidadosamente y le arreglasen el pelo. No confiaba en que se lo habrían de hacer en cadáver. Y quería tomar el mundo en serio.

"¿Lo toma en serio su autor?", me pregunta usted. ¡Verá! En mi vieja comedia nueva *El Hermano Juan o el mundo es teatro"* le hago decir a esa reencarnación del Tenorio, hablando de la risa divina, la de Dios: "Sus truenos, los del final del *Don Álvaro*, me suenan a pavorosas carcajadas…" Y ello es de tradición homérica, pues el Zeus (Júpiter) de Homero hace retemblar el cielo con su risa. Y si me dice que esto es concepción pagana, le diré que en la Biblia se dice que Jehová se ríe de sus enemigos, aunque Clarín le hubiese reprochado esa ocurrencia a don Alejandro Pidal y Mon como si hubiese sido de éste. Sí. Dios se ríe y es humorista, como ha elucidado el famoso deán anglicano, que fue de San Pablo, de Londres, Inge.

¡Y si sólo fuese reírse y tomarlo a broma…! Hay un tremendo pasaje en uno de los dramas de Shakespeare en que éste le hace decir a una de sus criaturas que los dioses —y este plural es un eufemismo— se divierten con nosotros torturándonos como los niños —por lo general, inconcientemente crueles— con bichos, gusanos e insectos. Y le invito a que lea la estupenda novela norteamericana *Moby Dick*, de Herman Melville, en que la ballena blanca es el símbolo de una terrible divinidad malévola que se complace en atormentar a los hombres. Recuerdo que en mi niñez tuve un amiguito que se divertía

en ponerle a un limaco una cerilla encendida encima y ver cómo se arrastraba chamuscado y dejando baba. Y ahora, en mi vejez, veo en tomo mío retrasados mentales que se divierten con algo parecido, y no precisamente con limacos. ¿O es que no cree usted, mi anónimo reprensor, que muchas de las atrocidades que presenciamos no son sino divertimientos? Como eran antaño los autos de fe. Las más de las quemas… sociales son desahogos, diversiones. Y a propósito de desahogo, le voy a contar a usted de un desahogado social que siempre está haciendo alarde de servir a otros —de altruismo—, de servir al común, a la comunidad —de comunismo—, y, en efecto, come, digiere su comida merced a su mucha bilis de resentido y luego va al común a descargarse en él, en el pueblo, de su servicio. ¿Encono? Alguien dirá que resentimiento artístico. Se trata de un literato fracasado, torvo, enconado, cobarde. Cuando habla —pedantescamente— del genio de la especie no se sabe si es del que empuja a la propagación de ella, a la prole, o del que empuja al suicidio colectivo y a la guerra y la revolución. Y éstos son los que llevan a los pobres retrasados mentales, que, con la sesera en puño, se divierten con diversiones fúnebres.

Ahora que hay quien se queja de todo eso. ¡Ganas de quejarse! ¡Manía pesimista! Perversiones humanas, artificiales, no sentimientos animales, naturales. Porque ¿quién nos dice que el insecto torturado o el limaco chamuscado sufre con ello? Yo escribí una vez que habría que comparar —y esto es un absurdo— el dolor de la oveja devorada con el placer del lobo que la devora. Pero ¿quién nos dice que el pobre lobo no sufre con tener que devorar a la oveja y que la oveja no goza con sentirse devorada por el lobo ? Aunque entre los animales no haya ni sadismo ni masoquismo. ¿O no se exalta alguna vez el dolor en goce? ¿No hay hombres y pueblos que se recrean en su propia agonía? Nada, pues, de pesimismo.

El más grande lírico portugués del siglo XIX —ni creo le hubo mayor en España—, João de Deus, tiene una fábula, *Cabra, carnero y cochino cebón*, en que la cabra y el carnero se extrañan de que el cochino berree en el carro en que les llevan a los tres al mercado, como si fuera mejor ir a pata, y se lo reprochan. Y el cochino cebón responde que a él no le llevan a ordeño ni a esquileo. Y por eso grita: “Aqui d’el-rei! Aqui d’el-rei!” Y añade el fabulista: “¡Hablaba como un hombre! Mucha gente no discurre con tanta discreción. Infelizmente cuando el mal es fatal, el plañido ¿qué vale?, ¿qué vale la prevención? Antes ser insensato que prudente; un insensato, al menos, menos siente; no ve un palmo ante su nariz; ve el presente; está contento; ¡es más feliz!” Y puede ser optimista, agrego yo ahora aquí.

Así, pues, cantemos la gallina, la palinodia; ¡cantemos en nuestra Patria, criaturas! Ni hagamos una divina tragedia de lo que no es ni divina comedia. Volveremos, como el Dante, saliendo de este infierno, a rever las estrellas. Y entre ellas, la revolución… de los astros. Y quién sabe si a reventar de risa mientras truena la carcajada del Señor. Nadie podrá decir que no estamos viviendo unos tiempos interesantes y divertidos. A pesar de los berridos de los cebones. Hagámonos, pues, optimistas. Y colorín colorao…

El espolón y el codaste

Ahora (Madrid), 14 de abril de 1936

¿Popular? ¿Qué es eso de popular? Había lo que se llamaba Acción Popular, y luego se formó el llamado Frente Popular. Populares los dos. ¿Y quién les impide llamarse así, aunque ello contribuya a confundir aún más la confusión que reina y gobierna en este manicomio suelto que es hoy España? Donde no hay policía gubernativa del lenguaje. Aunque quiero recordar que en el primer bienio de esta dichosa —de dicho y no de dicha— República se prohibió que ningún partido se apellidara nacional. Y se anatematizaba la designación de "Gobiernos nacionales". Para que hace poco, volviendo por los fueros del bien decir, el actual presidente del Gobierno determinara —arrepentido acaso de su anterior inquisitorial (no inquisitiva) prohibición— lo que eso de "naciónnal" significa, y que no se refiere a unanimidad, sino a volumen. Aunque, desgraciadamente, quepa medir el volumen por la ley de la mayoría. Algo así como aquello de que justicia es lo que quieren dos donde hay tres. Mas de todos modos, parece que en lo de nacional nos vamos entendiendo. Mas ¿en lo de popular…?

¿Qué es el pueblo? ¿Quiénes componen el pueblo? ¿Es el pueblo una clase o es el conjunto de las clases sociales y nacionales todas? Pero dejemos esto, pues apenas hay quien esté dispuesto a dejarse instruir y convencer. Cada cual se atiene a su acepción de la fatídica y confusiva palabra.

Ahora parece que el Frente Popular, ganando popularidad, ha desplazado o poco menos a la Acción Popular; pero ¿quién nos dice que detrás de este Frente Popular no se esté formando un Cogote Popular, tan popular como el frente y en el mismo sentido en que los del frente toman eso de popular? Cuando una aldea, un villorrio o un lugarejo está dividido, como suelen estarlo, en dos bandos: los anti-equisistas que siguen a Ceda —médico, maestro, párroco, boticario o pescador de tencas, verbigracia— y los anti-cedistas que siguen a Equis, perteneciente a cualquiera de esas profesiones o a la de vago o mangante, ¿quién nos dice qué parte de ese pueblo así dividido es el verdadero pueblo? Porque lo de pueblo bajo y pueblo alto no es sino una mandanga. Y entre esos dos equipos se establece el turno de los parados.

Y ahora, una vez indicado esto del frente popular y del cogote popular, vamos a exponer el caso acudiendo a una muy socorrida metáfora del arte naviero. Es ya secularmente tradicional lo de comparar al Estado con una nave y al gobernante con un piloto. Como que gobierno quiere decir originariamente el de guiar, en bonanza o en tempestad, una nave; gobernalle es el timón, y gobernar es manejarlo. Y es lástima que de una tan fecunda metáfora no quepa sacar todo el partido sacable en países como el nuestro, donde el asiento central del gobierno esté tan tierra adentro. ¡En una nación en que desde El Escorial se pretendió gobernar una armada a la que se le supuso invencible antes de hacerse a la alta mar!

Un navío de combate, una galera —y acaso hoy un acorazado—, tenía en su proa un espolón metálico para embestir y echar a pique, si podía, al navío contrario. Esa proa espolonada era su frente de choque. Algo así como el frente popular. Además, tenía el navío su casco, y en éste, su obra muerta —como la tiene el Estado—, y detrás —lo que alguien llamaría su retaguardia—, el codaste, el grueso tronco —a las veces de hierro—vertical en que termina la quilla, que le hace al navío surcar los mares. Y cuando llega el choque de la embestida no es el espolón de proa el que lo aguanta y resiste, sino que es el codaste de popa. Como en las guerras es la retaguardia la que resiste. Y en la guerra civil política no es el frente popular, sino el cogote popular, tan popular —acaso más— que el frente, el que tiene que aguantar la acometida. Y es ocioso pensar que la masa del codaste se solidarice siempre con la masa del espolón de proa. ¡Hay que conocer los "pueblos"! Los pueblos, ¿eh?, no sólo el pueblo.

Sabido es, además, que la fuerza impulsora de un navío le viene de detrás, de popa a proa; de popa a proa, de atrás adelante: el viento que hincha la vela y el empuje de la hélice. Que un navío no navega a tiro, como un carro de que tiran caballerías. No es el porvenir el que tira de un pueblo, sino el pasado. Su progreso se debe a su tradición.

Y una vez desarrollada la metáfora naviera, ¿qué es eso de que aquí no cabe ni comunismo ni fajismo? ¿A qué gobernante, a qué piloto entre proa y popa, se le ocurre pensar que no se sobrepongan al casco ni el espolón de proa ni el codaste de popa? Tan populares el uno como el otro. Porque ¿de dónde se ha sacado que el fajo sea menos popular o, si se quiere, menos proletario que el soviet? Mussolini ha llamado a Italia una nación proletaria. ¿Y qué es eso de hablar del capitalismo de los Bancos, verbigracia? ¿Es que el Banco de un Estado totalitario —comunista o fajista— no es tan capitalista como el de la clase llamada así, capitalista? Un espectador acongojado y de espíritu liberal —como el que esto escribe— que contemple la inminencia del choque desde el puente de cubierta podrá temer o esperar lo que tema o lo que espere; mas no se le ocurrirá pensar que es la garita del timonel la que lo resiste y aguanta. Ni que el timonel pueda dirigir su navío con pactos ni de proa ni de popa. Sólo a un piloto de tierra adentro, escurialense, se le puede antojar que un pacto sirva de brújula o compás de marear. Como tampoco sirven ni maniobras de gabarras de ría ni de balandros de abra. ¿Está claro?

¿Enemigos del navío? ¿Quiénes? ¿Los de adelante o los de detrás?; ¿los de proa o los de popa? Y dejémonos de eso de izquierda y de derecha. Que en el avance del navío y, sobre todo, en sus embestidas o arremetidas, ni la obra muerta de babor —izquierda— ni la obra muerta de estribor —derecha—, obras ambas muertas, cuentan apenas para nada. Y aunque sobre la línea de flotación se hundirán al hundirse el casco por quiebra de espolón o de codaste, o de ambos. Se llama obra muerta a la de los bordes del casco, sobre cubierta, ya de izquierda o babor, ya de derecha o estribor. Y cuando esos bordes son desbordados, el navío se hunde, y ¡ay de los que no sepan nadar! Y de los otros. Si se está en alta mar y lejos de tierra firme.

Nota.—Debo advertirle a cierto privado y malicioso anónimo comentador de estos mis *Comentarios* que no me divierto con estos escarceos lingüísticos y metafóricos, sino que me quitan el sueño. Y que nuestro señor Don Quijote era hidalgo y a la vez ingenioso.

Potencias limbales

Ahora (Madrid), 17 de abril de 1936

"¡Santo Dios! ¡Santo Dios! ¡Se han desencadenado las potencias todas infernales!" —me dijo con un énfasis inconcientemente cómico y llevándose las manos al caletre. (En él, de ordinario, testuz.) Me le quedé mirando un rato, y le repuse: "¿Infernales? ¡Mas bien limbales!" Y él: "¿Y qué es eso?" Con cierto recelo de que estuviese por dentro riéndome de él, pues es de los recelosos. Y yo: "¿Usted sabe lo que es el limbo?" A esto se me amoscó, y: "No estoy seguro, pero en fin, como usted lo ha de saber mejor que yo…" Me sonreí con lástima y le dije: "¿Quiere usted que empecemos por una pequeña excursión lingüística?" Y él: "Muy bien; nos vendrá bien a los dos y usted se lucirá, sin duda". Resultó que él no sabía del limbo sino aquel lugar mítico a donde le habían enseñado que van las ánimas de los pobres niños inocentes que se mueren sin bautismo.

Limbo le dije que es —como el lector sabe conmigo— lo mismo que margen, borde y en casos: umbral. En el juego de pelota a ble —o ple— con frontón, limbos se llaman a las líneas que en el frontón y en el suelo marcan la falta. Aquí, en Salamanca, he oído llamarle, por los chicos, a esas líneas "imbos", quitándole la ele del artículo. En italiano, "lembo" es borde, margen u orilla, Y luego pasé a decirle cómo las potencias limbales son las marginales, las de los bordes u orillas, las de los extremos. "Hay —le dije— potencias celestiales, o del cielo; potencias infernales, o del infierno; potencias purgatoriales, o del purgatorio, y potenciéis limbales, o del limbo." Y él entonces: "Bueno, pero ese limbo, margen o borde, ese del juego de pelota a ble…" Le interrumpí: "A ese limbo del juego de pelota a ble también se le llama *escás*, aunque el diccionario oficial no lo registre". Y él: "Bueno, ¿pero ese limbo qué tiene que ver con el de nuestro catecismo?" "Pues tiene que ver —le dije— en que las ánimas de esos niños inocentes e inconcientes duermen, sin ensueños, en el borde de la historia, al margen de ella." "¿Entonces?" —me preguntó ya algo intrigado y ya sin hinchazón.

Entonces que es terrible la potencia de los que viven al margen de la historia, de los que no tienen clara conciencia de ella, de los que se alimentan de gestos, ademanes, contraseñas, gritos, y… camelos. De los que, siguiendo lo del famoso pasaje del catecismo jesuítico —y aunque sean del otro bando, del contrario, o mejor del otro extremo, margen o limbo— dicen: "Eso no me lo preguntéis a mí que soy ignorante, doctores —y quien dice doctores dice jefes o caudillos— tiene mi comunión o partido, que os sabrán responder". Una vez iba yo por una calle de Madrid y pasó una chiquillería dando chillidos, a la que se acercó otro chiquillo preguntando: "¿Qué es lo que hay que gritar?" "Deporte político" —me dijo uno que me acompañaba—. Y yo: "¡Transporte, no!" Y él: "¿Pues?" Y yo: "Porque no transportan idea ninguna, ya que no las tienen, ni saben lo que se dicen".

Potencias limbales, sí; terribles potencias de inconciencia. Cortejan a unas cosas que oyen y no entienden, y como no logran entenderlas, poseerlas, no son para ellos ideas. Y como a cortejar se le

llama en caló "camelar", esas cosas que oyen y no logran entender no son para ellos más que lo que decimos "camelos". ¡Terribles camelos a las veces! Y luego hay pobres hombres, resentidos o fracasados, que se dejan arrastrar de la potencia limbal de esos inconcientes. En el un limbo, margen o extremo o en el otro. Porque es cosa fatídica lo de acercarse y no llegar.

Porque esto de que unas sedicentes juventudes —en parte lo son, sin duda— estén atosigando con tósigo de tontería furiosa a España, desde sus márgenes o limbos, se debe a que se sirven de ellas algunos que nunca tuvieron juventud alguna porque se les abortó. Y en esta trágica lucha de las generaciones —mucho más trágica que la lucha de clases— se otea una verdadera disolución mental —y por lo tanto moral— colectiva, una disolución intelectual no ya de la opinión, sino del espíritu, del ánimo público. Alguien dirá que una disolución es una resolución, que disolver un problema es resolverlo. Y, en efecto, muerto el perro se acabó la rabia. Pero…, ¿qué es lo que no se acaba al cabo?

Y lo más grave, lo irreparable acaso —es mi cantilena—, es la disolución mental, la demencia, que nutre al espíritu público con camelos, con vagas fórmulas faltas de contenido ideal. En moral, en política, en economía, se prendan los del limbo de cosas que equivalen a lo que en literatura se llamó el "dadaísmo". Y se ponen a decir, y lo que es peor, a hacer tonterías catastróficas. O si se quiere revolucionarias, que catástrofe quiere decir revolución. ¿Tonterías? Sí, tonterías que algunos llamarían "reprobables". Porque recientemente hemos oído calificar de "reprobables" a crímenes repugnantes cuando se decía que el móvil era social. O sea insocial. ¿Tonterías? Sí, hemos oído calificar de tonterías, más o menos reprobables, las quemas de iglesias y conventos. Y hasta de cadáveres desenterrados. Dándose el caso de que los incendiarios, los petroleros, que dejaban los templos hechos una "lástima" —no más que lástima—, no eran de los represados antes, no eran de los que fueron oprimidos, no eran de los que podían alegar una venganza. Y que los más vandálicos de esos sucesos sucedieron, en general, en lugares que no habían sido previamente castigados por una represión… ¿reprobable también? Porque la reprobabilidad tiene dos caras, y apunta a los dos extremos o limbos. La barbarie contrarrevolucionaria no es menor ni mejor barbarie que la otra, y a la inversa. Es la misma barbarie.

Los dos limbos son un solo y mismo limbo. Que ya nos lo dice al decir que los extremos, los limbos, se tocan, el refrán. La tontería, la demencia disolutiva, es la misma.

¡Potencias limbales! ¡Qué mal suena esto! Ya lo sé. Pero tampoco sé inventar otra expresión… más elegante. Porque lo que se suele llamar —abusivamente, de cierto— elegancia, se me resiste tanto y aun más que la tontería. ¿Aunque no serán una sola y misma cosa, la una tontería ingenua, grosera o en bruto, y la otra tontería sutil y refinada? ¿Cuál es preferible? ¿Sobre todo en un pueblo al que se le llama impresionable queriendo decir presionable? ¿Y no serán acaso consustanciales con los limbos —con uno y otro— tales o cuales tonterías, ya en bruto —en rústica—, ya encuadernadas en elegante pasta? Pero… ¡atrás!, que volver a aquello de las consustancialidades no es ya más que insustancialidad. Y mitología. Que para ésta basta con cielo, infierno, purgatorio y limbo.

Mis santas compañas I

Ahora (Madrid), 24 de abril de 1936

Se ha contado más de una vez la tragedia del autor que navegaba llevando su tesoro: las hojas de una obra —poema, novela, historia, lo que fuese— a la que acaso dedicó largos desvelos en largo tiempo y que en un naufragio vio, desesperado, que se le esparcían esas hojas sobre las olas de la mar. ¡Y no poder agarrarse a ellas como a tablas de salvación! Ni poder luego rehacerlas, revivirlas. La historia recuerda casos de éstos. Y alguno que hizo luego la incurable desdicha del autor y tal vez provocó su suicidio. Pero hay acaso otra tragedia, más frecuente, menos espectacular y más callada, y es la de aquel —autor o no— a quien una galerna del mar social de las pasiones, generalmente políticas —las que se dicen así— le arrebata sus memorias del pasado, de su íntima historia y le pela el alma.

¡Ay del que, lejos durante años del toque cotidiano con el hogar de su niñez, de su mocedad y acaso de su madurez, vuelve a verlo y se encuentra con que ya no lo conoce! ¡Qué hondo destierro! Encuéntrase en el hogar de sus muertos. Y quiero trascribir aquí lo que escribí al encontrarme, no hace mucho, al morírseme la hermana mayor, con un cuadrito que ella guardaba y en que había rizos de las cabelleras de mis hermanos todos cuando niños, y entre ellos, uno mío, de mis cinco o seis años. Y fue esto: “Este rizo ¿es un recuerdo / o es todo recuerdo un rizo?; / ¿es un sueño o un hechizo? / En tal encuentro me pierdo. / Siendo niño, la tijera / maternal (¡tiempo que pasa!) / me lo cortó y en la casa / quedó, ¡reliquia agorera! / ¡Fue mío!, dice mi mente; / ¿mío?; ¡si no lo era yo…!; / todo esto ya se pasó…; / ¡si me quedara el presente…! / Es la reliquia de un muerto, / náufrago en mar insondable; / ¡qué misterio inabordable / el que me aguarda en el puerto! / Este rizo es una garra / que me desgarra en pedazos; / ¡madre, llévame en tus brazos / hasta trasponer la barra!”

Quisiera uno recogerse a ratos para rehacerse su alma propia, atar el hilo —deshilvanado a trechos— de su vida para revivirse; pero la avenida —en catarata tal vez— de los sucesos históricos diarios, de la revolución de cada día, le rompen el recogimiento, le confunden en la memoria las memorias y no hay manera ni de meditar ni de recordar. Y como uno no es cartujo, no ve, ni muerto, al que fue. O se siente, a cierta edad —¡edad muy incierta!—, encorvado de alma como esos árboles de las costas azotadas de contino por temporales marinos, a que se les ve encorvados.

Propónese uno cada día no salir apenas de casa, o tal vez ni de su despacho, gabinete, cuarto o alcoba, para ir ordenando su pasado, revisando su vida; pero le tira la tertulia del café o del casino y se va allá a oír los comentarios —siempre los mismos y uniformes— a los sucesos del día, al último asesinato o a la última sesión de Cortes o a los recientes acuerdos de los partidos políticos, que son sucesos parejos. O toma uno los diarios del día y, ¡Dios mío, qué terrible fatiga! ¡Qué cansado todo ello! Las mismas firmas —no hombres— al pie de las mismas cosas, dichas del mismo modo. Y se acaba por perder el sentimiento y el sentido de la memoria histórica o comunal de la Historia, no del relato de ella. Y se

pierden esos sentimiento y sentido por falta de lo que ha dado en llamarse la cuarta dimensión del espacio temporal. O, si se quiere, del tiempo espacial. No longitud o largura, ni latitud o anchura, ni profundidad u hondura, sino holgura, huelgo o aliento; vida en tiempo eterno. No visión a lo largo, ni a lo ancho, ni a lo hondo, sino sentimiento; mejor: entrañamiento, a huelgo, a respiración. No conocer lo que pasa, sino contemplar lo que pasa y vuelve, lo que se queda. Y lo que se queda es la esencia de la sustancia de lo que pasó. Y así uno se ahoga en el espacio desnudo y no más que espacial.

Hojas que se nos van, ahornagadas, amarillenta o rojizas, secas, como las de los álamos de la ribera en otoño, o a perderse en el río o a formar mantillo que abrigue el pie del árbol y abone su venidero follaje de primavera. Y deja uno, desalentado, sin huelgo, esas hojas cotidianas de la Prensa, las echa de lado y, mirando al techo del cuarto —no al del cielo—, se pone a soñar despierto. ¿Despierto? Y ve pasar, sellada y consagrada por la muerte, la Santa Compaña. O la estantigua.

Es la Santa Compaña —o la estantigua, o sea hueste antigua— la procesión de los muertos, de los de cada uno, que pasan en ciertos días y a ciertas horas —de noche sobre todo— por el espacio, bajo el firmamento. Y pasan como aquellas dantescas nubes de almas que cruzan los ámbitos de la *Divina Comedia*, cada alma con su gesto, con su voz, con su sollozo o con su risa. Y pasan sin fila ni orden cronológicos, contemporáneos todos —o coeternales— en la muerte, confundidos unos con otros. Así veo yo muchas noches, echados al suelo junto a la cama los diarios del día, desfilar ante mi memoria las procesiones de los fantasmas de aquellos a quienes conocí y traté en mi vida y a quien la muerte me los ha consagrado: mis santas compañas. Unos, amigos o enemigos, privados, sin nombre en la historia nacional, en la memoria comunal, y que son, en parte, los más míos, los más pedazos de mi alma. Y otros, los que he conocido y tratado y que dejaron algún nombre en nuestra historia. Y que se me presentan en algún momento preciso de nuestro mutuo trato con algún ademán o alguna frase.

Y junto a ellos, en los bordes de las nubes de almas, aquellos extraños misteriosos transeúntes con los que me crucé en fortuitos encuentros, al pasear ellos sus solitarias locuras —ya me había una vez prevenido de ello Galdós— por los caminos del mundo y a los que cuento por muertos. Y todos ellos, sin jerarquías ni edades, apelotonados en densa nube, que es como una sola alma comunal, fuera de tiempo. En una nube cuyos contornos se diluyen en confines.

Mis santas compañas II

Ahora (Madrid), 28 de abril de 1936

Aquí llega el primer hombre de nombradía nacional a quien conocí y traté al empezar a escribir a mis dieciocho años, mi paisano el poeta don Antonio de Trueba (Antón el de los Cantares) y le oigo que me pregunta malicioso y tartamudeando: “Diga usted, Miguel, ¿ese Gote, Guete o como se diga, tenía tanto

talento como dice Menéndez Pelayo?" Y evocado así se me presenta don Marcelino, de quien fui alumno oficial en el curso de 1883 a 84 y que presidió, el 91, el tribunal que me dio cátedra y de que formó parte don Juan Valera. Y éste, ciego ya, empeñándose, años después, en su casa, mientras bebía coñac a lentos sorbitos, en convertirme al culto de la grandeza poética de Quintana con aquello de que escribió sus cantos con un órgano corporal que la decencia me impide especificar. Y de la Universidad se me viene Ortí y Lara dando con el índice en la mesa con esa: "¡esta es la cosa!", Y aquellas oposiciones en que me amisté con Ganivet y éste en la horchatería. Y envuelto en los recuerdos universitarios de mi Madrid, aquel caserón de Astrarena, en la red de San Luis —hoy en ruinas—, entre Fuencarral y Hortaleza, donde me alojé primero, en 1880, en una de sus bohardillas, y donde más tarde, acabada mi carrera y juez yo, a mi vez, de oposiciones, acudía a una tertulia de la Sociedad de Autores. Y de allí me vienen Núñez de Arce, correcto y tiesecito, de quien nada recuerdo de lo que le hube oído, y Fernández Villegas ("Zeda"), melancólico, y Vicente Colorado, bilioso, y otros. Y Núñez de Arce me trae a Campoamor, a quien veo —y apenas oigo— muriéndose de frío, entre mantas y almohadas, en un sillón de su gabinete, hecho un horno. Y en la nubecilla de escritores, Pereda, confesándome aquí, a orillas del Tormes, que no le gustaba el campo. Y Galdós, en el banquete que nos dieron a él, a Cavia y a mí —cuestión de censura— y en que di las gracias por los tres, pues ellos ni podían ya hacerlo. Y Echegaray, acurrucado, como un gato en acecho, en una butaca de la Cacharrería del Ateneo y que al decirme que montaba en bicicleta, a sus años, por ser el medio de locomoción más individualista, le dije: "No, don José; el medio de locomoción individualista es ir solo, a pie, descalzo, escotero y por donde no hay camino". Y al verle me pesa de aquella injusta protesta contra un homenaje que se le rindió y que firmé el primero. Y doña Emilia, discutiendo conmigo y a tomar notas para meter expresiones mías —¡y qué fielmente!— en *Los tres arcos de Cirilo*. Y Sellés, tan serio, y Taboada, tan por fuera jocoso.

Luego los catalanes. Mi Maragall, en su casa, y cuando al oír la campanilla del Viático en la calle, nos asomamos al mirador, y Eduardo Marquina me dijo luego: "¿No ha notado que vaciló en si arrodillarse?" Y yo: "Si lo hubiera notado lo habría hecho yo". Y Rusiñol, durmiendo a pierna suelta, sobre un banco de tercera, en nuestro viaje a Italia, en 1917, y entrando en Venecia por el Canal Grande, una noche de luna llena y sin más luz que ésta en ella. Y luego los portugueses. Guerra Junqueiro, en Barca d'Alva, dándome una comida vegetariana, adobada por aceite de una lata de sardinas, al pie de un retrato de Tolstoi, o en otro de nuestras muchas entrevistas. Y Ramalho Ortigão, encantado de presenciar en el claustro de San Esteban, aquí, una procesión de blancos dominicos. Y luego los americanos. Rubén Darío, que viene a una casa de huéspedes, a ofrecerme la colaboración en *La Nación*, de Buenos Aires. Y Amado Nervo, disertando sobre la experiencia ultramundana en su casita de la plaza de Oriente, frente al Palacio Real, con el telescopio al lado. Y de esa plaza me viene mi paisano el poeta Ramón de Basterra, a leerme el manuscrito de *La obra de Trajano*, poco antes de su primer ataque de la locura que acabó con él. Y otros escritores a quienes apenas si entreví y conversé con ellos de paso: Eusebio Blasco, Ramos Carrión, Vital Aza, Ferrari… Clarín no se me presenta, pues aunque crucé cartas con él, jamás le vi ni nos hablamos. Y de los franceses, en París. Richepin, ya muy viejo, diciéndoseme turanio, gitano y vasco. Y el gran escultor Bourdelle, que se murió sin hacerme, como quería, un busto, pidiéndome que le hiciese figurillas plegadas en papel y preguntándome si las hacía a plan previo o a lo

que saliera, y yo, que de las dos maneras.

Y luego los políticos, con quienes tuve poco trato. Canalejas, a quien no le oí discurso —antes de habérseme hecho diputado constituyente sólo una vez pisé el Congreso—, preguntándome en su casa —un sábado santo— qué podría hacerse en Instrucción Pública, y yo: "Meter en cintura a S. M. el Catedrático". Pablo Iglesias, sin vista para el paisaje del campo, hablándome, carretera de Zamora arriba, de su afición al teatro. Don Francisco Silvela, en su casa, desahogándoseme en amargas reflexiones de desesperado. Simarro, presidiendo mi sonada conferencia de la Zarzuela, y Luis Bello, que al salir de ella me decía que había yo perdido la ocasión de haberme hecho con un partido. A lo que yo: "¡Jamás pensé en eso!" Salmerón, reprochándome solemnemente, en su despacho, mi pesimismo a cuenta de un artículo que publiqué en *La Democracia*, la suya, que dirigió Altamira. Sánchez Guerra, en Bayona, desterrado yo por no plegarme a la dictadura Primo de Rivera, mi víctima.

Luego se me retrae la nube acá, a Salamanca. Dorado Montero recitando a Leopardi, a quien se sabía de memoria; el obispo P. Cámara, con su ademán y su voz elegantes, quejándose de los integristas, entre ellos don Enrique Gil Robles, con quien contendí en claustros universitarios. José María Gabriel y Galán, el poeta charro, a quien di a conocer a Pereda y a otros muchos antes que el obispo lo conociera.

Y se me presenta Costa, sollozando al final de un discurso aquí, en Salamanca. Y Cajal aconsejándome que no trabajase tanto para poder ahorrar vida. Y tantos otros. Y el fantasma más fresco, así como el más viejo, el de Trueba, el de Valle Inclán, acariciándose la larga barba blanca en el pasillo del Ateneo. Y don Francisco Giner en su gabinete, al pie del retrato del salmantino Ventura Ruiz Aguilera. Y Cossío, en su lecho de quietud, encendiéndonos mutuamente en liberalismo. Y todos ellos, y muchos más confundidos unos con otros, sin más lazo de unión que la muerte unificadora y purificadora, formando una masa. Y haciéndoles coro y corro los otros, los más íntimos, los más familiares, los innominados para el público, los de más dentro, los más míos. ¡Y en lo hondo… ella! Y me vi, fuera de mí, entre ellos, que me llevaban consigo, en otro mundo fantasmático.

Al despertar un momento vuelvo a coger los diarios y me digo: "También estos que me fastidian tanto serán consagrados. Algunos en mi memoria; yo antes en la de los más de ellos". Y de nuevo me arropa la manta de la paz del sueño. Y viene otra procesión y en ella otros que no se quejan de que no les advirtiera antes, pues en los muertos se mueren los celos y las envidias de la vida. Que ya no hay posteridad para ellos, sino anterioridad para nosotros, los que nos hemos de morir. ¡Y qué anterioridad! Diríase que se nos fue hace siglos ese que se nos murió ayer no más, y que aquel que se nos murió hace siglos se nos fue no más que ayer. Nubes, nubes, nubes. Y niebla. Tal la historia.

Y allá va esta hoja. ¿A perderse en la mar del olvido?

La historia en plano

Ahora (Madrid), 2 de mayo de 1936

Otra vez quiero volver a una de esas expresiones que me he visto llevado a forjar y cuyo sentido no han llegado a alcanzar del todo algunos de mis lectores —de los míos— por las observaciones que respecto a ella me hacen. Es la del ex-futuro. O sea lo que pudo haber sido y no llegó a ser. Lo que habría sido si no hubiera sido lo que fue. Extraña categoría que tanto papel juega en la crítica histórica y que tan íntima relación guarda con el fatalismo y el providencialismo. Fatalismo y providencialismo que, bien mirado, son en el fondo una sola y misma cosa. La llamada Providencia es una Fatalidad, un Hado y el Hado es otra Providencia.

En historia este modo, tan cómodo y a la vez tan fantástico, de discurrir es frecuentísimo. Ya se trate de sucesos remotos, ya de próximos. ¿Qué habría sucedido si la Armada Invencible —antes de haber peleado— de Felipe II se adueña de las costas de Inglaterra? ¿Qué si Napoleón vence en Waterloo? ¿Qué si los ejércitos del pretendiente Carlos V de Borbón entran en Madrid de 1833 a 1839? ¿Qué si el actual Presidente de la República Española, la de la Constitución de 1931, no disuelve una u otra Cámara? (Prefiero llamarla Cámara y no Parlamento.) ¿Qué si…? El número de ejemplos que cabe poner es innumerable. Y las soluciones a estos ociosos problemas son, como casi todas las de los problemas supuestos históricos, disoluciones de ellos. En estos días, leyendo la *Historia Eclesiástica de España* del P. Zacarías García Villada, S. J., me he encontrado en ella con esta afirmación: "No quitemos, ciertamente, su valor a la cultura árabe española; pero convenzámonos de que si hubiera prevalecido en nuestro suelo, ahora se podría aplicar a España con toda verdad la frase de que África comenzaba en los Pirineos". Lo que, bien examinado, no quiere decir nada. Porque, ¿qué quiere decir África? ¿Y todo lo demás? Cuestiones que me sugieren la de aquella que propuso, hace ya muchos años, en una tertulia uno de mis compañeros de estudios y que fue ésta: "¿Qué habría sucedido si en vez de descubrir los españoles América, guiados por Colón, descubren España unos navegantes caribes, mayas o aztecas?" A lo que otro de los tertulianos hizo notar que los indígenas de Santo Domingo descubrieron a unos navegantes españoles que arribaron a las costas de su isla y que los aztecas descubrieron a los soldados a Hernán Cortés.

Estas cuestiones de lo que habría sucedido de no haber sucedido un suceso como sucedió, si no de otro modo, me traen a las mientes aquello que se llamó geometría metaeuclidiana y que, si no estoy equivocado, ha traído la concepción del espacio universal curvo. Que no es, en el fondo, si no una metáfora. Y aquella geometría metaeuclidiana partió de suponer que desde un punto fuera de una recta se puede bajar más de una perpendicular —en rigor, innumerables— a dicha recta, en contradicción con el postulado de Euclides. Y de aquí lo de geometría meta-euclidiana, Pero se da el caso de que la geometría euclidiana es la del plano, la del espacio plano, de dos dimensiones, pues en cuanto se trasporta la geometría a una superficie esférica —como lo es, con ligera variante, la de la Tierra— ya el

postulado marra. Porque desde uno cualquiera de los polos se pueden bajar Infinitas perpendiculares al Ecuador. Perpendiculares curvas como el Ecuador mismo. Y esto, que es ya conocidísimo —y perdón por haber tenido que recordarlo—, podemos trasladarlo al campo de la historia.

Que si hay una geometría, esto es: "metría" o sea medida, de la "gea" o sea tierra, considerando a ésta como plana, hay una historia que podríamos llamar euclidiana, considerándola en plano, sin profundidad. Y todos los errores que nacen del planisferio, de representar en mapas planos vastas superficies curvas, como son las de nuestra corteza terrestre —y sin tener, por ahora, en cuenta las otras curvaturas, de las llamadas curvas de nivel—, no son nada junto a los errores históricos que nacen de ver la historia representada en plano histórico y sin las curvas de nivel histórico. Los más de los relatos históricos son lo que podríamos llamar planos, sin profundidad. El narrador no percibe si no la superficie. Y de ahí que se pregunte a las veces qué es lo que habría sucedido de no haber sucedido lo que sucedió. Y es que acaso eso otro, lo que no sucedió en el plano, en la superficie, se quedó más dentro, en otra dimensión, en profundidad. En la leyenda.

Porque es en la leyenda donde queda lo que pudo haber sido y no llegó a ser. Es en la leyenda donde quedan las infinitas posibilidades y a las veces las más absurdas. Por lo cual no creo que andaba tan descaminado cierto amigo mío a quien se le encargó traducir un libro de Westermarck sobre el matrimonio primitivo y me decía: "Estoy desesperado con esta sociología, que si los olgonquinos se casan así y los chipewais de tal otro modo y que si esta tribu y la otra y la de más allá… Antes llenaban los libros de palabras; ahora, de esto que llaman hechos y que no son si no relatos de ellos; lo que no veo por ninguna parte son ideas". Y añadía: "Si tuviese que aportar eso que llaman hechos para apoyar una teoría que se me ocurriese, los inventaría, seguro de que cuanto un hombre pueda inventar ha sucedido, sucede o sucederá alguna vez". Hablaba cuerdamente al afirmar el primado —la primacía— de la imaginación.

La historia que llaman. crítica suele ser historia metaeuclidiana, de ex-futuro, más legendaria que las rechazadas por leyendas. En estos días, al leer las discusiones de las actas de diputados y ver, por ejemplo, que un desahogado orador aducía contra la validez de una elección un suceso ocurrido mes después de la elección discutida me asombré del sentido de desahogo del referido orador, que contaba —es su costumbre— con la ignorancia y la credulidad de los que le oían.

Y por todo ello repito una vez más que no sabemos lo que está hoy sucediendo en nuestra España y que los venideros se encontrarán perplejos ante el montón de leyendas, contradictorias entre sí, con que se les presentará esta que llamamos revolución y la que llamamos contra-revolución. Y esta es también la razón por la que no puedo ni debo decidirme a condenar a unos y absolver a otros porque me los presentan en plano, sin profundidad alguna. Y porque los más de los testigos no saben ver. ¿Se habla de "rumores"? Es el susurro de la leyenda que se está formando. Y esa leyenda es la del ex-futuro, la de lo que pudo haber sido y no llegó a ser.

Pero vaya usted a convencer de todo esto a todos esos energúmenos —y a la vez deficientes mentales— que se empeñan en que uno tome partido cuando no puede formar juicio. Y en tanto los hombres se

insultan, se denigran y se matan por no poder conocerse unos a otros. Porque eso de la convivencia no es si no con-conocimiento. (¡Y a la porra con lo de la cacofonía!)

Don Estanislao Figueras

Ahora (Madrid), 8 de mayo de 1936

No hay que darle vueltas; todo el problema se reduce, en el fondo, a un problema lingüístico, de expresión. Y una de las graves dolencias mentales colectivas —nacionales o populares— corresponde a lo que en los individuos se llama "afasia". No encuentran la palabra que ha de señalar lo que quieren decir, y no hay modo de que se entiendan unos con otros. Llaman cosas distintas con el mismo nombre, y con distintos nombres, a una misma cosa. Lo que se complica en el caso, harto frecuente, de traducir un texto extranjero conociendo peor aún que la lengua de que se traduce la lengua a que se traduce, la propia del traductor. Tal, por ejemplo, en la actual Constitución de la República española, la del 9 de diciembre de 1931; Constitución de papel o de bolsillo, prodigio de indefinición y de indefiniciones. Veámosla, en parte siquiera, para proseguir otro día, que hay tela cortada.

La ringlera de las categorías políticas o civiles, en orden concéntrico, parece ser éste: Nación-Estado-Régimen-Constitución. Nación o Pueblo es categoría histórica —en rigor, indefinible—, que se siente, mas no se define. Envuelve, ciñe y abarca al Estado. ¿Estado? He oído contar que hace años, como se estuviese rezando el rosario en Santiago de la Puebla —de esta provincia de Salamanca—, al decir el párroco: "Un Padrenuestro por las necesidades de la Iglesia y del Estado", el alcalde, que asistía al rezo, interrumpió con un: "¡No, eso no; que el Estado son ellos!" ¿Tenía razón el alcalde, aunque él, como tal alcalde, fuese uno de ellos? Porque "ellos" quería decir los que ejercían el llamado Poder. El Estado es los que mandan. Y viene el Régimen.

El Régimen —término misterioso— puede ser monárquico, republicano o hasta el del comunismo libertario, especie de círculo cuadrado. ¿Republicano? ¿Monárquico? Aquí encaja aquella aguda definición del formidable conde José de Maistre al decir: "Propiamente hablando, todos los gobiernos son monarquías, que no difieren sino en que el monarca sea vitalicio o temporal, hereditario o electivo, individuo o corporación." (O clase.)

Ahora, por vía de digresión regresiva, un poco de historia republicana española. La primera República no llegó aquí a durar once meses —del 11 de febrero del 73 al 3 de enero del 74— ni se debió, en rigor, a cambio de régimen, sino a que al renunciar don Amadeo de Saboya, el rey caballero, al trono electivo dio paso a la presidencia de don Estanislao Figueras. ¡Y qué hombre! ¡Qué mal apreciado! Cuatro de los once escasos meses que duró aquella aventura ejerció don Estanislao la doble presidencia: la de la República y la del Poder ejecutivo —que nada pudo ejecutar—, y el 11 de junio huyó al extranjero con

un: "¡Ahí queda eso!" Huyó de la España del "¡que bailen!", del cantonalismo y de la anarquía popular. Los seis meses y veintitrés días de República restante se devoraron a tres presidentes: Pi y Margall, Salmerón y Castelar, hasta que el 3 de enero de 1874, el general Pavía disolvió el Parlamento… soberano. ¿Soberano? Pero de las tres fechas significativas: 11 de febrero de 1873, renuncia de don Amadeo; 11 de junio de 1873, escape de Figueras, y 3 de enero de 1874, liquidación de la soberanía constitucional parlamentaria —el monarca era el Parlamento—, la más significativa fue la del escape de don Estanislao. Todo un símbolo y acaso todo un modelo.

Y ahora veamos: ¿es el régimen —llamémosle republicano, monárquico o como plazca— el que hace al Estado o es éste el que hace a aquél? Intríngulis derivado de la afasía popular epidémica. Nuestra —es decir, la de "ellos", los del susodicho alcalde— mirífica Constitución de bolsillo, en su artículo 1.°, parrafito tercero, empieza diciéndonos que "la República constituye un Estado…" Pero ¿es la República la que constituye un Estado o es el Estado el que se constituye en República? ¡Lío que ni el de la juridicidad! Debido a la afasía de los traductores constitucionales.

Y llegamos a la cuarta categoría de la ringlera: a la Constitución. "¡Constitución o muerte / será nuestra divisa; / si algún traidor la pisa, / la muerte sufrirá!" Así cantaban nuestros cándidos liberales de Riego. Pero ¿pisarla? Como no se llame así a intentar reformarla… Mas la Constitución misma, en su último artículo —"in articulo mortis"—, habla de su propia reforma. Lo que no impide que "ellos", los de "nuestra República" —la de ellos—, la declaren provisoriamente irreformable y hasta inciten una revolución para atajar la reforma.

El librillo es sagrado. El mismo conde de Maistre decía: "Ciertos indios dicen que la Tierra descansa sobre un gran elefante; y si se les pregunta sobre qué se apoya el elefante, responden que sobre una gran tortuga. Hasta aquí todo va bien, y la Tierra no corre el menor riesgo; pero si se les urge y se les pregunta todavía cuál es el sostén de la gran tortuga, se callan y la dejan en el aire. La teología protestante se parece enteramente a esta física indiana; apoya la salvación sobre la fe y la fe sobre el libro. En cuanto al libro, es la gran tortuga."

¿La teología protestante? Y ¿ qué diremos de la demología constitucional, mil veces más enrevesada que la teología escolástica, sea protestante, católica o copta? La nación —y la civilización, que es el orden con ella— se apoya sobre el librillo de la Constitución…, un galápago. Al que hay que dejarle que vaya a su paso y se recoja en su caparazón.

Muchas veces se han quejado los pedagogos laicistas —lo que no quiere decir laicos— de que se empezara en las escuelas primarias por enseñar de carretilla a los niños el Catecismo de la Doctrina Cristiana —Astete o Ripalda—, que son incapaces de entender. Y, en efecto, los niños, a la edad en que se les infusan los misterios de la Trinidad, de la Encarnación del Verbo, de la Transustanciación eucarística y otros así son incapaces de entenderlos. Como tampoco entienden los misterios gramaticales del Epítome académico. Pero sustitúyanse unos y otros, los teológicos y los gramaticales, con los del librillo constitucional —el galápago— y ¡Dios nos asista! En algunas escuelas, después de haberse proscrito por los pedagogos el uso de carteles, parece que se han fijado algunos con

misteriosos artículos del galápago. ¡Y habrá que ver cómo a los pobres párvulos —de cuerpo y normales—, a los que acaso se les haga alzar el puño, les explican lo que es República, lo que es democracia y lo que es trabajador de toda clase, adultos —y más bien adolescentes— de cuerpo, pero más párvulos (y no normalmente) de mente, que les eduquen! Sacarán la sesera lingüística más cerrada que el puño enhiesto.

"El castellano es el idioma oficial de la República", dice el artículo 4.° de la Constitución; pero no es el idioma de la Constitución misma, del librillo o galápago. Y menos mal que el Estado, con excelente acuerdo, se propone editar y repartir por las escuelas ediciones oficiales de nuestros clásicos, los de "ellos" y de los otros. La triaca junto al veneno del galápago y de sus sacerdotes. Que la afasía es veneno. Y el galápago empieza ya a ser fetiche mágico —hay que oír, si no, a los técnicos parlamentarios—, y si algún traidor le pisa la cola... ¡Pura superstición demológica! Y... ¿fue acaso supersticioso don Estanislao Figueras, el que tuvo que escapar? Los técnicos dicen que él habría sido el único incapacitado para meterse a reformar. ¿Reformista? Jamás. Y como no pudo reformar, pues, se escapó.

Schura Waldajewa

Ahora (Madrid), 12 de mayo de 1936

A la vista, a la audiencia y hasta al toque de estallidos populares de locura comunal, que recuerdan ciertas epidémicas enfermedades mentales de la Edad Media, vuelve uno la atención al pavoroso problema de la relación entre la conciencia colectiva y la individual. Y se pregunta si los individuos que forman la masa afectada por el morbo mental son realmente individuos, si tienen conciencia personal. Triste síntoma de grave dolencia popular la que en épocas pasadas atribuía a los judíos envenenamiento de fuentes o aplicación de unturas y que hace un siglo llevó aquí, en España, a la matanza de frailes por la acusación de que envenenaban las fuentes. Y pensando en ello se pone uno a reflexionar sobre el trágico hundimiento de la conciencia individual, del buen sentido propio humano, en lo que se llama el sentido común. Y en el ahogo del hombre en la humanidad.

Pensando en esto, en cómo se encuentra desamparada y sin asidero de salud cualquier alma conciente de sí misma en este suelo social, que no es firme asiento de roca, sino movedizo tremedal, pensando en esto he venido —según mi costumbre— a fijarme en un dicho muy corriente, cual es el de que "por el hilo se saca el ovillo". Y escudriñándolo he venido a parar en si no cabría también decir que "por el ovillo se saca el hilo".

Entiendo aquí —metafóricamente, se entiende— por ovillo la madeja social, el complejo de creencias, costumbres, instituciones y demás cosas colectivas, y por hilo, la vida individual, la vida interior —y

hasta íntima— de cada miembro vivo del ovillo. Y me vengo a preguntar qué sentido —y con el sentido, qué sentimiento— de su propia vida individual puede cobrar en este tremedal de la sociedad de hoy una pobre alma perdida que se pregunta su propio destino, su propia finalidad.

En un precioso ensayo del ruso Wladimiro Astrow leo esto: "La Prensa soviética no gusta hablar de estas cosas; pero rompe aquí y allá el espeso muro de la censura el grito de las almas por aire libre. La *Komsomolskaja Prawda* informa de íntimas confidencias y quejas de la juventud obrera sobre el vacío y desamparo de su vida "¿Qué importa que tenga ya diecisiete años y que se me llame ya una moza? —dice la obrera Schura Waldajewa—; lo que se me debería explicar es lo que me falta; yo no lo sé. Los jóvenes creen que yo soy brutal y esquiva. Puede ser; pero lo que yo sé es que mi carácter es malo. Pero ¿de dónde viene esto? Si lo supiera, podría corregirme. ¿Cursos políticos? Sí, asisto a ellos. ¿Qué sea el socialismo? Lo sé; se ha tratado la cuestión. Es que se reparta no según las necesidades, sino según las capacidades. Lo que yo quisiera saber es para qué vivimos propiamente. Ahora vamos al trabajo, volvemos a casa, vamos a reuniones o lo que sea. ¿Y después? ¿A qué todo esto?"

¡Pobre Schura Waldajewa, a la que nadie, según parece, le da a conocer la finalidad del trabajo, la finalidad de su vida misma, el sentido de ésta! ¡Pobre trabajadora de la clase que sea a quien no saben explicarle la finalidad, el sentido de la clase de su trabajo! A sus abuelos les explicaban que el trabajo era un castigo a un cierto pecado original; pero a ella, a esa pobre moza, no aciertan a explicarle qué sea, moralmente, el trabajo. ¡Y cuidado que se está fraguando una mitología y hasta una mística del trabajo!

En el artículo 48 de nuestra mirífica Constitución de una República democrática de trabajadores de toda clase, artículo que es un monumento de vacuidad y de galimatías pedagógicos —y sabido es que de todas las vacuidades, la más vacua es la pedagógica—, se dice, entre otras cosas, que la "enseñanza será laica, hará del trabajo el eje de su actividad metodológica y se inspirará en ideales de solidaridad humana". Todo lo cual, bien examinado, no quiere decir nada concreto y claro ¡Eje de la actividad metodológica! Cualquier pobre hombre sencillo del régimen eterno podría haberse figurado que el trabajo de enseñar y el de aprender a hablar bien, a leer, a escribir, a contar, a conocer las cosas de que se vive, era suficiente eje de actividad metodológica, aunque aquel pobre hombre sencillo no entendiera qué es eso de la actividad metodológica. En cuanto a lo de laica…

Muchas veces he dicho sobre ello y tendré aún que decir. Lo de laico es un término completamente indefinido, aunque parezca otra cosa. ¿No confesional?, se dirá. Pero el laicismo que aquí se predica es confesional. Ni puede ser de otro modo, pues a una confesión no se la combate sino con otra confesión. ¡Enseñanza neutral! ¿Neutral? Si uno tiene que confiar la crianza de un hijo a una nodriza, ¡trabajo le mando si va a buscar una con leche neutral, esterilizada o pasteurizada! La leche de la nodriza —como la de la madre— lleva el dejo de los humores de ella. Y así, un maestro o maestra cualquiera, si es persona, que tiene sus creencias y sus increencias, su confesión, su visión y su sentimiento del mundo. Ahora, ¡si ha de limitarse a administrar el biberón pedagógico y metodológico…! Que tampoco es neutral.

A la pobre Schura Waldajewa no han logrado darle conciencia de la finalidad del trabajo, y con esto de la finalidad de su vida, aquellos inhumanos pedantes, trabajadores de la actividad metodológica, que recuerdan al inmortal maestro de escuela de la novela de Dickens *Hardtimes*. El de "¡hechos, hechos, hechos!" ¿Materialismo histórico? Sí; cuando revienta un tumor en esta sociedad emponzoñada, lo que sale es materia. Lo que el pueblo no sofisticado llama aquí, en España, materia, esto es, pus. ¿Qué otra cosa sino materia es lo que sale de esos reventones de locura colectiva? Pus y sangraza.

Claro está que todo esto que vengo diciendo aquí —y lo que ha de seguir al mismo hilo, pues hay tela cortada— en mi lector, individual, y yo, a solas, por así decirlo, no lo diría ante un público, y al efecto he renunciado a conferencias públicas, al menos en España. No, no voy a exponerme a que me regüelden interrupciones, ya que no a que me espurrien materia. Mi actividad metodológica no llega a eso. Harta tristeza le infunde a uno la lectura de esos debates parlamentarios, que también son reventones de locura colectiva. Porque ¿hay quién lea sin pena esos diálogos de cominería, y de "más eres tú", y de "vosotros lo provocasteis", y de "¿qué pasaba entonces?", y lo por el estilo? Disputas de corral. Y a eso habrá quien llame ¡"exigir responsabilidades"! Mas en nada se diferencia de denunciar envenenamientos de fuentes, unturas de morbos o reparto de pastillas.

Sentido histórico

Ahora (Madrid), 15 de mayo de 1936

No hace mucho que el pontífice máximo —o sumo sacerdote— del actual republicanismo ortodoxo español, en una de sus definiciones doctrinales de lo que es la esencia y la sustancia de una república, se refirió a republicanos de cátedra. Que no sabemos bien en qué se diferencian de los republicanos de tertulia de café o de Ateneo. Aunque sí de los republicanos de calle o de plazuela. Y desde luego nos vino a las mientes lo que se llamó socialistas de cátedra, sin duda para distinguirlos de los de partido y programa político. Pero el mismo pontífice máximo del socialismo ortodoxo, Carlos Marx, cuando elaboraba su obra histórica *El capital* —y en ella lo del materialismo histórico—, no hacía sino labor de cátedra, era un socialista de cátedra y lo fue de partido cuando redactó el *Manifiesto* famoso. Primero fue un demólogo, es decir, una especie de teólogo; después, un canonista.

El socialismo que deja de ser de cátedra para hacerse de plazuela y de partido no es ya una doctrina ni una fe en ella, sino que es una iglesia con su disciplina. ¡Y cómo se parece su historia a la historia de las primitivas comunidades cristianas que dieron origen a la Iglesia Cristiana y a la Católica! ¡Las mismas logomaquias, la misma mística, la misma liturgia! La misma en el fondo de su forma, ya que la forma tiene fondo. El mismo horror a la herejía y a la crítica y al escepticismo y al libre examen.

Por camino parecido diríase que le quieren llevar a este misterioso republicanismo ortodoxo, con sus

esencias, sus sustancias, sus autenticidades y demás mandangas. Y ya hay quien empieza a santiguarse no con el pulgar de la mano derecha, sino con el puño cerrado de la izquierda. Y ello se irá convirtiendo en una caricatura de religión.

El artículo 3.° de la actual Constitución de la República Española dice que: "El Estado español no tiene religión oficial". Lo que parece estar claro, pero no lo está. Porque primero hay una u otra religión del Estado, de un Estado determinado, que puede ser la católica, o la calvinista, o la luterana, o la islámica, etc., y puede haber lo que cabe llamar religión de Estado, si no oficial, por lo menos oficiosa. En Italia, en Alemania y en Rusia hay, hoy por hoy, religión de Estado. Este, el Estado, es la Divinidad. ¿No iremos a eso? ¿A una oficiosa religión republicana de Estado? Con su Trinidad y todo. El Estado mismo, es decir: el Poder publico, es el Padre; el Parlamento soberano es el Hijo, y la Constitución es el Espíritu Santo. O sea la paloma.

Y a propósito de esto de la paloma, debo advertir al que se me ha quejado de que tratara tan irreverentemente a la Constitución como para llamarla galápago, que ahora no encontrará tan irreverente que la compare con una paloma.

¿Y qué va a hacer uno sino faltar a ciertas reverencias cuando ve una demología ortodoxa que tiende a confundir todas las nociones históricas convirtiéndolas en logogrifos sociológicos y políticos sin claridad ninguna? República es hoy el Reich germánico y Unión de repúblicas soviéticas se llama el actual Imperio —así, Imperio— ruso. ¿Cuál es más República, más esencial y sustancialmente republicana? Que nos lo diga el pontífice máximo del republicanismo de Estado definiendo "ex cathedra". Que no suelen ser los catedráticos los que más se distinguen por la manía de definir «ex cathedra». Como hay quien pone cátedra en tertulia de café o de Ateneo o en banco de plazuela. Que ni el catedraticismo es cosa peculiar de catedráticos ni la abogacía lo es de abogados.

Y manteniéndonos en historia y en historia contemporánea, ¿cuál es más República, la de Colombia o la de Méjico de hoy? Que si en aquélla, en la de Colombia, se mantiene en gran parte una religión del Estado, en la de Méjico hay una religión de Estado que persigue a la otra. Ni cabe perseguir a una religión sino en nombre de otra religión. El nacionalsocialismo es religión; el sovietismo o bolchevismo es religión. ¿Lo va a ser aquí el republicanismo esencial, sustancial, constitucional y auténtico?

¿Son todas esas definiciones y excomuniones y esencialidades y sustancialidades y constitucionalidades y autenticidades no más que "bagatelas" y "bizantinismos"? Ah, es que todo eso mantiene esta salvaje guerra incivil en que por demencia colectiva estamos empeñados y somos muchos, pero muchos, no usted solo, mi tan querido amigo Prieto, los que comenzamos a pensar en serio si estaremos contagiados de la imbecilidad colectiva que aqueja hoy a nuestro pobre pueblo. Pues mientras siga eso de si éste es auténtico y aquel otro no, y si el ser algo es llamarse con tal nombre y si los enemigos de la derecha —o de la zaga— son más o menos enemigos que los de la izquierda —o del frente—, mientras siga eso no podrá haber guerra civil civilizada, que es, en el fondo, paz humana.

Espíritu histórico, que es espíritu critico —y en el primitivo y buen sentido del término: escéptico—,

espíritu de libre examen, liberal, de cátedra —de cátedra, sí, de cátedra, aunque no dogmático, de "lo dijo el maestro"— sentido histórico es lo que nos hace falta para convivir y colaborar en debates civiles. Sentido histórico.

El otro día cité un pasaje del conde José de Maistre en que éste dice que todo gobierno es monarquía. Y cabe decir que todo gobierno, si es gobierno regular y normal, es república. República siguió llamándose el Imperio Romano. ¿Y por qué no? ¿Por qué hacer de ciertos epítetos contraseñas para perseguir a unos y no a otros? ¡Bizantinismos! Conviene repasar la terrible historia del Imperio Bizantino, donde las discusiones teológicas —basta recordar lo de los iconoclastas— llevaron a los más repugnantes crímenes. Se le sacaba a uno los ojos por si rendía o por si no rendía culto a las imágenes. Y era que debajo de aquellas discusiones bizantinas alentaban las más demoníacas pasiones, resentimientos, envidias, rencores, viles ambiciones cuando no rencillas de camarilla y acaso de serrallo.

Ay, mi querido amigo, no es lo peor el mirarse hacia dentro y sentirse imbécil; lo peor es sentirse recomido el corazón y devorado por la más triste de las pasiones. La que tralla con injurias.

Mañana será otro día

Ahora (Madrid), 20 de mayo de 1936

Se pone la tarde. Me llega del Poniente una campanada eclesiástica, fundida con el lejano ladrido de un perro. ¡Cuánto han ladrado los perros a las campanas! Pienso en que voy a pensar y en qué voy a pensar. Pensar en paz, pero no en la paz. El cielo está en el horizonte ponentino recocido. ¿Pensar en la paz? ¿Y cómo con el eco y el resón de las lecturas de los diarios de la mañana, del triste desayuno informativo? Noticias crudas, no filtradas, reducidas a titulares casi. Porque lo que sigue a esas titulares, a la letra gorda, es como aquella letra menuda de los libros de texto escolares, "lo que no se da", que decíamos; nombres y señas y número de los muertos y de los matadores. Todo ello crónica como de cronicones medievales y no historias. Y de vez en cuando, los claros de la censura, uno de los más claros e indicativos síntomas del entontecimiento progresivo de los que mandan. "El cielo entontece primero a los que quiere perder", dice el fragmento de Eurípides. ¡Y luego esas abrumadoras notas gráficas! Aquí está ese retrato del que habla en un mitin ante un micrófono, con la boca en o y el brazo en alto. ¿Pronunció, acaso, el discurso —o lo que fuere, pues lo que es discurrir…— para salir así en la hoja? Pero hay que pensar —es el oficio— para que piensen otros. ¡Y si llegáramos a pensamiento común!…

Y con todo eso de la abrumadora información escrita y gráfica, el recuerdo de las miradas agresivas de aquellos mozalbetes con los que uno se cruzó en la calle al ir a recogerse a casa. ¡La calle! ¡Tener que

vivir en ella! Porque no a todos les es dado, como a nuestro Juan Ramón, embozarse en soledad sonora o buscar la humanizadora sociedad de inocentes animalitos irracionales, que, por serlo, no pueden enloquecer. Hay días y lugares, horas y sitios, en que el ambiente de la calle lo es de una indolencia salvaje. Las gentes sin conocerse, y por lo mismo, se miran como en desafío. Y hasta a los pobres niños —¡a los pobres niños!— los están criando en mala crianza. Mal criados acaso por mal nacidos, a descontento de sus padres.

Esa insolencia salvaje es hija de enfermedad colectiva, de locura comunal. Decía el pobre Nietzsche, el torturado soñador de "la vuelta eterna", que el enfermo apetece lo que agrava y exacerba su enfermedad. Así, en los pueblos que cuando se empobrecen les entran locas ganas de destruir su riqueza. Y de ir repartiendo, y con el reparto acrecentando su pobreza.

Se pone la tarde, y encerrado en mi cuarto cojo con la mirada el recocido celaje del horizonte ponentino. Según va cerrándose la tarde en la noche y van abriéndose —naciendo— en el cielo las estrellas, se me va abriendo el ánimo a la llegada del sueño. De un sueño estrellado y Dios quiera que celeste. En que olvide la monotonía del escándalo y de la rutina de la estupidez colectiva. Recuesto al fin la cabeza en la almohada consultora y me dispongo a trasnochar el pensamiento, que tanta íntima fuerza cobra de la inconciencia. A ver si así logra uno hacer la crónica historia, o leyenda, que es lo mismo. Mientras dura el sueño, ¡qué palabras eternas nos dicta el silencio al oído del corazón! Son ellos, el sueño y el silencio, los que nos remozan a los viejos. ¿Remozar? Nos bautizan —o, mejor, nos rebautizan— en el mar sagrado de la inconciente vida prenatal. El antes del comienzo nos revela el después del acabamiento. Y el alma se nos hincha de lenguaje divino. Decía Leopardi, en su estupendo *Cántico del gallo silvestre*: "¡Mortales, despertaos! No estáis todavía libres de la vida. Tiempo vendrá en que ninguna fuerza de fuera, ningún intrínseco movimiento, os sacudirá de la quietud del sueño si no que en ella siempre, insaciablemente, reposaréis. Por ahora no os está concedida la muerte; sólo de trecho en trecho se os consiente por algún espacio de tiempo una semejanza de ella. Porque no se podría conservar la vida si no fuese interrumpida a menudo. Demasiado larga falta de sueño breve y caduco, es mal por sí mortífero y causa de sueño eterno. Tal cosa es la vida, que para llevarla es menester de hora en hora, deponiéndola, recoger un poco de aliento y restaurarse con un gusto y como si una porcioncilla de muerte."

Repensando este pensamiento de Leopardi sobre la almohada consultora, se me viene a las mientes una ocurrencia de William James en su ensayo *¿Merece vivirse la vida?*, al comentar la terrible predicación del suicidio, del poeta James Thomson, en su poema *La ciudad de la noche terrible*. Cita el pragmatista norteamericano pasajes del poeta inglés, y entre ellos éste: "Esta pequeña vida es todo lo que tenemos que aguantar; la santísima paz de la tumba es siempre segura", y añade Thomson: "Medito estos pensamientos y me consuelan." Y el pragmatista comenta "Entre tanto, podemos aguardar siempre por veinticuatro horas más, aunque sólo sea para ver lo que cuente del periódico de mañana o lo que nos traiga el próximo cartero."

¿Lo que cuente el periódico de mañana? Lo mismo que contó el de ayer. Y esto sí que es una pequeña vuelta o revuelta eterna, espejo de la trágica "vuelta eterna" que torturó al pobre Nietzsche —y que era

un pensamiento helénico—, como el sueño es espejo de la muerte. Pequeña vuelta o revuelta eterna que es lo que llaman algunos la revolución permanente. ¿Revolución? Motín y no más, con que se entretiene y se mantiene la estupidez comunal, a la que miman los que debieran corregirla. Y la miman mintiendo, que por algo se dijo: "Miente más que la *Gaceta*". Mintiendo y creyendo, o más bien queriendo hacer creer que cuando llegue el último incendio se apagará con mangas de riego de tanques.

¿Que mañana será otro día? Mañana será el mismo día, el día del siglo. Y no faltará quien diga que todo esto lo traen los enemigos del régimen. Que es lo que se les ocurre a los mandones que piensan que hay ocasiones en que deben estar ciegos y sordos durante cuarenta y ocho horas. ¡Pobres hombres, que no saben conciliar un sueño de paz! ¡Y pobre pueblo!

Teatralerías de morcilleo

Ahora (Madrid), 26 de mayo de 1936

Que el ánima en pena de Quevedo me acorra en este trance dificultoso.

Hay revoluciones épicas, líricas y dramáticas. Las épicas son propiamente guerras civiles, ordenadas. Tales, entre otras, las de la independencia nacional de un pueblo. Las líricas son las que cumple un individuo en ciencia, en arte, en política, en religión. No caben en teatro. Así, el monodiálogo de Don Quijote y Sancho, que no entra en tablado; su escenario es el universo. Ni el hidalgo ni su escudero son personas teatrales. En cuanto a las revoluciones dramáticas —trágicas o cómicas—, rarísima vez son verdaderas revoluciones. Aunque sus actores no sepan renunciar a la infantil ingenuidad de llamarse revolucionarios. Veamos.

Nuestro pueblo español, sobre todo el del centro de España, es uno de los más teatrales, de los más aficionados al teatro. Y a las corridas de toros, novilladas y capeas, que es otro teatro. ¡Pero de verdad! ¿De qué verdad? Como antaño en una corrida increpara a un espada el gran actor dramático Isidoro Máiquez, aquél, el matador, se volvió a decirle: "¡Señor Miquis, que aquí se muere de veras!" Y a la hora de enfrentarse el matador con la fiera le llaman los aficionados la hora de la verdad. Verdad teatral también. Y esta teatralidad, de tablado escénico o de coso de sangre y arena, ha dado tono y hasta sentido a nuestra vida política. Y a sus revoluciones dramáticas —trágicas o cómicas—, cruentas o incruentas.

Una vez, hallándome en un banquete político de Romanones en una vecina capital de provincia, se levantó a brindar el cacique provincial —un buen cacique—, y al oírle pregunté al que tenía a mi lado: "Dígame: éste, de joven, representó en teatros caseros, ¿no?" "¡Exacto!", me contestó. Los de la

revolución —¡tan teatral!— de 1868 se formaron en esos teatros. Aquí conocí a uno de aquellos revolucionarios, a quien se le llamaba Lanuza por haberse distinguido haciendo de protagonista en *La capilla de Lanuza*. ¡Y había que verle cruzar, en Lanuza, la plaza Mayor! Y, por otra parte, entre nuestros actuales políticos de partidos revolucionarios hay más de uno a quien le ha tentado el teatro y ha llevado a escena algún drama sociológico en que juega el "genio de la especie" y que no cuajó por su modo serrinoso de expresarse. ¡Qué mala musa es la sociología beocia y hepática!

En las revoluciones dramáticas —o mejor, teatrales—, las conspiraciones juegan un gran papel. (Papel, ¿eh?; no hay que confundirse.) Hay aquello de: "¡A las tres es el movimiento!", cuchicheado al oído. Y hay las contraseñas y los viajes de exploración. De que algo sabe algún alto gobernante de hoy. Y luego vienen los "actos" con sus "escenas", en el sentido teatral. Que a las veces llegan a la susomentada "verdad" de los aficionados. Así, a ésta que dan en llamar revolución precedió la loa de Jaca, en que rindieron sus vidas dos generosos y entusiastas actores. Y actores revolucionarios de verdad, quijotescos, líricos.

Llega otro acto dramático revolucionario y se prepara una escena de todo aparato. ¿Y el papel? ¿Estuvo bien ensayado? Creemos, dígase lo que se diga, que las masas, el coro general, no se sabían el papel. Ni conocían el drama. No tenían sentido de la función. Pero allí estaban para dárselo los "reglas". El "regla" le llaman en los lugares de esta provincia de Salamanca al apuntador, al que desde su escondrijo —concha o garita— sopla a los actores lo que tienen que hacer y que decir. Mas en estas revoluciones teatrales suele suceder que los actores se olviden del papel o no lo sepan y, sin hacer caso al "regla", se metan a embutir "morcillas" —lo que en la jerga de teatro se llama así—. Sin que sirva que el "regla" les diga: "¡No, no es así; que no es así!", y les llame al orden, ¡Y qué morcillas!

Porque aquí el morcilleo teatral puede ser de otro género, de un género de "verdad", de mondongo. Esto es, de matanza. De esa matanza que las comadres rurales dicen que es el arreglo de la casa. Sólo que matanza de hombres, de actores. Y allá anda el pobre "regla" aterrado y sin saber cómo acabará aquello. Porque él, el "regla", conspirador dramático, no sabe cómo arreglárselas en el arreglo de la casa, en el mondongueo. Pero he aquí que el público, al cabo, al acabar la función, se entusiasma con el arreglo de la casa y empieza, educado en corridas de toros, a pedir: "¡Caballeros!, caballeros!", como otras veces pedía: "¡Caballos!, caballos!", y hace salir a los actores a recibir palmas en el tablado por no haberse limitado al papel, y en seguida tenemos a los "reglas", que se estuvieron agazapaditos en sus conchas, que se suben al tablado a participar de la ovación. Salen como diciendo: "¡Nosotros dirigimos el mondongueo!" Y hasta predican que hay que representar la función "con hiel". ¡Así! Predican la revolución de verdad.

¿Pasó la romántica loa pre-revolucionaria de Jaca dejando rastro de generosa sangre, en cierto íntimo sentido —que ahora y aquí no he de explayar— redentora, y pasó sin sus "reglas" y su papel? Y luego, en la revolución ya reglada y empapelada —la Constitución es un papel—, vino el acto trágico de Asturias, y el cómico de Barcelona, y hasta el sainete madrileño. Con sus "castañeros picados" y todo. Y por debajo de la función reglada, con su programa, está la acción, la terrible acción, del coro que no obedece a corifeos, que no oye a los "reglas" ni los entiende; está la acción desencadenada. La de los

que creen que el arreglo de la casa está en la matanza. ¿Que no estamos preparados para la revolución? Es que la verdadera revolución no es sino preparación. O educación. Educarse para la libertad es hacerse libre. Y los que así —acaso harto sarcásticamente— nos burlamos de la supuesta revolución, somos los que cultivamos la revolución de verdad. Que es la de decir la verdad, que no reconoce partido. "La verdad os hará libres", quedó escrito. ¡Y cómo descansa uno cuando ha dado su verdad! Lo sabía Quevedo, el de las feroces burlas.

¿Que mezclamos lo verdaderamente trágico con lo no más que cómico y con lo sainetesco? ¿Que este jugar con los dos sentidos del morcilleo es algo repelente? Lo repelente es este representar y no presentar la revolución; lo repelente es este funcionar —¡funcionar!— de revolucionarios; lo repelente es una llamada revolución, dramática y teatral —aunque a las veces sangrienta—, en que no se presiente ni un aliento épico de verdadera guerra civil, de independencia nacional, ni un aliento lírico, quijotesco, de revolución ideal. De revolución de ideas. Porque aquí, hoy, no cabe hablar de ideología revolucionaria. Nuestros funcionarios de la revolución dramática carecen de verdaderas ideas. Basta leer su código. Y sus pésimas traducciones.

¿Que este bosquejo es amargo? Son los "reglas" y los funcionarios de la revolución los que nos amargan la vida.

Trabajadores de toda clase

Ahora (Madrid), 5 de junio de 1936

¡Las veces que nos hemos referido a aquella teórica ocurrencia del articulo primero de nuestra pedagógica y sociológica Constitución de que "España es una República democrática de trabajadores de toda clase"! ¿Teórica? Teórica, si, pues de ella no se deduce nada en el orden práctico. Mas como teoría merece examen. El sociólogo que metió lo de "trabajadores", sin la posterior coletilla "de toda clase", lo hizo por sugestiones nada nacionales y en rigor para servir a la dependencia de España respecto a un pueblo extranjero. Advirtióse el peligro y se añadió lo "de toda clase" para dejar lo de "trabajadores" en una mera vacuidad. Porque ¿quién no es trabajador de alguna clase? Lo son no ya los empecatados burgueses y los capitalistas, sino todos los que cumplen el trabajo de vivir, aunque sea a costa ajena.

Desde que se constitucionalizó eso de "trabajadores", la denominación —y no más que denominación— ha hecho fortuna. Un día tenemos los "trabajadores de la Enseñanza"; otro, los "trabajadores del arte". Esperamos ver que los recaudadores de contribuciones se constituyan —constitucionalmente— en "trabajadores del Fisco"; los guardias de Asalto, en "trabajadores de la represión". Y así todos los demás. Todo el que ejerce una función ejerce un trabajo. Y hasta el vago, el holgazán. ¡Pues no es poco trabajo el de holgar! Antes de ahora he contado cómo un amigo mío me decía que la malquerencia que

ciertos hombres laboriosos guardan al vago es porque éste es el fiscal del que trabaja. "¿Ve usted —me decía— ese vago que se pasa las horas muertas día a día dando vueltas aquí, en la plaza? Pues el confitero ese no le puede ver porque es quien se detiene a diario ante su escaparate y puede decir: Esos pasteles llevan ahí, los mismos, más de ocho días. El vago vigila e inspecciona al no vago." Y es que el vago trabaja de ojo.

No sé si los mendigos —los de profesión y vocación y aun de herencia, no los otros, los ocasionales— estarán o no sindicados, pero podrían estarlo como "trabajadores de la mendicancia (manganza), mendicidad o pordiosería". Que es también un trabajo como otro cualquiera. Pues, ¡menudo trabajo que es el de mendigar o pordiosear! ¡Difícil función para ejercerla con eficacia y dignidad! Y no en vano se instituyeron en la Edad Media Órdenes religiosas mendicantes. Y en relación con esto ahora empieza a constituirse —constitucionalmente también— otra clase de trabajadores, cual es la de los trabajadores del paro. Que trabajan para mantener y propagar el paro a pretexto de acabar con él. Es la orden de los parados. Que en rigor no se asocian, sino se amontonan.

En cierta ocasión le preguntaban a un amigo mío, hombre cultísimo y gran amigo de la lectura y de asistir a teatros y espectáculos públicos, si no escribía, y respondió: "No, yo leo, porque hace falta quien lea para que haya quien escriba". "¿Luego usted no es productor, no produce?", le dijeron. Y replicó: "Sí, señor, soy productor; produzco consumo". Y esto de considerarse el consumidor como productor de consumo es un concepto económico muy arraigado en los trabajadores del paro. Así como en los trabajadores del descanso.

A las veces, lo de no trabajar es una especie de obligación. He sido durante años, y lo soy ahora, como rector de la Universidad, patrono de un asilo de ancianos fundado para que éstos descansen o huelguen. Por razones de higiene se recomendó a los pobres asilados, sin obligarles a ello, ¡claro!, que los que se sintiesen con fuerzas y ganas trabajasen algo, por vía de recreo, en una huerta del asilo. Algunos lo hicieron y hasta un antiguo carpintero pidió que se le diera un banco de carpintería. Pero he aquí que el administrador del asilo me vino un día a que fuese a cortar una especie de pequeña revolución que había suscitado entre los ancianos asilados uno de ellos diciendo que su "obligación" (así) era holgar y no trabajar, que para eso se fundó el asilo, y que el que sintiera ganas de trabajar tenía el deber de solidaridad y compañerismo de aguantárselas y no ir a poner la ceniza en la frente a los compañeros y como a hacerlos de menos. La teoría, inútil es decirlo, me cayó en gracia. Era una teoría verdaderamente revolucionaria.

¡Trabajo! ¡Trabajo! ¿Y qué no es trabajo? Trabajo es velar y se vela para dormir. Trabajo es vivir y se vive para morirse. Que no es que se muera por haber vivido, sino que se vive para morir. Trabajo es —por agradable que sea— el engendrar hijos y se los engendra para morirse uno. Que dar la vida es perderla. Y esta es doctrina fisiológica y biológica de largo desarrollo. La hermandad del Amor y de la Muerte es tema fecundísimo de poesía y de filosofía. Que ha inspirado, entre otros, el hermosísimo canto de Leopardi *Amore e Morte*.

¿Qué no es trabajo? Hasta el asistir a un espectáculo. ¿Y por qué no han de formarse ligas de

"trabajadores" de ver los toros, o partidos de pelota o de fútbol, o piezas de teatro? O de trabajadores radio-escuchas. Productores de consumo también.

Y tú —me dirá algún lector malicioso—, trabajador ¿de qué "clase"? Y yo le contestaré con aquello de mi excelso maestro y tocayo don Miguel de Cervantes Saavedra en el "Prólogo al lector", de la segunda parte del libro: "Había en Sevilla un loco, que dio en el más gracioso disparate y tema que dio loco en el mundo. Y fue que hizo un cañuto de caña puntiaguda en el fin; y en cogiendo algún perro en la calle o en cualquiera otra parte, con el un pie le cogía el suyo y el otro le alzaba con la mano, y como mejor podía le acomodaba el cañuto en la parte que soplándole, le ponía redondo como una pelota y en teniéndolo de esta suerte le daba dos palmaditas en la barriga, y le soltaba diciendo a los circunstantes (que siempre eran muchos): Pensarán vuesas mercedes ahora que es poco trabajo hinchar un perro. ¿Pensarán vuesas mercedes que es poco trabajo hacer un libro?"

Yo también, malicioso lector amigo, te digo con Cervantes que no es poco trabajo hacer un artículo de estos, o con el loco de Sevilla, hinchar un comentario. Y más ahora, en temporada de locura colectiva, en que España está hecha un manicomio suelto. Y en que hasta los loqueros han enloquecido al punto de que hablan de "aplastar" a los locos de locura contraria a la suya —a la de los loqueros—; y "cuando el guardián juega a los naipes ¿qué harán los frailes"? ¡Trágico manicomio! Trágico manicomio en que se llega a la "dementia tremens" de considerar enemigo publico del régimen al que se llame —¡se llame!— fascista. Beligerancia de la insensatez. Trabajadores de la locura.

Ensayo de revolución

Ahora (Madrid), 7 de junio de 1936

No sé si para apartarme de la actualidad o para encontrar lo eterno de ella por otro camino dejé la prensa del día y me puse a leer las *Migajas filosóficas*, del gran sentidor danés Soeren Kierkegaard. Y, de pronto, me hirió esta frase, al parecer enigmática: "la novedad del día es el principio de la eternidad". Y a mí, acostumbrado más aún que a su danés a su íntimo lenguaje espiritual kierkegaardiano, se me presentó al punto todo lo que aquel torturado y torturante espíritu quiso decir con ello.

La novedad del día ea lo verdaderamente nuevo de un día; el hecho que abre una nueva vida que arraiga en lo eterno; una nueva vida de un hombre o de un pueblo; una verdadera revolución. Que siendo verdadera, es una renovación. Porque revolverse —y menos revolcarse— no es, sin más, renovarse. Cabe renovarse quedándose muy quieto y sosegado. Las mudas, por ejemplo, no se hacen con desuellos. La serpiente no se quita la vieja piel mientras no tiene la otra, la renovada, por debajo. Que si hiciera de otro modo tendría recaídas y correría grave riesgo. Y así un pueblo. Al que se supone

muchas veces que ha cambiado por dentro y no hubo cambio.

"Renovarse o morir", se ha dicho. Pero renovarse es, en cierto modo, recrearse, volverse a crear. Y no es poco renovar, recrear, crear un pueblo. ¡El placer de crear! Sí, el placer de crear, pero no se crea con revoluciones. A lo más, son éstas las que hacen —y deshacen— a los hombres que creen hacerlas y dirigirlas, y no ellas a éstos. Los hombres, ¡si lograran comprender el torbellino que les arrastra! ¡Si lograran comprender la novedad del día —que suele etiquetarse con una fecha—, adivinando en ella el principio de eternidad, la renovación histórica! Así dicen que Goethe adivinó en la batalla de Valmy un mundo nuevo. Lo que, seguramente, ni vislumbró el general que mandaba la batalla. Que no quien realiza un hecho prevé su alcance. Ni ve en la novedad eternidad, ni en el día ve principio.

Y ahora, una anécdota. Uno de mis buenos amigos, diputado que fue conmigo en las Constituyentes y habitante en una provincia cercana fue, no hace mucho, a Madrid, y al visitar a su jefe político se lo encontró muy preocupado con el estado de la cosa pública (traducción de República), y en el curso de la conversación le dijo, por vía de adhesión y de alabanza: "pero bueno; en buenas manos está el pandero". El cual replicó: "¿Pero es que hay pandero?" Y yo, de haber estado presente, habría añadido: "¿pero es que hay manos?" (Mejor que la metáfora del pandero sería la de un torno de alfarero y arcilla para un botijo).

Y tengo que volver a lo de la teatralidad, la representación, y no presentación, de lo que se llama ahora aquí la revolución. Revolución que revuelve muy poco, pero no renueva casi nada. En su aspecto teatral ofrece escenas perdidas sumamente típicas. Hace unos días hubo aquí, en Salamanca, un espectáculo bochornoso de una Sala de Audiencia cercada por una turba de energúmenos dementes que querían linchar a los magistrados, jueces y abogados. Una turba pequeña de chiquillos hasta niños, a los que se les hacía esgrimir el puño —y de tiorras desgreñadas, desdentadas, desaseadas, brujas jubiladas, y una con un cartel que decía: "¡Viva el amor libre!" Y un saco. Que no era ¡claro! del que se le libertó al amor. Y toda esta grotesca mascarada, reto a la decencia pública, protegida por la autoridad. La fuerza pública ordenada a no intervenir sino después de… agresión consumada. Método de orillar conflictos que no tiene desperdicio.

Toda esta selvática representación revolucionaria está acabando de podrir, hasta derretirlos o pulverizarlos, a los famosos burgos podridos. Se les sacó de su costumbre para no darles otra. Y la famosa revolución está arrojando a las ciudades la podredumbre que ya no cabe en los burgos y que se meje con la podredumbre urbana, sobre todo con la arrabalera. Y andan, no ya revolviéndose, sino revolcándose, hombres que viven sin consigo mismos. A la vez que se apresta a defenderse la burguesía proletaria, o proletariado burgués, a que no la den un revolcón.

Crear —o re-crear— un pueblo, hacerlo, renovarlo —como quien hace una ánfora o toca el pandero—; ¡pues ahí es nada la cosa! ¡La cosa publica! ¡Menudo ensayo! Y a empezar por una novedad del día, de tal o cual fecha o con un código de papel —como el "galápago" de que aquí os hablaba hace poco— y como principio de eternidad, o sea de historia. ¡Ah, no, no! Aquella muda no fue muda de verdad. Debajo de la vieja piel no estaba formada la nueva, y no se puede acabar de formar con escaras a la

vista. No; no empezó una nueva vida pública en aquella fecha mítica. Ni la renovación de los tejidos, y de los de las entrañas menos, va a eso que llaman ritmo acelerado. No se hace crecer una planta a tirones. Sístole y diástole tiene el corazón; sueño y vela el ánimo ; trabajo y descanso el cuerpo. He oído decir que España ha cambiado radicalmente desde hace cuatro o cinco años. ¡Embuste! Por debajo de las túrdigas de la vieja piel no hay en gran parte todavía más que carne viva o cicatrices sanguinolentas. Y es completa carencia de sentido histórico —o acaso frivolidad— asegurar que tal o cual cosa no puede ya volver. Las recaídas —como los que J. B. Vico llamó "recursos" (en italiano "ricorsi")— pueden siempre volver. ¡Pues no faltaba más! Ni las revoluciones, ni los revolcones, ni las renovaciones, ni las restauraciones dependen de la voluntad de crear de un hombre. ¿Un poeta de pueblos? ¡Terrible vocación! Y, sobre todo, ¡ojo con los ensayos! Que están bien para el teatro, a telón corrido. Se ensaya la representación de una muerte escénica, de chancitas, y suele muy bien suceder que cuando en la comedia —o farsa—, a telón alzado, toca representarla, la representación se atasca. "A ver hasta dónde se puede llegar" es peligroso lema de ensayos. "Ni una coma más, ni un punto más", se dice, y como es tan fácil resbalarse en puntos y comas, se va uno en puntos suspensivos. Pues, ¿quién pone puertas al campo? Y esto en un país y una temporada en que no se saben ni paz ni justicia; en que no se goza sabor ni de una ni de otra; en que saben tan mal que no cabe saborearlas. Y estamos hasta la coronilla de ensayos de revolución. Que se va en probaturas.¡Pobre Niña!

P. D.—Apenas acabado este Comentario me envía Marañón su nuevo libro *El conde-duque de Olivares (la pasión de mandar*), y antes de ponerme a leerlo me ha herido —es mi modo— la expresión "pasión de mandar". Que he de relacionar con otras tres; "el placer de mandar", "el placer de crear" y "la pasión de crear". Y queda la pasión de entender.

El día de la infancia

Ahora (Madrid), 12 de junio de 1936

Lo jorn de l'infantesa

que no tingué demá.

VERDAGUER

Antes de ahora y más de una vez —creo— he citado unos versos maravillosos, casi milagrosos de intimidad y de expresividad, brotados de nuestro gran poeta mosén Cinto Verdaguer. Fue en mi clase

donde comentando un día al gran poeta leí —en catalán, ¡claro!— uno de sus poemas y al llegar a la estrofa en que sale la santa soledad del día único de la infancia, se me clavó en ello el oído y me ahogó la voz la fuente de las lágrimas. Era que se me subía a los ojos, a la boca y a los oídos el día único de mi infancia.

La estrofa queda diciendo: "Ai soledat aymada / ma companyona un día / lo jorn de l'infantesa / que no tingué demá; / d'ençá que trist anyoro / ta dolça companyia / com font escerreguda / ma vena se troncá." (Cito de memoria.) Y aunque es triste tener todavía que traducir del catalán los traduzco: "Ay soledad querida, mi compañera un día, el día de la infancia, que no tuvo un mañana, desde que triste añoro tu dulce compañía, cual fuente escurridiza, mi vena se truncó." ¡Soledad, querida compañera del día único de la infancia, del que no tiene un mañana, otro día siguiente, otro, un *demá* (francés *demain*) del día eterno!

Es que el niño en su soledad creadora, mientras se está haciendo su mundo, soñándolo, entre otros niños, no vive ni sueña atado a lugar y a tiempo. Vive en infinitud y en eternidad. Su vida no es tópica ni crónica. Ni topométrica ni cronométrica. Ignora la medida del espacio y la del tiempo. el reloj ni el calendario rigen para él. Un solo día, un día sin día siguiente, sin un mañana! Y no sólo en los niños, sino en los santos. En los santos infantiles. Figurémonos un ermitaño anacoreta —o un cartujo— que no se aparta del pequeño jardín que ciñe a su celda y que no vive atenido ni a horas ni a días diversos, ni a reloj ni a calendario; éste vive durante su vida toda un solo día. ¡Y un día sin un mañana! Ese único día se le va creciendo, se le va ahondando. ¿Monotonía? ¡No, no! Y así no se siente envejecer, no siente venir la muerte, y cuando llega ésta, el eterno mañana, no la siente y se muere sin saber que se muere ni que se ha muerto.

El que tiene experiencia de niñez, de infancia, propia o ajena, sabe cuándo se acaba esta infancia, cuándo llega el otro día y con él los otros días. Es cuando el niño descubre la muerte; que uno se muere. Porque antes, aunque vea morirse a otro, o le vea muerto, no siente la muerte, no la descubre. Todos los padres observadores, todos los maestros —no quiero decir pedagogos, y menos si se apellidan laicos sin entender el apellido— han podido observar conmovidos, y aun acongojados, ese alborear de la conciencia de la muerte —que coincide, en los primeros vislumbres de la pubertad, con la conciencia del instinto sexual— cuando se cierra el día santo y único de la infancia.

Y así, evocando mi alma de niño, la de mi único día de la infancia, con mis almas de maestro —no de catedrático—, de padre y de abuelo, veo con espanto el espectáculo inhumano de esos pobres niños —¡niños en el día único!— a quienes padres, y lo que es peor, madres, desalmados les obligan a mantener enhiesto el brazo derecho con el puño cerrado y a proferir estribillos de odio y de muerte y no de amor. O a que oigan acaso eso del "amor libre" que no es tal amor. Delante de unos niños —acaso hijos suyos— decía una de esas desalmadas que mientras supiesen ellas, las de su ganadería, quiénes eran los padres de sus crías, no habría progreso en España. Y dicho eso aullaba insensateces. O arrancándoles de la santidad de su día único, del santo día único que no conoce la muerte, se les lanza al presentimiento de la matanza, que no ya de la muerte. Se ha visto adiestrar a niños, a pobres niños, ataviados con guiñapos rojos, en la caza del hombre. Nosotros, los adultos, los ya envenenados, los

enloquecidos, que nos entreguemos a nuestras repugnantes luchas… ¿Pero educar en ellas a los niños? Es como si para evitar que estos pobrecitos al llegar a la edad terrible del doble descubrimiento den en vicios solitarios, se les obligara a ciertos actos en que a modo de bárbara vacuna adquiriesen esa terrible dolencia que desemboca en la parálisis progresiva. Y de hecho conocemos pedagogos —no maestros, repito— que hablan de los peligros de la inocencia y de la conveniencia de abreviar el día único de la infancia. Y de anticipar ciudadanos.

Ya no se habla de respeto a la libertad de conciencia del niño, pues se sabe bien que esa conciencia a que se alude, el niño no la tiene; sino que se habla de captación de ella. Ya se dice que la conciencia del niño ha de ser del Estado y quiere decirse que de una clase. Que el niño ha de profesar la religión de Estado. Comunista o fajista, es igual.

Llegará un día en que los pobres padres que no puedan ni educar por sí mismos a sus pobres hijitos ni pagar a educadores de su confianza se nieguen a entregarlos a pedagogos —no maestros— de religión estatal y no laica, no popular de verdad, no nacional. Se nieguen a que les enseñen a levantar el puño cerrado en vez de santiguarse, y se nieguen a que en vez de empapizarles con el Catecismo les empapicen con la Constitución o con algo peor aún.

"¡Ay soledad querida, mi compañera un día, el día de la infancia, que no tuvo un mañana…!" ¡Qué terrible mañana, que trágico descubrimiento de muerte y de odio se está preparando a esa niñez, porvenir de la patria!

Otro de mis poetas favoritos, éste inglés, el gran meditativo Wordsworth, dejó para siempre dicho esto que traduzco aquí:

"Mi corazón brinca cuando veo arco iris en el cielo: así era cuando empezó mi vida; así es ahora que soy un hombre; sea así cuando envejezca, o que me muera antes. El niño es el padre del hombre y ojalá mis días se eslabonen entre sí por natural piedad." Es decir, que perdure el día de la infancia. ¡Y pensar que estos niños envenenados se harán hombres, se engendrarán hombres y lo que será de éstos y de su comunidad! ¡Niños y… niñas! Porque entre esos pobres niños, en la edad en que no se acusa ni marca espiritualmente el sexo, hay niñas. Niñas que serán un día madres. Y hay que pensar en el terrible fanatismo, en la beatería —así, beatería, de un extremo o de otro— de la mujer, encendido y superficial a la vez, sin hondura ni anchura, histérico e inconsciente… Tremendo fanatismo femenino —más teatral que sincero, histérico, de galería— que no sabe ver el arco iris en el cielo. Mas de esto, otra vez.

Don Baldomero Espartero

Ahora (Madrid), 26 de junio de 1936

Hoy no voy a hablaros desde aquí, habituales lectores míos, de don Estanislao Figueras, como lo hice no hace mucho —¿os acordáis?—, sino de don Baldomero Espartero. Pero tanto monta. Que si éste, don Baldomero, no huyó como aquél, don Estanislao, del Poder supremo del Estado, dejándolo en desamparo, fue echado de él, nada menos que de la Regencia del reino, y ya recordaremos cómo y por qué. Mas antes he de recordaros, mis habituales lectores, aquel otro Comentario que publiqué aquí mismo, en el número del 14 de diciembre de 1932, al comentar el interesantísimo libro de nuestro Romanones *Espartero, el general del pueblo*, hoy tan de actualidad como entonces y como todo lo que Romanones escribe y dice. Titulé a mi Comentario aquel: "¡Ay mi jardín, mi jardín!", frase entrañada del general —duque de la Victoria— a su chiquita, a su mujer, en carta escrita en vísperas de su victoria de Luchana, la que preparó el abrazo de Vergara. Que también don Baldomero tuvo su "jardín". Y dije en aquel mi Comentario al libro de Romanones que en aquel "¡ay mi jardín, mi jardín!" se le fue al general del pueblo "toda el alma de manchego casero y quijotesco, todo aquello por lo que su generación le consideró como salvador de la Patria". Hasta que le desconsideró.

¡Riego y Espartero! He aquí dos símbolos del liberalismo doceañista, el de nuestro siglo XIX. Cada uno de ellos tuvo su himno, aunque el de Riego ha sobrevivido al de Espartero, y no por su superioridad artística. Espartero no fue un pobre exaltado como Riego, sino un hombre cauto, bastante astuto y a quien, además, le ayudó la suerte. Soldado en Ayacucho, cuando el reino de España perdió realmente la América continental; vencedor de los carlistas en Luchana —junto a mi Bilbao— y acabador de la guerra civil con el abrazo de Vergara. Y luego, ídolo de los liberales progresistas, que arrojaron de la Regencia del reino a la viuda de Femando VII, doña María Cristina de Borbón, madre de Isabel II, y después señora de Muñoz, elevado a duque de Riánsares.

El bagaje ideológico de don Baldomero era escaso y muy sencillo. Acaso se cifraba en aquel su famoso: "Cúmplase la voluntad nacional." Porque el general del pueblo tenía de todo menos de pedante ni de definidor. No se sabe que disertara sobre la autenticidad, la esencialidad ni la sustancialidad de su constitucionalismo monárquico y liberal. En cuanto a escribir, no escribió mucho, y lo mejor de ello, sin duda, sus cartas a su mujer. Aunque Romanones nos hizo saber que había escrito hasta un soneto, que revela "la sencillez de su espíritu", a la reina gobernadora, doña María Cristina, de la que el conde nos deja vislumbrar que anduvo algo enamorado. Y que los sonetos revelan sencillez de espíritu puede asegurároslo este comentador aquí.

El general del pueblo acabó echando de la Regencia del reino a la reina madre y sustituyéndola en ella. Pues así fue, ya que en las Cortes de 1841 fue elegido regente don Baldomero Espartero por 179 votos contra cinco por la reina Cristina, 103 por Argüelles, uno el conde de Almodóvar y uno el brigadier García Vicente. La votación no fue muy lucida, y se la debió el general no a los dos partidos constitucionales ni siquiera al progresista, sino a una fracción de éste. Verdad es que sin coaliciones. Y así fue cómo don Baldomero pudo retirarse a la Regencia del reino, de la que antes de cumplir su mandato fue echado, a su vez, al grito de: "¡Fuera Espartero!", en 1843, y huyó a Cádiz; de Cádiz, a

Lisboa; de Lisboa, a El Havre, donde se unió con su chiquita, y de allí, a Londres. Luego volvió a su España, pero para retirarse a Logroño, con ella, a cultivar su jardín. Arrojado del Poder supremo, se anticipó la declaración de mayoría de edad de Isabel II, que juró el 10 de noviembre de 1843. Y a la que quedó rendido y obligado el que había sido su regente.

Pero ¿cuál fue la causa íntima de aquella deposición violenta del regente? Parece ser que se la predijo y se la explicó su antecesora en el cargo, la reina regente, doña María Cristina, al decirle que así como a ella se la echaba por no haber sido regente de todos los españoles, y ni siquiera de todos los dinásticos de su hija —llamados "cristinos" frente a los carlistas—, sino de una parte de ellos, así se le echaría a él, al general del pueblo, al progresista, por entrar a ser regente de un partido. Claro está que entonces el regente, el de "¡cúmplase la voluntad nacional!" —la de hacerle a él regente—, no puso topes ni a lo que hoy llamaríamos derecha e izquierda, ni en los carlistas o absolutistas, de un lado, ni, de otro lado, en los republicanos, que éstos no los había entonces. Ni aparecieron con alguna valía hasta después de la revolución de septiembre de 1868 y el subsiguiente fugaz reinado de don Amadeo de Saboya. Y es de recordar que cuando se iba a restaurar la monarquía —aunque no la borbónica—, Prim ofreció la corona a don Baldomero, que, ¡es claro!, enamorado de su jardín, la rehusó. Aunque no la hubiese obtenido, pues ni sus más fieles le querían ya para rey. Era demasiado.

Don Baldomero cayó de la Regencia porque no pudo —o acaso, lo que es peor, no supo— ser regente de todos los españoles, monárquicos o no. Y eso que ni a él ni a ninguno de sus secuaces se le ocurrió la insensatez de declararse "beligerante" en la guerra civil que continuaba latente, ni de hablar de "aplastar" a los adversarios, aunque sí, en cierto modo, de ligarse a pactos que coartasen la obligada neutralidad del Poder supremo en las luchas civiles de los partidos. Pero al general le llevó a la Regencia un partido político, y así le salió ello. Y así le costó a España, supeditando el régimen a lo que se llamaba —y se llama— política y es otra cosa. Política de partido, que es antipatriótico inspirar, y menos dirigir, desde una Regencia.

Véase, pues, cómo si don Estanislao Figueras tuvo que huir de España por no poder atajar la anarquía que la devoraba, y que acabó con aquella apenas si añoja República de 1873, a don Baldomero Espartero hubo que echarle porque el general del pueblo no supo, no quiso o no pudo serlo de todo el pueblo. ¡De todo el pueblo! No supo, no quiso o no pudo, o no le dejaron ser de todo el pueblo, con su frente, y su coronilla, y su pecho, y su espalda, y sus dos costados. Que el vencedor de Luchana y el del abrazo de Vergara no estaba llamado a hacer otra España. Ni, en rigor, se proponía tal cosa el manchego de su jardín. Era más discreto que como para eso. No concibió así la "política" el general del pueblo, que al decir: "Cúmplase la voluntad nacional" no pretendía interpretarla él. Ni menos conocerla mejor que otros.

Huichilobos y el bisonte de Altamira

Ahora (Madrid), 28 de junio de 1936

A mi buen amigo José María de Cossío,

erudito investigador de tauromaquia.

"Que un sang impur abreuve nos sillons de la Marselle."

Nunca logró interesarme la fiesta llamada nacional, la de las corridas de toros. Aunque sí me interesó, pero no como espectáculo de arte, sino como persistencia de un terrible culto de una religión pagana y casi prehistórica. Acaso de los tiempos del bisonte de Allamira. Un sacrificio propiciatorio a no sé qué divinidad que pide sangre. Divinidad de la estirpe de aquel terrible dios de la guerra, mejicano, Huitzilipotzli, a quien nuestros cronistas de Indias le llamaron Huichilobos. Y que vuelve, en cierto modo, a renovar la vieja tradición de popular barbarie, o mejor que barbarie, salvajería.

¿Fiesta nacional o popular? Las dos cosas. Nacional, cuando el espectáculo toma un cierto carácter oficial. Como en las corridas regias antaño y en las de aparato, presididas por una autoridad gubernativa. Esta es la fiesta celebrada, investigada y estudiada por revisteros, eruditos y hasta filósofos de la tauromaquia. Pero junto a ella persiste la otra, la fiesta popular, la de las capeas de los pueblos, fiesta sin cuadrillas contratadas —algún torerillo parado que se echa al ruedo como espontáneo— y en que el mocerío aldeano se da el placer de hostigar a mansalva al novillo, de acosarle para ver correr su sangre, de satisfacer así un instinto, en cierto modo religioso, de sombría religión. Y hay que confesar que sin este aspecto, el popular, que es el primitivo y originario, no cabe explicar el otro, el de la fiesta nacional.

¿Qué es lo que le ha dado su carácter oficial, litúrgico, propiamente eclesiástico —aquí es el Estado el que hace de Iglesia— a ese sombrío culto a una divinidad de sangre? Porque el carácter oficial es lo que a muchos nos acongoja. Cuando unos obreros, declarándose en huelga, se niegan a trabajar, hasta en un servicio público, corren los riesgos de su actitud, pero no se le ocurre a ninguna autoridad llevarles al campo de su trabajo a que trabajen a la fuerza. Y, sin embargo, hemos visto recientemente que a unos toreros que se negaron a torear se les llevó por la fuerza pública a la plaza de toros a que lo hicieran a la fuerza. Colmo de barbarie gubernativa. ¿Y para evitar qué? El que unos bárbaros que llevaban un cartel con un "¡Queremos corrida!" hiciesen cualquier barbaridad —quemar la plaza o agredir a los pobres toreros huelguistas—; ¿y quién les convence a esos bárbaros, con su dementalidad córnea de aficionados castizos? ¿Es que no se han visto sangrientos motines cuando a un villorrio se le ha negado la autorización para una capea? ¡Ah, es que se atentaba a la libertad de un milenario culto de

sangre!

Y ahora ha venido el pleito entre los toreros mejicanos, los del dios Huichilobos, y los ibéricos, los del bisonte de Allamira. No es cosa de entrar en el aspecto legal de esta concurrencia. Es aquí lo de menos. Lo que el público —la "afición", la trágica afición— pide es que le dejen saciar su sed… de sangre propiciatoria. Se ha visto a un pobre torero ibérico ofrecerse a un verdadero suicidio, sin arte alguno, no más que para probar que podía competir con los toreros de Huichilobos. ¿Es que, en el fondo, los castizos aficionados no siguen de plaza en plaza a un diestro de instinto suicida, a un mártir de esa sombría religión de sangre, en la esperanza de verle despanzurrar por un toro y verter sangre y poder decir: "Yo lo vi"? ¿Y no está la autoridad para aplacar esa religión salvaje de los aficionados e impedir así que se den éstos en hacerse ellos mismos sacrificadores? ¿No hay esa frase terrible de: "¡Vamos, que habrá hule!"? ¿Y es que no se ha oído en un match de boxeo gritar a una… señorita —no mujer—, dirigiéndose a uno de los luchadores: "¡Mátale!", y con los ojos, y no sólo los ojos, retemblándole? Sin que se supiera si quería ver muerto al que la enloquecía. Sadismo puro. Que explica, por otra parte, no pocos suicidios mutuos en que la pareja de enamorados mezcla sus sangres. Y entretanto, pan y toros. Pan empapado y sangraza. Como en el Méjico precolombino el dios de la guerra, Huitzilipotzli —Huichilobos— se apacentaba de sangre humeante de sacrificios humanos.

Pensando en todo esto me han venido a las mientes las luchas de gladiadores, pobres esclavos como los que sublevó Espartaco, que satisfacían la sed de visión de sangre del populacho de Roma, y se me ha ocurrido si no cabría convertir a unos y otros toreros, a los ibéricos —los del bisonte— y a los aztecas —los de Huichilobos— en gladiadores y llevarles a la plaza a que luchasen en ella unos con| otros, como en Roma los gladiadores. Lo que se parecería mucho a la caza de unos obreros, por otros, que se está convirtiendo en fiesta popular y, además, nacional. ¿Qué le importaría al aficionado castizo, sin pedanterías pseudo-artísticas, que les matase a los toreros en competencia un toro o que se matasen ellos unos a otros? La finalidad sería la misma. Los del cartel "¡Queremos corrida!", lo que en realidad quieren decir es: "Queremos ver correr sangre". Y no sólo sangre de toro o de caballo, sino sangre humana. Tal es el verdadero fondo del problema.

El pleito de los toreros ha puesto de manifiesto, para quien sepa ver en su verdadero y trágico fondo, todo lo que hay en el fondo trágico de la fiesta popular y nacional. ¿Fanatismo? Sí. El fanatismo que llevaba a presenciar autos de fe y ejecuciones de reos. Fanatismo religioso, pero no de la religión cristiana católica o protestante u otra religión histórica apoyada —como pretexto— en uno u otro credo teológico, no; sino fanatismo de una religión prehistórica, de un culto de sacrificios humanos. Y ahora que aquí, en España, se exacerba el culto a la matanza —sin otra ideología—, vienen a ponérnoslo más en claro los toreros de una y de otra banda. Es como en la Roma imperial del circo de los gladiadores. Y que sigan investigando los eruditos tauromáquicos. Hasta que lleguen a los tenebrosos abismos de la afición.

Justicia y Bienestar

Ahora (Madrid), 3 de julio de 1936

Antes, y como para hacer boca —mejor, oído— vaya un racimito, a modo de pequeños botones de muestra, de frutos de la tan cacareada revolución.

Pasa por la plaza una muchachita acompañada de un su familiar, cuando un zángano mocetón se divierte en hacerle una mamola. El familiar se vuelve a reprenderle, el mocetón se insolenta y el otro arrecia en la reprensión. Y entonces, ante el grupo de curiosos que se arremolina, ¿qué se le ocurre al zángano? Pues ponerse a gritar: "¡Fascista!, ¡fascista!" Y esto basta para que el reprensor tenga que escabullirse, no fuera que le aporrearan los bárbaros.

Otro día, en un rincón de una calle, sorprende un guardia municipal a otro mozallón haciendo necesidades; se le acerca, no a multarle, según piden las Ordenanzas, no, sino a llamarle la atención, y el necesitado, al verle venir se yergue y le espeta un "¡que soy del Frente Popular!"

Otra vez un matrimonio joven, en jira de turismo, entra en una iglesia, sin gente entonces, y a poco, husmeando no se sabe qué, entran tres chiquillos como de diez a doce años y exclama uno alzando el puño: "¡Maldito sea Dios!", y el otro: "Hay que darle unas hostias." Y como estos tres sucesos, recogidos aquí, muchos más de la misma laya.

Y no se hable de ideología, que no hay tal. No es sino barbarie, zafiedad, soecidad, malos instintos y, lo que es —para mí, al menos—peor, estupidez, estupidez, estupidez. De ignorancia no se hable. He tenido ocasión de hablar con pobres chicos que se dicen revolucionarios, marxistas, comunistas, lo que sea, y cuando, cogidos uno a uno, fuera del rebaño, les he reprochado, han acabado por decirme: "Tiene usted razón, don Miguel; pero ¿qué quiere usted que hagamos?" Daba pena oírles en confesión. Pero luego se tragan un papel antihigiénico en que sacian sus groseros apetitos y ganas ciertos pequeños burgueses que se las dan de bolcheviques y de lo que hacen servil ganapanería populachera. Tragaldabas que reservan ruedas de molino soviético para hacer comulgar con ellas a los papanatas que les leen. ¿Papanatas? Otra cosa. Que así como se leen los clandestinos libritos pornográficos para excitarse estímulos carnales, así se leen esas soflamas para excitarse otros instintos. La doctrina es lo de menos.

Esto, en los bajos fondos. ¿Y más arriba? Recuerdo que después de que aquellas Constituyentes, de nefasta memoria —Dios nos perdone—, votaron —el que esto escribe no lo votó ni asistió a aquellas sesiones— aquel artículo 26, en que se incluyó mucho evidentemente injusto, como se lo reprochara yo a uno de los prohombres revolucionarios, hubo de decirme: "Sí, es injusta; pero aquí no se trata de justicia, sino de política." Y me dio a entender que cierta injusta medida persecutoria se daba para proteger a los perseguidos contra otras persecuciones populares en caso de no tomar la medida. Que es como si un Tribunal de justicia dijese: "Le hemos condenado a muerte, porque si no, la turba le saca de

la cárcel y le lincha.” Curioso argumento que no deja de aplicarse.

La política no puede confundirse con la justicia. Es la razón de Estado; la tiranía, mucho peor cuando es lo que llaman democrática que cuando es regia o imperial. Y tampoco debe confundirse con la economía, o sea con el bienestar. Celebraba el prohombre una comida con otros hombres de pro, y como se hablara de la ruina de la economía nacional, de cómo se iba a arruinar al país con ciertas medidas, hubo de decir aquél que la política no debía guiarse por postulados económicos y que un pueblo no ha de arredrarse de una política de nivelación social porque ello le empobrezca y arruine. Y dos de los amigos —y consejeros— del prohombre salieron diciéndose uno a otro: “¡Nos equivocamos!” Y tanto como se equivocaron. Equivocación que empiezan muchos a reconocer.

Cada vez que oigo que hay que republicanizar algo me pongo a temblar, esperando alguna estupidez inmensa. No injusticia, no, sino estupidez. Alguna estupidez auténtica, y esencial, y sustancial, y posterior al 14 de abril. Porque el 14 de abril no lo produjeron semejantes estupideces. Entonces, los más de los que votaron la República ni sabían lo que es ella ni sabían lo que iba a ser “esta” República. ¡Que si lo hubiesen sabido…!

Iba a terminar estas notas al vuelo diciendo algo del propuesto Gobierno nacional republicano. Pero no puedo hacerlo. Y no puedo hacerlo porque empiezo a no saber ya qué es eso de nacional, y cuanto más tratan de explicármelo menos lo sé. Y en cuanto a lo de republicano, hace ya cinco años que cada vez sé menos lo que quiere decir. Antes sabía que no sabía yo qué quiere decir eso; pero ahora sé más, y es que tampoco lo saben los que más de ello hablan. Y como no sé qué pueda ser eso de Gobierno nacional republicano, me abstengo de opinar sobre él.

¡Paciencia y barajar!

Ahora (Madrid), 8 de julio de 1936

Cogí el libro de España y volví a leer aquel capítulo XXIII de su parte segunda, en que se nos cuenta lo que soñó ver Don Quijote en la encantada cueva de Montesinos. Y llegué a cuando éste, Montesinos, presenta a su primo Durandarte el Caballero de la Triste Figura, diciéndole que viene a desencantarlos, después de quinientos años que allí yacían encantados, que no muertos. A lo que, sacudiendo su modorra de cinco siglos… “Y cuando así no sea —respondió el lastimado Durandarte con voz desmayada y baja—, cuando así no sea, ¡oh primo!, digo: paciencia y barajar.” Y volviéndose de lado tornó a su acostumbrado silencio, sin hablar más palabra. Releído lo cual, me di cuenta de cuán por alto pasé todo ese pasaje en mi *Vida de Don Quijote y Sancho*, publicada por primera vez hace ya treinta y un años, en 1905. No sería ahora lo mismo, pues si bien treinta y un años no son los quinientos en que Durandarte se acostumbró al silencio —santa costumbre, ya para mí, inasequible—, son los bastantes para

acostumbrarse al "¡paciencia y barajar!" Y voy a seguir barajando.

En mi otra obra *Cómo se hace una novela*, publicada en la Argentina, en 1927, en plena dictadura primo-riverana, y hallándome yo desterrado en Hendaya, conté, entre otras experiencias de paciencia y de impaciencia, mis partidas de tute y de mus en el pequeño café hendayés, y allí sí que recordé el "¡paciencia y barajar!" de Durandarte, aunque atribuyéndoselo —tal es mi impaciencia para controlar citas— a Montesinos. Y decía allí: "Y mano y vista prontas al azar que pasa. ¡Paciencia y barajar! Que es lo que hago aquí, en Hendaya, en la frontera, yo con la novela política de mi vida —y con la religiosa—: ¡paciencia y barajar! Tal es el problema." Y luego contaba cómo me entretenía en hacer solitarios a la baraja, lo que en Francia se llama "patience"…

"Mientras sigo el juego —escribí entonces—, ateniéndome a sus reglas, a sus normas, con la más escrupulosa conciencia normativa, con un vivo sentimiento del deber, de la obediencia a la ley que me he creado —el juego bien jugado es la fuente de la conciencia moral—, mientras sigo el juego es como si una música silenciosa brezara mis meditaciones y la historia que voy viviendo y haciendo. Y mientras manejo reyes, caballos, sotas y ases, pasan en el hondón de mi conciencia y sin yo darme entera cuenta, el rey, sus sayones y ministriles, los obispos y toda la baraja de la farsa de la Dictadura. Y me chapuzo en el juego y juego con el azar. Y si no resulta una jugada vuelvo a mezclar los naipes y a barajarlos, lo que es un placer. Barajar los naipes es algo —en otro plano— como ver romperse las olas de la mar en la arena de la playa. Y ambas cosas nos hablan de la Naturaleza en la Historia, del azar en la libertad. Y no me impaciento si la jugada tarda en resolverse, y no hago trampas. Y ello me enseña a esperar que se resuelva la jugada histórica de mi España, a no impacientarme por su solución, a barajar y tener paciencia en este juego solitario y de paciencia. Los días vienen y se van como vienen y se van las olas de la mar; los hombres vienen y se van —a las veces se van y luego vienen— como vienen y se van los naipes, y este vaivén es la Historia. Allá a lo lejos, sin que yo concientemente lo oiga, resuena en la playa la música de la mar fronteriza. Rompen en ella las olas que han venido lamiendo costa de España. ¡Y qué de cosas me sugieren los cuatro reyes, con sus cuatro sotas, los de espadas, bastos, oros y copas, caudillos de las cuatro filas del orden vencedor! ¡El orden! Paciencia, pues, y barajar!"

Así escribía yo hace diecinueve años en aquella Hendaya, a la que no sé si tendré que volver —también yo, amigo Prieto— a barajar en paciencia, a volver a los solitarios. Aunque, ¿qué más solitarios que estos comentarios que barajo aquí?

Y recordando todo esto y meditando estos recuerdos, he aquí que he leído el *Discurso edificante* que sobre un pasaje evangélico escribió mi Soeren Kierkegaard, el danés. Comentaba en él aquello del capítulo XXI del Evangelio según Lucas, en que se cuenta lo que Jesús decía del próximo fin del mundo, de la catástrofe y de las señales con que se anunciaría, añadiendo a sus discípulos que no se acongojaran, pues "en vuestra paciencia ganaréis vuestras vidas". "Vidas" mejor que "almas". "En vuestra paciencia" y no "con vuestra paciencia". Y al releer el pasaje evangélico y el hondo comento de Kierkegaard, previendo la catástrofe —quién sabe si el fin de "nuestra" España, de la nuestra—, me dije: "En tu paciencia ganarás tu vida. Y tu alma." Ya otra vez escribí que "es el fin de la vida hacerse un alma". A hacérmela, pues, con paciencia y barajando.

Uno de mis más viejos recuerdos es el de cuando allá, en mi Bilbao natal, hace más de sesenta y tres años, iba cada mes a llevar la mesada a mi primer maestro de escuela, a don Higinio, antiguo músico mayor de algún regimiento de los ejércitos de Carlos V el Pretendiente, y él, al recibir el óbolo, en un cuartito que olía a incienso, sacaba de una bolsita una paciencia, una pastita, y nos la daba a los pagadores de la mesada. Y sigo, no mes a mes, sino día a día, comulgando con paciencias como la de mi niñez. Y ahora, barajando. "Patience", paciencia llaman en francés al solitario; mas también le llaman "réussite", esto es, éxito o buen resultado. Y sólo con paciencia y barajando se logra éxito. Y si éste no llega, ¿qué más da? Esperándole habrá uno vivido y ganado su alma. Pues hasta el desesperanzado, antes de llegar a desesperación, que aguarde a la esperanza. Dícese que al desganado se le abren las ganas comiendo sin ellas. Y lo de Heráclito: "Hay que esperar para lograr lo inesperable". No lo inesperado, sino lo inesperable.

Esperemos, pues, aunque sea desesperadamente; tengamos paciencia y hagamos de la paciencia barajando. Y si salvamos nuestra alma, o sea nuestro juego en la Historia, nuestra responsabilidad, no habrán sido baldías ni nuestra barajadura ni nuestra paciencia. Paciencia, pues, y a barajar. No del todo en silencio como Durandarte, sino murmurando entre dientes: "¡Acaso…!" Y los impacientes, o sea los que se creen revolucionarios —¡pobretes!—, a su juego.

Mandarines y no mandones

Ahora (Madrid), 15 de julio de 1936

Recorría hace unos años este comentador aquí esta su ciudad de Salamanca en compañía de un profesor ruso que había venido a estudiar las escuelas rurales y del entonces rector del Colegio de los Irlandeses —para Teología católica—, don Miguel O'Doherty, actual arzobispo de Manila. Al hablarse —era lo obligado— del pueblo español, el sacerdote irlandés hubo de decirle al profesor ruso: "Acaso haya usted oído que este pueblo es ingobernable; pero nada más lejos de la verdad. El español es obediente y poco rebelde. Lo que no le gusta es mandar. Le gusta ocupar el puesto de mando, pero no mandar; sentarse en la presidencia, pero no presidir". No he vuelto a olvidar aquellas palabras del actual arzobispo de Manila. Y ellas me recuerdan uno de los más típicos pasajes de aquel libro inapreciable que es *La Biblia en España*, de Jorge Borrow, que tan excelentemente tradujo Su Excelencia el actual Presidente de la República española. Es cuando don Jorgito, harto de no lograr que se le diera permiso para publicar en español la Biblia sin notas, pues se le salía con que era ley en España el Congreso de Trento, acudió al presidente del Consejo —me parece que era Istúriz—, y éste, harto de aquellas gestiones, le contestó que no le moliese más y la publicase sin licencia. ¡Típicamente español!

AI español, en efecto, no le gusta mandar, sino ocupar el puesto de mando y vivir de él. Y lucirlo. Y

vestirlo. De mandón tiene muy poco, dígase lo que se diga; mucho más de mandarín. El mandar exige una cierta concentración mental, a la que se opone nuestra natural holgazanería, que se complace en soñar. Lo que aquí suele llamarse acción no pasa de ser sueño de acción, que se disipa en palabras y más palabras. Y es que la imaginación se nos desmanda y nos lleva a verdaderos desmandes o desmanes. ¿Acción? ¡Ni por pienso! ¿Mandonería? No, sino mandarinismo.

Al leer últimamente el libro que nuestro buen amigo Marañón ha dedicado al conde-duque de Olivares me di cuenta de que este buen figurón hinchado era, en el fondo, un pobre hombre elocuente, y en rigor, un abúlico. Un abúlico a las veces voluntarioso. Parejo al pobre Felipe IV, otro abúlico que tal vez soñaba la acción. Y todo aquello que se llama —no sabemos por qué— la decadencia de la Casa de Austria en España y la decadencia de España, ¿qué era sino sueño de acción y "noluntad" —no voluntad— o desgana de obrar? ¿Decadencia? ¿Decadencia con Cervantes, y Quevedo, y Lope de Vega, y Calderón, y Velázquez, y…, y…? Los dos hombres que mejor estudiaron esta supuesta decadencia de la Casa de Austria española, Leopoldo Ranke, el gran historiador alemán, y nuestro gran don Antonio Cánovas del Castillo —el monstruo, que se le llamó— otro soñador de acción y de energía, nos pueden enseñar mucho al respecto.

A lo peor se le hace a un hombre público un mito de energía y de actividad, y es él mismo quien tiene que advertirnos que es mito, quien tiene que confesarse abúlico y que se deja arrastrar de la saca y resaca de los sucesos eventuales. ¿No es así, mi querido Prieto? Pero ¡ay!, que nuestro sino es servir al mito con que nos envuelven y aprisionan los demás. El pueblo necesita un mesías —digamos un cacique— y lo busca; y si no lo halla, lo inventa. Y ¡ay de aquel en quien el pueblo se fija! Ahora, lo que es difícil es hacer de un mandarín un mandón.

Hablaba hace poco de esto que se llama crisis de autoridad —es crisis de voluntad— con un pobre hombre aquejado de la congoja endémica hoy aquí y me decía: "Que manden unos u otros: los comunistas o esos que llaman fascistas, pero que manden ellos por sí y no tirando de los hilos, como a unos monigotes, a los mandantes —dijo mandantes y no *mangantes*—; que manden con la responsabilidad del mando. Y que sepamos a qué atenernos. Y que no se dé el caso que se me ha dado a mí de que una autoridad subalterna, al quejarme de una de sus resoluciones, evidentemente injustas, me dijese: Tiene usted razón, pero ¿qué quiere usted que le haga? A sus votos debo mi puesto, y he tenido que sufrir hasta que me llamasen, cara a cara, *¡hijo de tal!*" Y como este pobre hombre, los que se quejan son ya legión. Y empiezan a formar legión. Sólo que tampoco encuentran el mandón. Y es que lo buscan entre mandarines. Y luego unos y otros se satisfacen con ponerse motes, con alimentarse de rumores. En tanto que la masa se desmanda. Y se desmanda por holgazanería mental. Porque hay que ver su espantoso vacío ideológico. Que no encubren las tonterías rimbombantes y retumbantes de sus guiones. Y ¿qué remedio? ¡Aguantar y aguardar!

El ensueño del joven español que piensa en la vida pública es lograr una posición. O sea, una colocación. Es escalar un puesto. Y, una vez en él, asentarse. Y, una vez asentado, que le dejen en paz, que no le jeringuen. ¿Mandar? ¡Quiá! Ocupar el puesto de mando. ¿Crear algo nuevo? No; soñar que lo hubiese creado. Y si el pobre mozo cae en la pedantería de la energía, de figurarse ser enérgico,

entonces peor que peor.

Nuestros históricos hombres de acción lo han solido ser de acción instintiva, irreflexiva, juguetes del azar. Nuestra castiza energía se ha vaciado en la contemplación. Nietzsche dijo que España se agotó por osar demasiado. No; por soñar demasiado. Carducci habló de la afanosa grandiosidad española. Y Don Quijote, más que un héroe de voluntad, es un héroe de ensueño de ella. Nuestro más castizo pensador resulta Miguel de Molinos.

Emigraciones

Ahora (Madrid), 19 de julio de 1936

Cuando otros andan pensando en el veraneo —me gusta más la expresión francesa "villegiature"—, en viajes y excursiones turísticas estivales, me recojo en mi alcoba —"in angello cum libello", en un rinconcito con un librito, que se dijo antaño— a volver a leer la insondable "monodia"—así la llamó Jorge Sand—del *Obermann* que en pleno estrépito napoleónico echó en cara al mundo íntimo Senancour, en 1804. Los años han corrido y aquella excursión por los abismáticos y desiertos páramos del alma humana sigue atrayéndonos con su desesperado consuelo.

"Que alguna vez todavía, bajo el cielo de otoño, en estos últimos hermosos días que las brumas llenan de incertidumbre, sentado cerca del agua que se lleva la hoja amarillenta, oiga los acentos sencillos y profundos de una melodía primitiva. Que un día, subiendo al Grimsel o al Titlis, sólo con el hombre de las montañas, oiga sobre la yerba corta, junto a las nieves, los sones románticos bien conocidos de las vacas de Underwalden y de Hasly, y que allí, una vez antes de la muerte, pueda decir a un hombre que me entienda: ¡Si hubiéramos vivido!" Y el hombre que escribió esto dejó escrito esto otro: "El que nada ha visto por sí mismo y está sin prevenciones, sabe mejor que muchos viajeros. Sin duda que si este hombre de espíritu recto, si este observador, hubiera recorrido el mundo, sabría mejor todavía; pero la diferencia no sería bastante grande para ser esencial; presiente en los relatos de los demás las cosas que éstos no han sentido, pero que en su lugar él hubiera visto." ¡Qué exacto y qué justo es esto!

Creo saber respecto a tierras y pueblos que no he visitado merced a relatos ajenos mucho que los relatores no saben y que yo mismo no sabría si los hubiese visitado. Era maravilloso lo que de tierras y de pueblos —de geografía, de antropología, de etnografía— supo aquel solitario Manuel Kant que apenas si salió de su nativo Koenigsberg. Y es curioso saber que aquel Julio Verne que cuando niños nosotros nos encendió la fantasía con sus relatos de viajes por todo el mundo fue un escritor casero y recogido que apenas se movió de su villa natal.

"Andar y ver" —se dice—. Y el que esto os dice ha publicado una colección de relatos de excursiones

con el título de *Andanzas y visiones españolas*. Pero es más lo que ha soñado que lo que ha visto. Y, sobre todo, lo que ha soñado ver. Y cada vez más se recrea —se re-crea en el sentido originario, se vuelve a crear a sí mismo— viajando no por el espacio, sino por el tiempo. Se va a la orilla del río a contemplar desde al pie de un aliso los dorados chapiteles de la ciudad alzándose sobre verdura en una silenciosa puesta solemne de sol y viaja por más de cuarenta años, por todas las veces que los contempló así. Un paisaje de costumbre nos hace recorrer toda una vida. Así como no se ve de veras un lugar cualquiera la primera vez que se le ve. Sólo se nos ahonda cuando se casa con su propio recuerdo. O tal vez al verlo materialmente por vez primera lo reconocemos de relatos. Cuando este año vi por primera vez Londres y la abadía de Westminster los reconocí como acostumbrados recuerdos.

Sólo re-crean al alma los viajes por el tiempo. Y por el tiempo íntimo, por el tiempo de los recuerdos personales. "¡Si hubiéramos vivido!" "Conocido el mundo no crece, antes bien, mengua"—contaba Leopardi—; "más grande que no al sabio le parece al pequeñuelo; descubriendo sólo la nada crece". "¡A la landa verde! ¡A la landa verde!", gritábamos de niños, en el colegio, en mi Bilbao, hace más de sesenta años, cuando íbamos a salir de modestísima excursión a una landa de Begoña. Y cuando después he vuelto a mi nativa villa he ido a la landa verde a viajar por años de recuerdos, por recuerdos de años, a la verde landa de mi niñez, a su verdor. Sacudiendo amarillenta hojarasca, me remontaba —así, me remontaba, pues me es cumbre— a mi niñez, a la fuente de mi vida íntima. ¡Qué subida hacia el pasado!

Pero es que este viajar por el tiempo no es propiamente viajar, no es lo que hacen excursionistas y turistas, que van huyendo de todas partes —por topofobia— y, sobre todo, huyendo de sí mismos; ese viajar por el tiempo es propiamente emigrar. Como emigran las golondrinas y las cigüeñas en busca de sus nidos de antaño. "Volverán las oscuras golondrinas de tu balcón sus nidos a colgar…" O mejor, acaso, a encontrar el viejo nido, aquel de que salieron y de que saldrán sus crías. Los animales emigrantes no son turistas, no son excursionistas, no son viajeros. Ni lo son, en rigor, los peregrinos ni los mendigos errantes. Golondrinas, vencejos, cigüeñas, peregrinos, buhoneros, mendigos errantes, pastores trashumantes recorren no el espacio, sino el tiempo. El leopardiano pastor errante de las estepas asiáticas que interroga a la luna por su destino peregrina por el tiempo, no por el espacio. ¿Andar y ver? Mejor acaso sentarse y esperar.

Hay una hermosa poesía del gran poeta valenciano Vicente Wenceslao Querol a un árbol que en el huerto familiar plantó su padre el día mismo en que nació el poeta. Y éste, que emigró a la Corte y luchó por la vida ausente de su ciudad nativa —qué estupendo su poema, titulado *Ausente*—, vuelve a ver el árbol gemelo que da flor en primavera y en otoño, "su aromado fruto", "junto al torrente que sus plantas baña". Y aquí, en estas dehesas salmantinas, me he detenido tantas veces a contemplar esas matriarcales encinas que han peregrinado en el tiempo, sin desprenderse del suelo nativo, a través de años y acaso de siglos.

¿Turismo? ¿Excursionismo? Mejor emigración por el tiempo, tiempo atrás, a través de recuerdos. Y como guía, un librito en un rinconcito, "in angello cum libello". Ni el tiempo ni los tiempos están, además, para tragar espacios. Y para acabar esto, vaya el final del *Obermann*: "Si llego a a vejez, si un

día, lleno de pensamientos todavía, pero renunciando a hablar a los hombres, tengo junto a mí un amigo para recibir mis adioses a la tierra, póngase mi silla sobre la yerba corta, y tranquilas margaritas ante mí, bajo el sol, bajo el cielo inmenso, a fin de que al dejar la vida que pasa, vuelva a encontrar algo de la ilusión infinita."

Mensaje de la Universidad de Salamanca a las Universidades y Academias del mundo acerca de la guerra civil española

20 de septiembre de 1936

Gonzalo Redondo, *Historia de la Iglesia en España 1931-1939*,
tomo II *La Guerra Civil*, Madrid 1993, pp. 54-55.

La Universidad de Salamanca, que ha sabido alejar serena y austeramente de su horizonte espiritual toda actividad política, sabe asimismo que su tradición universitaria la obliga, a las veces, a alzar su voz sobre las luchas de los hombres en cumplimiento de un deber de justicia.

Enfrentada con el choque tremendo producido sobre el suelo español al defenderse nuestra civilización cristiana de Occidente, constructora de Europa, de un ideario oriental aniquilador, La Universidad de Salamanca advierte con hondo dolor que, sobre las ya rudas violencias de la guerra civil, destacan agriamente algunos hechos que la fuerzan a cumplir el triste deber de elevar al mundo civilizado su protesta viril. Actos de crueldades innecesarias asesinatos de personas laicas y eclesiásticas— y destrucción inútil —bombardeo de santuarios nacionales (tales el Pilar y la Rábida), de hospitales y escuelas, sin contar los sistemáticos de ciudades abiertas—, delitos de esa inteligencia, en suma, cometidos por fuerzas directamente controladas o que debieran estarlo por el Gobierno hoy reconocidos "de jure" por los Estados del Mundo.

De propósito se refiere exclusivamente a tales hechos la Universidad —silenciando por propio decoro y pudor nacional los innumerables crímenes y devastaciones acarreados por la ola de demencia colectiva que ha roto sobre parte de nuestra patria—, porque tales hechos son reveladores de que crueldad y destrucción innecesarias e inútiles o son ordenadas o no pueden ser contenidas por aquel organismo que, por otra parte, no ha tenido ni una palabra de condenación o de excusa que refleje un sentimiento mínimo de humanidad o un propósito de rectificación.

Al poner en conocimiento de nuestros compañeros en el cultivo de la ciencia la dolorosa relación de hechos que antecede, solicitamos una expresión de solidaridad, referidos estrictamente al orden de los valores, en relación con el espíritu de este documento.

Miguel de Unamuno (rector), Esteban Madruga (vicerrector), Arturo Núñez, José María Ramos Loscertales (al que se le atribuye la redacción del Manifiesto), Francisco Maldonado, Manuel García Blanco, Ramón Bermejo Mesa, De Juan, Antonio García Boiza, García Rodríguez, Villaamil, Andrés García Tejado, López Jiménez, Serrano, Teodoro Andrés Marcos, Nicolás Rodríguez Aniceto, Peña Mantecón, Sánchez Tejerina, Wenceslao González Oliveros, González Calzada, Román Retuerto, y Mariano Sesé y Arcochacena.

Manifiesto sobre la guerra civil

A partir del 23 de octubre de 1936

Francisco Blanco Prieto, *Unamuno y la Guerra Civi*l,
Cuad. Cát. M. de Unamuno, 47, 1-2009, pp. 48-49

Apenas iniciado el movimiento popular salvador que acaudilla el general Franco me adherí a él diciendo que lo que hay que salvar en España es la civilización occidental cristiana y con ella la independencia nacional (b). El gobierno fantasma de Madrid me destituyó por ello de mi rectoría y luego el de Burgos me restituyó en ella con elogiosos conceptos.

En tanto, me iban horrorizando los caracteres que tomaba esta tremenda guerra civil sin cuartel debido a una verdadera enfermedad mental colectiva, a una epidemia de locura (c). Las inauditas salvajadas de las hordas marxistas, rojas, exceden toda descripción y he de ahorrarme retórica barata. Y dan el tono, no socialistas, ni comunistas, ni sindicalistas, ni anarquistas, sino bandas de malhechores degenerados, expresidiarios, criminales natos sin ideología alguna que van a satisfacer feroces pasiones atávicas sin ideología alguna. Y la natural reacción a esto toma también, muchas veces, desgraciadamente, caracteres frenopáticos. Es el régimen del terror. España está espantada de sí misma. Y si no se contiene a tiempo llegará al borde del suicidio moral. Si el desdichado gobierno de Madrid no ha podido resistir la presión del salvajismo apellidado marxista debemos esperar que el gobierno de Burgos sabrá resistir la presión de los que quieren establecer otro régimen de terror. En un principio se dijo, con muy buen sentido, que ya que el movimiento no era una cuartelada o militarada sino algo profundamente popular, todos los partidos nacionales anti-marxistas depondrían sus diferencias para unirse bajo la única dirección militar sin prefigurar el régimen que habría de seguir a la victoria definitiva. Pero siguen subsistiendo esos partidos: renovación española (monárquicos constitucionales), tradicionalistas (antiguos carlistas), acción Popular (monárquicos que acataron la república) y no pocos republicanos que no entraron en el frente llamado popular. A lo que se añade la llamada Falange —partido político, aunque lo niegue— o sea, el fascio italiano muy mal traducido. Y este empieza a querer absorber a los otros y dictar el régimen futuro. Y por haber manifestado mis temores de que esto acreciente el terror, el miedo que España se tiene a sí misma y dificulte la verdadera paz; por haber dicho que vencer no es

convencer ni conquistar es convertir, el fascismo español ha hecho que el gobierno de Burgos que me restituyó en mi rectoría… ¡vitalicia!, con elogios, me haya destituido de ella sin haberme oído antes ni dándome explicaciones. Y esto, como se comprende, me impone cierto sigilo para juzgar lo que está pasando.

Insisto en que el sagrado deber del movimiento que gloriosamente encabeza Franco es salvar la civilización occidental cristiana y la independencia nacional ya que España no debe estar al dictado ni de Rusia ni de otra potencia extranjera cualquiera puesto que aquí se está librando, en territorio nacional, una guerra internacional. Y es deber también traer una paz de convencimiento y de conversión y lograr la unión moral de todos los españoles para rehacer la patria que se está ensangrentando, desangrando, arruinándose, envenenándose y entonteciéndose. Y para ello, impedir que los reaccionarios se vayan en su reacción más allá de la justicia y hasta de la humanidad, como a las veces tratan. Que no es camino el que se pretenda formar sindicatos nacionales compulsivos, por fuerza y amenaza, obligando por el terror a que se alisten en ellos a los ni convencidos ni convertidos. Triste cosa sería que al bárbaro, anti-civil e inhumano régimen bolchevístico se quisiera sustituir por un bárbaro, anti-civil e inhumano régimen de servidumbre totalitaria. Ni lo uno ni lo otro, que en el fondo son lo mismo.

(b) ya que se está aquí en territorio nacional, ventilando una guerra internacional.

(c) con cierto substrato patológico-corporal. Y en el aspecto religioso a la profunda desesperación típica del alma española que no logra encontrar su propia fe. Y a la vez se nota en nuestra juventud un triste descenso de capacidad mental y un cierto odio a la inteligencia unido a un culto a la violencia por la violencia misma.

Notas sobre la guerra civil

28 de diciembre de 1936

Francisco Blanco Prieto, *Unamuno y la Guerra Civil*,
Cuad. Cát. M. de Unamuno, 47, 1-2009, p. 50

Cómo y porqué me adherí al movimiento. Salvar la civilización occidental cristiana. Ya antes había yo atacado al Frente Popular. Pero pronto me di cuenta de que los métodos no eran ni civilizados sino militarizados —ay, la terrible específica dementalidad castrense española— no occidentales sino africanos —África, espiritualmente, no es occidente— ni menos cristianos, sino del bárbaro y grosero paganismo católico tradicionalista español. Ni el movimiento iba contra el marxismo; era el desquite de la dictadura primo-riverana la de los de «nuestra profesión y casta» y con inspiración carlista. Por qué

Mola hizo bombardear Bilbao. La caza del masón; la Liga de los Derechos del Hombre; la Institución Libre. El odio a la inteligencia, la envidia, el resentimiento, el complejo de inferioridad. ¿Que yo podía haber evitado persecuciones? Sí, renunciando a exigir responsabilidades por los hechos; ¿borrón y cuenta nueva? No, no y no.

Ya no podremos vivir en España los inteligentes y limpios de corazón. Y yo con más de 72 años, teniendo a mi cargo a los niños ¿dónde? Otra España, la España —una Anti-España— que se prepara y el triste ocaso de la España eterna fuera de España, en la emigración. ¿Y el emigrado en su patria? ¿el despatriado en ella? dejar a la España geográfica convertida en un hospital de enfermos mentales.

Esta guerra civil, no es civil. Es un ejército de mercenarios —pretorianos— la legión y los regulares; no el pueblo.

El efecto de abatimiento. El que me producía ver desfilar por la Plaza Mayor las pobres chicas, uniformadas de milicianas de falange, llevando el paso. Y alguna vez al frente un tamborilero. Y aquella estúpida de… con su boina verde.

Notas

1)

RÉPLICA AL FILO O CANTO

Para don Miguel de Unamuno.

Permítame, querido don Miguel, una breve réplica a sus palabras admirables, publicadas en estas mismas columnas, acerca del canto o filo, el revés y el envés. Una réplica un tanto retrasada, porque vivo como un forzado, remando día y noche en galeras donde mi voluntad está presa. Pero no es nunca tarde para que, al fin, como un modesto Eriximaco, conteste a sus razones socráticas.

Yo estoy siempre dispuesto a dejarme convencer por cuanto usted dice, aun en esas ocasiones en que su actitud inesperada encrespa la mía de ciudadano de conducta sencilla y nada intelectual, aunque muchos me incluyan en el gremio, tan excelso como peligroso, de los intelectuales. A veces siento a contrapelo las cosas que usted escribe o pronuncia, y aunque no pienso en la cicuta, a que usted noblemente aspira, no dejo de encontrar, al pronto, algo justificado ese brebaje, amargo pero inofensivo, de simple acíbar, que quieren hacerle beber sus contradictores —hoy los de esta acera, ayer los de la de enfrente—, sorprendidos por el filo de sus razones.

Yo me contengo siempre, y me alegro después de haberme contenido, porque acabo indefectiblemente dándole la razón o, por lo menos, comprendiendo que tiene usted derecho a no tenerla. Pero eso del filo o canto de las ideas y su preferencia a la cara o cruz no me deja del todo tranquilo.

Toda mi vida es una pura duda sobre cuál será el anverso o el reverso de las cosas, y sobre si, después de averiguado, se debe preferir la cara o la cruz. La solución de usted es quedarse con el canto. Pero pienso que el canto no es, en realidad, casi nada: ambigüedad, cruz para la cara y cara para la cruz. Por el canto no se conoce nunca lo legítimo de lo falso, y apenas el oro del cobre, aun siendo verdadero. Con el canto se puede hender, tajar: pero no se trata de eso, sino de convertir un instrumento duro en un valor representativo y humano, el que da el cuño, ajeno a la materia bruta. El canto o filo que usted aconseja es como la espada, y ahora quisiéramos suprimirlas y cambiarlas por razones; no siempre, es cierto, verdaderas. En la misma moneda, el dinero de metal se sustituye por el de papel, pura representación, que puede también ser falso, pero que ya no tiene canto, ni lo tendrá jamás, en el sentido contundente.

¿Para qué el filo? Es preferible seguir buscando la verdad por el lado ancho, el que no sirve para tajar, sino para dudar. Que es, después de todo, a lo que usted nos ha enseñado: a dudar de cuanto hay, para no dejar de creer en nada, porque la fe de los que no dudan, el viento se la lleva, y ahora es tiempo de huracanes. Y en nada se nota el aire de tempestad como en esa duda inesperada y trágica, que nos tiene sobrecogidos, acerca de las cosas en que creíamos con mayor firmeza: como la libertad, por ejemplo. La libertad nuestra, de la cual, en efecto, no volveremos ni usted ni yo a gozar. Usted me arguye que seguirá defendiéndola y que se ríe de los que han perdido su fe en ella. Pero esto ¿qué es, sino seguridad en un cuño que usted cree legítimo y que tal vez no lo sea? Usted mismo añade, y con razón, que los cuños se borran o se cambian, y el que ahora se está borrando más aprisa es ese de nuestra libertad. La última que queda en el mundo es, a pesar de cuanto se dice, la de la España de ahora.

Algo que no es libertad ni juridicidad, sino disciplina arbitraria, y, a la larga, juridicidad nueva y libertad futura, se

va extendiendo por las sociedades humanas. Y sólo las acuñadas así son las que resisten cuando todo cae a su alrededor. Eso mismo lo veremos aquí, y ya no veremos otra cosa, aunque construido sobre otros moldes y regido por hombres muy distintos de lo que se imaginan los eternos despistados. Contra esto, que se impone como una fatalidad cósmica, no hay canto o filo que valga. El problema está en saber, si puede saberse, si esto es el envés o el revés de la verdad. He aquí mi duda y mi tortura y la de muchos como yo. Pero también la raíz de nuestra fe, porque sólo se cree en aquello que nos interesa en lo profundo de las entrañas.

Esta duda universal, que ningún filo puede tajar, es la forma más honda de la revolución que usted, don Miguel, y también otros, niegan a todas horas. Ustedes, los del filo, siguen creyendo, a pesar de sus lecciones de duda, en sus ilusiones de siempre, y así no se enteran de que la tierra que pisamos hoy es ya distinta de la de ayer. Y usted, querido don Miguel, es quien más ha contribuido aquí en España, a removerla a fuerza del equívoco grandioso de su vida intachable, a fuerza de enseñarnos a buscar la verdad en el revés de nuestra fe, para acabar blandiendo una fe de filo, sin cuño, para no dudar, como la fe de los simples. Que acaso sea, como dijo quien decía las verdades eternas, la mejor de todas.

Y aquí terminan mis razones de aspirante a Eriximaco, aquel médico de arte y no de ciencia, que podía hablar con Sócrates y que tal vez curaba mejor que nosotros los de los laboratorios y la bioquímica. Y usted siga socarrándonos en las entendederas, con la certeza de que por mucho que nos irrite no pediremos su muerte a los tiranos —los de ahora son, además, usted lo sabe, tiranos de mentirijillas—, sino a Dios, y para usted, una vida centenaria y colmada de venturas.

Gregorio Marañón. [*Ahora*, Madrid, 15-11-1933.] ↲

2)

En esta edición, sustituimos en estos casos los guiones por las tradicionales /. ↲

3)

En el artículo original, Unamuno escribe Virgilio. En un artículo posterior corregirá el error. ↲